

Construcciones retóricas de la oposición política en el conflicto armado colombiano

Los discursos de la guerrilla FARC-EP y del presidente Juan Manuel Santos [2010-2012]

Autor:

Olave Arias, Giohanny

Tutor:

Narvaja de Arnoux, Elvira

2017

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado



Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras

**Construcciones retóricas de la oposición política en el
conflicto armado colombiano: los discursos de la
guerrilla FARC-EP y del presidente Juan Manuel Santos
(2010-2012)**

Tesis de doctorado en lingüística

Giohanny Olave Arias

Directora:

Dra. Elvira Narvaja de Arnoux

Codirectora:

Dra. Mireya Cisneros Estupiñán

Buenos Aires

2017

Para Sabina, por su espera.

Agradecimientos

Durante cinco años estuve en idas y venidas entre Argentina y Colombia, dedicado a escribir este texto; en el camino, conté con el mejor apoyo intelectual, emocional y logístico. Agradezco especialmente a mis guías de investigación, Elvira Arnoux y Mireya Cisneros, por su paciencia, orientación y confianza en mi trabajo. Asimismo, a quienes cada día llenan de vida y saber al Instituto de Lingüística de la Universidad de Buenos Aires. Agradezco, además, al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CONICET, que hizo posible económicamente este recorrido.

La realización de esta tesis debe mucho a mi familia y a aquellas personas que, pese a todo, insistieron en el cariño.

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
Problematización	10
Metodología	13
Organización del texto	20
PARTE I. CONTEXTUALIZACIÓN	25
Capítulo 1	27
Contexto del conflicto armado interno entre la guerrilla de las FARC y los gobiernos colombianos	27
1.1 Contexto del conflicto armado colombiano: las preguntas difíciles	28
1.2 La guerrilla FARC-EP: una caracterización	57
1.3 El recorte agosto de 2010 – agosto de 2012: El final del fin del fin	74
1.4 Línea de tiempo del conflicto armado colombiano	90
Capítulo 2.	99
El lugar de la retórica en el conflicto armado colombiano	99
2.1 Aproximaciones retóricas al conflicto armado colombiano	100
2.2 Herramientas interpretativas	128
2.3 El estudio de las construcciones retóricas en la oposición política	146
PARTE II. ESTILOS, ESCENAS Y MEMORIAS EN TENSIÓN	155
Capítulo 3.	157
Los estilos amplificatorios en los discursos gubernamental y guerrillero	157
3.1 El análisis del estilo discursivo en el estudio de la oposición política	158
3.2 Los haces de rasgos retóricos	160
3.3 La amplificación polémica como estilo discursivo	285
3.4 Las amplificaciones opuestas como enfrentamiento social: el estilo en la polémica	294
Capítulo 4	299
Los marcos escénicos divergentes en la enunciación gubernamental y guerrillera	299
4.1 La construcción de la escena política en el conflicto armado colombiano	300
4.2 La construcción escénica gerencial en el discurso gubernamental	310
4.3 La construcción escénica de la resistencia en el discurso guerrillero	334
4.4 Los escenarios en tensión: ¿Oprimidos/explotados o clientes/empresarios?	389
Capítulo 5.	393
La función polémica de las memorias en la interdiscursividad gubernamental y guerrillera	393
5.1 La memoria revolucionaria en el discurso de las FARC-EP	394

5.2 La memoria neoliberal en el discurso gubernamental	445
5.3 Las memorias discursivas en tensión: resistencia revolucionaria contra renovación gerencial	474
PARTE III. ERÍSTICA DEL DECIR VERDADERO	479
Capítulo 6	481
Los objetos discursivos en disputa a través de esquematizaciones aletúrgicas	481
6.1 La unidad como urgencia para la revolución y la prosperidad	486
6.2 Una ética sacrificial para dos héroes antagónicos	497
6.4 Los objetos de discurso en una erística del decir verdadero	538
Capítulo 7.	543
La historia en disputa: generación de confianza y desconfianza en el decir verdadero	543
7.1 La indignación histórica contra la coyuntura excepcional del presente	544
7.2 La acusación de engaño en el discurso del enemigo	579
7.3 La verdad como persistencia en lo ya-dicho	614
7.4 Erística de la desconfianza en la historización del conflicto armado	627
Capítulo 8.	633
Lógicas de posicionamiento y de posesión de la verdad	633
8.1 El posicionamiento insurgente: el cruce de ethos y pathos hacia el logos revolucionario	639
8.2 El distanciamiento con el enemigo: la sinrazón gubernamental atribuida	647
8.3 El posicionamiento gubernamental: el cruce de ethos y pathos hacia el logos gerencial	650
8.4 El distanciamiento con el enemigo: la sinrazón guerrillera atribuida	662
8.5 El logos político en el conflicto armado: del posicionamiento a la posesión de la verdad	665
CAPÍTULO 9. CONCLUSIONES	671
Retórica y oposición política en la transición hacia una paz concertada	671
9.1 La matriz retórica: constantes relacionales contrapuestas	675
9.2 Las construcciones retóricas de la oposición política en el conflicto armado: costumbres oratorias y efectos de sentido	689
9.3 Retórica y verdad para una “paz estable y duradera”	699
Fuentes	705
Referencias bibliográficas	707

INTRODUCCIÓN

En este trabajo propongo una interpretación de las comunicaciones públicas emitidas por la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo, FARC-EP y por el presidente Juan Manuel Santos, durante el bienio inicial de su primera presidencia (2010-2012). Este periodo precede al inicio de los diálogos que finalmente acordaron la paz con ese grupo insurgente; corresponde, por tanto, a la etapa en la que culmina la política de pacificación del conflicto armado con esta guerrilla por vías exclusivamente militares. Centro mi interés en la inscripción de la oposición política en el discurso, es decir, los modos en que los discursos materializan los desacuerdos entre los actores en el escenario público, a propósito de cuestiones fundamentales para la vida en democracia.

La oposición política construida en el discurso de las FARC-EP frente al Gobierno, en el bienio previo a los diálogos de paz, se concentró en la polemización del proyecto gubernamental de la “prosperidad nacional”, introduciendo el desacuerdo como una disputa por el discurso verdadero. El discurso de las FARC-EP pretendió instaurarse en el espacio público como discurso de oposición al proyecto gubernamental, haciendo hincapié en *la verdad* sobre la guerra y la lucha armada como medio de alcanzar la paz.

El gobierno, por su parte, alrededor del tópico de la prosperidad nacional configuró una discursividad basada en la racionalidad empresarial, para enfrentar las críticas internacionales contra la política de seguridad nacional, consolidar la alianza estratégica desarrollo-defensa y profundizar el proyecto neoliberal de la Tercera vía en Colombia.

En ese marco, los discursos oficiales tuvieron que hacer frente al desgaste de una idea instalada desde el gobierno anterior, según la cual las FARC-EP estaban inminentemente derrotadas (la llamada tesis del *fin del fin*). Los hechos de la guerra aplazaban indefinidamente esa derrota y la guerrilla intensificaba la contradicción de esa idea, combinando las armas con las palabras. Así, los discursos de este periodo representan el desgaste de la política de seguridad pública (denominada *Política de seguridad democrática*) y permiten ver el tratamiento retórico de ese desgaste de un discurso militarista/belicista, que no podía ser negado o borrado ni en la enunciación gubernamental ni en la guerrillera, pero que debía también romper la inercia del conflicto y virar hacia el proceso de paz. La reconstrucción de la oposición política inscrita en los discursos de ese período es clave para

entender la transición de la guerra de guerrillas hacia la paz concertada con el que fue, hasta 2016, el grupo insurgente más antiguo del mundo.

El desgaste coyuntural planteó a los actores el desafío de continuar un combate en el que ninguno de los podía ganar la guerra, pero del mismo modo, ninguno la iba a perder. El juego de fuerzas de esa inercia en el conflicto se resolvió a través de discursos reiterativos que quedaron atrapados en sus estilos, escenas de enunciación y memorias discursivas antagónicas, introdujeron objetos de discurso e historias en disputa y se dirigieron silenciosamente hacia la negociación de la paz para evitar mostrar el desgaste, por un lado, de la política de seguridad nacional, y por el otro, del proyecto insurgente de la toma del poder. En el plano de los discursos, los actores condicionaron la búsqueda de la paz al reclamo mutuo de *la verdad*, y concentraron la relación erística en la construcción y apropiación de la verdad de cada proyecto político contrapuesto.

Las regularidades en esos discursos y contradiscursos respondieron a lógicas o sistemas de posicionamiento frente a la construcción y apropiación del discurso verdadero. Las construcciones retóricas producidas por esas lógicas posicionales fueron la indecibilidad de las acciones, la responsabilización de los actores y la simplificación del conflicto social.

Indecibilidad, responsabilización y simplificación, como costumbres oratorias y efectos de sentido, justificaron y promovieron las acciones de la guerra; de ahí que los posteriores esfuerzos dialogados de paz tropezaran con esas construcciones retóricas como obstáculos para alcanzar acuerdos entre los adversarios políticos. El proceso de paz llevado a cabo entre 2012 y 2016 fue un largo camino de tratamiento de esas construcciones, anidadas en los modos de hacer y decir la oposición política en Colombia.

Problematización

Desde 1985 hasta 2015, el conflicto armado colombiano presentó un número aproximado de 7'640.000 víctimas (RNI, 2016) de acciones que van desde la amenaza hasta la tortura y el homicidio. Los acuerdos de paz firmados en 2016 prometen la finalización de ese conflicto y la construcción de una "paz estable y duradera" (Gobierno y FARC-EP, 2016) entre algunos de sus protagonistas. La paz acordada encarna la esperanza de que esos actores desplacen los medios violentos por los verbales, para discutir sus diferencias por fuera de la lógica de la guerra.

Apenas en el año 2011, la Presidencia de la República reconoció legalmente el conflicto, a través de la promulgación de la Ley 1448 (MinJusticia, 2011) o Ley de Víctimas. Esta ley

atiende al concepto de conflicto armado interno o no internacional, establecido por la Cruz Roja Internacional, según el cual este tipo de conflictos comprende “las acciones armadas en el interior de un Estado que dan lugar a hostilidades dirigidas contra un gobierno legal, y que presentan un carácter colectivo con un mínimo de organización” (CICR, 2008). En el caso colombiano, un creciente impacto de la violencia en quienes no combaten en las confrontaciones, lo mismo que el recrudecimiento de los métodos de lucha y su concentración en las zonas rurales del país, muchas veces ignoradas por las poblaciones ciudadanas, caracterizan esta violencia como un fenómeno social de múltiples rostros (CNMH, 2013a:108).

La Ley 1448 contabiliza y legisla sobre las víctimas a partir del año 1985, pero desde dos décadas antes ya aparecía uno de los actores insurgentes que protagonizó más confrontaciones con las Fuerzas armadas del Estado. Se trata de la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo (FARC-EP); en mayo de 2016 este grupo completó 52 años de lucha armada. Hasta la fecha en que anunciaron un cese de reclutamientos, en 2015, como parte del proceso de paz en curso, el grupo insurgente contaba con 6.000 a 7.000 combatientes y entre 9.000 y 10.000 militantes en sus redes de apoyo; su presencia se calculaba en casi el 20% del territorio colombiano, sobre todo en el sector rural (Ejército Nacional, 2014). Las FARC-EP operaron durante medio siglo con una estructura política y militar en consolidación creciente, combatida por la Fuerza Pública, en el marco de un conflicto interno que dejó numerosas víctimas tanto en ambos bandos como en la sociedad civil.

La historia del conflicto armado con las FARC-EP incluye varios intentos fallidos de solución negociada a través de procesos de diálogo, por parte de diferentes administraciones gubernamentales (1982-1986; 1990-1994; 1998-2002). En 2012, el presidente Juan Manuel Santos y los representantes de la guerrilla anunciaron el inicio de un nuevo proceso de diálogos que lograría la finalización del conflicto. No obstante, antes de este viraje en la relación Gobierno-guerrilla, el presidente Santos mantuvo la política contrainsurgente y antiterrorista de su predecesor, durante el bienio inicial de su primer mandato presidencial (2010-2012). En esta investigación interesa interpretar los discursos de ese periodo, coyuntural por la radicalización de las posiciones, los intercambios verbales polémicos entre guerrilla y gobierno, el reconocimiento legal del conflicto y el subsecuente proceso de paz iniciado.

Como dijimos antes, los discursos de ese periodo construyeron y presentaron el conflicto armado desde posicionamientos retóricos enfrentados (FARC-EP y Estado). Esos discursos tienen importancia para la comprensión de los procesos históricos del país, porque configuran modos del desacuerdo político que sostuvieron un conflicto armado durante más de medio siglo y que tuvieron que virar, ya desgastados, hacia un intento de salida negociada. No obstante, esa dimensión polémica rara vez es discutida desde la academia colombiana. No se indaga en las lógicas que subyacen a la oposición entre esos discursos, no se han descrito las maneras particulares en que se configuran esas relaciones ni se ha reconocido suficientemente el modo en que los discursos producen formas de ver y de comprender la problemática armada con la cual aprendimos a vivir los ciudadanos.

Este estudio contribuye a la comprensión del núcleo político del conflicto armado colombiano. En ese núcleo se disponen antagónicamente concepciones de mundo, construcciones de sujeto y proyectos de nación y ciudadanía que disputan lugares de enunciación y de operatividad en las arenas públicas. Sin embargo, durante mucho tiempo no se trató de la disputa democrática por el reconocimiento y la coexistencia de perspectivas distintas, sino de luchas por la eliminación del otro, esto es, una sustitución de los fines ideológicos por los medios armados.

Una de las mayores dificultades que enfrentan los procesos de paz, en general, y los que se han adelantado en el país, en particular, es que el ruido de los fusiles hace parecer que las palabras son inútiles, simple “retórica”, o que han sido completamente silenciadas y sustituidas por las balas. Sin embargo, más allá de los silenciamientos de la violencia física, se trata de la capacidad que tiene el belicismo de hacer que los ciudadanos acriticamente repudien o celebren las palabras del conflicto, y en el peor de los casos, las ignoren (tanto por indiferencia como por ignorancia). Es así como en la percepción del conflicto armado, lo primero es devorado por lo segundo; durante más de medio siglo lo bélico, como espectáculo de la desgracia, dejó muy poco espacio para pensar el conflicto, como núcleo de su dimensión política, y casi ninguna franja para ver esa dimensión desde el análisis de lo que los actores dicen y callan.

Los propósitos prácticos de este trabajo se ubican en esa franja y encuentran justificación en la urgencia social en el país por contribuir a deshacer una equivalencia histórica entre oposición y violencia. En Colombia, esa equivalencia ha contribuido a impedir el desarrollo de sectores políticos que diverjan del gobierno, sin que por ello la ciudadanía los asocie con la ilegitimidad guerrillera. Esa asociación también ha hecho que adelantar proyectos políticos

de oposición sea una amenaza –muchas veces, mortal- contra la propia integridad, pero también ha reforzado la idea radicalizada de que no se puede hacer oposición sin recurrir a las armas. La investigación, entonces, tiene pertinencia dentro de la discusión actual en Colombia sobre el ejercicio de la oposición en medio de tradiciones de violencia política y social.

Metodología

Enfoque teórico-metodológico

Sigo el enfoque interpretativo interdisciplinar, propuesto por Arnoux (2006; 2012; 2016) para el análisis del discurso. El principio básico es «privilegiar una perspectiva que no se reduzca a hacer inferencias a partir de la aplicación de un modelo a un corpus, convocando lugares comunes ideológicos, sino que articule el saber lingüístico con el sociológico e histórico buscando descubrir fenómenos que iluminen el objeto abordado» (Arnoux, 2012:153). El aspecto interdisciplinar, entonces, exige la exploración de los campos de conocimiento relacionados con el problema de estudio, para entablar un diálogo que lleve a abordar interpretativamente la dimensión discursiva de las acciones y problemáticas sociales. Lo esencial, insiste Arnoux (2006:22) es «la inmersión en el corpus y la indagación en el otro o los otros campos a los que remite el problema estudiado (...). Ese juego interdisciplinario (...), ese ir y venir de uno a otro campo, indica en general, la forma de entrada más productiva y da cuenta de la mediación (...) de los otros saberes».

Este enfoque opera a partir de inferencias indiciales desde *corpora* textuales, en sentido amplio. Así, se «considera al discurso como un espacio que expone las huellas del ejercicio del lenguaje por parte de los sujetos» (Arnoux, 2006:20), huellas de decisiones enunciativas - en general, inconscientes o condicionadas- que el analista selecciona dentro de la cadena discursiva y determina como “indicios reveladores de alguna regularidad significativa o de las cuales puede inferir un origen o causa, o, en términos más generales, cómo aparece el vínculo caso/regla” (p.21). En tanto que práctica interpretativa, los fenómenos discursivos focalizados no están determinados por precategorias teóricas sino por hipótesis iniciales que desencadenan razonamientos abductivos a partir de confrontaciones con los textos (los datos empíricos) y las teorías; así, «las categorías a las que recurre el investigador dependen de las cuestiones que trata (...). En su transcurso, pueden surgir nuevas perspectivas para el abordaje discursivo, resignificarse las existentes o proponerse categorías innovadoras que incidirán en trabajos posteriores» (Arnoux, 2016:8).

Finalmente, se trata también de un enfoque crítico, si bien puede no aparecer marcado un gesto militante. Lo crítico, aquí, reside en el desmonte de los «mecanismos generadores de efectos de sentido atendiendo permanentemente al vínculo dialéctico entre condiciones de producción y discurso» (Arnoux, 2016:8). Es un enfoque crítico, además, por el compromiso que supone con el tratamiento no sesgado de los datos, el esfuerzo por tomar distancia de los objetos y las opiniones involucradas, y la resistencia a convertir la crítica en denuncia (Charaudeau, 2013b:10).

Procedimientos analíticos

El procedimiento general está basado en el enfoque interpretativo interdisciplinar antes explicado y es esquematizado por Arnoux (2006:28; 2012:154) en un conjunto de pasos habituales, aunque no necesariamente sucesivos, basados en razonamientos de tipo abductivo¹:

El analista parte de un problema planteado por él mismo o por otro profesional y explora los materiales seleccionados o suministrados, realizando diferentes inmersiones o entradas en ellos, a partir de las cuales construye hipótesis iniciales de interpretación. El contacto permanente con los materiales estimula *resonancias* y ayuda a decidir aspectos propios del diseño metodológico, como la problematización, los objetivos y los métodos. En el caso particular de esta tesis, los resultados de la fase de entradas aparecen listados en la bibliografía final, bajo el título *Avances de investigación publicados*.

A partir de los *efectos de lectura* alcanzados en estas inmersiones, el investigador delimita las marcas que juzga pertinentes a propósito de lo que se propone indagar y construye finalmente el corpus principal de trabajo. Este corpus es sistemático, pero no hermético, pues está sujeto a las exigencias del análisis posterior. El constante movimiento de ida y vuelta entre perspectivas teóricas y datos empíricos lleva a traducir las marcas en indicios que permiten formular hipótesis explicativas sobre las regularidades que va observando en la serie discursiva. En las movidas de retorno al corpus, esas hipótesis van siendo afinadas, verificadas o reformuladas, hasta alcanzar el punto de saturación.

¹ Arnoux (2006:22) explica que «el hecho de sugerir hipótesis -tanto de una ley general como de otro hecho particular que se supone es la causa de los primeros- a partir de un conjunto de ‘hechos sorprendentes’ (Eco) es lo propio de la abducción peirceana, es decir, de la inferencia hipotética construida con base en premisas inciertas (...). En realidad, el razonamiento abductivo procede a través de un encadenamiento de hipótesis a partir de nuevas confrontaciones con los textos». Por su parte, Angenot (2008:219-220), define el razonamiento abductivo en términos de la valoración de la explicación que proporciona: *L'abduction est donc une inférence à la meilleure explication possible, autrement dit, à la meilleure imaginable (...). L'abduction est bien l'hypothèse qui, si elle était vraie, procurerait la plus satisfaisante explication de faits inexpliqués.*

En cuanto a las operaciones analíticas, obedecen a tres tipos de estrategias: contextualización, categorización e integración. Las de contextualización, basadas en Maxwell (1996), intentan entender los datos en su vinculación con el contexto, es decir, hacen emerger las relaciones entre enunciados y acontecimientos rastreando las condiciones sociales de producción de cada discurso y sus diversos grados de determinación. Las estrategias de categorización y las de integración, sugeridas por Strauss y Corbin (2002), siguen técnicas propias de la Teoría fundamentada:

(1) Codificación abierta, para determinar categorías conceptuales con sus propiedades (atributos) y variaciones (dimensiones) a lo largo de las inmersiones en los textos. El proceso de codificación o etiquetado conceptual lleva a redactar memorandos -notas analíticas de investigación- de tres clases: interpretativas (asociaciones inferenciales a partir de la relación entre los datos empíricos y la reflexión personal del investigador); teóricas (asociaciones inferenciales a partir de la relación entre los datos empíricos y el saber teórico del investigador); y operativas (tareas interpretativas y teóricas pendientes).

(2) Codificación axial, para inferir las categorías principales a partir de las relaciones entre los códigos, entre los códigos y los memorandos, y entre ellos con las condiciones causales, intervinientes y contextuales de las principales regularidades discursivas. En esta codificación también se establecen subcategorías que especifican aspectos contenidos en una categoría, o bien, que permiten reunirlos en etiquetas conjuntivas. Para establecer estas relaciones, se utilizan diagramas como mecanismos visuales que dibujan las relaciones en sus diferentes niveles.

(3) Codificación selectiva, para refinar e integrar las categorías principales en una categoría central que opera dentro de un esquema interpretativo mayor y que da cuenta del conjunto explicativo general. En este nivel, las relaciones construidas en las anteriores codificaciones quedan enlazadas de manera coherente en un mapa completo, pero no cerrado, cuando las categorías han sido saturadas. En esta tesis, he propuesto como categoría central la de *construcciones retóricas* y como esquema interpretativo integrador lo que denomino *matriz retórica*. He seguido los criterios sugeridos por Strauss (1987:36) para examinar la validez de la categoría central:

- Todas las categorías expuestas a lo largo de los capítulos se relacionan con ella.
- Aparece con frecuencia en los datos, es decir, constituye una regularidad.
- No fuerza los datos para hacerlos encajar en la categoría central.
- Explica las variaciones de los datos en términos de una idea central.

- Su designación es lo suficientemente abstracta como para poderse usar en otros *corpora*.

- **Corpus central**

Está conformado por los segmentos que tematizan el conflicto armado interno y que aparecen en los comunicados representativos del problema descrito, seleccionados y sistematizados en una base de datos construida para esta investigación². Los materiales provienen del universo de comunicaciones abiertas de las FARC-EP y del Gobierno de Juan Manuel Santos, disponibles en internet a través de diversos portales institucionales de carácter público, reconocidos por ambos actores.

Interesa examinar estas comunicaciones por revestir intencionalidad explícita tanto de sostener un conjunto de diferencias frente el adversario y sobre el conflicto mismo, como de difundir masivamente tales convicciones. La recolección de los datos se realizó por descarga directa de los documentos publicados en cada una de las fuentes. A continuación se describe el corpus en mención:

Actores	Secretariado Mayor de las FARC-EP y Presidente Juan Manuel Santos
Recorte temporal	Bienio inicial del primer periodo presidencial de Juan Manuel Santos: agosto 7 de 2010 – agosto 7 de 2012
Género textual	Comunicado público
Cantidad de comunicados del Gobierno	772 comunicados públicos. De estos materiales se seleccionaron los segmentos donde se hace referencia directa o indirecta al conflicto armado contra la guerrilla FARC-EP.
Cantidad de comunicados de las FARC-EP	160 comunicados públicos más 8 revistas <i>Resistencia</i> (órgano de difusión oficial de esta guerrilla). De estos materiales se seleccionaron los segmentos donde se hace referencia directa o indirecta al conflicto armado contra el gobierno colombiano.
Modalidad textual	Escrita. Algunos comunicados son transcripciones propias del material audiovisual

² Dejo los archivos disponibles para el lector y demás investigadores, a través del enlace <https://www.dropbox.com/home/Comunicaciones%20Santos-FARC%202010-12>

Fuente de divulgación	<p>Gobierno: http://wsp.presidencia.gov.co/Discursos/</p> <p>FARC-EP: http://www.farc-ep.co/ http://anncol.eu/ http://resistencia-colombia.org/ http://resistenciafariana.blogspot.com.ar/ http://beligerantex.blogspot.com.ar/</p>
-----------------------	--

Concibo a los actores como sujetos colectivos que enuncian en representación de sus instituciones, guerrilla y gobierno, respectivamente. Esa representación construye sujetos discursivos en oposición; su palabra reviste carácter oficial y público, y es a la cual se le reconoce mayor autoridad en cada grupo. El criterio de selección aquí, entonces, es la autorización política en los endogrupos.

El recorte temporal atiende al primer bienio presidencial de Juan Manuel Santos. En la tradición política, este periodo es muy representativo para gestionar la transición entre gobiernos, demostrar capacidad de gestión y consolidar la aceptación entre los electores. Los primeros dos años de la presidencia de Santos fueron coyunturales para el conflicto armado. Las FARC-EP reaccionaron también a ese periodo de modos explícitos, combinando discurso y violencia directa, tras una serie de derrotas militares que los llevó a operar un cambio en sus planes estratégicos (Ávila, 2010, 2012, 2013; CNMH, 2013b).

El período 2010-2012 resulta crítico también por el hecho histórico subsecuente: en marzo de 2012 se iniciaron acercamientos entre los actores para abrir un proceso de paz por la vía dialogada. Este viraje de las relaciones hace que el primer bienio presidencial quede ubicado en la historia como un antecedente de interés para comprender el direccionamiento que tomó la política de contrainsurgencia y seguridad en Colombia, además de marcar un giro del gobierno con respecto a los precedentes de la seguridad democrática adelantada por Álvaro Uribe Vélez, durante ocho años (2002-2010). El criterio de recorte aquí es, pues, el de pertinencia histórica.

A nivel del género textual, reconozco bajo el genérico “comunicado” un conjunto de texturas con formatos, estructuras y extensiones variadas, pero homogéneas en cuanto a (1) su dimensión e intención argumentativas; (2) su carácter público o abierto; y (3) su construcción de la población civil como destinatario principal. Los comunicados, así, incluyen textos que pueden aparecer denominados como “discursos” (en su sentido más estrecho, como comunicaciones difundidas oralmente a partir de guías escritas),

pronunciamientos, declaraciones, cartas abiertas y artículos de opinión. No tendré en cuenta las variaciones en formatos y extensiones desde criterios cuantitativos, sino cualitativos, a medida que vaya desarrollando el análisis.

La modalidad de los comunicados del corpus es escrita. La mayoría de ellos procede directamente de este formato; no obstante, realicé transcripciones de algunos comunicados de las FARC-EP, publicados en audiovisual. Algunos textos provenientes del gobierno están disponibles en video; en tales casos, revisé su fidelidad a las transcripciones publicadas en el portal institucional.

La fuente de divulgación para los comunicados de ambos actores es internet, por razones de accesibilidad y de disponibilidad para los destinatarios principales de tales comunicados: la población civil. Si bien la recolección del corpus gubernamental se facilita por estar centralizado en el portal institucional indicado, no ocurre lo mismo con el corpus de la guerrilla. En este caso, la inclusión de varios portales en web como fuentes de consulta responde a que ellos son inestables, algunos permanecen desactualizados durante largos periodos o son bloqueados/cerrados repentinamente por las autoridades colombianas (AFP, 2012), dado el carácter clandestino del grupo guerrillero. Los enlaces que refiero en la tabla anterior actualmente se encuentran activos.

- **Corpus de apoyo**

Complemento el corpus principal con un grupo de documentos institucionales de los actores, importantes para comprender su identidad, configuración interna y ubicación en la historia del conflicto, de modo extensivo y contextual. A continuación aparecen listados y descritos:

Documentos	Descripción
“Política de defensa y seguridad democrática. Informe al Congreso. 2010”	Informe de gestión sobre el conflicto armado, por parte de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), al culminar su periodo presidencial y entregar el gobierno a su sucesor, Juan Manuel Santos.
Plan nacional de desarrollo. Cap.5: “Consolidación de la Paz”, 2010-2014”.	Capítulo del plan de políticas gubernamentales, dedicado a la lucha contra la insurgencia, planteado por el presidente Santos al ser elegido.
“Política integral de seguridad y defensa para la prosperidad, 2011”	Lineamiento político del Ministerio de Defensa del Gobierno Santos, para sustentar las operaciones contrainsurgentes en el país.

“Estatuto FARC-EP. Normas internas de comando. Reglamento de régimen disciplinario”. 2007.	Fundamentos ideológicos, estructura orgánica, principios básicos y régimen interno general para la vida diaria y militar de los guerrilleros de las FARC-EP. Promulgados en 1978 y actualizados en 2007.
“Esbozo histórico de las FARC-EP”. 2005.	Historia oficial-interna del grupo guerrillero, dispuesta en una compilación documental por parte del mismo grupo. El “Esbozo” contiene: Antecedentes y desarrollo de la guerrilla (1930-2005); discursos pronunciados en sus aniversarios (1994-2005); políticas programáticas (1964-1986); acuerdos alcanzados con diferentes gobiernos (1986-2000); leyes promulgadas (1982, 2000); Comunicados (1998-2005); cartas dirigidas a personalidades gubernamentales; y una cronología (1928-2003).
“FARC. El país que proponemos construir”. 2000.	Documento público que reúne las propuestas llevadas por la Comisión Temática de las FARC-EP a la mesa de negociaciones en el proceso de paz del expresidente Andrés Pastrana (1998-2002).
Documentos didácticos	Cartillas explícitamente dirigidas a la formación de combatientes: Marquetalia: Raíces de la resistencia (2011); Marulanda y las Farc para principiantes (2011).
Documentos clandestinos	Conjunto de documentos programáticos de circulación interna entre los combatientes: Habrá insurrección (1997). Curso ideológico bolivariano (2005), Estatuto de las milicias bolivarianas (1989), Estatutos del PC3 (2000) y Principios del trabajo clandestino (sin fecha).
“Acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera”. 2012.	Primer acuerdo entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla FARC-EP, a través del cual se establece la agenda de negociación para el proceso de paz en La Habana.
“Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera”. 2016.	Acuerdo final con el que se cerraron las negociaciones de paz en La Habana. El documento consta de 6 acuerdos y quedó sometido a refrendación popular, a través de un mecanismo plebiscitario.

Herramientas informáticas

Elaborador de memorandos (interpretativos, teóricos y operacionales); clasificador de códigos y familias; ayudante para transcripción de audiovisuales; editor de relaciones semánticas; diagramador de redes conceptuales; vinculador textual en sistemas de hipertextos; buscador de texto en cotexto; analizar de frecuencias léxicas; analizados de co-ocurrencias intercódigos; buscador por criterios y generador de reportes parciales. Estas herramientas fueron utilizadas en el *software* Atlas.Ti, versión 1.0.21(91) para OS X.

Organización del texto

El contenido central se compone de tres partes analíticas y un capítulo de conclusiones. Los ejes que organizan y atraviesan este trabajo son tres: los recursos retóricos que aparecen como regularidades en los discursos de la guerrilla de las FARC-EP y del gobierno de Juan Manuel Santos, al respecto del conflicto armado interno; los procedimientos o modos a través de los cuales esos recursos inscriben y construyen formas de oposición política en las discursividades; y la relación entre los recursos y procedimientos descritos, con las funciones retóricas de los discursos oficial e insurgente.

El primer eje parte del estado de la cuestión sobre el interés en la persuasividad de los discursos del conflicto. Particularmente, se basa en lo que la síntesis concluyó como estratagemas retóricas utilizadas por los actores para autolegitimarse (estrategias de subjetivación), deslegitimar al otro (estrategias de imputación) y legitimar el conflicto mismo (estrategias de justificación). Ese es el punto de partida para describir las regularidades de los recursos retóricos utilizados en los discursos.

El segundo eje muestra el funcionamiento de los recursos retóricos en clave polémica y erística. En el primer caso, se trata de la forma en que el discurso insurgente polemiza el discurso oficial en la esfera pública. En el segundo caso, se hace hincapié en las disputas discursivas por la posesión de la verdad en la construcción de objetos de discurso.

El tercer eje examina las funciones retóricas del contradiscurso oficial e insurgente, lo cual requiere la introducción del problema del auditorio y de la dimensión política de la retórica en el sistema democrático, en general, y en el conflicto armado con las FARC-EP, en particular.

Tanto los recursos retóricos como las formas en que aparecen utilizados en el marco de sus funciones retóricas se consideran indicios o huellas de regularidades sobre las tensiones entre discurso, oposición política y violencia armada en Colombia para el periodo analizado. A través de la visibilización, sistematización y puesta en relación de esos indicios, se pretende demostrar la tesis planteada.

Opto por un tipo de organización textual que permite reconstruir el proceso de investigación llevado a cabo. Parto de una construcción problematizadora y la configuración de un corpus, para pasar a una descripción detenida, en el nivel de la textura discursiva, y arribar al establecimiento de relaciones categoriales, en clave interpretativa. En este sentido, la transición entre las partes del cuerpo del trabajo es sumativa y progresiva, pues los avances analíticos se van articulando sucesivamente en la búsqueda del sentido global que le da

coherencia a los resultados particulares y al que se arriba explícitamente en el capítulo 8 y en las conclusiones.

La primera parte es una contextualización histórica, política y teórica del problema de investigación. Consta de dos capítulos: “Contexto del conflicto armado interno entre la guerrilla de las FARC y los gobiernos colombianos” y “El lugar de la retórica en el conflicto armado colombiano”.

Al respecto del primer capítulo, considero fundamental ubicar al lector extranjero en el marco político e histórico del conflicto armado en Colombia, y bajo las condiciones en que se presenta esta investigación, perfilar a ese lector como ajeno y externo al contexto nacional. La extensión de ese capítulo responde precisamente a la necesidad de contextualizar al lector extranjero sobre un tema amplio y complejo. La abundante bibliografía histórica, sociológica y política sobre el conflicto interno constituye el insumo de este capítulo, pero evito exponer una síntesis sumaria e incompleta, sino que interrogo esa bibliografía en búsqueda de las incertidumbres, los puntos de vista divergentes y los intereses que permanecen en la investigación actual sobre el conflicto desde ámbitos no discursivos. Precisamente ese posicionamiento abierto a las tensiones en los análisis del conflicto, me permite avanzar hacia la justificación de un recorte temporal en su historia, para la conformación de un corpus de estudio. El recorte no pretende aislar un conjunto de textos para analizarlos, sino al contrario, reconocer la imposibilidad epistemológica de su aislamiento y su necesaria inserción y relacionamiento referencial con el panorama de un fenómeno histórico amplio y complejo, como lo es el conflicto armado colombiano.

El segundo capítulo de esta primera parte contextualizadora expone un estado de la cuestión, selecciona unas herramientas teóricas útiles para la interpretación y presenta una visión teórica de conjunto. Este capítulo permite avanzar a partir de los antecedentes de la problemática construida y hacer uso de herramientas teóricas analíticas en los capítulos siguientes.

La segunda parte del trabajo analiza la polémica que la retórica guerrillera construye contra el discurso de la Prosperidad nacional. Esto se lleva a cabo a través de tres capítulos: “Los estilos amplificatorios contrapuestos en los discursos gubernamental y guerrillero”; “Los marcos escénicos divergentes en la enunciación gubernamental y guerrillera”; y “La función polémica de las memorias en la interdiscursividad gubernamental y guerrillera”.

Los capítulos de esta segunda parte sostienen la idea de que los diversos recursos retóricos que aparecen como regularidades en los discursos guerrillero y gubernamental, no solo

permiten establecer una caracterización retórica de ellos, sino además analizar su funcionamiento en la pretensión de establecer polémicas en el espacio público, como un procedimiento de oposición a la política oficial y al discurso de la Prosperidad nacional. De esta manera, los recursos ligados a ese procedimiento son identificados, sistematizados y relacionados entre sí, a lo largo de esta segunda parte, en clave de la polémica en la esfera pública. En el primer capítulo de esta parte se reúne la dispersión de los recursos identificados en el corpus, a través de la contraposición de dos estilos retóricos que convergen en lo amplificatorio, pero divergen en la direccionalidad de sus amplificaciones, en una bipolaridad entre la celebración y la distopía al respecto de la situación pública. El segundo capítulo de esta parte analiza la puesta en escena que los discursos hacen de sí mismos, para contraponer dos escenografías identificadas; así, las escenas de la resistencia sociopolítica de la guerrilla chocan contra las del gerencialismo construido desde el gobierno de Santos. En el capítulo se muestra la tensión entre esos dos escenarios que los discursos disponen frente al país y lo que implican esas construcciones en torno a la visión de los ciudadanos como clientes/empresarios, o bien, como oprimidos/explotados. Finalmente, en el tercer capítulo se examinan contrastivamente las interdiscursividades presentes en los discursos gubernamental y guerrillero; la primera, ligada con la memoria neoliberal, y la segunda, con la memoria revolucionaria. Este examen destaca los anclajes, reactivaciones, adecuaciones, recortes y, en general, apropiaciones de esas memorias y su instrumentalización en el orden de la desacreditación de los enemigos, la dicotomización y la polarización de la opinión pública.

La tercera parte se concentra en la disputa por la verdad en el conflicto armado, en general, y en las relaciones erísticas en torno a la Prosperidad nacional, en particular. Se plantean tres capítulos: “Los objetos discursivos en disputa a través de esquematizaciones aletúrgicas”; “La historia en disputa: generación de confianza y desconfianza en el decir verdadero”; y “Lógicas de posicionamiento y de posesión de la verdad”.

Los capítulos de esta tercera parte desarrollan la problemática mayúscula encontrada en la relación entre discurso y conflicto armado: la lucha por la apropiación de la verdad histórica de la guerra, esto es, la orientación de los discursos hacia el establecimiento categórico de quién dice la verdad, y en el mismo sentido, quién miente y engaña sobre el conflicto mismo en el país. La instauración de esos discursos y sujetos del decir verdadero se basa en ciertas lógicas de posicionamiento que mantuvieron distanciados a los actores, anclados en la posesión de la verdad: la tercera parte, entonces, reconstruye esas lógicas que sostienen la

disputa por objetos discursivos, por la historia y por la realidad misma; elementos todos que construyeron la relación erística entre los discursos gubernamental y guerrillero. El centro de esta disputa resulta ser la aceptación o rechazo de la idea de un estado de Prosperidad nacional en curso, posibilitado por las políticas ejecutadas por la administración Santos y en cuya dinámica no cabría la continuidad de la guerra. En esa medida, se trata de una lucha por homogenizar una visión del desarrollo y bienestar del país, que depende de los posicionamientos contrapuestos e inscritos en los discursos, con los recursos retóricos explicados en la segunda parte del trabajo, y cuyo modo polémico se articula con el modo “aletúrgico” (o del “decir verdadero”) analizado en esta tercera parte.

Finalmente, en las conclusiones interpreto los recursos y procedimientos de la oposición política como costumbres oratorias y efectos de sentido. Esa interpretación se basa en la reconstrucción de las lógicas que subyacen a los posicionamientos, distanciamientos y apropiación de objetos discursivos como discursos verdaderos. A partir de allí, propongo que el análisis de la dimensión retórica y las relaciones problemáticas entre desacuerdo y verdad son centrales para los desafíos que enfrentará una eventual transición hacia el ejercicio de una oposición política sin armas por parte de las FARC-EP, actividad promovida por el acuerdo de paz firmado en agosto de 2016.

El aporte principal de esta investigación es la propuesta de una lectura retórica anticonsensualista al problema de la oposición política en los sistemas democráticos, con particular énfasis en las situaciones de violencia social y política sufridas en Colombia durante medio siglo. Presento esta lectura como un avance en dirección a una *retórica del desacuerdo*, es decir, un estudio no normativo ni prescriptivo de las costumbres oratorias y los efectos de sentido inscritos en el contradecir dicho y mostrado en el espacio público. La atención a los aspectos retóricos, en el periodo coyuntural analizado, muestra que para los actores armados solo hubo una forma de terminar la guerra: ganándola. El análisis indica que eso no significa necesariamente vencer al enemigo en el terreno militar; cuando esa tarea ha resultado imposible, son las palabras las encargadas de asegurarle la victoria a cada bando. La lectura retórica ayuda a comprender el hecho de que esa haya sido la vía hacia el cese de una guerra degradada y prolongada, en cuyo último tramo el desacuerdo político se tradujo en la acusación por las acciones silenciadas, el reclamo de las responsabilidades evadidas y la reducción del conflicto social a su dimensión bélica. Esos tres aspectos, que sintetizan prácticas y sentidos instalados acerca de la oposición política en el país, constituyen los

principales desafíos para el ejercicio del desacuerdo no violento en la vida política de generaciones de colombianos que seguimos hablando de paz, aunque conozcamos mejor la guerra.

PARTE I. CONTEXTUALIZACIÓN

Capítulo 1

Contexto del conflicto armado interno entre la guerrilla de las FARC y los gobiernos colombianos

En este capítulo interrogo la extensa bibliografía sobre el conflicto armado colombiano, para hacer una reconstrucción del surgimiento y desarrollo del discurso insurgente guerrillero de las FARC y, paralelamente, de los discursos que respondieron desde los gobiernos, en forma de contrainsurgencia.

Como la bibliografía disponible está centrada en las acciones y procesos político-históricos de la insurgencia, y existe muy poco sobre la dimensión discursiva imbricada en esas acciones y procesos, se requiere una revisión crítica que sirva de marco para problematizar la retórica en el conflicto armado interno.

En la primera parte del capítulo ofrezco un acercamiento al contexto general del conflicto armado colombiano, concentrado en las preguntas recurrentes -pero difíciles- en las que convergen los analistas.

En la segunda parte presento una caracterización de la guerrilla FARC, haciendo hincapié en sus rasgos diferenciales y en las polaridades en torno a la percepción sobre este grupo y que generan tensiones alrededor de su estatus, sus motivaciones, su organización interna, sus conductas de guerra y su evolución.

En la tercera parte justifico mi interés por los discursos del periodo agosto de 2010-agosto de 2012. Esta coyuntura representa el momento de quiebre de la salida del conflicto armado por vías exclusivamente militares, y a nivel discursivo, se trata del final de la idea según la cual la guerrilla estaría inminentemente derrotada (tesis del fin del fin, instalada por la Fuerza Pública). Concluyo, entonces, presentando esta etapa como el final del fin del fin.

Incluyo, por último, una línea de tiempo comparada sobre la historia internacional y local, desde el siglo XX hasta 2016, para ordenar los hechos sociopolíticos relacionados directa e indirectamente con el conflicto armado interno, en clave cronológica.

1.1 Contexto del conflicto armado colombiano: las preguntas difíciles

En una escena del documental sobre el conflicto armado colombiano, titulado «No hubo tiempo para la tristeza» (CNMH, 2014)³, el líder comunal del golpeado municipio de Bojayá, en la costa pacífica colombiana, Antún Ramos, cuenta su asombro al encontrarse a un niño de unos nueve años armado con fusil, municiones y camuflado guerrillero, vigilando las calles polvorientas y las casas de madera del empobrecido municipio de agricultores y pescadores. Cuando el líder le pregunta al niño por qué lleva esas armas, el pequeño le grita con voz aguda y marcial: «¡vamos a acabar con la oligarquía!»

Este mínimo relato de la guerra, que condensa la fuerza de su absurdo, no resulta del todo comprensible para la mayoría de extranjeros que apenas han escuchado sobre el conflicto armado colombiano desde retazos de noticias y testimonios de migrantes en sus países de refugio. Así, las conversaciones cotidianas sobre el conflicto en el escenario internacional incluyen preguntas recurrentes sobre la violencia colombiana, su sentido y las causas de su permanencia.

Pero las respuestas no son sencillas, y mucho menos, unívocas. Hablar sobre el conflicto es también dejar filtrar una visión particular desde la experiencia más o menos cercana con la violencia política en el país. Tal vez los extranjeros no saben que la mayoría de los colombianos hemos sido atravesados diametralmente -aunque a veces sin saberlo- por una guerra construida por otros y, del mismo modo, contada o referida desde versiones distintas. Esa multiplicidad y la permanencia del conflicto ha dificultado elaborar una memoria compartida, tanto del presente como del pasado; asimismo, hace difícil la descripción del contexto histórico y político que enmarca los hechos del conflicto.

Una estrategia para lidiar con esas dificultades declaradas es destacar las preguntas que recurrentemente ha suscitado la confrontación, es decir, usar los interrogantes que los analistas del conflicto siguen pensando, para contextualizar el problema desde sus cuestiones más atendidas, y por tanto, menos sencillas. A continuación se presentan esas preguntas.

1.1.1 ¿Cuándo empezó esta guerra?

Se puede pensar en perspectivas de tiempo largo y medio para ubicar el origen del conflicto armado. Esa ubicación no es un asunto menor ni exclusivamente historiográfico,

³ El documental « No hubo tiempo para la tristeza » (CNMH, 2014) explora las razones por las cuales Colombia ha sufrido un conflicto armado durante más de medio siglo y cómo sus víctimas han sobrevivido y resistido a esta violencia degradada. El relato está basado en los hallazgos del Informe *¡Basta ya! Memorias de guerra y dignidad*, del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2013a).

pues cada decisión sobre el punto de origen influye en las diferentes posturas que pueden asumirse con respecto a las causas de la confrontación (Pizarro, 2015:7). Además de su relación con la construcción de una causalidad, la determinación del origen también ha ayudado a representar el conflicto como un fenómeno social con raíces más o menos profundas y encarnadas, y en ese sentido, con la gravedad de una duración que puede medirse en siglos o en años.

Las perspectivas de tiempo largo van hasta el siglo XIX para ubicar el origen del conflicto, y particularmente, hasta las guerras civiles libradas en torno al nacimiento del Estado nación. La década que separa el grito de independencia (1810) de la fundación de la República (1821) no es un periodo de consolidación nacional ni de la creación de una «comunidad imaginada» (Anderson, 1983)⁴ que apoyara la función social del Estado: «la creación de integración política por medio de la construcción de vínculos emocionales entre los ciudadanos, y de ellos con el territorio nacional» (González, 2014:101). Por el contrario, los procesos de independencia y los inicios de la República profundizaron las fragmentaciones regionales, la incomunicación entre los grupos sociales de la periferia⁵ con los del centro y las divisiones de las élites en una lógica maniqueísta, radicalizada y excluyente: federalistas contra centralistas⁶, realistas contra patriotas⁷, y posteriormente, liberales contra conservadores, hicieron del proyecto de unidad nacional apenas una declaración de intenciones y una bandera que seguiría izándose desde cada orilla. De este modo, las guerras civiles del siglo XIX (ocho nacionales y catorce regionales) prefigurarían el conflicto armado contemporáneo (Sánchez, 1985), cuyo origen más lejano sería la conformación de una «*comunidad política escindida en partidos políticos contrapuestos, cuyos copartidarios*

⁴ La característica principal de esas comunidades es el asumirse unidos por un conjunto de referentes comunes en torno al pasado, el presente y el futuro, reales o ficticios, posibilitados por un sentimiento y una conciencia nacional de patria compartida (Anderson, 1983).

⁵ Se requiere considerar una visión amplia de «lo periférico», que no lo supedita exclusivamente a lo geográfico, pues aun en zonas de «centro» se puede vivir el abandono de la protección del Estado y la marginalización de las élites en el poder. Para Trejos (2013:110), «Las periferias o zonas de frontera interna deben ser entendidas como la suma de tres componentes estratégicos: el territorio como espacio geográfico, lo social como fuente de apoyo humano (directo e indirecto) y finanzas; y lo político como elemento generador de legitimidad. Es por esto que la guerra en Colombia ha convertido a los municipios, ubicados en dichas zonas, en escenario central de sus dinámicas».

⁶ A principios del siglo XIX se enfrentaron en una guerra civil dos bandos del mismo territorio nacional: quienes apoyaban la autonomía de las provincias que conformaron la Federación de las Provincias unidas de la Nueva Granada (Federalistas, representados principalmente por Camilo Torres) y quienes abogaban por un Gobierno central, regido por la Constitución de Cundinamarca, de la Provincia de Santa Fe de Bogotá (Centralistas, comandados por Antonio Nariño).

⁷ Con estas denominaciones se conoce a los ejércitos que lucharon a favor (patriotas) y en contra (realistas) de la independencia de los territorios colombiano, venezolano, peruano, ecuatoriano y boliviano (las llamadas «Repúblicas bolivarianas»), asediados por la monarquía borbónica española, en el siglo XIX.

excluyen a los distintos como enemigos absolutos situados por fuera de la patria, a la vez que incluyen a los grupos subordinados dentro de sus partidos mediante relaciones clientelistas» (González, 2014:194-195).

Es precisamente esa escisión heredada el escenario donde surgen los partidos políticos tradicionales colombianos, Liberal y Conservador (Palacios y Safford, 2002). Para González (2014:179, 209), se trataba de «coaliciones de grupos oligárquicos que competían por el poder en las localidades (...), que se van alineando en uno u otro de los partidos, según las vicisitudes concretas de las guerras y de los enfrentamientos políticos que las acompañan». No fueron, pues, grupos homogéneos ni ideológicamente sólidos, pero aun así tuvieron que enfrentar el desafío de unificar las regiones y subregiones en torno a ideales aún en construcción, y sobre todo, antes de la consolidación del Estado nación. Wills (2015:766-769), destaca, en este sentido, que

para 1850 ya era posible hablar de un partido liberal y uno conservador, cada uno articulado como red multclasista de tipo clientelista (...), trenzados entre sí en rivalidades que, en un contexto de debilidad estatal, desembocaban en enemistad entre dos comunidades que se auto-reivindicaban cada una como portadora de la auténtica nación.

Los factores de mayor diferencia y polarización entre liberalismo y conservatismo fueron, sin duda, la continuidad o no de la tradición política e institucional del Estado colonial, y el papel y poder otorgado a la Iglesia católica, así como su injerencia en los gobiernos conservadores⁸. El enfrentamiento entre una visión religiosa para la dirección del país y otra liberal-laica sembró la semilla de una discordia profunda e insalvable, que germinaría permanentemente durante el siglo XIX en múltiples violencias. A su turno, cada partido justificó la barbarie y la muerte del enemigo sobre la construcción de «lo sagrado»: la doctrina moral del catolicismo, en el caso de los conservadores; y la libertad del individuo, en el caso de los liberales. En síntesis, la sacralización de la política (Blair, 1995) y de los fines en cada bando sirvió para la exclusión de la participación y de los fines del opositor, así como para la validación de los medios utilizados.

La guerra civil que cierra el siglo XIX, conocida como la Guerra de los Mil Días (1899-1902), dejó en evidencia que el centralismo de la Constitución política conservadora (1886) fue apenas formal, pues no pudo lidiar con la fragmentación del poder existente en la sociedad y la débil presencia del Estado en amplias zonas periféricas del país (González,

⁸ Esta injerencia queda ilustrada en las palabras que destaca Alape (1985:153) pronunciadas por el Papa Pío XII: «En estos tiempos de inquietudes y tan decisivos para la salud del hombre para el orden y la paz entre los pueblos, la Iglesia llama a ella a todos los hombres de buena voluntad para que luchen contra el comunismo que es un mundo inhumano y anticristiano».

2014:198-200). En este periodo, la fragmentación no solo acontecía entre partidos sino además dentro de ellos, en busca de su integración con el centro y de participación en la vida política nacional. Las primeras guerrillas liberales, de hecho, fueron disidentes de la dirección tradicional del Liberalismo, se concentraron en las regiones menos centrales y defendieron la lucha armada como único medio posible para acabar con la «Hegemonía conservadora», que mantuvo en el poder a este partido durante 44 años (1886-1930). Estas guerrillas estuvieron conformadas por grupos sociales marginados o ignorados por el centro, colonizados tardíamente y liderados por caudillos populares espontáneos:

Allí se hará más evidente la tendencia a la degeneración del conflicto político hacia formas de bandolerización, guerra sucia y limpieza social. Esta diversidad de estilos y de ubicación de la guerra mostrará las diferencias entre un país integrado en el centro y un país que se organiza en las zonas periféricas de la frontera agraria, al cual la contienda armada le sirve de medio para insertarse en la vida política de la nación (González, 2014:202-203).

Desde sus orígenes, pues, la lucha guerrillera en Colombia ha evidenciado la conflictividad entre centro y periferia, y la configuración de poderes regionales a través de diferentes formas de alianza, cooptación y control del territorio y de las poblaciones más abandonadas. A finales del siglo XIX, la respuesta de los sucesivos gobiernos conservadores fue directa y feroz: se les combatiría a sangre y fuego; es que la guerra de guerrillas amenazaba cada vez más el dominio político de las élites sobre los campesinos independientes, exhortaba a la protesta social y con ello al empoderamiento de los menos favorecidos, y tenía efectos negativos sobre la economía, sustentada en la actividad agrícola.

En esta convulsa transición hacia el siglo XX se puede pasar también de las perspectivas explicativas de tiempo largo hacia las de tiempo medio, donde suele ubicarse el origen del conflicto en diferentes coyunturas del siglo pasado: el último tramo de la Hegemonía y represión conservadora, hasta 1930; el periodo conocido como «La Violencia» (1948-1958); y el Frente Nacional (1958-1974).

En el último tramo de la Hegemonía conservadora se agudizó la protesta social por parte de obreros, campesinos y artesanos, conjugada con la penetración de las ideas socialistas como alternativa de poder y de organización social contra la incipiente industrialización y la entrada del capitalismo en el país. La protesta social de principios del siglo XX, como advierte Vega (2002b:94-95), estuvo presente desde el siglo anterior, pero es sobre todo desde la década del 20 cuando las movilizaciones toman la iniciativa, con un carácter más organizado. Los movimientos agrarios se oponían a la estructura de la tenencia de la tierra y a las difíciles condiciones de vida y de trabajo de los campesinos, colonizados por

terratenientes y latifundistas, o desplazados por ellos en el proceso de extensión y toma de baldíos. Se trató de un orden social y jurídico que promovió la concentración de la propiedad de la tierra por parte de colonizadores, hacendados y grandes propietarios rurales, y que reaccionó violentamente contra cualquier manifestación (organizada o espontánea) de desacuerdo. La persistencia y profundización de estos conflictos agrarios ayudó a la mayor recepción del discurso socialista en el ámbito rural; una recepción que

integraba libremente múltiples tradiciones, socialistas, anarquistas, comunistas y sindicalistas, lo cual era producto, de una parte, de la poca comprensión teórica y programática de cada una de esas tendencias políticas, y de otra parte, porque se consideraba que todas ellas eran expresión múltiple del mismo ideal revolucionario de construir una sociedad más justa, humana e igualitaria (Vega, 2002a:15).

También Palacios (2009[1983]:345) concuerda con que los discursos socialistas y marxistas hubieran «caído en el vacío de no haber sido porque las haciendas alcanzaron un punto de conflicto social al que solo faltaba expresión política». Esa búsqueda de un lenguaje explica la fácil articulación que hizo el discurso de la protesta social entre las consignas generales de la Revolución francesa y las de la Revolución rusa, por ejemplo. Estas hibridaciones llevaron a la configuración de un viejo proyecto político de construcción de un «socialismo mestizo» que amalgamara las tradiciones y necesidades locales con las ideas internacionales sobre justicia social (Vega, 2002a:21).

Pero el efecto de la adopción de ese nuevo lenguaje para traducir las antiguas inconformidades fue la demonización del socialismo y del comunismo por parte de las élites gubernamentales. La Iglesia católica y los gobiernos conservadores de esta época denunciaron un complot terrorista del Partido Socialista Revolucionario y del comunismo internacional, presentados como contrarios al espíritu de la nación -supuestamente conservador y católico- para justificar la represión violenta de la protesta social. El fin de la Hegemonía conservadora está marcado e influido por esta «profunda incompreensión de los problemas sociales, tanto en las ciudades como en el campo, y la creciente impopularidad de sus medidas represivas contra la inquietud social» (González, 2014:246).

La segunda coyuntura en la que puede ubicarse el origen del conflicto armado colombiano

es el periodo conocido como *La Violencia* (1948-1958). Con este rótulo⁹, la historiografía colombiana reúne un proceso sangriento de degradación de las luchas bipartidistas y procesos de exterminio popular por parte de las élites, en la mayor parte del territorio colombiano, desde las pugnas entre Liberalismo y Conservatismo debido a la recuperación del poder por parte de los liberales, en 1930, como antecedente; el asesinato del caudillo populista Jorge Eliécer Gaitán (9 de abril de 1948, el *Bogotazo*); la restauración conservadora o retoma del poder por parte de este partido (1946-1957); hasta el inicio del acuerdo de repartición burocrática de la presidencia entre liberales y conservadores, o «Frente Nacional», en 1958. El periodo de La Violencia representa el momento de mayor radicalización bipartidista y de arremetida antipopular de las élites liberales y conservadoras, que incluyó no solo la exclusión política de los adversarios, sino también su eliminación de facto a través de ejércitos paramilitares y paraestatales. Estos grupos fueron cuerpos armados al margen de la legalidad, encargados de hacer el «trabajo sucio» contra los simpatizantes y miembros del partido contrario.

La oposición Conservadora, durante la república Liberal (1930-1946), utilizó el radicalismo de la Iglesia católica para presentar la lucha política como campo de disputa de inamovibles morales; en ese sentido, se construyó la idea de que la sociedad colombiana estaba dividida entre amigos y enemigos de la cristiandad y de las «buenas costumbres». Por su parte, los liberales en el poder no lograron implementar una reforma agraria profunda que contrarrestara los problemas del mundo rural; en general, «el intento de modernización parcial, sin romper con la división bipartidista, no fue lo suficiente lejos en la tarea de configurar al Estado como un real espacio público de resolución de conflictos, ni de lograr una plena participación popular» (González, 2014:279).

En ese clima de polarización, el Partido Comunista Colombiano y, en general, los partidos alternativos a la dicotomía liberal/conservador no supieron capitalizar el momento para constituirse en alternativas de poder. Los comunistas terminaron simpatizando y apoyando a los liberales, y esta adherencia fue utilizada por los conservadores para profundizar la lucha legal e ilegal contra ellos, aún más en el momento de recuperar el poder, durante la

⁹ Rodríguez (2014:159-160) hace ver que se trata de un término que ha servido para aligerar compromisos del Estado colombiano en la victimización de la sociedad civil, pues el rótulo «sustancializa los hechos de violencia presentándolos como una sumatoria anómica que se resiste a ser explicada o comprendida, y sustrae este hecho histórico del marco de la lucha de clases y la disputa por el poder público en el país. La mal llamada ‘Violencia’ (...) fue una cruzada antipopular en la que la oligarquía liberal-conservadora buscó extinguir las demandas sociales y mantener los privilegios de terratenientes y capitalistas, a la que se sumó una disputa por la hegemonía electoral y burocrática». Ya Pécaut (1987:490) había observado esa anomización que convino a un sector de las élites: «[e]sta denominación permite ocultar los rastros de las estrategias de violencia que una parte de esas élites promovió sistemáticamente».

restauración conservadora (1946-1957). El ascenso del caudillo Jorge Eliécer Gaitán en el panorama político de la época tuvo que ver con el desenmascaramiento de esa polarización y de los atropellos del régimen bipartidista; sin embargo, el movimiento gaitanista no logró trascender el culto a la personalidad y al liderazgo del caudillo carismático, ni la construcción de un discurso incendiario que movía más hacia la profundización de pasiones violentas que hacia la superación de los odios heredados y las ‘venganzas de sangre’.

Desde diferentes perspectivas y con distintos énfasis, los analistas del conflicto armado (CHCV, 2015; González, 2014; Sánchez, 1990; etc.) reconocen en el asesinato de Gaitán y en el Bogotazo el inicio del desborde de la violencia política en el siglo XX, de su generalización en el país y de la crisis más severa del Estado. Una nueva oleada de guerrillas campesinas, bandoleros y, en general, vengadores *nueveabrileros*, inundó el territorio nacional con la sangre derramada por la guerra sucia, siempre reivindicada como respuesta a una agresión primera, en el corto, mediano o largo plazo. Para Pécaut (2015:610), La Violencia «trastornó una gran parte de la sociedad, dejó marcas reales e imaginarias que aún sobreviven, al igual que la convicción de amplios sectores de que la violencia y no el Estado de derecho rige las relaciones sociales»; de ahí que haya sostenido principalmente las motivaciones de los movimientos guerrilleros, tanto liberales como comunistas (Duncan, 2015; Torrijos, 2015), pero también haya legitimado la fuerza estatal sin importar los medios, en un bloque de poder u orden contrainsurgente ciego y arbitrario (De Zubiría, 2015; Estrada, 2015; Fajardo, 2015; Giraldo Moreno, 2015; Guerrero, 2011; Vega, 2015).

A nivel discursivo, los Conservadores hicieron una lectura complotista del Bogotazo, acusando al Comunismo internacional del magnicidio de Gaitán y se apropiaron del discurso anticomunista estadounidense, desde los albores de la Guerra fría. Ese anticomunismo dominó la escena política durante los años siguientes y fue una de las causas por las cuales se ofreció indulto a las guerrillas liberales, mientras que se intensificó la persecución militar contra las guerrillas comunistas. Las relaciones entre ellas ya eran hostiles por las disputas en torno al control de los territorios, las líneas de mando y la disciplina de combate. La amnistía ofrecida por el gobierno militar de Rojas Pinilla (1953-1957) terminó de fragmentar a las guerrillas (si bien nunca lograron unificarse): la mayor parte de las liberales se desmovilizaron, mientras que las comunistas se replegaron a las zonas de frontera en el sur del país. Allí aprovecharían ciertos rasgos de la composición social de la región y el desarraigo territorial de los combatientes (Medina Pineda 1986:247-254) para consolidar un proyecto de insurrección armada que derrocará al Estado, es decir, una transformación de su

naturaleza inicial de autodefensa campesina hacia la construcción de un proyecto de toma del poder por medio de las armas.

Una tercera coyuntura del siglo XX en la cual ancla el conflicto armado colombiano es el pacto bipartidista que, durante 16 años, alternó la presidencia y repartió los puestos públicos entre liberales y conservadores. El llamado «Frente Nacional» (1958-1974) fue el acuerdo que pondría fin a la La Violencia a través de la paridad burocrática, y asimismo, reconciliaría a la Iglesia católica con el partido Liberal. No obstante, las dificultades para integrar grupos al margen del bipartidismo hicieron que el Frente Nacional fuera percibido como un régimen excluyente; esa percepción de exclusión política -real o construida discursivamente- fue utilizada como argumento para el levantamiento o la continuación de la lucha armada por parte de las guerrillas comunistas, particularmente de las marxistas-leninistas (González, 2014:326). Si bien la característica de régimen excluyente como origen del conflicto contemporáneo no es compartida por varias analistas (Estrada, 2015; Gutiérrez, 2015; Pécaut, 2015; Wills, 2015, entre otros), sí se reconoce que el Frente Nacional funcionó como una política del olvido que pretendía hacer borrón y cuenta nueva sobre el pasado de La Violencia, ignorando la reconstrucción del tejido social, la reconciliación y reparación de las víctimas.

Además, según Pizarro (2015:38), su debilidad más notable fue la despolitización y desapego de los ciudadanos tanto a los partidos políticos como a los órganos de representación popular, relacionada con la decepción de las expectativas puestas sobre el Frente Nacional, en materia de reformas sociales. Dávila (1999:66) y Gutiérrez (2015:510) desprenden también de ese régimen la configuración de un «clientelismo moderno» como sistema político que desplazó la lucha externa bipartidista hacia luchas internas burocráticas por obtener los puestos de poder. Con todo, en términos del origen del conflicto armado contemporáneo, el argumento más fuerte para ubicarlo en el Frente Nacional no es la exclusión ni el clientelismo, sino la paradójica condición de que, con el apaciguamiento del sectarismo, eliminó también «la capacidad de canalizar los grandes conflictos y los graves problemas sociales que afrontaba el país» (Dávila, 1999:68) en un solo fenómeno, claro y sin ambages, como lo era el bipartidismo polarizado. El conflicto armado posterior, en cambio, no cuenta todavía con un relato común y compartido, que permita su comprensión más allá de visiones opuestas de ese relato, que frecuentemente se anulan o se niegan entre sí.

1.1.2 ¿Quiénes son los actores del conflicto?

Contra una visión simplista del conflicto armado colombiano, sus analistas han problematizado la cuestión de los actores y de sus intenciones, para evitar una visión superficial que haría pasar el conflicto como una guerra entre dos bandos. Una mirada de mayor alcance sobre los actores lleva a ligar este asunto con el de la ubicación temporal del origen, sobre la cual no existe consenso, como vimos anteriormente; así, cada etapa histórica involucra nuevos actores que intervienen de maneras diferenciadas en el desarrollo de las confrontaciones. En ese sentido, una segunda dificultad estriba además en la heterogeneidad de los sujetos que asumen roles en esta guerra y cuya etiqueta de *actores* inevitablemente los homogeneiza. Pero tampoco podría hablarse de sujetos individuales, soberanos, a través de perfiles particulares que reducirían su condición relacional al aislamiento de las voluntades; aquí «usar la palabra *actor* significa que nunca está claro quién y qué está actuando cuando actuamos, dado que un actor en el escenario nunca está solo en su actuación» (Latour, 2005:73). Finalmente, un tercer problema en la identificación de los actores es el riesgo de diluirlos en una versión explicativa del conflicto orientada exclusivamente desde unas «causas subjetivas», es decir, la decisión política, consciente y deliberada, de levantarse en armas contra un orden establecido.

La historicidad, diversidad, interacción y segmentación de los actores lleva a pensar que no se trata de un conflicto bipolar sino multipolar, en el que la oposición política y el uso de la violencia se da entre más de dos sectores, difícilmente diferenciados (Pizarro, 2015:52). Aun si se utilizan categorías generales más o menos estables para contraponer dos bloques de poder, como podría ser la antítesis insurgencia/contrainsurgencia, es decir, guerrilleros y contraguerrilleros legales (fuerzas armadas estatales) e ilegales (paramilitares), se omite la aparición permanente de actores que se han involucrado en la guerra para sus beneficios personales, como es el caso de los narcotraficantes, los líderes políticos locales y las empresas aliadas con los grupos armados al margen de la ley. El papel de estos terceros «oportunistas» (Pécaut, 2015:643) no ha sido menor en la violencia, pero suele quedar soslayado tras los actores armados guerrilleros y contraguerrilleros. Finalmente, otro actor que algunos analistas (Estrada, 2015; Fajardo, 2015; Rojas, 2005; Vargas, 2002; y especialmente, Vega, 2002a, 2002d, 2015) han señalado como protagonista directo, aunque también soslayado, es Estados Unidos; específicamente, su injerencia política, económica y militar en el desarrollo del conflicto armado.

Debido a su extracción social, mayoritariamente rural y su ubicación en las zonas periféricas, las guerrillas colombianas están asociadas fuertemente con el problema agrario¹⁰, esto es, la colonización, distribución y concentración de la propiedad, así como las relaciones conflictivas entre colonizadores y colonos. Desde la lectura de algunos sectores de la izquierda colombiana, los orígenes de la guerrilla van, inclusive, hasta las guerras de independencia decimonónicas, cuando en el proceso de restauración de la monarquía española en sus colonias americanas, las tropas ‘patrióticas’ fueron golpeadas por las ‘realistas’, se refugiaron en los Llanos Orientales y se organizaron como guerrillas de resistencia. Ya a mediados del siglo XX continuará la guerra de guerrillas en la misma región, esta vez entre liberales y conservadores:

Los liberales se orientaban a un golpe militar, organizado por algunos militares que simpatizaban con el Liberalismo. El golpe falló, pero de este intento se desprendió la primera resistencia armada que comenzó en los Llanos Orientales y luego se fue extendiendo por otros lugares del país (Vieira¹¹, entrevistado por Alape, 1985:72-73).

Pero es hasta la década del 60, en el contexto de los múltiples alzamientos en armas de la izquierda latinoamericana (Wickham-Crowley, 2001), que las guerrillas colombianas empiezan a configurar programas de toma del poder a través de la revolución armada. Dentro de estas guerrillas, las FARC se destacarán por sus sólidas bases rurales, producto de largos años de autodefensa frente a la violencia estatal (Pécaut, 2015:622), su creación de un poderoso mito fundacional en torno al héroe campesino (Pécaut, 2013; Pizarro, 2011; Uribe-Calderón, 2007) y su longevidad durante más de medio siglo, en lo que Pizarro (1999) ha denominado elocuentemente como *insurgencia crónica e insurgencia sin revolución* (Pizarro, 1996). En este sentido, es claro que la problemática agraria es el contexto dentro del cual surgen las guerrillas colombianas contemporáneas, pero ellas no son un ‘resultado automático’ de esas estructuras sociopolíticas, es decir, no son solo una respuesta a la violencia sistemática de las instituciones; así lo advierten Ferro y Uribe (2002:18): «Detrás de la violencia política no hay sólo situaciones objetivas, sino también la elaboración de estrategias, desarrollos organizacionales y construcción de idearios políticos por parte de los actores».

¹⁰ Existen dos casos excepcionales a este respecto: el primero es el MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino), entre 1959-1966, que criticó al Partido Comunista y promovió la lucha guerrillera para la toma del poder en las ciudades, con influencia guevarista (Díaz, 2010). El segundo caso es el del M-19 (Movimiento 19 de abril), la guerrilla de mediados de los años 70, desmovilizada en los albores de la década del 90, que introdujo en el ámbito insurgente un bolivarianismo de izquierda y reivindicaciones en torno a la participación democrática a través de una estrategia de «populismo armado» (Narváez, 2012).

¹¹ Gilberto Vieira, intelectual marxista, fue el Secretario general del Partido Comunista Colombiano entre 1947 y 1991.

La Fuerza Pública (Ejército, Fuerza Aérea, Armada y Policía nacional) constituye en el conflicto un actor contrainsurgente que ha estado históricamente inclinado hacia la coalición con las élites represivas de la protesta social, la lucha anticomunista y la lucha antiterrorista global, e inclusive, con las fuerzas ilegales paraestatales y paramilitares (CNMH, 2013a; Vargas, 2002). Para Leal (2011:4), las políticas de manejo de la Fuerza Pública han estabilizado una «persistente militarización de la seguridad», desde la década del 60, reemplazando la doctrina de defensa nacional (salvaguardia de la soberanía) por la de seguridad nacional (contra el comunismo como enemigo interno y externo), y en el presente siglo traduciendo la seguridad como antiterrorismo. Frente a las guerrillas, la Fuerza Pública ha desplegado una firme radicalización contra el reconocimiento de su estatus político y de beligerancia; esta posición se ha manifestado, sobre todo, en los sucesivos procesos de paz, a los que usualmente se han opuesto, especialmente, amplios sectores de la cúpula militar:

Los militares han expresado su oposición a las políticas de paz gubernamentales de una manera permanente y efectiva, apoyando tácitamente –cuando no, de hecho, promoviendo– a los grupos paramilitares. En ocasiones, oficiales de rango alto y medio han alentado la formación de dichos grupos (*Human Rights Watch*, 2001). Esta oposición *de facto*, realizada mediante acciones más que con argumentos, ha operado en contra de cualquier política que pueda implicar negociación con los grupos guerrilleros (Bejarano, 2010:53-54).

Los paramilitares han sido cuerpos armados ilegales que se han enfrentado con las guerrillas y demás actores armados, promovidos por élites insubordinadas que requieren provisión de seguridad por parte del Estado y que no pueden obtenerla por diferentes razones (Gutiérrez, 2015:518). Estos grupos buscan el control del territorio, la cooptación de las poblaciones y la penetración en las estructuras del poder estatal, nacional y regional. Si bien suele hablarse del paramilitarismo como ejércitos privados surgidos en la década del 80, como reacción al crimen organizado y específicamente al secuestro y al narcotráfico, algunos analistas (Estrada, 2015; Giraldo Moreno, 2015; Moncayo, 2015; entre otros) han advertido que el fenómeno paramilitar hunde sus raíces en La Violencia bipartidista, con los grupos armados de filiación conservadora («pájaros» y «chulavitas»), y que su auge en los 90 se dio no solo por la presencia diferenciada del Estado, que llevó a la privatización de la seguridad en amplias regiones productivas, sino en muchos casos por alianzas con el aparato estatal y en connivencia con la Fuerza Pública (CNMH, 2013a). En este sentido, se ha hablado del paramilitarismo como política antisubversiva y como terrorismo de Estado (Medina, 2007; Vega, 2015). El fenómeno, además, está fuertemente asociado con las luchas por las rentas del narcotráfico, que convirtieron a estos grupos armados en verdaderos ejércitos

centralizados y en «señores de la guerra», con control militar y político en varias regiones y subregiones del país (Duncan, 2006).

Estos tres actores (guerrillas, Fuerza Pública y paramilitares), según el CNMH (2013a), han ajustado sus prácticas de acuerdo con las interacciones de poder entre ellos y el desarrollo del conflicto mismo, en un proceso de degradación creciente. Las prácticas violentas, así, se volvieron distintivas de cada grupo armado:

los paramilitares estructuraron e implementaron un repertorio de violencia basado en los asesinatos selectivos, las masacres, las desapariciones forzadas, las torturas y la sevicia, las amenazas, los desplazamientos forzados masivos, los bloqueos económicos y la violencia sexual. Las guerrillas recurrieron a los secuestros, los asesinatos selectivos, los ataques contra bienes civiles, el pillaje, los atentados terroristas, las amenazas, el reclutamiento ilícito y el desplazamiento forzado selectivo. Además afectaron a la población civil como efecto colateral de los ataques a los centros urbanos, y de la siembra masiva e indiscriminada de minas antipersonal. La violencia de los miembros de la Fuerza Pública se centró en las detenciones arbitrarias, las torturas, los asesinatos selectivos y las desapariciones forzadas, así como en los daños colaterales producto de los bombardeos, y del uso desmedido y desproporcionado de la fuerza (CNMH, 2013a:35).

En cuanto a los actores «oportunistas» (Pécaut, 2015:643), se caracterizan por haber promovido o admitido, desde posiciones de influencia social, política y económica, formas de violencia contra la población civil. Los agentes políticos nacionales y regionales, la delincuencia organizada y los carteles del narcotráfico no ligados con el paramilitarismo hacen parte de este grupo de actores que han participado en el conflicto en búsqueda de beneficios personales, específicamente económicos. Para Pizarro (2015:53), «igualmente, caben en esta categoría empresas nacionales o multinacionales que se aliaron con frentes paramilitares con el fin de generar un desplazamiento de la población, ocupar sus tierras de manera ilegal o comprarlas por debajo de su valor comercial». El problema de estos actores también involucra el papel del modelo económico de inversión extranjera y de apertura a las multinacionales, procesos que se vienen profundizando desde la década del 90 con la adopción del neoliberalismo, y que en las últimas décadas se ha traducido en economías de orden extractivista en América Latina (Göbel y Ulloa, 2014). Así, la industrialización agrícola y minero-energética ha llegado a realizarse de manera violenta, especialmente en las zonas periféricas donde los grupos armados ilegales se han replegado o han logrado control sobre el territorio. Para Fajardo (2015:392), además, las políticas de asociación de pequeños campesinos con grandes empresas contribuyen al despojo de las tierras desde la «empresarización» expropiatoria del campo. Estos procesos agravan el conflicto armado, pues legalizan la desigualdad y agravan formas de violencia, como el desplazamiento, para

garantizar el capital privado basado en la explotación de los recursos naturales por parte de las empresas multinacionales.

Por último, la colaboración económica y militar de Estados Unidos en la lucha contrainsurgente ha sido costosa para la cultura política en el país, pues le ha permitido un nivel de injerencia que pone en duda las garantías sobre la soberanía nacional y la autonomía de los diferentes gobiernos que, desde la década del 40, han acogido los modelos norteamericanos. Para Vega (2015:751), se trata de una «*alianza estratégica* que beneficia mutuamente a las dos partes [élites gubernamentales], pero que perjudica a las mayorías sociales de nuestro país». En esta medida, las lecturas antiestadounidenses corresponsabilizan a esas élites extranjeras de los crímenes cometidos por la Fuerza Pública y por los paramilitares, aduciendo que las han patrocinado directa o indirectamente. La denominada «Guerra contra el terrorismo global», a raíz de los ataques contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, mutó el discurso anticomunista y antinarcóticos por el de la seguridad global antiterrorista, profundizando esa injerencia extranjera en un contexto unipolar (Vargas, 2012); así, el discurso del terrorismo logró articularse con la crisis de seguridad pública en Colombia, en el momento en que la guerrilla de las FARC había invertido a su favor la correlación de fuerzas y parecía estar a punto de ganar la guerra (COP, 2009). La adherencia acrítica al discurso antiterrorista y su amalgama con la lucha contrainsurgente, desde los gobiernos colombianos del presente siglo, ha implicado más directamente a Estados Unidos como actor del conflicto armado interno.

1.1.3 ¿Cuál es el nombre de este fenómeno violento?

Entre la abundante bibliografía al respecto, uno de los libros más valiosos, que recopila investigaciones del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, de la Universidad Nacional de Colombia, tiene un título provocador y sorprendente: «Nuestra guerra sin nombre» (Gutiérrez y Wills, 2005). La carencia de un nombre no es menor; los colombianos hemos vivido el horror de un fenómeno cuyo anonimato hace parte de su incomprensión y de la dificultad de contenerlo en los límites de la palabra. Pero es una guerra sin nombre, no porque haya hecho falta nombrarlo o etiquetarlo, sino precisamente por todo lo contrario: se trata de una guerra con un exceso de nombres, ninguno de ellos satisfactoriamente compartido.

En el fondo, lo que se enfrenta es la pregunta por la estabilización de la identidad de un fenómeno social a través de un concepto que pueda definirlo. Es que la guerra también ha

sido una disputa por la construcción e instalación de sentidos, como lo anota Foucault (1970[1992]:6): «el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha». En este sentido puede leerse esa íntima relación entre política, guerra y lenguaje, que aparece en el pensamiento hobbesiano y que Watkins (1965, citado por Rodríguez, 2010:113) denomina ‘nominalismo de Estado’: la entrega al soberano del poder semántico absoluto, la potestad para nombrar, justificada en la defensa del orden, la seguridad y la paz. En el caso colombiano, se ha tratado de un nominalismo estatal que, si bien «no reemplaza la fuerza militar, sí complementa su alcance» (p.123), configura los modos de comprender y sobrevivir nuestra guerra y compromete a las instituciones con versiones particulares, parcializadas y hegemónicas sobre la realidad de la violencia.

El caso más extremo de ese nominalismo, por sus efectos profundos en la polarización social a favor y en contra de las políticas contrainsurgentes, fue la construcción de todo un proyecto gubernamental de instalación de un nuevo lenguaje para nombrar el conflicto, alrededor del discurso antiterrorista. La denominada Política de Seguridad Democrática¹², implementada desde el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), fue el eje programático de ese proyecto nominalista a partir del cual el conflicto armado pasó a ser presentado como ‘amenaza terrorista’; las guerrillas como ‘narcoterroristas’ y ‘narcoguerrillas’; la Fuerza Pública como ‘héroes de la patria’; los paramilitares no desmovilizados como ‘bandas criminales emergentes’; los desplazados por la violencia como ‘migrantes internos’, etc. (Botero, 2008; Gaviria, 2005).

A nivel de los estudios sobre la violencia, tanto oficiales como independientes, también se ha generado una heterogeneidad de formas de nombrarla, con distintas implicaciones sobre todo en lo que subyace en esas nominalizaciones y en lo que ellas terminan silenciando o simplificando. Existen dos grupos importantes de esos nombres, cada uno con variaciones en

¹² Durante el cuatrienio 2002-2006 su nombre completo fue «Política de Defensa y Seguridad Democrática» (Presidencia de la República, 2003). De 2006 a 2010 se le dio continuidad, bajo el nombre de «Consolidación de la Seguridad Democrática» (MINDEFENSA, 2007). A partir de 2010, se le denominó «Política Integral de Seguridad y Defensa para la Prosperidad» (MINDEFENSA, 2011). A lo largo del texto usaré el término Política de Seguridad Democrática, o bien, la sigla PSD, para referirme a sus aspectos esenciales y cuando sea necesario haré hincapié en las diferencias entre uno y otro nombre.

sus adjetivaciones y complementos: guerra y conflicto¹³.

En Colombia, si bien parece insuficiente hablar de ‘guerra’¹⁴, por su estatuto genérico, especificidades como ‘guerra irregular’, ‘guerra civil’, ‘guerra contrainsurgente’ o ‘nueva guerra’ constituyen visiones que privilegian elementos que la componen, pero no la agotan. Si se habla de ‘guerra irregular’, el énfasis recae en los grupos guerrilleros que han adelantado procesos de resistencia y de ofensiva desde el esquema insurgente de la lucha revolucionaria. En el mismo sentido, el término ‘guerra contrainsurgente’ presta mayor atención a la reacción contra esas luchas, del lado de los ejércitos regulares que combaten a los grupos armados ilegales, y remite a la reacción contra el marxismo-leninismo en América Latina, especialmente desde la década del 60.

En la tradición bibliográfica colombiana, el término ‘guerra civil’ para el fenómeno contemporáneo no goza de consenso, lo cual puede deberse a la inestabilidad del concepto mismo en instancias internacionales. No obstante, suele aceptarse que el uso de este término involucra el compromiso directo en las luchas por parte de comunidades amplias dentro de las sociedades, de manera que se convierte en una guerra generalizada. Frente a este carácter, se ha objetado que en Colombia no hay guerra civil, porque la mayoría de la población no se identifica con los grupos armados ilegales, es decir, que estos grupos carecen de suficiente base social¹⁵; pero esta versión sobre la realidad de la guerra colombiana puede extremarse hasta asegurar que esos grupos tienen características más delincuenciales que políticas (Duncan, 2015; Giraldo, 2015; Posada, 2001; Torrijos, 2015; entre otros).

En ese sentido, llega a hablarse de ‘narcoguerra’ para enfatizar el papel de la economía ilegal de las drogas, no solo como combustible, sino además como razón de ser de la guerra misma y de la lucha armada de las FARC (Henderson, 2012; Mackenzie, 2007; Rangel, 1998; Villamarín, 1996; entre otros); esta especie de ‘narcohistoria’ (González Posso, 2014:33-35)

¹³ Excluyo el término «Violencia política» que, pese a ser muy general, frecuentemente se utiliza como sinónimo de fenómenos sociales e históricos puntuales donde se da esa combinación de política y violencia. González Posso (2014:35-37) examina el uso del término más específico «Violencia política y económica generalizada y sistémica» desde el énfasis en la continuidad, generalización y carácter cíclico del fenómeno en la historia de Colombia, lo cual orienta la comprensión del presente hacia la crítica de la «recurrencia de patrones de vulneración de derechos y de normas del DIH que ocurren por decisiones de los centros políticos y militares, los cuales actúan en dirección y con propósitos comunes para alcanzar el poder o la acumulación de riqueza».

¹⁴ La etiqueta genérica ‘guerra’ orienta la interpretación del fenómeno hacia la esencia volitiva y sociopolítica que aparece en su concepto más clásico; según Clausewitz (2005[1832]:17), por un lado, la guerra es «un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad», y por otro lado, es «un verdadero instrumento político, una continuación del tráfico político, una ejecución del mismo por otros medios» (p.31).

¹⁵ Se pueden leer argumentos a favor y en contra de esta idea, en el debate al respecto publicado en el número 15 de la Revista de Estudios Sociales, de la Universidad de los Andes (Posada, Nasi, Ramírez y Lair, 2003:157-162).

propone el desarrollo de la violencia colombiana contemporánea como variaciones alrededor de esa economía ilegal, y a partir de ella, la insurgencia se habría convertido en un nuevo cartel de drogas, donde el uso del terrorismo se enlaza y es funcional a esa transformación (de ahí los apelativos ‘narcoguerrilla’ y ‘narcoterrorismo’ para las FARC-EP).

El énfasis puesto en la economía y rentabilidad de la guerra, la elección racional y la criminalidad involucrada, suele darle piso teórico a estas visiones; por ejemplo, desde las teorías sobre las *nuevas guerras* (Kaldor, 2001) se introducen aspectos como la codicia y la depredación para explicar las motivaciones de las operaciones armadas. A diferencia de las guerras del siglo XX, las del siglo XXI serían disputas más económicas que ideológicas, o bien, depredaciones económicas excusadas -entre otras cosas- por ideologías blandas, instrumentalizadas¹⁶.

A partir de estas tesis, introducidas desde principios de este siglo en la academia colombiana (por ejemplo: Salazar y Castillo, 2001), se han reforzado imaginarios de decadencia de las guerrillas colombianas, aduciendo que sus luchas eran justas cuando aparecieron, pero luego se habrían ‘pervertido’ o extraviado su dimensión política, en el transcurso de la guerra y con las rentas provenientes de las economías ilegales, como el narcotráfico, la extorsión, el secuestro y la explotación clandestina de recursos naturales. Pero en el examen de estas perspectivas, autores como Estrada (2015) y Moncayo (2015) advierten el riesgo de desplazar «la historicidad de la formación socioeconómica, los elementos políticos, sociales, culturales e ideológicos que intervienen en la configuración de un orden social» (Estrada, 2015:435) y que dan cuenta de la actualidad de la disidencia en torno a la problemática agraria, más allá del recorte economicista. De acuerdo con Pizarro (2004:70), «la criminalización de las guerrillas contribuye a 'despolitizar' el conflicto armado, es decir, al

¹⁶ Bados y Durán (2015) sintetizan esta ya extensa área de reflexión sobre el tema: «Numerosos estudiosos e investigadores de diferentes disciplinas como la Seguridad (Kaldor, Duffield), la Economía (Collier y Hoeffler, Jung), la Ciencia Política (Münkler), la Sociología (Shaw, Bauman) o las Relaciones Internacionales (Holsti; Bellamy) coinciden en la existencia de un cambio en el fenómeno de la guerra y los conflictos armados tras la caída del Muro de Berlín (...). Podemos definir las "nuevas guerras" de la siguiente forma: son aquellos conflictos que tienen lugar en un marco geográfico que se restringe al conflicto dentro del estado, pero con repercusiones transnacionales; las causas de estos conflictos suelen ser identitarias (religiosas, étnicas) y de contienda por los recursos. Los objetivos son coincidentes con las causas porque están relacionados con una política identitaria particularista. Hay una multiplicidad y fraccionamiento de los actores internos implicados en el conflicto (fuerzas armadas regulares, grupos criminales, unidades de autodefensa...); provocan emergencias complejas que requieren respuesta humanitaria y de respuesta militar, conduciendo a una internacionalización del conflicto como consecuencia de la globalización y también generando como consecuencia de esta unas formas de financiación que obedecen a lo que se conoce como nueva economía de guerra (saqueo, extorsión, ayuda exterior, mercado negro). Los métodos y estrategias de lucha empleados se caracterizan por una violencia contra los civiles, asimetría en el conflicto, hibridismo y diferente tolerancia a las bajas y por último, lo que denominamos el marco legítimo-legal de estos conflictos, que se caracteriza por la erosión del monopolio de la violencia con el desentendimiento del Derecho Internacional que conduce a prácticas y métodos de violencia gratuita en el ámbito del barbarismo» (Bados y Durán, 2015:33).

igual que la noción de 'guerra contra la sociedad', tiende a minimizar la estratégica dimensión política de la confrontación».

Una posición intermedia se puede rastrear en el término 'guerra por recursos', introducido por Klare (2003). Para el caso colombiano, según González Posso (2014:32),

[e]n ocasiones, el detonante del ciclo de violencia ha sido eminentemente político, pero en la medida en que se generaliza la violencia, ella se constituye en un instrumento para la apropiación de recursos con menoscabo de los derechos de otros. Y en la circularidad de los conflictos violentos, el poder local y el nacional son identificados como palancas privilegiadas para consolidar la apropiación de los recursos y la formalización espuria de propiedades y negocios.

En la etiqueta 'guerra por recursos', el énfasis se concentra en la transformación de las disputas políticas en competencias por la apropiación y control de beneficios, especialmente de tipo territorial. No obstante, etiquetas como 'guerra contra la sociedad' (Pécaut, 2001) y 'guerra contra los civiles' (Posada et al., 2003), ayudan a ver mejor el fenómeno colombiano desde sus efectos perversos sobre las comunidades y desde la victimización de los ciudadanos no combatientes como los principales afectados. Estas expresiones no significan que «se haya abandonado la guerra contra el Estado o que las poblaciones sean sistemáticamente eliminadas. Quiere más bien traducir el hecho de que la población se ha vuelto el principal, pero no el único, "centro de gravedad" del conflicto» (Posada et al., 2003:161). Es en este sentido que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CHMH, 2013:108) caracteriza la confrontación contemporánea:

La guerra colombiana no es una guerra de combatientes. En sus modalidades y dinámicas ha venido generando lo que podríamos llamar un proceso de externalización de sus impactos, en el sentido en que afecta crecientemente a la población civil. Tampoco es una guerra limpia o, al menos, regulada (...). Otro factor en juego es el envilecimiento de la guerra, asociado a la construcción de reputaciones guerreras en medio de un prolongado conflicto (...). La nuestra es una violencia con mucho impacto en lo local y lo regional, pero con muy poca resonancia en lo nacional. A eso quizás se deban la sensación generalizada de habituación al conflicto y la limitada movilización ciudadana por el fin de la guerra.

La problemática del impacto local, pero no nacional, agrava la externalización de los impactos de la guerra, pues hace invisibles a las víctimas y refuerza la negación de la existencia misma de la violencia. Este aspecto ya había sido resaltado por González et al. (2002:18):

la heterogeneidad interna de la sociedad colombiana (...) no percibe la situación que atraviesa la población civil en las zonas en conflicto, atrapada entre el fuego cruzado de los adversarios, ni la situación de la población campesina de las regiones de colonización donde se originó la guerrilla y donde se expanden los cultivos de uso ilícito. Así, el mundo

urbano, donde hay cierta presencia de las instituciones del Estado, tiende a percibir a los alzados en armas como meros delincuentes, pues considera que la motivación ideológica y política de su momento fundacional ha sido reemplazada por el interés económico.

Existen otras construcciones nominales que han cambiado el término ‘guerra’ por el de ‘conflicto’, entre ellas ‘conflicto social armado’, ‘conflicto irregular’ y ‘conflicto armado interno’. El uso del primer término insiste en la dependencia de la violencia política con respecto al conflicto social en las zonas rurales del país (de Zubiría, 2015; Estrada, 2015; Fajardo, 2015; Giraldo Moreno, 2015; Molano, 2015; Vega, 2015); de ahí que se resalte sobre todo la violencia estatal, los excesos de la Fuerza Pública, la precariedad del Estado y la configuración de una política contrainsurgente que ha victimizado (con mayor o menor intencionalidad) a la población campesina.

En contraste, al hablar de ‘conflicto irregular’ el énfasis queda desplazado hacia los métodos de guerra usados por los grupos al margen de la ley y hacia la justificación -o no- del levantamiento en armas contra el Estado. Torrijos (2015), por ejemplo, utiliza el término para enfatizar en la dimensión estratégica y en el cálculo racional de los actores insurgentes, quienes habrían utilizado inclusive los procesos de paz como un método más de lucha. La visión de un conflicto ‘irregular’ también permite poner en cuestión la relación causal que se establece entre problema agrario y violencia política, pues en esa continuidad subyace la idea de que los actores armados representan (con su lucha) a la población campesina, lo cual resulta discutible para algunos analistas (Pécaut, 2015; Wills, 2015, entre otros).

Finalmente, el término ‘conflicto armado interno’ se ha venido generalizando en la bibliografía actual, respaldado a partir de la expedición de la Ley 448 de 2011 (Ley de Víctimas y Restitución de Tierras), donde el fenómeno violento contemporáneo adquirió reconocimiento y nominación legal, no sin generar polémicas desde la dimensión discursiva y retórica. El término proviene, a su vez, de la legislación mundial sobre conflictos armados, según el Protocolo II adicional a los Convenios de Ginebra (CICR, 1949), ratificado por Colombia en 1994 y referido a la protección de las víctimas de conflictos armados no internacionales

que se desarrollen en el territorio de una Alta Parte contratante [en este caso, el Estado colombiano] entre sus fuerzas armadas y fuerzas armadas disidentes o grupos armados organizados que, bajo la dirección de un mando responsable, ejerzan sobre una parte de dicho territorio un control tal que les permita realizar operaciones militares sostenidas y concertadas.

La definición propuesta por el Protocolo II, sin embargo, no permite involucrar otros factores que hacen a la confrontación, como la injerencia de otros actores no armados e

internacionales y las causas sociohistóricas, económicas y políticas que originan los conflictos, los hacen permanecer y dificultan su terminación. González Posso (2014:28), además, hace ver que la comprensión del conflicto desde esta noción puede llegar a limitarlo al inventario y descripción de infracciones al Derecho Internacional Humanitario (DIH), lo cual podría confundir estos registros con informes de memoria o verdad histórica, que «son apenas un insumo en la construcción de interpretaciones históricas o sobre la verdad de las determinaciones y desarrollos de la historia de disputas violentas» (González Posso, 2014:28).

Desde otras perspectivas menos legalistas, el término ‘conflicto armado’ ha sido orientado hacia la politización del fenómeno y hacia el reconocimiento del estatus político de sus actores, especialmente de los ilegales:

Entiendo por Conflicto Armado, el conjunto de circunstancias y acciones mediante las cuales se contrastan y confrontan en una sociedad, las distintas concepciones de la vida, el hombre, la sociedad y la cultura, a través del uso de la violencia y el ejercicio de la guerra con el propósito de sostener o transformar un orden social y político determinado. Desde esta perspectiva, el conflicto armado sostiene el carácter político que le da la legitimidad, que posibilita a sus actores acceder al estatus político o de beligerancia, según sea el desarrollo del conflicto y el grado de reconocimiento y poder alcanzado por el actor insurgente (Medina, 2010a:102).

En la definición de Medina (2010a) se parte de la premisa de la simetría de los actores y de la violencia como instrumento de la política; el estatus de beligerancia, además, depende de la base social de los actores armados insurgentes. En sentido contrario, definiciones como la de Vargas (2010) resaltan la legitimidad del Estado y la niegan para los demás actores, con base en sus acciones violentas:

El nuestro es un conflicto asimétrico de larga duración entre un Estado que cuenta con legalidad y legitimidad, al cual se le enfrentan unos grupos alzados en armas, que si bien reclaman una intencionalidad política en su actuar, cuentan con niveles de degradación en sus prácticas y precarios niveles de legitimidad (Vargas, 2010:43-49).

En otras definiciones del conflicto colombiano, como las de Bejarano (2010) y Vásquez , Vargas y Restrepo (2011), el concepto no se centra en el problema de la legitimación política, sino en el de la lucha entre enemigos:

éste no es un conflicto que encuentra su origen en profundas divisiones étnicas, raciales, lingüísticas o religiosas, para luego traducirlas en términos políticos. Más bien se trata de un conflicto cuyo origen principal es una animadversión ideológica-política entre sus protagonistas, quienes se perciben mutuamente como enemigos irreconciliables (Bejarano, 2010:46)

el conflicto colombiano puede explicarse como una combinación de disputas locales y regionales por el poder político, junto con la lucha por la apropiación o el monopolio de

las actividades económicas locales, sean estas legales o ilegales (Vásquez et al., 2011:381).

Otras definiciones, como las de Pizarro (2004, 2015), han intentado conjurar las diferentes visiones sobre el conflicto combinando los rasgos en los que se ha alcanzado cierto consenso para caracterizarlo. En estos casos, la definición le cede paso a la enumeración de esos rasgos, procurando suprimir énfasis en alguno de ellos:

se trata de un conflicto armado interno (inmerso en un potencial conflicto regional complejo), irregular, prolongado, con raíces ideológicas, de baja intensidad (o en tránsito hacia un conflicto de intensidad media), en el cual las principales víctimas son la población civil y cuyo combustible principal son las drogas ilícitas (Pizarro, 2004:80).

Finalmente, en la relatoría¹⁷ realizada como presentación del informe «Contribución al entendimiento del conflicto armado colombiano» (CHCV, 2015), en el marco del proceso de paz llevado a cabo en La Habana, Pizarro (2015:49-51) establece seis características:

Se trata, en primer término, de un *conflicto prolongado*, ya sea que se inicie desde la Violencia (o antes), desde la emergencia de las guerrillas post-revolución cubana o a partir los años ochenta del siglo pasado (...). En segundo término, se trata de un *conflicto complejo*, debido al número de actores involucrados (...). En tercer término, ha sido en esencia un *conflicto discontinuo*, pues aunque las llamadas guerrillas de “primera generación” decayeron, a partir de los años ochenta no solo renacieron sino que coincidieron con un desbordamiento de los grupos armados de extrema derecha (...). En cuarto término, ha sido un *conflicto con enormes diferencias regionales* (...). En quinto término, ha sido un *conflicto con enormes diferencias regionales* (...). En quinto término, ha sido un *conflicto atroz*, pues la población civil ha sido la que ha resultado más damnificada en la confrontación (...). Y, finalmente, se trata de un *conflicto con raíces políticas*, en el medida en que involucra proyectos de sociedad que los actores percibieron como antagónicos y, por tanto, fundados en una “enemistad absoluta”.

1.1.4 ¿Por qué se originó el conflicto?

La multiplicidad de causas que originaron el conflicto armado colombiano se pueden agrupar en cuatro grandes categorías analíticas, todas ellas interrelacionadas: el sectarismo bipartidista; la debilidad del Estado; la representación política de los grupos sociales periféricos; y la influencia del panorama internacional.

El sectarismo bipartidista alude a los modos en que los partidos políticos tradicionales, Liberal y Conservador, han concebido el poder, la gobernabilidad y el disenso social. En esas concepciones ha predominado la imposición de proyectos particulares y la exclusión de la

¹⁷ La relatoría introduce un conjunto de doce ensayos escritos por reconocidos analistas del conflicto armado colombiano, con visiones diversas, alrededor de tres ejes: orígenes/causas, factores de su persistencia y efectos/ impactos sobre la población. Los ensayistas y relatores del informe conformaron la denominada «Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas», como parte de los acuerdos alcanzados por las delegaciones de la guerrilla y del gobierno colombiano de Juan Manuel Santos en el proceso de paz iniciado en 2012 (Gobierno colombiano y FARC, agosto 5 de 2012).

diferencia, de manera directa o soslayada, legalizada o violenta (Guzmán et al., 2010[1962]: 443). Los sectores de izquierda, que se vieron afectados y se sintieron excluidos mientras los gobiernos conservadores y liberales dirigían el país, asumieron también estas costumbres sectarias y reforzaron un dogmatismo interno que perjudicó, en última instancia, una posible fuerza unida de oposición política. Así lo explica el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2013a:105):

La confrontación armada contemporánea exacerbó particularidades de la tradición política nacional, en especial el sectarismo, que tuvo su máxima expresión en la guerra sucia. Ciertamente en Colombia ha predominado una concepción de la política en la cual el disenso o la oposición son vistos antes que como elementos constitutivos de la comunidad política, como amenazas a la integridad de esta o a la concepción de orden dominante en cada momento.

Se habla aquí de la configuración y enquistamiento de una cultura política excluyente, donde la integración de la diferencia se ve obstaculizada por el unanismo y el dogmatismo, alimentados por la coerción violenta y la eliminación del disidente; así, «[e]l sectarismo de la política se extiende a las armas y el sectarismo de las armas se proyecta en la política» (CNMH, 2013a:106).

El segundo factor desencadenante del conflicto armado es la debilidad del Estado democrático. Esa debilidad no debe confundirse con un colapso total ni con una suspensión parcial del Estado, sino que se refiere más a una ‘precariedad’ en las relaciones que ha establecido con la sociedad (Oquist, 1978; Pécaut, 2015), o bien, al «gradual y conflictivo proceso de construcción de las instituciones estatales, basado en la paulatina integración de las diferentes regiones y en la articulación de las poblaciones a la vida económica y política» (González, 2014:60), procesos donde han tenido impacto las sucesivas crisis de los partidos y la naturaleza misma del bipartidismo. En los trabajos sobre La Violencia bipartidista, esa debilidad ya se había interpretado «como una impresionante acumulación de disfunciones en todas las instituciones fundamentales» (Guzmán et al., 2010[1962]:433-437). Tal debilidad ha sido interpretada además en términos de ‘fragmentación del Estado’, como «dificultad –en ocasiones la verdadera imposibilidad- para establecer relaciones de cooperación entre los diferentes sectores que lo componen, especialmente en asuntos relativos a la guerra y la paz» (Bejarano, 2010:52).

La debilidad estatal tampoco debe confundirse con la pérdida del monopolio de la violencia (González et al., 2002:257), sino más precisamente con los problemas a los que se ha visto enfrentado el Estado para controlar las zonas geográficas de acceso más difícil, insuficientemente atendidas y foco de reclamos y de resistencias a las políticas de centro. No

es su ausencia total, sino la presencia diferenciada del Estado en esas zonas periféricas lo que se encuentra en la raíz de las problemáticas agrarias, factor que define la naturaleza del conflicto armado en el discurso insurgente y de oposición a los gobiernos centrales. En su origen, se trata del otorgamiento de tierras públicas a terratenientes como recompensa por su participación en las guerras de independencia, o su adquisición forzada a través de la intimidación, el despojo y el desplazamiento de los campesinos: «Estas condiciones sentaron las bases del conflicto agrario del siglo XIX y parte del siglo XX entre los campesinos libres que intentaban colonizar las tierras y los terratenientes que se resistían a este proceso» (Nazhi Richanni, 2003:40); de ahí que

los actores sociales, como colonos y terratenientes, se percataran de que las instituciones estatales reinantes invariablemente no ven con buenos ojos sus intereses de clase. En consecuencia, esos actores crearon instituciones violentas paralelas en su lucha por lograr sus objetivos antagónicos (...). La ineficacia del Estado para imponer su interpretación y vigilar su aplicación revela un indicio de la crisis en su hegemonía (Nazhi Richanni, 2003:48).

La protesta social campesina se explicaría, entonces, como reacción a la violencia usurpadora proveniente del latifundismo y a lo que las lecturas desde la izquierda calificarían como políticas sistemáticas de despojo y de represión por parte del Estado (Vieira, entrevistado por Alape, 1985:57-58). El límite entre esa protesta social y la lucha armada ilegal es muy difícil de determinar. En todo caso, manifiesta la debilidad de las instituciones para el manejo de las expresiones de inconformidad social y de la oposición política:

la guerra también puede ser interpretada como un asunto de precariedad y debilidad de la democracia. Esta precariedad tiene sus expresiones históricas en las características autoritarias que han marcado el régimen político colombiano (...), cerrando las posibilidades para que fuerzas disidentes, alternativas y opositoras participen de los mecanismos y escenarios donde se ejerce el poder político (...). El cierre de oportunidades legales ha sido uno de los argumentos aducidos como justificación de la opción armada. No obstante, la democracia también ha sido objeto de instrumentalización por parte de los actores armados, que creen ciegamente en el poder de las armas (CNMH, 2013a:22-23).

Esta debilidad del Estado y de la democracia enlaza con el tercer factor en el origen del conflicto: la representación política de los grupos sociales periféricos. En efecto, la debilidad llevó a que gran parte de la ciudadanía, y especialmente los grupos sociales periféricos, no se sintieran representados por los partidos políticos tradicionales, ni por los sectores de la izquierda legal, como una alternativa a la bipolaridad liberal/conservadora en el escenario político (Giraldo, 2015b: 208).

Esta crisis de representación se profundizó especialmente en el campesinado; sector que, en una gran parte, se distanció del Estado a partir de la violencia que engendró la

desconfianza en los gobiernos. En el análisis de la época de La Violencia, se concluyó que el sector «duda de las campañas oficiales porque se las suspende o por la inestabilidad del personal encargado de realizarlas, o porque se la ha engañado con incontables ofrecimientos vacuos. Los campesinos gritan que están cansados de promesas» (Guzmán et al., 2010[1962]: 322). También para González et al. (2002:297)

Las limitaciones de la reforma agraria oficial y la criminalización de la protesta campesina acentuaron el divorcio entre movimientos sociales y partidos políticos tradicionales (...). Este divorcio se agravó por la presencia de grupos de izquierda interesados en la radicalización del movimiento campesino y por la instrumentalización de algunos sectores de los movimientos sociales (...) por parte de sectores partidarios de la opción armada.

La criminalización de la protesta social hizo crecer la percepción de que el sistema político estaba cerrado y que las vías democráticas debían reemplazarse por la lucha armada. En términos institucionales, este proceso afectó la legitimidad y las formas de mediación y representación de las comunidades. Aquí puede verse la configuración de un círculo vicioso donde el desencanto con la política y la búsqueda de vías armadas se impulsaron mutuamente.

En cuanto a la influencia del panorama internacional en el origen del conflicto, ella tiene que ver con el clima revolucionario que dominó en América Latina a mediados del siglo XX y que trajo los ecos de los movimientos socialistas y comunistas de Europa y Asia. Desde principios de ese siglo, la izquierdas marxistas habían alcanzado consenso sobre la necesidad de sustituir las economías capitalistas por el comunismo; esta sería la tarea de los movimientos radicales, los grupos de vanguardia y las masas revolucionarias, una vez tomaran el poder a través de medios violentos (incluyendo la lucha armada y la guerra de guerrillas). El triunfo de la Revolución cubana (1959) y de la Revolución nicaragüense (1979), fueron demostraciones de la adaptabilidad y viabilidad de ese proyecto para el continente; su fuerza simbólica en torno al mito guerrillero (Pizarro, 2004) exacerbó el radicalismo político y el énfasis en la acción violenta contra los regímenes opresores: «Las consignas estipulativas que afirmaban valores como fraternidad o igualdad, o promesas como pan, paz y trabajo, cedieron ante proposiciones dilemáticas cuyo segundo término era la muerte: patria o muerte, liberación o muerte... » (Giraldo, 2015b:40)

Ese imaginario se vio profundizado con el derrocamiento del gobierno chileno socialista de Salvador Allende, en 1973. El golpe militar fue interpretado «en el campo de la izquierda continental como una nueva confirmación de la inviabilidad de acceder y conservar el poder por las vías democráticas» (Pizarro, 2015:41).

Finalmente, el influjo internacional también tiene que ver con la expansión y penetración

en el país del anticomunismo estadounidense. A partir del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989), en el marco de la Guerra Fría, se exportó un modelo de seguridad abiertamente antisubversivo y beligerante contra todo lo que fuera o pareciera Comunismo. Esta confrontación internacional fue aliciente y argumento justificatorio utilizado para las luchas armadas en Latinoamérica:

El nacionalismo latinoamericano recobró la memoria de sus contradicciones con Estados Unidos. El poder estadounidense significaba tanto el sentimiento opresivo de la imposición de intereses y patrones foráneos, como la materialización de las conmociones que la modernidad producía en las estructuras sociales y la cultura del continente (Giraldo, 2015:63).

En Colombia, esa memoria ‘antiyanqui’ recobrada ancló particularmente en el papel de Estados Unidos en la pérdida de Panamá¹⁸, en 1903, así como en las movilizaciones sociales de ese mismo periodo en contra de las condiciones laborales impuestas por las empresas estadounidenses dedicadas a la explotación del suelo, el subsuelo y las vías de comunicación (navegación y ferroviarias) en el país (Vega, 2002a; 2015).

Un aspecto importante en esa injerencia internacional son las relaciones entre las élites gubernamentales del país con las de Estados Unidos. Desde muy temprano, los presidentes de la nación han buscado aliarse con el norte (la «estrella polar», según el expresidente Marco Fidel Suárez, 1918-1921) para contrarrestar las crisis de sus gobiernos. Esto puede explicar el hecho de que Colombia haya sido el único país latinoamericano en apoyar a Estados Unidos en la guerra de Corea, incluso con el envío de un batallón y una fragata (COP, 2009:72-73). El espíritu antisoviético, anticomunista y antiliberal, y su consecuente represión violenta durante los gobiernos conservadores, exacerbó a la insurgencia armada y le permitió construir tanto un enemigo externo como una causa continental.

1.1.5 ¿Por qué se prolongó el conflicto por más de medio siglo?

Esta es la pregunta por la persistencia y la excepcionalidad negativa del conflicto, uno de los más antiguos en el mundo, incluso tomando como referencia la creación de la guerrilla de las FARC (1964) y no algún punto antecedente. Su longevidad solo es superada por el conflicto interno en Birmania y el Palestino-Israelí, ambos activos desde 1948 (Amnistía

¹⁸ Como parte de su proceso expansionista, a fines del siglo XIX, Estados Unidos compró la empresa francesa que no pudo llevar a cabo el canal de Panamá e intervino en la iniciativa libertadora panameña para separarse de Colombia, finalmente, en 1903. Según Beluche (2003:162), «William N. Cromwell hizo viajar a Nueva York desde Panamá al capitán J.R. Beers, agente de fletes de la Compañía del Ferrocarril de Panamá; se dice que se entrevistó en secreto (en Jamaica) con el abogado panameño de esta empresa, y prócer de la separación, José A. Arango; y finalmente recibió por dos meses, entre fines de agosto y fines de octubre, a Manuel Amador Guerrero, otro empleado y futuro primer presidente de la República de Panamá».

Internacional, 2015). Como lo advertía Pécaut en 1987, la característica más excepcional en el desarrollo de la democracia colombiana es la combinación simultánea de orden y violencia, de estabilidad institucional y conflicto social, convivencia que permitió la instalación de ese orden violento en las lógicas políticas, tanto de los grupos legales como ilegales¹⁹. La paradoja se reproduce también en la coexistencia de esa violencia política y social con una estabilidad económica excepcional dentro del continente (Leal, 1995).

La experiencia guerrillera en Colombia sobrevivió la crisis de los modelos comunistas europeos y la terminación de todas las experiencias revolucionarias armadas en el continente; inclusive, se opuso a las críticas contemporáneas de Fidel Castro al secuestro como herramienta política y a la concepción de la guerra prolongada de esta guerrilla (2008), así como al cuestionamiento de su lucha armada y de la guerra de guerrillas por parte de los gobiernos vecinos de Ecuador y Venezuela, afines a proyectos de izquierda revolucionaria (elespectador.com, 2008, junio 13).

Una de las razones que explican parcialmente la longevidad del conflicto y de las FARC es su experiencia acumulada en una guerra de guerrillas aprendida sobre el terreno, heredada de los viejos movimientos de autodefensa campesina, desde finales del siglo XIX (Gutiérrez, 2015:504). Ese aprendizaje no solo se refiere a la estrategias de resistencia y de ataque frente a los agresores, lo que degeneró fatalmente en un sinnúmero de vejaciones y torturas (Guzmán et al., 2010[1962]; Sánchez y Meertens, 1985), sino también a los modos de inserción y reemplazo del gobierno central en las zonas periféricas.

La centralidad del problema agrario constituye también un factor de persistencia excepcional del conflicto y de la enunciación política de las FARC. El problema de la concentración de la propiedad está atado a la lógica institucional que Gutiérrez (2015:506-507) remarca como presencia favorecedora del Estado para las élites regionales. Esa lógica se manifiesta en tres factores imbricados entre sí: «concentración a través de la asignación política de los derechos de propiedad, expansión inherentemente violenta de la frontera agrícola, y articulación entre poderes locales y gran propiedad agraria». Se deriva de estos factores la falta de representación del campesinado por parte de las élites políticas y la ausencia de iniciativas legales que defendieran sus intereses; tales iniciativas, cuando las

¹⁹ Según González (2003:124), «[p]rueba de la estabilidad política al igual que de la continuidad civilista es que las dictaduras militares han sido excepcionales a lo largo de la historia de Colombia. Son sólo dos casos, ambas de corta duración: el gobierno del general José María Melo, quien después de su golpe militar en 1854, no alcanzó a durar un año; y el del general Gustavo Rojas Pinilla, que no completó los cuatro años [1953-1957]». Compárense estos datos con la prolongación de las numerosas dictaduras en América Latina, que llegaron a medirse en décadas.

hubo, no pudieron resistir la oposición desplegada a través de métodos violentos y excluyentes. De esta manera, la desigualdad y cierre participativo que sufrieron los campesinos «fue un caldo de cultivo no necesariamente de una resistencia masiva, pero sí de distintas formas de desconexión con respecto del mundo de la institucionalidad, así como de rebelión» (Gutiérrez, 2015:508).

El fenómeno paramilitar también es clave para entender la durabilidad crónica del conflicto y el sostenimiento de un proyecto insurgente de izquierda, al que los líderes de los paramilitares en la década del 90 (Autodefensas Unidas de Colombia, AUC) pretendieron combatir no solo de facto, sino también discursivamente desde la orilla ideológica de la derecha. Entre 1996 y 2006 la violencia se enfrascó y enquistó en una lucha a muerte entre guerrilleros y paramilitares por el control de los territorios y los poderes locales, económicos y políticos. Esa década nefasta sirvió para justificar los métodos más atroces desde lógicas reactivas e instrumentales, y terminó de abrir la brecha entre las instituciones legales y la insurgencia ilegal, lo que ayudó a perpetuar el conflicto interno basado en la desconfianza (Angarita et al., 2015; Spillman y Spillman, 1991) y las deudas de sangre entre unos y otros.

Otro elemento relacionado causalmente con la prolongación y excepcionalidad del conflicto es la relación de sus actores con la economía del narcotráfico²⁰ (CHCV, 2015; CNMH, 2013a; González, Bolívar y Vásquez, 2002). En efecto, el sostenimiento del proyecto militar de las guerrillas y de los paramilitares encontró en los recursos de las drogas ilícitas una de las fuentes más rentables, sobre todo a partir de la década del 80, cuando esos proyectos militaristas se consolidaron como estrategia de guerra. En el conflicto, los diferentes eslabones en la cadena transnacional del narcotráfico se convirtieron en oportunidades de financiación y de control de las poblaciones y territorios:

[la economía cocalera] como cualquier otra, tiene demandas de regulación. El Estado no ofrece servicios de regulación para dicha economía por su carácter ilegal. Como resultado, la regulación es provista por los grupos armados no estatales, quienes disminuyen el grado de incertidumbre en las transacciones, posibilitando el funcionamiento de la economía cocalera a la vez que dan viabilidad económica a sus respectivos proyectos armados (...). En estas subregiones, la dinámica colonización-conflicto-colonización ha sido y es incesante y las FARC han acompañado tanto la colonización durante la Violencia (1950-1969), como la actual colonización cocalera (Vásquez et al., 2011:347-356).

De ahí que la relación con las drogas ilícitas les ayudara a estos grupos también a

²⁰ «El tráfico de cocaína en Colombia se inició con la importación de base de coca de Perú y Bolivia para ser procesada y convertida en cocaína, y luego exportada a México y Estados Unidos. Después se propició la siembra directa en territorio colombiano. A finales de los años 70, los carteles colombianos, para abaratar los costos y disminuir los riesgos, decidieron estimular la producción cocalera en las selvas colombianas [donde se encontraron con las guerrillas]» (COP, 2009:137-140).

satisfacer tanto sus requerimientos bélicos (armas, logística, reclutamiento, etc.) como la colonización y la construcción de un orden político que conjugó drogas y armas; los espectaculares recursos financieros de la cocaína aislaron aún más a las periferias del centro y dieron origen a la ‘narcopolítica’, que «se convirtió en un eje del poder local y regional. Armas y urnas se comenzaron a complementar en los dos polos del espectro político: tanto a la izquierda como a la derecha» (Pizarro, 2015:58). Las alianzas entre élites políticas regionales y paramilitares, o ‘parapolítica’, es la forma más acabada y peligrosa de esa cooptación. Esas alianzas representaron un proceso de captura del Estado basada en el poder de penetración y corrupción de las estructuras gubernamentales (López, 2010). Para el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2013a:143),

[e]l impacto del narcotráfico no se limitó a la provisión de recursos o actores para el conflicto armado, sus efectos sociales y culturales cambiaron profundamente el contexto en el cual este discurre. El poder corruptor del narcotráfico permeó a la clase política y a distintas instituciones del Estado, configurando un antecedente de cooptación del Estado que allanó el camino para los actores armados, porque antes de la parapolítica fue la narcopolítica y en muchos sentidos la primera es la prolongación histórica de la segunda. Esta cooptación mafiosa del Estado y la política deterioró los referentes éticos de la acción política y la gestión pública.

La otra fuente de financiamiento que contribuyó al carácter crónico y, además, degradado del conflicto armado fue el uso del secuestro, la extorsión y la desaparición forzada. Salvando sus características particulares, estas prácticas de guerra contienen una paradoja en términos de la dimensión política de la violencia: su presencia deslegitima a los actores y mina el apoyo de la población que pretenderían adherir a cada proyecto defendido, y sin embargo, tuvo un crecimiento exponencial durante los años en que los grupos armados ilegales se encontraban más fortalecidos (1996-2002). Esto apunta hacia un efecto claramente despolitizante de estas prácticas, cuya conciencia por parte de los actores se ha traducido en su esfuerzo por negar, eufemizar y justificar en el discurso la privación arbitraria de la libertad del otro (Gómez, 2009).

Pero el secuestro ha incidido en la duración del conflicto no solo por su capacidad de financiación de los grupos armados, sino además por la movilización de venganzas y ajustes de cuentas ‘por cuenta propia’, a través de grupos armados de seguridad privada; así, no es sorprendente «que terratenientes, políticos y narcotraficantes se unieran en torno al paramilitarismo en una vendetta sangrienta contra cualquier sospechoso de colaborar con la guerrilla. Había motivos adicionales a los económicos para que en la retaliación llegaran a extremos de crueldad» (Duncan, 2015:264). Además, como lo apunta el mismo autor, esta

práctica fue reproducida crónicamente por su capacidad de desafiar al Estado y asegurar las conquistas territoriales de los violentos; de ahí que la particularidad del uso del secuestro en el conflicto armado tenga que ver también con su conversión en táctica psicológica para desmoralizar al enemigo en la guerra, por un lado, y para atacar o defender al sector productivo económico (las élites empresariales, los dueños de grandes extensiones de tierra, etc.), y con ello, hacer pasar esta práctica criminal como parte de la lucha política.

Finalmente, puede decirse que el conflicto también ha persistido durante más de medio siglo debido a un proceso de consolidación de la imagen del otro y de los otros como enemigos no políticos, sino absolutos, necesarios y contingentes (Angarita et al., 2015). El primero, según Schmitt (1999), es el enemigo despojado de humanidad y, por tanto, exterminable. El segundo y el tercero, en medio de la guerra, en vez de ser constitutivos de la diferencia en las democracias, sirven para justificar la eliminación del adversario e involucrar en la confrontación a otros sectores sociales no armados, haciéndolos víctimas y degradando el conflicto.

En la historia política del país, la desconfianza han sido un elemento estructural de la construcción del enemigo absoluto; por ejemplo, a través de la proscripción de la izquierda partidaria, por la Asamblea Nacional Constituyente de 1954: «No sólo fue ilegalizado el Partido Comunista como tal, sino la ‘ideología comunista’, rótulo que se aplicaba ampliamente a toda tendencia de izquierda y a todo movimiento popular» (COP, 2009:80). Este carácter excluyente se ha manifestado aun durante los diálogos de paz emprendidos por sucesivos gobiernos; la ‘patologización del enemigo’ (mostrar al otro como un demente, irracional o enfermo) y el odio religioso se han encarnado en la representación del desacuerdo y en el trámite de las diferencias políticas (Angarita et al., 2015). En el efecto más extremo de esta enemistad, como lo es la tortura y las masacres, ha funcionado una ‘deshumanización’ (Castillejos, 2000) y una ‘animalización’ (Uribe, 2004) que suspende la alteridad de las víctimas, lo que le permite a los victimarios exterminar a ‘eso’ que tienen al frente, porque carece de identidad e, inclusive, de humanidad.

Junto con la desconfianza, el resentimiento es el otro elemento estructural que Guzmán, Fals y Umaña (2010[1962 y 1964]) advertían en su trabajo clásico sobre el periodo de La Violencia en Colombia. El sectarismo bipartidista abarcó tanto instituciones políticas como familias e individuos que crearon y se convirtieron en antagonistas letales: «Si se habla de odio político, larvado, débese hablar también de resentimiento larvado, cuya afloración acaece cuando se tiene seguridad de predominio por mayoría numérica o por coonestación,

dispensada por una fuerza coactiva y poderosa. El odio nos invadió» (Guzmán et al., 2010[1964]:430). Los mismos autores también advierten cómo estos factores subjetivos encontraron condiciones aptas para su explosión generalizada en las «grietas estructurales» de orden político, económico y religioso en la sociedad colombiana; así, los sentimientos de agresión y de hostilidad hicieron que el conflicto fuera disfuncional, no pudiera institucionalizarse y se canalizara por esas grietas, en forma de violencia brutal (Guzmán et al., 2010[1962]:451).

Esta visión sobre la construcción de enemigos absolutos permite tender un puente de continuidad estructural entre La Violencia bipartidista del siglo pasado y la contemporánea (Uribe, 2004), así como entender la emergencia de actores armados en la confrontación, a lo largo de su historia reciente; así,

[l]a construcción del lugar de enemigo absoluto atribuido a la insurgencia durante el final del Gobierno del presidente Pastrana [1998-2002] y los dos períodos de Uribe [2002-2010] se fortaleció con los discursos y las acciones de las AUC [paramilitares que se presentaban a sí mismos como «Autodefensas Unidas de Colombia»]. Por su parte, las FARC reaccionaron frente a lo que ellos denominaron la declaratoria de la ‘guerra total’, utilizando todas las formas de lucha y denunciando el compromiso del Gobierno de Uribe con los paramilitares (Angarita et al., 2015:263).

Sin duda, el efecto más terrible de esas construcciones del enemigo en los avatares de la guerra ha sido la violencia contra la población civil, que resulta siempre justificada en el discurso de los actores armados, aduciendo que se trata de una prolongación del enemigo, o bien, de daños colaterales y costos de la guerra, que escapan del control de las estructuras de mando. Estas justificaciones

han servido para compactar internamente las estructuras político-militares de los victimarios y para obtener licencias discursivas en la perpetración de nuevas acciones violentas. La lógica perversa de justificar las propias acciones violentas como respuesta legítima a la violencia del enemigo alimenta los ciclos de represalias y vulnera a la población civil (CNMH, 2013a:42).

En Colombia, la construcción de un enemigo absoluto parecería ser un factor de configuración negativa de identidad nacional, a partir de la fuerza, la violencia y la guerra como mecanismos privilegiados de relación con el otro (Blair, 1995). Ese proceso ha elaborado justificaciones e impunidades, ha reducido la dimensión política y ha impedido trascender lo político hacia la lucha entre adversarios, es decir, una lucha contra «alguien cuyas ideas combatimos, pero cuyo derecho a defender dichas ideas no ponemos en duda» (Mouffe, 2000:114). La dificultad de superar la inercia de esa construcción del enemigo absoluto hace parte de la respuesta por la persistencia y excepcionalidad negativa

del conflicto.

1.2 La guerrilla FARC-EP: una caracterización

«Colombia: el riesgo es que te quieras quedar» fue el lema de una millonaria campaña publicitaria (Proexport, 2009), entre 2008 y 2013, que buscó cambiar la pésima percepción internacional de peligrosidad y violencia que pesaba sobre el país y que producía miedo de visitarlo. A cambio, se vendió la idea de un paraíso natural y cultural, sin los problemas que se habían convertido en sinónimos de Colombia, especialmente durante la década del 90: el narcotráfico y la guerrilla. Esa campaña, lanzada durante la última etapa del gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), ayudó a promover el imaginario social de un posconflicto armado donde la guerrilla habría sido exterminada por la Fuerza Pública. Las características de esa guerrilla, sin embargo, harían que una derrota tal nunca llegara.

Las FARC-EP lograron instalarse en el ámbito nacional e internacional como una insurgencia peligrosa, la agrupación guerrillera más longeva del mundo y uno de los actores con mayor protagonismo en el conflicto armado interno. ¿Cuáles son las características a través de las cuales obtuvieron ese papel central en la guerra? ¿Qué es lo que distingue a las FARC-EP como grupo insurgente activo durante más de medio siglo? Una caracterización que responda a esas preguntas permitirá aproximarse al conocimiento de esta organización armada en tanto que actor del conflicto. Con base en los estudios históricos, sociológicos y políticos que han abordado caracterizaciones, directas o indirectas, sobre esta guerrilla (CNMH, 2013a; COP, 2009; Ferro y Uribe, 2002; González, 2014; Mackenzie, 2007; Medina, 2009a, 2009b; Molano, 1986, 2015; Pécaut, 2008, 2013; Pizarro, 1991, 2004, 2011; Rangel, 1998), es posible relevar cinco características y cuatro tensiones que definen a las FARC.

Las características responden a los siguientes rasgos diferenciales: agrarismo, hibridismo ideológico, victimismo, militarismo y autoritarismo armado. Las tensiones, por su parte, se presentan como polaridades en las percepciones en torno a su estatus (actuación política/actuación criminal); sus motivaciones (defensa/agresión); su conducta de guerra (moralismo/ilegalidad); y la vigencia de su lucha armada (vigencia/anacronismo). La identificación de estas características y tensiones no pretende, de modo alguno, agotar el estudio sobre la guerrilla de las FARC-EP, sino ordenar selectivamente y relevar los rasgos que aparecen en las fuentes secundarias sobre este actor, para construir una base que permita posteriormente emprender un ejercicio interpretativo desde el análisis de sus discursos.

1.2.1 Cinco características

Agrarismo

Las FARC se originan en las zonas periféricas andinas de los departamentos del Tolima, Huila y Cauca, territorio principalmente agrícola del suroccidente colombiano. Allí se venían desarrollando violentas crisis desde mediados del siglo XX en torno a complejos procesos de colonización, control y resistencia armada entre el gobierno central, bandas criminales conservadoras, guerrillas liberales y autodefensas campesinas. Sin embargo, estas luchas agrarias hunden sus raíces en los años treinta y en el periodo de La Violencia, de los años cincuenta; de ahí que las FARC se declaren herederas de esas luchas, pero también producto de ellas (González, 2014; Pizarro, 1989).

Desde 1964, esta guerrilla asume un agrarismo esencial con la promulgación de su «Programa Agrario Nacional», documento doctrinario y programático que será refrendado y citado a lo largo de su historia²¹. Esa especie de primer manifiesto contribuyó a una fuerte asociación con el mundo rural y con la vocería de un campesinado cuyos reclamos y protestas habían sido ignorados por el Estado y por el centro del país. Así, el conflicto mismo queda anudado a la cuestión de la tierra y a las deudas de los sucesivos gobiernos con respecto al control estatal sobre esos territorios con políticas de justicia social y, especialmente, con la implementación de una reforma agraria integral (Molano, 1985, 2016).

El origen campesino de sus fundadores también caracteriza a esta guerrilla y la diferencia de la mayor parte de sus análogas latinoamericanas en las décadas del 60 y 70. Especialmente Pedro Antonio Marín (alias ‘Manuel Marulanda Vélez’ o ‘Tirofijo’), la figura emblemática de las FARC y quien las dirigió hasta su muerte, tuvo origen campesino con formación política escasa o nula, y antes de la Revolución Cubana ya estaba «enmontado», sin que conociera o defendiera discursos externos del Socialismo y el Comunismo de la época. El discurso revolucionario, entonces, estuvo precedido por hechos violentos contra los campesinos²², sus reivindicaciones sobre el problema agrario y la resistencia al gobierno central a través del

²¹ Así se lo relató Manuel Marulanda Vélez a Arturo Álape (1985:272): «Nosotros al final nos convencimos de que había llegado la hora, de que un pequeño núcleo se enfrentara a una gran fuerza militar y sentara definitivamente un precedente a una gran fuerza militar y sentara definitivamente un precedente en la vida nacional. ¿Y cómo íbamos a sentar ese precedente? Nos sentamos a la máquina entre todos, todo el conjunto, toda la dirección y elaboramos un programa a largo plazo. Ahí está el documento que se llama el Programa de los Guerrilleros».

²² Documentados por un sinnúmero de estudios sobre la época. Por ejemplo: «fue la masacre de 16 campesinos ocurrida en el Caño de la Troja, en Natagaima, Tolima, a manos de fuerzas del Batallón Caicedo, el 26 de septiembre de 1963, el hito que marcó la decisión de proclamar de nuevo su condición de guerrilleros » (COP, 2009:99-100). Ver al respecto, especialmente, los trabajos de Sánchez y Meertens (1985), Molano (1986), Medina Pineda (1986) y Vega (2002a).

esquema de autodefensa²³; aspectos todos movilizados en el discurso del Partido Comunista Colombiano de la época.

Hasta 1964, la resistencia armada fluctuó entre la lucha guerrillera y la autodefensa campesina; durante esos años, la presencia simultánea de guerrillas liberales y comunistas provocó un sinnúmero de tensiones internas, que dividieron el movimiento agrarista liberal en dos tendencias: una menos y otra más afín a la violencia armada; esta última fue comandada desde el principio por Marulanda Vélez y dará origen a las FARC (González, 2014).

El agrarismo de estos primeros años se conservará en el discurso guerrillero de dos maneras: la insistencia en reivindicaciones sobre la problemática rural, por un lado, y la pretensión de representar la voz silenciada de los campesinos, por otro lado. En este sentido, los referentes construidos como identificación de grupo se han mantenido fieles al mundo del campo, la lucha por la tierra y la figura del campesino. Inclusive, el antiguo Programa Agrario ha sido vinculado a los sucesivos procesos de paz durante las décadas del 80, del 90 y en el siglo actual. Si bien no es posible afirmar que sus dirigentes sigan siendo de extracción campesina, lo cierto es que siguen sosteniendo que su base social está conformada principalmente por las comunidades de los sectores rurales del país.

Hibridismo ideológico

Las FARC han construido un aparato ideológico cuya principal característica es la hibridación. Se trata de una combinación de marxismo y leninismo fundacionales con una anexión tardía de un bolivarianismo latinoamericanista, en la década del 80, matizados por el sustrato agrario mencionado anteriormente (Medina, 2009a). Bajo esta condición, la guerrilla no ha elaborado una ‘teoría de la Revolución’ ni de la ‘guerra de guerrillas’; tampoco puede señalarse con claridad el trabajo sistemático de ‘intelectuales orgánicos’ que haya surgido dentro de sus filas o durante el desarrollo de su organización. Se ha tratado, más bien, de la búsqueda de referentes políticos que se puedan articular en función de la justificación de la lucha armada y de los ideales más generales del pensamiento de izquierda.

En esa hibridación se puede leer el reciclaje que operan las FARC de uno de los proyectos de la historia de la insurgencia en Colombia: la construcción de un socialismo con perfil colombiano. Este proyecto hunde sus raíces en el desarrollo de la protesta social en el país,

²³ «Durante los años veinte y treinta se presentaron tres tipos de conflictos agrarios, según Pierre Gilhodés: los relativos a las condiciones de trabajo en las haciendas (...); los conflictos relacionados con la propiedad de la tierra, mediante el cuestionamiento de los títulos de propiedad; y finalmente, las disputas relacionadas con la problemática de las comunidades indígenas» (Gilhodés, 1988:35, en Pizarro, 1989:8).

aun antes de la llegada del socialismo soviético y de la influencia de la Revolución de 1917 (Vega, 2002a). Este socialismo “a la colombiana”, no obstante, se va construyendo como hibridación de casi todo lo que asuma protesta social y oposición al Estado.

El marxismo leninismo de las FARC es entendido desde sus lineamientos más generales: el orden social desde la lucha de clases, el antimperialismo, el papel de la vanguardia revolucionaria y la centralidad de la lucha armada y de la violencia en el desarrollo de la historia. Ellos han explicado esta generalización ideológica como una oposición a adoctrinarse dogmáticamente con la implantación de modelos foráneos, en un esfuerzo por concentrarse en las realidades locales de la nación²⁴. Así, defienden la vigencia del socialismo, pero niegan la existencia de modelos, más allá de admirar las revoluciones de otros países. Esto los ha conducido, por extensión, a desinteresarse por la renovación y adecuación teórica del marxismo por privilegiar principios básicos de esa perspectiva (Ferro y Uribe, 2002).

En principio, la contribución marxista leninista provino del PCC; principalmente a través de uno los fundadores de la guerrilla y quien fuera reconocido como su ‘ideólogo’, hasta su muerte, en la década del 90: Luis Alberto Morantes Jaimés (alias ‘Jacobo Arenas’)²⁵. No obstante, se ha discutido que las FARC fueran solamente el brazo armado del PCC, ni siquiera en la década del 60, debido a diferencias profundas en la interpretación de los métodos para la toma del poder, el apoyo del PCC a algunos gobiernos de turno y a divergencias en el enfoque sobre el ámbito de acción, que para la guerrilla siempre fue más rural que urbano (COP, 2009; Ferro y Uribe, 2002).

El distanciamiento del PCC y la desaparición de Arenas significó para las Farc un vacío en la orientación política de su lucha y coincidió o influyó en el fortalecimiento militar que experimentaron entre 1995 y 2002. Con el lanzamiento del Partido Comunista Clandestino Colombiano (PC3) y el Movimiento Bolivariano, las FARC se independizaron definitivamente

²⁴ «(...) nosotros tomamos el marxismo así, los lineamientos generales los tomamos, pero ya cómo lo vamos a hacer aquí en concreto eso nos corresponde a los colombianos (...), lo que debemos mirar es cómo está la sociedad y cómo esas viejas oligarquías montadas en el poder hace muchos años nos tienen cada vez peor (...). Los documentos nuestros se remiten casi que exclusivamente a la realidad que estamos viviendo, y sobre cómo la vamos a transformar, porque la realidad la conocemos para conocer el mundo y para transformarlo. Nosotros hablamos de la Revolución socialista, si es comunista o no lo es ya es un problema que se irá definiendo más adelante. El nombre que se le vaya a dar es lo de menos, lo importante es que nos pongamos de acuerdo en que necesitamos un nuevo país» (Entrevistas a los comandantes alias ‘Iván Ríos’ y ‘Fernando Caicedo’, en Ferro y Uribe, 2002:122-124).

²⁵ Jacobo Arenas siempre estuvo más vinculado a la política que al combate guerrillero, en estricto sentido. Participó en la creación del Partido político Unión Patriótica, en 1985, y dentro de las FARC-EP, impartía lecciones sobre marxismo-leninismo, legislación militar y otros asuntos vinculados. Escribió varios textos de corte histórico sobre la guerrilla y el proceso de paz con el expresidente Belisario Betancur (1982-1986), que hacen parte del acervo intelectual en las escuelas de formación guerrillera de las FARC-EP.

del PCC, principalmente por su falta de apoyo a la lucha armada para la toma del poder. La doctrina de la “combinación de todas las formas de lucha”, que el PCC había impulsado desde el IX Congreso Nacional, en 1961, se convertiría ahora en el parteaguas doctrinario con las FARC, quienes no renunciaron –y, por el contrario, profundizaron- la violencia armada como una de esas “formas de lucha”. El divorcio con el PCC y la muerte de Arenas (el lazo más fuerte con ese partido) posibilitaron entonces la entrada definitiva de Bolívar al ideario fariano, reforzados también por la llegada al poder del expresidente venezolano Hugo Chávez y el surgimiento de la denominada Revolución bolivariana.

El proyecto ideológico aglutinador de las FARC, que los partidos de izquierda en Colombia no pudieron sostener como una apropiación local del socialismo, ha sido presentado por las FARC como bandera política con perspectivas hacia la toma del poder.

Victimismo

Las FARC se representan a sí mismas como víctimas del Estado. Este victimario ha adquirido diferentes personificaciones a lo largo del conflicto armado, pero siempre se le ha presentado como un enemigo de clase: por un lado, la burguesía y la oligarquía en el poder, tanto nacional (élites gubernamentales y militares) como extranjera (específicamente, Estados Unidos); por otro lado, las clases poseedoras o explotadoras de grandes extensiones de tierra (latifundistas, terratenientes y empresas multinacionales), y con ellas, los ejércitos paramilitares de seguridad privada. Estos enemigos serían los victimarios no solo de la guerrilla, sino también de las clases menos favorecidas.

El origen de las FARC suele ubicarse en mayo de 1964, con el bombardeo del Ejército nacional a la denominada -por algunos sectores gubernamentales²⁶ y militares²⁷- «República Independiente de Marquetalia», es decir, una región sin control del gobierno central. Este asentamiento estaba ubicado en el sur del Tolima, donde ejercía autoridad local un comando

²⁶ Así lo denunció el senador conservador Álvaro Gómez Hurtado, frente al pleno del Congreso, en 1961, como opositor del gobierno liberal de turno: «No hay ningún colombiano que legítimamente pueda invocar motivos políticos para rechazar la soberanía del Estado colombiano. Y eso es de lo que no se ha caído en la cuenta. No se ha caído en la cuenta de que hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado colombiano, donde el Ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta al pueblo, o a los habitantes. Hay una serie de repúblicas independientes que existen de hecho aunque el gobierno niega su existencia » (citado en Alape, 1985:245).

²⁷ Así lo relata el General José Joaquín Matallana, quien dirigió el ataque a Marquetalia: «Ellos se establecieron como ‘Repúblicas Independientes’. No aceptaban autoridades. Las autoridades de esos pueblos tuvieron que salir corriendo y ellos desafiaron abiertamente al gobierno. Y cómo iba a ser que un gobierno que acababa de llegar a pacificar al país, permitiera aquí, a las puertas de Bogotá, que hubiera una zona de cuatro o más municipios en manos de unos individuos que se declaraban en rebeldía y que no aceptaban la autoridad del Estado. Había que actuar» (citado en Alape, 1985:185).

guerrillero comunista dirigido por Manuel Marulanda y Jacobo Arenas. El ataque a Marquetalia configura todo un mito fundacional al cual el discurso guerrillero retorna y mantiene vivo en la memoria de los combatientes: se trata aquí de una memoria construida desde la víctima; el recuerdo del ataque violento e indiscriminado del Estado contra los campesinos. La fuerza de un mito fundacional basado en el victimismo activa el resentimiento colectivo y los imperativos de desagravio y venganza. Las víctimas, así, habrían sido ‘obligadas’ a hacer la guerra (Uribe, 2007).

Esta característica del victimismo sobresale y se reanuda en la forma del mito de Marquetalia cada vez que los actores contrainsurgentes despliegan sus métodos violentos. La importancia del mito fundacional reside entonces en su capacidad de permanecer y renovarse en el discurso guerrillero como justificación de una violencia reactiva que refuerza el estatuto de víctimas por parte de los combatientes.

Así, varios hechos de la guerra han profundizado particularmente la autorrepresentación de las FARC como víctimas: el genocidio de la Unión Patriótica, partido político creado en 1985, producto de acuerdos de paz con esta guerrilla, durante la presidencia de Belisario Betancourth (1982-1986); el bombardeo a Casa Verde (Centro de operaciones de las FARC) en diciembre de 1990, durante la presidencia de César Gaviria (1990-1994); la consolidación del paramilitarismo como estrategia contrainsurgente (a veces privada y en otras ocasiones en connivencia con el Ejército nacional) entre 1996 y 2003; y los operativos antiterroristas de la denominada Política de Seguridad Democrática, durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010).

El genocidio de la Unión Patriótica impidió que las FARC abandonaran la lucha armada luego de haber acordado su participación política legal a través del partido. El asesinato de sus miembros fue sistemático y selectivo, e incluyó a dos candidatos presidenciales, un centenar de representantes locales (alcaldes, diputados, senadores y consejales) y de militantes del partido (Campos, 2003). Pese a que en 1987 se desvincularon de la guerrilla y negaron ser su brazo político, el narcotráfico y el paramilitarismo de la época (1985-2002) justificaron su exterminio como una reacción a la doctrina de la combinación de todas las formas de lucha, según la cual la guerrilla estaría operando estratégicamente tanto en el frente militar como en el político (COP, 2009). Desde este genocidio, las FARC han esgrimido el argumento de que en Colombia no es posible hacer política legal sin ser exterminado, cada vez que se les ha reclamado una militancia dentro de los márgenes de la ley.

El bombardeo a Casa Verde ocurrió el mismo día en que se convocó a elección de

representantes para la Asamblea Nacional Constituyente, que renovarían la Constitución Política en 1991 con la participación de varias guerrillas desmovilizadas en la época (M-19, EPL, PRT y Quintín Lame), excepto las FARC y el ELN. Estas guerrillas, pues, no participaron de la nueva Constitución y el ataque a su campamento base fue leído como un agravio que los excluyó definitivamente de la posibilidad de hacer política sin armas (COP, 2009). Esta sensación de ser víctimas de un régimen que había decidido no solo excluirlos del nuevo país, sino además exterminarlos, era agravada por el significado construido alrededor de Casa Verde: el lugar que había sido sede de procesos de paz con gobiernos anteriores (Betancourth, 1982-1986 y Barco, 1986-1990) donde se habían firmado treguas parciales y ceses al fuego (1984-1987), se habían congregado las diferentes guerrillas del país en un esfuerzo por unificarse bajo el nombre de ‘Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar’ (1987-1990) y donde se concentraba la dirigencia de la FARC, conocida como el ‘Secretariado’. El ataque a Casa Verde logró la radicalización de la postura insurgente y la ruptura de los canales de comunicación que tendían a buscar salidas negociadas del conflicto armado; fue este el inicio de una mayor militarización de la lucha, donde lo político quedaba subsumido a lo bélico²⁸.

Entre 1996 y 2006, el paramilitarismo se consolidó como estrategia contraguerrillera a través de la creación de las autodenominadas Autodefensas Unidas de Colombia, AUC. Este grupo le declaró la guerra a los grupos de izquierda legales e ilegales del país, y confrontó a las FARC en los territorios donde habían logrado dominio, las debilitó e inclusive llegó a expulsarlas de algunas zonas de influencia, especialmente al norte del país. En 1998, las AUC avanzaron hacia la Costa Caribe, el Magdalena medio y el oriente de Colombia, donde se aliaron con las élites políticas locales que se oponían al proceso de paz que adelantaba el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) con las FARC. Para fines de 1998, las interacciones violentas entre guerrillas y paramilitares se habían extendido a la mayor parte de las zonas rurales del país. En varias de esas zonas, como la del Putumayo (frontera suroccidental del país), las confrontaciones estuvieron asociadas con la disputa por el control de la economía cocalera. La criminalización creciente de las AUC las llevó a la necesidad de buscar reconocimiento en el país, escudadas en un discurso contrainsurgente, también victimista e

²⁸ El presidente de la época, César Gaviria (1990-1994), siempre le restó importancia al ataque y lo justificó como un acto de recuperación de la soberanía nacional: «Cuando asumí mis funciones de presidente de los colombianos les manifesté al ministro y a sus comandantes que ellos no tenían que pedir permiso para hacer presencia en cualquier parte del territorio nacional. No sé qué tan importante era ese asunto de que La Uribe fuera una especie de santuario que venía de la administración Betancour y que conservamos en la administración Barco, y que tenía un simbolismo que, sin duda, estaba ya agotado. Apenas fui informado esa mañana de la elección sobre las acciones militares, no me molesté porque esa era la regla que yo había establecido. No me pareció la fecha más afortunada, pero no tenía reclamo qué hacer y no lo hice” (COP, 2009:163, citado de De la Calle, 2004).

inclusive, heroico (Abud, 2016). Este discurso caló en muchas regiones y generó un apoyo de la sociedad que se radicalizó contra las guerrillas, especialmente después del fracaso del proceso de paz con el expresidente Pastrana. Para los primeros años del siglo XXI, los paramilitares habían logrado penetrar las estructuras políticas locales, regionales y nacionales, y aliarse con miembros del Ejército nacional para someter violentamente los territorios en disputa, al tiempo que crecía su control sobre la economía de la coca y sobre los territorios que constituían corredores estratégicos para el tráfico de cocaína (CNMH, 2013b; López, 2010).

La confrontación entre paramilitares y guerrillas dejó afectada principalmente a la población civil, que fue victimizada en el cruce de fuegos, acusaciones de apoyo a uno u otro actor armado, retaliaciones, desplazamientos forzados, masacres y vejaciones indiscriminadas contra comunidades y poblaciones enteras (CNMH, 2013a, 2013b). No obstante, las FARC se asumieron como víctimas del paramilitarismo al presentarlo como estrategia estatal de exterminio insurgente.

Finalmente, la política antiterrorista del expresidente Uribe (2002-2010) reforzó el discurso del victimismo en la guerrilla y lo enfocó en la radicalización del sentimiento antiestadounidense, ligando esa política con la guerra contra el terror, promovida por el expresidente Bush (2001-2009). Ese proyecto de reestructuración de la seguridad fue iniciado por el expresidente Pastrana (1998-2002), a través de la obtención de millonarios recursos para la guerra contra las drogas y las guerrillas. La Política de Seguridad Democrática ejecutó y profundizó el uso de esos recursos en armamento, infraestructura e inteligencia militar y complejos operativos contrainsurgentes que redujeron la capacidad bélica de las guerrillas y las devolvieron a sus zonas de retaguardia, así como hacia zonas fronterizas, luego de haber ganado espacio y capacidad de penetración en las ciudades, durante los últimos años de la década del 90 (González, 2014). Golpes militares contundentes, como el asesinato de dos miembros del Secretariado del Estado Mayor Central de las FARC, las hicieron radicalizar su posición como víctimas de un sistema opresor cuya legitimidad pusieron en duda, dado el fenómeno de la parapolítica, la injerencia de Estados Unidos y la profundización del modelo económico neoliberal. En este sentido, las FARC rechazaron vehementemente su inclusión en los listados internacionales de grupos terroristas, la negación del conflicto armado interno por parte del discurso gubernamental y su acusación como narcoterroristas; en cambio, denunciaron la consolidación de un terrorismo de Estado, del cual ellos serían uno de las principales sujetos victimizados.

Militarismo

Las FARC han consolidado una estructura organizacional interna típicamente militarista. Esa solidez se refleja tanto en la formación de un organigrama con jerarquías de mando interrelacionadas, como en las fuertes regulaciones de su disciplinamiento interno. El desarrollo histórico de esta guerrilla refleja bien esa orientación que ha tendido a privilegiar las armas por encima de la política (CNMH, 2013b; COP, 2009; Ferro y Uribe, 2002; Pécaut, 2008, 2013; Pizarro, 2004, 2011).

En los albores de la conformación de las FARC, durante la década del 50, ya se podía identificar dentro de las guerrillas liberales un ala organizativa más societal, ligada a la autodefensa campesina, y otra más militarista, inspirada en el comunismo y en la doctrina de la combinación de todas las formas de lucha (González, 2014). Las disputas entre los liberales ‘limpios’ (es decir, fieles al Partido Liberal) y los ‘comunes’ (filocomunistas), según la terminología de la época, fueron fraccionando los grupos de resistencia y tuvieron varios puntos críticos: la amnistía ofrecida a las guerrillas por el gobierno del Gustavo Rojas Pinilla, en 1953, que desmovilizó a los ‘limpios’ y desplazó a los ‘comunes’ hacia otras zonas del sur del Tolima; la proscripción oficial del Partido Comunista, en 1956; el ataque posterior a uno de los asentamientos comunistas conocido como Villarica; el asesinato de uno de los líderes guerrilleros comunistas, alias ‘Charro negro’ (Jacobo Prías Alape), en 1960, a manos del liberal alias ‘Mariachi’ (Jesús María Oviedo); y finalmente, la declaración de guerra contra las ‘repúblicas independientes’, de las cuales Marquetalia era el símbolo del comunismo y de la falta de control del Estado. Estos hechos radicalizaron la línea militarista y fueron determinantes para la transformación de las zonas de autodefensa reaccionaria en ejércitos de violencia revolucionaria, inspirados en la guerra de guerrillas, que vendría a consolidarse con cierta lentitud durante la siguiente década (70), y con especial ímpetu, en las décadas del 80 y del 90.

Ya desde las primeras tres conferencias guerrilleras, entre 1970 y 1982, la guerrilla apuntaba hacia la conformación de un ejército y la definición de una estrategia militar para la toma del poder. Como preparatoria para el alcance de este objetivo, en la sexta conferencia (1978) se consolidaron los estatutos, el reglamento de régimen disciplinario y las normas de comando, se reajustó el Estado Mayor Central (máxima instancia militar y política), se fundó su Secretariado y se definieron los planes militares para las siguientes décadas. Como culminación de este proceso de consolidación militar, se celebró en 1983 la VII Conferencia

guerrillera, donde la organización añadió a su nombre las siglas EP, Ejército del Pueblo. En la VIII Conferencia (1993) se terminó de afinar la estructura militar y el organigrama de las FARC-EP quedó constituido como se ilustra en la Figura 1.1.

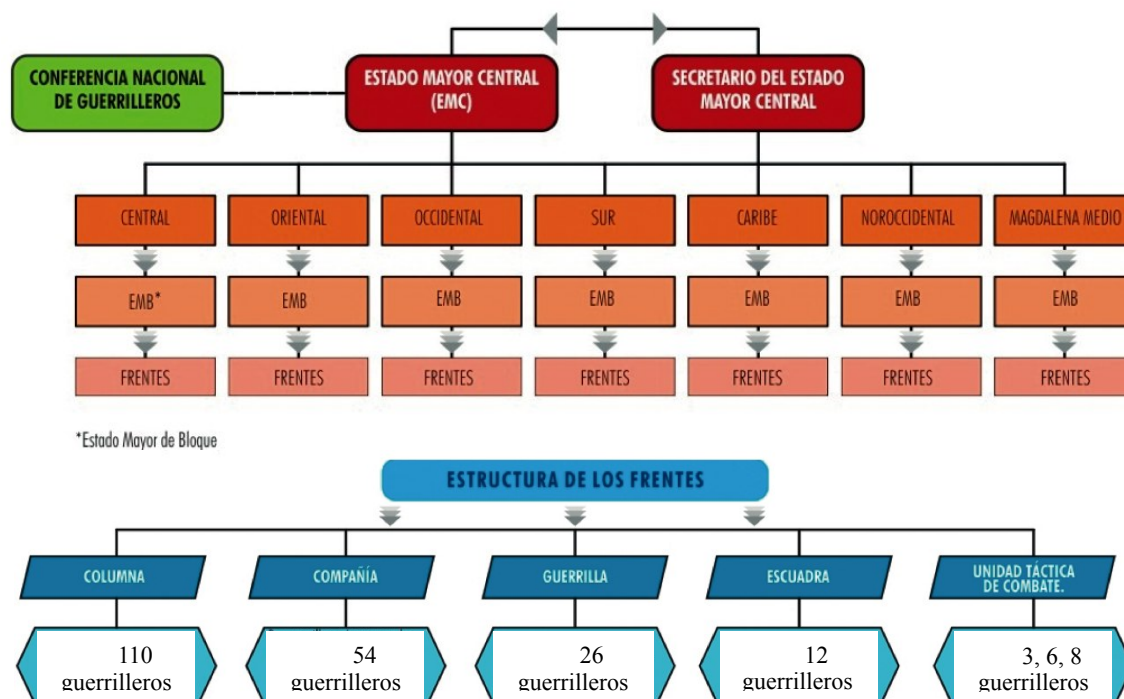


Figura 1.1. Estructura militar de las FARC-EP (CNMH, 2013b):

Como lo han hecho notar Ferro y Uribe (2002), la estructura de los mandos militares es análoga a la del Ejército regular (Tabla 1.1).

Ejército Tradicional	FARC EP
Dragoneante	Candidato a Comandante
Cabo Segundo	Reemplazante de Escuadra
Cabo Primero	Comandante de Escuadra
Sargento Segundo	Reemplazante de Guerrilla
Sargento Vice Primero	Comandante de Guerrilla
Sargento Mayor	Reemplazante de Compañía
Sub Teniente	Comandante de Compañía
Teniente	Reemplazante de Columna
Capitán	Comandante de Columna
Mayor	Reemplazante de Frente
Teniente Coronel	Comandante de Frente
Coronel	Reemplazante de Bloque
Brigadier General	Comandante de Bloque
Mayor General	Reemplazante de Estado Mayor Central
General	Comandante de Estado Mayor Central

Tabla 1.1. Analogía de los mandos militares entre las FARC-EP y el ejército tradicional (CNMH, 2013b:80)

Los rangos de las FARC privilegian la figura del Comandante y la aplican a los diferentes niveles de la estructura militar, a diferencia del ejército tradicional, donde se siguen las denominaciones más clásicas. Esta figura remite al uso que se le dio en la Revolución cubana al título de Comandantes de la Revolución, para diferenciarse de las fuerzas legales. Las figuras de los «reemplazantes» les han permitido a esta guerrilla cubrir efectivamente las bajas o encarcelamientos en sus filas y dotar de interinidad a los mandos (CNMH, 2013b). Esta suplencia prevista ha sido una fortaleza militar de la guerrilla frente a la estrategia contrainsurgente gubernamental que, desde la Política de Seguridad Democrática, se concentró en atacar las cabezas de la organización. El régimen de reemplazantes también ha promovido internamente el ascenso hacia puestos de mando superior, es decir, ha posibilitado la configuración de una ‘carrera militar’ dentro de la insurgencia, y en un sentido punitivo, también se ha utilizado para castigar conductas, rebajando de mando a los castigados. Esa característica ha dotado de cierta flexibilidad a la estructura militar, si bien se trata de modos de asegurar el control de la organización desde arriba hacia abajo.

Junto con esta solidez en su estructura, el cuerpo normativo disciplinario ha permanecido prácticamente inalterado desde la sexta conferencia (1978) y ha regulado estrictamente la vida de los combatientes. Una suerte de amalgama entre disciplinamiento y moralidad, propia de la ética militarista, ha diferenciado a esta guerrilla de las otras que surgieron en el contexto colombiano y que no alcanzaron a construir una coerción reguladora tan fuerte. La modelación, vigilancia y castigo de conductas es, en efecto, una característica enmarcada en el militarismo de las FARC. Los mandos presentan este control como la formación de una disciplina revolucionaria que garantiza el cumplimiento de los planes militares, anudada a los imperativos éticos de la lucha y a la convicción requerida por parte de los combatientes (Medina, 2009a).

En el régimen disciplinario, las faltas se clasifican en leves o no intencionadas, graves y delitos. Cada tipo de falta se sanciona de maneras particulares y está a cargo de los diferentes organismos de la estructura organizacional, de acuerdo con la gravedad de la falta. Las sanciones pueden ir desde el llamado de atención en público (para las faltas leves), hasta la conformación de Consejos de guerra para fusilamientos (para los casos de traición, delación, desertión y asesinato entre compañeros) (FARC, 2007:26-33).

El énfasis en la dimensión organizativa con sesgo militarista ha sido primordial para la continuidad de las FARC, pero también las ha obligado a sacrificar lo político por lo bélico, y

la flexibilidad por la rigidez verticalizada de los mandos y de la burocracia interna (Ferro y Uribe, 2002). Las FARC han militarizado la política y han invertido la fórmula de Clausewitz haciendo de la política misma, otro medio para la guerra. Si bien se puede defender que el perfil del Secretariado es más político que militar, esta tendencia se va invirtiendo a medida que se avanza hacia las estructuras de base; en este sentido, el trabajo de formación política con los combatientes rasos, los mandos medios en los frentes y los civiles en las zonas de influencia sería fundamental, pero no ha sido destacado, bien por los avatares de la guerra irregular (que dificulta la sistematicidad de la formación ideológica), o bien porque han encontrado en el régimen militarista una estrategia más fuerte de cohesión interna; de allí que corran el riesgo de ser vistos como una organización puramente militar.

Autoritarismo armado

La relación general de las FARC con la población civil se puede caracterizar como el desarrollo y consolidación de un autoritarismo armado. Se trata de la penetración y desplazamiento de las poblaciones a través de la amenaza del uso de las armas (lo que Ramírez, en 1981, denominó «Colonización armada»), pero también del establecimiento de mecanismos regulatorios sociales y formas de gobernanza (Launay-Gama y González, 2011)²⁹ en los territorios de influencia, donde la guerrilla ha adquirido control completo o parcial de la vida de las comunidades, principalmente a través del poder -de facto y simbólico- de las armas. El control social referido no apunta únicamente a los modos en que la guerrilla puede amedrentar y amenazar con el uso de las armas dentro de las comunidades, sino también a las formas en que logra capitalizar el descontento social, por ejemplo, en torno a la exclusión política con respecto al centro, para construir legitimidad con ilegalidad en algunas poblaciones que llegan a sentirse representadas por los guerrilleros. Bolívar (2006) reconoce en este tipo de interacciones unas ‘legitimidades prácticas’, que no están cruzadas tanto por lo ideológico como por el encuentro entre necesidades locales y ofertas de los grupos armados, y la utilidad de sus acciones para resolver problemas concretos de las comunidades (la construcción de una carretera, la protección y castigo contra la delincuencia común, etc.).

Estos modos de regulación política no se construyen sobre la base de consensos con las poblaciones ni sobre la generación de confianzas mutuas, sino de modos autoritarios donde el

²⁹ Los trabajos recopilados por Launay-Gama y González (2011) se distancian del concepto clásico de gobernanza y lo orientan más hacia los vínculos heterogéneos entre representantes y representados en contextos particulares, las regulaciones políticas y los tipos de legitimidad que emergen a partir de estas interacciones.

carácter militarista de la guerrilla -como fue descrito antes- garantiza que las poblaciones difícilmente se resistan al control en la zona. En este sentido, el autoritarismo armado de las FARC se puede ver también como la presencia y efectividad de un doble discurso que al mismo tiempo presiona y concede, defiende y violenta a las comunidades y a su autonomía, y en todo caso, altera su vida en comunidad al introducir la presencia permanentemente visible de las armas.

Un ejemplo ilustrativo de esta característica de las FARC es su relación con las comunidades indígenas del país, en general, y con los grupos nativos del departamento del Cauca (suroccidente del país). Ellos, organizados políticamente (Territorio indígena y gobernanza, 2015) se han resistido a la presencia violenta tanto de la guerrilla como de la Fuerza Pública, y han luchado por defender la autonomía y el control interno de sus territorios (González Piñeros, 2006; Moreno, 2008). Frente a esta resistencia, las FARC argumentan que la resistencia indígena debe alinearse a la lucha guerrillera, porque se trataría de grupos que coinciden en su calidad de víctimas del Estado (Morris, 2005)³⁰. El imperativo del apoyo a la guerrilla en estas zonas genera disputas entre la resistencia indígena, generalmente pacífica, y la autoridad que las FARC pretenden implantar en la zona, sustentada en las armas.

La negativa a la entrega de las armas o a hacer política sin ellas responde a ese autoritarismo armado. Las FARC consideran que el armamento es parte de su patrimonio, último reducto de lo que les fue arrebatado por el Estado y única garantía del cumplimiento de las promesas de los gobiernos en los procesos de paz³¹. La falta de reconocimiento del monopolio de las armas por parte del Estado es, así, una característica incluida en el terreno

³⁰ -[Periodista Morris]: (...): «Si el movimiento indígena, si ese movimiento tan grande, dijera ‘no queremos actores armados en nuestros territorios’...

- [Comandante Patiño, Columna Jacobo Arenas]: ¡Eso sí es muy difícil! Porque es desconocer la realidad del país. Las FARC han sido de toda la vida en estas zonas. Las FARC han surgido del pueblo colombiano, de las necesidades del pueblo colombiano, de los atropellos del Estado contra el pueblo colombiano. Y están conformadas por varios sectores, por la gente pobre, por varios sectores: indígenas, campesinos, obreros, estudiantes de este país. Entonces decir eso es desconocer la realidad de este país.
- [Periodista Morris]: ¿Qué fueron primero: las FARC o los territorios indígenas en esta zona? Porque es un poco lo que ellos dicen: ‘Nosotros fuimos y somos primero que las FARC; nuestras tierras son ancestrales y queremos que nos respeten la autonomía’. Y lo mismo le están diciendo a Uribe.
- [Comandante Patiño]: Pero los que más tienen que luchar en una lucha revolucionaria para un cambio en este país son los pobres, son los indígenas. Desde los indígenas guerreros, como la Gaitana, como varios indígenas que guerrearon contra los españoles, que guerrearon contra el Estado. De allá provenimos nosotros, de esas mismas luchas». (Morris, 2005: 5’37” - 6’58”).

³¹ Desde la década del 80, Jacobo Arenas defendía esta postura: «-¿Por qué las guerrillas no entregan las armas? En primer lugar no las entregamos porque son de su propiedad, son su último patrimonio. Lo demás, la tierra, sus labranzas, sus casas, sus animales y hasta sus seres queridos les fueron arrebatados por la violencia terrorista oficial (...). Se trata de consolidar una política de cese del fuego, tregua, paz democrática, apertura y reforma política, concepción que va más allá de la simple y elemental mecánica de entrega o no entrega de unas cuantas armas» (citado en Alape, 1985:580).

de las disputas libradas por la guerrilla a lo largo del conflicto. Se trata, en el fondo, de la disputa por la autoridad, que las FARC han relacionado con el uso de la violencia y con la ilegitimidad de la Fuerza pública. La posición de esta última ha sido el rechazo total a la pretensión de esa autoridad armada paralela, y la indignación contra la idea que se deriva de ahí, según la cual el Ejército nacional no sería un ‘Ejército del pueblo’ (como sí se proclaman las FARC), sino uno de las élites³².

Las relaciones con la población civil se inscriben también en esa lógica de la guerra: bien sea alentando a las comunidades a la protesta pública o sustituyendo funciones estatales precarias, estos territorios ocupados fueron estratégicos como zonas de retaguardia en la lógica bélica y como posibilidades de conformación de un ‘poder dual’, según la vieja idea leninista de coexistencia en competencia por la legitimidad, proveniente de la disputa de dos poderes contrapuestos (CNMH, 2013b). Aquí, la relación entre poder y armas es instrumental y directa: no es posible pensar el primero sin el uso, control, efectividad y simbolismo de las segundas. Esencialmente, se concibe una autoridad dependiente y a través de las armas, y ello la hace derivar en una forma de autoritarismo.

1.2.2 Cuatro tensiones

Actuación política/actuación criminal

Entre los analistas del conflicto y la opinión pública no existe consenso acerca del estatuto político de las FARC. Aun con el reconocimiento dado a esta guerrilla como actor político en diferentes momentos de la historia del conflicto, algunos sectores en Colombia la han señalado más como un grupo criminal que como uno político. El reconocimiento de un estatus de beligerancia ha sido un reclamo constante en el discurso de las FARC; ellos han invocado fundamentalmente el derecho a la rebelión y el contenido ideológico de su lucha, para reclamar ese estatus. Por su parte, quienes se oponen a un reconocimiento tal resaltan los vínculos de la guerrilla con actividades criminales que condena el derecho de guerra, como el secuestro, el desplazamiento forzado, el uso de cierto material bélico y, en general, el daño a la población civil.

Históricamente, los momentos en los que las FARC han sido reconocidas como actor

³² El testimonio del General Fernando Landazábal, radical exministro de defensa en la década del 80, es contundente en este sentido: «Las Fuerzas Militares de Colombia no permitirán que el comunismo asuma el poder por la violencia (...), no se trata de que este bando es el Ejército y este bando es la guerrilla. Nosotros somos la Nación. En nuestros soldados están todas las clases sociales. Están los campesinos, están los obreros, están los trabajadores. No es un Ejército hecho de un conglomerado que no participa de la idiosincrasia de nuestro pueblo. Es un Ejército Nacional» (citado en Alape, 1985:474-475).

político corresponden a los intentos de solucionar el conflicto armado por la vía del diálogo, a través de procesos de paz con los gobiernos de Betancourt (1982-1986), Gaviria (1990-1994), Pastrana (1998-2002) y Santos (2010-2018). Excepto en el último caso, las sucesivas rupturas de los procesos han llevado a la condena de la guerrilla como grupo criminal, luego de haberla reconocido como interlocutor en cada mesa de diálogo. Asimismo, en el periodo de la Política de Seguridad Democrática, de Uribe Vélez (2002-2010), esa criminalidad fue llevada al extremo a través de la acusación de narcoterrorismo contra las FARC, promoviendo con ello la despolitización total tanto de la guerrilla como de la guerra misma.

Sin embargo y por fuera de su reconocimiento por parte de la oficialidad y de la ciudadanía, su actuación política no ha sido suficientemente convincente a lo largo del extendido conflicto³³; más bien al contrario, han demostrado torpeza política para capitalizar su fortaleza militar y la debilidad del Estado, de manera de hacer de la guerra una forma de la política, y no al contrario³⁴. Si bien una torpeza tal no los enviaría automáticamente al polo de los grupos criminales, sí ha eclipsado en el imaginario social la dimensión política de la lucha armada.

Moralismo/ilegalidad

La tensión entre moralismo e ilegalidad plantea una contradicción esencial entre el discurso y las prácticas de formación disciplinaria y militar de los combatientes, orientadas hacia la construcción de una moral guerrillera, y el discurso y las prácticas que este grupo armado ejerce al margen de la ley. Si bien se trata de una legalidad que no es reconocida por

³³ En 2011, el historiador Medófilo Medina Pineda (2014:93) le reclamó en carta abierta al jefe de las FARC el hecho de que en casi medio siglo no tuvieran logros sociales para demostrar su estatus político: «¿Cuáles son los beneficios que esta lucha abnegada de tres generaciones de hombres y mujeres guerrilleros le han traído a Colombia? ¿Cuáles grupos de trabajadores rurales o urbanos han logrado conquistas sociales duraderas por obra de las FARC durante este medio siglo?» También en carta abierta, la guerrilla respondió: «La lucha popular en su conjunto ha conseguido muchas cosas y la sola pregunta, cuando menos, destila cierto veneno, bien sea de naturaleza nihilista o francamente burgués. De la lucha armada de veinte años que precedió los Acuerdos de La Uribe, se derivarían para el país efectos verdaderamente modernizantes que implicaron importantes avances (...) No se trata de metas acabadas, sino especies de postas para el posterior relevo que lleve las cosas más adelante» (Timoleón Jiménez, en Medina Pineda, 2014:110).

³⁴ Al respecto, una de las tesis más interesantes sobre la torpeza política de las FARC es la de la Corporación Observatorio para la Paz, quienes aseguran que a finales del siglo XX la guerrilla ganó la guerra, pero no se dio cuenta de esa victoria: «¿Por qué las Farc no vieron que habían ganado la guerra y que era el momento de cobrar políticamente el triunfo? (...) Para 1999, las Farc habían logrado concretar una estrategia militar exitosa, pero habían quedado huérfanas de política, la ausencia de Jacobo Arenas, el desprendimiento del Partido Comunista, la autosuficiencia del desarrollo basado en la economía de la coca, la soledad de Marulanda como jefe único, todo ello hizo que convirtieran la estrategia que habían esbozado en la Séptima Conferencia en doctrina, en finalidad; una estrategia despolitizada convertida en fe, las armas de instrumento de lucha se convirtieron en fetiche, integrándose a las anomalías del estado antidemocrático que les había dado origen. Todo ese potencial, al no dar el salto a la democracia, los convirtió en una peligrosa pero deleznable secta armada» (COP, 2009:110-111).

los líderes guerrilleros, no deja de presentar contradicciones con los universales morales que rigen la conducta guerrillera: la vulneración de las poblaciones a las que habría que proteger y los procesos de pacificación armada en los territorios son ejemplos de esa tensión.

Esta tensión ha llevado a la necesidad de justificar prácticas amorales a través de cierto orden legal construido en función de la guerra. La legalidad es, así, reemplazada por otra que rige las relaciones internas y externas de la guerrilla; en este sentido, la denominada ley 002 (declarada por las FARC en marzo de 2000), que regula las fuentes de financiación para la guerra, se presenta como justificación para la ejecución de secuestros contra quienes se nieguen a pagar el «impuesto revolucionario».

Tal vez el caso más complejo en el marco de esa tensión es el papel de la economía de la coca en las FARC. Hasta inicios de la década del 80, sustentadas sobre principios morales, las FARC prohibieron los cultivos ilícitos en sus zonas de influencia; sin embargo, esa postura les significaba contradecir a los campesinos que se veían beneficiados por esta próspera economía, y además, perder ellos mismos la oportunidad de financiar la revolución con recursos más que cuantiosos. Así, se pasó de la prohibición a la participación en esa economía a través de cobros de impuestos a cultivadores, intermediarios y narcotraficantes locales. Sucesivamente, el negocio de la coca sería controlado por algunos frentes, más allá de la tributación, y llegaría a convertirse en la principal actividad en otros frentes. Pese a esta penetración, el discurso de los jefes guerrilleros y los regímenes de disciplinamiento no dejarían de condenar firmemente el negocio de la coca y de negar o restarle importancia a los beneficios obtenidos de ella.

Defensa/agresión

De acuerdo con la óptica que se adopte, la lucha de las FARC se puede ver esencialmente como una defensa contra la violencia del Estado, o bien, como una agresión contra este último y contra la población civil. La polarización entre defensa y agresión es el centro del problema de la justificación del uso de las armas y de la mayor o menor legitimidad social de la guerrilla en el país. Si es una defensa, el levantamiento en armas se presentaría como una lucha de resistencia y la ejecución del derecho de rebelarse contra regímenes despóticos, reconocido implícitamente en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (ONU, 1948: preámbulo)³⁵. Si es una agresión, la lucha armada constituiría la principal causa de la

³⁵ «Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión» (ONU, 1948: preámbulo, párr.3).

violencia indiscriminada y de sus efectos sociales, económicos y políticos.

El manejo maniqueísta entre ambos polos ha contribuido principalmente a la obturación de las discusiones en torno a la violencia política y a razonamientos circulares sobre quién inició la guerra. De ahí que las posturas se radicalicen fácilmente cuando se trata de asignar responsabilidades al respecto de los efectos del conflicto: el imaginario de la defensa condensa la idea de que la guerrilla es un producto o efecto natural de condiciones sociales objetivas, como la precariedad del Estado y la exclusión bipartidista; la idea de la agresión, por su parte, suele exagerar el papel de las condiciones subjetivas, como la autonomía y la voluntad de los actores para hacer la guerra, así como sus lógicas e intereses económicos.

Existen también posiciones que abordan esa tensión en términos de la dinámica histórica, como una transformación de la lucha guerrillera, desde un origen justificable hacia una desviación o corrupción intolerable, como se mencionó en un apartado anterior. En términos de la tensión defensa/agresión, se trataría del paso de la defensa de los sectores campesinos vulnerados, a la victimización sistemática de estas comunidades en razón de un cambio en sus motivaciones para la guerra.

Vigencia-anacronismo

La lucha armada de las FARC puede verse como un plan de reivindicaciones sociales, oposición política y guerra vigentes en la Colombia contemporánea, o bien, como una lucha crónica y anacrónica que les ha impedido ver la realidad social más allá de los límites de sus principios fundacionales. En uno y otro caso, se juega la conveniencia del sostenimiento de la guerra de guerrillas y de la revolución socialista como método y fin de la toma del poder. Esta estrategia le ha permitido a la guerrilla no ser derrotada, pero al mismo tiempo le ha impedido ganar la guerra: un estado de la confrontación, que los analistas han denominado «empate negativo» (Pizarro, 1991) o «*impasse*»³⁶ (Nazhi Richanni, 2003), y que puede ser leída tanto como una demostración de su vigencia como de su anacronismo, según la visión más o menos afín a lucha armada.

En el primer caso, es posible pensar que el empate negativo es simplemente un momento

³⁶ El término es utilizado por Nazhi Richanni (2003:144-145) para caracterizar el momento de mayor auge militar de las FARC y su racionalidad económica en la guerra, a principios del siglo pasado: «la guerrilla pudo acumular el suficiente poderío militar, poder político y recursos económicos como para estar interesada en prolongar la guerra dada su incapacidad hasta el momento para vencer a sus enemigos (...); el cómodo *impasse* no sólo le ha permitido a la guerrilla consolidar sus logros políticos y ganancias económicas para llegar a una economía política positiva, sino que también ha contribuido a la prolongación del conflicto».

de la lucha³⁷, que termina forzando al actor contrainsurgente a retroceder, dados los mayores costos militares, económicos y políticos que le trae no ganar ni perder la guerra; en esa medida, se trataría de una táctica con plena vigencia en países con deudas en el control social y político de los territorios. En el segundo caso, la lucha sería anacrónica por la extensión temporal inaceptable de una revolución que se cuenta en décadas y un aplazo infinito de la toma del poder; esto no sería más que la incapacidad demostrada de alcanzar los objetivos con los medios utilizados.

La defensa o negación de la vigencia de la lucha armada se justifica según la persistencia o no de las condiciones que la propiciaron. No obstante, el desacuerdo se traslada hacia cuáles son esas condiciones en el presente: para la guerrilla, el país sufre actualmente la misma injusticia social, económica y política que originó el levantamiento en armas; para sus detractores, esta postura hablaría del aislamiento de las FARC en sus zonas, lo que les impediría reconocer los cambios de la Colombia actual, y en extremo, su discurso no sería más que una forma de excusar la perpetuación de la violencia armada para seguir beneficiándose con la economía de la coca.

1.3 El recorte agosto de 2010 – agosto de 2012: El final del *fin del fin*

A partir de junio de 2007, el gobierno empezó a asegurar que la guerrilla estaba a punto de ser derrotada. Durante la última etapa de la Política de Seguridad Democrática o de «Consolidación» (2006-2010), en el segundo gobierno del expresidente Uribe, las Fuerzas Armadas instauraron una tesis sobre el conflicto armado con las FARC, según la cual la derrota de la guerrilla era inminente. Fue el Comandante de las Fuerzas Militares, General Freddy Padilla de León, quien sintetizó esa visión gubernamental a través de la expresión «el fin del fin»³⁸:

Aquí se están dando las grandes batallas que demuestran que estamos en el fin del fin contra las Farc (...). Estamos en el fin del fin...porque las condiciones de apoyo de la población que tienen las Farc no sobrepasan el uno por ciento. El que tiene el apoyo del pueblo tiene la victoria, y ese apoyo lo tienen hoy día el Gobierno y sus Fuerzas Militares

³⁷ En visiones como la de Medina (2009b:281-282) esto se explica por una diferencia en la concepción del tiempo por parte de los distintos actores: «su origen y naturaleza, predominantemente campesina, le imponen unos tiempos, lógicas y ritmos que siempre concuerdan con las urgencias del país, las *realidades* del momento y las premuras del establecimiento. *Las FARC tienen su propio reloj de preocupaciones*» (cursiva original).

³⁸ Esta expresión sería usada en repetidas ocasiones por el General Padilla, durante el ejercicio de su comandancia y años después, como embajador, candidato al Senado de la República y militar en retiro. Ver, por ejemplo: Padilla (2008, febrero 11; 2010, mayo 29; 2010, agosto 6; 2014, enero 7).

(infolatam.com, 2010, agosto 6).

Según esta tesis, cada uno de los ataques militares propinados a los insurgentes demostraba que faltaba muy poco para la derrota final a través del triunfo militar, que se traduciría en la desmovilización total del grupo armado y la pérdida completa de su base social. Alrededor de esta tesis, o bien, apoyado en ella, se construyó el discurso gubernamental sobre el conflicto en el segundo mandato de Uribe, según ha sido analizado desde la ciencia política (García Durán, 2008; CODHES, 2011; Granada, Restrepo y Vargas, 2009).

Con el discurso del «fin del fin» se cerraría una etapa gubernamental y se abriría otra, en cabeza de Juan Manuel Santos Calderón, Presidente de la República (2010-2018) y antes Ministro de Defensa (2008-2010). No obstante, el discurso del «fin del fin» empezaría a desgastarse por el aplazamiento permanente de la derrota de la guerrilla: la imposibilidad de que la guerrilla perdiera la guerra, pero también de que pudiera ganarla. Ese desgaste constituye un periodo histórico, social y político particular en el conflicto interno, que deja ver cómo fracasó el proyecto de derrota insurgente por las vías exclusivamente militares, y por tanto, cómo se cerró la era de la «seguridad democrática» sin cumplir con el objetivo final para la cual fue creada.

A partir de agosto de 2010, con la llegada del nuevo Presidente, se puede hablar del inicio de un proceso político que llevaría a buscar -en 2012- una salida negociada al conflicto con las FARC. El proceso de cierre o culminación de la «Seguridad Democrática» duró los primeros dos años de la presidencia de Santos (2010-2012) y constituye la etapa final de una estrategia de guerra contrainsurgente. Sería, entonces, el cierre de una política y del discurso que la sostenía; un discurso desgastado por la permanencia de la guerra, que llevaría al final del discurso del «fin del fin» a raíz de la inercia del conflicto.

Pero el final del «fin del fin» no se dio a través del reconocimiento de que un discurso se había desgastado. Por el contrario, se trataba de un desgaste que resultaba innombrable porque apuntaba al fracaso de una política que no logró vencer a la guerrilla, a pesar de enormes esfuerzos y sacrificios económicos, logísticos y humanos. El recorte histórico que enmarca el final de ese discurso del triunfo militar permite profundizar, entonces, en los modos a través de los cuales el discurso del «fin del fin» se fue transformando en otro sin mostrarse desgastado ni finalizado; en otras palabras, cómo se mantienen vivos y activos aquellos discursos cuya fuerza se va debilitando a partir de los hechos que los contradicen. En este sentido, las construcciones retóricas no simplemente acompañaron a las militares,

sino que debieron pasar al frente de la batalla para proteger y garantizar la pervivencia de los imaginarios instalados en la guerra; en este caso, para que la Política de Seguridad Democrática pasara a la historia como una iniciativa exitosa, fundamental y causal en el paso hacia el proceso de paz con esa guerrilla.

1.3.1 Balances de la Política de Seguridad Democrática

El informe al Congreso, realizado por el expresidente Uribe en 2010, presentaba la Política de Seguridad Democrática como una respuesta a los problemas de orden público que «amenazaban la viabilidad de la democracia y vulneraban de manera constante derechos básicos de todos los ciudadanos» (Presidencia de la República, 2010:29), antes de su instauración, en agosto de 2002. Así fue definida esa Política en 2003:

El objetivo general de la Política de Defensa y Seguridad Democrática es reforzar y garantizar el Estado de Derecho en todo el territorio, mediante el fortalecimiento de la autoridad democrática: del libre ejercicio de la autoridad de las instituciones, del imperio de la ley y de la participación activa de los ciudadanos en los asuntos de interés común (...). La seguridad no se entiende en primera instancia como la seguridad del Estado, ni tampoco como la seguridad del ciudadano sin el concurso del Estado, sino como la protección del ciudadano y de la democracia por parte del Estado, con la cooperación solidaria y el compromiso de toda la sociedad (Presidencia de la República, 2003:12-13).

De acuerdo con el informe al Congreso, ocho años después del funcionamiento de esa Política, se obtuvieron efectos positivos gracias al denominado «círculo virtuoso de la seguridad» o relación positiva entre seguridad, confianza inversionista y crecimiento económico y social. Los indicadores que muestra el informe hacen énfasis en que las acciones emprendidas en favor de la militarización de la seguridad pública (como el aumento del pie de fuerza, el control territorial, las redes de cooperantes civiles y la equiparación de la lucha antidrogas con la guerra contrainsurgente) produjeron el aumento de la inversión privada y la percepción ciudadana sobre seguridad en el país: «Gracias a las mejores condiciones de seguridad, Colombia se encuentra hoy entre los países de mejor desempeño y perspectivas económicas dentro de la región, bajo unas condiciones macroeconómicas estables» (Presidencia de la República, 2010:29).

Los antecedentes de la Política de seguridad democrática favorecieron su aceptación, en principio, entre los sectores conservadores y de derecha del país, y posteriormente en el grueso de la población colombiana. El principal de esos antecedentes es la decepción que dejó el intento anterior de proceso de paz, que el expresidente Andrés Pastrana Arango (1998-2002) adelantó con las FARC en lo que se conoció como *El Caguán*, para designar tanto

la zona geográfica donde se llevaron a cabo los acercamientos, como los errores de planificación, desarrollo y abuso en que incurrieron las partes negociadoras a lo largo de tres años, hasta su terminación unilateral por parte del gobierno, en febrero de 2002. *El Caguán* catapultó la candidatura presidencial del entonces candidato Álvaro Uribe, cuya campaña logró aglutinar al país en torno a la derrota militar de las FARC, como prioridad de todo el plan de gobierno entrante (González, 2014:447).

La seguridad fue comunicada como una estrategia necesaria para acabar con los grupos armados ilegales, y particularmente con las FARC, pero también como «el bien común por excelencia de toda la sociedad», requisito de la recuperación social, política y económica del país (Presidencia de la República, 2003). El discurso de la seguridad, así, cubriría casi todos los aspectos de la vida en comunidad y orientaría la toma de decisiones públicas, asegurando órdenes políticos ligados al autoritarismo, al elitismo y al modelo neoliberal (Cárdenas, 2013; Estrada, 2006; Pardo Abril, 2010).

La administración uribista logró aglutinar las fuerzas armadas del Estado y a la población civil en un combate a muerte contra las guerrillas, bajo el esquema militar, jurídico y político de guerra integral contra el narcoterrorismo. El resultado más destacado de esa guerra fue el repliegue de las FARC hacia sus zonas de retaguardia, debido a la recuperación militar del territorio y al asesinato de un número significativo de sus combatientes, incluyendo a dos miembros de su Estado Mayor Central (González, 2014:450).

Todas las operaciones involucradas en esos hechos de la guerra fueron profusamente difundidas e instrumentalizadas en un régimen mediático gubernamental, que logró articular a grandes sectores de la población civil en torno a la aprobación y defensa de la Política de Seguridad Democrática (Bonilla, Rincón y Uribe, 2014; Cárdenas, 2013; Gómez, 2005; López de la Roche, 2014; Pardo Abril, 2009). Ese fenómeno de opinión pública contra un enemigo definido favoreció la reelección del proyecto gubernamental uribista, que se extendería ocho años (2002-2010) y le serviría también a su ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, para postularse como candidato y ser elegido en 2010 bajo la promesa de continuidad de la Política de seguridad democrática.

Análisis provenientes de sectores no gubernamentales han revisado la visión exitosa de la Política de seguridad democrática y ofrecido versiones en las cuales se destacan los efectos perniciosos de esa política. A continuación son enumerados:

Violación a los derechos humanos por parte de las Fuerzas Armadas

A partir de 2008 se empezó a denunciar públicamente que el Ejército Nacional ha realizado ejecuciones extrajudiciales, desde el año 1990 (León, 2009). Los militares implicados desaparecieron, torturaron y asesinaron a un sinnúmero de civiles, a quienes presentaron ante sus conocidos y ante la opinión pública como guerrilleros caídos en combate, para cobrar recompensas avaladas por incentivos económicos que les proveyó la institución y la ley (CNMH, 2013; León, 2009; semana.com, 2009, enero 25). Las víctimas fueron campesinos, trabajadores informales, personas en situación de calle, menores de edad y, en general, población vulnerable; ninguno de ellos tenía relación demostrada con grupos guerrilleros. Los cuerpos eran enterrados como anónimos en fosas comunes y los asesinos - soldados y comandantes de la Fuerza Pública-, premiados con recompensas monetarias por cada cuerpo reportado como «positivo».

De acuerdo con el informe del relator especial de la ONU (Alston, 2009:3), «[l]as cantidades mismas de casos, su repartición geográfica y la diversidad de unidades militares implicadas, indican que éstas fueron llevadas a cabo de una manera más o menos sistemática, por una cantidad significativa de elementos dentro del ejército». La presión a las tropas para aumentar el número de bajas de guerrilleros, como resultado más tangible de la Política de Seguridad Democrática, derivó en una práctica macabra y premeditada de victimización de los sectores más vulnerables de la población civil. Algunos familiares y líderes sociales que denunciaron estos crímenes también fueron hostigados o asesinados, para evitar que la institución militar y sus miembros de altos rangos se vieran afectados (ONU, 2010:13; Amnistía Internacional, 2010:150). En este sentido, Ávila (2010:13-14) hace notar que estos crímenes se han caracterizado por su alto grado de impunidad y sus bajos niveles de juzgamiento.

Involucramiento de la población civil en la lucha contrainsurgente

En el marco de la Política de Seguridad Democrática se desarrollaron programas que involucraron a la población civil en el esquema antiterrorista propuesto. El programa conocido como Red de Cooperantes (MinDefensa, 2006) promovió ese involucramiento bajo argumentos como el de la cooperación voluntaria, la participación ciudadana, el patriotismo y el deber constitucional frente a la prevención del terrorismo. La Política construyó una relación entre solidaridad y seguridad, en términos que tensionaban las acciones voluntarias con los deberes constitucionales, según los cuales los ciudadanos tenían que proporcionar

información sobre las organizaciones armadas ilegales. Esa información no obtenía beneficios económicos, sino «morales» y comunitarios (MinDefensa, 2006:5).

Las redes hicieron que la vigilancia pasara de ser tarea de las Fuerzas armadas estatales a ser responsabilidad cívica del conjunto anónimo de la sociedad colombiana, con lo cual la sospecha sobre el otro contribuyó a la creación de un clima de peligrosidad generalizado: cualquiera podía ser vigilante y todos podían ser vigilados (Mantilla, 2004:160). En esta perspectiva, varios trabajos han identificado en la Política de Seguridad Democrática la generación del miedo como factor estructurante que garantizó su instalación, aceptabilidad y continuidad durante el periodo presidencial de Uribe (Arrieta, 2009; Botero, 2013; Castellanos, 2014; Delgado, 2016; Quintero y Castañeda, 2011; entre otros). De ahí que la población civil terminara siendo adherida a la confrontación como un actor no objetivo, que ya no podría gozar de la protección debida, como establece el Protocolo de guerra (CICR, 2008). La provocación de temor generalizado cubrió tanto la constitución de un enemigo común (el terrorista), como la advertencia de que el país podría colapsar si no se prolongaba el esquema de seguridad pública instalado, es decir, sirvió también para legitimar la continuidad de la política bélica.

Reacomodamientos en la confrontación armada

Algunos balances militares realizados por observatorios del conflicto al finalizar el periodo presidencial de Uribe, contradijeron el discurso oficial al mostrar cómo la confrontación armada en vez de disminuir se mantenía en aumento, pero con transformaciones en las modalidades de la violencia (Ávila, 2010; CODHES, 2011; Granada et al., 2009). Entre esos cambios, se destaca el incremento de tácticas que afectan gravemente a la población civil, como el uso de minas antipersonas, campos minados muertos³⁹ y explosivos en zonas habitadas, ataques contra la infraestructura energética (torres, oleoductos, etc.) y el traslado de la guerra a territorios donde había sido de baja intensidad (Ávila, 2010:4-5).

La principal razón de que las cifras de los combates no disminuyeran fue la capacidad de aprendizaje militar de la guerrilla: más que medidas de repliegue desesperadas, las FARC demostraron que podían reacomodarse relativamente rápido, e inclusive rearmarse, según las estrategias bélicas de su enemigo (Ávila, 2010; Ferro y Uribe, 2002; Granada et al., 2009; Medina, 2010b, 2011; Zinecker, 2013). Como explican Granada et al. (2009:98), el efecto de

³⁹ Los campos minados muertos son una táctica ofensiva de activación de minas a control remoto o de detonación programada (Ávila, 2010:20).

la presión militar sobre estas organizaciones armadas es la generación de aprendizajes y su readaptación permanente; aprendizaje y adaptación que están presentes a lo largo de la historia de las FARC (Medina, 2011:297). Si para finales del primer periodo presidencial de Uribe (2002-2006) se generalizó la percepción de que las FARC habían tenido que volver a sus zonas rurales de retaguardia, la situación en el segundo periodo de la Seguridad Democrática (2006-2010), y particularmente en los últimos dos años, fue muy distinta: la guerra estaba retornando a las cabeceras municipales y las zonas urbanas. Las FARC «iniciaron una fase de profesionalización de tropas. Ante la pérdida de la superioridad que solían tener en terreno, incrementaron el número de acciones derivadas de francotiradores y de expertos en explosivos, con el fin de eludir combates» (Ávila, 2010:17).

La reingeniería de la guerrilla fue leída por analistas como Medina (2010b:117) y Rangel (1998, 2010), desde orillas opuestas, en términos de un retorno a la guerra de guerrillas después de haber intentado pasar a una guerra de posiciones, dentro del esquema clásico de las guerras irregulares.

Militarización de la economía

Al finalizar el mandato presidencial de Uribe, Colombia era el país con mayor porcentaje del PIB destinado a gasto militar, en el conjunto de países latinoamericanos (3,7%, según SIPRI, 2010). El déficit fiscal, superior a los 3 puntos, contrarrestó el crecimiento económico experimentado entre 2001-2008 y la venta de los activos del patrimonio estatal; asimismo, la deuda externa alcanzó un récord histórico del 22,1% del PIB (Banco de la República, citado por Ávila, 2010:6). Desde finales del primer mandato de Uribe (2002-2006), analistas económicos como Moreno y Junca (2007:75) ya señalaban que el gasto militar resultaba excesivo para las posibilidades financieras de la economía colombiana, aun con los rubros de las ayudas norteamericanas del Plan Colombia (2000): «La política de seguridad democrática no cumple con las condiciones de sostenibilidad financiera del gobierno. Un indicador para el gasto de defensa muestra que el gasto público militar está por encima del que la economía podría financiar».

El gasto en defensa y seguridad fue justificado, desde esta política, relacionando economía y militarismo en un círculo virtuoso. Según esa lógica, las tasas de crecimiento suben a medida que aumenta la seguridad en el territorio, especialmente por el aumento del ingreso de capitales extranjeros a partir de la confianza inversionista suscitada por la protección militar contra las guerrillas en los sectores de inversión. En esta medida, Uribe sostuvo que la

seguridad era el requisito del desarrollo, de manera que ganar la guerra sería una estrategia en beneficio de la economía del país y de la calidad de vida de sus habitantes. La Política de Seguridad Democrática propuso, así, que el gasto en la guerra generaría un crecimiento sostenible en el largo plazo y mejoraría las condiciones macrosociales; no obstante, el análisis de López Fonseca (2011:71) comprueba

que no existe una relación directa y clara del impacto de la política de seguridad sobre la inversión (...) [pues] el aumento del GDS [Gasto en Defensa y Seguridad] no es perjudicial, siempre y cuando no supere la tasa de crecimiento del producto del país; sin embargo (...), durante todo el período estudiado [1990-2006] la tasa de crecimiento del GDS estuvo siempre por encima de la tasa de crecimiento del PIB.

Alineamiento y dependencia de la guerra antiterrorista estadounidense

La Política de seguridad democrática profundizó la dependencia militar y económica con Estados Unidos⁴⁰. Ya desde la década del 90, durante la época de los carteles de Medellín y Cali, Colombia se venía convirtiendo en el principal receptor de ayuda estadounidense; el Plan Colombia, firmado durante la administración de Pastrana (1998-2002), ratificó la voluntad de las partes de invertir cantidades ingentes de recursos económicos y logísticos contra la producción y comercialización de narcóticos.

Los ataques del 11 de septiembre de 2001 contra ese país fueron decisivos para el alineamiento gubernamental con la llamada «guerra antiterrorista», impulsada para combatir a los grupos armados en el mundo, clasificados como terroristas, y particularmente en Colombia contra las guerrillas a quienes se les acusa de lucrarse con la economía del narcotráfico y de representar una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos. Así, la lucha contra el terrorismo se convirtió en una bandera y una forma de política exterior, que dirige sus relaciones internacionales (Chomsky, 2004; Sanahuja, 2005) y que fue definitiva en los debates previos y posteriores al 11 de septiembre, en torno a la aprobación del Plan Colombia (León Vargas, 2005).

Tickner (2007:92) asegura que «Colombia constituye un ejemplo singular de ‘intervención por invitación’ en América Latina, en donde el mismo gobierno ha liderado una estrategia de intensa asociación» que deviene en injerencia y en mayor subordinación a la potencia mundial. Los perjuicios de la intromisión estadounidense tienen que ver con la pérdida de la autonomía nacional en las decisiones soberanas, la vigilancia de ese país a través de radares,

⁴⁰ Las relaciones entre Colombia y Estados Unidos han sido objeto de múltiples análisis que coinciden en afirmar su cercanía y alineamiento estratégico, desde los albores del siglo pasado. Para Tickner (2007:92) se trata, de hecho, de una política de Estado y no solo de cada gobierno de turno.

satélites y bases militares en territorio colombiano, y la internacionalización del conflicto mismo. Esta última ha afectado gravemente las relaciones con aquellos países vecinos que no se alinean a la política estadounidense y que insisten en conformar bloques de poder regional, pese a las identidades y retóricas tan heterogéneas que dificultan estas alianzas (Arnoux, Bonnin, de Diego y Magnanego, 2012).

Militarización y polarización del entorno social

La Política de seguridad democrática representó una apuesta por la terminación del conflicto armado por vías exclusivamente militares, después de la decepción del proceso de paz de *El Caguán*. El avance de los ocho años de esta política muestra que los ciudadanos aumentaron su confianza en la estrategia bélica del gobierno: «mientras que hasta 2007 sólo un 18% de la población pensaba que era posible derrotar a las FARC, en 2009 lo pensaba más del 50%» (Ávila, 2009:7). Para 2010, año de elecciones presidenciales, la apuesta militarista fue definitiva para el electorado y la promesa de continuidad de esa visión de la seguridad le permitió a Juan Manuel Santos llegar a la presidencia. Así, el discurso militarista⁴¹ logró instalarse en el entorno social y orientar las decisiones públicas.

Pero toda vez que ese discurso concentra la dimensión de la seguridad en el combate contra las organizaciones armadas, descuida los factores sociales relacionados con el alzamiento en armas (Granada et al., 2009:103). En esta medida, el belicismo termina estructurando el orden social y redefiniendo las funciones gubernamentales y la aceptabilidad de sus políticas entre la población civil:

las medidas militares, además de ser insuficientes para el objetivo de ganar la guerra, habían llevado a crear condiciones propicias para la profundización de la fragmentación y polarización de la sociedad colombiana, que finalmente terminaron por fortalecer el predominio de las lógicas guerreras en desmedro de las salidas negociadas (CNMH, 2013a: 180).

La polarización social es un efecto de ese orden militarista, basada en la construcción de la figura de la guerrilla como el enemigo absoluto a exterminar (Angarita et al., 2015). El discurso gubernamental durante la Política de seguridad democrática promovió esa enemistad en el planteamiento de una guerra total contra una guerrilla degradada; una desobjetivación

⁴¹ Basado en Foucault, Ortiz (2009:86) define el discurso militarista «como aquella situación en la que el pensamiento y el recurso a la acción militar se superponen como el argumento principal con el que se hace frente a los diferentes tipos de conflictos que las sociedades enfrentan y alrededor del cual terminan convocados los diferentes actores y sectores políticos y sociales. Es decir, como el componente sustancial de un pensamiento y unas prácticas que conducen a una sobrevaloración de la actuación y el pensamiento militar, sin que importe para ello quienes sean sus actores o protagonistas».

que extravió las posibilidades de una discusión entre adversarios políticos, y que dividió al país en dos bandos excluyentes: a favor y en contra de las FARC-EP.

Despolitización y negación del conflicto armado interno

A partir del alineamiento con la guerra antiterrorista, desde finales del periodo presidencial de Pastrana (1998-2002) y profundizado en el periodo de Uribe (2002-2010), la Política de seguridad democrática presentó a las guerrillas y al conflicto armado interno como terrorismo: «El terrorismo es el principal método que utilizan las organizaciones armadas ilegales para desestabilizar la democracia colombiana» (MinDefensa, 2003:24). El gobierno pasó de ver, presentar y tratar a los guerrilleros como revolucionarios a hacerlo como terroristas; la inclusión de las FARC-EP en los listados norteamericanos y europeos de grupos terroristas en el mundo, respaldó ese cambio. De ahí que se les dejara de reconocer su estatus de beligerancia, se negara la existencia del conflicto mismo (reemplazándolo por la calificación de «amenaza terrorista») y se privilegiara la solución militar, con la presión a los insurgentes para que se sometieran a la justicia gubernamental, o bien, que sufrieran un exterminio violento.

Las relaciones de las FARC con la economía de la droga fueron fundamentales para sostener y validar esa visión de la guerra. Se trató de una despolitización de la lucha armada al resaltar la criminalización de esa guerrilla y la idea de que habían extraviado su norte político y se habían convertido en un cartel de narcotraficantes. Así lo presentó la Presidencia de la República (2003:26-27), en el documento principal de la Política de Seguridad Democrática:

La implicación cada vez mayor (...) en este negocio, que va hoy desde la promoción del cultivo hasta el control de rutas y la comercialización internacional, ha contribuido a la pérdida de disciplina ideológica y, consecuentemente, al uso creciente del terror, mediante el cual amedrentan a la población y, en las regiones de cultivos ilícitos, la someten a un régimen neofeudal de control sobre la producción⁴².

Esta despolitización y negación del conflicto armado interno cerró la posibilidad de terminarlo a través de medios no violentos o de la rendición de la guerrilla; justificó el desangre y la sevicia contra los enemigos absolutos; además de profundizar y prolongar el

⁴² Las bases ideológicas que sostienen esta visión pueden leerse en un libro del asesor presidencial de Uribe, José Obdulio Gaviria (2005), quien presenta esa despolitización de las FARC en los siguientes términos: «Se engolosinaron con el hierro y el plomo (...). Perdieron todo contacto con el pensamiento político, que es esencial para que exista movimiento político. Esa pérdida los condujo (...) a que se disolviera el mando conjunto y que sus frentes se convirtieran en grupos aislados de la política, unidos por una caja común representada en las arcas o caletas llenas de dólares provenientes del secuestro y del negocio de la droga» (Gaviria, 2005:35).

escenario bélico en el país, con un aumento inusitado de víctimas entre la población civil (CNMH, 2013a).

1.3.2 Continuidades y rupturas de Uribe a Santos

La llegada de Juan Manuel Santos a la Presidencia de la República se hizo posible bajo la promesa explícita de la continuidad de las políticas adelantadas por Álvaro Uribe, particularmente las relacionadas con la seguridad pública. Durante su primera campaña, Santos sugirió haber sido ‘apadrinado’ por el expresidente Uribe como el mejor sucesor de la Política de Seguridad Democrática (caracol.com, 2010, marzo 3), luego de que la Corte Constitucional tumbara un referendo de reelección para un tercer periodo presidencial de Uribe. Para el país, el paso del Ministerio de Defensa (2008-2010) al primer periodo presidencial (2010-2014), por parte de Santos, fue la reafirmación de la Política de Seguridad Democrática, que entraría en una nueva fase, denominada «Política Integral de Seguridad y Defensa para la Prosperidad» (PISDP):

La PISDP representa *la combinación adecuada de continuidad y cambio*. Continuidad con las Políticas de Seguridad Democrática (2002-2006) y de Consolidación de la Seguridad Democrática (2006-2010) que permitieron los importantes logros en seguridad alcanzados por Colombia durante los últimos dos cuatrienios. Cambio, en la fijación de metas más ambiciosas, en la incorporación de nuevos objetivos estratégicos y en la elevación a la categoría de políticas de componentes instrumentales o habilitadores (MinDefensa, 2011:5, cursiva añadida).

La nueva política de seguridad requería comunicar la permanencia de sus líneas más esenciales -para participar de su aceptabilidad pública-, pero al mismo tiempo deslindarse de sus efectos negativos (mencionados en el apartado anterior) y de los aspectos que había descuidado en su camino: bandas criminales emergentes⁴³; seguridad militar en las ciudades; coordinación interinstitucional de las Fuerzas armadas; y apoyo de las autoridades regionales y locales (Vargas, 2011).

Esa tensión entre continuidad y cambio fue mitigada en el discurso a través de la garantía de la profundización de la seguridad democrática y de su evolución hacia el alcance de una *prosperidad* que esa misma seguridad habilitaría. Las razones esgrimidas para el ajuste en la política fueron los cambios de la criminalidad a nivel regional y su adaptación constante a la

⁴³ Conocidas también con la sigla «bacrim», fue el nombre que le dio el discurso gubernamental a los grupos delincuenciales armados que surgieron después del proceso de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), durante 2003-2006. Algunos analistas del conflicto lo advirtieron como un resurgimiento y rearme del paramilitarismo en el país, bajo los nombres de «tercera generación de paramilitares» (CNRR, 2005) y «neoparamilitarismo» (CCJ, 2008, septiembre 3; Granada, Restrepo y Tobón, 2009; Romero y Arias, 2010; Arias, 2012).

ofensiva de las Fuerzas armadas, que harían inviable las metas de desarrollo económico e inversión de capital en las zonas periféricas del país.

En el análisis de Beltrán (2013:34) se hace notar que de Uribe a Santos hay un cambio de estilo, mas no de contenido. A ello respondería que los principales cambios impulsados por este último tengan que ver más con la diplomacia interna y externa, que con la visión economista de la seguridad y del desarrollo; especialmente en lo referido a la promoción de la inversión privada en las zonas rurales, para la agroindustria y la extracción de recursos energéticos. Así lo explica también Rodríguez (2014:99):

más que por un proyecto ideológico definido, Santos y Uribe se distinguen por las facciones del bloque dominante a las que representan, pero sobre todo, por su tono en la manera de aparecer públicamente: uno prudente, conciliador y moderado; el otro verborrágico, irascible y extremista.

Sin embargo, apuntar que el cambio de Uribe a Santos fue solo de estilo no desconoce las rupturas generadas en la relación entre expresidente y Presidente, desde el inicio del primer mandato de Santos. Por el contrario, se trató de una controversial escisión que ocupó la atención de los medios y de la sociedad en general, quienes lo percibieron como una «pelea» entre dos figuras políticas aliadas en el pasado, pero enfrentadas entre odios, acusaciones y traiciones (Dávila Hoyos, 2014). Este distanciamiento se fue agudizando de manera creciente hasta convertir al expresidente Uribe en el principal contradictor del presidente Santos. La oposición fue realizada sobre todo utilizando la importante influencia de Uribe en el estamento militar, en algunos medios de comunicación y en las redes sociales⁴⁴.

Los principales focos de distanciamiento, que marcaron la agenda política durante el primer bienio de la administración Santos, fueron:

- El nombramiento de ministros antiuribistas en las carteras de Agricultura (Juan Camilo Restrepo) y de Interior y justicia (Germán Vargas Lleras). Este último funcionario, según la indagación periodística de Dávila Hoyos (2014), estaba destinado al Ministerio de Defensa, pero Uribe presionó para impedirlo, por considerarlo su adversario político y alegar riesgos a su propia seguridad.
- El restablecimiento de relaciones bilaterales con Ecuador y Venezuela, con cuyos presidentes (Rafael Correa y Hugo Chávez, respectivamente) Uribe sostuvo fuertes disputas políticas y crisis diplomáticas en torno al antiterrorismo estadounidense y a los modelos de socialismo desarrollados en esos países. El episodio de mayor tensión se vivió

⁴⁴ A partir de 2013, el partido político fundado por Uribe y conocido como *Centro Democrático* reunió a la bancada uribista y empezó a concentrar la oposición a través de candidatos a diferentes cargos gubernamentales.

en 2008, tras la invasión y bombardeo de tropas colombianas en territorio ecuatoriano de frontera, en un operativo de contraguerrilla en el que fue asesinado alias Raúl Reyes, miembro de la cúpula de las FARC. Correa y Chávez rompieron relaciones diplomáticas con Colombia, militarizaron sus fronteras y denunciaron pública y judicialmente a Uribe y a Santos (en su función todavía de Ministro de Defensa). Santos restableció las relaciones el mismo mes de su posesión presidencial, en agosto de 2010.

- El restablecimiento de relaciones con la Corte Suprema de Justicia, tras las tensiones generadas con el expresidente Uribe en torno a temas como la dudosa objetividad de las ternas propuestas por él para elecciones de Fiscal General de la Nación, y la deslegitimación de su reelección presidencial por acusaciones de corrupción.
- El reconocimiento del conflicto, a través de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ministerio de Justicia y del Derecho, Ley 1448 de 2011), que contradujo la tesis de la «amenaza terrorista» en Colombia y retomó la denominación de Conflicto armado interno, según los convenios de Ginebra y sus protocolos adicionales (CICR, 2008).
- La promulgación del Marco Jurídico para la paz: un acto legislativo que autoriza mecanismos de justicia transicional y penas alternativas en eventuales procesos de paz con grupos armados ilegales (Congreso de Colombia, Acto legislativo 01, 2012, julio 31). Para Uribe, se trata de una ley que garantiza impunidad y genera amnistías para delitos de lesa humanidad (elespectador.com, 2012, junio 4).
- Los acercamientos con las FARC para un nuevo proceso de paz: desde marzo de 2012, Santos coordinó secretamente acercamientos exploratorios con esta guerrilla para buscar la paz a través de diálogos en medio de la confrontación armada (Santos, 2014). Cuando esta información fue filtrada a los medios de comunicación, Uribe denunció sus intenciones a través de las redes sociales y criticó que se pensara dialogar con un grupo terrorista, en vez de terminar de someterlo militarmente o de exigirle una desmovilización. La gestión de un nuevo proceso de paz significó el final de la tesis del fin del fin, pues implicó reconocer que la guerrilla no estaba a punto de ser exterminada, y que era necesario reconocerla como adversario político.

Durante el primer bienio de su mandato presidencial, que va hasta finales de agosto de 2012 -cuando Santos anunció el inicio del proceso de paz-, se fue profundizando el distanciamiento con el discurso uribista. El lento desgaste del discurso del *fin del fin* de las FARC, esto es, *el final del fin del fin*, hace parte de ese distanciamiento. En ese fenómeno político, la tensión entre continuidad y ruptura con las visiones antiterroristas y con el

triumfalismo militarista de la Seguridad Democrática, fue resuelta a través de diversos recursos, modos y funciones retóricas en torno a la Prosperidad nacional.

1.3.3 La inercia del conflicto armado interno

En la coyuntura histórica en que Santos asume por primera vez la Presidencia, el conflicto con la guerrilla de las FARC había llegado a un momento en el que los actores involucrados sostendrían, sin doblegarse, la dirección y el sentido de sus acciones, tanto bélicas como políticas. Esa resistencia a cambiar de posición, aún bajo la influencia de condiciones externas para cada bando, hacía que la esperada claudicación de la guerrilla se prolongara indefinidamente bajo la promesa gubernamental del «fin del fin», y que la confrontación se hallara en un punto en el que no cambiaría su estado ni su orientación, sino solo su intensidad y concentración geográfica. Haciendo la analogía con un concepto común de la física mecánica, esta coyuntura se puede entender como la inercia del conflicto armado interno.

La resistencia a cambiar de estado o la fuerza de inercia de los actores del conflicto en 2010, caracteriza la etapa final de la Seguridad Democrática uribista y el inicio de la Seguridad para la Prosperidad, del gobierno Santos. Guerrilla y gobierno giraban sobre el mismo eje del belicismo como respuesta y tratamiento del conflicto social en el país. El momento de inercia no dependía, pues, tanto de las fuerzas externas que oponían entre sí los enemigos, sino de las fuerzas internas en cada grupo armado y de los posicionamientos de los ejes que los hacían rotar alrededor de las mismas motivaciones y justificaciones para el sostenimiento de la guerra.

Para el país, el conflicto avanzaba hacia la victoria militar de uno de los dos bandos, bajo la presión de las tácticas militares y la inversión económica, factores que construían una guerra cada vez más especializada, pero también más prolongada. Toda vez que el discurso de la Seguridad Democrática logró instalar el imaginario del «fin del fin», la continuidad de esa política se construyó bajo la inminencia del éxito final, lo cual justificaría la reelección del expresidente Uribe y la elección de Santos como una especie de «Uribe III», que garantizaría un tratamiento idéntico del conflicto.

No obstante, las condiciones sociopolíticas internas y externas en 2010 hacían inviable esa pretendida continuidad: la crisis económica mundial, que presionó la limitación del gasto militar (Ferrari, 2008) y las críticas internacionales a la violación de derechos humanos por parte de la Fuerza Pública en Colombia (*Human Rights Watch*, 2010; ONU, 2010) fueron dos aspectos que hicieron contrapeso a la Seguridad Democrática. No fue menor, además, el

cambio presidencial en Estados Unidos; con la salida de George W. Bush (2001-2008) y la llegada de Barack Obama (desde 2009) la guerra antiterrorista se quedaba sin su mayor promotor y, por tanto, los recursos económicos para el conflicto colombiano resultaban menos abundantes (Hernández, en Medina, 2010:242-243).

Para 2010, la Política de Seguridad Democrática enfrentaba su último periodo, caracterizado por Ávila (2013) como un momento de reestructuración y reacomodamiento estratégico tanto de las FARC-EP como de la Fuerza Pública. Según el mismo autor, el mayor golpe recibido por la guerrilla durante el periodo 2010-2012 no fue tanto el asesinato de dos miembros de su cúpula (alias Jorge Briceño y alias Alfonso Cano)⁴⁵, sino la pérdida de sus posiciones en el centro del país, región donde venían logrando asentarse y cercar ciudades capitales desde 2002; entre ellas, Bogotá. En la misma perspectiva de la territorialidad de la guerra, Granada et al. (2009:88-89) utilizan el término *marginalización del conflicto* para caracterizar el periodo final de la Seguridad Democrática uribista:

Este fenómeno consiste en el traslado progresivo de la disputa entre las fuerzas estatales y la guerrilla hacia los márgenes geográficos y socioeconómicos del país: la presión militar ha generado un cambio en las zonas de disputa y en la población expuesta a la violencia producida en el marco de la guerra, llevándola a territorios aún más apartados, aún más distantes, aún más aislados y aún menos poblados.

La toma de Bogotá nunca pudo concretarse, ni siquiera en su momento de mayor fortaleza militar, en 2002. En el análisis de Ferro y Uribe (2002:157), esto constituye el factor clave para entender por qué la guerrilla no pudo ganar, pero tampoco perder la guerra:

no han triunfado porque ellos no han conseguido influir políticamente en forma significativa sobre lo que denominan ‘el nudo gordiano de las contradicciones’, refiriéndose a las grandes ciudades. Pero tampoco han sido derrotados porque son conscientes de que la correlación de fuerzas política y militar en las ciudades no les permite realizar acciones más ambiciosas y arriesgadas.

De 2002 a 2007, la Seguridad Democrática había logrado replegar a las FARC-EP a sus antiguas zonas de retaguardia; esto fue determinante para construir la percepción de que el gobierno estaba a punto de ganar la guerra. El repliegue llevó a la guerrilla a concentrar sus tropas en aquellos departamentos que históricamente habían sido afines a su lucha, como el Cauca, Nariño, Meta y Caquetá, en el suroriente del país, y en Arauca y Norte de Santander, en el nororiente; este desplazamiento incrementó exponencialmente la violencia en esas zonas, al tiempo que redujo las confrontaciones en los departamentos de Cundinamarca,

⁴⁵ Estas muertes se sumaban a las de otros tres miembros del Secretariado, en 2008: alias Raúl Reyes, alias Iván Ríos (el primero, bombardeado y el segundo, traicionado por su escolta personal) y el jefe máximo, Pedro Antonio Marín, alias Manuel Marulanda Vélez (por muerte natural).

Boyacá, Bolívar y Sucre, en el centro y noroccidente de país (Ávila, 2013:8-9; Medina, 2011).

Otra zona de repliegue fue la fronteriza, especialmente con Ecuador y Venezuela. La presencia de campamentos guerrilleros en esas zonas llevó a que Uribe y su ministro de defensa, Juan Manuel Santos, denunciaran públicamente que esos gobiernos eran colaboradores de las FARC-EP. Las declaraciones y las incursiones militares en tales países, entre los años 2008 y 2009, llevaron a la enemistad entre los presidentes Uribe, Correa y Chávez, y a la preocupación regional por estos roces diplomáticos, por parte de entidades como UNASUR y de gobiernos conciliadores de la crisis, como República Dominicana (Cardoso, 2011).

No obstante estos repliegues, durante los últimos dos años de la presidencia de Uribe (2008-2010) y los dos primeros de Santos (2010-2012), se incrementaron las acciones armadas de la guerrilla, se retomaron las acciones ofensivas -ya no solo defensivas- y los insurgentes volvieron a controlar algunas zonas urbanas (Ávila, 2012:19-20); de ahí que los analistas presenten la retirada de las FARC-EP menos como una derrota y más como un «repliegue táctico» (Ávila, 2013:6) o una lógica de flujos y reflujos, que hacen parte de la historia de esta guerrilla (Medina, 2011:296).

En el 2009, año preelectoral, la guerrilla se esforzó en demostrar que la Seguridad Democrática no había logrado vencerlas, y que por el contrario, la lucha armada cobraba mayor vigencia frente a lo que llamaban el «terrorismo del Estado paramilitar», para referirse a los ocho años del gobierno de Uribe. Entre tanto, la Fuerza Pública profundizaba su táctica de atacar a los cabecillas de la organización y así aniquilar sus estructuras de mando (Ávila, 2010:20-21). Sin embargo, esta estrategia fue contrarrestada con el sistema de desdoblamiento de mando y de relevos inmediatos, que hacen parte de la estructura organizativa de las FARC-EP. Inclusive el vacío de poder dejado por el asesinato de su máximo dirigente, alias Alfonso Cano, en noviembre de 2011, fue cubierto rápidamente por la figura de alias Timochenko.

Las victorias militares que había logrado sostener la Fuerza Pública empezaron a ceder. Los indicadores de muertos en combate apuntaban a que la guerrilla estaba perdiendo menos vidas y tenía menos heridos que las Fuerzas Armadas (Ávila, 2013:7). Este fenómeno ha sido explicado como efecto de los cambios tácticos de la guerrilla: eludir la confrontación prolongada entre tropas, movilizarse en grupos pequeños, usar masivamente carros bomba, minas antipersonales, minas muertas y francotiradores (Ávila, 2012:17-22).

Según datos de la Corporación Nuevo Arco Iris -un observatorio no gubernamental del conflicto-, al finalizar el año 2012, las FARC-EP controlaban 251 de los 1123 municipios del país, esto es, el 22,4% del país, a diferencia de los 336 municipios bajo su control en 2002 (el 30% del país) (Ávila, 2012:1). Esta cifra ilustra que en diez años la Política de Seguridad Democrática avanzó en el control del territorio (especialmente sobre los centros de producción, comercialización y vías de comunicación) por parte del Estado, pero no logró consolidar ese control en la mayor parte del país.

La observación crítica de ese periodo histórico, que aquí presentamos como un momento de inercia del conflicto armado interno, llevó a varios analistas políticos (Vargas et al., 2010) a coincidir en que era necesario y urgente buscar la paz con las FARC-EP a través del diálogo. Como lo sintetiza Vargas (2010:68):

No sólo por la experiencia histórica sino por la realidad del conflicto interno armado, con una guerrilla golpeada, replegada y a la defensiva, pero lejos de estar derrotada y con una alta capacidad de producir daño, lo que se coloca al orden del día es la necesidad de diseñar una propuesta realista de salida política negociada al conflicto interno armado, sino que ello signifique que el Estado disminuya su accionar militar contra la guerrilla.

Precisamente, el proceso de paz cuyo inicio anunciaron Santos y las FARC-EP al finalizar el mes de agosto de 2012, se planteó bajo esa figura del diálogo en medio de la guerra. El bienio que precede a ese anuncio (2010-2012), y que en esta tesis identificamos como el *final del fin del fin*, representa el momento de quiebre de la salida del conflicto armado por vías exclusivamente militares, y a nivel discursivo, permite analizar el tratamiento retórico del desgaste de un discurso militarista/belicista que no podía ser negado o borrado, por parte tanto de la figura presidencial como de la cúpula guerrillera, pero que debía también romper la inercia del conflicto y virar hacia el discurso del proceso de paz. La reconstrucción retórica de la oposición política, durante ese período, es clave para entender esos procesos cruciales de la historia contemporánea en Colombia.

1.4 Línea de tiempo del conflicto armado colombiano

Para una ubicación cronológica global, presento al lector una línea de tiempo sobre el conflicto armado dividida en cinco periodos, con especial énfasis en el desarrollo de la actividad insurgente de las FARC-EP. Esta cronología está basada parcialmente en la propuesta por el CNMH (2013a, 2013b). Establezco, además, un correlato con hechos y procesos influyentes del contexto nacional e internacional, solo con propósitos de localización histórica general (Tabla 1.2):

- **Precedentes:** desde inicios del siglo XX hasta inicios de la década del 60, periodo en el

que se puede ubicar la gestación de la guerrilla, enlazada con las luchas agrarias, el naciente partido comunista en el país y la protesta social de las primeras tres décadas del siglo pasado. A nivel nacional e internacional, este periodo cubre los procesos revolucionarios socialistas en Europa y la gestación del anticomunismo como respuesta, en el inicio de la Guerra Fría.

- **Origen campesino y comunista:** desde 1964, año simbólico del nacimiento de las FARC-EP, hasta finales de la década del 70, cuando surge el paramilitarismo en el país. Es un periodo de subordinación de la guerrilla al Partido comunista, con persistencia en reivindicaciones sobre la problemática agraria y la oposición al reparto de poder bipartidista del Frente Nacional. El ambiente revolucionario internacional afianza los proyectos políticos surgidos de las periferias contra los modelos de desarrollo centralista. Este periodo termina con una fuerte represión militar en el gobierno local (el Estatuto de seguridad, de 1978) y el ascenso de la revolución nicaragüense.

- **Expansión territorial e incursión partidista:** inicia en 1982, con la séptima conferencia guerrillera, hasta la promulgación de la nueva Carta constitucional, en 1991. La guerrilla combina la actividad militar con la política, a través del partido Unión Patriótica. El llamado *Plan estratégico para la toma del poder* organiza la lucha armada, pero también encontrará en el narcotráfico y el secuestro sus principales fuentes de financiación. La Unión Patriótica será exterminada violentamente por la extrema derecha del país, genocidio que llevará a las FARC-EP a consolidar su proyecto militar, en los años siguientes. El retorno a la democracia en varios países latinoamericanos después de regímenes dictatoriales, contrasta con la crisis social y política en Colombia por cuenta del auge de los carteles del narcotráfico. En 1989, las recetas neoliberales del Consenso de Washington tendrán una fuerte repercusión en las administraciones regionales.

- **Consolidación militar:** fue el periodo de mayor fortaleza militar de la guerrilla, tanto en capacidad operativa (número de combatientes, artillería, estrategia, ataques a las Fuerzas Armadas, etc.) como en presencia efectiva y administrativa en las regiones. La penetración en las zonas urbanas y el cerco a Bogotá mostró una guerrilla muy próxima a la toma del poder nacional. La contraofensiva fue, por un lado, paramilitar (unificación de los ejércitos privados en las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC) y, por otro lado, política (diálogos de paz propuestos por el presidente electo en 1998, Andrés Pastrana). A partir de 1999 el país vivió una fuerte crisis económica que llevó a privatizaciones y endeudamientos con la banca internacional. Esta etapa finaliza con el fracaso del proceso

de paz, la inyección de recursos estadounidenses para la intensificación de la guerra (*Plan Colombia*) y la instalación del relato antiterrorista a partir de los ataques a Estados Unidos, en 2001.

- **Declive militar y político:** a partir de la puesta en marcha de la Política de seguridad democrática, desde 2003, adelantada por el expresidente Álvaro Uribe durante sus dos periodos administrativos. Hasta 2008, puede hablarse de un cambio en la correlación de fuerzas a favor de las Fuerzas Armadas del Estado; este año coincide con la muerte -por causas naturales- de Manuel Marulanda Vélez, la figura emblemática de la guerrilla. La Política de seguridad pública se concentró en el combate a las guerrillas y la desmovilización de las AUC; este proceso no logró acabar completamente con el paramilitarismo y dejó al descubierto su penetración en las estructuras de poder local y nacional. En el plano internacional y en contraste con la profundización de la derecha en el país, en Latinoamérica se consolida un *giro a la izquierda* en los gobiernos de la región, iniciado desde finales del siglo XX.

- **Replanteamiento militar y político:** desde 2008 hasta 2015, la guerrilla replanteó su estrategia militar y política frente a su debilitamiento por los resultados de la Política de seguridad democrática. Con el *Plan Renacer*, en 2009, la guerrilla se repliega en sus zonas de retaguardia y retorna a las tácticas propias de la guerra de guerrillas. Al mismo tiempo, el alto costo de la Política de seguridad (en inversión de recursos y en violaciones a los derechos humanos) hizo inviable su continuidad en idénticos términos, al terminar la presidencia de Uribe e iniciar la de su exministro de Defensa, Juan Manuel Santos. La transición fue compleja, dados los cambios propuestos por este último en materia de relaciones internacionales (reestablecimiento de relaciones con Venezuela y Ecuador), de cuotas políticas no afines al uribismo y, sobre todo, del manejo de la guerra contrainsurgente. Santos inicia un proceso de paz con las FARC-EP en 2012, a contracorriente del modelo antiterrorista de su predecesor y frente a su oposición y denuncia crecientes, al que se pliegan muchos sectores sociales que desafían la gobernabilidad en curso. A nivel internacional, el ambiente es propicio para la salida dialogada al conflicto armado: la desmovilización de ETA en España, la condena al terrorismo islámico, el acercamiento de Estados Unidos a Cuba y las mediaciones de Hugo Chávez, fueron factores favorables al inicio del proceso de paz.

- **Transición a la legalidad:** a partir de 2016, con la firma del acuerdo final para la terminación del conflicto armado con las FARC-EP, inicia un proceso de transición a la vida

civil y a su inserción en la política legal. El segundo periodo presidencial de Santos, desde 2014, se sostuvo sobre la bandera de estas negociaciones de paz logradas, pero ha tenido que lidiar con una fuerte inconformidad pública frente a la gestión en los demás sectores, además de la oposición política al proceso mismo, consolidada en el partido dirigido por el expresidente Uribe. Esta transición coincide, además, con un retorno pendular a gobiernos de derecha en varios países de Latinoamérica y con la finalización de la presidencia de Barack Obama, en Estados Unidos.

FARC	Conflicto armado		Contexto nacional		Contexto internacional
Periodos	Años	Hechos y procesos destacados	Gobiernos	Hechos y procesos destacados	Hechos y procesos influyentes
Precedentes	1903	Movilizaciones sociales y protestas obreras de carácter nacionalista y anti-imperialista	Hegemonía conservadora : desde 1886, con la Constitución Política y la Presidencia de José María Campo, hasta 1930, con Miguel Abadía.	- Fin de la guerra de los Mil Días. - Divisiones internas en los partidos Liberal y Conservador	Separación de Panamá e intereses estadounidenses en su canal.
	1914			- Indemnización por Panamá. - Consolidación de proyectos y procesos de industrialización central.	Primera Guerra Mundial (1914-18)
	1917	- Conflictos agrarios por las condiciones de trabajo en las haciendas, los títulos de propiedad y derechos a la tierra, por parte de las comunidades indígenas. - Surgimiento de las ligas campesinas.		- Modernización capitalista basada en la inversión extranjera, especialmente estadounidense. - Enclaves de multinacionales extractivistas.	- Revolución rusa - Fundación de la Sociedad de Naciones (1919-46).
	1920	- Colonia agrícola del Sumapaz: movimiento campesino antibipartidista. - Huelga de peones y arrendatarios de haciendas cafeteras, contra terratenientes y autoridades locales.		- Bonanza cafetera. - Prohibición de las huelgas en el sector industrial.	Revolución agrarista mexicana.
	1922			Violencia Gobierno-Industria contra las protestas obreras.	Fundación de la URSS.
	1929	- Auge de las huelgas obreras en las zonas urbanas, por la precariedad de las condiciones laborales.		- Masacre de las bananeras (1928). - Caída de precios del café.	Gran Depresión económica.
	1930			- Organización del socialismo agrarista revolucionario en partidos: PAN (Partido Agrario Nacional), UNIR (Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria), PSR (Partido Social Revolucionario). - Fundación del Partido Comunista Colombiano, PCC.	Guerra Colombia-Perú (1932-33).
	1937	- Liga campesina de Irco y Limón, al mando del comunista Isauro Yosa, futuro cofundador de las FARC.	Enrique Olaya (1930-34), Alfonso López Pumarejo (1934-38 y 1942-45), Eduardo Santos (1938-42) y Alberto Lleras (I) (1945-46).	Militarización de Italia y auge del fascismo.	
	1939	- Disputas por los poderes locales entre liberales y conservadores.		Segunda Guerra Mundial (1939-45).	
	1945			- Fundación de la ONU. - Fundación del Banco Mundial y del FMI.	
	1946	- Creación de milicias parapoliciales conservadoras (<i>Pájaros</i> o <i>Chulavitas</i>).	Presidencia de los conservadores Mariano Ospina	- Asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán: <i>El Bogotazo</i> e inicio del periodo	- Guerra Fría (1947-91). - Revolución comunista china (1949). - Doctrina Monroe. - Doctrina de Seguridad Nacional
	1948	- Guerra contra la región del Sumapaz.			

1949	- Enclaves de autodefensa campesina.	(1946-50), Laureano Gómez	de <i>La Violencia</i> .	nacional. - Fundación de la OEA.
1950	- Guerrillas liberales de los Llanos. - Guerrillas liberales y comunistas en el sur del Tolima.	(1950-51) y Roberto Urdaneta (1951-53).	- Profundización del anticomunismo y de la propaganda conservadora desde la Iglesia Católica.	- Guerra de Corea (1950-53). Participación militar de Colombia apoyando a EUA, con batallones y fragatas. - Concepción desarrollista para Latinoamérica, orientada desde la CEPAL.
1953	- Desmovilización de las guerrillas de los Llanos y de algunos guerrilleros del sur. Indulto de Rojas Pinilla. - Enclaves agrarios de Riochiquito, Marquetalia, Villarrica y Sumapaz.	Golpe cívico-militar, presidencia anticomunista de Gustavo Rojas Pinilla (1953-57) y Junta militar (1957-58).		
1955	- Guerra contra Villarrica. - Ilegalización del PCC.			Guerra de Vietnam (1955-75)
1958	- Disputas entre liberales <i>limpios</i> y liberales <i>comunes</i> (comunistas) dentro de las guerrillas del sur.			Fundación de la Comunidad Económica Europea (1957).
1959	- Amnistía que acogen las guerrillas de los liberales <i>limpios</i> . - Columna en marcha y colonización armada de la guerrilla móvil comunista hacia el sur.		Doctrina Lleras: separación de la injerencia de los militares en los partidos políticos y control total del orden público por parte de los militares.	- Revolución cubana. - Descolonización asiática y africana.
1960	Asesinato del jefe del Movimiento Agrario Campesino, Jacobo Prías Alape. Es reemplazado por Manuel Marulanda Vélez, futuro cofundador de las FARC.		El <i>Special Survey Team</i> , enviado por el presidente norteamericano Eisenhower (1952-60), recomienda profundizar la lucha antiguerrillera.	- Guerra civil en Guatemala (1960-66). - Fundación de la Alianza para el Progreso: programa de ayuda económica, política y militar de EUA para América Latina.
1961	- El conservador Álvaro Gómez denuncia ante el Congreso la existencia de enclaves comunistas como <i>Repúblicas independientes</i> en el país. - El IX Congreso del PCC expone la tesis de la <i>Combinación de todas las formas de lucha</i> .	Frente Nacional (1958-1974). Acuerdo de alternancia presidencial y de cargos públicos entre liberales y conservadores:	- Fundación del Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC.	- Crisis de los misiles (1962).
1964	- Ataque a Marquetalia. Escapan 42 campesinos. - Mito fundacional de las FARC. - Constitución del Programa agrario y del Bloque sur.	- Alberto Lleras (II) (1958-62). Liberal.	Publicación de la obra <i>La Violencia en Colombia</i> (1963-64), a partir de la primera comisión de estudios sobre la violencia política en el país.	- Intervención directa de EUA en la guerra de Vietnam, apoyando al sur, contra el norte apoyado por la URSS. - Revolución cultural y proletaria china, dirigida por Mao Zedong.
1965	- Caída del enclave comunista de Riochiquito y de El Pato. El Bloque sur se convierte en guerrilla móvil. - Fundación de la guerrilla ELN (Ejército de Liberación Nacional). - Primera Conferencia del Bloque sur.	- Guillermo León Valencia (1962-66). Conservador.	Modelo económico de sustitución y aranceles a las importaciones, con intervención activa del Estado.	
1966	Segunda Conferencia del Bloque sur: constitución formal de las FARC.	- Carlos Lleras (1966-70). Liberal.	- Desarrollo desigual de las regiones; inversión en el centro, efectos migratorios de la violencia y urbanización acelerada. - Intensificación de la protesta urbana.	Primera Conferencia Tricontinental en La Habana.
1967	- Asesinato de Ciro Trujillo, segundo comandantes de las FARC. - Fundación de la guerrilla EPL (Ejército Popular de Liberación).	- Misael Pastrana (1970-74). Conservador.		Asesinato de Ernesto Guevara.

Origen campesino y comunista	1969	Tercera Conferencia FARC: reafirmación de tácticas propias de la guerra de guerrillas. Constitución de la Escuela nacional de formación ideológica.		Reenfoque del modelo cepalino en favor del latifundio.	Movimientos y revueltas mundiales anti-imperialistas a partir del Mayo francés.	
	1970	Fundación de la guerrilla urbana M-19		Legitimidad de la elección de Misael Pastrana es discutida por la ANAPO.	Revolución chilena.	
	1971	Cuarta Conferencia FARC: reajuste del Estado Mayor Central y planes de operaciones contra la fuerza pública, infraestructura y comunicaciones.		Ola de invasiones de tierras, apoyada por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC.	- Escándalo del Watergate y renuncia del presidente Richard Nixon. - Crisis petrolera mundial.	
	1974	Quinta Conferencia FARC: reorganización de los frentes guerrilleros.	Presidencia del liberal Alfonso López Michelsen (1974-78)	Inicio de la bonanza marimbera: auge del cultivo y exportación de marihuana.		
	1977			Paro cívico nacional.	Inicio de la lucha de las Madres de Plaza de Mayo contra la dictadura de Videla, en Argentina (1976-83).	
	1978	Sexta Conferencia FARC: creación de los Estados mayores de Frente y del Secretariado del Estado Mayor Central.		- Estatuto de Seguridad (Decreto 1923 de 1978), que declaró el Estado de sitio y facultó medidas represivas contra la protesta pública. - Inicio de la producción cocalera masiva en las selvas colombianas, bajo el control de narcotraficantes.	Revolución nicaragüense.	
	1979	Inicio del paramilitarismo en el Magdalena medio.		- Crecimiento de las economías ilegales y su penetración en las instituciones locales y contrainsurgentes.	- Guerra civil en El Salvador (1980-92). - Guerra de las Malvinas.	
Expansión territorial e incursión partidista	1982	Séptima Conferencia FARC: se constituyen como ejército ofensivo y se plantean la toma del poder. Añaden a su nombre la sigla EP (Ejército del Pueblo). Plan estratégico denominado <i>Campaña Bolivariana por una Nueva Colombia</i> . Plan militar denominado <i>Nueva Forma de Operar</i> .	Presidencia del liberal Julio César Turbay Ayala (1978-82)			
	1983	Fundación de la guerrilla del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).			Retorno a la democracia en varios países latinoamericanos, después de regímenes dictatoriales:	
	1984	Fundación de la guerrilla indigenista del Quintín Lame. - Proceso de paz de <i>La Uribe</i> y cese al fuego bilateral con las FARC.	Presidencia del conservador Belisario Betancur (1982-86)	- Inicio de la guerra del cartel de Medellín contra el Estado. - Asesinatos selectivos y ajustes de cuentas entre los carteles de Medellín y Cali. - Múltiples atentados terroristas en las zonas urbanas del país.	Bolivia (1982) Honduras (1982) Argentina (1983) Brasil (1985) Uruguay (1985) Guatemala (1986) Panamá (1989) Paraguay (1989) Chile (1990).	
	1985	- Fundación de la Unión Patriótica (UP), brazo político de las FARC. - Toma del Palacio de Justicia por el M-19. Retoma y desapariciones por parte del Ejército.			- Guerra contra el cartel de Cali. - Alianzas entre carteles y grupos paramilitares.	
	1986	Inicio del exterminio de la UP.	Presidencia del liberal Virgilio Barco (1986-90)			
	1987	- Fin del cese al fuego con las FARC. - Fundación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB), que reunió a las guerrillas FARC, ELN, EPL, PRT, M-19 y Quintín Lame.				

	1990	- Muerte de Jacobo Arenas, ideólogo y cofundador de las FARC. - Ataque del Ejército a Casa Verde (campamento del Secretariado de las FARC) y declaración de guerra integral. - Desmovilización del M-19 y conversión en partido político.		Asesinato del caudillo liberal y candidato presidencial Luis Carlos Galán (1989), y de los candidatos presidenciales de izquierda: Bernardo Jaramillo (UP) y Carlos Pizarro (M-19).	- Consenso de Washington (1989). - Guerra del Golfo Pérsico.
Consolidación militar	1991	- Desmovilización del Quintín Lame, el EPL, el PRT y una fracción del ELN. - Proceso de paz <i>Caracas-Tlaxcala</i> , con las FARC, el ELN y disidentes del EPL.	Presidencia del liberal César Gaviria Trujillo (1990-94)	Asamblea Nacional Constituyente y nueva Constitución política.	Caída del muro de Berlín y desintegración de la URSS.
	1992	Ruptura del proceso de paz <i>Caracas-Tlaxcala</i> .		Apertura económica y modelo neoliberal.	Captura de Abimael Guzmán, líder de la guerrilla peruana <i>Sendero Luminoso</i> .
	1993	Octava conferencia FARC: rediseño del Plan estratégico. Descentralización en bloques y comandos. Especialización de frentes. creación de las <i>Milicias bolivarianas</i> para las zonas urbanas.		Asesinato de Pablo Escobar Gaviria y desmantelamiento del cartel de Medellín.	Fundación de la Unión Europea.
	1994	- Auge del paramilitarismo al servicio del narcotráfico. - Disputas por el control de la economía de la coca y de los territorios, entre guerrillas y paramilitares.		Ley 356, que legalizó la contrainsurgencia privada por medio de los grupos de autodefensa, <i>Convivir</i> .	- Fundación de la Organización Mundial del Comercio. - Levantamiento indígena del EZLN en México. - EUA incluye a las farc en un listado de terroristas.
	1995	- Emboscadas exitosas más importantes de las FARC: Toma de <i>Las Delicias</i> (Putumayo), <i>La Carpa</i> (Guaviare), <i>Patascoy</i> (Nariño), <i>El Billar</i> (Caquetá), <i>Miraflores</i> (Guaviare) y <i>La Uribe</i> (Meta).	Presidencia del liberal Ernesto Samper Pizano (1994-1998)	- Investigación contra el gobierno por nexos con el cartel de Cali.	- EUA incluye a las farc en un listado de terroristas. - Tratado de Ottawa que prohíbe el uso de minas antipersonales.
	1997	- Fundación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), paramilitares al mando de Carlos Castaño.		- Captura de los jefes del cartel de Cali, Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela.	
	1998	- Proceso de paz de <i>El Caguán</i> : desmilitarización de una zona geográfica controlada por las FARC-EP y reconocimiento de su beligerancia. - Combates en el resto del país entre las FARC-EP. y la Fuerza pública. Incremento de secuestros en ciudades y carreteras.		Crisis financiera de la banca pública y del sector cooperativo: cierre de bancos, iliquidez, colapso del sistema hipotecario y topes de endeudamiento público y privado.	
	2000	- Creación del Partido Comunista Clandestino Colombiano (PC3) y del Movimiento Bolivariano (MB), brazos políticos de las FARC-EP. Ruptura definitiva con el PCC. - Cerco de las FARC-EP a Bogotá. - Las FARC-EP promulgan leyes con las que se habilitan a secuestrar y extorsionar ciudadanos y empresas.	Presidencia del conservador Andrés Pastrana Arango (1998-2002)	- Crisis del sector cafetero. - Solicitud de rescate económico al FMI, sujeto a programas de ajuste fiscal y adopción de reformas estructurales.	- Partido de izquierda al poder presidencial en Chile (Ricardo Lagos). - Activismo unido de movimientos antiglobalización y primera versión del Foro social Mundial (2001). - Ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 contra EUA. - Guerra de Afganistán.

	2001	Inicio del <i>Plan Colombia</i> : ayuda económica y militar de EUA para la guerra antidrogas y contrainsurgente.		Privatización de la seguridad socio a través de la ampliación de la oferta en el mercado:	
	2002	- Ruptura del proceso de paz de <i>El Caguán</i> . - Retoma de la iniciativa militar oficial y ataques exitosos contra las FARC-EP. - Secuestros masivos de políticos.		aparición de las EPS, IPS, ARP y AFP en competencia por el ofrecimiento de servicios de salud.	- La Unión Europea incluye a las en su lista de terroristas. - Unificación de la moneda (euro) en la comunidad europea.
Declive militar y político	2003	- Inicio de la Política de seguridad democrática. - Campaña militar de la Fuerza pública para recuperar el suroriente del país (<i>Plan Patriota</i>). - Desmovilización de las AUC y Ley de Justicia y Paz.	Primera presidencia de Álvaro Uribe (2002-2006)	Implementación del <i>Estado comunitario</i> en el plan de gobierno, basado en la descentralización y la participación ciudadana en consejos comunitarios.	- Partidos de izquierda al poder presidencial en Brasil (Inácio 'Lula' Da Silva) y Argentina (Néstor Kirchner). - Guerra de Irak (2003-2011).
	2004	Asesinato de Carlos Castaño, jefe de las AUC.			Ataque terrorista del 11 de marzo contra España.
	2005	Rearme paramilitar (<i>neoparamilitares</i> o <i>Bacrim</i>): aumento de la violencia y el narcotráfico de drogas en las zonas urbanas.		Extradición a los EUA de los exjefes del cartel de Cali.	- Partidos de izquierda al poder presidencial en Bolivia (Evo Morales) y Uruguay (Tabaré Vázquez). - Ataques terroristas contra Londres.
	2006	- Novena conferencia de las FARC-EP: se insiste en el canje de prisioneros y en continuar el trabajo con el PC3 y el MB. - Juan Manuel Santos asume como ministro de defensa.		- Investigación contra el gobierno por nexos con el paramilitarismo. - Disputas de Uribe con la Corte Suprema de Justicia.	- Partidos de izquierda al poder presidencial en Ecuador (Rafael Correa) y Chile (Michelle Bachelet). - Guerra del Líbano. - Atentado terrorista de ETA en el aeropuerto de Barajas.
	2007	- Asesinato de 11 diputados secuestrados por las FARC-EP. - Uribe prohíbe ayuda de Chávez y de sectores de oposición para el rescate de secuestrados.			Partido de izquierda al poder presidencial en Nicaragua (Daniel Ortega).
		2008	- Política de Consolidación de la seguridad democrática. - Asesinato de Raúl Reyes e Iván Ríos, cabecillas de las FARC-EP. - Muerte de Manuel Marulanda Vélez. - Liberación de políticos secuestrados por las FARC-EP. - Rescate militar de 15 secuestrados (<i>Operación Jaque</i>) y de un excongresista.	Segunda presidencia de Álvaro Uribe (2006-2010)	- Se descubren las ejecuciones extrajudiciales de la Fuerza pública contra población vulnerable (<i>Falsos positivos</i>). - Se descubren interceptaciones telefónicas y seguimientos ilegales del Departamento Administrativo de Seguridad (<i>Chuzadas</i>). - Extradición a los EUA de exjefes paramilitares.
2009		<i>Plan Renacer</i> de las FARC-EP: reactivación militar en guerrillas móviles, francotiradores, minas, explosivos y búsqueda de apoyo de la comunidad internacional.			
2010		- Política Integral de defensa y seguridad para la Prosperidad. - Asesinato del <i>Mono Jojoy</i> , jefe militar de las FARC-EP. - Asesinato de Alfonso Cano, jefe máximo de esta guerrilla. Es reemplazado por Timoleón Jiménez, <i>Timochenko</i> .	Primera presidencia de Juan Manuel Santos (2010-2014)	Oposición del uribismo a los cambios en la política de seguridad nacional, la asignación de cargos públicos y el manejo de las relaciones internacionales.	- Partido de izquierda al poder presidencial en El Salvador (Mauricio Funes). - Restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Ecuador y Venezuela.

Replanteamiento militar y político	2011	- Ley 1448 de Víctimas: reconocimiento del conflicto armado interno, plan de reparación a las víctimas.		- Fenómeno climática de <i>La Niña</i> (aumento de lluvias en todo el país). - Firma del Tratado de Libre Comercio con EUA.	- Partido de izquierda al poder presidencial en Perú (Ollanta Humala). - Cese de actividades armadas de ETA en España. - Mediación en secreto de Hugo Chávez y del gobierno cubano para proceso de paz con las FARC-EP.
	2012	- Inicio de proceso de paz con las FARC-EP en La Habana, con continuación de los enfrentamientos armados en el país.		El uribismo denuncia que el gobierno está negociando en secreto con las FARC-EP.	
	2013	- Recuperación de la personería jurídica para la UP. - 1er acuerdo parcial con las FARC-EP sobre desarrollo agrario. - 2do acuerdo parcial sobre participación política.		- Firma de Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea. - Paro Nacional Agrario.	Muerte de Hugo Chávez. Continuidad del proyecto <i>Socialismo del siglo XXI</i> encabezado por Nicolás Maduro.
	2014	- 3er acuerdo parcial sobre drogas ilícitas. - Ceses al fuego unilaterales de las FARC-EP. - Acercamientos para proceso de paz con el ELN. - Publicación de estudio sobre el conflicto, a cargo de la Comisión Histórica para el Conflicto y sus Víctimas (CHCV).	Segunda presidencia de Juan Manuel Santos (2014-2018)	- Condenas a exfuncionarios y políticos por corrupción y <i>chuzadas</i> . - Se descubre espionaje a los diálogos de La Habana, por parte de la oposición uribista.	- Grupos fundamentalistas islámicos publican amenazas y ejecuciones, torturas y secuestros. - Acercamientos diplomáticos entre Cuba y EUA.
	2015	- 4to acuerdo parcial sobre reparación y justicia transicional. - Acercamientos de sectores de la izquierda legal con las FARC-EP en La Habana.		- Subida histórica del precio del dólar. - Exención de visados europeos para colombianos.	- Ataque terrorista del 13 de noviembre contra París. - Desplome del precio del petróleo. - Crisis fronteriza con Venezuela.
Transición a la legalidad	2016	- Firma del acuerdo de paz definitivo. - Décima Conferencia FARC-EP: dejación de armas y proyecto de partido político. - Refrendación del acuerdo final a través del Congreso, después de haber sido rechazado en un plebiscito popular.		- Crisis fiscal y desaceleración económica. - Nivel más bajo de favorabilidad del Gobierno. - Campaña del uribismo contra la aprobación de los acuerdos de La Habana. - Juan Manuel Santos recibe el premio Nóbel de Paz.	- Transiciones hacia gobiernos de derecha en Latinoamérica. - Elecciones presidenciales en EUA. Triunfo del magnate inmobiliario Donald Trump. - Guerra declarada contra el terrorismo islámico en Europa.

Tabla 1.2 Línea de tiempo del conflicto armado con las FARC

Capítulo 2.

El lugar de la retórica en el conflicto armado colombiano

En este capítulo construyo un estado de la cuestión sobre el estudio de la oposición política en el conflicto armado interno, con especial énfasis en sus dimensiones retóricas. En torno a ello, se ha investigado desde disciplinas diversas en la bibliografía disponible, más allá de las ciencias del lenguaje. Las relaciones entre los trabajos explorados permiten inferir una mayor orientación hacia problemáticas propias del ethos, del pathos o del logos en cada investigación revisada. Dentro de estos grupos, pongo en evidencia las principales categorías de análisis utilizadas a partir de las conclusiones que alcanzan dichos estudios.

El estado de la cuestión demuestra la convergencia de los análisis en la legitimación como categoría política. Las discusiones introducen problemáticas como la del consenso social y el reconocimiento —o rechazo— de la fuerza ejercida por los grupos de poder y resistencia. En este punto, los investigadores terminan explorando aspectos retóricos, como la intensidad de la adhesión, la presentación o representación de la persona en el discurso y los medios de persuasión, para abordar sus objetos de estudio. El principal hallazgo de este recorrido es la identificación de una visión muy reducida sobre la retórica, en tanto que disciplina y procedimiento, para el análisis del aspecto discursivo de la violencia.

El capítulo continúa con una delimitación de las principales herramientas teóricas que orientarán la interpretación de los textos analizados. En este apartado, relacionaré los aspectos seleccionados a partir de tres perspectivas generales: una visión discursiva de la política; una visión retórica de la argumentación; y una visión aletúrgica del discurso. Referiré los principales constructos teóricos de cada visión, de acuerdo con su presencia y uso en el desarrollo de los capítulos siguientes.

En el último apartado, inscribo la propuesta de tesis en la intersección entre dos campos de estudio: problematizo, así, la relación entre la retórica y los estudios sobre oposición política en Colombia, concentrándome en una propuesta de orientación del análisis retórico (o de lo retórico) hacia la acción y el efecto de inscribir el desacuerdo en el discurso. Llegaré, de este modo, a la justificación de lo que denomino «construcciones retóricas» para analizar la serie histórica construida como corpus.

2.1 Aproximaciones retóricas al conflicto armado colombiano

¿Están interesados los investigadores colombianos en la retórica de la oposición política en el conflicto armado interno? ¿Cómo es concebido lo retórico en esos estudios? El propósito de esta primera parte es abordar las anteriores cuestiones, a través de una revisión bibliográfica que establezca relaciones entre un conjunto de trabajos heterogéneos sobre el tema. El interés particular está centrado en los estudios que involucran aspectos retóricos de los discursos provenientes de los diversos actores en disputa; esto es, indagaciones que dan importancia a problemas como la dimensión argumentativa de esos discursos, los recursos verbales que utilizan los actores armados en sus formas de decir y las relaciones de desacuerdo que construyen a través de sus comunicados.

El conflicto colombiano ha convocado a investigadores de diversas disciplinas, desde tradiciones teóricas variadas. La sociología, la ciencia política y la historia, en mayor proporción, y la psicología, la filosofía, la antropología, la economía y los estudios jurídicos, conforman un vasto campo de investigaciones en curso. Estas indagaciones han planteado desde las explicaciones más englobantes o visiones macropolíticas del conflicto (Comisión de Estudios sobre la Violencia, 2009[1987]; González, Bolívar y Vásquez, 2003; Guzmán, Fals Borda y Umaña, 1962; Oquist, 1978; Pizarro, 2004; Pécaut, 2013, entre otros) hasta los enfoques más micropolíticos, de corte testimonial (se destacan Álape, 1985; Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013a; León, 2005; Martínez, 2006; Molano, 2009, 2011).

Los diferentes estudios sobre violencia política y conflicto armado han alcanzado algunos consensos. Los autores dedicados a analizar esta bibliografía (entre ellos: Chambers, 2013; Dabracio, 2012; Nasi y Retberg, 2005; Sánchez, 1995; Zuleta, 2011) coinciden en reconocer los siguientes elementos: el avance hacia explicaciones multicausales y multidimensionales de la violencia; el peso del orden histórico-cultural en el fenómeno, por ejemplo, de los odios partidistas heredados y del resentimiento de algunos grupos sociales; la articulación entre motivaciones políticas y económicas en los grupos enfrentados; la tendencia a subordinar la política a la guerra en los procesos históricos de conformación y consolidación nacional; la simetrización de las acciones bélicas, a través de la cual se va construyendo estratégicamente una especie de “juego de espejos”; la diferenciación del conflicto armado según regiones o condiciones geográficas; la importancia otorgada a la discusión sobre la manera como debería nombrarse a la situación violenta que acontece; el abandono de un aislamiento explicativo excepcionalista del fenómeno, de espaldas a otros conflictos armados mundiales; y la necesidad de involucrar activamente a los actores no armados, especialmente a las víctimas y

a los medios de comunicación, en los análisis sobre la permanencia y evolución de la guerra. Asimismo, conviene destacar que un aspecto crítico central en las revisiones sobre la producción intelectual del conflicto armado es la dificultad para evitar que esos estudios se vean permeados por posturas normativo-éticas e ideológicas de sus autores y tradiciones teóricas (Chambers, 2013).

Pese al vasto campo teórico de los estudios sobre el conflicto, su tendencia ha sido simplificar el problema del discurso, privilegiando la búsqueda de los principios ideológicos, históricos, políticos, psicosociales y económicos que originan la confrontación, y las dinámicas que explican su continuidad. Estos estudios antecedentes nutren la reflexión sobre la dimensión política de los discursos que analizan, pero dicen poco sobre cómo se construyen las diferencias en el conflicto a través de los discursos de sus actores, es decir, cómo se instauran visiones contrapuestas de la realidad social y cómo es la naturaleza y el funcionamiento de esos discursos de oposición. A nivel de la contradiscursividad entre discursos gubernamentales y guerrilleros, se presenta entonces un amplio campo de vacancia teórica, metodológica y empírica.

Un conjunto poco visible de esa abundante bibliografía se ha interesado en los discursos a través de los cuales el conflicto es presentado por parte de sus actores. Se trata de estudios interesados en las múltiples formas del decir que circulan en la confrontación armada, en su representación lingüística y semiótica. Específicamente, estas indagaciones se han centrado en el interés que tienen los actores en influir en las percepciones, decisiones y acciones involucradas en el conflicto armado. La dimensión persuasiva recoge ese fenómeno retórico descrito y resulta clave para organizar la bibliografía académica actual sobre los discursos del conflicto

La dimensión persuasiva remite a la contradicción o diferencia que divide y agrupa a los individuos con respecto a una cuestión dada, pero no existe una manera única de abordar esa problemática. La razón principal de esa diversidad de abordajes es el dinamismo de la retórica, disciplina dentro de la cual la persuasión ha ocupado el centro de las reflexiones. En efecto, son múltiples los enfoques a que ha dado lugar la retórica en el transcurso de una historia, que se inaugura en el mundo griego antiguo y que genera actualmente un número importante de investigaciones⁴⁶.

Como observa Meyer (2013[2013]), las diferentes perspectivas retóricas parten de la estructura triádica aristotélica: *ethos, pathos, logos*. El *ethos* se refiere a la gestión que realiza

⁴⁶ Para un recorrido histórico y crítico por esa diversidad de enfoques retóricos, se recomiendan los trabajos de Angenot (2008:41-123), Danblon (2005:25-135) y Meyer (2013[2008]:29-95).

quien enuncia al construir una imagen de sí mismo en el discurso; el *pathos* se centra en la disposición anímica (afectos, pasiones y emociones) que pretende suscitar el orador; y el *logos* está concentrado en la forma y contenido mismos del discurso (Aristóteles, 2010:44; Charaudeau y Maingueneau, 2005:508). La tradición retórica ha presentado estos aspectos como pruebas o medios para lograr la adhesión de los auditorios. Los diversos modelos desarrollados en retórica se han construido poniendo mayor acento en alguno de los tres elementos de la estructura: el orador (dominio del *ethos*), el auditorio (dominio del *pathos*) o el lenguaje (dominio del *logos*). El acento se constituye en un punto de anclaje que determina el principio dominante de cada teorización y los elementos restantes se presentan en función de ese principio o subordinados a él (Meyer, 2013[2008]).

Los diversos enfoques retóricos conforman una disciplina particular (la retórica), que se inscribe en la lingüística del discurso y en los estudios del lenguaje, en general. No obstante, se puede hablar también de ciertos acercamientos a “lo retórico”, como fenómeno presente en los discursos sociales. Las aproximaciones a lo retórico en el conflicto armado colombiano provienen de disciplinas heterogéneas que convergen en el interés por la dimensión persuasiva. Hacer esta diferenciación entre “la retórica” y “lo retórico” permite ver las investigaciones sobre el conflicto más allá de sus orígenes disciplinares y de sus adscripciones a marcos teóricos y conceptuales específicos, para reunir las de acuerdo con las problematizaciones que realizan en torno a los aspectos retóricos de la confrontación.

En la presentación de las investigaciones revisadas, propongo utilizar las categorías de la estructura triádica aristotélica para establecer relaciones entre las problemáticas y las conclusiones de los estudios. De tal modo, presentaré los trabajos en tres conjuntos, según su mayor orientación hacia aspectos del *ethos*, del *pathos* o del *logos*. Pese a la división en apartados, es claro que se trata de grupos con fronteras difusas y de la interpretación sobre mayores acentos en una u otra dimensión, de ninguna manera excluyentes. Asimismo, no pretendo reducir la disciplina retórica a estos tres aspectos, sino utilizarlos como puntos de anclaje desde donde suelen desplegarse las cuestiones asociadas y trabajadas en este amplio terreno teórico. Mi lectura, entonces, de la triada *ethos*, *pathos* y *logos* los presenta más que como medios de prueba, como ejes de trabajo o nodos de problematización que utilizan las investigaciones revisadas para desarrollar sus exploraciones, casi siempre de manera no declarada y desde la perspectiva de cada disciplina particular.

2.1.1 Problematizaciones centradas en el *ethos*

Este grupo de problematizaciones se enfoca en la imagen que de sí mismos gestionan y proyectan los actores del conflicto en sus discursos, para contribuir a la eficacia de sus palabras. Las investigaciones revisadas coinciden en estudiar la gestión del *ethos* en función de la instrumentalización que de él realizan los actores, es decir, revelan la construcción de imágenes de sí mismos como estrategia discursiva para alcanzar fines políticos en el conflicto.

El *ethos* gubernamental ha tenido abordajes directos e indirectos o laterales. Los primeros, o bien utilizan explícitamente el concepto de *ethos* para problematizar los discursos del gobierno (Arrieta, 2009, Vásquez Ramírez, 2016), o en sus análisis hacen uso de nociones como *imagen* o *figura* propia, construida por el actor (Berrío, 2012; Carrillo, 2012; Chaves, 2013; Negrete, 2013).

El trabajo de Arrieta (2009) analiza cuál es, para qué y cómo es construido el *ethos* presidencial por parte de Álvaro Uribe Vélez, específicamente en torno a la Política de seguridad democrática. Los modos discursivos giran alrededor de la construcción efectiva de *ethé* (como el *ethos* religioso-mesiánico, el pedagógico y el autoritario): la fundación de una “moral necesaria”, el modo narrativo, la agentivización, el estilo directo, el diálogo escenificado, la modalidad deóntica y praxeológica, las amenazas, los insultos, las advertencias, las exhortaciones y las descalificaciones harían parte de ese aparato retórico. Los discursos del expresidente, así, buscan legitimar la posición del jefe de Estado desde la eficacia del gobierno, asociada al carácter de “gobernante combatiente” (Arrieta, 2009: 152).

Una problematización sobre la imagen presidencial desde la dimensión del carácter moral del orador (perspectiva más cercana a la tradición isocrática y a la posterior reflexión romana imperial del *ethos*) es utilizada por Chaves (2013) para analizar las excusas públicas ofrecidas por el presidente Santos en un acto de conmemoración de hechos violentos causados por el Estado. De acuerdo con la investigadora, a través de omisiones estratégicas, el presidente logra minimizar la responsabilidad de su gobierno y del aparato gubernamental, además de utilizar las excusas para presentarse (individual y colectivamente) como un agente reparador. El estudio sopesa los niveles de sinceridad, credibilidad y validez de las excusas presidenciales que analiza, con los riesgos que representan las disculpas públicas para los personajes políticos, cuando ellas no resultan convincentes o cuando socavan la imagen positiva del líder (Chaves, 2013:193).

El *ethos* gubernamental también ha sido estudiado desde la propaganda política, particularmente al respecto de campañas mediáticas a favor de las fuerzas armadas del

Estado. Berrío (2012, p. 126) concluye que la propaganda ha pretendido favorecer la gobernabilidad y la difusión de una imagen positiva del ejército, como fuerza armada eficiente, humana y vencedora en la confrontación con las guerrillas y los paramilitares. En esta misma línea se inscriben los trabajos de Carrillo (2012) y Negrete (2013, 2016), quienes examinan la construcción de la figura del héroe encarnada en el soldado del ejército, a partir de la revisión de diversas campañas institucionales durante los gobiernos de la última década. De acuerdo con estos estudios, se trata de un *ethos* heroico institucional y victimizado, lo cual hace que se pretenda legitimar el belicismo estatal desde el anonimato de los soldados y sus familias, así como desde la omisión de su vulnerabilidad en el conflicto, por un lado, y de su peligrosidad en casos de corrupción dentro de las fuerzas armadas, por otro. La imagen del héroe resulta, entonces, indisociable de la del soldado estatal, a través de discursos abiertamente elogiosos que exaltan una supuesta moral castrense, impermeable a toda acusación de abuso de poder, lo cual resulta estratégico para que “los principios con los que se juzgue a la sociedad civil, no sean los mismos con los que se juzgue al militar” (Negrete, 2013:6).

En cuanto al discurso de los grupos armados insurgentes, se han realizado aproximaciones al *ethos* guerrillero y paramilitar, pero de manera asistemática. Para el primero, Salamanca (2007, p. 118) observa que el guerrillero colombiano se asume como heredero de una historia de honor y de gloria pasados, cuyas luchas terminan naturalizándose, por derivarse de una acumulación de “capas de justificaciones” que acuden al relato de la historia violenta del país para ubicarse como víctimas. La politóloga sostiene que, a partir de la herencia revolucionaria de Simón Bolívar y de políticos inmolados como Jorge Eliécer Gaitán, el *ethos* guerrillero se sostiene sobre el deber moral de la misión libertaria que se endilgan.

Tal vez ha sido la antigüedad de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del Pueblo (FARC-EP), su presencia determinante en la agenda política de los sucesivos gobiernos y la imagen de cohesión lograda a lo largo de casi medio siglo, lo que ha puesto a esta guerrilla en el foco de interés de los investigadores del conflicto. Su *ethos* es ante todo un esfuerzo por el reconocimiento nacional e internacional de un estatus político y de beligerancia, con el objeto de lavar sus crímenes de guerra, y para Bolívar (2006:87), “la conquista de una existencia social, a través de un ‘nosotros’ abarcador, heroico y victimizado, que se superpone al repertorio emotivo de lo campesino con lo revolucionario, para reclamar un (re)ordenamiento moral de la sociedad”, según concluye la politóloga al estudiar los discursos de las FARC-EP en sus pronunciamientos públicos durante el proceso de paz

incompleto con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002).

El *ethos* de esta guerrilla también ha sido abordado recientemente en el contexto de los diálogos de paz con el presidente Juan Manuel Santos (2012-2016). Vásquez Ramírez (2013) evalúa la reparación de la imagen guerrillera efectuada por un cambio de estrategia al referirse a sí mismas; transformación operada paulatinamente en el desarrollo del proceso de paz en La Habana y centrada en la mitigación de la autorreferencialidad y la discusión de cuestiones sociopolíticas en su discurso. Los trabajos en el ámbito histórico, sociológico y político confirman estos hallazgos desde marcos teóricos e intereses distintos, como los estudios de Ferro y Uribe (2002), Medina (2009, 2010) y Pizarro (2011).

Estos autores se han preocupado metodológicamente por privilegiar los discursos producidos al interior de las organizaciones guerrilleras y emitidos por sus protagonistas, para comprender su organización y continuidad (Ferro y Uribe, 2002), el impacto de su doctrina de lucha (Pizarro, 2011) y escribir su historia política (Medina, 2009, 2010). Pese a que estos trabajos no centran su interés exactamente en cómo se presentan a sí mismas las guerrillas, sí encuentran las autoconcepciones como determinantes para analizar sus orígenes, institucionalización y consolidación:

El universo de representación que el actor tiene sobre sí mismo, sobre su historia, sobre sus fundamentos ideológicos y políticos, sobre sus propósitos y forma de materializarlos, así como sus metas y fines, son determinantes en la definición de sus comportamientos históricos (Medina, 2009, p. 5).

Pécaut (2008, 2013), por su parte, sostiene que en el caso de las FARC-EP es impreciso hablar actualmente de una “guerrilla campesina”, dadas sus transformaciones a lo largo de medio siglo de conflicto, y acude al término “*ethos* campesinista” para explicar la pervivencia del mito fundacional en la moral de los combatientes: “este *ethos* no es solamente manifestación de la procedencia social de la mayoría de sus combatientes. Está fundado ante todo en una sensibilidad y una memoria marcadas por la humillación” (2008:154), que configura una suerte de “política del resentimiento”, encarnada en la figura de su líder extinto, Manuel Marulanda Vélez.

El *ethos* paramilitar del grupo armado conocido como Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) también ha sido analizado lateralmente, a partir de sus discursos. Una parte de los trabajos antes referidos (Bolívar, 2006; González Mantilla, 2013; Salamanca, 2007) y de otros a partir de los pronunciamientos de exjefes paramilitares (Delgado Barón, 2011:121-170; Abud, 2016), revisan cómo se presentan a sí mismos y destacan la apelación a un derecho a la legítima defensa como justificación de sus acciones violentas; es decir que los

insurgentes se asumen como víctimas reactivas, vengadores de afrentas guerrilleras contra sus familias y representantes de la población desprotegida por el Estado. De allí que las AUC denuncien su propia condición de víctimas frente a las guerrillas y, al mismo tiempo, reclamen el abandono de un Estado al que ellos suplantarían a través de las armas. Esta última dimensión política del fenómeno paramilitar es estudiada por Cruz (2009) como autolegitimación discursiva a partir del momento en que las AUC empiezan a presentarse a sí mismas como un tercer actor del conflicto armado, a través de sus documentos programáticos y de las entrevistas concedidas a los medios durante el proceso de desmovilización, amnistía y sometimiento a la justicia (2002-2006), llevado a cabo en la primera administración de Álvaro Uribe. El politólogo afirma que las AUC se proponen interpelar a los ciudadanos de clase media, cuando se asumen como sus representantes, en nombre del derecho a la legítima defensa, la propiedad privada y la seguridad (Cruz, 2009:110).

En el mismo sentido de la autolegitimación de las AUC, la periodista Saavedra (2012) analiza el autorrelato titulado *Mi confesión*, producto de una serie de entrevistas realizadas a uno de sus fundadores, Carlos Castaño. A partir de ese título y de extractos del autorrelato se revisan los efectos de la simbología que construye Castaño sobre sí mismo, al presentarse como sujeto que se confiesa frente al país, y al mostrar el paramilitarismo como efecto de una descomposición social y política de larga data (2012:253). La analista concluye que a través de ese *ethos* confesional se construye una retórica autojustificatoria, en la cual Dios y la Patria son los únicos jueces válidos para sancionar las acciones violentas perpetradas, lo cual transparenta el clímax de una estrategia de Castaño para lavar su imagen ante la opinión pública y atenuar sus crímenes de manera mediática. La construcción de ese tipo de *ethos* autojustificatorio en los jefes paramilitares forma parte de dispositivos retóricos que tienen en el género testimonial una indexación social fuerte; Abud (2016) evalúa esos dispositivos desde la lógica de los argumentos contruidos por los paramilitares para «justificar lo injustificable» acudiendo, por ejemplo, a la narrativa popular del héroe cinematográfico y al argumento del mal menor.

Las aproximaciones al *ethos* de los insurgentes armados —guerrillas y para- militares—, coinciden en relacionar la presentación que gestionan sobre sí mismos con la asunción de identidades políticas de grupo, la pervivencia de fuertes ideales de origen y una supuesta inclinación hacia la paz. Higuera (2003) estudia esas convergencias entre *ethé* como luchas simbólicas, en términos bourdesianos, para apropiarse de capitales como el de la paz y el patriotismo. Según el autor, las estrategias de esa lucha son más convergentes que

divergentes, pero los lugares desde los cuales se enuncia radicalizan las posiciones, acusan la irracionalidad/ brutalidad del otro y justifican las operaciones violentas. El antropólogo rastrea la construcción de la paz como objeto discursivo en los comunicados insurgentes que circularon durante el proceso de paz de 1998-2002, periodo presidencial de Pastrana; el mismo objeto por el que se pregunta la socióloga Delgado Barón (2011) en otro momento coyuntural: la promulgación de la Ley de Justicia y Paz, ya en el periodo 2002-2006, de Uribe. En este último trabajo, la construcción de las víctimas como sujetos políticos resalta la victimización de sí mismas que hacen las AUC; esto es un cambio de roles a través del cual el victimario pretende pasar como víctima (de las guerrillas y del Estado), enarbolando una misión o compromiso social con la paz (Delgado Barón, 2011:127).

En suma, las problematizaciones orientadas hacia el *ethos* en los discursos del conflicto revelan que los actores construyen imágenes de sí mismos con la finalidad de autolegitimarse, a través de mecanismos o modos de subjetivación colectiva. Las categorías de análisis que prevalecen en los estudios revisados y que configuran esa finalidad son: la cuestión de la identidad/identificación de los grupos, su auto- concepción o autoimagen y sus procesos de autojustificación al presentarse en la esfera pública. A través de estas categorías analíticas, los investigadores introducen esos modos de subjetivación en una dimensión estratégica e instrumental de orden político. El esfuerzo autolegitimatorio pretende que los actores ganen reconocimiento social, afirmen su posicionamiento ideológico y mantengan cohesionados a sus colectivos, en el panorama de un conflicto arbitrario del que ninguno se hace cargo. En otras palabras, buscan ser reconocidos como sujetos que se vieron obligados a vivir la guerra, aun a pesar de ellos mismos. Así, es esa guerra la que los ha arrojado al imperativo de la resistencia, la defensa y el combate, en síntesis, a imperativos de orden moral, donde la ética de los individuos queda subsumida y diluida en la moral de los grupos, y por tanto, instrumentalizada para alcanzar los fines comunes. En este sentido, los actores del conflicto construyen dos *ethé* recurrentes: el de la víctima y el de héroe.

El *ethos* víctima es la principal imagen que proyectan de sí mismos los actores armados ilegales; vía procesos discursivos de victimización, paramilitares y guerrilleros pretenden autolegitimarse como colectivos que recurren a la violencia en legítima defensa y por imperativos morales, históricos e ideológicos. El *ethos* del héroe es construido sobre todo por los actores armados legales, al mando de las instituciones gubernamentales; su autolegitimación no se concentra en la justificación del uso de la fuerza, sino en la pretensión de que los ciudadanos perciban la superioridad moral del soldado y la efectividad del

gobierno, todo lo cual se traduciría en el triunfo (ético y bélico) sobre la irracionalidad de la violencia.

2.1.2 Problematizaciones centradas en el *pathos*

Los estudios que problematizan el *pathos* en la discursividad del conflicto armado se preguntan por las razones que tienen los actores cuando disponen anímicamente al auditorio para aceptar las tesis que ellos defienden. No se trata, pues, de estudios sobre la expresión de las emociones, sino del interés político de suscitarla en los otros, para develar con qué objetivos están inscritas esas emociones en el discurso. Esas problematizaciones pretenden revelar diversas lógicas de la aparición de lo *pathémico* en la discursividad política y buscan respuestas sobre el porqué y el para qué se apela a lo emocional en los discursos del conflicto.

Las investigaciones revisadas presentan los discursos emocionales como prácticas políticas, o bien, dimensionan políticamente las emociones que aparecen en los discursos que estudian. Las conclusiones de estas indagaciones pueden reunirse en cuatro grupos de prácticas *pathémicas* o de tipos de *pathé* construidos por los actores: el *pathos* de la sospecha, el de la peligrosidad, el agonístico y el de la indignación.

El *pathos* de la sospecha consiste en suscitar en el auditorio un sentimiento permanente de desconfianza frente al adversario. En tanto que, de aquel en quien no se puede confiar, deben esperarse las peores acciones y decisiones, el *pathos* de la sospecha arroja hacia la prevención y la vigilancia. Desde la antropología de las emociones, Bolívar (2006) encuentra esa intención de la sospecha en los discursos insurgentes de las FARC-EP y las AUC durante los diálogos de paz de Pastrana y Uribe, respectivamente. La antropóloga se pregunta por la formulación de la experiencia política de estos grupos armados y caracteriza sus discursos como emocionales, a partir de sus contenidos, los recursos retóricos que utilizan y los efectos evocadores con los que buscan producir una “comunidad de sentimiento”. Los comunicados y entrevistas concedidos por los combatientes —según la autora— siguen una estructura narrativa melodramática, en cuanto a sus características de esquematización y polarización del orden de la guerra y la sociedad, además de presentar la historia bajo la sospecha del complot contra su existencia como grupo de oposición política. Si, como vimos, el *ethos* proyectado por los insurgentes tiende hacia su victimización, el *pathos* de la sospecha contribuye a esa vía de autolegitimación desde la deslegitimación del adversario, pues lo presenta bajo presunción de victimario.

La promoción de la sospecha emerge también en el discurso estatal, como lo demuestra Acosta (2013) a propósito de las declaraciones de la cúpula militar al respecto de las manifestaciones públicas del partido político “Marcha Patriótica”. Para la investigadora, los argumentos contruidos por la voz oficial se orientan hacia la deslegitimación del nuevo movimiento político: las FARC-EP son contruidas como el enemigo del que se sospecha haber infiltrado a este movimiento; a su vez, las organizaciones que conforman la “Marcha” son presentadas como posibles víctimas de engaños, o bien, como aliadas subrepticias de la guerrilla en el terreno político. El discurso gubernamental intenta reforzar la imagen positiva del ejército colombiano a través de una imagen desfavorable del naciente movimiento social y político, al poner bajo sospecha sus acciones, objetivos, normas y recursos, según aparentes pesquisas y estudios técnicos de inteligencia militar. Acosta (2013:387) concluye que el esfuerzo por suscitar la sospecha responde a la amenaza que re- presenta un proyecto político convocante para un poder hegemónicamente instituido.

El *complotismo* discursivo, contenido en el *pathos* de la sospecha, tiene antecedentes en el periodo que precede al conflicto armado colombiano y que es registrado históricamente como La Violencia, de 1930 a 1945. Esta relación es establecida por Williford (2005) al preguntarse por las motivaciones de orden político que llevaron a la perpetración de los crímenes atroces de ese periodo en el país. Para el investigador, la retórica partidista de la época animó la eliminación violenta del opositor, bajo la figura del complotismo internacional (los conservadores bajo sospecha de una conspiración nazi-falangista y los liberales como presuntos comunistas y simpatizantes de la masonería judía). Así, la inscripción de los hechos violentos en conspiraciones de orden internacional contribuyó a la naturalización de las formas de hacer política por los partidos: dicotomías, complotismos y nacionalismos a ultranza fueron construyendo la retórica partidista y generaron una fuerte polarización en el espectro político. Las masacres y asesinatos de La Violencia ayudaron a naturalizarla dentro de las dinámicas partidistas, junto con la retórica de la conspiración y la contraconspiración. El filósofo concluye que los marcos discursivos conspiratorios, en sus dinámicas más esenciales, hicieron carrera en la configuración de los actores políticos en disputa, como se puede rastrear en las acciones violentas de guerrilleros y paramilitares en la violencia contemporánea.

El *pathos* de la peligrosidad se refiere al esfuerzo discursivo del actor por suscitar temor y rechazo en el auditorio frente a su adversario; para ello, se le construye como un sujeto efectivamente peligroso, es decir, se avanza de la potencialidad de la sospecha a la

proscripción del sujeto. Desde la psicología política, Sabucedo et al. (2004, 2006) y Borja, Barreto, Sabucedo y López (2006) utilizan el concepto de *deslegitimación* como categoría analítica para estudiar un conjunto de comunicados y artículos producidos por las Farc-Ep y las AUC entre 2001 y 2002. A través de análisis lexicométricos y de correspondencias, el equipo investigador encuentra que la violencia empleada por los insurgentes los lleva a buscar estrategias discursivas para «contrarrestar el impacto emocional y el rechazo que pueden recibir de la población, debido a sus acciones armadas, y para ello construyen discursos con un lenguaje estructurado y diseñado estratégicamente para deslegitimar al adversario y, por ende, legitimar al endogrupo» (Sabucedo et al., 2004:82).

Frente a la proscripción, la caracterización de rasgos y la asignación de rótulos políticos — tres modos de deslegitimación trabajados por los autores—, las FARC-EP y las AUC presentan más cantidad de términos proscriptivos, para reducir el impacto de los discursos del adversario, descreditarlo y, por extensión, generar animadversión contra ellos (2004:82). Por su parte, el gobierno criminaliza a los adversarios para evitar reconocer su estatus político y justificar el uso de la violencia de Estado; esta deslegitimación se produce a través de un discurso gubernamental proscriptivo que “resalta rasgos personales negativos del adversario, en un claro esfuerzo por distanciar cualquier vínculo de empatía con los grupos ilegales” (Borja, Barreto, Sabucedo y López, 2006:582).

En un trabajo posterior, pero en la misma línea teórica y metodológica, Borja, Barreto, Alzate, Sabucedo y López (2009) analizan contrastivamente los comunicados gubernamentales antes y después de la ruptura del proceso de paz, entre 2001 y 2002, durante el gobierno de Pastrana. Los análisis de correspondencias y de especificidades realizados muestran las diferencias en la denominación de las FARC-EP, separados radicalmente desde el “nosotros” gubernamental de la pertenencia a una identidad básica: la de colombianos. Para los investigadores, las creencias sobre el adversario son determinantes en la superación de la violencia política, pero los usos deslegitimadores en los discursos estudiados indican que “ese proceso de paz no había alcanzado el punto crítico que permite transformar un discurso de enfrentamiento en otro de cooperación” (Borja, Barreto, Alzate, Sabucedo y López, 2009:626). La falta de construcción de identidades más inclusivas en el discurso gubernamental, antes y después de la ruptura de los diálogos, generó una radicalización de las posiciones y una mutua atribución de responsabilidades sobre la confrontación (p. 626).

En lo concerniente a lo que se ha denominado *pathos* agonístico, las investigaciones resaltan la construcción de colectivos erísticos (“nosotros” contra “ellos”) a través del

discurso. Se trata de un hacer surgir comuniones en torno a grupos de poder y contra-poder, que plantean polarizaciones a propósito de dinámicas sociales. Los análisis del discurso del expresidente Uribe coinciden en la observación de esas retóricas polarizantes; entre ellos, sobresale un trabajo de Arrieta (2013), que ilustra los mecanismos discursivos a través de los cuales el actor político construye la figura del adversario y la de sus enunciatarios aliados. La analista utiliza el discurso de Uribe en la Cumbre de Río, en 2008, para demostrar cómo las exhortaciones, las advertencias, los insultos y las amenazas logran generar una lógica emocional del temor frente a un enemigo común, generalizado en el terrorismo y particularizado en las FARC-EP; un *pathos* construido al servicio de lo que la investigadora denomina “política del miedo”.

Como estrategias retóricas de orden *pathémico*, la polarización y la dicotomización aparecen en las investigaciones como un rasgo común de los discursos pertenecientes a los diferentes actores del conflicto. Ellos coinciden en la intención de marcar fronteras entre un “nosotros” y un “ellos” a través de la unión frente al enemigo, esto es, utilizando la construcción discursiva del enemigo político no solo como disposición agonística, sino además como medio de cohesión identitaria. En este sentido, los análisis políticos del discurso incluyen dentro de sus trabajos la emocionalidad suscitada como un rasgo propio del populismo. Este concepto representa una categoría teórica de discusiones muy activas dentro de la ciencia política (Aboy y Barros, 2013) y la teoría de la hegemonía (Laclau, 2005, 2009).

En su función de categoría teórica, el populismo cuenta con una relativa tradición de estudios en Colombia, sobre todo alrededor de la figura de Jorge Eliécer Gaitán (Acosta Olaya, 2015; Braun, 1987; Magrini, 2011; Palacios, 1971, entre otros). Dentro de este marco, existen también algunos estudios sobre el partido Alianza Nacional Popular, ANAPO (especialmente Ayala, 2006, 2011), la guerrilla del M-19 (Narváez, 2012) y el periodo presidencial de Álvaro Uribe (v. gr., Carrillo Vargas, 2010; Fierro, 2011; Galindo, 2006; Torre, 2005). No obstante el reconocimiento implícito de un *pathos* agonístico en estos análisis, sus intereses teóricos (más políticos que discursivos) hacen que las problematizaciones que plantean no enfoquen el análisis del orden retórico, sino que presupongan tal orden y lo utilicen como argumento de sus tesis.

Finalmente, el *pathos* de la indignación completa esta tipología de problematizaciones *pathémicas* en los estudios revisados. Se trata de un grupo reducido de estudios que presentan el sentimiento de indignación colectiva como un objeto construido emotivamente para efectos persuasivos en el auditorio. Según estos análisis, la indignación acusa un doble sentido moral

y reclamatorio: el primer aspecto tiene que ver con el juicio moral sobre las acciones del adversario; el segundo, con la reclamación de justicia motivada por esas acciones. Desde un cruce interdisciplinar entre antropología y sociología, Bolívar y Torres (2010) examinan la legitimación de la gobernanza de los actores insurgentes entre la población civil, a través de observaciones, entrevistas y testimonios de los pobladores de Landázuri, municipio campesino colombiano azotado por la presencia de guerrillas y paramilitares. Las investigadoras encuentran que esa presencia no se fraguó exclusivamente desde la imposición armada, sino también desde la creación de simpatías y lealtades entre los campesinos y los insurgentes, gracias a la habilidad de las FARC-EP “para capitalizar a su favor el sentimiento de exclusión y abandono, por parte de las instituciones estatales, que experimentaban los habitantes de este territorio aislado” (Bolívar y Torres, 2010, p. 50), sentimiento que se vio reforzado por el discurso contestatario y rebelde de esa guerrilla.

En cuanto a los paramilitares, el dominio del negocio de la coca y la realización de una serie de obras de infraestructura local les facilitó una transferencia de lealtades análoga a la lograda por la guerrilla. El trabajo de Bolívar y Torres (2010) advierte cómo el hacer de la indignación un sentimiento compartido frente a un Estado indiferente a necesidades locales, logra establecer relaciones entre civiles e insurgentes, más allá del esquema de la imposición violenta. Sin embargo, y porque el estudio no lo pretende, los modos retóricos de construcción de ese *pathos* de la indignación quedan soslayados; esta vacancia es común en los trabajos de corte histórico, sociológico y político sobre las FARC-EP (v. gr., Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013b; Corporación Observatorio para la Paz, 2010; Ferro y Uribe, 2002; Medina, 2009; Pécaut, 2008, 2013; Pizarro, 2011).

Las formas de la enemistad en el conflicto armado y sus funciones sociales e intersubjetivas han sido descritas por el grupo de investigación sobre conflictos y violencias, INER, de la Universidad de Antioquia (Angarita et al., 2015). Su trabajo se centra en el periodo 1998-2010 y alcanza una clasificación de la idea de enemigo construida por los diferentes actores armados durante los acontecimientos de ese tramo histórico. Los autores distinguen entre enemistad política (abierta al diálogo), absoluta (exterminación del contrario), necesaria (autolegitimadora) y contingente (instrumentalización y utilidad inmediata del enemigo).

En síntesis, los efectos *pathémicos* que aparecen en las problematizaciones de los estudios revisados (sospecha, peligrosidad, agonística e indignación) son presentados como mecanismos o modos para deslegitimar, desacreditar o descalificar al contrario. Estas tres

acciones son el objetivo de las pasiones suscitadas en el discurso, y son entendidas con mínimas diferencias entre ellas; no obstante, puede decirse que la deslegitimación se dirige a desgastar la autoridad, la desacreditación a horadar la confianza y la descalificación a negar las capacidades del actor. Una lista incompleta de otras acciones bajo las cuales toman forma esos tres objetivos retóricos incluye el desprestigio, la censura, la acusación, la desautorización, la estigmatización y la degradación. Pero más allá de sus formas posibles, lo que demuestran las investigaciones analizadas es la existencia de un *telos pathémico*, que consiste en la construcción del adversario como enemigo, o siguiendo a Mouffe (2012(2000)), la negación del carácter político del oponente y, por tanto, su eliminación ya no solo física, sino además discursiva en la esfera pública.

La lógica discursiva que hace funcionar la construcción del adversario como enemigo es de orden antinómico, pues dirige la emocionalidad hacia la exclusión definitiva de la posición contraria, niega su aceptabilidad en un ámbito alternativo y fija posicionamientos sobre la realidad al presentarlos como inamovibles. La lógica de las antinomias es, desde la perspectiva del *pathos*, una lógica emocional o una *pathémica* antinómica, y sustenta lo que las investigaciones sobre el conflicto armado advierten como polarización del panorama político. La asunción y reificación de proyectos, imaginarios, representaciones y acciones políticas radicalizadas, basa su capacidad persuasiva en ese funcionamiento polarizante.

2.1.3 Problematizaciones centradas en el *logos*

Este grupo de problematizaciones reúne los trabajos que atienden con mayor interés a la forma y contenido del lenguaje utilizado por los actores del conflicto. No se trata exclusivamente de caracterizaciones de sus discursos, sino sobre todo de las estrategias contenidas en ellos para presentar como legítimas las acciones y decisiones que configuran el conflicto armado. La dispersión de estos trabajos puede reunirse en cinco modos, no excluyentes, de problematizar el *logos*: 1) aquellos estudios centrados en la mediatización comunicativa del conflicto; 2) los que examinan sus relaciones interdiscursivas a partir de las huellas ideológicas en la materialidad de los enunciados; 3) aquellos trabajos enfocados en las figuras retóricas presentes en los discursos de la guerra; 4) los que revisan el problema de la denominación por parte de los actores, y 5) los estudios que avanzan hacia la caracterización de un *logos* bélico.

El primer segmento está más interesado en la problematización de los medios masivos de comunicación en el conflicto, el papel que desempeñan, sus potencia- lidades como

formadores de opinión y la reflexión sobre sus responsabilidades. En esta área, son fundamentales los aportes que ha realizado Pardo (2005, 2007, 2013) desde el análisis crítico del discurso. La lingüista ha estudiado cómo se construyen las identidades de los actores sociales en la prensa colombiana, cuáles son las representaciones sociales de la impunidad, configuradas también mediáticamente, y cómo se legitiman políticas relacionadas con el despojo de tierras a través de la presentación multimodal del fenómeno.

En el primer caso (Pardo, 2005), la construcción mediática de identidades colectivas funciona como estrategia de ocultamiento de prácticas antidemocráticas, intereses y alineamientos políticos, así como de ejercicios de poder excluyentes, especialmente de la población rural en el país. En el segundo caso (Pardo, 2007), el encubrimiento se realiza sobre el fenómeno de la impunidad, a través de estrategias discursivas múltiples (ambivalencia, segmentación, integración, naturalización, consensualismo, citación, entre otras), para recuperar la credibilidad y legitimar el ejercicio de la justicia, desde una racionalidad determinante en la vida social. En general, se busca legitimar las condiciones sociopolíticas establecidas y fortalecidas desde coyunturas de crisis jurídicas. El estudio releva tres representaciones sociales de la impunidad en la prensa colombiana: 1) como un organismo (modelo físico-biológico); 2) como la ausencia de racionalidad (modelo de contradicción entre decir y hacer), y 3) como una estrategia de mercado (modelo económico).

En el tercer caso, Pardo (2013) analiza el discurso multimodal de dos noticias sobre el despojo de tierras a las comunidades rurales colombianas, publicadas en 2012 en la web. El estudio encuentra que los medios promueven “representaciones enmarcadas en las directrices de la ideología del capitalismo mercantil, y por esta razón, al llevar a cabo el cubrimiento de los asuntos de relevancia para la vida nacional colombiana, lo han hecho desde la lógica del ‘espectáculo mediático’” (2013:437), a través de recursos semióticos para legitimar el despojo y persuadir sobre su conveniencia, desde el ocultamiento de orígenes, mecanismos y consecuencias de las políticas agrarias. El lenguaje propio de esa ideología mercantil termina configurando el *logos* mediático y presentando la realidad en términos de privatización, competitividad, rentabilidad, eficiencia y costo-beneficio (p. 418), todos ellos con significaciones al servicio del poder hegemónico.

Una cuestión de fondo que queda implicada en los trabajos de Pardo (2005, 2007, 2013) tiene que ver con la responsabilidad de los medios masivos en el conflicto armado. Esta misma cuestión es abordada de manera más directa por Serrano (2006, 2011, 2016), desde una perspectiva comunicacional y semiodiscursiva. La investigadora se pregunta cómo

formular reglas de conducta profesional para los periodistas que cubren el conflicto armado, cuál es la versión que los medios hacen circular sobre este y qué problemas comunicativos presenta la mediatización de la guerra. En sus trabajos, se plantea que los medios no son soberanos para decidir qué y cómo informar (Serrano, 2006:118), esto es, que se les reclama una objetividad de espaldas a los condicionamientos de la práctica periodística y, concretamente, de las presiones provenientes tanto de los actores del conflicto como de los dueños de las plataformas mediáticas. Esto, sin embargo, no excusa la responsabilidad que pesa sobre ellos en cuanto a la distribución equitativa de espacios para las voces en confrontación y la profundización que deberían promover sobre las causas sociales y políticas del conflicto, más que sobre sus estrategias y efectos bélicos (Serrano, 2016). Existe cierta convergencia entre los analistas al respecto de esta visión sobre la incidencia de los medios en la reproducción de la violencia y la comunicación para el logro de la paz, a propósito de los diálogos en La Habana (Ayala Osorio, 2015; Calderón, 2015; Cárdenas, 2015; Charry, 2015).

Un punto de vista cercano al de la instrumentalización retórica de los medios en el conflicto es desplegado por Correa (2006, 2008), quien lo problematiza como desinformación y propaganda política, específicamente al respecto del despliegue mediático de los actores durante los diálogos de paz entre 2001 y 2002. Para Correa (2006:104), los objetivos asignados a los medios están amarrados a intereses de grupos económicos que financian la información, con lo cual se obtura el espacio para el análisis y se privilegia la saturación de noticias. En la coyuntura analizada, se advierte también que los actores armados invirtieron importantes esfuerzos en la utilización de los medios como estrategia de propaganda para ganar la guerra en el plano simbólico, además de instrumentalizar los medios informativos a favor de su causa. Esas estrategias (internet, radio, prensa, revistas e inclusive juegos y otros modos interactivos multimodales) estuvieron dirigidas a la violencia directa contra el enemigo (en el caso paramilitar) y al desprestigio del Estado (en el caso guerrillero).

Por su parte, el Estado acompañó las acciones militares con una fuerte campaña audiovisual de la que hicieron parte desde comerciales hasta programas de concurso, donde se exaltaba la figura del soldado. Posteriormente, Correa (2008) planteará que el tratamiento de los hechos del conflicto armado por parte de los medios de comunicación ha contribuido a propagar el discurso enardecido de las partes, comunicando con ello la carga ideológica de los actores, sin un tratamiento crítico de sus voces ni un reconocimiento del lenguaje como recurso de poder y de reiteración de intereses e ideologías (Correa, 2008:109). Por su parte,

los trabajos de Ayala (2008) y de López (2011) encuentran sesgos ideológicos en el tratamiento del conflicto por parte del periódico de mayor cubrimiento y tradición en el país. Los investigadores analizan épocas distintas (1962 y 2006, respectivamente) del periódico *El Tiempo*, pero coinciden en encontrarlo comprometido con las políticas oficialistas de los gobiernos de turno. Para Ayala (2008), desde el análisis crítico del discurso, el lenguaje de *El Tiempo* fue particularmente excluyente, discriminó a la oposición y abusó de su poder (mediático) ligado a la hegemonía del régimen partidista del Frente Nacional. Este periódico configuró una coherencia intertextual monológica que obturaba los espacios de participación de otras voces contradictoras del discurso hegemónico al que se adscribía y representaba. Además, los *topoi* construidos estuvieron orientados a la asociación de figuras de oposición con los verdugos de la época de La Violencia y con la amenaza del comunismo y el golpe de Estado. Detrás de esa topología, según Ayala, trasuntaba la debilidad del Frente Nacional por lograr consenso entre ambos partidos y en la sociedad civil.

En cuanto al estudio de López (2011), desde la psicología política logra demostrar que *El Tiempo* construyó un discurso que legitimó la violencia y deslegitimó la paz, comprometido con los intereses del gobierno del expresidente Uribe. El análisis lexicométrico y de correspondencias dejó claro que el enmarcamiento del conflicto hizo énfasis en la identificación y demonización del enemigo, a través de “historias de masacres, de homicidios, de acciones de daño a la población civil y el desplazamiento forzado. Los responsables de todo este horror son los criminales, no las condiciones estructurales de orden sociopolítico, socioeconómico y psicosocial” (López, 2011:254). El investigador muestra también cómo fue sobredimensionada la figura de Uribe como líder salvador y las actividades criminales insurgentes como justificación de la política de seguridad democrática.

Las investigaciones anteriores sobre mediatización del conflicto también convergen en el interés por las representaciones sociales como categoría teórica. A estos estudios se adscriben los de Rodríguez Maldonado (2006), Gómez Rodríguez (2009), Molina (2009) y Penagos (2013), desde el análisis crítico del discurso. En estos casos, las representaciones de los medios manifiestan control y abuso de poder por parte de la oficialidad gubernamental, al respecto de la presentación gráfica del conflicto, los significados construidos sobre el secuestro, sobre el desplazamiento forzado y sobre las FARC-Ep, respectivamente.

Rodríguez Maldonado (2006) encuentra que la presentación del conflicto armado en las tapas de dos revistas importantes de circulación nacional, de 1998 a 2004, tendió a la pedagogización, la naturalización de las acciones bélicas y la dicotomización del espacio

público. Gómez Rodríguez (2009) coincide en que la mediatización del conflicto es reduccionista y polarizante. De ahí que la guerrilla sea, en el imaginario social, depositaria y causante de los males que aquejan a la sociedad colombiana, y según el investigador.

La representación homogeneizante y estereotipada de la realidad, como lo plantea Molina (2009), llega a cubrir además los efectos más reprochables del conflicto, como el desplazamiento forzado en el país. Su crítica se dirige a la falta de contextualización de las voces de las víctimas en los medios, su esporádica aparición y la negación de su individualidad y diversidad. Según su estudio, “a las personas desplazadas [...] no solo se las desplaza de sus tierras, sino que sus voces también son excluidas del discurso con el que se describe su realidad” (Molina, 2009:144).

En estas problematizaciones, los medios generan representaciones sociales orientadas a la búsqueda de consensos desde los discursos hegemónicos. Así lo confirma Penagos (2013) al preguntarse por las representaciones que pueden ser reconocidas en cuatro periódicos de 1964, a propósito de la operación militar contra las FARC-EP en Marquetalia, hecho que genera el mito fundacional de esta guerrilla. El autor propone que el proceso de construcción de representaciones es, al mismo tiempo, político (por los intereses particulares de los grupos que ejercen presión) y cultural (el conflicto como hecho social construido semióticamente y como escenario de luchas por la significación y el sentido). Así, la representación social sobre Marquetalia en la prensa de la época se desplegará en el tiempo para constituir una acción histórica legítima de defensa (no de ataque) frente a un enemigo interno (Penagos, 2013: 158-159).

La construcción del adversario como enemigo terrorista encuentra, pues, en los medios masivos, un campo de problematizaciones desde el *logos* justificador de las acciones violentas. Delgado (2012, 2013, 2016) se aproxima a esos mecanismos justificatorios a partir de estudios de caso, donde se ponen en evidencia estrategias de ocultamiento operadas por el discurso gubernamental. La analista utiliza la lingüística crítica y la teoría argumentativa para revisar la configuración del sujeto peligroso en el discurso uribista, durante el periodo de la Política de Seguridad democrática (2002-2010). La eficacia del *logos* mediático, en este caso, estriba en obturar el espacio discursivo, restar visibilidad y despolitizar ciertos discursos en favor de otros, mediante el despliegue de titulares y noticias de prensa que inundan la esfera pública con la versión que conviene al discurso dominante (Delgado, 2012:8).

La dominancia del discurso antiterrorista abre un grupo de problematizaciones en torno al *logos* interdiscursivo, según las huellas ideológicas y sus reactualizaciones, que los

investigadores reconstruyen en los discursos que analizan. Desde el derecho penal, Calderón (2012) dilucida las relaciones entre la retórica del terrorismo global y la construida en torno a la política de seguridad democrática en Colombia, durante el gobierno del expresidente Uribe (2002-2010). Según el autor, la retórica del derecho penal del enemigo provee de supuesta legitimidad jurídica a las cuestiones de la seguridad, la defensa y el orden público, y termina guiando la política social y económica del Estado, asentada sobre su base jurídica: el derecho penal simbólico y la inflación punitiva. Así, la retórica de la seguridad democrática fue un modo de comunitarismo que reorganizó a la sociedad colombiana en “amigos” y “enemigos”, “reconfigurando la Cuestión Criminal en el sentido de acudir a una reingeniería normativo-punitiva en todas las esferas de la cotidianidad” (Calderón, 2012:78-79). Lo que se fue esbozando y definiendo como terrorismo —concluye el estudio— fue apuntalado por reformulaciones de la cuestión criminal y el derecho penal. El proceso de hipernormativización social y punitiva tuvo como eje la cuestión criminal, dotando de legalidad y mayor aceptación la política bélica uribista y de una especie de “autoritarismo democrático”.

El análisis de los discursos del presidente Santos ante la Organización de las Naciones Unidas, en 2010 y 2012, le permite a Rivero (2013) confirmar la continuidad del discurso antiterrorista global como legitimador de políticas internas de Estado. Tal legitimación acude a la interdiscursividad para exponer el problema de la violencia colombiana como un mal asociado al terrorismo mundial, de lo cual se deriva la asignación de responsabilidades también globales frente al problema (2013:305); además de utilizar la comparación con conflictos de otros países para minimizar la situación del país y poner a Colombia como ejemplo de desarrollo, a pesar de su conflicto. De tal modo, el rasgo permanente en los discursos analizados por Rivero (2013:306) es “la identificación del terrorismo en cuanto amenaza latente, y la representación de Colombia en cuanto víctima de la violencia”.

Por su parte, al examinar cómo fue presentada la Seguridad democrática y el Estado comunitario en los discursos de Uribe, durante 2002-2009, Pardo (2010) apela al análisis de la interdiscursividad para identificar la mezcla entre los *modernidad* y *premodernidad* como esencia de la cultura política en el país (2010:95), en general, y del discurso presidencial uribista, en particular. Se trata de redes de significados que contribuyeron “a la reproducción de sistemas axiológicos característicos del pensamiento conservador y proclives al mantenimiento del *statu quo*”. La reconstrucción ideológica le permite a la analista identificar lógicas elitistas en el concepto de *Estado comunitario*, que exaltan valores conservadores

como metas gubernamentales y articulan filosofía económica neoliberal con Seguridad democrática. A partir de un trabajo más reciente de la misma autora (Pardo, 2015), se evidencia la continuidad de esa política de Estado en el discurso de posesión presidencial de Juan Manuel Santos, en el cual se estabiliza el modelo neoliberal a través de diversas asociaciones léxico-semánticas.

Otros resultados de ese análisis ideológico incluyen la securitización del orden social, los valores individualistas, las racionalidades dicotómicas y el eficientismo. Desde esta misma perspectiva, Botero (2013) critica el discurso uribista, al contrastarlo con discursos de izquierda en el país, para remarcar esa tendencia conservadora dominante no solo en el primero, sino, además, en el imaginario colectivo colombiano. En clave histórica, el autor concluye que desde los últimos dos decenios “hemos asistido al resurgimiento del macroproyecto conservador que ha sido hegemónico en la sociedad colombiana durante casi toda nuestra historia. Ello hace que aparezca como una cierta línea de acción [...] que tiende a constituirse como estructural” (Botero, 2013:263).

El uso estratégico del discurso de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario para legitimar acciones y decisiones políticas hace parte de este segmento de problematizaciones del *logos* interdiscursivo. Las indagaciones que al respecto realizan Valdés (2005) y Schlenker e Iturralde (2006), desde la comunicación política y la antropología, respectivamente, resultan valiosas para entender cómo la potencia persuasiva de ciertos discursos foráneos es utilizada en función de los intereses de cada grupo en el conflicto, y materializada en sus documentos programáticos. Por esta vía analítica, los estudios llegan a las problemáticas ya mencionadas de la polarización, la deslegitimación del enemigo, la simplificación del conflicto y la estereotipación de los actores en disputa, todo lo cual es puesto a orbitar alrededor de la legitimación de la guerra.

El análisis de Valdés (2005), que atiende al mismo problema, se concentra en los documentos gubernamentales para criticar la adherencia y subordinación del discurso de los derechos humanos a la política de defensa y seguridad democrática del expresidente Uribe. Así, estos derechos quedan subordinados a la recuperación del control y de la autoridad, a través del antiterrorismo del discurso estatal. La investigadora, además, coincide en el eficientismo de ese discurso que apela al recurso de las cifras como estrategia de legitimación. Se construye, así, un discurso “experto” que polemiza con el de organismos internacionales de derecho humanitario, cuando recibe críticas sobre violaciones a este por parte del Estado.

El tercer segmento de problematizaciones con énfasis en el *logos* reúne los trabajos sobre el uso de figuras retóricas en los discursos del conflicto. Estrada (2000, 2001, 2004) desarrolla un programa de investigación entre la pragmática, la lingüística cognitiva y la filosofía política. En este programa, el autor se pregunta cómo funcionan estratégicamente las figuras retóricas y en particular la metáfora, en los discursos de las FARC-EP, las AUC y los analistas políticos del conflicto, pues estas han “fomentado usos inconscientes de palabras, frases, metáforas, proverbios, titulares y expresiones de sentido común. Principalmente, las metáforas han contribuido a generar actitudes y comportamientos colectivos, creando disímiles concepciones de vida política, definiendo espacios de dominio y de poder” (Estrada, 2000:2). La personificación del Estado, por ejemplo, privilegia la razón técnica instrumental, a partir de la cual la guerra se presenta en términos de productividad, de costo-beneficio y de economía política, desplazando la naturaleza humana de los involucrados en las confrontaciones.

A partir del examen de algunos comunicados y documentos programáticos insurgentes, así como de entrevistas de paramilitares y algunos usos aislados de metáforas en la guerrilla, Estrada (2004) concluye que los discursos armados funcionan a través de mecanismos argumentales que reproducen las acciones violentas del conflicto armado colombiano. Las funciones estratégicas de esos discursos son la coerción y la justificación. De la primera, harían parte la intimidación y la amenaza; de la segunda, el encubrimiento (eufemismos, secretos, metáforas y metonimias), las excusas y la (des)legitimación. Así, el lenguaje figurativo se pone al servicio de los intereses beligerantes, de la mitigación de los crímenes y de la justificación de las acciones bélicas. La aceptación progresiva de este lenguaje iría determinando prácticas de convivencia política en el país (Estrada, 2004:51).

Suárez (2012) también analiza el discurso de Santos al respecto del conflicto armado, específicamente el discurso de asunción a la presidencia, en 2010, utilizando el concepto de metáfora orientacional, tomado de Lakoff y Johnson (1980), y el enfoque del análisis crítico. El estudio demuestra que la paz y el conflicto se presentan como aspectos construidos por metáforas de tiempo, donde el segundo se encuentra en un estado de agotamiento y terminación próxima, mientras que la primera, la paz, iniciaría con la posesión del presidente (Suárez, 2012:13). De tal manera, en el discurso de asunción, las metáforas orientacionales construyen a un enemigo posicionado en un “atrás” o en un pasado obsoleto, y en un “abajo” asociado con lo despreciable. En contraste, el gobierno se muestra orientado “hacia adelante”, en un futuro prometedor cuya meta a alcanzar de modo inminente es la paz.

En este grupo se incluye también el estudio de la metáfora multimodal en la caricatura sobre el despojo de tierras y la Ley 1448 (Ley de Víctimas y restitución de tierras). Basándose en los avances de la semiótica cognitiva, Pardo (2012) plantea que el uso de metáforas multimodales en las caricaturas consolida una denuncia social sistemática sobre “la revictimización, en el marco del desplazamiento, el despojo y del proceso de restitución de tierras, [y sobre] las tácticas que utilizan los victimarios para construir escenarios de vulneración y de impunidad” (Pardo, 2012:58). En el trabajo se explica el proceso representacional que lleva a cabo cuestionamientos del orden sociopolítico, y cómo se estructura relacionamente lo icónico y lo verbal a partir de expresiones cotidianas, sobre una base lógica metonímica. Pardo (2012:59) concluye que los caricaturistas formulan una dimensión política del engaño, para poner en evidencia la paradoja entre “la confianza que debe fomentar el Estado para fundamentar su legitimidad, y [...] los mecanismos a través de los cuales los distintos funcionarios llevan a cabo fraudes, engaños y violaciones de la confianza de los ciudadanos”.

El grupo de investigaciones interesado en problematizar las denominaciones en el conflicto, incluye los trabajos que examinan el nombre asignado o reconocido del conflicto mismo (Nussio, 2011; Rodríguez Rodríguez, 2010), la manera de nombrar a sus actores (Galaviz, 2006) y de referirse al pasado (Sánchez, 2006). No se trata de estudios reducidamente semántico-descriptivos, sino de análisis que muestran, con distintos *corpora*, métodos y enfoques, las funciones persuasivas de esas denominaciones y los posibles efectos políticos que contienen.

En clave histórica, Galaviz (2006) y Nussio (2011) revisan diacrónicamente los modos en que los actores gubernamentales nombran a los actores insurgentes y al conflicto mismo, respectivamente. Así, para Galaviz (2006), los cambios en las formas de referirse a las Farc están ligados a los contextos históricos de enunciación, particularmente en relación con los acercamientos de la insurgencia al Estado, de cara a los intentos de solucionar el conflicto por la vía del diálogo. Los apelativos para las Farc, mientras se sostenían procesos de diálogo, variaban entre “organización insurgente” y “organizaciónalzada en armas”, mientras que en los periodos en los cuales no había acercamiento con el Estado, se les nombraba como “guerrillas”, “rebeldes”, “sediciosos”, y a partir del gobierno del expresidente Uribe, como “terroristas” y “narcoterroristas”; es decir, la denominación termina funcionando menos como apelativo que como estrategia de acercamiento o distanciamiento frente al adversario.

Nussio (2011:12), por su parte, revisa las rupturas y continuidades en el discurso de los

presidentes de los últimos 20 años en torno al conflicto, y plantea finalmente que ellos “han usado, con distintos énfasis, estrategias simultáneas como la negociación, la confrontación, el sometimiento a la justicia, o la justicia transicional para enfrentar las amenazas de seguridad”. Además, el investigador examina el extenso debate académico entre sociólogos y analistas políticos alrededor de la denominación de la confrontación armada en Colombia, para concluir que es la etiqueta de “conflicto armado” la que recibe mayor aprobación en la esfera pública, frente a los enfoques que presentan la situación como una “guerra” (“civil”, “contra la sociedad” o “sin nombre”, entre otras), o bien, como una “amenaza terrorista”.

Esta última denominación fue difundida durante el gobierno del expresidente Uribe y es criticada por Rodríguez Rodríguez (2010) al estudiar los mecanismos justificatorios desplegados en el discurso para presentar el conflicto en términos de un terrorismo local. Tales mecanismos, según el análisis de la filósofa, son la atenuación y la lexicalización, que operaron a través de eufemismos y polarizaciones para ignorar, disimular o subestimar el conflicto y las causas sociales que lo explican (2010, p. 122); además de legitimar la política belicista contrainsurgente, toda vez que la inexistencia del conflicto y su presentación como delincuencia común, harían innecesaria la búsqueda de soluciones políticas dialogadas. En su reflexión, Rodríguez Rodríguez (2010) relaciona el lenguaje guerrillero del uribismo con el sectarismo y fanatismo de las guerras decimonónicas, y revisa el enfoque hobbesiano del Estado, al respecto del poder semántico otorgado al soberano como garantía del orden, la seguridad y la paz. Para la autora, Hobbes “no alcanzó a reconocer en la palabra institucional una fuente permanente de conflictos y agresiones, ya que si bien el lenguaje no reemplaza la fuerza militar, sí complementa su alcance” (Rodríguez Rodríguez, 2010:123).

En el trabajo de Sánchez (2006), uno de los más reconocidos analistas del conflicto armado colombiano, se incluye una mirada atenta a las formas de nombrar el pasado violento, específicamente los enfrentamientos de la década del 50 y el conflicto contemporáneo. Esa atención se justifica porque cada forma histórica de nombrar determina «cómo y con qué sentido el evento se va a fijar en la memoria; el rasgo de identidad que va a aglutinar todos los atributos de lo nombrado» (Sánchez, 2006:41).

El último grupo de investigaciones revisadas se orienta hacia la problematización de un *logos* bélico, lo que significa una formulación del lenguaje que sería constituyente del espíritu belicista y que, además, lo promovería de maneras más o menos intencionales. Pese a que no enfoca el conflicto armado contemporáneo, sino las guerras civiles colombianas del siglo XIX, el estudio de Uribe y López (2006) resulta insoslayable en esta revisión, por la

importancia que le otorgan al lenguaje en su análisis sobre esas guerras. Las investigadoras utilizan la hermenéutica, la narrativa de Ricoeur y el concepto de *comunidad imaginada*, para analizar un corpus amplio de documentos de y sobre las guerras civiles decimonónicas en Colombia; y concluyen que su lenguaje político se concentró en justificar la guerra como necesaria, útil e inevitable, para darle sentido y significado sacionacional a las acciones violentas y a los hechos trágicos. Las justificaciones constituyen un complejo sistema retórico al cual se aproximan las autoras, describiendo las siguientes estrategias: el lenguaje del republicanismo patriótico, la denuncia de la tiranía del contrario, la definición de un orden político constitucional antagónico, la capacidad de movilización de ciertas metáforas, la sacralización de las luchas y la moralización de la guerra.

Un trabajo también fundamental para comprender el *logos* bélico del conflicto es el que elabora Gómez (2008) desde la filosofía política. El autor se pregunta por los sentidos de lo político en el lenguaje de la guerra, desde el bandolerismo de la época de La Violencia hasta el terrorismo contemporáneo. A partir de la premisa según la cual “el lenguaje de la guerra es la muerte de la política” (Gómez, 2008:113), se plantea que ese *logos* desplaza la política de paz por las imposiciones de la pacificación, con lo cual “el lenguaje de la guerra contradice la política, y la pretensión de hacer pasar por ‘política’ el lenguaje de la guerra revela tan solo la profunda enajenación de lo político en la modernidad individualista” (Gómez, 2008:109-110). Aquí el sentido de la pacificación se opone al de la paz, porque obtura el reconocimiento de la diferencia. Desde el estudio de Vega (2009), esa pacificación logró anudarse al imaginario social sobre gobernabilidad, entre 1998 y 2006. El politólogo encuentra que, alrededor de la pacificación como anhelo social, se configuraron dos imaginarios distintos por sus medios, pero iguales por sus objetivos: el pacifista, de Pastrana, y el belicista, de Uribe. La construcción de representaciones sociales sobre gobernabilidad fue determinante para legitimar el ejercicio estatal (pacifista o belicista, en cada caso), elevar la bandera de la recuperación del tejido social y buscar el fortalecimiento de una confianza en la dirigencia estatal; tanto en la paz pastranista como en el belicismo uribista, la búsqueda de la pacificación no escatimó medios ni costos (Vega, 2009:49).

En general, según las aproximaciones a la retórica de la defensa y la seguridad democrática del discurso uribista, puede concebirse el interdiscurso del antiterrorismo como parte de un *logos* bélico. Otros trabajos en este mismo sentido complementan ese *logos* con indagaciones sobre la tradición militarista colombiana, como fuente ideológica profunda del conflicto armado. De allí se desprendería la justificación de las tesis de la seguridad

democrática y la legitimación de los métodos belicistas para enfrentar a las guerrillas. Jiménez (2005), Abad (2009) y Ortiz (2009) coinciden en esa perspectiva, después de analizar los discursos presidenciales y otros documentos programáticos de la política uribista, desde marcos teóricos ligados a los enfoques críticos del discurso.

El análisis de Jiménez (2005) evidencia que la legitimación de la vía armada se sostiene sobre dos argumentos básicos: el cultivo y tráfico de drogas como medio de financiación de la violencia, y la comparación con muertes violentas en otros conflictos mundiales, particularmente aludiendo a los hechos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. Dado que se busca validar el belicismo como senda hacia la consecución de la paz, la vía armada obtura el espacio de la solución por medio del diálogo con los grupos insurgentes, y en vez de resolver los conflictos, los profundiza y aplaza para “una nueva erupción con los mismos o con otros actores y en los mismos o en otros escenarios” (Ortiz, 2009:89). No obstante, esos modos de justificar la violencia no aparecen desligados históricamente de los procesos políticos internos, como lo aclara el estudio de Abad (2009), sino que son el resultado acumulado de una historia social de legitimación del uso de la fuerza anudada discursivamente al concepto de seguridad. En esas relaciones artificiales, la democracia, la institucionalidad y la paz quedan imbricadas con la deslegitimación y represión de los contrarios, la construcción de enemigos y la violación estatal de derechos humanos (Abad, 2009:88-90). El trabajo que Ortiz (2009) centra en los “efectos de verdad” del discurso militarista, en perspectiva foucaultiana, explica cómo la prevalencia histórica del militarismo en el discurso social colombiano se constituye en el núcleo duro del *logos* belicista que habla y opera a través de políticas concretas, como la de la seguridad democrática, en una relación de doble reforzamiento entre militarismo y belicismo.

En resumen, las problematizaciones orientadas hacia el *logos* ponen en evidencia los diferentes esfuerzos discursivos de los actores por legitimar políticas y modos de hacer en el conflicto, caracterizados por el belicismo, o lo que es igual, buscan validar el carácter bélico del conflicto al presentarlo como natural, inevitable y legítimo. Los diversos mecanismos de justificación de los métodos de lucha en razón de la conveniencia social de los fines, muestran el anidamiento de la lógica instrumental en el desarrollo del conflicto armado. En esos mecanismos, el empleo de figuras retóricas resulta fundamental, pues ellas conforman sistemas sociocognitivos de estrategia persuasiva. El *logos*, en su doble sentido de materialidad signica y de elaboración racional, reproduce en el discurso la violencia física de las confrontaciones.

Desde el *logos*, la dimensión persuasiva se sustenta en la capacidad de los sistemas compartidos de interpretación de mundo, o representaciones sociales, para conjugar modelos mentales y culturales en el discurso al respecto de la vida en comunidad. Con ello, se busca determinar en la opinión pública lo que (no) es y (no) está siendo, y en un sentido prescriptivo de la política del conflicto, estipular lo que (no) debería ser el conflicto mismo y sus dinámicas. En este sentido, los estudios describen, explican o denuncian, según la orientación del analista, las diversas estrategias retóricas de ocultamiento que utilizan los actores en sus discursos para encubrir, soslayar e inclusive negar sus intenciones e intereses políticos.

2.1.4 Conclusiones

En esta revisión bibliográfica establecí relaciones entre estudios multidisciplinares que problematizan aspectos retóricos sobre los discursos del conflicto armado colombiano. Construí las relaciones al inferir una mayor orientación hacia problemáticas del *ethos*, del *pathos* o del *logos* en cada investigación revisada, y dentro de estos grupos, puse en evidencia las principales categorías de análisis utilizadas a partir de las conclusiones que alcanzaron dichos estudios. En la Figura 2.1 esquematizo las relaciones establecidas, a través de un triángulo en cuyos vértices se ubican los acentos de las investigaciones, en sus lados los desplazamientos entre *ethos-pathos-logos* y en su centro los mecanismos retóricos o modos de funcionamiento de los discursos del conflicto.

La dimensión del *ethos* o imagen de sí gestionada por los actores está representada en el lado izquierdo de la figura. Los estudios que se aproximan a esta dimensión encuentran una finalidad política autolegitimadora en los discursos, a través de mecanismos retóricos de subjetivación. Las imágenes construidas revelan una moralización de la ética de los actores, o “ética moralizante”, indicada en la parte superior del gráfico. Esta moralización es producto de un desplazamiento de la individualidad hacia ciertos imperativos del grupo de pertenencia. Así mismo, las imágenes de sí son instrumentalizadas en función de esos intereses colectivos, configurando una “ética instrumental” (parte inferior de la figura) del *ethos* en dirección al *logos*.

Las investigaciones que se aproximan al *pathos* o emociones suscitadas por los actores están representadas en el lado derecho de la figura. Aquí se revela una finalidad política deslegitimadora del adversario en los discursos, presentado como enemigo, por medio de mecanismos retóricos de imputación.

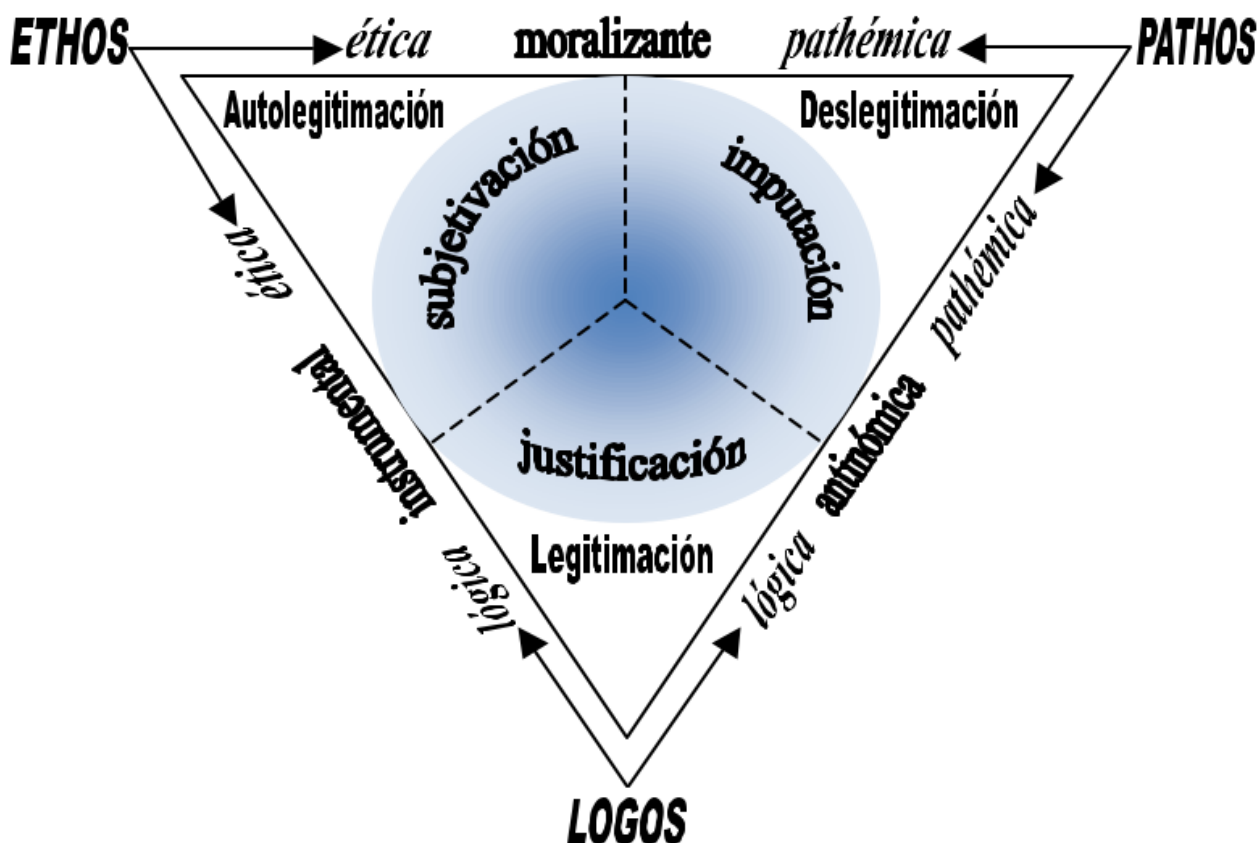


Figura 2.1 Aproximaciones retóricas al conflicto armado colombiano

Las emociones suscitadas se sostienen sobre una *pathémica* antinómica, representada en la figura con las flechas que desplazan el *pathos* en dirección al *logos*. Este desplazamiento representa una lógica emocional basada en oposición radical de caracteres, sentimientos y sujetos mismos en la esfera pública. Las antinomias radicalizadas, además, cubren el orden de lo moral y se refieren a los enemigos en términos de sus colectivos de identificación (parte superior de la figura), del *pathos* en dirección al *ethos*.

Las indagaciones que se aproximan al *logos* relevan la materialidad signica y la elaboración racional de los discursos. En la figura han sido representadas en la parte inferior, a través del vértice donde la legitimación se presenta como una finalidad de orden político, vía mecanismos retóricos de justificación. El discurso bélico funciona con base en una lógica instrumental entre medios y fines (desplazamientos en dirección al *ethos*), así como en una lógica antinómica que opone radicalmente definiciones de la realidad y representaciones sociales sobre la vida en común (desplazamientos en dirección al *pathos*). Los mecanismos de justificación son, al mismo tiempo, modos de encubrimiento de intereses políticos y su materialidad textual reproduce el abuso o la violencia física de los actores.

Es evidente la convergencia de los estudios en la legitimación como categoría política. Las discusiones avanzan más allá de los límites teóricos de la legitimidad y de la legalidad en el examen de las relaciones entre gobierno, insurgencia y población civil, pues complejizan las relaciones entre los actores del conflicto al introducir problemáticas como la del consenso social y el reconocimiento —o rechazo— de la fuerza ejercida por los grupos de poder y resistencia. En este punto, los investigadores terminan explorando aspectos retóricos, como la intensidad de la adhesión, la presentación o representación de la persona en el discurso y los medios de persuasión, para abordar sus objetos de estudio.

No obstante, es notable la necesidad de una descripción extendida del funcionamiento retórico de la legitimación y de sus variantes *ethóticas* (autolegitimación) y *pathémicas* (deslegitimación) en escenarios violentos, además de su desarrollo en teorías del conflicto y del discurso. En el mismo sentido, los mecanismos o modos de persuasión, representados en la esfera central de la figura (subjektivación, imputación y justificación), son utilizados en función de los distintos tipos de legitimación y presentados más como estratagemas (engaños, argucias malintencionadas) que como estrategias (acciones, planes sistemáticos, racionalidades). Por tal razón, el estudio de la discursividad en el conflicto armado colombiano corre el riesgo de quedar subordinado, y a veces ajustado, a la denuncia de intereses políticos.

Conservo aquí la palabra “estratagema” en vez de “estrategia”, siguiendo la diferencia y relaciones entre ellas, establecidas por Clausewitz (2009[1832]): “La estrategia es la utilización de un encuentro para alcanzar el objetivo de la guerra (...). La estrategia traza un plan de guerra y, teniendo en cuenta su objetivo, diagrama la serie de acciones que conducirán a ese objetivo” (p.106). De otro lado,

La estratagema supone un propósito oculto (...), se relaciona con la mentira, ya que ésta también tiene un propósito oculto (...). Se utiliza una estratagema para que la persona a la que se quiere engañar cometa errores de inteligencia que, combinados con un efecto, modifican la naturaleza de las cosas repentinamente (...); parece no haber otro atributo subjetivo de la naturaleza que sea tan adecuado como la estratagema para dar dirección a la actividad estratégica (Clausewitz, 2009[1832]:127).

La reducción del estudio de la estrategia a la denuncia de la estratagema tiene implicaciones en la concepción sobre la retórica como disciplina y perspectiva interpretativa, y en las posibilidades que ella puede ofrecer para el abordaje de los discursos dentro del conflicto armado.

Es en este sentido que en la investigación sobre la violencia política en Colombia existe un interés significativo por “lo retórico” en los discursos de los actores. Estos intereses abonan el

terreno de la comprensión del conflicto social, específicamente al involucrar el discurso en la construcción y refuerzo de la reproducción de la violencia, tanto en los actores protagonistas como entre la población civil. Existe menos interés específico, sin embargo, en la conjunción entre retórica y oposición política; inclusive, se tiende a pensar estas cuestiones por separado, como si la retórica (entendida como conjunto malintencionado de estratagemas) y el desacuerdo en la esfera pública fueran problemas incompatibles.

Desde las bases del estado actual de la cuestión, el análisis retórico puede avanzar hacia la comprensión del modo en que el complejo sistema de *ethos*, *pathos* y *logos* gestiona posicionamientos, aproximaciones y distanciamientos intersubjetivos, en momentos histórico-políticos particulares. Más allá de los juegos de legitimación y sus combinatorias (Figura 2.1), el problema de las relaciones de oposición política que los locutores inscriben en sus discursos es un problema del orden racional retórico. Una racionalidad tal, no será denunciante (*revelando* engaños malintencionados) ni prescriptiva (al señalar cómo *deber ser* el *logos* en el desacuerdo); no será dicotomizante (al separar las razones de las emociones) ni evaluativa (al calificar los argumentos en *buenos* y *malos*, *válidos* o *inválidos*). En cambio, el problema estará enfocado en la comprensión de los modos en que el desacuerdo es dicho y mostrado; las regularidades en la gestión verbal de esos desacuerdos, que constituyen hábitos oratorios en una sociedad dada, síntomas de sus dinámicas internas; y la dimensión política de esos modos de inscripción del disenso en el discurso.

Se trata, pues, de proyectar el análisis retórico hacia una mayor y mejor comprensión de las maneras en que practicamos verbalmente el desacuerdo y la contradicción en nuestra democracia. Este es un problema crucial para pensar el conflicto armado colombiano, tanto en retrospectiva como de cara a su terminación y transición hacia un periodo de paz «estable y duradera», como lo han prometido sus actores en los diálogos y en la firma de nuevos pactos sociales.

2.2 Herramientas interpretativas

2.2.1 Una visión discursiva de lo político

Elvira Arnoux y Juan Eduardo Bonnin (2014) destacan que las formas en que los investigadores en ciencias sociales y humanas han relacionado el discurso con la política son muy diversas; el amplio espectro cubre desde el estudio intensivo de los discursos que son clasificados como *políticos*, bajo criterios variados, hasta la atención extensiva a otros discursos sociales que se ven involucrados en la conformación, desarrollo y transformación

de las sociedades. La deuda con la tradición retórica grecolatina es evidente, por la enorme atención y valoración social de la persuasión en las prácticas públicas deliberativas, judiciales y demostrativas, todas asociadas al ejercicio del poder en las relaciones sociales.

Desde una visión discursiva de lo político, interesa determinar cómo los discursos que emergen en esos ejercicios evalúan situaciones sociales conflictivas, «modelan las representaciones sociales e instauran matrices ideológicas, construyen identidades, regulan el espacio lingüístico o discursivo, o intervienen en la conformación, reproducción o transformación tanto de entidades políticas como de relaciones de poder» (Arnoux, 2016:9).

Se impone aquí especificar la noción de *discurso* desde la cual asumo una visión discursiva de lo político. A partir del desarrollo del Análisis del Discurso en Francia y la tradición de lo que se ha estabilizado como Escuela francesa⁴⁷, Dominique Maingueneau (2014:19-29) propone hablar de *discurso* en términos de conjunto ensamblado de ideas-fuerza:

- El discurso como unidad transfrásica, que moviliza estructuras ordenadas de formas que no necesariamente coinciden o se limitan a las estructuraciones frásicas u oracionales. Las reglas que gobiernan esas estructuras transfrásicas están asociadas con los géneros discursivos (Bajtin, 2008a[1952-53]) o regímenes de regularidades y regulaciones que configuran modelos textuales en las diferentes actividades sociales en que aparece la lengua en uso.
- El discurso como una forma de acción, no solo como representación del mundo, a partir del desarrollo de la filosofía del lenguaje anglosajona (Austin, 1982[1962]; Searle, 1980[1969]), que se ha encargado de mostrar la dimensión performativa de todo decir como hacer en el mundo.
- El discurso como interacción, dada la naturaleza interactiva de la actividad verbal, sin discriminar si el interlocutor hace o no presencia física. Toda enunciación supone la

⁴⁷ A partir de 1969 se empieza a hablar en Francia de *Análisis del Discurso*; en ese año, coinciden tres publicaciones fundacionales: el número 13 de la revista *Langages*, que reunió varios trabajos interesados en la relación entre estructura textual y órdenes sociales; el libro de Michel Pêcheux, titulado *Analyse automatique du discours*, que abre una línea de reflexión althusseriana y lacaniana en torno a la comunicación política y al problema de la ideología; y el libro *L'Archéologie du savoir*, de Michel Foucault, que propone tanto un método como una epistemología distinta para estudiar la producción de conocimiento en la sociedad desde las condiciones de emergencia de sus enunciados. Las concepciones de Foucault y Pêcheux se combinarán en el estudio del discurso político, especialmente a partir del análisis desarrollado por Jean Jacques Courtine (1981) sobre el discurso comunista, publicado también en *Langages*. Paralelo a estos desarrollos, hay que mencionar la perspectiva sobre el sujeto propuesta por Émile Benveniste, (entre 1939 y 1972), en el marco de una Teoría de la enunciación como puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de utilización (Benveniste, 1977[1974]:83), lo que tendrá una importante influencia en autores tradicionalmente asociados al campo y aun vigentes, como Patrick Charaudeau, Dominique Maingueneau, Sophie Moirand, Oswald Ducrot, Catherine Kerbrat-Orecchioni y Jacqueline Authier-Revuz, entre otros, cuyos trabajos ya circulaban desde mediados de la década del 70.

presencia de un otro, como instancia de enunciación en relación con la cual se construye el propio discurso. Esa heterogeneidad enunciativa, mostrada explícitamente o no (Authier-Revuz, 1984), es constitutiva del discurso y se basa en el principio dialógico del enunciado (Bajtín, 2003[1929]; 2008[1952-53]; 2008[1959-61], Voloshinov, 2009[1929]), esto es, en la inscripción de toda palabra proferida en la cadena de comunicación verbal que recorre ininterrumpidamente la historia.

- El discurso como acontecimiento situado. Por fuera de la situación no se puede asignar sentido a un discurso; él se encuentra indexado y atravesado por la situación particular dentro de la cual aparece. Ahora bien, el discurso es condicionado pero también reconstruye la situación dentro la cual se inserta, en una relación dialéctica entre texto y contexto.
- El discurso como construcción de la posición de un sujeto, a quien se atribuye la responsabilidad del enunciado. El discurso indica la actitud que adopta el responsable del enunciado con respecto a lo que enuncia, además del punto o puntos de vista que introduce en su voz propia, según las condiciones del dispositivo de comunicación dentro del cual opera. Este proceso polifónico o de cruce de voces en el enunciado (Bajtín, 2003[1929]; 2008a[1952-53]; 2008b[1959-61]; Ducrot, 1985), pone en cuestión la unicidad del sujeto hablante y le da más importancia al sujeto construido en y a través del discurso.
- El discurso en relación con otros discursos. Como consecuencia de su heterogeneidad constitutiva, el enunciado construye sentidos solo en relación con los discursos exteriores que lo constituyen, es decir, en las relaciones interdiscursivas que establece. Entendido menos como sujeto empírico que como *posición de sujeto* o instancia enunciativa, el sujeto discursivo es interpelado ideológicamente, como producto de esos discursos que lo anteceden, capturan y atraviesan, y en el juego de anticipaciones sobre él mismo y sobre los otros (Pêcheux 1997[1975]). El análisis del discurso francófono reconoce la primacía del interdiscurso sobre el discurso, por cuanto aquello que *ya fue dicho* sobredetermina y se actualiza de diversos modos en lo que es dicho posteriormente.
- El discurso como construcción de sentidos sociales. Estos sentidos no son necesariamente estables o accesibles directamente en un número definido de enunciados, ni se trata de datos ocultos u ocultados que el investigador se encargaría de descifrar a través de herramientas de descodificación. Los sentidos sociales construidos en el discurso responden a configuraciones históricas dentro de prácticas sociales determinadas, que informan sobre la realidad y, al mismo tiempo, contribuyen a su construcción.

La visión discursiva permitirá, entonces, relevar esos aspectos o componentes del discurso en un conjunto de materiales textuales producidos en el ámbito político del conflicto armado colombiano y organizados en forma de corpus, como lo especifiqué en el apartado metodológico de la introducción. Aparte de la indexación de esos textos en situaciones propias del orden democrático colombiano, entenderé su especificidad política en tanto que participan de la construcción de una modalidad de la existencia colectiva, de un vivir-juntos, más allá del contenido partidario, programático o estructural de las instituciones e instancias democráticas. En este sentido, seguiré la diferenciación propuesta, entre otros, por Pierre Rosanvallon (2002:19-20), entre *lo* político y *la* política:

Al hablar sustantivamente de *lo* político, califico también de esta manera a una modalidad de existencia de la vida comunitaria y a una forma de la acción colectiva que se diferencia implícitamente del ejercicio de *la* política. Referirse a lo político y no a la política es hablar del poder y de la ley, del Estado y de la nación, de la igualdad y de la justicia, de **la identidad y de la diferencia**, de la ciudadanía y de la civilidad, en suma, de todo aquello que constituye la *polis* más allá del campo inmediato de la competencia partidaria por el ejercicio del poder, de la acción gubernamental del día a día y de la vida ordinaria de las instituciones (resaltado añadido).

Destaco el interés de *lo* político en la tensión entre identidad y diferencia, que frecuentemente se invoca en la teoría política para presentarla como constitutiva de la configuración de identidades e ideologías de ese carácter. Se trata de una tensión que tiene repercusiones en la concepción del tipo de orden social al que aspira cada visión de la politicidad (como amalgama de *la* política y *lo* político); en ese sentido, como señala Oliver Marchart (2007:38-44), se pueden rastrear genealógicamente dos tradiciones opuestas, representadas por Hanna Arendt y Carl Schmidt:

[I]t seems that the way ‘the political’ is understood differs between the followers of Arendt and the followers of Schmitt. While the ‘Arendtians’ see in the political a space of freedom and public deliberation, the Schmittians see in it a space of power, conflict and antagonism (...). I will call the first theoretical trajectory the Arendtian trait of the political and the second the Schmittian trait of the political. While in the first one, to put it somewhat schematically, the emphasis lies on the *associative* moment of political action, in the second the emphasis lies on the *dissociative* moment (Marchart, 2007:38).

La cuestión de fondo es, pues, la concepción asociativa o disociativa del orden democrático y el papel que desempeña el conflicto en cada visión: como una amenaza a erradicar, en la visión asociativa, o como una condición a gestionar, en la visión disociativa. La atención puesta en la primera tradición estaría más vinculada con *la* política, mientras que *lo* político se inclinaría más hacia el reconocimiento de la naturaleza disociativa del orden social. Más específicamente, el antagonismo como definición de la frontera entre un *nosotros*

y un *ellos* constituiría el problema de *lo* político; en palabras de Chantal Mouffe (2012[2000]: 114):

Con «lo político» me refiero a la dimensión de antagonismo que es inherente a las relaciones humanas, antagonismo que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales. La «política», por otra parte, designa el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de «lo político».

Desde esta perspectiva, la política es la domesticación de la hostilidad inherente a las relaciones conflictivas en el plano de lo político. Ahora bien, los discursos no solo acontecen en el ámbito de esos intentos de mitigación del antagonismo, es decir, no solo aparecen en el nivel de *la* política, como parece sugerirlo Mouffe (2012[2000]) en la cita. Al contrario, tanto el antagonismo como el agonismo⁴⁸ se traducen en discursos donde el conflicto habla, se produce y reproduce, esto es, que *lo* político (y no solo *la* política) también se construye en y a través del discurso, no solo como régimen de representación, sino además de producción.

Lo producido es el desacuerdo. Ese producto no está por fuera de lo político, sino que le es constitutivo; en palabras de Jacques Rancière (1996, 2009), el desacuerdo es la racionalidad propia de lo político, una racionalidad que no se refiere solamente a las palabras sino que involucra también la situación en la que se profieren y la relación entre quienes las utilizan; en tal medida,

[e]l desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco, pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura (...); al mismo tiempo que entiende claramente lo que dice el otro, no *ve* el objeto del que el otro le habla; o, aun, porque entiende y debe entender, ve y quiere hacer ver otro objeto bajo la misma palabra, otra razón en el mismo argumento (...) [El desacuerdo] concierne menos a la argumentación que a lo argumentable, la presencia o la ausencia de un objeto común entre un X y un Y. Se refiere a la presentación sensible de ese carácter común, la calidad misma de los interlocutores al presentarlo (Rancière, 1996:10).

Una visión discursiva de lo político ubica en los momentos de desacuerdo o *escenas de disensus* (Rancière, 2009:11) la problemática principal de los análisis y de la aproximación a los textos. Por tanto, el análisis implica centrarse en las circunstancias en las que el orden

⁴⁸ Dentro del modelo de una *Democracia radical*, defendido por Mouffe (2012[2000]) y derivado de la Teoría de la hegemonía y de una visión política del discurso, la concepción del enemigo como adversario u oponente legítimo implica el paso del antagonismo al agonismo: «El *antagonismo* es una lucha entre enemigos, mientras que el *agonismo* es una lucha entre adversarios (...); desde la perspectiva del ‘pluralismo agonístico’, el objetivo de la política democrática es transformar el *antagonismo* en *agonismo*. Esto requiere proporcionar canales a través de los cuales pueda darse cauce a la expresión de las pasiones colectivas en asuntos que, pese a permitir una posibilidad de identificación suficiente, no construyan al oponente como enemigo sino como adversario» (Mouffe, 2012[2000]:115-116).

social se ve confrontado e interpelado por la presencia de un orden-otro que lo confronta. No se trata, entonces, de la preocupación por determinar las características que hacen político a un conjunto de discursos o que permiten clasificarlos y etiquetarlos como *discurso político*, sino de la interpretación analítica de la oposición política como hecho y fenómeno circunstancial, inscrita y producida por los discursos que la configuran y la muestran en un espacio público e histórico determinado.

En el campo disciplinar del análisis del discurso, la visión general de la retórica argumentativa y en particular algunas de sus líneas de investigación actuales, han avanzado en la atención a esas escenas del disenso político.

2.2.2 Una visión retórica de la argumentación

Reúno en una misma visión un conjunto de trabajos heterogéneos que coinciden en deshacer la escisión radical entre retórica y argumentación. Históricamente, esa escisión responde al desprestigio de la retórica como disciplina, hasta mediados del siglo pasado, y a la posterior resistencia a su aceptabilidad en la esfera pública. En la visión clásica de las disciplinas, que logró hacer tradición, la argumentación estuvo ligada con la lógica (el arte de pensar correctamente) y la retórica con la apariencia (el arte del bien decir), bien sea como ornamento (retórica de las figuras, arraigada en los estudios literarios y estéticos) o como razonamiento aparente. Este último sentido es el que deriva, desde la crítica platónica a los sofistas, hacia la asociación de lo retórico con lo falaz, lo engañoso y lo lógicamente deficiente.

En el ámbito hispánico, Arnoux (2016) ha señalado que la revitalización de la retórica en la primera mitad del siglo XIX respondió a necesidades políticas coyunturales en torno a la conformación de los Estados nacionales y a la formación de élites ilustradas (consolidación de los aparatos burocráticos, aparición de instituciones civiles y formas de participación ciudadana). El declive de la retórica, a finales del mismo siglo, representa una pérdida de vigencia de esos ideales ilustrados; así, las artes oratorias quedarían relegadas al campo estético literario y serían invalidadas científicamente, por no ser capaces de producir un saber positivo (Plantin, 2012[2005]:23-27).

En el siglo XX, la década del 50 ve aparecer una recomposición del lazo entre retórica y argumentación, especialmente a través de la *Nueva Retórica*, de Chaim Perelman y Lucy Obrechts-Tyteca (1994[1958]) y *Los usos de la argumentación*, de Stephen Toulmin (2007[1958]). Esos títulos, como apunta Plantin (2016:68), tienen el mérito de haber

desplazado un tratamiento no teórico de la argumentación, que hasta ese momento se había referido a ella como exposición de argumentos en defensa de puntos de vista sobre temáticas particulares. En ese esfuerzo teórico, estos nuevos tratados abrieron la puerta a la aparición de teorías de la argumentación, en plural, desarrolladas a partir de la década del 70 desde diferentes perspectivas⁴⁹.

Ambos tratados reaccionan contra un marco de trabajo estrictamente formal (lógico-matemático) y se interesan por la argumentación en situaciones de la vida común; en este sentido, se trata de teorías que aproximan lo retórico y lo argumentativo buscando la fundamentación de una razón práctica. En Perelman, la visión antipositivista y jurídica de lo razonable (antes que lo racional) lleva a una visión inédita del desacuerdo, en la cual ya no es percibido como inaceptable, sino como estructural a las instituciones públicas. El objetivo de la argumentación no sería, entonces, la búsqueda de consensos, sino la toma de decisiones razonables en situaciones de desacuerdo. El esfuerzo taxonómico del Tratado por organizar los tipos de argumentos, así como su reflexión sobre los auditorios y el señalamiento de la adhesión como principal problema de la retórica, darán cuenta de esa preocupación por la toma de decisiones, las mejores posibles, en contextos democráticos.

En la perspectiva toulminiana, paralela a la perelmaniana, las exigencias de la razón práctica y el desplazamiento de lo demostrable por lo probable harán que la descripción del razonamiento argumentativo integre ciertamente una preocupación por la retórica. Para el autor, los juicios éticos tienen fuerza retórica porque su producción y finalidad dependen de la aprobación general, obturando inclusive el examen de las *buenas* razones que lo validarían. Como señala Santibáñez (2010:198-199), se trata de un uso persuasivo del juicio pues está al servicio «de la cooperación grupal y el mantenimiento de las comunidad (...). Es este mismo elemento de referencia a lo comunitario, grupal o contextual, el que hace pensar que Toulmin tiene una tendencia hacia lo retórico». Si bien el modelo de Toulmin permite ver las etapas psicológicas, internas y subjetivas, que conducen a pretensiones sobre lo probable, su puesta en práctica frente a los auditorios reales desborda la esquematización propuesta en el modelo, pues ante todo, esta no es la meta original bajo la cual fue concebido, pero también porque se requiere un universo más o menos cerrado y determinista para controlar el indeterminismo y

⁴⁹ Entre las más destacadas: *Lógica informal* (Hamblin, 1970, como precursor, y posteriormente Walton, 1995, 2008; Johnson, 1996; Blair, 2012, etc.); *Lógica natural* (Grize, 1982 y ss.); *Teoría de la argumentación en la lengua* (1983); *Pragmadiálctica* (1992); *Teoría de la argumentación en el discurso* (Amossy, 2010); *Modelo dialogal* (Plantín, 2005 y ss.); *Problematología retórica de la argumentación* (Meyer, 2008); *Retórica antilógica* (Angenot, 2008), etc. En su diccionario, específicamente en la entrada sobre los desarrollos contemporáneos de los estudios argumentativos, Plantín (2016:67-71) propone organizar este amplio panorama de escuelas en seis «polos»: retórico, lógico, dialéctico, gramatical, filosófico y pedagógico.

la incertidumbre que hacen al orden de lo práctico⁵⁰.

La mirada retórica sobre la argumentación busca en esta última el examen de la *cuestión argumentativa*, es decir, el espacio conflictivo entre puntos de vista incompatibles sobre un mismo objeto: la duda, el desacuerdo y la contradicción. Plantin (2005[2012]:57-73) ha insistido en que un modelo argumentativo dentro de un marco ampliado e integrador, que incluye la tradición retórica, debe atender principalmente a esa *cuestión argumentativa*, cuyo fondo es el dialogismo. En su *modelo dialogal* de la argumentación, esta es vista como un «modo de construcción de respuestas a preguntas que organizan un conflicto discursivo» (Plantin, 2005[2012]:61), pero que se aparta del modelo dialéctico al introducir con mayor preponderancia la figura del Tercero en el juego entre proponentes y oponentes. Estas instancias no están referidas a actores ni a posiciones fijas, sino a roles argumentativos intercambiables y a menudo intercambiados dentro de la misma interacción. La atención al Tercero acerca la retórica a la argumentación en el modelo dialogal:

La eliminación del Tercero va en paralelo con la expulsión de la retórica y la constitución de un sistema de normas objetivas racionales. De forma apenas figurada, podría decirse que el Tercero es entonces reemplazado por la razón o por la naturaleza; dicho de otro modo: por las reglas de la verdad. En la concepción retórica de la argumentación, el juego argumentativo se define en principio como una interacción entre el Proponente, el orador, y una audiencia a convencer, el público Tercero, llamado a silencio. Oponente y contradiscurso no están ausentes, sino enviados a un segundo plano (Plantin, 2012[2005]: 65-66).

El modelo dialogal, sin embargo, no da cuenta de una visión retórica de la argumentación, sino de una visión argumentativa de la retórica, de la lógica natural y de la perspectiva ducrotiana, precisamente por su carácter integrador. En ese sentido, no proporciona un énfasis suficiente en lo retórico, como pretendo configurarlo en este trabajo. Ahora bien, una de las definiciones que propone Plantin para la argumentación se articula adecuadamente con el concepto de retórica que fundamenta esta investigación:

la argumentación aparece así como un modo de gestión de la diferencia. Esta diferencia puede evolucionar en diferendo y, de una manera general, este diferendo puede recibir un tratamiento no lingüístico (eliminación física del adversario, eliminación del discurso del adversario por censura o intimidación...) o un tratamiento lingüístico, argumentativo. Las situaciones concretas combinan estos procedimientos diversos. Fenómenos macrodiscursivos e interaccionales caracterizan el polo polémico de la situación argumentativa, donde el discurso se construye bajo la doble restricción de una orientación fijada por una pregunta y la presión de un contradiscurso (Plantin, 2012[2005]:64).

⁵⁰ Al respecto y a propósito de los usos retóricos de la *restricción* en el modelo de Toulmin, Danblon (2005:71) apunta que *[l]’orateur qui cherche à persuader crée une fiction dans laquelle une seule restriction est envisageable. Une telle fiction plonge la scène rhétorique dans un univers clos e déterministe.*

Sin perder de vista estos aportes precedentes en el marco del modelo dialogal, el concepto de retórica que guiará el análisis general está fundamentado en el denominado *enfoque problematológico*, de Michel Meyer. Según esta perspectiva, se requiere una retórica centrada en el cuestionamiento, que pueda encarar de modo integral la relación triádica entre *ethos*, *pathos* y *logos*, al definir la retórica como la “gestión de la distancia entre individuos a propósito de una cuestión dada” (Meyer, 2013[2008]:26). El concepto implica el análisis de los procedimientos a través de los cuales se responde a una cuestión a la cual le ha sido negado su estatuto problemático y su posibilidad de contradicción, es decir, se le presenta como una cuestión ya resuelta, que el discurso apocrítico confirma al centrarse en las proposiciones de respuesta, no en la interrogatividad que origina tales proposiciones.

El enfoque problematológico busca “restablecer sin cesar la diferencia entre pregunta y respuesta” (Meyer, 1993:25) a través de una retórica que, centrándose en el cuestionamiento, indague en el modo en que lo resolutorio silencia, des-problematiza o desplaza las cuestiones. El enfoque sirve para recuperar esas cuestiones que los actores involucrados logran silenciar, desproblematizar y desplazar a través de los discursos de oposición en el conflicto. Tales cuestiones dividen o reúnen a los sujetos; es en esos movimientos de separación y de unión donde se relacionan *ethos*, *pathos* y *logos*, con lo cual, el papel de la distancia (diferencia entre los actores) resulta crucial para el análisis de la serie de discursos elegidos:

La retórica es el encuentro de los hombres y del lenguaje en la exposición de sus diferencias y de sus identidades. Se afirman para reencontrarse, para encontrar un momento de comunión o, por el contrario, para advertir la imposibilidad y comprobar el muro que los divide (Meyer, 1993:10).

Si la gestión de la distancia define a la retórica, es porque las relaciones intersubjetivas se juegan en la dinámica de la identidad y la diferencia, del acercamiento y del alejamiento entre individuos que buscan hacer valer su posicionamiento al respecto de una cuestión. A lo largo de los capítulos de este trabajo restablezco la problematización sobre los modos de decir la oposición política, es decir, el problema de inscribir el desacuerdo en el discurso, específicamente en un periodo histórico donde las demostraciones de fuerza eran determinantes para hacer aceptable un nuevo proceso de paz que le diera fin a medio siglo de conflicto armado.

Para el abordaje retórico de lo político, el examen de la gestión de la distancia se complementa con los trabajos de Emmanuelle Danblon. Tales estudios permiten analizar las funciones de la retórica en su lugar paradójico en la democracia contemporánea: el decir retórico posibilita la democracia desde la libertad de oposición y de crítica, pero al mismo

tiempo representa una amenaza para ella, cuando seduce, manipula y presiona (Danblon, 2004). Es en las tensiones entre crítica y persuasión donde se establecen los límites retóricos de la democracia, pues las radicalizaciones de la una y de la otra pueden llevar al relativismo moral y a la dogmatización de la divergencia (léase: demagogia), o bien, a la absolutización del sentido y a la censura autoritaria del disenso (léase: tiranía). Precisamente por ese lugar paradójico, la democracia constriñe el ejercicio de la oposición del ciudadano y la evalúa admisible o no. Para el analista, esto implica un examen de esos principios que las instituciones sociales presentan como sagrados o incontrovertibles, pero además, una comprensión de los modos en que los ciudadanos, desde lugares de enunciación legitimados en diversos grados, asimilan o no esos principios al exponer verbalmente sus desacuerdos.

De este modo, en las democracias se tensionan la crítica y la persuasión, el deber ser y el ser real de la oposición. La presencia permanente de esa tensión hace necesario indagar en los mecanismos sociocognitivos de la racionalidad retórica (Danblon, 2002, 2004), en las funciones sociales de esa racionalidad (Danblon, 2005) y en las implicaciones culturales de las prácticas retóricas en el mundo contemporáneo (Danblon, 2007, 2013, 2015).

Esta perspectiva también permite que el análisis retórico no quede reducido al estudio evaluativo de la persuasividad, sino que integra una preocupación por la “criticidad”, que en la tesis estará ligada a la inscripción de oposiciones en el marco de una situación conflictiva y violenta extendida. En este sentido, se articulará con los avances de una “retórica del disenso”, a través de la cual Ruth Amossy (2014) y Christian Plantin (2003, 2011, 2012) desplazan el problema del “convencer al otro” por el de “coexistir en la diferencia”. Más allá de la persuasión como preocupación de la retórica se propone, entonces, la convivencia, desde un modelo de gestión argumentativa no exclusivamente agonial. Estos avances se interesan en la coexistencia de opiniones contradictorias en la democracia, para prestar mayor atención a fenómenos como la relación oposicional entre discursos, la co-construcción de conclusiones, la autorización de la palabra en el debate democrático no consensualista y la apertura de espacios comunicacionales (“ágoras”) para la divergencia.

La retórica del disenso está contenida (aunque aun indeterminada teóricamente) en los estudios sobre el discurso polémico. La polémica es un modo de razonamiento, un registro en el que se intercambian incomprensiones mutuas y que surca distintos tipos y géneros discursivos, y una modalidad argumentativa en la que predominan la radicalización de posiciones dicotómicas, la polarización del espacio social, las tentativas de descalificación-desacreditación del adversario y la estructura tripartita de los roles (proponente, oponente y

tercero) que asumen los participantes (Amossy, 2014; Angenot, 1982; Dascal, 2008; Declerq, 2003; Felman, 1979; Garand, 1989; Kerbrat-Orecchioni, 1980; Maingueneau, 1983, 2008; Oléron, 1995; Plantin, 2003, 2005, 2011b).

La atención a los intercambios polémicos ha tenido que deshacer el nudo de varias relaciones asentadas: la persuasión y el consenso; la erística y la ética; lo emocional y lo irracional.

En el primer caso, las técnicas para persuadir -que las retóricas clásicas se esforzaron en sistematizar-, quedan orientadas principalmente hacia el logro de la homogeneización de las opiniones y el alcance del consenso en la esfera pública; como señala Plantin (2012), el efecto ha sido la minimización del desacuerdo y la preferencia por el acuerdo en las teorías de la argumentación y en los enfoques pragmáticos (por ejemplo, las máximas conversacionales y los estudios de la cortesía). Se trata siempre de «la reducción de los dos puntos de vista a uno solo y al restablecimiento de la armonía social en la uniformidad de opinión» (Plantin, 2012:293), generalmente a través de la normalización -en su doble sentido de norma y normalidad- explícita o implícita del debate.

En el segundo caso, la relación entre erística y ética es de contradicción y exclusión: no hay conducta ética en la relación erística; en esta última *todo vale* para derrotar al enemigo. Desde la distinción planteada en la antigua Grecia, la erística quedó ubicada en el extremo opuesto de la dialéctica y, en tanto que combate verbal para ganar a cualquier precio, se le asoció con una técnica propia de los excesos bélicos y ciertamente inescrupolosa. Ese tratamiento de la erística es utilizado en el pensamiento platónico-aristotélico para deslegitimar la conducta ética de los sofistas y será también el límite que impondrán algunos discípulos de la sofística con respecto a sus maestros; por ejemplo, Isócrates (2007[390a.C.]), discípulo de Gorgias de Leontini, pone en el centro la moral ciudadana en su visión de la retórica como pedagogía y filosofía de los discursos, además de sumarse a la crítica de la época contra los sofistas, para distinguirse de ellos. Más tarde, Shopenhauer (1864[1997]) abonará esa relación conflictiva entre erística y ética al presentar la primera como «el arte de discutir, pero discutir de tal manera que se tenga razón tanto lícita como ilícitamente». En esta misma tradición, un trabajo reciente de Angenot (2013a:333-359) refuerza la idea de que los argumentos erísticos ponen entre paréntesis las regulaciones éticas en las disputas y son utilizados, abusivamente, como medios de «intimidación sofística» en la polémica.

En el tercer caso, lo emocional ha sido expulsado del ámbito de lo racional y esta escisión ha dispuesto la dicotomía razón/pasión. La emoción perturbaría la racionalidad del sujeto de

la modernidad y lo movería al plano caprichoso de los afectos, donde los argumentos se dislocan; en esa tradición ancla el sentido común que ve en la pasión un impedimento para el juicio razonado. Algunas teorías de la argumentación respaldan esa idea, como lo observa Plantin (2011a:179): «no es sorprendente que el renacimiento tan celebrado de los estudios argumentativos en el siglo XX, a través de las obras de Perelman, Toulmin, Grize, Ducrot, Hamblin, no reconozcan más que muy accidentalmente la cuestión de los afectos». La exclusión del *pathos*, como categoría en la que insistieron las retóricas antiguas grecolatinas, reduce la argumentación a un ejercicio operativo alexitimico⁵¹ (etimológicamente, *sin palabras para la emoción*, como lo observa Plantin, 2011a:102).

En las tres relaciones mencionadas, hubo una tendencia a despolemizar los intercambios verbales o, a lo sumo, a ver en la polémica una forma menor o insuficiente, cuando no desviada y reprobable, de la interacción argumentativa. Deshacer el nudo que ata la persuasión al consenso ha permitido orientar los estudios sobre la polémica pública hacia la revalorización del disenso; negarse a expulsar la contradicción de las relaciones humanas significa preguntarse por los modos menos violentos de gestionar las diferencias, sin anularlas:

La coexistencia de opiniones contradictorias representa el estado normal, ni patológico ni transitorio, tanto en el dominio sociopolítico como en el de las ideas. La democracia no se propone la eliminación de las diferencias y el voto no elimina la minoría; las cosas son un poco más complejas. Como lo ha escrito muy acertadamente un corresponsal del diario El País, «no se trata de convencer sino de convivir»: el problema no es convencer al otro, sino vivir con él (Plantin, 2011b:81).

En el mismo sentido, la modalidad polémica en las interacciones proporciona un medio de lucha y protesta pública contra lo que se percibe como intolerable e indignante; ese medio posibilita la construcción de identidades colectivas y de posicionamientos sociales en el marco de sociedades pluralistas donde el conflicto es inevitable. Su principal importancia, pues, radicaría en la conducción del desacuerdo hacia formas de expresión que no se traduzcan en violencia física (Amossy, 2014; Amossy, 2016):

¿Qué se puede hacer en una situación en la que los individuos comparten un espacio con otros individuos dotados de los mismos derechos ciudadanos, pero sus visiones de mundo y sus modos de razonar están separados por una grieta infranqueable? Algunas veces se produce una escisión y una separación oficial de territorios. Puede darse la expulsión forzada de un grupo por el otro, o la dominación total, que apunta a silenciarlo. Finalmente

⁵¹ El tratamiento que propone Plantin (2011a:5) resulta pertinente para una visión retórica de la argumentación: *Les émotions sont argumentables et argumentées. Cela se manifeste par l'existence de désaccords émotionnels, par les bonnes raisons fournies en soutien des émotions, et, plus profondément, par la construction discursive de l'émotion. Dans la parole commune, construire une conclusion argumentative, c'est construire une position émotionnelle.*

se llega a la guerra civil, en la que los adversarios se convierten en enemigos y toman las armas. Pero también podemos pensar en la posibilidad de continuar coexistiendo sin violencia física y sin privación de derechos. Sin duda, la polémica pública, que perpetúa el disenso y la lucha, ofrece una forma de seguir compartiendo un mismo espacio, aunque el acuerdo parezca imposible (Amossy, 2016:34-35).

Esta perspectiva desplaza la aspiración al consenso e inclusive a una ética erística, por la apertura de espacios que transmuten la violencia física en catarsis verbal y donde el disenso pueda explotar sin dañar físicamente al otro. El centro de las cuestiones sigue siendo el vivir juntos que, desde esta perspectiva del discurso, se canaliza propiamente en el uso de la lengua. Como bien lo señala Montero (2016:10-12), la afirmación de la alteridad constitutiva del lenguaje (bien sea como conflicto de clase, en la línea de Pêcheux⁵², o como confrontación polifónica inherente a la lengua misma, en Ducrot⁵³), abonó desde muy temprano el terreno para los estudios de la polémica en el Análisis del Discurso. Esa alteridad esencial del lenguaje devino en hipótesis de trabajo sobre el carácter constitutivo de lo polémico en las diferentes reflexiones aparecidas desde la década del 80; en ese sentido, la analogía entre la polémica y lo polémico con la cuestión de la política y lo político es perfectamente posible: «en la medida en que el criterio asociativo/disociativo de lo político es un criterio fundante, lo polémico le es co-sustancial. En suma, todo lo político es polémico y, recíprocamente, todo lo polémico es político» (Montero, 2016:14).

El análisis del desacuerdo político atiende, entonces, al estudio de las lógicas (recursos, modos y funciones) que inscriben la oposición en el discurso. La perspectiva retórica contemporánea permite avanzar más allá de la reducción a la persuasividad consensualista y de los tratamientos estético-ornamentales y pragmático-normativos de la retoricidad y de la argumentación. En el primer caso, una forma de ampliar lo estético-ornamental en el estudio de las figuras retóricas es asociarlas a la construcción del *ethos* y del *pathos*; pero en particular, en este trabajo las figuras me interesan por su desempeño en el despliegue argumentativo de la oposición en el discurso. En el segundo caso, una visión retórica de la

⁵² «Para Michel Pêcheux, el sentido surge del choque entre formaciones discursivas -que remiten a formaciones ideológicas que, a su vez, dan cuenta de conflictos de clase- en tensión (...). El interdiscurso puede pensarse, entonces, como un campo de discursos en tensión que rodean y determinan una determinada formulación, enunciado o discurso: de allí que la polémica sea siempre una posibilidad en potencia» (Montero, 2016:10-11).

⁵³ «Ya sean afirmativos o negativos, la mayoría de los enunciados poseen el efecto de imponer al otro una situación nueva que no depende de él, y en la cual sin embargo deberá inscribir su respuesta (...). En esas condiciones, la polémica no es una función segunda del lenguaje, que se vincularía solamente con los contenidos que el lenguaje transmite de por sí; al revés, se funda en la naturaleza misma del enunciado lingüístico, que pone a cada momento a disposición del locutor, bajo la forma de presupuestos, una suerte de red en la que podrá envolver a su adversario. El enfrentamiento de las subjetividades se nos aparece por ello como una ley fundamental del lenguaje, no solamente por razones psicológicas o sociológicas sino en virtud de una necesidad que se inscribe en el sistema mismo de la lengua» (Ducrot, 1985:27).

argumentación no significa un examen de los argumentos desviados o de las estratagemas que aparecen en los intercambios argumentativos (lo que comúnmente está más ligado con el análisis evaluativo de las falacias en la lógica informal y los modelos normativos de la argumentación). Se trata, más bien, de ubicarse al costado de paradigmas que abogan por una racionalidad unificada y que privilegian políticas del consenso.

La tarea primordial de la retórica es el estudio del desacuerdo. El estudio retórico de las divergencias implica situar los análisis en un momento histórico determinado y en los razonamientos particulares a cada época, en las que se traduce la aceptabilidad o el rechazo de los esquemas persuasivos que emergen a propósito de diferencias de opinión más o menos profundas; así, «[c]omprender el *sentido* de una creencia y de una convicción para un actor histórico es buscar reconstituir *las razones* que tenía para adoptarla y los argumentos por los cuales estaba por su parte preparado para sostenerla» (Angenot, 2013b:20). Sostener una convicción, en este sentido, significa asignar el estatuto de verdad a un conjunto de creencias que resuelven la problematización con un régimen de respuesta. El problema de la verdad constituye, pues, una cuestión insoslayable para la mirada retórica.

2.2.3 Una visión aletúrgica del discurso

Michel Foucault introduce el término *aleturgia* en el curso dictado entre 1979 y 1980 en el *Collège de France* (traducido en 2014 bajo el título *Del gobierno de los vivos*), y es retomado en los últimos dictados por el mismo autor, entre 1982 y 1984, que se conocieron en español en 2009 y 2010 bajo los títulos *El gobierno de sí y de los otros* y *El coraje de la verdad*. Así queda explicado el término por el mismo autor (2010[1983-84]:19): «[d]esde un punto de vista etimológico, la aleturgia sería la producción de la verdad, el acto por el cual la verdad se manifiesta». En otra referencia:

[P]odríamos llamar ‘aleturgia’ al conjunto de los procedimientos posibles, verbales o no, por los cuales se saca a la luz lo que se postula como verdadero en oposición a lo falso, lo oculto, lo indecible, lo imprevisible, el olvido, y decir que no hay ejercicio del poder sin algo parecido a una aleturgia (Foucault, 2014[1979-80]:24).

Esta pregunta por la aleturgia forma parte del marco analítico que propuso Foucault a lo largo de su producción para abordar el problema de la verdad, no como instancia suprema,

sino como *juego*⁵⁴ en relación con el saber, el poder y el sujeto, es decir, como procedimiento de producción de lo que se instala como verdadero en un momento histórico determinado:

Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su «política general de la verdad»: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero (Foucault, 1979[1976]:189).

Las diferentes investigaciones llevadas a cabo por Foucault insistieron en que la constitución de esos regímenes, la aleturgia misma, se da históricamente como luchas por y alrededor de la verdad a través de los discursos. Su esencia de verdad o falsedad, entonces, no existe más que como efecto de poder y, al mismo tiempo, como causa o alcance de ese poder que el efecto de verdad autoriza.

Ahora bien, Foucault reserva el uso del término *aleturgia* al tipo de manifestación de la verdad que acompaña al ejercicio de poder. De esta manera, la postulación de la verdad en los modos aletúrgicos no tiene que ver con la organización del conocimiento necesario para ejercer el poder gubernamental, sino con la introducción de un ritual de revelación de lo verdadero en la conducción de las conductas; esencialmente, *hacer surgir la verdad misma postulando o afirmando algo como verdadero*, a través de procedimientos verbales o no verbales (Foucault, 2014[1979-80]:25).

Le lectura de Edipo bajo la influencia de Nietzsche⁵⁵, en la década del 70, fue fundamental para el desarrollo de la mirada aletúrgica que propondría Foucault sobre el discurso. En esencia, se trata de leer el mito edípico en clave de coacción política de la verdad en la formación de las sociedades occidentales: la verdad como principio de organización jurídica

⁵⁴ Castro (2004:369-370) explica que el término *juegos de verdad* aparece en la introducción al segundo volumen de su *Historia de la sexualidad (El uso de los placeres)*, texto fundamental de desplazamiento teórico en el programa de investigación foucaultiano: «Luego de haber estudiado los juegos de verdad en el orden del saber y los juegos de verdad en el orden del poder, Foucault se propone ahora “estudiar los juegos de verdad en la relación de sí mismo consigo mismo y la constitución de sí mismo como sujeto, tomando por dominio de referencia y campo de investigación lo que se podría llamar la ‘historia del hombre de deseo’” (*El uso de los placeres*, 12). “El término ‘juego’ puede inducir a error; cuando yo digo ‘juego’, digo un conjunto de reglas de producción de la verdad. No es un juego en el sentido de imitar o hacer la comedia de...; es un conjunto de procedimientos que conducen a determinado resultado, que no puede ser considerado, en función de sus principios y de sus reglas de procedimiento, como válido o no, vencedor o perdedor” (*Dichos y Escritos IV*, 725)»

⁵⁵ Para Foucault (2012[1971]), Nietzsche deshace la copertenencia entre verdad y conocimiento postulando un conocimiento anterior a la verdad, que no está hecho para la verdad y que, por tanto, no puede ser verdadero (o falso); así: «-La verdad no es verdadera si es un conocimiento, porque todo conocimiento es una ilusión.

- La verdad no es verdadera en la medida en que es un no conocimiento.
- La verdad no es verdadera cuando pretende ser un conocimiento; es mentira.

Por tanto, la verdad no puede ser predicado de sí misma (...) No hay ontología de la verdad» (Foucault, 2012[1971]:238-239).

y moral para la ciudad: «[u]na ciudad sin verdad es una ciudad amenazada. Amenazada por las mezclas, las impurezas, las exclusiones no cumplidas. La ciudad necesita la verdad como principio de división. Tiene necesidad de los discursos de verdad como de los que mantienen las divisiones» (Foucault, 2012[1971]:209). Es a partir de esa *necesidad* de la verdad para la organización de lo social que se trama desde la Grecia clásica toda una ética de la verdad, reconocible en las sociedades actuales; el discurso verdadero es reclamado como derecho y deber en la democracia: tanto el que gobierna como el que se opone están obligados a decir la verdad. En clave nietzscheana, la verdad es voluntad de verdad: es querer que aparezca, que sea revelada y enunciada, que se haga presente contra el fondo de la mentira o de la ignorancia. La verdad, así, como un *hacer ver* lo verdadero ante un *querer ver* que la sociedad manifiesta.

Llegados a ese *hacer ver*, el punto de vista de la lógica natural (Grize, 1990, 1996, 2004) proporciona un modelo argumentativo que permite tener en cuenta los procesos cognitivos involucrados en las operaciones lógico-discursivas⁵⁶ a través de las cuales se *dan a ver* objetos de pensamiento. A este proceso, Grize lo denomina *esquemización* e incluye la intervención de preconstruidos culturales⁵⁷ en la formación de representaciones discursivas; las diferentes operaciones que propone el autor se orientan a construir una realidad aceptable y verosímil, desde el juicio del destinatario. En esta medida, la esquematización es más una co-construcción que una gestión monologal de la realidad; como insiste el autor: «una esquematización es una creación de sentido, de manera que comprenderla es reconstruirla para sí apoyándose sobre sus propios preconstruidos» (Grize, 1998:123) y «ninguna

⁵⁶ El trabajo de Grize sobre ese aspecto lógico del discurso es robusto y se ha enfocado en demostrar que se trata de una lógica diferente a la de la matemática, pero igualmente formalizable (por ejemplo: Grize, 1973, 1995; Aphotèloz et Grize, 1987). Así lo resumía en 2004: «La lógica-sistema se sitúa fuera de todo contexto, ignorando a los sujetos que la utilizan, mientras que la lógica-proceso requiere su participación activa; lo que en definitiva puede expresarse diciendo que la lógica-sistema es un cálculo, mientras que la lógica-proceso es la que se manifiesta a través del discurso» (Grize, 2004:45). Ahora bien, las operaciones lógico-discursivas no tienen un inventario cerrado, si bien el mismo autor ha estabilizado algunas de ellas en sus trabajos: *faisceau d'objet* o haz de rasgos del objeto (compuesto por propiedades, relaciones y esquemas de acción); *éclairage* o iluminación selectiva de ciertos aspectos de un objeto; *ancrage* o anclaje de predicaciones progresivas que van conformando al objeto; etc.

⁵⁷ Grize (1993:3) los define como «los depósitos que las representaciones dejan en el lenguaje; en el fondo se trata del aspecto lingüístico de las representaciones sociales», es decir, se trata de saberes compartidos por los grupos sociales y que conforman su memoria colectiva. Los preconstruidos, además, constituyen un marco sociocultural dentro del cual se insertan los discursos y la fuente de donde sus objetos adquieren propiedades, relaciones y esquemas de acción: *Les PCC (Préconstruits Culturels) fournissent ainsi le cadre obligatoire dans lequel le discours doit s'insérer et ceci par le double mécanisme piagétien d'assimilation et d'accommodation. L'orateur doit assimiler les contenus déjà là et les accommoder à ce qu'il a l'intention de dire* (Grize, 1996:66). Décadas antes, Pêcheux (1975:88-89) ya había utilizado el término para referirse a toda «construcción anterior externa, en todo caso independiente, por oposición a lo que es 'construido' por el enunciado. El preconstruido responde lingüísticamente a formas de encastramiento de la sintaxis como las nominalizaciones (el llamado a la Patria), o las construcciones epítéticas (un lujoso Mercedes Benz), que representan un elemento como si ese elemento ya estuviera ahí, como el efecto de una predicación anterior ».

argumentación persuade por sí misma sino que, más bien, lleva al receptor a persuadirse a sí mismo» (Grize, 2004:51).

Desde la lógica natural, los procesos de esquematización están inmersos en la argumentación misma que, en sentido amplio, se ve como una actividad esencialmente discursiva y diluida en las acciones de lenguaje. Hacerle ver algo a alguien implica hacer existir ese algo, es decir, darle estatuto de realidad a los objetos de pensamiento. El estatuto de realidad hace que las esquematizaciones puedan ser no solo convincentes, sino también verosímiles, esto es, que el destinatario no dude de los objetos que le son mostrados (Grize, 2004:47-49). En este sentido, el problema de la argumentación es la estabilización de la aceptabilidad de los objetos; la construcción de ellos a partir de su condición moldeable, pero mostrados en la argumentación como productos no moldeables, definitivos y verdaderos.

Los estudios sobre los objetos de discurso surgen, precisamente, a partir del reconocimiento de esa inestabilidad de las relaciones entre las palabras y las cosas⁵⁸. Desde una perspectiva cognitivo-discursiva, la categorización del mundo no es un problema de rotulación precisa de la exterioridad del sujeto, pues tal precisión no es más que la negación de las demás opciones que se presentan para nombrar la realidad en función de *efectos de verdad* de la categoría elegida, que es presentada siempre como *la correcta*. De acuerdo con Mondada y Dubois (1995:297):

La cuestión de la *referencia* puede ser revisada desde dos líneas argumentativas que conciernen, de un lado, a la categorización, gracias a las pesquisas psicológicas recientes sobre los procesos por los cuales los sistemas cognitivos dan estabilidad al mundo, y de otro lado, una perspectiva lingüística interaccionista y discursiva que considera los procesos de referenciación en términos de construcción de objetos de discurso y de negociación de modelos públicos del mundo.

Desde esta última perspectiva, las estructuras semánticas y, particularmente, los sintagmas nominales con los cuales se designan los objetos del mundo (*eso que está ahí, afuera*) devienen en objetos de discurso toda vez que estabilizan una cierta categorización y construyen aquello a lo cual reenvían. Así, las expresiones referenciales requieren el conocimiento compartido de lo real, pero no reflejan especularmente esa realidad externa al discurso, porque la transforman de diversas maneras cuando convierten los objetos del

⁵⁸ *Estudos recentes em ciência cognitiva têm mostrado que a formação de categorias depende das nossas capacidades percentuais e motoras, sobretudo as categorias que se situam nos chamados níveis básicos. A categoria de nível básico é um conceito proposto pela antropóloga americana Eleanor Rosch (1978), segundo a qual nós não categorizamos o mundo utilizando mecanismos analíticos racionais que apreendem a realidade e distinguem os entes (...). Fazer parte de uma categoria não é uma questão de sim ou não. Existem membros mais centrais em cada categoria e outros mais marginais, e os elementos que estão no centro tendem a ser considerados os protótipos dessa categoria* (Koch, 2004:54).

mundo en objetos de discurso (Apothéloz et Beguélin, 1995). Estos últimos, entonces, no solo son objetos-clase configurados a través de operaciones lógico-discursivas en el pensamiento (Grize, 1990), sino también productos culturales de la actividad interactiva de los sujetos hablantes (Mondada y Dubois, 1995:298):

El análisis de los procesos de referenciación que participan de la constitución de un mundo categorizado, dotado de facticidad y creando sentido, transforma radicalmente la cuestión de la referencia: en lugar de referirse a un orden de mundo ideal y universal y a su nominación, intentamos explicitar los diferentes niveles en los cuales la referencia es producida por los sistemas cognitivos humanos, utilizando una amplia variedad de dispositivos y de restricciones, aquellas propias de las lenguas naturales. La entrada es el reconocimiento del papel central de las prácticas lingüísticas y cognitivas de un sujeto *envuelto*, social y culturalmente anclado, así como de una multiplicidad (más o menos objetivada, más o menos solidificada) de versiones de mundo que ellas producen.

El punto de vista sociocognitivo interaccional propone desplazar la referencialidad por la referenciación, en los términos explicados en la cita. El punto de quiebre es el análisis de las operaciones textuales que habían sido asociadas con la manutención del referente (reiteraciones, anáforas, pronominalizaciones, etc.) como operaciones que, sin perder su continuidad, lo transforman en algún grado y nivel. De este modo, la construcción de objetos de discurso combina operaciones lógico-procesuales relacionadas con la atribución encadenada de propiedades al objeto-clase, con procedimientos lingüístico-textuales de negociación de la cohesión y la coherencia: progresión temática e ilocutiva, marcadores discursivos, conectores textuales, fenómenos de intertextualidad y de (inter)genericidad, entre los principales. Estos procedimientos, en todo caso, no son ajenos a la interacción sino que dependen de ella: «la realidad es construida, mantenida y alterada no solamente por la forma como nombramos el mundo, sino sobre todo por el modo como, sociocognitivamente, interactuamos con él; interpretamos y construimos nuestros mundos por medio de la interacción con el entorno físico, social y cultural » (Koch, 2004:61).

En su dimensión argumentativa, los procesos de referenciación construyen y reconstruyen objetos de discurso orientando la interpretación del sentido hacia la estabilización de las esquematizaciones o hacia la desestabilización de otras previas. El *hacer ver* de esos esquemas deviene en un *hacer adherir* (Grize, 1995) a la versión de la realidad que construyen los objetos. Leo aquí esas versiones de la realidad como efectos de verdad, es decir, como procedimientos de *hacer ver lo verdadero*. Es en este sentido aletúrgico que los objetos de discurso asumen funciones persuasivas a través de formas anafóricas y catafóricas que encapsulan o rotulan segmentos textuales cuyo valor se va encadenando en dirección de ciertas conclusiones buscadas (Koch, 2005:40). Con todo, los objetos discursivos

movilizados y sus componentes son introducidos en dinámicas de confrontación argumentativa, de manera selectiva, en función puntos de vista en disputa.

Lo anterior implica ver los objetos de discurso como entidades dinámicas, en constante construcción y reconstrucción a lo largo de la progresión del texto; para Mondada (1994:64), el objeto de discurso se caracteriza por su configuración progresiva, a través de la cual va enriqueciéndose con nuevos aspectos y propiedades, suprimiendo aspectos anteriores o ignorando otros posibles. El objeto, además, puede asociarse con otros integrándose en nuevas configuraciones, o bien, independizarse como un objeto nuevo.

Las expresiones nominales que reconstruyen anafórica o catafóricamente el objeto habitualmente aparecen dispersas en los textos, es decir, de manera no estrictamente lineal como solía asociarse en el tratamiento clásico de la anáfora directa y la referencialidad. Los trabajos actuales en torno a los procesos de referenciación se vienen interesando por este carácter no lineal de la recategorización referencial y por el papel de recursos como la metáfora en la recategorización de referentes anclados en el texto o asociados desde la memoria social compartida (por ejemplo, Cortez e Koch, 2013; Silva e Filho, 2013).

Finalmente, Arnoux (2006, 2011, 2013) propone elevar ese carácter no lineal de la construcción de objetos hasta su inscripción en series histórico-discursivas y en cadenas extensas de textos. Según la analista, los objetos que construyen los discursos inscritos en escenas políticas, en particular, en la medida en que se inscriben en un marco polémico, necesitan conformarse en oposición al otro que descartan. La construcción de estos objetos responde a la necesidad de configurar subjetividades políticas esquematizadas; para que esos objetos penetren en los colectivos y se compartan como representación social, los recursos de referenciación deben apelar insistentemente a atributos aceptados y a valores evaluados positivamente, de modo que se afirme claramente -asertivamente- un cierto orden de cosas en el mundo de lo real y lo verdadero. Una visión aletúrgica del discurso permitirá vincular esa dimensión en el seguimiento y la interpretación de los objetos discursivos construidos.

2.3 El estudio de las construcciones retóricas en la oposición política

Utilizo el término *construcción retórica* para dar cuenta del proceso y el producto que cristaliza los posicionamientos asumidos, en un momento histórico determinado, por ciertos actores sociales en disputa; este proceso y producto incluye la dinámica de distanciamientos que los discursos establecen entre ellos y los direccionamientos de la verdad hacia sentidos particulares y divergentes. Metodológicamente, una *construcción retórica* es una unidad no

tópica⁵⁹ (Maingueneau, 2014:81) que le permite al analista interpretar los recursos, procedimientos y funciones involucrados en una tensión o en un desacuerdo inscrito en el discurso y expuesto en el espacio público. En el terreno de *lo político*, las construcciones retóricas permiten estudiar la oposición política como un fenómeno que se produce en y a través del discurso, por medio de confrontaciones entre estilos, escenas de enunciación, espacios de memoria, esquematización de objetos de discurso y disputas por la verdad del pasado, del presente y del futuro.

Utilizo la ambivalencia de la palabra *construcción* para referirme al mismo tiempo tanto a las acciones como a los efectos analizados en las comunicaciones públicas. Las *construcciones retóricas* son unidades multidimensionales, por lo cual se diferencian de las *estrategias retóricas*, aun si estas son tomadas en el sentido restringido de estratagemas; pero son más concretas que el estudio de las *retóricas* de una época, una racionalidad o un actor determinado (por ejemplo: *retórica neoliberal*, *retórica de la confianza* o *retórica presidencial*, etc.). Como acciones, las construcciones retóricas remiten a sistemas de procedimientos más o menos intrincados, depositarios de una cierta lógica de posicionamientos, direccionamientos y distanciamientos. Como efectos, las construcciones retóricas producen disposiciones que orientan la interpretación hacia ciertas representaciones sociales en detrimento de otras; se trata, en fin, de efectos de sentido. Por último, estas construcciones anidan en fenómenos semióticos de mayor alcance y ponen a funcionar dentro de ellos la dimensión conflictiva de la diferencia; así, dentro del fenómeno de la oposición política, las construcciones retóricas dan cuenta de la inscripción del desacuerdo en el discurso.

El estudio de las construcciones retóricas dialoga con perspectivas provenientes de la ciencia política, que ven en la oposición política un terreno interesante para el análisis de las democracias contemporáneas. No me ocupo ni entro en las controversias propias de esa disciplina al respecto de la institucionalización del disenso, pero sí atiendo -desde la triple visión que expuse antes- a lo que Rosanvallon (2007:21) califica como «el gran problema político de nuestro tiempo», centrado en que «el ideal democrático hoy no tiene rival, pero los regímenes que lo reivindican suscitan casi en todas partes fuertes críticas», esto es, un consabido malestar social que deviene en reacciones de diferente tipo frente a la

⁵⁹ *Les unités non topiques sont construites par le chercheur à partir d'unités topiques. Il ne peut y avoir analyse du discours si l'on ne s'appuie pas sur les unités topiques, mais celles-ci ne peuvent à elles seules rendre raison du fonctionnement du discours (...). Les analystes du discours ont ainsi été amenés à développer non seulement des approches qui s'appuient sur des frontières mais aussi des approches qui subvertissent ces frontières* (Maingueneau, 2014:81).

representación democrática en los gobiernos. Habría que partir, propone Rosanvallon (2007), de los problemas que la democracia debe enfrentar y ver en detalle cómo esos conflictos aumentan la distancia entre la sociedad civil y las instituciones. La dimensión retórica de la oposición política se ubica en ese terreno problemático.

En particular, entiendo que la oposición política no se refiere solo a la ejercida bajo el amparo de las instituciones legales y democráticas, si bien esas condiciones de producción determinan en gran medida su naturaleza, orientación y funcionamiento discursivo:

Podemos definir la oposición como la unión de personas o grupos que persiguen fines contra puestos a aquellos individualizados y perseguidos por el grupo o por los grupos que detentan el poder económico o político o que institucionalmente se reconocen como autoridades políticas, económicas y sociales respecto de los cuales los grupos de oposición hacen resistencia sirviéndose de métodos y medios constitucionales-legalistas o ilegales y violentos (Zucchini, 1998:1080).

Mi objetivo, sin embargo, no es discutir la legitimación de un discurso armado como modo de oposición política, sino explorar cómo la condición armada, histórica y social de una guerrilla activa durante medio siglo se tradujo retóricamente en sus modos de decir públicamente el desacuerdo. Tampoco me interesa determinar el *tipo* de oposición ejercido por la insurgencia, es decir, añadirle un adjetivo que la califique y la inscriba en una clasificación politológica⁶⁰. Por el contrario, sigo aquí el trabajo de Brack & Winblum (2011), quienes proponen una mirada que critica la bibliografía anterior sobre oposición política, según ellos, predominantemente normativa (legal/no legal, responsable/irresponsable, leal/no leal, etc.), con una perspectiva de trabajo estrecha (institucional) y sin relevancia de los actores involucrados. Así, se propone una definición que no excluye actividades, actores ni lugares de oposición, ni está basada en funciones o propósitos: «La oposición política es un desacuerdo con el gobierno o con sus políticas, la política de élite, o el régimen político en su conjunto, expresado en la esfera pública por un actor organizado, a través de diferentes modos de acción» (Brack & Winblum (2011:74).

En ese mismo trabajo, los autores abogan porque los estudios enfatizen en la importancia

⁶⁰ Los trabajos disponibles sobre el tema en ciencia política comparten esa preocupación por determinar la legitimidad o no legitimidad -y sus grados- de cada forma de oposición política. En De Vega (1970), se discrimina entre *oposición ideológica* y *oposición discrepante*, según el rechazo o la aceptación de los sistemas legitimadores de poder. Para Dahl (1971), se trata de los tipos de costo-beneficio de gobernabilidad según la gestión de la *contestación pública* en las poliarquías. En Sartori (1966), se habla de tres tipos: *oposición responsable y constitucional*; *constitucional pero no responsable*; y *ni responsable ni constitucional*; esta última, según el autor, no es oposición política sino *contestación* y está asociada con la violencia. Pasquino (1997) no se propone arribar a clasificaciones, sino reconocer el papel de la oposición en el funcionamiento democrático; no obstante, termina dividiendo como oposición de calidad aquella que se propone institucionalizarse como *gobierno-sombra*, en contraste con aquella que sucumbe al *consociativismo* o cooptación por parte del grupo que gobierna. Finalmente, Loaeza (2001) hablará de una *oposición leal* contra una *desleal*, según su aceptación o no de las instituciones democráticas.

de las percepciones, autopercepciones, modalidades de acción y estrategias que los actores ponen en juego cuando se manifiestan como oponentes políticos:

Mientras que la bibliografía sobre antipolítica y actores populistas presta atención al lenguaje y la retórica, por lo general este aspecto ha sido pasado por alto en los estudios sobre oposición política. Sin embargo, un análisis más sistemático y exhaustivo del lenguaje y la retórica podría conducir a una mejor comprensión de las oposiciones, incluyendo sus estrategias y modalidades de acción (Brack & Winblum, 2011:75).

Para la introducción de esa dimensión en el análisis de la oposición política, la retórica deberá superar el marco estrecho de la estratagema y el legado de desprestigio que pesa sobre ella, en tanto que disciplina. El recelo hacia la retórica ha provocado su asociación con lo vacío o lo engañoso de la palabra; como lo advierte Pernot (2013:19):

Al lado de *literario, prosaico, sofisticado* —términos con los que se la relaciona—, la palabra *retórica* es en ocasiones portadora de un rechazo y de una sospecha, que responden a miedos muy profundos ante el poder del lenguaje, ante su facultad de autonomía en relación con las cosas y con las ideas, y ante los riesgos de su mal uso.

Un desprestigio tal que, tanto en su uso sustantivo como adjetivo, la retórica termina siendo sancionada, subestimada o apartada de las cuestiones políticas. Se le sanciona, cuando califica peyorativamente un decir que contradice un hacer y, por tanto, se le muestra como prueba del engaño malintencionado. Se le subestima, cuando su presencia indica que el discurso es banal y está vaciado de política (*eso es pura retórica*). Se le aparta, cuando las cuestiones que le conciernen generan desinterés entre los analistas y terminan desplazadas por temas que se consideran *más importantes* en los estudios políticos. Sanción, subestimación y desinterés son, entonces, los efectos del desprestigio de la retórica, que se evidencian en la falta de un tratamiento retórico de la oposición política en la bibliografía disponible.

Los estudios sobre el tema en Colombia siguen esta misma tendencia y, aunque llegan a utilizar el término *retórica*, suelen ser usos bastante libres, cuando no reproductores de su desprestigio. No ignoro aquí, sin embargo, que la oposición política ha sido un tema recurrente en el análisis sociológico, histórico y antropológico. Un recorrido general por esa bibliografía muestra que la preocupación no se ha centrado en el lenguaje, sino en las causas

de la formación de una *cultura de la violencia*⁶¹ y de una crisis de representación, que ha obturado los espacios democráticos para el disenso no violento.

Ya a mediados del 60, el promotor de la sociología en Colombia, Orlando Fals Borda, dedicaba el primer capítulo de su clásico *Subversión y cambio social* a la orientación negativa de la palabra *subversión* en la percepción de los colombianos. Fals Borda (1968:3) se quejaba de que la palabra fuera usada para «referirse a actos que van en contra de la sociedad y, por lo tanto, designa[ra] algo inmoral», a lo cual se oponía desde una lectura marxista de la subversión, testimonio del clima de su época⁶². El camino analítico-discursivo de la oposición política que señalaba Fals Borda en esta obra, sin embargo, no alcanzó una continuidad significativa, ni siquiera en su propia obra.

En 1986, Pinzón analizaba cómo se estabilizó una equivalencia entre oposición y sectarismo violento a partir de las generaciones postfrentenacionalistas (década del 70) en Colombia, dada la sensación de exclusión derivada del reparto del poder presidencial entre liberales y conservadores. El efecto de esa sensación de cierre de los espacios para la oposición legal fue lo que Latorre (1986:50) denominó como una *sociedad bloqueada*: «la oposición, más exactamente fragmentos de la oposición que no ven salidas políticas efectivas, se desbocan por cauces violentos, recurren a manifestaciones anárquicas», alimentada además por la pérdida de credibilidad de los partidos tradicionales, liberal y conservador, esencialmente excluyentes y violentos desde las guerras civiles del siglo XIX (Uribe y López, 2006).

Como lo demuestra extensamente Vega (2002) a través de un análisis histórico de los inicios del siglo XX, las políticas violentamente represivas contra los movimientos y minorías sociales y partidistas están en la base de la cultura gubernamental desde los albores

⁶¹ Este término ha sido motivo de numerosas discusiones en Colombia, desde que apareciera en 1987 en el informe de la Comisión de Estudios sobre la Violencia, titulado *Colombia: violencia y democracia*. El término puede conducir al equívoco de pensar en una relación determinista entre cultura y violencia en el país, además de singularizarla borrando los numerosos tipos de violencia que el mismo informe reconocía en ese momento. Para Blair (2009:28, nota 74), «[e]l debate, a mi modo de ver mal planteado con la expresión *Cultura de la Violencia* impidió que, durante muchos años, la academia colombiana girara en esta dirección. Hoy, varios antropólogos trabajan en ella entendiendo que la violencia no es ajena al terreno de la cultura y que hay, pues, múltiples relaciones entre la cultura y la violencia».

⁶² En el capítulo mencionado hay coincidencias con los lingüistas marxistas rusos y franceses; por ejemplo, Fals Borda (1968:2) liga el cambio semántico con las determinaciones histórico-políticas: «Son muchas las palabras que tienen ese tinte tornasol y que cambian de color según el ángulo del que se miren, especialmente cuando se ven a la luz de las cambiantes circunstancias históricas: violencia, justicia, libertad, utilidad pública, revolución, herejía, subversión. Puede verse que son conceptos arraigados en emociones, que hieren creencias y actitudes y que inducen a tomar un bando definido. Por eso son valores sociales; pero pueden ser también ‘antivalores’, según el lado que se favorezca durante el cisma de la transición. Cada uno de esos conceptos lleva en sí la posibilidad de su contradicción: no se justifican sino en un determinado contexto social. Bien pueden entenderse según la tradición; pero también pueden concebirse y justificarse con referencia a hitos colocados hacia el futuro, que impliquen un derrotero totalmente distinto a aquel anticipado por la tradición».

de la modernización capitalista. Las luchas agrarias, indígenas y sindicales tuvieron que hacer frente desde muy temprano a un anticomunismo oficial conservador que, de la mano de la Iglesia Católica, satanizó y expulsó a la oposición política en la construcción de la idea de democracia en el país:

La confluencia de las concepciones insurreccionales de los socialistas⁶³ con las de los liberales no era solamente coyuntural, sino que debido al carácter antidemocrático y clerical del régimen conservador, los viejos liberales radicales pensaban que la única forma de derrocar a la hegemonía era por la vía armada (Vega, 2002d:142).

La posibilidad de crecimiento y desarrollo de las organizaciones sociales se vio muy afectada por este tratamiento de la oposición política. Ellas tuvieron que surgir, principalmente, en la ilegalidad y la persecución. Particularmente las disidencias de los partidos tradicionales encontraron un espacio de participación y acción muy cerrado dentro del sistema de poder; no obstante

surgieron numerosos pero pequeños proyectos y grupos de oposición entre los años sesenta, setenta y ochenta, bastante relacionados con el ascenso de determinados movimientos sociales y con corrientes de izquierda radical. Esta última vertiente dio base para la oposición armada guerrillera (Villarriaga, 2006:51).

La aparición de grupos insurgentes en Colombia tiene entre sus causas la inexistencia de una verdadera oposición democrática que canalizara la disconformidad de los sectores que no se sentían representados por los partidos hegemónicos. El tratamiento de la controversia terminó reducido al esquema ataque-represión, cuya preferencia por la violencia reforzó la incapacidad inclusiva del sistema político y de la sociedad colombiana (Guarín, 2005:20). En este sentido, los grupos guerrilleros son un síntoma de esa falta de institucionalización de la oposición política en Colombia. Las categorías de «Estado de sitio», «problema de orden público», «problema de seguridad nacional», entre otras, dominaron el escenario político desde la década del 60, cuando de modo casi permanente se concebía que Colombia estaba amenazada por un «enemigo interno». El bloqueo a la izquierda política fortaleció indirectamente a los movimientos guerrilleros (Pardo, 2000:455), que vieron ese cierre como un acorralamiento frente al cual no les quedaba otra opción que la oposición violenta; las guerrillas, así, entendieron la acción revolucionaria antisistema como un «factor político de acumulación de fuerza para el asalto del poder» (Villarriaga, 2006:52). Los movimientos

⁶³ El socialismo en Colombia apareció y se afianzó como fuerza de oposición durante las primeras tres décadas del siglo XX, en reacción a una prolongada hegemonía conservadora de 44 años de gobierno (1886-1930). Vega (2002d) propone dividir esa fundación en tres etapas: Socialismo cristiano (1909-1919), periodo influido por las tesis de León XIII; Socialismo de Estado (1919-1924), con un papel protagónico del sindicalismo y el huelguismo; y Socialismo revolucionario (1926-1930), con la fundación del Partido Socialista, en 1926 y su conversión en Partido Comunista de Colombia, en 1930.

guerrilleros no capitalizaron ese cierre democrático en favor de sus reivindicaciones populares, sino que negaron el sentido democrático de la oposición política, atacando a la izquierda legal y a los defensores de las vías legales como obstrucciones a la lucha revolucionaria (Villarriaga, 2006:54).

En la década del 90 se pretendió superar tanto el bipartidismo como la oposición armada, con una nueva Constitución Política de perfil incluyente y pluralista. No obstante, la reforma degeneró en una excesiva laxitud en las reglas de juego para los partidos políticos y, con ello, en un espacio de oportunidad para prácticas como el clientelismo, las cuotas burocráticas, el transfuguismo entre partidos, la fragmentación de las colectividades y su desideologización a partir de consociativismos y tendencias unanimistas (Guarín, 2005; Pardo, 2000). La aparición de partidos como el de la *Unidad Nacional* y el *Centro Democrático*, dos décadas después, demuestra la continuidad de esa concepción partidista en el país.

Si bien la Constitución Política de 1991 pretendió atender este fenómeno que la sociedad reclamaba, el resultado fue la confusión entre oposición política y fuerza minoritaria (Pardo, 2000:359). La permanencia de la oposición radical, con el uso de las armas, demuestra que los cambios en la Carta Política no lograron acoger las demandas de todos los sectores sociales involucrados, especialmente de los contradictores afines a las guerrillas marxistas-leninistas que no participaron de la Asamblea Nacional Constituyente: el ELN y las FARC-EP.

En la Constitución de 1991 quedó como promesa la reglamentación de un estatuto de la oposición, que hasta este momento sigue pendiente. El artículo 112 garantiza los siguientes derechos para los partidos y movimientos políticos con personería jurídica que se declaren en oposición al Gobierno:

el acceso a la información y a la documentación oficial, con las restricciones constitucionales y legales; el uso de los medios de comunicación social del Estado o en aquellos que hagan uso del espectro electromagnético de acuerdo con la representación obtenida en las elecciones para Congreso inmediatamente anteriores; la réplica en los mismos medios de comunicación (...). Una ley estatutaria reglamentará íntegramente la materia (Colombia, art.112).

Como lo analiza Pardo (2000), esta normatividad concibe la oposición política como una participación subordinada al estamento de poder mayoritario. No se concibe, entonces, la oposición política como un factor de funcionamiento de la democracia basado en la alternancia del poder gubernamental, sino como una materia aplazable y pendiente de reglamentar. Desde 1993 se han tramitado al menos 12 proyectos de ley estatutaria para la oposición política en Colombia (PNUD, 2011), pese a una variedad de obstrucciones a estas

iniciativas⁶⁴.

Estos proyectos, sin embargo, cargan con una concepción de la oposición política que hereda de la tradición democrática del país cierto reduccionismo y falta de proyección de las minorías partidistas para constituirse en alternativa de poder. Más allá de la serie de derechos que los proyectos de ley buscan reivindicar (acceso a medios de comunicación, financiamiento, garantías, etc.), la oposición no se logra desprender de una visión minoritaria y vulnerable de sí misma. En el caso colombiano, esto

se combina con el problema del conflicto armado que tiende a hacer considerar la oposición como enemiga del gobierno y del sistema, y no como contradictoria a un programa. Paralelo a esto, se ha asumido la oposición como sinónimo de izquierda y en los casos más extremos, por el contexto colombiano, como subversión y guerrilla. Estos errores han llevado a asumir actitudes en contra de los militantes y simpatizantes de estos partidos, como la persecución, la estigmatización y en ocasiones el exterminio de los opositores (Castro, 2013:46).

En este punto, el acercamiento entre los discursos de la izquierda legal y la ilegal al reclamar garantías de seguridad para ejercer la oposición ha resultado contraproducente e, inclusive, peligroso, para la primera. Aunque no trataré el problema de ese acercamiento o distanciamiento entre discursos de la izquierda, el análisis que propongo ubica este y otros asuntos ligados con la oposición política en Colombia dentro del espectro de las problemáticas que una visión desde la retórica puede atender. En una visión de conjunto, entonces, inserto este trabajo en un campo de reflexión urgente en Colombia: cómo transformar la asociación entre violencia y desacuerdo. Comprender los hábitos adquiridos en el ejercicio de la oposición contribuirá a aproximarnos, lentamente, a otros modos de decir y contradecir en la democracia.

⁶⁴ Así lo refiere el PNUD (2011:14-15): «que en la legislación de otros países no existan referencias directas a los derechos de la oposición no significa que estos partidos carezcan de garantías. En la mayoría de regímenes democráticos modernos, el reconocimiento de derechos políticos propios del Estado de Derecho -en la medida en que aplican para todos los partidos- se entienden como suficientes para permitir el ejercicio de la oposición (...). Este tipo de argumento ha sido utilizado en Colombia para justificar la inexistencia de un Estatuto de la Oposición. Así ocurrió durante los gobiernos de Belisario Betancur (1982-1986), Virgilio Barco (1986-1990) y Álvaro Uribe (2002-2010)». Los análisis de Castro (2013), Buitrago (2014) y Pérez y Loaiza (2015) también han incluido el problema de las obstrucciones en su seguimiento a las iniciativas de una ley estatutaria para la oposición. En estos trabajos se plantea que la obstrucción es, sobre todo, de carácter institucional.

PARTE II. ESTILOS, ESCENAS Y MEMORIAS EN TENSION

Capítulo 3.

Los estilos amplificatorios en los discursos gubernamental y guerrillero

En este capítulo me concentro en los haces de rasgos retóricos que aparecen como regularidades y singularidades en los discursos del Gobierno y de las FARC-EP. Estos rasgos conforman dos estilos discursivos (Arnoux, 2008b) que comparten operaciones similares, pero las orientan en direcciones opuestas, de acuerdo con sus respectivos posicionamientos y con la voluntad de afirmarlos antes de iniciar el proceso de paz. Esos estilos, además, representan el antagonismo que refleja en el discurso las distancias sociales entre la insurgencia guerrillera y las élites gubernamentales en la tradición cultural colombiana. Denomino al estilo de los discursos de Juan Manuel Santos como “amplificación polémica celebratoria”, a los cuales se opone una “amplificación polémica distópica”, que define el estilo de las FARC-EP.

La descripción apunta a explorar las lógicas que subyacen a esos haces de rasgos en el marco del desacuerdo y que hacen posible su emergencia, los disponen en isotopías opuestas y los introducen en la dinámica de la divergencia política.

He relevado cuatro procedimientos principales, compartidos por ambos actores en disputa, pero orientados en direcciones opuestas de acuerdo con cada estilo amplificatorio:

- *El uso de elogios y vituperios en la reorientación de lo político deliberativo.*
- *La disputa en torno a las metáforas comunes (metáforas del camino, del animal, del juego, de la puerta y del cuerpo), que convergen en la justificación de las acciones bélicas en cada bando.*
- *Los usos polémicos de la reformulación polifónica, mecanismo para desacreditar directamente a los adversarios.*
- *Los modos de la temporalidad en la construcción de utopías contrapuestas de una realidad social próxima que estarían gestando los actores.*

En la primera parte del capítulo reconstruyo esos rasgos estilísticos de los discursos gubernamental y guerrillero, con una descripción ejemplificada. En la segunda, reúno esos rasgos en haces que me permiten definir dos estilos discursivos que reafirman posicionamientos frente al conflicto armado. Finalmente, analizo las funciones retóricas del estilo discursivo en los intercambios polémicos y en el enfrentamiento social.

3.1 El análisis del estilo discursivo en el estudio de la oposición política

En un conversatorio sobre el proceso de paz de La Habana, en una prestigiosa universidad colombiana, el presidente Santos calificó al discurso de las FARC como «atrasado» y «mamerto»⁶⁵: «Tienen que modernizarse, mantienen todavía un esquema muy atrasado -perdónenme la palabra- muy mamerto de la política» (CM&, 2016, febrero 24). En la tradición política del país no es extraño que se descalifique el discurso de la guerrilla como anacrónico; el libro sobre las FARC, de la Corporación Observatorio para la Paz (COP, 2009), recuerda que el expresidente César Gaviria (1990-1994) había llamado a esta guerrilla «dinosaurio político»⁶⁶, en el mismo sentido actualizado por Santos. Si bien la pregunta por las formas apelativas entre los actores del conflicto ha sido abordada en algunos trabajos (Galaviz, 2006; Sabucedo et al., 2004), no se ha prestado atención a los mecanismos retóricos que subyacen en esas formas apelativas y en otras estrategias presentes en la construcción de formas particulares del decir, esto es, en el *estilo* de sus discursos, así como en la configuración de relaciones de oposición política entre los actores.

El estudio del estilo apunta a ver la oposición política como una práctica discursiva. Pero no se trata de analizar unas hipotéticas formas singulares del discurso de oposición, vía la generalización de una práctica social; sino mejor, de comprender cómo es que opera la inscripción del desacuerdo a través del estilo de un discurso particular, y cómo esa particularidad coadyuva a construir, al mismo tiempo, la oposición política en la esfera pública. Se trata, en últimas, de ver la oposición en la enunciación, esto es, la disposición de posicionamientos contrapuestos a través de modos del decir en el ámbito social.

Considero, entonces, que es posible rastrear el estilo enunciativo en las modalidades de acción que hacen al desacuerdo y que lo presentan verbalmente. Esta búsqueda lleva a prestar atención al estilo ya no solo como caracterización de una discursividad particular, sino como vehículo del relacionamiento polémico de esa discursividad con otra u otras, con respecto de las cuales toma distancia. Así, la inscripción de la oposición en el discurso es tanto

⁶⁵ Mientras que en Argentina este coloquialismo remite simplemente a la tontería o a la excesiva credulidad (UNTREF, 2016), en Colombia se le asocia -de modo peyorativo- con la vindicación de las revoluciones socialistas y comunistas del siglo pasado: «marxistas anacrónicos, estudiantes universitarios postmodernistas y pseudointelectuales fanáticos de la nueva trova cubana, el rock en español y la cuentería, el ecologismo y el anticonsumismo», «Dícese de aquel personaje de izquierda que presume de ideólogo» (asihablamos.com, 2006). En Colombia, pues, el término tiene relación directa con la crítica a las filiaciones políticas de izquierda y es rastreable hasta los primeros años del PCC, en la primera mitad del siglo XX.

⁶⁶ Un libro interesante sobre el conflicto, titulado «La hora de los dinosaurios» (Salazar y Castillo, 2001), ironiza y critica el error político que significó esa subestimación de la capacidad de desestabilización social de la guerrilla por parte de los gobiernos colombianos.

distanciamiento de ideas como de formas del decir, de *estilos discursivos* cuyo antagonismo también es construido.

Arnoux (2008:89) se ha referido al *estilo* como un «haz de rasgos lingüístico-discursivos que comparten un principio constructor y que podemos asociar con una determinada singularidad». En ese sentido, la investigadora sostiene que las opciones estilísticas que conforman un determinado haz de rasgos pueden conformar un estilo, pero que siempre se trata de una apuesta interpretativa del analista, de acuerdo con su percepción, los objetivos de su investigación y la relación que construya entre problemática y corpus. Esa apuesta se materializa en la determinación de un *estilo discursivo* que permite comprender la globalidad de una discursividad, inferir el nexo central entre los textos y reunir su dispersión.

En esa perspectiva analítica, que adopto en este trabajo, la categoría *estilo* me permite desencadenar el ejercicio interpretativo a partir de la determinación, descripción y relación de rasgos textuales que se tornan relevantes (Arnoux, 2008:98-103). Estimo la relevancia de esos rasgos según su regularidad en el corpus y su convergencia en torno a principios de base, constructores y ordenadores de singularidades en las discursividades gubernamental y guerrillera. Pero también atiendo a lo que esos estilos me dejan entrever acerca de las tensiones entre discursos socialmente contrapuestos, es decir, selecciono los haces de rasgos estilísticos de acuerdo con la capacidad que tienen de inscribir desacuerdos con los adversarios y polemizar con sus modos de hacer y decir en el espacio público.

Dos elementos generales resaltan en los resultados obtenidos en este análisis. El primero tiene que ver con la naturaleza de los rasgos relevados y que presento como *retóricos*. Incluyo aquí el conjunto de figuras, recursos lingüísticos y discursivos, y en general, fenómenos correspondientes a diferentes niveles de lengua articulados de acuerdo con un principio generador de base, que he denominado «amplificación polémica» y que explico más adelante. Los haces de rasgos tienen naturaleza retórica porque, siguiendo la perspectiva problematológica de Meyer (2013[2008]), pretenden suprimir las cuestiones problemáticas y reemplazarlas por respuestas evidentes, esto es, anular la problematicidad de las cuestiones planteadas presentándolas como si ya estuvieran resueltas desde cada perspectiva de mundo:

La idea es subrayar lo que está en cuestión, pero para presentarlo como si, en rigor, no la constituyera realmente. En retórica, el estilo sirve para suprimir lo problemático en la respuesta, pero presentándolo mediante un juego de palabras o mediante un juego con las palabras (...). El juego de palabras pretende volver no problemático algo que podría serlo (Meyer, 2013[2008]:147-148).

De este enfoque se deriva que el estudio de los recursos retóricos regulares en los discursos gubernamental y guerrillero no se interese por hacer un inventario ni proponer una

taxonomía de las figuras, tropos y demás modos de figuratividad en el corpus estudiado. Lejos de ese propósito y siguiendo la tradición perelmaniana, el interés está en analizar la puesta en evidencia de aquellos valores que el orador convoca para adherir a su auditorio, al reforzar el sentimiento de comunidad a través del efecto de proximidad que logran las figuras retóricas (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989[1958]):262-285).

El segundo elemento que atraviesa este análisis recupera y traduce en clave discursiva lo que los estudios sociológicos del conflicto armado han denominado «juego de espejos»:

Se produciría así una asimetría en los fines pero cierta simetría en sus interacciones con la sociedad y su estilo de confrontación mutua. Esto se debería a las interacciones estratégicas que se producen entre los dos bandos, que terminan convirtiéndose en un juego de interacciones negativas, donde cada nuevo hecho de violencia de los actores produce una reacción semejante en el contrario, que da por resultado un "juego de espejos" (González et al., 2002:46)⁶⁷.

Ese juego especular ha sido observado por los analistas en las dinámicas de interacción entre guerrillas y paramilitares. No obstante, en este capítulo muestro que es un juego que se extiende hacia las dinámicas *oposicionales* de los estilos discursivos gubernamental y guerrillero. La lógica especular permite entender cómo es que idénticos rasgos retóricos aparecen en los discursos de ambos actores, pero direccionados en sentidos opuestos. De ahí que se trate de haces de rasgos relevados en función de los posicionamientos que separan a los actores a propósito de cuestiones sociales dadas.

3.2 Los haces de rasgos retóricos

3.2.1 La *epideixis* en la reorientación de lo político

El término *epideixis* (ἐπίδειξις) ha sido traducido como “demostración”, por composición de ἐπί (epi- sobre, lo más importante, lo que sobresale) y δείκνυμι (deixis- señalar o mostrar). Para Cassin (2008:109), enuncia el arte de “mostrar delante, en presencia de un público; el arte de hacer ver o exhibir algo”. El sentido original corresponde menos a lo que se entiende por demostración y más por *mostración* (Florescu, 1982), toda vez que esta última prescinde de la confrontación de la definición con los hechos, es decir, que la primera está anclada al problema de la verdad, con lo cual demostrar es mostrar dos veces: el objeto y

⁶⁷ Los autores se basan en la teoría de la mimesis, de René Girard (1995), para explicar la simetría de las masacres perpetradas por las guerrillas y los paramilitares durante la década del 90: «La masacre puede entonces interpretarse -tanto el hecho mismo, como lo que dicen del acto los actores armados- como ‘la oposición de elementos simétricos’ (Girard, 1995:51) que se realiza por medio de la violencia» (González et al., 2002:72).

la verdad del objeto, mientras que la mostración es el señalamiento categórico de la existencia de algo, y en lo que respecta al tratamiento clásico, el señalamiento de la virtud.

En algunas traducciones, *ἐπιδείξις* se traduce también como “exhibición”, en la misma línea de “mostración”. No obstante, la mayor parte de las traducciones de las retóricas clásicas han asentado el término “Género demostrativo” para referirse al género epidíctico. Pernot (1993) documenta el uso del adjetivo *epideiktikos* antes de su inclusión en la Retórica de Anaxímenes, indicando que significaba “mostrar el talento en cualquier dominio” y señalando la oposición que existía entre *epideixis* y alegatos judiciales, con lo cual se trataba de una forma oratoria muy criticada, desprestigio que transparenta cierta subordinación del género en la tripartición clásica de lo epidíctico, lo deliberativo y lo judicial.

En la visión retórica clásica (Anaxímenes de Lámpsaco, 340 a.C.; Aristóteles, 329/323 a.C.; Cornificio, 86-82 a.C.; Cicerón, 33 a.C.), lo epidíctico es un género oratorio que corresponde a la finalidad de elogiar y vituperar, y a un tipo de rol del oyente: ser el espectador que juzga la virtud y el vicio, lo honesto y lo inmoral, lo bello y lo feo. En el desarrollo de la enseñanza de las artes oratorias, el género epidíctico se fue convirtiendo en un género menor en relación con el deliberativo y el judicial, pues «se trataba al discurso al estilo de los espectáculos de teatro o torneos atléticos (...) [y] presentaba una forma degenerada de elocución que solo pretendía agradar, realzar, adornándolos, hechos ciertos o, al menos, indiscutibles» (Gwynn, 1926:98-99, en Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989[1958]: 96).

No obstante, según lo rescata Pernot (1993, 2013), los neosofistas de la época imperial (como Quintiliano, 95 d.C., y Menandro de Laodicea, III d.C), reivindicaron la función política, religiosa y poética de la actividad epidíctica, especialmente del elogio, al proponer modelos idealizados de realidad cuya fuente era el círculo aristocrático de poder. El elogio tuvo un papel determinante en la estabilización del Imperio romano: permitía instaurar un modelo de ciudad y de gobierno vía el consenso sobre los valores proclamados por la aristocracia. Para Pernot (2013:211), el elogio

daba forma a las ideas alrededor de las cuales la sociedad quería reconocerse (...) [sin embargo,] tenía *de facto* un costo: afirmación de una unanimidad que podía ser mera fachada, sostén otorgado a la ideología dominante, sofocamiento de las oposiciones, adulación, culto a la personalidad.

Aristóteles (2010[329/323a.C.]:79) apunta que el juicio que elabora el auditorio epidíctico se dirige tanto al objeto de lo elogiado o vituperado, como al orador mismo que pronuncia el discurso: «Pues por medio de esto mismo podremos hacernos dignos de fe respecto de la

virtud a nosotros y a cualquier otro». Es decir, que en el género epidíctico se juega también la construcción de la imagen del orador, su credibilidad, que estaría basada en la correspondencia de aquello que alaba o sanciona con respecto a los valores previamente compartidos, aceptados o legitimados por el auditorio; así como en la habilidad, creatividad y originalidad en el manejo de los recursos con los cuales pretende enaltecer o rebajar aquello de lo cual habla. En el sentido expuesto, Aristóteles deja sugerida una cierta amoralidad de la *epideixis*, pues la habilidad del orador para enaltecer o rebajar es, en todo caso, una adecuación con respecto a las necesidades y expectativas inmediatas del auditorio:

(...) siempre hay que atribuir cada una de las cualidades semejantes según lo que más convenga. Por ejemplo, presentar al iracundo y al furioso como francos; y al arrogante, como de gran altura y distinción; a los que se exceden en algo, como si poseyesen las virtudes correspondientes (Aristóteles, 2010[329/323a.C.]:82).

Una mirada distinta al respecto la proporciona Isócrates. En principio, el famoso maestro no distingue lo epidíctico como un género, sino que se refiere más ampliamente a la presencia de la belleza en el discurso como una cuestión ligada a las condiciones del momento, que la hacen relativa: «los discursos no pueden ser hermosos si no se dan en ellos la oportunidad, lo adecuado y lo nuevo» (Isócrates, 2007[390a.C.]:37). Pero además, el orador no puede despojar al *logos* de su virtud moral: la que le proporciona una conjunción de la oratoria con una ética cívica que debe garantizar el beneficio de la polis. En este sentido, el aprendizaje de la retórica (que él ve como una suerte de filosofía política de los discursos) tiene menos que ver con las técnicas de persuasión que con la educación del auditorio hacia la vida en comunidad; esta convicción lo lleva a exhortar así a los griegos al final de uno de sus discursos epidícticos más famosos, el *Panegírico*:

(...) no os marchéis sólo como gente que me ha escuchado, sino que quienes puedan actuar anímense entre sí e intenten reconciliar nuestra ciudad y la de los lacedemonios. Quienes disputan sobre la elocuencia dejen de escribir contra la fianza y sobre otras cosas de las que hablan a tontas y a locas, y rivalicen en sus discursos sobre este tema y examinen cómo hablarán mejor que yo de este mismo asunto. Deben considerar que quienes prometen mucho no deben disputar sobre minucias, ni hablar de cosas que en nada cambiarán la vida de los hombres a quienes persuadan, sino de aquello que, al cumplirse, les hará escapar de su mediocridad actual, y les hará aparecer ante los demás como autores de los mayores bienes (Isócrates, 2007[380a.C.]:128).

Una tensión intrínseca al respecto de los valores se reconoce en ese doble filo de la *epideixis*, entre lo manipulatorio y lo educativo, que ya los sofistas habían hecho extensivo a todo el arte de la retórica. En un sentido menos político, se puede pensar que los discursos epidícticos *representan* los valores compartidos por el auditorio, esto es, simplemente los reproducen a partir del sentir común de los oyentes. Pero también es posible pensar en su

funcionamiento como *refuerzo* de esos valores legitimados, para garantizar un *status quo* particular, como lo interpretan Perelman y Obrechts-Tyteca (1989[1958]:95-105). Con la aparición de su «nueva retórica», estos autores reubican el lugar de la *epideixis* al introducir la noción de “intensidad de adhesión” en la teoría argumentativa. Perelman desmarca la *epideixis* de la función exclusivamente estética, espectacular y conmemorativa, para problematizar el proceso de intensificación de la adhesión a través de una dimensión axiológica de la argumentación, que procura la comunión entre el orador y el público, con el objetivo de disponer a este último a la acción:

el discurso epidíctico se propone acrecentar la intensidad de la adhesión a ciertos valores, de los que quizás no se duda cuando se los analiza aisladamente, pero que podrían no prevalecer sobre otros valores que entrarían en conflicto con ellos (...). Al no temer la contradicción, el orador transforma fácilmente en valores universales, o en verdades eternas, lo que, gracias a la unanimidad social, ha adquirido consistencia (Perelman y Obrechts-Tyteca (1989[1958]:99-100).

Ahora bien, la estabilización de esos valores a través del consenso público es, en sí misma, una meta política; la principal del género epidíctico. El discurso se sirve, así, de la *mostración* y del espectáculo para garantizar la permanencia de un estado de cosas y adelantarse a objeciones futuras, como lo apuntaban tempranamente los mismos autores, en *Logique et rhétorique* (Perelman y Obrechts-Tyteca, 1950:1-34).

Más allá de esa reafirmación orientada políticamente, desde la perspectiva perelmaniana, Cassin (2008:115) apunta que puede tratarse además de la capacidad que tiene la *epideixis* de *modificar* y *crear* otros valores, a través de la conjunción entre persuasión y *poiesis* del *logos* epidíctico:

en todo elogio hay un momento en que el lenguaje se impone al objeto, se erige en su autor, un momento en que la descripción, el lugar común, se abren. Es el momento de laceración y, entre otras cosas, de la creación de valores. Se trata, sin lugar a dudas, del momento de convergencia logológica entre crítica de la ontología e institución de lo político (Cassin, 2008:120).

La fuerza inventiva del *logos*, que desde la tradición sofística se vincula con su capacidad *ergástica* o de productividad a partir de sí mismo, es también fuerza de cohesión y de coerción. Al tiempo que el *logos* crea comunidad a través de la estabilización de valores compartidos, crea las restricciones para ser parte de esa comunidad; condiciona la posibilidad de pertenecer y permanecer en ella, según la comunión con esos valores instaurados y reforzados por el discurso epidíctico.

En lo que sigue, veremos cómo la *epideixis* constituye un rasgo retórico del discurso gubernamental y guerrillero, a través de qué formas elogiosas y vituperantes y cómo operan

sus modos de intensificación de la adhesión según su lógica interna, en términos de una racionalidad retórica (Danblon, 2002; Dominicy, 1996). Estos elementos permitirán explorar la dimensión política de los usos elogiosos y vituperantes en las discursividades analizadas, así como una reorientación de lo político en esos discursos públicos, al respecto del conflicto armado interno.

3.2.1.1 La predominancia del elogio en el discurso presidencial

El discurso presidencial durante el bienio 2010-2012 puede catalogarse como abiertamente elogioso. La presencia reiterada de formas del elogio no es exclusiva, en esa discursividad, de los eventos y situaciones que remiten más directamente -a nivel del género discursivo- a usos elogiosos, como serían las inauguraciones de obras, proyectos políticos o lugares; los reconocimientos a personajes ilustres; las conmemoraciones de fechas importantes; los actos de posesión de cargos públicos y las clausuras de eventos. El elogio predomina en los discursos pronunciados en esos espacios políticos, pero también en aquellos más propios de la deliberación, como las asambleas, los foros, los consejos comunitarios y las alocuciones nacionales.

Presentaré y ejemplificaré las formas elogiosas predominantes en el discurso presidencial, como un modo de acercamiento empírico al fenómeno discursivo a través del análisis de la muestra. Metodológicamente, la clasificación de los usos elogiosos que se presentan en los discursos del bienio inicial del primer Gobierno Santos pretende ordenar el material recogido desde esta categoría de análisis y sustentar textualmente los apartados dedicados a las dimensiones argumentativa y política del fenómeno.

Las formas elogiosas

La característica principal que define al elogio son las marcas de evaluación positiva hacia aquello de lo cual se habla. *Lo elogiado* puede configurar un criterio de clasificación propio, de acuerdo con la naturaleza del objeto (tal es el criterio utilizado, por ejemplo, por Quintiliano, 95 D.C.[1916]), en elogio a personas, lugares, sectores e instituciones sociales. No obstante, este criterio puede decir mucho sobre la situación de discurso, pero menos o muy poco sobre la interacción entre los actores. Optamos, entonces, por utilizar un criterio de *intersubjetividad elogiosa* como parámetro para organizar los usos en el corpus; este criterio puede definirse como la dirección en la que avanza la evaluación del otro, de cara a la intensificación de la adhesión del tercero. La dirección de la evaluación es un *vector*

apreciativo de sentido que asigna el locutor a través de los recursos lingüísticos de los que dispone, así (Figura 3.1):

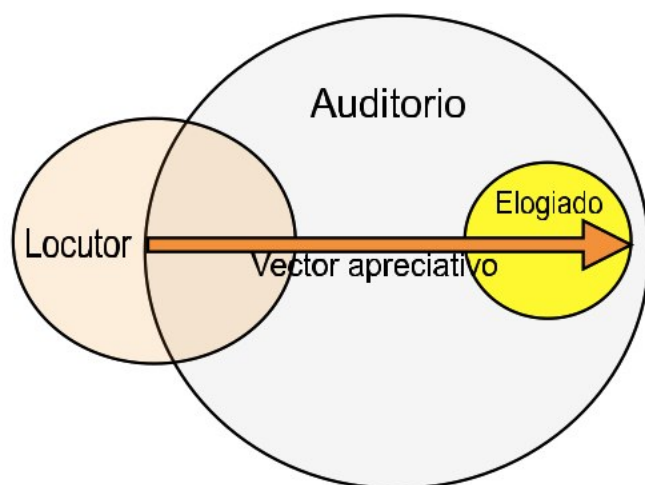


Figura 3.1. Elogio directo

Llamo “directos” a estos usos, porque el vector apreciativo parte del locutor en situación enunciativa (en intersección con el auditorio), se dirige explícitamente al elemento elogiado (que al mismo tiempo hace parte del auditorio, es decir, que elogiado y auditorio constituyen un colectivo de destinación) y atraviesa el espacio del auditorio orientando su adhesión a través de la valoración elogiosa. Discursivamente, el elogio directo se despliega sin mayores opacidades:

El Presidente Uribe *en su sabiduría, gran sabiduría*⁶⁸, hace ocho años lo que hizo fue simplemente aplicar lo que los romanos decían cuando se inventaron la República: La seguridad tiene que ser la primera ley de la República (Santos, 2010, agosto 28).

La “sabiduría” evalúa positivamente la gestión de quienes son traídos a escena para introducir el punto de vista propio. El elogio político, en este sentido, utiliza la exhibición del otro a favor de quien enuncia, pues lo presupone como más cercano a sus propias creencias, a sus marcos de interpretación de la realidad, por lo cual deviene en un discurso de refuerzo ideológico.

⁶⁸ De aquí en adelante, todas las *bastardillas* y *negritas* son añadidas a las citas, para resaltar los aspectos mencionados, excepto cuando se indique explícitamente que esos resaltados hacen parte del original. Asimismo, los corchetes [] son añadidos aclaratorios, cuando es necesario reponer información contextual.

En los discursos presidenciales se pueden identificar 3 variaciones del elogio directo: el agradecimiento, la felicitación y la admiración:

Está en proceso la Ley de Víctimas, ya está firmada por todos los ponentes. Yo *le agradezco mucho* al Congreso, no solamente el paso de ese proyecto de ley, que es un compromiso con el mundo y con nuestras propias víctimas, sino también *les agradezco mucho* que hayan puesto el acelerador a muchos de los proyectos (Santos, 2010, noviembre 6).

El agradecimiento presenta una imagen positiva del otro a través del reconocimiento de que se ha recibido un beneficio de su parte, bien sea de modo intencional (agradecimiento a personas e instituciones) o no intencional (a lugares e inanimados). Este bien recibido suele aparecer explicitado en el elogio, que lo amplifica a través de la axiologización: se trata de un bien urgente, necesario y colectivo, dado “con generosidad” por parte del elogiado:

A propósito de la Policía, quiero *felicitarlo*, general, a usted y a toda su institución. Esta mañana supe que habían rescatado a un secuestrado que llevaba dos meses secuestrado en Norte de Santander (Santos, 2011, julio 30).

La felicitación se dirige a la exaltación del otro en el orden de su hacer o de sus logros. Puede funcionar al mismo tiempo como reconocimiento y como estímulo para la continuidad de las acciones. Lo que se presenta positivamente es la posibilidad de esa continuidad, es decir, la idea de que el otro obra de la manera correcta y que es un deber conservar en el tiempo tal rectitud. Por lo tanto implica, lo mismo que el agradecimiento, una aceptación, pero no de un bien que se recibe, sino de un acto o de un modo de actuar:

Yo le veía a ese padre, un agente de la Policía retirado, *el orgullo* al ver a su hijo superándose y ya graduándose como oficial al lado del hijo del Subdirector de la Policía. General de la Policía, ex agente de la Policía, sus dos hijos graduándose de oficiales. ¡Qué cosa tan bonita y *qué ejemplo* de superación y de movilidad social! Y les decía ayer que la Policía, como son nuestras Fuerzas Armadas, *son un ejemplo* que hoy en día en el mundo entero, todo el mundo *lo reconoce* (Santos, 2010, noviembre 13).

La admiración valoriza directamente al otro en el orden del ser; se trata, por tanto, de una presentación ejemplarizante del elogiado, que encarna modelos para los colectivos sociales, al exaltar sus valores positivos y entronizarlos como ideales. Lo elogioso admirativo pasa por

lo que enorgullece al locutor al declarar al otro como partidario, sumando este orgullo de los valores ajenos al procedimiento valorativo.

Estas variaciones suelen presentarse combinadas en el decir elogioso, con lo cual contribuyen a la potencia de los propósitos amplificadores a través de la acumulación y la intensificación:

Esos comandantes de Fuerza, el director de la Policía, todos los oficiales, todos los suboficiales, todos los soldados de tierra, mar y aire, y todos los policías que participaron en esa operación lo que merecen es *el aplauso*, el apoyo, es *la admiración* no solamente del pueblo colombiano -que la tienen- sino del mundo entero, porque esa operación que fue ejecutada *de forma impecable*, fue un golpe *certero* contra el terrorismo, que las propias Naciones Unidas califican como un flagelo de la humanidad. Por eso el mundo entero también debe estar y está *agradecido* con nuestros soldados y nuestros policías, con nuestros oficiales (Santos, 2012, abril 16).

Las fronteras entre el ser y el hacer se combinan en la valoración apreciativa del agradecimiento, la felicitación y la admiración. Borrar las fronteras equivale a desplazar la evaluación positiva de los sujetos desde lo que son hacia lo que hacen, o viceversa; por ejemplo, sugerir que un tercero es honorable porque ocupa un cargo diplomático de renombre o hace parte de una institución militar. Si bien se trata de elogios directos, podría objetarse sin dificultad que algunos parecen ‘más directos’ que otros al examinar los vectores apreciativos, pues es innegable que al elogiar ciertas políticas o instituciones nacionales -entre ellas, las militares, de las cuales el Presidente de la República es su Comandante en jefe-, la dirección del vector apreciativo apunta también al mismo locutor, responsable y copartícipe de las mismas. Estos cuestionamientos que parecen “torcer” el vector apreciativo y dirigirlo hacia el propio locutor, ameritan alguna atención:

Ya había resaltado que Aristóteles advirtió una naturaleza de doble direccionalidad en el elogio, al incluir la presentación de sí mismo como “digno de crédito en virtud” al hacerse evidente el “talante” del orador epidíctico. Esto mismo aparece sugerido en *Particiones Oratorias*, donde Cicerón (1913:252) define la ampliación como una “afirmación grave que, moviendo los ánimos, concilia fe y crédito al orador”. En las retóricas clásicas, entonces, ya se reconoce una relación entre *epideixis* y credibilidad del orador, si bien los manuales de formación oratoria coinciden en la prudencia que debe guardar el orador al hablar –elogiosamente- sobre sí mismo⁶⁹.

⁶⁹ Ver, por ejemplo, la sección del *ethos oratorio*, en Cicerón, 1913:22; lo mismo que en Quintiliano, 1916[95d.C.]:8; y en Menandro, 1996[III d.C.].

Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989[1958]:491) citan, al respecto, a Plutarco para sostener que el elogio a sí mismo generalmente no se le permite al orador: “en todos los casos en los cuales la vanidad parece determinarlo, el elogio de uno mismo produce un efecto deplorable en los oyentes”, y recuerdan que este era uno de los puntos que criticaba Platón a los sofistas, considerando que eran jactanciosos porque estaban preocupados menos por la verdad que por la adhesión.

Dado que me centro en la dirección en la que avanza la evaluación del otro, presento estas desviaciones del vector apreciativo como *elogios indirectos*, en oposición a los directos. La categoría de la direccionalidad indirecta se manifiesta textualmente en dos formas: la primera de ellas la denomino *auto-elogio*, porque el vector apreciativo parte del locutor, atraviesa el espacio del auditorio y lo orienta hacia la adhesión del elogiado, que es construido por dentro del espacio mismo del locutor (Figura 3.2):

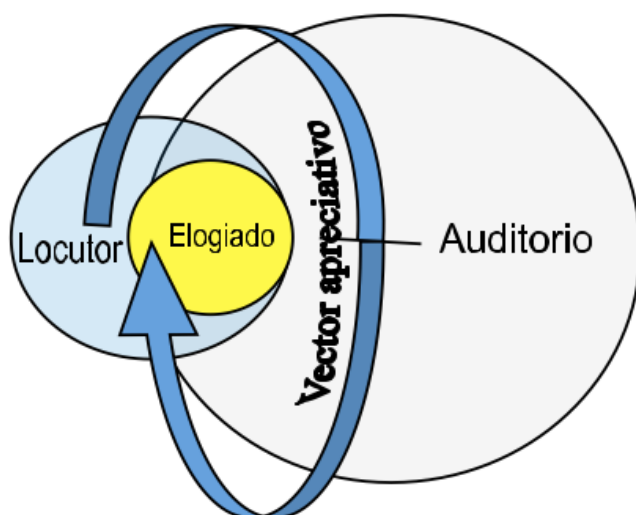


Figura 3.2. Elogio indirecto: auto-elogio

En el auto-elogio la figura del Yo que enuncia ocupa la mayor parte de la escena, es decir, se auto-amplifica. Pero este movimiento retórico no se realiza sin excusar el propio elogio, para neutralizar los posibles efectos contrarios que ya se advertían en las retóricas clásicas:

Yo espero que el país tenga claro que aquí no hay ningún cambio frente a lo que veníamos haciendo en el pasado, que la contundencia con la cual vamos a atacar a esos grupos narcoterroristas seguirá igual o mejor, porque *-perdóneme la falta de modestia-* si alguien sabe cómo enfrentar estos grupos es *este servidor*, que ya *hemos demostrado*, gracias a las Fuerzas Armadas, cómo *les podemos pegar* donde más les duele y donde más efecto hace,

y seguiremos con toda la contundencia del caso, que de eso no quede ninguna duda (Santos, 2011, mayo 14).

Es decir, que se desplaza la valoración positiva del Yo mismo –inmodesto- hacia las acciones que lo hacen un “servidor” del colectivo de destinación, autorizado ya no solo por su rol, sino además por la exposición de sus labores exaltadas. Este desplazamiento hace que el auto-elogio sea un recurso que tiende a dirigirse hacia el pasado, desde donde se traen las ‘hazañas’ a aparecer en la escena del presente, como prueba de los valores de quien enuncia:

Yo he venido aquí muchas veces. Vine aquí al inicio de la zona de distensión [del proceso de paz de El Caguán] -me *acuerdo perfectamente*- me reuní con ese bandido de ‘Raúl Reyes’ a 30 minutos de aquí. *Me acuerdo que le dije: ‘Ojalá no nos vayan a engañar’,* porque el expresidente [Andrés] Pastrana en esa época *estaba actuando de buena fe*. Ustedes conocen el desenlace de todo ese triste, triste y muy lúgubre episodio y experiencia (Santos, 2010, septiembre 18).

Como quedó en evidencia en el examen del elogio directo, aquí lo elogioso sirve también en forma de respuesta –indirecta- a una crítica del adversario: frente al reclamo de su responsabilidad en una decisión política cuestionable, el auto-elogio defiende las acciones de quien enuncia y excusa al otro responsable, elogiándolo directamente.

El elogio dirigido hacia el propio locutor amplifica la evaluación positiva tanto de su *hacer* como de su *ser*. La construcción del *ethos* tiende a recoger los valores universalmente más aceptados e imbricarlos en la presentación del Yo institucional (el rol presidencial) y el Yo personal (el sujeto empírico):

Algunos me han preguntado de la donación que anunciamos, del día de sueldo por parte de la Presidencia, y que *yo dije que yo donaba mi salario entero*. Entonces me han preguntado mucho, bueno ¿pero cuánto es? Que dé la cifra. Entonces aquí la tengo, porque creo que *el pueblo colombiano tiene todo el derecho de saber cuánto gana el Presidente*. La cifra exacta -y aquí está el comprobante de la consignación-, 17 millones 919 mil 749 pesos. Eso es, **menos que los senadores**, muy bien (Santos, 2010, diciembre 18).

Estos auto-elogios vienen cargados con la marcación de datos que refuerzan el acto “admirable”, por medio de acotaciones (negrilla). El *ethos* político parece no poder prescindir de la construcción de un sujeto social positivo que ocupa –o pretende ocupar- un espacio más allá del rol institucional, y del cual pueda decirse no solo que es bueno en lo que hace, sino

que además “es bueno en sí mismo”. Así, el enunciador político juega a difuminar los límites de los roles institucionales y personales:

Ustedes saben que yo he tenido toda *mi vida* una fundación que se llama ‘*el Buen Gobierno*’ (...). Pues bien. En el *Ministerio de Hacienda* me dieron un regalo de cumpleaños -porque *cumplí años* hace un par de días- y me entregaron lo que yo les había dicho que era *mi sueño*, y es *un portal* que lo presentamos anoche en la Andi (Santos, 2011, agosto 13).

El ir y venir entre lo personal y lo institucional, mediado por las formas auto-elogiosas, contribuye a la generación de confianza y credibilidad en el orador, toda vez que los intereses individuales se presentan replegados hacia los intereses colectivos, vinculados con la legitimidad oficial. Otra forma de mostrar lo personal afectado por lo institucional son las auto-referencias a la propia gestión administrativa precedente:

Un Tratado que muchos dicen que hace cinco años estábamos tratando de que se aprobara; y no son en el fondo cinco años, *son 20 años*, porque desde cuando se creó el Ministerio de Comercio Exterior -*yo tuve el inmenso honor y privilegio de ser el primer Ministro de Comercio Exterior*- desde entonces se puso como prioridad número uno el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (Santos, 2011, abril 16).

El ‘honor’ y el ‘privilegio’ remiten aquí a condiciones personales favorecidas por la asignación de cargos públicos, que se incrustan en la exaltación de la gestión realizada en el pasado, traída hasta el presente y revestida de causalidad. Pero la apelación a las glorias pasadas de quien enuncia requiere la complicidad de la memoria del auditorio para ser verosímiles. Este recurso se sostiene, pues, sobre la reivindicación de la memoria social y la instauración de lógicas que permitan ver la presencia del pasado en el presente, como acontece con la causalidad y la progresividad, en:

Cuando -*ustedes me han oído este cuento hace 20 años*- cuando yo estuve de Ministro de Comercio Exterior fui con, precisamente, con la doctora Ingrid Betancourt, que era Asesora del Ministerio en ese entonces, en la *primera gran misión* de empresarios al Asia, que *era desde ese entonces* la región del mundo que *iba a hacer* la locomotora de la economía mundial, *como en efecto hoy lo es* (Santos, 2011, febrero 5).

A través del auto-elogio, quien enuncia se presenta como el gestor y responsable de los hechos pasados que, al trasluz del presente, se convierten en precedentes requeridos en su momento. Esto quiere decir que la presencia del Yo enunciador se amplifica desde la idea de

que fue indispensable y necesaria en tal momento, y por tanto, es necesaria esta presencia también en el hoy, para garantizar la continuidad de los “buenos” procesos:

Pero lo más importante es lo siguiente: *desde hace mucho tiempo, desde hace muchos años*, cuando yo llegué al Ministerio de Defensa, *pusimos en la lista de los objetivos* de alto valor a una serie de bandidos (Santos, 2010, noviembre 20).

Otra forma recurrente de auto-implicarse en el elogio presidencial es acudir a la idea de país, de nación y de patria, para valorar indirectamente su gobernabilidad. El elogio a la nación es una de los movimientos retóricos más potentes para generar la adhesión del auditorio. La invocación al orgullo de la patria y a los valores nacionales convierte al enunciado político en arenga, y su contenido orienta la autoformulación de una imagen positiva exaltada y optimista del país. En estas ocasiones, al exaltar al país en realidad se amplifican las políticas implementadas, y por extensión, a quienes fungen como líderes oficiales de las mismas:

Somos en este momento uno de los *países de moda* en el mundo. Todo el mundo lo señala, los inversionistas. *¡Qué maravilla ese país, Colombia! Cómo está haciendo las cosas de bien*, cómo hay un Congreso que responde *de forma adecuada* a ciertas necesidades. Ojalá Europa, dicen, tuviera *esa visión*. Ojalá Estados Unidos, que hoy está en una confrontación política interna que los tiene paralizados, tuviera *esa visión*. **Salimos** a los mercados internacionales y **nos prestan** al costo más bajo de nuestra historia y **nos ofrecen** todo tipo de recursos y **nos ofrecen** todo tipo de inversión (Santos, 2011, julio 16).

En los resaltado se ejemplifica cómo la pronominalización aprovecha la ambigüedad (negrillas) para demarcar el colectivo de identificación y redirigir el vector apreciativo, haciendo del elogio un auto-elogio:

Todos los países lo que querían es *que Colombia los asesorara* sobre *cómo combatir* los carteles de la droga, *cómo combatir* el terrorismo, *cómo combatir* la delincuencia. **Nos hemos convertido** en *un referente* muy positivo y ya **estamos asesorando** a muchos de esos países, y lo que **establecimos** fue una especie de modus operandi mucho más *organizado*, para que **podamos colaborar** con muchos países que requieren cooperación (2011, junio 25).

En general, estas formas auto-elogiosas se protegen a sí mismas de la acusación de vanidad y rechazo del auditorio apelando, o bien al camuflaje en colectivos de identificación revestidos de nacionalismo/patriotismo, o bien al predominio del pasado en sus

construcciones. Este pasado que se invoca está lleno de glorias –como hemos visto hasta aquí-, pero también puede presentarse como vacío y generar idénticos efectos:

Ayer salió una encuesta; más del 80 por ciento de los colombianos piensan que el país va por buen camino. Eso no se ha visto creo que nunca, *no tiene precedentes* esa cifra. Que el Gobierno tiene una aprobación del 89 por ciento, eso *tampoco tiene precedentes* (Santos, 2010, noviembre 6).

Resaltar la ausencia de precedentes es convertir el vacío del pasado en una forma auto-elogiosa de un presente protagonizado por el Yo que enuncia. En la siguiente cita, por ejemplo, al vacío del pasado para exaltar el presente se suma una forma elogiosa directa –el agradecimiento- por medio de la cual se introduce un auto-elogio al solaparse el *ethos* individual con el *ethos* colectivo, y al mismo tiempo, se opera un refuerzo de la apreciación positiva a través de la acotación (resaltada):

Yo quiero recalcar esa unidad nacional que hoy tenemos, y resaltar algo muy importante: en las últimas encuestas de favorabilidad, que son altísimas, inclusive *sin precedentes* en el apoyo a la *gestión del Gobierno -cosa que agradecemos enormemente-* lo que más me parece importante de resaltar en esas encuestas es que el 80 por ciento de los colombianos encuestados el jueves pasado por CM& -creo que **es la encuesta más amplia que se ha hecho-** el 80 por ciento de los colombianos piensan de una u otra forma que el país va por buen camino (Santos, 2011, agosto 6).

Vemos cómo de nuevo se pueden superponer las categorías que nos empeñamos en revisar separadamente. Es posible plantear uno de estos solapamientos en forma de interrogantes más o menos problemáticos: ¿El llamado *vacío del pasado* no es, en realidad, una forma de evaluar negativamente al otro? ¿Un auto-elogio no implica, en su envés, una descalificación de su opuesto? Si en las retóricas clásicas se definía al vituperio con las mismas características del elogio, pero contrastadas correlativamente, ¿puede decirse que la forma inversa del auto-elogio es el vituperio?

Nos interesan estas preguntas porque reclaman la demarcación de límites conceptuales entre el vituperio y otros usos que se destacan en el corpus, a los cuales no podríamos llamar propiamente vituperios, pese a que se le parecen.

La vituperación censura los vicios que se oponen a los valores exaltados en el elogio. En la *Retórica a Herenio* se resume el método de tratamiento que le dan Anaxímenes, Aristóteles y los posteriores Quintiliano y Menandro: “Como el género epidíctico se divide en vituperio y

alabanza, el vituperio nacerá de las cosas contrarias a aquellas en que se funda la alabanza” (Cornificio, 86-82a.C.:151).

Atendiendo a la predominancia de lo axiológico en la concepción de lo epidíctico, el vituperio hizo parte del género para señalar directamente los valores negativos, despreciados y expuestos como antimodelos de la moral pública, es decir, también acusaron una función política. Esta censura de lo despreciable no se ejecutó a través de la imprecación ni del insulto, en razón de la imagen positiva que debía conservar el orador y de que su decir representaba siempre una forma de su ser. Por el contrario, el entrenamiento para la vituperación requería las mismas técnicas de procedimiento del elogio, donde la amplificación de los valores –en este caso, de los vicios- se realizaba gradualmente y apelando a las herramientas del *ornatos*. Este cuidado en el decir, no contradecía el uso de un discurso que descalificaba directamente al vituperado, evaluándolo negativamente sin ambivalencias.

En la siguiente cita, muestro que regularmente los usos presidenciales no corresponden precisamente al vituperio, si bien resulta evidente la descalificación y la censura que lo caracteriza:

Tenemos una gobernabilidad que nos ha permitido pasar unas leyes muy importantes que *antes nadie se había soñado de pasar*, y las seguiremos aprobando con el apoyo del Congreso de la República. Que además, esa gobernabilidad ya está siendo señalada en el mundo entero como un verdadero ejemplo de una democracia que actúa, y que actúa con responsabilidad. Inclusive países desarrollados dicen: ‘mire el ejemplo de Colombia, *un país que estaba prácticamente en un estatus de Estado fallido*, mire lo que ha logrado respetando las libertades, respetando las instituciones, respetando las reglas democráticas’ (Santos, 2011, febrero 5).

Es decir, que se apela a una evaluación negativa del pasado con un efecto doble: se resalta la gestión administrativa del presente (auto-elogio) y se descalifica lo precedente por representar los valores opuestos a los que se amplifican. Así, se les postula como anti-valores, pero la censura resulta velada por la presencia de la carga auto-elogiosa, y por el uso de recursos léxicos, como modalizadores atenuantes («prácticamente»). Esta ambigüedad en la censura impide etiquetar estos usos como vituperios, por lo cual los llamaré *anti-elogios*, a los que entiendo como una forma indirecta del elogio, o bien, como una variación del auto-elogio.

En términos de la direccionalidad de la evaluación positiva, el anti-elogio está dirigido por un vector apreciativo que se origina en el locutor, introduce a un segundo actor a quien se

valora negativa y discretamente (un *anti-elogiado*, pero no estrictamente vituperado), recorre el espacio público del auditorio y orienta su adhesión al locutor, quien se construye a sí mismo como un sujeto de elogio por contraste (Figura 3.3):

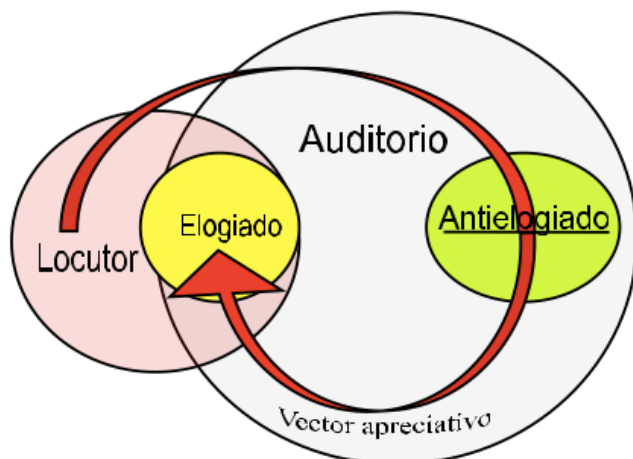


Figura 3.3. Elogio indirecto: anti-elogio

El anti-elogio se sostiene sobre la valoración de un sujeto social que irrumpe en la escena de una realidad caótica o en crisis, para intervenir en ella de manera positiva. Los tonos de esta intervención varían, de la normalización hasta el cambio de rumbo:

Estábamos en una situación *de la peor de todas*: dos países sin relaciones diplomáticas, sin relaciones comerciales, en un ambiente bastante hostil. *Ahí no podíamos empeorar, estábamos en el peor de los mundos*. Lo único peor, que es totalmente inimaginable, sería una guerra. Entonces, por eso hicimos ese paso hacia la *normalización, que es lo lógico, es lo correcto* (Santos, 2010, agosto 21).

Otra buena noticia que recibimos ayer, fue el descenso en las cifras de desempleo. De 12,2 por ciento bajó a 10,6 por ciento. Nosotros *llevábamos una tendencia hacia arriba* del desempleo desde el año 2007. El mes pasado, el mes de agosto *se rompió esa tendencia*, y en el mes de septiembre se acentuó, porque esa disminución es **de las más fuertes que se ha visto en mucho tiempo** (Santos, 2010, octubre 30).

Las formas de intensificación amplifican los tonos de las intervenciones, haciendo que, por ejemplo, la normalización de una situación irregular se haga más notoria presentando a esta última como un extremo decadente, o maximizando la intervención en la perspectiva de sus precedentes (negrilla). La valoración positiva del sujeto social que irrumpe en la decadencia lo dota de saber y de poder, le otorga autoridad y capacidad de juicio desde el punto de vista

moral, ya no solo institucional, y es frecuente que esta asunción axiológica devenga en imperativos hacia la acción.

Apuntalado en la queja colectiva desde la voz presidencial, el anti-elogio que critica la gestión de los gobiernos anteriores autoriza al actual a postular “la manera correcta de hacer las cosas”. En el mismo sentido, la construcción de un pasado oscuro al que se espera no regresar jamás establece un tono distinto con el imaginario del mismo pasado que instaura el auto-elogio:

Son muchos miles de colombianos que al verse en una situación jurídica complicada, pueden optar por volver a la ilegalidad. Imagínense ustedes *otra vez volver al pasado* (Santos, 2010, noviembre 27).

O sea que tampoco hay que ser demasiado quejosos, en el sentido de que *lo que tenemos ahora es muchísimo mejor de lo que teníamos hace seis meses* (Santos, 2011, febrero 19).

Las formas anti-elogiosas se inscriben en una perspectiva optimista de la realidad, proyectada hacia un futuro en el cual se deja atrás un pasado reprochable, o por lo menos, insuficiente para los intereses de los colectivos adherentes. El corte en esa continuidad lo constituye la irrupción del Yo que enuncia, quien viene a garantizar que no habrá regresiones en este proceso de mejora progresiva del mundo:

En ese momento Buenaventura tenía una tasa de homicidios que era de las más altas del país: 80 homicidios por cada 100 mil habitantes. El promedio del país en este momento está en 34. Pues bien, poco a poco, con una labor de las autoridades, de las Fuerzas Armadas, con colaboración de las comunidades, *la situación se ha venido mejorando y mejorando* (Santos, 2011, mayo 14).

Hasta aquí, he diferenciado los usos elogiosos directos de los indirectos, y he designado como indirectos a los auto-elogios y anti-elogios, dando a entender que estos usos operan un re-direccionamiento más o menos velado del vector apreciativo hacia el Yo que enuncia. En el siguiente apartado, abordaré los modos en que se esos elogios generan efectos de intensificación de la adhesión.

Los modos de intensificación

Las elecciones lingüísticas de juicio positivo responden a valoraciones culturales más o menos estandarizadas, es decir, gramaticalmente funcionan como subjetivemas (Kerbrat-Orechionni, 1986). Como todo elemento evaluativo de lengua y en razón de su mecanismo

nuclear de amplificación, responden también a gradaciones que intensifican la valoración en escalas de apreciación positiva.

Los modos más comunes identificados en el discurso presidencial son la reiteración, la superlativización y la ejemplarización. En el siguiente ejemplo aparecen los dos primeros:

los colombianos todos, hablo a nombre de ellos, nos sentimos muy orgullosos de nuestras Fuerzas Militares, de nuestra Fuerza Aérea, de nuestro Ejército, de nuestra Armada, de nuestra Policía. *Los colombianos* por eso tienen a *nuestras* Fuerzas como **la institución más apreciada**. Ese es un acto que no *se gana* de la noche a la mañana, ni *se gana* simplemente por cruzarse de brazos. *Se gana* por el tesón, el amor a la patria, la vocación de servicios y los resultados que nuestras Fuerzas Armadas han obtenido en estos últimos años (Santos, 2012, marzo 10).

Argumentativamente, el superlativo tiene enorme valor aquí porque concentra el sentido general del enunciado haciendo que los demás elementos converjan en él, a manera de conclusión. En cuanto a la reiteración, puede darse tanto en el nivel léxico literal (bastardillas) como en el nivel semántico, a través de la acumulación de ideas convergentes (subrayados). Mientras que la fuerza de las reiteraciones literales reside en la insistencia, la eufonía y la simplicidad directa del mensaje, la fuerza de las reiteraciones ideacionales se encuentra en la variación de los estímulos que focalizan y concentran la atención en un mismo objeto. Ambas realizaciones amplifican la percepción positiva del elogiado de manera gradual (en un eje ‘vertical’ de valoración) y concentran la dispersión de los enunciados (en un eje ‘horizontal’ de temporalidad), como se ejemplifica en la Figura 3.4.

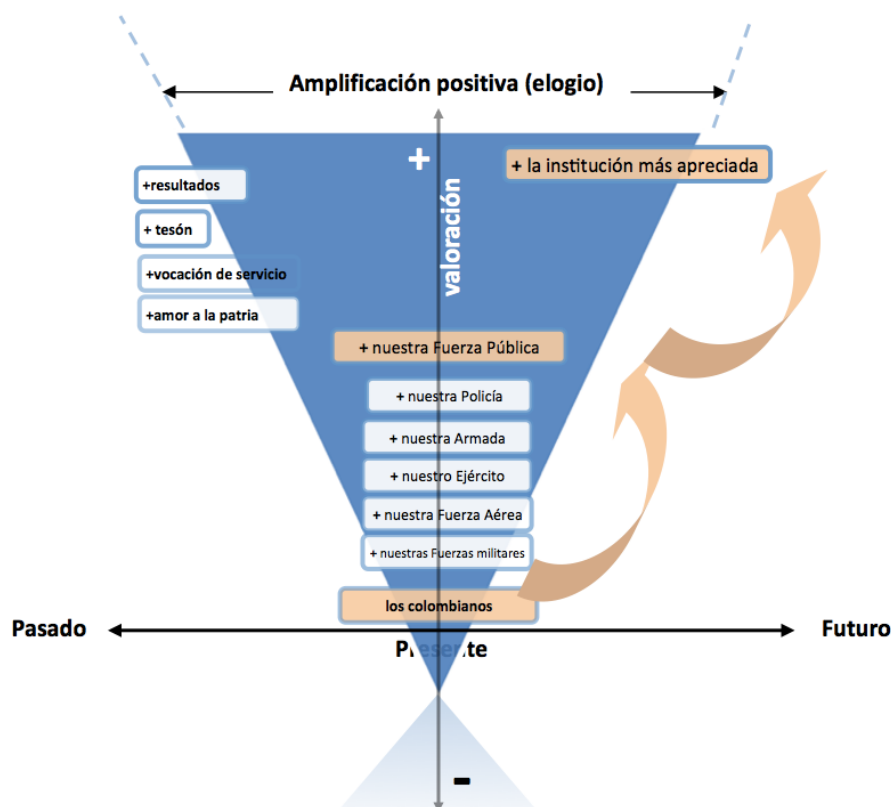


Figura 3.4. Reiteración y superlativización en el elogio

En la Figura 3.4 se ilustra que, a nivel de la cantidad, las reiteraciones múltiples (literales e ideacionales) contribuyen al aumento gradual de la valoración positiva, como un índice de la amplificación; mientras que a nivel del contenido, logran focalizar al auditorio en el objeto de elogio. La repetición del pronominal, en el ejemplo, orienta la percepción positiva del elogiado hacia el sentido de pertenencia de lo colectivo: ‘la Fuerza pública es nuestra, es de todos’. La superlativización es el punto de mayor intensidad del elogio, el lugar que le da sentido a las reiteraciones porque las conecta en función de la carga valorativa positiva. En el nivel de la temporalidad, los modos de la amplificación se concentran en el presente -como lo había advertido Aristóteles-, pero también hacen uso de las referencias al pasado («...los resultados que nuestras Fuerzas Armadas han obtenido en estos últimos años») para proyectar la valoración positiva hacia el futuro. Los elogios, además, son capaces de ir cubriendo un área de referencia cada vez mayor, un espacio de presencia que se va ampliando (triángulo invertido de la Figura 3.4), de modo que el espacio público de enunciación se va haciendo monotemático al irse ocupando con los mismos tópicos que se reiteran.

A partir de una reiteración sostenida, por ejemplo, se llegan a establecer fórmulas de presentación, al modo de epítetos elogiosos, para personas, instituciones o lugares, como sucede al referirse a las fuerzas armadas legales del país como “héroes”:

Nuestros soldados son unos *héroes*, unos valientes que arriesgan su vida todos los días, por ustedes, por nosotros, por Colombia (Santos, 2012, julio 11).

Junto con la reiteración y la superlativización, una tercera forma de intensificación la constituye el señalamiento de modelos sociales de conducta encarnados en personas, lugares, sectores o instituciones. La ejemplarización avanza más allá de la superlativización, porque no solo destaca una preferencia axiológica, sino que además la instaure como ideal común. La instauración de ideales comunes acusa generalmente una dimensión deóntica que busca un doble compromiso del auditorio: el de compartir el reconocimiento de la figura ejemplar (y por tanto, intensificar la adhesión) y el de actuar conforme a esos valores exaltados:

Cómo finalmente se llegó a la aprobación de casi el ciento por ciento de los proyectos que se han presentado, *es algo que hay que celebrar*. El Congreso ha sido blanco de muchas críticas. Y es blanco de muchas críticas, no solamente aquí en Colombia sino en el mundo entero. Pero *es justo y es necesario también resaltar* la labor del Congreso cuando hacen una buena labor, y en esta ocasión, doctor Juan Lozano, fue *un Congreso ejemplar* (Santos, 2010, diciembre 18).

La ejemplarización es un instrumento de refutación de la crítica y la adhesión se desplaza de los valores apreciados positivamente hacia la valoración de instituciones o sujetos políticos concretos. Como sucede en la mayoría de los usos elogiosos analizados, existe un sustrato polémico en la *epideixis* que se encuentra difuminado por lo compartido axiológicamente.

En los enunciados políticos, las reiteraciones, superlativizaciones y ejemplarizaciones suelen aparecer entrelazadas en construcciones anecdóticas. En estos relatos breves interpolados en relatos mayores, el orador presenta las acciones como hechos pasados contundentes que ilustran algún tipo de opinión o perspectiva, y para el caso del elogio, que refuerzan la razón de realizarlo:

Quería resaltar a una *patrullera* de la Policía que ayer **nos dio un ejemplo** de coraje. *Viviana Figueroa*, yo hablé con ella hace como una hora. Esa *patrullera de 22 años*, *Viviana Figueroa*, el día de ayer iba en un taxi para el puesto de Policía y vio cómo unos *delincuentes* estaban atracando a un comerciante, que acababa de sacar una plata para hacer unos pagos. *22 años*, sola. Le dijo al taxista ¡pare! Y se les enfrentó a esos cuatro *delincuentes*. Hirió a uno, está capturado, y los otros tres huyeron. Yo quiero hacerle un homenaje hoy a *Viviana Figueroa*, a esta *patrullera*. Cuando la llamé esta mañana que me enteré, me dijo: ‘Presidente, cómo le agradezco, pero no tiene por qué felicitarme; ese es

mi deber, por amor a mi institución y por amor a mi país'. **Ese es el ejemplo** que nos da una policía, una niña de 22 años, a todos los colombianos. Por eso *nuestras* instituciones, *nuestra* Policía, *nuestras* Fuerzas Armadas, están **en tan buena estima** por los colombianos (Santos, 2010, noviembre 6).

En la construcción de anécdotas el orador se presenta como narrador testigo de los hechos, y como tal, su punto de vista aparece mezclado con la voz narrativa que pretende objetivar el relato y hacerlo verosímil: “Yo tengo una anécdota que la he contado en algunas ocasiones y la voy a repetir hoy...” (Santos, 2011, agosto 13); “Ayer cuando estaba en el partido, me senté al lado de los directivos de la Fifa...” (Santos, 2011, agosto 6); “Resulta que Colombia tiene muchísimas historias de colombianos del común que surgen en el mundo como grandes personajes. Yo quiero presentarles hoy uno de esos colombianos... (Santos, 2011, enero 22)”, etc.

Hasta aquí he descrito e ilustrado los modos recurrentes bajo los cuales aparece la intensificación en los discursos presidenciales analizados. Asimismo, he mencionado que la intensificación se gradúa en escalas que van aumentando la valoración positiva de lo elogiado, a través de recursos como la cantidad, la convergencia y la regularidad de los asuntos. La dificultad de delinear los modos intensificatorios separadamente para establecer categorías se evidencia en los mismos ejemplos, que rara vez ilustran un solo tipo de intensificación, inclusive si se señalan solamente tres de ellos (la reiteración, la superlativización y la ejemplarización, en lo absoluto exclusivas), caracterizados por dejar marcas fuertes en la enunciación.

Las formas elogiosas constituyen un rasgo del estilo discursivo del Presidente Santos; a través de ellas, evita referirse directamente al conflicto armado o a la guerrilla y, con ello, mitiga la gravedad de estos temas en la agenda pública. Si bien el aspecto elogioso es el rasgo menos confrontativo de su discursividad, no por ello deja de cumplir una función estratégica en la desacreditación del enemigo. Se trata de la construcción elogiosa de un presidente honorable, de un gobierno fuerte, de una Fuerzas Armadas ejemplares y de una nación próspera, que habría dejado atrás sus peores épocas de violencia; en ese estado de cosas, la guerrilla y el conflicto mismo resultarían anacrónicos, superados y desplazados como problemas menores, a punto de extinguirse.

Hago notar aquí que el análisis del estilo en la polémica no depende solamente de aquellos segmentos en los cuales se confronta al enemigo incluyendo explícitamente su voz en la enunciación propia, sino también de los segmentos donde las regularidades apuntan a

establecer contrastes entre visiones de la realidad y posiciones antagónicas frente a temas de interés colectivo, como el conflicto armado interno. Para el caso estudiado, a la predominancia del elogio en el discurso presidencial se opone la del vituperio en el discurso guerrillero. Por separado, puede decirse que lo elogioso y lo vituperante son rasgos propios de cada discursividad, pero dentro de la dimensión polémica, es el contraste polarizado entre ese «mundo celebrado» y ese «mundo reprobable» el que constituye un rasgo estilístico de la relación entre los discursos. En ese sentido, aclaro que lo elogioso no es polémico en sí mismo (de hecho, se esfuerza por despolemizar la realidad), sino que entra en el juego de la polémica por contraste con la discursividad que lo enfrenta. Sugiero que es precisamente ese enfrentamiento -entre otros-, como fuerza de choque o de presión, el que hace profundizar las formas elogiosas en el discurso presidencial y lo que hace que esas formas cumplan su papel en la dimensión polémica.

3.2.1.2 La predominancia del vituperio⁷⁰ en el discurso guerrillero

Como en efecto espejo con respecto al discurso gubernamental, el discurso de las FARC-EP también presenta una tendencia epidíctica, pero orientada hacia la vituperación. El predominio de usos del vituperio constituye un factor estructurante en esa discursividad, como explicaré en el abordaje de las formas vituperantes y los modos de intensificación negativa analizados. Sin dejar de reconocer que en el discurso guerrillero también aparecen con frecuencia usos elogiosos, relevo la vituperación como un rasgo estilístico más cercano a la discursividad insurgente que a la gubernamental, dada su mayor regularidad, pero también por los efectos que la fuerza verbal del vituperio abona al posicionamiento antagónico con respecto al estilo presidencialista.

Como se había indicado, en la tradición grecolatina el vituperio se presenta al trasluz del elogio, siempre como su contraparte. En el inicio del *Vituperio de Filipo de Macedonia*, se explicita lo que los rétores aconsejaban en la pedagogía retórica:

No conviene dejar ni la virtud sin alabanzas ni la maldad sin vituperio, pues por medio de ambas acciones subsiste un beneficio: si son alabados los buenos y censurados los malos.

⁷⁰ La etimología de esta palabra remite con precisión al asunto que me interesa enfocar aquí: *vituperare* se deriva de *vitium* (vicio) y el resto puede corresponder a la raíz *pario* (dar a luz, hacer salir) o a la indoeuropea *per(ə)*, otorgar o asignar. Vituperar es, atribuir/mostrar los vicios de alguien. Conservo el uso de este término poco habitual, de manera intencional, en vez de otros como *insulto* (más enfocado en la ofensa y, por tanto, en el efecto producido); *disfemismo*, *palabras tabú*, *malas palabras* (en perspectivas lexicológicas y evaluativas); *invectiva*, *imprecación* (que remiten a géneros textuales o composiciones basadas en insultos) e *injuria*, *improperio* (más cercanos al ámbito legal). Otros términos han sido propuestos para reunir diversas formas de la vituperación y centrarla en las problemáticas que generan a nivel de la intersubjetividad, como el sintagma *calificación peyorativa* (Laforest et Vincent, 2004) y *violencia verbal* (Amossy, 2014).

Así pues, es justo que de todos los que tienen malas intenciones se hable también mal (Demóstenes, 352 a.C.:157).

En el seno de la democracia, entonces, el vituperio será una forma de denunciar los vicios y a las personas que ponen en peligro el bienestar común y contradicen los valores compartidos. El vituperio juzga, desprecia, condena y rechaza; en esta medida, se sostiene sobre una racionalidad moral que se eleva por encima de los vicios que señala abiertamente. Por esta razón, la vituperación es la construcción de una distancia entre la moral del que vitupera y aquello que sanciona (Hastings, 2009:36).

Ese distanciamiento le permite al discurso y a quien lo enuncia, adherirse indirectamente a estándares de conducta legitimados -como en el elogio-, pero además, expulsar de ese campo común a aquellos que se denuncia. Desde este punto de vista de la configuración y refuerzo de colectivos, las diversas formas del vituperio contribuyen poderosamente a la cohesión interna de los grupos, especialmente si están movilizados en torno a luchas políticas públicas (Orkibi, 2012).

La vituperación se asienta en una lógica general de categorización dicotómica. Rosier (2006:65-69) denomina a esa lógica *representación estereotípica*, que establece cierres o fronteras a través de las predicaciones y asigna rasgos identitarios estigmatizantes. La politización de esos rasgos no estriba tanto en el contenido de los insultos como en la oposición que se construye implícitamente entre la virtud y el vicio, que se traducen en *lo digno* contra *lo indigno*; en esa oposición binaria, el vicio que se da a ver es esencial e inevitable (Rosier, 2006:55).

El interés en el estudio del vituperio radica, pues, en sus relaciones con las dinámicas políticas en el sistema democrático, en general, y en las formas de inscribir la oposición en el discurso, en particular, dadas ciertas condiciones en que aparece la vituperación en el espacio público. Si bien posiciones prescriptivas sobre la lengua democrática tienden a despolitizar el vituperio y a reducirlo a estrategias descorteses de agresión verbal irrespetuosa (Álvarez y Chumaceiro, 2011; Bolívar, 2005, 2008), los enfoques interdisciplinarios (Bouchet, Leggett, Vigreux et Verdo, 2005; Ferry et Zagarella, 2015; Université de Bourgogne, 2006) insisten en la comprensión de este fenómeno como una característica de las democracias contemporáneas, en la cual rezuman factores como el descontento general con la política tradicional -y sus modos de decir-, la crisis de representatividad y el reclamo de valores que cohesionen y convoquen a las comunidades, muchas veces apáticas y dispersas.

Existe interés también por proponer tipologías del vituperio, desde diferentes criterios. Ya Rosier (2006) había propuesto una clasificación amplia del insulto, separando directos e

indirectos, según la presencia física (cara a cara) o no del sujeto insultado. Ernotte y Rosier (2004) desarrollaron una división del insulto de acuerdo con la fuente del estereotipo que activa: étnica (*ethnotype*: negro, indio, sudaca, etc.), social (*sociotype*: pobre, fascista, burgués, etc.) y ontológica (*ontotype*: idiota, gordo, inútil, etc.). Estas formas suelen imbricarse y plegarse a un procedimiento que los homogeneiza en la *esencialización* del vicio: hacer pasar lo que se sanciona como constitutivo del sujeto⁷¹.

Las formas vituperantes

Como vía de acercamiento a los vituperios en el discurso guerrillero, distinguiré estas formas de acuerdo con el estereotipo activado en el uso. Ahora bien, etnotipos, sociotipos y ontotipos pueden aparecer como formas vituperantes *propias*, es decir, bajo selecciones léxicas estandarizadas y asociadas con cargas peyorativas reconocibles directamente: *granuja, miserable, corrupto, infame*, etc.; pero también bajo formas vituperantes *impropias* que, en contraste, cargan negativa y políticamente términos como *verdulero, burguesía, lacayo, etc.*

Las formas vituperantes en el discurso guerrillero se concentran en la asignación de sociotipos y ontotipos. Si bien podría pensarse que los ataques a «lo yanqui» serían una forma etnotípica del insulto, el elemento étnico en esos vituperios está circunscrito a la clase política dirigente y al sector empresarial, no a la pertenencia a una comunidad en general:

La lucha contrainsurgente, como la lucha contra el narcotráfico que adelantan los *yanquis*, es sólo una mampara del verdadero propósito re-colonizador imperial al que le hace el juego la *oligarquía vende-patria* (FARC-EP, 2010, agosto 12).

La vituperación fariana se dirige hacia las élites colombianas en el poder para acusarlas de plegarse a los intereses imperialistas de Estados Unidos. El antipatriotismo, el vicio denunciado, es el juicio de valor sobre el cual se sostiene la división entre amigos y enemigos del pueblo colombiano. Para las FARC-EP, el enemigo declarado es el imperialismo y las élites gubernamentales colombianas lo promoverían, tanto por acción como por omisión y sumisión; por ello, el gobierno será presentado como

⁷¹ Los autores aclaran que las categorías de etnotipo y sociotipo *jadis utilisées par l'école praxématique de Montpellier pour rendre compte de la stéréotypie discursive à fort substrat idéologique, les ethnotypes* (Écossais, Blanc, Lafont 1978) *et les sociotypes* (fonctionnaire, petit-bourgeois, Brès 1993), *nous avons aussi été amenés à proposer une troisième catégorie de stéréotypes discursifs: les ontotypes, ainsi nommés parce qu'ils visent des caractéristiques supposées ontologiques de l'individu* (fainéant, imbécile, ...) (Ernotte et Rosier, 2004:35).

vasallo del imperio yanqui y enemigo jurado de los cambios sociales y de nuestro pueblo (FARC-EP, 2010, septiembre 29).

Como afrenta a ese Gobierno subordinado, la guerrilla se rebela para denunciar el abuso de poder, la corrupción y el ‘saqueo’, rebelión armada con la cual pretenden frustrar los intereses expansionistas del imperialismo. En esa lógica, las virtudes patrióticas se anudan al manejo de la economía nacional, que queda involucrada como campo de disputa entre dos proyectos contrarios: nacionalismo colombiano contra extractivismo transnacional:

la insurgencia, aparece como un factor incómodo para que las transnacionales y sus *lacayos oligarcas* criollos continúen el saqueo de la riqueza de los colombianos (FARC-EP, 2012, marzo).

El «corrupto y arrodillado *gobierno lacayo de los yanquis*» (FARC-EP, 2011, diciembre) transparentaría esa sumisión en el manejo de las políticas de inversión extranjera y en la apertura a las empresas transnacionales. Las figuras del *lacayo* y el *vasallo* recuperan de la historia órdenes sociales antiguos y anacrónicos, para actualizarlos en el marco de relaciones sociopolíticas de dependencia, subordinación y servidumbre entre las élites colombianas y los sectores económicos estadounidenses. Desde ese punto de vista, acusar al gobierno colombiano de ser una *oligarquía vasalla* (2012, julio 22) no sería una contradicción, sino una acusación virulenta contra su «agenda de sumisión», extendida a lo largo de los gobiernos de turno:

el excluyente, corrupto e infame pacto de alternación presidencial del Frente Nacional (FARC-EP, 2011, mayo 28).

Santos transita por la misma *agenda de sumisión* que Washington trazó al *criminal* Álvaro Uribe (FARC-EP, 2011, febrero 1).

La acusación de *criminal* contra el expresidente hace pasar el vituperio de un ataque generalizado que se dirige a la institucionalidad, hacia ataques personales contra figuras públicas de renombre. En el discurso guerrillero, estos ataques son recurrentes y, particularmente contra Uribe, lo remarcan como enemigo del pueblo a través de su criminalización:

el más nefasto, corrupto y antipopular; de todos, el del *paramilitar* Álvaro Uribe (FARC-EP, 2011, abril 30).

La vituperación fariana incluye este tipo de imputaciones y recaba en la estrategia de penetración del paramilitarismo en las élites gubernamentales. A partir de ese énfasis, la acusación de *paramilitarismo* lleva hacia imputaciones sobre alianzas de los gobiernos con la mafia y con la corrupción administrativa:

La capa de teflón construida por los amigos de Uribe posibilitando el enriquecimiento desmesurado de ese *círculo mafioso* como fruto de una *inconmensurable corrupción* administrativa, la contemporización complaciente de muchos con la estrategia y práctica *paramilitar* que ya se le conocía y su *fascistoide rechazo visceral* a una solución política del conflicto (FARC-EP, 2011, julio 16).

el *mandatario mafioso* [Uribe] venía construyendo, como instrumento de la *oligarquía colombiana más recalcitrante y descompuesta*, su prospecto de país regido por las mafias de la cocaína, tal como lo deseaba *su mentor en ese sucio negocio*, Pablo Escobar (FARC-EP, 2010, agosto 12).

La sumatoria de antipatriotismo, corrupción y delito se combina de diferentes maneras en los vituperios guerrilleros, para dirigirse hacia el menoscabo y la depreciación tanto de figuras públicas representativas (expresidentes, presidentes, congresistas y políticos, en general) como del orden estatal, en general. Se trata de una animadversión construida a partir de sociotipos claros: las élites oligarcas, los criminales y los antipatriotas son parte del mismo sector que victimiza al pueblo; el Gobierno, consumido por estos vicios, resultaría abiertamente ilegítimo:

las políticas gubernamentales se aplican con *desafueros autoritarios y tiránicos*, de una *necrosada institucionalidad mafiosa y gansteril* (FARC-EP, 2011, noviembre).

El sociotipo de clase social domina la vituperación guerrillera. Los usos de *burguesía*, *oligarquía*, *latifundista* y *terrateniente* son claramente peyorativos y entran en equivalencia con el repertorio de vicios desplegado. Las élites son «truculentas y salvajes» (FARC-EP, 2011, julio 15); de ahí que la pertenencia a ellas ya sea suficiente para ser vituperado:

Nadie puede hacerse falsas expectativas con este *criminal de apellido Santos*, pues él es *representante de la más recalcitrante oligarquía* (FARC-EP, 2010, agosto 17).

La apreciación negativa de la oligarquía superpone el ámbito político al militar y vitupera a las élites en el poder gubernamental por dirigir inmoralmente los destinos de la guerra. En el discurso guerrillero se tensionan dos visiones con respecto a la Fuerza Pública: una que acusa a sus miembros llanamente como criminales, por privilegiar sus intereses y acciones en detrimento de la población civil; y otra visión que excusa a sus estructuras medias y a los soldados, y deposita toda la falta de virtud sobre las élites encargadas de ‘dar las órdenes’:

La situación creada se convierte en una buena oportunidad para que Generales y Coroneles; mandos medios y tropa honesta, que abrazaron la carrera de las armas para servir realmente a la patria; reflexionen sobre la decadencia moral del grupo de *truhanes* que los dirigen (FARC-EP, 2011, abril 6).

Al frente del ejército de la oligarquía que tantas vidas inocentes ha segado con crueldad, estuvieron hombres que hoy posan de militares decorosos cuando en realidad han sido *azote para su pueblo y lisonja para los expoliadores imperiales* (FARC-EP, 2011, junio 9).

En la visión fariana anida un sentimiento de decadencia de la virtud social y de fatalidad por la dominación del vicio; esa representación reconoce en la élite política un poder avasallador de las sociedades dominadas, aun cuando en estas últimas residan los valores que ellas mismas reclaman para la clase política:

las muestras de altruismo de los más se ve arruinada por la larvada labor de una *pandilla de truhanes* pertenecientes en su mayoría a la clase política gobernante (FARC-EP, 2012, mayo 22).

En ese estado de cosas, el poder es omnímodo y controla la percepción de la realidad social. Una de sus herramientas, denunciada regularmente en el discurso guerrillero, es el control sobre los analistas políticos y los medios de comunicación. A ellos también se les vitupera como extensión de los vicios oligarcas:

Esos *pobres analistas y políticos mediocres, aduladores del poder*, que hoy hablan del derrumbe de las FARC ante la muerte del comandante, son *tan ignorantes* que ni siquiera merecen el gesto de nuestro desprecio (FARC-EP, 2011, noviembre 5).

El ataque es recurrente contra los «analistas estipendiados» (2011, marzo 7) y los «*analistas tibios* de la derecha, ó de “centro”, ó de la *seudo-izquierda*» (2010, agosto 12), así como contra los «*reporteruchos y gacetilleros* de la gran prensa» (2010, octubre 8), a quienes se desprecia por su falta de objetividad ante las cuestiones del conflicto, en general, y por la

representación que realizan de la misma guerrilla, en particular. Contra esa especie de complot general, la guerrilla ondea más violentamente sus banderas y refuerza la indignación a través de las formas vituperantes sociotípicas:

La rendición de nuestras banderas no pasa de ser el delirio de un *servil monigote vendepatria* (FARC-EP, 2012, marzo).

construyamos un nuevo movimiento político comprometido con los intereses mayoritarios de los colombianos, extraño a la intolerancia y al engaño, para llamar a cuentas a tanto *sinvergüenza*, a tanto *ladrón*, a tanto *vendepatria* e instaurar un gobierno de dignidad que reconstruya democráticamente la nación (FARC-EP, 2005, Esbozo).

En estos ejemplos, el vituperio sociotípico *vendepatria*, al que ya me he referido, es reforzado por la inclusión de los vituperios ontotípicos *servil monigote*, *sinvergüenza* y *ladrón*. La ontotipificación permite deslizar el ámbito social hacia el personal; el ataque se dirige, así, hacia los modos de ser y de existencia más privada de los objetos del vituperio. De ahí que en los ontotipos se presente mayor variedad de ‘juegos’ depreciativos con cruces de campos semánticos; a propósito del manejo mediático del asesinato de alias el Mono Jojoy y de alias Alfonso Cano, las FARC-EP escribieron en cada momento:

algunos periodistas *robotizados y carroñeros* (2010, octubre 8) (...) *vomitaron* por los medios de *desinformación y manipulación* todo el morbo que les produjo su muerte (2011, marzo).

El primer vituperio ataca a los periodistas y los convierte, al mismo tiempo, en autómatas y en animales carroñeros, por su falta de ética al informar sobre la muerte de cabecillas guerrilleros. El inventario de animales en estos discursos depreciativos es amplio, pero solo interesa ilustrar cómo la selección de esos animales se relaciona con el estereotipo ontológico o con la asociación corriente entre un vicio y un animal particular; ver, por ejemplo, los casos de la rata, el batracio y el lagarto, comunes en el ámbito político:

otros *batracios de esa charca pestilente* que es la traición (FARC-EP, 2010, agosto 13).

Tenemos a *las ratas más peligrosas* conduciendo el gobierno dé cuenta de una clase *burguesa criminal* que cree que con la guerra acabara al pueblo y aplastará la resistencia (FARC-EP, 2010, agosto 15)

esa *cuerda de lagartos* que constituyen el Partido Conservador, siempre, para saltar hacia la tolda que más sombra les brinde (FARC-EP, 2010, agosto 15).

La acusación de marzo de 2011 acude a un campo semántico recurrente en los vituperios ontotípicos del discurso fariano, la descomposición y putrefacción, que suele estar dirigida contra las élites gubernamentales corruptas, difuminando la frontera entre sociotipo y ontotipo:

la extrema derecha y *los sectores más putrefactos e impúdicos* de la oligarquía pro-yanqui, trastocada por el narcotráfico y su mentalidad siniestra se afianzaron en el poder (FARC-EP, 2010, agosto 13).

Ningún crimen de esta *oligarquía pútrida* y criminal ha de quedar impune (FARC-EP, 2011, marzo).

La imagen de la descomposición en estos vituperios se asigna a sectores sociales, pero se les presenta como cuerpos físicos que se van deteriorando por efecto de los vicios que encarnan. Esa corporalización, a través del juego metafórico, les asigna una esencia naturalmente corruptible, que construye el rechazo hacia su supuesta naturaleza. Idéntico juego opera con la transformación de políticas en objetos en descomposición:

parlamentarios, gobernadores, diputados, alcaldes y políticos que le hicieron el juego a esa *basura* fascista (FARC-EP, 2010, agosto 12).

En *una basura* como el proyecto de Ley 085 de restitución de tierras no tenemos sino un folleto de apariencias pensado para, al final de cuentas, crear las condiciones que permitan un macro-despojo legal de la tierra (FARC-EP, 2011, febrero 21).

En general, en el discurso fariano la ontotipificación se orienta hacia la exhortación de la indignación contra la clase política, a la que se le presenta a través de imágenes del mundo animal o de cuerpos en descomposición, para ilustrar potentemente su amoralidad. Hemos visto que esa ontotipia se articula con formas de la sociotipificación y que esas combinaciones asientan efectos de *esencialización* sobre los sujetos y objetos de discurso. En ese proceso, logran descolocar lo que permanece como respetado e intocable (una figura de mando, una institución, un relato, una decisión de gobierno, etc.) y se mueven libremente en el terreno de lo «políticamente incorrecto», campo desde el cual el decir virulento despliega su violencia, pero también su desacuerdo contra aspectos específicos de la gubernamentalidad a la que se opone. El mensaje llega sin ambigüedades y la violencia verbal contribuye a esa expresividad visceral. El contradiscurso se mueve pendularmente entre el ataque a la persona y la denuncia o reproche de sus actos políticos:

el expresidente Julio César Turbay Ayala, el *gangoso gordiflón* del Estatuto de Seguridad y de las torturas en las caballerizas de Usaqué (guarnición militar al norte de Bogotá), dejó perplejo al país con su “*filosófica*” *defensa de la corrupción*, la cual justificó “siempre y cuando se realizara dentro de sus justas proporciones”. *Viejo cínico, permisivo y cómplice* (FARC-EP, 2011, marzo 31).

He mostrado que la voz de la guerrilla maneja con cierta destreza la estigmatización y la polarización social, propia del vituperio político. El sentimiento de indignación brota entre la virulencia de los enunciados y no se cuida de atacar aquello que transgrede el empíreo de las virtudes democráticas, y con particularidad, de las personalidades gobernantes, como ilustro en el ejemplo anterior con el cual cierro esta parte. En las siguientes secciones me referiré a los modos principales a través de los cuales se construyen esos ataques, y posteriormente, a las implicaciones de esos estándares morales en el desarrollo de la lucha armada y de la oposición política.

Los modos de intensificación

Enfocaré cuatro modos de producir intensificaciones de la adhesión a través del vituperio en el discurso guerrillero: acusación, irracionalización, ridiculización y repugnancia. Como apunté en el abordaje del elogio, la evaluación en la lengua epidíctica se nuclea en torno al procedimiento de la amplificación y responden a gradaciones que intensifican la valoración en escalas de apreciación negativa. En este apartado mostraré ejemplos de esas modalidades en orden de su gradación.

A través de diversos modos de la acusación, el discurso de las FARC-EP justifica el levantamiento en armas como una medida de reacción y de legítima defensa. La justificación se sustenta en la valoración negativa que se elabora al acusar a la institucionalidad de injusticia y criminalidad, vicios que deslegitimarían la autoridad y aceptabilidad de los regímenes políticos; frente a su tiranía, lo que se defiende es la vida misma:

El movimiento guerrillero de las FARC-EP como expresión genuina del derecho a la resistencia, que en defensa de la vida, se han visto obligados a acudir a miles de compatriotas alzados en armas contra este *régimen político injusto, criminal, excluyente* (FARC-EP, 2011, abril 30).

Este aspecto de la crítica a la institucionalidad ha sido homogéneo en la discursividad fariana y aparece reiteradamente inclusive en sus documentos programáticos⁷². El argumento de la violencia en defensa de un régimen opresor ha sido construido a lo largo de más de medio siglo, anida en el centro de su mito fundacional y se reafirma en las sucesivas conferencias guerrilleras. En todos esos momentos, la intensificación procede por acusación y acumula diversas valoraciones negativas que se gradúan menos intensamente en el juicio de valor y más violentamente cuando avanzan hasta la imputación y la criminalización:

Éste último *criminal* [Uribe] cambió la constitución para incrementar su período presidencial 4 años más sobre la promesa de derrotar a la insurgencia. Pero también salió mascullando su fracaso, con sus manos chorreando sangre de humildes, pero aún haciendo malabarismos para que le sucediera el otro *asesino* al que venimos enfrentando desde que en el gobierno pasado fungía como Ministro de la guerra sucia y el terror: Juan Manuel Santos (FARC-EP, 2011, junio 9).

La vituperación, entonces, puede avanzar de la acusación a la denuncia pública y de ahí a la imputación de crímenes que habrían quedado impunes. En ese proceso, el vituperio logra enfocar no solo el vicio denunciado, sino además la indignación que suscita a nivel del sistema democrático, esto es, la huella de la transformación que va de una reprobación moral, en un sistema de valores personal, a una sanción social en las arenas públicas. Consustancial a ese movimiento es su efecto de revelación, de develar o ‘quitar la máscara’ con la que se recubriría y protegería el vicio. En los siguientes ejemplos, se denuncia la Política de Seguridad Democrática y el Plan Nacional de Desarrollo como artificios gubernamentales para cubrir intereses económicos privados:

La promoción de *falacias tan infames y efectistas* como el "fin del fin" o el "posconflicto" diseñadas para ocultar los *abusos*, el *enriquecimiento* familiar, la *persecución* a opositores, la *corrupción* y el *autoritarismo* de los últimos gobiernos, no puede seguir justificando el creciente gasto militar (FARC-EP, 2011, agosto 12).

El Plan Nacional de Desarrollo Neoliberal del gobierno de Santos promete *cínicamente* resolver la pobreza con crecimiento económico y lo titula “Prosperidad para todos”. Muy

⁷² En el Esbozo histórico de 2005 se habla de un «régimen montado en unas instituciones *caducas, anti-populares y mezquinas*» y del «contenido profundamente *antidemocrático, dictatorial, pinochetista* dirigido contra el movimiento popular», entre otras valoraciones. En el Manifiesto de la novena conferencia se acusa a congresistas, gobernadores y alcaldes de ser «*peleles* del paramilitarismo» y al gobierno mismo de «*cipayo y arrodillado*». También en la lengua de los dirigentes ideólogos, como Marulanda (Cuadernos de Campaña, 1973), Arenas (Vicisitudes del proceso de paz, 1990) y Catatumbo (Doctrina de la seguridad nacional, 1997), la vituperación acusante es reiterativa: el primero se refiere al Ejército como «*guardia de asesinos*»; el segundo habla de la «*cúpula militar fascista*»; y Catatumbo acusa a gobiernos anteriores de ser una «*rosca de cínicos gobernándonos*».

parecido al de Uribe -el *capo de capos*- quien llamó a su Plan 2007-2010 “Estado comunitario: desarrollo para todos”. Ambos se caracterizan por la afinidad con el discurso del FMI (FARC-EP, 2011, marzo).

El efecto de revelación profundiza la gravedad de las acusaciones porque añade a los vicios que se denuncian la intención de ocultarlos; el engaño es, así, un operador de intensificación de la valoración negativa en detrimento de la imagen del acusado. La relación estrecha entre este modo de vituperación y la configuración de una *erística del discurso verdadero* será abordada en un capítulo posterior, pero desde ya apunta la importancia del vituperio en esa operación de ‘quitar la máscara’.

La imputación también puede deslizarse o mezclarse con acusaciones de irracionalidad y locura; despojar al enemigo de su humanidad lo priva de la razón y la reasigna a aquel que vitupera, en tanto que es quien descubre lo que el otro oculta. Si el enemigo no está cuerdo, sus actos resultan nocivos y peligrosos en el seno de la vida en comunidad; de ahí que haya que denunciarlo y ofrecer resistencia contra el ejercicio de su poder:

aunque se perciba un aparente distanciamiento de la *irracionalidad uribista*, la esencia de extrema derecha y subordinación al imperialismo de esta, le es común a Santos (FARC-EP, 2011, febrero 1).

Juan Manuel Santos, en continuidad con su antecesor Uribe, quieren vender su *descabellada idea* de un inexistente fin de la guerrilla (FARC-EP, 2011, abril 7).

La irracionalización del enemigo también deja en suspenso la idea de que el otro no está en capacidad de comprender la realidad del mundo, y en el sentido de la guerra, ya no puede ser un adversario digno, sino nada más que un ‘demente’ o un «*loco guerrerrista*» (FARC-EP, 2007). En el discurso fariano, esa irracionalización del otro suele presentarse también como metaforización animal en tono despectivo; animalizar para diferenciarse del enemigo se basa en la contradicción humano/animal donde se reagrupan los actores en torno a la capacidad de razonar o de apelar a la fuerza bruta⁷³:

Es muy reciente la historia, muy escandalosos y muchísimos los casos incluidos en este *zoológico de tramposos y asesinos* (FARC-EP, 2010, agosto 12).

⁷³ En este sentido, el apelativo «gorila» asignado al extremismo de derecha, tiene una larga tradición desde el discurso antiperonista en Argentina (Prado, 2010) y se extiende en Latinoamérica hacia el discurso contrahegemónico de las izquierdas. Jacobo Arenas (1990) lo utiliza también en sus textos: «aunque el coro guerrerrista haga todos los días declaratorias de guerra y empuje a los *gorilas* a recomenzarla-, sigue existiendo la posibilidad de unir fuerzas».

El impacto mediático y propagandístico que la nación observa hoy con estupor, resulta en definitiva ser el mismo *perro narco-paramilitar* de Ralito, jalonado con *el collar* de la impunidad prometido por Juan Manuel Santos (FARC-EP, 2012, mayo 22).

Pero si bien la presentación del enemigo como irracional plantea su peligrosidad, el mismo mecanismo funciona también para desprestigiarlo y burlarse de él, cuando la vituperación se desplaza de la irracionalización a la ridiculización. Ridiculizar aquí es el modo de intensificar la reprobación del vicio en el sentido de alzarse por encima de él, desde la virtud del vituperante, y permitirse la mofa frente a la caricatura del enemigo:

el presidente Santos, *ladrando* desde Nueva York, *muy cerca de su amo*, desesperado por deslegitimar la lucha de los pueblos por la justicia, tergiversa la realidad del conflicto interno de Colombia (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Juan Manuel Santos desde el *sarcófago*, en el sótano del castillo del *Conde Drácula*, utilizó sus *vampiresas* para seguir el curso de los acontecimientos (FARC-EP, 2012, mayo 22).

La ridiculización pretende debilitar al enemigo al construirlo bajo la sorna y el sarcasmo; le dice, entre líneas, que no es capaz de generar temor ni respeto. A Santos se le compara con *Mister Bean* (FARC-EP, 2011, julio 15), el personaje cómico inglés que se burla del estereotipo del hombre británico, elegante y razonado, para caricaturizarlo como un payaso torpe y atolondrado. También se ridiculiza su pertenencia a la clase elitista frente a los valores que se le ponen en contraste desde el origen campesino de la guerrilla:

¿Cómo así que un humilde campesino va a imponerles y hablarles de tú a tú a los *señoritos perfumados de las ciudades*? (FARC-EP, 2012, abril).

El vituperio logra despojar de solemnidad al escenario político y a sus dirigentes, con el gesto burlón de los que se marginan en la disidencia. Desde ese lugar de enunciación, la mofa se pretende instrumento de la crítica para desprestigiar a los vituperados, minar su credibilidad y erigir la superioridad moral de los que disienten:

es absurdo que nos sumemos a esa colección de *tontivanos* a los que deslumbran las *cifritas falaces* de los escrutinios electorales (2010, agosto 15).

Ni “fin del fin”, ni “post-conflicto”. Esta guerra no se gana ni se resuelve con mentiras ni con *alharacas vanas* sobre si el régimen reconoce o no, formalmente, la existencia del “conflicto armado”. Este no existe ni deja de existir por simple deseo o dádiva de cualquier

mandatario de turno, o por *la pataleta de un ex presidente mafioso* arrebatado por el odio y la codicia (FARC-EP, 2011, julio 9).

En el modo de la radicalización de la vituperación política, la agresión verbal combina dos llamados simultáneos: el de la indignación contra el engaño del enemigo y el de la desestabilización de sus posiciones de poder. Ambos aspectos convocados tienen en la mofa su potencia y en el escarnio público su orientación más politizante: oponerse al respeto solemne de las figuras públicas y al ambiente acrítico o la resignación frente a sus acciones y decisiones son el objetivo mayor de estas agresiones. Para lograrlo, el discurso guerrillero llega a extremar sus instrumentos y a pasar al modo de la provocación de repugnancia:

el Presidente Santos, *revolcado en sus propias heces*, optó finalmente por violentar una vez más la Constitución del 91 en su afán por sostener un dudoso prestigio con miras a la reelección (FARC-EP, 2012, julio 22).

Repugnar es la forma más directa de provocar aversión, vía imágenes desagradables asociadas a lo escatológico o a la descomposición. En el discurso guerrillero se alude recurrentemente a «la podredumbre de la clase política» (2012, julio 10), al «régimen podrido» (2010, octubre 8) y a la «oligarquía pútrida» (2011, marzo); formas del rechazo que equipara la corrupción del cuerpo con la descomposición de la virtud, en una continuidad que transgrede el registro corriente de la lengua política:

La historia de esta *sentina* que es el sistema electoral colombiano, tiene muchos *momentos de inmundicia neta* que son muy recientes como para olvidarlos. No se pueden olvidar nombres que reafirman *esa asquerosidad* (FARC-EP, 2010, agosto 12).

La contradicción insoslayable la encarnan las fuerzas patrióticas que deben imponerse con monumental fuerza si se quiere de verdad salir del *estercolero de infamias* (FARC-EP, 2012, julio 22).

El modo de la repugnancia política, si bien acude al efectismo del asco más básico, también resulta ser el más estratégico para mostrar al vituperador como un transgresor del orden establecido. La indignación se viste de virulencia cuando el vicio llega a sus peores niveles, esto es, cuando pervierte ya no solo la moral, sino además la corporalidad misma. El paso hacia la justificación de la violencia no es difícil después de instalar la repulsión contra la gubernamentalidad:

Todas *las inmundicias de los gobernantes* justifican a plenitud la vigencia de la lucha armada que se llena de gloria con el florecimiento de los movimientos de masas (FARC-EP, 2011, diciembre).

Como he mostrado, la fuerza de la intensificación de la adhesión se apuntala en distintos modos que provocan efectos cercanos a la acusación/imputación, la irracionalización, la ridiculización o la repugnancia; en todos ellos subyace la indignación social como contenido político de la vituperación. Ahora bien, es el funcionamiento articulado de estos modos el que predomina en la vituperación guerrillera, como se ilustra en esta cita:

Todo estaba diseñado para hacer el juego del neoliberalismo en la “contienda”, para proseguir el *necrófilo* juego del guerrerismo, para hablar a favor de *la ignominiosa* “Seguridad Democrática”, que no es otra cosa que la *vieja y mortecina* “Doctrina de la Seguridad Nacional”. Es decir, para plegarse a las políticas que se hacen en el Pentágono para ser realizadas por cualquier *asqueroso muñeco de la oligarquía* colombiana (FARC-EP, 2010, agosto 15).

El vituperio se concentra en la acusación contra el gobierno colombiano de alinearse con las políticas militares y económicas estadounidenses. En esa denuncia se resalta la ignominia a través de la irracionalización de la figura presidencial, presentada como *muñeco de la oligarquía*, al tiempo que esa imagen deshumanizada se mofa de su autoridad: *muñeco* señala tanto el automatismo del objeto como la burla al carácter del Presidente, ridiculizado al convertirse en juguete de ese *juego del guerrerismo*. Pero toda la vituperación se refuerza con los modos de la repugnancia: *necrófilo*, *mortecina* y *asqueroso* se distribuyen en la cita para orientar los juicios de valor hacia el repudio visceral, que funciona como base de la escisión entre lo moral y lo virtuoso, entre lo digno y lo indigno.

Hasta aquí me he extendido en las formas y los modos predominantes de la *epideixis* gubernamental y guerrillera, con el interés de ilustrar las regularidades encontradas y aproximarme al tono y a una parte del estilo discursivo de esos actores. No obstante, ha quedado pendiente revisar el funcionamiento sociocognitivo de esos rasgos, es decir, la dimensión racional o lógica que subyace en esas formas y modos de lo epidíctico, atendiendo a lo que Danblon (2002) denomina la «racionalidad de la retórica». El siguiente apartado aborda esta cuestión.

3.2.1.3 La racionalidad retórica del elogio y el vituperio

En la perspectiva retórica de Danblon (2002), la justificación es una de las expresiones privilegiadas de la racionalidad humana, toda vez que cuando se justifica un cierto modo de ver el mundo, se le garantiza al auditorio que esa visión es legítima y que está bien fundamentada (fundada sobre argumentos válidos o sobre razones suficientes). Cada acto de justificación sería una representación de esa racionalidad que el enunciador garantiza en su discurso, con respecto a su posicionamiento particular. Ahora bien, las justificaciones no se originan en la nada o se crean espontáneamente; por el contrario, su carácter es histórico y sociocultural, es decir, se apoyan sobre un patrimonio preexistente, tópico: «todo discurso puede ser considerado como la expresión de una parte de nuestro patrimonio tópico (...); esta expresión constituye en sí misma un criterio de racionalidad, es decir, un criterio de adaptación del hombre a su medio» (Danblon, 2002:149).

El análisis de esa dimensión de la justificación en la *epideixis* tendría que describir cómo se generan los procesos de amplificación en la enunciación, y cómo es que esos procesos son huellas del paso de la amplificación a la intensificación de la adhesión producida por el orador. En este punto, asumo con Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989[1958]) que el nivel de adhesión del auditorio es un indicador de persuasión y que la intensificación de este indicador es un proceso retórico que predispone positivamente para la acción desde la decisión y la emoción, además de ser clave en el refuerzo y autojustificación de las propias definiciones de la situación y de los enmarcados interpretativos, así como en la conformación de colectivos de identidad.

Dominicy (1996) ha explicado que la intensificación de la adhesión no nace de la ocurrencia de una representación episódica que puede motivar el orador cuando apela a lo axiológico, es decir, no nace de una representación descriptiva eventual, sino de otra ya disponible en el mundo de valores compartido entre el auditorio y el orador. Con la siguiente cita se puede ilustrar tal postura:

La muerte de Martín Caballero y 19 guerrilleros más el 24 de octubre de 2007. Un hecho que se presentó y aplaudió como una hazaña. Pero que en realidad fue *una cobarde carnicería propia de desalmados* (FARC-EP, 2012, septiembre 3).

Según lo desarrollado anteriormente, para dismantelar el elogio presidencial a la operación contra el cabecilla guerrillero el discurso fariano apela a una amplificación ontotípica y a un modo de irracionalización del enemigo en la valoración negativa (señalada con bastardilla). La pregunta se dirige ahora a la manera en que se espera que el auditorio adhiera a esa

evaluación negativa del enemigo, una vez que el orador ha amplificado su figura al remarcar los vicios que le atribuye y se ha presentado como víctima de esas oprobios.

Primero, Dominicy (1996:11) explica que el orador epidíctico utiliza el camino de la amplificación para hacer que su auditorio “reconozca” los valores nobles o reprobables en la escenificación⁷⁴. En el ejemplo, los vicios han sido formulados como transgresiones a principios morales (en negrita) ligados con el respeto a la vida y la humanidad misma. Luego, el autor sostiene que tal reconocimiento es posible porque no se trata de una descripción eventual, sino de una representación simbólica evocada: la relación entre cobardía y asesinato no está siendo planteada explícitamente en el enunciado, sino que está siendo simbolizada al “crear la presencia (es decir, la activación de nuestra conciencia) de ciertas categorías o de ciertos valores” (p.10). Finalmente, este reconocimiento que es producto de la evocación provoca una intensificación de la adhesión (o del rechazo), con efectos emotivos (p.11), porque inscribe al enunciadador en un colectivo en torno a esas categorías o valores positivamente apreciados. Es de notar aquí que no es suficiente con que el enunciadador se inscriba a sí mismo en esos grupos culturales, sino que hace falta que el enunciadador sea inscrito por el auditorio en un colectivo identitario cuyas fronteras están definidas por las representaciones colectivas, y en este caso, axiológicas, que los constituyen como grupo.

Hay que aclarar que Dominicy (1996) sigue los constructos teóricos sobre el símbolo que elabora Sperber (1974[1988]) desde la antropología cognitiva. De acuerdo con este último, los colectivos evocan representaciones mentales compartidas, referidas a objetos mentales más o menos prototípicos, según compartan rasgos agrupados bajo la etiqueta conceptual de lo evocado, produciendo la actividad simbólica de una zona menos episódica de su memoria (enciclopédica). Las representaciones colectivas están ancladas cognitivamente a la cultura de cada pueblo, es decir, que los símbolos culturales no son sistemas semiológicos cerrados, sino cognitivos: “el conocimiento simbólico no es conocimiento de las cosas o palabras, sino de la memoria de las cosas y las palabras” (Sperber, 1974[1988], p.107).

Dominicy (1996:8) reelabora la teoría de la evocación para el campo discursivo: “Esta teoría sostiene, en general, que los géneros discursivos se caracterizan por tener intenciones meta-comunicativas específicas, realizadas cuando se instaura una determinada “modalidad semántica”, es decir, un cierto tipo de relación con el mundo”. La enunciación política estaría

⁷⁴ (...) par le biais de l'amplification, l'orateur épideictique fait « reconnaître » à son auditoire des types humains hautement valorisés ou hautement dévalorisés, des valeurs communément admises ou communément rejetées (ou, en tous cas, des types humains ou des valeurs présumés tels), et que c'est cette « reconnaissance » qui, à travers l'évocation, provoque une intensité, de l'adhésion ou du rejet, dont les effets sont sans doute émotifs, mais dont les causes profondes participent de la cognition (Dominicy, 1996:11).

caracterizándose, entonces, por el propósito de implantar una relación axiológica con el mundo, apelando a la evocación de valores universales altamente apreciados por parte del auditorio, para provocar su adhesión, y específicamente en el género epidíctico, para intensificarla.

Ya que la *epideixis* se sostiene sobre la idea del acuerdo común, es decir, liberada del problema de la inscripción explícita en lo polémico, la amplificación resulta un recurso argumentativo potente, protegido de la vigilancia de los actores cuando se ponen en escena erísticamente. Dominicy (1996:6) plantea que la amplificación “permite promover un objeto singular al nivel de prototipo, de modo que los actos individuales parecen surgir de su naturaleza inmutable”, naturalizar las acciones y constituir modelos morales. De ahí que el autor retome la clásica asignación aristotélica de los tiempos que corresponden a cada uno de los géneros (el pasado para el judicial, el futuro para el deliberativo y el presente para el epidíctico) e interprete la mención del tiempo presente ya no de modo estrictamente cronológico, sino como “un presente eterno que engloba todas las épocas” (p.7), es decir, colectivo y homogéneo, de manera que la *epideixis* borraría las diferencias entre los actores para instaurar verdades universales, más allá de lo controvertible.

En este mismo sentido, Danblon (2002:130) presenta la amplificación como el argumento específico del género epidíctico, que a diferencia del ejemplo y del entimema, no exhibe la composición tradicional del razonamiento inferencial, sino que “se presenta como evidente, es decir, como natural y, por lo tanto, necesaria”. Tanto en el elogio como en el vituperio, la justificación argumental tiene forma de señalamiento: “el orador hace ‘como si’ la virtud o el vicio fueran obvias para el auditorio” (p.130). Revisemos esta evidencialidad en un típico elogio directo:

De manera que hay una inmensa *responsabilidad*, Carlos, y *le agradezco mucho* que usted entre a *este Gobierno*. *Nos honra muchísimo que un santandereano de su talla* sea participe del Gobierno (Santos, 2010, agosto 14).

Lo que en una enunciación deliberativa aparecería como la evaluación de una acción pública (designar a un funcionario estatal), para lo cual tendría que justificarse la selección de un cierto sujeto, en la enunciación epidíctica aparece como un elogio hacia alguien que lo merece (de ahí el “honor” de su participación) y a quien, además, se le debe algún tipo de retribución (de ahí el agradecimiento). La responsabilidad, que se acusa como requerida, es

transferida al sujeto interpelado a través del elogio directo ‘como si’ tal responsabilidad perteneciera al conjunto de las cualidades que posee.

El resultado es que se crea la ilusión de que el valor apreciativo reside en el objeto de elogio y el valor depreciado en el objeto de vituperio, es decir, se establece una objetivación del mundo subjetivo, toda vez que tal apreciación es un juicio de valor, y como tal, reside en el sujeto, en quien elogia o vitupera. Danblon (2002:131) explica que “esta transferencia de la inherencia permite hacer de un juicio un valor universal (...). El mecanismo del ‘como si’ crea un efecto de evidencia, provoca un efecto de validez”.

Una validez tal solo puede sostenerse sobre la base de una racionalidad histórica que acude a la memoria social para dotar de estatuto epistemológico a la evidencia sensible. Hacen parte de esta racionalidad –según Danblon (2002)-, la concepción inductivista de las regularidades de sucesión y de coexistencia, las cuales hacen suponer a los sujetos que dos eventos o afirmaciones yuxtapuestas se relacionan siempre de modo causal⁷⁵, por una parte, o que guardan relación de condicionalidad necesaria⁷⁶, por otra.

Por la lógica de las regularidades de sucesión, la *epideixis* presenta las acciones y eventos en los cuales estuvo involucrado el elogiado o el vituperado, funcionando bajo principios causales. Por la lógica de la coexistencia, las cualidades del personaje elogiado o los vicios del vituperado se presentan como inherentes a su conducta en cualquier tipo de escenario:

Le dije ahora al general Guatibonza que lo *felicitó*. En esos 37 rescates sí *han muerto dos miembros de la Policía infortunadamente, héroes de nuestra patria, como mueren todos los días infortunadamente soldados y policías, defendiéndonos a todos nosotros*. A ellos, sí les pido un aplauso muy importante (Santos, 2011, julio 30).

Juan Manuel Santos tiene también la hechura de toda esta corruptela, de toda su asquerosa maquinaria. Por ello *se colige que lo que vendrá será más de lo mismo o mucho peor*; no sólo porque así se desprende de los discursos guerrerristas de J. M. Santos, sino porque así lo ha exigido el imperio del norte (FARC-EP, 2010, agosto 15).

En el primer ejemplo, el orador presenta la contigüidad de la muerte de soldados y el rescate de secuestrados bajo una lógica causal, presuponiendo que el auditorio justificará los

⁷⁵ *Si l'on observe un phénomène A, suivi régulièrement d'un phénomène B, on peut en inférer par induction que A est la cause de B, et, corollairement, que B est l'effet de A" (...). Mill remarque que l'esprit humain tend à décrire en termes de causalité des successions ou certains événements sont indépendants de toute cause* (Danblon, 2002:9).

⁷⁶ *Quand nous traitons des affirmations de coexistence, nous ne pouvons faire la différence entre hasard et loi comme nous le faisons pour la succession. Or, nous pouvons supposer que c'est précisément ce type de différence qui nous fournira un critère de séparation entre les deux énoncés: 'tous les corbeaux sont noirs' et 'Tous les hommes sont mortels'* (Danblon, 2002:10).

efectos en razón de la nobleza de las causas. Aquí el elogio refuerza la regularidad de sucesión, al amplificar tanto la causa (los rescates) como los efectos (las muertes). En la segunda cita, el orador hace coexistir el rol del Santos Ministro de defensa con el de Presidente de la República, vaticinando la continuidad y profundización de las políticas bélicas. Ambos ejemplos plantean argumentaciones justificatorias al respecto de la guerra: elogios y vituperios sirven aquí para naturalizar sus hechos violentos y validar modos distintos de mantenerla.

Desde el punto de vista retórico, estas argumentaciones epidícticas funcionan con el mecanismo de la amplificación, y cognitivamente, con el del razonamiento inferencial inductivo contenido en el “como si” que plantea Danblon (2002), es decir, lo que da por sentado el auditorio a partir de la generalización de lo particular. Estos “lugares incuestionables” son los que generan el efecto de evidencialidad en lo enunciado.

La evidencialidad genera también un efecto de validez que justifica inmediatamente lo contenido en los enunciados. El paso de la evidencialidad a la validez es el mismo que se opera internamente en lo epidíctico desde lo estético hacia lo ético, es decir, que el efecto de lo estético en el elogio y en vituperio entraña una decisión ética, o mejor, una preferencia ética, una *proairesis* (Danblon, 2002:144). Esta decisión ética se revela al mismo tiempo en la definición de la imagen del agente, y propone una concepción de mundo compartida. No es difícil pensar, entonces, que el elogio y el vituperio fungan como procedimientos argumentativos en casos en los cuales una elaboración justificatoria enfrentaría fuertes disensos. En esta medida, la alternativa que brindan el elogio y el vituperio es operar efectos de validez, convirtiendo lo evidente en decisión y lo estético en ético. Los desplazamientos racionales que se operan en la enunciación epidíctica se sintetizan así en la Figura 3.5:

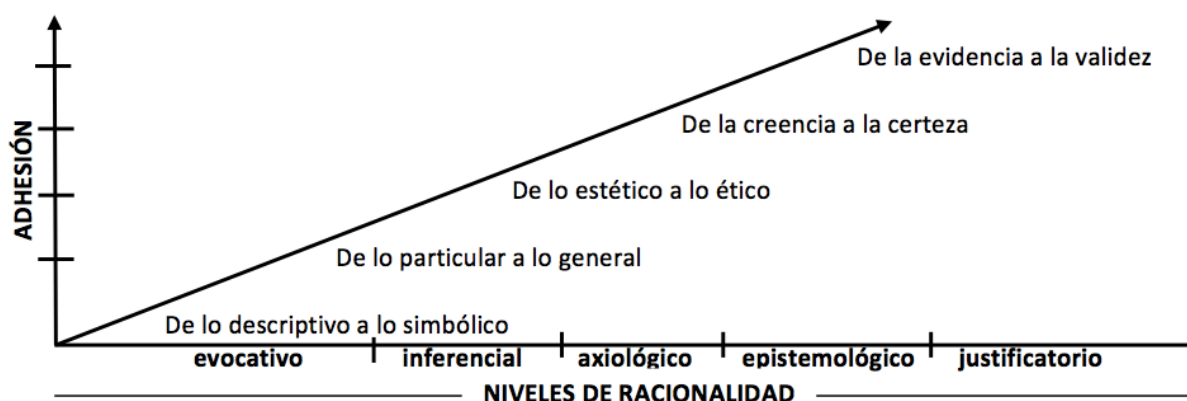


Figura 3.5. Racionalidad retórica de la *epideixis* política

El efecto de validez del elogio es “una suerte de pseudo-razonamiento evidente o inmediatamente justificado” (Danblon, 2002:147), en modo alguno impermeable a la crítica, a la deconstrucción y a la acusación de falaz. No obstante, su fuerza no estriba en la solidez argumentativa, sino en su bajo perfil en las arenas públicas de la polémica; el elogio, por una parte, es “dulce al oído” y se cifra en “la superioridad de las cosas bellas”, como lo definía Aristóteles, y desde la misma perspectiva estética, es capaz de objetivar y de universalizar. El vituperio, por su parte, es potente por lo visceral y amalgama a las comunidades en torno al sentimiento genuino de indignación.

3.2.1.4 La reorientación de lo político en el elogio y el vituperio

Anteriormente ilustré lo que Danblon (2002) denomina la *racionalidad de la retórica epidíctica*, cuyo criterio es el modo expresivo del decir, lo cual exalta el funcionamiento de un orden social para tratar de mantenerlo, es decir, dotarlo de validez a partir del efecto de evidencialidad de los argumentos.

Pero la evidencialidad solo funciona de manera política en la medida en que ancla en las representaciones colectivas del auditorio, es decir, en tanto que no solo acontece como mecanismo cognitivo, sino también sociocognitivo o de cognición social, e involucra el espacio de deliberación pública. Toda vez que el elogio acontece en marcos institucionales, puede decirse que los modos, normas, restricciones, condiciones, etc., de estos marcos

regulan tanto lo dicho como lo mostrado, contribuyendo a mantener la *homonoia*⁷⁷; el punto de ligadura entre la *epideixis* y la cohesión social es una cierta garantía de permanencia de la identidad de los colectivos, a través del refuerzo de la memoria social. Asimismo, en el caso del vituperio, sus marcos por fuera de las instituciones oficiales convocan otro tipo de *homonoia*: aquella que le da voz a los que se sienten acallados, excluidos o violentados por el poder hegemónico.

Como vimos en los discursos analizados, el refuerzo de esa memoria social no se limita a las actividades de conmemoración (si bien en ellas lo epidíctico se inclina aún más hacia lo poético y vela mucho más lo polémico). En las formas elogiosas del discurso gubernamental, lo conmemorativo es desplazado por lo reiterativo, lo superlativo y lo ejemplarizante. El examen del vituperio en el discurso disidente también refuerza unos valores compartidos, pero al trasluz de los vicios denunciados, irracionalizados, ridiculizados y rechazados como repugnantes. Lo político, en esta dimensión de rasgos epidícticos, se juega en el terreno de la *mostración*, y jugando con los términos, de la *puesta en evidencia de lo evidente*.

Estas prácticas de evidencialidad expresan una estructura particular de relaciones de poder de manera contingente y constitutiva. Son prácticas hegemónicas que universalizan un modo particular de relacionarse con el mundo y que pretende representar los intereses de los colectivos adherentes, es decir, la producción de lo universal a partir de las particularidades de cada *proairesis* enunciativa.

No obstante sus diferencias y tendencias opuestas, el núcleo duro de tales particularidades lo constituye la idea del consenso social, cuya diseminación plantea otro modo de entender la democracia, pues supone la negación de su carácter adversativo y agonal, en dos sentidos. Para la *epideixis* elogiosa, se trata de proponer una democracia en términos de racionalidad superior, moderación pasional e interacción argumentativa, es decir, se plantea al consenso como objetivo de la democracia contemporánea; una “democracia discursiva”, en términos de Habermas (1987). El borramiento de lo conflictivo como discusión con el adversario, o la pretensión de hacerlo, se deriva de ese objetivo consensualista. Pero para la *epideixis* vituperante, desmesuradamente pasional, la discusión también está cerrada porque el

⁷⁷ Cassin (2008:157-179) destaca que, en Aristóteles, el término no pertenece al vocabulario de la política, sino al de la ética, como una *politiké philía*, es decir, una amistad cuyo marco es la ciudad. Se trata del consenso sobre los fines y los medios que guiarán las prácticas de la comunidad, y que los ciudadanos aceptan como parte del pacto democrático en el cual se tensionan homogeneidad y diferencia, unicidad y pluralidad. En su interpretación sofística, la *homonoia* «se trata de interpretar lo ‘mismo’, no como un ‘uno’, sino como un ‘con’»; las partes se conjuran en beneficio del todo y el *homo-* se explica en términos de ‘reunión’, de ‘concordia’. El acuerdo se da tanto en las mentes como en las palabras, pues la *homonoia* se produce a través del *logos*.

enemigo es abiertamente amoral; de ahí que no se pueda confiar en él ni cederle más espacio del que ha arrebatado con su dominación violenta. Aquí también se trata de una racionalidad superior, pero sustentada en una moralidad elevada, de la cual el otro carece.

El vínculo consensual en los discursos gubernamental y guerrillero no se encuentra en el consenso en torno a los valores ético-políticos que dirigen las sociedades democráticas (los ideales de convivencia y pluralismo), sino en los sentidos que se construyen, proporcionan y asignan a esos valores, sentidos que pasan como perspectivas únicas de dimensionarlos y experimentarlos. Precisamente, la negación y anulación de esas otras formas que disienten de tales perspectivas y experiencias crean el mundo determinista de lo elogioso y de lo vituperante, el mundo de la política como axiología indiscutible y del consenso como su moral. En ese marco, la oposición al tratamiento evidencial de la realidad sociopolítica y del conflicto armado resulta aparentemente indefensible, dada la impermeabilidad a la crítica y a la autocrítica que ostenta la *epideixis*.

En el terreno de lo político, lo que queda en evidencia es que cuando el elogio se desprende de lo conmemorativo y lo protocolario en la gestión pública, y empieza a ocupar un espectro mucho más amplio de tal gestión, adquiere otras funcionalidades más allá de la *epideixis* en sentido estético. En el mismo sentido, el vituperio queda redimensionado, aun a contracorriente de su incorrección política (Tabla 3.1):

<i>Epideixis</i> estética	<i>Epideixis</i> política
Funciones	
<ul style="list-style-type: none"> • Exhibición (Mostración axiológica) 	<ul style="list-style-type: none"> • Legitimación (Validez y consenso de un orden establecido)
<ul style="list-style-type: none"> • Diplomacia / Denuncia (Protocolo / Indignación) 	<ul style="list-style-type: none"> • Propaganda (Imagen positiva del orador)
<ul style="list-style-type: none"> • Competencia (Demostración de habilidades) 	<ul style="list-style-type: none"> • Cohesión social (Mantenimiento de la <i>homonoia</i>)
<ul style="list-style-type: none"> • Entrenamiento (Aprendizaje de las artes oratorias) 	<ul style="list-style-type: none"> • Institucionalidad (Lucha por relacionar sociedad e instituciones)

Tabla 3.1. Transformación funcional de la *epideixis* estética en política

La *epideixis* política añade una función de legitimación a la mostración axiológica, al modelizar los valores amplificadas o sancionar los vicios y encarnarlos en personas, procesos, acciones y decisiones, presentándolos como consustanciales a ellos. La legitimación es, entonces, un efecto de la relación validez-consenso que, al mismo tiempo, adquiere carácter funcional en la arena política. Hay que notar que esta legitimación no hace

referencia a la autoridad legal, sino a la aceptación que predispone para la decisión y la acción en los colectivos.

El elogio excede las funciones diplomáticas propias de la conmemoración protocolaria y las funciones exhortativas de la indignación -que anclan en sus denuncias-, y las lleva al campo de la propaganda política, con el objetivo de reforzar la imagen de la comunidad de pertenencia, pero no por la imposición o la dominación, sino por la fuerza de la apreciación positiva del orador. Elogio, vituperio y propaganda convergen en ese punto donde la valoración tiene fuerza argumentativa, porque la adhesión se intensifica en razón de lo virtuoso y de lo vicioso⁷⁸.

En las artes oratorias clásicas, la elaboración de discursos elogiosos y vituperantes permitía demostrar y apreciar las habilidades de los oradores para exaltar o denigrar sobre asuntos de cualquier naturaleza. El juego retórico se basaba en la premisa de los sofistas, para quienes era posible enaltecer o denigrar sobre un mismo asunto, de acuerdo con su visión no referencialista del signo. Así, la elaboración epidíctica servía para demostrar la competencia de los oradores en torno a la traducción en palabras de lo apreciado y lo denostado por sus auditorios. El paso hacia la *epideixis* política tiene que ver con el impacto de esa competencia en la generación y refuerzo de lazos sociales; el mantenimiento de la *homonoia* tendrá en estos discursos una herramienta de cohesión de las comunidades.

A esa cohesión que genera lo *epideixis* política, el elogio y el vituperio añaden una búsqueda constante de presentar positivamente a las instituciones oficiales. La institucionalidad se presenta como un rasgo de la identidad que se construye en la conformación de los colectivos identitarios, especialmente cuando se trata de instituciones fracturadas o frágiles por sus acciones/decisiones en la memoria social, evaluadas negativamente por discursos disidentes, y constituyentes de la corporalidad del orden establecido. Por ejemplo, un proyecto político de orden bélico tenderá a reforzar apreciativamente las relaciones entre sociedad e instituciones armadas legales (Ejército, Policía, etc.).

Con las funciones de legitimación, propaganda, cohesión e institucionalidad he tratado de sintetizar en qué consiste la red de relaciones que vincula discursos, sujetos e instituciones alrededor de lo elogioso y lo vituperante en la discursividad gubernamental y guerrillera. Estas relaciones postulan órdenes particulares en las oposiciones políticas, que se vinculan

⁷⁸ Ya Domenach (1950) advertía esa doble funcionalidad de la propaganda política, que es capaz de operar en el terreno de lo individual (formando la opinión y sus formas de expresarla) y de lo colectivo (protegiendo la expresión de las opiniones detrás de la lógica de las multitudes).

con ideologías preconstruidas y los dotan de racionalidad retórica; esto es, los ubican en el centro de las justificaciones que despliegan estos discursos en el marco de la conflictividad social.

A nivel de lo elogioso en el discurso gubernamental, ocurre cierto vaciamiento de lo político⁷⁹. El objetivo de la democracia apunta hacia el consenso y, avanzando un poco más, por fuera del imperativo moral del consenso no existe posibilidad de legitimar ninguna voz disidente, precisamente porque vendría a transgredir todo un aparato axiológico compartido y modelizado, que sirve a los dirigentes a la vez de andamio (para escalar) y de plataforma (para permanecer). En esta medida, lo político se diluye en lo moral, o a lo sumo, es presentado y comprendido en términos que contradicen la esencia misma –conflictiva– de lo político.

Desplazar la retórica deliberativa por la epidíctica en las arenas públicas genera una confusión en torno a la funcionalidad y la razón de ser del discurso presidencial. Si este discurso no busca explicitar la utilidad de las acciones y decisiones, involucrar a los ciudadanos en el gobierno de ellos mismos y de los otros, ni abrir los canales que permitan la confrontación con adversarios (es decir, con enemigos legitimados), lo que queda es un espacio ceremonial donde se reafirma el orden establecido como natural. Asimismo, confunde los sentidos de la participación ciudadana y la rendición de cuentas con los de la propaganda y el espectáculo, al difuminar algunas fronteras problemáticas, como el límite entre el funcionario público y la persona privada, entre la autoevaluación y el auto-elogia o entre la justificación desiderativa y la proyección continuista.

El decir elogioso establece marcos de interpretación dentro de los cuales la polémica pública parece ser arrojada hacia los bordes, bien porque se considere que el espacio deliberativo es el de la discusión privada con los funcionarios del gobierno y que es un proceso interno que no tiene por qué aparecer en el discurso público, o bien porque tal proceso no exista y se llegue a las acciones y decisiones a partir de otros métodos no deliberantes. En este sentido, el discurso presidencial pierde importancia para los intereses democráticos, pues deviene en protocolo y declamación. En cambio, resulta poderosamente

⁷⁹ Holloway (2010) ha advertido una “peligrosa vacuidad” a propósito del discurso presidencial de Barack Obama en la Academia Militar de los Estados Unidos, USMA (o *West Point*) (2009). Lo que el autor advierte es la ausencia de razonamiento deliberativo en el discurso de Obama, y con ello, el peligro que representa para la vitalidad democrática una tendencia hacia la retórica ceremonial, aun reconociendo el marco conmemorativo de la situación comunicativa en *West Point*. En el mismo sentido, Bradford (2006:9) vincula ese vaciamiento con los modelos neoliberales de gubernamentalidad, al resaltar la «supuesta autoevidencialidad y objetividad de expresiones de la ideología política de Estados Unidos, que ofrecen formas discursivas aparentemente no partidarias y presumiblemente universales (o democráticas), valoradas por públicos heterogéneos».

estratégico para otros intereses, según los cuales el conflicto armado interno se reduce al levantamiento en armas de los grupos guerrilleros y no a los conflictos sociales de las comunidades.

A nivel de lo vituperante en el discurso guerrillero, un juicio apresurado llevaría a descalificar sus formas y modos de enunciar contra la gubernamentalidad, en razón de la agresión de esa violencia verbal; este rechazo se basaría en la antinomia agresión/argumentación, o bien, en la que se ubica en su centro: pasión/razón. El efecto de esas asociaciones es la despolitización del vituperio y el refuerzo de una visión de la política como contención de las emociones desbordadas en los grupos sociales. Es en este sentido también que la vituperancia en el campo de lo político parece fuera de lugar, o por lo menos, obsoleta para el imaginario de la ideal-político contemporáneo y de sus modelos de discursividad. El vituperio no solo enrarecería la interacción política, sino que además atentaría contra el espíritu mismo de la democracia, si se la ve desde las prescripciones del respeto, la tolerancia y el *buen decir*: lo políticamente correcto.

Ahora bien, la vituperación guerrillera en vez de negar su naturaleza política lo que nos muestra es una reorientación, un pretendido desplazamiento hacia lo antipolítico, que a su vez hace política a través de la depreciación violenta del imaginario de lo políticamente correcto. En esta medida, el vituperio recupera y traduce en agresión verbal el desencanto común con la política tradicional; esa traducción es comunicada con altavoces y su estridencia es requerida para que la indignación social que construye mueva y conmueva. Hay aquí una voz política que elige presentarse como grito, porque así lo implican las condiciones de su lugar de enunciación: la clandestinidad y la ilegalidad⁸⁰. Su relación directa con la enunciación colectiva o con el decir que debe representar a los individuos de un grupo marginado, hace que el insulto sea poderoso para instaurar una causa y un enemigo común.

No obstante, es precisamente esa potencia unificadora de la agresión verbal la que obtura el campo de la discusión y del acuerdo con los adversarios. La indignación del vituperante no busca convencer ni persuadir al vituperado; más aún, la destinación privilegiada de su palabra no es para el contradictor, sino para la comunidad de pertenencia en función de la justificación de la lucha armada que se libra y de la exhortación a la continuidad de esa lucha. Desde esta perspectiva, el discurso guerrillero también aspira al borramiento de las diferencias y a la consolidación de bloques de opinión y de acción; su discurso, oponiéndose

⁸⁰ Como lo plantea Rosier (2012:4-5), en el insulto político anida la nostalgia de la palabra auténtica y transparente, el deseo de coraje para romper la política verbal, a la que se desprecia como técnica de manipulación y engaño: «el insulto también puede presentarse como una marca de distinción lingüística y de heroísmo retórico».

al proyecto gubernamental, reproduce en espejo la visión consensualista de la democracia desde la cual opera el poder hegemónico.

No se trata, entonces, de una discursividad que aproveche su lugar antipolítico y la estridencia de las formas y modos vituperantes para poner en discusión valores democráticos fundamentales para la vida en comunidad. Tal discusión no es planteada, sino reorientada hacia la idealización y modelización de una moralidad política cuya ausencia es leída como afrenta -la violencia original y causativa del levantamiento armado- y cuya presencia es reclamada como respuesta indiscutible. Para el pluralismo democrático, el principal peligro de esa comprensión de la política en términos de la moralidad idealizada ya ha sido advertido por Mouffe (1999:199-203): la exclusión de la posibilidad del disenso en la esfera pública, la construcción de unanimidad como imperativo de la política y la expulsión, en general, del conflicto en la definición y el tratamiento de lo político. El desplazamiento hacia una *epidexis* política, rasgo en común de los estilos discursivos gubernamental y guerrillero, se dirige hacia ese lugar de desactivación de la diferencia.

3.2.2 La metaforización en la justificación del belicismo

Me interesa relevar la metaforización como un rasgo estilístico compartido en los discursos gubernamental y guerrillero, para mostrar cómo son utilizadas algunas metáforas comunes en la justificación del carácter bélico del conflicto. Este análisis no se centra en la descripción del abundante inventario de metáforas movilizadas por los actores, sino en el relevamiento de aquellas que son utilizadas de modo polémico, para disputar sentidos en torno a la guerra que se libra. Ese énfasis permitirá identificar la contribución que realizan las metáforas a los estilos discursivos que voy delineando en este capítulo como «amplificatorios polémicos», a través de la descripción de sus haces de rasgos.

La metáfora ha contado con un permanente interés por parte de los estudios cognitivos, pragmáticos y discursivos, especialmente a partir de la década del 80, con la revolución que significó el avance de una visión esteticista de la metáfora -desde la retórica clásica- hacia el desarrollo de la semántica cognitiva y la introducción de su dimensión conceptual (Coulson, 2001; Fouconnier & Turner, 2002; Kövecses, 2010; Lakoff, 1987, 1993; Lakoff & Johnson, 1994[1980]; 1999). Los postulados fundamentales de la teoría de la metáfora conceptual se resumen en: 1) el sistema conceptual tiene carácter metafórico inconsciente; 2) la metáfora es un modo de razonamiento sistemático orientado por la experiencia; y 3) estos sistemas funcionan sobre la base de correspondencias o proyecciones entre dominios de las

experiencias humanas⁸¹. Del amplio espectro de los intereses suscitados por la visión conceptual de la metáfora (Gibbs, 2008; Di Stefano, 2006a; Musolff & Zinken, 2009), subrayo su papel en la construcción de justificaciones para respaldar posicionamientos políticos.

En su estudio sobre la literatura panfletaria, Angenot (1982:254-261) propone estudiar la metáfora más allá de la reconstrucción de sus procedimientos analógicos, para centrarse en los ecos, alusiones y prolongaciones ideológicas que convocan. En este sentido, se concentra en la constitución de los campos y encadenamientos metafóricos que se van desplegando en el panfleto para justificar opiniones propias y contradecir las del adversario. En ese proceso, se producen *discordancias ideológicas y remotivaciones metafóricas* que conforman la dimensión polémica del género panfletario. Las primeras, aluden al efecto de choque buscado por la analogía entre campos semánticos contrapuestos (por ejemplo, presentar las acciones del adversario en términos de enfermedad crónica); las segundas, retoman explícitamente las metáforas del adversario para restarles fuerza persuasiva y reorientarlas en su contra.

Ahora bien, en esa dinámica confrontativa la metáfora polémica elabora una conceptualización que se opone a aquella que provoca los campos y encadenamientos metafóricos producidos. Esa especie de *contra-conceptualización* (Di Steffano, 2006b) sostiene el andamiaje argumentativo desplegado en el conjunto de enunciados que construyen un punto de vista. Para develar esos contra-conceptos, rescato una perspectiva retórica del modelo argumentativo de Toulmin (2007[1958]), que lo lee en función de su utilidad para considerar el problema de la aceptabilidad del argumento, manifestada en la pregunta por los medios que se utilizan para justificar las creencias que quedan implícitas en los argumentos como productos. Es en este sentido que Toulmin (2007[1958]) parece concebir epistemológicamente su propuesta y presentarla como lógica práctica, aplicada o factual.

El modelo de Toulmin (1958) pretende superar el clásico aristotélico que concebía un argumento tripartito (premisa mayor, premisa menor y conclusión), añadiendo las categorías de Garantía, Apoyo, Condiciones de refutación y Cualificadores modales, así:

⁸¹ Los desarrollos posteriores de la teoría de la metáfora conceptual han insistido en el valor del contexto y de las variantes culturales, como determinantes en la conexión entre dominios: *context plays a crucial role in understanding why we use certain metaphors as we produce discourse. Conceptualizers seem to rely on a number of contextual factors when they use metaphors in discourse (...) [as] the immediate linguistic context, the knowledge conceptualizers have about themselves and the topic, the immediate cultural context, the social context, and the physical setting* (Kövesces, 2012:303). En el mismo sentido, Gibbs (2008) plantea que la metáfora es un fenómeno discursivo situado, pero no solo en el sentido de que sus significados dependen del contexto (lo cual puede derivar en verlas como entidades que preexisten al lenguaje o al pensamiento), sino que, más radicalmente, *are inseparable from context because there is no division between metaphor and discourse, given that metaphors are both products of discourse and creators of discourse.*

Dada nuestra experiencia general del campo en cuestión (apoyo), y de acuerdo con las reglas o principios resultantes de tal experiencia (garantía), utilizando los siguientes hechos específicos (datos), de una forma cualificada (cualificador modal), se permite concluir lo siguiente (conclusión o pretensión), a menos que exista una específica condición de refutación (excepciones) (Santibáñez, 2009: 252).

La consideración del argumento como acontecimiento situado y producido a partir de unas condiciones siempre particulares y cambiantes, hace que el modelo de Toulmin (1958) pueda leerse más allá de lo meramente proposicional o de la artificialidad que impera en todo modelo. Nos interesa especialmente la categoría de los apoyos, estrechamente vinculada con los *topoi* aristotélicos, y que se ubica en la base del razonamiento inferencial de los argumentos, al constituir respaldos empíricos en forma de supuestos, creencias, lugares comunes, dominios conceptuales, etc., fuertemente enraizados en el conjunto social, o en palabras de Toulmin, Riecke y Janik (1979: 57): «generalizaciones que hacen explícita la experiencia, al establecer la fiabilidad de los argumentos vía su aplicación en cada caso particular».

De acuerdo con Santibáñez (2009), una materialización de los apoyos lo constituye la metáfora conceptual en el engranaje argumental, siempre que se les observe como evidencia social de contenidos tácitos que estructuran dominios y comunidades discursivas. Siguiendo a Santibáñez (2009), es posible ubicar las metáforas conceptuales en un engranaje argumental que vincule el estudio de la metáfora con las indagaciones teóricas sobre la argumentación. El autor propone un marco metodológico basado en el modelo de correspondencias entre dominios (Lakoff & Johnson, 1980; Lakoff, 1993) por medio del cual se rastrea el mapeo a partir de la identificación y caracterización aspectual de los dominios, la descripción de la lógica situacional y la determinación de la metáfora conceptual por inferencia. Esta reconstrucción es presentada bajo la lógica factual del modelo argumentativo de Toulmin (2007[1958]), como lo expongo en el siguiente análisis de las metáforas predominantes en el discurso gubernamental y guerrillero.

3.2.2.3 Las metáforas del discurso gubernamental y guerrillero

La metáfora del camino

Las diferentes expresiones metafóricas que conforman lo que aquí denomino la metáfora conceptual del camino se concentran en la presentación de la política pública general del Presidente Santos. Dos imágenes han sido articuladas para ese efecto: el camino y el tren, o bien, la ruta sobre la que avanza un tren hasta llegar a su estación de destino. Veremos que la

elección de la figura del tren y sus asociaciones (vagones, locomotora, rieles, vías, carbón, etc.) le ha dado una orientación singular a lo que Lakoff y Johnson (2010) llamarían una *metáfora convencionalizada*, como lo es la del camino. Esta figura, en su presentación más básica, alude a la comprensión de un conjunto de actividades, fenómenos y hechos en términos de un proceso progresivo, cuyo punto de partida y de llegada serían claramente identificables.

La imbricación del tiempo en la metáfora del camino fue advertida tempranamente por Bajtin ((1989[1937-38]):394) en su análisis sociosemiótico de la novela: «la metaforización del camino es variada y tiene múltiples niveles; pero el núcleo principal es el transcurso del tiempo». El camino tiene, de hecho, una doble referencia: es espacio y tiempo, o bien, unión espaciotemporal, ligazón esencial desde la experiencia humana que la metáfora conceptual activa.

Al respecto, Olza (2012) apunta algo interesante, en relación con la frontera porosa y ambigüedad intencional entre camino y progreso, al estudiarla en los discursos del grupo armado ETA. Como defiende el autor, la figura del camino orienta positivamente la apreciación tanto de la vía misma como de quienes recorren su trayecto, de tal manera que el recorrido parece conducir siempre a una meta mejor y, por tanto, anhelada. En términos de Lakoff y Johnson (1991[1980]), tendríamos que pensar en una extensión de la apreciación positiva de las metáforas orientacionales *arriba es bueno* y *adelante es futuro*, pues en la metáfora del camino se trata también de un *adelante es bueno*:

En nuestro gobierno nos hemos propuesto afianzar lo logrado en varios años de trabajo por la seguridad democrática, la cohesión social y la confianza inversionista, y *avanzar*; con decisión, *hacia una meta* que incluye, de alguna manera, todo lo anterior: la Prosperidad Democrática, ¡la Prosperidad para Todos! (Santos, 2011, julio).

La metáfora del camino permite instalar el punto de llegada y orientar positivamente su apreciación; así, la Prosperidad democrática (denominación que le dio Santos a su plan de gobierno) pasa de ser una política pública planeada a ser una meta de llegada en el camino que se recorre desde la Política de Seguridad Democrática del gobierno anterior, instaurada en el discurso como punto de partida. En estos términos, se promete prolongar las políticas en la misma dirección, que se presenta como la correcta, y se resuelve la tensión entre continuidad y cambio de gobierno; así lo anunciaba Santos en su discurso de posesión presidencial:

No retrocederemos ni un paso en el sendero recorrido y, tal como lo prometí en mi campaña, *avanzaremos* desde la seguridad democrática hacia la Prosperidad Democrática (Santos, 2010, agosto 7).

La metáfora del camino ayuda a resolver la tensión entre continuidad y cambio, porque privilegia la imagen del avance siguiendo la misma ruta y evita el imaginario de la ruptura (inclusive, presenta esas posibles rupturas de manera negativa y, aún más, los retrocesos), pero al mismo tiempo, hace que las decisiones del nuevo gobierno sean aceptables, porque las perfila por el mismo «buen camino» hacia la meta final, siempre positiva. En este sentido, es el sostenimiento de las políticas públicas las que se presentan como desafíos de gobierno:

el reto de *mantener el rumbo y no aflojar el paso* en nuestro camino hacia la prosperidad» (Santos, 2011:11, informe al congreso).

La metáfora del camino resultó ser estratégica para enfrentar el declive de la Política de Seguridad Democrática y el replanteamiento bélico de las FARC-EP durante el bienio inicial del primer gobierno de Santos. En efecto, la coyuntura histórica fue presentada como la última etapa o el tramo final del camino hacia la prosperidad, de tal modo que el incremento de la violencia fue explicado por la introducción de esa fase final, cuya dificultad devendría naturalmente:

Hemos avanzado muchísimo. Solamente el estar aquí, cuando hace algunos años atreverse a visitar estas tierras era inconcebible (...) El mundo nos reconoce que *hemos avanzado* pero tenemos que seguir luchando, porque no hemos llegado a la otra orilla del río todavía. Nos falta, y *nos falta el camino más difícil, que es el último tramo; el camino más complicado* (Santos, 2010, septiembre 17).

no podemos cambiar de rumbo, tenemos que perseverar. Esa palabra es fundamental: perseverar porque lo que muchos quieren es que podamos *desviar el rumbo*, cambiar la estrategia. Inclusive las propias Farc lo que quieren es eso. Están desesperados para que nosotros cambiemos de estrategia (Santos, 2012, julio 30).

En la coyuntura del replanteamiento estratégico de las FARC-EP, el discurso gubernamental va a insistir en la continuidad del belicismo antinsurgente justificándolo como la fase final de un esfuerzo extendido, de un camino largo. Ahora bien, la metáfora de ese camino va a

buscar más persuasividad a través de la materialización del objeto que recorre la vía: la elección retórica será la de un objeto móvil confiable, económico y noble: la locomotora⁸².

Juntos, gobierno y sector privado, empresarios y trabajadores, vamos a *impulsar las cinco locomotoras* que harán despegar nuestra economía, con un destino cierto: el de la paz y la prosperidad; el de la paz y la creación de empleo. Con el campo, la infraestructura, la vivienda, la minería y la innovación pondremos en marcha el *tren del progreso y la prosperidad* (Santos, agosto 7 de 2010).

Santos se referirá recurrentemente a sus *locomotoras*, figura que utiliza para mencionar los cinco sectores que el plan de gobierno privilegió para la inversión económica⁸³. También defenderá constantemente que se trata de un *tren que avanza por buen camino*, aun a costa de los objetos que obstruyen sus *vías*; el principal de ellos, la lucha armada de la guerrilla:

no vamos a permitir que los violentos *detengan el tren del desarrollo* colombiano (Santos, 2011, mayo 25). Vamos por *buen camino* y ningún grupo terrorista nos va a *desviar de ese rumbo*, porque tenemos unas Fuerzas Armadas más que capaces de asegurar las libertades de todos y cada uno de los colombianos (2012, febrero 3). El propósito nuestro y el gran desafío es *no dejarnos descarrilar*, y continuar con nuestro objetivo de cumplir con *las metas* (Santos, 2011, mayo 18).

Los elementos de la metáfora del camino quedan, así, encadenados o hilados alrededor del proyecto gubernamental. El tren del plan de gobierno ha partido desde la estación de salida, la Política de Seguridad Democrática en la administración anterior, y avanza en buena marcha por una vía irreversible, aunque larga, hacia la estación final: la Prosperidad nacional. El tren arrastra cinco vagones de la economía, sobre los rieles de la educación (Santos, 2011, abril 15) y del sector financiero (2010, agosto 27). El combustible o carbón de ese tren es la inversión privada (2010, agosto 27) y sus obstáculos, la violencia guerrillera en ese último tramo del recorrido, antes de llegar a la estación de destino. Es necesario cuidar que el tren no

⁸² Pese a que en Colombia el tren no es un medio de transporte masivo en funcionamiento, a nivel nacional e histórico existe una vinculación emocional con esta figura. El tren remite a la promesa del progreso que traería su rápida incursión en Colombia (el ferrocarril de Panamá -cuando era territorio colombiano-, se concluyó en 1855, como conexión interoceánica) y el paso hacia el siglo XX, en cuyos primeros años se realizaron grandes inversiones en ferrocarriles. El tren logró permear la cultura en un sinnúmero de canciones populares y obras literarias colombianas; en la época contemporánea, se le ve con cierta nostalgia y se hacen esfuerzos por revivirlo para el sector turístico (Betancur y Zuluaga, 1995).

⁸³ En el PND (2010:7) se define a las locomotoras en los mismos términos metafóricos, como «sectores que avanzan más rápido que el resto de la economía». Este plan de priorización de la inversión es uno de los tres «pilares» definidos para el crecimiento económico sostenible, según el mismo documento. Las críticas a esta política se han concentrado precisamente en ese foco en el crecimiento más que en la redistribución y la intervención sobre la altísima concentración de la tenencia de la tierra en Colombia (Silva-Colmenares, 2011).

sea descarrilado, que no retroceda ni que cambie de rumbo, a través de la continuidad de la política de seguridad pública (2011, agosto 12). En la Tabla 3.2 presento cómo se apoya esta estructura argumentativa en la metáfora conceptual construida: EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN CONFIABLE QUE AVANZA POR BUEN CAMINO:

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	entonces	Se concluye que
	(garantía)	
Los trenes recorren largos caminos hasta las estaciones finales	Para que el tren llegue a la estación final, no debe cambiar de rumbo	Hay que cuidar que el tren llegue a su destino, eliminando los obstáculos del camino
-así como-	-así como-	-así como-
las políticas de gobierno se planean para largo plazo y con metas fijadas.	para que el plan de gobierno se desarrolle hasta su fin, la prosperidad, no debe cambiar de políticas.	Hay que cuidar que el plan de gobierno se realice para que produzca prosperidad, eliminando a la guerrilla.
	(apoyo)	
EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN CONFIABLE QUE AVANZA POR BUEN CAMINO		
METÁFORA CONCEPTUAL		
Tabla 3.2. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora del camino		

En el lugar de las premisas, vemos la importancia dada en el discurso de Santos al rasgo de extensión del camino que debe recorrer el tren, para sugerir la analogía con el alcance de largo plazo de las políticas gubernamentales, en general, y con la Política de Seguridad Democrática iniciada en el gobierno de Uribe, en particular. Esta vinculación explícita será fundamental para orientar la pretensión o conclusión hacia la deóntica del cuidado, que remite a la seguridad y la defensa de las locomotoras, como se hace de modo más directo en esta cita extraída del documento oficial de la *Política de seguridad y defensa para la Prosperidad*:

el Gobierno ha señalado la importancia de diseñar una política que responda a una serie de responsabilidades, consideradas como determinantes para el éxito general de la “Prosperidad Democrática”. Éstas incluyen la *seguridad a las locomotoras para la prosperidad*, la consolidación de la *seguridad* y la *derrota de los grupos armados* al margen de la ley (MinDefensa, 2011:11).

En el modelo, la garantía funciona como principio formal y general que permite el paso de los datos a la pretensión. En la estructura argumental sostenida por la metáfora del camino, ese principio introduce sutilmente el problema del aumento de la violencia en la coyuntura específica, haciendo la analogía con el *obstáculo en el camino*, que haría cambiar de rumbo al tren, lo cual iría en contra del principio de direccionalidad y avance en el que se fundamenta la metáfora del camino. Finalmente, en la pretensión se resuelve ese obstáculo personificándolo en la guerrilla. La reconstrucción de la estructura a partir del modelo de Toulmin permite apreciar estos elementos, pero sobre todo, la función de la metáfora conceptual en el lugar del apoyo argumentativo. Como nos recuerda Santibáñez (2009:256) en su contribución al respecto:

La metáfora conceptual es un procedimiento para inferir verdades particulares desde principios y experiencias aceptadas en ambientes culturales específicos, lo que es, a su vez, una idea muy cercana al concepto de ‘apoyo’ en Toulmin (1958) y Toulmin et al. (1979). Por otra parte, no debe perderse de vista que en la perspectiva de Lakoff (Lakoff & Johnson, 1980; Lakoff, 1994) la verdad es experiencial, materia de interacción, tal como el modelo jurisprudencial de argumentos de Toulmin (1958) sostiene respecto de que las conclusiones de un argumento están siempre sujetas a campos dependientes, de acuerdo con criterios de razonabilidad contextual.

Si bien la metáfora conceptual sobre la que se apoya la argumentación gubernamental define -en términos de un tren confiable- el plan de gobierno, la fuerza experiencial de este concepto no remite solamente a la imagen idílica de la locomotora, sino también y de manera más básica, a la fuerza orientacional de la figura del camino y de su implicación ADELANTE ES BUENO, para la aceptabilidad del argumento.

Ahora bien, el discurso guerrillero plantea una contra-conceptualización para esta estructura argumentativa, concentrándose también en la metáfora del camino. Como se trata de una oposición inserta en el discurso del contrario y al respecto de los tópicos ya introducidos, ubico esa contradicción en el lugar de lo que Toulmin (2007[1958]:137) denomina las «condiciones de refutación» o excepciones que se derivan de la fuerza experiencial de los apoyos y que ponen en duda la pretensión, focalizando y haciendo ver «las circunstancias en que la autoridad general de la garantía ha de dejarse a un lado»⁸⁴. En el

⁸⁴ La introducción de estas restricciones en el modelo de Toulmin es fundamental para desmarcarlo de una lógica abstracta y ubicarlo como parte de una lógica práctica, es decir, afectada por las decisiones en acción. Para Danblon (2013:142-143), *placer un raisonnement dans le cadre contraignant d'une formalisation par le modele de Toulmin incite l'utilisateur à découvrir que, par défaut, toute décision est simultanément un renoncement à une autre décision qui aurait pu être raisonnable dans une autre configuration, voire dans la même.*

discurso fariano aparece de dos modos: indirecto y directo, según retome y ponga en escena implícita o explícitamente la voz del adversario.

Las refutaciones indirectas se oponen a la idea de que el camino por el que avanza la política gubernamental es el correcto y que progresa hacia la prosperidad. Por el contrario, el discurso guerrillero sugiere una especie de estado de extravío, que obligaría a reencontrar el camino, abrirse paso, explorar y cambiar de rumbo:

Colombia podrá cerrarles las puertas a la guerra civil, *si encuentra el resquicio, el camino*, para que nos podamos encontrar y conversar (FARC-EP, 2010, julio 29)

se requiere compromiso, esfuerzo e iniciativas nacionales que obliguen al gobierno a *abrir caminos* hacia la paz (FARC-EP, 2011, agosto 12).

El ejército oficial de Colombia tiene que rescatar su grandeza y las glorias tal cual soñó el Padre Libertador. En Bolívar, no en el Tío Sam y la Doctrina de Seguridad Nacional, está la fuente inagotable para corregir errores y *retomar el camino correcto* (FARC-EP, 2011, junio 15).

La paz es un empeño social, una obra que va a *cambiar el rumbo* de la patria (FARC-EP, 2012, septiembre 2).

Hay que notar que la refutación al concepto que introduce la metáfora del camino no se desarrolla por la vía de la anulación de esa metáfora, sino que se la utiliza para introducir la idea del camino equivocado y del redireccionamiento en el avance. De ahí que insistan en construcciones como «el diálogo es la ruta» (2011, agosto 14) o los «caminos ciertos hacia la paz» (FARC-EP, 2007), que dejan implicada la oposición a las *vías* propuestas por el Gobierno. En este mismo sentido, una construcción metafórica recurrente en esa discursividad es la del *camino* impuesto, para referirse a la lucha armada:

[E]l terrorismo de estado y la violencia impuesta por el régimen *no dejó otro camino* (FARC-EP, 2007).

Esta presentación de la lucha armada como camino impuesto es estratégica para activar la idea de su progreso hacia un punto de llegada positivo, como dijimos, pero también para generar atribuciones implícitas: al Gobierno se le asigna la vía de la guerra, mientras que la guerrilla se atribuye la vía de la paz.

En cuanto a las refutaciones directas, cuyo mecanismo retórico es la *remotivación metafórica* (Angenot, 1982:260), están enfocadas en la figura de las locomotoras de la prosperidad:

Las denominadas “locomotoras del desarrollo” de Santos recorren el país *enloquecidas generando muerte, pobreza y destrucción* del medio ambiente (...) Las locomotoras de las transnacionales, siguen su avance *destrozando* la soberanía y el derecho a la vida digna (FARC-EP, 2011, diciembre).

La refutación añade una personificación negativa a la figura de las locomotoras y las presenta como nocivas, a través de un modo intensificador irracionalizante -como vimos en los mecanismos de la vituperación-. Pero además, va a atacar directamente el interés de ese plan de gobierno, generando un efecto de revelación del verdadero objetivo de las locomotoras: el beneficio de las empresas transnacionales. Aquí la refutación se concentrará en la comandancia del tren, esto es, en la dirección de las políticas gubernamentales, con énfasis en sus efectos perversos:

El anuncio rimbombante según el cual la minería ha de convertirse en la locomotora que jalone el desarrollo socioeconómico del país, es causante de dolor y lágrimas en las comunidades negras e indígenas del Chocó. Esta locomotora *pretende arrasar* todo el tejido social creado en siglos de permanencia de estas comunidades en este territorio (FARC-EP, 2011, marzo).

La remotivación metafórica tendrá especial acento en la crítica a la locomotora minera⁸⁵. La política extractivista y la ampliación de la frontera minera son identificadas, siguiendo el discurso del gobierno, como una prioridad para el desarrollo económico del país. El modo de desacreditar esta orientación de la política económica es la ridiculización («el anuncio rimbombante», «una pequeña maquinita») y la denuncia de que esa política vulnera a las comunidades que se ven afectadas por los proyectos de extracción:

⁸⁵ Desde comienzos del siglo en curso, Colombia ha experimentado un auge de la economía primario-exportadora concentrada en la minería, aun sin contar con el rubro de los hidrocarburos. En la primera década, el ingreso de este sector se estima en 39 mil millones de dólares, lo cual ha llevado a migrar las políticas económicas de sectores tradicionales, como el café, hacia la concentración en el extractivismo intensivo de minerales. En el examen de las racionalidades de gobierno para impulsar las políticas que favorecen esta economía, Vélez (2014:55-56) concluye que «resulta difícil concebir maneras en que el gobierno pueda mitigar o retroceder los impactos sociales del auge minero bajo las actuales condiciones de gobernabilidad que (i) desde el nivel legal se inclina a favorecer la inversión extranjera, y (ii) en el nivel territorial se despliega en mecanismos de securitización legal e ilegal de los minerales, lo que genera un violento despojo de los medios de vida y del control territorial de las comunidades locales (...). La expansión de la frontera minera se ha dado sobre vastos territorios que están en disputa por parte de distintas fuerzas armadas; es por ello que el fomento de la gran minería supone en muchos casos asegurar el control territorial, lo que incluye el uso de la violencia y el desplazamiento de poblaciones que puedan oponerse a las actividades mineras (...). La racionalidad del gobierno, basada en la productividad, la eficiencia y la tecnificación, ha trastornado la temporalidad y espacialidad de la extracción de recursos. A través de la fórmula combinada entre militarización (legal e ilegal) y ajuste normativo, una locomotora minera ha sido puesta en marcha, arrasando paisajes sociales y ambientales de comunidades que, sin embargo, no han dejado de disputar su control del territorio y de los bienes ambientales que alberga».

La “locomotora” minero-energética ha sido la gran esperanza económica de los últimos gobiernos. La supuesta jalonadora del resto de las ramas de la economía, *más que locomotora parece ser una pequeña maquinita* que lleva la economía hacia un abismo económico, social y ambiental (FARC-EP, 2012, abril)

A partir de esa puesta en evidencia, el discurso guerrillero avanza hacia la exhortación a la protesta pública contra la política extractivista; aquí la movilización tiene en la lucha armada un respaldo que se vuelca contra el proyecto *irracional* del gobierno. El sentido desplegado de esa irracionalidad se desliza hacia la sanción moral por la ejecución de acciones viles contra la comunidad; por ejemplo:

Está visto que sólo el poder de la movilización popular es capaz de contener la *irracionalidad de la locomotora* del presidente Santos, que partió *descarrilada arrasando* comunidades históricas en las zonas mineras (FARC-EP, 2012, febrero 15).

El retome de la metáfora del camino en el discurso gubernamental, de manera directa e indirecta, hace del discurso guerrillero un discurso más de reacción que de proposición. Lo reactivo aquí va configurando un estilo a través de la metaforización y, particularmente, de la introducción de condiciones de refutación en el esquema argumental del gobierno. El contra-concepto que urden esas reacciones a través de la metáfora es el siguiente: EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN DESCONTROLADO QUE AVANZA POR MAL CAMINO. En la Tabla 3.3 se puede ver el esquema integrado:

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	entonces	Se concluye que	Pero
	(garantía)		
Los trenes recorren largos caminos hasta las estaciones finales	Para que el tren llegue a la estación final, no debe cambiar de rumbo	Hay que cuidar que el tren llegue a su destino, eliminando los obstáculos del camino	Los trenes mal comandados pueden perder el control y producir desastres
-así como-	-así como-	-así como-	-así como-

las políticas de gobierno se planean para largo plazo y con metas fijadas.	para que el plan de gobierno se desarrolle hasta su fin, la prosperidad, no debe cambiar de políticas.	Hay que cuidar que el plan de gobierno se realice para que produzca prosperidad, eliminando a la guerrilla.	Los planes de gobierno mal dirigidos pueden ser irracionales y vulnerar a las comunidades.
(apoyos)			
EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN CONFIABLE QUE AVANZA POR BUEN CAMINO		EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN DESCONTROLADO QUE AVANZA POR MAL CAMINO	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	
Tabla 3.3. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora del camino			

La metáfora del animal

Lakoff y Turner (1989) hicieron ver que algunas metáforas ontológicas hacen uso de esquemas cognitivos que asocian atributos con órdenes superiores e inferiores, es decir, que jerarquizan ontológicamente humanos (comportamiento racional), animales (comportamiento instintivo), plantas (comportamiento funcional) y objetos (comportamiento físico-natural). La denominada *Gran cadena del ser* permite comprender por qué presentar a una persona en términos de un animal rebaja los atributos de su categoría y los desplaza hacia los de la categoría inferior; inclusive, si se atribuyen rasgos positivos -ÉL ES UN LEÓN- la asociación deja implícita la carencia del rasgo superior en la cadena -ES MÁS INSTINTIVO QUE INTELIGENTE-. En este sentido, la animalización del enemigo es una forma de irracionalizarlo, como ya vimos en los rasgos epidícticos; la metáfora del animal contribuye poderosamente a ese procedimiento en el discurso gubernamental:

en los últimos 8 años, durante el Gobierno del Presidente Uribe, y lo puedo decir como un ex Ministro de Defensa, a mucho honor, del Presidente Uribe: nosotros nos fuimos *detrás de las madrigueras* de muchas zonas del país, no teníamos los recursos, no teníamos la capacidad. Nos propusimos sacar, si queremos realmente derrotar la guerrilla o debilitarla para llevarla a una mesa de negociación, teníamos que *sacar a la guerrilla de muchas de sus madrigueras* (Santos, 2011, agosto 12).

La imagen de la madriguera es la más recurrente en el discurso de Santos. El uso de esta palabra, definida como la «guarida pequeña de animales salvajes» (Moliner, 2009; RAE, 2011) tiene afinidad con términos como escondrijo, cubil, ratonera, cría y fiera (Corripio, 1985), y es común encontrarla en su sentido de sitio retirado donde se ocultan maleantes. En

el discurso presidencial, la asociación de guerrilleros con madrigueras es activada cada vez que entra en referencia la Política de Seguridad Democrática. Se resalta, así, la asociación guerrilla-madriguera, funcional a la idea del acorralamiento del grupo insurgente y el heroísmo de las fuerzas militares del Estado:

Nos propusimos por primera vez a comenzar a *llevarles a sus guaridas*, a sus bases que han venido dominando en los últimos 45 años. *Sacarlos de sus madrigueras* e ir detrás de sus grupos de apoyo (Santos, 2012, julio 27).

¿Hemos reflexionado sobre lo que significa que Cano, Jojoy y otros como ellos no sean ahora una amenaza para el país, ni sigan ordenando muertes, atentados y secuestros? Nunca podemos dejar de agradecer a *los valientes que cazaron* a estos objetivos de alto valor (Santos, 2012, julio 20).

Las secuencias metafóricas que se van encadenando funcionan bajo un esquema de acción ficcional de perseguidores y perseguidos, del cazador y la presa, roles que quedan implícitos por extensión de la metáfora, pero que funcionan en los contextos de enunciación en los que son instalados bajo una lógica bélica que no entra en discusión: ‘la mejor defensa es el ataque’, justificación que responde a la restricción defensiva del monopolio estatal de las armas. La periodicidad recurrente de la enunciación indica que ‘sacarlos de las madrigueras’ se configura como parte del programa de una política militar basada en la presentación de unos y otros actores como cazadores y presas, es decir, que marca la superioridad de los primeros y de una vez el destino de los segundos. Así se justifica la reacción de la guerrilla y el incremento de las acciones armadas durante la transición Uribe-Santos:

La subversión, debido al acoso permanente por parte de nuestra fuerza pública, ha cambiado su estrategia. Nosotros también estamos afinando la nuestra, sin que dejemos de llegar a los más recónditos *rincones* del país para *sacarlos de sus madrigueras* (Santos, 2011, agosto 8).

En los términos en que lo presenta la metáfora, las FARC-EP serían animales acorralados que están a punto de convertirse en presas de sus cazadores: las Fuerzas Armadas. La imagen de la presa reduce, entonces, su peligrosidad, niega su fortalecimiento durante la última etapa de la Seguridad Democrática y justifica el incremento de sus acciones bélicas en razón de la desesperación natural de la *fiera acorralada*:

Ahora los guerrilleros, como *feras a las que se saca de sus cuevas*, salen a *morder a diestra y siniestra*, y en su desespero recurren al terrorismo, que tanto efecto mediático tiene (Santos, 2012, mayo 23).

estamos cada vez más cerca, aunque los últimos trechos son los más difíciles, *las fieras acorraladas siempre son más peligrosas*, y lo estamos –infortunadamente- viendo en estos últimos tiempos (Santos, 2010, diciembre 20).

La metáfora del animal acorralado servirá, entonces, para mitigar y contradecir la percepción de inseguridad o de retroceso en la política de seguridad pública. En lo que se presenta como una última etapa, en cambio, se utiliza la analogía para explicarle al auditorio que es natural que la *fiera* sea más *agresiva*, es decir, se trataría de las medidas más desesperadas de la guerrilla, antes del *fin del fin*:

Lo que vimos el día de ayer fue una población unida en torno a sus autoridades, diciéndole al terrorismo, a esos *coletazos del terrorismo* –porque esos son los últimos *mordiscos de un perro que está moribundo*–, diciéndole: ‘No aceptamos el terrorismo en nuestra Patria’ (Santos, 2010, agosto 13).

En el mismo sentido se utiliza la figura de otro animal, las avispas, para reforzar la explicación gubernamental:

Yo lo he repetido muchas veces: cuando uno ve *un panal de avispas* y se mete al panal para que ese panal se caiga, a destruir ese panal, *las avispas salen por todos lados a picar enloquecidas*. Eso en cierta forma es lo que estamos viendo con los grupos criminales, los grupos armados al margen de la ley (Santos, 2012, febrero 25).

La imagen de las avispas convoca los atributos que el discurso gubernamental buscar activar en el imaginario sobre la guerrilla: animales pequeños -aunque peligrosos y numerosos-, que atacan sin control si se les saca de sus guaridas. Sus acciones armadas van a pasar a llamarse, siguiendo la metáfora, *terrorismo avispa*:

Sabemos, por ejemplo, la campaña de lo que algunos llaman ‘*terrorismo avispa*’, ir en diferentes sitios tratando de hacer actos que tienen una gran resonancia porque es una explosión aquí, una explosión allá, una quema en un carro. Se sabe que eso es lo que los medios más los atrae y más resonancia tiene, que hay un plan para continuar y, si pueden, si la Fuerza Pública les permite, intensificar esa campaña de ‘*terrorismo avispa*’ (Santos, 2012, marzo 3).

Los rasgos activados del dominio fuente, AVISPA, son seleccionados de acuerdo con el plan justificatorio general y, como lo propone Kövecses (2009:23), ajustados al propósito de garantizar la coherencia entre metáfora y objetivo (*the pressure of coherence*)⁸⁶. De tal modo, en vez de activar rasgos como el de la organización interna de las avispas, la metáfora queda orientada hacia la espectacularidad -pero carácter pasajero- de sus picaduras, con lo cual se orienta la interpretación a restarles importancia.

En la Tabla 3.4 presento cómo se apoya la estructura argumentativa en la metáfora conceptual construida: LOS GUERRILLEROS SON ANIMALES ACORRALADOS:

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	de modo que	Se concluye que
	(garantía)	
Los animales se esconden en sus madrigueras y el cazador las persigue	Los animales acorralados se pueden cazar finalmente	los animales acorralados son más agresivos porque pronto se volverán presas
-así como-	-así como-	-así como-
la guerrilla se esconde en el monte y las Fuerzas Armadas las persiguen	la guerrilla se puede derrotar finalmente	la guerrilla ha incrementado sus acciones armadas porque pronto será derrotada.
	(apoyo)	
LOS GUERRILLEROS SON ANIMALES ACORRALADOS		
METÁFORA CONCEPTUAL		
Tabla 3.4. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora del animal		

El discurso guerrillero, por su parte, opondrá a esta conceptualización una reasignación de la metáfora del animal, atribuyéndola a los sectores dirigentes y a la Fuerza Pública. El matiz que le dará es la apreciación negativa de los animales con los cuales va a compararlos, todos asociados con la peligrosidad:

Desde Marquetalia a la fecha, las crecientes y cada vez más entrenadas fuerzas armadas colombianas han estado tras nosotros en una *feroz actividad predatora*, contando a su vez

⁸⁶ This principle, I suggest, makes the user of language adjust his or her metaphors to the surrounding context. It is likely that the principle can explain a large amount of metaphor variation in naturally occurring discourse on the basis of the interplay between universal embodiment, differential experience, and the changing context of communication. In this view, even universal embodiment can be seen as a special case of the pressure of coherence. That is to say, if there are no overriding factors, people can use certain universal metaphors for particular targets (Kövecses, 2009:23)

con la asesoría militar del Pentágono y la ayuda financiera de los Estados Unidos (FARC-EP, 2012, mayo 27).

los capitalistas son como *bestias feroces* que actúan con impresionante alevosía, movidos por el afán de *aniquilar a sus presas* a fin de acumular fortunas (FARC-EP, 2012, septiembre 2).

La metáfora animal en el discurso guerrillero alienta la concepción de un Estado dominado por el belicismo como parte de la política económica hegemónica. Se trata, para ellos, de un proyecto de largo alcance, que se rastrea desde la fundación misma de guerrilla, en Marquetalia, y que sería comandado ideológicamente por la injerencia estadounidense.

A partir de esta visión, en el discurso aparecen los funcionarios públicos como *lagartos* (FARC-EP, 2010, agosto 15); las entidades financieras como *pulpos* (2011, diciembre 27) o *caimanes* (2011, julio 15); los empresarios como *chacales* (2011, abril 16) y, en general, los actores del sector empresarial como *fieras* (2011, septiembre 4) con sus *garras del economicismo* (2012, abril).

La peligrosidad estará compuesta tanto por su carácter predador -la amenaza que representan para sus presas o víctimas-, como por la activación de imágenes convencionales que asocian vicios humanos con ciertas especies de animales; en la siguiente cita se ejemplifica con las ratas:

Tenemos a *las ratas más peligrosas* conduciendo el gobierno dé cuenta de una clase burguesa criminal que cree que con la guerra acabara al pueblo y aplastará la resistencia (FARC-EP, 2010, agosto 15).

El gobierno de las ratas. Las ratas cebadas en el robo de los dineros públicos deben ser ejemplarmente castigadas por la ley (FARC-EP, 2011, marzo 31).

La remotivación metafórica se realice a través de la imputación contra el gobierno, a propósito de la misma figura de la *madriguera*:

La “*madriguera*” del verdadero monstruo terrorista es el Palacio de Nariño, sede del gobierno de Bogotá (FARC-EP, 2010, octubre 8).

En estas respuestas explícitas a la imagen de la *madriguera*, se acusará al Gobierno de impulsar una política de seguridad pública a sangre y fuego, propia de la irracionalidad animal o del predador violento. Así referían en su discurso el asesinato de alias Alfonso Cano, líder de la guerrilla durante 2010-2011:

Desde hacía dos años lo perseguía *una jauría* de más de 7.000 hombres guiados por tecnología militar de punta y una flotilla de aviones y helicópteros, bajo las órdenes de asesores militares estadounidenses (FARC-EP, 2011, noviembre).

Con esta misma imagen de la *jauría*, se criticará recurrentemente el desarrollo de las operaciones militares de contraguerrilla y la conducta de los soldados de la Fuerza Pública:

Gran parte de los *perros de presa* fueron entrenados y adquirieron su *brutal “destreza”* en la Base Militar de Tolemaida (FARC-EP, 2011, abril 16).

El discurso de las FARC-EP entra así a disputar el sentido de la metáfora animal que, también en el discurso gubernamental, se orienta negativamente; se trata de una disputa, entonces, enfocada más en la identificación del animal predador que en su atributo de irracionalidad. Con el énfasis en su peligrosidad, la contra-conceptualización en el discurso guerrillero refuta la pretensión en la argumentación gubernamental, según la cual la guerrilla sería más agresiva cuanto más acorralada se encuentre. Por el contrario, sostendrá que la agresión no reside en sus acciones armadas sino en las del contrario, específicamente, en las élites que serían *animales cazadores*, no solo de los insurgentes, sino también de las comunidades.

En este sentido, la inminencia de la derrota de la guerrilla (que funciona como garantía en la argumentación gubernamental) pierde relevancia frente a la peligrosidad encarnada en los dirigentes públicos, presentados por el discurso guerrillero como *depredadores*. Este grupo reúne al sector financiero, empresarial y gubernamental; en suma, las élites en el poder o la «oligarquía encargada de cumplir fielmente tal propósito [que] se enzarza a *dentelladas* por la mejor tajada» (FARC-EP, 2012, julio 22). El contra-concepto urdido, entonces, es como sigue: LAS ÉLITES EN EL PODER SON LOS VERDADEROS ANIMALES PELIGROSOS. En la Tabla 3.5 se puede ver el esquema integrado:

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	de modo que	se concluye que	Pero
	(garantía)		

Los animales se esconden en sus madrigueras y el cazador las persigue	Los animales acorralados se pueden cazar finalmente	los animales acorralados son más agresivos porque pronto se volverán presas	Son más peligrosos los predadores que las presas
-así como-	-así como-	-así como-	-así como-
la guerrilla se esconde en el monte y las Fuerzas Armadas las persiguen	la guerrilla se puede derrotar finalmente	la guerrilla ha incrementado sus acciones armadas porque pronto será derrotada.	Son más peligrosas las élites en el poder, que la guerrilla.
(apoyos)			
LOS GUERRILLEROS SON ANIMALES ACORRALADOS		LAS ÉLITES EN EL PODER SON (LOS VERDADEROS) ANIMALES PELIGROSOS	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	
Tabla 3.5. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora del animal			

La metáfora del cultivo

Esta metáfora se basa en la lógica experiencial de la siembra y la cosecha, actividades que se enlazan en orden temporal (PRIMERO SE SIEMBRA, LUEGO SE COSECHA), de modo que se trata de una figura que conecta dos momentos en el tiempo pasado y presente/futuro, a partir de un producto o una actividad referida. La metáfora tiene, además, un efecto persuasivo implicado, que podemos señalar bajo un modo condicional: 1) SI QUIERES COSECHAR, SIEMBRA; y 2) DE LO QUE SIEMBRES DEPENDERÁ LO QUE COSECHES. El paso de esta condicionalidad hacia modalidades deónticas e imperativas no es difícil: DEBES SEMBRAR PARA COSECHAR; SIEMBRA DE ESTA MANERA, PARA QUE COSECHES LO QUE ESPERAS, etc.

A partir de este esquema de experiencias, el uso político de la metáfora del cultivo se presenta de manera transparente: una decisión o aplicación de una política pública puede ser una actividad de siembra, que se justifica en función de lo que se espera que esa siembra produzca:

sólo a través de una economía formal, con más empresas y más cotizantes, vamos a poder sacar el país hacia adelante. *Lo que hoy sembramos*, lo que hoy estamos haciendo, *lo vamos a cosechar en unos años* (Santos, 2010, agosto 19).

No obstante, como vemos, el esquema de la imagen del cultivo es suficientemente positivo como para hacer innecesario explicitar el producto de la cosecha o inclusive la propia *semilla*.

El peso de la apreciación parece estar, en muchos casos como este, en la noble actividad de la siembra. De ahí que su uso contribuya a desactivar la sospecha sobre *lo sembrado* (en este caso, sobre la formalización de la economía). En este mismo sentido es que resulta estratégico presentar como *semillas* aquello que se requiere lavar de controversia:

sigamos sembrando semillas de seguridad y de convivencia. Así, UNIDOS, el día de mañana recogeremos frutos de Prosperidad... los frutos de prosperidad que hemos llamado Prosperidad para Todos (Santos, 2012, febrero 15).

En el ejemplo citado, la yuxtaposición de *convivencia* y *unidos* (resaltado en el original) asocia la seguridad con estos valores apreciados positivamente. El movimiento termina de ser contundente con la analogía entre prosperidad y fruto de la cosecha. No hay diferencia aquí entre esa prosperidad como sustantivo común y como plan de gobierno específico; la construcción explota y explicita esa ambivalencia.

El encadenamiento metafórico avanza hacia la reducción de la distancia entre el cultivo y la cosecha, cuando se requiere crear un ambiente de optimismo y aprobación del ejercicio de gobierno. Así, la cosecha futura o parte de ella se convierte en presente y los resultados del cultivo se muestran como tangibles, indiscutibles:

durante este gobierno hemos depositado *las primeras semillas en el campo que nos quedó abonado*. Hoy quiero decirles —con plena y genuina convicción— que la Prosperidad Democrática, la Prosperidad para Todos, *ha comenzado a germinar*: ¡La Prosperidad ha empezado a emerger de esta *tierra fértil!* (Santos, 2012, febrero 9).

El discurso de Santos presenta en términos de abono o de campo abonado el periodo presidencial anterior y, específicamente, la Política de Seguridad Democrática. Así como aparecía en la metáfora del camino un tránsito de esa política a la Prosperidad democrática, aquí ese avance se apuntala en la metáfora del cultivo para asegurar que esta última es la germinación de la política uribista. Esa cosecha se vive en el presente gobierno:

Como lo dijo José de Jesús [campesino] cuando me entregó estas *semillas*, aquí me entregó las *semillas de palma*, pero son las *semillas de la paz* que vamos a ir —y le voy a cumplir su deseo— *sembrando en todo el territorio* nacional. Este es un evento que nos demuestra que *esas semillas sí pueden germinar* y nos demuestra *cómo pueden germinar*, porque esto que estamos haciendo hoy es *sembrar, cultivar la paz*. (...) estamos de testigos de cómo un esfuerzo que se inició hace muchos años, *ya está dando sus frutos, y qué frutos* (Santos, 2012, febrero 20).

En este ejemplo, la situación del enunciado y su auditorio particular (campesinos en una entrega de títulos de tierras) le permite al Presidente afianzar la analogía de las semillas y la cosecha en relación con la política de pacificación del conflicto armado. La insistencia en la *germinación de las semillas* responde vehementemente a las críticas al deterioro de la seguridad pública y a la Ley de Restitución de Tierras; la necesidad de *testificar* o de mostrar resultados concretos del manejo de la seguridad pública conduce a utilizar la metáfora del cultivo enfocada en la dimensión de la cosecha. Con esta movida retórica también se le habla a la guerrilla:

Aquí empieza la verdadera *revolución de la tierra*! ¡La revolución buena! ¡La que se hace con voluntad política y al lado de la ley, y no con armas, muerte y violencia! Estamos *sembrando la semilla del retorno, la semilla de muchos proyectos productivos* que –estoy seguro– *florecerán* y se convertirán en una gran empresa (Santos, 2011, marzo 10).

La oposición entre lucha guerrillera y productivismo es clara: la primera es una revolución que no es *buena* ni *verdadera*, porque no atiende a los principios de generación de la *gran empresa*. En contraste de *las armas, la muerte y la violencia*, los proyectos productivos agroindustriales y mineros se presentan como la *revolución de la tierra* y el cultivo de las *semillas buenas*. Estos últimos quedan enlazados, en la siguiente cita, con la muerte de los combatientes estatales en la guerra:

Mucho sudor, muchas lágrimas, mucha sangre se ha derramado en esta lucha por darle seguridad a nuestra patria; muchos marinos han caído sirviéndole a la patria, pero hoy estamos comenzando a *cosechar ese fruto* (Santos, 2011, julio 22).

La metáfora del cultivo contribuirá a contrastar las acciones de los actores de acuerdo con el tipo de siembra y de cosecha. Como la guerrilla sigue *sembrando terror*; el Gobierno persistirá en la política militarista hasta que se alcance el *fin del fin*; de ahí que la guerrilla sea comparada, en últimas, con un brote persistente -pero casi erradicado- de *maleza* en el *terreno* ahora *fértil* del país:

ese terrorismo al que está acudiendo la guerrilla en su desespero sólo ayuda a *abonar y fortalecer el germen* de su propia destrucción, consolidando un rechazo generalizado de todos los colombianos y de la comunidad internacional (2012, febrero 10).

Sabemos que en esta región subsiste el problema de guerrilla (...). Por eso tenemos que luchar con más fuerza y con más contundencia, porque esto es como *la maleza* (Santos, 2012, enero 30).

En la Tabla 3.6 presento cómo se apoya la estructura argumentativa en la metáfora conceptual construida, LA PROSPERIDAD ES LA COSECHA DE LA POLÍTICA DE SEGURIDAD:

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	así	Se concluye que
	(garantía)	
Los agricultores abonan y siembran los campos	se cosecha lo que se siembra	la siembra ha empezado a dar frutos
-así como-	-entonces-	-así como-
Uribe dejó implementada la Política de Seguridad Democrática	si se siembra seguridad se cosecha prosperidad; si se siembra violencia se cosecha destrucción.	la prosperidad ha empezado a manifestarse
	(apoyo)	
LA PROSPERIDAD ES LA COSECHA DE LA POLÍTICA DE SEGURIDAD		
METÁFORA CONCEPTUAL		
Tabla 3.6. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora del cultivo		

Una estrategia potente en el esquema argumentativo propuesto por el discurso gubernamental es la ubicación de la Política de Seguridad Democrática en el lugar de las premisas o hechos. En el esquema argumentativo-metafórico, Uribe sería el sembrador de lo que Santos cosecharía posteriormente y que será lo que nombre y estructure su plan de gobierno: la Prosperidad democrática. Ubicado en el lugar de las premisas, la presentación positiva de la gestión uribista desactiva en gran medida las críticas a su política central de seguridad pública. El paso de esos ‘hechos’ a la garantía explora el principio natural en la relación siembra-cosecha para asignarles los atributos correspondientes: seguridad y prosperidad; con ello, el vínculo ha sido soldado a través del imaginario implicado en la metáfora utilizada. La garantía también se va a ver reforzada por la doble analogía a la que lleva la introducción de la guerrilla en el discurso del mandatario, según la cual su cultivo ha sido el terror y, por tanto, su cosecha será la destrucción. De ahí pasa a concluirse que los resultados de la política de seguridad son los frutos de la cosecha, pretensión que se apoya en la metáfora conceptual construida.

¿Cómo responde el discurso guerrillero? A través de refutaciones encaminadas a poner en cuestión la garantía, pero no su principio de funcionamiento (en efecto, se cosecha lo que se siembra), sino la asociación entre semilla-seguridad y cosecha-prosperidad. Así, las semillas del gobierno son y han sido siempre las del terror; así se lee en los documentos programáticos:

los dueños del poder, de las haciendas y del dinero organizan bandas criminales encargadas de agredir al pueblo y *sembrar el terror* en la población (FARC-EP, 2007). Ya no eran solamente las fuerzas represivas oficiales sino que grandes bandas de "pájaros" conservadores empezaban a aparecer en todas partes, *sembrando el terror* (Marulanda, 1960).

En contraste, las *semillas* de la guerrilla son la paz, la organización, la revolución, los sueños y las esperanzas del pueblo. La metáfora aquí se vuelca hacia la comparación entre uno y otro *cultivo*, y recaba sobre los tópicos de la reacción y la obligatoriedad de la lucha armada; por ejemplo:

Contra todas estas aberraciones e iniquidades nos hemos levantado los hombres y mujeres que conformamos las FARC-EP, *sembrando sueños y esperanzas* a golpes de fusil, porque el Estado en Colombia no ha dejado otra opción (FARC-EP, 2005, Esbozo).

Ahora bien, el mensaje para el auditorio requiere que la metáfora del cultivo presente también a los guerrilleros como agricultores y a las semillas que esparcen, como fructíferas. Las condiciones de refutación, todas indirectas en este caso, enfatizarán en esa reconversión de la imagen de destructores a sembradores y de lo infértil (la revolución) en fértil:

La guerrilla colombiana no ha sido, ni es, fenómeno impuesto por mano ajena desde fuera de su territorio. Se origina como *semilla fecunda* con voz y visión propia, sembrada y enraizada profundamente en la historia contemporánea del país. La paz es un proceso, un bien común que requiere de todos la *preparación del terreno para que germine* (FARC-EP, 2005, Esbozo).

Ignoraban sus victimarios que la inteligencia y la sonrisa de Raúl se habían encargado de *sembrar fértiles semillas* de revolución que *florecerían* de inmediato (FARC-EP, 2012, marzo)

Es precisamente en la metáfora del cultivo donde el discurso guerrillero cifra con mayor recurrencia su perspectiva de la lucha armada. Ante el dilema de cómo explicar una revolución que dure más de medio siglo, la guerrilla acude a la imagen del cultivo para

prolongar, indefinidamente, la recolección de la cosecha. En este sentido, todo lo que se asocia a la lucha, incluyendo las acciones violentas, no son más que labores propias de una siembra larga; en sus palabras, todo ello no hace más que demostrar que la guerrilla sigue *arando la paz* (FARC-EP, 2011, julio), contra las vicisitudes de la resistencia de la Fuerza Pública.

Esa resistencia, como lo reconocen ellos mismos, puede presentarse también por parte de la población civil. En este punto el discurso guerrillero utiliza la metáfora del cultivo para hacer pasar a su organización como una *simiente*, y en cuanto tal, la despoja de cualquier indicio de acción de fuerza coercitiva. El lavado de este aspecto de la violencia en los procesos de colonización armada y de penetración de los frentes guerrilleros en las comunidades, constituye una estrategia retórica fundamental para presentarse ante el auditorio como *cultivadores*, no como actores violentos. Esta reconversión tiene mucha potencia persuasiva, dada su conexión con el mundo campesino en el que se mueven predominantemente los guerrilleros y donde se desarrolla, en general, el conflicto mismo. La metáfora del cultivo, así, puede extenderse hasta el límite y bordear lo inverosímil y lo ridículo:

Si en la comunidad o sector no hay simpatía y prestigio los creamos con nuestro comportamiento y trabajo, llevando conciencia revolucionaria de clase. Donde ya hay simpatía y prestigio podemos sembrar *la semilla de la organización*: Si esa *semilla* es, por ejemplo, un granito de maíz, sabremos que en esa *tierra fértil germinará, echará raíces profundas y crecerá*, dando con el tiempo *mazorcas* suculentas de las que sabremos hacer: *buñuelos milicianos, natilla guerrillera, arepa comunista y mazamorra bolivariana* (FARC-EP, 2005, curso).

Contra el concepto de la prosperidad como cosecha de la seguridad, el discurso guerrillero opondrá el terror como su siembra y la paz como cosecha de la revolución guerrillera. Lo que se pone en cuestión, en dirección a la garantía del argumento gubernamental, es la naturaleza de lo sembrado; de ahí se podrá contrastar lo que en cada discurso es presentado como *semilla*: la política de seguridad contra la revolución de las masas. El contra-concepto se dirige, entonces, a desmentir la naturaleza de la semilla cultivada por el Gobierno, y se puede entender con la proposición conceptual: EL TERROR HA SIDO EL CULTIVO DEL ESTADO COLOMBIANO. La formulación en el pretérito perfecto compuesto relaciona la recurrencia en el discurso fariano de homogeneizar las acciones de los gobiernos anteriores como

actualizaciones de políticas de Estado *enraizadas*. En la Tabla 3.7 se puede ver el esquema integrado:

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	así	de modo que	Pero
	(garantía)		
Los agricultores abonan y siembran los campos	se cosecha lo que se siembra	la siembra ha empezado a dar frutos	¿qué es lo sembrado?
-así como-	-entonces-	-así como-	-entonces-
Uribe dejó implementada la Política de Seguridad Democrática	si se siembra seguridad se cosecha prosperidad; si se siembra violencia se cosecha destrucción.	la prosperidad ha empezado a producirse	el gobierno no ha sembrado seguridad, sino terror; la guerrilla ha sembrado la revolución y cosechará la paz.
(apoyos)			
LA PROSPERIDAD ES LA COSECHA DE LA POLÍTICA DE SEGURIDAD		EL TERROR HA SIDO EL CULTIVO DEL ESTADO COLOMBIANO	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	
Tabla 3.7. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora del cultivo			

La metáfora del juego

Esta metáfora también es común en el ámbito político, pues permite entender a los participantes, la actividad y los objetivos de ese campo en términos de competición. La imagen de la competencia estimula la valoración del quehacer político y permite apreciarlo en términos simples: jugadores y contrincantes, ganadores y perdedores, etc. En política, la metáfora del juego es, en realidad, una simplificación de la complejidad que contiene tanto su dinámica como sus implicancias; esta metáfora oblitera que, por ejemplo, a diferencia de la política, las competiciones no tienen grandes repercusiones para el destino de los grupos sociales. No obstante, la analogía de la política con el juego se ha convencionalizado, posiblemente por su cercanía con la naturaleza agonal que subyace en ambas actividades, como lo sugieren algunas aproximaciones específicas al respecto (Ahmar, 2014; Cuvardic, 2004; Moreno, 2005).

En el caso del discurso del Presidente Santos, el interés en esta metáfora radica en su valoración -implícita y explícita- de la política como juego estratégico. Así lo expresa en una entrevista donde se le interroga directamente por su fama de jugador de póquer:

Periodista: (...) a usted ya se le reconoce, incluso críticos suyos, su habilidad en ese juego; ¿hasta qué punto la *estrategia del póker* ha sido aplicada en este gobierno, porque se ha jugado muchas y con éxito, de manera muy *táctica* y muy *estratégica*?

Santos: (...) En las biografías del *Presidente Truman* y del *Presidente Roosevelt*, aparece coincidentalmente en las dos biografías, un capítulo dedicado a por qué ellos jugaban póker en la Casa Blanca. Y decían: nosotros jugamos por varios motivos, porque *el póker es lo que más se parece, el juego que más se parece a la vida humana*. Usted tiene que tener la capacidad de *cañar*, de *medirle el aceite a sus rivales*, a sus contrincantes, tiene que *tener suerte*, tiene que conocer las *reglas del juego* al pie de la letra, tiene que *tener paciencia*, saber cuándo entrar y cuándo no entrar, en el póker hay una frase es, que si *en póker has de ganar no te cansas de pasar*; es decir, si usted no tiene una buena mano no arriesgue.

El comentario sobre el póquer le sirve al Presidente para filiar su estilo de gobierno con el de dos figuras de mandatarios estadounidenses de renombre: Roosevelt y Truman. Ambas personalidades, generalmente estimadas entre los críticos políticos, anclan en la relación cercana con la Casa Blanca que ha caracterizado al Gobierno de Santos; además de remitir a su aspiración de ser reconocido como un mandatario memorable. En la cita, la voz presidencial imposita la voz de ambos líderes modelo, como si hablaran al unísono; el relato de lo que ellos ‘dijeron’ confirma que el gusto de Santos por el póquer tiene que ver con su competencia política: ser buen jugador es entonces, ser buen Presidente. En esa competencia, se releva la habilidad del tahúr para dominar la estrategia y, finalmente, ganar el juego por medio de trucos. La estrategia del póquer, como vemos en la misma cita, se basa en el ardid o la habilidad para engañar al rival (*cañar*); no obstante, en el marco del ejercicio presidencial, este ejercicio se presenta de manera positiva. También la referencia a la paciencia le sirve en esta cita y en otras, para explicar la prolongación de la guerra:

la cúpula de las FARC se va derrumbando como un *castillo de naipes* (Santos, 2011, noviembre 5).

Reconocemos que no estamos todavía en el paraíso, reconocemos que grupos terroristas como las Farc no han sido derrotados; *estamos ganando pero no hemos ganado todavía* (Santos, 2011, abril 12).

Como la paciencia caracteriza al jugador estratégico, el discurso se dirige a asegurar que la derrota de las FARC-EP es una cuestión que deviene lenta, pero segura. Pese a la concesión (*reconocemos que...*), el efecto de inminencia en el final del juego y la convicción de *ir ganando* enfrentan directamente la crítica general del rearme guerrillero y de la situación de seguridad pública.

En otros tramos encadenados a la metáfora del juego, Santos conservará el tópico de la estrategia, pero lo aplicará a los juegos en equipo:

Y si todos estamos coordinados, si todos *jugamos en el mismo equipo* tratando de *meter goles* en la misma dirección, el Estado va a funcionar mucho mejor, eso está comprobado por la historia (Santos, 2011, julio 9).

La metáfora del juego en equipo será funcional sobre todo para la justificación de la elección de funcionarios públicos, porque desplaza la puesta en cuestión de la asignación de cargos y, de hecho, la justificación misma de sus méritos, pasando en silencio por los vicios burocráticos criticados desde los informes de corrupción a nivel de las entidades públicas (Maldonado, 2011). Se enfoca, en cambio, la imagen amable de la pertenencia a un equipo deportivo; la elección del fútbol, en este sentido, pretende reforzar la intensificación emotiva apelando a los gustos generales:

estamos todos listos para *jugar este segundo tiempo con un gran equipo* y la verdad es que me siento muy orgulloso del Gabinete que tenemos ahora. Me sentí muy orgulloso del Gabinete que tuvimos en el *primer tiempo*, creo que los resultados así lo demuestran. Y este *segundo tiempo*, pues vamos a *seguir metiendo esos goles* que el pueblo colombiano espera de nosotros (Santos, 2012, septiembre 3).

La regularidad amplificatoria hacia el elogio, como vemos, permite insertar en el discurso la metáfora del juego para presentar positivamente la estrategia competitiva en las decisiones gubernamentales. El esquema se basará, entonces, en la analogía entre jugador y presidente y entre gobernar y jugar, para justificar que la política sea un juego de estrategia y, específicamente frente al conflicto armado, que haya que *pasar* para *ganar*, entre otros trucos, como lo propone el póquer. En la Tabla 3.8 presento cómo se apoya la estructura argumentativa en la metáfora conceptual construida:

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	-entonces-	Se concluye que
	(garantía)	
Los buenos jugadores elaboran estrategias	para ser buen jugador hay que ser estratégico	el rival será derrotado jugando estratégicamente
-así como-	-así como-	-así como-
los buenos presidentes elaboran políticas estratégicas	para ser buen político hay que ser estratégico	la guerrilla será derrotada gobernando estratégicamente
	(apoyo)	
LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ESTRATEGIA		
METÁFORA CONCEPTUAL		
Tabla 3.8. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora del juego		

La estrategia, así, es introducida como rasgo de apreciación positiva en el discurso gubernamental, de la mano con la metáfora del juego. Lo que podría leerse como maquinación, manipulación o engaño, aquí se presenta como virtud del buen jugador y, por extensión, del buen político. En esa medida, la pretensión se enfoca en el objetivo de *ganar el juego y derrotar al rival*, lo que en la analogía se traduce como derrotar a la guerrilla. Esos aspectos negativos de la estrategia, que el discurso gubernamental desenfoca, son puestos de relieve en el discurso guerrillero:

El ejercicio del gobierno no es un juego de póker. Rememorando a los presidentes gringos Truman y Roosevelt, que jugaban póker en la Casa Blanca, Santos se deleitó en la entrevista de “los caracoles” comentando que el póker es el juego que más se parece a la vida humana. Para gobernar, para ganar, decía, hay que tener capacidad de cañar, saber medir el aceite a los rivales, tener suerte, conocer las reglas del juego, actuar con paciencia, saber cuándo entrar. Y aconsejó: “si has de ganar, no te canses de pasar”. Muy bien que Santos haya develado sus cartas, pero *el ejercicio del gobierno no es un juego de póker.* Hasta ahora *ha cañado, le ha medido el aceite al pueblo* y ha tenido suerte (...). Pero el pueblo no se ha cansado de pasar. Sabe que el Estado no se mueve eficientemente en la solución de sus demandas. En cualquier momento al jugador de póker presidencial será sorprendido por el estallido en sus manos de las *cartas de la explosión social* (FARC-EP, 2011, julio 15).

Como vemos, el discurso retoma directamente la voz presidencial para criticar la metáfora recabando en que el engaño es la principal estrategia en el póquer y, por tanto, hace parte de la conducta reprobable del mandatario. La crítica reemplaza a la guerrilla por el pueblo en el

lugar del rival, con lo cual el engaño queda dirigido hacia las comunidades, no hacia los enemigos, y por extensión, convierte al Presidente-tahúr en enemigo del pueblo. La maniobra retórica hace que el vector apreciativo de la estrategia cambie de dirección al relevar la vileza del engaño. El discurso, además, avanza hacia la amenaza de la rebelión violenta; con la imagen de las *cartas de la explosión social*, las Farc-Ep se diluyen en el pueblo mismo y borran la frontera entre guerrilla y comunidad. La contra-conceptualización sigue elaborando la cadena metafórica, denunciando a las élites en el poder y acusando sus trampas:

La realidad nacional no es un juego de póquer, donde la oligarquía –contagiada de la mentalidad de tahúr del Presidente-, retoza con ases bajo la manga, con cartas marcadas y convierte serios problemas como el desempleo, la generalizada precariedad laboral, la crisis de la salud, el déficit de vivienda, el despojo de la tierra..., en envite que se puede lanzar a un pot para luego ponerse a “farolear” (FARC-EP, 2011, julio 21).

El encadenamiento metafórico anexa imágenes comunes, como el *as bajo la manga*, las *cartas marcadas* y el *faroleo* para profundizar la *retorsión* del sentido inicial que el discurso gubernamental le había dado a la metáfora del póquer. Esta movida retórica se encuentra en la base de la definición misma del discurso agónico y de su género por excelencia: el panfleto. Según Angenot (1982:34, 219), la contradiscursividad que supone el discurso agónico tiene que «'batir al adversario en su propio terreno', demostrar que su argumentación engloba y domina a la contraria, evidenciando sus insuficiencias». De ahí que la retorsión, como técnica de refutación, utilice las mismas 'armas' con las que lucha el adversario; en este caso, la misma metáfora:

Mintiéndole al país, dice que las FARC nos lucramos de la minería, sólo para sacar del negocio a los pequeños mineros; dice que las reformas adelantadas traerán progreso, pero no dice que el progreso es sólo para los de su clase, en fin, lo que caracteriza al actual gobierno de Juan Manuel Santos es la *patraña, el embeleco. Cree que la economía es otro de sus juegos de póker donde siempre se tiene cartas bajo la mesa* (FARC-EP, 2012, julio 22).

A través del retome de la metáfora gubernamental, el discurso guerrillero plantea una batalla por el sentido de la imagen del *juego* aplicada al ámbito de la política. La contradicción se realiza, pues, ingresando al terreno conceptual del proponente, aceptando, aparentemente, «razonar con las categorías y según la lógica de quien se opone a él» (Angenot, 1982:220). No obstante, esa concesión es una táctica para generar un efecto de

demostración objetiva de la mezquindad del enemigo, al atreverse a hablar ‘en sus propios términos’. La táctica subvierte el punto de vista gubernamental a través de la citación directa, la cita indirecta libre y la glosa. En este caso, no se trata de que el discurso opositor altere la literalidad de la palabra que retoma, sino que la inserta forzosamente en un nuevo contexto hostil que cambia su alcance y subvierte sus intenciones (Angenot, 1982:290). La apropiación del discurso ajeno resulta, entonces, una apropiación manipuladora que, al forzar el cambio en la dirección del sentido, pone en duda el contenido de la garantía en el esquema argumental y debilita la conclusión pretendida. Finalmente, la metáfora que contradice el apoyo argumentativo construido por el discurso gubernamental es LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ENGAÑOS. La Tabla 3.9 muestra cómo queda integrada esta refutación:

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	de tal manera	se concluye que	Pero
	(garantía)		
Los buenos jugadores elaboran estrategias	para ser buen jugador hay que ser estratégico	el rival será derrotado jugando estratégicamente	engañar en el juego es sancionable. Jugar no es engañar.
-así como-	-así como-	-así como-	-así como-
los buenos presidentes elaboran políticas estratégicas	para ser buen político hay que ser estratégico	la guerrilla será derrotada gobernando estratégicamente	engañar en la política es vil. Gobernar no es jugar.
(apoyos)			
LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ESTRATEGIA		LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ENGAÑOS	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	
Tabla 3.9. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora del juego			

La metáfora de la puerta

Esta metáfora es utilizada en el discurso gubernamental a propósito de la posibilidad de iniciar un proceso de paz con las FARC-EP. El nuevo intento de terminar el conflicto por la vía dialogada apenas inició al finalizar el primer bienio presidencial, en 2012; en el período que precedió al anuncio de los diálogos, el avance hacia esa iniciativa requirió introducir con cuidado la decisión de dialogar con la guerrilla. No era fácil, pues la experiencia frustrada del proceso de paz anterior (1999-2002) y la profundización de la estrategia militar durante la

administración Uribe (2002-2010) hacían pensar en el diálogo como una debilidad gubernamental. Además, Santos había participado como protagonista de ese cierre a la salida negociada, durante el período en que fue Ministro de Defensa en esa administración (2006-2009). Estas condiciones y restricciones políticas al anuncio de un nuevo proceso de paz fueron resueltas, en gran medida, a través de lo que presento aquí como la metáfora de la puerta.

Los rasgos que activa la imagen de la puerta en el ámbito político tienen que ver con sus movimientos y funcionalidades características: las puertas abren y cierran, detienen o dejan pasar, protegen el interior y separan del exterior, permiten entrar y salir. En términos políticos, se trata de una imagen vinculada con las acciones y decisiones de los dirigentes, quienes pueden hacer referencia a la puerta para asegurar que tienen cierto control sobre ella, es decir, que son ellos los que están en capacidad de abrir y cerrar, dejar entrar y salir.

La imagen de la puerta también se enlaza con las metáforas convencionales: UN PAÍS ES UNA CASA y UN ESTADO (DE PAZ, DE BIENESTAR, ETC.) ES UNA CONSTRUCCIÓN FÍSICA (CASA, EDIFICIO, INMUEBLE, ETC.). En la primera, la protección del interior de la casa y de quienes la habitan (los ciudadanos) dependerá del tipo de puerta con la que cuente y, por tanto, del concepto que se le asigne; por ejemplo, algunas políticas públicas son presentadas como si fueran *puertas*, *entradas* o *salidas* hacia estados de mejora. En esa asociación, es importante destacar la orientación positiva de la imagen de la casa como refugio contra un exterior desconocido o, inclusive, amenazante; al respecto, Moreno (2005:177) destaca que «el dominio conceptual de CASA se enriquece gracias al esquema de RECIPIENTE, que añade los aspectos de estabilidad, protección y seguridad. La axiología es, por lo tanto, positiva»⁸⁷.

En cuanto a la segunda metáfora asociada, que utiliza el dominio de la construcción física para conceptualizar estados o momentos sociales, sirve para materializar ideas cuya complejidad se aprehende de manera más directa a través de la terminología concreta de la obra, como un modelo de gobierno, una ideología o un proceso de paz. La idea de la construcción también es potente por su ambigüedad, pues puede referirse tanto a una obra en proceso como al producto terminado; de tal manera, por ejemplo, *la paz como construcción* activa una u otra idea, o ambas al tiempo, de acuerdo con la orientación que más convenga en la enunciación específica.

⁸⁷ Para Chilton (1996: 128), el esquema de la CASA como RECIPIENTE en el escenario político dirige también a la idea de que se guarda o esconde algo en su interior; así, el país como casa es un recipiente que contiene secretos vedados a la visión externa, que se desarrollan ‘a puerta cerrada’.

El eventual proceso de paz fue presentado en términos de una puerta que se encontraba cerrada, pero cuya llave guardaba el Presidente en su bolsillo:

así vamos *construyendo esa paz*, querido Gobernador, así vamos *construyendo esa paz*. Yo tengo esa llave aquí en mi bolsillo y estoy dispuesto, no me da miedo sacarla. Pero usted sabe, como usted bien lo dijo; hay que aprender de los errores del pasado, hay que hacer las cosas bien. Y eso es lo que estamos tratando de hacer, no cometer los errores del pasado, ir paso a paso, con cuidado, para que realmente, *si sacamos esa llave, podamos abrir la puerta y entrar* en esa senda de verdadera paz, no en una nueva frustración (Santos, 2012, marzo 13).

Si Santos guarda la *llave de la paz en su bolsillo* es porque tiene el control de una eventual negociación, lo cual resulta imprescindible para evitar ser comparado con el expresidente Pastrana y los diálogos fallidos de El Caguán. Santos, así, es el *portero* de la *casa en orden* (Santos, 2012, mayo 11), la «casa segura» que sería el país. La imagen de la llave recaba sobre la importancia de la seguridad; de ahí que esta metáfora abone también a la legitimación de la continuidad de esa política, lo que llevará -en el mismo año de esta cita- a iniciar una negociación sin cese al fuego. El discurso presidencial insistió recurrentemente en esa potestad de iniciar o no los diálogos; inclusive, negó vehementemente que se estuvieran realizando acercamientos para realizarlos:

De manera que quiero ser claro en eso. Algunas organizaciones están pensando es que ya vamos a *entrar* en un proceso. No. No estamos *entrando* en ningún proceso. Solamente cuando tengamos la íntima convicción de que sí hay voluntad y sí están las circunstancias dadas, podríamos dar ese paso. Pero mientras tanto *esa puerta está cerrada y está con llave y la llave la tengo yo en el bolsillo* (Santos, 2011, agosto 12).

La imagen de la llave fue activada desde el inicio del primer periodo presidencial en el discurso de posesión; no obstante, es en el segundo año presidencial que será retomada con mayor insistencia, cuando las expectativas de una derrota militar de la guerrilla se hacían cada vez más bajas (Ávila, 2012). El replanteamiento de las estrategias de guerra y el agotamiento de los recursos para la lucha contrainsurgente llevaba al discurso presidencial a preparar la aceptabilidad del país para el viraje hacia la salida negociada del conflicto. Uno de los principales obstáculos para tomar esta decisión fue, sin duda, la percepción de debilidad y de retroceso que implicaría para el Gobierno cambiar la estrategia de guerra integral antiterrorista:

El que haya dicho que *la puerta del diálogo no está cerrada, y que no hemos botado la llave al mar*, de ninguna manera puede ser interpretado como un gesto de debilidad. Ninguna democracia decente, operante, verdadera, puede cerrar las oportunidades viables para terminar un conflicto que ha causado tanto dolor, tanta muerte y tanta miseria (Santos, 2012, febrero 12).

Ante la disyuntiva del proceso de paz y la presión de la percepción pública negativa sobre el aumento de la inseguridad, el discurso gubernamental va a insistir en la tesis del *fin del fin*; el efecto conclusivo de esa fase final justificará que la guerrilla «reflexione» sobre la guerra y la *construcción* de la paz. El asesinato del líder de las FARC-EP, alias Alfonso Cano, servirá para reforzar esa tesis y condicionar los diálogos al sostenimiento del belicismo:

‘Alfonso Cano’ dedicó su vida a la violencia y al ataque a sus compatriotas, y perdió la oportunidad de *hacer la paz*, perdió la oportunidad de *construir país*, como lo hacemos todos los colombianos con nuestro trabajo (Santos, 2011, noviembre 5).

Ante esta política integral, la guerrilla se ha quedado sin espacio. Y eso la está llevando a reflexionar. Yo les he dicho en mis discursos desde cuando asumí la Presidencia: *la puerta está abierta* para que se unan a este esfuerzo de *construcción de país* pero, si insisten en el camino de la violencia, los seguiremos confrontando con toda la contundencia. Ellos deciden. Porque *la paz la vamos a construir* con o sin ellos, ¡con o sin ellos! (Santos, 2012, mayo 23).

Por supuesto, una paz *sin ellos* no tendría más sentido que la continuidad del aplazamiento de la paz, dado el momento de inercia al que había llegado el conflicto armado. Aquí lo fundamental era garantizar que sería el Presidente quien decidiría cuándo *abrir la puerta*, iniciar los diálogos, y contradecir la percepción de debilidad y decaimiento progresivo que empezaba a generalizarse en el país (Gallup, 2011, junio) y que alentaban los sectores uribistas al respecto de la política de seguridad pública. El discurso presidencial debía asegurar la proyección de un liderazgo fuerte, no solo porque esa imagen en general ancla en el estereotipo de protección y carácter de la figura presidencial, sino también porque el antecedente de esa proyección -el discurso de Uribe- había logrado instalar esa sensación de seguridad a través de la «mano firme» (su lema de campaña), con especial éxito entre la ciudadanía (Bonilla et al., 2014; Fierro, 2011; Sierra, 2011)⁸⁸. La metáfora conceptual que sirvió de apoyo a la estructura argumentativa gubernamental se reconstruye en la Tabla 3.10:

⁸⁸ Los análisis del discurso de Uribe, tanto los provenientes de la ciencia política como los que utilizan enfoques discursivos, han registrado que se trata de un estilo de gobierno de rasgos autoritarios (por ejemplo: Araque, 2009; Arrieta, 2009; Carvajalino, 2012; Galindo, 2006), pero con alta aceptación entre la ciudadanía.

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	-así-	Se concluye que
	(garantía)	
Para abrir las puertas de las casas se necesitan las llaves que los conserjes guardan en sus bolsillos	El conserje es el encargado de decidir cuándo conviene abrir la puerta	Como es inconveniente abrir la puerta, el conserje decide no abrirla.
-así como-	-así como-	-así como-
Para iniciar un proceso de paz en el país se necesita la autoridad del Presidente.	El Presidente es el encargado de decidir cuándo conviene iniciar el proceso de paz.	Como no están dadas las condiciones, el Presidente decide no iniciar los diálogos.
	(apoyo)	
EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PRESIDENTE ES UN CONSERJE		
METÁFORAS CONCEPTUALES		
Tabla 3.10. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora de la puerta		

La metáfora conceptual, en este caso, está compuesta de dos proposiciones, la segunda subordinada a la primera: EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PRESIDENTE ES UN CONSERJE. El énfasis está en la autoridad del rol presidencial con respecto al proceso de paz a iniciar: solo si se puede asegurar que se tratará de un proceso donde el Gobierno tendrá el control de su desarrollo, se le dará curso a la iniciativa; de lo contrario, como se pretende en la conclusión, el proceso será inconveniente y eso justificará la negativa a instalar mesas de diálogo. La potestad presidencial se presenta bajo la figura del *conserje*; de ahí que el proceso de paz sea presentado en términos de una *puerta cerrada*, pero con posibilidad de abrirse, pues sus *llaves* las custodia el Presidente. En el discurso guerrillero ese apoyo metafórico va a ser controvertido directamente:

La llave de la paz debe girar por el lado que se abren las puertas a la esperanza de la solución política al grave conflicto del país (FARC-EP, 2012, agosto 10).

Basta ya del cuentecillo de la llave oculta en el bolsillo. La paz no le pertenece a la oligarquía militarista y violenta, le pertenece al pueblo que la reclama para poder vivir mejor (FARC-EP, 2012, julio 22).

Con la recategorización del discurso gubernamental como un *cuento* y el diminutivo apreciativo, *cuentecillo*, se desacredita la autoridad del conserje-Presidente para poner en

cuestión la analogía que se propone en la garantía del argumento: el mandatario no es el dueño de las *llaves*, sino apenas quien custodia la *puerta*. La remotivación metafórica se dirige a involucrar la figura del *pueblo* en la metáfora y a plantearlo como el verdadero dueño de la *llave*, esto es, quien tiene la autoridad para decidir el inicio del proceso de paz.

Como vimos en la metáfora del juego, la contra-conceptualización aquí también se construye a partir de la dilución de la guerrilla en el pueblo, o lo que es lo mismo, borrando la frontera entre ellos y la población civil no combatiente. Así, las FARC-EP toman la voz de los civiles y aseguran que la paz es un *reclamo popular* y, por extensión, el proceso de paz también lo sería. En los ejemplos se ilustra cómo diluirse en el pueblo les permite hablar del conflicto como algo ajeno a ellos mismos, amplificar sus efectos sin hacerse responsables de producirlos. La metáfora de la puerta también les sirve para atribuirle esas responsabilidades a los gobiernos de turno, de cara a las poblaciones vulneradas:

Convocamos a la población de Toribío a movilizarse *en contra de esos crímenes, contra la presencia de Fuerza Pública* en el municipio que solo conflicto y muertes trae y contra la intolerancia política que *cierra puertas*, señala y amenaza, negando todo tipo de derecho a comuneros y ciudadanos por el solo hecho de disentir (FARC-EP, 2011, agosto 2).

[El Presidente Santos,] empezando su mandato, redujo posibilidades al imponer una ley que *cierra puertas a diálogos* dentro del país (FARC-EP, 2011, junio 16).

Al esquematizarlo en el lugar de las condiciones de refutación, el discurso guerrillero utiliza las mismas metáforas del gubernamental, pero las revierte en función de la atribución de la autoridad con respecto al proceso de paz: despoja de ella al Presidente y la pone en manos del pueblo. En esta movida, logran desdibujar su papel como protagonistas armados del conflicto, se repliegan a la ‘voluntad’ del pueblo y se convierten nada más que en sus voceros. El contra-concepto construido se presenta como sigue: EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PUEBLO ES SU CONSERJE (Tabla 3.11):

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	de tal manera	se concluye que	Pero
	(garantía)		

Para abrir las puertas de las casas se necesitan las llaves de las puertas que los conserjes guardan en sus bolsillos	El conserje es el encargado de decidir cuándo conviene abrir la puerta	Como es peligroso abrir la puerta, el conserje decide no abrirla.	el conserje no es el dueño de las llaves; sino los propietarios de la casa.
-así como-	-así como-	-así como-	-así como-
Para iniciar un proceso de paz en el país se necesita la autoridad del Presidente	El Presidente es el encargado de decidir cuándo conviene iniciar el proceso de paz	Como no están dadas las condiciones, el Presidente decide no iniciar los diálogos de paz	el Presidente no tiene la potestad de decidir la paz; sino el pueblo colombiano.
(apoyos)			
EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PRESIDENTE ES SU CONSERJE		EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PUEBLO ES SU CONSERJE	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	
Tabla 3.11. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora de la puerta			

La metáfora del cuerpo

La reflexión sobre las metáforas del cuerpo tiene un profuso y muy interesante recorrido en la filosofía política contemporánea. La aparición recurrente de estas metáforas en el discurso gubernamental responde, claramente, a lo que en ese campo de estudios se ha revelado como la vinculación natural entre la vida biológica y la vida política; así lo defiende Espósito (2013:16):

una relación entre vida política y vida biológica ha ocurrido siempre; la vida biológica ha constituido en todos los tiempos el horizonte de la política, así como la política, en cuanto organización de las relaciones humanas, siempre ha sido necesaria para la conservación y el desarrollo de la vida.

No obstante, se trata de una relación indirecta que no aparece como tópico en el discurso gubernamental hasta entrada la modernidad y que es abordado dentro de la complejidad del concepto de *biopolítica*, discursivamente, como encuentro y mixtura entre dos léxicos provenientes de ámbitos diferenciados: la medicina y la política (Espósito, 2006; Foucault, 2008). Es con Hobbes -según Espósito (2013:13)- que el problema de preservar la vida biológica se reubica en el centro de las cuestiones gubernamentales:

Desde ese momento, el léxico de la vida biológica comienza a integrarse de modo cada vez más neto con el de la vida política, condicionándolo profundamente. Es verdad que la metáfora del ‘cuerpo político’ tiene una tradición más lejana, que refiere en primer lugar a Platón, pero que con Hobbes, conectada con la metáfora de la máquina, asume un carácter

inmunitario –el cuerpo político debe inmunizarse, es decir, protegerse, de los riesgos contenidos en la *communitas*.

La referencia a la vida biológica se convierte, así, en una referencia legitimadora de la política. En el discurso, la relación entre política y vida se hará recurrente y naturalizada; es más, la ausencia de esta vinculación llega a generar extrañamiento y desinterés en la política contemporánea (Espósito, 2013:30).

El discurso presidencial orienta el uso de esta metáfora en dos sentidos: en el primero, la metáfora sirve para presentar entidades en términos de partes de un cuerpo, que puede ser el país o el gobierno mismo. El segundo sentido se orienta hacia la dupla herida/sanación, donde la identificación de la afección del cuerpo da paso al remedio que es proporcionado por el actor gubernamental. Presentaré ejemplos del primer sentido:

Yo soy uno de ustedes. Trabajaré con las Fuerzas y para las Fuerzas, porque ustedes son *la columna vertebral* de nuestra democracia (Santos, 2010, agosto 13).

Aquí esa '*mano negra*' de la izquierda se opone porque le estamos quitando los argumentos. Le estamos entregado la tierra a los campesinos y los estamos poniendo a producir. Se quedan sin argumentos. Y esta es la verdadera paz (Santos, 2012, enero 12).

como corresponde a cualquier gobierno democrático –y como lo hemos dicho desde el primer día–, tenemos *extendida la mano* a los grupos armados que tomen la decisión seria y responsable de acabar con la violencia (Santos, 2012, febrero 21).

En el encadenamiento metafórico del gobierno, el cuerpo social democrático es sostenido por las Fuerzas Armadas (*la columna vertebral*); pero no todos los miembros de ese cuerpo son apreciados positivamente: la *mano izquierda* -jugando con el sentido político de esta figura- es negra, reprobable, pues se opone a las políticas de reparación de víctimas en el conflicto. En contraste, la *mano* del gobierno está extendida para aquellos que se acojan al desarme. La importancia dada a la política de seguridad va perfilando los datos hacia la pretensión: el cuerpo se sostiene gracias a las Fuerzas Armadas y es a esa parte física a la que se adhiere el Presidente; las manos, las que operan, pueden hacer daño, pero también reparar y perdonar. Durante el *fin del fin*, es necesario que la columna se mantenga firme, a pesar de que el resto del cuerpo se sacrifique:

Y yo he dicho que en materia de Seguridad Democrática, eso es como *las dietas*, la última parte es la más difícil. La última parte y mantener la seguridad es lo más difícil. Por eso no podemos, bajo ningún punto de vista, bajar la guardia en materia de seguridad (Santos, 2011, enero 13).

De nuevo el tópico de la etapa final del conflicto permite justificar el incremento de las acciones bélicas en ambos bandos, así como contradecir la percepción del descuido de la seguridad en el país. El esfuerzo por esta contradicción es recurrente y hace énfasis en los operativos militares desplegados, que usualmente son presentados como «golpes»; aquí algunos ejemplos:

Estos avances son los resultados de un trabajo valeroso y efectivo de nuestras Fuerzas Armadas, que han venido *golpeando* en forma certera las estructuras de los grupos insurgentes y terroristas. La muerte de alias el ‘Mono Jojoy’ es sin duda *el golpe más contundente* que se le ha dado a las Farc en toda su historia (Santos, 2010, septiembre 23). para una organización como las Farc, los mandos medios, los que están después del Secretariado son las personas más importantes, son quienes realmente ejercen todo el mando operativo, y este *golpe* lo que hizo fue *pegarle en el corazón* a esa estructura (Santos, 2012, marzo 31).

¿Con las Farc, con las bandas criminales, qué está pasando? Pues que les estamos *poniendo el dedo en la llaga* y no estamos dejando de combatirlos un solo instante (Santos, 2011, marzo 25).

Las expresiones metafóricas «pegarle en el corazón» y «poner el dedo en la llaga» avanzan hacia el segundo sentido de la metáfora del cuerpo en el discurso gubernamental; se trata de los dominios de la herida y la cura, que aquí se explotan para presentar el cuerpo social vulnerado por el conflicto armado. Las expresiones privilegian las imágenes del dolor para introducir como urgentes los remedios gubernamentales:

Un país no puede darse el lujo de tener más de 4 millones de desplazados, gente que tiene *el corazón abierto, una cicatriz que sangra todos los días* y un Estado indolente (...)

Con un objetivo fundamental: que comencemos los colombianos a *sanar nuestras heridas* que hemos venido acumulando durante tantas décadas de violencia. Y que podamos entonces, con las *heridas sanadas*, mirar hacia adelante y no mirar hacia atrás sacándonos clavos, buscando venganza (Santos, 2012, julio 27).

Estas heridas serán cerradas a través de la labor de la Fuerza Pública. La política de defensa permite abrir heridas en el cuerpo guerrillero y al mismo tiempo cerrar las del cuerpo del país; así queda expresado en el informe al congreso por parte del Presidente:

Una vez converge el conjunto de la Fuerza Pública en dichas áreas, se fortalece la presencia institucional con el objetivo de *reconstruir el tejido social* (Presidencia de la República, 2011:113).

La lógica inmunitaria, como propone Espósito (2006), explica esta especie de protección negativa de la vida, en la cual protegerla implica una relación estrecha con la muerte, una *tanatopolítica* a la que parece ajustarse el orden gubernamental estructurado por la Política de Seguridad Democrática y sus continuidades (Criscione, 2011). Se trata de una ‘guerra hacia adentro’ para garantizar un supuesto equilibrio que ha sido puesto en riesgo por la presencia de agentes que vulneran el *cuerpo* social:

la minería ilegal, que no he dudado en calificar como *otro de nuestros cánceres*. Y que tenemos que hacer todos los esfuerzos para *extirpar ese cáncer*. Esta práctica criminal no sólo ha generado presiones y extorsiones para los mineros que trabajan en la legalidad, sino que también ha significado daños nefastos, terribles, para nuestro medio ambiente. Sabemos que detrás de estas actividades está *la guerrilla* (Santos, 2012, febrero 23).

Se instala, así, la idea de que la protección del cuerpo interno requiere la presencia de mecanismos autodestructivos que lo inmunicen; prolongar la vida implica ciertas dosis permanentes de muerte, esto es, de belicismo y violencia. Ese proceso de inmunización es el que le da sentido a la militarización de la vida social en Colombia; proceso emprendido desde la década del 60, con la Doctrina de Seguridad Nacional (Aranguren, 2015). El esquema argumentativo que soporta la metáfora conceptual se presenta así, finalmente: EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA SEGURIDAD ES SU CURA (Tabla 3.12):

(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)
Toda vez que	-así-	Se concluye que
	(garantía)	
Los cuerpos vivos son delicados	Los cuerpos se pueden inmunizar de enfermedades y curar sus heridas	La salud del cuerpo depende de los anticuerpos inoculados
-así como-	-así como-	-así como-
Los países son vulnerables	Los países se pueden proteger y solucionar sus problemas	El bienestar del país depende de su política de seguridad
	(apoyo)	
EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA SEGURIDAD ES SU CURA		
METÁFORAS CONCEPTUALES		
Tabla 3.12. Modelo argumentativo apoyado en la metáfora del cuerpo		

La remotivación metafórica en el discurso guerrillero se va a concentrar en la deslegitimación de la política de seguridad como *remedio*, dado que no ha podido *curar* los verdaderos *males* que sufre el país: desigualdad, narcotráfico, corrupción, latifundio y demás prácticas asociadas con el modelo económico imperante. El ataque a las metáforas que conciben a la Fuerza Pública como el *órgano* más importante del cuerpo social, va a ser contundente:

El objetivo del Ejército del Pueblo es *partirle la columna vertebral* al régimen oligárquico compuesto por las Fuerzas Armadas (FARC-EP, 2005, curso)

Como se sabe, a partir de 1982, las FARC-EP se van a presentar en sus comunicados y documentos internos como el *Ejército del Pueblo* y añadirán esta denominación a la sigla de su nombre. Con ello queda implícito que el Ejército de la Fuerza Pública no es reconocido como fuerza armada de la población civil, sino que la guerrilla pretende pasar a ocupar ese lugar. Se trata, a partir de esa década, de un ejército subversivo que combate el régimen instalado y cuya aspiración es la toma de ese poder. El *cuerpo* a combatir, entonces, es un *cuerpo* ilegítimo, con una *columna* militar que debe ser aniquilada y con una *salud* aquejada por diversos males:

El capitalismo *ha enfermado* la moral del mundo haciendo crecer permanentemente la demanda de estupefacientes (FARC-EP, 2005, esbozo).

todo el proceso será un esfuerzo inocuo sino se tiene como sustento la decisión de liquidar el latifundio que *crece como un cáncer* (FARC-EP, 2011, enero 14).

el cáncer de la corrupción está en pleno apogeo, carcomiendo los auxilios aún sin recibirlos (FARC-EP, 2011, mayo 5).

[La bancarización] se “adueña” del comercio, de la producción y de la distribución de mercancías como un asqueroso *parásito intestinal* (FARC-EP, 2012, marzo).

El estado de enfermedad se atribuye, pues, a la organización estatal en tanto que sistema reproductor de los vicios del capitalismo, que en el encadenamiento metafórico queda asociado a la imagen del agente patógeno. En este sentido, las FARC-EP se autorrepresentan como marxistas-leninistas en sus estatutos y documentos históricos; su lucha es por el cambio de régimen político desde la toma del poder, pues desde su visión

Un nuevo gobierno es justo y necesario, mucho más cuando Santos está empecinado en empotrar en el *cuerpo ensangrentado de la agonizante soberanía* colombiana el TLC con los EEUU donde nuestra economía *será tragada* literalmente por los norteamericanos,

dejando no solo a las regiones sino a Colombia entera en la miseria (FARC-EP, 2011, marzo).

No es posible seguir considerando sensatamente, al militarismo como la gran *panacea para nuestros males*, como una especie de *pomada milagrosa* contra todo, mucho más si se tiene en cuenta que, después de 40 años de estarla usando como *medicina*, los resultados han sido desastrosos (FARC-EP, 1997).

No obstante, esa toma del poder oblitera que los medios elegidos son los mismos contra los cuales se combate. En estas expresiones metafóricas, las armas son borradas de las escenas construidas y, aun más, son criticadas como parte del *militarismo* de la política gubernamental. Particularmente en el periodo histórico que analizo, los discursos guerrilleros se valen de diversas estrategias para resolver la tensión entre poder y armas, esto es, entre la crítica al proyecto militar del Gobierno y la profundización de su propio proyecto, marcadamente belicista también. La búsqueda de justificaciones a través de la construcción de contra-conceptos metafóricos hace parte de esos esfuerzos enunciativos. En este caso, el encadenamiento metafórico define que EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO Y LA REVOLUCIÓN, SU CURA. En el esquema argumentativo, la condición de refutación funciona como se muestra en la Tabla 3.13:

Discurso gubernamental			Discurso guerrillero
(premisas)	(cualificador modal)	(pretensión)	(refutación)
Toda vez que	de tal manera	se concluye que	Pero
	(garantía)		
Los cuerpos vivos son delicados	Las cuerpos se pueden inmunizar contra enfermedades y curar sus heridas	La salud del cuerpo depende de los anticuerpos inoculados	El remedio no ha podido curar la enfermedad
-así como-	-así como-	-así como-	-así como-
Los países son vulnerables	Los países se pueden proteger contra peligros y solucionar sus problemas	El bienestar del país depende de la política de seguridad aplicada	La política gubernamental no ha podido solucionar los problemas del país.
(apoyos)			
EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA SEGURIDAD ES SU CURA		EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA REVOLUCIÓN ES SU CURA	
METÁFORA CONCEPTUAL		CONTRACONCEPTO METAFÓRICO	

Tabla 3.13. Modelo (contra)argumentativo apoyado en la metáfora del cuerpo

3.2.2.5 La justificación metafórica del belicismo

Algunas de las diversas expresiones metafóricas recurrentes en los discursos del conflicto armado en Colombia tienen un rol argumentativo, pues funcionan como respaldo, fundamento empírico o apoyo de las garantías, siguiendo la terminología de Toulmin (2007[1958]). En la fuerza de las experiencias y en la activación de imágenes compartidas reside el potencial persuasivo de las metáforas conceptuales y su presentación como apoyos argumentativos.

En el examen de esa dimensión, he identificado y ejemplificado seis metáforas conceptuales encadenadas sobre las que se apoyan diversas garantías en los esquemas argumentativos construidos tanto por el discurso gubernamental como por el guerrillero; ellas son las metáforas del camino, el animal, el cultivo, el juego, la casa y el cuerpo. Frente a cada conceptualización metafórica en el discurso presidencial, he advertido que la voz de las Farc-Ep opone una conceptualización de contraste, a través del uso de las mismas metáforas. Esta oposición a nivel de los conceptos y contra-conceptos se sintetiza en la Tabla 3.14:

Discurso gubernamental	Discurso guerrillero
EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN CONFIABLE QUE AVANZA POR BUEN CAMINO	EL PLAN DE GOBIERNO ES UN TREN DESCONTROLADO QUE AVANZA POR MAL CAMINO
LOS GUERRILLEROS SON ANIMALES ACORRALADOS	LAS ÉLITES EN EL PODER SON (LOS VERDADEROS) ANIMALES PELIGROSOS
LA PROSPERIDAD ES LA COSECHA DE LA POLÍTICA DE SEGURIDAD	EL TERROR HA SIDO EL CULTIVO DEL ESTADO COLOMBIANO
LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ESTRATEGIA	LA POLÍTICA ES UN JUEGO DE ENGAÑOS
EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PRESIDENTE ES SU CONSERJE	EL PROCESO DE PAZ ES UNA PUERTA; EL PUEBLO ES SU CONSERJE
EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA SEGURIDAD ES SU CURA	EL PAÍS ES UN CUERPO ENFERMO; LA REVOLUCIÓN ES SU CURA
Tabla 3.14. Conceptos y contraconceptos metafóricos en los discursos gubernamental y guerrillero	

El uso del modelo argumentativo de Toulmin (2007[1959]) me permitió presentar los discursos de reacción de las FARC-EP como condiciones de refutación que ponen en cuestión los principios formales generadores de las garantías y reorientan las conclusiones o pretensiones en la dinámica persuasiva frente a los auditorios. Me interesó nombrar y destacar como refutaciones los conceptos metafóricos guerrilleros que reaccionan y contradicen -directa o indirectamente- los gubernamentales, a través de diferentes técnicas. Es en este sentido que abordé la función polémica de la metáfora y que la inscribo como un rasgo propio del estilo discursivo.

Entre esas técnicas o modos en que se presenta la oposición metafórica, los contra-conceptos metafóricos farianos retuercen e inclusive invierten el punto de vista gubernamental, en un doble movimiento simultáneo de apropiación y distanciamiento: se apropian de la palabra proferida por el adversario para ponerla en escena, pero haciéndolo establecen distancias entre ella y la voz propia, la acusan y revelan en sus intenciones escondidas, vía su desacreditación.

Esa tensión entre apropiación y distanciamiento se transparenta en el hecho de compartir los dominios-fuente en las expresiones metafóricas; no ocurre en el discurso guerrillero una negación ni una supresión de las metáforas gubernamentales, sino más bien una afirmación de base, a partir de la cual se elaboran las reorientaciones del sentido. Se trata, pues, de la aceptación de un contrato en el que hay acuerdo tácito sobre los dominios-fuente, de manera que la oposición en el discurso queda concentrada en las predicaciones de los esquemas cognitivos activados, esto es, en el tipo de extensiones que se añaden a los conceptos, en los rasgos que se conectan entre dominios experienciales para componer esos conceptos, y en las saliencias o énfasis en cada construcción conceptual metafórica.

Ahora bien, las metáforas polémicas analizadas presentan una convergencia o direccionamiento común en el vector justificativo. En efecto, tanto las justificaciones

gubernamentales como las guerrillas giraron en torno al belicismo⁸⁹ como el régimen de acción política más conveniente, necesario e, inclusive, inevitable, para el momento que vivía el país.

En el caso de la política belicista cristalizada en el discurso gubernamental, hay una búsqueda de justificación del uso de la violencia que rebasa la referencia al monopolio estatal de las armas y acude a la presentación del enemigo como minoría natural, *presa o animal acorralado* para amortiguar la contradicción ética consustancial (combatir la violencia con violencia), reforzar la imagen del agresor como categoría inamovible o etiqueta y menos como rol intercambiable entre los actores, y conseguir el apoyo del tercero (la ciudadanía) en forma de opinión pública.

Lo mismo ocurre con la orientación del plan de gobierno, metaforizado como el *tren o las locomotoras de la prosperidad*, hacia la centralidad de la seguridad y la defensa del sector extractivista en las zonas periféricas, donde la guerrilla representa un *obstáculo* en las *vías* hacia una prosperidad del campo basada en la agroindustria y la megaminería. En esa política belicista, los *frutos o la cosecha* de la seguridad es precisamente esa prosperidad *sembrada* desde el gobierno anterior y continuada por el Presidente Santos: la Política de Seguridad Democrática.

De garantizar esa continuidad dependió la credibilidad y aceptabilidad de Santos durante el bienio inicial de su primera presidencia; atendiendo a esa tensión entre continuismo y cambio, el Presidente concibió la política como un juego de estrategia en el cual su fama de buen jugador de póquer capitalizaría la confianza en su competencia y autoridad,

⁸⁹ En la teoría política, el belicismo suele ser definido indirectamente cuando se analiza el pacifismo; así Bobbio (1998:1114) los presenta como opuestos, refiriéndose al primero en términos de «todas las doctrinas que exaltan la guerra como factor de progreso moral, social y técnico». El sentido del sintagma *política belicista*, sin embargo, lo utilizo aquí para hacer referencia a la conformación de proyectos sociales que no exaltan precisamente la guerra, sino los medios bélicos (armados) para gestionarla, bien sea que se quiera profundizarla, transformarla o terminarla. Esa exaltación puede estar cercana al concepto de *militarismo*, que Pasquino (1998:963) examina y define extensamente como «predominancia de los militares sobre los civiles, creciente penetración de los intereses de carácter militar en el tejido social y su amplia aceptación, el empleo de recursos extraídos con sacrificio por la población y con perjuicio de la cultura y del bienestar y la disipación de las energías de la nación en las fuerzas armadas (...); concretamente, control de los militares sobre los civiles, sistemática victoria de las instancias de los primeros. Lo contrario del militarismo es por lo tanto *poder de los civiles* y no pacifismo. Lo contrario de *pacifismo*, amor por la paz, es en efecto *belicosidad*, [belicismo], amor por la guerra». No obstante, si se habla de militarismo en el conflicto armado interno colombiano, habría que puntualizar que se trata de una predominancia o un control de los actores armados sobre la población civil, que se daría en ambos ‘ejércitos’: el oficial y el insurgente. Este uso requeriría matizar aun más el sentido de ese *militarismo*, pues no puede dar la idea de que en Colombia el sector militar tiene independencia del Gobierno central o que, de hecho, lo haya controlado, como en los regímenes militares; esto no sería completamente cierto para el caso colombiano. El análisis de Vargas (2002) sobre las relaciones entre Fuerzas Armadas, Estado y sociedad civil, en la trama del conflicto interno, muestra que el poder del estamento civil y de la regulación estatal se ha superpuesto al poder militar, lo que ha evitado golpes de Estado en la historia colombiana. En contraposición a ese posible «militarismo gobernante», resulta más preciso hablar de un «belicismo gobernante» o de unas *políticas belicistas*, para referirse tanto al bando estatal como al guerrillero.

especialmente frente a la inercia del conflicto y la apertura de un nuevo proceso de paz con las FARC-EP, metaforizado como una puerta cerrada cuya llave sería controlada por el Presidente. El cuerpo de la nación, entonces, sería custodiado por el conserje-Presidente y la salud de ese cuerpo, así como la sanación de las enfermedades y las heridas producidas por la guerra, tendrían la cura en la política belicista.

En el caso del belicismo cristalizado en el discurso guerrillero, la desacreditación del plan de gobierno conceptualizado en el tren de la prosperidad pone en cuestión la visión optimista del camino recorrido y recaba sobre los efectos nocivos que produce el paso de las locomotoras sobre las comunidades. Asimismo, la figura del Estado que cosecha prosperidad con las semillas de la seguridad es rechazada como parte de una concepción amoral y elitista de la política como engaño, truco o ‘faroleo’ de póquer. El recurso a la indignación reforzará, entonces, la justificación a ese rechazo a través de la lucha armada. La presa (la guerrilla) se amalgama con la población civil; el predador (la Fuerza Pública) es presentado como irracional y sanguinario, y los verdaderos animales peligrosos, en la remotivación de esta metáfora, son las élites en el poder, acusadas de los vicios que se asocian al catálogo de alimañas y otras especies que vulneran al pueblo. Así es como los métodos violentos se presentan como una reacción simétrica a la agresión gubernamental y, en esa medida, perfectamente justa.

El belicismo en las FARC-EP es, claro, connatural a su condición de guerrilla organizada para la toma del poder a través de las armas. Sin embargo, la justificación metafórica no refiere directamente ese método, sino que lo bordea e implica como el camino obligado, la vía que les dejó el Estado. De ahí que la lucha armada se justifique como lucha por la paz, hacia la paz, pero no a través de la paz misma. En las expresiones metafóricas que construyen el contra-concepto del proceso de paz, las FARC-EP buscarán desacreditar la autoridad del Presidente y su autonomía para decidir si iniciar o no los diálogos. La movida retórica será diluirse o desvanecerse entre la población civil, para presentarse como su vocera, tomar distancia del protagonismo en la guerra y pasar en silencio por la discordancia de la paz armada, esto es, de defender la paz haciendo la guerra. Para este propósito, el discurso guerrillero hará más énfasis en la revolución y la metaforizará como la verdadera cura, contradiciendo la cura gubernamental encarnada en la seguridad; no obstante, ambas políticas (revolucionaria -al modo fariano- y de seguridad -al modo gubernamental-) se estructuran en torno al mismo belicismo que sus metáforas justifican.

La justificación metafórica del belicismo no solo se orienta hacia la deslegitimación del enemigo (para lo cual otras estrategias más directas resultan también efectivas, como la demonización y la rotulación), sino también hacia una doble autolegitimación: 1) del aparato militar operativo, en virtud de las acusaciones que pesan sobre sus desmanes, específicamente la violación al Derecho Internacional Humanitario; y 2) del aparato político militarista, en respuesta a la decisión, durante este periodo histórico, de seguir combatiendo y de aplazar la salida pacífica al conflicto. En esta medida, la metáfora adquiere dimensión persuasiva al presentar la violencia como reacción, necesidad y heroicidad, así como núcleo de una estrategia política legítima y fundamental dentro del marco de imaginarios que simplifican el conflicto. Esta simplificación amplifica positiva y negativamente -de acuerdo con cada discurso- un conjunto de antinomias que son presentadas como esenciales: buen camino/mal camino; predador/presa; prosperidad/terror; estrategia/engaño; Presidente/pueblo; y seguridad/revolución; cada una de esas antinomias se relaciona directamente con las metáforas conceptuales y contra-conceptuales reconstruidas.

En estas discursividades, la justificación es necesaria tanto para responder a la crítica como para sostenerla⁹⁰. Esta imbricación lleva a pensar que las metáforas que sostienen justificaciones en ambas discursividades analizadas están afirmando la debilidad intrínseca del belicismo y la conciencia de que su sostenimiento como política pública, por un lado, y como proyecto de resistencia civil, por el otro, están condenados al rechazo definitivo de la sociedad civil, o por lo menos, a su desgaste paulatino. Por supuesto, que la justificación tenga en su reverso a la crítica no significa que en todas las situaciones de la vida social los actores den razones suficientes para respaldar sus actos; en los conflictos armados, de hecho, impera la fuerza por encima de la iniciativa de justificar esa fuerza.

Las justificaciones metafóricas en la coyuntura política estudiada son, en realidad, uno de los últimos esfuerzos por legitimar la guerra integral como única vía de solución al conflicto social del país. La lógica de esas justificaciones es la negación y el rechazo de la equivalencia entre los actores: para ambos, el otro no alcanza a ser un par; es inferior. El régimen del belicismo se basa en esa asimetría y en su mantenimiento o profundización, hasta que una de las partes se imponga y la otra sea anulada. Como lo demuestran los usos metafóricos, en el tratamiento del otro lo que impera es su falta de reconocimiento; sobre él solo puede ejercerse

⁹⁰ En la reflexión sociológica en torno a los modos en que las personas denuncian las injusticias y autojustifican sus acciones, Boltanski (2000) hace notar que el imperativo de justificación es indisoluble de la posibilidad que se tiene de ser criticado.

la fuerza; de ahí que la resistencia se justifique en su dramatismo, extremismo y ‘espejularidad’ (aludiendo al *juego de espejos*).

Los usos polémicos de la metaforización configuran también otro rasgo definitorio de los estilos discursivos gubernamental y guerrillero. En su fondo argumentativo, la justificación del belicismo es un horizonte compartido, aunque dirigido en sentidos opuestos, como lo presenté también a propósito de la *epideixis* y sus funciones políticas. En el siguiente apartado analizo otro rasgo estilístico que se dispone bajo esta lógica.

3.2.3 La reformulación polémica en la desacreditación del enemigo

Reformular el discurso del enemigo para desacreditarlo es un rasgo estilístico compartido por los discursos gubernamental y guerrillero. Analizo aquí un conjunto de operaciones de reformulación que contribuyen a la construcción de una relación polémica entre las discursividades y las cuales me permiten hablar de una tendencia a oponerse al discurso del otro reformulando sus definiciones de la realidad, sus modos de referirla o construyendo perspectivas dicotómicas por contraste. Ubico los diferentes modos de la reformulación alrededor del eje de la polémica, toda vez que esos modos convergen en la desacreditación del enemigo.

A propósito de la reformulación como constructo teórico, su estudio ha estado inscrito en el extenso campo de la investigación sobre conectores y marcadores discursivos⁹¹. Con diferentes matices y especificidades, ellos son entendidos como partículas gramaticales que guían inferencias para la interpretación de lo expresado, según diversas condiciones situacionales, interaccionales y cognitivas; efectos que desbordan los alcances teóricos de las gramáticas oracionales (Bosque, 2001; Briz, 2008; Fuentes, 2009; Garcés, 2008; Montolío, 2001; Pons, 2000; Zorraquino y Portolés, 1999)⁹². Los trabajos más recientes (García Negroni, 2014; Loureda y Acín, 2010) han analizado los intereses de las discusiones actuales y han resaltado en ellas una orientación multidimensional: desde el abordaje de la gramaticalización diacrónica de los marcadores, su dimensión pragmática y enunciativa, hasta enfoques sociocognitivos sobre el uso de estas partículas.

⁹¹ Pons (2013:154) critica esta inscripción de la reformulación en los estudios sobre marcadores, aduciendo que «se cae en el riesgo de identificar la variación del marcador, que puede cubrir diferentes funciones, con la caracterización de la relación funcional específica que se pretende estudiar» .

⁹² Las características de los marcadores discursivos son las siguientes: 1) son unidades lingüísticas invariables; 2) están al margen de la predicación oracional; 3) enlazan el miembro del discurso en el que se encuentran con otro precedente, expreso o implícito; 4) permiten guiar, según sus características semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación (Zorraquino y Portolés, 1999).

En esta tradición, convergen múltiples esfuerzos por clasificar los marcadores de acuerdo con diferentes criterios taxonómicos. Es en esas clasificaciones, precisamente, donde aparece la reformulación como un tipo de función que pueden cumplir algunas partículas como “es decir”, “o sea” y “esto es”, entre muchas otras a las que se han dedicado investigaciones específicas en español (Casado, 1991; Fuentes, 1993; Galán, 1998; Garcés, 2008; Vercruysse, 2009).

En la bibliografía sobre marcadores discursivos suele distinguirse entre reformulaciones parafrásticas y no parafrásticas (Garcés, 2008; Kotschi, 2001; Rossari, 1997; Roulet, 1987). Garcés (2006:659-660) sintetiza que la reformulación no parafrástica se caracteriza por introducir un cambio de perspectiva enunciativa a través de una reinterpretación (de ahí su carácter polifónico), establecer relaciones jerárquicas de igualdad o de subordinación entre los segmentos reformulante y reformulado, y orientar el significado a través de los marcadores de reformulación, que adquieren valor argumentativo en cada contexto de enunciación.

En cuanto a las clasificaciones de los marcadores de reformulación no parafrástica, el trabajo pionero de Roulet (1987) propone tres funciones: indicación de una nueva perspectiva enunciativa, indicación de un cambio de perspectiva enunciativa e invalidación de una perspectiva enunciativa previa. En la siguiente década, Rossari (1994) se fijará más en las movidas cognitivas de la reformulación no parafrástica: recapitulación, reconsideración, distancia e invalidación. Por la misma época, Fuentes (1993) hablará de dos macrofunciones textuales: generalización y expansión, y Gülich y Kotschi (1995), de disociación y corrección. Finalmente, Bach (2000) considerará que la reformulación no parafrástica puede darse como expansión, reducción, variación o permutación de lo reformulado. En otras propuestas, no se utiliza la denominación *no parafrástico*, pero sus divisiones transitan en esa dirección al introducir funciones como la «rectificación» (Cortés y Camacho, 2005; Saz, 2003; Zorraquino y Portolés, 1999) y la «separación» o distanciamiento (Garcés, 2008).

Los estudios que siguen estas taxonomías en las que aparece la reformulación coinciden en presentarla como un procedimiento de organización del discurso o un retorno a lo ya dicho (a través de procedimientos que pueden ser parafrásticos o no parafrásticos, como ya fue explicado), para realizar adecuaciones entre lo comunicado y la intención del hablante, y ayudarle al interlocutor en el trabajo interpretativo. Estas visiones se inscriben predominantemente en una perspectiva pragmática de la interlocución, regida por un contrato implícito de cooperación comunicativa entre los hablantes (Grice, 1989 [1975]); Wilson y

Sperber, 2006). En este sentido, resulta pertinente la crítica de Charolles (1987:100-101): «Parece difícil aceptar que todas las reformulaciones se originen en una voluntad de cooperación. Esta concepción, excesivamente bondadosa al respecto de los locutores, no es defendible dado lo que se conoce sobre las operaciones implicadas en la producción verbal».

Podemos añadir, entonces, que estos estudios no introducen una dimensión de orden polémico en la reformulación, es decir, un análisis de la inscripción de fuerzas divergentes entre lo reformulante y lo reformulado, en entramados polifónicos donde una voz disidente retome a la otra para cuestionarla y para polemizar con ella ante la opinión pública. Steuckardt (2007, 2009), desde el análisis del discurso en la línea de la retórica argumentativa, propone llamar a esta operación *reformulación polémica*:

[...] una formulación de un estado de cosas que ya había sido iniciado por el oponente, a menudo conservando sus construcciones sintácticas y la mayoría de sus palabras utilizadas, pero con una orientación argumentativa totalmente opuesta, a través de ese mismo material léxico. Como en el refrán de quien “va por lana y vuelve trasquilado”, la víctima de esta operación se ve atacada en su propio terreno, con las estructuras lingüísticas que ella misma había planteado.

Ahora bien, la reformulación polémica no sería un tipo de reformulación no parafrástica, dado que reformular no es lo mismo que parafrasear. Como lo señala Pons (2003:157), «[d]esde un punto de vista discursivo, el hablante que parafrasea desea establecer un nexo de identidad entre dos formulaciones; el hablante que reformula, por el contrario, desea poner de manifiesto las diferencias entre ambas formulaciones». Este principio explica que en la reformulación polémica el segmento reformulante oriente la continuidad del enunciado hacia el énfasis y el desarrollo del desacuerdo con respecto a un punto de vista ajeno. Así, queda inscrito el desacuerdo a través del resalte de una discordancia entre dos enunciados, que son separados diametralmente haciendo que el segundo sea «superior», «mejor», «más real», etc., que el primero; se trata de una jerarquización discursiva, donde el segmento reformulado se ve subordinado al segmento reformulante. Mostraré cómo aparece esa jerarquización en los discursos gubernamental y guerrillero.

3.2.3.2 Los acentos en la reformulación polémica gubernamental y guerrillera

En los discursos gubernamental y guerrillero aparecen tres acentos o énfasis en la desacreditación⁹³ del adversario a través de la reformulación polémica; estos acentos

⁹³ Si bien los términos *descalificación* y *desacreditación* suelen utilizarse como sinónimos en los estudios sobre la polémica, privilegio el uso del segundo para hacer mayor énfasis en la creencia y confianza que resultan afectadas al desacreditar al adversario, de acuerdo con la asociación etimológica (Corominas, 1987:177).

constituyen tres formas que denominaré definitorio, modal y contrastivo. La primera se refiere a la desacreditación del discurso del adversario a través de la postulación de definiciones sobre lo real y lo verdadero; la modal se concentra en desacreditar el estilo y los recursos verbales del discurso contra el cual se polemiza; la contrastiva consiste en la construcción de perspectivas opuestas o de antinomias, para realzar el punto de vista propio. Además de estas tres formas, la reformulación polémica puede aparecer reforzada por el uso de la negación polifónica (Ducrot, 1985, García Negroni, 2009), como explicaré en otro apartado.

Hablo de acentos o énfasis, para evitar comprometer el análisis en el establecimiento de una tipología de la reformulación polémica. Si bien algunos trabajos realizan aportes en este sentido (por ejemplo, Steuckardt, 2009)⁹⁴, este análisis no se plantea ese objetivo, sino ordenar la presentación del rasgo estilístico a través de la agrupación en categorías no discretas y constantemente mezcladas, además de ilustrar sistemáticamente la exploración realizada en el corpus. Los operadores gramaticales de esas formas de desacreditación no son fijos (no tienen correspondencia unívoca con cada tipo de reformulación) ni excluyentes (pueden aparecer combinados en cada enunciado), pero sí comparten rasgos funcionales de orden gramatical y semántico. A continuación, se explica cada modo de reformulación y se ilustra cómo van apareciendo articulados entre sí en algunos casos puntuales.

La reformulación polémica definitoria

La reformulación se concentra en la puesta en cuestión de conceptos o nociones presentes en la predicación del adversario, sea este identificado explícitamente, sugerido o generalizado en el proceso mismo de reformulación. Lo más frecuente es que tengan presencia explícita los verbos atributivos, en los cuales recae la intención de redefinir un segmento de lo real o lo verdadero, que entra en disputa:

Afirmar ahora [...] que la imposibilidad de derrotar a la insurgencia *es* por causa de la incapacidad del saliente comandante de las Fuerzas Militares [...] *es* buscar el ahogado aguas arriba y pensar con el deseo. *Es* además cinismo puro, pues se intenta manipular groseramente la realidad (FARC-EP, 2011, agosto).

Desacreditar el “saber” del otro le permite a su contradictor instalar una versión de la realidad en forma de revelación, es decir, de verdad descubierta y, por tanto, única. Así, los

⁹⁴ En el trabajo de Steuckardt (2009:170) se proponen cuatro tipos de reformulación: especificativa (X>Y), generalizadora (X<Y), descalificadora (X+/Y-, o bien, X=/Y-) y recalificadora (X-/Y+).

verbos atributivos inclinan la enunciación hacia una lógica apofántica donde definir qué es lo verdadero y qué es lo falso termina siendo fundamental para ganar la confianza y credibilidad del auditorio. En el ejemplo, el descrédito de lo que el adversario afirma se refuerza con la ridiculización, el juicio de valor y los términos valorativos introducidos a propósito de la pretendida derrota militar de la insurgencia en la fase final del conflicto, según el discurso gubernamental. Sobre este tema se redefinirá recurrentemente la credibilidad del *fin del fin*:

No estamos precisamente en el momento en que señalan nuestros contradictores. *Estamos* en otra etapa, en otros momentos, adaptándonos a una nueva situación dentro de la misma concepción estratégica que hemos manejado durante toda la vida, convencidos de que vamos por el camino correcto (FARC-EP, 2010, julio 29).

No existe el “fin del fin” de la guerrilla propagandizado por los peones de la transnacionalización de la economía en Colombia. *Lo que hay es* una intensa confrontación política y militar y una movilización creciente de los sectores sociales contra la precarización neoliberal de las condiciones de vida y la entrega a las transnacionales, de la tierra y los recursos minero-energéticos del país (FARC-EP, 2012, marzo).

Con la puesta en cuestión de la derrota insurgente en el conflicto, el discurso guerrillero anuda las problemáticas sociales a la prolongación de la guerra, de manera que ellas terminan siendo la «verdadera» causa de la situación violenta. La reformulación polémica está centrada en esa redefinición de la ventaja militar como *propaganda* necesaria para asegurar el desarrollo del modelo. En ese sentido, se requiere redefinir también la política de seguridad, para revelar su funcionalidad a los intereses económicos y sus efectos nocivos contra la población civil:

[el gobierno] se ha amparado en *lo que llamaron* “Seguridad Democrática”, la cual *ya hemos definido como* seguridad financiera para las transnacionales y mayor miseria para el pueblo (FARC-EP, 2010, agosto, 17).

En estas reformulaciones, el tópico antiestadounidense aparece también para desacreditar la autonomía de la política de seguridad y subordinarla a los intereses extranjeros. Parte central de esa política, desde 2006 a 2011, fue la persecución a los cabecillas de la estructura armada: en la reacción contra la muerte de los líderes guerrilleros, esta forma de desacreditación fue potente para presentar la realidad en los términos de la insurgencia, negando los usados por el Gobierno y reemplazándolos directamente:

Lo ocurrido en la madrugada del 22 de septiembre en las selvas de La Macarena *no fue un combate, sino un vil asesinato, una masacre* ejecutada a mansalva y sobre seguro por un Estado terrorista subordinado a los dictados de Washington (...) *No son héroes* los pilotos y artilleros del terrorismo que dispararon sus armas, guiados por la tecnología, *sino cobardes* instrumentos de un poder tiránico y pro yanqui que aspira a eternizar la injusticia sobre el suelo de Colombia (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Desde la lectura de las FARC-EP, los intereses estadounidenses controlan secretamente y en connivencia con los gobiernos colombianos, tanto la política de seguridad como la práctica del modelo económico extractivista, en beneficio de las élites gubernamentales de ambos países. La revelación de estos intereses oscuros será, pues, la función del discurso guerrillero, que buscará altavoces en los países latinoamericanos para poner en evidencia esta situación de amenaza continental. Los comunicados dirigidos a gobiernos y organismos internacionales demuestran ese esfuerzo por ser reconocidos como una voz legítima de oposición política, que se opone a la injerencia estadounidense en la región. En una carta abierta, dirigida a UNASUR, así alarmaban sobre la presencia de bases militares extranjeras en territorio colombiano:

Si Colombia hoy está ocupada militarmente por una potencia extranjera, *lo es* [sic] en desarrollo de un interés geoestratégico, de predominio continental *y no en razón de* una guerra local contrainsurgente (FARC-EP, 2010, agosto 23).

En la carta a UNASUR se redefinía la definición gubernamental del conflicto como *guerra local contrainsurgente*, y se lo volvía a presentar como un efecto del interés imperialista de Estados Unidos sobre toda la región. El antiestadounidismo de las FARC-EP, en la reformulación polémica definitiva, se presenta bajo esa función principal de poner en evidencia eso que «realmente está pasando»: una alianza de vieja data y cada vez más profunda y nociva, entre las élites colombianas y estadounidenses. Así, el Estado es criminalizado como cómplice del plan neocolonial desde los proyectos gubernamentales de *unidad nacional y de prosperidad democrática*:

un Estado gansteril dispuesto para permitir que el país se garantice como enclave del capitalismo depredador y gran plataforma del complejo militar yanqui. *Ese es* el sentido genuino de la “Unidad nacional y la prosperidad democrática”, que sin duda sigue la continuidad del guerrerismo uribista, que *no es otra cosa que* el recetario de depredación trazado por Washington (FARC-EP, 2011, febrero 21).

La palabra del enemigo, aquí entrecomillada por el mismo discurso guerrillero, es materia de redefinición para recuperar su *sentido genuino*, reforzado por recursos auxiliares, como el deíctico (*ese es*), el modalizadores epistémico (*sin duda*) y la negación (*no es otra cosa que*). El discurso guerrillero introduce la justificación y vigencia de la lucha armada, dentro del esquema de reacción y defensa. El extinto líder de las FARC-EP, alias Alfonso Cano, así lo presentaba en una entrevista concedida a un diario español:

La existencia de guerra de guerrillas revolucionarias en Colombia *no es* consecuencia del voluntarismo de un puñado de valientes o de unos aventureros, o de unos “terroristas” o de unos “narcoterroristas”, tales calificativos podemos dejárselos a la *propaganda oficial*. La insurgencia colombiana *es* reflejo del sumun de una serie de factores estructurales que los distintos gobiernos no pueden empecinarse, terca y criminalmente, en desconocer (FARC-EP, 2011, junio 16).

Resalto en esta cita la desacreditación de dos voces adversariales a través de la reformulación polémica definitoria: la primera, una voz general que asocia la lucha guerrillera con el *voluntarismo y aventurerismo*, lo que tiene ecos en la crítica al anacronismo de este grupo armado por su conservación de un viejo esquema de lucha social. La segunda voz, directamente atribuida al sector *oficial*, presenta como *propaganda* la acusación que pesa contra esta guerrilla de perpetuar crímenes ligados con el terrorismo y el narcotráfico. Luego de la definición negada, la definición afirmada insistirá en la dependencia de esta guerrilla con respecto a los *factores estructurales* (pobreza, corrupción, elitismo, injusticia social, etc.) de la violencia colombiana. En sus documentos programáticos e históricos aparecen reforzadas estas reformulaciones; por ejemplo:

[Las Fuerzas Militares] dicen abogar por mantener la población civil alejada de la confrontación armada pero intensifican su tarea de "quitarle el agua al pez" *que significa* asesinar los civiles no afectos al gobierno (FARC-EP, 2005, Esbozo).

La reformulación explicita el significado del enunciado ajeno, para deshacer y aprovechar la ambigüedad de la metáfora gubernamental orientándola en detrimento de su legitimidad como Fuerza Pública. Esta representación de los militares oficiales como represores es recurrente en el discurso guerrillero y suele aparecer bajo el modo redefinitorio de la reformulación polémica.

En cuanto al discurso gubernamental, la reformulación polémica definitoria aparece concentrada en la validación de las políticas públicas implementadas y la desacreditación de

la lucha armada de la guerrilla, que se ve reemplazada directamente por las definiciones gubernamentales. Así presentaba Santos, en 2011, la relación entre los campesinos y el sector agroindustrial, que se vería reconceptualizada a través de la acepción *asociaciones productivas complementarias*, para redefinir el carácter excluyente entre pequeña y gran producción:

Lo que hemos querido y estamos poniendo en marcha *son* asociaciones productivas entre grandes empresarios y pequeños campesinos. Esa concepción de poner a producir el campo en dos esquemas que *son complementarios, no los consideramos para nada excluyentes, sino complementarios* (Santos, 2011, abril 12).

Aquí el problema de la posición de desventaja del campesinado con respecto al gran sector productivo del agro es desacreditado como un esquema cerrado que puede reemplazarse por la concepción de complementariedad productiva. Al mismo tiempo, se trata de una puesta en cuestión de la bandera de la injusticia social agraria, ondeada por la guerrilla durante más de medio siglo. A las FARC-EP más bien se les nombra para explicar en términos de desesperación el incremento de sus acciones bélicas durante el primer bienio presidencial, como habíamos visto en un apartado anterior desde el punto de vista de la metáfora, y aquí, desde el funcionamiento reformulante:

Pretenden hacerse invisibles vistiendo de civil, en contra de todas las normas del Derecho Internacional Humanitario (DIH), y pretenden hacer ruido y causar zozobra con pequeñas operaciones “avispa” contra nuestros hombres y, sobre todo, contra la población civil. *Es en realidad* una estrategia de supervivencia, un esfuerzo desesperado por mantener su presencia ante los medios y ante la opinión pública (Santos, 2011, agosto 7).

Vemos que el refuerzo de la cópula con la locución adverbial de afirmación (*es en realidad*) asegura que la reformulación tome funciones de desacreditación al dejar implícito que el otro no da a ver la realidad, sino que oculta su agonía como una *estrategia de supervivencia*. Por extensión, la labor de la Fuerza Pública se ve destacada en estos enunciados, en una conjunción entre formas epidícticas y reformulantes; por ejemplo:

Cuando asumí el Ministerio de Defensa llegué con esa mentalidad: innovemos, le dije al Ejército, innovemos le dije a la Armada Nacional, innovemos le dije a la Fuerza Aérea, innovemos le dije a la Policía. Innovemos en materia de inteligencia, innovemos en materia de operaciones. Y después de 40 años comenzaron a caer miembros del Secretariado de las Farc. *Eso no fue* un golpe de suerte, *eso no fue* una coincidencia. *Fue*

producto de un trabajo conjunto de nuestra Fuerza Pública, con la innovación como parámetro fundamental (Santos, 2011, octubre 14).

El carácter dialógico de la polémica suele dejar marcas explícitas en el enunciado, por ejemplo a través de las negaciones que aparecen en las citas. Se trata de defender el punto de vista por medio de aseveraciones atributivas, o bien, de otras formas asertivas enfáticas:

El crecimiento de estos primeros tres meses ha sido muy positivo. Y la creación del empleo en ese crecimiento se está manifestando en las cifras. *No son* cifras inventadas por el Gobierno. *Son cifras oficiales, las mismas cifras* que hemos venido utilizando hace muchísimo tiempo (Santos, 2012, mayo 1).

Se le ha querido señalar como un proyecto que busca perdonarles los pecados a los paramilitares, como un proyecto que busca invertir a la guerrilla de poderes políticos. *No hay tal. Lo que se busca es* simplemente crear un piso jurídico para culminar con éxito el proceso de reintegración, que va por buen camino (Santos, octubre 5).

Los ejemplos dejan ver, además, que reformular redefiniendo lo que el adversario afirma es, sobre todo, acusarlo de infidelidad frente a la realidad objetiva, esto es, de faltar a una “verdad esencial”. El papel de los verbos atributivos y las aseveraciones enfáticas en la reformulación polémica definitoria es, entonces, desde el punto de vista semántico, postular un nuevo estatuto de lo real y lo verdadero (lo que “es”); desde lo pragmático, introducir ese estatuto a través de los actos de habla “definir” y “redefinir”; y desde lo argumentativo, hacer funcionar el enunciado definitorio con la lógica de la polémica, a través de la cual se desacredita el punto de vista del adversario en el espacio público.

La reformulación polémica modal

La reformulación se concentra en la desacreditación de los recursos estilísticos usados por el adversario. Se distingue por la dimensión metarretórica que asume la enunciación al introducir los modos del decir en los juegos de lo verdadero y lo falso:

La enrevesada explicación del ministro de Defensa [...] de que no se trató de un operativo de rescate, sino de búsqueda, *no es más que un precario eufemismo* que no alcanza a tapar la perfidia de un gobierno ni su desprecio a normas esenciales del Derecho Internacional Humanitario (FARC-EP, 2011, diciembre).

En estos casos, reformular es “quitar los adornos” del decir del adversario para revelar lo que ocultan esos decorados; así, el fragmento señalado, que incluye un uso del verbo

atributivo “ser” que funciona como se explicó en el apartado anterior (al establecer definiciones de la realidad), contiene además una especie de “deseufemización”, en la cual la guerrilla se posiciona como el sujeto que es capaz de referir la realidad con cierta autenticidad, simplicidad o crudeza. Krieg-Planque (2004), en esta misma perspectiva, atribuye a ese señalamiento de eufemismos una función de posicionamiento social en el orden del enunciado político, soportado sobre sistemas de valores particulares. Esa “toma de postura”, en la retórica guerrillera, es también una “impostura” como denunciante de las argucias del adversario. En todos los ejemplos encontrados, se hace hincapié en la intencionalidad y el reproche de ese ocultamiento que estaría ejerciendo el Gobierno colombiano:

... para seguir con el pretendido afianzamiento de *lo que llaman “confianza inversionista”* a través de los nefandos métodos de la ya conocida “seguridad democrática”, o “prosperidad democrática”, *o como le quieran llamar a la militarización mayor de la vida nacional y al trato guerrillero a las acciones de masas* (FARC-EP, 2011, noviembre).

En la cita ejemplifico el uso recurrente de las comillas con la doble función de marcar los límites entre la palabra ajena y la propia, y traer fielmente a escena el discurso del adversario (“heterogeneidad mostrada”, en términos de Authier-Revuz, 1984), pero también de ironizarlo al contradecir el contenido de las nominalizaciones cuando se reformula la “seguridad democrática” como “militarización” y la “prosperidad democrática” como “trato guerrillero”. Desacreditar el modo en que el adversario nombra la realidad es acusarlo de ser retórico, en el sentido más peyorativo posible, es decir, de engañar y manipular con su palabra sin ningún escrúpulo frente a *la verdad*:

"Seguridad democrática" o "prosperidad democrática", *o como le quieran llamar a la militarización mayor de la vida nacional y al trato guerrillero a las acciones de masas que se dan contra la reprimarización de la economía, contra las privatizaciones y la entrega del país a las transnacionales, contra el intervencionismo yanqui, la presencia de sus bases militares y el desenvolvimiento de sus neocoloniales intereses geoestratégicos* (FARC-EP, 2011, noviembre).

Nadie dudaría de que existe una clara determinación de acumulación capitalista en la presencia de los capitales transnacionales, sobre todo yanquis, en Colombia, que van acompañados de enormes prerrogativas creadas a la luz de *lo que los gobernantes de turno llaman “seguridad inversionista”, lo cual se traduce en la entrega ferida de los recursos y de la soberanía* (FARC-EP, 2011, julio).

Desde la visión fariana, más allá de los nombres que el discurso gubernamental asigna a las políticas públicas, existe una continuidad de base en el proyecto imperial estadounidense que requiere camuflarse verbalmente en cada gobierno. La guerrilla funge entonces como la que desenmascara esos trucos retóricos de cara a la ciudadanía. Especialmente en el tratamiento de la guerra, el discurso insurgente desmiente el terreno ganado por la Fuerza Pública en la confrontación y capitaliza a su favor las propias limitaciones y condiciones de la lucha como grupo armado irregular:

De manera reiterada *se ha venido hablando* últimamente de la superioridad aérea del Estado, pero nos preguntamos con base en qué referente, si las FARC no tienen Fuerza Aérea. Lo que sí tienen, es un derecho inalienable a la legítima defensa (FARC-EP, 2011, febrero 28).

La desacreditación funciona así como una puesta en evidencia de la incoherencia en el decir del adversario, a partir del juego con la ambivalencia de sus enunciados, como en el caso de la «superioridad aérea». La atención a la palabra gubernamental es clara: el discurso guerrillero depende de esa enunciación primera; su agenda está amarrada al decir oficial y es desde sus escollos que ataca los modos de ese decir. La conciencia sobre el poder la palabra del enemigo genera las reacciones en el orden de lo modal:

Lo que Santos y toda la oligarquía rendida de rodillas ante el gran capital sostienen en sus discursos y medios de comunicación, es que son las FARC, a quienes no vacilan en *calificar con los más groseros adjetivos*, quienes llegaron al Cauca a perturbar la vida de sus habitantes (...) La verdad es muy distinta: son ellos los agresores, son ellos los ladrones y violentos (FARC-EP, 2012, julio 22).

Ese paquete oficial es parte del enfoque doctrinario de la Unidad Nacional (*antinacional*) que encabeza este gobierno (...). No contemplan otra posibilidad que la *invasión* extranjera (FARC-EP, 2011, febrero 16).

En estos ejemplos, el segmento reformulante aparece separado de lo reformulado a través de marcas textuales menos típicas, como los dos puntos y los paréntesis. Pese a que es más usual que la reformulación se asiente sobre marcadores discursivos o, en general, sobre construcciones léxicas con esa función, la catáfora de los dos puntos, en el primer ejemplo, acentúa la sentencia de *lo verdadero* como revelación para intercambiar los roles adversariales. En el segundo caso, el paréntesis aclaratorio se vuelve polémico al reformular los términos que utiliza el discurso ajeno y destacar, con el signo ortográfico, lo que pasa

como palabra auténtica. El paréntesis parece lanzarle directamente al auditorio lo que el otro *realmente* dice detrás de su decir falso.

En el discurso gubernamental, las reformulaciones modales son menos frecuentes, aunque no ausentes. Como sostuve antes, mientras que el discurso guerrillero manifiesta una especial atención al gubernamental y, de hecho, el contenido suele tener ese cariz de reacción, el discurso oficial retoma mucho menos el decir de su contraparte, o bien, no lo trae a escena directamente:

El pueblo araucano nuevamente es víctima del terrorismo. Estos *mal llamados* 'paros armados' son actos terroristas, y lo que quieren quienes los promueven es infundir miedo en la población (Santos, 2012, julio 5).

Aquí lo que se reformula como *acción terrorista* queda desagentivado y generalizado en un plural difuso; ahora bien, el énfasis recae sobre la desacreditación del *paro armado* como nominalización que manipularía a la población ocultando el *terrorismo* que engendra. Las estrategias guerrilleras son reveladas y condenadas aquí como medidas de fuerza, exclusivamente, y la reformulación se basa en sugerir la construcción de un eufemismo para ocultar el acto terrorista. En un sentido similar, en la siguiente cita, Santos recaba sobre la despolitización de la lucha armada:

La guerrilla también se ha manifestado en contra de la restitución de tierras. ¿Por qué? Porque los dejamos *sin discurso*, porque *les estamos quitando las banderas*, porque les estamos diciendo: nosotros, en lugar de hacerlo con los fusiles, la revolución agraria la hacemos con la Constitución y la Ley en la mano (Santos, 2012, febrero 20).

En la cita el tópico de la revolución, como objetivo político, queda desprendido de la lucha armada y presentado como *discurso* expropiado de la palabra guerrillera, con lo cual el grupo insurgente queda reducido a la violencia por la violencia. La revolución guerrillera queda reformulada como revolución gubernamental.

La reformulación polémica contrastiva

La reformulación se concentra en la desacreditación del punto de vista del adversario, estableciendo opuestos radicales o pares antitéticos. Usualmente, esos contrastes polarizados aparecen marcados por reformuladores de rectificación (Cortés y Camacho, 2005; Zorraquino

y Portolés, 1999), en los cuales se apoya el enunciados para contrastar y relevar su propio punto de vista. En el discurso guerrillero son recurrentes bajo la siguiente forma:

La paz en Colombia no nacerá de ninguna *desmovilización guerrillera*, sino de la *abolición definitiva de las causas* que dan nacimiento al alzamiento (FARC-EP, 2011, noviembre).

La reformulación subordina el segmento anterior al operador reformulativo *sino*, y reorienta la argumentación hacia tesis alternativas a las propuestas por el adversario; en este caso, *la desmovilización*. Los puntos de vista contrastados se refieren al mismo asunto (la paz), pero a dos modos distintos de tratarlo: en el discurso reformulado, como efecto de la desmovilización guerrillera, y en el discurso reformulante, como efecto de la abolición de las causas que originan la rebelión armada. Se trata, pues, de casos de reformulación donde el asunto se conserva, pero se desacredita un punto de vista para introducir otro que lo contradice explícitamente. En la siguiente cita se ejemplifica de nuevo ese contraste:

Los planes del gobierno Santos ni son para la prosperidad ni mucho menos representan la democratización del país, *en cambio*, sí son la profundización del neoliberalismo y la seguridad fascista (FARC-EP, mayo de 2010).

Aquí se pone en contradicción la *prosperidad* y la *democratización* con el *neoliberalismo* y la *seguridad fascista*, como sus opuestos directos. El operador reformulativo orienta el sentido de la antonimia construida, a través de la cual prosperidad y neoliberalismo quedan posicionados en orillas opuestas, lo mismo que *democracia* y *seguridad*, reforzados por el calificativo “fascista”. En la siguiente cita se presenta la reformulación en el mismo sentido:

En su cabeza [de Santos] estará como constante la preocupación por ampliar la frontera agrícola a 15 millones de hectáreas o más, *pero* no para generar seguridad alimentaria *sino* para garantizar el agro-combustible a las potencias extranjeras (FARC-EP, 2011, febrero 21).

Los pares opuestos construidos aquí son *seguridad alimentaria* y *agro-combustible*, a propósito de la política de incentivos a la inversión agroindustrial de las trasnacionales. La reformulación enfatiza en la contradicción entre necesidades básicas de los sectores rurales e intereses económicos de los sectores inversionistas en el proceso de ampliación de la frontera agrícola; en esta lógica, el Gobierno estaría alineado con estos últimos sectores, con repercusiones en contra de los pequeños productores campesinos. La antinomia construida,

entonces, se extiende hacia la oposición entre actores y las alianzas que quedan implícitas: campesinos-guerrilla Vs. transnacionales-Gobierno.

En otros segmentos del discurso guerrillero, las antítesis se concentran en la percepción de la guerra frente a la paz y la relación de fuerzas en el momento del conflicto. La guerrilla niega estar *acorralada* o *desesperada*, es decir, contradice la tesis del *fin del fin*, y la invierte atribuyéndosela al adversario:

Santos, quien atribuye el incremento del accionar militar de la guerrilla a una suerte de desespero de las FARC por la ocupación militar de sus “madrigueras”. *El desespero es de Santos, no de las FARC*, que simplemente actúan sobre la base de planes militares y políticos (FARC-EP, 2011, julio 15).

En ejemplos como este, la reformulación carece de marcador discursivo y se realiza por medio de la yuxtaposición y la negación enfática en el inciso aclaratorio. La presencia del nexos reformulador, como vemos, no condiciona el contraste, aunque sí lo acentúa. En la siguiente cita también opera la yuxtaposición; la transición hacia el segmento reformulante se realiza a través del adverbio *antes* con función de *por el contrario*, en una forma de uso más asociada al registro oral:

todos los que creen que con la desmovilización de la insurgencia las cosas mejorarán, están en un error, *antes se complican*, porque se acaba la oposición de los movimientos armados que aunque no son escuchados, sustentan una política (FARC-EP, 2005, Esbozo).

En sus documentos programáticos y en sus comunicados, las FARC-EP descartan cualquier posibilidad de desmovilización, lo cual ha llevado al enfrentamiento de concepciones distintas sobre los diálogos de paz en el inicio y desarrollo de los sucesivos acercamientos. La discordancia entre Gobierno y guerrilla sobre este tema es presentada de manera contrastiva a través de los modos reformulantes:

El gobierno nacional no tiene ningún interés en los diálogos por la paz. Le va bien haciendo la guerra (FARC-EP, 2005, Esbozo).

Los representantes de los gobiernos de la oligarquía colombiana no han ido con la voluntad de encontrar soluciones y encontrar salidas democráticas *sino que* han asistido con la absoluta decisión de derrotarnos en la mesa de conversaciones, de engañarnos (FARC-EP, 2010, julio 29)

A través de estas oposiciones construidas, se resalta la contradicción entre la paz y la guerra, atribuyendo el interés por la primera a la guerrilla y por la segunda al Gobierno, lo mismo que se construye la antinomia *soluciones democráticas Vs. derrota de la guerrilla*. En la lógica excluyente de estos pares antinómicos reside la fuerza de la reformulación polémica contrastiva para orientar la interpretación y presentar una u otra versión del conflicto armado, adecuada a los intereses de cada parte.

En el discurso gubernamental, la construcción de antinomias a través de la reformulación polémica también es observable a través de nexos reformuladores típicos (*sino, pero, por el contrario, etc.*) y de yuxtaposiciones. Ejemplificaré algunos usos:

Hoy estamos derrotando el dogmatismo, el extremismo político y aislado de la realidad; de la realidad de un país que está cambiando, que no quiere saber más de la violencia, que no quiere saber más de las FARC, *sino que* quiere construir y aprovechar las inmensas oportunidades que se nos están presentando para salir adelante (Santos, 2010, noviembre 5).

Todo este plan de acción que firmamos con Estados Unidos. Todo eso lo hemos hecho porque estamos convencidos, no porque nos lo impuso Estados Unidos, *sino* porque estamos convencidos de que eso es parte de nuestra política social y de nuestra forma de proceder (Santos, 2012, mayo 1).

El discurso gubernamental contradice los principios que sostienen la lucha guerrillera, como el antestadounidismo y el *extremismo político*, a los cuales opone la autonomía de gobierno y la instauración de una situación social del país que ya ha cambiado, pero cuyas transformaciones la guerrilla no ha visto. De ahí que se asocie la guerrilla con lo pasado y el proyecto de Gobierno con el presente y con la proyección de un futuro prometedor. Pese a que funcionalmente estas reformulaciones sirven para construir ese tipo de polaridades, en el discurso lo criticado es, precisamente, la visión del país desde esos *extremismos políticos*, como se citaba antes y se reitera aquí:

Aquí hay gente que está queriendo deliberadamente, y yo por eso digo que la extrema derecha y la extrema izquierda coinciden, coinciden en tratar de decir, ‘no la seguridad democrática está fracasando, la seguridad democrática no va por buen camino’. Va por magnífico camino (Santos, 2012, mayo 31).

A través de una homogeneización entre las extremas derecha e izquierda, el Gobierno se desmarca de ambas visiones aduciendo un vía de centro para defender su gestión en cuanto a la seguridad pública y responder a las críticas sobre el aumento de la violencia en el país

durante este período. La antinomia elaborada se apuntala tanto en la metáfora (*camino*) como en la amplificación (*magnífico*), para subordinar el segmento reformulado. Un procedimiento similar opera en las siguientes citas (elaboración de antinomias con apoyo de metáforas corporales y amplificaciones). En estos ejemplos, el nexa reformulador es explícito en su valor semántico contrastivo:

Muchos pensaron que el descubrimiento de los vínculos de actores armados ilegales con diferentes estamentos de la sociedad, incluidos agentes del Estado, iba a generar una crisis institucional sin precedentes en el país. *Por el contrario*, la institucionalidad y la justicia han salido fortalecidas, lo que demuestra la madurez y estabilidad de nuestra democracia y nuestro Estado de Derecho (Santos, 2010, diciembre 6).

Si lo que pretenden es doblegar nuestro estado de ánimo, nuestra contundencia, el resultado al final es *todo lo contrario*: nosotros frente a estos hechos, redoblamos nuestros esfuerzos en nuestra lucha contra ese fenómeno que tanto daño nos ha hecho como es el terrorismo (Santos, 2012, mayo 5).

La desacreditación a través de la construcción de antinomias en las reformulaciones polémicas implica la elaboración de una antítesis o de un esbozo de ella, que reacciona con cierta vehemencia contra a una tesis anterior. Hay un andamiaje de modos de la exclusión, que no se limita, con frecuencia, al resalte de ideas contradictorias en sí mismas, como la guerra y la paz, sino que construye las oposiciones donde puede no haberlas, o bien, donde los puntos de vista no son necesariamente contrarios.

3.2.3.3 La negación polifónica en la reformulación polémica

Como se anunció más atrás, la reformulación polémica puede aparecer reforzada por la denominada “negación polifónica”. En algunos de los ejemplos citados antes, se pueden encontrar negaciones que operan dentro o en función de cada reformulación; en el corpus analizado es común encontrar estas coocurrencias entre modos de reformulación polémica y formas negativas marcadas, ambos procedimientos pertenecientes al nivel retórico de los enunciados.

Para Ducrot (1985), la negación, cuando no es solo descriptiva, evidencia siempre el choque entre dos puntos de vista antagónicos, pertenecientes a sujetos discursivos distintos (de ahí que el autor las denomine “negaciones polifónicas”, es decir, con presencia de múltiples voces relacionadas). Desde la relectura de García Negróni (2009), existe un tipo de negación polifónica que rechaza y desacredita un determinado marco de discurso en favor de

otro, produciendo efectos contrastivos (“negar X es decir lo contrario de X”), ascendentes (“negar X es decir mucho más que X”) o diferenciales (“negar X es decir Y”). García Negroni (2009:79) llama “negación metalingüística” a este tipo de negaciones, cuya “función fundamental es la de permitir la instauración de un nuevo marco o espacio de discurso presentado por el locutor como el único adecuado para la caracterización argumentativa de la situación de la que habla”. Ejemplifico dos casos de negación con acento contrastivo:

[una] prosperidad excluyente que *no* se propone liberar de la pobreza al 70% de la población que la padece, sino la progresión de las ganancias de las élites, del sector inversionista, de los banqueros y los grandes empresarios (FARC-EP, 2010).

¿Por qué están haciendo terrorismo? Porque quieren decir que todavía están vivos, a pesar de que están cada vez más debilitados. Esos actos de terrorismo *no son* actos de fuerza. El terrorismo lo que demuestra es debilidad (Santos, 2012, julio 11).

La desacreditación del marco de discurso previo al reformulador *sino* y *a pesar de que* se realiza instaurando un marco nuevo, donde 1) la política criticada no ayuda los pobres, sino que aumenta la riqueza de las élites, y 2) los ataques armados de la guerrilla hacen parecer que la guerrilla está fortalecida, *a pesar de que* esté debilitada. En el corpus analizado, frecuentemente las diferentes negaciones polifónicas sirven de soporte para las reformulaciones polémicas, toda vez que hacen hincapié en la desacreditación del adversario y orientan la atención hacia los segmentos reformulantes.

La combinación de diversas reformulaciones polémicas soportadas por el recurso de la negación polifónica estructura la construcción de la oposición política en el discurso guerrillero y gubernamental, orientada hacia la desacreditación de lo que el adversario asegura como verdadero:

¿Pretende acaso el Ministro *hacerle creer* a la sociedad colombiana que después de más de 50 años de confrontación armada, sólo hay en Colombia Prisioneros de las fuerzas oligárquicas? *Existimos [...], somos parte fundamental* a tener en cuenta en la inaplazable tarea de enrumbar el país por el camino de la reconciliación nacional. *Otra cosa muy diferente es* que al gobierno *no le interese* transitar por tan noble ruta, *sino* por el contrario por el de la sangre y la perfidia (FARC-EP, 2012, marzo).

la guerrilla *no* ha entendido que las grandes reformas *no* se hacen en el monte *ni* con las armas *ni* con el terror, *sino que* las estamos haciendo aquí, con los instrumentos de la democracia y de la mano de la Constitución. *No* ha entendido que a la paz nunca llegaremos por la vía de los atentados contra la población y contra los miembros de nuestra fuerza pública (Santos, 2011, agosto 8).

En el ejemplo del discurso fariano, los operadores reformulativos pretenden redefinir creencias y contrastar versiones opuestas del conflicto: al punto de vista del Gobierno se le asocia con *la sangre y la perfidia*, mientras que la guerrilla se le opone con la perspectiva de *la reconciliación nacional*. La negación subrayada al final soporta la introducción de esas reformulaciones definitorias y contrastivas. En el ejemplo del discurso gubernamental, la negación es amplificada a través de la reiteración y apoya las antinomias *guerrilla/democracia* y *reformas políticas/lucha armada*.

Si bien se presentan coocurrencias entre reformulaciones polémicas y negaciones metadiscursivas, en los ejemplos expuestos antes de este apartado queda en evidencia que no toda reformulación polémica se realiza a través de una negación; es decir que esta última no es una condición ni necesaria ni suficiente para introducir el modo polémico en las operaciones reformuladoras.

3.2.3.4 La reformulación como desacreditación

En todas las reformulaciones polémicas analizadas, el segundo segmento retoma al primero, lo “vuelve a decir” aparentemente de modo parafrástico, pero reorientando la interpretación del sentido y desacreditando al antagonista. El efecto de paráfrasis hace parte del dispositivo de la reformulación, porque pretende hacer pasar como aclaración lo que en realidad es una movida de jerarquización subordinante del discurso ajeno con respecto al discurso propio.

Las reformulaciones polémicas establecen una desigualdad entre los dos enunciados que relacionan; se trata de una desimetrización a través de la cual el enunciador toma distancia del discurso referido y lo posiciona en la equidistancia de su propio decir, de su punto de vista. La continuación del discurso, entonces, partirá del segmento reformulante y ya no del reformulado, a partir de lo cual se desarrolla una nueva perspectiva de la tematización retomada. Ese desarrollo no desactiva, anula o corrige simplemente el segmento anterior, sino que lo realza en lo que puede albergar de nocivo, le atribuye intenciones oscuras, mala fe o engaño a propósito, para presentarlo como indignos de confianza.

Este procedimiento es reconocible, como vimos, a través de partículas discursivas que pueden explicitar el acento definitorio, modal o contrastivo en la desacreditación y, con ello, guiar directamente la interpretación. Pero también puede ocurrir que el segmento reformulante se yuxtaponga al reformulado, se presente como catáfora de un signo de puntuación o bajo formas típicamente aclaratorias, como el paréntesis y los incisos entre

comas. Esto significa que en la reformulación polémica las marcas formales no tienen una correlación funcional directa ni unívoca, sino que estos modos se establecen contextualmente y con operaciones singulares. La presentación de los acentos en la reformulación polémica solo ayuda a ordenar esa dispersión, pero no agota las formas en que se presentan estas relaciones de oposición en el discurso.

En cuanto a la desacreditación contenida en la reformulación polémica, el objetivo es minar su poder de seducción y reducir la adhesión del auditorio. El procedimiento, así, genera agrupamientos y diferenciaciones. En el primer sentido, se promueve la identificación con puntos de vista para crear o reforzar colectivos; en el caso estudiado, diríamos que para *armar* esos colectivos, es decir, para disponerlos hacia el combate con las ideas adversas que son reformuladas. Como se planteó a propósito de la *epideixis*, la consolidación de las identidades de grupo tienen en la presentación peyorativa del otro una poderosa herramienta; esa recalificación peyorativa aquí se manifiesta en términos de la confianza y la credibilidad a la que el enemigo no puede aspirar, aunque la invoque *cínicamente*. En el segundo sentido, la desacreditación diferencia perspectivas del mundo para delinear sus bordes y marcar una especie de fronteras infranqueables: principios, fundamentos, modos de ser, hacer y decir cuya existencia amenaza el enemigo. Desacreditar es, en este sentido, una forma de defenderse, proteger la integridad contra aquello que representa lo contrario de lo que se promulga en cada bando, que suele ser indefectiblemente lo correcto. Así lo asegura la superioridad a la que aspira el segmento reformulante, que se traduce -de acuerdo con el contenido del enunciado- en superioridad moral, legal, lógica, etc.

La polémica se concentra, así, en la desacreditación del adversario político cuando se deja al descubierto el supuesto sentido oculto de lo que cree, dice y hace. Las relaciones oposicionales son construidas en y por el discurso, categorizando y recategorizando al adversario y a sí mismo a través de nominalizaciones que ponen el acento en una *redefinición* de la realidad (reformulación polémica definitoria), en la crítica al modo de presentarla (reformulación polémica modal) o en el contraste entre puntos de vista divergentes (reformulación polémica contrastiva).

En clave política, la reformulación polémica lleva al centro de las cuestiones del conflicto armado el problema de las polémicas en torno a la definición de las situaciones, la veracidad o la manipulación engañosa en cada discurso (oficial e insurgente) y la contraposición de puntos de vista, esto es, la determinación de quién dice la verdad, de quién está mintiendo y, sobre todo, de quién es capaz de revelar ambas cuestiones en el espacio público. Cuando el

discurso hace aparecer estos modos de reformulación, asume la tarea de polemizar, controvertir y desacreditar al discurso opositor, y de difundir con altavoces, ‘amplificadamente’ esa puesta en evidencia. Los discursos gubernamental y guerrillero construyen, a través de la reformulación polémica, una disposición o posicionamiento con respecto a lo que asumen, presentan y defienden como verdad, en oposición a la supuesta mentira del adversario.

Los acentos de la reformulación polémica son entonces: 1) medios retóricos con los cuales el disidente acusa públicamente a su enemigo de falsear la realidad y de ocultarla bajo palabras manipuladoras, es decir, modos de construir oposiciones políticas en el discurso desde la desacreditación del enemigo, y 2) medios retóricos con los cuales el disidente construye una relación de sí mismo con la “verdad” que enuncia y bajo la cual queda políticamente comprometido como sujeto que define “en realidad” qué es lo que sucede (en el orden de la definición), cómo engaña el adversario (en el orden de su manipulación con el lenguaje) y qué es aquello a lo que “verdaderamente” se oponen (en el orden de las antinomias construidas).

La reformulación polémica es clave en el esfuerzo de los discursos por construir divergencias y convergencias políticas que justifiquen la violencia física, que desactiven críticas a los proyectos defendidos y que definan permanentemente «qué es lo que está sucediendo». De ahí que pueda rastrearse como un rasgo de estilo discursivo en los comunicados tanto de las FARC-EP como del Gobierno. En ambos casos, la puesta en escena del discurso contrario lo amplifica negativamente (lo minimiza), lo esquematiza y lo reduce a la sospecha.

Finalmente, como procedimiento retórico en ambas discursividades, la reformulación polémica refuerza el distanciamiento entre los discursos de los actores, pues el mismo rasgo estilístico logra que los discursos se presenten a sí mismos como excluyentes, esto es, los arroja en direcciones contrarias. En lo que sigue, presentaré un cuarto rasgo para terminar de definir el estilo de los discursos gubernamental y guerrillero.

3.2.4 La temporalidad en la configuración de utopías contrapuestas

El estilo de los discursos gubernamental y guerrillero incluye también el uso del tiempo volcado hacia la configuración de horizontes utópicos. Se trata de un rasgo estilístico concentrado en los tiempos verbales y en las relaciones que se construyen en torno a dos ejes: presente-futuro y pasado-futuro. Esas relaciones generan efectos de continuidad entre

estados, situaciones y conductas, que enfatizan en pronósticos a partir de diagnósticos funcionales a cada punto de vista. En el sentido de esa funcionalidad, el tiempo se ve politizado y genera la descripción de temporalidades políticas que van configurando el porvenir en forma de profecía inminente o urgente hacia la realización final de la utopía en cada bando.

Las temporalidades sociales tienen origen colectivo, son plurales -como los grupos humanos las producen, a partir de sus acciones-, y orientan la interpretación de los fenómenos históricos; son temporalidades que proporcionan puntos de referencia común en torno a actitudes y creencias (Dubar et Rolle, 2008:2). En esa medida, no son meras reproducciones o inscripciones del tiempo social en el discurso, sino que frecuentemente lo delimitan, recortan o amplían, en fin, lo configuran de modos particulares. Así, en el discurso el antes, el ahora y el después pueden llegar a ser presentados bajo relaciones de continuidad o de ruptura, de causalidad o de espontaneidad, de progreso o de retroceso, etc.; del mismo modo, pueden llenar de contenidos diversos lo que conformaría el conjunto del pasado, del presente o del futuro, delinear sus límites y superponerlos; en últimas, crear la temporalidad a través de la inscripción retórica del tiempo en el discurso. La temporalidad política introduce la pregunta por el 'cuándo' en la dinámica conflictiva entre los actores sociales; es una pregunta en cuya respuesta se juegan su credibilidad y la de sus proyectos colectivos.

De acuerdo con Aboy Carlés (2001:166), la inscripción de la tradición histórica más que un recurso de la enunciación política es un elemento constitutivo, un «horizonte» en el que la narración en el presente organiza la experiencia del pasado y fija un significado para ella; el pasado es, así, un «soporte para la acción organizado en una trama que articula el ayer con el hoy y ambos con una dimensión proyectual hacia el futuro». Ahora bien, el mismo autor propone que en esa fijación del significado del pasado el discurso gubernamental puede introducir distancias entre sus proyectos y los anteriores, a manera de rupturas, producto de valoraciones negativas de los proyectos pasados. La «frontera política» es definida en este sentido como «un proceso mítico de constitución de una abrupta diferencia respecto del pasado, la conformación de una identidad que deviene hegemónica y que establece una radical discontinuidad con la objetividad dominante» (Aboy Carles, 2001:169). En el análisis realizado por el autor, el «efecto de frontera» responde a la necesidad de denigrar el pasado para legitimar el cambio en el presente y la construcción de un nuevo horizonte, con lo cual se evitaría el riesgo de volver a ese pasado calamitoso.

En su momento, ya Verón (1987) había notado que el tiempo desempeña un papel central en el componente descriptivo de la palabra política institucional. En ese componente, que ayuda a articular enunciado y enunciación, se postula el diagnóstico o el balance de la situación en clave constativa: «el componente descriptivo comporta a la vez una lectura del pasado y una lectura de la situación actual» (Verón, 1987:7). En una lectura tal, el enunciador se presenta a sí mismo como «fuente privilegiada de la inteligibilidad de la descripción», puntualiza el mismo autor, y más allá de eso, como garantía de la verdad de la historia que describe. Ahora bien, es un garante desdoblado, porque su habla es una voz tanto individual como colectiva: individual, porque inevitablemente queda matizada con la condición temporal-particular del individuo que toma la vocería; colectiva, porque representa los intereses de un grupo desde una posición autorizada. Una parte importante de esos intereses la constituye la presentación alternativa de un mundo deseado, en contraposición a un estado de realidad indeseable. La temporalidad política puede estar volcada hacia ese horizonte de posibilidades que asocio con la configuración de utopías.

Ante todo, la utopía contiene una propuesta de solución a aquello que se percibe como problemático y no resuelto; lo que se representa es todo un conjunto social producto de acciones que se han planeado para transformar un estado de cosas anterior, de las cuales su contrario, la distopía o la utopía negra, es apenas su huella (Elias, 2014:35-36). Además, dado que es una respuesta en clave colectiva, afecta, involucra y compromete -por la voluntad o por alguna forma coercitiva- a grupos de personas, no a individuos aislados. En el sentido más fiel a los proyectos utopistas de la modernidad, se trata entonces de una construcción política. De modo que si la utopía tiene que ver con un horizonte compartido, requiere también el apoyo de una temporalidad compartida, o mejor, de la postulación de un conjunto de relaciones entre pasado, presente y futuro que, una vez se instalen como referentes comunes, sean funcionales al contenido de la utopía.

En la historia de las ideas, la utopía transita entre la fuerza convocante en la modernidad, a partir de una etiología del mal, y la sospecha contemporánea permanente de su renovación en sectores programáticos. El principio utópico, que le permite seguir presente bajo diferentes formas, sostiene que basta con identificar la causa de la maldad para erradicar sus efectos, reemplazando esa causa por su contrario. La causa primera sería generadora de las subsecuentes multiplicaciones, en cadena, de innumerables males. La epistemología es mecánica: suprimida la causa, desaparecen los efectos; y la lógica es histórico-determinista: se requiere preparar un nuevo orden porque el actual, perverso, contiene en su propia maldad

el germen de su destrucción (Angenot, 2016). Ahora bien, la causa es única y determinable, pero se halla escondida y protegida del exterior; es un núcleo generador que subyace en el sistema dominante del mal; de ahí que el utopista usualmente reivindique la fuerza para llegar hasta esa causa última y reemplazarla.

Desde el punto de vista de Danblon (2013, 2015), la utopía tiene una función retórica. Ella dirige la atención hacia un mundo posible (ontológicamente), deseable (éticamente) y creíble (cognitivamente); una realidad que está por venir y que expresa una ilusión voluntaria y colectiva. En esa medida, la utopía ancla tanto en el futuro como en el presente, porque requiere que este último sea percibido como caótico, insostenible e inhabitable. La expresión de la utopía, así, es un motor para la acción, de una naturaleza distinta a la decisión (Danblon, 2013:125). Igual que en el género epidíctico, los valores comunes ocupan un lugar central en la retórica utopista, porque ellos son el material con el cual se homogeneizan formas de ser, de ver y de actuar en el seno de la comunidad; pero esos valores compartidos son, en la utopía, aspiraciones puestas en acto dentro de mundos imaginados, formas programáticas de los ideales sociales, elecciones de formas de vida o como plantea Elias (2014:45), medios de orientación de las dinámicas sociales.

Al querer influir sobre la realidad futura, inaprensible e incierta, la utopía tiene que trabajar con el material del pasado y del presente; de ahí que el mundo posible, deseable y creíble que postula no pueda evitar mostrarnos cuál es la lectura que ha sido realizada al respecto de su momento anterior y, sobre todo, cuáles son las relaciones que se construyen entre pasado, presente y futuro. Esas relaciones particulares quedan inscritas en el discurso como rasgos estilísticos, porque hacen uso de formas recurrentes de tratamiento del tiempo verbal para direccionar en un sentido particular la interpretación del contenido de los enunciados. En el caso de los discursos gubernamental y guerrillero, se trata de la postulación de continuidades entre presente-futuro y pasado-futuro, en dirección de un *efecto de inminencia*, de un abocamiento hacia el provenir como algo cercano, casi palpable, en razón de su propia urgencia. La sensación de lo que muy pronto *va a llegar*, e inclusive, de lo que *ya está llegando*, materializan la inminencia de la utopía, o bien, de su reverso -la distopía- en estos discursos.

3.2.4.2 La continuidad presente-futuro

En el discurso presidencial, la continuidad entre presente y futuro se construye a través de la evaluación positiva del momento actual como un ahora favorable, que se disfruta tanto por sus beneficios como por la posibilidad de que permanezca o se profundice:

Colombia *está viviendo* un momento muy especial. *Tenemos* unas circunstancias muy favorables. El optimismo de la gente en este momento *es* un optimismo que *no tiene* precedentes en nuestra historia. Todas las encuestas que le preguntan a la gente si creen que vamos por buen camino o si se siente optimista frente al futuro, *dan* unas respuestas que a veces hasta *nos asustan* por el demasiado optimismo (Santos, 2010, noviembre 12).

El diagnóstico de la realidad nacional tiende al estado de satisfacción, del entusiasmo y de la certeza; una visión abiertamente jubilosa del presente que se vuelca hacia el futuro de forma esperanzada y promisoria, reforzada por la confianza de los ciudadanos en los procesos, las personas y las instituciones que se ven involucradas en las acciones y las decisiones sobre lo público. La conducción del optimismo, una actitud que deviene política, aparece reiterativamente y es fundamental en el discurso presidencial para avizorar el horizonte utópico:

Esa gobernabilidad, combinada con el optimismo de la gente, eso *va a hacer* milagros, por eso tenemos que mantener esos activos, cosechar ese optimismo (Santos, 2011, abril 31).
¿Pero todo esto con miras a qué? A que en unos años *podamos* mirar para atrás y podamos todos decir: '*Fortalecimos* nuestra democracia, *fortalecimos* nuestra democracia y por ende *beneficiamos* a nuestro país; donde *hay* unas reglas de juego, donde la gente *se siente* libre, donde *hay* progreso, donde *hay* bienestar' (Santos, 2011, marzo 25).

La dimensión persuasiva del tratamiento optimista de la realidad se apoya en la formulación de causalidades y deónticas del presente hacia el futuro: 'como vamos, vamos bien; por lo tanto, vamos en la dirección correcta' y 'hemos avanzado bastante; por lo tanto, hay que seguir avanzando igual'. Estas formulaciones se sostienen sobre la doble direccionalidad axiológica entre lo bueno y lo correcto, para validar las acciones y decisiones ejecutadas en torno a lo público. El discurso se apoya, además, en condicionalidades implícitas entre lo realizado y lo obtenido, para establecer compromisos en el orden del deber ser/actuar sobre lo público. El énfasis se realiza sobre el futuro, el pronóstico, para reforzar el presente:

Este país *está a punto realmente de despegar* si hacemos las cosas bien y si mantenemos ese espíritu de unidad, ese espíritu de hacer las cosas entre todos, porque la historia nos ha enseñado: los países que se unen como sociedad para buscar grandes metas y grandes objetivos, ahí es cuando se hacen las grandes transformaciones, cuando hay optimismo (2011, agosto 22).

La inminencia de la utopía, así, permite condicionar la conducta en el presente: si el horizonte de llegada está cada vez más ‘a la vista’, la urgencia es perseverar en las mismas acciones en el ahora; políticamente, esto se traduce en el asentamiento de órdenes sociales y gubernamentales que garantizarían el cumplimiento de la promesa del futuro. Uno de esos órdenes, fundamental en el discurso de Santos, se refiere al orden militar:

El país *está pasando* por un tiempo muy interesante. Nunca antes de la historia reciente el país *estaba* tan optimista. Más del 80 por ciento del país *cree* que vamos por buen camino. La gente *está* viendo el futuro con mejores ojos, con mayor esperanza. Eso, *se debe* en buena parte a todos y cada uno de ustedes, los miembros de las Fuerzas Armadas, los miembros de la Policía Nacional (Santos, 2010, diciembre 10).
Gracias a lo avanzado en seguridad, hoy Colombia –sin descuidar el frente de la seguridad y del combate al narcotráfico– *puede darse el lujo de mirar hacia adelante* con optimismo y de pensar en nuevas metas (Santos, 2011, septiembre 12).

El presente en progreso hacia la utopía termina siendo deudor de las políticas de seguridad y de la Fuerza Pública, cuyos miembros pasan a convertirse en un actor social imprescindible para el logro de la prosperidad que se avecina. La construcción de la temporalidad en estos términos lleva a pensar el conflicto armado como una problemática en trance de superación, que no tiene cabida ni en el presente jubiloso ni en el futuro promisorio. Este redireccionamiento de la mirada hacia adelante será imprescindible para hablar de paz y, particularmente, de diálogos de paz con la guerrilla, sin mostrar que el discurso bélico se encuentra desgastado:

Este pueblo colombiano *tiene* un Presidente que *está empeñado* en que la paz llegue a Colombia. Una paz, pero no a cualquier precio. Una paz que realmente reconcilie a los colombianos y que nos permita avizorar el futuro con mucho más optimismo. Estamos listos a esa paz, siempre y cuando la contraparte sienta lo mismo y se comprometa con lo mismo. Como lo he dicho mil veces, y lo repito aquí en Neiva: a la paz *llegaremos* por la razón o por la fuerza (2012, mayo 24).

Como ilustra la cita, la movida retórica del discurso gubernamental para manejar esta tensión entre debilidad y fuerza frente al enemigo es la amenaza. Si el optimismo construye el presente volcado hacia el futuro, la amenaza realiza lo mismo, pero garantizando la fuerza. Es sobre la amenaza como medida de fuerza que el discurso busca la autoridad de la figura presidencial y la aceptabilidad del auditorio con respecto a su manejo de la guerra. El momento de la reacomodación militar de la guerrilla así lo exige, pues no se le puede ofrecer la paz a un enemigo fortalecido, sino debilitado e intimidado:

Una vez más *les notifico* a los cabecillas de las Farc y a los guerrilleros: ¡*Vamos* por ustedes! ¡*No ahorraremos* esfuerzo alguno y *ustedes saben* que nosotros sabemos cumplir! (Santos, 2010, septiembre 23).

Decirles a esos miembros de las Farc que todavía creen que a través de las armas van a lograr algo, decirles que el único futuro que les queda si siguen con la violencia *va a ser* una tumba o una cárcel (Santos, 2011, marzo 1).

No hay nadie que *se vaya a escapar* de esta acción de nuestras Fuerzas y por eso ésta *es* una señal adicional que *les estamos dando* a esos delincuentes. *No prosigan*, porque *van a caer*; tarde o temprano caerán. *Han venido cayendo* uno tras otro, uno tras otro. Y muchos que *se creían* intocables *están* en la cárcel o en una tumba (Santos, 2012, agosto 8).

En estos discursos, el recurso a la amenaza aparece especialmente en los momentos en que las operaciones militares han concluido en asesinatos de guerrilleros. Se trata de instancias propicias para la intimidación, donde la demostración de la superioridad militar queda resaltada y la tesis del *fin del fin* reforzada bajo el signo de la inminencia. El discurso establece la dicotomía entre la *cárcel* y la *tumba*, como destinos a elegir por parte de los guerrilleros; el conflicto queda sometido al voluntarismo de la violencia y las imágenes del futuro posible expulsan de la utopía a la guerrilla.

Pero si en el discurso gubernamental el diagnóstico del presente es satisfactorio y venturoso, en el guerrillero se trata de una realidad en decadencia, que transita inminentemente hacia la distopía. El mantenimiento de la situación actual y el desarrollo de los planes gubernamentales conducirá a la debacle que ya se deja ver en el ahora; pobreza, exclusión, injusticia social y demás males propiciados por los proyectos en curso, particularmente por los asociados con el modelo económico, como la firma de tratados de libre comercio y el fomento de la inversión extranjera:

Los TLC con los Estados Unidos, la Unión Europea y Corea del Sur, así como el pretendido con China, además de profundizar las crisis medioambiental, humanitaria, laboral, del campesinado y la producción alimentaria y de la industria nacional, también *atacarán* y

arrasarán con la educación pública, el pensamiento crítico, la investigación científica y la formación de mujeres y hombres libres (FARC-EP, 2012, junio 8).

La desindustrialización del país, el aumento del desempleo y la informalidad, la invasión de mercancías extranjeras de bajo costo, la ruina de las actividades agropecuarias, la dilapidación de nuestra biodiversidad, cultura y conocimientos ancestrales de las comunidades autóctonas, hacen parte del precio que *tendremos que pagar* los colombianos distintos a los poderosos monopolios inversionistas que supuestamente *conseguirán penetrar* los gigantes mercados del extranjero (FARC-EP, 2012, mayo 27)

En ambos casos, el recurso a la amplificación negativa por enumeración sostiene el pronóstico desolador para el país y contrasta con el tratamiento optimista de la realidad en el discurso gubernamental. La crítica a la implementación de tratados de libre comercio se extiende hasta sectores de la vida social indirectamente relacionados, como el campo educativo y científico; lo importante aquí es amplificar el riesgo para cuestionar la conveniencia de los tratados, cuya libertad comercial se opondría a la libertad personal, como se sugiere al final de la primera cita. El discurso de la guerrilla insiste en destacar que los beneficios de estas políticas comerciales se dirigen solamente a los grandes inversionistas y empresarios, en detrimento de colectivos menos favorecidos, dentro de los cuales ellos se inscriben como *colombianos distintos a los poderosos*. En ese grupo de afectados que van configurando, la oposición entre empresariado internacional y nacional es clave para poner en entredicho la política de liberación comercial:

El beneficio de los sectores ligados al comercio de productos terminados y servicios del primer mundo, *no va a compensar* la ruina del empresariado nacional, la agricultura y la ganadería, y *menos va a mejorar* la suerte de los millones de desempleados e informales que *pulularán* por todo el país (FARC-EP, 2012, julio 22).

El discurso guerrillero predice la distopía a manera de alerta en el presente; en el orientar la mirada hacia adelante radica la postulación de necesidades de acción inmediatas. Estos pronósticos ubican como causa de la debacle futura el modelo gubernamental y a partir de él desprenden los efectos perversos que se profundizan con el paso del tiempo. En esta visión distópica, existe consistencia entre los discursos del periodo analizado y documentos programáticos muy anteriores de los líderes guerrilleros. En algunos de esos textos la distopía ubica como causa directa la política militar de gobierno:

Seguir persistiendo en su aplicación, considerando como lo cree el gobierno que los problemas de seguridad del Estado, son un problema circunscrito meramente al ámbito de

lo militar y que se resuelve con solo agregarle más dígitos al presupuesto del MINISTERIO DE DEFENSA, *solo podrá conducirnos* a la vorágine de la guerra total y a una espiral de violencia cada vez mayor y de imprevisibles consecuencias para los colombianos (Catatumbo, 1997).

Para todos los hombres y mujeres demócratas de nuestra Patria debe ser claro que la nueva situación que tiene que enfrentar el pueblo colombiano con el golpe militar, conduce a nuevos sufrimientos. Los presos políticos *aumentarán, se abrirán* nuevos campos de concentración; *se doblará* la persecución contra los obreros y los campesinos. *Habrà* más ejército, más soldados colombianos a disposición del imperialismo yanqui para sacrificar hoy en Corea y mañana en otro frente de agresión en beneficio de los multimillonarios de los Estados Unidos. *Habrà* más hambre, más miseria (Marulanda, 1973).

Hay que notar que el efecto de continuidad hacia la distopía, si bien se marca en el uso de los tiempos verbales en futuro simple, se apoya también en los plurales y en las enumeraciones. La acumulación logra amplificar la condicionalidad de base que plantea que la persistencia en las políticas del ahora solo pueden conducir a la situación indeseable del después. Ahora bien, frente a la predicción catastrófica del futuro, la única opción parece ser la insurrección de las masas; el discurso guerrillero crea el marco apto para la acción insurrecta a partir de esa relación de decadencia en la continuidad presente-futuro. Es, finalmente, la exhortación del auditorio a esa reacción el objetivo último de la postulación de la distopía. La sublevación será, así, efecto y urgencia, violencia justificada para evitar la llegada de la catástrofe. La construcción de la temporalidad futura refuerza la lucha armada y predice su triunfo final; si la distopía advierte, la utopía que se le contrapone anima, convoca y reorienta hacia la esperanza:

En el 2011 fueron sentadas las bases de rebeldía y dignidad para encarar las decisivas luchas sociales y políticas del 2012, que *estremecerán* los cimientos del sistema apátrida que *está entregando* la soberanía y las riquezas del país a las transnacionales del capital (...) El pueblo unido, insurreccionado resueltamente contra el sistema que lo oprime, *triunfará* (FARC-EP, 2011, diciembre 27).

Los males *nunca duran* toda la vida y si la situación del país sigue por el despeñadero de la guerra, *llegará* a un punto donde los gobernados *no estén* dispuestos a seguir dejándose gobernar como hasta ahora y *rodarán* las estructuras del poder que tanto daño le han hecho a los colombianos (FARC-EP, 2011, agosto 8).

En contraste con la inminencia de la distopía, la utopía guerrillera introduce la urgencia de la insurrección para mostrar la otra cara del pronóstico y hacer de la continuidad presente-futuro una tarea revolucionaria. En los ejemplos queda claro cómo en el agenciamiento de ese

futuro posible, la guerrilla se mezcla con el auditorio, a quien pone al frente bajo distintivas denominaciones: *pueblo, colombianos, los indignados, las minorías*, etc.:

La paz es un derecho que *haremos* cumplir, *escucharán* el grito heroico de *los indignados* y *ya verán* a la juventud romper los viejos paradigmas y asumiendo los nuevos que les *ofrece* un mundo que *desea* abrirse paso a nuevos tiempos (FARC-EP, 2011, septiembre 4).

Los *nuevos tiempos* que se avecinan se ubican en el plano de la pretensión deseada, aunque incierta (de ahí el uso reiterado del subjuntivo). Para asegurar su posibilidad, el discurso guerrillero enfatiza más en lo deseable que en lo creíble, en la esperanza de la reacción que debería desencadenarse al final de una larga presión y del límite de oprobio: la *insurrección debería ser*; de ahí la urgencia de ese futuro. Así, finalmente, la continuidad presente-futuro busca en el momento actual las pruebas de la situación política venidera. En ocasiones, hay que construir los hechos que representarían esas pruebas:

Crecerá el raudal sonoro de la protesta y la movilización popular que *hoy asusta* a la oligarquía neoliberal que lacera la soberanía con su política de seguridad (FARC-EP, 2011, noviembre).

Desde la perspectiva de la guerrilla, la movilización social y la protesta pública de la población civil es una prueba de la conciencia ciudadana sobre la continuidad distópica presente-futuro; la sensación de miedo atribuida a las élites en el poder sería una forma de hacer necesaria la venida de los *nuevos tiempos*. Este pliegue discursivo de la guerrilla dentro de la movilización popular hace que la sospecha recaiga sobre la independencia de esos colectivos y que hayan sido acusados reiteradamente de infiltración guerrillera, durante el primer mandato de Santos; en ese periodo, la protesta social creció considerablemente en comparación con el Gobierno anterior, dado el espacio de oportunidad que vieron los grupos sociales en la tensión continuidad-cambio gubernamental y el tono más conciliador del Presidente Santos (Cruz, 2014). La adhesión de la acción colectiva no violenta al proyecto de las FARC-EP reforzó la construcción de la temporalidad presente-futuro como continuidad hacia la distopía, porque presentó como prueba de ese mundo indeseado la inconformidad de la protesta social y a esta última como un modo de acción insurrecta cercano a los intereses guerrilleros.

3.2.4.3 La continuidad pasado-futuro

Esta continuidad resalta el vínculo de las acciones ejecutadas en el pasado con las que se predicen para el futuro, como parte de una temporalidad política extendida; el mañana puede ser un efecto del ayer, o un compromiso con ese tiempo anterior. En esta medida, la promesa de las acciones gubernamentales venideras queda amarrada a lo que se hizo en el pasado, para reforzarlo, profundizarlo o llevarlo a su culminación:

Con el Presidente Uribe lo *discutimos* muchas veces, *compartimos* un precepto fundamental que los propios romanos lo decían cuando se inventaron la República: La primera Ley de la República debe ser la de seguridad; si esa ley no funciona eficazmente, las demás leyes se vuelven inocuas. Por eso ustedes pueden tener la total seguridad que nosotros *vamos a continuar* con esa política de seguridad democrática, donde yo tuve el inmenso honor de participar como parte fundamental del Gobierno del Presidente Uribe en la aplicación de esa política (Santos, 2011, abril 12).

No hemos escatimado –ni escatimaremos– esfuerzo alguno para garantizar la seguridad en las zonas comprometidas con el desarrollo del sector petrolero, minero y energético (2011, mayo 17).

En el caso de la política de seguridad pública, el compromiso de la continuidad lleva al discurso gubernamental a hacer constantes referencias al origen de esa política y a los logros que se han obtenido con su implementación. Aquí la idea es capitalizar políticamente el pasado activando o reactivando en la memoria social la apreciación positiva del proyecto de seguridad uribista. Con base en esa apreciación, la promesa de la seguridad se utiliza a favor de la aceptabilidad de la nueva gobernanza, que pone como garante al mismo Jefe de Estado, por haber sido partícipe de la ejecución de esa política pública; por tal razón, la agencia aquí compromete directamente a la primera persona:

Yo siempre *haré* lo que *esté* en mis manos para lograr la paz, y *lo haré* –como *dije* en mi discurso de posesión– POR LA RAZÓN O POR LA FUERZA (Santos, 2012, noviembre 10).

Este año *sacrificaron* su vida, *han sido* muertos, asesinados, cerca de 460 miembros de nuestra Fuerza Pública, de nuestras Fuerzas Armadas, y *han sido* heridos más de 2 mil. Es una cifra importante y *no dejaré de luchar* hasta que no haya ni uno solo (Santos, 2010, diciembre 20).

La promesa personalizada se convierte así en el puente del pasado hacia el futuro. La amenaza, resaltada en la cita original con las mayúsculas en bloque, refuerza el compromiso personalizado como una demostración de fuerza. Las acciones pretéritas se muestran explícitamente para enlazarlas con las acciones venideras, que cumplen entonces la función

de punto de llegada, destino final del proyecto a largo plazo: la paz, la ausencia de muertos en las filas de la Fuerza Pública y la derrota final de la guerrilla son parte del mundo posible, deseable y creíble que la temporalidad política proyecta:

En el momento en que esos grupos realmente *se den cuenta* que por esa vía *no van a llegar* a ningún lado, y –como *lo he dicho* tantas veces- por esa vía lo único *que van a encontrar*, tarde o temprano, *será* una cárcel o una tumba, porque eso es lo que *les ha sucedido* a todos estos jefes o líderes de estos grupos, tarde o temprano *les sucederá* lo mismo (Santos, 2011, noviembre 24).

Hace un año –recordemos– ‘Alfonso Cano’ *mandaba* en las FARC después de la caída de ‘Jojoy’. ¡Y ahora están juntos en los avernos del infierno! Como *estará* ‘Timochenko’ muy pronto si *no se da cuenta* que por la vía de las armas no va a llegar a ningún lado (Santos, 2011, noviembre 16).

Desde la visión gubernamental, la derrota de la guerrilla es el escenario futuro irrefrenable y la prueba de esa culminación de la política de seguridad es cada triunfo de las operaciones militares; la guerrilla no es capaz de ver esta ‘realidad’ y, por eso, irracionalmente, persiste en la lucha armada en vez de desmovilizarse. En el discurso se repetirá esa idea de ‘no darse cuenta’ y la presentará bajo las formas subjuntivas en las estructuras condicionales. El pasado, entonces, se utiliza como medida de presión para reaccionar contra el ineludible futuro: el ayer es la prueba de lo venidero. No verlo así es negarse a descifrar y aceptar las lecciones que el pasado ofrece para el mañana:

esa Ley de Víctimas en cierta forma lo que hace es cicatrizar unas heridas causadas por tantos años de violencia, tantas décadas de violencia, para poder mirar hacia adelante; para poder hacer lo que hacen los asiáticos y es tratar, en la medida de lo posible, de no quedarse anclados en el pasado, sino de tener una actitud positiva, esperanzadora y mirar con optimismo el futuro (Santos, 2010, diciembre 14).

Asociado con la conducción del optimismo en el discurso gubernamental, el concepto metafórico ADELANTE ES BUENO, que ya había señalado, aparece también como un rasgo asociado a la construcción de temporalidades políticas volcadas hacia el futuro. Esta conducción de actitudes afirmativas queda apuntalada en la apreciación negativa de lo que se pretende superar del pasado; la violencia, así, queda confinada a la parcela de un tiempo dejado atrás, cada vez más lejano, porque en el futuro solo ofrece la continuidad de lo que es bueno, positivo y apreciable. Por eso, aun frente a la realidad de la guerra y sus escenarios venideros cargados de sacrificio, el pronóstico no deja de ser alentador, a toda costa:

De estos 402 nuevos subtenientes, algunos de ustedes *caerán* en combate. Algunos de ustedes *harán* el sacrificio máximo. Algunos de ustedes *se retirarán* a la vida civil en el transcurso de su carrera. Y otros *llegarán* a ser generales de la República. Pero ninguno *podrá mirar* para atrás sin decir lo orgullosos que se sienten de *haber portado* el uniforme de la patria (...). De *haber portado* el uniforme de nuestras Fuerzas Armadas, con orgullo, con valentía, con coraje, *defendiendo* la soberanía de Colombia, *defendiendo* la seguridad de sus compatriotas (Santos, 2010, diciembre 10).

En este discurso, dirigido a los militares en una ceremonia de ascenso, se pasa de un pronóstico desalentador, aunque realista, a uno marcadamente positivo a través del tópico del honor y el orgullo castrense. La configuración del escenario futuro apoya lo deseable en la ficción de la mirada retrospectiva, como adelantando el acontecimiento hasta un punto en el que todo el terrible pasado le dé sentido a la utopía alcanzada: la soberanía y la seguridad del país. En este sentido, poner entre paréntesis al presente -y su contundente realidad- permite apreciar el lazo que une el pasado y el futuro en clave de continuidad, aunque no sean contiguos ni necesariamente causales. Es esa continuidad construida con el momento utópico del triunfo, finalmente, lo que hace que ‘valga la pena’. En el discurso guerrillero se presenta de manera similar:

No me cabe la menor duda que las nuevas generaciones de colombianos, en un futuro cercano, *rendirán* honores y harán reconocimiento a los mártires de la Unión Patriótica que “a pecho descubierto” *lucharon* por un mejor país para sus hijos, por la democracia y la convivencia, con una generosidad, un desprendimiento y una valentía ejemplares (FARC-EP, 2011, junio 16).

A todas aquellas [combatientes] conocidas o anónimas, que durante más de seis décadas *han caído* en el campo de batalla, ofrendando con dignidad y valor su vida, con la certeza de que la victoria *será* nuestra, como *será* de nuestro pueblo el disfrute de las garantías políticas y sociales (FARC-EP, 2012, marzo).

A propósito de los combatientes caídos en batalla, el discurso guerrillero construye la continuidad pasado-futuro proyectando en este último el triunfo de la revolución. El logro de la utopía es aquí también un modo de justificación de la lucha armada que, como en el caso del discurso gubernamental, tiene que dirigir la mirada hacia adelante y obliterar el presente para hacer que el sacrificio valga la pena. La contundencia de la muerte de los combatientes requiere una postulación segura de la victoria, aunque tenga que verse aplazada momentáneamente. El juego con la inminencia aparece aquí también, para garantizar que no se lucha en vano; en los discursos internacionales de las FARC-EP es más reiterada esa

inminencia, como se ejemplifica en la entrevista concedida por su máximo líder a un diario español:

El velo *está cerca de caer*. La capa de teflón construida por los amigos de Uribe posibilitando el enriquecimiento desmesurado de ese círculo mafioso como fruto de una inconmensurable corrupción administrativa, la contemporización complaciente de muchos con la estrategia y práctica paramilitar que ya *se le conocía* y su fascistoide rechazo visceral a una solución política del conflicto, todo ese vergonzoso velo, *está a punto de caer*, lo que *abrirá* nuevas perspectivas a la civilidad y a la democracia verdadera (...)

En Colombia, a partir del ofrecimiento de dineros, viajes a Europa y rebaja considerable de penas, algunos desertores *se prestaron* para atestiguar en contra nuestra y favorecer políticas nacionales o internacionales del gobierno de Álvaro Uribe. Pero como la mentira no perdura, los montajes que *fabricaron* a partir de miles de falsos testimonios se están desmoronando. Todos *caerán* como castillos de naipes (FARC-EP, 2011, junio 16)

En esas predicciones del extinto jefe guerrillero, las referencias al pasado sirven para denunciar el origen de los males que aquejan en el presente y que se ven superados en el futuro, en razón de su propia naturaleza perversa. La lucha armada queda al margen de este proceso natural de terminación del mal desencadenado; parece suficiente con la fuerza de los principios (*la mentira no perdura*) para que el mundo distópico en curso se dirija hacia su autodestrucción. Ese desagenciamiento, que en otros lugares se resuelve con la dilución de su figura en la del pueblo, le permite a la guerrilla construir un cauce natural entre el pasado y el futuro en donde ellos solo fungen como testigos y denunciadores, o bien, como víctimas de las élites que construyen la distopía. La mirada hacia el futuro condena a esos sectores *oligarcas* a ver el fin de sus aspiraciones:

el desvarío del fin del fin de la guerrilla, de la proximidad de una derrota de la insurgencia, que *nunca llegará*, y que *viene siendo* pregonada desde 1964 para justificar la obsesión militarista de un sector de la oligarquía, por temor, por físico miedo, a una solución política que *demande* el fin de sus privilegios (FARC-EP, 2010, octubre 8).

El presente es de nuevo desplazado por las referencias al pasado como argumento y al futuro como promesa. Lo que importa es relacionar estas instancias en clave de continuidad justificadora de la lucha; la temporalidad política consiste precisamente en esa construcción del momento a favor de las utopías propias y en detrimento de las del adversario, que son presentadas como distopías y destinadas al fracaso.

3.2.4.4. Las utopías contrapuestas

La visión celebratoria de un presente que se vuelca hacia un futuro promisorio, en el discurso gubernamental, se contrapone a una visión crepuscular de ese presente volcado hacia un futuro distópico, en el discurso guerrillero. Si el discurso puede introducir el tiempo a manera de quiebres o rupturas en la definición de fronteras entre proyectos e identidades políticas, en el sentido contrario, asimismo, la discontinuidad radical que produce el establecimiento de «efectos de frontera» entre un proyecto gubernamental y sus antecesores, puede presentarse también como borramiento o desdibujamiento de esas fronteras⁹⁵.

La construcción de temporalidades políticas que asocian en clave de continuidad el pasado, el presente y el futuro, sirve para entender cómo es que las visiones gubernamental y guerrillera resultan contrapuestas: toda vez que ambas discursividades se encuentran volcadas hacia el futuro, cada discurso se concentrará en la configuración del mundo posible, deseable y creíble (la utopía) para inscribir la oposición política. Ella no queda marcada, entonces, en la relación temporal construida, sino en el contenido y la naturaleza final del punto de llegada que ambos le presentan al auditorio.

En el discurso gubernamental, se trata de una utopía en tránsito, que se sustenta en la continuidad del proyecto de gobierno anterior para presentar el futuro como el destino y la culminación final de ese proyecto; específicamente, alrededor de la seguridad y la paz en el país. El cariz de ese tránsito es la visión optimista, jubilosa del presente, actitud de la cual dependería la consecución del futuro promisorio. La garantía de su realización es la figura del mismo Presidente, quien se compromete personalmente a llevarlo hasta el feliz término y respalda ese compromiso con su experiencia al haber participado en los gobiernos anteriores. Como toda utopía, se trata de un proyecto de futuro que requiere homogeneidad en la conducta social y, por tanto, la desactivación del conflicto a través de la expulsión de sus agentes de disidencia: la guerrilla, en este sentido, no tiene ninguna cabida en ese horizonte avizorado y tiene que ser expulsada desde el mismo presente, a través de la intimidación y la amenaza. A través de la temporalidad política, el discurso gubernamental construye, además, un efecto de inminencia de la utopía; el futuro promisorio es una cuestión cercana e irrefrenable, que se puede sentir y palpar en los hechos del presente. Es una inminencia que está asociada con la conducción política del optimismo y el esfuerzo por asegurar la aceptabilidad del Gobierno entre la ciudadanía.

⁹⁵ Aboy Carlés lo ha considerado marginalmente: «el pasado puede sobrevivir en el presente a través de una concepción maniquea de la historia que muestra a dicho presente como la realización de una noble causa pretérita o el retorno a un rumbo perdido» (Aboy Carlés, 2001:169, nota al pie 152).

Por su parte, el discurso guerrillero ve en el presente un mundo distópico construido desde tiempo atrás y profundizado en el Gobierno de Santos. En esa realidad, el modelo económico es la causa primera, esencial y generadora del malestar social en el presente; de ella se derivan los problemas de pobreza, desigualdad, desempleo, etc., pero sobre todo, la violencia del conflicto armado. La temporalidad continua advierte asimismo la continuidad de la distopía; siempre que los proyectos gubernamentales sean los mismos (y el discurso así los homogeneiza desde el pasado extenso), no pueden esperarse resultados distintos. No obstante, hay un punto de quiebre en el horizonte de la distopía: es el límite de la catástrofe, el momento escatológico que llega en el extremo final de la tiranía. A partir de ese punto, el giro del mundo parece inevitable y en la utopía revolucionaria se deposita la esperanza de la restauración del orden. El arribo a ese punto difuso del futuro no es inducido, sino que es producto de la misma naturaleza de la distopía, que tiende a la autodestrucción. En ese panorama, la guerrilla se plantea a sí misma como presencia, no como agencia; se encuentra diluida en el pueblo, en la movilización y en la protesta pública. La configuración distópica construye, por contraste, la creencia en la utopía de la resistencia como una necesidad sentida; el efecto de urgencia en los discursos guerrilleros es funcional a ese imperativo de resistir la tiranía hasta el límite del sacrificio. La urgencia guerrillera se contrapone a la inminencia gubernamental; ella busca llenar de sentido la revolución prolongada en el tiempo, a través de la amplificación del mundo distópico que se reinventa y profundiza con cada Gobierno nuevo, continuidad ante la cual la resistencia guerrillera es un imperativo de primer orden.

En ambos casos, como vimos, es importante que la lectura del pasado y del presente no pierdan de vista la postulación del futuro. Es ese el momento que determina la presentación de los otros tiempos: volcarse hacia el futuro no es simplemente jugar a la predicción, sino introducir una agenda, orientar las acciones del presente de acuerdo con esa programación e interpretar el pasado como precedente de la utopía, o bien, de la distopía. Por tal razón, ambas desempeñan sendos papeles políticos en su teleología: la utopía proporciona la esperanza de un horizonte compartido; la distopía radicaliza la crítica, denuncia como espejismo ese horizonte y anuncia la catástrofe inevitable.

En los discursos analizados, la utopía no es compensación o evasión de la realidad, sino anticipación a partir de la convicción sobre su realizabilidad, que pretende objetivarse al reclamar los hechos del pasado y del presente como pruebas o signos de la inminencia y de la

urgencia, en cada caso, del mundo anticipado⁹⁶. En este sentido, la presencia del rasgo estilístico descrito hace que el discurso avance más allá de la contemplación del futuro, hacia la politización de ese futuro dentro de las temporalidades de continuidad presente-futuro y pasado-futuro. La función de la utopía y la distopía en estos discursos, entonces, tiene que ver con la construcción de un mundo que aún no es, pero que *va a ser* (función cognitiva); la cohesión de los grupos sociales en torno a un proyecto de comunidad compartido (función social); la conducción de las actitudes y estados de ánimo frente a la realidad social (función persuasiva); la anticipación de un mundo posible, deseable y creíble (función anticipatoria); la relación de dependencia entre utopía y cambio histórico (función causal); y no menos importante, la inscripción de la inconformidad y el desacuerdo con el estado de cosas actual (función política), que en los discursos gubernamental y guerrillero se cristalizan en el contraste entre proyecto utópico inacabado y distopía en tránsito, respectivamente.

Puede verse que esas funciones responden, en el fondo, a una función retórica. En efecto, se trata de configuraciones que establecen distancias entre los actores a propósito de la definición de la realidad: de la celebración utópica a la condena distópica que definen el presente y anticipan el futuro, depende la diferencia que separa los discursos gubernamental y guerrillero. El manejo de la temporalidad, como rasgo estilístico, converge en la politización del tiempo volcado hacia el *telos* y contrasta utopía y distopía para orientar la interpretación en sentidos contrarios.

3.3 La amplificación polémica como estilo discursivo

Los recursos descritos como regularidades de uso en los discursos gubernamental y guerrillero conforman haces de rasgos o conjuntos de elementos, de órdenes diferentes, relacionados entre sí en torno a una lógica general que los articula y que permite reconocer, a través de ellos, una particularidad de los discursos que conforman (Arnoux, 2008b:98). Para el caso estudiado, me interesó definir los haces de rasgos y su principio de base según la inscripción de la oposición política en los discursos, esto es, el relevamiento de aquellas regularidades que condujeran a la percepción del desacuerdo expresado por los actores en torno a problemáticas de la vida social en el país, así como al distanciamiento entre ellos precisamente motivado por esas perspectivas distintas expuestas a través de formas

⁹⁶ Esta mirada de la utopía como anticipación -inminente y urgente- de lo real guarda relación con la función utópica en las sociedades, como fue explicada por Ernst Bloch (1977[1938-1947]), en el sentido de la naturaleza inacabada de la realidad y la subjetivación de la experiencia anticipatoria que posibilita la concreción de la utopía como un futuro posible dentro de lo real.

discursivas particulares. Ese principio constructor, que comparten ambas discursividades, es la amplificación polémica.

En la visión general de la retórica (Beristáin, 1995; Mortara, 1988), la amplificación es al mismo tiempo una figura y un procedimiento que realza, destaca, extiende o eleva una idea de manera gradual en el marco del tratamiento de un tema. Desde una perspectiva argumentativa, la amplificación está asociada con la credibilidad de los hechos que no tienen que ser demostrados, por lo cual Aristóteles (2010:330) recomienda amplificar «principalmente sobre la honestidad y la utilidad de las acciones», y a lo largo de todo el discurso, dada su «fuerza para hacer creer», según Cicerón (1913:171). Asimismo, Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989[1958]:280-281) reconocen la amplificación como una figura de la elección y la comunión, «cuando utiliza formas que, normalmente, persiguen un objetivo distinto de la presencia», es decir, cuando producen un efecto argumentativo más complejo que el énfasis explicativo de la repetición. En el mismo sentido, Angenot (1982:242) se refiere a la amplificación como una figura de la aserción, es decir, del conjunto de modalizaciones enfáticas afirmativas, que insisten en la veracidad de las aserciones por el hecho de reiterarlas y acumularlas de diversos modos. Ahora bien, en la descripción del rasgo marcadamente epidíctico que comparten los discursos gubernamental y guerrillero, presenté la amplificación más que como figura y procedimiento, como el mecanismo sociocognitivo que permite la intensificación de la adhesión, de acuerdo con Dominicy (1996) y Danblon (2003).

Sin excluir ninguno de esos aspectos, es posible presentar la amplificación, además, como un principio constructor compartido por los haces de rasgos lingüístico-discursivos identificados en el decir gubernamental y guerrillero: la epideixis en la reorientación de lo político; la metaforización en la justificación del belicismo; la reformulación polémica como desacreditación del adversario; y la temporalidad en la configuración de utopías contrapuestas. Esos rasgos son funcionales a la amplificación porque contribuyen a la intensificación de la adhesión, a la disposición a la acción política y al reconocimiento de valores comunes para la vida social.

En el caso del tono epidíctico, la intensificación se busca a través de la evocación de los valores comúnmente admitidos, o bien, rechazados, en torno a las conductas gubernamental y guerrillera. Esos valores configuran tratamientos del acontecer social en el que lo político queda reorientado hacia lo moral y se obtura la posibilidad de la diferencia (el punto de vista adverso), expulsándola de la discusión. La amplificación positiva de la virtud y negativa del

vicio naturalizan y simplifican las acciones y decisiones sobre lo público, así como la crítica a esas intervenciones, a través de efectos de evidencialidad.

En las metaforizaciones, los discursos gubernamental y guerrillero amplifican positivamente los proyectos belicistas como proyectos de defensa contra la agresión del enemigo, justificándolos por medio de la construcción de apoyos argumentativos en forma de metáforas conceptuales. La intensificación de la adhesión al belicismo, en ambos proyectos políticos, se basa en su justificación como régimen de acción/reacción más conveniente, necesario e, inclusive, inevitable, para el momento que vivía el país. La terminación del conflicto armado por vías exclusivamente militares tuvo en las metáforas su colofón y trató de amplificar positivamente la tesis del *fin del fin*, desde el discurso gubernamental, y de amplificarla negativamente, desde el discurso guerrillero.

En las reformulaciones polémicas, la reorientación del discurso ajeno amplifica negativamente definiciones de la realidad, modos del decir y posicionamientos ideológicos adversos, para subordinar la palabra del otro y desacreditarlo en el espacio público. Como vimos, los diferentes acentos de la reformulación polémica en los discursos gubernamental y guerrillero también introducen el problema de la verdad en el conflicto armado, elevando la voz cada vez que se denuncia la supuesta mentira del enemigo.

Finalmente, la construcción de temporalidades políticas se caracteriza en los discursos gubernamental y guerrillero por estar orientada hacia una continuidad del tiempo volcada hacia el futuro, instancia donde se configuran utopías y distopías, respectivamente. La amplificación aquí se cristaliza en los efectos de inminencia -de la utopía gubernamental en tránsito- y de urgencia -de la resistencia guerrillera contra la distopía instalada-. Inminencia y urgencia pretenden intensificar la adhesión del auditorio, vía la esperanza de un futuro compartido donde el mundo es posible, deseable y creíble.

En adición, el estilo amplificatorio deviene polémico porque los discursos tienden al establecimiento de dicotomías sobre problemas de interés público, a la polarización de la opinión en el espacio social y a la desacreditación del adversario, y están dirigidos especialmente al auditorio a través de su puesta en escena como espectáculo (Amossy, 2014; Kerbrat-Orecchioni, 1980; Felman, 1979; Oléron, 1995). Cuando la amplificación es polémica, modaliza argumentativamente la intensificación de la adhesión y sus procedimientos, de manera tal que construye o resalta el conflicto entre puntos de vista divergentes en los intercambios sociales. El estilo polémico responde, pues, a un tipo de *modalidad argumentativa*, que no debe confundirse con el concepto de modalización y sus

diferentes enfoques teóricos, los cuales convergen en una cierta “actitud del sujeto hablante respecto de su propio enunciado” (Charaudeau y Maingueneau, 2005:394); según Amossy (2014:70), “la polémica no es un género de discurso (ella atraviesa los tipos y géneros de discurso), sino una *modalidad argumentativa* entre otras”.

Esos elementos propios de la polémica como modalidad conforman un estilo discursivo cuando generan y relacionan entre sí los rasgos encontrados en los discursos gubernamental y guerrillero. Así, el tono epidíctico introduce la dicotomía mayor de virtud/vicio en torno al manejo de lo público y a los propios actores, a través del uso reiterado de elogios y vituperios; esa dicotomización polariza la opinión en favor y en contra de la guerrilla o del gobierno y de sus proyectos sociales; los vituperios desacreditan directamente a quien es atacado, pero también los elogios cierran los colectivos y expulsan de las comunidades a quienes no comparten los valores de la *homonoia*; elogios y vituperios, además, son amplificados de manera vehemente en la enunciación política y escenifican con esa vehemencia dos fuerzas en pugna: la autoridad gubernamental y la resistencia de guerrillera.

En las metaforizaciones, las antinomias descritas en el análisis (buen camino/mal camino; predador/presa; prosperidad/terror; estrategia/engaño; Presidente/pueblo; y seguridad/revolución) responden a la dicotomía principal entre conceptos y contraconceptos, cuando el discurso guerrillero introduce refutaciones en los apoyos argumentativos del discurso gubernamental. El efecto resulta polarizante a nivel social, porque las metáforas confluyen en la justificación que cada parte hace de su proyecto bélico, de manera que la ciudadanía se ve impelida a escoger entre dos fuegos. La desacreditación se dirige aquí, a descalificar esos apoyos conceptuales con los cuales cada bando se autojustifica y, por tanto, a poner en cuestión las intenciones del enemigo con respecto a las comunidades que se ven afectadas por las medidas bélicas. En todos los casos, las metáforas apelan al reconocimiento desde la experiencia, de esos dominios conceptuales de llegada que permiten presentar una cosa en términos de otra, más cercana. Del mismo modo, estas metaforizaciones tienen que ver menos con la persuasión del enemigo que con la puesta en escena de justificaciones bélicas orientadas a ganar la adhesión de la sociedad civil.

Las reformulaciones interdiscursivas fueron caracterizadas como polémicas precisamente en el orden de ese efecto desacreditante y polarizante del discurso adverso, traído al propio para reorientar sus definiciones de la realidad, criticar sus modos de decir y remarcar el contraste con sus puntos de vista. La dicotomía principal aquí plantea una división radical entre verdad y mentira, es decir, introduce directamente la dimensión aletúrgica del discurso

para atribuir, en cada caso, quién dice la verdad y quién está mintiendo. Vimos que en los acentos reformulativos, además, se deja planteada una relación entre lo dicho y quien lo enuncia, que compromete con fuerza al enunciador en el rol de aquel que es capaz de decir lo oculto sobre el conflicto armado; en este sentido, la reformulación polémica también se ve marcada por un compromiso fuerte con la verdad. De ahí se deriva que las operaciones reformulantes construyan el espectáculo de ‘quitar el velo’, de cara más al auditorio que al opositor en pugna.

Por último, la temporalidad política en clave de continuidad pasado-futuro y presente-futuro introduce la dicotomía utopía/distopía y se apoya en esa diferencia para descalificar cada horizonte de futuro avizorado para el país y desacreditar a sus promotores. El mundo posible, deseable y creíble es puesto en contraposición en los discursos gubernamental y guerrillero: el primero se sustenta sobre la productividad y el crecimiento económico (la *prosperidad*); el segundo sobre la resistencia a la tiranía y la revolución de las masas. Los tonos optimista y catastrófico hacen pendular la visión de la realidad entre esos dos polos y requieren la apelación a lo emocional en las anticipaciones de lo real en el presente. El escenario planteado, así, llama a la sociedad civil a participar de esa sensación jubilosa o crepuscular del presente, según cada discursividad.

Las divisiones constituyentes del tono polémico dentro del estilo amplificatorio hacen que se requiera precisar dos tipos de amplificación polémica: una que llamo *celebratoria*, propia del discurso gubernamental, y otra que bajo el adjetivo *distópica* queda bien asociada al discurso guerrillero.

3.3.1 La amplificación polémica celebratoria como estilo discursivo gubernamental

El discurso presidencial deviene celebratorio por su tendencia a la valoración positiva de la realidad social; el festejo del presente hace que la conducción del optimismo forme parte de las prioridades políticas transparentadas en el discurso. El proyecto de Gobierno de la *Prosperidad democrática* anuda y convoca una actitud optimista de los ciudadanos frente al acontecer de la vida social y del momento histórico del país. En el discurso, el optimismo es presentado como una necesidad para el avance de los proyectos gubernamentales y el logro del bienestar social. Se trata de una aléctica que condiciona el progreso de los colectivos a la actitud de los individuos que los conforman; en esta medida, el principio del optimismo sostiene que el estado de ánimo es performativo y que el juicio positivo es favorable al bienestar común.

Las relaciones entre ese optimismo celebratorio y la política tienen en su transcurso la pregunta por la conducción de los estados de ánimo en los estilos de gubernamentalidad. No resulta una pregunta menor, cuando advertimos que la actitud más o menos favorable de los ciudadanos frente a su presente y futuro compartidos, influye en la aceptabilidad de los gobiernos y en la apertura o el cierre que sus proyectos encuentran entre la población civil, además de ser determinante para la continuidad de los proyectos asentados en el poder dirigente. A partir de su modalización alética, el discurso del optimismo se desplaza usualmente hacia una deontología gubernamental que activa tópicos emocionales, como el de la felicidad, la alegría y el entusiasmo, para enlazar causalmente actitud y desarrollo, ánimo y progreso.

En el proyecto de la *Prosperidad democrática*, la conducción del optimismo descentra el miedo y la peligrosidad de los enemigos como fundamento de la política de seguridad pública. La reorientación se dirige hacia una visión entusiasta del presente y venturosa del porvenir, en la cual las problemáticas sociales son simplificadas a los modos en que pueden ser vistas, esto es, a las disposiciones actitudinales para solucionarlas, haciendo énfasis en que esas conductas ayudan o entorpecen el bien común. En este sentido, las actitudes resultan politizadas y capturadas por el deber ser en el discurso de los dirigentes: hay que ver ‘el lado bueno’ del país y del momento vivido, para que el futuro soñado finalmente llegue a ser realidad. Esta especie de *utopía en tránsito* no tiene necesidad de negar los conflictos obvios, sino que le basta con exhortar a mirarlos de un modo distinto: la realidad –nos dice- depende de cómo la afrontemos. El optimismo sería la clave de la prosperidad de los países; por lo tanto, depende del estado de ánimo de sus individuos.

El predominio del elogio político capitaliza a favor del proyecto de Gobierno y de sus representantes, las virtudes sociales en el examen de la realidad del país. Las formas elogiosas modelizan conductas, acciones y decisiones políticas para que la comunidad se una en torno a ellas, las acepte sin discusión (pues su garantía es la virtud misma) y refuercen o establezcan sus preferencias éticas. El elogio celebra las virtudes y, con ello, no solo contribuye a la creación y funcionamiento de la realidad social, sino que además asegura su mantenimiento (Danblon, 2003:149). Lo celebratorio, en este sentido, gira en torno a los intereses políticos y la búsqueda de aceptabilidad del Gobierno, particularmente en lo referido al manejo del conflicto armado interno, en el momento del cambio gubernamental y el problema coyuntural de la inercia de la guerra.

Las metáforas conceptuales de justificación de la política de seguridad democrática también celebraron el arribo a esa última etapa de la guerra, donde la derrota de la guerrilla era inminente. El *fin del fin* requería la profundización de las confrontaciones, dado el incremento de la violencia por la supuesta desesperación de la guerrilla. El discurso gubernamental se encargó de naturalizar la llegada de ese final venturoso donde los *buenos* triunfarían contra los *malos*, presentándolo a través de las metáforas del camino, el animal, el cultivo, el jugo, la casa y el cuerpo.

Además, la visión jubilosa del presente en dirección a la utopía en tránsito fue reforzada con la reformulación del discurso adverso, reconvirtiéndolo en falsedad o desmintiéndolo directamente como parte de la mentira de los enemigos de la paz y de la prosperidad. La disputa por las definiciones de la realidad, los modos de presentarla y las perspectivas contrastadas adquirieron sentido sobre la idea de que los opositores impedían ver el buen momento que atravesaba el país, y por tanto, había que hacer hincapié en el modo correcto y verdadero, de ver la realidad en curso.

Finalmente, hay que decir que el estilo amplificatorio, polémico y celebratorio del discurso gubernamental no estuvo asociado solamente con las situaciones de enunciación donde se esperaba ese desplazamiento de lo deliberativo por lo ceremonial o protocolario. Por el contrario, se trata de un estilo que predominó en la discursividad presidencial durante el periodo analizado, y que construyó así una visión del conflicto armado interno en términos finalistas, donde el gobierno vendría imponiéndose sobre la guerrilla e inevitablemente acabaría derrotándola militarmente. El hecho de que a esta serie de discursos siguiera un proceso de paz, hace ver este estilo discursivo en retrospectiva como una construcción retórica que pretendía generar el ambiente adecuado para hablar de paz sin perder el capital político ganado con la estrategia exclusivamente militar; en otras palabras, *ganar la guerra, sin ganarla*, al obliterar el desgaste del discurso militarista y anunciar el proceso de paz como la culminación positiva de la política de seguridad democrática.

3.3.2 La amplificación polémica distópica como estilo discursivo guerrillero

El discurso guerrillero fariano conduce su estilo amplificatorio polémico hacia la postulación de una temporalidad política continua y extendida, donde el mundo distópico de la tiranía gubernamental generada en el modelo económico capitalista, se profundiza con cada proyecto gubernamental. El curso de esa distopía justificaría, entonces, la lucha armada como resistencia necesaria y urgente, hasta la llegada de un mundo nuevo, posible, deseable y

creíble, al que la revolución conduciría. En esa mirada del acontecer, la distopía fue apropiada como parte de un estilo discursivo; una visión crepuscular (Angenot, 1982:99) que implica la configuración de un mundo atroz, amoral y arbitrario, donde el Gobierno tiraniza al pueblo y obedece a los intereses de las élites estadounidenses.

En la postulación de distopías en el ámbito literario, ellas se presentan como protestas reaccionarias que discuten radicalmente las ideas de progreso y presentan la voluntad de revolucionar el orden social, a través de medidas políticas contrarias (Eliás, 2014). Pero además, esas distopías se basan en la denuncia de órdenes sociales que, aparentemente, son convenientes para el bienestar social, pero en el fondo representan la degeneración de valores o derechos universales, como la libertad y la paz; son regímenes, pues, deshumanizantes, que predicen sociedades cuyos valores, necesidades y deseos son contrarios y ajenos a la ‘naturaleza’ de los individuos (Angenot, 2016:10). En el ámbito político, como demuestra Danblon (2013, 2015), la distopía puede convivir con la utopía como parte de su función retórica orientada hacia la delimitación del horizonte de valores elegido y compartido por los grupos sociales.

En el estilo de la amplificación polémica distópica de la guerrilla, la distopía también es reacción y reordenación axiológica del mundo; si bien no se construye como universo cerrado, ni el sentido literario ni en el político, esto es, que los elementos que conformarían el mundo distópico no anclan en narraciones ficcionalizadas ni clausuran el orden político vigente. Por el contrario, la realidad distópica se encuentra abierta y afectada por la resistencia de la lucha guerrillera, además de estar destinada por una tendencia a la autodestrucción, en razón de su propio orden moral negativo.

El predominio de los usos vituperantes convoca a la unidad axiológica desde la fuerza de la indignación colectiva que produciría el vicio entronizado en la distopía, esto es, la conducción gubernamental que vulnera al pueblo y que se profundiza en detrimento de su bienestar. Se predispone al auditorio, así, al rechazo del enemigo, a sus acciones y decisiones, amplificando sus elecciones éticas negativas como si fueran esenciales a su existencia, en el mundo determinista de la *epideixis*. Toda vez que son presentadas como elecciones o preferencias, los vicios resultan agravados por la voluntad del vituperado: la alevosía del enemigo deviene evidente y valida su reprobación radical por parte del auditorio. En este sentido, los vituperios dirigidos contra las élites en el poder atacan la maldad que domina el mundo distópico, exhortan a la resistencia y, en extremo, a la violencia contra el orden de esas relaciones de poder.

Los acentos de la reformulación polémica funcionan, precisamente, como variantes de acusación del Gobierno sobre su fidelidad a la verdad y sus intenciones censurables. En la distopía en curso, la palabra gubernamental miente sobre el verdadero acontecer, disfraza la realidad con argucias verbales y representa un punto de vista radicalmente opuesto a los ideales de la guerrilla, encaminados al bienestar del país. La persistencia en la reformulación habla de la figuración de un mundo de utilería, un montaje artificial donde pocas cosas significan lo que realmente son. El posicionamiento marginal de la guerrilla, confinado al exterior de ese sistema distópico dominante, le proporcionaría la autoridad de la reformulación: es ella la que puede (es capaz de) desacreditar el discurso adverso y postular el verdadero. Esa capacidad, en el discurso guerrillero, se convierte en un imperativo moral y social en medio del conflicto armado; la guerrilla se atribuye la reubicación de lo que es cierto y lo que es falso para que la ciudadanía no siga siendo engañada por los gobiernos de turno: esa mentira extendida y omnipresente en la historia de la guerra formaría parte de la tarea etiológica, sustancial a la postulación de la distopía.

Las metáforas conceptuales también reforzaron la visión distópica de la realidad social, al contradecir la visión gubernamental del camino hacia la prosperidad como camino a la catástrofe; presentar a las élites como animales peligrosos al acecho de las comunidades y a la política como juego de engaños; insistir en el terror de Estado como la cosecha de las políticas de seguridad; y asumir las metáforas de la salud y la enfermedad asociando a esta última con el gobierno y a la revolución con la única cura posible. Las metaforizaciones guerrilleras terminaron justificando el alzamiento armado como vía obligada de supervivencia en el mundo caótico, cruel y truculento del Gobierno de Santos.

Por último, la amplificación polémica distópica mantuvo a la guerrilla activa y beligerante en la correlación de fuerzas, durante el periodo 2010-2012. No era este el estilo discursivo de una guerrilla derrotada ni militar ni políticamente; por el contrario, la profundización de sus desacuerdos le permitió confrontar la tesis del *fin del fin* tanto en el teatro de la guerra (su replanteamiento militar) como en el discurso de oposición. El mensaje de no haber perdido la guerra ni sentirse acorraladas fue conducido estilísticamente a través de la polemización del proyecto de Gobierno y la denuncia de estar viviendo, con Santos, en el peor de los mundos posibles. La violencia verbal de los vituperios, la continuidad en el tiempo de la tiranía gubernamental y los esfuerzos por subordinar el discurso oficial al insurgente hicieron parte de la justificación de la resistencia armada como urgencia, necesidad y vía impuesta por el enemigo.

El momento de inercia del conflicto fue encarado discursivamente bajo el cariz de esa resistencia armada, que desplazó la toma del poder hacia el futuro lejano y la acción social colectiva como futuro cercano. Las FARC-EP se plegaron discursivamente a los movimientos sociales de protesta y pretendieron diluirse en ellos, mostrándolos como prueba de la distopía en curso y borrando o atenuando su propia agencia en la violencia armada. Los diez años de la política de seguridad democrática fueron aplazando la toma del poder por las armas y desgastando el discurso de la victoria que habían basado en la ventaja militar alcanzada a principios de este siglo. En el proceso de reacomodamiento en el conflicto, producto del aprendizaje bélico, el proceso de paz con Santos resultaba oportuno, aunque no exento de dificultades a nivel de la credibilidad de su proyecto armado. La amplificación polémica distópica les permitiría allanar el camino hacia el anuncio del proceso de paz como parte de la autodestrucción de esa distopía, en vez de ser una muestra de su claudicación frente a la política antiterrorista.

3.4 Las amplificaciones opuestas como enfrentamiento social: el estilo en la polémica

El abordaje de la polémica desde los estilos discursivos con los cuales se construye nos deja ver un conjunto de elecciones dispuestas en contraposición en el marco de lo conflictivo. Como lo advierte Sontag (1984[1965]:50), «las decisiones estilísticas, al centrar nuestra atención en determinadas cosas, suponen también un estrechamiento de nuestra atención, una negativa a permitirnos ver otras». En esa medida, la amplificación polémica focaliza y recorta la complejidad del conflicto armado y de sus dinámicas, presentándolas de maneras funcionales a cada proyecto político defendido en los discursos gubernamental y guerrillero. Esto es así porque el estilo no solo muestra los principios que estructuran y relacionan los rasgos reiterativos en cada discursividad, sino que además deja ver la lógica intersubjetiva que rige la construcción del enfrentamiento social desde la inscripción del desacuerdo en el discurso, según un conjunto de recursos y procedimientos combinados singularmente. De este modo, el estilo en la polémica -como en el arte, según Sontag- no responde a la división entre forma y contenido o entre exterior e interior, sino que la manera en que expresan el desacuerdo los actores es el desacuerdo mismo, la forma y el fondo de su oposición política.

En tanto que polémicas, las amplificaciones opuestas no construyen una discusión dialogal orientada al alcance de conclusiones compartidas⁹⁷. El desplazamiento del adversario

⁹⁷ Amossy (2014:208-210) ha planteado que, «por regla general, estas luchas verbales confrontan y exacerbaban las opiniones contradictorias sin buscar adherir al adversario a su causa (...); no se trata de un diálogo de sordos, en la medida en que su formato no es el diálogo».

(Gobierno o guerrilla) en la destinación del discurso tiene sentido precisamente en la coyuntura histórica estudiada, momento de una negación del diálogo con la contraparte para evitar mostrar el desgaste de los proyectos defendidos: la derrota militar de la insurgencia y la toma del poder por las armas. La amplificación polémica prefigura el inicio del proceso de paz, pero no porque lo anuncie directamente o porque se fuera apaciguando la confrontación entre los enemigos (por ejemplo, a través de cambios en las formas de nombrarlo o de evaluaciones positivas sobre sus acciones y decisiones), sino porque las demostraciones de fuerza (verbal y de facto) se profundizaron en ese periodo previo para garantizar que se llegaría fortalecido a la mesa de conversaciones, es decir, que sentarse a dialogar no equivaldría a ceder ante el enemigo, ni mucho menos significaría perder la guerra.

De acuerdo con los estilos que remarcaron posicionamientos contrapuestos, entonces, la oposición política no introdujo discusiones o debates en torno a los temas de interés público, sino que los presentó en el discurso bajo formas dicotómicas que acentuaron la incompatibilidad entre tesis y antítesis e hicieron que las alternativas intermedias fueran inexistentes. Las variaciones de esos extremos irreconciliables pueden sintetizarse en la dicotomía entre utopía y distopía, ambas concebidas como momentos en tránsito: los colombianos estábamos viviendo en el mejor de los mundos posibles, deseables y creíbles, o en el peor de ellos, según lo presentara cada bando. La dicotomía política prosperidad gubernamental/revolución guerrillera hacía funcionar cada perspectiva de mundo expulsando a la otra o identificándola como un obstáculo para el bienestar colectivo; en ese mismo sentido, el conflicto armado interno resultaba ser causa (para el Gobierno) o efecto (para la guerrilla) del malestar social generalizado. En la medida en que el conflicto armado causaba o era causado por el malestar social, la aplicación de la fuerza resultaba, entonces, justificable.

Asimismo, los estilos amplificatorios orientaron la oposición política hacia la desacreditación de las acciones y decisiones de los agentes, cuando no de sus propios actores. La representación del enemigo en el discurso adverso lo hizo un sujeto peligroso y mentiroso. Estas dos facetas, la peligrosidad y el engaño, se dirigieron a minar la credibilidad del discurso contrario, a hacerlo indigno de confianza. Desde la visión gubernamental, en la guerrilla no se podía confiar porque hablaba de paz y de lucha por el pueblo, pero sus actos eran terroristas y sus intereses con las regiones tenían que ver con la explotación de la economía de la coca y de la minería ilegal. Desde la visión guerrillera, la *prosperidad* que anunciaba el Gobierno como proyecto político no era más que la continuidad del

enriquecimiento de las élites nacionales y extranjeras, en el marco de un modelo económico al servicio de los intereses estadounidenses.

Los discursos, entonces, no esperaban convencer al enemigo sino seducir a la población civil para que simpatizara y colaborara con cada proyecto en pugna, además de intensificar la adhesión de aquellos colectivos que ya los apoyaban. En este sentido, la polarización propia del modo polémico contribuyó a la radicalización de los agrupamientos a favor y en contra de cada proyecto. Las fronteras entre esos grupos se remarcaron a través de los estilos amplificatorios. Cada discurso intentó hacer pasar sus objetivos como si fueran comunes, en nombre de valores universales incontrovertibles y a través de la adherencia y a veces dilución misma en los colectivos, borrando su agencia. En la perspectiva hacia la paz, esa consolidación de los grupos sociales contribuiría como medida de presión para que el enemigo cediera terreno en la guerra; de ahí la importancia de la justificación y la autojustificación, más que de la persuasión, en los discursos analizados. Las ampliaciones polémicas, así, profundizaron las distancias entre los actores gubernamental y guerrillero, pero al mismo tiempo, gestionaron esa distancia como mayor acercamiento a los colectivos de identificación.

La importancia de la cohesión identitaria fue clara en la construcción de los estilos. La búsqueda de la *homonoia* y la *proairesis* en cada colectivo, para homogeneizar la opinión pública, fue fundamental en el tono epidíctico adoptado. Los elogios dirigidos a la clase gobernante y al ala militar amplificaron la imagen positiva de las élites en el poder y de los combatientes oficiales en el conflicto armado, a quienes se elevó a la categoría de héroes. La política de seguridad, así, fue llenada de valores alrededor de los cuales la unión de todo el país se presentó como imperativo moral, social y político, en apoyo a las acciones y decisiones gubernamentales. Por su parte, la violencia verbal de los vituperios, más que una simple forma de ataque agresivo, en el discurso guerrillero contribuyó a la configuración de un modo de ser, esto es, de presentar una identidad marginal, ilegal, clandestina y (auto)expulsada del sistema que denigraban, frente al cual tomaron distancia radical y movilizaron las pasiones en contra del Gobierno, desde la indignación y el rechazo contenidos en la vituperación. En este sentido, la destinación de los vituperios buscó conmover más al auditorio que a la contraparte, a la población civil y a los combatientes de las filas propias, más que al Gobierno.

En el caso de las metaforizaciones contrapuestas, los conceptos construidos en las cadenas de metáforas convergieron argumentativamente en la justificación de las acciones bélicas.

Esas justificaciones no se formularon para convencer al enemigo sobre las razones para combatirlo, sino para decirle a la audiencia que acabar con el otro era lo más conveniente para todos, o que era inevitable defenderse de sus agresiones. El esquema ataque-defensa fue, así, capitalizado tanto en el discurso guerrillero como en el gubernamental, para justificar la resistencia armada y las operaciones antiterroristas, respectivamente. Ahora bien, las autojustificaciones⁹⁸ validaron las decisiones en la guerra sobre la base de tomarlas atendiendo a imperativos éticos, que cohesionaban a los colectivos dispersos y reforzaban la unión en los ya conformados.

En cuanto a la destinación de los discursos, algo similar a lo dicho puede plantearse en referencia a la reformulación polémica y a la temporalidad volcada hacia el futuro. En el primer caso, como mostré en el análisis, los segmentos reformulantes no anulaban ni corregían los segmentos reformulados, sino que amplificaban su imprecisión, artificios y punto de vista para denunciarlos como engaños o faltas a la verdad, y subordinarlos al discurso reformulador. Esto quiere decir que la reformulación no aspiraba a persuadir al contrario, sino a rebajarlo jerárquicamente en el espacio público, para que el auditorio sospechara de su veracidad. Asimismo, las utopías contrapuestas a través del efecto de continuidad o borramiento de las fronteras en las temporalidades políticas construidas, apelaban al horizonte futuro compartido por los simpatizantes de cada proyecto de sociedad: los mundos posibles, deseables y creíbles fueron anticipaciones basadas en la unidad de creencia y de deseo que solo los miembros de cada comunidad podrían compartir. No se trataba, entonces, de mostrarle al enemigo las razones por las cuales su proyecto de futuro no tenía sentido o era inconveniente para la vida en común; por el contrario, el discurso guerrillero intentó deformar la utopía en tránsito del discurso gubernamental, presentándola como un mundo distópico que tendría que entrar en decadencia si persistía hegemónicamente.

Los estilos, entonces, se volcaron hacia la construcción de discursos polémicos que no buscaron el debate, sino el combate; parafraseando a Clausewitz, la retórica fue la continuación de la guerra por otros medios. O mejor: el mantenimiento de ella para garantizar que se estaba ganando, es decir, fue la demostración verbal de fuerza que se requería de cara al inicio del proceso de paz, un evento que podría ser leído como triunfo o derrota final en los colectivos de identificación de cada bando. Para el Gobierno, era fundamental que la paz fuera el logro final y no el fracaso de la política de seguridad implementada desde la

⁹⁸ Como plantea Angenot (2008:442-443), la justificación también tiene un interés dirigido hacia uno mismo, en el sentido de «hacer decir a un Árbitro espectral que yo pienso conforme a la razón y la justicia, y que hago bien al compartir esa conformidad con los demás».

administración anterior, de la cual Santos fue uno de sus protagonistas. Para la guerrilla, tras 48 años de lucha armada, la revolución extendida y la promesa postergada de la toma del poder debía tener también en los diálogos de paz el éxito final en vez del fracaso de su proyecto político. Los estilos amplificatorios polémicos, tanto el celebratorio como el distópico, emergieron como respuesta o conjunto de decisiones (aunque no necesariamente conscientes) a esas necesidades enunciativas.

En el plano del enfrentamiento social, los estilos amplificatorios polémicos nos muestran un doble filo en el centro de la democracia: ellos permiten plantear un conjunto de valores a compartir, de razones que justifican la acción, de verdades que son defendidas y de horizontes de mundo sobre los cuales existe esperanza. Pero al mismo tiempo, en razón de su naturaleza combativa, estos estilos discursivos también se arrojan la libertad de suprimir al enemigo y de reducirlo al silencio, desplazándolo en función de los auditorios a seducir y de los colectivos a reforzar. El efecto de este doble filo en el conflicto armado colombiano es su desproblematización vía la simplificación de su complejidad. Las cuestiones que son centrales en el conflicto y que la amplia bibliografía ha señalado desde las ciencias humanas, en general, terminan siendo obturadas o instrumentalizadas en los comunicados de sus actores a través de los estilos discursivos descritos. En ellos, todo es respuesta: las causas, la permanencia y los efectos del conflicto se presentan bajo el signo de la resolución evidente y de la expulsión de los temas como objetos de discusión para conocer y confrontar las posiciones del otro.

Hacer desaparecer lo problemático aquí no significa que los discursos no tematizen asuntos propios del conflicto armado, sino que al presentarlos en el formato de los estilos amplificatorios polémicos celebratorios y distópicos, desplazan su problematicidad interna hacia la lucha a muerte entre enemigos y hacia la intensificación del apoyo a los luchadores y al combate mismo. Los discursos políticos sobre el conflicto, entonces, se vuelven una arena de gladiadores y su contenido, un espectáculo, una puesta en escena; abordaré en extenso el contenido y la lógica de esa escenificación, en el siguiente capítulo.

Capítulo 4

Los marcos escénicos divergentes en la enunciación gubernamental y guerrillera

En este capítulo reconstruyo la puesta en escena que los discursos gubernamental y guerrillero elaboran sobre su propia situación enunciativa. Utilizo el aparato analítico de Maingueneau (2014) sobre las escenas de enunciación y su vinculación con la multidestinación de la enunciación política (Verón, 1987).

En el discurso presidencial, denomino “construcción escénica gerencial” a la representación de la gobernabilidad nacional a través del formato de la llamada Nueva Gerencia Pública (Aucoin, 1996; Hood, 1991; OCDE, 1995; Osborne y Gaebler, 1994), que establece una relación de orden empresarial entre Gobierno y ciudadanía, sobre la base de la productividad y la rendición de cuentas, por lo cual el Estado asume el rol de empresa prestadora de servicios y construye al ciudadano como su cliente/usuario. A partir de este marco escénico, los discursos oficiales instituyen para ellos mismos la escenografía del informe ejecutivo, de manera que la enunciación política deviene en escenas genéricas asociadas al campo de la gestión empresarial.

En el discurso guerrillero, denomino “construcción escénica de la resistencia” a la representación de la insurgencia armada a través de las diferentes realizaciones textuales que asume el género panfletario (Angenot, 1982). El modo agónico, sustancial al panfleto, se orienta aquí hacia el relevamiento de la resistencia sociopolítica colectiva contra un orden opresor y oligárquico; esta escenificación se convierte en la razón de ser y causa justa de la lucha armada, construcción que asume la marginalidad del grupo social, en la lógica de la lucha de clases, y la incorpora al decir panfletario presentando al gobierno de Santos como una oligarquía, a sus políticas de seguridad como terrorismo de Estado y al pueblo –y a la guerrilla misma- como oprimidos o víctimas de un régimen tal.

Si bien el marco escénico de la resistencia adopta regularmente las formas tradicionales del panfleto, también construye escenas genéricas con formatos propios de la didáctica (como la cartilla de formación) y de la historia (como el homenaje y la efemérides). Estas escenografías y sus funciones retóricas predominantes, resultan claves para entender cómo es que las escenas de la resistencia política insurgente tensionan las de la gerencia pública gubernamental, insertando en el discurso contradicciones del orden oprimidos/clientes y explotados/empresarios. El capítulo, entonces, dirige el análisis de las escenas enunciativas hacia la relación polémica entre proyectos políticos, con énfasis en la configuración, apropiación y persuasión del tercero discursivo en disputa.

4.1 La construcción de la escena política en el conflicto armado colombiano

En 2008, el antropólogo y director de cine colombiano, Lisandro Duque, estrenó una de las pocas películas que aborda el conflicto armado en clave satírica. La sátira está en el mismo título: *Los actores del conflicto*⁹⁹. Los protagonistas de esta película son, efectivamente, actores (callejeros, ambulantes y mimos) que deciden hacerse pasar por guerrilleros desmovilizados para obtener los beneficios económicos ofrecidos en los programas de reinserción a la vida civil. En la trama, estos *actores* (callejeros) son secuestrados y perseguidos por los actores del conflicto: guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes y Fuerza Pública. En medio del fuego cruzado, deberán *actuar* como los distintos actores armados, para salir con vida de la aventura.

La película satiriza hábilmente el discurso instalado de la Política de seguridad democrática y su visión finalista de la guerra en el país. En ese 2008 se empezó a hablar del *fin del fin* de la guerrilla: las Fuerzas Armadas estarían a punto de derrotar militarmente a la insurgencia, luego de la reelección de Álvaro Uribe (2006-2010) y tras la desaparición de varios de sus cabecillas, incluyendo al mítico Manuel Marulanda. Sin embargo, la multiplicidad de esos *actores* del conflicto y sus complejas relaciones harían de la solución militar un escenario donde los roles entre víctimas y victimarios se diluían peligrosamente y ningún actor asumiría el papel del vencido. En la ruptura de la metáfora entre actor teatral y actor del conflicto, que terminan siendo lo mismo, la película construye su sátira política.

Retomo la atención sobre esa productiva metáfora para utilizar expresiones comunes, como *teatro de la guerra* o la ya mencionada *actores del conflicto*, en la comprensión de los modos en que los discursos de la guerra colombiana se muestran a sí mismos como espacios donde se extiende la lucha de facto. Esos discursos se pronuncian en voz alta ante la tribuna, reclaman los gritos emocionados de la galería y exhiben la sangre del enemigo en la arena. En ese carácter de *lo mostrado* en el espacio público es donde radica la relevancia de esta metáfora. La acentuación del espectáculo de la político sirve para remarcar la función determinante del público o del auditorio retórico en la construcción de las discursividades polémicas. No es, como lo advierte Maingueneau (1987:22), una réplica ilusoria ni una

⁹⁹ Coproducción colombo-venezolana, dirigida y escrita por Lisandro Duque, producida por Anaís Domínguez y Efraín Gamba. EGM Producciones; Ma Non Troppo; Hangar Films; Ibermedia. Distribuida por Cine Colombia en 2008.

presentación segunda de realidades o de conflictos ya dados, ni implica pensar en una realidad esencial escondida detrás de una máscara -el discurso-. Se trata, mejor, de la presencia permanente de la imagen del tercero en disputa¹⁰⁰ y de la posibilidad de construcción de ese tercero en y a través del discurso.

Como espacio pragmático, la enunciación política instala sus propios modos de ser y estar, de hacer y saber, de sentir y relacionar a los sujetos discursivos. Estas especificidades hablan de sujetos que, por un lado, son conscientes del estatuto pragmático del tipo de discurso que los interpela, y por otro, actúan intuitivamente en función de tal estatuto anónimo, implícito y presupuesto. En la enunciación política, lo que es dicho y realizado transparenta la conciencia de lo que puede y debe ser dicho bajo las condiciones particulares que instaura la percepción del poder, esto es, que la legitimación colectiva de un orden específico y las múltiples posibilidades que contravienen ese orden estatuyen la enunciación política. La dinámica entre la forma como se presentan a sí mismos y las restricciones a las que están sujetos define también una cierta singularidad de los discursos. Estos modos particulares ya no se asientan solo en el estilo, sino que construyen sus particularidades en la dimensión de la *escena de enunciación*.

Desde la década del 90, Maingueneau (2014:123-133) ha utilizado la metáfora teatral para referirse a la dinámica antes mencionada¹⁰¹. En efecto, se trata de una *puesta en escena*, en tanto que *marco* (espacio delimitado donde son representadas las piezas) y *proceso* (secuencias de acciones, verbales y no verbales, que acontecen en ese espacio) al mismo tiempo. Esta metáfora permite pensar en los elementos que intervienen en la comunicación desde la analogía con los elementos de la dramaturgia: los elementos del escenario, los guiones, los roles, las demás personas que participan en la representación, el público que asiste como espectador, etc. Ahora bien, igual que la dramaturgia señala un espacio interno,

¹⁰⁰ Conuerdo con Charaudeau (2004) en que la pregunta principal al respecto de esta entidad pluridimensional no es solo *¿a quién se habla?* (como se plantea en los modelos interaccionales de la argumentación; por ejemplo, Plantin, 1996), sino también *¿a nombre de quién se habla?*, y más allá, *¿cómo le es dado al sujeto el derecho a la palabra?* Esas cuestiones condicionan el proceso de interpretación y se juegan en diversas dimensiones: comunicacional (el estatus social, los roles locutivos, los puntos de vista y los propósitos en relación con las circunstancias materiales en las cuales se producen), enunciativa (el espacio interno de la enunciación, su puesta en escena) e interdiscursiva (el espacio de circulación constituido por sistemas de pensamiento e imaginarios sociodiscursivos).

¹⁰¹ Esa metáfora es deudora de una larga tradición estoica, desde la Grecia antigua, que relaciona la vida y el teatro, o el mundo como escenario. Así lo reconoce el autor: *En parlante de 'scene d'énonciation' on recourt à une métaphore empruntée au monde du théâtre. Il existe depuis l'Antiquité, en particulier depuis les stoiciens, une longue tradition de moralistes que voient dans la société un intense théâtre où les hommes ne font que jouer des rôles* (Maingueneau, 2014:124).

instituido y constructivo de sí mismo (la obra producida no se confunde con la realidad ni es tampoco simplemente su espejo), la escena de enunciación también se refiere a la representación que un discurso hace de su propia situación enunciativa. Esas escenas no son bloques compactos, sino que están integradas por tres capas: la escena englobante (el sector de la actividad social en el que se cruza una red de géneros de discurso); la escena genérica (definida por los géneros de discurso particulares); y una escenografía (la puesta en escena singular a través de la cual un texto incorpora rasgos de un género de discurso para presentarse como perteneciente a él).

Teniendo en cuenta esta división, propongo examinar la escena englobante de lo político a partir de cuatro dimensiones: la naturaleza de la situación, el tratamiento del asunto, el estatus de los participantes y las condiciones de intersubjetividad.

La naturaleza de la situación política corresponde a su trasfondo polémico, es decir, a la construcción de un adversario (García Negroni y Zoppi Fontana, 1992; Verón, 1987). En efecto, en la medida en que lo político se defina en función de lo colectivo, la formación de colectividades implica la asunción de tensiones tanto intra como intergrupales, o bien, la tensión connatural a la heterogeneidad manifiesta en las uniones entre sujetos. Si se sigue la división que en ciencia política suele establecerse a propósito de los paradigmas asociativo y disociativo con respecto a la manera en que se dispone el orden en las comunidades (Marchart, 2007), la situación política correspondería más a *lo político* que a *la política*. Mientras que esta última privilegia las acciones e instituciones que velan por el mantenimiento de un cierto orden, *lo político* se concentra el conflicto, el antagonismo y el desacuerdo como sus elementos constitutivos.

El tratamiento alude a las expectativas del auditorio en un evento particular inscrito en la globalidad de la escena, esto es, a lo que el auditorio espera o calcula sobre la relación entre el decir y lo dicho de quien enuncia. Se espera que los asuntos tratados sean públicos, pertinentes, y en la mayoría de veces, decisorios; que el político se refiera a estos asuntos con el nivel de conocimiento y propiedad que lo acredita, precisamente, como político (en términos de representante de los intereses de un colectivo); se espera, además, que la posición manifestada frente al asunto tenga carácter oficial (institucional) y que se corresponda con un conjunto de principios de partido o tendencia ideológica expuesta abiertamente.

El estatus de los participantes en lo político se define por las autorrepresentaciones del sí

mismo y las representaciones de los otros. Los roles¹⁰² que asumen los actores (líder, representante, asesor, vocero, asistente, detractor, opositor, etc.) dependen de procesos colectivos preestablecidos históricamente y a los cuales ellos se acogen (por ejemplo, mecanismos democráticos) o frente a los cuales reaccionan (por ejemplo, revolución contra un régimen despótico). En cualquier caso, todo rol constituye una figura esquematizada e histórica más o menos estable que cada actor refuerza en su ejercicio y cuya transformación suele acontecer de manera polémica, pues transgredir el guion es amenazar la estabilidad intrínseca del rol; por ejemplo, un presidente imprudente de gesto o de palabra será acusado de “políticamente incorrecto” y generará molestias y sospechas entre quienes defienden la estabilidad más conservadora del rol presidencial; del mismo modo, un presidente constreñido al rol en su versión más clásica estará menos expuesto a la crítica, porque estará haciendo “lo que tiene que hacer”, de acuerdo con el esquema preestablecido. Pese a las variaciones culturales, la atribución de ciertos principios a los roles genéricos de quien lidera una colectividad, de quien es liderado, de quien se opone al liderazgo y de quien media entre el líder y la colectividad, se encuentra más o menos compartida, e incluso, estatuida¹⁰³. Un rol genérico es, así, un tipo de restricción genérica previa a la escenificación política particular, que determina el margen de maniobra de los actores en la escena.

La especificidad de los roles genéricos se encuentra en las atribuciones que contienen. Las atribuciones funcionan como esquemas de lo esperado en el desempeño del rol, de manera que hacen parte de su estatuto pragmático. Por supuesto, tal estabilidad solo involucra el carácter interno del rol, mas no la posibilidad de que los sujetos vayan de un rol a otro, inclusive en un mismo proceso político. La atribución funciona como un principio tanto interpretativo como explicativo de las acciones que realiza el propio enunciador en su rol y de

¹⁰² Según Charaudeau (2005:25), *[l]e rôle est ce au nom de quoi les protagonistes exercent leur droit à la parole. Ils parlent en tant qu'expert, témoin, ami, adversaire, supérieur, inférieur, etc. Il ne s'agit pas tant du statut, mais de ce qui spécifie le lien interpersonnel qui relie les protagonistes, lien d'agression, de consensus, d'alliance, etc. Ici aussi, les rôles peuvent être revendiqués ou contestés dans un mouvement d'exclusion ou d'inclusion.*

¹⁰³ Como es el caso de varios países, el Departamento Administrativo de la Presidencia de la República en Colombia, hace públicos un “código de excelencia ética” (<http://wsp.presidencia.gov.co/Gobierno/Entidad/Paginas/Codigo-de-Excelencia-Etica.aspx>) y unos “Principios y valores” (<http://wsp.presidencia.gov.co/Gobierno/Entidad/Paginas/Principios-Valores.aspx>) sostenidos sobre la reglamentación genérica de la Constitución Política de 1991 (Art. 209). Idéntica función se rastrea en los documentos internos de la guerrilla de las FARC-EP, a través de estatutos, reglamentos y normas, dirigidos a la fundamentación ética y moral de los combatientes.

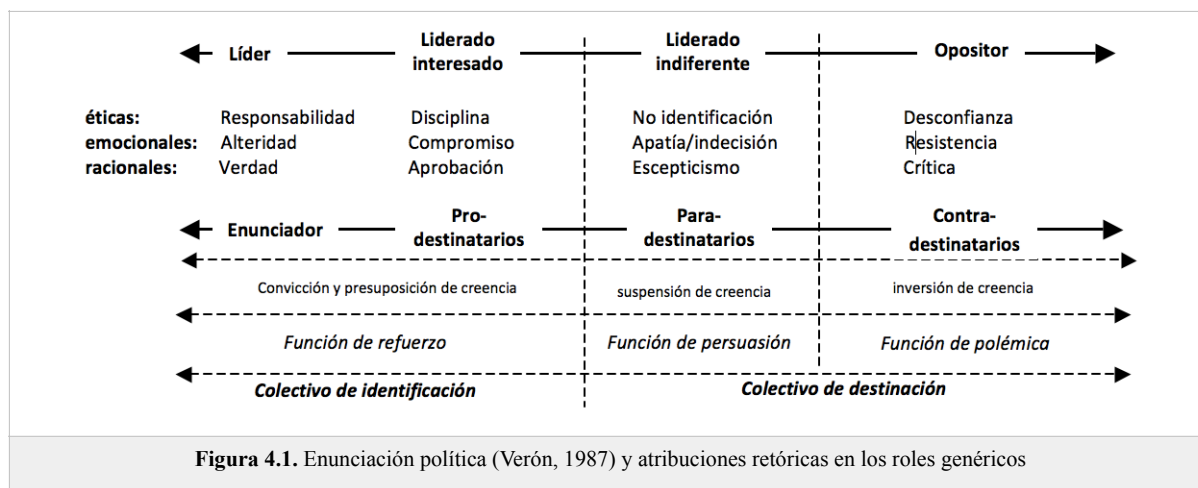
los demás participantes¹⁰⁴; en esa medida, da paso al juicio sobre esas acciones, a través de justificaciones y refutaciones cuyas garantías son las atribuciones mismas.

Las atribuciones pueden darse en el orden de lo ético-moral, de lo emocional y de lo racional. Las primeras están asociadas a los valores y principios que orientan la conducta social en comunidad y que, por tanto, se encuentran instituidas desde el *deber ser*; las segundas, están asociadas a las emociones¹⁰⁵ que se espera encontrar funcionando en cada rol genérico y que se encuentran instituidas desde el *deber sentir*; finalmente, las atribuciones racionales configuran las expectativas acerca del raciocinio lógico de los participantes en sus roles y funcionan en el orden instituido del *deber pensar*. Llamaré *atribuciones retóricas* a este conjunto de construcciones intersubjetivas más o menos estabilizadas en las culturas políticas, de orden deóntico, que pueden combinarse de múltiples modos y que aparecen ligadas a su situación enunciativa en relación de dependencia.

Las atribuciones en los roles genéricos son indesligables de las condiciones de intersubjetividad; de hecho, se configuran en función de tales relaciones, toda vez que devienen en actitudes proyectadas hacia el otro en la interacción construida en y a través del discurso. En Verón (1987) es posible rastrear estas condiciones, a través de su tesis del desdoblamiento en la destinación o el carácter multidestinataria de la enunciación política; sin embargo, en tal caso la atención no está situada sobre el problema de cómo la intersubjetividad política está sujeta a las condiciones de producción de los discursos, sino a la delimitación de los roles (Figura 4.1):

¹⁰⁴ En este sentido, comparte su naturaleza causal y hermenéutica con la manera como se le entiende en psicología social, donde el fenómeno atributivo es fundamental para entender que el conflicto interpersonal o intergrupala no reside tanto en la conducta como en las interpretaciones que de esa conducta hacen los afectados. Toda interpretación añade, profundiza, atenúa o suprime algo que es producto de la inferencia y que no está en los datos observados. Desde finales de la década del 50 del siglo pasado, las diferentes corrientes teóricas sobre la atribución en psicología social han investigado la satisfacción sobre la explicación de los hechos; el juicio sobre la relación entre la conducta observada y la intención que la produjo; la decisión sobre la validez de las impresiones al respecto de una conducta; la influencia de la atribución en la motivación; y los errores y sesgos en la atribución (Smith y Mackie, 1997).

¹⁰⁵ Sigo aquí la preferencia de Plantin (2011:40) por el sustantivo *emoción* y su familia léxica, en vez de otro término posible, como *pasión*: *La série passionner, passionnant, passion est sémantiquement homogène, mais sur le sens spécifique de "trouver extrêmement intéressant". Il est difficile, dans la langue actuelle de considérer que la tristesse est une passion : une personne triste est émue, elle n'est pas passionnée. Passionnel semble restreint aux crimes ou à des actions "inspirées par la passion amoureuse", alors qu'émotionnel colle strictement à sa base "ayant les caractéristiques de l'émotion". D'autre part, on peut dire que la mort de quelqu'un est un événement émouvant, émotionnant, mais non pas, sauf avec un autre sens, un événement passionnant.*



La correspondencia entre la multifuncionalidad y la multidesinaci3n en la enunciaci3n pol3tica queda a3n m3s en evidencia con la demarcaci3n de las atribuciones en los roles gen3ricos: una funci3n de persuasi3n, por ejemplo, estar3 m3s dirigida a trabajar sobre los valores, emociones y razones propias del *paradesinatriario* en tanto que se le percibe como liderado indiferente, ap3tico, indeciso, esc3ptico y voluble, es decir, en raz3n de la suspensi3n de su creencia, la enunciaci3n pol3tica puede devenir m3s persuasiva que pol3mico o que reforzadora.

Las atribuciones 3ticas son la responsabilidad (enunciador), la disciplina (pro-destinatarios), la no identificaci3n (para-destinatario) y la desconfianza (contra-destinatario). El espacio que va de ser digno de confianza (impl3cito en la imagen de responsabilidad) a no serlo expresa los extremos de un *continuum* de roles gen3ricos; la generaci3n o no de confianza es fundamental en la enunciaci3n pol3tica y marca los polos entre el enunciador pol3tico y su oponente. En la posici3n de los liderados, las atribuciones 3ticas se definen en los valores de la disciplina (para los interesados) y de la no identificaci3n (para los indiferentes); aqu3 la idea de pertenencia o de no comuni3n con los valores del l3der carga el peso de la atribuci3n.

Las atribuciones emocionales contrastan el sentido de alteridad con el choque de la resistencia, entre l3deres y oponentes; as3 como el compromiso en contraste con la apat3a/indecisi3n, entre interesados e indiferentes. En la escena pol3tica, la alteridad le permite al l3der hacer sentir a sus liderados que est3 en condici3n de asumir sus necesidades como propias; de ah3 que esta atribuci3n sea una condici3n para garantizar la justicia en sus acciones y decisiones. Del rol del opositor, en cambio, se espera una resistencia apasionada

que bloquee la pretensión de unificación con el otro; es un llamado a mantener la distancia, en defensa de los intereses propios. El compromiso del prodestinatario también es emocional, pues le exige involucrarse y participar con simpatía y decisión en los proyectos del líder; su contrario es, precisamente, la actitud apática e indecisa del paradesinatario.

En cuanto a las atribuciones racionales, la lógica de la verdad que asegura poseer el líder se contrapone a la razonabilidad crítica del opositor; la primera es una estabilización de la realidad; la segunda es su pretensión de remoción y su puesta en sospecha. Desde este punto de vista, la verdad es pasiva (una vez se instala como atribución) y la crítica, activa; ese estatuto más o menos activo de la racionalidad la separa de la lógica escéptica del paradesinatario, y aún más, de la lógica confirmatoria o aprobatoria del prodestinatario.

Cada una de las atribuciones retóricas dispone favorable o desfavorablemente para diferentes tipos de acciones y decisiones. Es claro que, por ejemplo, si se espera que en el rol del prodestinatario se asuman tareas de difusión de las creencias y de propaganda de los proyectos políticos, el valor de la disciplina tendrá que verse convertido en la acción de la réplica y la movilización militante. Del mismo modo, la razón crítica puede pasar a ciertas acciones, como la movilización pública, mucho más que la razón aprobatoria (del prodestinatario) y escéptica (del paradesinatario). El juicio sobre las acciones y decisiones de un actor político se ve directamente ligado con el conjunto de disposiciones prácticas que implica cada atribución.

Las atribuciones retóricas pueden ser autoatribuidas, es decir, funcionar bajo procedimientos *ethoticos*; pueden buscar producir emociones en el otro, al modo de los procedimientos *pathemicos*; o bien, pueden aparecer insertas en discursos que reconocen la *razonabilidad* del otro. Su estatuto, entonces, no es ajeno a la intervención de quien enuncia; es modulado por el orador. Por ejemplo, en vez de atribuirle una racionalidad crítica al opositor, se le puede presentar como un irracional y, con ello, invalidar que su palabra ejerza esa función crítica; en estos casos, los cambios en las atribuciones de los roles genéricos pueden reconvertir esos roles, intercambiarlos o, simplemente, negarlos: se puede poner en duda la legitimidad del opositor y pretender expulsarlo de la arena en la lucha, como es propio del discurso polémico. En todo caso, los cambios en las atribuciones retóricas se tensionan entre la homogeneidad y el cambio, entre su principio centrípeto de identidad y su

principio centrífugo de diferencia (Adam, 1999)¹⁰⁶, en cada situación enunciativa.

Ahora bien, había planteado que la determinación de los roles genéricos, relacionados con el carácter multidestinario de la enunciación política, no enfoca las condiciones de intersubjetividad en la situación enunciativa y en sus condiciones de producción, si bien le son indesligables. Al caracterizarla, se trata de una relación entre sujetos condicionada por un esquema jerarquizado y jerarquizante, es decir, un conjunto de posiciones asimétricas de los actores que están preinstaladas, pero que al mismo tiempo son instaladas por ellos en la interacción política, a través del reconocimiento y legitimación de la posición propia y ajena. En esta dinámica, hay una constante dialéctica entre ‘lo dado por el rol’ y ‘lo creado por el sujeto que lo desempeña’, cuyas condiciones de intersubjetividad también se manifiestan como *posicionamientos* en un campo discursivo, es decir, como identidades enunciativas que marcan claramente su lugar de producción en un conjunto de discursos en interacción, dentro de una coyuntura dada (Maingueneau, 2014a:66-67). Los posicionamientos discursivos permiten ver las operaciones a través de las cuales se configura una pertenencia identitaria o una identificación con un rol específico y se manifiesta en las diversas elecciones que llenan de sentido los discursos en sus diversas dimensiones: el rol genérico del opositor, por ejemplo, configura lo que se espera tanto del contenido como de la textura de sus discursos, pero también de los géneros de discurso que regularmente emplea (Maingueneau, 2005:452-453).

Los roles genéricos no pueden sustraerse de la naturaleza de los roles sociales. En este sentido, si bien es claro que en la enunciación política la destinación es múltiple y simultánea, no es, sin embargo, horizontal. Por el contrario, la escena política construye jerarquizaciones de la destinación de acuerdo con las condiciones de enunciación particulares. En el discurso presidencial, por ejemplo el enunciador político le habla a todos sus destinatarios al mismo tiempo, pero con mayor énfasis a alguno de ellos según se trate de una escena genérica de

¹⁰⁶ «Los géneros son (como la lengua) convenciones tomadas entre dos principios más complementarios que contradictorios:

- un *principio centripeto de identidad*, orientado hacia el pasado, la repetición, la reproducción y gobernado por reglas (núcleo normativo);
- un *principio centrífugo de diferencia*, orientado por su parte, hacia el futuro y la innovación y que desplaza las reglas (variación).

Este último principio explica que, a pesar de las regularidades impuestas, una vaguedad categorial pueda rodear los textos realizados y sus relaciones con los prototipos genéricos. Hay que ver que el factor principal de innovación está vinculado con las condiciones mismas de cada acto de enunciación: la situación de interacción y los objetivos obligan más o menos al enunciador a respetar el principio de identidad o, por el contrario, a liberarse, introduciendo más o menos variaciones innovadoras, desfasajes, jugando con la lengua y con los géneros disponibles» (Adam, 1999:171).

campaña (privilegia al paradestinataro), de una efemérides (privilegia al prodestinataro) o de un consejo de seguridad (privilegia al contradestinataro). En el discurso guerrillero, asimismo, el foco puede estar en la tropa prodestinataria (como en las escenas genéricas de formación militar), en el enemigo contradestinataro (en los géneros de opinión) o en el auditorio paradestinataro (en las cartas abiertas internacionales). Los roles sociales, así, se ven jerarquizados en función del establecimiento de énfasis en la destinación, pero también remiten a la necesidad de supraordenar y subordinar los posicionamientos discursivos, de manera que las identidades que ellos construyen queden amplificadas, en el orden de la superioridad con respecto a los opositores, y moduladas o minimizadas, en el orden de la equivalencia y de la subordinación con respecto a los interesados ('yo soy uno de ustedes') y los indiferentes ('yo estoy al servicio de ustedes'), respectivamente.

La forma escalonada del esquema que representa la escena política englobante (Figura 4.2) pretende introducir los dos tipos de distancia pragmática que componen las condiciones de intersubjetividad en los discursos del conflicto armado colombiano: la distancia social y la ideológica. La primera está referida a las relaciones asimétricas entre los actores, establecidas a partir de la jerarquización de los roles genéricos en la construcción del otro a través del enunciado; esta distancia es directamente proporcional al estado de la creencia, graduable de mayor o menor, entre los distintos destinatarios y el enunciador.

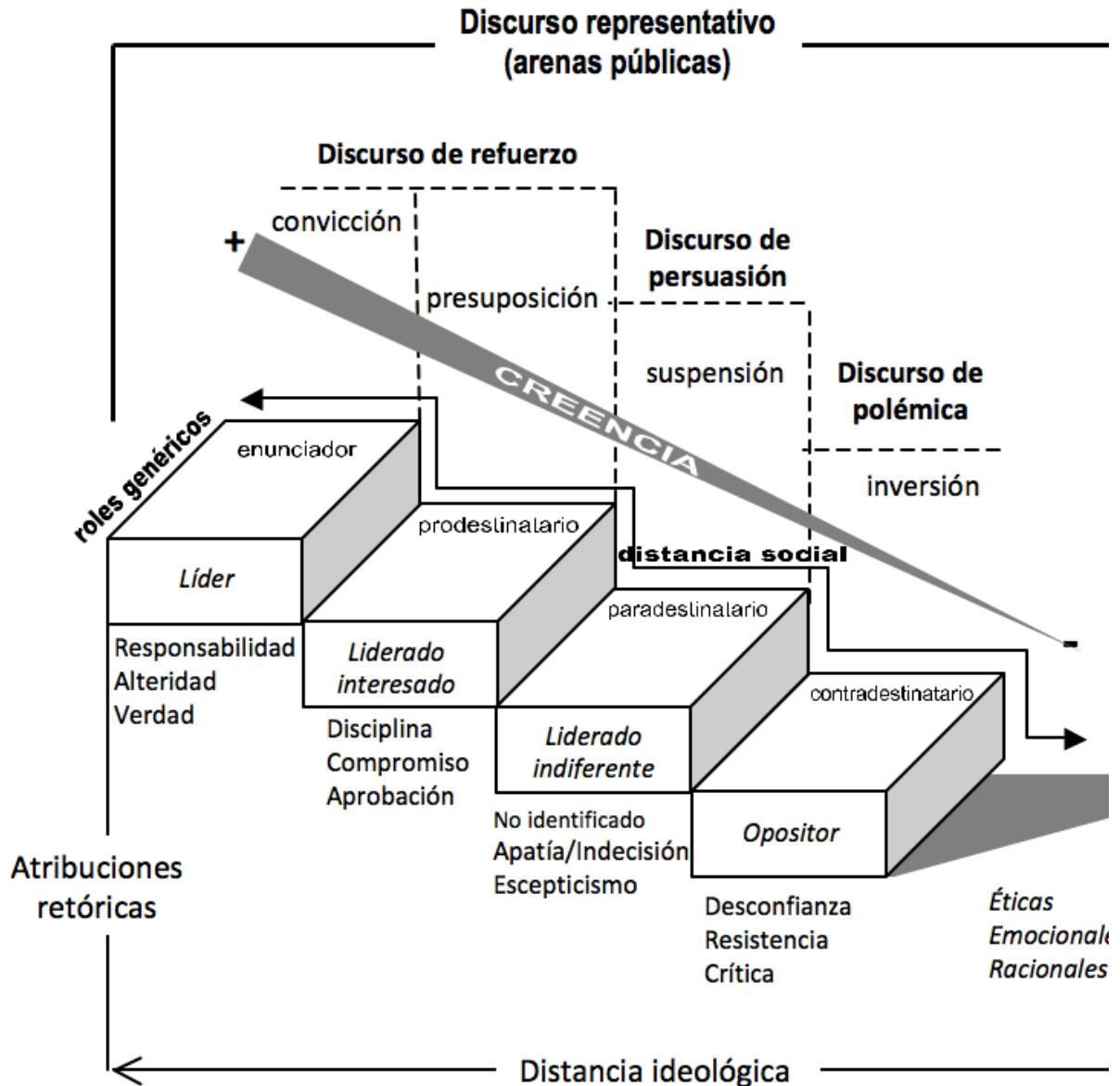


Figura 4.2. Escena englobante de la enunciación política

La distancia ideológica condiciona la intersubjetividad al oponer a los actores de acuerdo con las lógicas adyacentes, contrapuestas o divergentes a las cuales se adscriben. No se trata ya de una distribución escalonada, en la medida en que no son construidas enunciativamente de manera jerárquica (aunque, de hecho, puedan sobre o minusvalorarse, pero no directamente), sino que son reconocidas y amparadas bajo el estatuto político de la pluralidad. El opositor o contradestinatario, por ejemplo, es construido con una distancia social jerarquizada ('verticalizada') al pretender la inversión de sus creencias, pero con una distancia ideológica contrapuesta ('horizontalizada') al reconocerlo como adversario. Del mismo modo, la indiferencia propia del paradeslinatario es inversa al interés que caracteriza

al prodestinatario, pero en todo caso, se construyen políticamente como figuras yuxtapuestas.

Finalmente, el enmarcado de la escena englobante corresponde a la restricción del tratamiento público del asunto: el enunciado político se profiere de manera representativa, porque tiene correspondencia con un sistema ideológico expuesto abiertamente. Esa representatividad resulta problemática cuando se ve contradicha por condiciones de enunciación deslegitimadas, como es el caso de la insurgencia ilegal y clandestina; en estos casos, una visión que anula la conflictividad y, por tanto, lo político, tiende a negar que sus enunciadores representen a nadie, salvo a ellos mismos. La negación de la representatividad expulsa, pues, a los actores (en su rol de opositores) fuera de la arena política; de ahí que en las luchas se involucre la disputa por el reconocimiento de la base social y de la vocería que se asumen en nombre de otros, más que de sí mismos como disidentes.

Mostraré cómo funcionan estos elementos y sus componentes en la construcción de las escenas genéricas y de las escenografías específicas en los discursos gubernamental y guerrillero, en el marco condicionante del conflicto armado interno.

4.2 La construcción escénica gerencial en el discurso gubernamental

4.2.1 Las escenas genéricas

Durante el primer bienio del mandato presidencial de Juan Manuel Santos (2010-2012), el portal oficial de la Presidencia de la República publicó un total de 772 discursos del Presidente, distribuidos entre actos conmemorativos, de posesión, de inauguración, de clausura, de asamblea, de reconocimiento, de presentación o ejecución de proyectos, de intervención en emergencias, de alocuciones nacionales, de visitas diplomáticas y de apertura a consejos comunales (denominados “Acuerdos para la Prosperidad”) (Tabla 4.1):

Tipo de evento/ acto	Escenas genéricas	Promedio	Cant
Asambleas	Intervención en reuniones, plenarias, congresos, coloquios, foros, cumbres y visitas especiales.	20,2 %	156
Presentación/ Ejecución de proyectos	Presentación de campañas y de proyectos de ley en cualquiera de sus etapas.	18,3 %	141
Reconocimientos	Agradecimientos, premios, condecoraciones, ascensos, bienvenidas y demás pronunciamientos protocolarios de homenaje individual.	13,3 %	103

Inauguraciones	Instalación de eventos, lanzamientos y firmas de acuerdos.	11,5 %	89
«Acuerdos para la Prosperidad»	Apertura de consejos comunales.	10,8 %	83
Posesiones	Investidura de funcionarios públicos.	8,5 %	66
Emergencias / Anuncios urgentes	Declaraciones motivadas por accidentes, emergencias naturales o de seguridad pública. También logros de interés general, para su conocimiento inmediato.	6,7 %	52
Conmemoraciones	Homenajes, eucaristías, aniversarios y celebraciones dedicadas a entidades colectivas.	5,7 %	44
Clausuras	Cierres de eventos, balances de periodos y rendiciones de cuentas.	2,5 %	19
Comunicación nacional	Alocuciones presidenciales transmitidas a nivel nacional por los medios masivos.	1,2 %	9
Viajes diplomáticos	Entrevistas y ruedas de prensa en escenarios internacionales, en el marco de visitas diplomáticas.	0,6 %	5
Viajes diplomáticos	Conferencias centrales en eventos internacionales, en el marco de visitas diplomáticas.	0,6 %	5
Total de comunicaciones		100 %	772
Tabla 4.1 Comunicaciones presidenciales en el bienio 2010-2012			

La clasificación de la Tabla 4.1 ofrece claves para determinar, desde un criterio cuantitativo, la concentración de la palabra pública presidencial en las diversas escenas genéricas. Las intervenciones orales del Presidente en ese primer bienio se promediaron entre uno y dos pronunciamientos diarios, lo cual demuestra el esfuerzo de la oficina gubernamental por tener una presencia fuerte y permanente en el espectro de la vida política a nivel nacional; esta estrategia de visibilidad se extendió además hacia escenarios internacionales. En los dos ámbitos, el esfuerzo se dirigió no solo a la presencia, sino también a la mitigación de las confrontaciones adelantadas por el expresidente Uribe, para privilegiar un decir mucho más protocolario, diplomático e institucional, concentrado en las diversas escenas genéricas de la asamblea, en la presentación de proyectos gubernamentales (por iniciar o en curso) y en las ceremonias de reconocimiento y homenaje individual, especialmente aquellas vinculadas con las Fuerzas Armadas (ascensos, condecoraciones, congratulaciones, etc.).

Organizados según un criterio de cantidad, los pronunciamientos en asambleas son los de mayor frecuencia; no obstante, al revisar el criterio de dispersión resultan ser, junto con los

de actos de inauguración, los de aparición más irregular, mientras que las declaraciones de apertura a los consejos comunales, denominados «Acuerdos para la Prosperidad» (en adelante, APP) tienen una aparición semanal estable. Me concentraré en las escenas genéricas de esas declaraciones, dada su frecuencia de producción, su co-ocurrencia con la temática del conflicto armado y su naturaleza política en torno a la participación ciudadana.

Si bien el conflicto armado aparece tematizado en las diversas escenas genéricas, a partir de un análisis de correspondencias determiné que los segmentos textuales donde las dinámicas de la guerra aparecen con mayor frecuencia coinciden con las declaraciones de los denominados Acuerdos para la Prosperidad. Bajo ese argumento estadístico y en consonancia con el peso que tiene el proyecto de la Prosperidad nacional en esos textos, elijo concentrar en ellos esta parte del análisis del discurso presidencial. Insistiré aquí en que mi interés en la revisión de las escenas genéricas en los discursos gubernamental y guerrillero se centra en revelar la tensión entre dos modos de presentar el conflicto armado, más que en el análisis individual y exhaustivo de las escenas genéricas construidas en cada discursividad.

4.2.1.1 La escena genérica de los Acuerdos para la Prosperidad

A nivel de su formalidad institucional, los discursos de los APP hacen parte de la política estatal de participación ciudadana y se presentan como declaraciones al inicio del momento de contacto permanente y sistemático con las comunidades del país, donde se exponen problemáticas de corto, mediano y largo alcance a partir del diálogo directo entre el Presidente de la República y los representantes de las mesas de participación ciudadana. Los discursos que se publican en el portal presidencial no incluyen estas interacciones dialogales entre la comunidad y el Presidente, sino que registran el momento del preámbulo a los diálogos en el que Santos realiza un recuento de las actividades realizadas en la semana precedente, instauro la temática central del evento y define el orden de participación y desarrollo de los tópicos, es decir, se trata de pronunciamientos de apertura a la actividad dialogal de participación ciudadana. La Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2010) define los APP como “ejercicios de diálogo constructivo y creativo en el cual se evidencian los principales temas del sector en la región, se plantean acciones para dinamizar dichos temas y se hacen compromisos y acuerdos concretos”, que buscan

la participación masiva de las personas que hacen parte de un sector para que a partir de las diferentes perspectivas y miradas se logre construir una agenda común, se busquen soluciones creativas a los problemas y se planteen acciones concretas para darle dinamismo al sector y a la región. De esta manera se va construyendo comunidad y cohesión social (Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana, 2010).

Dentro de la mecánica programada, se establecen responsables y cronogramas de seguimiento a los compromisos adquiridos por los entes territoriales, o bien, designados por el Presidente de la República. Tal seguimiento también se difunde públicamente a través de informes ejecutivos mensuales, preparados por la Alta Consejería, los cuales presentan indicadores de gestión y cumplimiento en formatos porcentuales y estadísticos.

Los principales valores resaltados por la Alta Consejería al presentar los APP guardan relación directa con el modelo administrativo gerencial que preconiza el gobierno de Santos; las referencias a la eficiencia, eficacia, concreción y precisión, como valores prioritarios del llamado “buen gobierno”, aparecen con recurrencia en el discurso gubernamental:

La participación ciudadana es una de las maneras de lograr la cohesión social y es uno de los caminos planteados para gobernar de manera transparente, eficiente y eficaz (...).focalizar el diálogo en un solo sector y dividir la temática por mesas permiten tratar los temas a profundidad y llegar a acuerdos concretos y precisos a los cuales se les puede hacer seguimiento (Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana, 2010).

Inscritos en el proyecto de “la construcción de un Estado más eficiente” (Ministerio TIC, 2011), los APP establecen una puesta en escena de dos políticas identificables en el gobierno de Santos: el paradigma directivo de los valores gerenciales (Oyarce, 2008) y la tensión entre centralización/descentralización de las instituciones públicas (Restrepo, 2007; Leyva, 2011).

Oyarce (2008:236) atribuye una fuerte influencia del modelo promovido por el CLAD (Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo) para la actuación del Estado en materia de políticas públicas, sobre “la lógica de que el gobierno no puede ser una empresa, pero sí tornarse más empresarial; es decir, que la acción del Estado debe ser más gerencial”, lo cual inspira algunas políticas de gestión pública, como el seguimiento a los procesos ejecutorios y la rendición de cuentas.

Restrepo (2007) pone en evidencia posibles procesos de recentralización gubernamental en Colombia, como reacción a los procesos de descentralización operados a partir de la

Constitución de 1991, y que podrían ejemplificarse en la figura del Presidente presidiendo eventos del tipo APP; para Leyva (2011:238):

el mismo Presidente empezó a realizar la tarea que los representantes y senadores realizaban informalmente, es decir, a llevar mensaje a Bogotá y a coordinar actores en un plano horizontal –municipios vecinos– y vertical –municipio-departamento y municipio-ministerios. El problema es que esto se hacía en una visita esporádica, intermitente y muy vertical, lo cual, en sí mismo, terminaba afianzando la importancia política del mecanismo, pues era su escasez lo que lo hacía tan valioso.

Bien sea que se hable de estos procesos como orientaciones recentralizadoras (Castro, 2007; Restrepo, 2007) o como tendencias para generar meta-coordinación desde el centro, es decir, como relaciones intergubernamentales desde sus aspectos técnicos (Leyva, 2011), es claro que eventos públicos como los APP generan discusiones en torno al alcance real de intervención de un Estado que se conciba y presente a sí mismo como políticamente centralizado y administrativamente descentralizado.

Al examinar esas auto-representaciones en torno a los APP, se confirma la doble escenificación mencionada en los párrafos anteriores. Vimos que la primera, referida al relevamiento de los valores gerenciales, se materializa en la recurrencia y reiteración de una terminología que orbita alrededor de los mismos valores (orden, concentración, concreción, especificidad y seguimiento); a ello debe añadirse la autovaloración positiva como eventos que trascienden sus precedentes, y que por tanto, se asumen como factores tangibles de progreso:

Se trata de una modalidad nueva, un paso más allá de los Consejos Comunales que con tanto éxito hacía el señor Presidente Uribe. Quisimos introducirles algunas modificaciones y hacer estas reuniones con la ciudadanía, con el pueblo, con los colombianos, en un formato que fuera más concreto, que tuviera una agenda más concentrada, y poder así tener una visión más clara sobre el problema. Y además hacer estos acuerdos por temas y por regiones. Es decir, un tema específico en una región específica, y no salirnos de esa agenda (Santos, 2010, agosto 28).

Presentados como eventos en proceso continuo de mejora, los APP reorientan la rigidez del mecanismo instaurado hacia la percepción de lo productivo, a través de su auto-referenciación:

Lo que queremos es ir calibrando estos acuerdos para satisfacer a la mayor cantidad de gente posible, pero al mismo tiempo ser muy productivos. Un enfoque muy gerencial

(Santos, 2010, octubre 23).

Hemos venido mejorando cada vez más, de acuerdo con los análisis, las opiniones que nos llegan de todas partes. ¿A la gente qué le gusta? ¿Qué no le gusta? Y lo hemos venido acoplando a esas necesidades para que cumplan con el objetivo de poder discutir los diferentes temas, los diferentes problemas del país, con la gente que corresponde y en una forma ordenada y en una forma bastante concentrada. Así hemos pensado que el resultado de estos acuerdos son más productivos (sic). (Santos, 2010, diciembre 18).

Por otro lado, la escenificación de una política administrativa descentralizada se concretiza en los objetivos explicitados por Santos al referirse a los APP, dirigidos fundamentalmente a integrar a la comunidad en las decisiones gubernamentales:

Así es como hemos llamado estos encuentros que vamos a hacer a través del territorio nacional durante el transcurso de nuestro Gobierno, para continuar ese diálogo permanente con la ciudadanía, darles participación en las decisiones que les competen, que los afectan. Hemos sido siempre defensores acérrimos de la democracia participativa, del empoderamiento de la ciudadanía (Santos, 2010, agosto 14).

Quiero agradecerles a todos los que participaron ayer en las mesas. Me dijeron que fueron unas mesas muy propositivas, muy constructivas, la gente realmente participando con todo el entusiasmo (sic). De eso se tratan estos acuerdos para la prosperidad, de darle a la gente la oportunidad de hacer propuestas. Muchas veces salen propuestas maravillosas que a uno no se le había ocurrido (Santos, 2010, octubre 30).

Estas formas de valoración positiva autorreferenciales aparecieron durante el primer semestre de gobierno en modos discursivos pedagógicos y elogiosos, estos últimos dirigidos a la exaltación del trabajo de los organizadores y de los participantes, tanto como a los eventos en sí mismos: “Hay proceso de participación muy rico, muy dinámico el día anterior a estos acuerdos” (Santos, 2010, agosto 21); “ya más o menos hemos llegado a un punto donde los acuerdos se desarrollan con bastante facilidad, la gente queda relativamente contenta” (Santos, 2010, diciembre 18). La enunciación política se ajusta a las características de su género discursivo. Utilizaremos la caracterización de Verón (1987), cuyas primeros dos rasgos (la multidestinación y la polémica) ya fueron introducidos en la escena englobante, para referirnos específicamente al campo discursivo de los pronunciamientos de apertura a los APP, con el objetivo de revisar cómo ellos son condicionados por el género y cómo funciona concretamente la multidestinación en los procesos de intercambio discursivo, cuáles

son sus entidades y componentes desde la óptica de las estrategias argumentativas.

Al respecto de las entidades del imaginario político, en el plano de la enunciación ya lo habíamos identificado en la escena englobante como la configuración de un colectivo de identificación constituido por el enunciador o líder y sus prodestinatarios o liderados interesados, partidarios positivos, adherentes y solidarios con el primero. El término de colectivo indica la concepción de una cierta homogeneidad en bloque de los actores, que ciertamente son contruidos enunciativamente de tal modo como estrategia de contención de divergencias. Esto explica, en parte, que en fenómenos como el populismo se reduzca intencionalmente la distancia social entre líder y liderados, haciendo que el primero ‘se mezcle’ o ‘se confunda’ entre los segundos. En el mismo plano, el colectivo de destinación, conformado por los paradestinatarios y contradestinatarios, se construye con mayor o menor distancia social de acuerdo con la cercanía o lejanía relativas de la distancia ideológica de los actores; y particularmente con los opositores, se les reduce a entidades masivas y singulares como estrategia de control, o bien, se los ignora, para deslegitimar su estatuto político (estrategia de anulación del adversario).

En el plano del enunciado, los colectivos de identificación y de destinación pueden aparecer designados a través de diferentes formas, como la mayestática (el nosotros inclusivo de los colectivos de identificación), la nominalizada (fórmulas de sustitución doctrinal: la unión, la democracia, la prosperidad, etc.) y la apelativa (entidades amplias en posición de recepción: colombianos, compatriotas, ciudadanos, etc.), entre otras (Verón, 1987).

En los discursos de los APP, el uso del ‘nosotros’, ‘nuestro-s, -a, -as’ y las formas verbales conjugadas que les corresponden predominan sobre el uso de las pronominales y verbales en primera persona, desdoblándose en dos categorías: un colectivo de identificación referido a la institución (un nosotros *estatal*) y otro que abarca lo nacional (un nosotros *ciudadano*):

Ustedes saben muy bien que *nosotros tenemos* un Plan de Desarrollo que se resume en tres puntos: más seguridad, más empleo -y empleo formal- y menos pobreza (Santos, 2011, marzo 19).

Somos el país más rico del mundo por kilómetro cuadrado, en materia de biodiversidad. Pero si encima de eso, *nos convertimos en un país serio*, que mide su riqueza ambiental, que la protege, que toma las decisiones correctas, eso *nos da* una gran autoridad para poder discutir a nivel mundial este fenómeno que tanto daño le está haciendo al planeta, que tanto daño *nos ha hecho a nosotros* (Santos, 2011, enero 22).

Mientras que el nosotros estatal delimita la frontera de lo institucional-gubernamental con respecto al ciudadano común, el nosotros nacional juega a borrar esa línea divisoria para inscribirse en lo comunitario (el Presidente como ciudadano). Este ir y venir entre el ustedes y el nosotros caracteriza la construcción de identidades en el discurso político de los APP, intercambiables en función de los objetivos argumentativos; por ejemplo, el nosotros estatal valida un estamento, marca un territorio, demuestra un empoderamiento, ejerce una fuerza de coerción, mientras que el nosotros nacional hace una apropiación colectiva del estamento, desmarca el territorio, comparte el empoderamiento y ejerce una fuerza de cohesión. Lo mismo se ilustra en:

si *ustedes* los colombianos *nos* ayudan señalando, muchas personas se dan cuenta y se quedan calladas; si *nos* señalan donde está la corrupción ahí vamos *nosotros* a actuar. Con las entidades de control, con quienes *tenemos* una gran y efectiva coordinación (Santos, 2011, julio 16).

eso *nos da a nosotros los colombianos* una gran, gran oportunidad. Una gran oportunidad para que podamos hacer grandes cosas nunca antes vistas en materia de desarrollo, de traerle bienestar a nuestra sociedad, bienestar a *nuestro* pueblo (Santos, 2010, septiembre 18).

El siguiente ejemplo es representativo de cómo se imbrican el *nosotros estatal* y el ciudadano en función de la apropiación colectiva de un estamento, apropiación que sirve al mismo tiempo para presentarlo de manera positiva en marcos justificatorios de políticas particulares, como las de naturaleza bélica:

Cada vez más *nosotros* estamos exportando un nuevo servicio: seguridad. Cada vez más *nuestras* Fuerzas Armadas, *nuestra* Policía, están siendo solicitados por otros países para que les *ayudemos* a ver cómo combaten ellos la inseguridad. *Nos hemos vuelto famosos, Colombia*, por este tema de saber cómo confrontar la inseguridad (Santos, 2011, mayo 14).

Idénticas imbricaciones y combinaciones estratégicas acontecen en el intercambio del Yo (y sus variaciones pronominales y verbales) y el nosotros:

Eso para *nosotros* es una acción fundamental. Lo he dicho muchas veces, que en cuatro años si *me* preguntan cómo quisiera que *me* recordaran los colombianos, yo quisiera que

me recordaran como el Presidente que logró disminuir en forma sustancial los índices de pobreza. (...). Por eso *quisimos* venir aquí para iniciar todo un proceso para ver cómo *podemos* mejorar los índices de pobreza en La Guajira y en el resto del *país*. Si lo podemos hacer aquí lo podemos hacer en el resto del país. (...). Este es un problema que simplemente para el ojo de cualquier colombiano, inmediatamente se da *uno* cuenta que es un problema serio (...). La pobreza extrema *debemos* erradicarla del territorio nacional, y eso es lo que *yo soñaría* con lograr como objetivo: poder decir que en *Colombia* no hay más pobreza extrema. Y ese es un esfuerzo que *vamos* a hacer *todos* (Santos, 2010, agosto 21).

En el seguimiento de los colectivos de identificación, tendríamos un paso del primer nosotros, claramente estatal, hacia el yo personal en su forma clásica y en otra forma tercerizada (“el Presidente”); luego de nuevo al nosotros estatal, al que le sigue un ‘uno’ ciudadano; y luego un recorrido inverso hacia el yo personal, finalizando con un nosotros estatal. Esta ruta intrincada lo que nos deja claro es que la gramática pronominal y verbal está al servicio de la lógica de construcción enunciativa de colectivos que aprovechan la ambivalencia y la ambigüedad (sus fronteras a veces marcadas, a veces difusas) como estrategia argumentativa de doble función persuasiva y de refuerzo. Esto es así, porque el discurso político de los APP expone en vivo al Presidente ante la comunidad, es decir, lo compromete como figura pública que debe ‘rendir cuentas’, compromiso frente al cual se utiliza un discurso que lo muestre como gobernante y ciudadano al mismo tiempo, que lo acerque y también lo aleje permanentemente del colectivo de destinación. En una tensión tal, la construcción identitaria aspira a la doble aceptación, tanto de quienes reclaman la demarcación de fronteras entre lo gubernamental y lo popular, como de aquellos que esperan la disolución de esos límites

En el mismo ejemplo, ciertas entidades construidas, como “el país” y “la pobreza extrema”¹⁰⁷ funcionan bajo la misma lógica de la construcción de lo colectivo como lo homogéneo, generalizaciones que devienen en ‘fórmulas’ relativamente estables, esquematizadas y revestidas de consenso, por lo que difícilmente son problematizadas en el espacio público:

Hemos creído que de esa forma les podemos hacer mejor seguimiento a los acuerdos a que lleguemos, precisamente para dar resultados en ese gran sueño que tenemos todos los colombianos de *traerles prosperidad* a todos nuestros compatriotas (Santos, 2010, agosto

¹⁰⁷ Verón (1987:18-19) los denomina *metacolectivos singulares* y *formas nominales*, respectivamente.

28).

Una vez se asientan estas formas nominalizadas, empiezan a funcionar como entidades que sustituyen posiciones políticas con cierta “autonomía semántica respecto del contexto discursivo” (Verón, 1987:19). La prosperidad, por ejemplo, se estatuye como entidad ya no solo por vertebrar el plan de campaña presidencial, el plan de desarrollo y los “Acuerdos” como principales canales de contacto con las comunidades, sino además por apelar a la universalidad de valores aceptados –como el bienestar y el progreso- para justificar economías de desarrollo y políticas de producción de riqueza, instaladas como acciones que *traen o generan* un algo aceptado, deseado y esperado, pero intrínsecamente indeterminado, como la prosperidad (o la libertad, o la paz, etc.).

En el plano del enunciado, estas entidades se coordinan para construir efectos argumentativos como los descritos anteriormente en los APP. La multidestincación también opera en esta dimensión argumentativa del enunciado político, como se señala en la Tabla 4.2:

Destinatario	Orden y funciones argumentativas	Ejemplo APP
Prodestinatario	<i>Presuposición.</i> Construye y refuerza convicciones a partir de la estrategia de evidencialidad.	Aquí han dicho que están cansados de la guerra, de 48 años de guerra, y tienen toda la razón. No solamente ustedes. Yo estoy cansado de la guerra y 46 millones de colombianos están cansados de la guerra. Por eso el Gobierno está con toda la contundencia y decisión de acabar con esta guerra, por las buenas o por las malas (Santos, 2012, julio 11).
Paradestinatario	<i>Suspensión.</i> Valida posturas ideológicas propias a partir de la idea de unidad y consenso.	En materia de seguridad sé que hay mucha crítica, sé que hay nerviosismo, sé que hay percepciones y a veces también realidades de muchas zonas del país donde están viendo que la situación de seguridad, en lugar de mejorar, está empeorando. Pero sobre eso quiero ser muy claro y decirles a ustedes lo siguiente. Nosotros sabemos muy bien de dónde venimos y para dónde vamos (Santos, 2012, julio 27).
Contra destinatario	<i>Oposición.</i> Polemiza y refuta utilizando estrategias de dicotomización, polarización y desacreditación con amenazas/ advertencias.	No hay nadie que se vaya a escapar de esta acción de nuestras Fuerzas y por eso ésta es una señal adicional que les estamos dando a esos delincuentes. No prosigan, porque van a caer; tarde o temprano caerán. Han venido cayendo uno tras otro, uno tras otro. Y muchos que se creían intocables están en la cárcel o en una tumba (Santos, 2012, agosto 8).
Tabla 4.2. Dimensión argumentativa de la multidestincación del enunciado político (Verón, 1987)		

En el orden de la presuposición, el enunciado político muestra como evidente un conjunto de convicciones que comparte con el prodestinatario, con lo cual “conforma y elabora sus propios saberes y creencias, presentándolos, de algún modo, como ya sabidos (...), define un universo de creencias a partir de ciertos saberes compartidos, ‘instalando’ y dando existencia a determinados objetos de discurso” (Montero, 2009:329). La construcción de un colectivo de identificación sirve precisamente a estos fines, pues al diluirse la figura del mandatario presidencial en la del ciudadano, son desplazadas la justificación, la deliberación y la discusión crítica; desplazamiento desde lo que se presenta como evidente, como objetivo común:

tenemos un trabajo muy importante por delante, pero tenemos unas condiciones y unas circunstancias también muy especiales, que si las sabemos aprovechar vamos a poder dar ese salto que este banco y este banquero decía que estamos preparados para dar (Santos, 2011, febrero 5).

En el orden de la suspensión, el enunciado político utiliza la idea de la unidad y el consenso para validar y adherir a posturas ideológicas, políticas de intervención y planes de ejecución, es decir, para instaurar un orden específico:

En este primer año de gobierno logramos lo que decía del equipo: unidad. La unidad nacional que reclamamos durante la campaña ha tenido una gran acogida, y últimamente el Partido Verde se unió a esa unidad nacional, y eso es lo que nos ha permitido y nos va a seguir permitiendo hacer grandes transformaciones para el bien del pueblo colombiano (Santos, 2011, agosto 6).

El proyecto político de Unidad Nacional (que fue promovido desde la campaña electoral) está sustentado en esta idea del consenso, cuyo revés es la atenuación, o inclusive, el borramiento de la generación de disensos:

Nosotros queremos promover el diálogo social, porque a través del diálogo social llegamos a consensos, llegamos a decisiones que van a ser mucho más benéficas para el desarrollo social de esta país; con los sindicatos, con la CGT, con los pensionados. Yo espero que los otros dos sindicatos, la CUT y la CTC se unan (Santos, 2011, mayo 28).

La unanimidad, una posible consecuencia de la valoración positiva del consenso, se

entroniza así como el estado natural de los grupos sociales, se convierte en un ideal a alcanzar y en un criterio de bienestar colectivo, es decir, en una moral y una política, idea que no es neutra, sino ideológica, y ya asentada, se torna indiscutible o no corre el riesgo de ser criticada (Mouffe, 2007). Tal es el mecanismo que funciona también al interior de la adherencia que suele impulsar el enunciado dirigido al paradestinatario. En los APP, este funcionamiento se refuerza frecuentemente con la inclusión de tonos programáticos:

sabemos que hay una cantidad de gente diciendo: ‘ve, el Estado les falló, véngase otra vez a las bandas criminales, véngase otra vez a delinquir’- no vayan a cometer ese error, todo lo contrario, tengan paciencia que nosotros les cumplimos, que de eso no quede la menor duda (Santos, 2010, noviembre 27).

En la modalidad del prometer y en el orden del *poder hacer*, el enunciado político busca la conversión del paradestinatario en prodestinatario, o a lo sumo, evitar que se transforme en contradestinatario; el esfuerzo por orientar estos movimientos entre roles genéricos es eminentemente argumentativo y deja sus marcas a nivel del enunciado.

En el orden de la oposición, el enunciado político realiza un doble juego de simplificación y polarización de la divergencia. Hablar de simplificación implica construir al adversario en términos irracionales y deslegitimarlos como opositor ideológico a través de diversas técnicas enunciativas, como la metaforización o la (des)calificación a través de epítetos. La polarización, por su parte, elabora grupos sociales y los pone en confrontación, definiendo y radicalizando un ‘ellos’ frente a un ‘nosotros’ equidistante. En la siguiente cita se ejemplifican estos usos combinados, aunque también suelen aparecer de manera aislada:

vamos a hacer una revisión minuciosa en las diferentes zonas donde hay peligro, donde sabemos que todavía tenemos zonas ‘rojas’ con presencia de estos bandidos, de estos narcotraficantes, de estos terroristas que están todos interesados en ver cómo debilitan a la Fuerza Pública, pero sobretodo ver cómo debilitan la templanza de los colombianos. Y es ahí donde yo quiero dar un mensaje muy claro: aquí lo que ha sucedido no es un hecho extraordinario (Santos, 2010, septiembre 11).

En el discurso de los APP el contradestinatario recurrente es la guerrilla de las Farc-Ep, y la estrategia más evidente resulta ser la amenaza/advertencia, validada al invocar la autoridad de la ley y la coerción de lo correcto, en marcos de valores que devienen en fines políticos

desde la lógica de la lucha contra el terrorismo¹⁰⁸:

Yo quiero hacer nuevamente un llamado a los que están pensando en continuar haciendo parte de esa organización: los vamos golpear cada vez más y con más contundencia. La vía correcta es desmovilizarse, volver a reintegrarse a la sociedad, volver a estar con sus familias, porque la alternativa es una cárcel o una tumba (Santos, 2010, octubre 16).

Otra forma recurrente de la simplificación acontece en la historización de la realidad desde la perspectiva del enunciador y en la metaforización tanto del adversario como de los acontecimientos:

Hoy se cumple el tercer año de la muerte de ese bandido, 'Tirofijo'. Hace tres años, si no me equivoco, si la memoria no me falla, también era un sábado. Y dimos la noticia de la muerte 'Tirofijo', que fue el 'marzo negro' para las Farc. Se había dado de baja a 'Raúl Reyes', miembro del secretariado y a 'Iván Ríos'. Y después 'Tirofijo', que no sabemos si murió de infarto o del susto por los bombardeos que le estábamos haciendo (Santos, 2011, marzo 26).

Los grupos al margen de la ley, los grupos violentos se vuelven más violentos cuando uno -como los avisperos- los agita y les pega. Ahí comienzan a picar porque están desesperados. Eso es lo que estamos viviendo en materia de seguridad, y creo que vamos por muy bien camino (Santos, 2011, mayo 14).

Al abrir la categoría del contradestinatario, García Negroni (1988) y Montero (2009) permiten situar las estrategias argumentativas señaladas en el plano de la mayor o menor definición e interpelación al enemigo, esto es, a la representación más o menos borrosa del adversario a través de la cual se le inscribe o se le anula como interlocutor. Esta potencia inclusiva y 'visibilizante' de la interpelación explica por qué en los APP el contradestinatario esté concentrado casi exclusivamente en un solo sujeto de discurso, amplio, generalizado y homogéneo (los 'bandidos', los 'canallas', los 'terroristas', etc.), y que raras veces se le construya como contradestinatario interpelado en segunda persona, si no es para

¹⁰⁸ Se trata de una lógica en la cual la definición del enemigo precede a la del terrorista y, por tanto, le es funcional al señalamiento. Chomsky (1991, párr. 1) ha abordado este aspecto, denominándolo como enfoque propagandístico del terrorismo: *There are two ways to approach the study of terrorism. One may adopt a literal approach, taking the topic seriously, or a propagandistic approach, construing the concept of terrorism as a weapon to be exploited in the service of some system of power. In each case it is clear how to proceed. Pursuing the literal approach, we begin by determining what constitutes terrorism. We then seek instances of the phenomenon -concentrating on the major examples, if we are serious- and try to determine causes and remedies. The propagandistic approach dictates a different course. We begin with the thesis that terrorism is the responsibility of some officially designated enemy. We then designate terrorist acts as "terrorist" just in the cases where they can be attributed (whether plausibly or not) to the required source; otherwise they are to be ignored, suppressed, or termed "retaliation" or "self-defence".*

amedrentarlo:

Yo quiero decirles a estos bandidos que aquí el que no va a tener un fin de año sosegado son ustedes y aquí lo estamos demostrando con esta operación que hizo nuestra Fuerza Pública (Santos, 2010, noviembre 20).

Más común resulta la contradestínación encubierta, definida como “aquel lugar simbólico que, aunque incluido en el grupo alocutario inicial, es constituido como T.D. [tercero discursivo] a lo largo de la enunciación” (García Negroni, 1988:94). Se trata de un lugar, en efecto, en la medida en que acude a elementos de la *doxa* para construir a un enemigo sin rostro, fácilmente impugnabile:

siempre hay unos extremos que quieren sabotear el optimismo, que quieren sabotear el futuro de la sociedad, que quieren ponerle un palo a la rueda. Y hablaba de una mano negra de izquierda y de derecha, que están queriendo siempre sabotear el progreso y el mejor futuro de la sociedad (Santos, 2011, junio 18).

Una forma de contradestínación ya no encubierta, sino indirecta (netamente polifónica, según García Negroni, 1988 y Montero, 2009), es utilizada con frecuencia en los discursos de los APP, relacionada con una crítica soslayada hacia la gobernabilidad anterior, con lo cual se refuerza un elogio indirecto de las acciones estatales en curso:

Y que por parte del Gobierno, no solamente el nacional sino a nivel departamental y municipal, hagamos el mejor esfuerzo para aplicarle los principios del buen gobierno a este sistema. Porque el sistema tiene demasiadas ineficiencias y también -tengo que decirlo- focos de corrupción (Santos, 2010, noviembre 20).

La representación crítica del discurso ajeno es utilizada con funciones argumentativas de contraste con respecto al decir y al hacer del enunciadore; se trata, pues, de una polifonía menos enfocada en la refutación que en la autopresentación positiva del sí mismo:

Desde que yo recuerdo, aquí se ha hablado del gran proyecto de La Mojana, todo el mundo dice tenemos que hacer el gran proyecto de La Mojana pero Gobierno tras Gobierno vienen y dicen: ‘Esto es demasiado grande hagamos un pedacito’. Pues resulta que esa forma de concebir las grandes obras públicas no funciona, porque de pedacito en pedacito no llegamos a la gran obra; de pedacito en pedacito llegamos al fracaso. O se

hace la obra integral o mejor no hacerla. Cuánta plata no se ha invertido en obras pequeñas aisladas que después llega el crudo invierno y desaparece esa inversión. Cuánta plata no está enterrada en La Mojana sin ninguna utilidad (Santos, 2011, junio 4).

Al respecto de esta forma de contradestinaciones encubiertas e indirectas, la anulación del disenso en función de políticas del consenso es una de las características del discurso del Presidente Santos, como hemos visto antes. En razón de la misma lógica, la contradestinación indirecta presenta una polémica soslayada, usualmente desplazada.

Las anteriores entidades y componentes aparecen urdidas en modos de organización de los enunciados. Dentro de estos modos o componentes, Verón (1987:19-22) distingue como *zonas de discurso* propias de la enunciación política lo descriptivo, lo didáctico, lo prescriptivo y lo programático (Tabla 4.3). Añadiré una quinta zona en la última fila de la tabla y la explicaré en el siguiente apartado.

Zona de discurso	Finalidad	Orden y funciones argumentativas	Ejemplo APP
Descriptiva	Definir	<i>Constatar (definitorio).</i> Construcción de sí mismo como fuente privilegiada de la inteligibilidad de la descripción y de sus modalizaciones apreciativas.	Prosperidad es una casa digna; Prosperidad es un empleo formal con todas las prestaciones; Prosperidad es educación y salud; Prosperidad es bienestar y calidad de vida; Prosperidad es PAZ Y SEGURIDAD en nuestros hogares, en nuestros barrios, en nuestras ciudades y en nuestro campo. (Santos, 2012, febrero 9).
Didáctica	Saber	<i>Enseñar (epistémico):</i> Establecimiento de explicaciones sobre la realidad, a través de principios generales y planteamiento de verdades universales.	Por eso se llama terrorismo, porque lo que quieren es hacer ruido. Eso no tiene ningún efecto militar, no tiene ningún efecto estratégico, lo único que hace es daño, como ayer en el Caquetá que matan es a la población civil, pero lo que quieren es generar terror, decir 'aquí estamos vivos, somos todavía una fuerza capaz de producir daño' (Santos, 2012, abril 28).
Prescriptiva	Ordenar	<i>Deber (deontológico):</i> Postulación de un imperativo universal o universalizable.	Todos tenemos que condenar en forma tajante y contundente ataques como los que tuvimos hace 48 horas aquí en el Riecito, en esta vía entre San Vicente del Caguán y Doncello (Santos, 2012, julio 22).

Programática	Prometer	<i>Poder hacer (proyectivo):</i> Promesa, anuncio y compromiso de acción que valida la capacidad y autoridad de quien enuncia.	En esta ofensiva no habrá ningún tipo de contemplación. Que eso quede absolutamente claro. Las Farc en este momento están reaccionando a la eficacia de nuestra Fuerza Pública. Y les he dado instrucciones a todos los comandantes (...), que continúe[n] en esa tarea tan eficaz de inteligencia, de combate, de capturas y dados de baja, porque aquí no vamos a bajar la guardia (Santos, 2012, mayo 21).
De Relevancia	Evaluar	<i>Relevar (selectivo):</i> Determinación de ‘qué es lo importante’, lo focaliza, define, generaliza e instaura.	He querido dejar para el final un tema que a todos nos preocupa, que ha sido crucial durante muchos años y al que le estamos dando la mayor importancia: la seguridad. Hemos hecho mucho, muchísimo, por afianzar la seguridad en todo el país, y somos conscientes de que tenemos que seguir esforzándonos (Santos, 2012, julio 20).

Tabla 4.3 Zonas enunciativas (basado en Verón, 1987:19-22)

4.2.1.2 La zona discursiva de la relevancia política

El último nivel de la Tabla 4.3 corresponde a un quinto componente que aparece en los APP, referido a la evaluación que realiza el enunciador sobre la realidad social, y particularmente, a la relevación de asuntos, en el sentido de la movida retórica a través de la cual se exalta o engrandece lo referido y se define ‘qué es lo importante’:

Es el Acuerdo número 19, desde que comenzamos estos Acuerdos para la Prosperidad. Antes de entrar en materia, yo quería señalar *algunas cosas* que creo que *es importante de resaltar* (Santos, 2011, enero 15).

Dado que estos discursos son el preámbulo o la apertura del evento central de los APP, el establecimiento de una zona discursiva de relevación constituye un recorte intencional de la realidad, pues al presentarse en forma de síntesis, dimensiona lo dicho como lo relevante y lo que no es nombrado –lo excluido- como lo que carece de importancia suficiente:

Como de costumbre, voy a ser muy breve también en el *resumen* que hago todos los sábados sobre *lo que ha sucedido* en la semana, destacar lo más importante (Santos, 2011, junio 11).

La zona de relevación es el campo en el cual el enunciador puede definir la situación desde

su perspectiva particular, es decir, que la definición de la situación es instaurada desde el estamento de poder y escenificada como relato, resumen informativo y rendición de cuentas en los marcos axiológicos de lo democrático:

Muy complacido de estar aquí en esta reunión, este Acuerdo al cual *yo le doy mucha importancia* porque los concejales en cierta forma son el país, los concejales representan el país, esto es un consejo comunal con el país, y por eso me parece tan importante este Acuerdo (Santos, 2011, julio 9).

la secuencia de estas discusiones en esa misma comisión va a ser un sistema de pago de deudas, un sistema hacia el futuro que dé confianza, y poco a poco iremos recobrando ese mercado, un mercado *tan importante* para Colombia, un *mercado fundamental* (Santos, 2010, agosto 14).

A diferencia de la zona didáctica, en la de relevación las marcas de subjetividad del enunciador son mayoritariamente explícitas, pero comparte con ella que lo relevado adquiere carácter de principio general, de verdad universal:

aquí hay un principio *muy elemental* pero *muy importante*: lo que no se puede medir no se puede controlar. Y por eso este ejercicio [los APP] ha sido *tan importante*, de ir elaborando los indicadores con los cuales el país y nosotros mismos vamos a ir midiendo el avance del Gobierno en los diferentes compromisos y en los diferentes frentes que nos hemos puesto (Santos, 2011, febrero 19).

En términos de la valoración que introduce el enunciador sobre la realidad que construye, Hood y Martin (2005:198) hacen percatar sobre la potencia que tienen los modalizadores evaluativos para desplazar y concentrar la atención de los interlocutores. La apreciación positiva del *ejercicio* de los APP queda remarcada con el valorizador *importante*, en sus formas reiterativas en intensificadas, como se ve con el adverbio *muy*; ahora bien, ese termina siendo el foco de la aserción que desplaza la puesta en cuestión del control social del Gobierno a través de mediciones producidas por él mismo, con sus propios indicadores. En los siguientes ejemplos, la valoración del asunto desde la perspectiva del orador le resta interés al asunto mismo (la reforma, el proyecto), lo desplaza hacia las emociones como hacia un centro de gravedad que orienta el peso de la atención y la mirada del auditorio:

Es una reforma *muy importante* (Santos, 2011, julio 16).

Un proyecto *muy muy bonito*, un proyecto que es además *muy*...no solamente *bonito*, sino *muy importante* (Santos, 2011, mayo 7).

La valoración de relevancia es amplificadora por un doble efecto de reiteración (*bonito, importante*) y de intensificación (*muy*) que hace de los valorizadores más que simples calificaciones, pues determinan asertivamente *qué es lo importante* en el escenario público, es decir, qué es lo que debe ser atendido por la comunidad. Estas aserciones que construyen el orden de la relevancia aparecen a través del enunciado declarativo afirmativo, que le permite al enunciador «hacer posible la diversidad heteroglósica, en particular, la de elegir no reconocer directamente esa posibilidad, o sea, la de asumir una comunidad de habla homogénea en lugar de una heterogénea» (Martin & White, 2005:22)¹⁰⁹.

En la escena genérica de los APP, el uso de los valorizadores que indican la relevancia del asunto (casi siempre a través del adjetivo *importante* y su familia léxica) es un tipo de evaluación en la cual las proposiciones son presentadas como evidentes, presupuestas o dadas por hecho:

[Aprobación del TLC con Estados Unidos]: Eso sería un paso *importantísimo* para Colombia (Santos, 2011, abril 16).

Lo que se da por hecho es la relevancia de lo evaluado, por un lado, y al mismo tiempo, la adhesión del auditorio a tal evaluación. La carga monoglósica del declarativo es reforzada con la evaluación positiva del asunto a través del uso del valorizador *importante*. Retóricamente, la naturalización del asunto como un interés compartido se dirige a la construcción monoglósica del sentido de *homonoia* en la comunidad. Lo que elige el enunciador político no es dotar de heteroglosia o de monoglosia a sus enunciados, sino hacer

¹⁰⁹ Desde la Teoría de la valoración, mostrar una mayor o menor heteroglosia en el enunciado también es una elección, pero ella no depende del enunciado en sí mismo (heteroglósico, por naturaleza, de acuerdo con la mirada bajtiniana), sino del modo como el enunciador anticipa la negociación de los significados sociales con su auditorio. En esta elección radica la diferencia que establecen Martin & White (2005:100) entre aserciones monoglósicas y heteroglósicas. El compromiso estará concebido, entonces, como un tipo de construcción del significado en el cual se elige representar homogénea o heterogéneamente al auditorio para negociar con él los significados, y al mismo tiempo, como la distancia que establece el hablante con respecto a la puesta en escena de las voces, y por tanto, la responsabilidad que asume sobre ellas (intravocalización y extravocalización). Estas elecciones dejan marcas más o menos claras en los discursos.

un mayor o menor reconocimiento de la naturaleza heteroglósica de las realizaciones verbales, al contraer o expandir las posibilidades de que su decir sea polemizado. El efecto de evidencialidad contenido en los usos de los valorizadores de relevancia hace parte de aquellos significados que se construyen bajo esa lógica de un dialogismo contractivo¹¹⁰. Los enunciados anticipan una respuesta confirmativa del auditorio, precisamente porque las opciones dialógicas construidas en los enunciados se orientan hacia la reafirmación, es decir, la ratificación en coro de aquello *que es importante*.

La zona de discurso *de relevancia* está referida a la evaluación que realiza el enunciador sobre la realidad social, y particularmente, a la relevación de asuntos, en el sentido del movimiento discursivo a través del cual se exalta o engrandece lo referido y se define *qué es lo importante*. El establecimiento de una zona discursiva de relevación constituye un recorte intencional de la realidad, pues al presentarse en forma de síntesis, dimensiona lo dicho como lo relevante y lo que no es nombrado –lo excluido– como lo que carece de importancia suficiente.

La zona de relevación es el campo en el cual lo relevado adquiere carácter de principio general comunitario, de *homonoia*; el orador define la situación desde su perspectiva particular, es decir, que la definición de la situación es instaurada desde el estamento de poder y escenificada como relato, resumen informativo y rendición de cuentas en los marcos axiológicos de lo democrático.

El potencial retórico del uso de los valorizadores *importantes* en el discurso presidencial radica en la naturalización de una posición de evidencialidad acrítica de lo dicho y de lo referido, es decir, el desplazamiento de lo deliberativo hacia lo deóntico, toda vez que queda postulado lo que puede y debe ser prioritario para la sociedad civil.

4.2.1.3 La escenografía del informe ejecutivo

Inscritos en el marco escénico descrito anteriormente, los discursos de apertura a los APP no se ponen en escena explícitamente como discursos argumentativos de orientación de la opinión pública; la enunciación pone en funcionamiento otra escenografía que apela al

¹¹⁰ *These are meanings which, even while they construe a dialogistic backdrop for the text of other voices and other value positions, are directed towards excluding certain dialogic alternatives from any subsequent communicative interaction or at least towards constraining the scope of these alternatives in the colloquy* (Martin & White, 2005:117).

resumen informativo y a la rendición de cuentas sobre las acciones gubernamentales, relacionada con principios de gobierno como la transparencia y el enfoque gerencial administrativo:

Ustedes saben que yo he tenido toda mi vida una fundación que se llama ‘el Buen Gobierno’. Buen Gobierno es una forma de percibir el manejo del Estado, que se basa sobre unos principios de eficacia, de eficiencia, de transparencia y de rendición de cuentas (Santos, 2011, agosto 13).

Escenificados de tal modo, los discursos de los APP reconstruyen narrativamente los acontecimientos semanales del país y describen las situaciones a las cuales los ciudadanos acceden a través de otros canales (directos o indirectos), o las cuales ignoran. Ya había mencionado cómo el potencial argumentativo de estas reconstrucciones reside en su capacidad de relevar y de instaurar *lo que es importante*, a partir de la selección orientada de lo que conforma el resumen. Tal selección responde a los intereses laudatorios de la trama; pero no se trata aquí de que lo celebratorio acontezca enmarcado en lo ceremonial o en las prácticas que le podrían ser propias (una conmemoración, un homenaje, un protocolo de reconocimiento, etc.), sino que aparece escenificado como un informe ejecutivo de gestión, es decir, aparece objetivado como el reporte imparcial de las actividades llevadas a cabo por un servidor público.

En la escenografía del informe ejecutivo es central la operacionalización de la metáfora empresarial, que permite construir el cuerpo analógico de la nación como corporación, el gobierno como gerencia, las instituciones gubernamentales como empleados y los ciudadanos como clientes. La estructura conceptual integrada a partir de tal metáfora conceptual acusa una dimensión argumentativa desde su cognición social, toda vez que se naturalizan las características traídas del dominio gerencial hacia el ámbito de lo político conformando una mixtura: ya que la nación es una empresa, es la lógica empresarial la que designa los derroteros tanto procedimentales como actitudinales de la gestión pública; de esta manera, las decisiones de lo público se ven justificadas en la medida en que aparezcan inscritas en ese sistema lógico interno que traduce lingüísticamente en la metáfora empresarial lo que políticamente se encuentra entronizado en modelos socioeconómicos neoliberales.

El llamado ‘enfoque gerencial’, que en la bibliografía de la ciencia política corresponde a

la ‘Nueva Gestión’ o ‘Nueva Gerencia Pública’ (*New Public Management*)¹¹¹ (Aucoin, 1996; Hood, 1991; OCDE, 1995; Osborne y Gaebler, 1994), establece esta relación empresarial entre Gobierno y ciudadanía sobre la base de la productividad y la satisfacción con los servicios (que son indicadores de gestión en la rendición de cuentas), por lo cual el Gobierno asume el rol de empresa prestadora de servicios y construye al ciudadano como cliente/usuario de los mismos. No obstante, la mayoría de los autores del enfoque general rechazan que se trata de que el gobierno sea administrado como una empresa, sino que la pretensión es que «se pueda volver más empresarial» (Osborne y Gaebler, 1994:50), en el sentido de que abandone la racionalidad burocrática en las prácticas gubernamentales e incorpore la lógica organizacional que caracteriza a las empresas como entidades que persiguen la eficacia y la eficiencia a través del principio de competencia¹¹².

El informe ejecutivo resulta ser, entonces, una escenografía que anida en el enfoque gerencial de gestión pública. En esta escenografía, la orientación tecnocrática¹¹³ de lo político como lo administrativo desplaza la confrontación y borra las huellas del adversario, toda vez que reduce la enunciación política al diagnóstico de la realidad y a la prescripción sobre el mejor modo de administrarla. Desde la perspectiva de Verón (1985:4), en el discurso tecnocrático todo se convierte en dato de la situación, inclusive la oposición misma; ella «no es más que un obstáculo objetivo a remontar, como la crisis. El enunciador tecnocrático vacía su propia palabra de toda voluntad política: el vaciamiento del campo político que opera el

¹¹¹ De acuerdo con Bozeman (1998, en Toledo, 2009:74), no se trata solo de una cuestión de ambigüedad en la traducción, sino de dos enfoques distintos, de acuerdo con el anclaje disciplinar y experiencial de los diversos autores; algunos de ellos provenientes de escuelas de políticas públicas, mientras que los otros más cercanos a las escuelas de negocios: «El primero es producto de la evolución de la administración pública, rechazando directamente la visión tradicional y está centrado en la gestión de las políticas de alto nivel más que en la cotidianeidad de las organizaciones públicas, siguiendo a este enfoque, la traducción del anglicismo que nos ocupa, es gestión pública. El segundo tiene nexos más evidentes con la administración privada, el manejo de las organizaciones, de sus procesos, personal y finanzas, en virtud de ello, la traducción preferida para este caso es gerencia pública, buscando acercar las organizaciones privadas a las públicas».

¹¹² Elaboro una mirada más específica sobre este asunto en el capítulo 5, desde la interdiscursividad entre el discurso gubernamental de Santos y el discurso del Neoliberalismo ordoliberal y estadounidense; en este último se ubican las distintas corrientes de la NGP, sobre las cuales no me detengo en este capítulo en curso.

¹¹³ En 1985, Verón propuso entender el discurso tecnocrático como aquel que «juega el juego de la política mientras parece jugar a otro juego», el de la racionalidad objetiva en relación con la pretendida científicidad del enunciado que plantea verdades universales y, con ello, obtura la polémica. Esta pretensión de excluir los antagonismos sería parte de la racionalidad tecnocrática y la haría una forma de negación de lo político, si bien implícitamente el enunciado estaría polemizando con un contradestinatario encubierto: el discurso del político no tecnocrático. La investidura escenográfica del enunciado «apolítico», así, no sería más que un modo de legitimarse en contraste con el antagonista, capitalizando la apreciación negativa de la política. Fair (2008:19) hace notar que esta estrategia ya había sido advertida por Schmidt (1987:50-51): «una manera particularmente típica e intensiva de hacer política consiste justamente en calificar al adversario de político y a uno mismo de apolítico (lo que en este contexto significa algo así como científico, justo, objetivo, no partidista, etc.)».

tecnócrata consiste en reducir al adversario a un dato como los otros».

La escenificación construye al Presidente como al gerente de una empresa que rinde un informe semanal de gestión, en un tiempo controlado, de carácter oficial, de tono formal a través de una oralidad restringida por el discurso escrito, generalmente con ayudas visuales y audiovisuales para apoyar la presentación de datos en forma de resultados rendidos. El espacio físico también es intervenido con símbolos institucionales como banderas, escudos, logos de los APP, etc. La mediatización del evento, que se transmite en vivo por el canal institucional de televisión y por canales de videos con acceso abierto en internet, establece también coerciones y condiciones para lo que se enuncia, en términos de la construcción intersubjetiva con los colectivos de identificación y de destinación¹¹⁴.

En un formato completamente guionado, la estandarización física y procedimental del evento deviene como consecuencia natural de su repetición semana a semana. La ritualización escénica acontece también como estandarización discursiva, lo que permite reconstruir sus movimientos retóricos recurrentes. Así, la escenificación está construida enunciativamente con dos recursos argumentativos explícitos: el sistema conceptual de la metáfora empresarial y la apelación a las cifras estadísticas. Tal apelación es uno de los rasgos marcados que componen la incorporación de la rendición de cuentas al modelo gerencial de gobierno. Su dimensión argumentativa se apoya en una garantía (Toulmin, 2007[1958]), formulada explícitamente como principio general, con raíces empíricas:

Como en cualquier gerencia, lo que no se puede medir no se puede controlar (Santos, 2011, enero 22).

El estilo de Gobierno, como es el estilo de estos Acuerdos para la Prosperidad, es un estilo muy gerencial. Somos fervientes partidarios de la filosofía del Buen Gobierno, que se basa sobre unos principios: el de la transparencia, el de la eficacia, el de la eficiencia, el del control, el de un manejo gerencial de los problemas, para lograr resultados. Por eso las metas y la medición de cómo va el Gobierno en sus diferentes frentes es tan importante, porque hay una regla de oro y es: *lo que no se mide no se puede controlar* (Santos, 2011, febrero 5).

¹¹⁴ En dirección de la mediatización política, Verón (1987), ha problematizado la creación de ‘cuerpos políticos sinceros’ en televisión, poniendo la mirada sobre la coherencia que guardan los elementos extralingüísticos con la orientación política de los enunciados. En esta tesis, dejo de lado el análisis de la amplia dimensión semiótica y mediática, en razón del recorte del objeto de estudio.

A partir de este principio, las cifras¹¹⁵ adquieren capital político y buscan construir la confianza del auditorio alrededor de características como la precisión, la esquematización, la regularización y el control, todos asociados con la escenografía del informe ejecutivo. :

Ayer salió una encuesta; más del 80 por ciento de los colombianos piensan que el país va por buen camino. Eso no se ha visto creo que nunca, no tiene precedentes esa cifra. Que el Gobierno tiene una aprobación del 89 por ciento, eso tampoco tiene precedentes (Santos, 2010, noviembre 6).

En efecto, la fuerza argumentativa de las estadísticas radica en su capacidad de desplazar las interpelaciones por la contundencia numérica y la deliberación por el dato incontrovertible; cuando el Presidente enuncia que “las cifras son muy elocuentes (Santos, 2011, enero 15)” se les estatuye como fuentes de la verdad que, por sí solas, anulan cualquier percepción que las controvierta:

Inclusive un periodista ayer en una rueda de prensa (...) preguntó que qué íbamos a hacer con el aumento de los índices de inseguridad, y me toco corregirle. Le dije: ‘¿Cuál aumento?’. Sí hay en algunas zonas la sensación de que hay más inseguridad, pero las cifras que tenemos, que hemos venido recogiendo hace muchos años nos muestran que este año frente al año pasado ha habido una disminución y en algunos casos sustancial en los índices de criminalidad (Santos, 2010, septiembre 18).

El juego de las cifras permite enfocar cualquier realidad social desde su despersonalización en función de un estatus superior de objetividad con el cual se les dota, a la manera de un *zoom-out* a través del cual se imponen las medidas de frecuencia por encima de los ‘casos aislados’. El manejo estadístico puede determinar qué parcelas de la realidad pueden y deben ser mostradas, y cualquier posible desviación o dispersión simplemente no es traducida en dato numérico:

¹¹⁵ Morales (2007) ha notado cómo el discurso periodístico en Colombia ha operado una suerte de “mitificación de las cifras” que se superpone a los actos mismos del hecho informado. El autor relaciona el énfasis del periodismo político en las estadísticas con la reproducción de propaganda gubernamental desde las oficinas de relaciones públicas y las salas de prensa del Gobierno colombiano; así, las cifras se convierten en objetivo de la información y no en medio para la explicación de los acontecimientos: «Las cifras, pues, se erigen como un símbolo en plena época de incertidumbres, de subjetividades, de inseguridades y de escepticismo. La fórmula es elemental. A mayores certezas, menos provisionalidad, mayor seguridad, no sólo desde la perspectiva de la asimilación de los mensajes de los medios de comunicación, sino, también, en medio de los dilemas del poder, que oscila como un péndulo entre consenso y fuerza, praxis y capacidad» (Morales, 2007:282).

La situación, digamos, no es como muchos perciben, creo yo (...). Si estamos equivocados estamos listos a tomar las acciones del caso, pero por lo que veo yo de las cifras, por lo que escucho de mucha gente, por supuesto que hay problemas y tenemos que nunca bajar la guardia y redoblar esfuerzos, pero que en términos generales la situación no está fuera de control (Santos, 2011, junio 25).

Uno de los efectos que acusa la jerarquización de las cifras es la configuración de una gobernabilidad pan-estadística que alinea todos los estamentos públicos bajo las mismas premisas de medición y control: “Vamos a hacer un Buen Gobierno medible. Cada ministro va a tener unos indicadores de gestión que vamos a ir revisando cada cierto tiempo para ver cómo van progresando en cada uno de los indicadores” (2010, noviembre 6), de modo que lo sustancial en estos marcos políticos resulta siendo la mostración de resultados (“Cada uno de los ministros tiene unas cifras importantes para mostrar”, 2011, febrero 12), y de vez en cuando, la polémica ya no por los temas sino por las formas o los métodos de las mediciones:

Es que las cifras son preocupantes. Colombia tiene un índice de pobreza que se fija en el 45%. Ahí hay una gran discusión sobre esa cifra. Mucha gente, con razón, está diciendo que es una cifra no comparable con la cifra que usan otros países, porque esta cifra tiene un nivel de exigencia mucho más alto, y que en esa forma nos estamos perjudicando, porque cuando nos comparan a nivel internacional siempre aparecemos como los campeones -y es un campeonato muy poco halagüeño- de la pobreza. Pero si usamos otros indicadores que son más universales, usados por otros países, ese indicador no es el mismo, no es el 45%, es bastante más bajo. Hay un proceso que ya va en marcha hace algún tiempo, de revisar bien ese indicador para que entre todos nos pongamos de acuerdo qué indicador vamos a utilizar de aquí en adelante (Santos, 2010, agosto 21).

En la escenografía del informe de gestión y la rendición de cuentas, el uso de las cifras legitima este tipo de escenificación, y al mismo tiempo, la misma escenografía es legitimada a través de la jerarquización estadística en los enunciados. Maingueneau (2014:129-133) ha advertido esta naturaleza circular de la enunciación como un proceso de convalidación progresiva de la escenografía a través del enunciado y viceversa, por parte del destinatario. Aparte de este proceso de mutua construcción de representaciones, es importante insistir en una idea ya esbozada al principio: la representación no alude a la réplica ilusoria, sino a la semirrepresentación (Lefort, 1985) desde el carácter heterogéneo de la democracia, que requiere legitimarse permanentemente para asegurar su lugar de acción y decisión. De esta necesidad de legitimar tanto la gobernabilidad como las instituciones habla la particular

escenografía gerencial en los APP.

4.3 La construcción escénica de la resistencia en el discurso guerrillero

4.3.1 Las escenas genéricas

Los discursos de las FARC-EP publicados durante el primer bienio del mandato presidencial de Juan Manuel Santos (2010-2012), se pueden reunir en ocho clases de escenas genéricas¹¹⁶ vinculadas con el escenario político, cada una con una función retórica predominante, como se distribuye porcentualmente en la Tabla 4.4:

Funciones retóricas predominantes	Escenas genéricas	Promedio	Cant.
Polémica	Panfleto.	48,8 %	78
Conmemorativa	Homenaje, efemérides.	16,9 %	27
Informativa	Comunicado.	16,3 %	26
Diplomática	Carta abierta.	10,0 %	16
Informativa	Parte de guerra.	5,6 %	9
Formativa	Manual de formación guerrillera.	1,3 %	2
Diplomática	Entrevista clandestina.	1,3 %	2
Total de comunicaciones		100 %	160

Tabla 4.4. Funciones retóricas y escenas genéricas en los discursos de las FARC-EP (2010-2012)

A diferencia del recuento de las escenas genéricas en el discurso gubernamental, en la discursividad guerrillera no destaco los eventos o actos en los cuales ellas son construidas, sino sus funciones retóricas predominantes, en razón de dos condiciones de enunciación que determinan en gran medida la escenificación de estos discursos. Estas condiciones son la

¹¹⁶ Por delimitación metodológica, excluyo de este grupo los textos producidos por miembros de la guerrilla que no pertenecen al Estado Mayor Central (combatientes, mandos medios, presos y miembros del PC3, del MB y de las milicias urbanas, además de otros simpatizantes nacionales o internacionales). Asimismo, para el análisis estrictamente genérico no tendré en cuenta la bibliografía doctrinaria (manifiestos, programas, principios, leyes, declaraciones de conferencias guerrilleras o de reuniones internas, estatutos y normas de combate) ni historiográfica (relatos históricos, biografías, autobiografías y diarios). Estas dos últimas categorías agrupan textos producidos antes de 2010; no obstante, por su vigencia e intertextualidad en los discursos del recorte temporal 2010-2012, los trataré en extenso en el capítulo 7, donde involucraré sus aspectos escénico-enunciativos.

ilegalidad y la clandestinidad.

La ilegalidad de la guerrilla hace que el ejercicio de su poder desde el llamado a la resistencia, por fuera de la ley, concentre la enunciación en la puesta en cuestión de ese orden legal que ellos transgreden a través de las armas. Es decir, que se trata de una condición presentada como inaceptable, por la cual el discurso trata de reconvertir esa ilegalidad en inaceptabilidad de la misma ley. Los esfuerzos para que se les reconozca un estatus de beligerancia y la apelación al derecho de rebelión armada fundamentarían esa reconversión. Todas las escenas genéricas de sus discursos están orientadas hacia esa inaceptabilidad del orden social, que el orden legal convierte en hegemónico y legítimo¹¹⁷.

La clandestinidad se deriva de la ilegalidad, porque es una forma de eludir, manejar e inclusive burlar la condición de ilegalidad, pero enfatiza en el carácter secreto u oculto de la vida y la militancia guerrillera. Se trata de una condición que afecta particularmente la circulación y visibilidad de los discursos en el espacio público, y que lleva a la construcción de formas de encubrimiento y de acceso que pretenden contrarrestar las restricciones o los vetos a los cuales son sometidos. Así la define la misma guerrilla, en un documento sin fecha titulado «Principios del trabajo clandestino»¹¹⁸:

Es un principio de trabajo que se ha ido desarrollando a través de la historia y tiene como objetivo centrar el secreto: En nosotros este fundamento tiene aplicación a nivel organizativo y operativo; a nivel orgánico, busca ocultar la estructura al enemigo y la población civil y en lo militar el secreto es una norma básica para el buen éxito de las acciones combativas.

En la guerrilla, el imperativo de la clandestinidad se convierte en un modo de vida. La regulación de la conducta queda atravesada por ese imperativo y permea todos los ámbitos (privados y públicos) del guerrillero, pues se eleva a la categoría de *principio*; así, según el mismo documento, «la Fuerza del Revolucionario reside en gran parte, en su capacidad de reserva. Se trata de una necesidad. El afecto que se profesa al amigo, al amante, al confidente,

¹¹⁷ Consciente de que suelen usarse de manera indistinta los términos legalidad y legitimidad, Bobbio (1998:860) propone «emplear la legalidad a propósito del ejercicio del poder y la legitimidad a propósito de la titularidad: un poder legítimo es un poder cuyo título está fundado jurídicamente, un poder legar es un poder que se ejerce de acuerdo con las leyes». En la tradición política, la idea de la legalidad funciona como criterio regulador del buen gobierno, a partir del principio de supremacía de las leyes sobre los hombres y los gobernantes. En esta medida, las FARC-EP no se oponen a la legalidad *per se*, sino al orden legal específico dominante.

¹¹⁸ Es un documento de circulación interna entre los combatientes, especialmente entre las redes de militantes urbanos. Existe una buena cantidad de documentos de las FARC-EP que no circulan externamente y que configuran todo una discursividad prohibida y perseguida por las Fuerzas Militares. Oportunamente citaré algunos de esos documentos, pese a que no pertenecen al corpus construido para este trabajo, dado su perfil privado y las restricciones de disponibilidad para los lectores, por razones legales.

no debe, en modo alguno, ser motivo para revelarle datos respecto al trabajo clandestino».

A nivel discursivo, la clandestinidad tiene su mayor efecto sobre la responsabilidad enunciativa, que utiliza el seudónimo como una forma del anonimato personal, para atribuir esa responsabilidad del decir al colectivo guerrillero. Ese colectivo firmante se manifiesta de manera directa, cuando las comunicaciones son firmadas por el *Secretariado del Estado Mayor Central* o por los diferentes *Bloques del Estado Mayor Central*; pero también a través de los seudónimos con los cuales se identifican sus miembros y que suelen remitir a la puesta en escena de la resistencia revolucionaria; por ejemplo: Manuel Marulanda (nombre de sindicalista comunista asesinado), Jacobo Arenas (nombre en honor a Jacobo Prías, guerrillero liberal asesinado), Timochenko (Comandante del Ejército Rojo), etc.

Así, la firma de las escenas genéricas forma parte del escenario construido y remite al colectivo de la guerrilla como *Estado*, es decir, como poder paralelo al oficial, o bien, a nombres ligados con la misma escenificación de la resistencia revolucionaria. En ese sentido, los discursos de las Farc-Ep desdibujan y funden lo individual en la construcción de una voz colectiva insurgente, marcada por un estilo particular (como mostré en el capítulo anterior) y por escenas enunciativas insertas en esa configuración de la voz guerrillera.

Tanto la ilegalidad como la clandestinidad condicionan esa voz a la marginalidad; como afirma Angenot (1982:40-41) a propósito del panfleto como género, se trata de una posición exotópica, asumida por el mismo enunciador, quien se presenta a sí mismo como expulsado de la esfera de la vida social aceptada y aceptable. Pero también en el sentido institucional, prohibitivo y punitivo de los sistemas de control, estas condiciones enunciativas funcionan dentro de lo que Foucault (1992[1970]:5) denomina *sistemas de exclusión*, cuyos procedimientos «tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad». Los dispositivos de poder/saber son los que suscitan, entonces, las condiciones de ilegalidad y clandestinidad, de manera que el discurso guerrillero está supeditado a ellas a partir de la instancia de su reconocimiento, esto es, por la respuesta adversa que encuentra y que los sanciona, bloquea, margina o excluye.

Ahora bien, la ilegalidad y la clandestinidad usualmente son asumidas y apropiadas en el discurso subversivo para ponerlas al servicio de las diversas funciones retóricas. Por ejemplo, se puede presentar el bloqueo al acceso de la palabra como un argumento para

maximizar su relevancia o para desacreditar al enemigo, acusándolo de arbitrario y totalitario. Es decir, que las condiciones enunciativas del discurso guerrillero son incorporadas a las escenas y se convierten tanto en parte de su naturaleza como en el horizonte de expectativa de los mismos discursos. La paradoja aquí consiste en que la subsistencia bajo permanente denuncia, seguimiento y prohibición, hace parte de la legitimación que busca construir la palabra guerrillera sobre sí misma¹¹⁹; no es necesario, ni siquiera, que se trate de discursos transgresores ni propositivos, sino que es la instancia de la prohibición la que se amplifica en función del reclamo al atropello contra el decir y el estar. De allí que el riesgo se convierta en un capital de estas condiciones de enunciación.

Al capitalizar a su favor el riesgo del decir, el discurso guerrillero hace de la ilegalidad y la clandestinidad modos de su propia razón de ser. Por fuera de esas condiciones, la palabra guerrillera queda apresada en los regímenes de enunciación contra los que ella misma combate; en ese caso, la renuncia a tales condiciones les quitaría margen de maniobra y las llevaría a convertirse en otra cosa. Las condiciones, así, se convierten en necesidades.

Una tensión final se advierte en estas condiciones/necesidades enunciativas: hay que mostrarse, pero también permanecer oculto. Esta polaridad entre imperativos para el decir se resuelve a través de las formas difusas y ambiguas de la mostración; por ejemplo, al firmar las comunicaciones desde las «montañas de Colombia»; pero también por medio de la selección de los soportes utilizados, que garanticen esa exhibición sin localización plena; de ahí la importancia de la web para la difusión de los textos farianos.

En lo que sigue, especificaré las escenas genéricas construidas, poniéndolas en relación con sus funciones retóricas y con aspectos claves de su destinación. Si bien las presento de manera separada, las escenas no constituyen fronteras cerradas, sino predominancias que ayudan a relevar las especificidades construidas. Propongo leer estos tipos, entonces, como tramos o secuencias escénicas en función de las cuales pueden aparecer rasgos combinados: una respuesta a una pregunta en una entrevista clandestina se puede presentar de forma panfletaria; una carta abierta o un manual de formación puede incluir homenajes a los combatientes caídos; un comunicado puede ir y venir entre lo informativo y lo polémico del

¹¹⁹ Esta paradoja ha sido advertida en algunos estudios sobre el panfleto, que Passard (2009:19) resume con esta reflexión: *Dans un régime de libre parole, le discours pamphlétaire perdrait de son sens et de son attrait car, sans un minimum de répression et donc sans un minimum de prise de risque pour son auteur, voire pour ses lecteurs, il ne pourrait authentiquement satisfaire la jouissance de la transgression ou le plaisir de la profanation.*

panfleto, etc. La difuminación de las fronteras no impide, sin embargo, pensar en tipos de escenas genéricas como disposiciones jerarquizadas de rasgos o características que se ponen a orbitar alrededor de formas textuales identificables, tanto para quienes las producen como para quienes las interpretan.

A continuación analizaré las escenas genéricas identificadas en la Tabla 4.4, pero me detendré particularmente en el panfleto, por ser la que registra mayor recurrencia en el corpus y por ser la escena donde predomina la función polémica, si bien, como comentaré, no le es exclusiva.

4.3.1.1 El panfleto

De acuerdo con Angenot (1982), el panfleto es un tipo de discurso entimemático¹²⁰, doxológico¹²¹ y agónico¹²², históricamente circunscripto y sintomático de un momento de luchas en torno a valores universales y a modos de vida pública y privada particulares. Por su carácter agónico, según el autor, el panfleto incluye la verdad en la trama de relaciones construidas entre proponentes y oponentes: «El panfletario pretende enfrentar la impostura, es decir, aquello falso que ha sido puesto en el lugar de la verdad y que en esa transposición ha expulsado del mundo empírico tanto a la verdad como a él mismo» (Angenot, 1982:38). Recuperar el orden de ese mundo trastocado es la misión que asume el panfletario, en su condición marginal, a través del panfleto como lugar de la indignación por la impostura de la verdad, de la nostalgia por un orden perdido y de la visión crepuscular, fatalista, de un mundo en decadencia; de ahí que el panfleto, entre otros géneros, se configure en la textura discursiva a través de un estilo distópico.

Para Hastings, Passard y Rennes (2009), aparte de pertenecer a esa esfera de la bibliografía

¹²⁰ *Nous appellerons enthymème tout énoncé qui, portant sur un sujet quelconque, pose un jugement, c'est-à-dire opère une mise en relation de ce phénomène sec un ensemble conceptuel qui l'intègre ou qui le détermine. Une telle mise en relation ne s'opère que si elle dérive d'un principe régulateur plus général qui se trouve donc présupposé dans son énoncé* (Angenot, 1982:31).

¹²¹ *Nous parlons d'un discours doxologique, c'est-à-dire qui reçoit en partie passivement l'opinion courante, la doxa (...). Le discours doxologique est producteur de sens, mais il ne produit pas ses concepts, il ne peut que faire travailler les enthymèmes les uns contre les autres, en déplacer le champ ou en altérer la forme (...). Le discours doxologique se maintient dans une position moyenne -ni expression directe du vécu ni théorisation axiomatique. Son statu ontologique est de l'ordre du probable; qu'est-ce le probable? Ni le démontré ni l'évident, mais le résultat même de la mise en relation enthymématique* (Angenot, 1982:33-34).

¹²² *Il suppose un contre-discours antagoniste impliqué dans la trame du discours actuel, lequel vise dès lors une double stratégie: démonstration de la thèse et réfutation/disqualification d'une thèse adverse* (Angenot, 1982:34).

de combate, el panfleto también está asociado con la emergencia de discursos en situaciones de crisis. En ese sentido, su inestabilidad y la dificultad en la delimitación de sus rasgos responde a su naturaleza proteica, que le permitiría adaptarse a la variedad de condiciones sociohistóricas de su producción. El panfleto, así, es contestatario en la medida en que no solo responde a la voz de un enemigo, sino además a una situación social compleja, en el orden de lo político; es reacción a un conflicto que a la vez, instaura. A partir de ese doble carácter reactivo y creativo, el panfleto instaura un régimen de visibilidad espectacular para la crisis, esto es, se encarga de amplificarla desde una orilla particular. En la medida de su creencia en la eficacia de la palabra para criticar, exhortar, desenmasarar, vituperar, etc., entonces, el horizonte de performatividad del panfleto es amplio.

No obstante, la etiqueta del panfleto es difícilmente reconocida en su propia escenificación. Los discursos no se asumen ni se presentan a sí mismos como panfletos, dada la carga peyorativa que pesa sobre este género; esta valoración negativa ha contribuido a una *rarefacción* del panfleto (Le Bart, 2009:70) y a una *despanfletización* de la palabra pública (Passard, 2009:21), es decir, al rechazo de su forma genérica como un modo aceptable de crítica social¹²³. Al contrario, tanto en su forma sustantiva como adjetiva, se le puede encontrar utilizado como una herramienta de desacreditación; por ejemplo, a propósito de la publicación de un libro sobre la vida de alias el Mono Jojoy, las FARC-EP escribían:

al leer las 239 páginas del libro, que muy poco o nada hablan de la vida guerrillera del “Mono Jojoy”, me encuentro con un *panfleto* propagandístico del ejército (FARC-EP, 2011, noviembre 1).

A diferencia de las demás escenas genéricas, entonces, el panfleto guerrillero no se autotitula como tal, pero sus gestos, recursos, procedimientos y funciones permiten detectarlo entre el corpus de las comunicaciones farianas con una presencia importante (casi la mitad

¹²³ En este sentido, Le Bart (2009:73) reconoce una obsolescencia del panfleto en el imaginario de la vida política contemporánea, que sustenta la valoración negativa del género: *L'exigence de courtoisie, de politesse, de respect des personnes, le tabou concernant les attaques personnelles, tout ceci frappe le pamphlet d'obsolescence. La dispute politique suppose désormais des compétiteurs qui savent ne pas aller trop loin. Elle obéit à une étiquette qui sanctionne l'attaque personnelle, l'insulte, l'argument ad hominem. L'adversaire doit être respecté: comme l'affrontement sportif, l'affrontement politique exige le respect mutuel; il n'interdit pas, une fois le rituel d'affrontement terminé, la camaraderie, voire l'amitié⁶. Le combat politique est un jeu qu'il convient de ne pas prendre trop au sérieux. Il suppose des convictions mais exige dans le même temps une certaine distance au rôle. La politique, ce n'est pas la guerre. Et le pamphlet, du coup, a cessé d'être une arme appropriée.*

del corpus: 47,5%). Utilizaré tres dimensiones analíticas para ponerlas en juego con la función polémica del panfleto: los destinatarios contruidos, los tópicos o temáticas en las que se insiste y las movidas retóricas recurrentes.

Los destinatarios del panfleto guerrillero

Por su función polémica, el panfleto suele inscribir en el discurso, con mayor intensidad y recurrencia, un conjunto de contradestinatarios múltiples a quienes se les desacredita abiertamente. Se puede pensar en la multiplicidad de estos *enemigos* (presidentes, expresidentes, funcionarios públicos, militares, empresas transnacionales, etc.) asociándolos con seis sectores de la vida social: el gubernamental, el militar, el paramilitar, el internacional, el empresarial y el comunicacional. En la Tabla 4.5 organizo y ejemplifico esas figuras de la contradestinatación:

Sector social	Contradestinatarios	Ejemplo
Gubernamental	Santos, Uribe y demás expresidentes. Funcionarios gubernamentales e instituciones estatales.	El <i>narco-Presidente Uribe</i> había desbocado (...) todo un conjunto de abominables prácticas mafiosas y gansteriles (...). Ahora el nuevo Presidente parece pretender lavar el rostro fascista del régimen, pero nadie pasará por alto que desde altas funciones de Estado, él también fue artífice del desastre humanitario que como producto de la guerra impuesta por las oligarquías, padecen las mayorías en Colombia (2011, febrero 1).
Militar	Generales, comandantes y ministros de defensa	El papel de las <i>Fuerzas Armadas</i> ha sido <i>sostener un régimen ilegítimo</i> , totalmente resquebrajado y en grave situación de ingobernabilidad, a fin de asegurar jugosas ganancias a los grandes empresarios criollos y a las transnacionales, a costa de los recursos naturales extraídos del suelo patrio. Los métodos empleados en su guerra total contra el pueblo no han variado en los últimos tiempos: recompensas y red de sapos, detenciones y judicializaciones arbitrarias de civiles, desapariciones, asesinatos selectivos y masacres cuya autoría es endilgada a supuestos paramilitares (2012, julio 20).

Paramilitar	AUC, Bacrim y colaboradores internacionales, nacionales y regionales.	La guerra sucia del Estado tomó estructura con fuerzas paraestatales que llamaron, a partir de 1997, <i>Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)</i> ; instrumento de un Estado criminal que a sus fuerzas armadas también las descompuso más profundamente en su mentalidad de Seguridad Nacional asesina, poniéndolos a coordinar y dirigir las operaciones de guerra sucia con más ahínco y desvergüenza que nunca (2010, agosto 12).
Internacional	Gobernantes estadounidenses y otros vinculados con ideas de derecha.	[E]s el compromiso de <i>sumisión frente a Estados Unidos</i> , presentado como armónica relación bilateral de colaboración en la lucha anti-terrorista y contra el narcotráfico, pero que en el fondo significa el arrodillamiento respecto a las políticas de libre mercado y las políticas neoliberales yanquis en general (2010, agosto 12).
Empresarial	Monopolios, trasnacionales, multinacionales e inversionistas.	Era el aparato criminal del Estado con sus fuerzas militares y paramilitares en acción defendiendo los intereses de las trasnacionales, de los latifundistas y el gran empresariado.
Comunicacional	Medios masivos y algunas oenegés.	Las construcciones mediáticas repetidas miles de veces por las cadenas de radio, televisión y la gran prensa escrita, apuntan a desvirtuar la naturaleza política y social de nuestra lucha ante un pueblo que sufre las graves consecuencias de las políticas económicas, sociales y militares de corte neoliberal desarrolladas por la actual administración (2012, febrero 6).

Tabla 4.5. Sectores sociales y contradestinatarios en el panfleto guerrillero

La puesta en escena de enemigos múltiples refuerza la naturaleza contestataria del panfleto y le permite presentarse como un espacio de revelación, donde esos enemigos son señalados, muchas veces con sus nombres propios, en cada sector social. Así, el panfleto guerrillero traslada el teatro de la guerra física al discurso, al delimitar y *apuntarle* al contrario a través de la acusación directa. En el sector gubernamental, serán sus funcionarios y las instituciones que los sostienen los objetivos del ataque; la Presidencia de la República es presentada como el lugar donde se gestan y ejecutan los abusos del poder y la continuidad histórica de proyectos violentos y corruptos en detrimento de *las mayorías*. Es sobre la base de esa violencia contra el pueblo que se sustentaría la ilegitimidad de las instituciones gubernamentales en la democracia colombiana, y que la guerrilla prueba poniendo en primer plano la existencia del conflicto armado, es decir, responsabilizando al sector gubernamental por su permanencia y recrudescimiento.

Bajo la presentación en ese sentido del conflicto armado interno, los altos mandos del

sector militar -con el Presidente de la República y el Ministro de Defensa a la cabeza-, son introducidos en el panfleto acusándolos de corrupción al favorecer intereses económicos de corporaciones, inversionistas y demás sectores de élite. Para las FARC-EP, el relato de la seguridad y la defensa militar esconde la realidad de la protección al sector empresarial, conformado por las grandes empresas que explotan los recursos naturales de las regiones apartadas del país, empobreciendo, violentando y desplazando a sus habitantes. Se denuncia pues que la política económica construye una relación de connivencia y complicidad entre militarismo y extractivismo, entre violencia y explotación de recursos naturales. Esa relación se extiende hacia el sector del paramilitarismo, que la guerrilla presenta como una estrategia de Estado alineada con esos intereses económicos entre gobernantes, militares y empresas; los paramilitares (AUC y Bacrim) constituirán ejércitos privados al servicio de la explotación y la expoliación de las riquezas naturales del país, autorizados para utilizar la violencia extrema que las Fuerzas Armadas tienen restringida, desde el DIH y demás regulaciones institucionales.

Finalmente, el discurso fariano construye una disputa radical con el sector periodístico y con algunos observatorios del conflicto, organizados en oenegés. Se trata de una animadversión antigua¹²⁴ que acusa a los medios masivos de favorecer los intereses gubernamentales y empresariales, sacrificando con ello una ética e imparcialidad que la guerrilla reclama y que acusa como propaganda y guerra sucia. Los medios no son más que ‘aparatos ideológicos del Estado’, siguiendo la ortodoxia revolucionaria, y la información circulante se muestra siempre bajo sospecha, por ser una extensión del orden socioeconómico vigente. La crítica principal contra los medios se dirige a denunciar la deslegitimación del carácter político de la guerrilla y de la lucha armada, al reproducir el discurso del narcoterrorismo insurgente y cerrar los espacios de expresión de la voz guerrillera, bien sea por acción (vetar, condenar y criminalizar sus palabras o sus medios informativos) o por omisión (ignorarlos como fuente de información de la guerra).

¹²⁴ En clave comparativa, Bonilla (2002) destaca que movimientos insurgentes como el Zapatismo mexicano, que reivindican formas de revolución en el mundo contemporáneo, han aprendido a incorporar la lógica del espectáculo mediático y capitalizarla a favor de su lucha, en lo que el autor denomina la «Revolución del signo». Las Farc, sin embargo, han despreciado los sistemas comerciales de información masiva y de entretenimiento; «[d]e ahí su torpeza mediática, su seriedad y arrogancia comunicativa y su revolución a bala, sus discursos gastados, su incapacidad para leer, como diría Marshall Berman, ‘los signos de la calle’, su falta de tacto, sus relaciones tormentosas con los periodistas y los medios de comunicación hegemónicos (...) el núcleo de su lucha consiste en transformar la estructura de propiedad de los sistemas de comunicación para que cambien, ahí sí, los signos, los códigos y los valores dominantes. Su revolución no es la del signo. Por eso también su desprecio por la ‘política del signo’ y por las luchas de carácter simbólico» (Bonilla, 2002:6-8).

Pese a la aparente multiplicidad de enemigos, lo cierto es que el discurso guerrillero logra amalgamarlos en una figura sintética: la denominada *oligarquía*. Como anota Angenot (1982:126), la amalgama es un procedimiento semántico que «consiste en unir en un solo vocablo sintético una mezcla de personas o de cosas percibidas en principio como diferentes en su naturaleza». Esa síntesis logra señalar con mayor claridad a un enemigo que, al ser presentado como esencial, resulta más fácilmente atacable. El modo en que se logran amalgamar esos actores sociales traídos a escena es la atribución del abuso de poder operado por las élites dirigentes o influyentes, en función de su beneficio económico. Es principalmente por ese antielitismo que las FARC-EP se deslindan de los partidos políticos de izquierda en el país, como lo aseguran en el documento de circulación restringida, sin fecha, titulado *Habrà insurrección*:

ha sido el puritanismo doctrinario de la izquierda el que ha impedido que crezca un sentimiento antigubernista de carácter nacional, porque sus propuestas socialistas y sus prácticas desacreditadas hacen que la clase gobernante evite colocarse como el ENEMIGO COMÚN del país. En cambio la alternativa socialista de los grupos de izquierda sí se coloca como tal ante la burguesía lesionada por la clase gobernante. (Mayúscula sostenida en el original).

Esencialmente, para la guerrilla es el problema de la opresión y explotación de una clase sobre otra la que reúne a los enemigos como variaciones más o menos sofisticadas de las élites en el poder. Así, las minorías gobernantes utilizan la violencia, real y simbólica, para imponerse y dominar a una mayoría gobernada; desde la lectura marxista de la teoría de las élites¹²⁵, esa asimetría es la base de la dicotomía élite/masas: la antítesis entre las dos clases antagónicas (propietarios y proletarios), con el conflicto entre ambas clases sociales como el factor de cambio de la historia. En el discurso guerrillero, del mismo modo, esta contradicción se traduce en la dicotomía élites/pueblo, oligarquía/pueblo o burguesía/pueblo y justifica la lucha armada en función de la necesidad de ese cambio. El panfleto, entonces, funciona como identificador de los miembros de esas élites, les da nombres propios y los desacredita remarcando los métodos violentos que se les endilga.

En torno a esa asimetría entre minorías y mayorías que define al elitismo, el señalamiento

¹²⁵ Así la resume Bobbio (1998:519): «en toda sociedad, una minoría es siempre la única que detenta el poder en sus diversas formas, frente a una mayoría que carece de él. Ya que entre todas las formas de poder (...) la teoría de las élites nació y se desarrolló particularmente en relación con el estudio de las élites políticas, puede redefinirse como la teoría que afirma que en toda sociedad el poder político, o sea el poder de tomar y de imponer, aun recurriendo en última instancia a la fuerza, decisiones valederas para todos los miembros del grupo, le pertenece siempre a un círculo restringido de personas».

que se traduce en la inscripción de los nombres y en las formas vocativas genera un efecto de inversión o de simetrización de entre élites y pueblo. Hay aquí un gesto rebelde: hablarle al poder cara a cara, despojarlo de su solemnidad y, con ello, reclamar una igualdad de condiciones en la interlocución directa:

ASÍ NO ES, SANTOS, ASÍ NO ES. Todos tenemos que morirnos, Santos, todos (FARC-EP, 2011, noviembre 20, mayúsculas en el original).

Sin mentiras, Santos, sin mentiras... (FARC-EP, 2012, febrero 28).

Sin más ases bajo la manga, Santos (FARC-EP, 2012, abril 14).

Estas citas, que corresponden a tres discursos firmados por el jefe máximo de la guerrilla, Timoleón Jiménez, ilustran ese reclamo de simetrización a través de la forma de tratamiento del Presidente de la República¹²⁶. El reconocimiento de su estatus institucional queda borrado y el vocativo a través del apellido afirma un diálogo entre dos líderes en igualdad de condiciones, entre dos jefes de Estado (el colombiano oficial y el autodenominado Estado Mayor Central, que queda inscrito en la firma). Estos posicionamientos y movimientos en el plano de las relaciones de oposición son paradójicos, pues hacen pensar en formas del acercamiento que, en realidad, profundizan las distancias entre los actores, como lo desarrollaré posteriormente, en el capítulo 8.

De otro lado, en cuanto a los destinatarios a seducir, los terceros discursivos interpelados también se diferencian por su ubicación en ciertos sectores sociales: el popular no organizado, los movimientos sociales, el ámbito internacional y una parte del sector militar (Tabla 4.6):

¹²⁶ Compárese, por ejemplo, con las formas precisamente opuestas (alambicadas y reverentes) con que la guerrilla campesina se dirigía al Presidente en sus cartas de finales de la década del 50:

«Excelentísimo Señor Doctor

Alberto Lleras Camargo

Presidente de Colombia

Bogotá

Excelentísimo Señor:

Con todo respeto tenemos el honor de dirigirnos a V.E. en nombre del Movimiento del Oriente del Tolima (...). Del excelentísimo Señor Presidente nos es grato suscribirnos sus respetuosos y atentos servidores y compatriotas» (Carta de los campesinos del Oriente del Tolima y Sumapaz, citada en Pizarro, 2011:157-158).

Sector social	Paradestinatarios	Ejemplo
Popular, no organizado	Población civil nacional.	Colombianos y colombianas, <i>cuenten con nuestro acompañamiento</i> en todos los esfuerzos y expresiones por derrotar el proyecto capitalista, su modelo neoliberal y construir los caminos de la solución política del conflicto social y armado que agobia a la nación. <i>Solo con la lucha organizada de los marginados</i> , que en estos tiempos ha alcanzado dinámicas portentosas, será posible resolver problemas como los de las tierras despojadas y establecer una política que resuelva la inequidad en el campo, castigar los crímenes de Estado o “falsos positivos”, garantizar una vida digna y de respeto al ser diferente, al empleo bien remunerado, a salud, a vivienda y educación para el crecimiento del saber y la investigación. <i>Solo la movilización de todo el pueblo</i> , anhelante de justicia, podrá derrotar la cínica estrategia gubernamental de la paz de los sepulcros que ha establecido el poder oligárquico en Colombia (2011, noviembre 29).
Movimientos sociales	Organizaciones de campesinos, sindicatos, indígenas, gremios y estudiantes.	[e]n Colombia se vivencia un florecimiento de ricas y nuevas experiencias organizativas dentro del campo popular, que se manifiestan en heterogéneas manifestaciones de movimientos, convergencias, expresiones y plataformas que saludamos con la alegría de quien encuentra <i>nuevos amigos y compañeros</i> para su brega diaria. Las FARC-EP no han visto en este creciente y novedoso turbión popular un enemigo o un contrario (2012, agosto).
Internacional	Población civil y comunidad internacional en general.	Cuando el capitalismo decrepito naufraga hoy en su crisis sistémica, nadie debe aflojar. Las movilizaciones de indignación contra la tiranía financiera que estremecen al mundo, deben generalizarse. Pero para salvar la humanidad y la vida del planeta es necesaria la <i>articulación de las luchas dispersas</i> , la conformación de un centro coordinador, de una vanguardia colectiva, con una estrategia común que despliegue la gran bandera de la humanidad y la justicia. Los gobiernos revolucionarios y las organizaciones políticas y sociales de los pueblos, tienen qué hacer. <i>Cuenten con las FARC</i> en esta lucha justa por una alternativa anti capitalista (2012, enero 1).
Militar	Fuerza pública	Qué bueno sería que los <i>militares de honor</i> , los que tienen <i>sentido de patria</i> , reflexionaran sobre estos temas (...). El ejército oficial de Colombia tiene que rescatar su grandeza y las glorias tal cual soñó el Padre Libertador (...). ¿Será que no existe dignidad en los cuarteles? ¿Será que todos se hundirán en el pantano del oscuro laberinto? Muchos colombianos nos resistimos a creerlo. (...) <i>Les llegó la hora</i> de actuar por la salud de la Patria y el mismo bien de la institución (2011, junio 15).

Tabla 4.6. Sectores sociales y paradestinatarios en el panfleto guerrillero

Como paradestinatario, la población civil no es invitada directamente a la lucha armada para la toma del poder, sino a la movilización masiva y *organizada* contra las políticas gubernamentales. La ambigüedad de ese carácter organizado de la lucha deja en suspenso la

idea de la adhesión a la guerrilla y se diluye mejor en la adscripción del grupo armado como un movimiento social más de protesta pública. Como resalto en los ejemplos (Tabla 4.6), la introducción tanto del colectivo *pueblo* como *movimientos sociales* se orienta a la construcción de una adherencia a ellos por parte de la guerrilla, es decir, la idea de que el grupo armado está dispuesto a luchar *con* ellos, a sumarse a su lucha, o bien, a dirigirla contra la tiranía del régimen. El desplazamiento de la agencia guerrillera tiene sentido aquí en razón de la legitimidad obtenida por esos grupos y deseada por los insurgentes armados; de allí que abunden los lugares del elogio para la protesta social. Asimismo, la paradestinación orienta la polémica hacia los contradestinatarios señalados y exhorta a la unión de las luchas; así, estos modos de participación democrática quedan inscritos como pertenecientes al mismo conjunto de la lucha armada, en tanto que sus reivindicaciones son compartidas. El efecto, finalmente, es la obliteración del componente ilegal y clandestino de las acciones guerrilleras.

En ese mismo sentido se habla de la *articulación de las luchas dispersas*, en el ejemplo del sector internacional, en el cual la paradestinación interpela a la comunidad internacional para sumarse al proyecto guerrillero que, como en los otros sectores, se repliega a los proyectos de protesta social no armada. El apoyo del sector internacional, como apunta Trejos (2015), es una estrategia de guerra implementada desde temprano¹²⁷, en la década del 80, y fundamentada en la búsqueda de coaliciones anticapitalistas en general, y antiestadounidenses, en particular. Las FARC-EP han aprovechado bien los descontentos internacionales con el orden neoliberal para sumar simpatizantes a su causa, bien sea por convicción con su proyecto político, o por la distancia y el desconocimiento de la historia nacional y del conflicto mismo por parte de los extranjeros; en cualquier caso, resulta innegable la existencia de redes de apoyo (logístico, militar y económico) de la guerrilla a nivel internacional. Estas labores de *diplomacia insurgente* (Trejos, 2013) o de

¹²⁷ «La actividad internacional de las FARC-EP se remonta a la década de los ochenta del siglo anterior, ya que en el marco de la realización de su Séptima Conferencia (1982), adquieren su mayoría de edad en términos políticos, al entablar de manera directa (sin mediación de ningún tipo) diálogos de paz con el gobierno colombiano y participar en un referente político amplio (la Unión Patriótica), en igualdad de condiciones con el Partido Comunista Colombiano. Esta independencia política también se reflejó en su actividad internacional, ya que es precisamente en este periodo, que inician su actividad diplomática, en principio limitada espacial y temáticamente, ya que se desplegaba en Centroamérica y el Caribe y buscaba su reconocimiento como actor político-militar y apoyos para su causa. Al iniciarse la post guerra fría, las FARC-EP logran los mayores desarrollos de su actividad internacional, designan cuadros especializados para el trabajo internacional y establecen sus primeras oficinas públicas en México y Costa Rica y además despliegan un intenso trabajo político en Europa, especialmente en aquellos países con presencia de exiliados y perseguidos políticos colombianos» (Trejos, 2015:258).

paradiplomacia (Torrijos y Pérez, 2012) son consustanciales a la búsqueda de reconocimiento de la guerrilla como actor armado beligerante y han coadyuvado a la internacionalización del conflicto armado.

En cuanto al sector militar, los panfletos destinan una parte de su paradesinación a la Fuerza Pública, llamando a soldados, policías y demás militares oficiales al *honor* y al *patriotismo*, lo que se traduciría en su recusación del proyecto gubernamental de seguridad. La inscripción de estos actores sociales en el discurso guerrillero fluctúa, entonces, entre la contradestinatación y la paradesinación; no obstante, la amalgama del enemigo elitista hace que ese llamado a la persuasión de la Fuerza Pública se concentre usualmente en los combatientes de menor rango y menos en los comandantes, sargentos y demás miembros de la *élite militar*.

Finalmente, al respecto de los prodestinatarios del panfleto, en los sectores rural, urbano e internacional se agrupan los terceros discursivos presentados como simpatizantes de la causa guerrillera. En el primer sector, los cuadros y diferentes formaciones de la tropa en el organigrama fariano se homogeneizan en un solo colectivo que es convocado a través de distintas denominaciones, unas más ligadas al interdiscurso revolucionario (*compañeros, camaradas, etc.*) y otras más generales (*muchachos, guerrillerada, milicianos, etc.*). En estas apelaciones también aparecen formas elogiosas de los combatientes, sobre todo de aquellos caídos en la guerra, a quienes se les trata de *héroes*. En todos los casos, el colectivo identitario está cohesionado por la idea del compromiso revolucionario y la superioridad moral:

Sector social	Prodestinatarios	Ejemplo
Rural	Cuadros y formaciones de tropa.	La lucha armada revolucionaria continuará en Colombia hasta que logre los objetivos que se ha propuesto: <i>ese es el mensaje, muchachos</i> . Es un mensaje al pueblo colombiano de decisión, de que aquí en las Farc nadie está amilanado. Estamos es absolutamente llenos de dignidad y de moral; moral de combate (2010, julio 29).

Urbano	Presos guerrilleros y militantes organizados en tres estructuras: PCCC, MB y Milicias bolivarianas.	El Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia es parte fundamental del engranaje necesario para organizar la revolución. Por tanto, solo nos queda cumplir con nuestro <i>compromiso</i> , aportar lo que sea necesario para que continúe su desarrollo (...). Con todo el Movimiento Fariano: Guerrilla, Milicia Bolivariana, Partido Comunista Clandestino Colombiano y Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia, decimos: Por La Nueva Colombia, La Patria Grande y El Socialismo... Adelante (2011, mayo 5).
Internacional	Organizaciones políticas afines a la lucha armada o a la izquierda revolucionaria	<i>Compartimos</i> la percepción del PCV de que es un deber de todo revolucionario, luchar para que la revolución bolivariana se consolide como esperanza de los pueblos de Nuestra América. Cualquier revés de los revolucionarios en Venezuela debe asumirse como un revés estratégico para la revolución continental, y viceversa. El pensamiento bolivariano constituye hoy poderoso arsenal político en la lucha, que se presagia dura, en defensa de la patria y la revolución. ¡Viva el Partido Comunista de Venezuela! (2011, agosto 7).
Tabla 4.7. Sectores sociales y prodestinatarios en el panfleto guerrillero		

En el sector urbano, los prodestinatarios están representados en las estructuras de apoyo a la lucha armada: el Partido Comunista Clandestino Colombiano (PC3), el Movimiento Bolivariano (MB) y las Milicias bolivarianas. En los estatutos del PC3, se inscribe a la «clase obrera» y a los «trabajadores colombianos» como representados por esta organización que funcionaría como brazo político de la guerrilla, partido que «hace parte de la vanguardia de la lucha revolucionaria e insurreccional por el poder político para el pueblo y la construcción del socialismo» (FARC-EP, 2000, Art. 1, Cap.I). Tanto la estructura interna del PC3 y sus diferentes cargos jerárquicos son seleccionados y regulados bajo la dirección del Estado Mayor Central de las FARC-EP y su secretariado (Art. 9, Cap.V), por lo cual se trata de una prodestinación atravesada por la coerción de los discursos organizativos internos: estatutos, normas de conducta, régimen disciplinario y de sanciones, etc. En el caso del MB, que no cuenta con estatutos ni reglamentos, la prodestinación resulta aun más amplia, pues se presenta como un movimiento ideológico que

No tiene oficinas y su sede es cualquier lugar de Colombia donde haya inconformes. Su base la constituyen millones de colombianos vinculados a los núcleos clandestinos, de múltiples y variadas formas como círculos, juntas, talleres, malokas, familias, uniones, combos, hermandades, lanzas, grupos, clubes, asociaciones, consejos, galladas, parches, barras, mesas de trabajo, mingas, cofradías, comités y todas las formas que a bien tengan

sus integrantes adoptar y que, a su juicio, les garantice el secreto de pertenencia y la compartimentación (FARC-EP, marzo de 2000, Carta de reunión).

Es decir, que la prodestinación en este caso reúne el colectivo de identificación en torno a los principios de clandestinidad y compartimentación, como principales criterios de cohesión interna. Así se define esta última en el documento clandestino *Principios del trabajo clandestino*:

Es la verdad fraccionada, conocida únicamente en la medida de la participación individual del combatiente, en el desarrollo de las tareas. El objetivo de la Compartimentación es la protección y seguridad de la estructura. En caso de un golpe enemigo, garantiza que el daño no sea total sino parcial, es decir, que de acuerdo a la estructuración por columnas independientes, el golpe o detención de uno de sus miembros, no afecta a otras instancias, permaneciendo intactas para continuar desarrollando toda su actividad político-militar.

En cuanto a las Milicias bolivarianas, son las redes urbanas que, bajo las órdenes del Estado Mayor Central, adelantan labores de propaganda, intendencia, formación, inteligencia y control territorial, además de operaciones tipo comando con fines específicos, como ataques a estaciones de policía. Los colectivos aquí se conforman como comunidades en defensa de ellas mismas o de sectores vulnerables y vulnerados en las zonas urbanas; en el estatuto clandestino de las Milicias así queda orientado:

Las milicias bolivarianas son una organización militar donde caben todas las personas cuya integridad física e intereses sean amenazados por la represión reaccionaria, La guerra sucia y sus funestas secuelas (Cap.I).

En las milicias bolivarianas no caben traficantes o consumidores de drogas heroicas, ni ladrones, ni comerciantes inescrupulosos, ni confidentes o informantes del enemigo, ni gente licenciosa o inmoral (...) Las milicias bolivarianas no hacen discriminación política, ni religiosa, ni de clase, excepción hecha de latifundistas, capitalistas reaccionarios, militaristas y organizaciones o personas al servicio del enemigo (Cap.II).

De esta forma, la construcción identificatoria fundada sobre el sentimiento de represión excluye explícitamente actores sociales en el orden de lo criminal (narcotraficantes, corruptos), lo gubernamental (confidentes e informantes), lo moral (*gente licenciosa*) y lo económico (*latifundistas y capitalistas reaccionarios*). A partir de estas exclusiones, los prodestinatarios quedan delineados en términos de ese ordenamiento social múltiple y comprometidos a la militancia contra los representantes de esos sectores.

Finalmente, los prodestinatarios del sector internacional son construidos en función del proyecto político bolivariano. Como mostraré en el siguiente capítulo, el discurso bolivariano será fundamental para el mantenimiento de la dimensión política de la lucha guerrillera; de

ahí que al proyecto chavista venezolano se le inscriba en el colectivo de identificación. La izquierda revolucionaria y la lucha armada guerrillera serán presentadas desde las lógicas de la complementariedad, bajo el cariz de la unidad latinoamericana, por la cual las FARC-EP se mostrarán amalgamadas a esos grupos internacionales.

Pese a que he segmentado estas formas de la multidesignación del panfleto guerrillero, para efectos del análisis, lo más común es que aparezcan imbricadas y diseminadas a lo largo de los textos. Es precisamente en esas articulaciones y saltos entre destinatarios que el panfleto construye con mayor intensidad el modo argumentativo de la polémica: los colectivos de identificación y suspensión giran en torno a la desacreditación de las élites en el poder y permiten delinear a la oligarquía como el enemigo, si bien multiforme, común y único.

Los tópicos del panfleto guerrillero

En el orden de la reiteración y encadenamiento que hacen a los asuntos del panfleto, se puede hablar de la identificación de un conjunto limitado de gestos polémicos que se traducen en unidades temáticas inscritas en el discurso guerrillero. Esas unidades pueden ser pensadas, desde la tradición narratológica, como *motivos*, en tanto que fragmentos proposicionales de material temático que se repiten entre textos, más o menos de manera invariable¹²⁸. La configuración estable de esos motivos se puede reconocer como inscripción de tópicos en el discurso.

A nivel de las temáticas, motivos o tópicos en los panfletos, se puede reunir su dispersión en ocho categorías interrelacionadas: imperialismo, terrorismo, paramilitarismo, narcotráfico, violencia histórica, paz, engaño/corrupción y gesta revolucionaria (Tabla 4.8):

Tópicos	Ejemplos
El imperialismo	[Algunos] ubican la <i>amenaza</i> en la insurgencia y no en la <i>estrategia neocolonial</i> del gobierno de los <i>Estados Unidos</i> , pareciendo ignorar que con guerrilla o sin ella el imperio dará curso a su <i>agenda</i> de predominio (2010, agosto 23).

¹²⁸ «El tema de una parte indivisible de la obra se llama *motivo*. En resumen, cada frase tiene su *motivo*. Pero es preciso advertir que el término *motivo*, empleado por la poética histórica en el estudio comparativo de las tramas *errantes* (por ejemplo, en el estudio de las fábulas), es sustancialmente distinto de la acepción aquí adoptada, aunque, en general, se define del mismo modo. En el análisis comparativo de los motivos, se define como motivo una unidad temática que se repite en diversas obras (por ejemplo, el *rapto de la novia*, *los animales colaboradores* (...), etc.). Estos motivos pasan enteramente de una estructura narrativa a otra» Tomachevsky (1982[1928]:186).

<p>El terrorismo</p>	<p>Es absolutamente falso que las FARC-EP hayamos emprendido algún tipo de campaña terrorista. Nada más lejano de nuestras <i>convicciones</i> que las acciones indiscriminadas contra la población civil. Nuestros únicos objetivos militares son las fuerzas armadas del Estado colombiano y las <i>bandas criminales</i> a su servicio. Ellas tienen a su cargo la guerra y son por tanto nuestro blanco (2012, febrero 6).</p>
<p>El paramilitarismo</p>	<p>Es el <i>Estado paramilitarizado</i>, pero con la actuación de sus fuerzas para-institucionales con un protagonismo tal, que entraban a tener mayor preponderancia que la institucionalidad formal. La institucionalidad llegó a parecer y efectivamente a estar, en muchos espacios, subordinada al paramilitarismo. En todo caso, se trata de la configuración del <i>Estado gansteril</i> cimentado con la voluntad esencialmente mezquina de los oligarcas apátridas (2010, agosto 13).</p>
<p>El narcotráfico</p>	<p>Ahí vamos, no por las razones que dicen: «no, es que es el narcotráfico...» ¡Todo eso son cuentos! El narcotráfico vive, como viven muchos señores de los que sabemos que están en el gobierno para que su actividad repercuta en beneficio de ellos y sus familias. Pa' levantarse tranquilos porque tienen el desayuno asegurado, el estudio de los hijos asegurado, carros, piscinas, vacaciones en Europa... para eso es el narcotráfico. Nosotros no. No es cierto, no es cierto que las Farc hayan cogido el camino del narcotráfico (2010, julio 29).</p>
<p>El engaño y la corrupción</p>	<p>[E]n Colombia nadie podrá negar, en primer lugar, que las elecciones son tramposas y que sus resultados son espurios, en segundo lugar, que la mal llamada “representación”, excluye al pueblo del gobierno de la nación, y, en tercer lugar, que la gestión pública queda siempre en manos de los testaferros políticos, de las mafias del narcotráfico, de las mafias de la corrupción, de las mafias de los contratistas, de las mafias paramilitares, o de las mafias que defienden intereses de multinacionales extranjeras y, otra vez, de las clases dominantes (2011, octubre).</p>
<p>La violencia histórica</p>	<p>No son los guerrilleros colombianos quienes deben responder por las prácticas atroces y genocidas que el Estado colombiano, por mano de sus fuerzas armadas oficiales y paramilitares, bajo la orientación de las agencias de inteligencia norteamericanas y el Pentágono, se ha encargado de practicar de modo sistemático contra su población <i>durante muchas décadas</i> (2012, junio 22).</p>
<p>La paz</p>	<p>[N]uestra historia es la historia de los múltiples esfuerzos del pueblo colombiano por lograr una paz definitiva y verdadera. Desde la cartas de los campesinos de Marquetalia hasta nuestra actual política de paz, pasando por la Unión Patriótica y por los diversos escenarios del diálogo hemos siempre sido <i>abanderados</i> de la solución política, de la paz, dignidad y justicia social (2012, mayo 27).</p>
<p>La gesta revolucionaria</p>	<p>La cabeza de José Antonio Galán, así como cada una de sus extremidades, exhibidas a manera de escarmiento para evitar otro alzamiento comunero, no lograron impedir la gesta por la independencia. Ni su triunfo. El pueblo empeñó en ello miles de muertos y heridos, gran ruina y enormes sufrimientos. Hubiera sido mejor de otra manera, pero la Corona no quiso. Las FARC son miles y miles de revolucionarios que soportan las más duras condiciones porque creen firmemente en su <i>causa</i> (2011, noviembre 20).</p>

Tabla 4.8. Los tópicos del panfleto guerrillero

El tópico antimperialista dirige la función polémica del panfleto guerrillero hacia la marcación del posicionamiento ideológico contrapuesto: los que son presentados como imperios, especialmente Estados Unidos, quedan ubicados en el lugar de dominadores atemporales (colonizadores, expoliadores, explotadores, etc.) de los pueblos dominados. La lógica imperial de las potencias, en el discurso guerrillero, es la que sigue vigente en el mundo contemporáneo; de ahí que dentro del tópico antimperialista aparezca con frecuencia la oposición al neocolonialismo, el estadounidense, al neoliberalismo, y de base, al capitalismo. El enemigo oligarca es, por defecto, imperial, colonizador, capitalista y neoliberal; sus intereses son invariablemente expansivos y monopólicos. El abuso y la dominación no es algo que suceda de manera asistemática, ni siquiera contingente, sino que se trata de una *agenda*, de un sistema en crecimiento continuo; un modo planeado, sofisticado y perverso de ejercer la política. De ahí que el gesto antimperialista se resuelva en términos de defensa a esa política en detrimento de los pueblos oprimidos; con ello, la inversión del imaginario del sujeto peligroso reubica la amenaza, que pasa de ser interna a ser externa.

En el tópico antiterrorista se opera una inversión similar: la guerrilla no produciría el terror, sino que combatiría aquel que producen sistemáticamente los gobiernos colombianos, subordinados a la lucha antiterrorista estadounidense. Nominalizaciones recurrentes en el discurso guerrillero, como «Terrorismo de Estado» y «Gobierno terrorista» dan cuenta de ese esfuerzo por invertir los roles conservando los discursos de base: el imaginario del terrorismo, que constituye ya una doctrina globalizada, ingresa al campo de las disputas por la verdad (‘¿quién es, en realidad, el terrorista?’) y por la historia; así, las FARC-EP aseguran que se trata de la misma doctrina de seguridad nacional¹²⁹ estadounidense desde la Guerra Fría, reconvertida en los tiempos actuales con el estigma del terror que, según defienden,

¹²⁹ «El Acta de Seguridad Nacional, promulgada en Estados Unidos en 1947, fue el principal instrumento para el desarrollo de la concepción del Estado de seguridad nacional. Esta ley dio al gobierno federal el poder para movilizar y racionalizar la economía nacional al involucrar a los militares en ella, preparándolos para la eventualidad de una guerra (...). En 1950, el Consejo de Seguridad Nacional estadounidense aprobó el Memorando 68, que formuló la estrategia militar internacional de los Estados Unidos. Dada su vinculación institucional con el país del Norte, América Latina quedaba cobijada por lo aprobado en ese documento. Restaba buscar una mayor homogeneidad en la organización y la tecnología militares. Los programas de ayuda militar bilaterales, ejecutados entre 1952 y 1958, fueron el punto de partida para que los ejércitos latinoamericanos se afincaran en la órbita tecnológica y operativa de Estados Unidos. En la misma dirección influyó la guerra de Corea, pues sus aplicaciones fueron usadas para desarrollar programas de información y entrenamiento para los latinoamericanos que adelantaron cursos militares en Estados Unidos. Esos programas se impartieron desde 1953, al amparo de la "Ley de defensa mutua" formulada dos años antes. El entrenamiento militar de latinoamericanos en Estados Unidos y más tarde en la Zona del Canal en Panamá, contribuyó a la transferencia de la concepción norteamericana de seguridad nacional a los ejércitos de la región» (Leal, 2003:77).

contradice sus propias *convicciones* políticas. Su discurso ha orientado esa reasignación del terror depositándolo en los gobiernos y particularmente en lo que han presentado como una estrategia elevada a estructura estatal: el paramilitarismo.

La institucionalización del paramilitarismo es el principal componente de este tópico. Las FARC-EP denuncian esa cooptación del Estado por parte de los grupos paramilitares y su consecuente connivencia con las Fuerzas Armadas para beneficiarse económicamente. En los discursos se insiste sobre la ilegitimidad de un Estado paramilitar y terrorista: desde esa visión, no se trata de ejércitos privados que fueron conformados por grupos económicos de poder local (terratenientes, ganaderos, inversores, etc.), sino de una estrategia estatal que, calculadamente, provino de la misma élite gubernamental para desplazar y despojar a los habitantes de la periferia nacional. Al mando de dicha estrategia, como iniciador y promotor de ella, se suele acusar directamente al expresidente Uribe, aunque no exclusivamente, pues también refieren la existencia de estructuras paramilitares desde la época de La Violencia (los *pájaros*, reconvertidos en paramilitares) y de grupos violentos paraestatales como los causantes del exterminio de la Unión Patriótica, el partido político de izquierda vulnerado hasta su desaparición, en la década del 90.

El narcotráfico también aparece como tópico en los panfletos. Es común que sea traído a escena para rechazar las acusaciones que recibe la guerrilla al respecto de su participación en la economía de la coca; también es utilizado como imputación contra los paramilitares, las bandas criminales y contra el Gobierno mismo, al que se acusa de *mafioso*. La guerrilla ha insistido en que el lucro que obtienen del narcotráfico es insignificante y está representado en los llamados *impuestos revolucionarios*, es decir, cuotas obligatorias que reciben por parte de los productores pequeños de drogas ilícitas. Con ello, aseguran que no son narcotraficantes (no se dedican a su comercio y distribución, ni nacional ni internacionalmente) y que, en cambio, prohíben su consumo en las filas guerrilleras y en las regiones donde ejercen control territorial. De otro lado, bajo este tópico insisten en la legalización del uso recreativo de estupefacientes, bajo condiciones de consumo controlado; así, tratan de desmarcarse de la imagen de narcoterroristas, que fue introducida y reforzada particularmente en el gobierno de Uribe (2002-2010), como parte de la política contrainsurgente.

Ese tipo de políticas y, en general, el sistema de gobierno ejercido por las élites es atacado como elaboraciones engañosas y corruptas, lo que constituye otro tópico de su discurso.

Dentro de él, las acusaciones en torno a la manipulación de los resultados de los proyectos gubernamentales es común y se articula con el papel de los medios de comunicación como altavoces comprados por las élites. La denuncia de esos engaños, calificados usualmente como *retórica* del Gobierno, endilga la mentira y la mala fe sobre la palabra oficial; de tal modo, se pone en crisis la representación del pueblo y desde el vaciamiento de ese lugar, se instaaura la palabra guerrillera como su ‘verdadero’ representante.

En el orden de la introducción de la historia, el discurso de las FARC-EP insiste también en el relato de una memoria alternativa y marginal, en el cual la violencia estatal se despliega en contra de los pobres, especialmente de los campesinos y las zonas de frontera. Como tópico del panfleto, la violencia histórica reclama la responsabilidad del Gobierno sobre el origen y la permanencia del conflicto armado; sobre ese reclamo es construida la justificación de la lucha armada y la apropiación de la paz como bandera política. El tópico de la paz, así, emerge cada vez que el discurso guerrillero hace recuento histórico de su insurgencia: su política es y siempre ha sido *la paz con dignidad y justicia social*, y desde este relato, la guerra no es producida sino sufrida por ellos. De nuevo, se trata de la inversión de las acusaciones para reiterar sobre los mismos tópicos que construyen los panfletos. De aquí se derivan motivos recurrentes: la falta de garantías para la oposición política; la toma de las armas como camino al que fueron obligados; la unión del pueblo en torno a la resistencia armada; y la indignación como sentimiento colectivo son recurrentes en esta temática de la paz y la violencia históricas.

Finalmente y muy relacionado con el tópico anterior, las gestas revolucionarias aparecen con frecuencia en la tematización de los panfletos. Los próceres de las guerras de Independencia del siglo XIX, así como los caudillos de las guerras civiles en ese período son presentados como antecesores y fundadores de la resistencia armada guerrillera. La *causa*, entonces, es antigua y heredada. El discurso guerrillero constantemente está reconstruyendo las gestas revolucionarias, las de Independencia del siglo XIX y las socialistas del XX, para amplificar la construcción de esa continuidad histórica misional¹³⁰.

¹³⁰ Dejo aquí identificados como tópicos algunos elementos a los que volveré para desarrollarlos en profundidad en capítulos subsiguientes: el interdiscurso revolucionario (Cap.5), la acusación de engaño en la erística del discurso verdadero y la disputa por la historia (Cap. 7).

Las movidas retóricas del panfleto guerrillero

Como parte de su dimensión genérica, el panfleto guerrillero reitera no solo destinatarios y tópicos, sino también segmentos funcionales de acuerdo con propósitos comunicativos particulares. Esos segmentos representan acciones operadas a través del discurso y directamente relacionadas con las condiciones de la enunciación panfletaria. Angenot (1982:295-304) propone estudiar esas acciones como etapas o fases que, al ensamblarse, conforman la estructura discursiva del panfleto¹³¹, si bien advierte que «en vez de construirse linealmente, el panfleto, más que otro género persuasivo, es *humoresque* y ‘zigzagueante’ (...), el discurso progresa entonces en espiral, desde tesis particulares hacia juicios cada vez más englobantes».

Identifico en los panfletos guerrilleros cuatro segmentos que funcionan como *movidas retóricas*¹³², esto es, como unidades funcionales y dinámicas de acción a través de las cuales el decir guerrillero (se) defiende o refuta, diagnostica, pronostica y exhorta, a veces en ese orden, pero más usualmente de manera combinada y con mayor o menor intensidad y extensión en alguna de esas acciones. En la Tabla 4.9 utilizo un panfleto breve, pero completo, para ejemplificar las movidas:

Movidas	Ejemplo
Diagnóstico	Escuchamos de la oligarquía colombiana y sus generales el anuncio oficial de la muerte del Camarada y Comandante Alfonso Cano. Resuenan aún sus alegres carcajadas y sus brindis de entusiasmo. Todas las voces del Establecimiento coinciden en que ello significa el final de la lucha guerrillera en Colombia.

¹³¹ Según el autor, el panfleto se compone generalmente de las siguientes etapas, que pueden aparecer mezcladas: 1) *Circonscription, à travers une serie de symptômes et de paradoxes, d’un scandale essentiel.* 2) *Assertion des valeurs perverties et mise en relation de ses valeurs et de l’énonciateur (extériorité du pamphlétaire).* 3) *Démonstration des causes et de la nature du scandale. Tableau argumenté et mise en corrélation des symptômes dispersés.* 4) *Subversion/refutation des systèmes de justification liés au scandale.* 5) *Intrusion du langage affectif et prophétique, autojustification du discours et invitation au changement* (Angenot, 1982:304).

¹³² La idea de las movidas retóricas (*rethorical moves*) proviene del desarrollo de la teoría del género discursivo en el ámbito anglófono, desde la década del 90, a partir del trabajo de John Swales inscrito en la tradición de la retórica aplicada a la enseñanza del inglés y al estudio de los textos científicos. En su publicación de 2004, las define así: *A ‘move’ in genre analysis is a discursual and rhetorical unit that performs a coherent communicative function in a written or spoken discourse (...); it is better seen as flexible in terms of its linguistic realization. At one extreme, it can be realized by a clause; at the other by several sentences. It is a functional, not a formal, unit* (Swales, 2004: 228-229). No me interesa utilizar aquí sus categorías analíticas desarrolladas, como la noción de *paso*, dado que la ocurrencia de series de pasos para convertirse en movidas no se da de manera sistemática en el panfleto guerrillero, así como resultan asistemáticos los rasgos que identificarían límites entre un paso y otro.

Defensa/ Refutación	La única realidad que simboliza la caída en combate del camarada Alfonso Cano, es la inmortal resistencia del pueblo colombiano, que prefiere morir antes que vivir de rodillas mendigando. La historia de las luchas de este pueblo está repleta de mártires, de mujeres y de hombres que jamás dieron su brazo a torcer en la búsqueda de la igualdad y la justicia.
Pronóstico	No será esta la primera vez que los oprimidos y explotados de Colombia lloran a uno de sus grandes dirigentes. Ni tampoco la primera en que lo reemplazarán con el coraje y la convicción absoluta en la victoria. La paz en Colombia no nacerá de ninguna desmovilización guerrillera, sino de la abolición definitiva de las causas que dan nacimiento al alzamiento. Hay una política trazada y esa es la que se continuará.
Exhortación	Ha muerto el Camarada y Comandante Alfonso Cano. Ha caído el más ferviente convencido de la necesidad de la solución política y la paz. ¡Viva la memoria del comandante Alfonso Cano!

Tabla 4.9. Las movidas retóricas del panfleto guerrillero (FARC-EP, 2011, noviembre 5)

El diagnóstico es el movimiento que instala la visión particular de la situación, encuadrándola dentro del ataque al contradestinatario. En panfletos más extensos, este movimiento suele presentarse bajo la escenografía del relato histórico, desde donde construye su enunciación como historiografía verdadera, contra la oficial que se ha encargado de ocultarla. El diagnóstico permite identificar la coyuntura sociopolítica que origina el decir panfletario, pero no se reduce a su informe o a una mera función instrumental de comunicado; por el contrario, la situación motivante es expandida hacia el posicionamiento polémico; en el ejemplo citado, el asesinato del líder guerrillero es utilizado para representar la imagen del colectivo gubernamental (el *Establecimiento*) como una oligarquía que celebra cruelmente la muerte del cabecilla. En ese sentido, este también es el segmento donde la perspectiva y a veces la palabra misma del enemigo es traída a la arena para amplificarla negativamente e iniciar, con ello, el combate en la próxima movida.

La refutación establece el distanciamiento con respecto a la palabra del enemigo y, al mismo tiempo, reformula polémicamente su decir, para subvertir los roles de dominación y declararse implícitamente poseedor y defensor de la palabra verdadera. El panfletario aquí reordena el mundo, recupera los valores amenazados o perdidos en las acciones y decisiones del enemigo; con ello, modela una moral de pensamiento y de acción, que suele funcionar a través del tratamiento epidíctico del tópico. La refutación también suele presentarse como autodefensa o autojustificación del grupo guerrillero, cuando el panfleto es motivado por un ataque a su credibilidad, o bien, cuando se abordan tópicos como el del terrorismo y el narcotráfico. En el caso del ejemplo, la violencia histórica y la gesta revolucionaria convergen en la exaltación de la figura del líder guerrillero extinto para oponerse a la tesis del

fin del fin y restarle contundencia a la operación militar de las Fuerzas Armadas.

En el pronóstico, la voz guerrillera se vuelca hacia el futuro para configurar la relación de continuidad con el pasado y el presente. La anticipación del futuro caracteriza al panfleto como un género cuya palabra es profética (Angenot, 1982:93-98). Esa capacidad de previsión del futuro pone al panfletario en la posición privilegiada de quien ve ‘más allá’ de lo que la política en curso es y muestra; así, calculan y ponen en evidencia sus proyecciones. Esa adivinación tiene la certeza y la garantía del hecho presente y de la lógica de su continuidad y profundización: como el futuro es distópico (y muchos panfletos se detienen en su descripción), la resistencia guerrillera tendrá que ser más sólida y estar preparada para enfrentar el peor de los mundos posibles. A partir de este imperativo, todo pronóstico de la lucha guerrillera es una aserción de su continuidad y una prohibición explícita de dar marcha atrás; de ahí que la *desmovilización* y la derrota insurgente no se vean contempladas nunca en los pronósticos del panfleto.

La exhortación es la movida retórica donde la acción aspira a la conmoción. El tono es casi siempre exaltado y llega a la arenga, o a lo sumo, a la invitación a algún tipo de cambio (de pensamiento, de sentimiento o de la propia acción). La muerte del líder guerrillero es así, por ejemplo, la exhortación al grito unido en su honor y a la construcción de la memoria de los héroes caídos en batalla (guerrilleros, pero también revolucionarios, próceres, En el mismo sentido del pronóstico, esta movida retórica también se vuelca hacia el futuro, pero su énfasis está en la convocatoria a la acción colectiva y a la interpretación unificada de la situación que motiva el panfleto; el asesinato de su máximo líder no equivale, así, al debilitamiento de la lucha, sino al impulso a su profundización en tributo a la memoria del nuevo mártir revolucionario.

Lo más interesante de las movidas retóricas no es el descubrimiento de patrones de ordenamiento o de guiones que pueden funcionar como esquematizadores de la escena genérica. Más allá de esa posible sintaxis, lo crucial es lo que dice la emergencia de esas movidas retóricas en particular al respecto de la oposición política en el discurso insurgente. Se trata de una oposición que debe invertir el mayor esfuerzo enunciativo en reparar la imagen de quien enuncia, en validarse como sujeto autorizado para disentir y en introducir su palabra crítica dentro del sistema del cual se encuentra expulsado. De ahí que las movidas de diagnosticar y defenderse/refutar sean formas de ocupación de un lugar de crítica legítima en

el espacio social, es decir, de vencer las condiciones enunciativas de ilegalidad y clandestinidad que sobredeterminan sus modos del decir. En ese proceso, el panfleto guerrillero subordina el orden del demostrar por el orden del revelar o mostrar lo que -creen- ha sido ocultado. El paso hacia el pronóstico y la exhortación concentra la fuerza del desacuerdo en la dimensión emocional, desde la apelación al miedo o a la amenaza del futuro, o bien, a la esperanza del horizonte final de la revolución; en ambos casos, hay una fuga del presente que desvía la oposición para concentrarse en la adivinación y deja en manos de las consecuencias amplificadas la base justificativa del argumento¹³³.

El panfleto, como lo resalta Danblon (2005:52-56), lidia con el filo de la radicalización de la crítica, es decir, de un posicionamiento límite que lo hace pensar que su punto de vista no tiene que ser demostrado, porque la verdad que sostiene es evidente. En este sentido, el mecanismo dialógico de la crítica es bloqueado, esto es, se obtura toda posibilidad de intercambio de argumentos: se trata de una crítica que no acepta la contradicción, porque está basada en la denuncia (diagnóstico y refutación) y en el peso de las consecuencias (pronóstico y exhortación). Las movidas retóricas dan cuenta de ese efecto de evidencialidad, que a nivel del estilo ya se habían transparentado en la epideixis. En otras escenas genéricas, como la que comento a continuación, lo epidíctico volverá a aparecer involucrado en los términos analizados.

4.3.1.2 El homenaje y la efemérides

En estas escenas genéricas predomina la función retórica conmemorativa. La conmemoración guerrillera exalta las figuras de los fundadores del grupo armado, especialmente a Manuel Marulanda y a Jacobo Arenas, a quienes se les rinde homenaje cada año, en marzo y agosto, respectivamente. Asimismo, se rinde tributo a los jefes y combatientes caídos en combate (guerrilleros, pero también próceres, revolucionarios, caudillos, políticos y líderes de izquierda). Para el periodo analizado, el asesinato de la

¹³³ Walton (2000) considera que el argumento por las consecuencias es un tipo de razonamiento práctico que se encuentra en la base del recurso tanto al miedo como a la amenaza, si bien trata de diferenciarlos, pues suelen presentarse imbricados: *It is argument from consequences, as the underlying structure upon which both appeal to fear and appeal to threat are built, that explains the real relationship between the two. Once this underlying structure is revealed as the common root, it is clear why the two overlap so much, and seem to be so closely affiliated. It is not that the one is a subtype of the other then-as it may seem at first-rather their relationship is that both are variants on an underlying type of argument which is more fundamental and simpler. If this approach is right, it all points in the direction of both fear and threat appeals as being reasonable prudential arguments in some cases* (Walton, 2000:139).

máxima autoridad del ala militar (el Mono Jojoy, en septiembre de 2010) y del jefe principal del Estado Mayor Central (Alfonso Cano, en noviembre de 2011) motivó la aparición de varios textos encomiásticos, firmados por el Secretariado en su conjunto, o bien, por algunos de sus miembros. Parte de esos homenajes se materializaron en el renombramiento de bloques y comandos, que adquirieron los nombres de los combatientes caídos¹³⁴, es decir, que la función conmemorativa extiende su performatividad hacia la designación de las estructuras y, con ello, la penetración de los nombres homenajeados en la organización institucional de la guerrilla, desde donde se pretende que la tropa y la población civil los mantenga presentes.

En cuanto a las efemérides, celebran hechos localizados tanto externa como internamente al país y a la guerrilla misma; entre los primeros, se encuentra la conmemoración del 1 de mayo, el bicentenario de la independencia nacional, el día de la mujer y las revoluciones rusa, chilena y cubana. Algunos hechos internos, por su parte, conmemoran el aniversario de la guerrilla cada 27 de mayo; el surgimiento del Movimiento Bolivariano, cada 29 de abril; y el frustrado proceso de paz de El Caguán.

Un caso particular de tránsito entre el homenaje y la efemérides lo constituye la conmemoración del 26 de marzo, fecha en que la guerrilla recuerda la muerte de Marulanda a través de la institución del *Día del derecho universal de los pueblos a la rebelión armada*:

Constituye para las FARC-EP el más encumbrado honor saludar a los compatriotas del universo presentes en esta plaza, que en homenaje póstumo al Comandante Manuel Marulanda Vélez, el héroe insurgente de la Colombia de Bolívar, el maestro de la guerra de guerrillas móviles, instituyeron el 26 de marzo, como día del derecho universal de los pueblos a la rebelión armada (FARC-EP, 2012, marzo 24).

El homenaje al fundador de la guerrilla colombiana deriva en la institucionalización de la lucha armada como derecho y, por tanto, en la pretensión no solo de su legitimidad, sino también de su legalidad. El discurso fariano persigue esa reconversión basándola en el reconocimiento político que algunos gobiernos le han otorgado en el pasado, particularmente

¹³⁴ El Bloque Oriental pasó a llamarse *Bloque Comandante Jorge Briceño* (otro alias de Víctor Julio Suárez Rojas, el 'Mono Jojoy'); a su turno, el Comando Conjunto de Occidente fue renombrado como *Bloque Occidente Comandante Alfonso Cano*; el Bloque Noroccidental también tomó el nombre de uno de los miembros del Secretariado, alias *Iván Ríos*, asesinado en 2008 por su guardia personal; un año antes, las Fuerzas Armadas habían ultimado a otro jefe militar de la guerrilla en el norte del país, y lo que se conocía como Bloque Caribe se denominó, en su honor, *Bloque Martín Caballero*. Abordaré con más detalle la onomástica de las estructuras de la guerrilla en clave interdiscursiva, en el capítulo 5.

durante los procesos de paz con los expresidentes Betancour (1982-1986) y Pastrana (1998-2002). Un tal derecho de rebelión armada estaría, además, sustentado en las gestas de independencia decimonónicas:

La violencia revolucionaria, la rebeldía frente a regímenes injustos y tiránicos, es un derecho universal irrenunciable, que no puede ser arrojado al oscuro socavón del olvido. Lo inculcó el Padre Libertador en la aurora independista (sic) de hace dos siglos: “La insurrección se anuncia con el espíritu de paz, se resiste contra el despotismo porque éste destruye la paz, y no toma las armas sino para obligar a sus enemigos a la paz”... y hasta la declaración universal de los derechos humanos aprobada por la ONU en 1948, consagra y legitima el derecho a la rebelión (FARC-EP, 2012, marzo 24).

Las figuras de Marulanda y Arenas son fundamentales en el imaginario identitario de la guerrilla, por lo que encarnan desde la perspectiva del perfil de la lucha armada: en esencia, la unión de fuerzas del campesino y el proletario contra el enemigo oligarca. Desde algunas lecturas históricas y sociológicas (por ejemplo, COP, 2009), esta dupla representó también la tensión bien resuelta entre lo militar y lo político, dado que la dirección compartida de la guerrilla durante tres décadas le permitió sortear las contradicciones inherentes entre proyectos con esas afinidades, en un equilibrio que se vio roto precisamente con la muerte de Arenas, en 1990. Sobre la simbolización de esas figuras guerrilleras, las FARC-EP frecuentemente dejan testimonio:

El camarada Manuel representó en sí mismo a una generación entera de campesinos que se atrevieron a responder a la violencia oficial consuetudinaria y a levantarse contra un orden y un régimen político injusto. En su abrazo profundo con Jacobo Arenas se encarnó la necesaria alianza obrero-campesina y el horizonte comunista que Marulanda acogió con la sabiduría de su raigambre labriega (FARC-EP, 2012, marzo 29).

Estas dos figuras privilegiadas resultan trascendentales para la mitificación del origen: ambas son fundacionales y modélicas, además de representar la persistencia de la lucha hasta el momento de su muerte, ambas ocurridas de modo natural. La imposibilidad de los sucesivos gobiernos de asesinar a estos líderes guerrilleros es interpretada como una victoria vital del grupo armado y de la lucha misma; en esa persistencia se vendría a demostrar *de facto*, desde esta lectura, que la guerrilla es superior a la estrategia contrainsurgente:

Los cuarenta y ocho años de lucha que cumplimos las FARC-EP, este 27 de mayo son la mejor demostración de que un pueblo consciente, organizado y disciplinado no puede ser vencido ni siquiera por los más poderosos enemigos. Desde Marquetalia a la fecha, las crecientes y cada vez más entrenadas fuerzas armadas colombianas han estado tras nosotros en una feroz actividad predadora, contando a su vez con la asesoría militar del Pentágono y la ayuda financiera de los Estados Unidos. Cada uno de los sucesivos gobiernos oligárquicos que ha prometido vencernos, ha visto frustrados sus propósitos y dejado en cambio tras de sí un país ensangrentado (FARC-EP, 2012, mayo 27).

En las escenas genéricas del homenaje y la efemérides, resaltan estos modos de amplificación tanto de la extensión de la lucha armada como de la asimetría con respecto al enemigo. La contradicción de una revolución prolongada por casi medio siglo se resuelve, así, en términos de la admiración a la persistencia: la resistencia es, en sí misma, una forma de la victoria, sobre todo si el enemigo es superior logísticamente, pero inferior moralmente:

¿Qué más se puede esperar de personajes tan siniestros? Hace poco, oficiando como ministro de defensa y de los “falsos positivos”, Juan Manuel Santos se solazaba con los cadáveres de guerrilleros abatidos en los Montes de María. Ahora, el actual jefe de esa cartera, señor Rodrigo Rivera, se conduele más por la muerte de la perra Sasha, que por los centenares de soldados muertos y heridos en el campo de batalla de La Macarena. La fementida “Sodoma”, nombre de la operación que segó la vida de los nuestros, no es otra cosa que el mismo Estado colombiano en su bancarrota moral (...), los cerebros de la seguridad democrática, tan celebrada por el presidente Santos, ordenaron las masacres contra la población inermes, las ejecuciones extrajudiciales (“falsos positivos”), las fosas comunes, las detenciones masivas, las desapariciones y desplazamientos forzados, y tantos otros abominables crímenes de lesa humanidad (FARC-EP, 2010, septiembre 29).

Los géneros del homenaje muestran, pues, esta doble cara: exaltan las figuras conmemoradas, al tiempo que rebajan al enemigo a la condición del canalla. La crueldad atribuida hace de la guerra una lucha asimétrica en la que los logros del más débil son más meritorios; precisamente en conservar la vida y resistir la sevicia gubernamental consiste la duración del conflicto como victoria. La resistencia guerrillera es, con todo, un acto ejemplar para los combatientes y los oprimidos; y la muerte en combate eleva al guerrillero a la posición del héroe.

El discurso guerrillero construye la figura del héroe a través de esa invocación a los combatientes caídos dentro de la ética sacrificial de la lucha armada (Carnovale, 2011; Vezzetti, 2009). Homenajear a los héroes es una tarea que asume el discurso como parte de su

compromiso con esa ética:

Las prisas y los afanes de la guerra no pueden hacernos pasar por alto las recordaciones importantes. Y marzo sí que está lleno de ellas. Grandes hombres como Manuel Marulanda Vélez, Raúl Reyes e Iván Ríos abandonaron físicamente nuestras filas en un mes así, para incorporarse a la inmortalidad con su obra y con su ejemplo. Mujeres como Mariana Páez también se sumaron en marzo al contingente de heroínas que han sacrificado su vida por el sueño de la Nueva Colombia (FARC-EP, 2012, marzo)

Desde esta perspectiva, una de las dimensiones de la función conmemorativa es la reinterpretación de los hechos históricos de la guerra a través de formas de reescritura de la historia, particularmente de aquellos relatos que el discurso contrario capitaliza como victorias. La muerte (dentro o fuera del combate) hace posible la inmortalidad de los héroes y le abre paso a la cadena de heredad; también permite la construcción del modelo de conducta que requiere la formación y la permanencia de los combatientes. Los héroes ‘mayores’ de la revolución (Bolívar, Guevara, etc.) son encarnados en otros más cercanos para probar que es posible ser héroe en la localidad; se trata de la generación de condiciones propicias para la identificación con los ideales y las convicciones que sostienen la guerra. La reinterpretación de los asesinatos de los guerrilleros, y sobre todo de sus máximos jefes, se orienta hacia el refuerzo y profundización de esos compromisos que hacen a la causa:

La muerte del camarada Alfonso Cano jamás podría ser el canto de cisne de la lucha armada, ni mucho menos de la inconformidad social en alza irrefrenable. No podría ser tampoco el punto irreversible de su cuerpo inerte cuya *imagen de santo blasfema* la crónica roja, mientras gozan de morbo sus victimarios que a sueldo actúan para regocijo de la tiranía santista (...) Frente a las cenizas de los nuestros y la roja memoria de los caídos, rotos los cristales de la luna o con su plata fulgiendo en el corazón audaz de los de abajo, estoicamente avanzamos sin quejumbres hacia el *asalto de los cielos* (...) Nunca será tan largo ni enteramente *tortuoso* el camino como para hacernos arriar las banderas que agitamos, desde las raíces de nuestro *compromiso sagrado* por la *tierra prometida del comunismo* (...) Pastor insigne del verde olivo, talismán del oprimido, destello de la estrella insurreccional, olor de flora liberada, caminante del bosque y las razones, cuya *agonía no ha sido sino cimiento para la vida nueva*, sin explotadores ni explotados, sobre los que se va levantando la América sin cadenas (FARC-EP, 2012, enero 9).

El asesinato de Alfonso Cano fue un golpe militar simbólicamente poderoso contra la estructura guerrillera, pues fue la primera vez en la historia del conflicto que las Fuerzas

Armadas abatieron al jefe máximo de la insurgencia¹³⁵. Desde principios de la década del 80 Cano empezó a ascender en las estructuras guerrilleras, hasta ser parte del Secretariado del Estado Mayor Central de las FARC-EP y luego su comandante en jefe. A diferencia de Marulanda, a quien reemplazó en la máxima comandancia en 2008, Cano no era un campesino, sino un militante ciudadano de izquierda con formación universitaria en antropología y, en general, con un perfil más académico e intelectual, anclado en una firme ortodoxia marxista-leninista. Su cercanía con el ala más política que militar hizo que se le viera dentro de la guerrilla como el ideólogo sucesor de Jacobo Arenas, cuyas ideas fueron retomadas después de su muerte por el mismo Cano para liderar la conformación del MB y el PC3, a partir del año 2000.

En la extensión de la cita anterior resalto el tono lírico que adquiere el homenaje a Cano y, en general, a los líderes guerrilleros caídos. Se trata de un lirismo barroco, exaltado y arcaico, que orienta la visión de la muerte ya no solo hacia el dominio de la heroicidad, sino además al de la hagiografía. El encadenamiento de las imágenes religiosas acerca la palabra guerrillera a lo que Tarcus (1999) ha denominado la *secta política*, esto es, la comprensión y operación de la política bajo las lógicas de lo sagrado¹³⁶. Esta lógica, donde el cruce religión-política resulta explícito, es la que posibilita la aparición del martirologio y del sacrificio de la propia vida como condición de fe hacia el alcance de la revolución final. También es la lógica que sostiene la exhortación de la agudización de la resistencia y la negación de la derrota en todas sus formas, desde las más directas, como la desmovilización, hasta las más sutiles, como la autocrítica. En la exaltación de los combatientes caídos se juega esa reescritura de la historia como dimensión de la función conmemorativa: el guerrillero asesinado nunca muere en vano; no es un terrorista menos, sino un héroe-mártir que se suma al inventario de las razones para persistir en la resistencia. Especialmente a partir de su muerte, hay que cederle la voz porque en ella residen las claves de la lucha y desde ella sigue

¹³⁵ Desde el análisis político, así lo sintetizó Ávila (2012:21): «La muerte de ‘Alfonso Cano’ tuvo un impacto más político que militar y con ella el presidente Santos apaciguó las críticas por los retrocesos en el campo militar. De hecho, temporalmente le quitó argumentos al expresidente Uribe y a los sectores que lo estaban cuestionando. Igualmente, logró contrarrestar los reparos que se le venían haciendo a diferentes destacamentos militares a los cuales se les acusaba de un plan tortuga. Así mismo acentuó la sensación de vulnerabilidad de las estructuras de mando de las FARC».

¹³⁶ La secta política es un tipo de secta en general, parcialmente secularizada de la secta religiosa. Sus especificidades son: 1) Su identidad es rígida, cerrada y exclusiva; 2) se vive a sí misma como ortodoxa y define su misión como de restauración de la ortodoxia perdida; 3) generan sus propios dogmas; 4) incluyen rituales y ceremonias con un peso imaginario fundamental; 5) están estratificadas internamente y rinden culto a los líderes; 6) funcionan bajo esperanzas mesiánicas (Tarcus, 1999).

habitando vívidamente entre las tropas:

Tras asumir la comandancia de las FARC, el camarada Alfonso Cano, consecuente con esta línea de conducta política, asegura en carta dirigida mandos y guerrilleros en junio de 2008: «(...)». Y unas semanas antes de morir, en mensaje enviado al Encuentro Nacional por la Paz realizado en la ciudad de Barrancabermeja, expresa así su pensamiento: «(...)» Ese era su pensamiento, su concepción de paz para la patria (FARC-EP, 2012, enero 17).

La voz cedida al combatiente caído aparece de manera recurrente en las escenas genéricas del homenaje; es la función más propiamente *con-memorativa*, es decir, la comunión en la memoria, en su construcción, preservación y difusión. La necesidad de ese trabajo con la memoria es clara: la guerra requiere héroes para justificar su persistencia, y los héroes no sobreviven al olvido sino a través de su activación constante en el discurso que, por supuesto, los crea como protagonistas de la historia. En esta medida, el homenaje y la efemérides forman parte vital de la escenificación de la resistencia:

Son muchas y muy variadas cualidades, las que podríamos destacar del camarada Jorge; pero seguramente, entre las más destacables está su capacidad para interpretar y expresar la forma de pensar y sentir del guerrillero raso, y es que en la práctica nunca dejó de serlo. Auténtico, transparente, directo, no conocía los remilgos de aquellos que al alcanzar posiciones destacadas caen en la trampa de sentirse superiores. No, al contrario, el Mono siempre pensó y actuó como lo que era. Un campesino, un hombre del pueblo (...). Nuestro compromiso histórico es cumplir con la parte que nos corresponde en desarrollo del plan estratégico de las FARC-EP, haciendo honor al nombre de Comandante Jorge Briceño, que hoy lleva el bloque que comandó con gran acierto y capacidad (FARC-EP, 2010, octubre 31).

El asesinato de 'Jorge Briceño' o el 'Mono Jojoy', el 22 de septiembre de 2010, en una operación de las fuerzas armadas estatales, representó un punto de quiebre en el desarrollo del conflicto armado. Las razones de la importancia de ese hecho tienen que ver con la relevancia militar y simbólica de la figura de Jojoy en la estructura guerrillera, debilitada al término del año 2010. Pero también tiene que ver con el momento político en el que aconteció: recién posesionado el presidente Juan Manuel Santos, con esta muerte demostraba la continuidad de la estrategia contrainsurgente antiterrorista, capital político más importante del presidente antecesor. Desde 1993, Jojoy dirigía las operaciones militares de la guerrilla. Era el jefe del bloque más grande de las FARC, que cubría siete departamentos al oriente del

país, con 3400 hombres armados, aproximadamente. Entre los delitos de los que se le acusa, sobresalen los primeros secuestros de políticos y militares, desde la década del 90, y la planeación y comandancia de tomas guerrilleras a cabeceras municipales, batallones y puestos de policía: considerables derrotas militares para las fuerzas armadas del Estado. A nivel simbólico, su cercanía con Marulanda y con el campesinado colombiano, lo mismo que su carácter recio y pragmático, y su temprana vinculación con la vida guerrillera, lo hicieron una figura emblemática de la insurgencia (Bedoya, 2010; Botero, 2010; Molano, 1994). Los diversos homenajes que se le rindieron a través de los discursos guerrilleros coinciden en resaltar esa figura viviente de «lo campesino», que en su momento encarnara también Marulanda y que siguió siendo vital para la imagen del grupo armado más como grupo de resistencia que de ofensiva. El énfasis en la relación entre el mundo popular y el mundo revolucionario está alineado con la visión de la lucha armada como una lucha de clase; esto explica que los tributos recuperen y eleven a modelo las vidas de los campesinos combatientes, pero también de los rebeldes y caudillos de extracción popular, en el pasado menos cercano:

Rindamos tributo en esta efeméride al inca Tupac Amaru, al comunero José Antonio Galán, al negro José Leonardo Chirinos, y a todos los descuartizados por la criminal opresión de la corona española. Honor a la joven Policarpa Salavarrieta arcabuceada por los terroristas pacificadores encabezados por el general español Pablo Morillo. Gloria eterna a Francisco José de Caldas, Camilo Torres Tenorio, a Francisco Carbonel y a todos aquellos, que suplicados en los patíbulos, nos mostraron con su ejemplo el camino de la libertad. A los precursores de nuestra independencia, Miranda, Nariño y Espejo, nuestro reconocimiento eterno. *Tenemos que desenterrarlos, sacarlos de las fosas del olvido en las que los ha confinado la mentirosa historiografía* de los que desviaron el rumbo de la patria, para que *sigan en batalla* (FARC-EP, 2010, julio 15).

El imperativo de la memoria es doble: debe recuperar permanentemente la historia y sus héroes, pero también reescribirla porque ha sido apresada por la mentira en los procesos de opresión y dominación. De ahí que la negación aparezca constantemente en esa reconfiguración de lo histórico, como ejemplifico en la siguiente cita a propósito de la conmemoración del 1 de mayo:

Esta celebración no nació en los salones de las damas de la alta sociedad, ni en los espacios donde se mueven orondas las mujeres de las clases dominantes que ejercen el

poder político en defensa de los intereses de capitalistas y terratenientes. Tuvo origen en las mujeres socialistas y comunistas de Europa, que desearon rendir culto al sacrificio de las ciento veintinueve mujeres en huelga, quemadas en el interior de una fábrica de Nueva York por sus patronos burgueses enfurecidos. Es por tanto un canto a la liberación de la explotación, un himno al repudio de la violencia y el terror con el que los dueños del poder sostienen sus privilegios (FARC-EP, 2011, abril 30)

En otro dominio de las efemérides, la memoria de las revoluciones no insiste en la reformulación de sus interpretaciones, sino más en la presentación de ellas como antecedentes de la lucha armada local. En tanto que precedentes, revoluciones como la chilena, la cubana y la rusa son mostradas como el *continuum* de una historia universal dirigida hacia la meta final del Comunismo; de tal modo, la recuperación de sus memorias invita al aprendizaje en torno a esas experiencias, para aplicarlo en el proceso histórico nacional:

Tendrán que evitarse los errores cometidos. La experiencia de la URSS debe ser estudiada para recoger lo bueno y desechar lo malo. Las particularidades nacionales deben decir qué es aplicable. Los revolucionarios despojados de dogmas y atavismos del pasado, estamos en la obligación de demostrar la validez de octubre. No existe otro camino para los desposeídos de la tierra, que la construcción del socialismo. Aunque muchos escépticos no lo crean, la antorcha de octubre está encendida y...alumbra más que nunca (FARC-EP, 2011, octubre 11).

El discurso guerrillero ancla a estas conmemoraciones el contenido programático de la lucha armada. La celebración es un trabajo de la memoria que permite mantener vivo un proyecto de largo alcance y de geografía también extendida. Ninguna revolución ha fracasado; por el contrario, ellas han sembrado y abierto los caminos de la lucha local, que debe volver a sus progenitoras para aprender de ellas. Cada efemérides opera políticamente en ese sentido y se compromete a mantener viva una memoria que refuerce la lucha. En el extremo de esos refuerzos, algunas efemérides recaban sobre la victimización del pueblo en medio del conflicto, reconstruyendo estos hechos como argumentos para oponerse al orden gubernamental y radicalizar la postura frente al enemigo:

Los hechos tuvieron lugar el 21 de agosto. Ese día, a las 21 horas, la sangre salpicó todas las paredes y callejuelas del poblado, mientras el Ejército decía ocuparse en un falso hospedaje que le impedía brindar la mínima solidaridad a las víctimas indefensas. La

cifra exacta de los decesos resulta incierta. 40 cadáveres quedaron expuestos en las calles, mientras que un número indeterminado, cercano a medio centenar, fueron lanzados al río Catatumbo. Los cuerpos desfilaron aguas abajo en un trágico cortejo que permanecerá imborrable en la memoria de los sobrevivientes.

Honor a *los mártires* de la Gabarra y toda la región. Al *altar de los caídos* jamás llevaremos lágrimas, llevaremos la profunda convicción de luchar para que su crimen no quede impune (FARC-EP, 2012, septiembre 2).

En casos como este, muy comunes, la conmemoración utiliza la memoria para unir los ánimos en torno a la indignación, a partir de la provocación del resentimiento y la atribución del ejercicio de justicia en la lucha guerrillera. La guerrilla será, en tal caso, el agente que evite la impunidad y ejerza la justicia a nombre de las víctimas, rol justificado desde la crudeza de las acciones del enemigo, que se dan a ver con detalle en cada efemérides para que el pueblo las reproche. El homenaje y la efemérides, así como lo resalté en los panfletos, construyen la crítica también a partir de estas funciones de revelación de la infamia ocultada, pero en un marco más conmemorativo que polémico, se anuda en el conflicto interno el problema de la memoria como justificación de la continuidad de la resistencia armada.

4.3.1.3 El comunicado y el parte de guerra

En estas escenas genéricas, el reporte de las situaciones y los cambios en la dinámica de la confrontación asegura el flujo de la información tanto a nivel interno (la tropa) como externo (la población civil). Ahora bien, esa función informativa presenta diversos matices en torno a la reproducción y reafirmación del posicionamiento guerrillero en el teatro de la guerra. Por ejemplo, a propósito del nombramiento del nuevo comandante máximo de la guerrilla, luego del asesinato de Cano, el discurso recaba sobre la prolongación de la lucha como una estrategia de guerra bien planeada desde sus fundadores. Lo que podría ser leído como una derrota militar estratégica y el comienzo de un declive, aquí es reconvertido en afirmación de un plan de largo plazo, en el marco de lo informativo:

Queremos informarles que el camarada Timoleón Jiménez, con el *voto unánime* de sus compañeros del Secretariado, fue designado el 5 de noviembre, nuevo comandante de las FARC-EP. *Se garantiza así la continuidad del Plan Estratégico hacia la toma del poder para el pueblo*. La cohesión de sus mandos y combatientes, como decía Manuel Marulanda Vélez, sigue siendo uno de los más importantes logros de las FARC (2011, noviembre).

El rápido nombramiento de Cano, en efecto, confirma la previsión de la guerrilla en la conformación de sus estructuras de mando, para las cuales cuentan con reemplazantes en todos los cargos, inclusive en el de máxima comandancia:

Previendo que la lucha revolucionaria es hasta las últimas consecuencias, todas las instancias de mando de las FARC funcionan con suplencias para llenar oportunamente las vacantes ocasionadas por la confrontación o cualquier otro motivo (2010, octubre 8).

En términos militares, se trata de un factor de ventaja que le ha permitido a la guerrilla reponerse rápidamente de las bajas de sus mandos medios y superiores (Ferro y Uribe, 2002). En el ejemplo, a esta política organizacional interna se le relaciona con la *cohesión* de los líderes, lo que contribuye a la construcción de una imagen de solidez, orden y confianza en la dirección del grupo insurgente; informar que el nombramiento se ha realizado por *voto unánime* se orienta en esa dirección. En general, a los anuncios que implican este tipo de cambios con implicaciones importantes para la guerra se presentan envueltos en esos juegos de capitalización de las acciones y decisiones a favor de quien enuncia; así quedó registrado, para ilustrar, el momento en que la guerrilla anunció que no volvería a secuestrar civiles:

Mucho se ha hablado acerca de las *retenciones* de personas, hombres o mujeres de la población civil, que con *fines financieros* efectuamos las FARC *a objeto de sostener nuestra lucha*. Con la misma voluntad indicada arriba, anunciamos también que a partir de la fecha *proscribimos* la práctica de ellas en nuestra actuación revolucionaria. La parte pertinente de la *ley 002 expedida* por nuestro *Pleno de Estado Mayor* del año 2000 queda por consiguiente *derogada*. Es hora de que se comience a aclarar *quiénes y con qué propósitos secuestran hoy* en Colombia (FARC-EP, 2012, febrero 26).

El anuncio es particularmente cuidadoso, dada la gravedad del tema del secuestro en

cuanto al costo político que ha tenido para la guerrilla, a nivel nacional¹³⁷ e internacional; escenarios donde esa práctica fue uno de los factores de mayor peso para acusar a la insurgencia de utilizar métodos terroristas. Esa condición adversa explica que el discurso guerrillero no utilice el término *secuestro* ni *secuestrado*, sino los eufemismos *retención* y *prisionero de guerra*, respectivamente. En la cita, además, se hace énfasis en que esas prácticas han respondido exclusivamente a *fines financieros*; en otros discursos, este argumento es desplegado hacia la comparación con los impuestos nacionales como medios de financiamiento de las Fuerzas Armadas; asimetría que el discurso fariano utiliza para justificar el secuestro y otros crímenes (extorsión, *vacunas* o cuotas económicas obligatorias, minería ilegal, *impuestos revolucionarios*, entre otras) como medio de sostenimiento de la revolución. Posteriormente, el anuncio del cese al secuestro adquiere un tono formal y legalista, no solo a través de los términos resaltados, sino también con el enmarcado de la noticia dentro del campo del derecho: la denominada ley 002, expedida en marzo de 2000, es derogada por un *Estado*, el de las FARC-EP, que está en capacidad de dictar, ejecutar y cancelar leyes del mismo modo que el Estado legalmente existente. Se trata, pues, de un anuncio que refuerza la imagen de esta guerrilla como un Estado paralelo y que logra obliterar el reconocimiento de haber incurrido en el secuestro como una práctica criminal, a nivel legal, y como un error estratégico, a nivel militar. El final de la cita contribuye en ese mismo sentido: la guerrilla se desmarca del secuestro y asume el rol del reclamador ofendido.

En un sentido similar dentro de la escena genérica de los comunicados sobre secuestros, las liberaciones son utilizadas para insistir en la identidad de la lucha armada con la paz y la reconversión del secuestrador en aliado de las víctimas:

El *fortalecimiento militar* de las FARC de hoy se levanta en las narices de quienes

¹³⁷ «A lo largo de la década del noventa se había presentado un importante incremento de la movilización (redes, marchas, pronunciamientos, programas educativos, etc.) de diversos sectores sociales en busca de una solución negociada del conflicto armado, (...) denunciando los métodos de guerra de los actores armados. En esa diversidad de motivaciones y objetivos, algunos sectores sociales y políticos tendieron a subrayar el flagelo del secuestro (...). “Las farc no son un ejército del pueblo” fue uno de los lemas de las marchas organizadas contra esta guerrilla para pedir la liberación de los secuestrados el 4 de febrero de 2008. El mensaje y las marchas fueron indicativos de uno de los momentos de más alto rechazo a las FARC, en el país en los últimos años. Las movilizaciones en las que participaron más de un millón de personas en ciudades y pueblos fueron convocadas y organizadas a través de las redes sociales, los medios de comunicación y las administraciones municipales de gran parte de los pequeños poblados de Colombia. Sin duda, su dimensión nacional e internacional constituye un hito en el proceso de deslegitimación social de las guerrillas, que había tomado fuerza desde la década del noventa» (CNMH, 2013b:264-265).

proclamaron el fin del fin y los incita a proclamar la necesidad de acrecentar el terror y la violencia. Por nuestra parte consideramos que no caben más largas a la posibilidad de entablar conversaciones. Por eso queremos comunicar nuestra decisión de sumar a la anunciada liberación de los seis *prisioneros de guerra*, la de los cuatro restantes **en nuestro poder**. Al agradecer la disposición generosa del gobierno que preside Dilma Rousseff y que aceptamos sin vacilación, queremos manifestar *nuestros sentimientos de admiración para con los familiares de los soldados y policías en nuestro poder*. Jamás perdieron la fe en que los suyos recobrarían la libertad, aún en medio *del desprecio y la indiferencia de los distintos gobiernos y mandos militares y policiales* (FARC-EP, 2012, febrero 26).

Es necesario garantizar que la liberación de secuestrados no constituye una debilidad para el grupo armado, sino un modo de *fortalecimiento militar*; este imperativo se resuelve con la desacreditación del enemigo en la apertura y el cierre de la cita, pero también con la reiteración del lugar de enunciación desde donde se construye el anuncio: es un lugar de poder, que los autoriza para secuestrar y liberar a voluntad, a dialogar con las esferas gubernamentales que consideran legítimas (gobierno brasileño) y a denostar aquellos que consideran despreciables, como se lee en el último renglón. Lo más interesante resulta ser la toma de distancia que el discurso guerrillero logra con respecto a la responsabilidad de las acciones. La inscripción de un *sentimiento de admiración* y solidaridad con las familias de quienes ellos han secuestrado vehiculiza esa des-responsabilización y modifica la agencia: las FARC-EP parecen no ser los perpetradores de un crimen, sino víctimas que se solidarizan con otras víctimas de ese crimen. El mismo efecto de distanciamiento de la responsabilidad se puede leer en las siguientes citas, a propósito de algunas liberaciones frustradas y de asesinatos de los secuestrados en medio de operativos militares de rescate:

Las FARC-EP lamentamos profundamente el trágico desenlace del demencial intento de rescate ordenado por el gobierno colombiano el día 26 de noviembre en el departamento del Caquetá. Al tiempo que extendemos nuestro sentimiento de pesar a *las familias* del sargento Libio José Martínez, el coronel Edgar Yezid Duarte, el mayor Elkin Hernández y el intendente Álvaro Moreno, *denunciamos ante la opinión nacional y mundial* que tal hecho obedeció al afán del Presidente Santos y el alto mando militar por *impedir su inminente liberación unilateral* (...). Dialogar sobre un acuerdo que permita el *canje de prisioneros* y abra las compuertas a la paz es una necesidad histórica por la que *clama Colombia* (FARC-EP, 2011, noviembre 28).

A los familiares de estos prisioneros les pedimos un poco de paciencia. Hemos planificado esta liberación para que todo salga bien. *Confiamos que muy pronto podrán abrazar a los*

suyos. En contraste con esta *eventualidad feliz*, los guerrilleros y el conjunto de *prisioneros políticos* están desarrollando actualmente una jornada de protesta al interior de las cárceles del Estado (FARC-EP, 2012, marzo 26).

El primer comunicado utiliza la denuncia para distanciarse de la responsabilidad de la masacre de los cuatro militares mantenidos en cautiverio durante 14, 13 y 12 años, y finalmente, asesinados por sus custodios de acuerdo con las presuntas normas internas de combate¹³⁸. La noticia se reorienta hacia la presión para el ‘canje de prisioneros’ (intercambio de secuestrados por guerrilleros presos), que muestran como una iniciativa política originada en la población civil y a la cual las FARC se adhieren. El destinatario *familiares de los secuestrados* se repite en la otra cita, de nuevo bajo el efecto de solidaridad y remarcando emocionalmente la agencia de acciones en favor de los secuestrados. La orientación, en este caso, vuelve a introducir la figura de los guerrilleros presos, a quienes se designa recurrentemente como *prisioneros políticos*.

En el último caso representativo sobre el manejo del secuestro en el discurso guerrillero, el problema de la responsabilización se juega a través de la negación y la defensa al ser acusados de secuestro:

El Estado Mayor del 10° frente, hace saber a la opinión pública que ninguna de nuestras unidades tiene que ver con este secuestro que condenamos sin vacilaciones, a la vez que alertamos a toda la opinión para *no dejarse manipular y confundir* respecto a los verdaderos autores y las *oscuras intenciones* que puedan estar motivando tan repudiable hecho (...). El secuestro de la menor parece calcado de los *manuals de operaciones psicológicas de los organismos de inteligencia militar*, a fin de moldear la opinión regional y nacional a favor del escalamiento guerrillero propiciado desde las altas esferas gubernamentales (FARC-EP, 2011, octubre 12).

¹³⁸ Según el testimonio de algunos secuestrados que sobrevivieron al cautiverio, como el exdiputado Sigifredo López, «Las FARC, los guerrilleros, tienen la orden perentoria de asesinar a los indefensos apenas sientan el primer helicóptero o la primera bala» (EFE, 2009, febrero 5). El mismo exsecuestrado, años después, reafirma esta versión: «(...) cuando una columna del frente 29 irrumpió sin avisar al campamento custodiado por el frente 60, alias ‘El Grillo’ cumplió la orden perentoria del Secretariado de asesinar a los secuestrados si no alcanzaban a sacarnos con vida en caso de un rescate» (López, 2014, junio 16). Esta supuesta política interna nunca ha sido confirmada ni explícitamente negada por el grupo guerrillero, pues constituye un punto de controversia con respecto a la violación del DIH. Un informe de *Human Rights Watch* (1998) deja ver la relación tensa entre la guerrilla y ese organismo cuando se le reclama el cumplimiento del DIH y se le acusa de violarlo: «Human Rights Watch descubrió pocas pruebas que demostraran que las FARC han intentado adaptar sus métodos a las normas internacionales, que sus miembros violan flagrantemente sobre el terreno. A pesar de nuestra solicitudes reiteradas, las FARC no entregaron a Human Rights Watch una copia de sus reglamentos, manuales de combate vigentes, procedimientos judiciales o reglas de intervención, ni tampoco han respondido a nuestra presentación de una lista detallada de casos, algunos de los cuales aparecen en este informe, de presuntas violaciones cometidas por las FARC» (HRW, 1998, s.p.).

El comunicado logra hacer de la defensa un ataque. El mecanismo se inclina hacia la sospecha sobre las *oscuras intenciones* del enemigo, desde donde la guerrilla se declara vulnerada y en desventaja frente a la opinión pública; de ahí que se le convoque a *no dejarse manipular y confundir*. Frecuentemente, la búsqueda de restauración de la imagen arroja al discurso guerrillero hacia una visión paranoica del enemigo: sus recursos militares y económicos, unidos a su falta de moral, no pueden más que generar una continua suspicacia sobre sus acciones. Estas últimas siempre se califican de atroces, reprochables moralmente y manipulatorias:

BASTA YA DE MANIPULACIÓN Y DOBLE MORAL

1.- Que los *agentes de la policía incinerados* en la emboscada del Doncello (Caquetá) fue [sic] *ocasionado por el incendio*, resultado del efecto de la explosión sobre la gasolina del vehículo; y *no un hecho intencional y perverso de la Guerrilla*, como manipuladoramente lo está presentando el Gobierno a través de los grandes medios hablados y escritos a su disposición.

2.- Que lo sucedido en El Doncello *es mucho menos grave que* las matanzas de guerrilleros mientras duermen, por causa de bombas hasta de 500 kg lanzadas por los aviones de la Fuerza Aérea, donde los altos mandos militares en sus “partes de victoria” a la opinión pública, sin ruborizarse siquiera, dicen eufemísticamente: “Dados de baja tantos guerrilleros” (FARC-EP, 2010, septiembre 22).

En este caso, el reporte del hecho aterrador (los cuerpos incinerados de los policías) requiere la exculpación detenida, sistemática y por partes (de ahí la secuencia enumerada) para evitar la imagen de la guerrilla como actor sanguinario. Ese esfuerzo se realiza a través de dos movidas retóricas: la negación de la responsabilidad y la naturalización de las acciones en la ‘pasivización’ de la estructura sintáctica (*fue ocasionado por el incendio...*), lo que fuerza la construcción hasta el límite gramatical; y la comparación entre acciones de guerra, para demostrar que la sevicia se ejecuta desde la otra orilla. La misma inversión de la culpa se presenta en el siguiente ejemplo:

El pasado 9 de julio, unidades de las FARC-Ejército del Pueblo, realizamos un ataque a la estación de policía y a un comando de las fuerzas especiales del ejército acantonado dentro de una vivienda del área urbana del municipio de Toribio. Muchas de las casas que resultaron afectadas habían sido alquiladas o cedidas por sus dueños a miembros de la policía y del ejército, quienes las estaban habitando en el momento del ataque. Lamentamos la muerte y heridas causadas a civiles, así como otros daños ocasionados por los *efectos colaterales* del combate. Señalamos como único responsable de los daños al

Estado colombiano, por mantener personal e infraestructura militar en medio de la población civil (FARC-EP, 2011, julio 17).

El comunicado está dirigido a la población de Toribío, Cauca, al sur del país, en una de las regiones donde históricamente los enfrentamientos con la guerrilla han afectado de manera más severa a los civiles (Vásquez et al., 2011). Bajo las condiciones desfavorables de ese contexto local a nivel de su aceptación, el texto busca poner en evidencia que los soldados del Ejército utilizan casas de civiles para protegerse de la guerrilla; a partir de esta acusación, se responsabiliza al Estado por los hechos violentos y se autoexcusan las acciones propias como *efectos colaterales*. En un escenario dispuesto así, la guerrilla no se presenta como causante del daño, aun cuando reconozca su agencia en las acciones de la guerra; esta desresponsabilización se puede encontrar en varios discursos llevada al extremo:

El Frente 48 del Bloque Sur de las FARC-EP informa a la opinión nacional e internacional:

1. Que el 1° de noviembre del año en curso, en la carretera que va de la Base Militar de Santa Ana al municipio de Puerto Asís (Putumayo), en la acción militar denominada “Justicia Popular”, *unidades de Misiones Especiales* del comando “Domingo Biojón” *ajusticiaron* al Coronel Edgar Jaime García Nieto, comandante de la 27 Brigada, junto a 5 soldados más que le servían de escoltas.
2. El Coronel García Nieto era uno de los *símbolos más tenebrosos del Terrorismo de Estado* en el departamento; era un irremplazable eslabón en la *diabólica cadena formada por militares y paramilitares*. Llevaba más de 21 años haciendo de *verdugo de su propio pueblo*, lo que le mereció más de once condecoraciones. Todas manchadas de sangre (FARC-EP, 2010, noviembre 20).

La atribución del asesinato del Coronel es clara, pero bastante indirecta. La agencia de la acción no se presenta sino después de un conjunto de datos complementarios: tiempo, lugar y circunstancia del crimen. Luego, el agente se encuentra nominalizado y matizado en lo que denominan *Unidades de Misiones Especiales*, es decir, en una porción muy particular del Frente; lo que viene a decir esta forma de la agencia es que no es común que el grupo guerrillero realice estas acciones, sino que es casi una excepcionalidad, una *misión especial*; ahora bien, el punto 2 del comunicado introduce todo el aparato justificativo amplificando negativamente la figura de la víctima hasta reconvertirlo en victimario, y al crimen, en un acto de justicia ya anunciado en el verbo *ajusticiar*, utilizado antes. El recurso de la ‘diabolización’, como plantea Amossy (2014:63), ilustra aquí el modo más extremo de la

descalificación del enemigo¹³⁹, pero claramente responde a la exigencia de mitigar la contundencia del asesinato en la percepción negativa, aun en medio de la guerra.

En otro tipo de comunicados guerrilleros, la función informativa se desplaza del acento en la defensa/ataque hacia la demostración de autoridad a través de la advertencia. Había ilustrado en parte este aspecto a través de un ejemplo anterior, donde la guerrilla expide y deroga sus propias leyes; como en esa cita, en la siguiente también se juega con la construcción de simetrías y asimetrías entre el actor armado y los sectores sociales a los que se dirige. El objetivo es avanzar más allá de la demostración de la fuerza física en el combate con las armas, hacia la declaración de sí mismas como gobierno *de facto* en ciertas regiones del país:

El Bloque Occidente Comandante Alfonso Cano de las Fuerzas Armadas revolucionarias de Colombia FARC – EP informa: (...) *La empresa oficial o privada* que pretenda llevar a cabo cualquier sobrevuelo, estudio u obra en las regiones donde tiene presencia la guerrilla revolucionaria de las FARC – EP debe en primer lugar *contar con la aprobación* de la comunidad habitante del lugar y en segundo lugar, *informar de sus actividades a la insurgencia revolucionaria*. Solo así se le garantizará su seguridad (FARC-EP, 2012, julio 25).

El control territorial de la guerrilla implica la imposición de condiciones de este calibre. Los actores sociales se ven advertidos o amenazados indirectamente a través de estos comunicados que funcionan bajo la lógica del autoritarismo armado. Este caso resulta representativo de las relaciones que construye la guerrilla con las empresas que llegan a las áreas rurales bajo las promesas e incentivos de las políticas extractivistas y de inversión; en esos territorios, deben lidiar con las reglas de juego que la guerrilla hace cumplir a través de las armas y que se resuelven de diversas formas: la expulsión violenta, el acuerdo de pago de impuestos y extorsiones, la militarización estatal de los territorios, o el combate a la guerrilla con ejércitos privados desde el modelo paramilitar. En cualquier caso, los comunicados despliegan la autoridad de la guerrilla en algunas regiones y la confianza en ese control territorial, amparados en la representación de las comunidades vulnerables al modelo

¹³⁹ *À la limite, on trouve des tentatives de diabolisation, ou présentation de l'adversaire sous les traits du Mal absolu, qui comportement une incitation à la peur en même temps qu'à la haine (Amossy & Koren, 2010). L'autre démonisé ne peut être qu'ostracisé, car il est exclu d'entretenir un dialogue avec Satan en personne. L'adresse directe comme le dialogue ouvert deviennent alors malaisés, et les attaques se font en général au sein de discours adressés au parterre (Amossy, 2014:63).*

extractivista. Ese control genera la sensación de ventaja tanto militar como política en el teatro de la confrontación; en los comunicados que tienden más hacia el género *parte de guerra*, esa ventaja se despliega en clave cuantitativa:

hemos desarrollado 32 combates de distinto carácter en estos 10 días. El último combate, ejecutado el día ayer a las 15:30 horas, en la vereda Paletón, del municipio de Jambaló, dejó como resultado *el derribo de un avión súper tucano por nuestro fuego antiaéreo y muertos sus dos tripulantes, y no como cínicamente pretende ser difundida la información: que fue una falla técnica o humana*; igualmente fue recuperada por nuestra fuerza parte material de guerra del avión, entre ella una ametralladora punto cincuenta (FARC-EP, 2012, julio 12).

Los partes de guerra son escenas genéricas en donde la función informativa se matiza con el efecto de control sobre el enemigo. Se trata de informar que se está ganando la guerra. La reformulación señalada en la cita anterior hace hincapié en la demostración de esa superioridad en las acciones de la guerra; aun sin contar con fuerza de combate aéreo, la guerrilla es capaz de derribar un avión militar, es decir, son invencibles inclusive desde la desventaja en la artillería. El comunicado hace llegar la información hasta la cúpula guerrillera, pero también se dirige a la tropa, para capitalizar el hecho como un incentivo; esa destinación particular es propia del parte de guerra, pues el enemigo no requiere esta información (él hace sus propios inventarios) y la población civil difícilmente la celebraría, como sí lo hace la guerrillerada¹⁴⁰.

Finalmente, la estructuración del parte de guerra es la más invariable de las escenas genéricas:

OCTUBRE 26 [de 2011]

BLOQUE COMANDANTE ALFONSO CANO.

‡Hostigó con francotirador al ejército en la vereda El Nogal municipio de Pradera Valle.

Resultados: un soldado muerto.

‡06:30 Ejército cayó en un campo minado en la vereda San Antonio, municipio de Pradera Valle.

‡10:00 Atacó con mortero 88 mm y fusilería al ejército de la Tarea Conjunta Apolo

¹⁴⁰ Un panfleto anónimo, publicado el 17 de julio de 2012, asegura que en un correo de la Columna Jacobo Arenas se detalla de este modo la operación, por parte de los combatientes protagonistas: «(...) todo el día estuvimos dándonos plomo con el Ejército y la Policía. Y a eso de las 16 horas aparecieron los dos Supertucanos (...). Después de pasar, uno de los aviones se regresó; seguramente con intención de arrojar las bombas, así es siempre. Se ubicó en medio de los grupos nuestros; volvimos a dispararle hasta que se vino a tierra. *Usted no se imagina la emoción de todos, camarada*; era como si el propio Santos se hubiera estrellado de cabeza contra el piso».

ubicados en la parte alta de Sesteadero, Toribio Cauca.
Resultados: 1 soldado muerto.
Propio: 1 miliciano afectado de los oídos.

La textualización es escueta y se ajusta a la lógica del inventario, con la identificación cronológica y espacial específica de las acciones armadas. Para cada hecho se informan los *resultados* obtenidos, como se le nombra a las muertes y lesiones de los combatientes o de las estructuras atacadas (puestos de policía, edificios, automotores, infraestructura, etc.). Los partes también contabilizan las muertes y lesiones de los propios guerrilleros, como se ejemplifica en la cita. En el sitio web donde se reproducen y archivan estos inventarios del combate, aparece la siguiente advertencia de entrada:

En los resultados solamente consignamos las bajas enemigas confirmadas. Por lo general en todas las acciones: minas, hostigamientos, etc. llega la aviación a bombardear, ametrallar y desembarcar para asegurar el área y recoger bajas (FARC-EP, 2016, página web).

A través de este tipo comentarios sobre la conducta de los actores, el parte escenifica la violencia interna en términos de una guerra desigual e irregular, en la que la guerrilla asume el combate como parte de su resistencia armada, porque el enemigo no da tregua. El examen de los partes de guerra lleva a esa idea de la demostración de la fortaleza militar de una insurgencia que no se siente vencida ni acorralada, sino que acumula tantos éxitos en las sucesivas batallas como lo hacen las mismas Fuerzas Armadas estatales, y del mismo modo, los contabiliza para asegurar la supremacía de su ejército. La imagen configurada contradice, entonces, la lectura del conflicto armado desde la tesis gubernamental del *fin del fin*, y así lo busca difundir en el escenario internacional, como lo comentaré a continuación a propósito de las escenas genéricas de la carta abierta y la entrevista clandestina.

4.3.1.4 La carta abierta y la entrevista clandestina

Las escenas genéricas de la carta abierta y la entrevista clandestina construyen un tipo de diplomacia desde la cual la guerrilla se presenta como interlocutor político legítimo de aquellos actores sociales cuyo aval y reconocimiento de la lucha armada puede resultarles importante. Ambos géneros materializan una ‘simetrización’ entre la guerrilla y esos actores

sociales, toda vez que el discurso las pone en pie de igualdad para discutir, participar e intercambiar posiciones con respecto a los asuntos públicos nacionales, regionales y mundiales.

Hay en esa simetrización un gesto de insubordinación; lo insurgente se cristaliza aquí como *insolencia calculada* (Angenot, 1982:59-60), una provocación a los enemigos que transgrede el lugar de subordinación a donde ellos han arrojado al rebelde. Una subversión tal está enraizada en el género mismo; la carta abierta, de un lado, invierte las características corrientes de la carta personal: se espera que el mensaje se difunda ampliamente; no hay una relación íntima o de confianza con el destinatario; y normalmente la misiva no obtiene reciprocidad (Angenot, 1982:59). La entrevista clandestina, de otro lado, no presenta respuestas espontáneas como se esperaría en el intercambio oral, sino que los cuestionarios son cuidadosamente abordados por el entrevistado y las respuestas tienen un alto grado de planificación, además de estar sometidas a la autorización y censura del entrevistado, antes de ser publicadas (el entrevistador tiene muy poca autonomía en la edición final).

La función retórica diplomática en estos géneros se desarrolla en torno al reconocimiento del estatus de beligerancia¹⁴¹ de la guerrilla, como estrategia de internacionalización del conflicto e inserción en ese ámbito político (Torres, 2015). En el discurso fariano, el derecho a ese reconocimiento ha sido reclamado de manera insistente en sus panfletos, comunicados, entrevistas y documentos programáticos; el documento titulado precisamente *Beligerancia* (FARC-EP, s.f.), está dedicado especialmente a justificar ese estatus, evaluando parte por parte los protocolos adicionales y presentando las acciones de la guerrilla como prueba del cumplimiento de esos requisitos:

El material muestra claramente que las FARC-Ejército del Pueblo, tienen todas las condiciones para que se reconozca como fuerza beligerante, de hecho y en la práctica, este reconocimiento se ha dado, incluso por el gobierno y el Estado colombiano, no solo en la última etapa de diálogos y conversaciones (FARC-EP, s.f.:2).

En efecto, durante los procesos de paz adelantados en las administraciones Betancour

¹⁴¹ De acuerdo con los Protocolos adicionales a los Convenios de Ginebra (CICR, 1977), el estatus de beligerancia requiere que el grupo armado tenga dominio sobre un territorio, realice acciones armadas permanentes, cuente con una estructura de mando consolidada, use uniformes o distintivos y respete las normas mínimas de guerra. La primera y última condición de las enumeradas son las que más dudas generan para reconocer a las FARC-EP como grupo beligerante.

(1982-1986) y Pastrana (1998-2002), la guerrilla contó con el reconocimiento de su beligerancia. La recuperación de ese estatus se vuelve fundamental después del dominio del discurso antiterrorista y el repliegue de las FARC-EP, producto de la política de seguridad democrática. En las escenas genéricas diplomáticas se vierte con mayor visibilidad ese objetivo.

Durante el periodo 2010-2012, las FARC-EP fueron una guerrilla particularmente epistolar. Se cuenta un total de 16 cartas remitidas a actores institucionales, personales y eventuales. Los primeros se refieren a la correspondencia dirigida a organismos no gubernamentales nacionales (Colombianos y Colombianas por la Paz, CCP) e internacionales (UNASUR, CELAC y Partido Comunista Brasileño, PCB); las misivas personales se dirigieron a Presidentes latinoamericanos (Daniel Ortega, Dilma Rousseff y Cristina Kirchner), lideresas sociales (Marleny Orejuela¹⁴² y Piedad Córdoba¹⁴³), intelectuales (Medófilo Medina¹⁴⁴) y militares retirados (Gral. Álvaro Valencia Tovar¹⁴⁵). Finalmente, se remitieron también cartas abiertas a dos eventos particulares: la cumbre de las Américas y la Cumbre de los Pueblos.

Con excepción de las cartas dirigidas a Medina y a Valencia Tovar, en las que me detendré más adelante, la diplomacia fue dirigida hacia la negación de la tesis del *fin del fin* y, en cambio, la internacionalización del conflicto a partir de la idea de la paz como tema que afecta a todo el continente, y de la solidaridad con la lucha de los pueblos latinoamericanos:

Señores presidentes: cuando lo estimen oportuno estamos dispuestos a exponer en una asamblea de UNASUR nuestra visión sobre el conflicto colombiano. *La paz de Colombia es la paz del continente* (FARC-EP, 2010, agosto 23).

A la solidaridad se responde con solidaridad. Es un deber y un mandato ético de todo revolucionario. Viva el *internacionalismo*. Nuestra lucha por una Colombia Nueva, patriótica, democrática, bolivariana y socialista hace parte del raudal sonoro de las *luchas de los pueblos del continente* que buscan una salida *anticapitalista* y en ellas *nos sentimos estrechamente unidos* a los emprendimientos del Partido Comunista del Brasil (...) No es

¹⁴² Presidenta de la Asociación de Familias por la Paz, ASFAMIPAZ, que se ha pronunciado en contra de la política de rescates militares de secuestrados por parte del Gobierno colombiano.

¹⁴³ Presidenta de la organización CCP, y exsenadora de izquierda, destituida en 2010 por presuntos vínculos con las FARC-EP. Gestionó y participó en varias liberaciones de secuestrados.

¹⁴⁴ Historiador y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, reconocido investigador sobre el conflicto armado interno. En 2011, como un hecho sin precedentes por parte del sector intelectual colombiano, dirigió una carta abierta al líder de las FARC-EP, Alfonso Cano.

¹⁴⁵ Excomandante del Ejército Nacional, protagonista de hechos como la participación del Batallón Colombia en la guerra de Corea, en la década del 50, y el asesinato de Camilo Torres, jefe de la guerrilla del ELN, a mediados del 60. Su orientación anticomunista fue fundamental en la lucha contra las Farc-Ep durante casi tres décadas.

cierto que en Colombia se asista al fin del fin de la insurgencia guerrillera. Los reveses, previsibles en una confrontación armada, no afectan para nada nuestra determinación estratégica de buscar el poder para el pueblo por la vía de las alianzas políticas, de la solución diplomática del conflicto, o de las armas (FARC-EP, 2012, marzo 19).

La búsqueda de colectivos de identificación en estas cartas suele resolverse por medio del gesto anticapitalista, a nivel de lo económico, y por el gesto antimperialista, a nivel de lo político. Con ambos gestos, el discurso guerrillero construye el programa internacionalista en el continente y dan por sentado la adherencia de organismos, presidentes y líderes sociales al desarrollo de esa causa común. La escena de la carta abierta no es más que la confirmación de ese programa del cual la guerrilla no sería proponente, sino un miembro más. Se trata entonces de la lectura del presente latinoamericano en clave revolucionaria: los gobiernos de izquierda, la protesta social, la constitución de organismos como UNASUR y de eventos como la Cumbre de los Pueblos (contraparte contestataria de la Cumbre de las Américas, con orientación socialista y antiestadounidense), serían pruebas de esa *raudal sonoro de las luchas de los pueblos del continente*, al cual las FARC-EP contribuirían con la toma del poder en Colombia, como lo advierten, a través de la vía diplomática o de la vía armada.

Las cartas abiertas se dirigen a corroborar y amplificar el tránsito de esa lucha a través de una especie de *bloque antiyanqui* en los países latinoamericanos. La identificación de Estados Unidos como el enemigo común exacerba las tensiones en las relaciones de algunos países de la región con el país del norte; por ejemplo, así se dirigían a la presidenta argentina en el momento de su reelección y del deceso del expresidente Kirchner:

Apreciada Presidenta, junto a muchos ciudadanos latinoamericanos, deseamos que prosiga su *acertada política internacional* de estimular la unidad y la soberanía continental frente a la geopolítica y directrices de sumisión que trata de imponerle a la región el gobierno de Washington (FARC-EP, 2011, octubre 28).

Ha partido un latinoamericano *insigne*. Un hombre que batalló denodadamente por la consolidación de un organismo multilateral *independiente del poder de Washington*, propio de Nuestra América, *sin tuteladas imperiales*, que se ocupara de *nuestros asuntos internos, regionales* (FARC-EP, 2010, octubre 30).

Las FARC-EP se presentan como un actor político internacional; consideran que los asuntos de la política regional son de su competencia y que, por tanto, la valoración que hagan de la gestión presidencial resulta importante para los líderes de lo que ellos ven como un bloque

ideológico antimperial. La escena de la carta abierta, así, no solo comunica que los remitentes son solidarios con los destinatarios, sino también lo contrario: hace parecer que los destinatarios están alineados con el remitente; una reciprocidad que el discurso orienta a partir de la valoración positiva del destinatario y, en últimas, el acortamiento de la distancia entre unos y otros como efecto de la lógica epistolar. Estas asociaciones, producto de efectos genéricos, hacen pasar las perspectivas políticas como si estuvieran conectadas por afines estratégicamente construidas; se trata de un efecto de homogeneidad producido por la función diplomática de estos discursos, como lo señalan Arnoux et al. (2012:138):

el discurso paradiplomático de las FARC propone un único punto de vista, homogéneo, pero integrado en realidad por textos diversos que entran en calidad de reconstruidos a su texto, produciendo la ilusión de homogeneidad ideológica con Morales, Correa, Chávez y aquellos otros que enarbolan el discurso latinoamericanista.

A partir de la conformación de esos bloques de poder en el discurso, las cartas avanzan hacia el establecimiento de agendas en la discusión pública. La escena genérica no se limita al esfuerzo por el reconocimiento de la acción política de la guerrilla y su estatus de beligerancia, sino que se autoriza para determinar los temas y problemas que eventos como la Cumbre de las Américas tendría que abordar en sus reuniones. Marcar la agenda, aquí, ya no es la simple solicitud de permiso para participar, sino la actuación misma como organización relevante a nivel continental:

En plena crisis mundial del capital, una *exitosa* cumbre de las Américas *debiera ocuparse* de mucho más que el crecimiento económico afín a las reglas del mercado. Abordar el respeto a la soberanía e independencia de sus naciones, un modelo de desarrollo alternativo, la proscripción de la guerra como forma de afrontar conflictos. El fin del irracional embargo, así como la *valiente* exigencia del Presidente Correa de integrar libre y plenamente a Cuba, los *legítimos* reclamos argentinos sobre las Malvinas y la solución política al largo conflicto colombiano *son temas prioritarios* en una Agenda continental. (FARC-EP, 2012, abril 14).

Las cartas abiertas de las FARC-EP se esfuerzan por contradecir ideas relacionadas con la interinidad del conflicto armado y la desatención o desactualización de la guerrilla con respecto al mundo contemporáneo, por persistir en una lucha anacrónica «de espaldas a la

realidad»¹⁴⁶. El tratamiento de los temas latinoamericanos es abiertamente evaluativo: la guerrilla se inserta en el escenario político a través de las calificaciones que le permiten adherirse a aquellas posturas en el ámbito de la política legal, y que de este modo pueden hacer pasar como respaldos para su lucha propia.

Un caso particular de construcción de esos colectivos son las cartas dirigidas a los militares y a los intelectuales. En estos casos, las misivas se generan como respuestas directas¹⁴⁷ e introducen un intercambio epistolar entre el sector legal y el clandestino, de cara a la población civil, bajo el cariz de la defensa a los ataques o puestas en cuestión de los remitentes primeros:

Los generales que ahora obran como usted, no tienen la menor idea de lo que este pueblo sufrido, empobrecido y perseguido, será capaz de conseguir en un mañana. Soy consciente, *señor general en uso de cómodo retiro*, de la enorme responsabilidad ante el pueblo de Colombia, ante mis hombres, mi patria y la historia que significa asumir el mando de las FARC Ejército del Pueblo. Comprenderá entonces por qué no puedo menos que sonreír con pesar ante los cantos de sirena de traición que un antiguo hombre de armas se atreve a dirigirme (FARC-EP, 2011, diciembre 11).

Usted no lo sabe, tal vez porque *el tipo de vida que le implica su vocación por la investigación social y la enseñanza es muy diferente al nuestro*. Pero eso que llama dificultades políticas y técnicas o los avatares de la guerra que podrían dificultar un intercambio fluido, significan en realidad que las veinticuatro horas del día hay sobrevuelos sobre nosotros ubicando la mínima señal eléctrica, de radio, teléfono o internet para molernos a bombas. Sin hacerle mención de las enormes operaciones terrestres que buscan exterminarnos (FARC-EP, 2011, diciembre 1).

El resalte de las posiciones sociales de los interlocutores le permite a la guerrilla orientar la refutación hacia las cuestiones de clase: es desde el lugar de los desfavorecidos económica y políticamente que las FARC-EP se autorizan para hablar sobre el conflicto y para hacer la guerra. No así intelectualmente. De hecho, en las cartas abiertas el discurso guerrillero reclama y disputa la construcción de un saber ‘objetivo’, asumiendo un perfil académico en el

¹⁴⁶ El argumento del anacronismo de la lucha armada y de la pérdida de visión de la guerrilla es recurrente en los sectores radicales de derecha en el país. La frase utilizada como cita se puede leer, por ejemplo, en una nota periodística titulada «La oscura realidad de las Farc» (elcolombiano.com, 2012, agosto 24).

¹⁴⁷ La carta abierta del profesor Medina fue dirigida a Alfonso Cano, pero la respuesta fue firmada por Timochenko, dado que durante ese periodo fue abatido el jefe guerrillero. La carta del General fue dirigida directamente al nuevo comandante de la guerrilla, Timochenko, precisamente motivada por ese relevo en la dirección. No me detengo aquí en el contenido de la correspondencia sino solamente en los aspectos de la escena genérica, pues lo demás es abordado, analizado y citado a lo largo de los demás capítulos de esta tesis.

tono de las declaraciones. Ese tono los lleva a criticar las elaboraciones intelectuales del destinatario y a evaluar la calidad de sus argumentos; las cartas, así, devienen en escenografías propias de la controversia académica:

General Valencia Tovar: Lamento profundamente que la erudición histórica y política del autor de *El ser guerrero del Libertador* [obra escrita por Valencia Tovar] (...) se desgaste al final de su vida en la *pobreza de argumentos con los que me escribe* para convidarme a la defección (...). Nuestra plataforma para un nuevo gobierno de Reconciliación y Reconstrucción Nacional, producida en la Octava Conferencia Nacional en 1993 y adoptada como programa de lucha del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia, contiene unas propuestas de país y sociedad que *usted al parecer no conoce, y que le recomiendo estudiar* para hablar con alguna propiedad acerca de nuestras concepciones e ideas. Me permito, al igual que muchos millones y millones de colombianos, *dudar de su objetividad* acerca de los desarrollos de la guerra interna que se libra en Colombia (FARC-EP, 2011, diciembre 11).

La extensión de los temas implicados en su carta riñe con las circunstancias y el tiempo que nos permite la confrontación. El rigor académico exigiría en realidad que los argumentos en los que cifra usted ciertas afirmaciones acerca del pasado histórico, *fueran expuestos con mayor lógica y amplitud*, para poder sopesarlos en su justo valor. De alguna manera la naturaleza de su escrito lo impide, lo cual puede terminar por conducirnos a un vano enfrentamiento de supuestos inadecuadamente fundamentados. Sin embargo, me permito señalar algunos hechos que creo podrían *enriquecer aun más sus apreciaciones* (FARC-EP, 2011, diciembre 1).

Lo particular, pues, de lo diplomático en estas cartas abiertas es la autopresentación intelectual de la guerrilla, producto de la conformación de cuadros dirigentes más académicos que los que la distinguían tradicionalmente como una guerrilla campesina; el cambio en la comandancia de Marulanda a Cano y posteriormente a Timochenko se ve representado en el discurso especialmente en este sentido. Durante el periodo analizado, ese tono intelectual será puesto en escena en favor de la recuperación de su dimensión política de cara al futuro proceso de paz; en esa escenificación se debe demostrar la capacidad de interlocución de la guerrilla con el enemigo de clase, que las FARC-EP extienden tanto a la clase política dirigente como a la militar e intelectual. Las respuestas a las cartas del General Valencia y del profesor Medina se originan en ese momento de búsqueda o de recuperación de una identidad más

política que militar, y por esa razón, orientan los contenidos hacia la disposición de iniciar un proceso de paz con el Gobierno Santos que permita, según ellos mismos, «una salida *civilizada* al conflicto» (FARC-EP, 2011, diciembre 1).

En las entrevistas clandestinas publicadas durante el periodo analizado opera una orientación similar. En junio de 2011, el diario español *Público* difundió una entrevista con el extinto comandante de las FARC-EP, Alfonso Cano, que fue replicada posteriormente a través de los canales de comunicación de la guerrilla. La entrevista, como se anuncia en el portal del diario, fue realizada a través de un cuestionario enviado por correo electrónico y es la única que dio Cano al sector internacional, mientras dirigió el grupo guerrillero. Muchas respuestas se extienden en el relato a largo plazo de la guerrilla como historiografía de la resistencia; en la ‘historización’ del conflicto se construyen justificaciones de la lucha armada y se instala un nuevo orden de la realidad alrededor de la justicia de la causa. La entrevista deviene, entonces, en un historiografía a través de ciertos recursos escenográficos, como la memoria del origen y la continuidad del pasado en el presente:

- P: Son la guerrilla más antigua del mundo. ¿Siguen vigentes los motivos por los que iniciaron su lucha armada o éstos han cambiado con el tiempo?
- R: (...) Las FARC *nacimos* resistiendo a la violencia oligárquica que utiliza sistemáticamente el crimen político para *liquidar a la oposición democrática y revolucionaria*; también como respuesta campesina y popular a la *agresión latifundista y terrateniente* que inundó de sangre los campos colombianos usurpando tierras de campesinos y colonos, y *nacimos* también, como actitud digna y beligerante de *rechazo a la injerencia del gobierno de los Estados Unidos* en la confrontación militar y en la política interna de nuestra patria, tres razones esenciales que gestaron a las FARC tal como se señala en el Programa Agrario de Marquetalia elaborado y difundido en 1964. Una somera mirada sobre la realidad colombiana de mayo del 2011, nos muestra que, a pesar del contexto internacional reseñado, estos tres factores germinales *persisten e incrementan en la actualidad* (sic) (FARC-EP, 2011, junio 16).

La función diplomática de la entrevista desborda así la intención del mero reconocimiento en el ámbito internacional, para avanzar hacia la escritura de una historia insurgente, opuesta a la oficial, que convoca la conformación de bloques de poder contra las causas permanentes del conflicto: falta de garantías a la oposición política; violencia por los recursos agrarios; e injerencia estadounidense. El discurso guerrillero recaba en que esas condiciones *persisten y se incrementan en la actualidad*, utilizando la entrevista y el medio internacional como

plataforma de propaganda para la búsqueda de adherentes. En ese camino, debe reparar los puntos débiles de su imagen, desmentirlos y reconvertirlos en parte de su lucha:

P: Ante la negativa del Gobierno a aceptar canjes de rehenes por guerrilleros presos, ¿qué planes tiene para los *secuestrados* que siguen en poder de las FARC?

R: Le entiendo que usted se refiere a los *prisioneros de guerra* que tenemos en nuestro poder, porque una aproximación desapasionada, rigurosa y objetiva al tema, en una confrontación política, social y militar de cerca de 47 años, que enfrenta a dos adversarios debe aludir a prisioneros de guerra que las partes capturan en el devenir de esa confrontación, cierto? (sic) (...) Por encima de *la indiferencia del Estado* sobre sus propios soldados, vamos a perseverar (FARC-EP, 2011, junio 16).

La acusación de secuestradores queda desplazada por la corrección ‘cortés’ sobre el término utilizado por el entrevistador, vuelve sobre el recurso a la historia y reclama la visión *desapasionada, rigurosa y objetiva del tema*, lo que remite a las normas tradicionales del periodismo. Al final de la respuesta, la acusación es invertida y termina por afectar al Estado, por su *indiferencia* con los soldados secuestrados, esto es, se pasa del rol del acusado al de acusador en favor de la imagen propia a nivel internacional. En la entrevista a otro líder guerrillero, alias Fabián Ramírez, se repite ese tópico:

P: ¿Cómo debemos entender que las FARC no van a secuestrar más?

R: Lo que hemos dicho y lo repetimos, nosotros no volvemos a hacer secuestros con fines económicos, entiéndase bien, con fines económicos. Pero *si un soldado cae en combate eso no se llama ningún secuestro, es un prisionero*.

K. P. En cuánto a la política de las FARC de secuestrar lo que ustedes consideran políticos corruptos, ¿continuarán haciéndolo?

F. R. Es que los políticos corruptos están asesinando al pueblo. No con las balas. Pero con *la plata que se roban*, con *esa plata que se roban*, les están quitando las posibilidades de que puedan sobrevivir de una forma mejor.

Entonces, en un país altamente rico, hay una tremenda pobreza. Y esos corruptos, serán *llamados a juicio* para que respondan ante *el juez* (FARC-EP, 2012, julio 31).

Las autojustificaciones sobre el secuestro encuentran cada vez más dificultades a partir de su rechazo y su asociación con el terrorismo en los escenarios internacionales. El argumento final es el de *llamar a juicio* a los corruptos y reiterar que *se roban la plata*; la justicia por mano propia es convocada aquí como el verdadero objetivo del secuestro y la imagen de la guerrilla es orientada hacia el de una especie de tribunal popular. Es importante llenar de

sentido la práctica del secuestro político sobre todo en géneros como el de la entrevista, a través del cual la guerrilla le habla a los países del mundo desde la posición de justicieros del pueblo. En esa dinámica de preguntas y respuestas, lo dicho adquiere el cariz de la aclaración; del que es capaz de ‘rendir cuentas’: cada afirmación despeja las dudas acerca de la legitimidad de las acciones guerrilleras. Ahora bien, cuando una aseveración puede tener repercusiones complejas a nivel de esa imagen internacional de la guerrilla, las respuestas simplemente son evadidas:

P: ¿Qué relación mantienen con los gobiernos de Cuba, Venezuela y Ecuador?

R: Si usted me lo permite, preferiría abstenerme de una respuesta alusiva a nuestras relaciones con cualquier gobierno del mundo (FARC-EP, 2011, junio 16).

En 2008, aun tras la muerte de alias Raúl Reyes¹⁴⁸, quien era conocido como el *canciller* de las FARC (Pérez, 2009), la diplomacia internacional de la guerrilla continuó la búsqueda del apoyo internacional de los gobiernos vecinos de Ecuador, Venezuela y Cuba. Las relaciones con estos países, no obstante, tuvieron que ser manejadas con prudencia por parte de ambos actores, dado el estatus de grupo terrorista que logró imponerse contra la guerrilla durante el periodo de la Seguridad Democrática. A partir de 2010, Ecuador y Venezuela empezaron a rechazar su apoyo explícito a las FARC-EP, tras constantes acusaciones sobre la presencia y operación de guerrilleros en los territorios vecinos, especialmente de miembros del Secretariado, además de un presunto apoyo económico y logístico sostenido desde décadas atrás. En 2012, Venezuela será solicitado como uno de los países garantes para iniciar el proceso de paz en territorio cubano. En las entrevistas concedidas a medios internacionales, el discurso guerrillero evitará comprometer a los gobiernos de esos países con la lucha armada y más bien los presentará como *países confiables* para el acompañamiento en el desarrollo de las conversaciones de paz.

¹⁴⁸ Luis Édgar Devia Silva, sindicalista y líder comunista, antes de la década del 80, cuando se unió a las FARC. Fue miembro del Secretariado y se encargó principalmente de las relaciones internacionales de la guerrilla. Murió bombardeado en territorio ecuatoriano, en 2008. Según Pérez (2009:26-37), Raúl Reyes «buscó fortalecer espacios de discusión académica y política sobre el conflicto colombiano dentro de los partidos de izquierda de los países escandinavos, de Centroamérica (especialmente el Partido de los Trabajadores, PT, y el Partido Revolucionario Institucional, PRI, de México) y en el seno de las organizaciones comunistas del cono sur (...) Reyes estaba convencido de que las últimas demostraciones de poderío militar por parte de las FARC, la toma a poblaciones, el ataque a bases y estaciones de la Fuerza Pública, el secuestro de casi trescientos soldados y policías, y el establecimiento de estructuras de ‘gobierno popular’ (...) le demostrarían a los ‘amigos’ de Europa que eran, sin discusión, un gobierno en armas que necesitaba de su reconocimiento para partir en dos el territorio de Colombia».

4.3.1.5 El manual de formación guerrillera

La presencia de manuales guerrilleros permite hablar de una función formativa en los discursos de las FARC-EP. Los textos correspondientes se presentan como cartillas dirigidas a los reclutas para introducirlos en la doctrina guerrillera, en el marco de las prácticas y las instituciones internas de formación de combatientes. Según se sabe por testimonios de desmovilizados y por operativos de incautación, existen centros de entrenamiento desde la década del 80, principalmente en la zona andina del país (verdadabierta.com, 2013, febrero 22), donde se imparten cursos clandestinos de alrededor de un año de duración, con programas centrados tanto en lo ideológico como en lo militar.

Si bien estas escuelas cuentan con material producido específicamente para los cursos, muchos textos de orden más programático e histórico de la guerrilla son utilizados como material formativo, según recomendaciones de los jefes insurgentes. En un comunicado interno del Mono Jojoy, la instrucción confirma ese aspecto:

Por Compañías se tendrá la siguiente biblioteca que la portarán los guerrilleros dando cumplimiento a lo ordenado por la 8a. Conferencia en el sentido que *todo guerrillero debe cargar como mínimo un libro en el equipo*: Estatutos, Reglamento de Régimen Disciplinario, Normas Internas de Comando de Los Guerrilleros y de Las Milicias Bolivarianas, Programa Agrario de los Guerrilleros de Las FARC, Estatutos del Partido Comunista Clandestino, Plataforma de los 10 Puntos para un Gobierno de Reconstrucción y reconciliación nacional. Carta de Reunión Bolivariana, Manifiesto del Movimiento Bolivariano por La Nueva Colombia, Materialismo Dialéctico, Economía Política, Cese al Fuego, Paz Amigos y Enemigos, Correspondencia Secreta del Proceso de paz, Bolívar el Hombre de América, Colombia y Las FARC, Diario de Resistencia de Marquetalia, Cuadernos de Campaña, Cartilla Militar de Orden Cerrado y Abierto de Las FARC, Manual para Comandantes de Compañía, Historia de FARC, el resto de documentos aprobados por conferencias nacionales de guerrilleros, Plenos del EMC y sus conclusiones; Comunicados, orientaciones y ordenes permanentes enviados por el EMC o su Secretariado (FARC-EP, 2007, Plan Bloque Oriental).

El inventario bibliográfico de la guerrilla, como se ilustra, es abundante. En la orden a los combatientes de cargar este material (*como mínimo un libro en el equipo*) se deja ver la preocupación de los mandos guerrilleros por hacer circular la doctrina insurgente en el diario vivir de la guerra. Las escuelas de formación, entonces, no se presentan como espacios exclusivos -pero sí privilegiados- para la formación doctrinaria.

Algunos de estos textos, aparecidos durante el periodo 2010-2012, tienen una particularidad en cuanto a su construcción escenográfica: se trata de cartillas presentadas como cómics e ilustradas profusamente con caricaturas¹⁴⁹. Los manuales titulados *Marulanda y las Farc para principiantes* y *Marquetalia. Raíces de la resistencia* se apropian de esos formatos gráficos para reproducir los contenidos doctrinales:



Figura 4.3 Portadas de manuales de formación guerrillera

Ambas portadas hacen énfasis en lo histórico. La formación se orienta hacia la

¹⁴⁹ Los materiales de instrucción y reclutamiento de la guerrilla no han sido analizados en los estudios sobre el conflicto armado colombiano, si bien se han realizado aproximaciones a los discursos de sus actores desde múltiples disciplinas, con interés en sus dimensiones retóricas, como lo expuse en el capítulo 2. Tales estudios han dejado vacante el análisis de los recursos visuales producidos por los actores del conflicto. En general, sobre la caricatura política en Colombia, el interés se ha centrado en su historiografía y en la circulación masiva de representaciones sociales sobre la violencia de los partidos políticos tradicionales, sus recursos de desacreditación y exclusión (Acevedo, 2009; Ayala, 2008; González, 1990). Existe aquí una clara orientación metodológica hacia el estudio de la prensa escrita y una desatención sistemática de los textos producidos por la insurgencia. En esta tesis solo señalo ese campo de vacancia, pero no me ocupo de él sino en términos de escenografía enunciativa. Un análisis detenido de la retórica visual guerrillera sigue siendo una tarea pendiente.

configuración de una historia de la guerrilla donde es fundamental instalar y mantener la memoria de los orígenes (el sitio de Marquetalia) y de sus fundadores (en este caso, Marulanda en la portada). Pero esos orígenes no remiten solo a la fundación de las FARC-EP, sino que se remontan al mito de la revolución libertaria, encarnada en Bolívar. El formato del cómic permite encadenar la historia en una narrativa gráfica ágil, sencilla y enfatizada visualmente. Los recursos visuales son instrumentalizados políticamente en favor de la producción de sentidos afines con la lucha guerrillera; su función, pues, desborda tanto lo ilustrativo como lo crítico, pues además de polemizar con el discurso hegemónico, adhiere a los combatientes a la convicción de la vía armada, atenuando o borrando los problemas de la oposición violenta.

En ese sentido y en el mismo marco de la didactización en el que se inscriben, los manuales no plantean solamente una revisión histórica¹⁵⁰, sino también un llamado a la acción y a la duración, dirigido a los futuros combatientes:

Esta obra está dedicada, con profundo afecto guerrillero, revolucionario, a la juventud, de la cual convocamos su histórica rebeldía contra la injusticia, su generosidad con los débiles, su irreverencia creadora, porque sólo con audacia e imaginación colectiva seremos capaces de abrir los nuevos caminos de la Patria Grande y el socialismo (...) Invitamos a la juventud a empuñar las armas de la rebeldía en este prelude de la batalla decisiva por la humanidad, como lo hicieron Marulanda y el Che, como Bolívar (FARC-EP, 2011, Farc para principiantes:3).

En cuanto al modo didáctico de la cartilla, el efecto de didactizar a través de caricaturas y cómics es doble: por un lado, la simplificación de la realidad social, a través de la cual se pretende enseñar a ver, a comprender y justificar la lucha armada; y por otro lado, la modelización de figuras de esa lucha, con la reconstrucción de sujetos históricos idealizados, especialmente aquellos vinculados al tópico de la revolución.

En estos manuales, el discurso guerrillero se concentra en remarcar los posicionamientos opuestos doctrinarios frente a las políticas estatales de seguridad y de relaciones internacionales, especialmente con EUA. La denominada “resistencia guerrillera” se argumenta, de hecho, sobre la premisa de un Estado históricamente débil frente a la intervención extranjera, de la cual las FARC-EP se asumen víctimas y portavoces de la

¹⁵⁰ En el capítulo 7 abordaré con mayor detenimiento el problema de la historia en el discurso guerrillero.

población civil afectada:

La guerrilla de las FARC es hoy día la respuesta popular armada más fuerte del continente contra la opresión. Es un ejército revolucionario, conformado sobre todo de los sectores más empobrecidos de Colombia. Con la lucha armada aspiran conformar un orden del día más justo, es decir, socialista (FARC-EP, 2011, Marquetalia:2).

Sobre la narrativa del cómic y la retórica de la caricaturas se van a apuntalar los posicionamientos contestatarios frente a las problemáticas sociales en el país y contra la victimización del pueblo. Denunciar la violencia es, para la guerrilla, un modo de autorizarse al mostrarse como sujeto moral; la forma en que se demuestran las virtudes del enunciador, y de ahí, una pretensión de generar sentimientos de comunidad y confianza en torno suyo, y al mismo tiempo, sospecha y repudio en relación con el otro: EUA, las Fuerzas Armadas y el Estado colombiano.

La victimización representada en la retórica visual establece distancias extremas y dicotómicas entre la guerrilla y el gobierno. A nivel axiológico, esas distancias se logran al construir imágenes de sí como sujetos contrapuestos en sus valores: violentos Vs. pacíficos; virtuosos Vs. viciosos. A nivel ideológico, con la construcción de razones políticas contrapuestas en sus lógicas: oligárquicas Vs. populares; fascistas Vs. comunistas. A nivel emocional, con la construcción de pasiones contrapuestas: sevicia Vs. indefensión; culpabilidad Vs. inocencia.

La caricaturización de tales posicionamientos en el discurso ahonda esas distancias sociales representadas visualmente, al simplificarlas en términos polarizantes y dicotómicos. La simplificación aquí, entonces, responde al carácter didáctico de la cartilla para reclutas, y es a través de ella que se pretende enseñar a ver, comprender y justificar la lucha armada.

4.4 Los escenarios en tensión: ¿Oprimidos/explotados o clientes/empresarios?

Los discursos del período 2010-2012 construyeron dos escenarios enunciativos contrapuestos: el gubernamental lo he reconocido como de orden gerencial; su principal escena genérica (por tematizar el conflicto armado con mayor recurrencia) es el consejo comunal, presentado en términos de *Acuerdos para la prosperidad*, a través de la escenografía del informe ejecutivo. El guerrillero, por su parte, construyó el escenario de la

resistencia armada, a través del panfleto y otras escenas que le son más o menos circundantes, y con una multiplicidad de escenografías entre las que se destaca la historiografía y el cómic. La tensión entre estos escenarios construidos tiene, en su fondo, una disputa por la apropiación e identificación de los destinatarios múltiples, desde la configuración de sus roles y los diferentes tipos de atribuciones (éticas, emocionales y racionales) en uno u otro escenario dispuesto. En otras palabras, se trata de la construcción de la identidad del tercero en el discurso de la guerra; un conjunto de representaciones en las que se juega la aceptabilidad de los proyectos de sociedad que los actores reivindican desde lugares de enunciación equidistantes: el presidencial, legal y legitimado por el sistema democrático formal, y el guerrillero, ilegal y clandestino, discutiendo la legitimidad del estado de cosas y autojustificando su lucha. La disputa por el tercero se tensiona de manera más radical en la construcción de los colectivos de identificación.

En el enfoque gerencial, según vimos, es un colectivo llamado a la aprobación de la efectividad y la eficiencia del sector gubernamental; valores estos ligados con la idea del ejercicio de gobierno como gestión de relaciones sociales bajo la lógica de lo empresarial. En sus versiones más básicas, como lo critican López y Gadea (1995), la dimensión de la ciudadanía queda recortada en la figura del consumidor de bienes y servicios. También Ochoa y Montes (2004:470) han notado cómo esta construcción del ciudadano como cliente/usuario condiciona su práctica de ciudadanía, “sin capacidad de influir en las decisiones públicas, de definir sus prioridades como actor social, de tomar decisiones relevantes relacionadas con el presupuesto y de recibir cuentas por parte de sus gobernantes”. Ahora bien, cuando la figura del ciudadano avanza de ser concebido como *cliente que hay que satisfacer*, a *empresario que debe satisfacerse a sí mismo*, la discursividad gubernamental deja en manos del ciudadano individual la responsabilidad del proyecto de nación. Esa doble representación del tercero (a veces cliente, a veces empresario) es funcional al discurso de la seguridad pública en medio del conflicto armado: la *prosperidad* debe autogestionarse y, para ello, la guerra no es más que un obstáculo para ese desarrollo tanto individual como colectivo; en esta medida, la guerra no responde a problemas anidados en el orden sociohistórico, sino a rezagos del crecimiento económico, que la administración empresarial del gobierno va haciendo desaparecer, como se insiste en las rendiciones de cuentas y en los consejos comunales presentados como informes ejecutivos de gestión.

En el escenario de la resistencia armada, por su parte, el colectivo de refuerzo y el que requiere ser seducido se imbrican en la única forma del *pueblo*. El discurso guerrillero borra esa frontera e imposta la voz de los oprimidos/explotados por un régimen oligárquico, donde la violencia brutal es el método utilizado para garantizar la permanencia de esa opresión y explotación. Los diferentes modos de las escenas de la resistencia y su variedad de funciones retóricas privilegian esa visión de la resistencia como origen, razón de ser y de permanecer de la guerrilla. La toma del poder por las armas, en el discurso guerrillero, en vez de contradecir ese proyecto del que resiste los embates de un régimen tiránico, logra hacer del ataque una defensa: la violencia ofensiva no es más que otra forma de la resistencia. No parece casual, en este sentido, que el principal órgano de difusión del discurso guerrillero sea una revista cuyo título es ese: *Resistencia*, o que la lucha sea definida por ellos mismos como *Guerra de resistencia* (FARC-EP, s.f., estatus de beligerancia:3)¹⁵¹. La conservación de la identidad de los campesinos de origen, organizados en defensa de sus tierras y de la persecución de los Conservadores, es fundamental para la justificación de la guerrilla contemporánea y se trae a escena cada vez que es necesario reparar la imagen de sí misma, al enfrentar las acusaciones por prácticas criminales. A partir del fracaso de El Caguán y especialmente al finalizar la Política de seguridad democrática, cada vez fue menos amplio el potencial de representación del tópico de la resistencia para movilizar sentimientos nacionalistas y hacer que las clases *oprimidas* y *explotadas* se sintieran representadas. De acuerdo con Pizarro (2011:299-301), el poder de convocatoria de las FARC-EP a partir del año 2000 se redujo constantemente hasta pasar a convertirse de una guerrilla campesina con amplias y urgentes reivindicaciones sociales, a una persistente y endémica «máquina de guerra». Esta lectura sobre la guerrilla, que es compartida en numerosos sectores del país, la ha desafiado a re-politizar su discurso e izar viejas banderas: la escenificación de la resistencia de los históricamente vulnerados es la principal.

La tensión entre las representaciones del tercero como cliente/empresario u oprimido/explotado se fundamenta en ese contraste entre escenas de enunciación construidas. El distanciamiento entre los discursos gubernamental y guerrillero se inscribe a través de esas

¹⁵¹ «Las FARC-EP desarrollan su guerra de resistencia, de manera ininterrumpida desde el 27 de mayo de 1964, iniciada por 48 patriotas, 46 hombres y 2 mujeres, en Marquetalia (Tolima), ante la agresión del Estado y el establecimiento y que ha sido continuada por los diferentes gobiernos. Las FARC-EP están ejerciendo los legítimos derechos de rebeló y autodeterminación de los pueblos, luchan por la construcción de una nueva Colombia, sin explotados ni explotadores, en paz, con dignidad y soberanía y por los derechos fundamentales de la mayoría de los colombianos» (FARC-EP, s.f., Estatus de beligerancia: 3).

puestas en escena que son incorporadas a la oposición política en clave polémica; en dirección hacia el modelo gerencial, el discurso oficial convoca a los ciudadanos a introducirse en la lógica de la competencia y la inversión; el discurso insurgente reacciona contra ese direccionamiento y lo denuncia como una forma perversa de la opresión y la explotación oligárquica del pueblo. Los discursos se distancian en direcciones contrarias y arrastran consigo la adherencia de los colectivos que se ponen en pie de lucha contra el enemigo en el teatro de la guerra. En las escenas políticas construidas, el tratamiento de lo público, en general, y del conflicto armado interno, en particular, se sostiene sobre la capacidad de atribuir a los diversos destinatarios valores, emociones y razones fijas, bastante simplificadas, con las cuales el espectáculo de la guerra para la galería y las demostraciones de fuerza antes del proceso de paz obliteraron la profundización de proyectos sociales que convocaran al conjunto de la nación. El momento de inercia del conflicto, en el periodo analizado, está asociado con esa espectacularización de la guerra, una vez vaciada de contenido y extraviada la posibilidad militar tanto de ganarla como de perderla, para ambos actores en confrontación.

Dediqué este capítulo a la reconstrucción de las escenas enunciativas que revelan la guerra como dramaturgia a través del discurso empresarial, de un lado, y de resistencia armada, del otro. El trabajo analítico en torno a esta dimensión conduce a plantearse preguntas y problemas sobre los cuales he pasado en silencio: ¿A qué remiten los tópicos que conforman esas escenas genéricas en tensión? ¿Cómo dialogan con las tradiciones y las actualizan bajo las condiciones contemporáneas del conflicto armado? ¿Cómo son utilizadas esas relaciones interdiscursivas para inscribir la oposición política? El siguiente capítulo lo dedico a abordar esas cuestiones.

Capítulo 5.

La función polémica de las memorias en la interdiscursividad gubernamental y guerrillera

En este capítulo reviso cómo funcionan polémicamente las memorias discursivas activadas en los discursos de las FARC-EP y de Juan Manuel Santos. Con base en los trabajos sobre interdiscursividad, en Pêcheux (1983) y sobre memoria, en Courtine (1981, 1994), describo la apropiación e inscripción de los enunciados del corpus en discursividades anteriores que, actualizadas de maneras particulares, generan “efectos de memoria” y se presentan como condición de existencia de los discursos en estudio.

Enfoco aquí los usos de los interdiscursos neoliberal y revolucionario, convocados como argumentos que apoyan o contradicen el proyecto gubernamental, al oponer saberes, representaciones, ideales y modos de decir vinculados agonísticamente. El “espacio de memoria” revolucionaria, en el discurso de las FARC-EP, articula selectivamente la memoria del socialismo soviético con las gestas independentistas latinoamericanas, incluyendo en ellas los procesos revolucionarios del siglo XIX (con especial énfasis en la figura de Bolívar) y los proyectos de izquierda del XX y XXI (socialismo cubano, chileno y venezolano). Por su parte, el discurso presidencial opera también articulaciones en un cuerpo de interdiscursos ligados con la racionalidad de gobierno neoliberal, específicamente en las tradiciones ordoliberal alemana (la “vitalpolítica” y su marco ético-empresarial en una “economía social de mercado”), norteamericana (la reinención del gobierno desde el enfoque gerencial y la centralidad de la competencia y la inversión en capital humano) e inglesa (la negación de la política agonista a través de la denominada “Tercera Vía”).

Propongo identificar, por un lado, las memorias neoliberal y socialista como memorias dominantes en los discursos presidencial y guerrillero, respectivamente. La lectura intensiva del corpus permite identificar esas dominancias; pese a que es posible encontrar huellas de los diversos interdiscursos tanto en el decir gubernamental como en el guerrillero (por ejemplo: la figura de Bolívar en ambos discursos), en el análisis privilegio la consistencia en la aparición y actualización de esas huellas anteriores que generan memorias dominantes en una y otra discursividad. Además muestro, por otro lado, cómo estas memorias aparecen de modo estratégico en el desacuerdo entre los actores; su anclaje y reactivación introducen tensiones en la presentación de la realidad social -particularmente sobre la seguridad pública-: el conflicto armado y la prosperidad en el país son mostrados en relaciones de exclusión necesaria y urgente, pero a partir de proyectos gubernamentales equidistantes. Los espacios de memoria contruidos distancian hasta el antagonismo esas representaciones cuando funcionan como respaldo y base ideológica de los discursos tensionados.

5.1 La memoria revolucionaria en el discurso de las FARC-EP

El discurso guerrillero aspira a inscribirse en una larga tradición construida en torno a la revolución armada. Una inscripción tal busca activar modos particulares del decir asociados con una matriz histórica de revoluciones sociales, extendida tanto temporal como geográficamente. Pero la relación entre tiempos y espacios históricos heterogéneos es articulada en el discurso en forma de solapamiento: los tiempos y espacios de las revoluciones convocadas ceden su lugar a los tiempos y espacios locales-actuales del conflicto armado interno, que vienen a actualizar la vigencia de las revoluciones pasadas. Si el tiempo y el espacio pueden expresarse como formas indisolubles en la obra artística (o *cronotópicas*, según Bajtin, 1989[1937-1938]:237-410), en el discurso insurgente ese anudamiento convierte el espacio-tiempo presente en una permanencia extendida, unitaria y globalmente programática.

Como afirma Arnoux (2008b:61-87), en el discurso político el cronotopo puede generar una representación de mundo que enmarque y oriente la acción política. El discurso guerrillero¹⁵² busca ese marco y orientación en las revoluciones francesa, rusa y china, las independentistas latinoamericanas del siglo XIX y los proyectos socialistas en la región, durante los siglos XX (socialismo cubano y chileno) y XXI (socialismo venezolano). Se trata de un proyecto cuya desmesura es manejada a través de la construcción retórica de la revolución como cronotopo, esto es, de la amalgama de tiempos y espacios disímiles que se sueldan entre sí con el tópico de la revolución armada como material flexible de esa soldadura.

En el marco de esa recuperación e hibridación de tradiciones revolucionarias, la memoria asume funciones políticas y polémicas. En ambos sentidos, deviene en instrumento y forma de lucha; en luchas de la memoria por resistir el desgaste histórico de los discursos que se

¹⁵² Pero no exclusivamente ese discurso, pues se trata de una propiedad constitutiva del lenguaje: «Esencialmente cronotópico es el lenguaje, como tesoro de imágenes. Es cronotópica la forma interna de la palabra —ese signo mediador con cuya ayuda las significaciones espaciales iniciales se transfieren a las relaciones temporales (en el más amplio sentido)» (Bajtin, 1989[1937-38]:401).

etiquetan/califican como socialistas revolucionarios¹⁵³. Léase aquí *desgastes* como erosiones, deterioros o agotamientos de los gestos y los vocabularios explícitos que se ven asociados con una determinada formación discursiva y que transparentan relaciones de fuerza entre imaginarios sociales, a partir de los cuales un discurso puede aparecer como debilitado o en crisis, frente a otros fortalecidos, en razón de su hegemonía¹⁵⁴ en un momento histórico determinado. La esencia de esas luchas de la memoria no es, entonces, una mera resistencia al olvido, sino una esperanza vehemente de recuperar el lugar de dominio que se considera perdido. La memoria revolucionaria es, así, instrumento de la lucha y realización del modo polémico; en el discurso de las FARC-EP, esas luchas y polémicas se resuelven desde la onomástica de las estructuras y los combatientes, la epideixis del homenaje y las efemérides, y el adoctrinamiento en torno a la interpretación de la tesis de la *Combinación de las formas de lucha*.

En el esfuerzo por la configuración de unos ‘lugares de memoria’¹⁵⁵ que amalgamen las tradiciones revolucionarias, la actualización de la revolución armada debe presentar la violencia que le es constitutiva como un medio -necesario y urgente- de alcanzar los fines propuestos. A través de la negación de su anacronismo, el recurso a la historización y el

¹⁵³ Es decir, que al quedar *etiquetados*, desde la mirada externa, como pertenecientes a la visión del socialismo revolucionario en alguno de sus modos posibles, al mismo tiempo resultan *calificados* según el imaginario que domine sobre esa visión. Sigo aquí la visión de Courtine (1981:40) a propósito de la problematización de estas etiquetas: «la expresión "el discurso comunista" (o también "el discurso socialista", "sindical", "patronal"...) reviste un carácter problemático si denota un bloque de inmovilidad, rígido por una axiomática osificada (...) o incluso un tipo de práctica discursiva que no tuviera otra característica que la diferencial, como en los trabajos de análisis contrastativo. La utilización de esta expresión, o aún la de "la FD [Formación Discursiva] comunista" se referirá aquí, no ya a la existencia de un "mundo discursivo" cerrado, ni a aquella de los mundos separados, sino más bien a la existencia de "dos mundos en uno solo"; un trabajo a partir de la categoría de contradicción considerará la FD comunista como una unidad dividida; el carácter desigual de tal contradicción orienta el trabajo sobre los objetos que son las FD en la perspectiva de una caracterización de las modalidades discursivas del contacto entre formaciones ideológicas dominantes y dominadas: lo que aquí está en juego, es la relación del interior de una FD dominada, del saber que se forma en ella, con su exterior específico, es decir, su interdiscurso».

¹⁵⁴ Son discursos hegemónicos en el sentido en que lo entiende Angenot (2010:31-32): «La hegemonía es, fundamentalmente, un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división del trabajo discursivo y un grado de homogeneización de retóricas, tópicos y *doxas* transdiscursivas. Sin embargo, esos mecanismos imponen aceptabilidad sobre lo que se dice y se escribe, y estratifican grados y formas de legitimidad (...). Entendemos entonces por hegemonía el conjunto complejo de las diversas normas e imposiciones que operan contra lo aleatorio, lo centrífugo y lo marginal, indican los temas aceptables e, indisociablemente, las maneras tolerables de tratarlos, e instituyen la jerarquía de las legitimidades (de valor, distinción y prestigio) sobre un fondo de relativa homogeneidad (...). Si bien la hegemonía está formada por regularidades que hacen aceptable y eficaz lo que se dice y le confieren un estatus determinado, aparece como un sistema que se regula por sí mismo sin que haya detrás un *Geirt* un director de orquesta, un *Dew in machina*, ni siquiera una serie de relevos provistos de una identidad, un rostro».

¹⁵⁵ Como afirma Courtine (2008:12-13), *o discurso político, em geral constituem, de fato, um 'lugar de memória': um dispositivo discursivo que organiza, para qualquer enunciador que toma a fala em seu interior, tanto a lambrança, a repetição e o encaixamento argumentado do que convém dizer quanto o esquecimento e o apagamento do que convém calar*.

efecto de inminencia, el decir guerrillero justifica los medios violentos y resiste el desgaste del discurso de la insurrección armada. En la racionalidad revolucionaria, la violencia se valora enteramente en virtud de sus fines y de la posibilidad de sus resultados (Hobsbawm, 2010[1973]:102)¹⁵⁶. Las observaciones de Hobsbawm (2010[1973]) sobre el sujeto revolucionario iluminan este problema de la incorporación de la violencia en la revolución socialista; el historiador plantea que «todo revolucionario debe creer siempre en la necesidad de tomar la iniciativa y debe negarse a esperar que los acontecimientos hagan la revolución por él». Ese voluntarismo, esencial a lo revolucionario, convive con la «inevitabilidad histórica» del marxismo, pues «no niegan la importancia de los factores objetivos en el proceso de la revolución, de la organización, disciplina, estrategia y táctica» (Hobsbawm, 2010[1973]:127).

Las formulaciones sobre la violencia, en estos términos, preceden a los discursos guerrilleros contemporáneos, relacionan su intradiscurso con el interdiscurso de la revolución armada soviética y latinoamericana. Mixturadas cronotópicamente, esas revoluciones regresan a la actualidad del conflicto armado interno a través de un *efecto de memoria* (Courtine, 1981:32)¹⁵⁷ en el cual la lucha de clases (en la memoria socialista) y las gestas de independencia (en la memoria bolivariana) se convierten en claves interpretativas y programáticas de la realidad desde la cual enuncia la guerrilla.

5.1.1 La memoria socialista

Las FARC-EP reciclan de la historia de la insurgencia en Colombia el proyecto de construcción de un socialismo con perfil colombiano. Este proyecto hunde sus raíces en el desarrollo de la protesta social en el país, aun antes de la llegada del socialismo soviético y de la influencia de la Revolución de 1917, especialmente desde el radicalismo liberal y el movimiento de los artesanos, en el siglo XIX (Gutiérrez, 1995; Vega, 2002d). Este socialismo “a la colombiana”, no obstante, se va construyendo como hibridación de casi todo lo que

¹⁵⁶ En una nota al pie de su estudio sobre los rebeldes sociales, Hobsbawm (2010[1973]:302) anota que «Cuando Lenin supo en 1916 que el secretario de la socialdemocracia austríaca había asesinado al primer ministro austríaco en signo de protesta contra la guerra, se limitó a preguntarse por qué un hombre que ocupaba un puesto como el suyo no había tomado la decisión menos espectacular, aunque más efectiva, de difundir a través de los activistas del partido un llamamiento contra la guerra. Para él era evidente que una acción no violenta y aburrida, pero efectiva, era preferible a una acción romántica pero carente de eficacia. Lo cual no le impidió seguir recomendando la insurrección armada cuando fuera necesaria».

¹⁵⁷ «Los objetos que hemos denominado "enunciados", en la formación de los cuales se constituye el saber propio de una FD, existen en el tiempo largo de una memoria, mientras que las "formulaciones" se toman en el tiempo corto de la actualidad de una enunciación. La relación entre interdiscurso e intradiscurso se juega en este efecto discursivo particular, cuando una formulación-origen regresa a la actualidad de una "coyuntura discursiva" que hemos designado como efecto de memoria» (Courtine, 1981:32).

asuma protesta social y oposición al Estado, en un intento de “fundir diversas tradiciones nacionales y fusionar de una manera ecléctica variadas amalgamas ideológicas y políticas” (Vega, 2002d:45). Ese proyecto aglutinador, que los partidos de izquierda en Colombia no pudieron sostener, es presentado por las FARC-EP como bandera política con perspectivas hacia la toma del poder. El mestizaje utilizará, en este sentido, el cronotopo de la revolución armada para darle sentido unitario a las diferentes tradiciones convocadas: el punto de intersección es el papel de las armas en las relaciones de poder entre opresores y oprimidos. El discurso guerrillero fluctúa, así, entre la defensa *con* las armas y la defensa *de* las armas:

¿Por qué las guerrillas no entregan las armas? En primer lugar no las entregamos porque *son de su propiedad, son su único patrimonio*. Lo demás, la tierra, sus labranzas, sus casas, sus animales y hasta sus seres queridos les fueron arrebatados por la violencia terrorista oficial (Arenas, 1984, diciembre 9, en Alape, 1985:580).

Contra todas estas aberraciones e iniquidades nos hemos levantado los hombres y mujeres que conformamos las FARC-EP, *sembrando sueños y esperanzas a golpes de fusil*, porque el Estado en Colombia no ha dejado otra opción (2005:93, Esbozo).

La defensa *con* las armas deviene en defensa *de* ellas cuando es activado el esquema de la resistencia o de la violencia reaccionaria en el marco de la lucha de clases. El uso de las armas termina presentándose como una imposición externa indirecta a la que conduce la dominación de una clase (oligarca) sobre otra (campesina). En la pregunta por el ser revolucionario, es precisamente ese cierre de las alternativas de acción lo que determina la incorporación de la violencia como medio legítimo: «[l]o que empuja a la gente hacia una revolucionarismo consciente no es lo ambicioso de sus objetivos, sino el fracaso de todas las vías alternativas para alcanzarlos, el cierre de todas las puertas que conducen a ellos» (Hobsbawm, 2010[1975]:350). La memoria socialista en el discurso de las FARC-EP apunta a la actualización de esa inevitabilidad del levantamiento armado, que los revolucionarios franceses, rusos y chinos habrían legado a las clases oprimidas del territorio colombiano. El uso de las armas es inevitable, debido a las condiciones *objetivas* que el discurso guerrillero identifica en su diagnóstico del malestar social, pero también por lo que denominan *Elementos de dominación*, esto es, mecanismos a través de los cuales la clase dirigente anula la insurrección de las masas. El documento programático que mejor ilustra estas cuestiones es un texto clandestino titulado *Habrà insurrección*¹⁵⁸, fechado en 1996:

¹⁵⁸ Texto de circulación interna en el Partido Comunista Clandestino Colombiano (PC3), utilizado en sus cursos ideológicos de formación guerrillera.

la agresión actualmente ya no opera de manera tan simple, como elemental reacción insurreccional de los explotados contra la acción agresiva de los gobernantes. En todas partes la operancia y vigencia de esta ley de la agresión está hoy mediatizada y neutralizada por lo que hemos bautizado como ELEMENTOS DE DOMINACIÓN, los cuales ha sistematizado la burguesía a escala internacional como mecanismo para conservar el dominio político por encima de su descalabro económico práctico (FARC-EP, 1996:4) (mayúscula en el original).

El documento sostiene que existen cuatro elementos que han impedido el estallido de la insurrección y la consecuente revolución de las masas: (1) la manipulación a través de una «política del engaño y de la no violencia como método de dominación» (FARC-EP, 1996:5); (2) la intimidación, por medio del «aparato burocrático militar para atemorizar a las masas y prevenirlas de lo que puede pasarles cada vez que se decidan ir a la lucha por sus reivindicaciones económicas y políticas» (p.30); (3) el desprestigio del proyecto socialista, que «progresó por la misma práctica de las organizaciones revolucionarias que se autocalifican como socialistas y que se disputan el puesto de vanguardia entre sí» (p.8); y (4) las alianzas de la clase política tradicional en contra del avance de posibles insurrecciones, sobre todo en momentos de crisis de gobernabilidad, ello agravado por «la falta de lucidez lógica de la izquierda colombiana y su carácter decididamente socialista, [lo cual] ha impedido sacarle partido a la crisis política por la que atraviesa la burguesía colombiana en general» (p.15).

La activación de la memoria socialista releva, entonces, el tópico de la insurrección armada como centro de la estrategia de lucha por el poder. Sin embargo, la acción insurreccional se encuentra bloqueada por los elementos de dominación que debilitan el discurso que la sostiene; un descrédito tal que se construye inclusive en la izquierda misma, esto es, en la izquierda legal, responsabilizada en estos efectos de memoria por el desgaste del discurso socialista que la clase dirigente logró capitalizar:

La revolución proletaria no se ha dado, ni las revoluciones de índole democrático–burgués comandadas por organizaciones revolucionarias socialistas se volvieron a dar como antes, sencillamente porque estos elementos de dominación de que se vale la burguesía para mantener su dominio pese a su descalabro económico y a su pobre ascendencia en el campo político, *en vez de haber sido atacados por los proyectos revolucionarios han sido fortalecidos por éstos*. Tenemos, entonces, que, paradójicamente, fue precisamente en razón de la aparición del socialismo que la burguesía aprendió a evitarlo mediante el control de la insurrección de las masas (FARC-EP, 1996:16. Habrá insurrección).

Es en este sentido que el discurso guerrillero debe emprender una lucha por la memoria de una especie de socialismo *esencial*, uno no tergiversado. Es una batalla por la resistencia de un discurso desgastado, que tiene que lidiar con una paradoja: cómo sostener que las condiciones sociales son nuevas, pero a la vez son las mismas; cómo defender un socialismo ortodoxo para enfrentar esas condiciones, pero a la vez distanciarse de esa ortodoxia en vista de las experiencias históricas; en últimas, cómo demostrar la vigencia de un discurso desprestigiado y negar su anacronismo, sin afectar la credibilidad propia de la persona que enuncia, al ser catalogado como terco defensor de una causa perdida. Las formas de resolver esta dificultad aparecen con mayor frecuencia en los documentos programáticos que en las comunicaciones del día a día de la guerra; por ejemplo, en su *Esbozo histórico* (2005), las FARC-EP defienden así la vigencia de la revolución:

Nunca se dijo que Colombia vivía una situación revolucionaria, sino que todo lo nuevo que se halló en el proceso, cualifica *de una manera antes no conocida*, la lucha de clases, que en ese momento asumía un carácter político, es decir, señaló elementos, *ingredientes nuevos, cambios cualitativos* que le dan a la lucha general un carácter eminentemente político. Y como los problemas fundamentales del pueblo *no han sido resueltos ni puede resolverlos el régimen actual*, las masas populares se alzan a la lucha que es la encarnación de la confrontación de clases, de las contradicciones que se dan en el seno de la sociedad. Estos elementos analizados en profundidad, como quien dice, en su totalidad, en su relación en *la contradicción que se presenta como la lucha de perfiles nuevos*, es lo que en concreto en concepción política se llamó: *asomos de una situación revolucionaria* (2005:34, Esbozo).

En el discurso guerrillero, la fluctuación entre permanencia y cambio en la lectura de la realidad sociopolítica hace que las categorías, la visión y el vocabulario mismo de la memoria socialista puedan ser actualizadas en la lucha insurreccional. La tesis de los *asomos* de la situación revolucionaria, que ya enunciaba Jacobo Arenas desde la séptima conferencia (1983) y con estas mismas palabras en el libro *Cese al fuego* (1985:45), seguirá resolviendo en las siguientes décadas la contradicción de una revolución prolongada y justificando el levantamiento armado como representación de la inconformidad del pueblo. En el mismo sentido, las palabras del exmiembro del Secretariado, comandante Iván Ríos, a principios del siglo pasado, dejaban ver cómo la recuperación de ese socialismo *esencial* se presentaba como un antidogmatismo y como proyecto adaptado a la situación particular del país:

Nosotros tomamos el marxismo pero no de manera dogmática. Hay unos lineamientos generales desde el punto de vista histórico y que son aplicables, incluso si ustedes se ponen

a leer los documentos neutros verán que hay muy poquitas citas que nosotros hacemos textualmente (...). Nosotros tomamos el marxismo así, los lineamientos generales los tomamos, pero ya cómo lo vamos a haber aquí en concreto eso nos corresponde a los colombianos (...). Marx tiene unos postulados fundamentales sobre lo que es el desarrollo de la historia de la sociedad, sobre lo que es el desarrollo de las contradicciones, sobre lo que es la economía capitalista, sobre el papel las clases explotadas en la sociedad, y sobre el objetivo y la tendencia del mismo desarrollo de la sociedad. Para nosotros esto está vigente (Iván Ríos, entrevistado por Ferro y Uribe, 2002:122).

El discurso guerrillero defiende una lectura general de la bibliografía marxista-leninista, en función de una demostración de autoridad y dominio sobre la realidad particular del país: «nadie puede venir desde afuera a decirnos cómo nosotros tenemos que hacer las cosas», concluye Iván Ríos en la misma entrevista citada. Para Ferro y Uribe (2002:122), se trata de lecturas elementales que obedecen a un perfil no intelectual y campesino de la organización, lo que las ha llevado a desinteresarse por los amplios debates teóricos dentro del desarrollo de las corrientes socialistas. El sesgo no intelectual, como vemos en el discurso guerrillero, deviene además en un arma de combate donde se busca traducir la oposición entre la élite ilustrada y el saber popular, y a partir de la cual la guerrilla dice asumir posiciones críticas frente a la realización de la revolución por imitación de modelos foráneos:

A nosotros nos dicen: «ustedes no son modernos, son unos dinosaurios porque ese cuento del imperialismo está pasado de moda». Es que ese cuento de la moda es más viejo todavía, la moda es vieja porque la moda es lo que un grupo de manipuladores ideológicos nos impone (...). Nosotros seguimos buscando el socialismo. ¿Qué creemos? No que haya un modelo que nos pueda decir así tiene que ser (...); es sobre la base de los fundamentos que planteó Marx, sin tomarlos como esquemas y fórmulas o doctrinas acabadas completamente, sino como guías, como planteamientos fundamentales, que nosotros tenemos que analizar la realidad propia, y de ahí tendrá que salir el modelo para la realidad colombiana (...).

Los documentos nuestros se remiten casi que exclusivamente a la realidad que estamos viviendo, y sobre cómo la vamos a transformar, porque la realidad la conocemos para conocer el mundo y para transformarlo.

Nosotros hablamos de la revolución socialista, si es comunista o no lo es ya ese es un problema que se irá definiendo más adelante. El nombre que se le vaya a dar es lo de menos, lo importante es que nos pongamos de acuerdo en que necesitamos un nuevo país (Iván Ríos, entrevistado por Ferro y Uribe, 2002:123-124).

La recuperación del discurso socialista se traduce entonces en la reiteración de sus gestos más generales y en la paráfrasis de fórmulas aisladas que dan cuenta de una cierta fraseología circulante: *ser manipulados por la ideología, transformar el mundo, unirse para el cambio,*

etc., proporcionan una fundamentación ideológica que se pretende no dogmática y en búsqueda de su propia construcción local. Para principios del siglo pasado, el sesgo no intelectual constitutivo podía explicar la falta de elaboración y aportaciones teóricas e inclusive la ausencia misma de una vanguardia intelectual en la guerrilla. Sin embargo, luego de la muerte de Marulanda no resultaría tan satisfactoria esa explicación, pues las FARC-EP serían comandadas por sujetos con perfiles más urbanos y académicos en su Secretariado y en su dirección, como lo demuestran los casos de Alfonso Cano y Timoléon Jiménez¹⁵⁹. En ese proceso de renovación puede ubicarse la apertura de los jefes guerrilleros, progresiva pero muy lenta, a la aceptación de las reglas del juego democrático liberal para el proyecto socialista en el poder. En los discursos del periodo que precede a los diálogos de paz de 2012, la activación de la memoria socialista más clásica y radical debió lidiar con esos ‘vientos de cambio’ que conducirían finalmente a una mesa de negociaciones, donde la guerrilla empezaría a flexibilizar su discurso marxista-leninista y renunciaría a la toma del poder por las armas¹⁶⁰. En lo que sigue, daré cuenta de esas luchas de la memoria socialista por resistir su propio desgaste en el discurso guerrillero.

5.1.1.1 Las luchas de la memoria

Las luchas onomásticas

Los seudónimos de los combatientes y los nombres de las estructuras armadas (comandos, frentes y columnas) son utilizados como lugares de memoria en la lucha contra el discurso

¹⁵⁹ Así los describía el sociólogo Eduardo Pizarro en 2011: «El actual Secretariado de las FARC presenta una honda renovación interna: Guillermo Sáenz Vargas (‘Alfonso Cano’), Rodrigo Londoño Echeverri (‘Timoléon Jiménez’ o ‘Timochenko’), Luciano Marín Arango (‘Iván Márquez’), Milton Toncel Redondo (‘Joaquín Gómez’), Jaime Alberto Parra (‘Wilson Valderrama Cano’, ‘Mauricio’ o ‘El Médico’), Jorge Torres Victoria (‘Pablo Catatumbo’) y José Lisandro Lascarro (‘Pastor Alape’). Y un suplente, Ermilo Cabrera Ríos (‘Bertulfo’). Un rasgo de esta nueva generación de dirigentes máximos de las FARC es que todos sin excepción, provienen de las filas de la Juventud o el Partido Comunista y todos sin excepción adelantaron estudios universitarios, concluidos o no. Para algunos analistas, estos rasgos de los actuales miembros del Secretariado evidenciarían un gran potencial de negociación de paz, pues su experiencia política y su formación académica los impulsaría más hacia la acción política que hacia la acción militar. Para otros analistas, el predominio de líderes de extracción urbana con formación universitaria no es ninguna garantía para una política de paz exitosa. Estos sectores serían, de acuerdo con estos analistas, más propensos a asumir posturas ideológicas radicales y a jugar al todo o nada, ‘patria o muerte’. Solo la historia podrá dilucidar este enigma» (Pizarro, 2011:285). Finalmente, la historia le dio la razón a la lectura del primer grupo de analistas.

¹⁶⁰ El tiempo terminó confirmando lo que el analista Daniel Pécaut proyectaba en un texto de 2006, al respecto de la longevidad de las FARC-EP: «Cuando se abra la sucesión [de Marulanda como jefe de esta guerrilla; sucesión acaecida en 2008], se verá más claramente cómo las FARC no podrán conservar su cohesión si no vuelven sobre una estrategia más claramente política, que no podría ser distinta a comprometerse en negociaciones (...) Lo que podría convencer a algunos dirigentes de las FARC de intentar una reorientación política es la conciencia de que la prolongación del inmovilismo ya no garantiza tampoco el mantenimiento de la cohesión de la guerrilla y se correría el riesgo, por el contrario, de llevar finalmente al derrumbamiento de la organización en su conjunto» (Pécaut, 2013[2006]:113-114).

oficial. En el capítulo anterior había referido que una de las formas del homenaje póstumo de los combatientes caídos en batalla es la asignación de sus nombres a algunas de esas estructuras. En el mismo sentido de la resistencia al olvido, las FARC-EP han construido una onomástica bélica que activa la memoria del socialismo y la introduce en la lógica de las batallas. El caso más emblemático es el de su máximo líder, Manuel Marulanda Vélez:

(...) trabajando junto con los comunistas, haciendo un curso de filosofía marxista y economía en El Davis, Pedro Antonio Marín decide comenzar a llamarse por el nombre que lo conocerá todo el mundo: Manuel Marulanda Vélez. Adopta ese nombre en homenaje a un líder sindical comunista *asesinado mediante una feroz golpiza de cachiporras y varillas* en diciembre de 1950 en los calabozos del Servicio de Inteligencia Colombiano. El dirigente sindical se oponía a la participación de soldados colombianos - utilizados como carne de cañón- en la guerra imperialista de Estados Unidos contra Corea. *Los revolucionarios dignos nunca mueren*. El nuevo Manuel Marulanda *renace* entonces, retomando el ejemplo y el nombre de su antecesor (FARC-EP, 2011:38, FARC para principiantes).

La idea de la inmortalidad del revolucionario, aquí adherida a la figura del líder sindicalista asesinado en 1950, explicita la funcionalidad del seudónimo en clave de formación ideológica. Pero la adopción del nombre trae consigo la denuncia de la perfidia del enemigo y el enmarcado de la doctrina ideológica que viene a contraponer, de un lado, el marxismo y el sindicalismo, y de otro, la policía represiva colombiana y el imperialismo estadounidense. En el *renacimiento* de los revolucionarios inmolados se renueva, pues, la continuidad de esas oposiciones, con todo el efecto de indignación que vindica a la víctima.

Una revisión onomástica de la estructura guerrillera permite ver el uso de nombres ligados, de diversos modos, a la memoria socialista y, en otros lugares, directamente al Partido Comunista colombiano. En la Tabla 5.1 destaco esa revisión:

Nombre	Ubicación en la estructura	Memoria
Manuel Marulanda Vélez	Fundador y jefe máximo, hasta 2008.	Líder sindical del Partido Comunista, asesinado en 1950 por las Fuerzas Militares.
Jacobo Arenas	Fundador e ideólogo, hasta 1990. También es el nombre de una columna móvil del Comando Conjunto Occidente	Jacobo Prías Alape (alias ‘Charro negro’), guerrillero amnistiado y asesinado en 1960.
Pastor Alape	Miembro del Secretariado	
Timochenko	Jefe máximo, desde 2011.	Semión Timoshenko, alto militar del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, que combatió contra la Alemania nazi.

Héroes de Marquetalia	Compañía móvil del Comando Conjunto Central	En honor a los sobrevivientes del ataque al núcleo de Marquetalia, en 1964, de donde procede el mito fundacional de las FARC.
Che Guevara	Columna móvil del Comando Conjunto Central	Ernesto Guevara. Ideólogo y comandante de la Revolución cubana.
Teófilo Forero	Columna móvil del Bloque Sur	Dirigente sindical del Partido Comunista, fundador de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia. Asesinado en 1989.
Aurelio Rodríguez	Compañía móvil del Comando Conjunto Central	Sastre del Partido Comunista y dirigente popular, perseguido y asesinado durante a principios de la década del 50.
Joselo Lozada	Frente 66 del Comando Conjunto Central	Rigoberto 'Joselo' Lozada fue un campesino de la década del 60, que comandó uno de los núcleos guerrilleros de expansión sobre la cordillera central. Participó también en la Segunda conferencia guerrillera, en 1966, donde se fundó formalmente a las FARC.
Raúl Eduardo Mahecha	Columna móvil del Bloque Magdalena Medio	Sindicalista y antimperialista de la década del 20. Organizó huelgas contra enclaves estadounidenses en el país.
Manuel Cepeda	Columna móvil del Comando Conjunto Occidente	Periodista, abogado y político militante de la Unión Patriótica, asesinado en 1994.
Tabla 5.1. Memorias en los nombres de estructuras guerrilleras		

El nombre de cada estructura abona al sentido de la colectividad la presencia y legado del personaje histórico. Se trata de una memoria que, desde la identificación del colectivo, conlleva la apropiación del referente para mantenerlo vivo en el combate actualizado. Eso explica que las memorias se orienten hacia las luchas de los antiguos combatientes, sean ellos los campesinos de Marquetalia, los líderes sindicales o los militantes de la Unión Patriótica; así mismo, se trate de personajes locales o internacionales. El gesto que atraviesa sus biografías es la persecución y el sacrificio: la mayoría de ellos fueron asesinados por fuerzas represivas o sufrieron el anticomunismo oficial a través de la violencia y el exilio. Esa insistencia en la recuperación de una historia desde la voz del oprimido tiene potencialidad en la construcción de la moral de combate y la persistencia en *la causa*.

Las luchas epidécticas

Las escenas genéricas de los homenajes y las conmemoraciones, como mostré en el capítulo anterior, forman parte de la escenificación de la resistencia armada. En esas escenas, la memoria socialista es recuperada en clave de combate, como herramienta para la revolución guerrillera:

Manuel, siendo aún un novel comandante de las nacientes FARC, se dedicó al estudio sistemático de los clásicos de la estrategia guerrera y del marxismo-leninismo. La conciencia de la importancia de estos saberes para el desarrollo de la lucha colombiana lo convirtió en un erudito de la revolución, pero no por vano capricho libre, sino *para el desarrollo efectivo de una táctica y estrategia* para la revolución colombiana (FARC-EP, 2012, marzo 29).

La figura de Marulanda, en conmemoración cada marzo por su muerte, se orienta hacia la configuración de un prócer del socialismo mestizo. Un sujeto que lidera y hace posibles esas mezclas de lo local y lo global, lo nacional y lo internacional, porque él mismo también es presentado como amalgama de lo intelectual y lo popular, lo campesino y lo militar. El mestizaje requerirá, en este sentido, la encarnación en un líder que dirija las tropas hacia el reordenamiento social y en quien confluyan las tradiciones y luchas nacionales, con las revoluciones insurgentes internacionales. Tal es la figura que se construye de Marulanda, el guerrillero donde conviven los imaginarios del campesino, del líder político y militar, del personaje histórico y del genio intelectual autodidacta:

En el marxismo-leninismo [Manuel Marulanda] encontró la fuerza espiritual que le hacía falta, y gracias a él, comenzó a crecer como gigante, hacia afuera y hacia adentro. *Armado con la ideología proletaria* se elevó transformando y humanizando las circunstancias para que el hombre fuera más humano en su contenido y en su accionar (FARC-EP, 2011, abril 8).

En la ideología como arma, el liderazgo de Marulanda es mostrado no solo en su dimensión militar, sino también intelectual. De ahí que en un manual de formación guerrillera se le califique como “discípulo aventajado de Lenin” (FARC-EP, 2011:73), autodidacta y trabajador popular desde su infancia:

En los ratos libres, después de los estudios y el intenso trabajo de desyerbe, recolección de café y la poda de los platanos y los yucales, el niño pasa el tiempo inventando todo tipo de pistolas y de escopetas. Se va de su casa a los 16 años. Ya trabaja solo. Se convierte en agricultor, aserrador, expendedor de carne, panadero, vendedor de dulces, contratista, comisionista, ingeniero de caminos, ayudante de mayordomo y hasta almacenero de pueblo (FARC-EP, 2011:28).

Marulanda será entonces el campesino humilde, pero recio, honesto y trabajador, al mismo tiempo dedicado a la tierra y a la guerra, estratega militar avezado y político querido por el

pueblo, a quien defiende de sus victimarios. Pero también será el emblema de la revolución, heredero revolucionario y continuador de Marx, Lenin y Bolívar, interlocutor directo de las figuras insurgentes, con su propio lugar aún no reconocido en la historia (Figura 5.1):

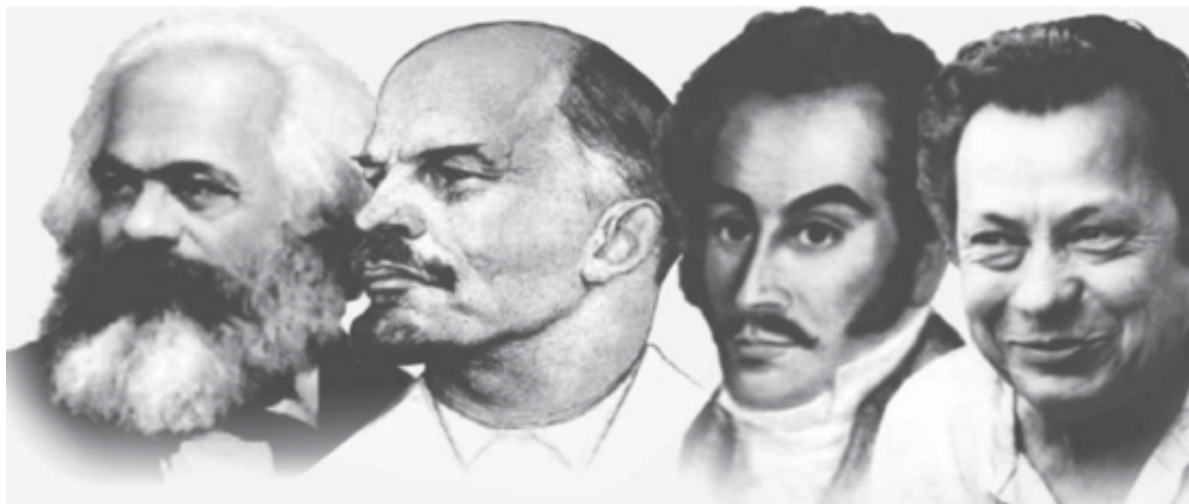


Figura 5.1 Marulanda como heredero de las revoluciones (FARC-EP, 2011:184)

La biografía elogiosa del líder guerrillero, en el manual de formación y en otros documentos de la organización, amplifican sus hazañas y lo convierten en modelo para los reclutas. Los discursos refieren al mítico combatiente fundador, que “derrotó” a 17 gobiernos consecutivos (FARC-EP, 2011, marzo: 49) y que ligó la memoria de las revoluciones internacionales con las luchas locales por la justicia social:

Cuando se cayó el Bloque Socialista de la Unión Soviética, nuestros enemigos de clase comenzaron a decir que ahora sí las FARC habían quedado sin bandera para seguir luchando. Marulanda respondió: “Cuando existía la Unión Soviética aquí en Colombia reinaba todo tipo de desigualdades e injusticias: desempleo, hambre, terrorismo de Estado, falta de educación, de techo, de tierra, etc. Hoy se cayó la Unión Soviética, pero aquí en Colombia todo sigue al igual que antes, entonces la lucha nuestra seguirá lo mismo que antes, porque las causas siguen siendo las mismas” (FARC-EP, 2011, abril 8).

En las FARC-EP, la disolución de la URSS no produjo un efecto de derrota en el proyecto de la toma del poder por las armas. Por el contrario, el hecho ratificó la necesidad de explorar bases ideológicas locales, que involucraran el sentido de lo latinoamericano para el sostenimiento de la guerra de guerrillas. El momento histórico internacional coincidió, como

lo señalo más adelante, con la muerte de Jacobo Arenas, cuyo origen está vinculado con el Partido Comunista colombiano; en esa medida, la separación definitiva de la guerrilla con el PCC forma parte también de la lectura que hizo la insurgencia colombiana de la caída del bloque socialista y del inicio de la Guerra Fría. El discurso fariano se volcó hacia la reiteración de las *causas objetivas* que justificaban el levantamiento armado, al mismo tiempo que empezó su proceso de fortalecimiento militar durante toda la década del 90. En ese proceso, fue fundamental la desaparición de Arenas y la comandancia más militar de Marulanda y otros miembros del Secretariado que compartían esta línea, como el máximo jefe militar, el Mono Jojoy. La muerte de ambos fue conmemorada en el periodo 2010-2012 a través de una *epideixis* combativa, que trató de preservar el vocabulario de la revolución socialista anudándolo con el énfasis en el hombre rural, cuyas principales *armas* no son intelectuales, sino experienciales:

Marulanda fue original, auténtico. Siguió el camino de sus propios pensamientos, de sus reflexiones. Tomando los elementos del *acumulado de su experiencia* fue elaborando una doctrina militar insurgente que ha probado en el campo de combate su eficacia. Sin duda, su *estudio de los procesos revolucionarios* fortalecieron (sic) su concepción táctica y estratégica, pero su talento militar y político proviene esencialmente de su profundo análisis de la operatividad enemiga de la que extrae conclusiones que convierte en directrices, no solo para neutralizar el esfuerzo adversario, sino para superarlo y derrotarlo en el teatro de la contienda. En realidad Marulanda fue un talentoso comandante rebelde egresado con las más altas calificaciones de la *escuela de la experiencia* (FARC-EP, 2011, marzo 26).

[Sobre el Mono Jojoy:] Apasionado por el estudio y la superación personal, leía ávidamente y gustaba adentrarse tanto en la historia universal como en la del país. Sólo dormía 3 o 4 horas para dedicar la mayor parte de su tiempo a la organización y *al impulso de las tareas revolucionarias*. *Mamagallista excelso* y profundo conocedor de sus tropas, sabía escuchar y ser autocrítico. Intenso en todo, *en el combate, en la política*, atento a los cambios en la modalidad operativa del adversario, y muy eficaz en el cumplimiento de las tareas del movimiento. Hombre franco, directo, realista, riguroso, fraternal, leal a la causa revolucionaria, camarada y amigo de verdad, sin duda sus más caros valores. No permitiremos que estos atributos de la personalidad del comandante Jorge sean manipulados por pseudo-periodistas empeñados en vejar su memoria (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Es muy importante para las FARC-EP declarar que la lucha armada no descuidó la política y que, de hecho, estuvo supeditada al proyecto revolucionario. En la reconstrucción de figuras más militares, como la de Jojoy, debía quedar claro que el belicismo estaba lleno de sentido,

pues la justificación de las prácticas criminales asociadas con esas figuras tenían en la suspensión de la política por las armas su punto más débil. La memoria revolucionaria, así, es la pretensión del olvido de esas prácticas, su puesta en segundo plano y el énfasis en las *tareas revolucionarias* que el campesino-guerrillero encaraba con toda la fuerza de su idiosincrasia rural. La epideixis fúnebre, tanto como la celebración conmemorativa, son un terreno apropiado para esos olvidos:

En este mes de Octubre Rojo recordamos a todos los *mártires de las luchas revolucionarias* en nuestro continente y del mundo, firmemente convencidos de que más temprano que tarde el futuro será nuestro, que sus luchas no quedarán en el olvido, que la tierra abonada con su *sangre libertaria* pronto germinará en una nueva sociedad que añoramos todos (FARC-EP, 2011, noviembre 20).

El referente de la revolución internacional es introducido para insistir en el sacrificio de los combatientes en nombre de la libertad de los oprimidos. En la lucha contra el olvido es eso lo que queda: la promesa con sangre del futuro que la revolución anuncia. La memoria gira en torno a la autovictimización de los revolucionarios, sujetos amenazados en todo tiempo por las fuerzas económicas dominantes, que reconvierten su vulnerabilidad en moral de combate:

La coyuntura actual nos ubica en un escenario destacado, enfrentamos la más gigantesca ofensiva militar que desarrolla el imperialismo en el hemisferio Occidental. Somos punto de referencia en el mundo del *luchador revolucionario* que combate por la justicia y en contra del desigual orden social impuesto por el capitalismo a los pueblos como camisa de fuerza (FARC-EP, 2012, mayo 26).

Frente a esa amenaza externa, el discurso guerrillero defenderá el sostenimiento de una vieja tesis de autodefensa armada. A partir de la denominada *combinación de todas las formas de lucha*, la memoria socialista quedará actualizada como una lucha doctrinaria que, si bien requiere la mixtura entre política y armas, lee la lucha armada como condición de posibilidad de la lucha política.

Las luchas doctrinarias

En 1961, el IX Congreso del PCC caracterizó la situación de violencia política colombiana como una revolución agraria antimperialista, que requeriría combinar las vías pacíficas y no pacíficas para la toma del poder y el cambio hacia un gobierno socialista. En la esfera internacional, era el momento de la división entre prosoviéticos y maoístas en torno al papel

de las armas en la revolución¹⁶¹. La escisión interna del PCC alrededor de esta cuestión nunca logrará cerrarse del todo y generará la aparición de guerrillas de tendencias diversas (Giraldo, 2016).

En los estudios sobre el conflicto, la doctrina de *la combinación...* ha sido leída tanto como un aporte del PCC al comunismo internacional desde el proceso colombiano, como un reciclaje de viejas ideas que ya aparecían en los textos de Lenin¹⁶². En la Tabla 5.2 se reconstruyen las posibles formulaciones de origen¹⁶³:

Fecha	Autor	Texto	Enunciado
1906	V. Lenin	La guerra de guerrillas	«[e]l marxismo no rechaza categóricamente ninguna <i>forma de lucha</i> . El marxismo no se limita, en ningún caso, a las <i>formas de lucha posibles y existentes</i> sólo en un momento dado, admitiendo la aparición inevitable de <i>formas de lucha nuevas</i> , desconocidas de los militantes de un período dado, al cambiar la coyuntura social»
1920	Pleno del II Congreso Mundial de la Internacional Comunista	21 condiciones para la admisión a la Internacional Comunista	« 3. En casi todos los países de Europa y América la lucha de clase está entrando en la fase de la guerra civil. En esta situación los comunistas no pueden de ninguna manera depender de la legalidad burguesa. Estos están obligados a crear por todas partes una organización clandestina paralela que en el momento decisivo ayudará al partido a cumplir su deber con la revolución. En todos los países en los que los comunistas no están en condiciones de operar legalmente, a causa del estado de sitio o de leyes de excepción, es absolutamente necesario <i>combinar la actividad legal con la clandestina</i> »

¹⁶¹ «En 1960, en la reunión de partidos comunistas en Moscú, los soviéticos insisten en la teoría de la transición y la coexistencia pacífica, produciendo una ruptura definitiva en el MCI, entre prosoviéticos y prochinos, que se oficializa a partir del XXII Congreso del PCUS de 1961. Entre los años de 1962 y 63 en una serie de cartas entre el PCUS y el PCCH se plantea la ruptura inminente y en 1963 se da la más fuerte escisión del Movimiento Comunista Internacional: decenas de Partidos Comunistas se dividen, incluyendo el colombiano. Un sector se queda con la línea soviética y el otro marcha hacia la línea china que coloca el énfasis en el marxismo leninismo, pensamiento Mao Tse Tung » (Medina, 2009a:81).

¹⁶² Mackenzie (2008:335-348) discute con los autores que plantean la *combinación...* como una creación del PCC y la presenta como una prueba de la dependencia del Partido con el comunismo soviético. Además, para el autor, la tesis en realidad manifiesta la decisión temprana del PCC de «comprometerse en la lucha armada prolongada por la toma del poder, disfrazando esa perspectiva en una lucha legal, o incluso electoral» (p.341); a partir de estas visiones es que un sector conservador en el país se opone a las negociaciones de paz con las guerrillas, pues sospechan en esos procesos una *forma de lucha* más en la vía hacia la toma de poder.

¹⁶³ Es decir, las proposiciones que se constituyen en precedentes del enunciado guerrillero al respecto de la doctrina de la combinación de todas las formas de lucha. Se tiene en cuenta, sin embargo, que «[e]l dominio de las formulaciones-origen no asigna en absoluto un "comienzo" al proceso discursivo, sino que constituye el lugar en que puede recuperarse, en el desarrollo del proceso discursivo, la emergencia de enunciados que figuran como elementos del saber propio de una Formación Discursiva» (Courtine, 1981:34).

1925	J. Stalin	Estrategia y Táctica: los fundamentos del Leninismo. Conferencia en la Universidad de Sverdlov	«La táctica se ocupa de las <i>formas de lucha</i> y de organización del proletariado, de los cambios y de la <i>combinación de dichas formas</i> . Partiendo de una etapa dada de la revolución, la táctica puede cambiar repetidas veces, con arreglo a los flujos y reflujos, al ascenso o al descenso de la revolución»
1961	PCC	Resolución del Pleno del XI Congreso del Partido Comunista	«La revolución puede avanzar un trecho por la vía pacífica. Pero si las clases dominantes obligan a ello, por medio de la violencia y la persecución sistemática contra el pueblo, éste puede verse obligado a tomar la vía de la lucha armada, como <i>forma principal, aunque no única</i> , en otro período. La vía revolucionaria en Colombia puede llegar a ser una <i>combinación de toda las formas de lucha</i> »
1966	PCC	Ponencia en I Conferencia Tricontinental, Cuba	«El objetivo central de la lucha revolucionaria en Colombia es la unidad popular y patriótica entre el campo y las ciudades y entre las diversas corrientes que separadamente desean un cambio radical de la sociedad. La tarea fundamental es la unidad de la clase obrera para desalojar de la conciencia de los trabajadores la ideología burguesa y para que, dueña la clase obrera de su propia ideología, se convierta en el destacamento de vanguardia capaz de realizar su misión histórica de liberarse a sí misma y liberar a las demás clases. Para realizar estas tareas es indispensable una labor perseverante de <i>combinación de todas las formas de lucha</i> , legales e ilegales, que encaucen el anhelo creciente de un cambio político profundo»
1988	G. Vieira	Entrevista con M. Harnecker	«Cuando comienza la lucha armada en Colombia, del 50 en adelante, el Partido elabora su orientación táctica que hemos llamado la <i>combinación de todas las formas de lucha</i> : combinación táctica y estratégica... No se excluye ninguna forma de lucha, sino que se trata de combinarlas todas adecuadamente (...) Para nosotros, es el principio leninista aplicado a la realidad colombiana»

Tabla 5.2 Formulaciones de origen de la *combinación de las formas de lucha*

En sus diferentes formulaciones, la tesis conservará el perfil de una *táctica* destinada o inserta en estrategias de largo plazo hacia la toma del poder. Excepto en la fórmula temprana, de 1906, las demás citas insisten en el sentido de la *combinación* como centro de esa táctica: así se traducirá en los textos posteriores lo que Lenin presentaba como *no-rechazo* y admisión, de acuerdo con los cambios de las coyunturas sociales. La reformulación de 1920, desde una discursividad institucional-normativa, no utiliza el sintagma *forma de lucha*, sino el de *actividad legal* en contraposición con *clandestina*; no obstante, el sentido de lo táctico parece mantenerse en lo que conforma esa tercera condición para la admisión en la Internacional Comunista. La reformulación realizada por el PCC en el evento de la Tricontinental cubana significará, por su parte, el alejamiento paulatino de grupos afines al foquismo y a la lucha armada en clave maoísta (a partir de lo cual aparecerán las guerrillas del ELN y el EPL).

Un cambio fundamental en las otras reformulaciones institucionales, las de la década del 60 por parte del PCC, es la evolución del carácter normativo de la tesis en una deóntica marcada (*verse obligado y es indispensable*). Estos discursos enmarcan cronológica e ideológicamente la fundación de las FARC-EP, en 1964, y heredarán para el discurso guerrillero la idea de que han sido *obligadas* a tomar las armas, es decir, que contradirán la visión voluntarista de la lucha armada en Colombia. El distanciamiento de esta guerrilla con el PCC, de hecho, no significará el abandono de la tesis de la *combinación*, sino su reformulación orientada en otros sentidos. En los famosos *Cuadernos de campaña*, texto programático de las FARC-EP publicado por el PCC en la década del 70 y firmado por Marulanda, la tesis aparece en clave polémica contra quienes defienden la revolución por vías pacíficas:

Para que la guerrilla establezca su acción y se desarrolle dentro de una perspectiva de lucha prolongada debe saberse *combinar con todas las demás formas de expresión de la lucha de masa*. El planteamiento “purista” de declarar obsoletas las demás formas de lucha para absolutizar la armada aísla a la guerrilla de las masas, la sectariza y la liquida (Marulanda, 1973:31).

Esta crítica permanecerá en el discurso fariano y se echará mano a ella cuando se refieran experiencias revolucionaras como la de Chile, para negarse a hacer política sin armas:

El Estado de Derecho, adornado, embellecido, sublimado en mil formas por la burguesía, con la expresa intención de hacerlo digerible a las masas; quedó hecho trizas en Chile, el 11 de septiembre del 1973. *La combinación de todas las formas de lucha que desde siempre practica la burguesía*, no es simple palabrería (...) Viejos y nuevos revolucionarios debemos aprender de la lección chilena, máxime cuando los imperios tambalean en medio de la profunda crisis, en todos los aspectos, del sistema capitalista mundial (...) En este campo nada es inexorable si los gobiernos y pueblos se preparan con antelación para resistir y vencer al opresor (FARC-EP, 2011, septiembre 4).

En la visión de la guerrilla, como vemos, la *combinación*...es apenas una respuesta en la misma medida a la agresión que las élites en el poder han efectuado *desde siempre*. La inversión de la responsabilidad por la doctrina mencionada les permite utilizar la memoria de las violencias latinoamericanas para justificar la vigencia de la lucha armada. Es una

actualización en la que emerge la inminencia de la utopía revolucionaria¹⁶⁴, para desplazar la acumulación de la violencia generada también del lado de la lucha guerrillera y polemizar la visión finalista del conflicto que el discurso gubernamental había configurado:

Todas las inmundicias de los gobernantes justifican a plenitud la vigencia de la lucha armada que se llena de gloria con el florecimiento de los movimientos de masas (FARC-EP, 2011, diciembre).

El capitalismo se ha envejecido y debilitado. La coyuntura es propicia para desplegar la bandera del comunismo: la nueva era de la humanidad, la del *fin del fin* de la explotación del hombre por el hombre, de las clases y del Estado, la era de la justicia y la democracia plena (FARC-EP, 2011, agosto 7).

A la tesis del *fin del fin* de la guerrilla se opone la del *fin del fin de la explotación* y de la sociedad de clases, con el despliegue de los tópicos socialistas. La plenitud de la justicia y la democracia que se invocan en el discurso vuelven a ondear la bandera comunista, lavada ya de las marcas negativas de la violencia, bajo el cariz de la violencia revolucionaria, desde la visión marxista clásica:

La lucha de clases, aunque se hable del fin de la guerra fría o de la activación de cualquier guerra sucia, o caliente, sin desechar el influjo accesorio de otros factores, sigue siendo *el motor de la historia* en el siglo XXI (...) Esta afirmación es tan acertada como que *la violencia es la partera de la historia*, o decir que las voraces intervenciones imperialistas basadas en motivaciones esencialmente económicas de países como los Estados Unidos de América, reafirman cada día, así se vistan con disfraz de acción humanitaria, que *el capitalismo nació chorreando sangre por todos sus poros* y así ha de desaparecer en la

¹⁶⁴ En el estudio de Carnovale (2011:220-221) sobre la memoria de los excombatientes perretistas argentinos, la socióloga se pregunta: «¿Qué hacía que esta dirección partidaria sólo pudiera ver, en la realidad que la rodeaba, la inminencia más o menos prolongada, más o menos costosa, de una victoria segura? Las nociones bélicas que poblaron la forma de pensar y concebir la política, la fuerza religiosa de los mandatos e imperativos resultantes de una iconografía signada por la heroicidad, el sacrificio y el martirio no pueden, sin lugar a dudas, estar ausentes de la respuesta. Tampoco la forma en que determinados acontecimientos y procesos (como la caída de Salvador Allende en Chile (...)) fueron inscriptos por el colectivo partidario en un conjunto de certezas previamente establecido que, con el devenir de aquellos acontecimientos, no hacía más que ratificarse a sí mismo. En este sentido, es interesante constatar que ninguna de las personas entrevistadas recuerda haber dudado del triunfo más o menos inminente de la revolución». Esta idea de la inminencia como aspecto constitutivo de la configuración de grupo en las guerrillas ya había sido advertida por Tarcus (1999:31) bajo el signo de la secta: «En la secta política izquierdista sobreviven en forma secularizada los rasgos centrales del milenarismo: el clima de excitación orgiástica ante la inminencia de la revolución, la vivencia del 'presente absoluto', el 'aquí y ahora' total, la inmediatez más radical (...). Es un marxismo leído en clave catastrófica: el capitalismo es una suerte de encarnación absoluta del mal y está condenado. El mal absolutamente desencadenado es ingobernable para sí mismo y sucumbirá como resultado de sus propias crisis (...). De otro modo, la apelación recurrente de las sectas izquierdistas a conceptos-fetichismo como los de 'situación revolucionaria', crisis del capitalismo, crisis de la dominación burguesa, etc. no puede entenderse por fuera de este marco conceptual». Y mucho más atrás, en Sorel (1978[1908]:125-126), aparece también sugerida esta idea de inminencia en términos del papel de la expectativa y del futuro para la revolución socialista: "La experiencia nos prueba que las *imágenes de un porvenir indeterminado en él tiempo* pueden poseer una gran eficacia y escasos inconvenientes, si revisten cierta naturaleza. Esto tiene lugar cuando se trata de mitos en los cuales se reencuentran las más fuertes tendencias de un pueblo, de un partido o de una clase, tendencias que se posesionan del espíritu con la insistencia de los instintos en todas las circunstancias de la vida, y que otorgan un aspecto de plena realidad a las esperanzas de acción próxima sobre las cuales se funda la reforma de la voluntad».

medida en que se profundice esta *ya larga crisis estructural* en que se ha convertido su agonía (FARC-EP, 2011, abril 19).

El discurso guerrillero debe volver a estos lugares más conocidos del discurso socialista, desde la vulgata marxista-leninista, para efectuar el reconocimiento de su vigencia. La recuperación de los ideales clásicos es repetición transpolada de sus modos de decir, de manera que el tiempo de la historia se detenga y se condense en el diagnóstico de esa *larga crisis estructural* con la cual se define al capitalismo. En el efecto de memoria, la inscripción del opositor resulta fundamental: ella enfoca la actualización del socialismo en la desacreditación y en la animadversión contra el enemigo de clase. Los usos polémicos de la memoria acontecen, así, desde los mismos documentos programáticos:

La disciplina proletario-militar para quienes se han agrupado en la lucha armada contra el régimen oligárquico y la dominación imperialista yanqui, por un gobierno patriótico de liberación nacional, es una necesidad y por lo tanto es consciente, firme y seria. Es una disciplina militar de nuevo tipo, que *nada tiene que ver con los métodos brutales y discriminatorios que se aplican en los cuarteles del ejército burgués*. La observancia y cumplimiento de la disciplina proletario-militar, es un honor para todo combatiente de las FARC-EP. (2007:23, Estatutos, Régimen disciplinario).

En el *Régimen disciplinario*, la contraposición entre ejércitos (el *burgués* y el *proletario*) no solo iguala en el mismo nivel a la guerrilla con las Fuerza Pública, sino que avanza además hacia la responsabilización del ejército en prácticas impunes. En esa desacreditación se apuntala el hecho de que la violencia revolucionaria pretenda pasar como violencia organizada y legítima bajo la forma del *Ejército del Pueblo* (según la sigla de la guerrilla). Así, las luchas doctrinarias de la memoria son también luchas por la dominación e incorporación de la lógica socialista dentro de las instituciones estatales. La memoria lo hace posible, porque acontece ella misma como una fuerza de cambio social y político:

Tendrán que evitarse los errores cometidos. La experiencia de la URSS debe ser estudiada para recoger lo bueno y desechar lo malo. Las particularidades nacionales deben decir qué es aplicable. Los revolucionarios despojados de dogmas y atavismos del pasado, *estamos en la obligación de demostrar la validez de octubre*. *No existe otro camino* para los desposeídos de la tierra, que la construcción del socialismo. Aunque muchos escépticos no lo crean, la antorcha de octubre está encendida y...alumbra más que nunca (FARC-EP, 2011, octubre 11).

No se trata exactamente de una lectura revisionista del socialismo, sino de una búsqueda y

rescate de su *esencialidad*, que deriva en la creencia, la persistencia y la activación en los discursos contemporáneos. Pero es también, como vemos, un imperativo de creencia. La demostración de su vigencia es introducida como un problema programático e ineludible: la dimensión más determinista de las visiones marxiana y marxista emergen con fuerza en el discurso insurgente de las FARC-EP.

5.1.2 La memoria bolivariana

Los estudios sobre las FARC-EP no han abordado la cuestión bolivariana en perspectiva discursiva, si bien gran parte de la bibliografía histórica, sociológica y antropológica sobre esta guerrilla reconoce que el prócer venezolano ha sido incorporado en el espacio ideológico de esta guerrilla desde la década del 90 (CNMH, 2013; COP, 2010; Ferro y Uribe, 2002; Medina, 2009). En el breve comentario de Palacios (2008:71) se sintetiza la visión que los analistas han estabilizado sobre esta cuestión:

Después de 1982 las Farc, autosuficientes por las armas, crearon su “partido” y los ancilares: las milicias bolivarianas y el “movimiento bolivariano” (...). Adentrados en aquel territorio se toparon con el ícono de Bolívar que, junto a Martí, había presidido las deliberaciones de la Tricontinental, para ellos de ingrato recuerdo. En Bolívar encontraron una veta para la “colombianización” de la ideología marxista-leninista.

Sin embargo, la identificación de Bolívar con la causa revolucionaria no es, ni de lejos, una idea atribuible a las FARC-EP. Por el contrario, se trata más bien de un doble reciclaje: a nivel nacional, de la recuperación de esta figura, lograda por la guerrilla urbana de los años 70 en Colombia, el “Movimiento 19 de abril” o M-19, cuyas estrategias mediáticas (por ejemplo, robar la legendaria espada del Libertador) tuvieron impacto en la configuración de un Bolívar que viraba desde la derecha tradicional hacia la izquierda guerrillera. A nivel internacional, es clara la influencia de un importante sector del imaginario político venezolano que, ya desde finales de la década del 60, veía en la gesta independentista un antecedente de la guerra revolucionaria socialista para nuestra región y en Bolívar una víctima del imperialismo europeo y norteamericano: “sin faltar a la verdad, Bolívar siempre pudo decir: ‘yo soy la Revolución, en mí se encarna la República. ¡Reencarnemos nosotros a Bolívar!’” (Núñez Tenorio, 1969:179, en Harwich, 2003:20). Idéntica consigna resonará en la figura de Hugo Chávez, años después, y quedará arraigada en la actualidad de la Revolución bolivariana y el proyecto del Socialismo del Siglo XXI.

En el caso de la visión de Bolívar desde un sector del marxismo latinoamericano, Kohan (2011, 2013) identifica como continuidad de la gesta emancipatoria con la lucha guerrillera la

doctrina político-militar del “pueblo en armas”. Según el marxista argentino, esta doctrina “destaca en primer término el **carácter popular** de la lucha y de **los sujetos** que llevan a cabo el conflicto bélico a partir de la **soberanía popular**”; de ahí que emparente a Bolívar con los próceres del Sur, como Moreno y San Martín, unidos en la idea de que “el sujeto principal de los ejércitos libertadores debían ser las masas populares” (Kohan, 2013:57, resaltados originales).

Según esta visión, el viraje de Bolívar hacia la adhesión activa de las masas populares en las guerras de independencia fue fundamental para la sistematización del plan de la Patria Grande, el proyecto de un gobierno hegemónico de alcance continental:

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y su gloria (...). Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse (Bolívar, 2013[1815]:224-232)

Ese deseo de una sola nación latinoamericana se concibe desde la posteridad como proyecto inconcluso, pero pendiente; su recuperación “nos permitiría descentrar los falsos dilemas que dicotomizan el debate con los erróneos términos de globalización desterritorializada versus nacionalismo estrecho y provinciano” (Kohan, 2011:17). En esta medida, los movimientos sociales, el gobierno chavista, el Movimiento Continental Bolivariano y la guerrilla de las FARC-EP están inspirados en el legado de Bolívar, son “nuevas rebeldías” que “resignifican sus antiguas proclamas de liberación continental incorporando nuevas demandas, derechos y exigencias populares” (Kohan, 2011:17).

Como señalé en el capítulo 2, la noción de *discurso latinoamericanista*, acuñada por Elvira Arnoux (2004, 2008a, 2008b, 2015), ha servido para pensar cómo en diversos procesos sociopolíticos de la región predomina la argumentación a favor de la unidad latinoamericana como proyecto político inacabado y como mandato histórico. Retomo aquí los seis componentes de base en la matriz latinoamericanista, que funcionan en diversas combinatorias en la heterogeneidad de los textos, cuando anclan en ella y la activan cada vez desde diversos lugares de enunciación. Los componentes son: 1) la presencia constante de una amenaza militar-económica; 2) un componente programático fuerte que señala las acciones a realizar; 3) el reconocimiento de una predisposición “natural” a la unidad en la región; 4) un componente utópico que profetiza un futuro venturoso una vez lograda la integración; 5) el contraste con las alianzas europeas; y 6) la historización de las tentativas previas de unión regional. En este último componente aparece con protagonismo la figura de

Bolívar.

5.1.2.1 El Bolívar representado

5.1.2.1.1 Formas de activación

Aceptamos, con Voloshinov (2009[1929]) y Authier-Revuz (1984), que la palabra ajena traída a la palabra propia queda imbricada en relaciones de transformación y de configuración de sentidos en ambas voces. Para el caso del discurso insurgente, esas relaciones dependen del modo en que el discurso ajeno, en este caso de Bolívar, es reactualizado, apropiado y reconfigurado para orientar su interpretación desde los textos guerrilleros. Las formas en que es presentado el discurso de Bolívar son la citación directa, indirecta, epigráfica, exhortativa y de arenga, de epíteto, de eslogan y de impostación. Veremos cómo cada una, en sus especificidades, contribuye a la construcción de un Bolívar fariano a la medida de las necesidades políticas del grupo insurgente.

La cita directa

La literalidad es utilizada en el discurso insurgente para presentar la violencia contra el opresor como una medida legítima de fuerza. La violencia, así, es respaldada por los pasajes donde Bolívar apela a ella como reacción a la tiranía española durante los procesos de independencia nacional:

“Todos los pueblos del mundo que han lidiado por la libertad han exterminado al fin a *sus tiranos*”. Simón Bolívar. San Mateo, marzo de 1814 (FARC-EP, 2005).

Decimos hoy (...) lo mismo que ayer dijo Bolívar refiriéndose a *los asesinos* españoles: “Uno menos que exista de *tales monstruos* es uno menos que ha inmolado e inmolaría a centenares de víctimas. *El enemigo* viéndonos inexorables a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá impunidad que lo aliente” (FARC-EP, 2010, noviembre 20).

Los resaltados añadidos señalan la función demarcatoria del enemigo común que, construido desde las palabras de Bolívar, permiten aislarlo de la historia y renovarlo en el relato del presente. Se trata de una homogenización de la figura del contrario deshumanizado, construido como “monstruo”. Un aplanamiento tal apunta también a fundir el ayer y el hoy a través del ahistoricismo del mal que encarna el enemigo. Precisamente, el poder tiránico de esa maldad residiría en la capacidad de perpetuarse y de trascender la historia: el mal es uno y perdura.

La condena a muerte del enemigo no es, así, una declaración en la voz de la guerrilla, sino del prócer aclamado. Ceder la voz aquí, y por lo tanto, la responsabilidad con el decir y el hacer, es fundamental para evitar la igualación con el tirano en razón de los métodos violentos a utilizar. El discurso insurgente insistirá, desde la palabra de Bolívar, en presentar el derecho de insurrección como una validación del exterminio del enemigo:

“Es, pues, la insurrección por su naturaleza un *acto legítimo*: ella anuncia que si hay en un Estado un poder esencialmente perverso, el hombre-ciudadano sabrá buscar los medios de derribarlo”. Simón Bolívar (FARC-EP, 2012, marzo).

El efecto de fidelidad frente a la palabra ajena, producido por la literalidad de la citación, ayuda a legitimar lo insurreccional en términos de violencia directa contra el Estado. El discurso histórico aquí ancla la violencia en la memoria de la gesta independentista, para revestir de actualidad a la primera y poner en equivalencia los tramos históricos del discurso citante y del citado.

La cita indirecta

A través de la paráfrasis el discurso insurgente retoma la palabra de Bolívar para introducir disensos en torno a las políticas de turno. La polémica pública (Amossy, 2014) se construye adhiriendo el pensamiento bolivariano al guerrillero, como apoyo frente a la realidad distópica configurada. El movimiento de desacreditación se juega en torno a la denuncia de la mentira o engaño del otro, cuyas intenciones ocultas son “puestas en evidencia” por el decir veraz insurgente, apuntalado en la veracidad y prestigio de la figura histórica del prócer:

El paquete legislativo neoliberal tramitado por el gobierno en el congreso busca acentuar la desnacionalización de la economía y al mismo tiempo proseguir el despojo con procedimientos *engñosamente* legales. *Expertos*, como decía Bolívar rememorando a Solóm [sic], *en crear leyes para enredar a los débiles* y de ninguna traba para los fuertes (FARC-EP, 2012, marzo)

La palabra de autoridad, doblemente retomada (Bolívar y Solón, el político ateniense de la Grecia clásica), construye el decir insurgente como decir democrático, se eleva a sí mismo al lugar de los grandes legisladores y, con ello, se opone a la legislación neoliberal, que acusa de engañosa. Se trata de una desacreditación basada en el contraste implícito entre una “mala” y una “buena” política; esta última, encarnada en el interdiscurso convocado como adherente a la causa guerrillera. Para tales efectos, resultan funcionales además los recursos

amplificatorios que conforman el estilo polémico propio de la insurgencia fariana:

Decía Bolívar, que aquél que asegura su *honor* dedicando su vida al *servicio de la humanidad*, a la *defensa de la justicia* y al *exterminio de la tiranía*, adquiere una *vida de inmortalidad* al dejar el marco de materia que el hombre recibe de la naturaleza (FARC-EP, 2011, abril 8).

Los lugares del honor, la justicia y la inmortalidad van a focalizar la palabra de Bolívar en la dimensión trascendente y trascendental de la lucha. De tal modo, el discurso indirecto permite integrar la voz insurgente con la bolivariana en torno al tópico de la Patria grande latinoamericana:

En este *bicentenario* de los gritos simultáneos de independencia latinoamericana, qué bueno sería considerar a nivel de gobiernos y pueblos la idea grandiosa del Libertador Simón Bolívar de conformar en este hemisferio una *Gran Nación* de Repúblicas (FARC-EP, 2010, octubre 30).

Como se ejemplifica, el año 2010 resultó determinante para la focalización del bolivarianismo en el discurso de las FARC-EP; la conjunción histórica del bicentenario de la independencia con la crisis militar de la guerrilla después de ocho años de profundización de políticas antiterroristas (Borda, 2011) creó las condiciones apropiadas para que Bolívar apareciera con mayor protagonismo en el decir guerrillero. La cita indirecta, en ese sentido, resultó funcional a la necesidad de construir una interdiscursividad de límites difusos, que le permitiera a las FARC-EP consolidar su dimensión política en el marco del mito bolivariano.

El epígrafe

El uso epigráfico de la palabra de Bolívar le permite al discurso insurgente señalar la dirección interpretativa del contenido de sus comunicados. En esa orientación, el discurso establece una relación de subordinación entre lo citado y lo comunicado, entre lo ya-dicho y lo que se presenta como nuevo decir; así, el epígrafe más allá de respaldar el enunciado, lo enmarca en un imaginario –el de la gesta independentista y el proyecto republicano del prócer- y lo subsume a él. El caso del comunicado guerrillero que se titula “Aspectos para caracterizar la realidad electoral en medio del terrorismo de Estado en Colombia” (FARC-EP, 2010, agosto 12-17) ilustra lo planteado en tres epígrafes, uno por cada cada entrega parcial del texto:

Nadie sino *la mayoría, es soberana*. Es un tirano el que se pone en lugar del *pueblo*, y su potestad, usurpación (Simón Bolívar en su Proclama a los venezolanos. Maracaibo, 16 de diciembre de 1826) (FARC-EP, 2010, agosto 12).

Aunque sea errada esta máxima, la he tenido siempre: que en los gobiernos no hay otro partido que someterse a lo que quieren *los más* (Bolívar Simón, carta al Sr. José María del Castillo Rada. Guayaquil, 13 de septiembre de 1829) (FARC-EP, 2010, agosto 13)

Yo no conozco más partido de salud, que el de devolver al pueblo su *soberanía primitiva* para que re-haga su pacto social. Se dirá que esto no es legítimo; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se cometa en ocurrir a la fuente de las leyes para que remedie un mal que es del *pueblo* y que sólo el *pueblo* conoce. Digo francamente que si esto no es legítimo, será necesario a lo menos, y, por lo mismo, superior a toda ley; pero más que todo es eminentemente *popular*, y por lo mismo, muy propio de una república eminentemente democrática (Bolívar Simón, en carta escrita a Santander desde Pasto el 14 de octubre de 1826) (FARC-EP, 2010, agosto 17)

El texto en mención apareció publicado en varias entregas, días después de la elección de Juan Manuel Santos como presidente de Colombia para el período 2010-2014, y constituye una crítica vehemente al sistema electoral que, según la guerrilla, es ilegítimo por el alto nivel de abstencionismo y por la corrupción anidada en los procesos de elección popular. Los epígrafes bolivarianos, en este caso múltiples, destacan la superioridad de la voluntad del pueblo frente a las clases dirigentes, máxima que al ser extrapolada a la crítica de la elección presidencial de Santos, niegan tal elección como voluntad del pueblo. El uso epigráfico hace que este no reconocimiento pase por la voz de Bolívar –voz autorizada- antes que por la voz desacreditada de la guerrilla en los asuntos democráticos de ley. Como señala Mainguenu (1980:143), en el epígrafe el lazo que une un discurso nuevo a un conjunto de enunciados anteriores establece una relación de pertenencia con respecto a lo ya-dicho; a partir de esa inclusión construida, el discurso insurgente amalgamado con el bolivariano puede pasar a la definición del enemigo y de ahí a expoliar a la acción violenta contra él:

Los Estados son *esclavos*, por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno por su ausencia o por sus vicios, holla y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito (Bolívar Simón. Carta de Jamaica. Kingston, septiembre 6 de 1815) (FARC-EP, 2010, agosto 17).

Contra *los canallas* pueden emplearse las *armas* que usan ellos mismos (Bolívar Simón. Carta al General Heres, julio 25 de 1825) (FARC-EP, 2010, agosto 15).

Las condiciones de ilegalidad y clandestinidad del discurso guerrillero encuentran en la

figura de Bolívar un garante que posibilita el decir contra el Estado; desde allí, lo convierten en “canalla” y al pueblo, en “esclavo”. El uso de la memoria bolivariana en el epígrafe de los panfletos resaltan así, como apunta Genette (2001[1987]:135), menos lo que dice la cita y más “la identidad del autor y el efecto de garantía indirecta que su presencia determina en el límite de un texto”.

Finalmente, además de esta focalización en la personalidad histórica, su inclusión está ligada a la elaboración identitaria (*ethótica*) del sujeto citante: una guerrilla intelectual que conoce la obra bolivariana y que sigue su legado político. El mismo Genette (2001[1987]:136), al respecto, advertía que “el epígrafe es un signo (que se quiere *índice*) de cultura, de intelectualidad”. Esta función no es menor, si pensamos en la construcción retórica que el discurso gubernamental colombiano ha elaborado históricamente sobre las FARC-EP, desde el tópico de la violencia irracional y de su deslegitimación como adversario político (Calderón, 2012; Galaviz, 2006), así como el discurso de algunos sectores de intelectuales en sus estudios sobre esta guerrilla (Giraldo, 2016; Mackenzie, 2007; Rangel, 2008). En este sentido, el esfuerzo del discurso guerrillero por “intelectualizarse” corresponde a la necesidad de sobrevivir políticamente, aun cuando ese esfuerzo se tensiona con la naturaleza originariamente campesina de las FARC (su *ethos* campesinista, según Pécaut, 2012), que también es funcional a su construcción identitaria.

La arenga

Desde la tradición polemológica grecolatina, la arenga aparece como un género donde se transparenta la fuerte relación entre la persuasión y la batalla, entre la violencia verbal y no verbal. Asimismo, la tradición del discurso político asume esta genericidad a partir de la imbricación entre la milicia y la política; en ambas, el líder (el general o el gobernante) debe procurar la confianza de sus grupos (tropas o ciudadanos) en su propio liderazgo y en el éxito venidero.

La función exhortativa de la arenga mide su efectividad según la movilización de las emociones. Recurso *pathémico* por excelencia, la arenga debe crear y reforzar estados anímicos en la guerra, proclives a la lucha, enardecedores y optimistas; pero también debe cumplir funciones reparadoras cuando las batallas han sido perdidas, para que los guerreros, “libres de los temores, que de otro modo los atenazarán sin remedio, puedan volver a combatir en la siguiente contienda” (Paniagua, 2007:20).

En el caso del discurso guerrillero, la memoria bolivariana es activada también en forma

de arenga político-militar, dirigida tanto a las tropas como a la población no armada:

¡Con Bolívar, con *Manuel*, con el Pueblo al poder! (FARC-EP, 2005)

A todos los invitamos a organizar esta nueva herramienta de lucha que llamaremos movimiento bolivariano por la nueva Colombia para cimentar futuro sobre nuestros históricos valores patrios, para juntar esfuerzos y esperanzas y *concluir* lo que el Libertador Simón Bolívar empezó y está por terminar: la *independencia* nacional y la justicia social (FARC-EP, 2005).

La arenga permite introducir la figura de alias Manuel Marulanda, el extinto líder y fundador de las FARC, en equivalencia con Bolívar. En nombre de la toma del poder es posible desanclar los personajes de sus contextos históricos disímiles y lejanos, para presentarlos como los generales al mando de una misma batalla a la que se invita a la tropa, pero también al pueblo que son “todos”.

La presencia de Bolívar en el nombre de la plataforma programática es clave para que la exhortación a la lucha tenga norte y tradición política; esta construcción de sentido ancla en la memoria larga independentista y en el imaginario del proyecto inconcluso bolivariano. Desde principios del presente siglo, ese anclaje ya demostraba la urgencia de contar con un proyecto político que respaldase la acción armada, cuando era evidente que el énfasis en lo militar había desplazado el contenido político de la insurgencia (COP, 2010). La arenga bolivariana entonces viene a instalarse cada vez con más predominancia en el discurso guerrillero y quedará estabilizada al asumir el formato del eslogan.

El eslogan

El eslogan es la herramienta de la propaganda política que permite la condensación de mensajes complejos en sentencias breves, y que deben circular rápido y masivamente; por tal razón, el eslogan es simple y evocador, memorizable y repetitivo. En la perspectiva de Tournier (1985:158), esta última característica es la más relevante en los procesos de “eslogанизación”, entendidos como “todo uso de repeticiones formales y de relaciones recurrentes en los enunciados propios de la intervención pública”. La eslogанизación es una forma material enunciativa del “propagandismo”, cuyo decir “hace hacer sin hacer pensar” (p.156); de ahí que se dirijan directamente a la emoción, eludiendo la reflexión sobre el contenido de lo comunicado.

La eslogанизación de Bolívar en el discurso de las FARC-EP ha sido promovida sobre todo por la denominada “Plataforma Bolivariana” (FARC-EP, 1993) y por la creación del partido

político clandestino, en el año 2000, denominado “Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia” (FARC-EP, 2015; Medina, 1999). A través de este brazo político, la guerrilla ha relacionado a Bolívar con los objetivos declarados de la lucha insurgente: la paz y la soberanía nacional. Además, ha incorporado en sus textos emblemáticos a la figura del Libertador, por ejemplo, en el himno de la organización y en sus manuales de formación para reclutas.

“Con Bolívar por la paz y la soberanía nacional” (FARC-EP, 2005).

II

Con *Bolívar*, Galán, ya volvió a cabalgar
no más llanto y dolor de la patria;
somos pueblo que va tras de la libertad
construyendo la senda de paz (FARC-EP, 2007:50).

La esloganización de Bolívar constituye, en esencia, un proceso de simplificación del pensamiento bolivariano, al desplazarlo del plano ideológico al de la propaganda y las frases hechas. Bolívar resulta, así, fijado en los límites de la retórica panfletaria (Angenot, 1982), expulsado hacia los márgenes de la democracia, desde donde intenta la confrontación y la instalación de una utopía, frente a la percepción crepuscular del mundo.

El epíteto

Más que adjetivo pleonástico que repite o enfatiza una parte del significado, el epíteto puede atribuir también tipos particulares de significaciones a aquello que cualifica, esto es, agregar un significado que, en principio, no se deriva necesariamente del objeto presentado (Beristáin, 1995:196). En el caso del epíteto bolivariano, se encontraron usos “institucionalizadores” y “ejemplarizantes”:

(Institucionalizadores): Movimiento Bolivariano / Plataforma Bolivariana / Consejo Patriótico Bolivariano / Farc bolivarianas / milicias bolivarianas.

(Ejemplarizantes): pensamiento bolivariano / propuesta bolivariana / banderas bolivarianas / emancipación bolivariana / visión bolivariana / proyecto bolivariano / Revolución Bolivariana / Colombia bolivariana / Ejército bolivariano / doctrina militar bolivariana / Fuego bolivariano / bolivarianos de hoy / saludo bolivariano / estirpe bolivariana.

Los usos “epitético-institucionalizadores” de Bolívar formalizan aspectos organizacionales del grupo guerrillero, de cara tanto a sus combatientes como a la población civil, para ser percibidos como una estructura altamente organizada. Esa preocupación por lo organizacional interno ha sido advertida por Ferro y Uribe (2002) como una tendencia a la

burocratización que les es funcional, por un lado, en términos de cohesión interna de las tropas, y por otro, en su búsqueda de reconocimiento como “ejército del pueblo”. El epíteto bolivariano no solo comunica esa estructura organizada interna, sino también su anclaje ideológico-histórico en el imaginario de las gestas de independencia.

Los usos “epitético-ejemplarizantes” de Bolívar funcionan en el discurso guerrillero, en general, como recuperación del carácter del prócer, elevado a modelo, proveniente del imaginario colectivo de su figura histórica. La remisión al proyecto de la Patria grande es retomada con frecuencia y ligada con la proyección expansionista del movimiento guerrillero en América Latina. En su discurso, la toma del poder desborda las fronteras nacionales y apunta a lo continental, o a lo sumo, a su reconocimiento como fuerza beligerante por parte del resto de países americanos; así, Bolívar aparece en epítetos en las cartas dirigidas a presidentes de países vecinos [16] y en los homenajes a los caídos en combate [17], muertes a las cuales se les atribuye sentido desde una ética sacrificial (Carnovale, 2011) que relaciona violencia y patriotismo, muerte y honor. Estas relaciones son respaldadas por “lo bolivariano” de la lucha armada:

Compatriota

Dilma Rousseff

Presidenta electa de Brasil

Desde las montañas de Colombia, nuestro saludo cordial, *bolivariano*, con *anhelo* de *Patria Grande* (FARC-EP, 2010, noviembre 14).

La moral del guerrillero fariano siempre se crece en la adversidad porque es de estirpe *bolivariana* y *marulandiana* (FARC-EP, 2011, noviembre).

Anclados en el tópico de la Patria Grande, no es extraño que la presidenta brasileña sea tratada de “compatriota”, aun especificando que ese proyecto es un “anhelo”, una utopía cuya realización y convocatoria se atribuyen las FARC-EP, desde la clandestinidad.

El contenido de la “estirpe bolivariana” fundamenta la modelización de la moral guerrillera, forja –y exige– un cierto carácter, atribuido al Bolívar histórico y reencauzado en quienes están llamados a reencarnarlo: los guerrilleros bolivarianos. La nacionalización de ese carácter se ve representada en la equivalencia con la “estirpe marulandiana”, esto es, la yuxtaposición de dos sujetos de condiciones sociales contradictorias (el aristócrata y el campesino), unidos en el discurso insurgente hacia una misma causa. El relato subyacente, de esta manera, sugiere cierta reciprocidad: le asigna a Marulanda la condición de prócer, y a Bolívar, la condición de guerrillero.

La impostación

En el discurso insurgente de las FARC-EP, Bolívar es puesto a “hablar” a través de su propia figura reconstruida en el presente y desde la orilla ideológica guerrillera. Se trata de una voz impostada del discurso referido, particularmente utilizada en la didactización del discurso político y en el uso de intericonicidades¹⁶⁵ o memorias icónico-discursivas (Courtine, 2011). Esa impostación refuerza el relato de la camaradería Bolívar-Marulanda (Figura 5.2) y Bolívar-Marx (Figura 5.3), en un manual de formación de combatientes (FARC-EP, 2011), a través de diálogos como los siguientes:

(Bolívar) *Manuelito*: gracias al nuevo ejército bolivariano que has creado, la *definitiva independencia* será posible.

(Marulanda) Libertador, *ordene!* (FARC-EP, 2011:23)

(Marx) *Simón*: ¡Rebelarse es legítimo!

(Bolívar): Así es Carlitos: *Nuestro futuro* es la Patria Grande y el Socialismo (FARC-EP, 2011:204)

El imposible encuentro entre figuras cronológica, espacial e ideológicamente disímiles es realizado a través de la caricatura con función didáctica, pero además, con orientación polémica, toda vez que los diálogos se construyen para desacreditar a los enemigos encarnados en el poder oficial. Así, el discurso insurgente logra el encuentro idealizado entre Bolívar y Marulanda, construidos como amigos entrañables; el segundo, “a las órdenes” del primero para finalizar sus proyectos políticos. La impostación de la voz de Bolívar, garante de la rebelión guerrillera, hace equivaler al prócer con el guerrillero; los recursos visuales, de hecho, comunican este mensaje directamente: el abrazo, la indumentaria bélica y el tamaño de ambas figuras refuerzan esa equivalencia (Figura 5.2).

¹⁶⁵ Con el concepto de *Intericonicidad*, Courtine (2011) señala el carácter interdiscursivo de las imágenes: *L'idée de mémoire discursive implique qu'il n'y a pas de discours qui ne soient interprétables sans référence à une telle mémoire, qu'il y a « toujours-déjà » du discours, selon la formule que nous employions alors pour désigner l'interdiscours. Je dirais la même chose de l'image : toute image s'inscrit dans une culture visuelle, et cette culture visuelle suppose l'existence chez l'individu d'une mémoire visuelle, d'une mémoire des images où toute image a un écho. Il y a « toujours-déjà » de l'image (...)* *L'intericonicité suppose donc la mise en rapport de relations d'images : images extérieures au sujet, comme lorsqu'une image peut être inscrite dans une série d'images, une archéologie, à la manière de l'énoncé dans un réseau de formulations chez Foucault ; mais aussi images internes, qui supposent la prise en compte de tout le catalogue mémoriel de l'image chez l'individu* (Courtine, 2011:39-40).



En la Figura 5.3, la impostación de voces permite conciliar a Marx con Bolívar en torno al proyecto de la Patria Grande. La rebelión armada es presentada por las FARC-EP como condición original de ese proyecto, y desde ahí, como rebelión legítima. Vemos aquí que la validación de la lucha armada no se fundamenta solamente en la necesidad de reaccionar contra un estado de cosas actuales, sino que acude a las figuras históricas para trascender la temporalidad del proyecto; en esta medida, ambos proyectos (la Patria Grande bolivariana y la lucha armada fariana) se construyen como complementarios; las FARC-EP serían la

continuación de Bolívar.

Como apunta Courtine (1981), en este caso, el trabajo con la memoria discursiva puede operar no solo a nivel de lo dicho, sino también con una suerte de selección de “olvidos”; un ajuste en la tensión decibilidad-indecibilidad a través de diversos silencios que se ubican en el centro de las cuestiones más problemáticas del conflicto armado colombiano. Entre ellas, la animadversión de Marx frente a Bolívar, lo que podemos traducir como la desarticulación entre los proyectos socialista marxiano y bolivariano. En la representación fariana, la tensión queda anulada y la figura de Marulanda funciona como mediador, puente de continuidad entre ambas visiones contradictorias. Su presencia en la imagen (Figuras 5.3 y 5.4, pintura y camiseta, respectivamente), en este sentido, es fundamental para posibilitar el diálogo entre Marx y Bolívar.



Figura 5.3. Bolívar, Marx y Marulanda (FARC-EP, 2011:204. FARC para principiantes)

La cuestión Marx-Bolívar es, así, simplificada en el discurso insurgente y apenas mencionada en extractos como el siguiente, parte de la Figura 5.4.

(Marx): Los últimos libros que encontré en Europa criticaban a Bolívar. Pero ha sido un gran revolucionario y por eso hoy le rindo honores (FARC-EP, 2011:22).



Figura 5.4. Bolívar y Marx (FARC-EP, 2011:22. FARC para principiantes)

La lectura de las FARC-EP sobre esta cuestión sigue la interpretación conciliatoria que ha elaborado un sector de la izquierda latinoamericana, para alinear a Bolívar con Marx. Según Kohan (2011:11), en la imprecación y acusación de bonapartismo que hace Marx sobre Bolívar, el filósofo

no comprende su papel de primer orden en la emancipación continental del colonialismo español ni su proyecto de construir una gran nación latinoamericana (...) Resulta más que probable que las fuentes historiográficas —férreamente opositoras al líder independentista— que Marx encuentra en el Museo Británico y en consecuencia utiliza tiñan su sesgado análisis (...). Su autor escribió esas líneas sobre Bolívar con extrema rapidez y únicamente con el fin de ganarse el pan, robándole tiempo a lo que más le interesaba en ese momento

que era comenzar a redactar nada menos que *El Capital*.

La lectura del PCC comparte ese mismo énfasis en la “ignorancia” o el “descuido” de Marx con respecto a la calidad de las fuentes; aun más, según Gilberto Vieira y Vicente Pérez, intelectuales del PCC, Marx habría sido víctima del engaño de esas fuentes, y en esa medida, la coordinación de esas dos figuras históricas saldría bien librada (Trejos, 2010).

Más allá del efecto cómico de la caricaturización de Marx -vestido con camiseta de las FARC-EP y rindiéndole honores-, se trata de un efecto simplificador que ayuda a anular la relación conflictiva entre perspectivas de mundo y realza la figura de Bolívar, sujeto de admiración por parte de figuras históricas inesperadas. Se desplaza así la impostación de la voz de Bolívar hacia la de Marx, para que el discurso insurgente resulte doblemente respaldado.

5.1.2.2 El Bolívar incorporado

5.1.2.2.1 Bolívar, el ideólogo

En 1993, las FARC-EP ratifican su adhesión al ideario bolivariano y aseguran que darán continuidad al proyecto de la Patria Grande. La Octava Conferencia Nacional introducirá con énfasis la figura del prócer, tres años después de la muerte de quien fuera reconocido como el primer “ideólogo” de las FARC-EP: Jacobo Arenas. En esa introducción, el tópico de la traición aristocrática a la gesta emancipadora impulsará la lucha armada como acción de desagravio y prosecución del proyecto bolivariano:

Al concluir nuestra octava conferencia nacional, hemos ratificado la tarea de *proseguir las huellas* de la gesta emancipadora del Libertador Simón Bolívar cuyas metas quedaron truncas por la *traición* de una aristocracia incapaz de entender el papel de los pueblos en la construcción de las nuevas sociedades. Haremos vivos su ejemplo y pensamiento, al igual que el de nuestro inolvidable Comandante *Jacobo Arenas* y el de todos los combatientes que han perecido en la formidable tarea que nos hemos impuesto (FARC-EP, 1993, Octava Conferencia).

La desaparición de Arenas significó para las FARC-EP un vacío en la orientación política de su lucha y coincidió o influyó en el fortalecimiento militar que experimentaron entre 1995 y 2002. Algunos analistas han leído ese vacío como el momento definitivo del extravío o la declinación de lo político por lo militar en las FARC-EP (COP, 2010; Pizarro, 2011; CNMH, 2013), en cuyas causas aparece la falta de orientación ideológica que dejó la muerte de Arenas y que su sucesor, alias Alfonso Cano, trataría de suplir liderando el denominado

Movimiento Bolivariano; así lo declaraba el mismo Marulanda en una carta aparecida en el año 2000, durante el proceso de paz adelantado con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002):

Es indispensable hacer cambios en las estructuras del Estado mediante el desarrollo y empuje del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia, en ciudades y campos, con el apoyo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército del Pueblo.

Camarada Alfonso Cano, Jefe Nacional del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia, Estado Mayor Central, Mandos y combatientes en general. Carta de Manuel Marulanda Vélez. 29 de abril de 2000 (citado en Medina, 2009:260).

Para Medina (2009:254), con el lanzamiento del Movimiento Bolivariano las FARC-EP se independizan definitivamente del PCC, principalmente por su falta de apoyo a la lucha armada como medio privilegiado para la toma del poder. La doctrina de la “combinación de todas las formas de lucha”, que el PCC había impulsado desde el IX Congreso Nacional, en 1961, se convertiría ahora en el parteaguas doctrinario¹⁶⁶ con las FARC-EP, quienes no renunciaron –y, por el contrario, profundizaron- la violencia armada como una de esas “formas de lucha”, si bien para el período 1995-2002 esta fue la única forma utilizada o a lo sumo el método dominante, por encima del trabajo político con la población civil.

El divorcio con el PCC y la muerte de Arenas (el lazo más fuerte con ese partido) posibilitaron entonces la entrada definitiva de Bolívar al ideario fariano. Según el testimonio del extinto comandante alias Iván Ríos (recolectado en Ferro y Uribe, 2003:127), fue Arenas mismo quien impulsó la iniciativa del bolivarianismo como ideología guerrillera, pero no tuvo eco en el PCC cuando fungía como brazo político de las FARC-EP hasta que, muerto Arenas, los compromisos con el Partido terminarían de desaparecer.

Se trataba, como vemos, de una entrada urgente en el plano de lo ideológico, que recicló la izquierdización de la figura de Bolívar por parte de la guerrilla urbana M-19. La tradicional filiación de Bolívar con los intereses de la derecha, en el imaginario partidista colombiano,

¹⁶⁶ Así lo deja sugerido Gilberto Vieira en una famosa entrevista con la intelectual marxista Martha Harnecker (1988:33): «Cuando se abre la gran polémica en el Movimiento Comunista Internacional, en la década del 60, y los maoístas ponían a los Partidos Comunistas contra la pared diciéndoles que se tenían que decidir por una de las vías: por la vía pacífica o por la vía armada, no sabían que hacer con nosotros, porque yo les respondía: “no, nosotros estamos por las dos”. Y es así en la práctica, en la realidad de Colombia. Reivindicamos como justa la lucha armada y estamos también en la vía que ustedes llaman “pacífica”, estamos en la acción de masas y tenemos aliados en el parlamento y aspiramos a acabar con el sistema paritario para tener plenos derechos políticos. Así entendíamos y así entendemos la combinación de todas las formas de lucha. Es decir, nunca aceptamos la célebre absolutización de una forma de lucha... En esa época había una serie de comunistas que planteaban, me acuerdo de la frasecita, “hay que privilegiar la lucha armada”... O sea, dedicarse totalmente a una forma de lucha. Nosotros nunca aceptamos eso».

no fue impedimento para que el M-19 –y posteriormente, las FARC-EP-, logaran adherirlo y presentarlo como afín a la lucha guerrillera. Este proceso puede verse como un producto discursivo de la iniciativa política adelantada entre los años 1987-1990 y autodenominada “Coordinadora guerrillera Simón Bolívar”, que agrupó a los colectivos insurgentes de la época en torno a una búsqueda dialogada de acuerdos de paz, en la administración de César Gaviria (1990-1994), y que construyó en la figura de Bolívar una especie de mediación, punto en común o lazo cohesivo entre los diferentes grupos armados. El tópico bolivariano de la unión y la unidad de los pueblos fue, en ese proceso, funcional al proyecto de la Coordinadora y utilizado para fundamentar la coalición; no obstante (o precisamente por una débil y simplista interpretación de la unión bolivariana), la agrupación se disolvió rápidamente.

Es interesante leer, desde esta perspectiva, los procesos de paz anteriores que no alcanzaron acuerdos definitivos como escenarios que sirvieron para la asunción de Bolívar como ideólogo de la guerrilla. En estos periodos, donde debió priorizarse lo político sobre lo militar, fue necesario que el discurso insurgente recuperara al Bolívar menos guerrero y más ideólogo, y para ello había que construir su filiación a la izquierda reinterpretando las gestas independentistas del siglo XIX como gestas inacabadas que le fueron legadas a la guerrilla. Esto no resultaba realmente desafiante, dada la naturaleza abierta y ambivalente de la gesta bolivariana cuando se le descontextualiza y se le recorta; lo bolivariano bien podría actualizarse, así, como un proyecto libertario de unión, o como uno de dictadura homogenizadora. Como apunta Harwich (2003), lo particular en la historiografía sobre Bolívar es su capacidad de ser convertido en “un héroe para todas las causas”:

Catorce años después, en la Novena Conferencia guerrillera, el bolivarianismo seguirá en pie, en ese momento con mayor presencia en la documentación oficial de la guerrilla: el “Manifiesto de las Farc”, la “Plataforma bolivariana” y la actualización de los “Estatutos”: (...) un nuevo gobierno que sugerimos patriótico, democrático, bolivariano, hacia un nuevo orden social, comprometido en la solución política del grave conflicto que vive el país. Un nuevo gobierno que materialice el proyecto político y social del Libertador, que conforme un nuevo Ejército Bolivariano para la defensa de la patria y las garantías sociales (...). Un gobierno cuya divisa en política internacional sea la Patria Grande y el socialismo y que priorice las tareas de la *integración de los pueblos de Nuestra América* (FARC-EP, 2007, Manifiesto Novena Conferencia).

Priorizar tareas por la *integración de Nuestra América*. Todos los latinocaribeños serán considerados ciudadanos de Nuestra América. Patria Grande y socialismo será nuestra divisa (FARC-EP, 2007, punto 11, Plataforma bolivariana)

Las FARC-EP aplican a la realidad colombiana los principios fundamentales del marxismo-leninismo (...); se inspiran en el pensamiento revolucionario del Libertador Simón Bolívar del antiimperialismo, la *unidad latinoamericana*, de la igualdad y del bienestar del pueblo. También propugnan por la creación de un auténtico Ejército Bolivariano (FARC-EP, 2007:7-8, Estatutos).

Se oficializa, así, en el discurso organizacional de las FARC-EP el bolivarianismo como ideología de integración latinoamericana. El tópico de la unión será el principal elemento de activación de la memoria independentista, estrategia continental que busca amalgamar pueblos y revoluciones de diferente cariz contra un enemigo común: el colonialismo imperial, particularmente de Estados Unidos. Medina (2009) advierte que se trata de una unidad en la revolución, una América sin fronteras para consolidar la soberanía y la independencia inconclusa, “a nivel interno para la liberación, el progreso de cada uno de los países y de los pueblos, y a nivel continental como la fuerza para poder enfrentar a los Estados Unidos en el orden unipolar como una sola nación” (Medina, 2009:262).

Como vemos, la memoria de Bolívar también resulta funcional a la oposición contra Estados Unidos, en la que insisten las FARC-EP desde su mito fundacional y que recogen de la movilización social antimperialista de las primeras décadas del siglo XX en Colombia (Vega, 2002). En la biografía de Bolívar que esta guerrilla incluye en un curso de formación ideológica, se resalta precisamente esa conexión con el ideario bolivariano:

Bolívar regresa a Bogotá en 1827 en medio de los peores odios contra su persona a quien los *embajadores gringos* y los agentes ingleses han *calumniado* y señalado como tirano. El gobierno norteamericano se ha propuesto *sabotear el proyecto bolivariano* de creación de una confederación de naciones en América, no le conviene esto para su estrategia imperialista, *América es para los norteamericanos*, dicen (FARC-EP, 2005: 6, curso ideológico).

La interpretación contra la llamada Doctrina Monroe aparece implícita en la denostación del apelativo “gringos” y explícita en la acusación de calumnia, sabotaje e imperialismo, que el discurso insurgente resume en el cambio de la fórmula original “América para los americanos”, por “América para los norteamericanos”. El estilo amplificatorio y polémico que caracteriza el discurso de las FARC-EP, trae las voces disidentes contra el bolivarianismo para evaluarlas negativamente, denunciarlas y vituperarlas. Es en la unidad de pueblos y culturas latinoamericanas que Bolívar y las FARC-EP encuentran un “sueño” común de autonomía y soberanía, contra las formas coloniales que habría heredado Estados Unidos de

Europa:

El sueño de la Patria Grande, una gran nación para todo el continente latinoamericano, no responde a “delirios de grandeza” o “ambiciones personales de un *dictadorzuelo*” como han escrito *apresuradamente* algunos *leguleyos* y *mediocres académicos* que al atacar a Bolívar sólo persiguen obtener un par de *titulitos* sin valor y alguna beca millonaria de la gran *burguesía* o de las ONGs. Por el contrario, Bolívar cree que en las relaciones internacionales, sólo se podrá alcanzar cierto “equilibrio” frente a las *grandes y viejas* potencias europeas y la gigantesca y nueva potencia norteamericana si Nuestra América logra articularse como una nueva potencia unida, autónoma y soberana. Para ello debe, antes que nada, unir sus pueblos y culturas. La fragmentación de la Patria Grande en 20 *republicuetas* -herederas hasta en su arquitectura institucional y jurídica de la administración colonial europea- sólo reportará sumisión, dependencia y neocolonialismo (FARC-EP, 2011:19).

Sin embargo, los tópicos bolivarianos en el discurso insurgente se ven amenazados por su falta de aceptabilidad y su difícil penetración en el mundo contemporáneo. El esfuerzo enunciativo de las FARC-EP se concentrará, entonces, en hacer que Bolívar “vuelva” del olvido histórico que la guerrilla ve materializado en los sistemas hegemónicos neoliberal y posmoderno. La estrategia retórica consistirá en la afirmación de que tal regreso ya fue efectuado, que el proyecto suma voluntades y se extiende por todos los lugares, y que la utopía es inminente:

¡*Vuelve* Bolívar!

Después de la *hegemonía* del neoliberalismo y el posmodernismo, el mensaje insumiso y libertario de Simón Bolívar *retorna* al centro de la escena. La Gran Colombia, como categoría hermanadora de pueblos y culturas, y la Patria Grande como proyecto de emancipación global, *hoy nutren rebeldías* por montañas y selvas, por campos y ciudades, por fábricas y barrios, por colegios y universidades (FARC-EP, 2011:94).

5.1.2.2 Bolívar, el socialista

La construcción discursiva del Socialismo del siglo XXI en Latinoamérica (Arnoux, 2008, 2010, 2015), liderada por el expresidente venezolano Hugo Chávez, ha influido en la configuración e incorporación de un Bolívar socialista en el discurso de las FARC-EP. Para ambas discursividades, la dificultad estriba en introducir y hacer aceptable un proyecto deslegitimado en amplios sectores, principalmente a través de la fuerte asociación del socialismo con la caída del modelo soviético y la oposición internacional al modelo cubano.

Contra el imaginario/acusación de anacronismo de las revoluciones socialistas en el

escenario contemporáneo, una fuerza que logró contrarrestar parcialmente el avance de los modelos de gubernamentalidad neoliberal en América Latina fue la reactualización de la revolución bolivariana del siglo XIX, bajo la urgencia de lo inacabado e inaplazable. El discurso latinoamericanista se valió, así, de una doble articulación cronológica (siglo XIX-siglo XXI) e ideológica (socialismo-bolivarismo) que, con Chávez, cristalizó en el desarrollo de una misma línea de gobierno nacional durante catorce años (1999-2013), con continuidad actual en la figura del presidente Nicolás Maduro. Desde temprano, las FARC-EP vieron en el proyecto chavista un modelo efectivo y novedoso de la toma del poder, al cual se declararon abiertamente adheridos; simpatía a la que Chávez no fue indiferente:

Bolívar es la *revolución que no puede aplazarse más* por las dominaciones de los Estados Unidos y las oligarquías usurpadoras, es la forma de crear la gran nación de la democracia verdadera, de la soberanía del pueblo, de la igualdad y la independencia, impulsada desde *un nuevo socialismo, el socialismo del siglo XXI* (FARC-EP, 2005).

La presencia de la figura de Chávez en el discurso de las FARC-EP puede rastrearse desde principios del año 2000, durante su primer periodo presidencial. Esta simpatía se fue acrecentando con la puesta en marcha de la Política de Seguridad Democrática, del expresidente Álvaro Uribe (2002-2010); la presión militar de esta política coadyuvó a que miembros de las FARC-EP buscaran protección cruzando la frontera colombo-venezolana (semana.com, 2010, julio 15). El punto más álgido –y polémico- del apoyo de Chávez a las FARC-EP se dio en enero de 2008, en el discurso pronunciado por el expresidente venezolano ante la Asamblea Nacional de Caracas y recuperado por las FARC-EP en la siguiente cita, días después de su intermediación exitosa en la liberación de un grupo de secuestrados en poder de la guerrilla.

Profundizando la perspectiva del socialismo, *Chávez* se entrevista públicamente con las FARC-EP y proclama ante el Parlamento venezolano y las cámaras de TV: “Las FARC-EP P y el ELN no son ningunos cuerpos terroristas. ¡Son verdaderos ejércitos que ocupan territorio en Colombia! ¡Hay que darles reconocimiento a las FARC y al ELN! Tienen un *proyecto bolivariano* que aquí [en Caracas] es respetado” (FARC-EP, 2011:116)

El respaldo de Chávez fue altamente valorado para la estrategia de internacionalización de las FARC-EP, cuyo primer objetivo consistía en la recuperación de su estatus de beligerancia (perdido cuando se rompieron los diálogos de paz con el expresidente Pastrana, 1998-2002) y su desclasificación como grupo terrorista. La adopción del Bolívar socialista de Chávez sería

funcional a esos propósitos y les permitiría, además, presentar a Manuel Marulanda como el heredero nacional del liderazgo revolucionario de Bolívar, como lo fuera Fidel en Cuba y el mismo Chávez en Venezuela:

Manuel Marulanda Vélez es quizás uno de los principales *marxistas bolivarianos* de nuestro tiempo (FARC-EP, 2011:23).

En Bolívar nos encontramos todos. Él es espacio estratégico de unidad, de reunión de liderazgos, de integración de ideales y de luchas. *Bolívar cabalga de nuevo* en este hemisferio en la lucha de *Fidel, Chávez y Manuel* y el pueblo innúmero, los *quijotes y los sanchos victoriosos* de este siglo (FARC-EP, 2005).

El bolivarismo chavista y la conformación de un bloque regional de poder, aunque de izquierdas diversas (Lozano, 2005) serían, así, el modo más directo de recuperar el capital político perdido en la lucha armada ilegal; el Bolívar socialista rescataría a las FARC-EP de la marginación sociopolítica –a nivel nacional-, de su estatus de terrorista –a nivel internacional-, y en ambos casos, excusaría las extralimitaciones de su lucha al enmarcarla en la replicación de unos proyectos incomprensidos (“quijotescos”, pero victoriosos, según la cita anterior), y en la idealización de una unión esencial latinoamericana (*unión «natural»*, como la denomina Arnoux, 2004:29). Así la expresan las FARC-EP:

Nada podrá dividir nuestros corazones y anhelos. *Venimos de la misma arcilla genitora* y es común nuestro destino: *la unidad, una sola nación* con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo, como lo soñara *el padre de la América Nuestra*.

La utopía marxista del Bolívar socialista consistirá, pues, en rehacer esos vínculos esenciales en la Patria Grande, haciendo la revolución a través de la guerra de guerrillas. Con el anticolonialismo como bandera, el discurso insurgente incorpora la continuidad de la gesta independentista en el escenario nuevo; la activación de esa memoria requiere, además, reciclar a los mismos enemigos y mixturarlos con los nuevos en la amalgama de ambas tradiciones discursivas: la socialista y la bolivariana:

En el compromiso con la *utopía* está precisamente uno de los valores fundamentales de Bolívar como *sujeto revolucionario* anterior al marxismo, y del bolivarismo como compendio actual de su ideario (...). Padre de nuestra nacionalidad colombiana, *el Bolívar revolucionario, el Bolívar insurgente y visionario*, buscaba la destrucción de todo *colonialismo* (FARC-EP, octubre de 2005 :30).

El gran propósito bolivariano fue la transformación de la lucha *anticolonialista* por la *independencia* en un *régimen revolucionario* que asumiera los profundos cambios

democráticos, por el camino del *progreso* de la *situación material* y social de las *masas populares* (FARC-EP, 1997:1).

A ese colonialismo permanente y renovado, las FARC-EP oponen la utopía de una “definitiva independencia” representada en la Patria Grande y amenazada por el imperialismo estadounidense. De este modo, el discurso de la lucha insurgente enfatiza tanto en su autoconstrucción como en la representación de la lucha del enemigo, a través de la impostación de la retórica cualificatoria del imperio:

La lucha por la *definitiva independencia* no sólo está ligada a la derrota del sistema capitalista y la dominación imperial, sino que exige la superación de ese sistema decadente y la inauguración de *una nueva era justiciera*: la del *socialismo* y la *Patria Grande*... La preocupación de Washington es *Simón Bolívar todavía vivo* y palpitante en el anhelo justiciero de los pueblos, y en la vigencia de su pensamiento, de su proyecto político y social... *Bolívar sigue combatiendo en los fusiles de las FARC* y en el anhelo de cambio, y en la lucha del pueblo de Colombia (...). Para la mirada imperial Bolívar inspira la lucha armada de la guerrilla (*¿FARC-EP?*), el “populismo” (*¿Chávez?*) y el socialismo (*¿Cuba?*). Tres *demonios* a combatir en la *nueva caza de brujas norteamericana* (FARC-EP, 2011:195-196).

Los tres “demonios”, que la impostación del discurso del enemigo homogeniza en uno solo y reúne en la figura de Bolívar, amplifica el agravio norteamericano y utiliza esta estrategia *pathémica*, la “demonización”, para mover hacia el miedo y al odio (Amossy y Koren, 2010). El último enunciado, en clave irónica, utiliza esa acusación de demonización en ambos sentidos: el enemigo odia, pero también teme.

5.1.2.2.3 Bolívar, el guerrero

A la búsqueda de esas intersecciones que le permitan a las FARC-EP adherir a Bolívar a su causa, la dimensión estratégica de la guerra es retomada e incorporada como memoria del honor y la victoria. Bolívar, el máximo jefe de los ejércitos libertadores, será el comandante dirigiendo la lucha armada; su liderazgo será garantía de convocatoria amplia, nobles propósitos y éxitos finales. El Bolívar incorporado se desplaza, así, de guerrero a guerrillero:

Todos queremos a Bolívar en la vanguardia conduciendo a los pueblos del continente hacia su destino de independencia, de Gran Nación de Repúblicas y de justicia social (FARC-EP, 2011, junio 11).

Por las trochas, los ríos y las carreteras brotaba el pueblo que iba llegando en busca de la esperanza, en busca de Simón Bolívar, de su pensamiento y de su espada, hombres y

mujeres sedientos de justicia y dignidad, dispuestos a organizarse, a enrolarse en el ejército de pueblos que está forjando el Libertador a su regreso, convencidos con el padre de Nuestra América de que no hay mejor medio de alcanzar la libertad que luchar por ella (FARC-EP, 2011, marzo 26).

En la activación de la memoria del Bolívar guerrero se refuerza el imaginario del líder caudillo, el guerrero popular que mueve y conmueve como figura excepcional de la gesta libertadora. Las reconstrucciones biográficas se mueven, de hecho, en esos bordes hagiográficos que hacen del hombre un mito y de sus actos una mitología latinoamericana; su contenido da cuenta del origen de nuestras sociedades e identidades, ambas supuestamente llamadas e inclinadas a la lucha por la Patria Grande:

A él [Bolívar] le gustaría tener un ejército que por donde pasara diera a los pueblos libertad, y juró en la colina Monte Sacro de Roma que no daría descanso a su alma ni a su brazo hasta no ver libre a la América (FARC-EP, 2005: 2).

La magnitud de la empresa requerirá el valor desmesurado del héroe, y en la lógica de esa narrativa mítica, el sacrificio a muerte y la capacidad de luchar contra villanos poderosos. En el caso de la gesta de independencia y de la conformación republicana, estos personajes quedarán representados en las figuras del Federalismo y en las ideas liberales que se opusieron al centralismo bolivariano (Jaramillo, 2013). Las FARC-EP dan cuerpo a estas figuras con la introducción del General Francisco de Paula Santander como el arquetipo del traidor:

Ya él está muy enfermo, su ejército ha sido deshecho por los leguleyos *santanderistas* temerosos de su prestigio y respaldo popular. Bolívar, con una *pequeña guardia de 100 guerrilleros*, baja muy debilitado por el río Magdalena, se está unos días en Cartagena y viaja a Santa Marta, donde muere en la absoluta pobreza el 17 de diciembre de 1830 (FARC-EP, 2005: 6).

(Santander no tenía cara, sino careta) (Santander): Bolívar quiere provocar una revolución en la que ganen los que nada tienen, que siempre son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos (FARC-EP, 2011:25. Figura 5.5).

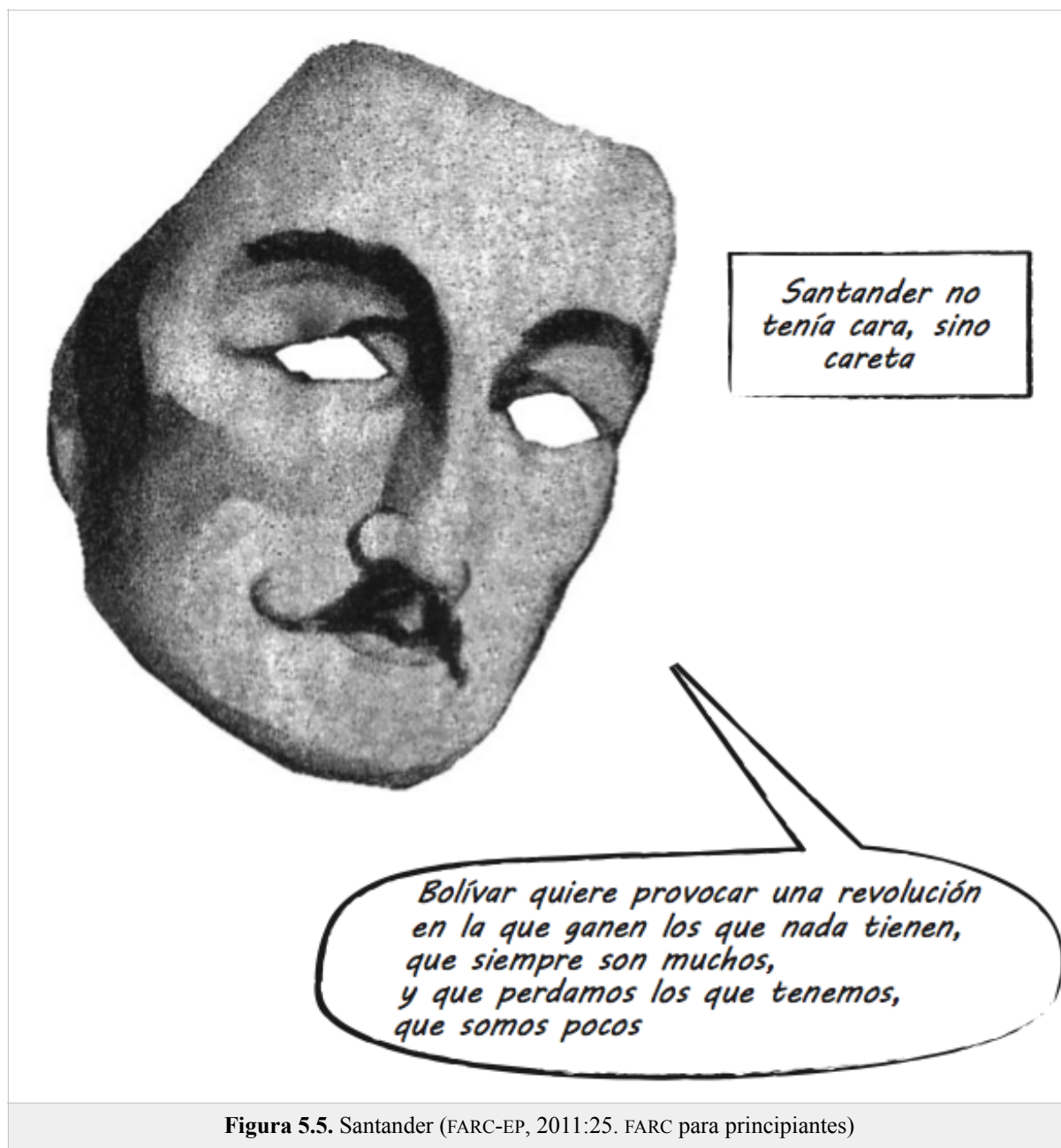


Figura 5.5. Santander (FARC-EP, 2011:25. FARC para principiantes)

En la tradición política colombiana, la idea de la “traición” de Santander a Bolívar iniciará una larga historia de polarizaciones bipartidarias que, a su turno, poseerán el poder en distintos períodos y reproducirán la visión del otro como traidor. Santander se convertirá en la figura antagónica de Bolívar, su antihéroe ‘oligarca y leguleyo’ (en la tradición afín, a Santander se le presenta como “el hombre de las leyes”) y a partir de esa dicotomía se le asociará al engaño y a la hipocresía de los políticos de turno:

Santander no tenía cara sino CARETA, como Santos en política internacional (FARC-EP, noviembre de 2011:5, Figura 5.6).



En el discurso insurgente, las diferencias ideológicas entre Bolívar y Santander se resuelven como dicotomías insalvables, axiologizadas y moralizantes, a través de las cuales se reproducen estereotipos y prejuicios culturales de honda raíz en la cultura política colombiana, por parte de los “bandos” que defienden y elevan a héroe guerrero victimizado a uno u otro prócer. El maniqueísmo del discurso guerrillero sostiene, sobre esta base, que el poder oficial es inmoral o amoral y que, por tanto, es inferior en ese sentido a las tropas insurgentes. El anclaje en Bolívar es también aquí fundamental para respaldar esa construcción de una violencia armada moral y justa que no les deja perder la guerra, pese a la superioridad militar del enemigo:

Algo está pasando: el gobierno de Colombia dispone de un pie de fuerza cercano a 500 mil hombres, tecnología militar de punta..., pero *no gana la guerra*. Tal vez hace falta colocar en la balanza la *integridad moral* del combatiente fariano, su lealtad a la causa de los pobres, a la patria, el amor del pueblo y el *fuego bolivariano* que tremola en su plataforma de lucha (FARC-EP, 2011, febrero 18).

Es en el género epidíctico funerario donde los lugares comunes del coraje, la moral y el sacrificio del guerrero en la batalla cobran función reparadora. En 2010, el asesinato del máximo jefe militar de las FARC-EP, “el Mono Jojoy”, fue presentado desde esa amplificación de la fuerza sobrenatural del Bolívar guerrero inmolado. En este caso, la memoria bolivariana reconstruida tenía que garantizar la continuación de la lucha basada en la superioridad moral y la trascendencia gloriosa:

Una muerte gloriosa triunfa sobre el tiempo y prolonga la sublime existencia, hasta la más remota posteridad. SIMÓN BOLÍVAR (FARC-EP, octubre 8 de 2010).

Mono... Mono...[Jojoy]: tú siempre tan inquieto, haciéndole maldades a los señoritos ricos de la *oligarquía santanderista* (...) Y como cobardes que son tuvieron que mandar más de dos mil a buscarte, con bombas inteligentes y radares móviles, para eliminar, como tú mismo te definiste, “un hombre común y corriente, como los demás”, cuya única *fuerza, esa sí sobrenatural*, era la que te proporcionaba tu *moral*, tu férrea convicción y tu entrega total al *sueño de Bolívar* (FARC-EP, 2012, abril 17).

El traslado de las victorias bolivarianas, del campo de batalla al de la moral, apertura la prolongación de la lucha guerrillera y descarta la desmovilización. En la lógica bélica, es inadmisibles rendirse cuando se es superior al enemigo; ahora bien, esa superioridad también puede construirse en el discurso cuando la batalla física no le es favorable al actor insurgente. Así, el bolivarianismo activa el *pathos* de la indignación colectiva, la responsabilidad con “el pueblo” al que se arroga el derecho de representar, cuando el grupo guerrillero es conminado a deponer las armas:

(Periodista): ¿Qué condiciones exigen ustedes hoy para *desmovilizarse*?

(Alfonso Cano): Desmovilizarse es sinónimo de inercia, es entrega cobarde, es rendición y traición a la causa popular y al ideario revolucionario que cultivamos y luchamos por las transformaciones sociales, es una *indignidad* que lleva implícito un mensaje de desesperanza al *pueblo* que confía en nuestro compromiso y propuesta *bolivariana* (FARC-EP, 2011, junio 16).

5.1.2.2.4 Bolívar, el educador

La incorporación de Bolívar como educador de la guerrilla resuena como una memoria axiológica idealizada. Sus enseñanzas tendrán que ver con un modelo de conducta intachable, que al mismo tiempo se convierte en proyección del ideal del político como persona. De ahí que en el Bolívar educador de las FARC-EP se pueda leer, en realidad, una inconformidad esencial con la política desprestigiada que denuncian y frente a la cual proponen volver a los viejos modelos decimonónicos, vía los valores que garantizaría la lucha libertaria. Desde allí, Bolívar es el educador político para la guerrilla, el que enseña cómo liderar el proyecto que se quiere presentar como el mismo de la emancipación:

En las *enseñanzas del pensamiento de Bolívar* las FARC-EP encuentran *valores*: la entrega a un ideal sin reclamar nada; el proyecto según el cual la política no es para “hacer plata”, sino que se considera un servicio social; la honradez, el sacrificio; la lucha por los demás, el desinterés; el compromiso; la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace; la originalidad del pensamiento. Todas esas fueron *enseñanzas de Bolívar* y las FARC-EP afirman, en sus diferentes materiales de estudio, programas y manifiestos políticos, que dicha escala de valores -absolutamente irreductibles al capitalismo y al neoliberalismo- sigue teniendo *vigencia* (FARC-EP, 2011:18)

En esa enseñanza bolivariana de la política, el modelo se presenta como una suerte de apostolado que las FARC-EP recuperan e incorporan en sus documentos programáticos, en sus cartillas de reclutamiento y en los cursos ideológicos. En este sentido, es una enseñanza modalizada deónticamente y justificada axiológicamente:

Creemos que es *nuestro deber* impedir que Colombia siga siendo impunemente el botín del pirata en manos de una clase de salteadores (...). De ahí la importancia del rescate de nuestra historia, porque allí, en su conocimiento, estudio y divulgación están contenidos los más caros *valores* de nuestra nacionalidad. Y porque es a nosotros, *los bolivarianos de hoy*, a quienes corresponde terminar esta tarea que los libertadores (...) dejaron de hacer. Para que nuestro pueblo sienta nuestra causa como la suya propia, *debemos saber* rescatar el legado de *los verdaderos padres* de la patria, de *los mejores hijos de Colombia* y seguir siendo fieles a los ideales del Libertador Simón Bolívar (...). He ahí por qué en las Farc somos bolivarianos y nos reclamamos *hijos de Bolívar* (FARC-EP, 1997:11).

El discurso insurgente deriva de esa idealización del modelo político una filiación más radical: la de carácter filial, desde donde el Bolívar educador lo es además en su rol de padre de todos los guerrilleros, sean comandantes o soldados. Es en esa dimensión donde es posible inscribir la tarea inconclusa como legado, herencia del padre que no deja dudas del deber de

su cumplimiento. Como se puede leer en algunas citas anteriores, Bolívar frecuentemente es incorporado como padre (de la patria, de Latinoamérica, de la libertad, etc.); desde ese lugar, las FARC-EP se “reclaman” como hijos en derecho propio, “bolivarianos de hoy” en cuya herencia se cifra y justifica la violencia de la guerra.

La aparición del manual de formación guerrillera titulado “Marulanda y las Farc para principiantes”, con Bolívar en la portada de sus dos ediciones (2011 y 2014), demuestra la necesidad de esa incorporación del Bolívar educador frente a la urgencia de una relegitimación en el plano político. La idealización de la figura de Marulanda como intelectual de la guerra de guerrillas responde al esfuerzo por configurar un líder de un socialismo “a la colombiana” como mixtura de estereotipos diversos: el campesino, el líder político, el estratega militar y el genio autodidacta. Pero además, el discurso insurgente intenta plegar la figura de Marulanda la del prócer y operar ese desplazamiento; construir las en paralelo para que la asociación devenga en coalición y mixtura, en modelos equivalentes:

Con Marulanda y las Farc para principiantes, comienza en firme *la Cátedra Manuel Marulanda Vélez* a recorrer el continente, *en campaña con Bolívar*, con Marx y con el Che, y a extender sus lazos libertarios allende el océano.

Esta obra está dedicada, con profundo afecto guerrillero, revolucionario, *a la juventud*, de la cual convocamos su histórica rebeldía contra la injusticia, su generosidad con los débiles, su irreverencia creadora, porque sólo con audacia e imaginación colectiva seremos capaces de abrir *los nuevos caminos de la Patria Grande y el socialismo* (FARC-EP, 2011:3)

Para lograr estos propósitos, será fundamental la producción de géneros textuales que, educando a las tropas, construyan a las FARC-EP bolivarianas plegadas a la figura del Libertador. Esos géneros están a medio camino entre lo didáctico y lo político, y se valen de la escenografía enunciativa del manual de divulgación para recuperar y actualizar la memoria bolivariana. En esa medida, el Bolívar fariano es una pieza clave de la escenografía de la resistencia, pues encarna al maestro y padre educador, modelo de conducta para los jóvenes guerrilleros y guía que orienta, afirma y exhorta a la continuidad de la lucha.

5.1.2.3 El anclaje en una memoria extensa

La exploración sobre el Bolívar construido en el discurso de las FARC-EP permite ver en funcionamiento la interdiscursividad con “lo bolivariano”, activada por la necesidad de anclar la lucha guerrillera en una memoria extensa. Entiendo que los espacios de memoria discursiva tienen alcances cronológicos diferentes, y que esas extensiones hacia pasados más

o menos remotos no se refieren a la simple recuperación de estratos históricos sedimentados, sino a la identificación de las complejas conexiones –articulaciones, selecciones, adaptaciones y olvidos- que los discursos políticos operan entre espacios y tiempos del pasado (la tradición), del presente (la acción política) y del futuro (la utopía).

Además de lo extensivo-temporal, la memoria extensa también refiere la capacidad de desprenderse del espacio local e insertarse en un territorio más amplio, abierto y compartido, que el de los límites de la historia particular: lo extensivo-espacial queda involucrado también en los juegos interdiscursivos.

La descripción realizada en este capítulo me lleva a sostener la urgencia del discurso insurgente por anclar en una memoria extensa, esto es, en un pasado más anterior que la historia misma de la guerrilla y que trasciende sus fronteras, para respaldar la violencia armada como una justa e ineludible continuidad de luchas heredadas. La inserción del cronotopo bolivariano en el discurso de las FARC-EP es funcional a la construcción de esa herencia y permite la activación de tres tópicos que operan en la matriz de los discursos sobre la unión regional o matriz latinoamericanista (Arnoux, 2004, 2008a, 2008b):

- El proyecto inacabado de Bolívar, o la idea de que existen unas tareas inconclusas que la historia no vio llevadas a cabo, pero cuya vigencia no tiene lugar a dudas, lo mismo que su posibilidad de realización. Las tareas marcan una agenda, inspiran las acciones y las llenan de sentido; lo inconcluso permite tender un puente hacia el pasado y producen un efecto de continuidad: todo queda conectado, desprendido de su inmediatez y relacionado con ideales más grandes que lo que cada coyuntura deja ver y comprender. Desde esta idea de lo pendiente se abre paso la construcción del enemigo en el relato heroico: él es quien impide el proyecto, es el culpable de su realización frustrada; de ahí que represente todo lo que se le opone y que se valga de los peores medios para frustrarlo. Las tareas inconclusas son de orden general y elevado, abstracciones difícilmente refutables que resuelven (o resolverían) de una vez y para siempre las problemáticas sociales y que aparecen como cierre de una labor en curso (por ejemplo: “definitiva independencia”). Con todo, se trata de la herencia de un proyecto político.

- La unión esencial de los pueblos latinoamericanos, o la idea de que la fragmentación del territorio regional no se corresponde con la naturaleza de sus pueblos, quienes se encuentran “esencialmente” unidos. Para Arnoux (2008b:20) “desde la guerra de la independencia ha vivido, sostenida en movimientos populares desplegados en diferentes latitudes, la idea de que formamos parte de una gran nación fragmentada”. La conciencia

decimonónica de esa unidad perdida remite hacia un pasado aun más remoto: una unidad mítica asociada con la “memoria larga” prehispánica (Rivera Cusicanqui, 1984), lugar de encuentro y punto de partida de las sociedades latinoamericanas, pero extraviada en el decurso de la contemporaneidad. El sentimiento de ese extravío deviene en imperativo en dos sentidos: el político, por medio del cual se justifica la lucha contra todo lo que fragmente a los pueblos de la región y se refuerza el tópico bolivariano de la Patria Grande; y el sentido social, que amplía el significado de lo local-nacional en la búsqueda de identificaciones que definan “lo latinoamericano”. Con todo, se trata de la herencia de una identidad regional.

- El liderazgo moral del caudillo independentista, o la fuerte asociación entre el caudillismo y la conducta idealizada del prócer en Latinoamérica. Como lo han advertido los estudios sobre el caudillismo en esta región (Castro, 2007; Hamill, 1994; Lynch, 1992), se opera una personalización de la política basada en la excepcionalidad de una figura eminente, fuerte y carismática, que surge en medio de crisis de confianza en las instituciones (o en sus momentos embrionarios) y en los líderes que representan al pueblo. A partir de una personalización tal, el deslizamiento hacia la heroicidad y la dominancia de un tono épico en los relatos sobre el caudillo parecen inevitables. El caudillo independentista es el guerrero heroico y el patriarca protector para un pueblo explotado y dependiente. Como héroe y padre al mismo tiempo, sus actos y sus gestos son ejemplarizantes; él representa la máxima integridad a la que se puede –y se debe- aspirar. Con todo, se trata de la herencia de un modelo de conducta.

5.1.2.4 La traducción de la memoria bolivariana en el discurso insurgente

El discurso insurgente de las FARC-EP traduce los tópicos descritos de la matriz latinoamericanista de acuerdo con sus condiciones y lugares de enunciación. El carácter de ilegitimidad y clandestinidad, sumado a la deslegitimación social de la guerrilla colombiana, hacen que los tópicos latinoamericanistas sean ajustados, filtrados y reproducidos con rasgos propios. La traducción es aquí una interpretación particular del discurso bolivariano que garantiza el respaldo justificatorio de las acciones y decisiones guerrilleras, esto es, una operación de adhesión, amalgama y dilución del discurso de Bolívar en el discurso fariano. En el mismo sentido, es la construcción de un Bolívar guerrillero que debe ser representado (a través de diversos modos de introducción del discurso referido) e incorporado (asignándole roles o funciones complementarias y determinantes en la lucha de las FARC-EP) en el espacio de una memoria presente y en la proyección de la “memoria futura”. Así quedan traducidos

los tópicos bolivarianos:

- La revolución inconclusa, como proyecto inacabado, es incorporada en el discurso insurgente como revolución traicionada, tiranía prolongada y como historia circular. La revolución frustrada deviene atemporal y urgente, con lo cual los problemas sin resolver permanecen inmutables y la lucha guerrillera se presenta a sí misma como definitiva, más necesaria que nunca. Asimismo, tal como se heredaron los ideales revolucionarios decimonónicos, también llegaron hasta el presente los legados de la contrarrevolución, donde residirían los males en curso. Por tal razón, se acusa una ilegitimidad del gobierno de turno y se reclama otro que no encarne la traición a los próceres, sino la fidelidad, promesa y compromiso con la continuidad de sus proyectos. La historia, así, deviene en contraargumento contra el poder hegemónico, y se pretende ver en la “verdadera” tradición política un camino que desemboca ya no en la estabilidad democrática y constitucional de la república, sino en la vigencia de las luchas incansables iniciadas por los próceres en torno a la esquivada independencia y la aplazada libertad. En este sentido es que es reactualizada la revolución independentista (el “pueblo en armas”) como guerra de guerrillas: el desagravio de una traición histórica, brutal y violenta, para completar el proyecto inconcluso.

- La unión esencial entre los pueblos latinoamericanos es incorporada en el discurso insurgente como una estrategia de internacionalización en búsqueda de la recuperación de su estatus de beligerancia y de desclasificación como grupo terrorista, a partir del apoyo externo. La recuperación de la memoria bolivariana plantea para las FARC-EP la posibilidad de extender su proyecto político más allá de las fronteras colombianas, amparados en la idea de la “Patria Grande”, que resulta convocante en la región. No obstante, también puede verse bajo la sospecha de un oportunismo deliberado a través del cual detrás de Bolívar se estarían des-responsabilizando de sus acciones en la guerra. En este último sentido, el tópico de la unión también es funcional a la búsqueda de indultos por crímenes cometidos en el desarrollo del conflicto, excusando como crímenes políticos o daños colaterales prácticas como el secuestro, el narcotráfico y la violencia contra civiles.

- El liderazgo moral del caudillo independentista es incorporado en el discurso insurgente para instalar a Manuel Marulanda como una suerte de prócer campesino, héroe popular heredero de las figuras históricas del Socialismo regional y mundial. Plegado a Bolívar, Marulanda puede erigirse en mito revolucionario colombiano, su vida así es redimensionada y elevada a la modelización del rebelde, por ser el “camarada” del “Padre Libertador” en la campaña prolongada de la guerra. El repliegue en Bolívar le permite al

discurso de las FARC-EP construir la leyenda marulandiana más allá de las contradicciones que esta figura representa en la historia política de esta guerrilla: su estrategia más militar que ideológica y la ausencia de una oratoria persuasiva o de una personalidad carismática excepcional, típica del caudillo.

En el discurso de las FARC-EP, los usos de la memoria bolivariana se entrelazan e inscriben como oposición política contra los órdenes gubernamentales establecidos después de la muerte de Bolívar. Esto significa que la recuperación de esa memoria, a través de los juegos interdiscursivos, funciona en el orden de la polémica pública (Amossy, 2014) como modalidad (contra)argumentativa. Los rasgos de esa memoria representada e incorporada confluyen, entonces, en la construcción del desacuerdo desde la desacreditación de un enemigo común para Latinoamérica (Estados Unidos); la búsqueda de polarización de la opinión pública con la introducción de maniqueísmos y simplificaciones de la política y los procesos sociales; y el énfasis en la movilización de odios y pasiones sobre la base de un *pathos* de la indignación por la prolongada traición a Bolívar.

Es interesante pensar en estos usos de la memoria bolivariana, proyectados hacia el proceso de paz que siguió a los discursos aquí analizados. En 2014, antes de ingresar al recinto privado donde se desarrollaron los diálogos entre las delegaciones en confrontación, las FARC-EP anunciaron convertir el Movimiento Bolivariano en “un partido político abierto, legal, que recoja a las mayorías inconformes para proseguir la lucha por la democracia, la reconciliación y la justicia social” (FARC-EP, 2014, abril 29). Según la declaración, la presencia de Bolívar continuará fundamentando y movilizándolo el proyecto político de las FARC-EP durante el posconflicto armado, en el escenario de legalidad partidista.

5.2 La memoria neoliberal en el discurso gubernamental

Si en el discurso guerrillero los usos de la memoria socialista eran funcionales a la escenificación de la resistencia bajo el cariz de la polémica, en el discurso gubernamental hay que hablar de una memoria distinta, pero que subyace también a su propia escenificación. La construcción de una escenografía gerencial de gobierno, como lo describí en el capítulo anterior, apela al uso de una memoria neoliberal cuyos componentes principales ejercen una lucha distinta en el marco del conflicto armado interno. Ya no son estas unas luchas de la memoria por resistir el desgaste de sus interdiscursos, sino unas luchas en las cuales el discurso se presenta a sí mismo como una renovación, transformación o superación de los discursos neoliberales anteriores. El desgaste discursivo del neoliberalismo se gestiona, así,

como renovación de sus principios: las políticas gubernamentales no se presentan como neoliberales, sino como formas renovadas y modernas, como ideas frescas que obliteran su pertenencia a la lógica neoliberal más tradicional.

Se trata, pues, de unos usos de la memoria que recaban en el olvido; los juegos interdiscursivos se orientan hacia la activación de discursos primeros que establecen distancias con respecto al neoliberalismo. Ese distanciamiento por medio de la afiliación a discursos ajenos, o inclusive por medio de su apropiación -como veremos-, opera una forma de lucha de la memoria en la cual es el olvido lo que resulta funcional a la escenografía gerencial de gobierno. En este sentido, la memoria neoliberal se resuelve como un olvido cuyas huellas quedan marcadas en sus formas discursivas de renovación; en este caso, en el discurso de la denominada *Tercera vía*, que fue invocado y presentado en las comunicaciones gubernamentales como la *filosofía* de la administración de Santos durante el periodo analizado.

Ahora bien, así como la *Tercera vía* se presentó como el sustrato filosófico o el conjunto de principios organizadores de las acciones y decisiones de gobierno, la forma o el modelo constitutivo de ese ejercicio de la política fue, con razón, la denominada *Nueva Gerencia Pública*. Mostraré que el discurso que subyace a este enfoque gubernamental se encuentra alineado con la dimensión programática y la idea de democracia de la *Tercera vía*, además de permitir explicar ciertas reiteraciones en el discurso gubernamental, como la invocación al *Buen Gobierno* y la preocupación por la mirada aprobatoria internacional.

A través de la activación de ambos interdiscursos mencionados, el neoliberalismo permanecerá sumergido o entre líneas, bajo el signo de la renovación de la política. Refiero aquí al neoliberalismo, desde una perspectiva foucaultiana (2008[1978-1979]), como una tecnología de gobierno, más que como una ideología o un modelo económico particular. Este régimen de *conducción de conductas* se sostiene sobre una racionalidad política que posibilita un tipo de gubernamentalidad o entramado de saberes/poderes para esa conducción. Una racionalidad tal requiere y responde a la configuración de un orden discursivo específico: lo que podría denominarse retórica neoliberal, daría cuenta de ese orden en el plano de las relaciones entre *ethos*, *pathos* y *logos*, frente a los auditorios diversos. Mi interés, sin embargo, no reside en la descripción de ese plano ni en la evaluación crítica del

discurso neoliberal¹⁶⁷, sino en el uso interdiscursivo de los gestos neoliberales para fundamentar el proyecto de gobierno de Santos. Entiendo que esa fundamentación no se da completamente como una serie de justificaciones o de esquemas argumentales, sino que acontece como la activación de discursos precedentes que generan, en su espacio de memoria, las discursividades que se presentan a sí mismas como renovadoras. La pesquisa en torno a esa memoria ayuda, entonces, a poner en cuestión lo que ya Mouffe (2007:60-61) había llamado la *retórica de la modernización*, «cuyo efecto es discriminar entre las personas que están en sintonía con las nuevas condiciones del mundo moderno, postradicional, y aquellas que aún se aferran desesperadamente al pasado». Esa frontera trazada entre los *modernos* y los *tradicionalistas* plantea una escisión entre lo vigente y lo obsoleto, lo presente y lo pasado, etc., sobre la cual se sostiene la desacreditación del discurso opositor. Los interdiscursos de la Nueva Gerencia Pública y de la Tercera vía revelan esa juego polémico en las comunicaciones gubernamentales.

5.2.1 La Nueva Gerencia Pública

La denominada Nueva Gerencia Pública tiene su origen en un proyecto general de *reinención* del gobierno y, más precisamente del orden burocrático, que dominó la lógica de la administración pública hasta entrada la década del 90. La bibliografía inicial de esta corriente, en su mayoría estadounidense (Aucoin, 1990; Barzelay, 1998; Drucker, 1986; Hood, 1987, 1991; Osborne y Gaebler, 1994), insistió desde el principio en la resignificación negativa de la burocracia, convirtiéndola en el rasgo definitorio de lo público y, de ahí, en el objetivo de la reinención. El título del famoso libro de David Osborne y Ted Gaebler (1994), *Reinventing Government: How the Entrepreneurial Spirit Is Transforming the Public Sector*¹⁶⁸, es explícito en ese propósito de la renovación y fue la carta oficial de navegación

¹⁶⁷ Uno de los analistas que más ha contribuido a esta cuestión es Norman Fairclough. Basado en la perspectiva sociológica de Bourdieu sobre el neoliberalismo, Fairclough (2000, 2005, 2012) ha descrito algunas estrategias que operan en el discurso neoliberal para hegemonizar, en clave ideológica, una lógica economista sobre la realidad social. A partir del presupuesto de que todo cambio en el orden social implica un cambio en el orden discursivo, el lenguaje debe operar articulaciones, recontextualizaciones, textualizaciones, circulaciones y dialécticas de la semiosis construida. El neoliberalismo, desde esta mirada, contendría un conjunto de estrategias para favorecer un proyecto extendido de mundo, cuya utopía consiste en convertir todas las transacciones sociales en intercambios mercantiles; *[t]his implies that any area of social life can in principle be reconstituted in terms of the entities, processes, relations and identities of markets. Persons and countries, for instance, can become products, and as with products generally on contemporary markets, the brand is if anything more important than the commodity* (Fairclough, 2005:2).

¹⁶⁸ La obra original es de 1992. Utilizo aquí la traducción al español, de 1994, publicada por Paidós.

del gobierno de Bill Clinton (1993-2001)¹⁶⁹.

Al sentido de lo burocrático como lo ineficiente y lo obsoleto en el sector oficial se opusieron valores traídos del mundo empresarial: eficacia y eficiencia, principalmente, fueron la dupla a través de la cual se superpondría lo privado a lo público, y desde allí, se justificaría su reemplazo. La antítesis burocracia/empresa, que no aparece en autores que pensaron el orden burocrático, como Weber (1967)¹⁷⁰, la profundización de sus riesgos y la valoración negativa del primer término, servirá precisamente para reorientar la idea de lo gubernamental como un ejercicio antiburocrático en el discurso presidencial:

En el nuestro, y en muchos otros países —porque esto pasa en todo el mundo—, a veces se mira al servicio público como una labor poco especial y en muchas partes *se confunde esa labor con la burocracia, así la llaman*. ¡Pero qué equivocados están! (...)

Nosotros, los servidores públicos, cumplimos un papel fundamental en la sociedad, para el buen funcionamiento del país, y es importante que este trabajo se reconozca y que nosotros mismos busquemos la forma de hacerlo más *eficaz* (Santos, 2012, enero 25).

[E]stá comprobado que la complejidad en los procesos, la multiplicidad de normas, *la maraña de la burocracia*, constituyen ventanas de oportunidades, casi que invitaciones, que promueven o facilitan el accionar de los corruptos (Santos, 2011, octubre 27).

La burocracia define no solo la antinomia con respecto al servicio público ideal, sino además las condiciones favorables para la corrupción en ese ejercicio. En perspectiva histórica, el enfoque empresarial vino a reparar la deslegitimación que esa práctica, la corrupción, y otras circunstancias coyunturales a principios de la década del 90 (crisis de representación democrática y del Estado benefactor, crisis fiscal, aparición de nuevas tecnologías, globalización, etc.) habían operado sobre la percepción de los gobiernos como aparatos anquilosados. El paralelismo con la penetración -desigual, pero sostenida- del neoliberalismo en Latinoamérica no es coincidental, sino que hizo parte de su agenda. El

¹⁶⁹ Santana y Negrón (1996) nos recuerdan que, en el orden de esa enorme influencia, en 1993 el informe de la Comisión Nacional sobre Servicio Público Estatal y Local formuló una agenda de reforma gubernamental basada teóricamente en las propuestas de Osborne y Gaebler. Luego, «[e]l momento culminante de este nuevo *paradigma* para *reinventar* el gobierno ocurrió el 7 de septiembre de 1994, cuando en una suntuosa ceremonia en el patio sur de la Casa Blanca (...), Al Gore le entregó al presidente estadounidense Bill Clinton la copia final del NPR. Así, las ideas de Osborne y Gaebler se convierten oficialmente en el marco conceptual y filosófico que orientará la reforma gubernamental a todos los niveles del sector público».

¹⁷⁰ La asimilación del Estado con la empresa ya aparece en la reflexión de Weber (1969:723) sobre la burocracia: «Una característica del empresario moderno es su actuación como "primer funcionario" de su empresa, así como Federico II de Prusia, gobernante de un Estado burocrático moderno, se llamó a sí mismo el "primer funcionario" del Estado. La concepción de que las actividades administrativas del Estado difieren fundamentalmente de la administración privada es una concepción europea y, por comparación, es del todo ajena al sistema norteamericano».

espíritu reformista del neoliberalismo programático (tipo Consenso de Washington) y de las medidas impulsadas por estamentos internacionales, como el Banco Mundial (1987), la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, 1995) y el CLAD, (Consejo Latinoamericano de Administración para el Desarrollo, 1998) se relacionan directamente con ese solapamiento de lo empresarial sobre lo gubernamental. En el libro de Osborne y Gaebler (1994), se trata de un reformismo sostenido sobre la observación *objetiva* y la investigación empírica de las empresas con *buenas prácticas*:

Nos preguntamos qué tienen en común estas organizaciones empresariales innovadoras; qué incentivos han modificado para generar un comportamiento tan diferente; cómo han actuado a fin de que, si otros gobiernos hicieran lo mismo, el carácter empresarial se vuelva la norma, y la burocracia, la excepción (Osborne y Gaebler, 1994:39).

Así enunciaban esos principios hallados:

La mayoría de los gobiernos empresariales promueven la *competencia* entre los proveedores de servicios. *Delegan* el *poder* en los ciudadanos al despojar a la burocracia del control y dárselo a la comunidad. Evalúan el desempeño de sus agencias, centrándose, no en los insumos, sino en los *resultados*. Los impulsan sus objetivos, sus *misiones*, y no las normas y los reglamentos. Redefinen a sus beneficiarios como *clientes* y les ofrecen opciones: diversidad de escuelas, de programas de capacitación, de viviendas. *Previenen* los problemas antes de que surjan, en vez de limitarse a ofrecer sus servicios después de los hechos. Se empeñan en *ganar* dinero, no sólo en gastarlo. *Descentralizan* la autoridad, adoptando la administración participativa. Prefieren los mecanismos de *mercado* a los burocráticos. Y no se ocupan únicamente de prestar servicios públicos, sino de *involucrar* a todos los sectores -público, privado y voluntario- en acciones que resuelvan los problemas de su comunidad (Osborne y Gaebler, 1994:47).

La aplicación de esos principios a la dirección pública, aun reconociendo las diferencias entre empresas e instituciones -como lo hacen los mismos autores¹⁷¹-, oblitera aspectos de lo gubernamental que desbordan la eficacia y la eficiencia, como la equidad social, la responsabilidad pública, la protección de los derechos civiles y la honradez en la gestión pública. Santana y Negrón (1996) insisten, además, en la falta de reconocimiento del debido ajuste de la gestión pública a los marcos legales y constitucionales, que en el modelo empresarial no resulta relevante. La oposición entre política y administración, entonces, traduce una falsa dicotomía en el enfoque gerencial que pasa en silencio, entre otras cosas,

¹⁷¹ «El hecho de que no sea posible administrar el gobierno como a una empresa no significa, desde luego, que no se pueda volver más *empresarial*. Cualquier institución, pública o privada, puede ser empresarial, tal como cualquier institución, pública o privada, puede ser burocrática. Pocos estadounidenses querrían en verdad que su gobierno actuara igual que una empresa, que tomara decisiones rápidas' a puertas cerradas para obtener ganancias privadas. Si fuera así, la democracia sería lo primero en sacrificarse. Pero a la mayoría de los ciudadanos les gustaría tener un gobierno menos burocrático. Existe un largo continuo entre el comportamiento burocrático y el empresarial, y es indudable que el gobierno puede variar su posición dentro de ese espectro» (Osborne y Gaebler, 1994:50).

por el conflicto natural entre intereses y racionalidades que compiten en las decisiones políticas en el sector público, cuando se trata de administrar los recursos comunitarios y tomar decisiones que afecten a los colectivos.

En este mismo sentido, Majone (1997[1989]:116) deduce que la analogía entre empresarios y gobernantes es engañosa, en la medida que «sugiere una libertad de acción mayor que la que tienen generalmente los gobernantes. Al revés de lo que ocurre con el empresario, el gobernante no goza de libertad para desplazar recursos de un área a otra, excepto de modo marginal», es decir, es una libertad que depende de normas presupuestarias más allá de la lógica costo-beneficio, así como de negociaciones y compromisos políticos¹⁷². Para Guerrero (2005), es en últimas la aspiración a un *gobierno sin política*, donde -retomando a Saint-Simon- la administración de las cosas reemplazaría finalmente al gobierno de los hombres. De hecho, la remisión a lo ideológico es despreciada como oposición al desempeño y al logro de resultados:

La política está centrada en los sentimientos y en la ideología, no en el desempeño. En tiempos normales, a los políticos se los reelige de acuerdo con la forma en que los electores y los grupos de interés los *perciben*, no por la forma en que sus gobiernos prestan servicios (Osborne y Gaebler, 1994:209-210).

Es precisamente ese énfasis en la productividad y en la administración de esos resultados, más que en lo gubernamental, lo que resalta en la persistencia de lo que Santos llama el *Buen Gobierno*:

Como ustedes saben, desde hace *mucho tiempo, muchísimo tiempo*, vengo defendiendo y promoviendo el concepto del Buen Gobierno —incluso creé una fundación con ese propósito—, como el paradigma ideal para *administrar un país, para administrar una región, para administrar un municipio, para administrar una entidad*.

Este concepto de Buen Gobierno se puede resumir en cuatro principios que son los siguientes: Eficiencia, eficacia, transparencia y rendición de cuentas.

Nuestro propósito, *en esta administración*, ha sido el de instaurar estos principios en cada una de nuestras actuaciones (Santos, 2012, enero 25).

El *Buen Gobierno* es presentado como una iniciativa construida e institucionalizada desde tiempo atrás (en otros discursos se ubicará el inicio de la Fundación a principios del 90), centrada en la administración para el logro de resultados. Como lo planteaban Osborne y

¹⁷² En el mismo texto, Majone (1997[1989]:116) recuerda que von Mises ya había advertido esa diferencia entre el gobernante y el empresario: «Como lo ha señalado en reiteradas veces Ludwig von Mises, la libertad de los administradores públicos para ajustar sus actos a lo que les parece la solución más apropiada de un problema concreto está acotada por normas especialmente diseñadas para limitar una toma discrecional de decisiones que, al revés de la discrecionalidad del administrador privado, no está restringida por consideraciones de ganancias y pérdidas».

Gaebler (1994:40), el enfoque en los productos forma parte del perfil empresarial al que la función pública debería aspirar para ser más eficiente: «Al tratar de controlarlo prácticamente todo, nos obsesionó la empresa de dictar *cómo* debían hacerse las cosas -reglamentar el procedimiento, supervisar los insumos- a tal grado que olvidamos el producto, los *resultados* » (Osborne y Gaebler, 1994:40). En esta medida, el gobierno para los resultados encadena la rendición de cuentas (*accountability*)¹⁷³ como uno de sus requisitos primordiales, toda vez que el desempeño de la gerencia está sujeto al cumplimiento de objetivos medibles y sujetos a evaluación. El paso de la política programática a la intervención social es calibrado, entonces, a través de la medición de los resultados, obtenida cuantitativamente con base en indicadores de gestión:

Todos los gobiernos llegan al poder cargados de magníficas intenciones y construyen ambiciosísimos planes de desarrollo, pero las intenciones y los planes se quedan generalmente en el papel si no se acompañan de una *gestión eficaz, es decir, con Buen Gobierno* (Santos, 2011, abril 28).

Ustedes saben mi obsesión por los principios del Buen Gobierno. Lo que no se mide no se puede controlar. Y por eso ese tipo de ejercicios, para *ponernos de acuerdo en la forma como nos vamos a medir y a controlar*, pues son tan importantes para la buena gestión del Gobierno (Santos, 2011, abril 4).

Ahora bien, como se resalta en la última cita, el espíritu del control ciudadano sobre la gobernabilidad queda sujeto a los modos de medición que instituya el sujeto de la misma, es decir, que es el gobierno quien instaura las formas en que será controlado. El hecho de *controlar* los instrumentos de *control*, si bien no resulta completamente problemático en el ámbito empresarial, sí lo es en el gubernamental, dado que contradice el aspecto de la libre participación democrática que debe formar parte de la rendición de cuentas y que queda simplificada por la orientación tecnocrática de la *accountability* de perfil gerencial. El control ciudadano, reducido a la medición de indicadores de gestión, genera la ilusión de que la exposición de las cifras cumple con el requisito de la transparencia como valor de la autoridad gubernamental. Así quedan solapados o reconvertidos los valores democráticos en el lenguaje gerencial:

¹⁷³ Toledo (2009:81) hace notar que si bien la *accountability* puede traducirse como responsabilidad, en la dimensión de la gobernanza debe implicar también la posibilidad de fiscalización ciudadana y no ciudadana de la gestión pública; «de ahí que la rendición de cuentas implica la obligación del gobierno de hacerse responsable, informar y justificar sus actos y decisiones; pero también el derecho de la instancia correspondiente de fiscalizar y llamar a cuentas a los funcionarios».

¡Vamos a gobernar en una urna de cristal! Para que la gestión pública sea más efectiva y esto sea una realidad palpable para los ciudadanos, el gobierno nacional desarrolló un sistema gerencial que realiza seguimiento de cerca a los *sectores*, lo que permite identificar las prioridades y los temas críticos y al mismo tiempo brinda espacios de trabajo para el fortalecimiento de las entidades y los *modelos de gestión* a cargo de la entrega de bienes y servicios a la ciudadanía (Santos, 2011, julio: informe al congreso)

El rol presidencial, bajo la voz impostada del gerente de una compañía, presenta la transparencia de las acciones gubernamentales como parte de la gestión efectiva. No se trata, pues, de un problema político, en el sentido de la problematización de las prácticas corruptas y sus implicaciones en la conducción democrática, sino más de la inscripción de estas problemáticas en el marco del control de la productividad empresarial (hacer seguimientos, identificar prioridades, fortalecer las entidades). El gerenciamiento de lo público enfatiza, así, en los modelos de gestión y en la productividad de los sectores, detrás de los cuales parece no haber sujetos políticos, sino empleados anónimos de una corporación que ofrece bienes y servicios.

Este deslizamiento de las responsabilidades, de los individuos a las estructuras organizacionales, da cuenta de la conversión del discurso de la gobernanza en discurso de los expertos. Como sostienen Cussó y Gobin (2008:6), una de las principales características del discurso de la experticia es la pretensión de objetivar las dinámicas sociales y culturales, a través de registros y recursos que se muestran a sí mismos como datos neutrales, e inclusive, antipolíticos. Se pretende que lo técnico libere a la política de ideología y cierre sobre sí mismo la capacidad de probar y de reemplazar opiniones por certezas. No son otra cosa los indicadores cuantitativo y el uso de las estadísticas, recurrentes en el discurso experto, que son tratados como si fueran los hechos mismos, al elidir su carácter convencional¹⁷⁴.

Ese efecto de neutralidad hace deslizar la objetividad de las cifras, por ejemplo, como atribución de aquel que las enuncia. El problema de la autoridad del enunciador político deviene entonces en una cuestión de experticia: el discurso experto autoriza a quien lo

¹⁷⁴ En el marco del estudio de las políticas públicas, el trabajo de Majone (1997[1989]:98) señala específicamente ese deslizamiento de lo convencional hacia lo fáctico: «Los indicadores sociales y económicos son producto de definiciones y convenciones. Los cálculos sobre inflación, producción, educación, salud o delincuencia deben interpretarse siempre en relación con un contexto específico antes de que adquieran un significado concreto; su utilidad depende por completo de un reconocimiento claro de su carácter convencional. Por lo tanto, las estadísticas económicas y sociales no pueden tratarse en la misma forma en que se tratan los ‘hechos’ o las mediciones físicas obtenidas de una aprehensión directa de algún fenómeno natural».

profiere, al envolverlo (protegerlo) con una capa de neutralidad¹⁷⁵. Sin embargo, como lo hacen ver Bacot, Desmarchelier y Rémi-Giraud (2012:11), el efecto de neutralidad del discurso experto y del lenguaje de las cifras resulta paradójico: si, por un lado, construye y reclama para sí un carácter de objetividad, frecuentemente es utilizado en clave *pathémica*, como el vehículo de una emoción, para persuadir o intensificar la adhesión:

La labor de ustedes [Ejército nacional] estos últimos meses ha sido una labor llena de éxitos. *Las cifras son contundentes*. Entre enero 1° y mayo 29, guerrilleros desmovilizados ante el Ejército, 504; guerrilleros capturados, 286; guerrilleros muertos en combate, 131. Total de guerrilleros narcoterroristas *neutralizados*, 921. Miembros de las Bacrim *neutralizados* —solamente por el Ejército— 292. Pero también hemos tenido una gran *cuota de sacrificio*. Han caído 128 soldados y han herido a 368 (Santos, 2011, junio 1).

El juego de las cifras procede por objetivación de un mundo social donde lo problemático es obturado y resuelto por lo estadístico. En el caso del conflicto armado, como vemos, la guerra se reduce al conteo de resultados, que a veces no son más que cuerpos caídos en batalla. La eufemización forma parte de esa lógica bajo la cual la objetividad de la cifra permite desplazar la subjetividad de las acciones: la insistencia en la *neutralización* del enemigo permite mitigar el hecho de que el aparato armado estatal haya asesinado a más de mil personas en 5 meses, a partir de su presunción de peligrosidad. La exposición estadística encadena cuantificaciones que anudan, en la política, lo exitoso con lo numeroso, esto es, la cantidad con la calidad: a más muertos, más éxito. Pero por otro lado, también permite mitigar las cuantificaciones desfavorables, como lo son el número de afectados en las propias filas, lavando la responsabilidad frente a esos heridos y muertos como *cuotas de sacrificio*. En últimas, la impersonalización del juego estadístico, que reduce los sujetos sociales a números y cuantificaciones, hace que los efectos *pathémicos* se centren en la movilización a favor de la afinidad con la guerra como juego que se va ganando, esto es, como una victoria en tránsito.

De esa victoria parece no haber duda, como lo sugiere el juego de las cifras. Es que en su construcción retórica, las estadísticas del conflicto no solo objetivan el mundo social, sino que además lo totalizan: *las cifras son contundentes*. El número habla por sí solo, no está

¹⁷⁵ A propósito del discurso de la Organización Mundial del Comercio, Siroux (2008:20-21) concluye que [l]'impersonnalité des constructions férales et nominales, l'absence d'acteurs identifiés, une apparente neutralité, la propension à naturaliser les rapports sociaux et le recours à un champ lexical vague et positivement connoté paraissent caractéristiques de cette langue mondiale (...) La prétendue impartialité qu'est censée assurer un discours suffisamment vague et détaché de référence sociohistorique pour se prémunir de toute réfutation représente une sorte de fil rouge qui traverse les rapports des organisations internationales.

sujeto a interpretaciones y es suficiente como prueba en el discurso experto. Esta forma de cerrar prematuramente la discusión suele acompañarse también de modos polémicos de configurarla. En este sentido, la función argumentativa en el uso de las cifras (Bacot et al. (2012:10-11, Saulnier, 2012) casi siempre es polémica, pues la respuesta contra los números puestos en la primera línea de una argumentación no puede operarse sino a través de otros números, so pena de que el contradictor sea acusado de huir de la confrontación verbal o de no ser capaz de responder a través de la misma experticia. Las cifras, así, se presentan como un argumento de piedra, incontestable en términos que no sean los que él mismo instaura:

Todos los indicadores, todos los indicadores en materia de seguridad en el país, que durante el Gobierno del Presidente Uribe tuvieron una mejoría extraordinaria, siguen su tendencia positiva. En materia de homicidios, en materia de secuestros, en materia de extorsiones, en materia de hurtos, cualquiera de los indicadores que se utilizan normalmente para medir la seguridad del país, eso continúa mejorando (Santos, 2011, abril 12).

La reordenación o reinención de la política, que propone la NGP, pone en la rendición de cuentas y en su juego estadístico el doble carácter de autoridad/autorización que el efecto construido de objetividad institucional le permite. Como lo plantea Bourdieu (1985), la autoridad depende tanto del lugar social desde el cual se habla como del reconocimiento de ese lugar y de quien ejerce esa autoridad, por parte de quienes la experimentan. El recurso a las cifras contribuye al logro de ese reconocimiento, toda vez que establece una distancia entre el sujeto, su decir y lo dicho: *las cifras son contundentes*, precisamente porque no refieren la opinión de un Presidente, sino las pruebas externas que él recoge de expertos autorizados y que él, simplemente, *informa*. En el juego articulador entre la voz experta que produce las estadísticas, y la voz presidencial que las utiliza como argumento, se desliza la autorización de la experticia del productor a su utilizador: del científico al político. Esta cierta impostura del presidente como experto, hace pasar el discurso presidencial como un lugar vacío de programa político, orientado hacia los procesos técnicos de mejoramiento de las instituciones, donde la cuantificación sería la clave de la administración legítima:

He ordenado al Ministerio de Defensa una revisión del esquema de control territorial, incluyendo el control de nuestras fronteras, para hacer un uso más eficaz y más efectivo de nuestras fuerzas (Santos, 2011, agosto 7).

Las Fuerzas Armadas colombianas han demostrado que el respeto por la ley mejora la eficiencia (Santos, 2010, diciembre 6).

Particularmente al respecto de esa institución, el Ministerio de Defensa, la retórica programática insiste en la inscripción del juego estadístico dentro de lo que titulan como *Mejoramiento gerencial y administrativo del sector Defensa*, en el Plan Nacional de Desarrollo y más específicamente, en el denominado Plan de Consolidación de la Paz (DPN, agosto de 2010). Esa *consolidación* es reiterativa en los documentos programáticos del gobierno Santos y funcionó como eufemismo del estado crítico del proyecto contrainsurgente en ese momento. El presupuesto ligado a la idea de *consolidar la paz* y a los términos afines que aparecen en esos documentos (*reforzar, robustecer y fortalecer*), es el del alcance ya logrado de esa paz, en medio del recrudecimiento del conflicto y de la reacomodación de las guerrillas. La clave de interpretación que fue ofrecida en estos discursos fue la experticia de las estadísticas en el marco de la gerencia empresarial y de los postulados de la renovación gubernamental, desde la NGP.

Para Cussó y Gobin (2008:10), quienes lo analizan en el discurso de las instituciones internacionales, se trata de una reconversión del discurso político en la cual las reformas profundas en los Estados son presentadas no como elecciones sociales a debatir, sino como imperativos técnicos alineados con el curso normal de la economía. En este sentido, como plantean los mismos autores, los partidos políticos y los proyectos gubernamentales son denigrados, no tienen visibilidad o son instados al cambio para no quedar obsoletos y poder competir en el mercado político.

El modelo democrático y de la acción pública refiere más, entonces, a valores y mecanismos propios del mundo empresarial y a la lógica privada que a la pública, y es con esa lente que los problemas socioculturales son mirados desde el gobierno:

Hay otro problema grave: la violencia contra la mujer. Muchos hombres creen que pegarles a las mujeres es normal, parte de la vida cotidiana, y lo tienen aquí en la cabeza. Inclusive hace 15 días vi una película muy impactante, cuando inauguramos el Festival de Cine en Cartagena, que se llama ‘Chocó’, donde se manifiesta la forma como los hombres les pegan a las mujeres. Pero esa violencia genera más violencia. *Esa violencia inclusive tiene unos costos económicos enormes*. Hay un estudio del BID (Banco Interamericano de Desarrollo), de Planeación Nacional y de la Universidad de los Andes, que dice que la violencia contra la mujer tiene unos costos que pueden ser de cerca del 2 por ciento de lo que la economía produce, del Producto Interno Bruto, y que puede inclusive alcanzar el 4 por ciento (Santos, 2012, marzo 6).

En esos términos, una problemática cultural mundial, pero que tiene picos de mayor

gravedad en regiones particulares del país, termina siendo una cuestión de rentabilidad: un problema económico, en vez de político. El interdiscurso de los organismos internacionales, en este caso del BID, proporciona la clave de interpretación de las problemáticas sociales, profundamente tecnicista y economicista.

Esta lógica responde al modo en que las reformas basadas en la NGP penetraron en Latinoamérica y en el papel protagónico de los organismos internacionales en ese proceso. De acuerdo con López (2005), Ramírez (2009) y Chica (2011), es claro que organizaciones como el BM, el FMI, la OCDE y el BID presionaron la implementación de ese modelo al condicionar el otorgamiento de préstamos o la renegociación de los existentes a asumir los principios del gobierno empresarial. La aspiración a la gobernanza desde ese enfoque avanza, en el discurso presidencial de Santos, hacia el objetivo programático de insertar al país en ese tipo de organizaciones, particularmente a la OCDE:

Ese es un club de países no ricos, sino un club de países de buenas prácticas, que tienen buenas políticas, que los recursos se invierten en esos países y producen los efectos que se quieren con esos recursos. Hemos querido ingresar a ese club de países para garantizar que de aquí en adelante los gobiernos que vengan tengan unos parámetros de buen gobierno, de buenas prácticas, de transparencia, de honestidad, de eficiencia en sus programas de gobierno. Vamos avanzando muy bien hacia el ingreso de Colombia a ese club privilegiado (Santos, 2012, abril 27).

La autorreformulación señalada es clave: plantear el ingreso a la OCDE como una meta de gobierno es visto por varios sectores sociales, y sobre todo por la izquierda colombiana, como un gesto oligárquico de apropiación definitiva de un modelo de Estado cuya razón de ser es el desarrollo económico y cuyo objetivo es, en últimas, la profundización del neoliberalismo. En el discurso presidencial, esa sospecha es reconvertida bajo la idea de las *buenas prácticas*, en sintonía con el tópico del *buen gobierno* y con los valores provenientes del gobierno empresarial. El alineamiento con la política estadounidense emerge de nuevo, no solo a partir del modelo gerencial, sino también con la referencia directa al apoyo recibido por la administración Obama:

El Presidente de Estados Unidos (Barack Obama) en su visita y en su rueda de prensa, anunció ya su respaldo formal a Colombia para ingresar a ese club, a ese grupo de países. Eso les aseguro que va a representar un paso importantísimo en nuestro desarrollo. (Santos, 2012, abril 27).

En su orientación de la política internacional, el discurso presidencial de Santos recupera la idea del desarrollo económico en clave gerencialista, que impera y es promovida por el discurso de los organismos internacionales. Como observa Mestrum (2008:36), es un discurso que desplaza lo político hacia una legitimación de la macroeconomía puesta fuera del campo de lo discutible. A partir de ese principio de la estabilización de lo macro para solucionar lo micro (las economías de pequeña escala), se insertan las decisiones ligadas con el modelo extractivista, el favorecimiento de transnacionales y la promoción de la agricultura industrial en detrimento de las economías locales campesinas e indígenas.

Pero esto no significa que la palabra presidencial solo le hable a los grupos corporativos y los grandes sectores productivos. Por el contrario, la inscripción de la ciudadanía es fundamental para la legitimación de esos proyectos del gobierno empresarial; la manera de hacerlo es obturar las diferencias y las relaciones conflictivas entre unos y otros sectores, presentándolos como si tuvieran las mismas condiciones de ciudadanía:

Al fin y al cabo, el ciudadano es nuestro cliente –nosotros somos servidores públicos al servicio del ciudadano- además es quien paga nuestros salarios. Nosotros trabajamos para ese colombiano que acude a cancelar sus impuestos, para ese usuario que necesita una cita médica, o para el empresario que simplemente quiere hacer negocios y generar empleo (Santos, 2012, enero 10).

La figura del ciudadano-cliente opera específicamente en ese sentido de la obturación del conflicto entre intereses y del borramiento de mayores o menores capacidades de agencia en el sistema de la democracia *real*. El *servicio al cliente* logra homogeneizar la ciudadanía como clientela, cuya participación democrática se reduce a la evaluación de sus satisfacciones puntuales por los servicios que el gobierno le ofrece. Así lo planteaban Osborne y Gaebler (1994:246), al argumentar que el perfil empresarial debía ser apropiado por el gobierno burocrático:

Los gobiernos democráticos existen para prestar servicio a sus ciudadanos. Las empresas, para obtener ganancias. Y no obstante, la iniciativa privada es la que busca obsesivamente nuevas maneras de complacer al pueblo norteamericano. La mayoría de los gobiernos estadounidenses no contemplan a los consumidores, mientras que McDonald's y Frito-Lay se rigen por la clientela. Quizás sea ésta la acusación esencial contra el gobierno burocrático (Osborne y Gaebler, 1994:246).

La idea del servicio al cliente y de la conversión del ciudadano en consumidor termina de despolitizar la relación entre gobernantes y gobernados. Es una idea contundente, además, porque está atravesada por dos imperativos: uno técnico, que hace de la política un conjunto

de estrategias tecnocráticas cuyo objetivo final es el alcance de niveles cuantitativos de eficacia y eficiencia, a través de un sinnúmero de indicadores de gestión; y otro persuasivo, donde la ciudadanía se construye como objeto a seducir, los gobernantes deben garantizar esa seducción y la política vital, en tanto que lucha o que choque de utopías, finalmente se banaliza¹⁷⁶:

[T]enemos el Nuevo Código de Procedimiento Administrativo y de lo Contencioso Administrativo (...) El nuevo Código se acerca más al concepto de “servicio al cliente” y entiende la Administración Pública como un ente eficiente (Santos, 2012, marzo 21).

Ahora bien, el enfoque gerencial tiene cuidado de no adherir a una eliminación del disenso, que estaría relacionada con una forma directa del autoritarismo, sino de gestionarlo como un problema de orden erístico: el gobierno empresaria debe ser capaz de *vencer* a la oposición a partir de la seducción de las mayorías:

En el gobierno se requiere otro elemento más: el *consenso*. Un gobierno posee más accionistas que un negocio, y la mayoría de ellos votan. Para cambiar algo importante, muchos de esos accionistas *deben mostrarse de acuerdo* (...). *Una visión compartida no es lo mismo que un consenso*. Los líderes empresariales agrupan a sus comunidades en torno a sus concepciones, en lugar de aceptar un consenso basado en el mínimo común denominador. Esto no elimina el conflicto; se limita a garantizar que un segmento suficiente de la comunidad comparte la visión de los líderes para vencer a la oposición (Osborne y Gaebler, 1994:334 y 456).

En el caso del discurso gubernamental, ese manejo de la dupla consenso/disenso se resuelve desde el mismo enfoque gerencial. Lo importante será *ponerse de acuerdo*, lo que juega a rechazar el unanimismo del consenso, pero también la naturaleza misma del disenso: el derecho a la permanencia y a la acción del desacuerdo. Uno de los recursos recurrentes será la invocación a la violencia histórica como prueba de dos relaciones de implicación: divergencia y guerra, por un lado, y disenso y atraso, por el otro:

En un país que ha vivido, no años, décadas de violencia, de polarización, de discriminación, de estigmatización, que logremos finalmente *ponernos de acuerdo* la gran mayoría y decir vamos por este camino o vamos por este otro camino, es un logro muy, muy importante, que tenemos que buscar la forma de fortalecer todos los días, porque es un activo muy precioso. Es natural y es comprensible que dentro de esa Unidad Nacional comiencen a aparecer pues voces disidentes, voces que no están de acuerdo. La política es

¹⁷⁶ En este sentido, Courtine (2008:15) se refiere a la *peopleisation* de la vida política: *Lá, onde o debate público podia, às vezes, deixar entrever horizontes políticos de longo prazo, as promessas de prazo imediato visam à satisfação instantânea do consumidor-cidadao: a argumentação degrada-se em fórmulas ou se dispersa em imagens, o sentido comum fragmenta-se na multiplicidade das esperanças e dos desejos.*

así, pero si uno puede encauzar esas voces (Santos, 2011, septiembre 2).

Las imbricaciones referidas e ilustradas en la cita han construido la idea del conflicto en Colombia anudado al uso de la violencia armada. En el estar en desacuerdo se ubica la raíz de las violencias históricas y en la conversión de ese disenso en acuerdo, en el *encauzamiento de esas voces*, se encuentran las soluciones. Si bien el discurso presidencial se cuida de no promover una política orientada explícitamente hacia el consenso, su aversión al disenso lo reenvía hacia el primero y hacia formas del unanimismo, en las cuales disentir es una operación que fácilmente degenera en violencia física. La invocación aquí al interdiscurso liberal y filosófico, bajo los modos asertivos de la máxima, intenta conciliar esa predilección por el consenso con la construcción de un líder progresista:

Yo vengo de una tradición liberal, en el sentido más amplio de la palabra. Mi padre siempre me recordaba esa famosa frase de Voltaire, que he convertido en una máxima de vida: ‘Puedo no estar de acuerdo con lo que dice, pero daría mi vida por defender su derecho a decirlo’. La tolerancia, la aceptación del diferente, el pluralismo ideológico, son las bases fundamentales de una democracia, más allá del simple ejercicio del sufragio.

(...)

Para tener esta democracia todos necesitamos una institucionalidad que garantice los derechos fundamentales de los ciudadanos, y organizaciones sociales –como los sindicatos– igualmente fuertes. Durante mi vida pública he defendido el concepto de la Tercera Vía –que compartí con el ex primer ministro Tony Blair de Inglaterra, laborista por cierto, quien llega hoy a nuestro país–, y el cual se resume en una frase muy sencilla: *El mercado hasta donde sea posible, el Estado hasta donde sea necesario*. Dicho en términos más populares, refiriéndose a la intervención del Estado en la economía, podríamos sintetizarla así: Ni tan cerca que queme al santo, ni tan lejos que no lo alumbre (Santos, 2011, abril 26).

La invocación de la frase célebre, al modo de la máxima, refuerza aquí y en varios tramos de la discursividad presidencial la declaración de principios demócratas que pretenden introducir en el escenario gerencial la problemática del pluralismo y del desacuerdo como cuestiones que también se pueden gestionar desde los valores empresariales. El salto hacia el institucionalismo garantista reenvía ese tipo de problemáticas políticas a las soluciones más anticonflictivas: la activación de la memoria de la denominada *Tercera vía* complementa esa visión consensualista, cuando el esquema de la nueva gerencia pública encuentra sus límites en el gobierno de la vida social.

5.2.2 La Tercera Vía

En 1999, la publicación de su libro *La Tercera Vía: Una alternativa para Colombia*, en colaboración con el ex primer ministro británico, Tony Blair, dejó claro que Juan Manuel Santos apostaría por aplicar este modelo anglosajón una vez fuera Presidente. El libro le hablaba directamente a los miembros del Partido Liberal, en cuya dirigencia había participado Santos durante los años inmediatamente anteriores. El ensayo de Blair, traducido e incluido como segunda parte de la obra, es en realidad el texto alrededor del cual gira el ensayo de Santos, preguntándose sobre la viabilidad de las tesis de la Tercera Vía en la Colombia de la época. Así lo presentaba, once años antes de ser elegido para liderar el gobierno colombiano:

Puede ser que la Tercera Vía, concebida en países desarrollados, incluya algunos postulados que no tengan relevancia en estas latitudes, pero el enfoque básico es totalmente aplicable a un país como Colombia. Las buenas ideas políticas no respetan fronteras ni distinguen entre países industrializados o subdesarrollados (Santos, 1999:23-24).

El Partido Liberal se hallaban en uno de sus crisis más agudas en razón del gobierno de Ernesto Samper Pizano (1994-1998), que pasó a la historia por sus nexos con el cartel de Cali y por el largo proceso de investigación que casi le cuesta la presidencia al representante liberal. La reinención que proponía Santos para su Partido respondía, pues, a esa crisis interna que funcionaba como lente a través del cual se veía la realidad nacional y al gobierno de turno (a cargo del Partido Conservador) como sumidos en una inevitable debacle:

Colombia atraviesa uno de los momentos más críticos de su historia. En la antesala del cambio de siglo y en pleno inicio de la llamada era del conocimiento, el país se encuentra en medio de una crisis tan severa y de tal envergadura que para muchos analistas nacionales e internacionales el propio Estado corre peligro de desmoronarse (...). La crisis del Estado tiene que ver, a su vez, con una falta de unidad de criterio entre los colombianos sobre el destino que pretendemos construir, el país que queremos. Es la falta de visión de la que tanto hablan los empresarios (Santos, 1999:9-10).

Es en la construcción de ese escenario finalista del caos donde la Tercera Vía puede emerger, en tanto que se presenta a sí misma como una propuesta renovadora, que encara la situación de crisis. Así ocurrió en sus ámbitos de origen, donde se requería la renovación de un discurso desgastado, el de las políticas neoliberales de Ronald Reagan y Margaret

Thatcher, a través del ajuste de las ideas socialdemócratas¹⁷⁷ en los marcos de la economía de mercado y las lógicas de la competencia. De ahí que Blair (1999:74) se refiera a la Tercera Vía como «una seria reevaluación de la socialdemocracia que profundiza valores de la izquierda para desarrollar enfoques radicalmente nuevos». Esta idea de la renovación a través de la ubicación de rutas alternativas intermedias entre liberalismo y socialismo está presente en los discursos que preceden al discurso de Santos, como lo muestro en la Tabla 5.3:

<p>W. Röpke (1942)</p>	<p>«Se trata, por lo tanto, de un programa que plantea la lucha en dos frentes: por un lado, contra el colectivismo y por otro contra el liberalismo (...); toda etiqueta, aun siendo muy necesaria, no puede por el momento ser más que provisional. Con esta salvedad se habrá dado con la expresión más aproximada si se habla de ‘liberalismo revisionista’ o ‘constructivo’, de ‘humanismo económico’ o, según yo mismo propongo, de <i>tercer camino</i>. Tengo la impresión de que esta última denominación es bastante útil, porque no es ni demasiado amplia ni demasiado estreña, y, sobre todo, expresa la intención decisiva del nuevo programa: superar esa estéril alternativa <i>entre laissez-faire y colectivismo</i>».</p>
<p>Ota Šik (1972)</p>	<p>«A <i>third way</i> can be found, and it is not true that ‘anti-communism’ must always signify ‘pro-capitalism’. Communist propagandists have invented the ‘anti-communist’ bogy in the hope of persuading progressive and socialist opinion to look with suspicion on any serious criticism of their anti-human system. But the propaganda can rely solely on the quantity and the volume of the stuff it turns out – reasoned arguments it lacks entirely. No distinction is made between the anti-communist motivation of the conservative champions of capitalism and the progressive, socialist grounds for rejecting such basic principles of communism as the dictatorship of the proletariat, the one-party system, state ownership of industry, directive central planning of the economy, etc. This communism has nothing in common with the humane ideas of socialism. In point of fact, it is as far removed from socialism as is present-day capitalism. And those sincere young people in the West who still harbour illusions on the subject will discover one day that the communist countries are, in fact, anti-socialist».</p>
<p>E. F. Heckscher (1983)</p>	<p>«La nueva política económica (liberal) negaba toda idea de intervención del Estado. El método antiguo había intentado poner un dique a las transformaciones que se operaban; el método nuevo y victorioso les dejaba curso libre. De este modo, pudieron abrirse paso con una fuerza que no tiene paralelo en la historia económica anterior de la humanidad. Habría cabido <i>una tercera posibilidad</i>: no contener el curso de los acontecimientos ni dejarlo desarrollarse a su libre albedrío, sino encauzarlo por derroteros determinados»</p>

¹⁷⁷ «La socialdemocracia, nacida del movimiento obrero con el cual se identifica, e inspirada por Marx, se fija como objetivo la obtención de las reformas políticas, económicas y sociales que permitan sustituir pacíficamente al capitalismo por un régimen de igualdad y de justicia social basado en las democracias y en las mayorías, que la socialdemocracia ha identificado siempre con el socialismo» (Almeyra, 2004:316)

Osborne y Gaebler (1994)	La estructuración del mercado también se opone a la creación de burocracias de administración pública para prestar servicios. <i>Es un tercer camino [third way]</i> , una opción tanto al llamado liberal para establecer programas administrativos como al llamado conservador para que el gobierno se mantenga al margen del mercado. Es una forma de utilizar la <i>influencia</i> pública para configurar las decisiones privadas, con el fin de alcanzar metas colectivas. Constituye un método clásico de la práctica gubernamental empresarial: un gobierno activo sin el gobierno burocrático.
A. Giddens (1998)	«la <i>“tercera vía”</i> se refiere a un marco de pensamiento y política práctica que busca adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado esencialmente a lo largo de las dos o tres últimas décadas. Es una tercera vía en cuanto que es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo» « Los liberales quieren reducir el Estado; los socialdemócratas, históricamente, han buscado insistentemente expandirlo. La tercera vía sostiene que lo necesario es reconstruirlo»
T. Blair (1998)	«Esta es la <i>Tercera Vía</i> : una socialdemocracia modernizada para un mundo en transformación que funda su prosperidad en el capital humano y social» «Porque los mercados dinámicos están al servicio de la sociedad, y no al contrario, nuestro enfoque es: competencia hasta donde sea posible, regulación hasta donde sea necesario»
J. M. Santos (1999)	«La nueva política, la nueva economía, la nueva izquierda son todos sinónimos de la <i>Tercera Vía</i> . Es una nueva filosofía para afrontar los retos de un mundo cambiante y globalizado que trasciende la disputa entre la vieja izquierda y la nueva derecha, entre quienes quieren regresar a las tesis socialdemócratas y los liberales con sus pretensiones de reducir la acción del Estado a su más mínima expresión»
Tabla 5.3. Formulaciones de origen de la <i>Tercera Vía</i>	

Ya en la década del 40, en el marco del ordoliberalismo alemán, Wilhelm Röpke hablaba de un *tercer género* que resolviera los extremos socialistas y capitalistas para la reconstrucción de la Alemania de la posguerra. En una especie de realismo sintético-integrador, el autor se refería a una tercera vía entre el liberalismo individualista y el socialismo colectivista, base de la fundación de un modelo económico humanista. En ese *humanismo económico* que caracterizaría la propuesta de los ordoliberales, la economía se vería sometida a imperativos éticos y jurídicos bajo los cuales una ordenación social entre la economía y la moral respondería al diagnóstico de la «crisis social de nuestro tiempo», tal como titulaba Röpke una de sus obras fundamentales.

La crítica estaba centrada en el *homo economicus*, por su olvido de la dimensión espiritual y moral del hombre. Sus textos, claramente moralizantes, y sus convicciones religiosas responden a un cristianismo histórico o sociológico (Molina, 2001:45). De este modo, pues,

el planteamiento del *humanismo económico* o *tercera vía* en Röpke nace permeado por lo moral: es una reconstrucción de la vida europea en clave social y moral lo que plantearía el autor alemán. Su *Estado fuerte* no es un Estado intervencionista, sino uno que permita «su independencia de los grupos de interés y hacer valer inflexiblemente su autoridad y su dignidad como representante de la comunidad» (Röpke, 1942:246).

Röpke proporciona una justificación moral de la lógica del mercado, denigrando del capitalismo y del comunitarismo, y auxiliando al mercado con los órdenes jurídico, político y moral. Todo ello se conjuga en una *política económica positiva* o *humanismo económico*, esto es, una *economía social de mercado*. A una tal *vitalpolítica* apuntaría ese humanismo económico. La oferta y la demanda, por ejemplo, son «parte de una ordenación general más elevada y más amplia, en donde se hallan la moral, el derecho, las condiciones naturales de la existencia y de la felicidad, el Estado, la política y el poder» (Röpke, 1957:132). La crítica ordoliberal al liberalismo plantea un nuevo liberalismo (el Neoliberalismo) que desmasifique y desproletarice al sujeto; esto es, que vuelva a reconocer al individuo antes que a la masa en que lo convirtió el modo de vida fabril, y que lo libere de la condición proletaria al impulsarlo a ser empresario con sus propios recursos.

En ese sentido, para que el mercado exista, hay que intervenir lo vital: tocar a la sociedad, no al mercado mismo; dirigirse al marco o tejido social y moldear la sociedad para posibilitar el mercado. Se trata, entonces, de un cambio de racionalidad gubernamental en el cual la acción sobre la conducta de los hombres se centra en la creación de ambientes (sociales y morales) propicios para la competitividad.

La invocación de ese principio de humanidad o de una suerte de humanismo extraviado en los extremos radicales del capitalismo y del comunismo aparece también en uno de los primeros textos en asumir la *Tercera Vía* como título de una reforma gubernamental. Se trata de *Argumentos para una tercera vía: ni comunismo ni capitalismo*, del suizo Ota Šik (1972), donde se critica al comunismo como un falso socialismo y se aboga por una alternativa intermedia que permita la realización de un *socialismo con rostro humano*. Una década después, el historiador de la economía, también suizo, Eli F. Heckscher (1983), también se referiría a una *tercera posibilidad* a las políticas económicas liberales y comunistas, que permitiera reubicar el papel y el tamaño del Estado en la ordenación de la sociedad. Desde esta visión, cercano a la propuesta ordoliberal, el Estado se encargaría de *encauzar los acontecimientos*, es decir, intervenir sobre las condiciones de vida antes que sobre la economía en sí misma.

En Osborne y Gaebler (1994), por su parte, también aparece referida la Tercera Vía desde la oposición entre los órdenes liberal y conservador, al respecto de la intervención del Estado sobre el mercado. El ideal aquí es el de la lógica empresarial, que opone la ineficacia de lo público a la eficacia de lo privado, para estructurar el mercado. Esta opción se presenta como parte del proyecto de reinversión del gobierno que, como ya se dijo, reforzó la idea del cambio necesario y posible en un mundo donde el orden neoliberal había entrado en crisis.

En las críticas reunidas por Saxe (2004), a propósito del libro de Giddens (1998) que se reconoce como el fundador de la tesis víatercerista, precisamente se ha señalado el uso de una retórica de la *novedad* o de la *renovación* (Lester, 2004:11-12): «Lo único que ha buscado hacer la tercera vía es reducir las ambiciones tradicionales de la izquierda a una serie de eufemismos que luego son adaptados eficazmente a las formas y las costumbres actuales de las prácticas neoliberales derechistas».

La novedad radicaría, entonces, en la manera de afirmar el neoliberalismo sin comprometerse expeditamente con él. Parte de esa forma de presentación es la apelación al sentido común, como un modo de naturalización de la política: «por “sentido común” dan a entender que hay ciertas verdades inmutables acerca de cómo es el mundo, verdades que pueden decirnos algo acerca de la representación de las mentalidades y que nos obligan a decir que *eso* no podría ser falso o algo diferente de lo que es» (Lester, 2004:13). Lester (2004:16) propone entender la Tercera Vía bajo la analogía del juego de trompo: «Al dar un giro adecuado al lenguaje que utiliza, la tercera vía puede meterse en una forma no adulterada de indeterminación. En lo que dura el efecto de los giros del trompo, se repetirá, se ritualizará y convertirá en lema un conjunto de sortilegios».

En el libro de Blair (1998), donde se aplican las tesis de Giddens (1998) para el Partido Laborista Británico, el neoliberalismo tal como lo planteaban los ordoliberales resuena de nuevo con su apelación a los valores y a la configuración de una ética para el desarrollo económico. La recuperación de esos valores, puestos en la primera línea como condiciones estructurales o compromisos institucionales, implicarían automáticamente el alcance de los objetivos democráticos que se proponen los gobiernos de Tercera Vía. Blair (1998) y Santos (1999) hablan de un *pragmatismo con principios no negociables*, que garanticen el progreso y la prosperidad: «un proyecto basado en valores inquebrantables» (Blair, 1998:131). Así lo refería Santos en un discurso en 2012:

Por eso el pragmatismo con el cual aborda uno los modelos económicos, las políticas económicas, ese pragmatismo, acompañado de ciertos principios es necesario y eso es lo

que también hemos hecho en Colombia. Y no es que hemos inventado la rueda, estamos copiando en cierta forma mejores prácticas, ese enfoque pragmático que aplicó en su momento Felipe González en España, que aplicó en su momento el Presidente Clinton en los Estados Unidos, que aplicó en su momento el Primer Ministro Blair en Inglaterra, que aplicó en su momento Fernando Henrique Cardoso o el propio Lula en Brasil, que aplicó la concertación en Chile. Y que si uno mira históricamente, se da cuenta que esos momentos en donde se aplicó ese pragmatismo –yo lo llamo, lo llama Tony Blair la Tercera Vía, que no es nada diferente a un enfoque pragmático–, ese pragmatismo fue lo que llevo a esos países a un auge y a un momento de creación de prosperidad sin precedentes. Como sucedió con Tony Blair, el propio Presidente Clinton, el propio Felipe González, Brasil, Chile y ahora Colombia. Esa Tercera Vía se resume en una sola frase: *el mercado hasta donde sea posible, el Estado hasta donde sea necesario* (Santos, 2012, abril 13).

En la reformulación de la frase original de Blair (*competencia hasta donde sea posible, regulación hasta donde sea necesario*), el mercado reemplaza a la competencia -que quedaría sin limitaciones- y la regulación se presenta como *Estado*, es decir, se enfatiza en la flexibilidad de su intervención, más allá de lo regulativo. Los lugares de *lo posible* y *lo necesario* son aquí relativizados bajo el principio de la conveniencia según cada contexto; la orientación y gobernanza tanto del mercado como del Estado resultan impredecibles, en nombre del modo pragmático de la vía tercerista.

Bajo el lema del pragmatismo, la Tercera Vía se permite obviar y borrar la división entre la izquierda y la derecha, y sobre todo la tensión entre ellas a propósito de temas fundamentales, como la igualdad y las relaciones de poder (Mouffe, 2012[2000]:123). La Tercera Vía, tanto en su formulación teórica como en sus distintas aplicaciones europeas y latinoamericanas, permitió una renovación del neoliberalismo, a través del manejo de su agotamiento con una impostura antidogmática y antirradical. La crisis del capitalismo neoliberal y, particularmente, del retiro total del Estado, tuvo en esta fórmula de lo ‘intermedio’ o ‘el centro’ su recuperación, a la vez silenciando la crisis mencionada¹⁷⁸ o presentándolo como un modelo ya superado y corregido:

En el caso nuestro, por experiencias también que hemos tenido, estamos convencidos que el crecimiento no se da, como decían los neoliberales, por generación espontánea ni por la mano oculta de Adam Smith. El crecimiento se da generando fuentes de crecimiento (Santos, 2011, agosto 17).

Lo comentábamos con el Primer Ministro Blair: cómo hacemos para encontrar *ese punto*

¹⁷⁸ «La vía-tercerista original no significó otra cosa que preparar la continuación del neoliberalismo para una nueva fase y viabilizar así su proyecto económico-político en el tiempo (...), más versátil y ajustado para enfrentar los desafíos que le plantean los nuevos tiempos, en particular las diversas formas de resistencias y contestaciones sociales» (Puello-Socarrás, 2014:40-41).

medio que haga compatible la explotación de nuestros recursos naturales, de nuestra minería, de nuestro petróleo, con la conservación y la protección de nuestro medio ambiente, que es otra gran riqueza. Y él decía: ‘Hay quienes creen que son excluyentes. *Los extremos* van a decir siempre que son excluyentes. O sea que *los verdes extremos* van a decir que no haya minería, y *los extremos del desarrollismo* van a decir que no haya ninguna restricción’. Ni lo uno, ni lo otro (Santos, 2011, abril 30).

En el modelo social de la Tercera Vía, los problemas del crecimiento y el desarrollo económico no remiten a la divergencia entre intereses contradictorios de los sectores sociales, sino al señalamiento de las posiciones *extremas* que impiden operar políticamente en terrenos neutrales, donde predominan la racionalidad y la negociación de compromisos. Se trata, como plantea Mouffe (2012[2000]), del olvido del componente anticapitalista de la socialdemocracia y de la derechización de la izquierda presentada como centro, pero actuando bajo los mismos intereses del neoliberalismo más radical. La retórica de los extremos aparece recurrentemente en estos modos de las políticas viaterceristas, bajo las formas de la imparcialidad, el equilibrio y el justo medio¹⁷⁹:

Yo he sido un convencido de la tesis de la Tercera Vía. La Tercera Vía no es nada diferente a encontrar *un equilibrio entre los extremos*. *Le tengo mucha fobia a los extremos* de cualquier tipo, ideológico, político, económico. Por eso es importante encontrar esos *puntos de equilibrio* entre el mercado y el Estado, entre el derecho individual y el derecho colectivo. (Santos, 2011, junio 6).

La *fobia a los extremos* y la relocalización de lo político como una cuestión de *encontrar el centro* son el núcleo de una versión de la política sin adversario, típica de la Tercera Vía, que pretende expulsar el problema del antagonismo por la búsqueda de esos *puntos de equilibrio* en los cuales se hallaría el interés general del pueblo y donde, básicamente, solo habría ganadores en la ejecución de cada decisión política. En el marco de esa política sin adversario, resulta irrelevante la distinción entre izquierda y derecha (Mouffe (2012[2000]: 30-31), aun en sociedades con altísimos desequilibrios en la posesión de la riqueza y en la distribución del ingreso, como es la colombiana. La inclinación de estas políticas hacia el consensualismo y el menosprecio de la disidencia hace que el proyecto gubernamental garantice cierto *stato quo* para quienes no tienen que luchar contra la implementación de las

¹⁷⁹ Bourdieu había observado estos modos en el lenguaje político tecnocrático: «Este lenguaje carente de posicionamiento político está caracterizado por una retórica de imparcialidad, está marcado por los efectos de la simetría, del equilibrio, del justo medio, está sostenido por un rasgo distintivo de la propiedad y de la decencia, ejemplificada por evitar las formas polémicas más violentas y por la discreción; en breve, por todo aquello que exprese la negación de la lucha política como lucha. Esta estrategia de neutralidad (ética) naturalmente se cumple con la retórica de la cientificidad (Bourdieu, 1985: 132).

decisiones políticas¹⁸⁰.

Si la política logra expulsar de su campo de acción problemáticas como las referidas (redistribución del ingreso, desigualdad social, intereses hegemónicos, luchas de poder, etc.), la labor del Gobierno se aproxima más a la promoción de la lógica empresarial y la disposición de marcos legales donde la competencia y la inversión se desarrollen libremente. Así lo planteaban Blair y Schröder, en 1999: «queremos una sociedad que celebre a los empresarios exitosos como celebra a los artistas y los futbolistas». El centro de atención de las políticas económicas es, entonces, el sector empresarial; área a partir de la cual se gestionarían las problemáticas sociales:

América Latina es el continente más desigual del mundo. Eso es una tragedia, una vergüenza. Colombia es uno de los países más desiguales y a mí me causa una tremenda vergüenza decir eso. Pero por eso tenemos que trabajar tanto en sacar a la gente de la pobreza y en disminuir las desigualdades.

Y les digo a los empresarios: ‘Aquí hay una gran oportunidad porque cada pobre que saca uno de la pobreza es un consumidor’.

Y ya hay muchas empresas que han venido por ese criterio: ‘Ustedes están poniendo en marcha unas políticas para sacar a millones de colombianos de la pobreza. Esos son nuestros clientes potenciales y por eso nos queremos ubicar aquí desde ya’ (Santos, 2012, abril 19).

La lucha contra la pobreza y en favor de la igualdad social solo tiene sentido en términos de la empresarización de la sociedad y de la conversión de los sectores menos favorecidos en pequeños empresarios. El manejo de las políticas agrarias sigue esa misma línea empresarial explícita y propone que tanto los campesinos como los indígenas se asuman a sí mismos como empresarios aliados con las grandes transnacionales, sin reparar en las desventajas que para los primeros pueden traer ese tipo de alianzas:

Será un campo pujante y productivo, porque todos esos procesos de siembra estarán acompañados de estrategias de desarrollo tecnológico que les van a permitir a nuestros campesinos desarrollar sistemas de producción competitivos. Ese es nuestro objetivo, esa es nuestra ambición. No solo que podamos darles tierra, sino que les brindemos todas las herramientas para que puedan convertirlas en unidades productivas con vocación empresarial. De eso se trata este plan: no sólo de tierras, sino también de acompañamiento y orientación para la generación de proyectos productivos, así como de seguridad para

¹⁸⁰ Como afirma Mouffe (2012[2000]:31): «El tipo de unanimidad social que constituye la marca de fábrica del blairismo sólo conduce al mantenimiento de las jerarquías existentes. Ninguna cantidad de diálogo o de prédica moral logrará persuadir jamás a la clase dirigente de que renuncie a su poder. El Estado no puede limitarse únicamente a tratar las consecuencias sociales de los defectos del mercado».

poder llevarlos a cabo. Las más de quinientas familias que reciben las 17 mil hectáreas firmarán varios convenios con empresas privadas, incluyendo un convenio con Indupalma, que las va a acompañar y a asesorar para crear cooperativas de desarrollo asociado (Santos, 2011, abril 29).

Ayer los indígenas en el Cauca me decían: estamos sembrando un millón 200 mil palos de café adicionales, con una carga de café casi a millón de pesos, eso nos está produciendo prosperidad, pero necesitamos ver dónde vendemos ese café o dónde vendemos la panela. Ahí estamos abriendo los mercados para vender ese café, la panela, las frutas, todo lo que se puede producir en esta tierra, porque Colombia es uno de los países con más potencial de convertirse en una despensa hoy en día en el mundo, en un mundo que está iniciando una crisis alimentaria muy grave. Por eso nosotros tenemos que abrir esos mercados y tenemos que crear las condiciones, entre ellas, la de la seguridad, para que se pueda producir (Santos, 2011, septiembre 28).

En la visión gubernamental, la prosperidad social está supeditada a la inserción en el mercado global y a la conversión del campesino y el indígena en empresarios. En la concepción estratégica entre empresa y Estado, la función de este último es propiciar que la primera «se desarrolle libre de obstáculos políticos, fiscales, sociales y ambientales, tanto en escala nacional como, sobre todo, en escala internacional, ya que el libre cambio y la competitividad internacional son los motores decisivos de la globalización» (Osborne y Gabler, 1994:211). Se trata de lo que Giddens (1998:119) denominó como «cultura empresarial» para el modelo de la Tercera Vía, a partir de la cual son las necesidades empresariales las que determinan la dirección de las políticas sociales. Según el discurso gubernamental, la supremacía de la competencia, la inversión y el mercado debe orientar la política agraria en el país:

La ruralidad socialmente competente que buscamos exige una *política incluyente*, que concilie las agendas agropecuarias, ambientales y mineras.

Una política que restaure la institucionalidad territorial para volver a *empoderar* a los departamentos y municipios en un *modelo de gestión rural* más descentralizado.

Una política que promueva el acceso a la tierra, restituya el derecho a la tierra, y avance en un proceso de titulación y formalización que consolide verdaderos propietarios.

Y requiere, igualmente, que se apoye a los *pequeños, medianos y grandes empresarios* (Santos, 2011, septiembre 28).

En la visión del sector rural como empresa, el vocabulario de la competencia y la gestión aplana las problemáticas derivadas de las megainversiones que afectan los modos de vida tradicionales en los territorios. Estas áreas se convierten en campos en disputa, en razón de

sus riquezas naturales y de los proyectos de explotación a gran escala. En esta medida, el gobierno garantiza el derecho a la tierra bajo la condición de su productividad y el acceso, sin resistencia, a sus bienes explotables. Lo que se presenta como *política incluyente y empoderamiento* queda orientado hacia la inserción obligatoria de los territorios en las agendas económicas de los proyectos extractivistas liderados, por supuesto, por los grandes empresarios.

Más que meras instituciones, compañías o corporaciones, Foucault (2008[1978-79]) vio en la empresa un modo de ordenación del espacio social que estaría en el centro del Neoliberalismo como tecnología de gobierno. Este régimen de ‘conducción de conductas’ posibilitaría la transformación del trabajador en un *empresario de sí mismo*, es decir, en alguien que concibe sus propias capacidades como capital de inversión. El imperativo de la competencia, ahora un modo de pensar, movilizaría esas inversiones autogestionadas y permanentes: “lo que se procura obtener no es una sociedad sometida al efecto mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva. No una sociedad de supermercado: una sociedad de la empresa (Foucault, 2008[1978-79]: 182)”. En esa dinámica, el discurso de la prosperidad es funcional a la empresarización de la vida al darle un horizonte de expectativa al imperativo de la competencia; así lo deja ver el discurso presidencial en Colombia dirigido a reparar las víctimas del conflicto armado:

queremos que todos los campesinos sean un Juan Valdez próspero (...) El espíritu de los tres pilares es que las víctimas y los despojados puedan reconstruir sus proyectos de vida, con una atención integral que les dé bases sólidas para reintegrarse al aparato productivo. Ésta es una de nuestras metas fundamentales –como nación unida- para encaminarnos hacia la paz de Colombia y dar el salto a la prosperidad (Santos, 2010, octubre 20).

Cuando digo Juan Valdez me refiero a un campesino próspero, con acceso a crédito, con acceso a capacitación, con apoyo tecnológico, con mercados nacionales e internacionales, con vías para llegar a esos mercados (Santos, 2010, agosto 26).

Bajo el esquema empresarial, las reparaciones a las víctimas y, en general, los proyectos de apoyo a los sectores sociales vulnerables son concebidos y presentados como inversiones en ‘capital humano’. Esas inversiones son necesarias para el crecimiento económico y requieren que cada quien aliente en sí mismo el uso máximo de su potencial (Becker, 1993) y se autogestione como empresario (Gorz, 2001); la tarea gubernamental, entonces, es la formación de un sentido de autodeterminación funcional a una comunidad productiva. La promesa de la prosperidad depende, así, del grado de inversión que, finalmente, debe

traducirse en el nivel de ingresos; de ahí la importancia dada a los inversionistas:

En Colombia nos gustan los inversionistas, los respetamos, los queremos, nacionales y extranjeros porque somos conscientes de que son los que dan la gasolina para promover el bienestar, la prosperidad, el empleo, las oportunidades a todos los colombianos. Sin los inversionistas estamos muertos. Por eso siempre les digo: bienvenidos todos los inversionistas (Santos, 2012, mayo 22).

Las medidas gubernamentales se cuidan de no intervenir demasiado en el sistema y de generar incentivos que garanticen la economía de inversión. En la sociedad de la empresa, como utopía del neoliberalismo¹⁸¹, la competencia puede funcionar por sí misma, gracias al marco vital dispuesto por el Gobierno. La empresa, así, deviene en una forma de ciudadanía que anula el conflicto entre capital y trabajo al pensar en todos los trabajadores-ciudadanos como pequeños capitalistas:

Los invito, apreciados amigos de nuestra locomotora minera, petrolera y energética, a trabajar hombro a hombro con nosotros. Los invito a pensar en grande, a pensar lo impensable. ¡Los invito a ser socios de una empresa común y rentable llamada Colombia! (Santos, 2011, mayo 18).

El cambio de concepto en la relación entre gobierno y empresa, en el modelo de la Tercera Vía, consiste en esa dilución del primero en la segunda, a partir de la idealización de la competencia como motor del desarrollo y su imbricación con el objetivo de la prosperidad nacional. La competitividad, en esta lógica, es presentada como una condición para la prosperidad social, de manera que el Gobierno ya no administra los recursos en función de las necesidades colectivas, sino en razón de las agencias que demuestren mayor capacidad de producción:

[D]ebo decir que el planteamiento que han hecho hoy me parece excelente: analizar el impacto que puede tener la competitividad en la prosperidad colectiva, porque son dos conceptos que están íntimamente ligados.

El uno y el otro se necesitan, se retroalimentan, pero cómo hacerlos funcionar

¹⁸¹ Si la sociedad de mercado constituía la utopía del capitalismo, según Rosanvallon (2006[1978]), es posible pensar que la sociedad de la empresa constituye la utopía del neoliberalismo. De acuerdo con Méndez (2014:10): "El neoliberalismo y las políticas neoliberales pretenden generalizar la competencia de mercado, mas no sólo para hacer de ella el mero marco institucional de las relaciones humanas, ni tampoco para elevarla como una regla valiosa aunque opcional de conducta; por el contrario, el discurso neoliberal pretende que la competencia propiamente dicha *se transforme en todo un modo de vida y de relación consigo mismo*. Este, más que ningún otro, es el objetivo primordial y de cuyo cumplimiento dependerá todo lo demás; esta es también la consecuencia primera de las políticas gubernamentales propuestas por el neoliberalismo".

sincronizadamente, cómo impacta el uno del otro es una discusión de gran fondo, porque no es posible hablar de prosperidad sin pensar en competitividad.

Como ha explicado el profesor Michael Porter, el pensador más influyente del mundo en este tema –cuya presencia hoy nos honra-, la competitividad se define por la productividad con la que un país utiliza sus recursos humanos, económicos y naturales (Santos, 2011, febrero 18).

Amparado en esa causalidad entre competencia y desarrollo, y en el discurso de la experticia extranjera, como en el caso citado, el gobierno de la Tercera Vía no utiliza el mercado como instrumento de los objetivos nacionales, sino que deviene él mismo instrumento de ese mercado. Como plantea Faux (2004:18), la independencia que quería garantizar la socialdemocracia entre empresariado y Gobierno es ignorada y mixturada en la sobrevaloración de la competencia. Los valores propugnados ahora resultan inferiores a los del mercado y la orientación de los países queda supeditada a los intereses superiores de las empresas. En este sentido, la meta de la prosperidad convierte en imperativo la guerra contra los agentes que entorpecen la penetración de las lógicas empresariales en las zonas de frontera. El discurso de la Tercera Vía defenderá, entonces, la intensificación de la guerra en favor de la Prosperidad nacional.

5.2.2.3 La guerra por la prosperidad

El principal argumento sobre el cual se consolidó la política de seguridad en el país fue el de la *confianza inversionista*. Según este razonamiento, el largo conflicto armado interno había afectado sobre todo al renglón de la inversión extranjera, pues las grandes empresas preferían evitar la confrontación con las guerrillas en los territorios de frontera. Subyace a este argumento la idea de que el mercado es capaz de pacificar la sociedad, en la medida en que se le proporcione a las empresas el marco propicio para que invierta en los territorios y genere desarrollo económico. Los actores armados ilegales, en ese caso, no son presentados como los opositores a la explotación de la tierra por parte de corporaciones e intereses extranjeros, sino como los enemigos del desarrollo mismo y de la generación de prosperidad a nivel nacional. Las iniciativas de las políticas agrarias, como la Ley de restitución de tierras para las víctimas del conflicto, fueron anunciadas en el discurso gubernamental bajo esa lógica de la productividad que desvirtuaba las contradicciones entre sectores sociales y reconvertía la revolución agraria en revolución inversionista:

Aquí vamos a hacer no solamente un proceso de restitución de tierras, que es lo justo, sino

una verdadera revolución agraria, que le permita al país convertir el campo —el campo fértil, el campo rico—, no en un reducto de pobreza ni de violencia, sino en un polo de desarrollo, en un polo de bienestar, en un polo de prosperidad. Y por eso este proceso, *esta revolución agraria, no es una revolución de ricos contra pobres, o de campesinos contra terratenientes. No es una lucha de clases*, No. Esta revolución no es con un fusil sino con la Constitución y la Ley en la mano, de los legales contra los ilegales (Santos, 2012, febrero 11).

En la medida en que se exponía el desgaste del discurso revolucionario armado, se construía una vinculación fuerte entre economías agrícolas y mercados globales, y por efecto extensivo, una oposición de base entre conflicto armado y política neoliberal. En su análisis sobre el proceso de neoliberalización del Perú de la década del 90, Pajuelo (2009:151) advirtió cómo el Gobierno de Alberto Fujimori contrapuso la violencia guerrillera de Sendero Luminoso a la imagen de estabilidad y crecimiento, resultado de las reformas neoliberales, que la población aceptó y asoció como una política de paz frente al terror de los guerrilleros comandados por Abimael Guzmán. Para el caso colombiano, la alianza entre seguridad y prosperidad siguió esa misma línea que opone la guerra al desarrollo económico:

La seguridad es la base del progreso. *Sin seguridad no hay inversión. Sin seguridad no hay educación. Sin seguridad no hay salud*. Por eso tan importante que este tema de la seguridad tenga el respaldo de toda la comunidad. Que ustedes, todos y cada uno de ustedes, respalde a nuestros soldados y policías, les ayuden, denuncien cuando vean algo indebido, porque ustedes van a ser los primeros beneficiarios de esa seguridad. Porque, como les digo y repito, *la seguridad va a traer inversión, va a traer prosperidad* (Santos, 2011, septiembre 1).

Toda vez que la seguridad es una condición de esa prosperidad, el Gobierno construyó y justificó una política de defensa centrada en la protección de las empresas inversionistas, especialmente para las zonas críticas del conflicto. El neoliberalismo del modelo gerencial y de la Tercera Vía devino en lo que autores como Taddei (2002) denominan *neoliberalismo armado*¹⁸²: la apelación a la violencia estatal para la defensa de los intereses del modelo de gubernamentalidad centrado en la competencia de mercado y en la empresarización de la

¹⁸² «Frente a la erosión de la hegemonía neoliberal, la legitimidad democrática de los regímenes políticos parece estar eclipsándose de forma alarmante en beneficio de una política basada en la ley de la fuerza, garante de la continuidad y efectividad de las políticas neoliberales (...) La preocupante generalización de la represión en la región parece hablar de una nueva fase política caracterizada por la violación —desde la propia esfera del Estado— de los derechos humanos y democráticos, practicada bajo el manto discursivo de la lucha contra el terrorismo. Frente a las tensiones sociales y políticas derivadas de la crisis, el “neoliberalismo armado” aparece como la respuesta del poder constituido frente a las demandas populares de democracia y justicia social» (Taddei, 2002:30-36).

sociedad:

Este proyecto requiere seguridad, este proyecto tiene seguridad y a este proyecto le vamos a seguir dando seguridad. La política de seguridad del Gobierno es una política muy clara. Aquí no hay territorio vedado para ningún miembro de la Fuerza Pública. *Todo proyecto minero energético va a tener seguridad. Y vamos a garantizarle la seguridad* (Santos, 2011, septiembre 1).

[V]amos a continuar consolidando la Seguridad Democrática, ¡no vamos a dar ni un paso atrás!, y así lo demostramos con las operaciones que sacaron de circulación a bandidos como ese ‘Domingo Biohó’ y al más cruel de los terroristas que ha tenido este país, el ‘Mono Jojoy’. Y espero que continuemos con esos éxitos *para mejorar los reportes de ese capítulo en particular en el Foro Económico Mundial* (Santos, 2010, octubre 27).

La proyección de los beneficios de la seguridad territorial en el desarrollo económico enfatiza en la mirada hacia los organismos y las inversoras internacionales, en un escenario donde la guerra ya no diagnostica un conjunto de desórdenes sociales, sino una amenaza para la estabilidad y la consolidación económica. La agenda de la política de seguridad está dirigida por las necesidades en ese orden regulativo de la economía de inversión:

El sólo hecho de tener que vigilar –gracias a la confianza que se ha generado- en lugar de 8 mil hectáreas, *38 mil hectáreas que están siendo hoy exploradas por las empresas nacionales e internacionales en la selvas de Colombia*, eso requiere más innovación, requiere cambio, ver las formas de ser más efectivos, de distribuir mejor no solamente la gente sino todas las ayudas técnicas (Santos, 2011, septiembre 5).

Es de este modo que se piensan los procesos de innovación técnica y tecnológica en el marco de la guerra para la prosperidad: el marco gerencial de la eficacia y la eficiencia, aplicado a las políticas de vigilancia, se traducen en la protección armada de la explotación de la riqueza en los territorios con presencia guerrillera. Si bien los actores económicos internacionales se ven expuestos a la amenaza de la violencia en los países con conflicto armado interno, como señala Baquero (2009:74), también encuentran ventanas de oportunidad para exigir menores obligaciones y compromisos, por ejemplo a nivel tributario o de responsabilidad social y ecológica con las zonas que se ven afectadas por sus proyectos de inversión.

Si el mercado se piensa como un ente pacificador en sí mismo, como ocurre en las políticas de la Tercera Vía aplicadas a la oposición entre guerra y prosperidad, la mayor contradicción estriba en que la guerra usualmente termina articulándose a la economía y, en sentido inverso, los conflictos finalmente estabilizan también *economías de guerra*. En el

caso colombiano, es claro que esa bidireccionalidad ha garantizado la prolongación del conflicto armado y ha contribuido a sus momentos de inercia. La guerra ha generado sus propias formas de prosperidad para unos y otros actores, en el ámbito de la ilegalidad (mercados de armas, de narcóticos, de criminalidad, etc.) y, en esa medida, se ha enquistado en los territorios donde las poblaciones más vulnerables han tenido que soportar sus peores efectos.

La visión gubernamental de la guerra, desde el discurso presidencial, presenta la confrontación en el marco escénico empresarial y desde la perspectiva viatercerista, enfoques ambos que pretenden la superación del discurso neoliberal con el uso de las etiquetas de la renovación antirradical y consensualista. Como vimos, es una reinención gubernamental que confirma, en vez de superar, la vieja utopía neoliberal de la sociedad de la empresa, tal como se presentaba desde la década del 40 en el ordoliberalismo alemán y en la versión norteamericana de la competencia y la inversión.

5.3 Las memorias discursivas en tensión: resistencia revolucionaria contra renovación gerencial

Las memorias socialista y neoliberal aparecen de modo estratégico en el desacuerdo entre los actores; su anclaje y reactivación introducen tensiones en la presentación de la realidad social -particularmente sobre la seguridad pública-: el conflicto armado y la prosperidad en el país son mostrados en relaciones de exclusión necesaria y urgente, pero a partir de proyectos gubernamentales equidistantes. Los espacios de memoria construidos distancian hasta el antagonismo esas representaciones cuando funcionan como respaldo y base ideológica de los discursos tensionados.

La escenificación de la resistencia política en el discurso guerrillero activa la memoria de las revoluciones nacionales e internacionales para contradecir la pretendida prosperidad gubernamental en tránsito. Una prosperidad tal sería incompatible con la situación social que lleva a las comunidades vulneradas a levantarse en armas y a combinar todas las formas de lucha. Desde esta perspectiva, la resistencia revolucionaria apela especialmente a la memoria socialista e independentista de la lucha armada, para oponerse a la expansión del proyecto de una prosperidad concebida para las élites y opresora del pueblo.

De la tradición socialista, el discurso fariano va a activar el papel transformador de la violencia revolucionaria sobre la historia. Las adaptaciones de esa memoria incluirán el olvido de la circunscripción de la lucha armada a la etapa final del enfrentamiento entre

clases, previo a la toma del poder estatal, es decir, que el levantamiento en armas se convertirá -a diferencia de lo defendido en la tradición leninista- en la principal forma de lucha para combatir el poder de las élites; un método estructural, adelantado de principio a fin, desde la insurrección de los campesinos en Marquetalia hasta el reacomodamiento de los frentes y el replanteamiento estratégico al finalizar la era de la Seguridad democrática.

De la tradición independentista, el discurso fariano buscará una recuperación y apropiación ideológica de la figura de Bolívar. En las epopeyas de liberación nacional y continental, lo mismo que en el gesto antiimperialista bolivariano, las FARC-EP encontrarán la plataforma sobre la cual fundamentar y llenar de sentido programático las operaciones militares. Su inscripción en el discurso latinoamericanista presentará la revolución inconclusa como una revolución traicionada; la unión esencial de la región como una oportunidad de internacionalización de la lucha guerrillera y la búsqueda de su reconocimiento beligerante; y presentará a Marulanda como el prócer de un socialismo mestizo, un líder-caudillo comparado con la figura de Bolívar y heredero de las banderas revolucionarias mundiales.

Por su parte, la escenificación gerencial en el discurso gubernamental activa con mayor énfasis la memoria de la Nueva Gerencia Pública y las ideas de la Tercera Vía, en el orden de la renovación o la reinención de los gobiernos democráticos. En el marco de los valores gerenciales, principalmente la eficacia, la eficiencia y la rendición de cuentas serán las directrices de las decisiones públicas; una vez que el acto de gobernar se supedita al de administrar, lo político cederá paso a lo tecnocrático: la medición de resultados, el cálculo costo-beneficio y la búsqueda de consensos. Los países, convertidos en empresas, requieren líderes gerentes antes que líderes políticos.

En torno a su orientación al consenso, el modelo gerencial de gobierno se articula sin problemas con el enfoque de la Tercera Vía, llevado a la práctica por el Partido Laborista de Tony Blair, en el Reino Unido, y promulgado desde inicios del siglo pasado por Juan Manuel Santos. En el llamado a un pragmatismo con valores y principios ético-políticos, la relativización del tamaño e intervención del Estado en el mercado hace que el control de los proyectos de desarrollo económico sea impredecible y, en realidad, que estos últimos se muevan libremente en el ámbito de la conveniencia política. La Prosperidad nacional, el lema y proyecto aglutinador del Gobierno, busca en esa supuesta vía intermedia entre socialismo y neoliberalismo la mejor ruta para hacer avanzar sin tropiezos una economía concentrada en el extractivismo y la inversión extranjera. El mayor obstáculo en esa vía sigue siendo el conflicto armado interno. La presencia de las guerrillas en los territorios de frontera impide el

desarrollo de megaproyectos de explotación o les impone condiciones asociadas a la economía de guerra.

Lo mismo que la Nueva Gerencia Pública, los valores defendidos por la Tercera Vía encarnan en la configuración de la sociedad de la empresa su proyecto utópico. En el dominio de la cultura empresarial llevado a la política gubernamental, la competencia y la inversión son las respuestas que se obtienen al preguntar por las propuestas de solución a la guerra. En esas formas resolutorias, una sociedad de la empresa es una sociedad donde el conflicto armado simplemente desaparecería, por efecto de la regulación pacificadora de la prosperidad. Se plantea aquí una visión de la prosperidad social que anuda lo moral a lo económico, el orden ético y la vida social sin grandes antagonismos..

La obturación de la lucha de poderes y la asunción de una sociedad de los valores está en el centro del proyecto de la Prosperidad nacional, tal como lo estaba tempranamente en el nacimiento del neoliberalismo desde los ordoliberales y los norteamericanos de la primera mitad del siglo pasado. Como la Tercera Vía y la Nueva Gerencia Pública, ese neoliberalismo también fue un proyecto de reinención gubernamental para el diagnóstico alarmante de sociedades en crisis. La respuesta también condujo a la pretensión de empresarizar las relaciones sociales y el vínculo entre gobernantes y gobernados, bajo la promesa de una prosperidad que desbordaría el mero desarrollo económico.

En el uso de las memorias revolucionaria y neoliberal, como vimos, la dimensión polémica frecuentemente se orientó hacia las luchas en torno al desgaste histórico, político e ideológico de los discursos que activaban. En la interdiscursividad guerrillera, se trató de hacer frente al desgaste del discurso socialista, rescatando la vigencia de la resistencia armada desde luchas onomásticas, epidícticas y doctrinarias. Fueron estas unas luchas de la memoria. En la interdiscursividad gubernamental, en cambio, se trató de hacer frente al desgaste del discurso neoliberal, presentando las corrientes gerencialistas y viaterceristas como reinenciones que superaban paradigmas calificados de radicales y obsoletos: tanto el neoliberalismo como el socialismo. Fueron estas unas luchas del olvido.

En ambos casos, bajo el cariz particular de sus luchas, las comunicaciones gubernamental y guerrillera hicieron del conflicto armado un lugar de confrontación entre memorias que remitían a discursividades desgastadas. En los extremos de la resistencia revolucionaria y de la renovación gerencial, la mirada sobre la guerra quedó presa de los lenguajes y lugares comunes de sus interdiscursos (socialista y neoliberal), y en esos términos fue presentada estrechamente en el espacio público. La retórica empresarial no pudo ver ni presentar el

conflicto más allá de sus efectos sobre la economía de mercado y de la gestión administrativa de sus problemáticas. La retórica revolucionaria, por su parte, no pudo ver ni presentar el conflicto más allá del cronotopo de la lucha armada y de una resistencia guerrillera con dificultades crecientes para justificar sus ataques como defensas.

En relación con el antagonismo de esas memorias, no es menor que la izquierda latinoamericana se haya caracterizado precisamente por ser una izquierda antineoliberal, dados los procesos violentos de penetración de ese modo de gubernamentalidad en la región. Sin embargo, como lo hace ver Gutiérrez (2009:155-158), en Colombia la reacción contra el neoliberalismo no originó un movimiento sólido de oposición política legal que permitiera contrarrestar o, a lo sumo, capitalizar desacuerdos frente al modelo en el grueso de la ciudadanía. En las zonas rurales, de hecho, la apertura económica de inicios del 90 instigó y fue introducida como justificación en el discurso guerrillero, con lo cual el crecimiento y consolidación de la oposición armada fue mucho más contundente e impactante que el desarrollo de una izquierda antineoliberal ajustada a las reglas de la democracia.

Pero el antineoliberalismo apuntalado en la memoria de la lucha armada y de la violencia revolucionaria no hizo más que favorecer la estabilización del modelo neoliberal al permitirle presentarse como la alternativa pacífica del desarrollo social, es decir, logró el efecto contrario a sus propias pretensiones. Para el periodo 2010-2012, en el momento de inercia del conflicto, la postura armada antineoliberal de la guerrilla no encontraría eco ni en la izquierda legal ni en el grueso de la población civil, toda vez que el enemigo construido ya no promulgaba ni defendía ese discurso desgastado. Por el contrario, el discurso gubernamental sostenía tomar distancia del neoliberalismo y, en su lucha por el olvido, presentaba como reinención de la política colombiana la vía tercerista y el enfoque gerencial.

El antagonismo de las memorias reconstruidas en este capítulo puede verse, finalmente, como una lucha entre dos tendencias dentro de las cuales se inscriben las comunicaciones gubernamental y guerrillera; ellas son el discurso de la experticia empresarial y el de la insurgencia revolucionaria. Lo experto y lo insurgente se oponen en torno a la presentación del conflicto armado en el espacio público. Mientras que el discurso experto construye la victoria a través de indicadores de gestión de la guerra y estadísticas sobre las operaciones en terreno, el discurso insurgente hace de la resistencia prolongada su mejor argumento para perseverar en lo que presentan como una lucha de clases desde y para el pueblo. Neoliberalismo y revolución, ambos discursos desgastados por el peso de la historia, se ven además desacreditados en el discurso del enemigo, desde las luchas de la memoria por la

resistencia, y desde las luchas del olvido por la reinvencción discursiva de la gubernamentalidad.

La relación polémica entre enemigos construye una oposición política de carácter agonístico: hay que vencer al otro; si esa victoria es imposible en la acción no lingüística, hay que hacerla realidad, entonces, a través de las palabras. Pero en esa victoria de un discurso sobre el otro, ¿qué es lo que se gana? ¿qué es lo que los actores se arriesgan a perder? ¿en qué consiste tener la razón en el conflicto armado colombiano? La tercera parte de este trabajo está motivada por esas preguntas y propone pensarlas analizando los discursos gubernamental y guerrillero desde la reconstrucción de una erística del discurso verdadero.

PARTE III. ERÍSTICA DEL DECIR VERDADERO

Capítulo 6

Los objetos discursivos en disputa a través de esquematizaciones aletúrgicas

En este capítulo estudio la disputa por la apropiación y presentación de objetos discursivos construidos en los comunicados de las FARC-EP y del Gobierno. Esa disputa se inscribe en una erística en la cual se involucraron los actores en torno a ‘la verdad’ de cada proyecto político defendido. Desde la perspectiva de Grize (1993, 1995, 1996, 1998, 2004), el estudio de los objetos discursivos se inscribe en el análisis de los procesos argumentativos que “dan a ver” una versión de la realidad, presentada como verdadera, para que determinadas conclusiones sean aceptadas o inferidas por el auditorio. En tal sentido, examino las formas en que se utilizan esas evaluaciones de la verdad en la disputa por la construcción y apropiación de los objetos «unidad», «héroe» y «paz» en ambas discursividades, y que configuran un primer campo donde los juegos de veridicción se traducen en modos aletúrgicos del decir político (Foucault, 2009[1982-83]; 2014[1979-80]).

En la primera parte del capítulo, analizo cómo la conformación del objeto de discurso “unidad” se asienta sobre un carácter de urgencia social, compartido por ambos bandos, pero anclado en memorias que antagonizan el proyecto revolucionario con el de la prosperidad económica y social. El llamado a la unidad (nacional y regional) puso en disputa las causas, los medios y las finalidades de esa unión desde cada discursividad, y contribuyó –paradójicamente- a la afirmación de su contrario: la polarización y la desconfianza en el enemigo.

En la segunda parte, examino la conformación del objeto “héroe” sobre la base de una ética sacrificial esencial para la lucha armada (Carnovale, 2011; Vezzetti, 2009) y defendida por ambos actores. En este caso, el antagonismo se centró en la disputa por la apropiación de una moral superior de combate y las formas de designación de los roles víctima/victimario, en el marco de legitimaciones en disputa sobre los usos políticos de la violencia.

En la tercera parte, finalmente, me concentro en la conformación del objeto de discurso “paz”, construido desde idénticos órdenes teleológicos e instrumentales, sobre los cuales se le representó como la victoria particular de cada bando. En la coyuntura específica, la paz y la apertura al proceso de su negociación tuvieron que ser presentadas como un modo de ganar la guerra sin haber vencido militarmente.

Concluyo resaltando que las discursividades simplificaron el difícil momento histórico del conflicto esquematizando objetos singulares, pero compartidos, en torno a la victoria urgente, heroica y pacificadora de cada bando. En esta primera aproximación a los modos aletúrgicos dejo claro que la introducción de la verdad en el combate político tuvo su punto de anclaje en la justificación de las acciones y decisiones que los discursos debían elaborar para ser reconocidos como legítimos, tanto en su momento de producción, como en su proyección hacia el complejo viraje de la escena política que vendría con el proceso de paz.

En febrero de 2012, mientras avanzaba la etapa secreta del proceso de paz que se anunciaría meses más tarde, el jefe de las FARC-EP le envió un comunicado al Presidente Santos cuyo título irreverente llamó la atención de la prensa: *Sin mentiras, Santos, sin mentiras*. El tono directo con el que Timochenko increpaba al Jefe de Gobierno y se le plantaba como un interlocutor simétrico, desde la clandestinidad y la ilegalidad, anunciaba tras las líneas que los diálogos no significarían una rendición para la guerrilla, que ella se sentaría a la mesa más a reclamar que a negociar la paz, y que los discursos introducirían, de manera protagónica, el problema de la verdad en el tratamiento del conflicto armado interno.

En el período en el cual la tesis del *fin del fin* era contradicha por la reacomodación de los actores y de la guerra misma (2010-2012), los discursos gubernamental y guerrillero se volcaron hacia una disputa por mostrar *lo que realmente estaba pasando* en el país, esto es, por la definición de la *verdadera* realidad en tránsito. Este proceso de definir la situación, que en sociología ha sido estudiado de manera amplia¹⁸³, en clave retórico-argumentativa me lleva a interrogar la construcción de objetos de discurso en pugna, a través de los cuales *se dio a ver*, de manera enfrentada, cada versión de la realidad y se le presentó como verdadera en contraste con la versión supuesta e intencionalmente falsa que proponía el enemigo. Acudo aquí a la relación entre tres nociones fundamentales para el abordaje de esa disputa entre los actores: esquematización, objetos discursivos y discurso verdadero.

Desde el punto de vista de la lógica natural, el estudio de la esquematización (Grize, 1993, 1995, 1996, 1998, 2004) permite comprender los modos en que los interlocutores influyen y orientan recíprocamente su percepción de la realidad, a través de la construcción de esquemas o microcosmos, esto es, reconstrucciones cognitivas del mundo. Un esquema discursivo *da a ver* y *hace adherir* a punto de vista particular. El dar a ver se materializa en imágenes y

¹⁸³ Existe una numerosa bibliografía sociológica a partir del trabajo fundacional de Thomas (2005[1928]) y su famoso «teorema»: «hay una gran diferencia entre la situación, tal como los demás la ven, y la situación tal como esta le parece al individuo (...); si los hombres definen sus situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias». Destaco aquí, por su relación con el concepto de *esquema*, en Grize (1993, 1995, 1996, 1998, 2004), el desarrollo de los *marcos de interpretación*, a partir de la microsociología de Goffman (1974): «Un marco se encuentra constituido por un esquema de interpretación que capacita a los individuos para ordenar sus vivencias dentro de su espacio de vida y del mundo en general» (Goffman, 1974). La expresión «esquema interpretativo» alude a una herramienta o instrumento que se utiliza para ver de cierta manera los sucesos (como en la metáfora de los lentes), y por tanto, orientar su comprensión. La respuesta a la pregunta «¿Qué es lo que sucede aquí?» es posible si los sujetos disponen de marcos básicos de comprensión que anteceden a los eventos de la vida cotidiana y a los cuales se acude para definir la situación, de manera que tales definiciones responden a principios de organización que se ponen en funcionamiento en el proceso del *framing* o encuadre. Ahora bien, los procesos de interpretación del mundo pueden y suelen exceder los marcos, de manera que no se trata de asumir una visión determinista entre el marco y la percepción-definición de la realidad; por ejemplo, de acuerdo con Butler (2010:26), [e]l marco que pretende contener, vehicular y determinar lo que se ve (...) depende de las condiciones de reproducibilidad para su éxito».

convierte los objetos del pensamiento (percepciones) en objetos de discurso (comunicables), que se alimentan de representaciones sociales y de *preconstruidos culturales*. Ese dar a ver, que constituye la esquematización, requiere una selección de haces de rasgos o propiedades de la realidad que se ponen de relieve, se relacionan y se disponen en esquemas de acción; al hacerlo, dejan en segundo plano otras propiedades, relaciones y acciones, de acuerdo con el propósito de la esquematización. Se trata de una suerte de *iluminación* de los aspectos que el locutor quiere hacer ver y percibir sobre la realidad: «los objetos de discurso deben ser *iluminados*, lo que implica poner en evidencia algunas de sus facetas y ocultar otras. Además, toda iluminación colorea de un modo particular aquello que ilumina por el hecho mismo de producirse a través de *preconstruidos culturales*» (Grize, 2004:50).

El marco de estas operaciones de construcción y reconstrucción de la realidad, implica el uso de una visión no referencial del significado, es decir, la negación de una relación especular entre las palabras y las cosas. Los objetos de discurso no son los objetos del mundo, precisamente porque los designan (categorizan y recategorizan) de modos particulares y, al hacerlo, los transforman en y a través del discurso. La construcción y reconstrucción de objetos de discurso no daría cuenta, entonces, de un proceso de referencialidad sino de uno de *referenciación*, que implica,

en favor de una concepción constructivista de la referencia (...), asumir plenamente el postulado según el cual los llamados ‘objetos de discurso’ no preexisten naturalmente a la actividad cognitiva e interactiva de los sujetos hablantes, sino que deben ser concebidos como productos -fundamentalmente culturales- de esa actividad (Apothéloz et Reichler-Béguelin, 1995:228).

Desde ese punto de vista, el discurso construye aquello a lo que se refiere, al mismo tiempo que es tributario de esa construcción (Koch, 2014:48), esto es, las construcciones del discurso apelan a los *preconstruidos culturales*, pero también ayudan a reforzarlos y a alimentar esa memoria compartida. La noción de referenciación permite operar analíticamente más allá de la relación entre las palabras y las cosas, para concentrarse en las versiones del mundo que son elaboradas públicamente, evaluadas en términos de adecuación a las finalidades prácticas y a las acciones en curso de los enunciadorees (Mondada y Dubois, 1995). De este modo, el estudio de las formas de referenciación en la construcción de objetos de discurso no se limita a la localización de segmentos lingüísticos que recuperan referentes en la progresión textual, sino que se pregunta por la activación de los *preconstruidos culturales* y el valor persuasivo de las formas de categorización y recategorización de los objetos, que pueden orientar al interlocutor hacia determinadas conclusiones en la construcción del sentido (Koch, 2005:40).

En los procesos involucrados en la referenciación, las propiedades, relaciones y acciones de los objetos de discurso esquematizados tienen que parecer verosímiles. La esquematización debe construir también modos de veridicción, de manera que el esquema, además de convincente, aparezca como verdadero para aquel que está llamado a reconstruirlo (Grize, 2004:48).

Foucault (1994[1984]:364) define el término veridicción como “las formas en que se articulan los diferentes discursos susceptibles de ser juzgados verdaderos o falsos, en un campo particular”; en estas articulaciones se “juega” la verdad, en el sentido en que se establece el conjunto de reglas y procedimientos a través de los cuales se la produce; de allí que Foucault proponga que “toda verdad se comprenda a partir de un juego de veridicción” (2009[1982-83]:238), y por tanto, que se le considere como una práctica situada, sin instancia suprema. La expresión “juegos de verdad” o “veridicción” pretende desprender el juicio de validez o invalidez sobre la verdad, para enfocar el análisis en las reglas y procedimientos que la construyen; así, sugiere

[p]or «verdad», entender un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados. La «verdad» está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan (Foucault, 1979[1976]):189).

Ese doble efecto de poder, que induce y acompaña la producción de veridicciones, configura una “economía política de la verdad”, en el sentido de las luchas entre los discursos que se la atribuyen, es decir, que la lucha por adueñarse de la verdad es al mismo tiempo la lucha por producirla, toda vez que “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 1992[1970]:6).

El “combate por la verdad” se entiende como una lucha no “en favor” de la verdad en su singularidad totalizante, sino “acerca de la verdad” o en torno a lo verdadero como estatuto, a través del juego que discrimina lo verdadero de lo falso, y con ello, de los efectos políticos de poder que se derivan de lo que logra presentarse como verdadero (Foucault, 1979[1976]: 188). Las formas aletúrgicas del decir, así, manifiestan los modos en que algo es presentado como verdadero, es decir, la producción de la verdad y el acto por el cual ella afecta directamente la figura de quien la enuncia:

Se trataría de analizar, no en modo alguno cuáles son las formas del discurso que permiten reconocerlo como veraz, sino bajo qué forma, en su acto de decir la verdad, el individuo se autoconstituye y es constituido por los otros como sujeto que emite un discurso de verdad;

bajo qué forma se presenta, a sus propios ojos y los de los otros, aquel que es veraz en el decir; [cuál es] la forma del sujeto que dice la verdad (Foucault, 2010[1983-84]:19).

Los objetos discursivos *unión*, *héroe* y *paz*, esquematizados desde los discursos gubernamental y guerrillero, fueron introducidos en un conjunto de juegos erísticos de veridicción, esto es, en un combate aletúrgico por el contenido verdadero de esos objetos. Ellos entraron en el juego de lo verdadero y de lo falso en las arenas públicas, y se constituyeron como objeto para el pensamiento político (Foucault, 1979[1976]) en medio del conflicto interno.

Hablo aquí de una *erística* en vez de una polémica, para hacer hincapié en las fuerzas en pugna en torno a la posesión de la verdad (o como plantea Schopenhauer, el arte de tener razón a toda costa) y en los modos que asumen esas fuerzas en la construcción de objetos de discurso. Si el análisis del modo polémico nos permitió ver los procesos de desacreditación del adversario, la dicotomización de asuntos públicos y la polarización de los grupos sociales en torno a ellos, la erística del decir verdadero nos permitirá pensar en el carácter agonal de la relación construida con el enemigo en y a través de los modos aletúrgicos del decir político.

La dialéctica erística, de acuerdo con el autor alemán, daría cuenta de «aquellas técnicas dadas por la naturaleza, de las que se sirve la mayoría de la gente para tener razón cuando durante una disputa advierten que no la llevan de su parte» (Schopenhauer, 1997[1864]:15). Pese a que no comparto aquí la idea de una erística como una manipulación totalmente consciente para engañar al otro, me interesa resaltar el hecho de que relaciona agonalmente a los sujetos a través de la razón -la verdad- como un objeto en disputa, que es posible poseer, es decir, que se trata de un combate motivado por el deseo o la necesidad de mostrar que se posee la verdad. Asimismo, tomo distancia de la perspectiva evaluativa de la erística en el marco de la argumentación, que aparecen en Platón y en Aristóteles como una crítica negativa contra los sofistas, al presentar sus modos de razonamiento como argumentaciones erísticas, en oposición a las argumentaciones dialécticas¹⁸⁴. Poniendo entre paréntesis esa dimensión evaluativa, retomo aquí la idea de que el argumento erístico, en esos términos, es el argumento que se propone como objetivo la victoria a cualquier costo; por tanto, el término

¹⁸⁴ «[E]l que dirige su mirada a las cosas comunes con arreglo al objeto en cuestión es un dialéctico; el que hace esto de manera sólo aparente es un sofista. Y un razonamiento erístico y sofístico es, en un caso, el que es sólo aparente razonamiento y versa en torno a las cuestiones sobre las que la dialéctica es crítica (...). En efecto, así como la falta <cometida> en una competición tiene una forma específica y es como un combate ilegítimo, así también en la controversia la erística es un combate ilegítimo: pues allí los que se proponen vencer por todos los medios echan mano de todo, y también aquí los erísticos <hacen lo mismo> (...) y tanto los amigos de pendencias como los sofistas <se sirven> de los mismos argumentos, pero no con miras a las mismas cosas, y un mismo argumento será sofístico, pero no en el mismo aspecto, sino que, en cuanto sea por mor de una aparente victoria, será erístico, y en cuanto sea por mor de una aparente sabiduría, será sofístico» (Aristóteles, 2007:256-257).

erística nos permite concentrarnos en iluminar la construcción de objetos de discurso desde el interés en la disputa misma por ese decir verdadero que se construye para vencer al enemigo.

6.1 La unidad como urgencia para la revolución y la prosperidad

La disputa por el objeto discursivo *unidad* se libra en torno al contraste entre componentes asociados, relaciones establecidas y acciones focalizadas por cada discurso, a medida que van construyendo ese objeto en sus comunicaciones. Los componentes que los discursos gubernamental y guerrillero asocian a la unidad son disímiles: mientras que el primero hace referencia a la gobernabilidad, la política de desarrollo económico y de seguridad antiterrorista, el decir insurgente presenta la *unidad* ligada a la lucha popular, la resistencia armada y el establecimiento de un contrapoder alternativo el Gobierno. En cuanto a las relaciones que se entrecruzan en el objeto discursivo, el decir gubernamental anuda los componentes que involucra en la memoria neoliberal (modelo de Nueva Gerencia Pública y de Tercera vía), el discurso antiterrorista estadounidense y la tesis del *fin del fin* y la apelación a la memoria independentista nacional. El discurso guerrillero, por su parte, relaciona los componentes identificados con la memoria socialista y bolivariana, dentro de los cuales la *unidad* queda adherida al regionalismo y al antiimperialismo, propios de la matriz latinoamericanista. A nivel de las acciones focalizadas en cada discurso, se oponen las construcciones ligadas al trabajo conjunto para la obtención de resultados, contra las acciones encaminadas a la confrontación y la resistencia popular; puede decirse que se contrastan movimientos que focalizan la acción y la reacción, el *trabajar juntos* contra el *luchar juntos*, esto es, una *unidad* gubernamental como alineación de acciones, contra otra *unidad* guerrillera, como rechazo contra esas acciones. En la Tabla 6.1 se sintetizan los elementos mencionados.

Discurso	Componentes asociados	Relaciones establecidas	Acciones focalizadas	Ejemplos
Gubernamental	<p>Gobernabilidad (Buen gobierno, institucionalidad, optimismo, prosperidad, esperanza, libertad, etc.)</p> <p>Política de desarrollo económico (integración comercial, competitividad, productividad agraria, inversión, empresas, emprendimiento, etc.)</p> <p>Política de seguridad antiterrorista (paz, violencia, Fuerza Pública, defensa, reparación a víctimas, etc.)</p>	<p>Modelo de Nueva Gerencia Pública.</p> <p>Modelo de Tercera Vía.</p> <p>Discurso del fin del fin.</p> <p>Discurso antiterrorista estadounidense.</p> <p>Memoria independentista nacional.</p>	<p>Trabajar juntos, definir la unidad, creer en ella, edificarla, construirla, convocar y congregarse a la unión, unirse para buscar, lograr, producir o hacer cosas.</p>	<p>Y el Buen Gobierno se potencia aún más, muchísimo más, si se complementa y si se implementa en un entorno de UNIDAD NACIONAL, para que esa unidad nacional busque en los grandes propósitos nacionales, los grandes propósitos sociales (Santos, 2011, abril 28).</p>
Guerrillero	<p>Lucha popular (fuerza, movilización, pueblo, comunidades, sentir popular, organización, batalla, democracia, independencia, paz, etc.)</p> <p>Resistencia armada (levantamiento, rebelión, insurrección, revolución, vanguardia, etc.)</p> <p>Contrapoder gubernamental (oligarquía, engaño, impunidad, corrupción, doctrina antinacional, violencia estatal, reconstrucción nacional, bien común, etc.)</p>	<p>Memoria socialista.</p> <p>Memoria bolivariana.</p> <p>Latinoamericanismo.</p> <p>Antimperialismo.</p>	<p>Luchar juntos, unir fuerzas, ser más poderosos, actuar, resistir, levantarse unidos contra..., movilizarse, organizarse, insurreccionarse, derrotar el sectarismo y las oligarquías, triunfar.</p>	<p>En estos 47 años de batallas por la paz de Colombia desde la resistencia armada, nos ratificamos en el empeño de la reconstrucción y reconciliación de la Colombia bolivariana, la patria grande y el socialismo, iluminados por el pensamiento unitario del libertador Simón Bolívar. Porque la unidad y la paz sí son posibles (FARC-EP, 2011, mayo 28)</p>

Tabla 6.1 Esquematación del objeto discursivo *Unidad*

En el discurso gubernamental, el objeto *unidad* fue construido como parte fundamental del proyecto de gobierno de la Prosperidad democrática. Así se manifestó en el discurso de posesión presidencial, dedicado principalmente a ratificar la intención de gobernar desde lo que se llamó la *Unidad Nacional*:

[H]oy reitero solemnemente, en esta histórica *Plaza de Bolívar*, que presidiré un Gobierno que será de Unidad Nacional y que buscará la prosperidad social para todos los colombianos. (...) En *el bicentenario de nuestra Independencia es más oportuno que nunca* que los colombianos nos decidamos por la unión y no por la confrontación (...) Cada país de nuestra región tiene grandes fortalezas, pero **si trabajamos juntos** ¡podemos ser una gran potencia! Por eso creemos firmemente en la unidad y la *confraternidad latinoamericana*, que son el *legado* de nuestros Libertadores y **el imperativo de nuestros tiempos** (...) Llegó la hora de edificar –unidos, **como debe ser** – un país que nos llene de orgullo, un país digno para nuestros hijos (Santos, 2010, agosto 7).

La activación de la memoria independentista dotó al objeto *unidad* del sentido de *confraternidad* regional y permitió presentarla como *legado* de las grandes gestas decimonónicas. Es importante resaltar que se trata de una actualización de la memoria independentista centrada más en la construcción del Estado que en las gestas revolucionarias, como sucede en el discurso guerrillero. La referencia al lugar de la locución y a la coyuntura del bicentenario ancló la *unidad* a la conmemoración histórica y a la responsabilidad por la continuidad de esa herencia libertaria. A partir de esa relación establecida, la libertad entra a formar parte de las metas de gobierno: liberarse de las divisiones, de los odios y de la polarización, en función de la construcción institucional de la República. La traducción de esa responsabilidad fue la presentación de la *unidad* como urgencia social; la nominalización *el imperativo de nuestros tiempos* explicita ese sentido de urgencia que aparece en los discursos santistas y que ejemplifico aquí con los resaltados. En otras comunicaciones, ese imperativo se traduce en formas condicionales que presentan la *unidad* como requisito de la prosperidad:

Muchas veces me preguntan de qué se trata la Unidad Nacional, y cómo se traduce en la realidad. Y aquí está la respuesta: ¡De esto se trata la Unidad Nacional! Hoy más que nunca, en este recinto, está plasmado ese espíritu de Unidad Nacional que he convocado a través de los últimos meses. *No es*, como siempre se ha dicho, una unidad para repartir puestos ni para repartir prebendas. *No es* una unidad para acallar las voces de los opositores, que son tan importantes para la democracia. Es una unidad en torno a los temas fundamentales que *a todos nos congregan* y que *a todos nos tienen que seguir congregando*. *Una unidad para generar empleo y para combatir la pobreza. Una unidad para crear prosperidad democrática, es decir, prosperidad social para todos los colombianos*. Nuestro país tiene *todos los elementos, todas las condiciones*, para despegar y convertirse en un milagro económico y social. Pero eso **sólo lo vamos a poder lograr si trabajamos** unidos, **si nos ponemos** todas unas metas comunes, **si empujamos** todos en la misma dirección (Santos, 2010, agosto 19).

Bajo la necesidad de definir la *Unidad Nacional* y de protegerla contra las críticas, el discurso gubernamental debió acudir a la negación directa de las prácticas de repartición de puestos (‘cuotas políticas’) y de intención de gobernar desde la unanimidad de las coaliciones. Las nominalizaciones dispuestas en paralelismo y en reformulaciones intradiscursivas (ver cursivas en la cita) pretendieron reforzar esa conversión de la visión negativa sobre la unidad en visión positiva, como requisito o imperativo para el *milagro económico y social* prometido en las comunicaciones. El efecto de los paralelismos está ligado a la reiteración eufónica y la focalización en las propiedades positivas del objeto en construcción: los componentes que se resaltan controvierten la posibilidad de que un gobierno de unidad no sea más que una cooptación de la divergencia y el pago de compromisos políticos adquiridos con sectores influyentes en la dinámica económica y burocrática del país. El proyecto de *Unidad Nacional* fue presentado precisamente en una vía contraria: la conformación del gabinete de gobierno sería más técnica y se invitó a participar en él a los sectores de oposición.

Estas alianzas se anunciaron desde la campaña presidencial y tuvieron poder de convocatoria, tanto en los partidos que se acogieron a la coalición, como entre la población civil, que se percató de un cambio en el tono conciliador, institucional y gerencial del Gobierno santista, frente al tono exacerbado y confrontativo que había instalado el expresidente Uribe (Vargas, 2011a:128-130). La construcción del objeto *Unidad Nacional*, desde los primeros discursos de gobierno, le permitió a Santos determinar los propósitos comunes en clave de urgencia. De ahí que desde la unidad como imperativo se mostrara a sí mismo como el político movido por intereses superiores a la política misma; se trata de la figura del demócrata liberal que gobierna más allá de sus intereses personales y es capaz de pactar con los enemigos en razón del bien común, neutralizando la confrontación entre intereses políticos divergentes (Vásquez Ramírez, 2016). Ese tono concertador y moderado forma parte de las relaciones establecidas con el discurso de la Nueva Gerencia Pública y la Tercera vía: el Presidente, como un gerente experto, dejaría de lado las disputas para concentrarse en la eficacia y la eficiencia del proyecto administrativo.

Así, el componente de la gobernabilidad, que hace al objeto de discurso *unidad*, se expresó en propiedades que remiten al proyecto del *Buen Gobierno* y a valores como la institucionalidad, el optimismo y la Prosperidad nacional. La gobernabilidad fue presentada como un efecto de la *Unidad Nacional*, a través de reformulaciones intradiscursivas y

nominalizaciones ligadas:

Prosperidad PARA Todos, Prosperidad CON Todos. ¡De eso se trata la Unidad Nacional a la que hemos convocado! (Santos, 2011, abril 29, mayúsculas originales).

En el caso nuestro, *la gobernabilidad, la Unidad Nacional*, nos ha dado *una gobernabilidad envidiable*. Todo el mundo nos dice: qué maravilla, ese país tiene una gobernabilidad que le ha permitido mantener *esa economía como está* (Santos, 2012, julio 27).

La reformulación de la «Prosperidad *para* todos» a la «Prosperidad *con* todos», y la recategorización de ambas nominalizaciones como *Unidad Nacional*, deja claro que se trataba de iluminar positivamente el proyecto de coalición de los partidos políticos y las bancadas de gobierno. El discurso de la prosperidad permitiría contrarrestar los ecos negativos y los vicios de esas alianzas, haciendo de la unión un imperativo y una urgencia colectiva. En la cita de 2012, las nominalizaciones que van reformulando el objeto *unidad* como gobernabilidad se orientan hacia la celebración de los indicadores económicos; los componentes de la política de desarrollo van apareciendo así, asociando la unidad con factores como la integración comercial, la competitividad, la productividad agraria y el emprendimiento, entre otros:

[U]nidos nos volvemos *más atractivos*, somos *un mercado más importante* porque nos volvemos *más competitivos*. Eso trae *más inversión*, que produce *más bienes, más servicios*. Y eso genera empleo y el empleo se traduce en *más prosperidad*. Así de sencillo, pero *así de contundente* (Santos, 2011, abril 28).

[L]a *integración de los pueblos, la integración de los países*, es tal vez de *las teorías económicas* que nunca se han controvertido. Cuando se unen los pueblos, cuando se unen los países para buscar objetivos comunes, siempre los alcanzan con más facilidad. *Divididos es más difícil. Unidos es más fácil*. Por eso *la tendencia a nivel mundial* es hacia la integración. Desde la década de nuestros libertadores. Simón Bolívar decía: sueño con una América Latina integrada. Porque desde entonces *esa tesis de la integración* era válida (Santos, 2011, abril 28).

A través de los paralelismos el discurso encadena, en clave causal, los aspectos positivos de la unidad dentro de la política macroeconómica. La palabra encuentra en el tono asertivo y en las reiteraciones paralelas cierto efecto didáctico que construye el objeto como objeto verdadero, desde el tono de la experticia: la unidad es *sencilla, pero contundente*; es una *teoría económica que nunca se ha controvertido*; es una *tendencia a nivel mundial* y es

válida históricamente. La asertividad suele devenir en condicionalidad, a partir de la urgencia de las acciones:

Este país está a punto realmente de despegar *si hacemos* las cosas bien y *si mantenemos* ese espíritu de unidad, ese espíritu de hacer las cosas entre todos, porque la historia nos ha enseñado: los países que se unen como sociedad para buscar grandes metas y grandes objetivos, ahí es cuando se hacen las grandes transformaciones, cuando hay optimismo (Santos, 2011, agosto 22).

Eso es posible *si todos unidos, todos juntos* trabajamos buscando los mismos objetivos, *si dejamos* de matarnos los unos a los otros, *si dejamos* de insultarnos los unos a los otros, *si nos respetamos* las diferencias. En este país hay riqueza para todos y la podemos producir cada vez más *si trabajamos juntos* (Santos, 2012, febrero 11).

En el orden de la política de seguridad antiterrorista, el objeto *unidad* pone de relieve las operaciones militares contra la guerrilla presentándolas como *resultados* en el *tramo final* del conflicto armado, esto es, desde la *tesis del fin del fin*. En este ámbito, la unidad se traduce en los cambios introducidos en la política de seguridad y defensa nacional (Mindefensa, 2011), al respecto de la coordinación entre unidades militares (policía y ejército nacional)¹⁸⁵ para la ejecución de operativos de contraguerrilla:

ese trabajo conjunto siempre produce *algo que también necesitamos* y que el pueblo colombiano también espera: *resultados, resultados, cada vez más resultados* para que ese tramo final dure el menor tiempo posible y lleguemos finalmente a ese país en paz que todos añoramos. Fue *un trabajo conjunto de nuestras Fuerzas*, que demuestra una vez más que *unidos somos* más fuertes, que *unidos logramos* lo que nos proponemos (Santos, 2010, septiembre 23).

Las nominalizaciones reiteradas y paralelas orientan la visión de la seguridad nacional como una propiedad también del objeto discursivo *unidad*. El enunciador se inscribe a sí mismo, al pueblo y a las Fuerzas Armadas en un solo colectivo que trabaja en conjunto y obtiene *resultados*, que es como se categoriza a las operaciones antiguerrilleras, en este caso referidas al asesinato de alias el Mono Jojoy. El discurso de la unidad, así, permite contraponer a *los violentos* contra *las instituciones*:

¹⁸⁵ «La transformación de las amenazas hace necesario intensificar el proceso de trabajo conjunto y coordinado de las Fuerzas Militares y la Policía Nacional para enfrentar los desafíos de mayor complejidad o fortaleza. Una revisión profunda de los roles y misiones de las Fuerzas y la Policía, para profundizar especialización y eliminar conflictivas duplicidades, se implementará al tiempo con la identificación de patrones que deben desmontarse y de cambios estructurales para incentivar esfuerzos conjuntos y coordinados que deben adoptarse» (MinDefensa, 2011:40-41).

Esto es decirles a los violentos ‘*no más violencia, no más secuestros*’. Y decirle al mundo entero que *Colombia está unida; Colombia está unida en torno a sus instituciones, está unida en torno a su democracia, a su libertad*; y que no vamos a permitir que *siga la violencia y siga el secuestro y todas esas manifestaciones del crimen*, porque estamos hastiados (Santos, 2011, diciembre 6).

Hoy, cuando *los terroristas* pretenden imponer su agenda con bombas y miedo, quiero convocar a la unidad en torno a *nuestras instituciones y nuestra Fuerza Pública*, para *oponer al terror la fuerza de un pueblo unido, democrático y valiente* (Santos, 2012, mayo 23).

A través del encadenamiento de las nominalizaciones reformuladas, en la primera cita, y de la inscripción explícita de colectivos opuestos, en la segunda, se expanden los sentidos atribuidos al objeto *unidad* en clave de política pública de seguridad. Las comunicaciones gubernamentales durante este periodo activan constantemente la voz del antiterrorismo para contradecirlo con la unidad del pueblo, puesta como continuidad natural de la unidad militar de las tropas. En la convocatoria contra el terrorismo, como amenaza permanente que obliga a *no bajar la guardia*, se introduce el tono de la urgencia por la unión y la necesidad de atender a otras problemáticas sociales que quedan ligadas a la seguridad, en relación de dependencia:

La unión en torno a objetivos comunes *es vital* para el país porque, ahora que estamos consolidando la Seguridad Democrática —y en eso, tengan la seguridad de que *no vamos a bajar la guardia* un solo milímetro— podemos dirigir más y mejor nuestros esfuerzos hacia la generación de *trabajo, trabajo y más trabajo* para los colombianos (Santos, 2010, septiembre 8).

Precisamente, bajo el lema de la consolidación de la política de Seguridad democrática se pretendió suspender el antiterrorismo como la principal preocupación de la agenda gubernamental, aduciendo que se estaba cerca de la victoria militar contra la guerrilla. Temas como el desempleo (en la cita) y la paz empezarían a llenar el espacio de los discursos gubernamentales durante el primer bienio presidencial, en el intento por desplazar la seguridad en la agenda pública. La transición Uribe-Santos se caracterizó por esa tensión entre continuidad y cambio frente al manejo del conflicto armado interno: el paso de la Seguridad democrática a la Prosperidad democrática fue presentado como la superación del peor momento de la guerra y la instalación de una visión posconflictiva, que ya anunciaba, sin poder decirlo, el inicio de la negociación de la paz con la guerrilla.

Las FARC-EP, como se mencionó antes, construyeron el objeto *unidad* asociándolo con los componentes propios de la lucha popular, la resistencia armada y el contrapoder gubernamental. En la lucha popular y la resistencia armada presentaron la unidad como movilización y levantamiento de las minorías oprimidas:

La insensibilidad y la desunión son cómplices del peor de los perjuicios. Cada habitante es una fuerza vital para defender las pertenencias de las comunidades en íntima unión y resistencia (FARC-EP, 2011, febrero 16).

El momento requiere *unidad y lucha, verdaderos festivales de movilización* para imponer desde la calle, con *la exaltación masiva del sentir popular*, una ley que garantice la gratuidad educativa hasta el nivel superior (FARC-EP, 2012, junio 8).

Las reiteraciones, reformulaciones intradiscursivas y nominalizaciones coordinadas (*unidad y lucha; insensibilidad y desunión; unión y resistencia*) caracterizan la presentación del objeto discursivo *unidad* en el decir guerrillero. A través de estos recursos se orientó la representación de las propiedades del objeto como reacción del pueblo colombiano, especialmente de sus sectores más vulnerables. Así, la *unidad* fue convocada a propósito de reivindicaciones sociales, como la gratuidad educativa (en la cita anterior) y la inclusión de las minorías:

El presente es de *lucha y unidad* para resistir la embestida de *los neoesclavistas y sus lacayos* pero ante todo de *unidad* que permita redefinir con autonomía, políticas públicas de inserción social para las comunidades negras (FARC-EP, 2011, marzo).

A través del gesto antiimperialista -al que remite, por ejemplo, la acusación de *neoesclavistas y sus lacayos*- se convocó al pueblo a la insurrección y a la conformación de un contrapoder gubernamental que removiera el dominio de las *oligarquías* y del *gran imperio*. Igual que el discurso santista, el guerrillero construye el objeto *unión* bajo el cariz de la urgencia y la necesidad, en este caso, de reacciones armadas contra la política hegemónica:

[E]s necesario que los pueblos se levanten al unísono con la antorcha de la libertad en una mano y el fusil de Marulanda en la otra, haciendo uso legítimo de su derecho universal a la rebelión, para romper cadenas y construir mundos nuevos como lo soñó este histórico líder, sobre las ruinas insepultas de un gran imperio (FARC-EP, 2011, abril 8).

[S]olo el camino de la UNIDAD DEL PUEBLO, derrotando el sectarismo, el espíritu de capilla, el vanguardismo, la intolerancia y otras manifestaciones de infantilismo dentro del movimiento popular, podremos construir entre todos, *las herramientas necesarias* para

que al final, en *la confluencia de todas las expresiones de lucha de nuestro pueblo*, podamos alcanzar la paz democrática y derrotar *el poder de las oligarquías* (FARC-EP, 2011, abril 29, mayúsculas originales).

La coordinación de *la antorcha de la libertad en una mano y el fusil de Marulanda en la otra* llevan a construir el objeto *unidad* como *uso legítimo del derecho universal a la rebelión*, esto es, que se anudan la unión y la rebelión a través de los resaltes esquematizados en las nominalizaciones. Asimismo, la *Unidad del pueblo* se reformula -en la segunda cita- como *la confluencia de todas las expresiones de lucha de nuestro pueblo*, con lo cual los elementos propios de la revolución terminan definiendo el objeto discursivo *unidad* en el discurso guerrillero. Al final de la primera cita, además, el antimperialismo se articula con el latinoamericanismo que emerge de la activación de la memoria bolivariana. El tópico de la *Patria Grande*, reformulación de *Nuestra América*, vuelve a la figura de Bolívar para sostener el llamado urgente a la unión regional, pero en esta discursividad, desde la lucha armada y la violencia revolucionaria contra el capitalismo:

Nuestra labor es salvar a *Nuestra América* de las garras del imperialismo y trabajar juntos por *la construcción de la Patria Grande* (FARC-EP, 2011, diciembre).

¿Qué hace falta? Unidad política e ideológica al interior de la vanguardia revolucionaria en torno a la táctica frente a *una revolución inminente* (FARC-EP, 2012, abril).

Camaradas: la actual crisis estructural del capitalismo *reclama con urgencia la unidad de los pueblos*, para la lucha que ya se configura en el horizonte (FARC-EP, 2011, agosto 7).

Las nominalizaciones de la *revolución inminente* y la *urgencia de la unidad de los pueblos* forman parte del diagnóstico del capitalismo en crisis, desde la visión guerrillera. El sentido de la fragmentación del mundo y el privilegio de las individualidades, particularmente de las élites en el poder, se va a contrastar con la idealización de la *unidad* como reconciliación social y reconstrucción de lo nacional. Es a través de estas orientaciones del sentido como el discurso fariano coordina *unidad* con *movilización*, *lucha* y *violencia armada*. En los llamados a la *unidad de todos*, estos últimos son especificados en la reformulación como *todas las organizaciones y expresiones de lucha*; de ahí que los movimientos sociales y la protesta civil entren a formar parte del objeto *unidad* construido por el discurso guerrillero:

[S]erá *la movilización y la unidad de todos, de todas las organizaciones y expresiones de lucha* como será posible alcanzar la reconciliación y la reconstrucción de la nación (FARC-

EP, 2011, mayo 28).

La protesta social, entonces, será presentada como la verdadera *Unidad Nacional*, en *contraposición* con lo que aparece en el discurso guerrillero como *una supuesta Unidad Nacional de élites*. Esa *falsa Unidad Nacional* estaría basada en el engaño a la ciudadanía, apoyados por los medios de comunicación y el aparato militar:

[A]hora confluyen en *una supuesta Unidad Nacional de élites*, más preocupados en el reparto del presupuesto estatal, los cargos y las cuotas de poder; que por arremeter con seriedad y profundidad en la solución de los graves problemas que afectan al ciudadano del común (FARC-EP, 2011, agosto 8).

Su nuevo *ropaje demagógico* llamando a conformar *una falsa "Unidad Nacional"* caracterizada por el apoyo incondicional a un orden social desigual e injusto, apuntalado en el militarismo y en la cohesión ideológica de los grandes medios de comunicación para garantizar la impunidad, no es más que *otro engaño* para ocultar la imposición de nuevas medidas antipopulares que ya vienen en marcha (FARC-EP, 2011, abril 30).

En la disputa por la ‘verdadera’ *unidad*, el llamado a la unión (nacional e internacional) contrasta las componentes, relaciones y acciones focalizadas en la esquematización del objeto *unidad* en cada discurso. El decir gubernamental es acusado de demagogia y de engaño, mientras que la palabra guerrillera -según el discurso santista- no es más que acción terrorista: un hacer violento que desplaza el decir o lo reemplaza completamente en el escenario bélico. El mayor esfuerzo en la lucha por la veridicción de la *unidad* aquí está, evidentemente, del lado del *discurso de reacción*; es el decir guerrillero el que debe desmentir la unidad del gobierno, en tanto que nombre del proyecto gubernamental y que acciones políticas programadas o adelantadas.

No obstante, no quiere decir esto que el discurso santista no tuviera parte en la disputa por el decir verdadero sobre la unidad; por el contrario, los reiterados llamados a la unión en torno a la Fuerza Pública, sobre todo en momentos coyunturales del conflicto bélico (como los ataques armados de la guerrilla), demostraron que su implicación en la lucha no fue menor: por un lado, había que contradecir la dilución que el discurso guerrillero venía realizando de la tropa insurgente en los movimientos sociales, por lo cual debía convocarse al rechazo popular de la guerrilla, reformulada como unión contra el terrorismo; por otro lado, había que reforzar la tesis del *fin del fin* o, a lo sumo, contradecir la idea de que la protesta social estaba alineada con los intereses y reivindicaciones de la guerrilla. La vía para abordar

estos propósitos fue la construcción del objeto *unidad* como política de gobernabilidad, de desarrollo económico y de seguridad nacional.

Desde el punto de vista de la matriz de los discursos latinoamericanistas, Arnoux (2008a) demuestra que el pensamiento sobre la unión americana está atravesado por un rasgo común de idealización dentro de sus diversos componentes. La unidad es épica y es utópica; de ahí que el latinoamericanismo sea activado en términos de gesta libertaria y de responsabilidad histórica. En esa idealización del pasado independentista reside su activación relativamente automática en el presente y su proyección hacia el futuro; ideales atemporales que hacen de la *unidad* un objeto discursivo poderosamente convocante en la región. Pero precisamente esa memoria compartida hace de la *unidad* un objeto susceptible de activación desde cualquier orilla ideológica y para cualquier proyecto político, igual que sucede con la figura de Bolívar, que le es adyacente. La apropiación del sentido de ese objeto no es menor: quien logre definirlo en los términos y componentes que más convengan, podrá capitalizar su aceptabilidad en el espacio público, sin mayores esfuerzos persuasivos. La *unidad* es, así, un objeto discursivo de deseo y una verdad por la cual se libran luchas.

Paradójicamente, en el conflicto armado interno la disputa por la *unidad verdadera* contribuyó a la afirmación de su contrario: la polarización y la desintegración social en el país. El periodo 2010-2012 no fue un momento de unión de fuerzas sociales en torno a propósitos nacionales, ni de reconciliación entre fuerzas políticas antagónicas, pese a la coalición de gobierno lograda. Por el contrario, durante ese bienio las posturas en torno al conflicto armado se radicalizaron y formaron bloques polarizados a favor y en contra del manejo de la seguridad en el país: se trataba, como lo he apuntado, de la reacomodación de la guerrilla y la reestructuración de fuerzas y estrategias en el conflicto durante su etapa más inercial. A la radicalización a favor y en contra del manejo de la Seguridad contribuyó la oposición política que encabezó el expresidente Uribe, descontento por la gestión de Santos en el poder, además del aumento de la protesta social y, en 2012, el anuncio del inicio del proceso de paz con las FARC-EP.

Si la búsqueda de una *Unidad Nacional* se proponía, sin hacerlo explícito, la preparación del terreno social para el giro político de la paz negociada, se trató de un proyecto gubernamental que obtuvo exactamente su contrario. En esas condiciones de desintegración social y de desacuerdo, iniciaron los diálogos de paz en La Habana, Cuba, al finalizar la etapa que focalizo en este estudio y que representa, por lo dicho, el final del *fin del fin*.

6.2 Una ética sacrificial para dos héroes antagónicos

La figura del *héroe* también fue un objeto de discurso construido y disputado en las comunicaciones gubernamental y guerrillera. La disputa consistió en determinar su identidad, afiliarlo a uno de los bandos en confrontación y utilizarlo como parte de la justificación de las acciones bélicas. Dos esquematizaciones fueron puestas en contraposición por la apropiación de la *verdadera* heroicidad: del lado gubernamental, la presentación de los combatientes de las Fuerzas Armadas, del equipo de gobierno y de ciudadanos destacados como *héroes de la Patria*. Del lado guerrillero, la presentación de los insurgentes (combatientes y líderes del Secretariado) y de los movimientos sociales, como *héroes del Pueblo*. La heroicidad fue atribuida, entonces, a los combatientes y simpatizantes de cada bando, de manera que en ambos discursos se reclamaba el reconocimiento de los *héroes* al mismo tiempo que se construían, como objetos discursivos, desde la disposición de componentes, relaciones y acciones determinadas.

A nivel de los componentes y sus propiedades constitutivas, los discursos compartieron la construcción de una idea ejemplar de sacrificio y el reclamo de un reconocimiento merecido de sus héroes. Ese sacrificio ejemplar enlaza y diluye la figura del combatiente con la del mártir, a partir de lo cual el tratamiento de la muerte en el contexto de la violencia queda orientado hacia el cumplimiento del deber, la demostración del honor, el alcance de la gloria y de una muerte digna y bella. En esa medida, se lo presentó como ejemplo de conducta e inspiración tanto para los compañeros de lucha como para la sociedad civil. En ambas discursividades, además, la visión del combatiente como heredero de las luchas decimonónicas de los próceres nacionales ancló el conflicto armado a la memoria independentista nacional.

Las acciones focalizadas coincidieron en el esquema del héroe como aquel que se sacrifica por los colectivos a los que pertenece (en ambos casos, el pueblo colombiano y los compañeros combatientes) y está dispuesto a arriesgarse y perder la vida. La guerra adquiere dimensiones de una epopeya nacional en la cual el honor y la gloria se alcanzan con la muerte en la lucha. En ese proceso, las acciones del enemigo son victimizantes y reprochables; el marco interaccional plantea a su vez, en torno a la disputa por el objeto *héroe*, la apropiación del rol de la víctima, que los discursos de ambos actores reclaman.

Ahora bien, los acentos puestos en cada esquematización permiten identificar algunas diferencias en los componentes, las memorias y los procesos de referenciación que hacen al objeto *héroe* desde cada orilla. Mientras el discurso gubernamental atribuye a sus héroes de la

Patria la filiación a la Política de seguridad nacional, que orienta sus visiones y acciones, el discurso guerrillero hace mayor énfasis en la superioridad moral de la tropa insurgente frente a la decadencia y la conducta censurable de su enemigo. Aquí se contraponen dos fuerzas que defienden, por un lado, las operaciones antiterroristas como parte fundamental de la prosperidad del país, y por otro lado, una revolución armada sostenida sobre principios morales superiores para la recuperación de la dignidad del pueblo.

En ese sentido, como planteaba en el capítulo anterior, las memorias revolucionaria y neoliberal son activadas en clave polémica, pero también entran a formar parte de una erística por la identidad del héroe verdadero, así como por las pruebas de su heroicidad. Las figuras del soldado y el guerrillero, así, son construcciones indesligables de los espacios de memoria en los cuales anclan en cada sentido: la revolución socialista y bolivariana, tanto como el gerencialismo de la Tercera vía y su pliegue antiterrorista, requieren sus propios héroes. Los atributos diferenciales de esas heroicidades se evidencian en los diferentes procedimientos de referenciación que construyen y reconstruyen al objeto. El principal es la forma de inscribir la pertenencia del héroe a través de las nominalizaciones contrapuestas *héroes de la Patria* y *héroes del Pueblo*.

Si bien ambas nominalizaciones hacen eco de la memoria independentista compartida (de ahí su tono exaltado y su correlato con la epopeya emancipatoria nacional, donde *Patria* y *Pueblo* aparecen emparentadas¹⁸⁶), la *Patria* invocada por el discurso gubernamental refiere al orden estatal y, sobre todo, militar y gubernamental en curso: el proyecto de la Seguridad democrática establece el marco que encierra el sentido de lo patriótico en el ámbito de la lucha contrainsurgente. En contraste, el *Pueblo*¹⁸⁷ del discurso guerrillero establece un antagonismo con el sector gubernamental y con las élites, para amalgamar sectores sociales

¹⁸⁶ A propósito de las guerras civiles del siglo XIX en Colombia, Uribe y López (2006:449) apuntan que, en ocasiones, el lenguaje patriótico del republicanismo respondió al déficit de identidad política, convocando al pueblo a que desplazara los intereses partidistas en función de «marchar unidos para salvar a la república porque lo que estaba en peligro era algo más importante que la paz y la seguridad; que los derechos y las garantías; que la salvaguardia de la propiedad, el honor y la familia o la virtud de las mujeres; lo que estaba amenazada era la majestad de la república, la dignidad de la nación y la supervivencia misma del Estado». En la serie discursiva analizada, la palabra gubernamental no dejó de relevar ese sentido institucional de la Patria atravesado por el llamado a la unidad, aunque los lugares de la seguridad, la paz y la propiedad -en clave económica- resultan ahora más relevados que en los procesos decimonónicos de justificación bélica.

¹⁸⁷ Desde un enfoque interpretativo e interdisciplinar del análisis del discurso, Arnoux (2006:65-93) propone que el *pueblo*, construido como objeto discursivo, puede convertirse en un modelo que termina rigiendo el discurso histórico oficial y las prácticas políticas dominantes; un caso que da cuenta de ello es la construcción del objeto *El pueblo de la plaza pública* en dos textos fundadores de la tradición historiográfica argentina. Desde una perspectiva política del discurso, por su parte, Laclau (2014) ha insistido en que gran parte de la tarea de la política tiene que ver con los intentos de construir un sujeto "pueblo" que legitime proyectos políticos particulares; de ahí que Laclau piense al *pueblo* como una categoría política más que como un elemento de la estructura social.

disímiles en una solo colectivo dentro del cual ellos mismos, como grupo insurgente, tienden a diluirse. A partir de esa diferenciación, los héroes populares entran en pugna con los héroes patrióticos para disputarse su real estatus de heroicidad y su adherencia al pueblo y a la patria, en cada caso. Una síntesis de las esquematizaciones construidas se puede ver en la Tabla 6.2:

Discurso	Componentes asociados	Relaciones establecidas	Acciones focalizadas	Ejemplos
Gubernamental	<p>Sacrificio ejemplar (deber, mártires, paz, independencia, libertad, democracia, responsabilidad, orgullo, pésame a las familias, ejemplo, honor, valor, integridad, inspiración, equipo de gobierno, inspiración, cogestores, tutores, deportistas, etc.)</p> <p>Política de seguridad (Campaña, guerra, operaciones militares, resultados, contundencia, empleo, pobreza, desarrollo económico, desespero de los violentos, punto de inflexión, etc.)</p> <p>Reconocimiento (homenaje, gloria, institucionalidad, solidaridad, gratitud, admiración, apoyo ciudadano, etc.)</p>	<p>Memoria independentista nacional.</p> <p>Memoria neoliberal.</p> <p>Tesis del <i>fin del fin</i>.</p> <p>Discurso antiterrorista.</p>	<p>Arriesgar y ofrecer la vida por Colombia, morir cumpliendo el deber o la misión, combatir hasta el último momento, ser asesinado por el terrorismo, ser apreciado por los ciudadanos, merecer el reconocimiento social, convertirse en ejemplo, seguir el ejemplo, agradecer el apoyo, estar dispuesto a hacer el sacrificio máximo, producir resultados contundentes, perseverar en el combate.</p>	<p>Pero qué bueno sería poder decir: ya no hay necesidad de retribuir a nuestros héroes de la Patria con una pequeñísima (suma) – porque así el aporte sea significativo, se haya cumplido la meta- esto que le entregamos a cada soldado de tierra, mar y aire, a cada policía, que ha ofrecido parte de su vida, es muy poco frente a lo que ellos han ofrecido y han sacrificado por el país (2010, diciembre 20).</p>
Guerrillero	<p>Sacrificio ejemplar: (victimización, muerte gloriosa, mártires, hombre nuevo, legado, nueva independencia, etc.)</p> <p>Moral superior (honor, dignidad, altruismo, rebeldía, autoridad e integridad moral, patriotismo, justicia, amoralidad e inferioridad del enemigo, principios éticos revolucionarios, resistencia, movilización y poder popular, etc.)</p> <p>Reconocimiento (homenaje, inmortalidad, posteridad, tributo guerrillero, etc.)</p>	<p>Antiestado-unidismo.</p> <p>Memoria revolucionaria independentista y socialista.</p>	<p>Sacrificarse, estar dispuesto a dar la vida, morir gloriosamente, hacerse inmortal, seguir el ejemplo, ser víctima del Estado, no ser servil ni dócil, establecer un nuevo orden moral, ser guiado por ella, sentirse orgullosos, derrotar el régimen, jurar vencer.</p>	<p>Rendimos homenaje en este día a todos nuestros mártires, verdaderos héroes y heroínas del pueblo de Colombia en su lucha por la liberación, cuyo sacrificio es reconocido en cada acción de nuestras unidades. Ellos son ejemplo de dignidad y de lucha (2012, mayo 26).</p>

Tabla 6.2 Esquematización del objeto discursivo *Héroe*

En todos los casos y pese a esa diferenciación, los *héroes* esquematizados son construidos como figuras cercanas a la población civil, e inclusive, confundidos con ella. Una especie de *heroína ordinaria* o del esfuerzo por presentar al héroe en el marco de la vida cotidiana atraviesa las discursividades sin reparar en la contradicción esencial que entraña lo heroico

(por excepcional) con lo corriente¹⁸⁸, esto es, con el día a día del conflicto armado. La idealización de los héroes gubernamental y guerrillero, a partir de la cual se los posiciona como ejemplos de conducta y como herederos de legados supremos, no choca con esa reubicación del héroe dentro de las comunidades; es desde esa relación que tensiona proximidad y lejanía que se asegura el efecto de identificación, solidaridad y admiración, tanto con el héroe como con su causa. El heroísmo, así, deviene en moneda corriente en medio de la guerra; ella, de hecho, es la que forja a los héroes cuando les exige su sacrificio.

La construcción de la guerra, entonces, como condición de posibilidad del heroísmo y de la existencia del héroe, va a configurar una ética del sacrificio como núcleo duro de la justificación de la violencia política armada. Entiendo esta expresión en términos de un modo sistemático y sostenido de gestión de las diferencias entre actores sociales a propósito de cuestiones de interés común, tal como lo caracterizan Ansaldi y Alberto (2014:31), quienes la definen como

la utilización por parte de un grupo o de un colectivo social organizado política y militarmente para cuestionar el poder del Estado (la estructura de poder) y la violencia considerada legítima que este detenta y, teóricamente, monopoliza y ejerce. Pero también a quienes se organizan de igual manera para combatir a los insurgentes y hasta para el asalto al poder en situaciones de ausencia de insurgencia revolucionaria (Ansaldi y Alberto, 2014:31).

En este sentido, las justificaciones de la violencia política armada son realizadas tanto por el discurso gubernamental como por el guerrillero, y la disputa por la legitimidad de una y otra violencia¹⁸⁹ se traducen, entre otras formas, en la construcción del objeto de discurso *héroe*, en la medida en que ese estatuto de existencia, acción y verdad contribuye a la aceptabilidad de los medios empleados en la lucha.

La identificación de la violencia política armada con una ética sacrificial es un sentido

¹⁸⁸ Danblon (2005:164-165) repara en esta condición paradójica de la figura del héroe contemporáneo, que *combine le caractère exceptionnel du héros classique -sans quoi il n'y aurait pas matière à éloge- mais il doit simultanément correspondre à une figure du quotidien dans laquelle chacun pourrait se projeter, ce qui est contraire à la fabrique du héros classique (...). Peut-être ce paradoxe s'explique-t-il par l'inévitable télescope entre deux cadres de pensées: les normes de l'éloge exigent que l'on construise une figure d'exception, se battant pour un idéal dans lequel la communauté peut se rassembler. Mais simultanément le discours se place dans un cadre désenchanté qui ne croit plus aux héros, ni aux idéaux.*

¹⁸⁹ En su discusión con la perspectiva weberiana sobre el monopolio estatal de la violencia, Ansaldi (2014:59-59) propone pensar la existencia de dos -o más- violencias simultáneas, que se disputan la legitimación general: «...cuestionamos la afirmación weberiana sobre la violencia legítima del Estado. Es cierto que ella existe -y es necesaria para ejercer el poder-, pero la explicación es insuficiente al considerar legítima una sola violencia, la de la clase dominante. Señalamos (...) que, así, *a contrario sensu*, toda violencia que no es la estatal es ilegítima. En clave clasista, solo es legítima la violencia de la clase dominante que detenta el control del Estado, cualquiera que sea el formato de representación que utilice para ello. En contraposición, nuestro planteo sostiene la existencia de, al menos, dos violencias con pretensión de legitimidad, aunque solo una puede ser legal o institucionalizada» (Ansaldi, 2014:58-59).

profundo de pertenencia a partir del cual el juicio moral en torno al sufrimiento y la muerte del otro queda suspendido (Žižek, 2009)¹⁹⁰. La ética sacrificial del héroe impide percibir la humanidad en su condición naturalmente precaria (Butler, 2006, 2010)¹⁹¹, vulnerable y frágil, al dividir a los sujetos en víctimas y victimarios, y a sus muertes en buenas o malas, justas e injustas, lamentables o merecidas. Los discursos del conflicto armado distribuyen, así, las vidas y muertes por las que vale la pena hacer duelo, por ser heroicas, y aquellas que no representan una pérdida de lo humano, sino un rédito, un accidente o un efecto colateral en la guerra.

En el discurso gubernamental, esa ética sacrificial se empezó a configurar con mayor énfasis desde las campañas de propaganda militar emitidas a partir de la segunda administración de Álvaro Uribe (2006-2010)¹⁹². Bajo el lema «los héroes en Colombia sí existen», el Ministerio de Defensa trabajó en la reparación de la imagen negativa que la ciudadanía tenía sobre las Fuerzas Militares, al vincular la victimización, el martirio y la heroicidad en la construcción mediatizada de una imagen nueva de los soldados y policías

¹⁹⁰ Žižek (2009) lo relaciona con el sentido de pertenencia construido en las religiones y con la idea de lo sagrado, en nombre del cual es posible justificar y admirar cualquier acto violento: «La inmensa mayoría de la gente es espontáneamente ‘moral’: matar a otro ser humano es algo traumático para ellos. Así que, para conseguir que lo hagan, se necesita una causa ‘sagrada’ mayor, que hace que los insignificantes reparos respecto al asesinato parezcan triviales. La religión o **la pertenencia ética** realizan esta tarea a la perfección (...). La mayoría tiene que ser ‘anestesiada’ contra su sensibilidad elemental respecto al sufrimiento del otro. Por eso se requiere una causa sagrada » (Žižek, 2009:163, resaltados añadidos).

¹⁹¹ En sus reflexiones sobre las guerras antiterroristas contemporáneas, Butler (2006, 2010) utiliza las nociones de *precariedad* (la vulnerabilidad humana) y *precaridad* (la profundización de esa vulnerabilidad humana desde la política) para preguntarse qué es lo que hace que unas vidas importen más que otras, que se admire, rechace o ignore la pérdida de una vida en medio de la guerra y cómo se regulan políticamente esas disposiciones afectivas: «[E]n las condiciones bélicas contemporáneas, la condición de precariedad compartida conduce no al reconocimiento recíproco, sino a una definición específica de poblaciones marcadas, de vidas que no son del todo vidas, que están modeladas como «destructibles» y «no merecedoras de ser lloradas». Tales poblaciones son «perdibles», o pueden ser desposeídas, precisamente por estar enmarcadas como ya perdidas o desahuciadas; están modeladas como amenazas a la vida humana tal y como nosotros la conocemos (...). Por eso, cuando tales vidas se pierden no son objeto de duelo, pues en la retorcida lógica que racionaliza su muerte, la pérdida de tales poblaciones se considera necesaria para proteger las vidas de «los vivos» (Butler, 2010:53-54).

¹⁹² No obstante, Berrío (2012:161) apunta algunos antecedentes de propaganda militar, desde la década del 90, como parte de «un entramado mucho más elaborado y que se desarrolla con más eficacia desde finales de los años noventa. Al respecto conviene decir que ya desde mediados de esa década, el Ministerio contaba con espacios televisivos donde eran presentados programas tales como “Comandos” y “Hombres de Honor, además que realizaban acciones puntuales con públicos específicos a través de acciones como “Soldados por un día” u “oficiales de la reserva”, las cuales buscan básicamente acercar a la población civil al estamento militar». Si bien esta y otras campañas constituyen claros antecedentes, la introducción explícita del objeto discursivo *héroe* en el plan propagandístico del Ministerio de Defensa inició en 2007, bajo el lema «Los héroes en Colombia sí existen». La mercadotecnia fue desarrollada por la empresa Young & Rubicam Colombia (Y&R) y se enfocó en comerciales para cine y televisión en los cuales se mostraba a los soldados en combate (espacio, indumentaria y situación) interpellando al espectador, ‘conversando’ con él a través de la cámara y repitiendo este mensaje: «A pesar de que no lo conozco, estoy dispuesto a dar la vida por usted». Se pueden consultar algunos en <https://www.youtube.com/watch?v=8tXoFZtEb9s>

colombianos, asociada implícitamente con lo sagrado y explícitamente con lo patriótico y con la emotividad en la cercanía entre el soldado y el ciudadano (Berrío, 2012; Gordillo, 2013). En el sentido de esa reparación, la construcción del héroe operó también como estrategia de impunidad para los crímenes cometidos por los militares, articulada con las iniciativas penales y judiciales que buscaron exculpar o blindar a sus autores, cuando no impedir que fueran investigados por la justicia ordinaria (Negrete, 2013, 2016).

La necesidad de afirmación de la existencia del *héroe*, en la que el adverbio (*sí*) no puede ser más explícito, contradujo el desencanto, la sospecha e inclusive la animadversión social contra las Fuerzas Armadas. Como se ha señalado desde la investigación comunicológica, el dispositivo mediático fue el principal aliado en la construcción de una narrativa cohesionadora y nacional alrededor de la heroicidad militar y la seguridad pública como *tanatopolítica* (Bonilla, Rincón y Uribe, 2014; Criscione, 2011; Gordillo, 2013).

Ahora bien, esa búsqueda de legitimación ciudadana de la Política de seguridad democrática tuvo su continuidad en el paso hacia el gobierno de Santos y conservó el sentido de la afirmación del *héroe*. No obstante, los desafíos que enfrentaba el objeto discursivo a nivel de la imagen de las Fuerzas Militares y de su reparación eran distintos: en primera instancia, la revelación de las ejecuciones extrajudiciales del Ejército apareció a finales de 2008 y se extendió durante los siguientes años, incluyendo los dos primeros del gobierno Santos, como sospecha permanente sobre la conducta de los soldados y sus superiores. La sensación de inseguridad pública, además, que fue creciendo en ese primer bienio presidencial azuzado por las críticas al respecto del propio expresidente Uribe. Ligado a esa sensación, se empezó a hablar de una creciente desmotivación dentro de las Fuerzas Armadas, como principal síntoma de una división interna en esa estructura, alrededor del uribismo y el santismo como fuerzas políticas ahora enfrentadas. Finalmente, la necesidad de girar hacia la salida negociada del conflicto, por razones económicas y de política internacional, en medio del momento de inercia al que se había llegado en la guerra.

Frente a estos desafíos, el objeto *héroe* fue personalizado en el discurso gubernamental, como parte de la filiación del propio Presidente:

Ustedes saben que tuve el inmenso honor de pertenecer a **la Armada Nacional**. Y lo digo y lo repito cuantas veces sea necesario: **ahí fue** donde aprendí lo mejor que he aprendido en mi vida, **ahí fue** cuando porté el uniforme que ha sido *el máximo honor que he recibido en mi vida*, **ahí fue** cuando aprendí a tocar gaita ahora que oíamos la gaita en el minuto de silencio por *los héroes caídos en el cumplimiento de su deber* (Santos, 2012, julio 24).

En el homenaje a los combatientes muertos, el discurso asume un tono autobiográfico en el que la figura presidencial se inscribe emotivamente en el cuerpo de la Armada Nacional. Los paralelismos se construyen desde una *deíxis* insistente, que recupera la pertenencia a ese cuerpo militar como parte de un pasado personal rotulado en la nominalización «el máximo honor que he recibido en mi vida». La pertenencia capitaliza a su favor la historia personal del Presidente y plantea la proximidad con el grupo militar, desde la cual anestesiarse las críticas y reforzar el vínculo entre el Presidente y las tropas. Los muertos, por su parte, son presentados como «los héroes caídos en el cumplimiento de su deber», es decir, como cuerpos ofrecidos a la causa y, en esa medida, bajo una muerte justificada por el sacrificio y el honor. En otros lugares, es recurrente esa presentación:

Se ha reducido la criminalidad en casi todas sus fases, pero también ha sido a costa de *un alto sacrificio*. En lo que va corrido del año han caído *304 miembros del Ejército* y han sido heridos 802. Son *304 héroes de la patria* que ofrecieron su vida para que el resto de los colombianos **podamos vivir** tranquilos y **podamos vivir** en paz.

Nos duele enormemente ese sacrificio. Mi corazón está con todas las familias de estos **héroes**. **Héroes** que nos **inspiran** y que los deben **inspirar** a ustedes a seguir adelante hasta lograr esa paz total que añoramos todos los colombianos (Santos, 2010, diciembre 10).

La idea de que el *héroe de la patria* ofrece la vida por la comunidad se introdujo en la justificación de la muerte de soldados y policías en medio del conflicto. Nominalizaciones como *304 héroes de la patria*, recategorizan los *304 miembros del Ejército* muertos en la guerra y reconvierten la orientación negativa de la cifra al mostrar que el país cuenta con una enorme cantidad de sujetos dispuestos al sacrificio vital. Las reiteraciones resaltadas, en complemento, recaban sobre la relación entre ciudadanos y militares, en la que los primeros adquieren una deuda moral con los segundos. En las escenas genéricas de los homenajes, esa deuda inducida se traduce en el reconocimiento del deber y el honor que guía la vida misma los combatientes:

Porque cuando se está en la carrera militar, **no se está buscando** dinero, **no se está buscando** ninguna *contraprestación diferente a la de poder decir que cumplió a cabalidad con su responsabilidad*. Y son las condecoraciones una de las formas de poder registrar el agradecimiento institucional y del país con esos héroes de la Patria (Santos, 2011, junio 1).

La ética sacrificial hace que los intereses del héroe estén más allá de los bienes terrenales

y que el cumplimiento responsable del deber sea el horizonte de sentido para la vida del combatiente. Es importante insistir en esa renuncia para deshacer la relación entre carrera militar y enriquecimiento material, que anida en prácticas criminales como la de las ejecuciones extrajudiciales, donde las bonificaciones en dinero a cambio de cadáveres de guerrilleros fueron uno de los factores que motivó la búsqueda de esos muertos y la posibilidad de recrearlos asesinando civiles y vistiendo sus cadáveres con uniformes de insurgentes. Era necesario, pues, recuperar una ética que funcionara como marco de conducta dentro del cual esas y otras prácticas fueran impensables e irrealizables.

Desde esa lógica, en el discurso gubernamental dirigido a las tropas el objeto *héroe* fue construido bajo la idea del apoyo ciudadano, el orgullo de Colombia por sus soldados y el tópico del agradecimiento debido. Estas propiedades llevaban a utilizar directamente el pronombre como vocativo (*ustedes*) para remarcar el sentido de esa grandeza y protagonismo en la sociedad colombiana. Ese reconocimiento social permitiría la justificación del sacrificio vital y la continuidad en la guerra:

Por eso, en este fin de año, **ustedes soldados de la Patria, héroes de la Patria, ustedes** policías, pueden sentirse realmente **orgullosos, orgullosos** porque el país va por buen camino gracias a **ustedes**. ¡Y seguiremos por ese buen camino gracias a **ustedes**! (Santos, 2011, diciembre 23).

la Policía y nuestra Fuerza Pública siempre aparecen entre las instituciones **más apreciadas, más apoyadas, más queridas** por los colombianos. *Ustedes deben sentirse orgullosos* de pertenecer a la Policía Nacional. También tienen *su costo*. Y quiero aquí hacer un homenaje a los *123 policías caídos en el cumplimiento de su deber. Héroes de la patria*. A sus familias decirles **gracias, gracias** por *ese sacrificio máximo* que todos los miembros de la Fuerza Pública están dispuestos a **hacer**, y que unos infortunadamente **hacen** (Santos, 2011, diciembre 7).

Las formas reiteradas de las autorreformulaciones sobre la percepción positiva de la institución (*más apreciadas, más apoyadas, más queridas*) se encadenan con *orgullo, costo y ese sacrificio máximo*; estas construcciones anclan y rotulan anafóricamente la nominalización *123 policías caídos en el cumplimiento de su deber*, a la que se yuxtapone la forma sintagmática *Héroes de patria* en clave designativa. La repetición en *gracias* y en el verbo realizativo modalizado (*hacer- infortunadamente hacen*) es particularmente emotiva y orienta el juicio de valor sobre la Fuerza pública hacia cierta evidencialidad: el homenaje a los militares resulta amplia y naturalmente merecido. Para ellos, ese reconocimiento es también un modo de exhortación a la continuidad que se refuerza con las reiteraciones por

repetición, las autorreformulaciones emotivas y las estructuras sintagmáticas paralelas:

Y a ustedes, nuestros héroes, **sigan** combatiendo, **sigan** con esa contundencia, que **el país** los rodea, **el país** les agradece. Yo sé del sacrificio que **muchos de ustedes**, que **todos ustedes están haciendo**. Pero eso es **por bien** de la Patria, **por bien** de nuestra democracia, y el país lo reconoce, les agradece y los apoya (Santos, 2012, julio 5).

En la construcción del *héroe*, la forma sintagmática compuesta por el posesivo *nuestros* es recurrente en la discursividad gubernamental. Se le adhiere, así, al colectivo amplio que borra las fronteras entre élites gubernamentales y ciudadanía, en razón de que las acciones militares son presentadas también como acciones ciudadanas o en beneficio de los intereses más amplios del colectivo. La base sacrificial, además de sustentar una ética de guerra también justifica unos fines; propósitos estos ligados con la productividad y el desarrollo económico:

La seguridad es la base del desarrollo, y por eso *nosotros* tenemos que continuar con todo el ánimo, luchando por tener cada vez más seguridad. Muchas veces es difícil, muchas veces hay que exigir más sacrificios. *Nuestros héroes, policías y soldados de tierra, mar y aire* hacen todos los días un inmenso esfuerzo (Santos, 2011, junio 24).

Se trata de un *nosotros* abierto, englobante e inclusivo, que en su imprecisión permite involucrar tanto a la ciudadanía como al sector gubernamental y militar. La yuxtaposición que compone la nominalización, sin embargo, deshace la generalización precisando el *Nuestros héroes* como un sintagma que encapsula *policías y soldados de tierra, mar y aire*, es decir, determina los componentes del objeto asociando militares con sacrificio y seguridad con desarrollo; esta relación analógica es recurrente y aparece también con la dupla seguridad-progreso, inscrita en una lógica causal e, inclusive, condicional:

Sin seguridad *no hay* inversión, *no hay* empresa, *no hay* producción, *no hay* turismo, *no hay* futuro. Por eso cada vez que hablo a los militares y policías de Colombia –a esos héroes de la Patria– les doy las gracias, no sólo por la *seguridad*, sino por el *progreso* que hoy vive Colombia en todos los campos (Santos, 2011, diciembre 13).

Los elementos esbozados como propiedades y procedimientos en la construcción del objeto *héroe* funcionan de manera imbricada y dispersa, aunque bajo cierta regularidad a lo largo de los discursos gubernamentales. El fragmento que se cita a continuación ejemplifica bien esa imbricación de aspectos que orientan el anudamiento causal entre *héroes* y desarrollo:

Colombia ha sido escogida como un ejemplo de la forma como nosotros, los *colombianos*, *hemos* logrado superar muchos problemas y *hemos* avanzado en materia de seguridad, que es la base para también avanzar en los indicadores sociales, en el desarrollo económico y social del país. ¡Qué *orgullo* haber sido escogido como uno de esos tres países! Pero eso se debe a la labor de ustedes, *los verdaderos héroes de nuestra Patria*. Con eso se han ganado la admiración de todos sus compatriotas. Por eso *deben sentirse muy orgullosos*, como *deben sentirse muy orgullosos* sus familiares, sus amigos, como *nos sentimos muy orgullosos* todos los colombianos de *nuestros soldados*, *de nuestros policías*. Por eso, cada vez que hacen una encuesta, cuando señalan a quién admira usted como institución, de quién tiene un concepto más favorable, siempre aparecen *nuestras gloriosas Fuerzas Armadas* en primer lugar ¡Qué *orgullo*, qué bueno y qué reconocimiento tan merecido! (Santos, 2010, septiembre 17).

Los discursos presidenciales dirigidos a las tropas fueron numerosos en el primer bienio de la administración Santos y su recurrencia, tono y escenas genéricas dan la pista para pensarlos como productos que emergen de la necesidad de reforzar una relación frágil. El desafío de la construcción de una ética sacrificial que validara tanto la continuidad de la guerra como la orientación de la política económica encontró en el objeto *héroe* un espacio estratégico donde justificar las acciones bélicas desde emociones básicas: orgullo, honor, deber, sentido de pertenencia y reconocimiento social. En esta medida, el discurso presidencial tuvo que responder directamente a las críticas por el supuesto descuido de la seguridad del país y el germen de las divisiones internas en la institucionalidad:

¿Unas Fuerzas desmotivadas habrían penetrado hasta las más espesas selvas de Vista Hermosa para atacar al frente 42 de las FARC y sus cabecillas? ¿Unas Fuerzas desmotivadas habrían dejado fuera de combate a cerca de 60 guerrilleros —entre abatidos y capturados— no más en los últimos 10 días?

Incluso —me perdonan— pero cerca de 40 uniformados perdieron sus vidas recientemente en atentados de la guerrilla, y no podemos ahora decir que esos héroes eran un grupo de desmotivados que estuvieran rehuyendo el combate.

Todo lo contrario: estaban en el frente de batalla, cumpliendo con su deber, protegiendo a la población, y merecen todo nuestro reconocimiento. Hoy no puedo más que exigir —muy respetuosamente— que le demos todo el apoyo a nuestras Fuerzas Armadas. *No permitiremos que su labor se vuelva ahora objeto de un debate o de controversias políticas*. A nuestros soldados y policías, toda la gratitud, todo el honor y toda la gloria (Santos, 2011, noviembre 2).

Las preguntas retóricas, la negación y la refutación directa a la tesis de la desmotivación militar despliegan en el ejemplo los mismos tópicos que he venido mostrando al respecto de

la construcción del objeto *héroe*: sacrificio, deber, honor, gloria, orgullo, agradecimiento y reconocimiento social. En su modalidad polémica aparece algo también interesante: la pretensión de ubicar a las Fuerzas Militares como un sujeto social impermeable a toda crítica o cuestionamiento, con base en sus virtudes demostradas. Esta clausura es sustancial en el discurso santista y proporciona la clave de la ética sacrificial de los héroes como elevación de unas vidas sobre otras (la del héroe por encima de la del villano); de ahí la determinación distributiva de los cuerpos-combatientes que valen más en la guerra y cuyas muertes se reclama desde la indignación exaltada cuando se tiene que pronunciar públicamente a propósito de ataques de la guerrilla:

Muchos *héroes*, muchos *mártires de nuestras Fuerzas Armadas*, han entregado su vida y su sangre por la libertad y la seguridad de Colombia. Tan sólo este año, más de 400 han sido muertos en combate y otros 1.800 han sido heridos. ¡Todos merecen *nuestra gratitud, nuestro homenaje y nuestro reconocimiento!* Y tan sólo el pasado sábado, fueron ASESINADOS a mansalva *cuatro de nuestros héroes*, a quienes ayer despedimos con los honores que merecen. Las FARC no pudieron haber sido más cobardes (Santos, 2011, noviembre 30, mayúsculas originales).

En el extremo de la situación contraria, cuando se comunicaban los ataques de la Fuerza Pública y se reportaba la muerte de guerrilleros, el *asesinato* de los combatientes pasaba a referenciarse bajo vocablos y nominalizaciones eufemísticas, como *logros, avances, golpes, bajas y trabajo valeroso y efectivo*, encadenadas a autorreformulaciones de valoración negativa creciente, yuxtaposiciones paralelas y actos de amenaza y advertencia, como aparece en las alocuciones de Santos a propósito de la muerte de El Mono Jojoy:

Estamos mostrando al mundo con orgullo *el buen momento* que vivimos en Colombia gracias a *los avances logrados en seguridad (...)* Estos *avances* son los *resultados de un trabajo valeroso y efectivo de nuestras Fuerzas Armadas*, que han venido golpeando en forma certera las estructuras de los grupos insurgentes y terroristas (...) Alias el ‘Mono Jojoy’, *el jefe militar de las Farc, el sanguinario cabecilla* responsable de *miles de muertes, de miles de secuestros, de tanta destrucción a pequeñas poblaciones, de tantos actos terroristas, de tanto narcotráfico* acabando con vidas humanas y con nuestros bosques, ha caído en su madriguera bajo el fuego de las Fuerzas del Estado (...) Este es *un triunfo de la Seguridad democrática* (Santos, septiembre 23 de 2010).

Y *que queden notificados* el resto de las Farc, porque cuando hay *un punto de inflexión* la historia nos enseña que *hay que perseverar, perseverar y seguir perseverando*. Y que *vamos a ir con estos héroes de la Patria, con nuestros soldados de tierra, mar y aire y nuestros policías*, detrás de las Farc donde estén. Si están en los ríos, allá iremos; si están

en las colinas, allá iremos; si están en las montañas, allá iremos; si están en los páramos por encima de los 10 mil pies de altura, allá iremos; si están en las selvas más tupidas, como fuimos allá en contra del ‘Mono Jojoy’ allá estaremos (Santos, 2010, septiembre 26).

Hay que notar que esta construcción del *héroe* era subsidiaria y a la vez reforzaba la tesis del *fin del fin*, pues planteaba cada ataque a la guerrilla como una prueba más de su derrota definitiva inminente. El efecto era mítico-narrativo: el desenlace del periplo del héroe¹⁹³ era reconocible por los éxitos que iba acumulando después de todo un camino de pruebas y sacrificios; cada uno de ellos parecía ser el éxito definitivo, el *punto de inflexión*. El imperativo de *perseverar* tenía más sentido si la guerra estaba a punto de ser ganada y la idea de una Fuerza pública suprema, imbatible y heroica reforzaba la verosimilitud de ese relato.

En tal proceso, el objeto de discurso contribuyó a la construcción de lo humano y de la vida valiosa en contraposición a lo inhumano o, inclusive, no humano (*ha caído en su madriguera*), carente en realidad de vida defendible. La cadena de designaciones del guerrillero muerto se desarrolla a partir de la imputación directa sobre una acumulación de crímenes diversos, casi innumerables a través de las amplificaciones numéricas (*miles de*) y cuantificadoras intensivas (*tanto...*). La personificación del terrorismo, en estos casos donde se refería la muerte de los cabecillas guerrilleros, desdibujaba el rostro humano, negaba el carácter de persona y remitía más a una cosificación encarnada del mal que el *héroe* vencía. En ese mismo orden, se trataba de lo que Butler (2006) plantea como una prohibición del duelo¹⁹⁴, es decir, la inscripción del muerto en un régimen de indecibilidad que hace su nombre impronunciable en el campo de la pérdida. Un discurso deshumanizante, al fin y al cabo, porque expulsa al muerto del conjunto de los humanos cuya vida es vulnerable y cuya desaparición puede provocar el llanto (en por lo menos un alguien). La obturación del duelo

¹⁹³ En su propuesta del *monomito*, donde generaliza los pasos comunes en las narrativas sobre los héroes, Campbell (1959[1949]:25) propone que suele haber un punto crucial, en forma de una victoria decisiva en el camino de las pruebas, que permite el regreso heroico y la restauración de la normalidad: «El héroe se lanza a la aventura desde su mundo cotidiano a regiones de maravillas sobrenaturales; el héroe tropieza con fuerzas fabulosas y acaba obteniendo *una victoria decisiva*; el héroe regresa de esta misteriosa aventura con el poder de otorgar favores a sus semejantes»

¹⁹⁴ Butler (2006:63) lo plantea en forma de interrogantes problemáticos: ¿Qué relación existe entre la violencia que les puso fin a estas vidas y la prohibición de su duelo público? ¿Esa violencia junto con la posterior prohibición son inflexiones de una misma violencia? ¿La prohibición del discurso tiene alguna relación con la deshumanización de los muertos - y de los vivos-? (...) ¿Cuál es la relación entre la violencia por la que estas vidas que no valen la pena se han perdido y la prohibición de su duelo público? ¿La prohibición del duelo es la continuación de la violencia? ¿Y la prohibición del duelo exige un control más riguroso de la reproducción de imágenes y palabras? » Una de las conclusiones a las que arriba es que «[l]a desrealización de la pérdida -la insensibilidad frente al sufrimiento humano y a la muerte- se convierte en el mecanismo por medio del cual la deshumanización se lleva a cabo» (Butler, 2006:184).

público precariza políticamente la vida al limitar la representación en el marco de lo que puede ser dicho (*sanguinario* cabecilla) y lo que no (*colombiano, campesino, etc.*) con respecto a aquel que ha muerto .

Este desprendimiento de la humanidad en favor del símbolo -del terror- le daba licencia al *héroe* para matar y sublimaba, al mismo tiempo, su muerte y sus batallas. Una forma privilegiada de esa sublimación ancló recurrentemente en la memoria independentista, lavada del componente revolucionario en el que enfatizaba el discurso guerrillero, y orientada en cambio hacia el establecimiento de la institucionalidad republicana. Como en la construcción del objeto *unidad*, el *héroe* fácilmente actualizaba a los próceres decimonónicos y los reencarnaba en los combatientes oficiales de las Fuerzas Armadas del presente. En algunos tramos, el vínculo con esa oficialidad llevó a extender lo heroico hasta la misma ciudadanía. Un discurso representativo sobre esta cuestión es el pronunciado el 7 de agosto de 2012, al cumplirse el primer bienio presidencial y conmemorarse, al mismo tiempo, el aniversario del Ejército y de la independencia nacional:

Los héroes de esa dura batalla —liderados por esa dupla magnífica que constituían Bolívar y Santander— tienen un sitio de honor en los corazones de *todos* los colombianos (...) *Todos* los colombianos somos **descendientes de esos héroes inmortales**. *Todos* somos beneficiarios de su sacrificio y su valor. *Todos* disfrutamos de la libertad que ellos conquistaron a tan alto precio.

El Ejército Nacional, nuestro glorioso Ejército —que hoy celebra su día—, y *todos* los 46 millones de colombianos somos **herederos de los titanes de Boyacá** (Santos, 2012, agosto 7).

Ese momento es coyuntural en el conflicto y este discurso responde a sus exigencias: el aniversario militar y la conmemoración patriótica conectan pasado y presente con el objeto *héroe*, en el momento en que la tesis del descuido de la seguridad pública se había generalizado y había minado la popularidad del Presidente, como ya se reportaba en el ámbito nacional e internacional (CNN, 2012, agosto 3). La analogía de los héroes emancipadores con el conjunto de ciudadanía y militares, en ese insistente *todos* de la cita, propuso una descendencia gloriosa y compromisoria, además de una transmutación de esa *dura batalla* de los próceres en las *duras batallas* del presente por la defensa de las instituciones. El compromiso nacional, así, quedaba representado en la imagen de la grandeza colectiva, que debería enfrentar batallas ahora de múltiples rostros:

Los colombianos de hoy —con el mismo talante de los próceres de ayer— *estamos librando y estamos ganando la batalla* por la seguridad, **la batalla** por el empleo, **la batalla** contra la pobreza (...) **Porque somos** los mismos. **Porque somos** los hijos de los héroes de Boyacá (Santos, 2012, agosto 7).

El sentido de *ir ganando la batalla*, en esos múltiples frentes que el discurso recrea y que desprende de lo exclusivamente militar, resulta clave para entender que ese era el momento de plegar la Fuerza Pública a la ciudadanía en favor de un solo colectivo *heroico*, dispuesto al sacrificio, que no rechazara el desafío que estaba por venir: un mes después, se anunciaría el inicio del proceso de paz con las FARC-EP, que ya venía adelantándose en secreto, desde marzo de 2012:

Hace unos cuantos años las guerrillas tenían poder de intimidación en gran parte del territorio nacional, y los colombianos nos sentíamos presos en nuestras propias ciudades por temor a transitar nuestro territorio.

Hoy las guerrillas siguen siendo una amenaza que estamos confrontando, pero están cada vez más arrinconadas por la acción contundente de nuestras tropas, y regresaron a sus refugios históricos, donde también los estamos buscando.

De hecho, en el primer semestre del año, el 70 por ciento de sus *actos terroristas* —*actos cobardes de desesperación*— ocurrieron en apenas 37 municipios de los más de 1.100 que tiene el país, donde habita menos del 5 por ciento de la población nacional (Santos, 2012, agosto 7).

El diagnóstico elaborado utiliza el contraste entre un pasado reciente y un presente inclinado hacia la victoria militar sobre las guerrillas. En el segundo párrafo, especialmente, diferentes modos de mitigación se ponen en escena al referir las acciones violentas insurgentes y su reacomodamiento estratégico militar; todas ellas, y su apuntalamiento en un juego de cifras que sostiene el tercer párrafo, apuntan a la idea de que la guerrilla está en su momento más vulnerable, lo cual será el argumento más favorable para justificar la negociación del conflicto en términos de rendición militar. La autorreformulación resaltada (*actos terroristas -actos cobardes de desesperación-*) condensa esa idea: la nominalización anafórica recategoriza los *actos terroristas* en una construcción que pretende ser la prueba del acorralamiento y el triunfo inminente de la Fuerza Pública.

Paralelamente, a lo largo de la discursividad gubernamental en el periodo analizado, la figura del héroe también fue atribuida a sectores sociales no militares, en clave de esa popularización de lo heroico que mencionaba antes y que permitía ampliar el objeto discursivo, pero mantenerlo encuadrado en la valoración positiva de la Fuerza Pública. Citaré

tres fragmentos de comunicaciones gubernamentales que aparecieron en 2010, 2011 y 2012, donde los *héroes* son el gabinete de gobierno, un deportista destacado y un equipo de trabajo de un programa social de medición de la pobreza, respectivamente:

[P]ara gobernar se necesita *un equipo, un equipo de Gobierno, Gabinete, las miles de personas que están en el Gobierno*. El Congreso que nos ha colaborado como nunca y tantos colombianos que nos están apoyando. Esos son los *verdaderos héroes* que deberían estar aquí presentes y se merecen este homenaje (Santos, 2010, noviembre 30).

Colombianos como usted, Edwin [Ávila, campeón mundial de ciclismo de pista], que *para todos los muchachos, para todos los niños de Colombia usted ya es un héroe, un héroe, realmente un héroe nacional*. (...) Para que la gente se entusiasme con el deporte *necesita héroes, necesita ídolos, necesita ejemplos*, y usted Edwin ya es uno de esos grandes ejemplos (Santos, 2011, junio 16).

Ustedes son —así como yo les digo a *nuestros policías, a nuestros soldados*—, ustedes son *héroes de la Patria*, que nos defienden, y que aseguran nuestra tranquilidad en todos los rincones de la *Patria*. *Esos batallones, esos contingentes de soldados y de policías* que tanto hacen por la *Patria*, aquí hemos creado *otros contingentes, otros batallones* pero de *batallones sociales*. Por ejemplo, el batallón de Cogestores es un batallón que merece todo el aplauso de toda Colombia (Santos, 2012, junio 8).

Las formas elogiosas que marcan el tono de los fragmentos orientan positivamente la percepción del objeto discursivo que incluye tanto a políticos como a civiles bajo el mismo atributo de heroicidad. En los tres casos -y más explícitamente en el tercero-, las reformulaciones intradiscursivas, las reiteraciones yuxtapuestas, los paralelismos sintácticos y las nominalizaciones recategorizadoras contribuyen a la activación del marco militar a partir de la analogía con los *héroes*, bien sea desde el reconocimiento merecido, la instauración del modelo de conducta o la ilación de la metáfora bélica (batallones, contingentes, soldados y policías). Una popularización tal de lo heroico en el discurso gubernamental mantiene activada la figura de la Fuerza Pública en el imaginario cultural del bien común. Si todos somos héroes -la ciudadanía misma también, como vimos-, no hay fronteras políticas entre el soldado y el ciudadano (citadino, campesino, indígena, etc.); son sujetos sociales que forman una solo colectivo, pero sobre todo, que se distinguen de aquellos no-héroes, los villanos, es decir, los guerrilleros.

Desde el punto de vista de la guerrilla, sin embargo, esa villanía corresponde al gobierno y los verdaderos *héroes* serían los combatientes de la insurgencia. La construcción del objeto en su discursividad hará hincapié en la superioridad de su moral, motivo que aparece

tempranamente desde los mismos documentos programáticos de la guerrilla: estatutos (establecidos en 1978 y ratificados por última vez en 2007), manifiesto y cursos ideológicos clandestinos:

Todas las normas contempladas en los documentos fundamentales de nuestra organización se guían por *los principios, la ética y la moral revolucionaria* y obligan a todos los integrantes, sin distinción ni excepciones (FARC-EP, 2007, estatutos).

Un nuevo orden edificado sobre la democracia y la soberanía del pueblo, que agregue a las ramas del poder público los *poderes moral y electoral* (...) El pueblo se erige en soberano y como tal elige directamente al Presidente, a los miembros del legislativo unicameral, a los titulares del *poder moral* (Procuraduría, Defensoría y Contraloría) y al titular del poder electoral. Se instituirán *los poderes moral y electoral* (FARC-EP, 2007, manifiesto).

la lucha ideológica se da en el establecimiento de *una nueva moral, revolucionaria* esta, despojada de egoísmos, que hace de nosotros personas abnegadas, sinceras, honestas, leales, solidarias, firmes en la convicción de construir una sociedad sin clases, donde exista la propiedad colectiva sobre los medios de producción, donde se de a cada quien según sus necesidades y cada quien según su capacidad. Todos los anteriores son elementos de *la lucha ideológica* que compartimos los comunistas agrupados en el PARTIDO. Este es *el nivel más elevado de la lucha*, y contiene *otra concepción del mundo* (FARC-EP, 2005, curso ideológico).

Para el *héroe* guerrillero, la moral es un requisito constitutivo de la lucha, que le plantea tanto obligatoriedad como homogeneidad con el resto de combatientes. Esa moral, que colectiviza las conductas y diluye al individuo en el colectivo, es *revolucionaria* y es *nueva*, es decir, se presenta como una reacción en la dinámica de poder, contra el mundo establecido que la insurgencia quiere alterar. Las normas internas orbitan alrededor de esa moral constitutiva del héroe y basan en ella su grandeza; la formación de un ser más humano, con firmes valores comunitarios (el *hombre nuevo* guevarista)¹⁹⁵ y presentada desde la vulgata socialista (*a cada quien según sus necesidades y cada quien según su capacidad*), justifica la

¹⁹⁵ En 1965, Guevara hace referencia al *Hombre nuevo* como el proyecto de humanidad que la revolución cubana había asumido y que adelantaba en camino hacia el siglo XXI. En esa nueva humanidad, el signo del héroe es su conciencia de la solidaridad y de su pertenencia al colectivo: «En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo (...) Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones (...), los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma (...) Sabemos que hay **sacrificios** delante nuestro y que debemos pagar un precio por el **hecho heroico de constituir una vanguardia como nación** (...) Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de **sacrificio**, conscientes de recibir el **premio** en la satisfacción del **deber cumplido**, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte» (Guevara, 2004[1965]:413-425). Destaco en los resaltados la vinculación del héroe con el *Hombre nuevo*: los revolucionarios de la vanguardia son héroes precisamente por abrir el camino de la formación de esa nueva humanidad.

lucha armada como lucha ideológica. Así se le presenta en el último resaltado, donde se coordinan los rótulos anafóricos *el nivel más elevado de la lucha y otra concepción del mundo*, para recategorizar el referente *la lucha ideológica*, activado como tema en la escena didáctica.

En el caso del *Manifiesto*, su naturaleza más programática le permite introducir la moral del héroe en clave legislativa: la guerrilla propone añadir a la estructura de las ramas del poder público lo que denominan «poder moral y electoral», traduciendo y actualizando la propuesta de Bolívar en el Congreso de Angostura¹⁹⁶. El objetivo de institucionalizar una moral, sin embargo, reformula interdiscursivamente el socialismo reconstruido al reforzar la figura del Estado y la conservación de su estructura, a la que se busca más que deshacer, complementar. Pero esa pretensión de institucionalización evidencia, sobre todo, la aspiración a imponer un código moral que ellos presentan en funcionamiento dentro de su grupo, esto es, como una moralidad que es habitual en el día a día de la vida en la guerrilla y que puede, por tanto, llevarse al conjunto de la sociedad¹⁹⁷. En ese sentido, la superioridad moral hace de la tropa un ejemplo de conducta para la población civil y lleva al límite la contradicción entre esa conducta y la de sus enemigos; es pues, una forma de justificación en el que se insiste recurrentemente para autorizarse y censurar la amoralidad del contrario¹⁹⁸:

Estos últimos años de dura confrontación han permitido conocer mejor al enemigo que a pesar de sus inmensos recursos, tiene grandes vulnerabilidades y una de ellas es su evidente *inferioridad moral* (FARC-EP, 2011, enero 19).

[E]l gobierno de Colombia dispone de un pie de fuerza cercano a 500 mil hombres, tecnología militar de punta..., pero no gana la guerra. Tal vez hace falta colocar en la

¹⁹⁶ Propuesta que no fue admitida por el Congreso y no se incorporó al cuerpo del texto constitucional: «Moral y luces son los polos de una república; moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana» (Bolívar, 2007[1819]:91-92).

¹⁹⁷ A propósito de la guerrilla del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), en Argentina, Carnovale recupera una idea de Hobsbawm para señalar que «[l]os revolucionarios no solamente imponen un patrón de moralidad más alto que el de cualquiera salvo santos, sino que en momentos tales, lo llevan de hecho a la práctica (...). En momentos tales es la suya una versión en miniatura de la sociedad ideal (...), en la que todos se sacrifican por el bien común (...). Si esto es posible en el seno de su movimiento, ¿por qué no ha de serlo en todas partes? (Hobsbawm, en Carnovale, 2011:265).

¹⁹⁸ En el caso del ERP también se anudan autoridad y superioridad moral: «[e]l trato otorgado a los prisioneros constituía la oportunidad por excelencia de hacer manifiesta aquella superioridad, puesto que permitía el señalamiento y la denuncia del envilecimiento de la conducta enemiga en situación inversa. En la manifestación pública de esa autoridad, el PRT-ERP creía reforzar su lugar de autoridad moral» (Carnovale, 2011:167-168).

balanza *la integridad moral del combatiente fariano* (FARC-EP, 2011, febrero 18).

No fue un acto de valentía del Sr. Santos, como pretenden sus cortesanos. El oprobio cae sobre él, las altas cortes, el parlamento, la clase política y su Unidad Antinacional (...) Demuestra el grado de *bajeza, relajamiento moral y ético* de quienes ejercen el poder en Colombia (FARC-EP, 2012, julio 10).

En el mundo de esa moral superior, el discurso guerrillero presenta la inercia de la guerra como prueba fáctica de que la amoralidad (*la inferioridad moral, la bajeza, el relajamiento ético...*) no puede vencer. Esta ventaja construida se capitaliza en favor de la lucha insurgente y la eleva por encima de la guerra misma; se plantea, así, una confrontación maniquea entre dos moralidades que traduce la lucha por la validación de una sola violencia: la revolucionaria. Desde su visión, se trata de un uso moral de las armas, que no tiene comparación con la violencia estatal en la medida en que es una confrontación asimétrica. La asimetría plantea una relación proporcional: a mayor superioridad militar de Estado, mayor superioridad moral de la guerrilla; y la inferioridad militar de la insurgencia se contrarresta con la inferioridad moral del Estado; la combinación entre estas relaciones enfatiza en negar la legitimidad del monopolio de las armas y en asociarlo con la dominación hegemónica de clase. El hecho de que el régimen democrático vele o niegue el estatuto de la violencia que ejerce (Ansaldi, 2014)¹⁹⁹ -sobre la base de la legitimidad estatal clásica-, impulsa la reprobación y la acusación en contra del Gobierno como agente más violento que la insurgencia y, en ese sentido, moralmente inferior.

A partir del efecto de esa superioridad moral sobre la justificación de la violencia armada, la construcción del objeto *héroe* en el discurso guerrillero incluye el tópico del sacrificio ejemplar dentro de sus componentes. El sacrificio encuentra en la muerte de los combatientes el espacio más apropiado para erigir como modelo al insurgente caído; en el reporte del

¹⁹⁹ Excepto en las dictaduras, según Ansaldi (2014:73), el ejercicio de la violencia estatal es una práctica enmascarada, aun cuando violen -con diferentes grados- los derechos humanos y carguen una mayor responsabilidad social y jurídica al usarla. En el mismo sentido, Ansaldi y Alberto (2014:44-45) observan que «cuando las clases populares han recurrido a la violencia armada, las clases dominantes respondieron con una violencia aun mayor (...) El orden establecido no estaba exento de violencia, todo lo contrario». La misma idea aparece en Merleau-Ponty (1968:45): «el comunismo no inventa la violencia, la encuentra establecida». De ahí que, desde estas perspectivas, la discusión sobre el uso de la violencia no estribe en su anulación, sino en el juicio crítico-social sobre su performatividad: «la cuestión por el momento no es saber si se acepta o se rechaza la violencia, sino si la violencia con la cual se pacta es 'progresista' y tiende a suprimirse o si tiende a perpetuarse (...) El marxismo se abre sobre un horizonte futuro donde el 'hombre es para el hombre el ser supremo'. Si Marx no toma esta intuición del hombre por regla inmediata en política, es porque al enseñar la no-violencia se consolida la violencia establecida, es decir, un sistema de producción torna inevitables la miseria y la guerra. Sin embargo, si se entra en el juego de la violencia, existe la posibilidad de quedarse en ella para siempre. La tarea esencial del marxismo será pues buscar una violencia que se supere en el sentido del porvenir humano» (Merleau-Ponty, 1968:45 y 12). Por supuesto, esa performatividad siempre es inconmensurable e impredecible, y es difícil que desborde el marco de la utopía particular por la cual se lucha.

asesinato de Alfonso Cano, el máximo jefe de la guerrilla, la insistencia en esa ejemplarización del héroe muerto, desde el tono epidíctico marcado, mitiga la posible sensación de derrota que amenazaría a la tropa al perder a su líder:

Los guerrilleros de las FARC nos sentimos orgullosos de que el comandante haya caído peleando en el campo de combate y **muerto** como **mueren los verdaderos jefes militares, los héroes del pueblo, los valientes**. Mostrando *con su grito de guerra y con el plomo, con su ejemplo*, que así **mueren** los hombres y las mujeres cabales, consecuentes con lo que piensan, y que juraron por la justicia y la dignidad del pueblo, pelear hasta **las últimas consecuencias**. Éste es el ejemplo que llevarán galvanizado siempre en la conciencia los guerrilleros de las FARC que han jurado vencer, y vencerán (FARC-EP, 2011, noviembre).

En las cadenas designacionales remarcadas, el objeto *héroe* avanza hacia el estatuto de modelo popular, a través de las nominalizaciones yuxtapuestas; el énfasis en la muerte y su recategorización final (*las últimas consecuencias*) mistifica la pérdida del líder guerrillero como el deber cumplido y la prueba de su grandeza. El alcance de la gloria le da sentido al sacrificio y el duelo prácticamente es negado, en función de la continuación modelizada del proyecto moral revolucionario y el homenaje desplegado en torno a los muertos:

en las filas insurgentes [Martín Caballero] dejó *una estela de decoro* que hoy alimenta *la moral indoblegable de los guerrilleros* del Bloque insurgente que ahora lleva su nombre en memoria y homenaje a su condición de héroe popular (FARC-EP, 2010, mayo).

Gloria a los héroes caídos en la resistencia al opresor, es el grito del comandante Jorge resonando en lo más profundo de la conciencia guerrillera. Gloria a Raúl Reyes, gloria a Iván Ríos, gloria a los caídos en Sucumbíos, gloria a todos los combatientes que han entregado su vida por la causa de la libertad, HASTA SIEMPRE (FARC-EP, 2010, octubre 8, mayúscula original).

Moral, muerte y mandato revolucionario se conjugan en la discursividad guerrillera para componer el objeto *héroe del pueblo*. Algunas miradas sociológicas sobre las guerrillas latinoamericanas y, en particular, sobre la insurgencia argentina de Montoneros (Vezetti, 2009) y del ERP (Carnovale, 2011), ya habían reparado en ese *culto a la muerte* que anida en la configuración de una ética sacrificial revolucionaria. La gloria del militante es su muerte en combate y su triunfo es el hecho de convertirse en modelo para los camaradas; la pérdida es reconvertida discursivamente en exhortación a la continuidad de la lucha desde la autoridad moral que otorga la encarnación de las virtudes hasta las últimas consecuencias: dar la vida, así, hace parte de la modelación de la identidad del grupo y del disciplinamiento de

las tropas (Carnovale, 2011:200-201).

Vezetti (2009:142) observa que, ante la disyuntiva revolucionaria de *vencer o morir*, cuando la victoria se avizora cada vez más lejana, lo que queda es asumir la muerte como la prueba de la fidelidad a la causa. En un sentido aún más extremo, cuando la guerra se inclina militarmente a favor del enemigo, la muerte se convierte en una forma de victoria honorable, un sacrificio digno en contraste con la derrota -indigna- de la entrega las armas. Un sacrificio, además, que abona al alcance final del objetivo prometido, de manera que cada muerte se convierte en nada más que una cuota -perversa- de la victoria final. Tal es el cariz que toma la ética revolucionaria como celebración de la muerte²⁰⁰, que no remite ya a una discusión abstracta sobre la violencia y la política, sino a la instrumentalización de la muerte funcionando en el centro de una ética sacrificial vinculante.

De ahí que el muerto se convierta en emblema para su grupo y el sacrificio en mandato del héroe popular. Es esta la forma de purificar la sangre derramada de los caídos y operar un cierre en la posibilidad de la disidencia; igual que la figura del mártir²⁰¹, la del héroe revolucionario debe aceptar la entrega de su vida por el bien de la humanidad, además de despreciar la cobardía de la desobediencia: la sensibilidad, así, queda insertada como deber colectivo -fidelidad a la causa y élite moral- en la estructura rígida de la identidad revolucionaria (Vezetti, 2009:103-110).

²⁰⁰ En esos términos, la celebración reformula la visión heredada del modelo socialista: «Esa celebración de la muerte en la religión revolucionaria, la exaltación de la sangre y la pasión por el combate, no encontraban sus raíces en la tradición de la izquierda marxista. (...) Un trabajo innovador y bien documentado sobre las guerrillas latinoamericanas encuentra un núcleo duro de esa configuración política y moral en la muerte, convertida en la 'coordinada cultural que signa los procesos de constucción político-militares' (Gentile). Alguna vez habrá que hacer una historia de las representaciones de la violencia y la guerra en el universo de las izquierdas. En esta tradición, la figura del guerrero y la exaltación del coraje no forman parte del repertorio de motivos destacados, al menos en la primera mitad del siglo XX. No se aplica a Lenin o a Trotsky; y aun en el caso de Mao, que condujo una guerra, la narrativa revolucionaria ponía en primer lugar la inteligencia estratégica, el liderazgo y la relación con las masas y no el coraje personal. La figura del guerrillero como un *condottiere* de nuevo tipo se afirma, si no nace, en la experiencia latinoamericana, con la figura del nuevo modelo de líder revolucionario» (Vezetti, 2009:141-142).

²⁰¹ En el análisis de la ética sacrificial del PRT, Carnovale (2011:202-16) vincula también al héroe con el mártir, especialmente en términos de la concepción del cuerpo del militante y su desubjetivación: «Conviene destacar aquí otro rasgo -de origen cristiano- de héroe perretista: el martirio. Cuando de un guerrillero muerto se trata, las figuras del héroe y del mártir se entrelazan, se funden confunden en el imaginario colectivo de la organización (...) Con la sangre en el combate o el silencio en la tortura, el cuerpo del militante fue, en definitiva, un cuerpo destinado a la revolución. Un cuerpo cuya unidad ontológica ya no era el propio sujeto sino la Historia. Un cuerpo desubjetivado, y los propios militantes se entrenaron, de alguna manera, en esa desubjetivación». No es una vinculación extraña en la bibliografía crítica sobre la revolución, como lo observa Vezetti (2009:201-202), quien opone esa religiosidad de la política a una política razonada: «En la disposición a matar o morir hay algo que trasciende la dimensión militar de la empresa guerrillera, un fondo religioso de la política, una escatología (...) Hay un componente teológico que ha sido señalado en las tradiciones políticas modernas, en estudios ya clásicos, aunque no necesariamente ha desembocado en la exaltación de la guerra y la muerte. Para que esto suceda es preciso que se implante un complejo de valores y actitudes en torno a la figura de guerrero, el culto de la acción por la acción, la prepotencia del coraje, la fascinación por las armas, los mitos de la guerra que aplastan la lógica política» (Vezetti, 2009:201-202).

La encarnación del *héroe* en el mártir remite frecuentemente a la lectura -y experiencia en carne propia- que los líderes revolucionarios latinoamericanos hicieron del ideal socialista. Por ejemplo, los discursos guerrilleros en torno a la muerte del Mono Jojoy lo vincularon directamente con la figura de Guevara:

[El Mono Jojoy] era *un duro*, sí, pero aprisionado por *una gran ternura. Recio con el enemigo, afectuoso con su pueblo*. No faltaba en su mochila de campaña el Diario del Che. Bebía con avidez el pensamiento de Guevara, y del guerrillero heroico había aprendido a endurecer, sin perder la ternura jamás. Era *un guerrero enamorado del fulgurante amor de los héroes por la libertad y la justicia* (FARC-EP, 2010, octubre 8).

En contraste con la construcción del Mono Jojoy bajo las formas presentadas en el discurso gubernamental, la figura aquí es la del *héroe* que ofrece su vida por el pueblo. La oposición en las nominalizaciones que abren la cita hacen una concesión al discurso gubernamental, en el sentido de afirmar la combatividad del guerrillero caído, pero a la vez le endilgan *ternura* y *afecto* popular, desde donde queda vinculada interdiscursivamente la figura de Guevara²⁰². El heroísmo, en su calidad de régimen de conducta moral revolucionaria, exige la entrega de la vida y alimenta el tópico de la *muerte bella* (Vezetti, 2009:139), esto es, el paso de la ética a la estética del sacrificio vital, que enaltece la violencia misma siempre que sea ejecutada como medio de los fines más nobles²⁰³. Ahora bien, cuando el discurso vincula el objeto *héroe* con el de la víctima, la *muerte bella* se convierte en el sacrificio injusto, esto es, en la victimización de quienes son acusados de victimarios:

Toda la maquinaria militar, económica, ideológica y política es puesta en juego por estos

²⁰² En la Tricontinental de 1967, Guevara (2004:433) planteaba «[e]l odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal». Según Carnovale (2011:189), en los textos de Guevara, el encadenamiento de sentidos que vinculan conciencia y moral con vanguardia y sacrificio, permitiría, en el imaginario revolucionario [del ERP] encontrar en el guerrillero heroico la encarnación anticipada del hombre nuevo».

²⁰³ En ese sentido lo entiende Sorel (1978[1908]:95, ressaltados añadidos): «La violencia proletaria, ejercida como pura y simple manifestación del sentimiento de la lucha de clases aparece así con carácter de algo **bello y heroico**. Está al servicio de los intereses primordiales de la civilización, y aún cuando no opta, quizá, por el método más adecuado al logro de provechos materiales, inmediatos, puede salvar la barbarie al mundo». La idea es retomada por Ansaldi (2014:67) en un párrafo que comunica en su forma también ese vuelo estético: «Si no hay como la muerte para embellecer a las personas, según el decir de Jorge Luis Borges, no hay como la guerra para legitimar el empleo de la violencia, para ‘embellecerla’, justificarla, a menudo sin demasiados argumentos, para, incluso, tornarla respetable y, por extensión, enaltecer a los combatientes (a los propios, en primer lugar, honrar a los caídos)».

últimos en aras de su victoria. Ella incluye *la propaganda negra, los infundios y provocaciones más groseras*. Nosotros más que nadie somos víctimas de todo eso junto (FARC-EP, 2012, julio 25).

Es política del Estado colombiano recurrir al crimen contra inocentes, ya sea valiéndose de asesinos a sueldo vinculados a bandas paramilitares o a través de sus mismos miembros uniformados *como ha pasado con los mal llamados falsos positivos*. Dejando en evidencia que para *ser víctima*, real o potencial del Estado, basta con *ser pobre* (FARC-EP, 2011, agosto 2).

Pero el discurso no reclama igualdad en la asimetría de la guerra, sino que remarca esta última para enaltecer la supervivencia del grupo victimizado. El efecto amplificatorio, desde la acumulación adjetival en las nominalizaciones de la primera cita, autoriza la autoatribución explícita de ser *víctimas* del Estado colombiano. Cuando se recaba en esta idea, el recurso a la ejemplificación (*como ha pasado con los mal llamados falsos positivos*) es funcional a la descripción de ese Estado como victimario. En esa cita, el repliegue de la guerrilla con los *pobres* intensifica el efecto y neutraliza la representación terrorista del insurgente. En la visión más amplia del corpus, esos tramos de victimización se combinan con los de heroización del guerrillero, alcanzando una fuerte emotividad en la construcción del objeto discursivo héroe. En la siguiente cita, aparecen yuxtapuestos esos dos tipos de secuencias discursivas:

En los últimos 9 años, y como consecuencia de la mayor injerencia militar de Washington en los asuntos internos de Colombia, la guerra se ha intensificado. Hemos sufrido golpes. *Las muertes de Raúl, de Jorge, de Iván Ríos y de muchos camaradas*, nos duelen y nos generan ese dolor revolucionario que desata, incontenible, mayor compromiso con nuestros ideales de socialismo. *Ya las hemos asimilado*. Con el legado y ejemplo de *nuestros héroes y mártires*, las **nuevas promociones** toman su lugar y trinchera, **nuevas promociones de revolucionarios** dispuestos, como los más antiguos, a darlo todo, hasta la vida, por los objetivos de la Nueva Colombia (FARC-EP, 2011, junio 16).

La bisagra (subrayada) entre el tramo de victimización y el de heroización logra reorientar la representación de la desventaja militar por los guerrilleros perdidos, hacia la exhortación basada en el ‘tomar las banderas’ de *nuestros héroes y mártires*, como anáfora recategorizadora de la nominalización enumerativa precedente (*Las muertes de Raúl, de Jorge, de Iván Ríos y de muchos camaradas*). En la reiteración introducida como autorreformulación, las *nuevas promociones de revolucionarios* apuntan hacia el futuro impulsados por el sacrificio de la muerte, en vez de intimidados por ella. La actitud del héroe

-o de los héroes múltiples- así lo exige.

Para Aguilera (2003), los *héroes* han estado presentes en toda la historia de la guerrilla fariana, pero a partir de la década del 70 ella buscó a los propios héroes nacionales, acudiendo a los próceres de la independencia. Ese interdiscurso histórico va a ser fundamental para la nacionalización de la heroicidad en el discurso guerrillero, cuya función -según el mismo autor- tiene que ver con mantener la cohesión e identidad en sus filas. Ese esfuerzo habría logrado evitar fragmentaciones internas como consecuencia de la criminalidad (narcotráfico, extorsión, etc.) y ha logrado trascender una cohesión de grupo que se basara solo en la disciplina militar.

Aguilera (2003) propone cinco grupos de héroes guerrilleros construidos: (1) Profetas revolucionarios (Marx, Lenin, Mao, HoChiMin, Guevara); (2) Padres fundadores (marquetalianos); (3) Héroes patrióticos (Independentistas); (4) Hermanos revolucionarios (caídos en combate); y (5) Héroes regionales (marginados de la historia oficial).

El heroísmo, en todos los casos, siempre es glorioso, pero trágico. La muerte llena de sentido la vida en la ética sacrificial del combatiente; los fines son tan altos y nobles que el individuo está supeditado a ellos y, frecuentemente, condenado a no alcanzarlos. Es ahí cuando la herencia, el legado, reemplaza y alivia la pérdida de la vida; función dignificante de la muerte, en la cual ese conjunto de héroes queda reivindicado. Ahora bien, se trata de una herencia independentista que introduce otro tipo de *héroe* a la lista reseñada: el pueblo como *héroe*:

Esta vez el nuevo grito de independencia debe ser *el grito de todos, el grito de los excluidos reforzado con la movilización resuelta, con la lucha multiforme, con las armas de la unidad, de la inteligencia y de la fuerza. Es la hora de los pueblos. Ellos fueron los que combatieron y combaten, los que aportaron y aportarán miles de héroes estelares o anónimos. Fue el pueblo la fuerza viva del ejército bolivariano que derrotó el régimen colonial en la América del sur, y será protagonista del triunfo inevitable de la revolución política y social (...)* La movilización de pueblos **ha comenzado**. Ya **estamos** en batalla. Con la espada del Gran Héroe **triunfará la independencia definitiva, la Patria Grande y el Socialismo** (FARC-EP, 2010, julio 15).

La construcción nominal del pueblo como *héroe* se refuerza con el encadenamiento de tiempos verbales (resaltados) que saltan entre formas del pasado, el presente y el futuro para hacer de la independencia una lucha atemporal, con perspectivas de culminación inminente. Además, *el nuevo grito de independencia* se ve recategorizado en una serie de nominalizaciones que van adhiriendo a la figura del pueblo las de *la movilización, la lucha,*

las armas, la fuerza, el triunfo, Patria Grande y el Socialismo; la sinécdoque final de la *espada del Gran Héroe*, permite resituar a Bolívar en el combate del presente, como modelo del pueblo heroico. La memoria latinoamericanista hace flexible la extensión del conflicto, a raíz de la historia misma de los enfrentamientos bélicos en las sociedades latinoamericanas, caracterizados por sus concatenaciones en la larga lucha por la conquista del poder político, con fuertes efectos en la construcción de las identidades patrióticas, los imaginarios sociales y los héroes nacionales (Ansaldi, 2014:71-72).

En este contexto, independencia y violencia quedaron imbricadas históricamente y representadas en las figuras míticas de los próceres revolucionarios. No obstante, como apuntan Ansaldi y Alberto (2014:42-43), a diferencia de lo sucedido en las revoluciones burguesas, las locales no generaron regímenes democráticos que permitieran deshacer el nudo entre independencia y violencia revolucionaria²⁰⁴. En esta realización particular de las revoluciones regionales se origina el efecto serial de lo inconcluso y lo pendiente, que los discursos latinoamericanistas, en general, suelen activar (Arnoux, 2004, 2008a, 2008b), y el discurso guerrillero, en particular, utiliza como factor de justificación de las armas y de la insurgencia diluida en el pueblo:

[E]l sufrido pueblo colombiano que, valga decirlo, tiene a muchos de sus luchadores en presidio infame, tal como ocurre, por ejemplo, con esos otros dos héroes antiterroristas – para algunos innombrables-, que son Sonia y Simón Trinidad, presos de manera infamante en las cárceles yanquis (FARC-EP, 2010, agosto 20).

La resistencia popular y la heroica lucha armada guerrillera son las más dignas y altas expresiones de la rebeldía y la dignidad de un pueblo que se ha negado a aceptar dócilmente el destino impuesto por los poderes dominantes (FARC-EP, 2011, diciembre 27).

Sabemos cómo es la guerra, como parte de un pueblo ultrajado la hemos padecido, la hemos sufrido, la hemos vivido... pero la hemos asumido pensando en la vida a pesar de la muerte (FARC-EP, 2011, diciembre).

En los tres casos citados, la dilución de la guerrilla en el conjunto del pueblo construye la

²⁰⁴ Ansaldi y Alberto (2014:42-43) hacen avanzar esta observación hacia una hipótesis explicativa que traduce con mucha cercanía la perspectiva de las FARC-EP (excepto por el subrayado introducido): «En América Latina, ¿por qué la violencia revolucionaria no generó ni unas ni otras, aunque tampoco, téngase en cuenta, regímenes fascistas? La clave de la respuesta está en la estructura de clases de las sociedades latinoamericanas en el momento de ruptura del nexo colonial y en su posterior desarrollo, particularmente durante el siglo XIX (...). La diferencia fundamental en la utilización de la violencia para terminar con la opresión en los casos analizados por Moore y en los latinoamericanos radica en, por lo menos, dos datos fundamentales: 1) en la estructura de clases es notoria la ausencia -o, en el mejor de los casos, la debilidad- de una burguesía efectivamente tal; 2) el *locus* de gestación no fue nacional, sino colonial» (Ansaldi y Alberto, 2014:42-43).

idea de unos *héroes* populares, que comparten los padecimientos a los que son sometidos por parte de las élites en el poder. Las formas de referenciación a través de las cuales se va configurando el objeto están orientadas en ese sentido de la ambigüedad o el borramiento de la frontera entre guerrilla y población civil.

En la primera cita, *Sonia y Simón Trinidad*²⁰⁵ son categorizados catafóricamente como *El sufrido pueblo colombiano, muchos de sus luchadores y esos otros dos héroes antiterroristas*, de manera que su identidad como guerrilleros queda desdibujada bajo la figura de los héroes populares. En la segunda cita, las nominalizaciones coordinadas cargan el peso de la construcción del objeto articulando insurgencia y civiles a través de la conjunción. En el tercer ejemplo, esa inscripción es directa: la guerrilla se presenta *como parte de un pueblo ultrajado*, es decir, como víctimas que, inclusive, impostan el tono de la voz vulnerada con la cadena valorativa que despliega (*la hemos sufrido, la hemos vivido... pero la hemos asumido*). La heroicidad, en este caso, ancla en el tópico del culto a la muerte, con el cual la víctima se transmuta en héroe.

Resulta clave esa construcción de la pertenencia al pueblo en la configuración de la ética sacrificial revolucionaria. Los héroes son populares en ese sentido de identidad que hace a su naturaleza misma y que los vincula, pero también que los exonera de las acciones victimizantes: es una identidad que los exime del rol de victimarios y que sirve doblemente, entonces, como protección y refutación. Ese movimiento de inversión hace que el contenido teleológico de la ética guerrillera llegue a convertirse en el sacrificio mismo; ya no el sacrificio como un medio para alcanzar el bien común, sino como un modo extremo con el que cuenta el revolucionario para justificar la lucha.

Ahora bien, la impronta guevarista de la disposición al sacrificio y la utopía del *hombre nuevo* permite comprender que esa moral superior revolucionaria sea una moral popular, colectiva y programática, donde la relación con la muerte (propia y ajena) queda supeditada a la revolución. Como lo define Vezetti (2009:184-185) a partir del reconocimiento de esa impronta, «[u]n revolucionario es aquel que puede soñar y que puede proyectar más lejos sus sueños en la acción; pero además es el que puede incluir en su proyecto el destino posible de su propia muerte»; así, el carácter sublime del sacrificio del héroe se traduce en la *muerte bella* como victoria final sobre el enemigo moralmente inferior.

En la dimensión aletúrgica de esa moral superior en el discurso guerrillero, la guerra ha

²⁰⁵ *Simón Trinidad* y *Sonia* son seudónimos de guerrilleros capturados y extraditados a cárceles estadounidenses, por diversos delitos. En varias ocasiones, las FARC-EP han manifestado su desacuerdo con estas capturas y exigido la repatriación y liberación de estos guerrilleros, especialmente a partir del proceso de paz llevado a cabo en La Habana.

sido provocada por la mentira del enemigo y el alzamiento en armas respondería a ese mismo engaño desenmascarando el poder dominante²⁰⁶. El héroe, entonces, asume la defensa de la verdad hasta sus últimas consecuencias; la cruzada por la verdad enaltece su moral y dar la vida por ella es la ofrenda social máxima: morir por la verdad para el pueblo. En el proceso de ese sacrificio elegido, la disputa por poseer la verdad se libra en el tener que arrebatarla al enemigo, quien también dice poseerla. Héroe, moral y verdad, así, quedan erísticamente relacionados y asumen el lenguaje de la violencia para librar esa lucha.

Por supuesto, es un lenguaje que se asume, pero del cual ninguno se responsabiliza. Ni el discurso guerrillero ni el gubernamental reconocen la agencia de la violencia, sino más bien la de la defensa. En el centro de la pretensión de legitimidad de ambas violencias está la reacción -obligada-, más que la acción primera; de ahí que sea estigmatizada, rechazada o enmascarada, inclusive, hasta el punto de negar su existencia (Ansaldi, 2014:533). En los discursos analizados, las violencias gubernamental y guerrillera son presentadas como si no fueran objeto de discusión y, frecuentemente, condenadas como parte de la conducta reprochable del enemigo. Dado que en sí misma, la violencia descalifica a quien se le responsabiliza de ejercerla, también se le hace entrar en el juego erístico por la verdad y funciona, en ese sentido, como prueba de la gravedad de la mentira del enemigo: es un mentir que encubre la violencia ejercida y que, al mismo tiempo, la provoca como reacción apenas justa.

En ambas discursividades, entonces, la condena de la violencia²⁰⁷ del enemigo mistifica la violencia ejercida por el que la critica. Desde esa lógica, no son violencias iguales que se disputan legitimidades, sino modos justos o injustos de violencia que no deben responder por sus efectos en los ámbitos ajenos a la guerra que esos modos afectan. Es el enemigo el que debe responder por esos efectos. Hay, además, un efecto invisible en esa dinámica: la violencia propia -que no suele presentarse a sí misma con ese nombre- hace cada vez menos humana la vida y más natural la muerte del otro. Si la guerra hace posible clasificar

²⁰⁶ Vezetti (2009:184) encuentra en el guevarismo también el origen de ese funcionamiento revolucionario: «la idea fuerte del guevarismo, que tuvo un impacto decisivo en las estrategias guerrilleras en la Argentina y en América Latina, es la de una guerra provocada para obligar a que el poder se presente ‘sin disfraz’, ‘en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias’; con ello se logrará ‘su desenmascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales de los que ya no se puede regresar’.

²⁰⁷ En clave ideológica, se trata de un movimiento orientado por políticas bien conscientes de esa condena y de las posibilidades de capitalizarla: «anatemizar la violencia, condenarla como ‘mala’ es una operación ideológica por excelencia, una mistificación que colabora con la invisibilización de las formas fundamentales de la violencia social. Es profundamente sintomático que las sociedades occidentales, tan sensibles a las diferentes formas de persecución, sean también capaces de poner en marcha infinidad de mecanismos destinados a hacernos insensibles a las formas más brutales de la violencia, paradójicamente, en la misma forma en que despiertan la simpatía humanitaria para con las víctimas» (Zizek, 2009:244).

jerárquicamente la existencia, de modo que haya muertes que valen la pena y vidas que merecen o no ser lloradas (Butler, 2010), la violencia militar se vuelve impermeable, escapa de la discusión social y logra ubicarse más allá de toda sensibilidad.

El tramo histórico de los discursos analizados le impuso a ese tratamiento de la vida y la muerte heroicas un elemento que determinó su lucha por la verdad: ¿cómo convencer sin poder vencer?, es decir, cómo adherir a la población civil a la idea de que la violencia ejercida por el enemigo sería vencida, pese a que los hechos del conflicto contradecían esa idea. Los componentes y procedimientos puestos en juego en la construcción del objeto *héroe* en cada discursividad dejan ver los modos en que esa pregunta fue resuelta y se relacionan con el objeto *paz*, construido también sobre la condición de ganar sin haber vencido militarmente.

6.3 La paz según las FARC-EP y el gobierno: ganar sin vencer

El periodo 2010-2012 puede ser leído como un tramo de transición del discurso sobre la guerra hacia el de la paz, o lo que es lo mismo, como una (re)introducción²⁰⁸ del objeto discursivo *paz* en un imaginario social donde venía dominando, por casi una década, el referente de la guerra. Si la Política de seguridad democrática había logrado convertir el conflicto armado en una amenaza terrorista, la llegada de Santos al poder presidencial recuperó el sintagma *conflicto armado* y lo supeditó al objeto *paz*, particularmente a partir de la expedición de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1448 de 2011)²⁰⁹. En adelante, se puede observar una disputa por la apropiación del objeto *paz* en los discursos gubernamental y guerrillero, de cara al inicio de los diálogos que le pondrían fin a la guerra contrainsurgente; pero no se trataba tanto de una apropiación de la paz como antónimo de la guerra, sino de la postulación de una *paz verdadera* desde cada lugar de enunciación, a través de la cual los discursos insistieron en el triunfo de sus proyectos políticos, aun sin haber vencido militarmente a su oponente. Ganar sin vencer, entonces, fue el horizonte que guió la

²⁰⁸ Como objeto de discurso, la paz había protagonizado la campaña y el periodo presidencial de Andrés Pastrana (1998-2002), mandatario que precedió a las administraciones de Álvaro Uribe (2002-2006 y 2006-2010) y de Juan Manuel Santos. Una aproximación discursiva al proceso de paz durante el periodo de Pastrana puede leerse en Morales y Cortés (2005).

²⁰⁹ El 10 de junio de 2011 fue sancionada la Ley 1448 por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación a las víctimas del conflicto armado interno en Colombia. Un mes antes de su aprobación y posterior legislación, se generó una polémica en torno a que este proyecto de ley implicaba reconocer la existencia de un conflicto armado en el país, lo cual se oponía a la tesis que negaba ese estatus y defendía la existencia de una amenaza terrorista, refiriéndose a los grupos alzados en armas y particularmente a la guerrilla de las FARC-EP. La pregunta clave de la polémica fue si la situación de violencia generada por la insurgencia en el país debía ser nombrada como amenaza terrorista o como conflicto armado interno.

construcción discursiva de esa *paz verdadera*.

La lucha por el valor de verdad, en este tramo histórico del conflicto, confrontó dos formas distintas de construcción del objeto discursivo y, por tanto, dos producciones esquematizadas de la paz en el espacio público. Esos dos esquemas comparten la visión de la paz como victoria lograda, pero contrasta dos modos de esa victoria: el triunfo de la Política de seguridad democrática, por un lado, y el triunfo de la lucha revolucionaria guerrillera, por el otro. En esa medida, los componentes asociados a la *paz* gubernamental fueron su presentación como una prioridad en la agenda presidencial y como obediencia del mandato constitucional; la *paz* como una condición de posibilidad para la política de desarrollo económico neoliberal; y la misma como un resultado-cierre o consolidación del proyecto militarista de seguridad. En contraste, las propiedades del objeto *paz* en el discurso guerrillero fueron su inscripción en un propósito histórico de largo alcance, llevado hasta el origen mismo del levantamiento armado; su énfasis en la razón de ser de la lucha armada y de su continuidad; y la *paz* como condición del alcance de la soberanía nacional y de la justicia social, dentro del proyecto revolucionario.

Esas dos esquematizaciones focalizaron acciones más inclinadas hacia el aseguramiento de la autoridad y la iniciativa gubernamental, por ejemplo, a través de amenazas, advertencias y de actos directivos dirigidos especialmente a las Fuerzas Armadas; mientras que en el discurso guerrillero las acciones insistieron en la continuidad de la lucha armada contra el poder hegemónico a través del decir compromisorio. Una síntesis de la esquematización del objeto discursivo *Paz* puede verse en la Tabla 6.3:

Discurso	Componentes asociados	Relaciones establecidas	Acciones focalizadas	Ejemplos
Gubernamental	<p>Prioridad en la agenda gubernamental y mandato constitucional.</p> <p>Condición para la política de desarrollo económico.</p> <p>Resultado de la Política de seguridad democrática.</p>	Memoria neoliberal.	Imponer la autoridad y la paz; unirse en torno a la paz; perseverar en el combate a los violentos; (no) especular sobre la paz; conseguirla por las buenas o por las malas, por la razón o por la fuerza; no dejarse engañar otra vez; crear las condiciones para la paz.	(...) para hacer la paz es como cuando una va a bailar: se requieren dos. La paz de un solo lado no funciona. Por eso he dicho: yo tengo la llave de la paz como Jefe del Estado. La puerta estoy dispuesto a abrirla cuando vea que hay condiciones reales (2012, agosto 15).

Guerrillero	Propósito histórico en el levantamiento guerrillero.	Memoria revolucionaria.	Derrotar el poder oligárquico; solucionar políticamente el conflicto; (no) descansar hasta lograr la paz; deberle lealtad al pueblo; seguir luchando y resistiendo por la paz.	En toda Colombia crece un ruidoso clamor por la paz. Por una salida política a la confrontación. Esa ha sido entre todas la más vieja de nuestras banderas. Es el régimen el que jamás se ha aprestado a poner fin a su predilección por la violencia (2012, julio 25).
	Condición de la justicia social y la soberanía.			
	Razón de la lucha armada y de su continuidad.			

Tabla 6.3 Esquematización del objeto discursivo *Paz*

En ambas discursividades, el objeto *paz* se construye a partir de una extensión del significado más restringido de la paz como ausencia de guerra. Lo extensivo y lo restringido del significado que se le asigne tiene relación con la discusión en Bobbio (1998:1163-1170) alrededor de la paz positiva y la paz negativa; en principio, como afirma el autor italiano, la forma en que se la entiende aparece imbricada con la idea de la guerra y, más allá, con la oposición entre paz y guerra, dentro de la cual se distribuyen valoraciones sociales positivas y negativas, respectivamente. Aun en las visiones políticas de la guerra (Clausewitz, Maquiavelo, etc.), la paz es el revés de la guerra y además su punto de llegada o su razón de ser. Esa imbricación genera una relación de dependencia entre la guerra y la paz, que orienta la concepción de la segunda en términos de la primera, pues la supedita a la ordenación de los elementos que aparecen explícitos en la guerra como acción primera, fundante, y hacen de la paz solo una acción segunda, una reacción necesaria²¹⁰.

De acuerdo con lo dicho, el carácter positivo o negativo del objeto *paz* no tiene que ver con esas valoraciones sociales más o menos estandarizadas, sino con el modo de definirla como presencia o ausencia de elementos en sus atributos: la paz negativa es ausencia de guerra, es decir, se define a partir de una negación -de su contrario-, mientras que la paz positiva introduce en su definición un conjunto de elementos que desbordan la negación y avanzan hacia la afirmación de la presencia de otros atributos que no se limitan a la negación de su antítesis, la guerra. La paz como no-guerra, así, presenta una visión restringida de la paz porque la limita a la definición por negación, mientras que la paz positiva la amplía más allá de la guerra y, por tanto, la hace una paz semánticamente extendida.

²¹⁰ Esto se deriva de lo presentado por Bobbio en su discusión (1998:1164): «Cuando los dos términos de una oposición no son definidos positivamente, es decir independientemente uno del otro, o los dos negativamente, es decir uno en dependencia del otro, vale decir cuando de los dos términos uno siempre es el término fuerte y el segundo es siempre el término débil, el término fuerte es aquel que indica el hecho existencialmente más relevante. Aun deteniéndose sólo un momento en la consideración de la historia de la filosofía política, surge sin ningún tipo de duda el hecho de que existe una gran filosofía de la guerra, en cuanto fenómeno positivo, y de que no existe una gran filosofía de la paz».

La oposición entre paz positiva-extendida y negativa-restringida es análoga, además, a la oposición que introduce Bobbio (1998:1165-1167) entre lo técnico-jurídico y lo teológico-filosófico al conceptualizar la paz. En el primer ámbito, se trata de la finalización intencional de una guerra a través de métodos jurídicamente regulados; mientras que el segundo sentido hace ver la paz como un estado social y un imperativo axiológico, donde predominarían los valores comunitarios, especialmente la justicia. Ese segundo sentido suele ligarse con visiones de la *paz* que en vez de oponerla a la guerra, la sitúan como antítesis o negación de la violencia; la distinción en esos términos refuerza lo moral, en tanto que la violencia se traduce como inmoralidad y así se le proscribire. La paz, en esas visiones²¹¹, sería tan amplia que en su terreno cabría cualquier cosa que se asocie con «lo bueno», desde los valores comunitarios hasta los privados o personales (la *paz interior*, por ejemplo). Una *paz que es todo* lo contrario de la violencia, se opone al mismo tiempo a una *paz mínima*, es decir, una condición para el alcance plausible de la justicia en el marco de conflictos violentos complejos, donde silenciar los fusiles se presenta como prioridad²¹². En ese escenario, la *paz* en vez de ser un punto de llegada, se redimensiona como un punto de partida.

Las condiciones sociales de producción del objeto discursivo *paz* en la serie histórica analizada señalan el posicionamiento de los actores en un punto intermedio entre la paz máxima y mínima, extendida y restringida. El momento de inercia del conflicto presionó la búsqueda de su finalización a través del diálogo: el proceso de paz subsiguiente fue posibilitado por el reconocimiento de que ninguno de los bandos estaba en capacidad de vencer militarmente al enemigo. Ahora bien, ese reconocimiento debía traducirse discursivamente en una aclimatación o disposición positiva del auditorio, que lo llevara a aceptar el hecho de no poder ganar; pasar de la paz como estado a la paz como proceso (el cambio del punto de llegada al punto de partida) fue un desafío resuelto a través de la construcción de la paz como victoria de grupo en el discurso de cada bando.

En cada orilla, entonces, la paz sería un logro particular para ratificar y profundizar las

²¹¹ Dentro de las cuales se inscribe la visión socialista de la paz, según Giraldo Ramírez (2001:105): «El otro nombre del socialismo es la paz. Este motivo es constante en el discurso de todo aquél que se incluya en la vertiente marxista por heterodoxo que sea (...). Pero nadie lo expresó mejor que Mao Zedong: ‘Cuando la sociedad humana progrese hasta llegar a la extinción de las clases y del Estado, ya no habrá guerras... Esa será la era de la paz perpetua para la humanidad’. (...) Hablando rigurosamente no es ya una *u*-topía, un sueño fuera del espacio, sino una *eu*-topía, un buen lugar».

²¹² Es la visión que presenta Giraldo Ramírez (2001:81-131) como *paz política*: «Independientemente de que se acepte o no la propuesta de que la paz política es sólo ausencia de guerra, es decir, que se califique la paz mínima como insuficiente, nos queda que esta paz mínima es la *única* posibilidad, hoy, de establecer un concepto universal de paz (...) Así entendida, la paz rechaza ser llamada medio. Si bien no es un fin tampoco puede llamarsele medio porque (...) significaría colocarla en una condición de subordinación e inferioridad respecto a los ideales de justicia y, por tanto, en trance de ser ‘sacrificable a ellos’».

posiciones políticas. El discurso gubernamental expuso una multiplicidad de condiciones (los *hechos de paz* que debía demostrar la guerrilla) y de razones (la debilidad militar de la guerrilla y su acciones terroristas como *acciones* desesperadas) por las cuales sería posible hablar de paz, y a su vez, el discurso guerrillero insistió en que la paz había sido siempre su bandera política y la apertura de un diálogo significaría el “reconocimiento” político por parte de quienes los vilipendiaron, resaltando además el respaldo internacional a tal estatus político. En el primer caso, el proceso de paz sería un acierto alineado con el proyecto gubernamental, coherente con la gestión presidencial y resultado de ella misma. En el segundo caso, resaltar el diálogo como evidencia del reconocimiento político y militar procuraría contradecir la idea –promulgada desde el Gobierno- de que la guerrilla había sido diezmada, debilitada y acorralada.

La definición como triunfo particular de cada grupo no presentaba a la paz ni proyectaba el proceso posterior como un logro común, sino como dos logros distintos en cada concepción de la situación, que convergían en la ratificación de las acciones y posiciones de cada actor como las que *verdaderamente* encauzaban hacia la paz. De esta manera, la proyección del continuismo de cada visión quedaba marcada tanto en el discurso insurgente como en el gubernamental, desde la vinculación de la paz con la victoria de cada proyecto²¹³.

Para el discurso guerrillero, la construcción del objeto *paz* como triunfo de la lucha armada estaba respaldado por una temprana tradición programática donde ya se inscribía el sintagma recurrente *paz con justicia social*; por ejemplo, en el denominado Programa Agrario, de 1964, al momento de la fundación de la guerrilla, así como en la prosa de sus ideólogos:

Luchamos por el establecimiento de un régimen político democrático que garantice *la paz con justicia social* (FARC-EP, 1964, Programa Agrario).

La conquista de una verdadera paz democrática, paz sin hambre, paz sin desocupación, paz sin miseria, paz con tierra y techo, paz con libertades públicas, paz sin violencia, ni terror, vale decir paz sin militarismo (Arenas, 1990).

Si el gobierno está dispuesto en realidad a buscar facilitar *un acuerdo de paz, paz de verdad, estable y con justicia social* (Catatumbo, 1997).

²¹³ Sin embargo, es una vinculación contingente: «La paz, sin duda, puede ser el fruto de la victoria, pero a ella también se puede llegar porque la victoria se torne insegura y forzarla, en un momento determinado, puede hacerla cambiar de manos o porque el precio que haya que pagar por ella, en otra eventualidad, resulte excesivo (...) La victoria es sólo un medio para la estrategia, o sea, un medio para alcanzar la paz, y un medio entre otros, podríamos añadir» (Giraldo Ramírez, 2001:96).

Las FARC buscan *la paz con justicia social*, con equidad, independencia y soberanía sin renunciar jamás a ese propósito porque somos pueblo en armas, consecuencia directa de la guerra del Estado y sus gobiernos (FARC-EP, 2005, Esbozo).

El recorrido por la serie permite ver la reiteración histórica de los elementos que van componiendo el objeto *paz* a través de las nominalizaciones, pero también la introducción temprana del reclamo por la *paz verdadera* en contraposición a lo que queda implicado como una paz falsa ofrecida por los actores gubernamentales. En el sentido extendido del objeto que van construyendo, la *verdad* de esa *paz* consiste tanto en la atribución de diversas demandas ligadas con la justicia social, como el reforzamiento del carácter agónico de esas atributos en clave de reclamo. En los discursos del periodo 2010-2012, ese reclamo vuelve a menudo con la mención explícita de los hechos fundacionales de Marquetalia:

La paz con justicia social y no la guerra por la guerra, ha sido *el objetivo estratégico de las FARC* desde su surgimiento en 1964 en Marquetalia (FARC-EP, 2010, agosto 23).

Desde Marquetalia hasta hoy, las FARC-EP jamás hemos renunciado a *la solución política del conflicto social y armado*, que la oligarquía colombiana profundiza en cada ciclo de gobierno, porque la búsqueda de la paz con justicia social es parte de nuestra génesis y razón de lucha (FARC-EP, 2011, mayo 28)

La construcción de la *paz* le sirve a las FARC-EP para responsabilizar de la guerra históricamente a las élites en el poder. De ese modo, la *paz* ingresa al programa estratégico de la guerrilla como razón tanto de su génesis como de su permanencia. La *paz* es, así, la bandera política de la revolución, en cuyo alcance se justificaría el levantamiento en armas; el resalte de la tradición es fundamental para mostrar como sólida y estable esa bandera que, iluminando el aspecto político, permite dejar en la sombra la dimensión militar.

El modo en que se le introduce en la nominalización enfatiza el sintagma *justicia social* en la construcción preposicional que extiende la *paz* hacia la propiedad que debe constituir la (*paz con justicia social*). A ese propósito también colaboran las formas atributivas en los diferentes tiempos del verbo ser (*ha sido, es*), que se encargan de definir directamente a la *paz* en los términos de la guerrilla, a través de recategorizaciones contrastivas, :

Con su doble moral el presidente Santos alienta *marchas para azuzar la guerra*, cuando Colombia lo que necesita *es la gran marcha del pueblo por la paz y la soberanía* (FARC-EP, 2011, diciembre).

El verdadero salto estratégico de los colombianos es la paz, pero no la de los sepulcros. La de la justicia social, la igualdad y la libertad, la reconciliación y reconstrucción de la patria (FARC-EP, 2011, febrero 16).

Se oponen, así, a la marcha por la guerra la marcha por la paz y a la paz de los sepulcros la de la justicia social, disputando el contenido de verdad de una y otra paz ofrecidas por los actores. De ahí que se introduzca lo aletúrgico como un modo de orientación en la construcción del objeto, como se resalta en *El verdadero salto estratégico* (cita anterior) y en *la quimera de la derrota militar*:

La paz no será, mientras la idea de su concreción se asocie con *la quimera de la derrota militar* de una insurgencia cuyas razones de lucha están profundamente justificadas en esta larga historia de explotación, represión, exclusión, miseria, terror y muerte impuesta por la fétida casta de burgueses (FARC-EP, 2011, noviembre).

El refuerzo de esos modos de disputar el decir verdadero suele ser la enumeración o encadenamiento de sintagmas nominales que amplifican, por acumulación, las valoraciones positivas o negativas con respecto a cada objeto introducido. En el ejemplo anterior de *la paz de los sepulcros*, ese recurso a la acumulación forma una serie reformulativa que inicia con *la [paz] de la justicia social* y continua hasta *la reconstrucción de la patria*. En el ejemplo de *la quimera...*, lo reformulado en la serie acumulativa es la designación *esta larga historia de explotación*, que va amplificando negativamente el último término hasta ponerla en equivalencia con *la muerte impuesta por la fétida casta de burgueses*. En el siguiente ejemplo se ilustra de nuevo esta recurrencia con el énfasis en *la falsa paz* del enemigo y en el anclaje de la lucha en la fundación de la guerrilla:

Con la honestidad que corresponde a nuestro compromiso con el cambio social y la lealtad que le debemos a nuestro pueblo, le aseguramos, que no vamos a desistir *después de más de 40 años de lucha*, ni a aceptar *una falsa paz*. No traicionaremos *los sueños de justicia* de la Colombia que clama por la paz con justicia social, ni *la memoria de los miles de muertos*, ni a *las víctimas de las innumerables tragedias* que ha ocasionado esta cruenta guerra, declarada por la oligarquía al pueblo *desde hace más de 50 años* (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Como ya había mostrado a propósito del objeto *héroe*, la aparición del pueblo resulta también funcional en la construcción de *la paz* presentada como demanda popular, de modo que la agencia guerrillera se diluye en la figura del pueblo. *La paz con justicia social* es

entonces un clamor popular al que la guerrilla responde con la promesa de la lealtad (*No traicionaremos...*) y, con ello, la justificación de la lucha armada es también una mitigación de las responsabilidades en la guerra; acciones violentas que pasan a ser *esfuerzos del pueblo colombiano* en la búsqueda de la paz:

La paz es ante todo y prioritariamente *una conquista y una bandera popular* (FARC-EP, 2011, agosto 14).

La nuestra es *la historia de los múltiples esfuerzos del pueblo colombiano* por lograr una paz definitiva y duradera (FARC-EP, 2012, mayo 26).

Estas formas de desvinculación o de des-responsabilización de los efectos de la guerra encuentran en la construcción del objeto *paz* un espacio de oportunidad para generar distanciamientos con la violencia ejercida. Al respecto de la posibilidad de iniciar diálogos con el gobierno, la guerrilla presentaba el conflicto mismo como un acumulado de problemas sociales generadores de la conflictividad, no productos de ella:

[A]unque –como principio- la insurgencia esté siempre dispuesta al diálogo para resolver *los problemas sociales que han generado el conflicto*, no será posible llegar a una estancia de paz si se persiste por parte del gobierno en sostener los mismos procedimientos de impunidad a los que pusieron nombres rimbombantes como “Ley de Justicia y Paz” (FARC-EP, 2010, agosto 13)

La ambigüedad introducida en el esquema causal de la guerra lleva a designar las causas y los efectos de acuerdo con la orientación de cada discurso. En el ejemplo, la Ley de Justicia y Paz es presentada negativamente como un procedimiento de impunidad y como un *nombre rimbombante*; nominalizaciones encadenadas que recuperan el referente *los problemas sociales que han generado el conflicto* en clave causal. Asimismo, en los siguientes ejemplos la responsabilización de Juan Manuel Santos en la guerra advierte que la promesa de paz del enemigo no es confiable, pues los vicios que se denuncian serían precisamente los que producen la guerra misma. La representación del Presidente en los discursos guerrilleros de este periodo mantienen el estilo vituperante directo y la descalificación en torno a lo verdadero de su decir, para impedir que *la paz* sea reconocida como una bandera política del mandatario:

Por *arte de engaño* se pretende que olvidemos que cuando se trata de descifrar quien es

Juan Manuel Santos, estamos ante un *criminal continuista* que representa al gran capital y la *entrega del país a los intereses norteamericanos*. Seamos precisos, ese es el personaje, y de su correcta caracterización depende que nuestros pasos en busca de la paz con justicia social no sean erráticos (FARC-EP, 2011, febrero 21).

Fácil les queda desde estas posiciones ejecutar su *doctrina de traidores*, ayudar a vender los *espejismos de Juan Manuel Santos*, hacer *maromas retóricas* para diferenciarlo del narco político que le antecedió en la casa de Nariño, ocultarle *su lujuria aceitada en sangre, su codicia con uñas de oro...*, y elevarlo a la *categoría de Presidente de la paz* (FARC-EP, 2011, febrero 19).

Los acercamientos hacia el proceso de paz, adelantados en secreto desde finales de 2011, fueron dejando huellas en la discursividad guerrillera a través de la presencia cada vez mayor de *la paz* como proceso o negociación dialogada. No obstante, esos acercamientos no significaron un cambio radical en la desconfianza frente al gobierno Santos, sino la inscripción insistente de condicionamientos impuestos al enemigo, que les permitía mostrarse como una insurgencia que iba camino hacia la victoria política, en vez de militar:

En una eventual mesa de conversaciones, con un gobierno que verdaderamente aspire a la paz y no a una rendición incondicional, interpondremos siempre *las reclamaciones* de justicia, de soberanía popular, de independencia, de adopción de una doctrina militar bolivariana, de una nueva política económica alejada de los inequitativos postulados neoliberales, de tierra para los campesinos, respeto a los derechos indígenas, salud y educación gratuitas, defensa del medio ambiente, replanteamiento de los contratos leoninos que favorecen a las transnacionales, política internacional que privilegie la hermandad de los pueblos, *sentimientos todos*, que bullen en el deseo centenario de los diversos sectores sociales del país (FARC-EP, 2011, diciembre 27).

La larga serie de lo que encapsulan catafóricamente como *reclamaciones*, está precedida de una modalización orientada evaluativamente sobre la verdad del decir gubernamental (*verdaderamente*) y contrastada con el sintagma *rendición incondicional*, que traduce la sospecha sobre ese decir. Las *reclamaciones* despliegan la serie de sintagmas que comunican el contenido político del proyecto fariano y que se cierran con el encapsulamiento final *sentimientos todos*, atribuyéndoselos al colectivo general del país. Es interesante, en términos persuasivos, que este encadenamiento sintagmático abra y cierre con nominalizaciones encapsuladoras orientadas hacia lo emocional: el reclamo y el sentimiento enmarcan ese contenido político expuesto en la enumeración aparentemente caótica. La articulación del reclamo y el sentimiento popular vuelven a aparecer en esta refutación directa al discurso gubernamental, a propósito de la cita gubernamental que se muestra seguidamente:

Basta ya *del cuentecillo de la llave oculta en el bolsillo*. La paz no le pertenece a la oligarquía militarista y violenta, le pertenece al pueblo que la reclama para poder vivir mejor (FARC-EP, 2012, julio 22).

¡Y vamos a perseverar hasta conseguir la paz! Porque la paz debe ser el fin último de cualquier guerra. El que haya dicho que *la puerta del diálogo no está cerrada, y que no hemos botado la llave al mar*, de ninguna manera puede ser interpretado como un gesto de debilidad. Ninguna democracia decente, operante, verdadera, puede cerrar las oportunidades viables para terminar un conflicto que ha causado tanto dolor, tanta muerte y tanta miseria. Yo siempre haré lo que esté en mis manos para lograr la paz, y lo haré – como dije en mi discurso de posesión– POR LA RAZÓN O POR LA FUERZA (Santos, 2012, febrero 10, mayúsculas originales).

La dimensión polémica de la metáfora utilizada, que ya había examinado en el tercer capítulo, enfatiza aquí la disputa por la apropiación de la *paz verdadera* como aquella que debe buscarse en el pueblo, según la guerrilla, o como la que pertenece a la decisión gubernamental, de acuerdo con Santos. Su cita incorpora en el objeto *paz* el componente de la autoridad presidencial como el principal factor de fuerza; de ahí la amenaza final (*por la razón o por la fuerza*) que, en vez de contradecir la idea de lo democrático, expuesta en misma cita, refuerza esa idea orientándola hacia las obligaciones de una democracia *decente, operante, verdadera*, dentro de la cual la continuidad de la guerra resulta inadmisibles. El gesto autoritario domina la discursividad gubernamental para contradecir la percepción de *debilidad*, como queda dicho explícitamente; esa pretensión de deshacer la asociación entre diálogos de paz y debilitamiento de la institucionalidad política se presenta en la serie de discursos acudiendo a la amenaza o la advertencia:

Ante esta política integral, la guerrilla se ha quedado sin espacio. Y eso la está llevando a reflexionar. Yo les he dicho en mis discursos desde cuando asumí la Presidencia: la puerta está abierta para que se unan a este esfuerzo de construcción de país pero, si insisten en el camino de la violencia, los seguiremos confrontando con toda la contundencia. Ellos deciden. Porque la paz la vamos a construir con o sin ellos, ¡con o sin ellos! (Santos, 2012, mayo 23).

En este caso, la advertencia es precedida por un diagnóstico del estado de la guerrilla, que mezcla lo militar (*se ha quedado sin espacio*) con lo emocional (*la está llevando a reflexionar*) para mostrarla como una insurgencia en crisis. Al ofrecimiento de la vía negociada se opone, como vemos, la condición del cese de la violencia y la amenaza militar,

lo cual avanza hacia la presentación del objeto *paz* como una acción donde el enemigo pierde reconocimiento, es decir, una acción unilateral de fuerza: *construir la paz con ellos o sin ellos*, como queda reiterado en la cita. En estos discursos, el destinatario militar (las Fuerzas Armadas) tiene una enorme influencia sobre esos modos en que se borra o mitiga al enemigo como una amenaza; el refuerzo del colectivo militar como aliado de la presidencia era imprescindible frente a las críticas recibidas por quienes sostenían que el proyecto de Seguridad democrática había sido descuidado o traicionado:

Que nadie se equivoque: Si hoy la guerrilla habla de paz y pide diálogos no es por iniciativa propia sino porque ustedes, las Fuerzas Armadas de Colombia, les demuestran día a día que por el camino de las armas jamás obtendrán su cometido. Yo fui muy claro desde el día de mi posesión: el objetivo de mi gobierno, como el de todos los colombianos, es la paz, y la vamos a conseguir –óiganlo bien– por las buenas o por las malas, por la razón o por la fuerza (Santos, 2012, mayo 23).

Para mediados de 2012, con el avance de los acercamientos en secreto con la guerrilla, los discursos insistieron en reforzar -y a veces, reparar- la relación de alianza entre el Presidente y el sector militar. Se preparaba, así, el camino hacia el anuncio formal de la apertura del proceso de paz, cuidando la aceptabilidad requerida por las tropas y las élites militares. La vía ensayada fue la construcción del objeto *paz* como una forma de victoria del proyecto de seguridad sostenido desde el gobierno anterior:

Y ustedes, ustedes los nuevos suboficiales, los oficiales que han venido luchando, los suboficiales, los soldados, ustedes por *su labor*, por *su contundencia*, tienen al enemigo hablando de paz; tienen al enemigo diciendo que están dispuestos a sentarse a buscar un camino diferente. *Ese solo hecho* nos demuestra que hemos sido efectivos. No de otra forma, si ellos pensarán que podían obtener el poder por la vía de las armas, estarían hablando de paz. Es por *el esfuerzo y la contundencia de nuestras Fuerzas Militares*; los tienen hablando de paz (...) *El hecho de que el enemigo esté hablando de paz*, esté hablando de caminos diferentes a los violentos, es porque *la contundencia de nuestras Fuerzas Militares* se está haciendo sentir. Esa es *la verdad*. Y cuando recurren al terrorismo, cuando recurren al plan pistola, lo que están demostrando es debilidad (Santos, 2012, junio 12)

En este discurso dirigido a los militares, en una ceremonia de graduación, se deja ver el modo en que el tránsito del discurso de la guerra hacia el de la paz se resolvió introduciendo la idea del triunfo de las Fuerzas Militares y la derrota del enemigo, que habría sido obligado a *hablar de paz*. Las nominalizaciones resaltadas enfatizan en que se trata de un dato

incontrovertible: hablar de paz es la prueba concreta de que el enemigo está a punto de ser derrotado, gracias a la *contundencia* de las Fuerzas Armadas, como se reitera a lo largo de la cita. El discurso gubernamental va construyendo, así, lo que denomina una *paz verdadera* en el marco erístico de los proyectos políticos en disputa:

Aquí esa ‘mano negra’ de la izquierda se opone porque le estamos quitando los argumentos. Le estamos entregado la tierra a los campesinos y los estamos poniendo a producir. Se quedan sin argumentos. Y esta es *la verdadera paz* (Santos, 2012, enero 12).

El tránsito hacia el discurso de la paz, efectivamente, implicó la apropiación de los argumentos del opositor para desactivar sus reivindicaciones políticas y romper la asociación de esas ideas con un proyecto político estable. El objeto *paz* debía quedar adherido a la autoridad gubernamental, no a la insurgencia guerrillera. Este requerimiento hizo que el discurso de Santos se acercara a la idea de una paz extendida o positiva, en la que el discurso guerrillero había insistido con el sintagma *justicia social*, como vimos, y que empezó a aparecer en las comunicaciones gubernamentales:

La paz se construye, por un lado, imponiendo la autoridad y haciendo cumplir la ley, y ahí están nuestra Fuerzas Militares, nuestra Policía. La paz se construye con *justicia social*, reparando las víctimas, devolviéndoles a los campesinos aquel pedacito de tierra de la cual fueron desplazados por la violencia. Pero, sobre todo, la paz se construye en los propios hogares. Si nosotros le damos importancia a esa relación intrafamiliar para que precisamente no haya violencia intrafamiliar, habremos dado un paso importantísimo en la construcción de esa paz, porque *la paz no es solamente ausencia de guerra*, la paz es mucho más (Santos, 2012, julio 12).

En este punto, las discursividades gubernamental y guerrillera se habían alineado en torno a la idea de una paz *a construir*, más allá de la definición de ella como ausencia de guerra. Evidentemente, se trataba del resultado de los acercamientos con la guerrilla y del terreno que se preparaba para el anuncio del inicio de los diálogos. Esa convergencia en torno a una noción extendida de la paz la hizo aparecer no solo con mayor recurrencia en las comunicaciones públicas de los actores, sino también como el objeto a definir desde cada punto de vista. No obstante, el cambio de apuesta de la salida militar del conflicto tenía que lidiar con las fuerzas opuestas de la institucionalidad militar, especialmente de sus élites, en el caso del discurso gubernamental; a lo largo del año 2011, las prevenciones en torno a ese viraje dejaron huellas explícitas en las comunicaciones de Santos cuando se refería a la paz y

a la posibilidad de dialogar con la guerrilla:

sobre el tema de la paz es que, en lugar de estar hablando de ella, debemos concentrarnos en construir *condiciones de paz y reconciliación*, que es precisamente *la agenda del Gobierno* (Santos, 2011, febrero 14).

Nadie está autorizado para iniciar diálogos paralelos y comenzar a hablar. Porque es que si comenzamos todos a hablar de paz, *dañamos* la paz. Así ha sido la experiencia. La paz se vuelve es un vehículo de protagonismo, de ver quién es más influyente, quién hace la propuesta más audaz. Ahí es cuando todo se viene a pique (Santos, 2011, agosto 12).

Desde muy temprano en 2011, el discurso gubernamental empezó a construir el objeto paz como un tema prioritario en la política nacional y en el discurso público. Las primeras inserciones se volcaron hacia la marcación de un posicionamiento que, como se ejemplifica en la segunda cita, trató de establecer distancias con los procesos de paz anteriores, especialmente alrededor de la autorización de los actores sociales que podrían intervenir en la configuración del proceso. Se trataba de una *paz* construida desde la deóntica gubernamental, que requirió presentarla como un objeto frágil y advertir sobre los usos que pudieran *dañarla*, esto es, la pretensión de apropiarse de ella para desarrollar intereses políticos en su nombre. Si la *paz* se presentaba, en este primer tramo, como un objeto vulnerable, era porque su mención había quedado asociada con una imagen negativa de la gestión gubernamental sobre la seguridad pública: el fantasma de los hechos de *El Caguán* dificultaba la apertura de nuevos diálogos con la insurgencia, que fueran respaldados por la ciudadanía. Para finales de 2011, el tema era introducido de manera más directa, pero con el mismo nivel de prevención:

Ahora bien: el combate frontal a los violentos no contradice nuestra búsqueda de la paz. Eso sí, hablamos de buscar la paz SIN INGENUIDADES (Santos, 2011, noviembre 30).

[I]os colombianos no nos vamos a dejar engañar una vez más. Como engañaron a mis antecesores, que de buena fe se sentaron a negociar, pero de mala fe la contraparte utilizó esos diálogos para respirar, para fortalecerse, para ganar espacio político nacional internacional. Eso no lo vamos a permitir. Pero si hay *voluntad de paz*, si hay *voluntad de paz* sí estamos dispuestos a sentarnos y ponerle fin a este conflicto que lleva 47 años (Santos, 2011, diciembre 7).

La referencia a la experiencia del proceso de paz intentado durante el gobierno de Pastrana (1998-2002) fue utilizada para acusar directamente a la guerrilla del fracaso de las negociaciones. A partir de esa idea del enemigo, la posición del Gobierno debía mantenerse

firme en la desconfianza, pero también flexible en la posibilidad de emprender un nuevo proceso. La disyuntiva fue resuelta a través del condicionamiento de la conducta de la guerrilla, como se ve en el resaltado de la cita anterior, con el énfasis reiterativo de la *voluntad de paz* exigida, pero también con la incorporación en el objeto *paz* del componente político-económico:

[E]l nuevo entorno de seguridad nos ha garantizado más inversión, una mayor estabilidad económica –con excelentes perspectivas, además- y nos permite soñar con un futuro –no lejano, sino próximo– de prosperidad (...) Trabajamos por la paz, creemos en la paz, pero NO A CUALQUIER PRECIO; no al precio de tolerar la violencia y la violación flagrante de los derechos humanos por los grupos ilegales (Santos, 2012, marzo 3, mayúsculas originales).

El marco económico productivista quedó así ligado a la construcción del objeto *paz* en clave condicional: el desarrollo y la *prosperidad* estarían sujetos a la finalización del conflicto armado. La relación seguridad-desarrollo, como hemos visto en comentarios anteriores, se ve reforzada también en la esquematización que va ubicando el objeto *paz* en el centro de la política gubernamental. Desde principios de 2012, el discurso de Santos insistirá en esa centralización que, al mismo tiempo, va desplazando el tópico de la guerra hacia los bordes de la palabra pública. En estas comunicaciones, la *paz* empieza a aparecer ligada con evaluaciones sobre su veracidad y realismo: la *verdadera paz*, proyectada como gestión política desde la autoridad gubernamental, va a preparar el ambiente político para el anuncio de los diálogos con las FARC-EP:

Estamos convencidos de que con estas políticas, estamos construyendo *las verdaderas condiciones para una paz duradera*. E independientemente de la voluntad de los violentos, con firmeza y con nuestra agenda progresista vamos a llegar a la paz. Y cuando encuentre que existen las garantías mínimas para entablar un proceso que lleve *de manera creíble y realista* a la terminación del conflicto, no me temblará la mano para iniciarlo (Santos, 2012, abril 14).

El esfuerzo en la preparación de ese ambiente de aceptabilidad política del proceso subsecuente fue mayor cuando el destinatario estaba compuesto por la institucionalidad militar. En tales escenarios, la recategorización de la paz como victoria fue fundamental para conservar la adhesión de las tropas y evitar que se convirtieran en factor de oposición a los diálogos con la guerrilla. En el siguiente ejemplo, el sentido de esa construcción del *objeto* como responsabilidad atribuida a la tropa se refuerza con el vocativo, la motivación

predictiva y la autorreformulación del fin de la guerra como un *momento histórico*:

Estamos en un momento definitivo! Es la hora de las decisiones. ¿Por qué lo digo? Porque por primera vez podemos decir que vemos un camino claro para terminar la guerra y construir la paz (...) *Son ustedes* –los oficiales, suboficiales y soldados que hoy portan el uniforme– *quienes tendrán la posibilidad de llevar la guerra a su fin. Son ustedes quienes tendrán la posibilidad de ser los protagonistas y determinantes de ese momento histórico.* Y la paz, señores... ¡LA PAZ SERÁ SU VICTORIA! (Santos, 2012, mayo 23, mayúsculas originales).

Fueron las nominalizaciones del tipo ejemplificado (*un momento histórico; la hora de las decisiones; ese momento histórico*) las que añadieron al objeto *paz* el efecto de frontera con respecto a los hechos del conflicto armado. Si era este el punto decisivo, donde se estaba a punto de ganar la guerra, la paz -y por extensión, el proceso de paz- empezaría a ser presentada, por un lado, como la victoria misma: la derrota militar de la insurgencia ya había desaparecido de la discursividad. Pero por otro lado, además, el proceso de paz también desprendería de su componente de prioridad gubernamental el carácter de mandato constitucional: hacer la paz como una obligación legal del Presidente. La alocución nacional donde se anunció, finalmente, la apertura de los diálogos con la guerrilla, enfatizó ese carácter del deber constitucional para justificar la decisión tomada:

Desde el primer día de mi gobierno he cumplido con *la obligación constitucional* de buscar la paz. En esa dirección, se han desarrollado conversaciones exploratorias con las FARC para buscar *el fin del conflicto* (Santos, 2012, agosto 27).

La paz, como lo establece la Constitución, es algo que todos los colombianos *estamos obligados a buscar*. Pero la paz no es solamente *la terminación del conflicto*, que es lo que estos acercamientos buscan en una primera fase, en una primera instancia, en un primer tramo: *la terminación del conflicto* (Santos, 2012, agosto 31).

La construcción del objeto *paz* permitió transformar el sintagma *el final de la guerrilla*, o bien, *el fin del fin de las FARC* -predominante durante la administración de Uribe-, en lo que se prometería en adelante como *la terminación del conflicto*, es decir, el desplazamiento del lugar del enemigo por el de la guerra en sí misma, que el proceso de paz se encargaría de gestionar en los años siguientes al periodo aquí analizado. En la esquematización de la *paz* como victoria confluyeron las discursividades gubernamental y guerrillera, espacios donde cada actor reclamó para sí los réditos del objeto construido y del proceso de paz formalmente abierto en septiembre de 2012.

6.4 Los objetos de discurso en una erística del decir verdadero

En este capítulo he mostrado cómo las transformaciones políticas en el cambio de Uribe a Santos y del conflicto armado al proceso de paz, determinaron la construcción de objetos discursivos disputados por la palabra gubernamental y guerrillera. Me detendré ahora en el carácter aletúrgico de esa disputa, es decir, insistiré en que esos juegos de veridicción expuestos son un modo predominante, junto con el modo polémico, en las construcciones retóricas de la oposición política construida en los discursos del conflicto armado interno.

En primera instancia, vuelvo a la aclaración al respecto del carácter ontológico de los objetos de discurso. He aclarado que este análisis no se propone dar cuenta de los objetos del mundo vaciados en los textos, sino de la construcción y reconstrucción de ellos a través de esquematizaciones argumentativas (Grize, 1996, 2004) que son producidas en y a través del discurso. De ahí que me haya interesado relevar los procedimientos regulares de referenciación, más que los de referencialidad (de acuerdo con la diferencia establecida en Mondada et Dubois, 1995 y continuada empíricamente por Koch, 2014[2005]; Koch, Morato e Bentes, 2005; entre otros), en la construcción de los objetos *unión*, *héroe* y *paz*, así como los componentes y propiedades de las clases-objetos, su entramado de relaciones y sus esquemas de acción en clave comparada.

Sin embargo, si bien los objetos de discurso no son objetos de mundo, usualmente sí *aspiran* a serlo, es decir, se presentan a sí mismos como formas acabadas de lo real y, en este caso particular, como verdades sobre el panorama político de la guerra. La aspiración a lo real deviene en aspiración al decir verdadero en tanto que los objetos son construidos específicamente como modos de ejercer el poder político y, por tanto, requieren que la verdad esté encarnada en ellos, o mejor dicho, que ellos sean la manifestación evidente de lo verdadero: es la correlación histórica entre el ejercicio del poder y la postulación de la verdad, que la perspectiva foucaultiana inscribe en el problema amplio de la conducción de conductas desde la relación entre subjetividad y verdad²¹⁴. La condición misma de emergencia de esos objetos y, sobre todo, la finalidad que los determina como objetos *para* el espacio público, es decir, su marco democrático, constriñe la palabra dicha a la palabra cierta; introduce al sujeto político en un régimen de verdad que condiciona su palabra pública.

²¹⁴ En la primera lección del curso de 1979-80, Foucault (2014) propone explícitamente esa correlación: «[n]os costaría mucho encontrar el ejemplo de un poder que no se ejerza sin acompañarse, de una manera u otra, de una manifestación de verdad (...) Se trata pues de un conjunto de procedimientos, verbales o no, mediante los cuales se saca a la luz -y esta puede ser tanto la conciencia individual del soberano como el saber de sus consejeros o la manifestación pública- algo que se afirma o, más bien, se postula como verdadero»

En ese punto, he articulado la construcción de los objetos de discurso identificados con esos modos aletúrgicos del decir político. Los sujetos asumen el rol de operadores que hacen aparecer la verdad a través de los objetos que construyen. Los procedimientos de esquematización quedan inscritos en una especie de liturgia de la verdad, dentro de la cual lo oculto, lo falso y lo olvidado es puesto de relieve, desenmascarado y recordado en las discursividades gubernamental y guerrillera. En la primera, las formas en que quedan relacionados el ejercicio del poder con la manifestación de la verdad se sostienen sobre lo que la memoria discursiva configura, esto es, la visión técnico-administrativa y gerencial de la política: gobernar es obtener resultados desde el principio de la competencia y la inversión. En el discurso guerrillero, por su parte, la relación poder-verdad desprende de la memoria revolucionaria en la que ancla, un principio de desenmascaramiento que reacciona contra el orden establecido y aspira a una rebelión colectiva que derroque la hegemonía de las élites. Dado que ya me referí a la divergencia entre esas memorias, en el capítulo 5, queda por resaltar aquí su convergencia: ambas asumen modos aletúrgicos a través de los cuales introducen la *unidad*, la *heroicidad* y la *paz* en una erística del decir verdadero, esto es, en un combate por la verdad de cada uno de esos objetos de discurso, presentados ellos mismos como si fueran objetos de mundo.

Hay que apuntar que estos órdenes que relacionan poder y verdad en el conflicto armado interno remiten a formas históricas de gubernamentalidad que Foucault (2014[1979-80]: 32-38) refiere, en un sentido más general, como dos maneras modernas de establecer la relación entre gobierno y verdad: «especificación científica de la evidencia» e «inversión de la competencia particular en despertar universal»; procesos estos que son encarnados en las figuras de Saint-Simon y Rosa Luxemburgo, respectivamente²¹⁵. La principal característica de estas formas de relación poder-verdad, de estos modos aletúrgicos, es la apropiación de lo verdadero en función de una objetividad de lo real que los sujetos harían aparecer, como operadores (no como creadores) de la verdad. No hay lugar, en este sentido, a la posibilidad de desestabilizar aquello que se presenta como verdadero, pues los sujetos se encargan de remarcar un distanciamiento con respecto a la objetividad de la verdad que les permitiría referirla y reportarla sin afectarla. Los modos aletúrgicos desplazan el reconocimiento de puntos de vista por la declaración asertiva de lo que viene al sujeto desde un afuera de él; espacio de verdad en el cual su agencia se da como acción de repetibilidad y de diseminación,

²¹⁵ Otras formas históricas en que se han puesto en relación la manifestación de la verdad y el ejercicio del poder serían la razón de Estado, en el siglo XVIII; la racionalidad económica y el principio de evidencia de los fisiócratas; y la gubernamentalidad basada en el terror (Foucault, 2014[1979-80]:32-38).

cuando no como solo presencia: el sujeto es testigo de la verdad.

Ahora bien, adhiriendo a la idea de que «no se puede dirigir a los hombres sin llevar a cabo operaciones en el orden de lo verdadero» (Foucault, 2014[1979-80]:37), he presentado como una de esas operaciones principales las esquematizaciones particulares que hacen a los objetos discursivos relevados. En el marco de la lógica natural (Grize, 1996), esa operación queda inscrita en una visión argumentativa de la interacción social: el acto de dar a ver representaciones verosímiles que ejerzan influencia sobre los auditorios particulares al intervenir sobre sus creencias. Dar a ver es también hacer existir un objeto específico para un otro también específico; en esa medida, no hice énfasis en una formalización lógica de la construcción de los objetos, sino en los sentidos que sus componentes, relaciones y acciones invitaban a construir a los destinatarios particulares. Teniendo en cuenta que «ninguna argumentación persuade por sí misma, sino que, más bien, lleva al receptor a persuadirse a sí mismo» (Grize, 2004:51), las esquematizaciones discursivas presentadas quisieron avanzar más allá de la descripción de los sentidos construidos, hacia el análisis de los recursos que pusieron en juego para solicitar que los interlocutores construyeran esos sentidos²¹⁶.

El relevamiento de los objetos discursivos *unidad*, *héroe* y *paz* respondió a una selección crítica de los objetos -entre otros que es posible rastrear en el corpus- donde se transparenta con mayor claridad la solicitud a los auditorios de construir un sentido general sobre la guerra. Expresé ese sentido asociando la *unidad* con la urgencia (de la revolución o de la prosperidad, en cada caso), el *héroe* con la ética sacrificial (puestas antagónicamente) y la *paz* con la victoria autoatribuida por cada bando. Pese a que me referí por separado a la construcción de esas esquematizaciones en los objetos, lo cierto es que forman parte de un sentido más general en el cual se construye el conflicto armado en términos de vencedores, invencibles y no vencidos. Se trata del borramiento del sujeto vencido, es decir, de la justificación de la guerra en función del imperativo de objetivos superiores, la trascendencia heroica de la muerte y la posibilidad de ganar sin haber derrotado militarmente al enemigo. Las discursividades, así, construyeron una guerra donde no existía la posibilidad de ganar o perder, sino la opción única del triunfo y, por tanto, la presentación de las pérdidas como formas de la victoria.

A ese sentido del triunfo como opción única contribuyó la extensión histórica del

²¹⁶ Grize (1996:118) conecta esta idea con la perspectiva problematológica de Michel Meyer: *Une schématisation apparaît ainsi non tellement comme l'expression discursive d'un sens que comme une sollicitation à construire un sens. Une autre façon d'envisager la chose est de se situer dans le cadre de la problématique telle que la conçoit Michel Meyer. L'idée en est que tout énoncé est réponse à une question. Dès lors lui donner un sens 'consiste à questionner une réponse en tant que telle'.*

conflicto, dado que una guerra prolongada permite reescribir, en los términos de cada actor, las derrotas como batallas, justificaciones y motivaciones para la persistencia de la lucha. Pero también resultó fundamental ese momento político en que el conflicto armado ya no pudo escapar de su inercia; si ninguno de los bandos iba a ganar ni a perder la guerra, había que desplazar las acciones y los discursos militaristas para convertirlos en un espacio donde insertar la apertura de unos nuevos diálogos de paz entre el gobierno y la guerrilla. Una inserción compleja, que tendría que contar con la aceptación de sectores de poder y de la ciudadanía en general, para evitar su fracaso estrepitoso. El final del *fin del fin* es el proceso de ese desplazamiento de la promesa de la derrota militar por la realidad creada de la victoria política.

Así como la visión clásica de la erística insiste en presentarla como un combate verbal cuyo único objetivo sería ganar -tener la razón- a cualquier precio, la erística del decir verdadero en el conflicto armado colombiano hizo de la victoria también el único argumento aceptable que permitiría avanzar hacia el proceso de paz. Las discursividades simplificaron el difícil momento histórico del conflicto esquematizando objetos singulares, pero compartidos, en torno a la victoria urgente, heroica y pacificadora de cada bando. En esta primera aproximación a los modos aletúrgicos de la serie de discursos estudiados, queda claro que la introducción de la verdad en el combate político tuvo su punto de anclaje en la justificación de las acciones y decisiones que los discursos debían elaborar para ser reconocidos como legítimos, tanto en su momento de producción, como en su proyección hacia el complejo viraje de la escena política que vendría con los diálogos de paz. En el próximo capítulo propongo avanzar en este análisis de los modos aletúrgicos en la oposición política, revisando el problema de la *historización* en los discursos gubernamental y guerrillero.

Capítulo 7.

La historia en disputa: generación de confianza y desconfianza en el decir verdadero

En este capítulo analizo la conducción de la confianza y la desconfianza en la historización que realizan los discursos gubernamental y guerrillero. Se trata de una dimensión que emerge en ambas discursividades a través de modos distintos de relacionar las instancias del pasado, el presente y el futuro, y de inscribirse en ellas como sujetos sociales. A través de la historización de la confianza y la desconfianza, los discursos transforman y construyen versiones del pasado como la ‘verdad histórica’ del conflicto, basada en los registros del presente y en los legados o herencias proyectadas.

El discurso guerrillero se concentró en las relaciones presente-pasado y en el énfasis en un sentimiento de indignación histórica con respecto a las élites en el poder, dentro de la contradicción entre oligarcas/burgueses y guerrilleros/campesinos; lucha permanente que avanza del resentimiento a la indignación, especialmente a través de la actualización permanente del mito fundacional de la guerrilla. El discurso gubernamental, por su parte, enfatiza en las relaciones presente-futuro y presenta al primero en el marco de una excepcionalidad exitosa, de un momento glorioso de consolidación de la Política de seguridad democrática y de transición hacia la Prosperidad nacional, que le permite al Presidente y a los militares hacer historia y ser recordados.

A partir de la divergencia entre los tipos de relaciones que los discursos establecen con lo histórico, emerge una constante acusación de engaño endilgada al enemigo político. La denuncia de la mentira en el otro no se limita a la inculpación de intenciones oscuras, sino que además avanza hacia el reclamo de la verdad y la urgencia de su circulación en el espacio público. Esta regularidad se sostiene sobre la desconfianza mutua en el decir -pero sobre todo en el callar- del oponente; la omisión o el silencio en clave de acusación de engaño son, así, núcleos duros del distanciamiento entre los actores.

El capítulo cierra con una enmarcación del discurso de los actores dentro de lo que Foucault (2012[1970-1971]) denomina la “verdad sofisticada”. A través de esta visión, examino las implicaciones con las que cada enunciador debe lidiar al quedar “atado” o “adherido” a sus propios enunciados y a las memorias que activa cuando expone su decir en el espacio público. En este sentido, el discurso verdadero en el marco erístico nada informa sobre el estatuto empírico de la verdad, sino sobre la relación del sujeto con lo que él mismo enuncia; esa relación es también una lucha por mostrarle al auditorio que se es capaz de persistir en lo ya-dicho, de repetirlo en aras de ganar su confianza y credibilidad. Es ese “decir lo mismo”, que define la verdad sofisticada, la condición del juego erístico en el que están introducidos los actores del conflicto desde la oposición fundamental de vencer/ser vencido; por tanto, es también lo que explica la repetibilidad en la textura discursiva y los recorridos circulares de la enunciación que persisten en las mismas formas de afianzarse y de oponerse al enemigo.

7.1 La indignación histórica contra la coyuntura excepcional del presente

«No quiero pasar a la historia como otro presidente que fue ingenuo con la guerrilla», decía Juan Manuel Santos en una entrevista a mediados de 2014 (wradio.com, 2014, mayo 8). Casi dos años después de haber iniciado el proceso de paz con las FARC-EP, los discursos de los actores no habían logrado deshacerse de la desconfianza que generó esa decisión y de la sospecha sobre las *verdaderas* intenciones, tanto de la guerrilla como del gobierno. Ese panorama, cuyos antecedentes inmediatos rastreo en el periodo 2010-2012, introdujo con énfasis el tópico de la historia para disputarla con el enemigo en diversos sentidos: desmentirla, ajustarla, reescribirla y utilizarla como argumento en torno a la confianza o la desconfianza. A partir de esos usos, la historia se ofreció a sí misma más como objeto de evidencia que como producto del discurso²¹⁷; el pasado histórico funcionó abiertamente como herramienta de combate.

Una forma dominante dentro del modo erístico de la oposición política es la presentación del pasado en clave de indignación histórica o de superación victoriosa, en los discursos guerrillero y gubernamental, respectivamente. Este contraste está regido por dos representaciones antitéticas sobre el cambio: en el primer sentido, se desarrolla la percepción de una inmutabilidad de la historia, es decir, la idea de que *nada ha cambiado* en el país y que el presente es la continuación de los mismos males sociales, ahora actualizados. En el segundo sentido, desarrollado en el discurso gubernamental, *todo ha cambiado* hacia la mejora en tránsito de las condiciones sociales en el país y, por tanto, el presente es concebido como un momento de excepcionalidad exitosa. Esta tensión entre continuidad y cambio, que mostraré más adelante de manera menos simple, se encuentra en la base de dos formas de

²¹⁷ Sigo aquí la posición de White (2003, 2010) con respecto a la condición discursiva y narrativa de la historia: «El término ‘historia’ nombra un modo de existencia que es definitivamente construcción pero que se ofrece a sí misma como objeto encontrado, como algo ya conformado por los agentes muertos ya hace tiempo y como si en sí misma fuera irrevisable. Pero la historia es, según mi forma de ver, construcción, más específicamente un producto del discurso y la discursivización» (White, 2003:43). «El pasado histórico es una construcción realizada seleccionando en el marco del amplio espectro de todos los eventos del pasado humano, un conjunto específico de aquellos eventos para los que pueden establecerse lugares y tiempos específicos de acaecimiento, y que pueden ser encuadrados en relatos diacrónicamente organizados de la auto-constitución de un grupos a través del tiempo» (White, 2010:124).

*historizar*²¹⁸ a través de los discursos contrapuestos. Dos historizaciones, entonces, como procedimientos y productos que, en ambas discursividades, tienden hacia la instalación de la *verdadera* historia del conflicto, ubicar lo histórico en el centro de la disputa y reescribir el pasado a través de historiografías propias.

7.1.1 La historización de las FARC-EP: resentimiento, indignación y mito fundacional

Desde temprano, las FARC-EP se mostraron como una guerrilla preocupada por historizar los avatares de su lucha armada y asentar una versión particular del pasado en los documentos programáticos y formativos de la organización. A lo largo de más de medio siglo, la guerrilla ha producido una abundante bibliografía propia en ese sentido (Medina, 2009a), conformando una serie de discursos en los cuales las escenas historiográficas resultan predominantes: el relato del pasado se orienta a reescribir la historia oficial y utilizar esa reescritura como una herramienta de oposición política con múltiples funciones: adoctrinar a las tropas, exhortar a la rebelión, responsabilizar al enemigo y radicalizar sus posturas políticas a partir del aprendizaje de la historia como argumento²¹⁹.

Pese a que no me concentraré en la serie de lo que podría llamarse *discursos programáticos historiográficos* de la guerrilla, mencionaré algunos fundamentales, por su actualización recurrente en la serie 2010-2012. El primero de ellos se conoce con el nombre de *Programa Agrario de Marquetalia*, fechado el 20 de julio de 1964 (durante la Conferencia del Bloque Sur) y ratificado en la conferencia guerrillera de 1993. Redactado por Jacobo Arenas, constituye el símbolo del origen campesino de esta guerrilla, la transformación de las autodefensas campesinas en guerrillas móviles y el anclaje en la memoria de los fundadores marquetalianos, es decir, de los campesinos que sobrevivieron al cerco militar en el ataque de las Fuerzas Armadas al asentamiento de Marquetalia. El documento, que asume la forma

²¹⁸ Al respecto de la opción por el uso de este término, me baso en la entrada de la Fundación del Español Urgente (FundéuBBVA, 2016) <http://www.fundeu.es/consulta/historificar-historizar-2517/>: «Los verbos historificar e historizar existen, según el Diccionario del español actual, con las siguientes acepciones: 'Dar carácter histórico [a algo]' y 'Tomar [algo] carácter histórico'. En el ámbito de los sistemas de gestión, este verbo ha podido especializarse para significar 'archivar en un histórico' y si el DRAE no lo recoge es posible que sea porque considere que su uso se reduce a un campo muy específico». Las acepciones que recoge el DRAE para *historiar* remiten a sentidos distintos a los desarrollados en este capítulo.

²¹⁹ Algunas lecturas reducen la introducción de la historia en el discurso guerrillero solo a esta última función: «las FARC-EP aprenden de la historia al mismo tiempo la (re)interpretan y –en lo que puede ser un círculo hermenéutico fatal– aprenden a partir de la historia que ellos han reinterpretado (...) Las viejas doctrinas del marxismo leninismo ortodoxo no fueron archivadas ad acta, sino adecuadas a nuevos conceptos. La 'Historia como argumento' la utilizan las FARC-EP en este contexto para afirmar lo tradicional de su política actual, así como adecuarla y renovarla sin innovar, o sea, para hacer surgir la apariencia de una renovación reformadora mientras que la renovación misma se radicaliza» (Zinecker, 2013: 70 y 83).

típica de un manifiesto, explica el levantamiento armado como un efecto de la violencia de Estado y establece los objetivos políticos de la lucha armada, todos alrededor de la postulación de una reforma agraria. Ese proceso de victimización conecta y homogeneiza un extenso pasado nacional de violencias disímiles en una línea de continuidad que presentan con el sintagma *cinco guerras* y la enumeración consecutiva:

Nosotros somos nervio de un movimiento revolucionario que viene de 1948 (...) Contra nosotros se han desencadenado en el curso de los últimos 45 años, *cinco guerras*: una, a partir de 1.948; otra, a partir de 1.954; otra, a partir de 1.962; otra, a partir del 18 de mayo de 1.964 cuando los Altos Mandos declaran oficialmente que ese día empezaba la "Operación Marquetalia"; y esta que enfrentamos a partir del 9 de diciembre de 1.990 (FARC-EP, 1964-1993, Programa Agrario).

Las sucesivas guerras son unidas a través del tópico contrarrevolucionario y anticampesinista, desde la confrontación entre liberales y conservadores, en la época de *La Violencia*, extendiéndose en el tiempo como mutaciones de una misma agresión original de las élites gubernamentales. La reconstrucción continuista del pasado es, pues, el modo en que se justifica la permanencia del levantamiento armado contra los ciclos inmutables de la violencia perpetrada como una política de Estado. La continuidad instala la visión de una historia circular, como queda sugerido en el *Esbozo histórico*, documento publicado en 2005:

[D]esde 1948, los distintos gobiernos han procurado barrer la oposición política y la protesta ciudadana. Han estimulado, desarrollado y alcahueteado la criminal política del "enemigo interno" que deja manos libres a las Fuerzas Armadas para adelantar la guerra sucia, desapareciendo, asesinando, torturando y atropellando a todos los que se manifiesten contradictores del régimen (FARC-EP, 2005:92).

En esa reescritura de la historia oficial, el *Esbozo* insiste en la presentación de la guerrilla como víctimas perseguidas por contradecir las políticas de los gobiernos de turno. Oposición política y protesta ciudadana violentada son los modos en que la insurgencia guerrillera pretende instalarse en el mapa de la historia del conflicto armado. Los documentos historiográficos cumplirán con reforzar esa posición reclamada a través de la invocación de una historia *objetiva, real y verdadera* sobre los orígenes y la permanencia de la lucha armada:

[E]l propósito de este libro, es brindar al desprevenido lector, un esbozo histórico que le permita observar con objetividad algunas de las causas que dieron origen y que mantienen

viva la guerra prolongada que libramos (...) Nuestro propósito también alberga la intención de abrir apenas la puerta del entendimiento, la comprensión del fenómeno, para concitar la imaginación del lector a fin de que pueda zambullirse en la realidad y no siga siendo asaltado por la guerra mediática en manos de los poderosos. Creemos que esta lectura dejará la impresión cierta de quienes somos, de dónde provenimos y hacia dónde nos encaminamos y por tanto se tendrá una imagen más completa y justa de nuestra confrontación con la oligarquía colombiana y el imperialismo (FARC-EP, 2005:13-14).

La clave de su historización será, entonces, la postulación de una verdad histórica que desmienta el relato oficial y reivindique la lucha armada como reacción justa o efecto obligado de la violencia estatal. La conciencia de la necesidad de un relato no oficial del conflicto, más allá de sus usos doctrinarios y formativos, muestra la introducción de la verdad histórica como eje principal en torno al cual giraría la aceptabilidad de la guerrilla como actor social y su inscripción en el pasado nacional. La pregunta por cómo se quiere ser recordado resuena en la tendencia a la historización en la discursividad guerrillera. Así aparecía desde la década del 70 en la presentación de los *Cuadernos de campaña*, supuesto diario de Manuel Marulanda Vélez publicado por el Partido Comunista, y se conserva en una cartilla de formación para reclutas, aparecida en 2011:

La tragedia de la historia real consiste, generalmente, en que sus intérpretes encargados de narrarla a generaciones que no la conocieron objetivamente suelen distorsionarla vertiéndola al través de su prisma subjetivo, parcializado o unilateral, negando de esta manera en su historia escrita el derecho de los acontecimientos de haber sucedido así como se presentaron (Marulanda, 1973:2).

Una antorcha alumbrando con sus llamas en la oscura noche de la manipulación y el engaño. Eso es MARULANDA Y LAS FARC PARA PRINCIPIANTES. Un cuestionamiento a la mentira que ha pretendido tergiversar la historia de una gesta insurgente que tiene como alma el anhelo del pueblo, el sueño de justicia y libertad de los humildes (FARC-EP, 2011:1).

La disputa se dirige hacia la apropiación de la verdad histórica y su recuperación o reparación, al acusar al enemigo de mentir y manipular el relato de los hechos del conflicto. La historiografía se convierte así en prueba de la infamia: es la forma inescrupulosa en que el enemigo la vuelve instrumento a su favor en medio del combate; una forma de violencia coordinada con la denuncia de la agresión física, que enfoca la confrontación en la antítesis verdad/mentira:

Hay verdades que incomodan a las clases que detentan el poder y a sus portavoces, como la de que la violencia es la característica principal de su *conducta política*, y por eso lanzan a escena todo su tinglado mediático para hacer de sus trampas y mentiras “verdades oficiales” (FARC-EP, 2011, mayo 28).

Al poner en perspectiva histórica el engaño acometido por el enemigo se reprobaba la mentira como conducta política y, por tanto, el relato de la historia es reubicado en el escenario de la disputa por el decir verdadero en la democracia. El adjetivo en las construcciones *historia oficial* y *verdad oficial* vincula la idea de lo estatal con la manipulación y el engaño como medios para garantizar la continuidad del orden injusto y violento. No se trata aquí del reconocimiento de una pluralidad de versiones sobre la historia, sino más de la reprobación de una de esas versiones -la oficial- como mentira que debe ser corregida por la verdad sin adjetivos. Las reformulaciones del discurso gubernamental intentan, precisamente, esa reparación del decir verdadero:

el desvarío del fin del fin de la guerrilla, de la proximidad de una derrota de la insurgencia, que nunca llegará, y que viene siendo pregonada desde 1964 para justificar la obsesión militarista de un sector de la oligarquía, por temor, por físico miedo, a una solución política que demanda el fin de sus privilegios (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Lo que Santos busca en el Cauca o la Sierra Nevada de Santa Marta, como fiel heredero de los conquistadores y encomenderos españoles, es comprar con espejitos y pequeñas migajas que halaguen la recién fomentada ambición de algunos caciques indígenas, la pasividad y el sometimiento de sus gentes ingenuas (FARC-EP, 2012, julio 22).

La proyección de los hechos del presente hacia el pasado le permite al discurso guerrillero enunciar una verdad cuyo principal prueba de validez sería la historia. Por esa razón, la tesis del *fin del fin* es calificada como un *desvarío* contradicho *de facto* por la duración y existencia activa de la guerrilla. Asimismo, Santos es presentado como *fiel heredero* de los colonizadores españoles para responsabilizarlo por la expoliación milenaria y el atropello contra los pueblos originarios. La activación de ese sentimiento anticolonial actualiza la historia de las épocas de dependencia y dominio extranjero de manera recurrente, en clave de lucha de clases, antiimperialismo y anticapitalismo:

Los niveles de marginalidad y exclusión en éste departamento están anclados en las relaciones establecidas durante el periodo colonial, de amos-esclavos (FARC-EP, 2011, marzo).

Cincuenta años atrás esas mismas comunidades poblaban extensas áreas del departamento. Y peleaban con arcos y flechas por sus tierras. Hoy habitan refugiados en los riscos más escarpados, de donde serán expulsados por la inhumana explotación global capitalista, que predeará zonas de reserva y parques naturales en bien de la ganancia de los accionistas. Igual suerte correrán las comunidades campesinas de colonos y cultivadores. (...) Se trata de *la misma historia que ha ocurrido en este país por décadas. Por siglos*. Una casta enquistada en el poder ha puesto siempre por delante sus intereses y los del amo extranjero antes que los de sus nacionales (FARC-EP, 2012, febrero 28).

La negación del cambio histórico va borrando las diferencias entre pasado y presente, de manera que *la misma historia* sea vivida o sufrida sin importar la época; así como la creación del enemigo único, representado en las élites en el poder, permitía delimitarlo y amplificarlo negativamente, del mismo modo el desprendimiento de la temporalidad opera en función de la provocación de sentimientos adversos contra esa oligarquía denunciada. El resentimiento político se sustenta en esa atemporalidad del mal que hace del enemigo una figura proteica e iterativa:

¡La tragedia se ha repetido! Los tiempos son distintos, pero sus protagonistas siguen siendo los mismos (FARC-EP, 2011, abril 8).

La presencia permanente del mal vehicula el resentimiento y convierte toda denuncia en un problema moral, cuya sanción se agrava por el hecho de su perdurabilidad. Las imputaciones construyen las acciones puntuales que refiere cada denuncia como conducta habitual y natural de los enemigos. Hacer esencial el mal en el enemigo a través de su inscripción en la larga y continua cadena de la historia viene a ser la principal herramienta de construcción del resentimiento político:

El *asesinato sistemático* de civiles en estado de indefensión por parte de militares y policías, y su posterior presentación como “guerrilleros dados de baja en combate”, es *una práctica institucional* en Colombia, desde el año de 1948 (FARC-EP, 2011, junio 16).

Vituperaron su cadáver con sevicia. Semejante espectáculo *es propio* de quienes lo ejecutan, delfines de quienes *desmembraron* a Túpac Amaru, *descuartizaron* a José Antonio Galán, *dispararon* a traición al Mariscal Antonio José de Sucre, *envenenaron* al Libertador Simón Bolívar, *mataron* a Gaitán, *asesinaron* a sangre fría y *cortaron* las manos al Che. Sobre ellos pesa el genocidio de muchas generaciones de luchadores y mártires que claman justicia (FARC-EP, 2012, abril).

En la provocación del resentimiento político, la imputación de crímenes estatales es presentada en series encadenadas históricamente. Estas series enfatizan en la infamia de las

acciones no solo a través de la acumulación, sino también de las selecciones léxicas que las presentan: *vituperaron, desmembraron, descuartizaron, dispararon, envenaron, mataron, asesinaron, cortaron*. El efecto de amplificación del resentimiento cubre tanto la intensidad (profundidad) de la falta reprobada como su persistencia en el tiempo (duración); de ahí que involucre directamente una autorrepresentación victimista de quien sufre la falta.

Esencialmente reactivo contra una realidad que se percibe como injusticia, el resentimiento político activa una escala de valores (Danblon, 2005:162) en la cual quien se presenta como víctima queda redimido por su propia condición de doliente. Como señala Angenot (1994:6), estar encadenado, ser impotente, ignorante y violentado es precisamente lo que eleva la moral del resentido y lo autoriza como superior al agresor; así, si bien el resentimiento resulta ser una suerte de emancipación, se trata en realidad de una emancipación radicalmente alienada, dependiente de la condición oprimida (Angenot, 1994:11). El juicio de injusticia sobre el pasado se extiende hasta el presente y se concentra en la producción de una *axiología invertida*, desde la cual

la bajeza y el fracaso son índices de mérito y superioridad. Los instrumentos y productos de esta superioridad son condenables por la naturaleza de las cosas usurpadas y devaluadas a la vista de alguna trascendencia moral que el resentimiento ha construido. La axiología del resentimiento viene a la vez a radicalizar y moralizar el odio del dominante. El éxito es el mal, el fracaso la virtud. Esta fórmula es la “genealogía de la moral”, en el sentido nietzscheano (Angenot, 1994:5; 2008:345).

Al valorizar, entonces, la posición victimizada se denuncian como perversos los valores del dominador y la producción de sentidos políticos queda sujeta a la dimensión moral y moralizante del resentimiento que busca provocarse como sentimiento enfatizado (*re-sentir*), absoluto y radical. En ese mismo sentido, para Sloterdijk (2010[2006]), el resentimiento, al igual que el orgullo y la necesidad de autoafirmación, han sido capitalizados políticamente en los procesos de producción de la cólera dentro de la tradición social de occidente; los brotes de ira, según el autor, son almacenados y transformados en arsenales acumulados de odio histórico que se utilizan como armas letales contra los enemigos políticos. Se habla, pues, de una instrumentalización política del resentimiento a través del cual la producción de cohesión e identidad se basa en el recuerdo permanente de las faltas históricas del enemigo: tal es la manera como las ideologías de la exclusión han construido una idea de superioridad moral

frente a los grupos sociales externos a colectivos impermeables²²⁰.

Quedan implicados, entonces, dos sentidos sobre el resentimiento político: es al mismo tiempo un acto de memoria y el producto de una interpretación sobre la historia. Como acto de memoria, los discursos resentidos seleccionan y complementan los relatos de la historia sobre la base del juicio de injusticia; como interpretación, los discursos revisan el pasado y construyen el relato que pretende desmentir la narrativa establecida e instalar la verdadera, basada en el estatuto de lo real-ocultado. Al asumir la forma de las escenas enunciativas historiográficas, los discursos originados en las dinámicas políticas capitalizan el *efecto de realidad* que es propio del discurso histórico, como lo advierten Barthes (1967[1987])²²¹ y White (2003)²²². La pretensión de objetividad del relato histórico lo confunde con la propia realidad histórica, borra la dimensión interpretativa del pasado y presenta como verdadera una reescritura anclada en el resentimiento. Es a partir de ese anclaje que los discursos combaten con los de sus enemigos en clave erística: son inobjetables, pues la historia los prueba; son dignificantes, pues ponen en evidencia la mentira, recuperan y hacen valer el

²²⁰ Angenot encuentra este mismo sentido en las ideologías nacionalistas tanto de derecha como de izquierda: «el resentimiento está primero, es lo que suelda a la comunidad nacionalista, la tribu identitaria cuya cohesión resulta de la repetición tenaz y colectiva, de heridas y rencores. El resentimiento hace las ideologías nacionalistas e identitarias, las engendra, las sostiene, las nutre» (Angenot, 2008b:8). [*L]es idéologies de ressentiment ne sauraient être abordées comme un authentique «cri du peuple», elles sont la production d'oligarchies d'idéologues ayant reçu ou prétendant avoir reçu «délégation» des leurs qui, en raison de la charité bien ordonnée, se servent de l'idéologie qu'ils prônent en vue de bénéfiques personnels* (Angenot, 1994:12).

²²¹ Según Barthes (1967[1987]:175-177), «el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la 'copia' pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la 'realidad'. Este discurso es, sin duda, el único en que el referente se ve como exterior al discurso, sin que jamás, sin embargo, sea posible acercarse a él fuera de ese discurso (...) el referente entra en relación directa con el significante, y el discurso, encargado simplemente de *expresar* la realidad, cree estar economizando el término fundamental de las estructuras imaginarias, que es el significado. Como todo discurso con pretensión 'realista', el de la historia no cree conocer, por tanto, sino un esquema semántico de dos términos, el referente y el significante: la confusión (ilusoria) del referente y el significado define, como sabemos a los discursos sui-referenciales, como el discurso performativo; podría decirse que el discurso histórico es un discurso performativo falseado, en el cual el constatativo (el descriptivo) aparente no es, de hecho, más que el significante del acto de palabra como acto de autoridad. En otros términos, en la historia 'objetiva' la 'realidad' no es nunca otra cosa que un significado informado, protegido tras la omnipotencia del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el *efecto de realidad*. La eliminación del significado, fuera del discurso 'objetivo', permitiendo que aparentemente, se enfrente la 'realidad' con su expresión, nunca deja de producir un nuevo sentido. La estructura narrativa, elaborada en el crisol de las ficciones (por medio de los mitos y las primeras epopeyas), se convierte en signo y, a la vez, prueba de la realidad».

²²² «[s]e supone que los acontecimientos históricos consisten en -o manifiestan- cúmulos de relatos reales o vividos que tienen tan sólo que ser descubiertos u obtenidos a partir de las pistas y exhibidos ante el lector para reconocer su verdad inmediata e intuitivamente. Obviamente, considero que esta concepción de la relación entre la narración histórica y la realidad histórica es ingenua o, al menos, está mal concebida. Los relatos, como los enunciados fácticos, son entidades lingüísticas y pertenecen al orden del discurso (...) las narraciones no constan solamente de enunciados fácticos (proposiciones existenciales singulares) y de argumentos; constan también de elementos poéticos y retóricos a través de los cuales lo que de otro modo sería una lista de hechos se transforma en relato» (White, 2003:190-191).

derecho de todos a la verdad.

Del resentimiento a la indignación histórica

En los discursos analizados, el resentimiento deviene en indignación histórica así como las acusaciones se convierten en imputaciones, las interpretaciones en hechos probatorios y las acciones políticas en conductas morales. La lógica sobre la cual se asientan esos desplazamientos tiene que ver con la hipertrofia de las transgresiones a la justicia, que exhorta al desbordamiento de la emoción contra los transgresores señalados. Se trata, entonces, de la emoción paradigmática de la acción política y la principal fuente de la esperanza en torno a grandes cambios sociales, que lleva a confundir los sufrimientos genéricos con los específicos (Danblon, 2005:177) y a hacer universal una cruzada por la recuperación de la dignidad colectiva:

La guerrilla no será derrotada ni política ni militarmente, porque tiene sus raíces en lo profundo de la lucha popular y se nutre de sus logros. Su existencia no es producto de *la idea de unos pocos*. Su origen es *la defensa del pueblo, de la vida misma, de la dignidad* (FARC-EP, 2011, agosto).

La resistencia popular y la heroica lucha armada guerrillera son las más dignas y altas expresiones de *la rebeldía y la dignidad de un pueblo* que se ha negado a aceptar dócilmente el destino impuesto por los poderes dominantes (FARC-EP, 2011, diciembre 27).

El paso del resentimiento a la indignación deja ver el énfasis en la construcción de emociones colectivas, ligadas al sentimiento popular, que hacen de los resentidos individuales representantes de pueblos enteros. La guerrilla, nos dicen las citas, no es *la idea de unos pocos*, sino *la rebeldía y la dignidad de un pueblo* y, por tanto, la conjugación de voluntades cuyo poder estriba precisamente en lo colectivo y en la trascendencia de la lucha más allá de las necesidades individuales o locales; la escala que se va amplificando en el encadenamiento nominal *la defensa del pueblo, de la vida misma, de la dignidad* es una huella de esa gestión totalizadora del sentimiento. En esa medida, la desmovilización de la guerrilla es presentada como una rendición que traicionaría la dignidad misma; es, en síntesis, inconcebible:

[Periodista]: ¿Qué condiciones exigen ustedes hoy para desmovilizarse?

[Alfonso Cano]: Desmovilizarse es *sinónimo de inercia*, es *entrega cobarde*, es *rendición y traición a la causa popular y al ideario revolucionario* que cultivamos y luchamos por las

transformaciones sociales, es *una indignidad* que lleva implícito un mensaje de desesperanza al pueblo que confía en nuestro compromiso y propuesta bolivariana (FARC-EP, 2011, junio 16).

En la cadena designacional construida para la acción de desmovilizarse, la *indignidad* sintetiza el rechazo a la idea de entregarle las armas al gobierno en una futura negociación de paz. Este inamovible hará que en los diálogos subsecuentes se hable de '*dejación*' y no de entrega de armas ni desmovilización, por estar asociadas estas últimas designaciones con la claudicación de la lucha guerrillera. Desde el principio del gobierno de Santos, el discurso guerrillero condicionó un posible proceso de paz al reconocimiento de la dignidad de la lucha insurgente y la presentación del intervencionismo estadounidense como una prueba de la indignidad de la gestión gubernamental. Para el primer semestre de 2012, durante los acercamientos secretos con el gobierno, el discurso guerrillero sostuvo la indignación como bandera política en torno a la contradicción de la tesis del *fin del fin* y la justificación del levantamiento armado en clave histórica:

Es un mensaje al pueblo colombiano de decisión, de que aquí en las FARC nadie está amilanado. Estamos es absolutamente llenos de dignidad y de moral, moral de combate (...)

Hablemos de la indignidad que representa tener en Colombia siete bases con tropas militares de los Estados Unidos de Norteamérica. *¡Es una indignidad!* (FARC-EP, 2010, julio 29).

En el 2012, las FARC-EP desarrollan una de las más grandes dinámicas en su accionar militar de los últimos años, echando por tierra la *quimera del Fin del fin de la guerrilla*, enarbolada por el gobierno para confundir a la población, que hoy levanta su indignación y rebeldía contra las injusticias del sistema capitalista y las políticas de despojo y saqueo del gobierno de Juan Manuel Santos (FARC-EP, 2012, marzo).

En la serie histórica que nos ocupa, como vemos, la indignación permanece enfatizada en el discurso guerrillero, involucrando con mayor o menor explicitud el tema de los diálogos de paz proyectados con el Gobierno. La idea de sentarse a negociar el fin del levantamiento armado no podía parecer una rendición decidida por la cúpula guerrillera; derrota que los diversos frentes, además, rechazarían en forma de críticas internas o de disidencias descontroladas. El recurso a la indignación funcionó aquí como catalizador de ese giro hacia la salida negociada del conflicto, bajo el razonamiento de que la reparación final de la dignidad guerrillera siempre había sido representada por el escenario del diálogo:

El 27 de mayo de 1964 marca el inicio en Marquetalia de 47 años de dignidad y ejemplar epopeya de resistencia insurgente antiimperialista por la Nueva Colombia (FARC-EP, 2011, junio 9).

Desde las cartas de los campesinos de Marquetalia hasta nuestra actual política de paz, pasando por la Unión Patriótica y los diversos escenarios de diálogo, hemos sido siempre abanderados de la solución política y de la paz con dignidad y justicia social (FARC-EP, 2012, mayo 26).

La indignación en perspectiva histórica permitiría extender el relato de la lucha armada en defensa propia, desde los lejanos hechos de Marquetalia hasta el periodo que nos ocupa. Se trata de un uso instrumental de la historia para poner en el primer plano de la escena la victimización de los guerrilleros actuales como si fueran los mismos campesinos de 1964, con lo cual se traduce en un medio erístico que reduce al enemigo al silencio, porque lo despoja de cualquier autoridad moral para contradecir el sentimiento indignado²²³. Me detendré en la importancia de ese retorno permanente del mito fundacional y el uso que se le dio en la coyuntura militar y política del primer bienio presidencial de Santos.

La indignación por la inmutabilidad histórica o el eterno retorno de Marquetalia

Elevado a símbolo, el ataque y resistencia en Marquetalia le sirve a las FARC-EP, más que como un referente histórico, como una condensación o síntesis de las relaciones de poder entre el Estado y la insurgencia, es decir, establece una figura de representación total del todo a partir del recorte de una parte. La simbolización deviene también en idealización de Marquetalia como un mundo rural posible, perdido y arrebatado por la violencia estatal indiscriminada: “Encarna el deseo que tenían los colonos de la frontera, y que quizás aún acarician los combatientes históricos de las FARC, de un mundo ausente de terratenientes y conformado por pequeños propietarios independientes” (Uribe-Calderón, 2007:249).

Presentado como *simiente de la lucha* guerrillera, el ataque a Marquetalia es el ataque del victimario represor contra el campesinado víctima de la Fuerza Pública, y al mismo tiempo, se presenta como justificación directa de la continuidad del levantamiento en armas, que ya venía operando desde la conformación de las *repúblicas independientes* o *zonas liberadas*. *La referencia a la intervención estadounidense* establece la definición del enemigo, y desde el principio promulgará la doctrina antiimperialista: “Es necesario precisar cuál es nuestro

²²³ Como anexo a su estudio sobre la retórica de la confianza y la autoridad, Angenot (2013:389-407) considera que la puesta en escena de la indignación es un medio sofisticado de intimidación, basado en el ataque desde la posición defensiva de la víctima y en el uso de los sentimientos mostrados por el indignado como pruebas con las cuales pretende librarse de tener que argumentar.

enemigo principal para dirigir el filo de nuestra lucha contra él. El imperialismo yanqui es no solamente nuestro enemigo, sino el enemigo de todos los pueblos de la tierra” (Arenas, 1972), discurso que se heredará hasta la actualidad de la serie analizada, en la comandancia de Timoleón Jiménez:

La oligarquía dominante en Colombia, apoyada sólidamente por los gobiernos de los Estados Unidos, lleva ya casi 50 años apostándole al exterminio de las guerrillas (FARC-EP, 2012, octubre 1)

La doctrina del enemigo externo sustentará la contraofensiva del grupo guerrillero desde sus orígenes, adscribiéndose a la lucha contra el capitalismo y la dominación extranjera:

El 27 de mayo de 1964, bajo la presidencia del conservador Guillermo León Valencia (1962-1966), las Fuerzas Militares desatan la operación Marquetalia, bajo los lineamientos generales del Plan Lazo, *Latin American Security Operation*, diseñado por el Pentágono estadounidense y la Embajada Norteamericana, *para que de una vez por todas quede claro de dónde partieron en última instancia las órdenes de la operación militar*. Comienza la operación militar contra Marquetalia, el más grande operativo militar realizado hasta el momento en Colombia. Es el comienzo de nuevo de la resistencia armada en Colombia. Por meses se combate en la montaña y en la selva y el pequeño y valeroso grupo de 48 hombres se convierte en guerrilla móvil, dirigidos por Manuel Marulanda Vélez, un maestro de la guerra popular guerrillera [...]. El Ejército toma simbólicamente la región de Marquetalia, pero militarmente le fue imposible, a pesar de su nueva concepción contraguerrillera, acabar con la *simiente de la lucha* que había emergido en esas tierras. Esa simiente es la raíz de las Farc-Ep. Marquetalia es pues, *el símbolo* de esta etapa prolongada del movimiento guerrillero moderno de nuestra patria (FARC-EP, 1998).

El Ejército colombiano siempre ha desmentido que la Operación Marquetalia haya sido parte del *Latin American Security Operation* o Plan Lazo, y ha presentado la operación como *Plan Lazo*, ideada y organizada internamente²²⁴. La injerencia norteamericana es la piedra de toque en este punto y ha generado la crítica permanente de las FARC-EP sobre el respeto a la soberanía e independencia nacional por parte de los diferentes gobiernos. La guerrilla no deja de denunciar programas específicos, como el Plan Colombia (vigente desde 1999), señalándolos como “proyectos de intervención militar de Estados Unidos en nuestro

²²⁴ Pizarro (2004a) referencia los estudios de Dennis Rompe sobre la existencia efectiva de un *Plan Lazo* para América Latina, diseñado en Washington en el marco de la política de contrainsurgencia posrevolución cubana, que impulsó el gobierno de John F. Kennedy con la Alianza para el Progreso. Para el autor, es posible que este proyecto global se haya *españolizado* bajo el nombre de Lazo en la también llamada Operación Soberanía contra Marquetalia. Otros autores, como Mackenzie (2007) atribuyen el cambio de *laso* a *lazo* a una estrategia de la propaganda opositora para desacreditar el control del territorio por parte de las Fuerzas Armadas legales.

territorio” (FARC-EP, 2001:61). Así lo presenta el tramo historiográfico en el documento programático titulado *FARC, el país que proponemos construir*:

El Plan Laso, fiel ejecución de las fuerzas militares colombianas a las órdenes emanadas del Pentágono, desembocó en los ataques a las zonas agrarias de Marquetalia, El Pato, Riochiquito y Guayabero [...]. ¡Qué estrellada tan grande la de la oligarquía colombiana y el imperialismo! Si se metieron fue con *los fundadores inmortales* Manuel Marulanda Vélez, Jacobo Arenas, Hernando González Acosta, Isaías Pardo, Isauro Yosa, Rigoberto Lozada, Judith Grisales, Myriam Narváez, y cuatro decenas más de líderes y trabajadores del agro, que concentraban en sí toda la energía y *el valor de un pueblo herido* y dispuesto a luchar hasta el fin por sus derechos (FARC-EP, 2001:41).

La *inmortalidad de los fundadores* es un aspecto clave del mito fundacional: ello encarna en la figura de los *marquetalianos* el modelo del guerrillero: una moral de conducta, caracterizada por la tenacidad, la rebeldía, la persistencia y el origen campesino; se trata aquí de figuras ejemplarizantes en la memoria discursiva del grupo insurgente, invocadas ya no para reivindicarlas, sino para moralizar a los combatientes y, con particular intensidad, a aquellos caídos en combate:

eres símbolo de nuestros prisioneros, aquellos que reciben el maltrato y el odio del sistema, por el solo hecho de ser farianos, de significar la continuidad del ejemplo de Manuel [Marulanda] y de Jacobo [Arenas] (FARC-EP, 2012, octubre 1).

También estos fundadores se presentan como portavoces de la población rural colombiana, con lo cual reconocen los precedentes del socialismo agrario temprano. En la misma referencia al *Plan Laso*, Arenas (1972:10) escribe en el *Diario de la resistencia de Marquetalia*:

Este monstruoso plan pretende ser justificado por el gobierno y los jefes militares con el argumento de destruir “focos de bandoleros”, colocando a un movimiento de trabajadores agrícolas en el mismo plano de los grupos de asesinos organizados en años anteriores por el oficialismo liberal y algunos círculos conservadores, con el objetivo de destruir las organizaciones de los campesinos.

Las FARC-EP siempre buscaron desprenderse de los demás grupos insurgentes que surgieron a raíz de las disputas bipartidistas. Los denominados *bandoleros* hicieron leyenda en la literatura sobre el periodo de La Violencia en Colombia, pero se presentaron más como bandas de reacción violenta que como grupos con orientación política. Precisamente, esta

aspiración política inicial explica la filiación originaria de las guerrillas con el Partido Comunista Colombiano:

Nosotros hemos llegado a todas las partes donde había puertas para golpear, en procura de auxilio para evitar que una cruzada anticomunista, que es una cruzada antipatriótica contra nuestro pueblo, nos llegara, y con nosotros a todo nuestro pueblo, a *una lucha larga y sangrienta*. Nosotros somos revolucionarios que luchamos por un cambio de régimen. Pero queríamos y luchábamos por ese cambio usando la *vía* menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de las masas, las vías legales que la Constitución de Colombia señala. Esa vía nos fue cerrada violentamente y *como somos revolucionarios que de una u otra manera jugaremos el papel histórico que nos corresponde, obligados por las circunstancias arriba anotadas, nos tocó buscar la otra vía: la vía revolucionaria armada para la lucha por el poder* (Arenas, 1972:98).

La reivindicación del guerrillero como revolucionario, bajo el cariz político del socialismo, se articula con la figura del campesino pacífico que es obligado a tomar las armas para ser escuchado. El campesino revolucionario es presentado como el homólogo del proletario de las urbes, dirigido por el idéntico llamado de la historia, es decir, protagonista de la transformación social *como imperativo sociohistórico*.

En distintas ocasiones, Marulanda planteó este esquema de rebelión armada como el sucedáneo causal de las primeras protestas pacíficas de líderes sindicalistas, oprimidas por la violencia del Estado. El alzamiento en armas se presenta, pues, como una *vía* a la cual se llegó de manera obligada, reconociendo y augurando desde sus orígenes *una lucha larga y sangrienta*. Para Pizarro (2004a:4), en este carácter reactivo se sostiene el mito fundacional:

Según este mito, las FARC no surgieron por iniciativa propia, sino como resultado de una agresión externa. El movimiento guerrillero incipiente no habría sido quien le declaró la guerra al Estado, sino, por el contrario, fue el Estado quien le declaró la guerra a las organizaciones agrarias comunistas, las cuales se vieron obligadas a defender su vida mediante las armas.

Desde el mito de origen, las FARC-EP han cumplido también un rol de denuncia de los excesos de la fuerza pública contra la sociedad colombiana. En esa suerte de función veedora, los reclamos se han mantenido más o menos estables con respecto a la legitimación de una violencia estatal oculta tras las políticas contrainsurgentes:

Las Fuerzas Armadas lograron incendiar 100 casas y se apoderaron de 100 fincas. Ocuparon los terrenos abiertos de la región, devoraron 100 000 aves de corral y 10 000 cabezas de ganado; encarcelaron 2000 campesinos; han asesinado más de 200; han torturado decenas de personas. El daño causado a la región se eleva a unos 20 millones de

pesos. *Lograron matar en combate al guerrillero Luis Salgado; con fuego aéreo a Georgina de Ortiz, y con bombas explosivas a dieciocho niños refugiados en la selva.* La "operación" hizo crecer a Marquetalia, provocó el más formidable movimiento nacional de solidaridad e inauguró una nueva etapa de luchas revolucionarias en Colombia. El movimiento agrario de Marquetalia se transformó en movimiento guerrillero con un programa revolucionario y es hoy muchísimo más fuerte y superior de lo que era antes de la agresión (Arenas, 1972:28).

La tortura, el saqueo y la *violencia indiscriminada* contra la población civil configuran una representación de la toma de Marquetalia que sobrevivirá en los posteriores reclamos de las FARC-EP, extrapolada a los demás episodios de confrontación bélica en las zonas campesinas del país. Así lo reiteraba Marulanda, sin grandes diferencias, en los discursos anuales que conmemoraban el nacimiento del grupo guerrillero, y en el histórico comunicado leído por uno de sus comandantes al inaugurar los fallidos diálogos de paz con el presidente Pastrana, en enero de 1999:

34 años de confrontación armada, declarada por el Estado en 1964 a 48 hombres, con asesoría militar y ayuda económica del gobierno de Estados Unidos (...). Huyendo de la represión oficial nos radicamos como colonos en la región de Marquetalia (Tolima), donde el Estado nos expropió fincas, ganado, cerdos y aves de corral, extendiendo esta medida a los miles de compatriotas que no compartían la política bipartidista del Frente Nacional (...). En diciembre de 1990, con el ataque a Casa Verde mediante bombardeos, ametrallamientos y desembarcos, el señor César Gaviria aniquila toda posibilidad de diálogos encaminados a *montar la paz*. Con esta nueva agresión el Ejército oficial se apodera de 300 mulas, 70 caballos de silla, 1500 cabezas de ganado, 40 cerdos, 250 aves de corral, 50 toneladas de comida, destruye puentes de la comunidad, arrasa con las sementeras y quema casas para demostrar el poderío del Estado a través de la fuerza pública. De la misma manera procedieron en 1965 en las regiones de El Pato (Cauquetá), Guayabero (Meta) y Riochiquito (Cauca) (FARC-EP, 1999, enero 7).

El extenso texto enviado por Marulanda a la mesa de negociación de la época recababa en el sentimiento de indignación frente al Estado y la Fuerza Pública colombiana, desde el imaginario marcado del mundo campesino: las fincas, los animales y los alimentos supuestamente arrebatados por el Ejército amplificaban la figura del campesino despojado, la misma que encarnó Marulanda durante 44 años al mando de esta guerrilla. La intención permanente de *montar la paz* por parte de estos campesinos devenidos a la fuerza en guerrilleros, es contrastada con la representación de una Fuerza Pública reprobable y de unos procesos inmutables de violencia estatal.

La presencia de la indignación en el discurso insurgente reviste al relato de la fuerza lírica

del mito; la clave es la figura del campesino compenetrado con la naturaleza, equilibrio en el que irrumpe el hombre ciudadano de las élites, el burgués, con la Fuerza Pública. La clara tensión entre lo rural y lo urbano forma parte esencial del conflicto armado interno en Colombia y usualmente aparece signado por un tono bucólico en la representación del espacio guerrillero: “Así eran siempre las noches de insomnio. Sueños, fiebre alta, mosquitos insoportables. Se escuchaban ruidos de animales selváticos, quejidos humanos, cantar de fuentes, monótona lluvia... una gotera helada sobre el cuerpo de un niño que también soñaba” (Arenas, 1972).

Los 16000 soldados contra los 48 guerrilleros es, quizás, la figura más poderosa en la configuración de una guerra asimétrica donde los *débiles* están llamados a vencer, como en el mito de David y Goliat (así lo presentaba Alfonso Cano, en una entrevista de 2011), a pesar de la desigualdad de condiciones:

Contra el núcleo revolucionario de Marquetalia se emplearían a fondo 16000 hombres del ejército. Fuerzas combinadas de infantería, artillería, aviación para bombardeos y aerotransporte iniciarían la agresión. Se emplearía en todo su rigor la táctica del cerco y el bloqueo. Si se producía por parte de los campesinos alguna manifestación de resistencia, serían lanzadas bacterias contra la población (Arenas, 1972:8).

La intervención de Estados Unidos en Marquetalia es denunciada también con la acusación del uso de napalm y el despliegue de *armas bacteriológicas*, lo cual ha sido desmentido en varias ocasiones por los actores oficiales:

No se arremetió contra Marquetalia con los 16000 hombres de la leyenda negra²²⁵. Se emplearon tres batallones (1500 hombres) que ocuparon las zonas circunvecinas para sustraerlas del influjo del patriarca, mientras una fracción de infantería avanzó por el cañón del río Atá, atrayendo a Tirofijo al inexpugnable sitio de las Juntas, en tanto el teniente coronel Joaquín Matallana descendía en audaz asalto desde helicópteros en vuelo para apoderarse del caserío sin un tiro. Me correspondió como oficial de operaciones (E-3) del Ejército proyectar el plan Meteoro. Puedo afirmar, por lo tanto, que no se produjeron ni los atroces *bombardeos*, ni la política de tierra arrasada, ni el saqueo agropecuario del que habló Marulanda en San Vicente del Caguán. Mucho menos *bombas bacteriológicas* lanzadas por pilotos gringos, que jamás han actuado en operaciones militares en Colombia (Valencia, 1999, citado por Alape, 1985:236).

²²⁵ Algunas lecturas sobre el conflicto armado reconocen este tópico como la *Leyenda negra de Marquetalia*. Para Mackenzie (2007:219), el relato de los 48 hombres que escaparon a los 16000 soldados es «una variante colombiana de la leyenda fabricada en 1945 por el Partido Comunista Francés sobre ‘el partido de los 75.000 fusilados’, tan apreciada por Maurice Thorez, el desertor de 1940, amnistiado tras la liberación por el general De Gaulle».

En contraste con el relato fariano sobre Marquetalia:

Las bacterias, hermano. Me están tragando. Tengo fiebre, dame una pasta de Plaquinol. Le respondo, también en voz baja, que no tenga ningún temor, pues está vacunado contra todo eso que han lanzado los gringos desde los aviones [...] “Ese mismo día amanecieron varios compañeros y compañeras con la *viruela negra*”. Por parte del enemigo se abre entonces un paréntesis de expectativa, en espera de la acción de las *bacterias* [...] A las 9:55 del 15 de junio, dos cazas a reacción ametrallaron y lanzaron 20 bombas de alto poder sobre el caletorio donde se concentraba *la mayoría de las familias*, arriba del poblado, en la selva. Quince *niños* resultaron muertos por la acción de las bombas. Los adultos, hombres y mujeres, buscaron refugio en las cepas de los árboles y en cuevas previamente adaptadas para el caso. El bombardeo fue sorpresivo, lo cual impidió a los mayores *poner a salvo a los niños* [...] Es entonces cuando la fuerza aérea lanzó *bombas napalm* sobre las casas del poblado. Las casas fueron reducidas a cenizas pero la tropa no pudo penetrar al altiplano ese día (Arenas, 1972:27).

La acusación de una *guerra sucia* inspirada por Estados Unidos, “en el seno de la cual los especialistas norteamericanos iban a poner en práctica sus experiencias de combate en Vietnam, Corea y Argelia” (Marulanda, 1973), es denunciada tempranamente por las FARC-EP, primero contra los campesinos reaccionarios, y posteriormente contra el mismo grupo guerrillero²²⁶.

El paso de un conjunto de motivos iniciales a una meta ideológica es producto de la historización guerrillera de Marquetalia, cuyo funcionamiento interno evidencia la construcción de un sentido colectivo a partir de la desgracia, es decir, de un sentido mítico-heroico que tiene sus efectos en la cohesión y formación de la identidad política del grupo²²⁷:

Queda claro, pues, que una guerrilla revolucionaria es indestructible cuando se guía por una *línea política* acertada y pone en práctica toda la riqueza de la táctica de la lucha

²²⁶ Otro relato publicado en la época por el Partido Comunista describe la escena de la siguiente forma: “[...] ha comenzado la resistencia. La lucha será larga y tenaz [...]. Necesitamos revitalizar la capacidad de lucha de los viejos guerrilleros que con su heroísmo han escrito el mejor trozo de historia auténticamente nacional [...]. No bastaron cerca de veinte mil hombres lanzados contra nosotros para someternos. Se vieron precisados a recurrir a la guerra bacteriológica. Aquí presenciaron el lanzamiento de las bacterias. Dicen que eran pequeños frascos de cristal que al chocar contra la tierra o los árboles se rompían y contaminaban las aguas y la selva” (Pizarro, 2004a:4).

²²⁷ Ferro y Uribe (2002:34) desprenden del carácter mítico-heroico la cohesión interna que explica la permanencia en el tiempo del objetivo político y la ideología inicial en torno a la lucha agraria: «Esos combatientes, con una visión de lucha campesina, le dieron al movimiento una ideología inicial que unificaron bajo la bandera de la lucha revolucionaria del Programa Agrario Nacional proclamado el 20 de julio de 1964 en la asamblea general de guerrilleros. A partir de ese día se decidió que la lucha no sería solo por la autodefensa, “nos convertiríamos en guerrilleros revolucionarios».

guerrillera. Queda claro que otros grupos armados, en diversos lugares del país, pueden poner en jaque a las Fuerzas Armadas. Y queda claro también la importancia de la lucha armada dentro de la concepción general de la combinación de todas las formas de lucha del pueblo, para llegar al objetivo central de la toma del poder. Esto no era muy evidente antes, pero ahora, con el ejemplo de Marquetalia, ha quedado perfectamente establecido en nuestro país (Arenas, 1972:72).

El mito fundacional es capaz de extenderse en el tiempo y de reactualizarse en cada acción presente en la lucha armada, especialmente cuando se hacen más evidentes las relaciones asimétricas entre los actores en disputa, como acontece en el periodo 2010-2012. Tal vigencia en el imaginario de los guerrilleros autoriza la reproducción de la *resistencia* como acto dignificante, lo que resulta fundamental para entender la cultura organizacional y la dinámica militar que motiva a la guerrilla; así lo refería uno de sus comandantes, desde 1999:

La actitud de la gente de Marquetalia fue una actitud de dignidad, de asumir lo que está haciendo y no someterse a las condiciones del otro en una inferioridad de condiciones totales. Y ese gesto se extiende, porque los marquetalianos *no son simplemente los que empezaron ahí, sino los que siguieron, los combatientes que se vinculan hoy [...]*. La palabra *resistencia* sintetiza todo, porque es armada, política e ideológica. Nosotros que le venimos diciendo a la gente, hay que *resistir*; y si hay que hacer dos o tres Marquetalias, pues las haríamos, *podemos hablar de una cultura fariana*, la cultura de la resistencia, la cultura de la igualdad. Son valores que *identifican* a la organización (Ríos²²⁸, 1999, citado por Ferro y Uribe, 2002:35).

Como referente fundacional, Marquetalia también es el símbolo *identitario* que inspira la línea de la lucha agraria y el predominio de *lo rural* en su ideología, programas, campos de acción y naturaleza de sus integrantes. Para Uribe-Calderón (2007), este predominio puede explicar el aislamiento del grupo guerrillero con respecto a la población ciudadana, si bien hay que aclarar que no se trata de una ausencia total en las ciudades (prueba de ello es el funcionamiento de las milicias urbanas, el Movimiento Bolivariano y el Partido Comunista Colombiano Clandestino –PCCC–, las células urbanas de la guerrilla).

El mito fundacional despliega su *función pedagógica* al instaurar una moral implícita en el relato del comportamiento de sus actores, y hacerla explícita en la caracterización del perfil guerrillero (como mostraré más adelante):

Hay que tener presente *la lección* de Marquetalia (...): un pueblo honrado al que se le

²²⁸ Comandante Iván Ríos, alias de Manuel de Jesús Muñoz Ortiz, exjefe del Bloque Central de las FARC-EP, abatido el 3 de marzo de 2008.

niegan soluciones y se le agrede para exterminarlo, termina convertido en una fuerza invencible alzada en armas (Arenas, 1985:56).

Esta lectura de Marquetalia coadyuva con la generación de un conjunto de certezas que construyen la convicción de los combatientes, sin la cual no es posible explicar la permanencia en armas del grupo guerrillero. Extrapolando el análisis de Carnovale (2011:251) sobre la guerrilla del Ejército de Revolución Popular (ERP), en la Argentina de los años setenta, es posible afirmar que también para las FARC-EP tales certezas giran alrededor de la percepción de la injusticia en el sistema social, que sustenta, “una violencia inicial (y de ahí la legitimidad de la violencia contestataria), y la posibilidad cercana, cuando no inminente, de transformar el mundo a través de esa figura capaz de prometerlo todo: la revolución”:

La verdad, hay que decirlo, lo que carece de sentido es estar asesinando y aterrorizando por la fuerza de las armas, a un pueblo que se organiza y reclama porque ese mismo Estado le niega la alimentación, la salud, el empleo, la vivienda, la educación, hasta la vida misma. *Y esa ha sido la historia de nuestro país. No es el conflicto armado la causa del subdesarrollo. Son la falta de desarrollo y la intolerancia las causas del conflicto* (FARC-EP, 2001:73-75).

Finalmente, la redescipción de la realidad desde el mito fundacional pretende *la universalidad de su versión* escrita de la historia, toda vez que acude a un origen de ribetes ahistóricos, en suma, simbólicos. La instauración de una realidad desde la narrativa del origen les permite a los actores postular ya no solo una verdad, sino además una lógica de causas y efectos, exactamente inversa a la postulada por sus antagonistas, como se ilustra en el resaltado de la cita. Pero también articula el mito de fundación con la postulación de los valores que harán encarnarán al *hombre nuevo* en el guerrillero fariano. Estos nuevos valores son asumidos como normativas identitarias que definen al guerrillero desde una conducta opuesta a la del enemigo y diferenciadora de los demás grupos que se alzan en armas:

Nosotros no podemos confundirnos con los bandoleros, con los ladrones. Nosotros somos revolucionarios, y si no fuera porque lo necesitamos para que la revolución triunfe, tampoco tomaríamos los bienes del enemigo. Nosotros tenemos que estar más allá de las pequeñas cosas de comer, tenemos un objetivo estratégico que es la toma del poder. Por eso tenemos que estar más allá de las cosas pasajeras, de las cosas que mueven el interés personal. Esa es la filosofía de las clases enemigas y nosotros peleamos contra esa filosofía. También, entre nuestra actitud y la actitud del enemigo tiene que establecerse una diferencia clara y concluyente: nuestra actitud tiene que ser de amor al pueblo, de

defensa del pueblo, mientras la de las fuerzas armadas oficiales es de odio al pueblo, de violencia, de robo y guerra al pueblo (Arenas, 1972:37).

La inscripción del pueblo inerme y vulnerado es una marca ideológica representativa en la presentación heroica del actor y de su función colectiva en la misión revolucionaria. Como mostré en el capítulo anterior, las FARC-EP se reivindicán a sí mismas como parte del pueblo en armas, pero también como portavoces, defensores y veedores de los derechos de la población civil. Acontece en esta reivindicación un desplazamiento de la subjetividad del guerrillero sacrificada por la causa colectiva. El mito fundacional condensa lo que se espera del guerrillero en imitación de los padres fundadores, modelos que por estar en el origen de un proyecto suprahistórico, se immortalizan de manera simbólica. A esto responde la moral de conducta que explicita Jacobo Arenas (1972:35) en sus textos dirigidos a los combatientes:

Un soldado de la revolución desmoralizado es algo triste y degradante. Nadie tiene por qué sentir miedo. Es necesario mantener el más perfecto control sobre sí mismo. Si la aviación está ametrallando y las bombas están cayendo por ahí cerca del guerrillero, el combatiente no tiene por qué amilanarse, por qué asustarse. Para eso está debidamente protegido, debidamente atrincherado, para eso conoce el terreno, domina el terreno y sus vías de escape, para eso está a cubierto de la vista del enemigo. Cuando los aviones ametrallan o bombardean, lo están haciendo a tuestas, no están apuntando sobre cada uno de nosotros, porque no nos ven.

En este sentido, el ataque a Marquetalia logra exactamente lo contrario de lo que se propone: instaura un hito en la consolidación de un grupo armado, refuerza la percepción del otro como enemigo inhumano en poder de técnicas ilegítimas de fuerza, y endurece la posición del guerrillero a partir del marco de injusticia que se le presenta como evidente. Así, el mito fundacional impacta poderosamente en la construcción de la subjetividad del militante, cabría decir, en el ideal heroico del guerrillero (Tabla 7.1):

Valor	Modelo en el mito fundacional	Análisis
-------	-------------------------------	----------

<p>Sencillez</p>	<p>El conjunto de fundadores, con Manuel Marulanda Vélez y Jacobo Arenas a la cabeza, y las guerrillas comunistas a lo largo de la cordillera central, compuestas por campesinos</p>	<p>Se establece una clara oposición con los valores burgueses, asignados a los terratenientes y al Estado en cabeza del Partido Conservador, tradicionalmente asociado con la oligarquía. Vezzetti (2009:178) anota como antecedente de esta moral revolucionaria la tradición jacobina en la Revolución Francesa: “porque habían sido los pobres y los excluidos quienes, con su sublevación, incluso con sus terribles masacres, habían abierto el camino al acontecimiento en tanto expresión de una voluntad general en acto”.</p>
<p>Sacrificio</p>	<p>Los campesinos combatientes muertos en en Marquetalia y la descripción de Jacobo Arenas sobre las condiciones materiales paupérrimas con las cuales se inició la lucha guerrillera.</p>	<p>Desde el imaginario de lo heroico se precisa de la carencia y la dificultad para llenar de sentido la misión del héroe. Tanto el <i>camino de las pruebas</i> (Campbell, 1959[1949]) como la muerte misma purifican el sino trágico. Desde esta perspectiva, la des-subjetivización del héroe en función del colectivo y la muerte en batalla son glorificaciones que impulsan a los otros, a través del ejemplo, “a sumarse a la guerra revolucionaria, cuyo triunfo inminente parece no dejar lugar a dudas” (Carnovale, 2011:200).</p>
<p>Fuerza/ fortaleza de los débiles</p>	<p>Reivindicada en diferentes tipos de desventajas o debilidades:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Numérica: los 16 000 soldados contra los 48 campesinos alzados en armas. 2. Armamentística: Marulanda (1973) ha señalado que se combatía con fusiles heredados de la antigua Guerra Civil de los Mil Días (1899-1902) y que se recuperaban las armas de los soldados en batalla. 3. Estratégica: por no contar con apoyo externo. 4. Política: por estar al margen de las leyes hechas por los enemigos, a su conveniencia. 	<p>Hay un carácter épico en la desventaja que, como en la figura de la lucha entre David y Goliat, a la que acudía el Comandante Cano, refuerza una suerte de simpatía por el desaventajado y, al mismo tiempo, antipatía por el opresor. En la teoría del guerrillero, Schmitt (1963) utiliza ese carácter marginal y minoritario del partisano como una vía hacia la explicación de su figura definitiva, entregada a dicotomías del tipo <i>revolución o muerte</i>: “El guerrillero moderno no espera ni justicia ni clemencia por parte del enemigo. Se ha apartado de la enemistad convencional de la guerra mitigada y acotada, ingresando en el ámbito de otra enemistad, la verdadera enemistad, que se intensifica mediante el terror y el contra-terror hasta el aniquilamiento”.</p>
<p>Resistencia</p>	<p>Contra los excesos de la Fuerza Pública, los métodos de guerra anticomunista y la injusticia social en las relaciones de poder entre campesinos y terratenientes, todo lo cual lleva a la continuidad del proyecto insurgente.</p>	<p>La resistencia estuvo tempranamente derivada de la naturaleza autodefensiva del movimiento. Si bien posteriormente, en 1982, las Farc añadirán el carácter de “Ejército del Pueblo”, dejando claro que no serán un grupo solo defensivo, el valor de la resistencia seguirá remarcado entre los combatientes y en la postura oficial del grupo, además de utilizar la palabra como nombre de su prensa política.</p>

Agrarismo	En el relato, el territorio de Marquetalia es una <i>zona liberada</i> , donde la tierra pertenece a quienes la trabajan. Los fundadores se presentan a sí mismos como representantes de la comunidad vulnerada, específicamente del sector campesino.	El mito fundacional asienta el imaginario idealizado de unas <i>zonas liberadas</i> , a la medida del proyecto comunista, “un mundo ausente de terratenientes y constituido por pequeños propietarios que cultivaban la tierra” (Uribe-Calderón, 2007:67). Se trata de un proyecto social y económico en franca contradicción con el de los empresarios agrícolas; antagonismo fundamental en la problemática sociopolítica del agro en Colombia.
Soberanía	Los marquetalianos desconocen la política central del Estado, se rigen bajo sus propias leyes y orden social, y reclaman para el país la defensa de la soberanía con respecto a la injerencia del imperialismo norteamericano.	El reclamo por la injerencia extranjera se asume tanto en la línea política antiimperialista del marxismo-leninismo, como en la inspiración bolivariana que sustenta el proyecto independentista del movimiento, dirigido a la consolidación de una patria libertada de la colonización, ya no territorial, sino simbólica, por las relaciones de dependencia económica, política y militar de Estados Unidos.
Estrategia político-militar (Combinación de todas las formas de lucha)	Ante lo leído como una agresión militar a una comunidad de campesinos en Marquetalia, la combinación de métodos pacíficos y violentos hace carrera desde el origen de la confrontación, en una lógica donde los métodos de la defensa dependen de los métodos del ataque recibido.	La perspectiva maoísta de que “el poder nace del fusil” descartará la deposición de las armas, por enraizarse en el centro mismo de la ideología del grupo y de la convicción del combatiente; un medio –acaso el más obvio o el más terrible, de acuerdo con el mundo interior de cada insurgente– justificado por la nobleza de los fines: “¿Cuáles son las formas de lucha? Uno dice, la política, la económica, la ideológica. Dentro de la política aparece la lucha armada, entonces, [...] es hacer la política por otros medios” (entrevista al guerrillero Julián Garcés, 1999, en Ferro y Uribe, 2002:145).
Tabla 7.1. La subjetividad histórica del guerrillero fariano		

Al ser modelados desde el mito fundacional, el carácter universalista de los valores heroicos descritos se conserva y ellos son asumidos como parte de la lucha contra la violencia inmutable del Estado. Así, son incorporados en el terreno complejo de la realidad de los actores, para formar parte de la moral del guerrillero; toda vez que instauran 1) identidad, como condiciones de inserción en el grupo, y 2) sentido, como núcleos duros que dotan de contenido y direccionan las luchas; ambos factores contruidos, identidad y sentido, ejercen un doble función de cohesión y coerción, es decir, una ortodoxia al mismo tiempo que una deóntica.

El mito fundacional de las FARC-EP pervive en el conjunto de valores que definen el perfil de los insurgentes, a través del regreso permanente al relato, recortado desde la visión de los actores y diseminado no solo a través de las fuentes históricas internas del grupo guerrillero, sino también de la constante referencia que se hace sobre él en discursos, artículos y comunicados. El mito de origen condensa lo histórico, lo emotivo y lo sociocognitivo,

elevando a símbolo el relato del origen, y volviendo a él cada vez que se requiere reforzar, definir o regular la moral del guerrillero²²⁹. Al transformar un hecho histórico en mito fundacional, la redescipción del hecho en forma de relato institucionalizado le imprime un principio identitario a los orígenes, de manera que la ubicación de un momento histórico establece el inicio de un proceso distinto, valga decir, el inicio de un extenso relato idealizado: el relato de la emancipación de un pueblo a través de la revolución, “un proceso que se inicia con la defensa y la resistencia campesina, pasa por la propuesta de la revolución agraria y finalmente llega a la plataforma por una revolución nacional” (Ferro y Uribe, 2002:37-38).

De esta manera, el cerco militar contra Marquetalia es una victoria y una demostración de fuerza legítima, en la versión de ambos actores; para el Estado, es un relato de la capacidad de imposición y superioridad de las fuerzas del orden, mientras que para la guerrilla es el inicio histórico de una lucha heroica que prevalece. En rigor, los hechos de Marquetalia son un punto de inflexión del conflicto armado colombiano: la reactivación de la guerra de guerrillas y la puesta en escena de dos posiciones combatientes esenciales, que no sufrieron grandes modificaciones durante más de medio siglo de confrontación; me refiero a la convicción especular sobre la derrota inminente del enemigo, pese a que el correr de los años los contradecía frontalmente, hasta el límite del momento de inercia del conflicto, en el periodo 2010-2012.

7.1.2 La inmutabilidad histórica contra la coyuntura excepcional

Si bien al principio he contrapuesto la dupla *nada/todo ha cambiado*, para reconstruir los modos erísticos de la indignación histórica, hay que detenerse en este contraste que, en realidad, no se presenta de un modo tan simple.

En principio, como vimos, en el discurso guerrillero se trata de la idea de la continuidad de la infamia gubernamental, por la cual todo sigue igual en el orden social, con la injusticia como núcleo duro, esencial a las formas cambiantes de la historia. Pero no es esta la idea de la repetición de ciclos infames, ni de la inmanencia del conflicto en la dialéctica hegeliana,

²²⁹ Ferro y Uribe (2002) encuentran cuatro legados del mito fundacional en las FARC-EP de comienzos de este siglo: 1) su carácter de penetración territorial o de colonización armada; 2) la autonomía organizacional interna e independencia de entidades externas; 3) la naturaleza colectiva de la cúpula de poder y su renovación permanente, como fruto de la fundación también colectiva, y 4) el principio de la resistencia como principal factor de cohesión ideológica. En la pregunta por la estabilidad y continuidad del grupo guerrillero, el análisis del mito fundacional permite desplegar estos legados y avizorar otros, como los valores heroicos que forman parte de la moral del guerrillero y de su ética sacrificial; aspecto este al cual me referí en el capítulo anterior, en clave de la construcción de objetos discursivos.

sino la persistencia de los mismos órdenes sociales, donde la injusticia -y por tanto, la indignación- se hace atemporal (sin fronteras temporales) y anatópica (sin fronteras espaciales). De ahí que la analogía con otros actores, escenarios y procesos históricos funcione como explicación del orden social del presente y refuerce, pese al conjunto de las contradicciones posibles, esa idea de inmutabilidad esencial ante la cual se construye la rebelión como urgencia justificada.

Atemporalidad y anatópía se presentan en el discurso guerrillero como quiebres cronológicos y espaciales que pretenden la equivalencia entre las revoluciones socialistas mundiales y latinoamericanas con la lucha armada de las FARC-EP. La apelación a la memoria discursiva de las revoluciones no solo funciona como el exterior constitutivo de los discursos guerrilleros, sino también como difuminación de las fronteras históricas, espaciotemporales, en el relato insurgente. Las revoluciones, así, quedan emparentadas, combinadas y proyectadas hacia el presente y el futuro.

De una proyección así se desprende la autovalidación que las FARC-EP construyen de su lucha armada. Como mostré en los capítulos anteriores, en el centro de su dimensión política hay una pretendida y convencida herencia de los ideales independentistas y latinoamericanistas del siglo XIX, así como del socialismo del XX. La responsabilidad sentida por el universo heredado contribuye a la formulación de la promesa ('tomar las banderas') y construye efectos de inminencia sobre el socialismo venidero. Pero la justificación de esa inminencia y de la persistencia en ideales heredados requiere una visión continuista de la historia misma. Solo concibiéndola como reiterativa, estática en esencia, cobra sentido un decir histórico verdadero que deshace la historia oficial y vuelve a contarla como la verdad infamemente ocultada.

Si *nada ha cambiado* para el pueblo victimizado, las figuras revolucionarias renuevan su vigencia, se vuelven naturalmente descontextualizables, ahistóricas. La historización guerrillera, entonces, no solo polemiza con la historia oficial para discutir sus versiones (por ejemplo, vuelve bolivariano a Marx), sino que además utiliza la anacronía y la anatópía para instaurar ese continuismo en clave justificatoria -hacia el pasado y presente- y proyectual -hacia el futuro- de la insurgencia guerrillera. En este sentido, la historización no solo introduce reescrituras de la historia oficial para justificar el uso de las armas, sino que además interpela y convoca a la acción y a la duración de la lucha, al dirigirse a sus combatientes.

Hemos visto que las escenas historiográficas recorren tramos de la historia nacional e internacional seleccionando los episodios donde la causa guerrillera es presentada como

única salida a la victimización del pueblo. Ese modo de historizar funciona bajo condiciones descontextualizantes y ahistóricas: el discurso construye una realidad inmutable ante la cual se requiere, también, una guerrilla inmutable, anclada en la defensa popular contra sistemas opresivos de gobierno; la violencia, en todo caso, estriba siempre en el abuso de poder del otro. Desde esta lógica, no hay grandes diferencias entre Colombia, Vietnam y la Rusia zarista; entre las FARC-EP y los ejércitos independentistas del XIX; entre Bolívar, Marx, Guevara y Marulanda; el presente de la guerrilla, así, es la continuidad de su mito de origen en los hechos de Marquetalia y de las gestas revolucionarias nacionales e internacionales. En uno de sus manuales de formación guerrillera, algunas caricaturas incluidas ilustran explícitamente los modos atemporales y anatópicos de esa inmutabilidad histórica (Figura 7.1):



Figura 7.1. Atemporalidad y anatópía en la historización guerrillera (FARC-EP, 2011:102 Farc para principiantes)

La imagen acerca las figuras de Lenin y Marulanda en un diálogo temporalmente imposible, además de recrearlos navegando en un escenario selvático que trae al ideólogo soviético a la espacialidad colombiana o latinoamericana. El lenguaje visual de la caricatura dentro de la escena didáctica en que es producida (un manual de formación insurgente) autoriza el anacronismo del encuentro entre las figuras políticas, pero también los desprende tanto de su temporalidad como de su espacialidad para enfatizar en la idea del legado y la revolución inconclusa. En ello, el diálogo es explícito: Lenin interpela a Marulanda a través del apelativo *camarada*, lo introduce en la órbita de la revolución rusa y le demanda su continuidad a través de las preguntas por el uso y la memoria de esa revolución. La extensión del fenómeno político llevado a cabo en otro espacio y tiempo presenta la lucha armada de la guerrilla como el colofón de ese hecho ajeno; una conexión que le permite a las FARC-EP llenar de sentido histórico la guerra que adelantan, justificarla en términos del legado socialista y ampliarla como una bandera que pasa de lo local a lo regional: la promesa de Marulanda es darle continuidad al proyecto leninista (*sus enseñanzas*) en América Latina. La relación de enseñanza y aprendizaje creada a través del juego dialogal hace de Lenin el maestro y de los pueblos latinoamericanos sus alumnos, en la tarea de la revolución iniciada en otras latitudes y contextos políticos. La caricatura se sostiene sobre la idea de que las condiciones sociohistóricas de injusticia son inmutables, y se apuntala en la atemporalidad y la anatopía presentes en los recursos icónicos y verbales.

Emerge aquí una aparente contradicción entre esa inmutabilidad de la historia y el horizonte utópico del proyecto socialista. Pero la idea de la inmutabilidad no es un rechazo a la esperanza del cambio de la injusticia, sino una crítica indignada a su continuidad; es, en realidad, un motor de resentimiento y de cólera acumuladas históricamente que hace más urgente la necesidad de transformar el orden social: *si nada ha cambiado*, entonces hay que forzar el cambio de manera violenta. Esta lógica permite comprender la defensa recalcitrante del uso de las armas en el discurso guerrillero. Hablamos, pues, de una inmutabilidad histórica que requiere la fuerza violenta para transformarse y avanzar hacia los nuevos órdenes que promete el proyecto socialista. La conciencia de la responsabilidad histórica del revolucionario en ese hilo conductor de la historia (hilo que el marxismo presenta descifrado) hace que la utopía justifique los medios para alcanzarla. Aun siendo el porvenir apenas probable y, en todo caso, impredecible, es la culminación de jornadas extensas, diversas y desconectadas, de esfuerzos de siglos que la historización amalgama y dispone como un solo

proyecto, vasto y noble²³⁰.

El discurso gubernamental, por su parte, insiste en la idea de que *todo ha cambiado* para construir el momento presente como una coyuntura excepcional. No obstante, no se trata de una refundación de la patria ni de un efecto de frontera estricto con el gobierno anterior. Por el contrario, como ya lo señalé en los capítulos anteriores, parte de la autolegitimación de la presidencia de Santos se fundamentó en el borramiento de esa frontera con el gobierno de Uribe, lo cual se tradujo discursivamente en las formas elogiosas directas a su figura y en la continuidad de la securitización de los órdenes económico y social. En esa medida, entonces, el discurso gubernamental representó el cambio como una mejora progresiva de las condiciones sociales en el país, que en vez de borrar el pasado político lo amplificó como la fuente o el origen de la denominada *Prosperidad democrática*, evolución de la *Seguridad democrática*. En vez de un efecto de frontera, entonces, se construyó un efecto de coyuntura que solucionó la tensión entre continuidad y cambio de Uribe a Santos, articulando proyectos políticos como etapas de una historia exitosa del país. En este relato optimista de la mejora continua, los discursos del periodo 2010-2012 insistieron en historizar el momento como una coyuntura excepcional, de cara a las dificultades que vendrían con el declive de la tesis del *fin del fin* de la guerrilla. Así lo declaraba Santos en su discurso de posesión presidencial:

Muchos países en la historia han superado duras etapas de violencia, de subdesarrollo, de conflicto, y hoy son ejemplo de progreso y justicia social.

Colombianos: ¡ahora es nuestro turno!

Ahora nos toca a nosotros.

El mañana está llamando a la puerta, y entre todos vamos a abrirla para recorrer la senda de la prosperidad.

Porque llegó la hora de la verdad (Santos, 2010, agosto 7).

El efecto de coyuntura configurado en el discurso presidencial se orientaba a la presentación de un presente bisagra entre la violencia -pasada- y el desarrollo -futuro-; de ahí

²³⁰ La idea se basa en la lectura sobre el marxismo en tiempos de Stalin, propuesta por Merleau-Ponty (1968:141): «El porvenir no es sino probable, pero no es como una zona de vacío en la cual construiríamos proyectos inmotivados; se dibuja frente a nuestro como el fin de la jornada comenzada, y ese dibujo somos nosotros mismos (...). No debemos decir ‘todo es relativo’ sino ‘todo es absoluto’; el simple hecho que un hombre perciba una situación histórica investida de una significación que él cree verdadera, introduce un fenómeno de verdad del cual ningún escepticismo puede darnos cuenta y nos impide eludir las conclusiones. La contingencia de la historia no es más que una sombra al margen de una visión del porvenir de la cual no podemos abstenernos como tampoco podemos abstenernos de respirar. Nuestra ubicación en perspectiva depende de nuestros deseos, de nuestros valores, pero lo contrario también es verdadero; queremos u odiamos no de acuerdo con valores preestablecidos, sino en la experiencia, según lo que vemos, en contacto con la historia efectiva, y si toda elección histórica es subjetiva, toda subjetividad a través de sus fantasmas toca a las cosas mismas y pretende ser verdadera».

que se animara al auditorio al avance hacia la prosperidad, a través de las metáforas de la puerta y del camino. El momento coyuntural es *la hora de la verdad*, esto es, la instancia decisiva para la superación definitiva de un pasado terrible. Si bien la escena comunicativa particular -la posesión del Presidente- favorecía la construcción optimista y programática del presente, el esfuerzo por mostrar ese momento como una coyuntura excepcional seguiría apareciendo durante todo el primer bienio de gobierno:

[N]o siempre *se conjugan unas circunstancias como las que se están conjugando en Colombia*, para poder realmente dar ese salto hacia lo que hemos llamado la Prosperidad Democrática (Santos, 2010, noviembre 9).

Como quedó claro en mi reciente gira a Europa, Colombia está viviendo *una coyuntura excepcional* desde el punto de vista económico, de mejoría de su seguridad, de confianza inversionista y de progreso social (Santos, 2011, enero 31).

[S]i uno mira históricamente, se da cuenta que esos momentos en donde se aplicó ese pragmatismo –yo lo llamo, lo llama Tony Blair la Tercera Vía, que no es nada diferente a un enfoque pragmático–, ese pragmatismo fue lo que llevó a esos países a un auge y a *un momento de creación de prosperidad sin precedentes*. Como sucedió con Tony Blair, el propio Presidente Clinton, el propio Felipe González, Brasil, Chile y *ahora Colombia* (Santos, 2012, abril 13).

La construcción de un presente excepcional buscaba crear el ambiente de aceptabilidad positiva necesaria para introducir las reformas orientadas hacia el inicio de los diálogos de paz, como el reconocimiento del conflicto armado, la Ley 1448, el marco jurídico para la paz y el anuncio de los acercamientos secretos con la guerrilla, pero también la profundización del modelo económico que había iniciado desde los gobiernos anteriores. Así, el final de la Política de seguridad democrática no respondía al agotamiento de la estrategia militar, sino a su culminación y natural evolución hacia la *Prosperidad democrática*. De allí que se hiciera hincapié en la dependencia del desarrollo económico con respecto a la seguridad pública, y en la presentación del proyecto económico extractivista a gran escala como la prueba de esa coyuntura excepcional:

Los sectores aquí representados –minería, petróleo y energía– tienen hoy un panorama más propicio para sus negocios que *nunca antes*, y porque nuestro país tiene la oportunidad de dar un salto histórico en su desarrollo económico y social en general y en esos sectores en particular (...) *Nunca antes* Colombia había emprendido una travesía de igual proporción ni avizoraba un futuro tan promisorio de la mano del sector minero-energético.

Nunca antes en la historia contemporánea del país la minería se perfilaba como un instrumento tan importante del desarrollo. La historia de Colombia con el sector minero-energético se *partió en dos* (Santos, 2011, marzo 18).

En el reiterativo *nunca antes* descansaba el efecto de coyuntura que *partía en dos* la historia de la inversión en ese sector económico. La ampliación de la frontera minero-energética estuvo, pues, en la mira del modelo extractivo y requirió la terminación del conflicto armado para garantizar que la inversión extranjera no se viera amenazada por la presencia de la guerrilla en las zonas con potenciales rentas. En otros tramos de la serie, el presente es explícitamente definido como momento crítico y crucial, especialmente al tematizar el conflicto armado en el discurso presidencial:

Estamos en *un momento crítico de nuestra historia*, llevamos 50 años de conflicto interno, el enemigo está debilitado pero no está derrotado y por eso tenemos que perseverar, perseverar y perseverar, con paciencia, pero con efectividad (Santos, 2011, septiembre 5).

Estamos en *un momento crucial de nuestra historia*. Gracias al valor y al sacrificio de todos y cada uno de los miembros de nuestras Fuerzas Armadas este país ha venido avanzando hacia la paz (Santos, 2012, junio 13).

Repeticiones casi literales como las que se resaltan en las citas construyeron una discursividad gubernamental enfática en la idea de la coyuntura excepcional durante el bienio analizado. La tesis del *fin del fin* se veía respaldada por este modo optimista y finalista de presentar el conflicto armado y servía para asegurar la buena disposición del sector militar, de la oposición legal y de la ciudadanía en favor de la gobernabilidad del Presidente. Especialmente las operaciones militares en las que eran asesinados los miembros de la guerrilla, tuvieron una resonancia amplificada en el discurso presidencial; cuando los asesinados eran los jefes insurgentes, la representación de la coyuntura histórica resultaba aun más enfática:

La muerte de alias el ‘Mono Jojoy’ es sin duda *el golpe más contundente que se le ha dado a las Farc en toda su historia*. En las guerras, en la historia, siempre hay un punto de inflexión. Yo deliberadamente cuando fui Ministro de Defensa, nunca quise utilizar, la expresión ‘es *el comienzo del fin*’. Ni siquiera cuando le dimos a ‘Raúl Reyes’, ni siquiera con la Operación Jaque. Pero esta operación, esta operación contra el ‘Mono Jojoy’, esta exitosa operación, sí es *un punto de inflexión*, donde creo que, con un buen margen de confianza, podemos decir que es *el principio del fin de las Farc*. Y que queden notificados el resto de las Farc, porque cuando hay *un punto de inflexión* la historia nos enseña que

hay que perseverar, perseverar y seguir perseverando (Santos, 2010, septiembre 26).

Su caída es, sin ninguna duda, *el golpe más importante que se haya dado en la historia de la lucha contra este grupo subversivo*. Las FARC –y su carrera absurda de violencia que ya alcanza casi medio siglo– han llegado a *un punto de quiebre*. Cayó ‘Martín Caballero’, cayó el ‘Negro Acacio’, cayó ‘Martín Sombra’, cayó ‘Raúl Reyes’, cayó ‘Iván Ríos’ a manos de sus propios hombres, murió ‘Tirofijo’ asediado por la ofensiva de nuestras tropas, cayeron ‘César’ y ‘el Paisa’, cayó ‘Jojoy’... y hoy contamos a la historia que cayó su número uno, ‘Alfonso Cano’ (Santos, 2011, noviembre 5).

Así se presentaban los asesinatos del *Mono Jojoy* y de *Alfonso Cano*, repetidamente nominalizados con el superlativo *el golpe más contundente en la historia de la guerrilla*, y siempre mostrados como prueba del momento excepcional de la guerra: *el punto de inflexión*, *el punto de quiebre* y, en general, *el fin de las Farc*. Ahora bien, la referencia a la tesis del *fin del fin* resulta interesante en la primera cita, porque está parafraseada como *el principio del fin*, con lo cual el margen de maniobra militar y de plazo hacia el fin parece extenderse, sin renunciar a la idea finalista y triunfalista, y además porque en los discursos de 2011 y 2012 ya no vuelve a aparecer, ni siquiera con el asesinato del máximo líder de la guerrilla. El tránsito del discurso de la guerra hacia el de la paz explica ese agotamiento de la tesis del *fin del fin*, que resultaba contraproducente, por el sentido exclusivamente militarista al que remitía, para introducir el proceso de paz en el espacio de la opinión pública. La narrativa fue mutando más hacia los discursos de síntesis histórica positiva, de presentar el conflicto como un recuerdo que iba resultando cada vez más lejano; desplazamiento hacia el pasado que permitía enfatizar en la coyuntura del presente y en la perspectiva del futuro:

Durante demasiado tiempo, décadas, Colombia ha sido señalada como un país en problemas, un país a donde la gente le daba susto venir, un país donde la inversión extranjera era esquivada, un país donde nos señalaban como los campeones del secuestro, como los campeones de la violación de los derechos humanos, como los campeones de la criminalidad, del narcotráfico; donde había guerrilla, donde había paramilitares, donde se vivía una situación realmente desesperante. Y *en cierta forma era verdad*. Afortunadamente *al país lo hemos cambiado*. No hemos resuelto todos los problemas, todavía nos falta mucho trecho por recorrer, pero *hemos llegado a un umbral, hemos sobrepasado un umbral* que nos permite cambiar la agenda (Santos, 2012, agosto 1).

Estas narrativas de inventario histórico se presentaron en escenarios tanto nacionales como internacionales, frente a auditorios tan disímiles como las pequeñas poblaciones rurales afectadas directamente por la guerra, y los grandes foros mundiales y encuentros

diplomáticos en los cuales el Presidente insistía en lavar la imagen negativa del país y restarle importancia a la violencia interna. En este nuevo país que fue apareciendo en el discurso gubernamental, la guerrilla parecía ser cosa del pasado, se relativizaba la realidad del conflicto y su atrocidad que, *en cierta forma era verdad*, pero una verdad superada: *al país lo hemos cambiado*. El efecto de coyuntura sintetizó este modo de reescribir la historia del país y se volcó hacia el futuro desde la ida del *umbral* a que se había llegado y sobrepasado. El discurso dirigido al sector inversionista fue particularmente enfático en la construcción de ese efecto al tramitarlo con el estilo amplificatorio celebratorio:

Gracias a Dios, gracias al esfuerzo de nuestra Fuerza Pública, gracias al esfuerzo de muchos colombianos –entre ellos tengo que reconocerle, y lo hago todos los días, al Presidente (Álvaro) Uribe–, gracias al esfuerzo de ustedes, de los empresarios colombianos –los grandes, los medianos, los pequeños–, hemos logrado darle la vuelta totalmente a esa imagen de Colombia y hoy somos el país modelo. Todos los inversionistas quieren venir a invertir a Colombia (Santos, 2011, julio 1).

La tierra será de los campesinos, pero la empresa privada trabajará con ellos para desarrollar procesos exitosos. ¡Ese es el complemento que queremos ver entre los grandes empresarios agroindustriales y los pequeños campesinos! Eso es histórico. Y nuestro sueño es que esto se pueda multiplicar por todo el país. Ese tipo de asociaciones que van a comenzar aquí en Carimagua y que ya en algunas zonas del país está teniendo un resultado realmente espectacular (Santos, 2011, marzo 10).

El interés en desproblematizar las relaciones entre agroindustria y campesinado llevaron al discurso gubernamental, por un lado, a la ampliación positiva del país y de su momento coyuntural para la inversión, y por otro lado, a la calificación de las políticas públicas como hechos históricos, sin precedentes en la realidad del país. Estar *haciendo historia* es el tópico desproblematizante en la escritura del presente y la reescritura del pasado: frente a esa presentación de la realidad, las críticas parecían caer en la ceguera y la incompreensión de esa excepcionalidad coyuntural: era el efecto anestésico de la historización celebratoria que proponía el presente de la Prosperidad democrática, no sin pocas exageraciones:

Yo creo que es el plan de reparación más audaz que se ha hecho o que se pretende hacer en la historia de la humanidad (Santos, 2010, octubre 20).

[C]on ese Plan Piloto nosotros vamos a ir aprendiendo y vamos a ir mejorando la forma de poner en marcha esta ley, que es una ley sin precedentes, no solamente en Colombia, en el mundo entero. Aquí estamos haciendo historia no nacional, estamos haciendo historia mundial (Santos, 2011, julio 8).

Cuando había que dirigirse al sector militar, un auditorio especialmente sensible en ese periodo del agotamiento del *fin del fin*, el tópico de *hacer historia* avanzaba hacia el de *ser recordado*, esto es, la idea de estar haciendo algo más allá de la comprensión inmediata, proyectado hacia el futuro en forma de legado. El *final de la guerrilla* empezaría a transformarse en el *final del conflicto*, es decir, el desplazamiento del énfasis en la derrota de la insurgencia a la terminación de la guerra misma; el cambio, si bien sutil, no resultaba menor, dados los desafíos que representaba, a nivel de la aceptabilidad de los militares, sentarse a dialogar con la guerrilla, en vez de combatirlos en el terreno:

[M]uchas veces la historia y Dios le da a uno la oportunidad de estar en el momento que corresponde para hacer historia. Yo considero que ustedes, señores coroneles y señores capitanes de navío, futuros generales y almirantes, les va a corresponder hacer historia porque pienso realmente que *la fase final de este conflicto* que llevamos de casi 50 años, se acerca (Santos, 2011, noviembre 24).

La historia irá a decir el día de mañana que en estos tiempos donde las Fuerzas obtuvieron tan buenos resultados se logró – **ojalá**– llegar a *finalizar el conflicto* y que ya no tengamos que decir que *vamos a obtener la paz* por las buenas o por las malas, sino que *vamos a mantener la paz*, **ojalá** para bien de nuestros hijos y de nuestros nietos (Santos, 2012, junio 12).

Aunque en ambas citas se ilustra el desplazamiento hacia la finalización del conflicto en vez de la finalización de la guerrilla, es en la segunda cita -ya a pocos meses del anuncio oficial del proceso de diálogos- que la amenaza de combatir a sangre y fuego a la insurgencia retrocede y le abre paso a un discurso de la paz modalizado alécticamente: resalto aquí el énfasis en el adverbio *ojalá*, sus repeticiones y los paralelismos con *vamos a obtener la paz* y *vamos a mantener la paz*. En el relato configurado, las acciones aspiran a la trascendencia inscribiéndolas en la línea de progreso de la historia; ser recordado aquí revela su importancia en clave de la excepcionalidad de la coyuntura y de la promesa de un futuro sin conflicto armado, legado a las futuras generaciones. Esa inscripción amplificadora del momento presente aparece en toda la extensión de la serie de discursos gubernamentales, en general, y particularmente en los dirigidos a los militares. En todos, se insiste en el carácter *histórico* de los días en tránsito para remarcar el papel protagónico de la Fuerza Pública en los acontecimientos que desembocarán en la apertura del proceso de paz:

Qué bueno estar aquí en este nuevo campo de paradas de esta Escuela tan importante que tantos oficiales le ha dado a Colombia, en este día, un día muy especial. Un día que he llamado ‘*histórico*’ por las circunstancias, *histórico* por los resultados que se han venido obteniendo, *histórico* porque por primera vez suceden cosas muy positivas para nuestras Fuerzas Armadas y para nuestra Fuerza Aérea (Santos, 2011, noviembre 7).

No quedará desplazado, entonces, el sector militar en este proceso de transición de la guerra hacia la paz, sino que será presentado en el discurso gubernamental como actor central de la coyuntura excepcional. Esa adherencia le permitiría al Gobierno neutralizar la construcción de un posicionamiento desfavorable a las decisiones que ya, desde ese momento, se estaban tomando con discreción en el gabinete presidencial, con respecto a la guerra.

7.1.3 Historizaciones en pugna: la disputa aletúrgica por la historia

He denominado *historizaciones* tanto a los procedimientos como a los productos que resultan de *historizar* o introducir la historia en los juegos de veridicción del conflicto armado colombiano. Esa introducción se manifiesta en tres aspectos fundamentales: instalar/desmentir la verdad, centrar la historia verdadera como objeto del cual apropiarse y reescribir el pasado en términos de su relación con el presente y el futuro.

La tarea de desmentir la verdad e instalar una nueva se emprende en el discurso guerrillero como respuesta a la idea de que la historia disponible es la que han escrito los vencedores y, por tanto, la lucha contra los enemigos incluiría dismantelar esas narrativas hegemónicas. La escritura histórica sería un arma ideológica que despoja del pasado y de su identidad a los grupos oprimidos; su restablecimiento, entonces, es una cruzada en el orden del reclamo y la recuperación de la justicia y el desagravio de la dignidad atropellada. El modo más potente de adelantar esa cruzada es narrativizar el origen del grupo social de manera mítica; es esa mitificación del pasado lo que le permitirá al relato de Marquetalia retornar permanentemente en el discurso guerrillero, ser cohesionador y coercitivo al mismo tiempo. La narrativización le ha impuesto a la realidad una forma y una sustancia particulares²³¹; le ha dado un significado cuyo contenido no es solo el que dispone el relato mismo, el *dictum*, sino que además le ha dado un *modus* erístico a través del cual confronta la historización del enemigo con relatos opuestos: al cambio social y la coyuntura excepcional opone la inmutabilidad de

²³¹ Según White (2003:55), a propósito del discurso histórico, «la narrativización de la realidad es una ficcionalización en cuanto la narrativización le impone a la realidad la forma y la sustancia del tipo de significado encontrado sólo en los relatos. Y en cuanto la historia involucra el relatar, involucra la ficcionalización de los hechos que ha encontrado».

las prácticas gubernamentales; a la tesis del *fin del fin* opone la imagen de una guerrilla fortalecida y superiormente moral.

La tarea de centrar la historia verdadera como objeto del cual apropiarse se deriva de esa erística de las narrativizaciones. Los acontecimientos han sido convertidos en hechos al ser historizados²³², y en esa conversión ha quedado implicada la difuminación de la frontera entre realidad y verdad, o lo que es igual, se ha construido una verdad fáctica, cuya prueba de veracidad no es otra que la realidad representada en el relato histórico. El efecto de realidad del discurso histórico, que los discursos escenifican permanentemente, permite que se borre la diferencia entre acontecimiento y relato, entre pasado sucedido y pasado relatado. En las historizaciones en pugna, la gestión retórica del cambio (su excepcionalidad coyuntural o su negación desde la atemporalidad y la anatópía) y las relaciones construidas entre pasado, presente y futuro están centradas en la estabilización de una verdad que anule los relatos plurales de la realidad, en función de la indignación acumulada -del lado guerrillero- o de la celebración de la prosperidad en tránsito -del lado gubernamental-.

Las reescrituras del pasado serán, así, modos concretos de inscribir la oposición política en la discursividad. Esas reescrituras se resuelven en las escenas enunciativas propiamente historiográficas, abundantes en el discurso guerrillero a través de sus documentos programáticos y formativos, pero también en los tramos insertos en otras escenas en las cuales el referenciar el pasado sirve más para construirlo desde la idea de estar haciendo historia en el presente, hacer inventario de lo recorrido o marcar puntos de inflexión de los actores y del conflicto mismo. En ese esfuerzo por constituirse como sujetos históricos se juega el reconocimiento en los registros y la fundación de legados; es la construcción del sí mismo del futuro, de la imagen proyectada hacia el tiempo venidero en que los actores esperan ser recordados de modos particulares. El asentamiento escrito de las historizaciones se orienta en ese sentido del reconocimiento *a posteriori* en ambas discursividades en pugna: ¿quién pasará a la historia como el victimario y quién como la víctima? ¿cómo aspiran a ser recordados? ¿cuál es el rol que les asignará finalmente la historia en el conflicto armado?

La disputa por la historia es un combate por la verdad del conflicto; la confrontación fue modalizada aletúrgicamente tanto en la construcción del pasado como en la proyección hacia el futuro. El presente, como bisagra, estableció las condiciones de forma y contenido de esas historizaciones en disputa: como el agotamiento de los proyectos militares de ambos actores

²³² Sigo aquí la perspectiva de White (2003:53) para diferenciar acontecimientos de hechos: «Los acontecimientos ocurren y son atestiguados más o menos adecuadamente por los registros documentales y los rastros monumentales; los hechos son construidos conceptualmente en el pensamiento y/o figurativamente en la imaginación y tiene una existencia sólo en el pensamiento, el lenguaje o el discurso»

era inadmisibles, el *fin del fin* tendría que ser historizado como el periodo de confirmación y culminación exitosa de esos proyectos; la prueba del desarrollo de relatos históricos en los que tanto la guerrilla como el Gobierno reclamaban su protagonismo y pasaban a la historia colombiana sin pena y con todas las glorias. Los discursos se prepararon para la contingencia del futuro y los desafíos que vendrían con la apertura del proceso de paz; parte fundamental de esa preparación fue la historización desde la inmutabilidad indignada y la excepcionalidad coyuntural: dos fuerzas en choque a través de lecturas contrapuestas del tiempo, que respondieron a las expectativas de cada auditorio identitario, cuyo apoyo y necesidad de seducción nunca dejó de ser el objetivo principal. En ese sentido, los procesos de historización hicieron de lo objetivo (el acontecimiento) y lo subjetivo (el relato histórico) una sola amalgama presentada a la galería, inclusive sin contradicción ni fronteras: fue la demostración del arraigamiento en la verdad y de la irreductibilidad de las divergencias políticas cuando quedan atrapadas en la erística del decir verdadero.

7.2 La acusación de engaño en el discurso del enemigo

Dentro de la disputa por la verdad del conflicto emerge una regularidad en ambas discursividades que apunta a la construcción de la sospecha, la imputación directa y la responsabilización del enemigo. En general, se trata de aquellos tramos en los que se acusa al enemigo de estar engañando intencionalmente a la ciudadanía, con base en intereses oscuros que la palabra adversaria se encargaría de revelar. Cuando me referí a la configuración de los estilos discursivos de los actores, en el capítulo tercero, hice referencia al rasgo lingüístico de la reformulación polémica para señalar esta regularidad como constituyente de los modos característicos de inscribir la oposición política en los discursos analizados; sobre esa base, en este apartado reviso esa regularidad ya no desde el punto de vista del estilo, sino de la modalidad aletúrgica o como parte de la disputa por el decir verdadero.

La misión restaurativa de la verdad se pone en perspectiva histórica como parte de los proyectos políticos enfrentados: quitar el velo, desenmascarar, poner en evidencia los vicios y crímenes del otro, etc., se asume como tarea primordial en cada reescritura de la historia. En el caso del discurso victimizado de la guerrilla, el engaño del enemigo se añade a su agresión histórica y, de esta forma, el sujeto víctima de la mentira intenta reponer la dignidad vulnerada a través de la denuncia del poder opresor. En el caso del discurso gubernamental, la acusación de engaño contribuye también con esa reparación de la verdad histórica, orientándola hacia la sanción del enemigo desde la desconfianza en sus palabras. Así,

persuasión, engaño y (des)confianza se anudaron en los discursos del periodo analizado; relaciones que resultan fundamentales para interpretar la dinámica entre dos actores que requerían mostrar la superioridad de su fuerza y el control de la guerra, tanto como eludir sus responsabilidades en ella.

La cercanía entre persuasión, engaño y (des)desconfianza tiene una larga tradición en Occidente, como se puede colegir en las reconstrucciones analíticas de la Grecia clásica. Pernot (2013:34), por ejemplo, alude a la doble faz de la persuasión configurada desde el mundo homérico, en el que *Peithô* personificaba tanto una fuerza humana (y un arte/ *tekhnê*) como una divinidad y tanto la seducción y el engaño como el rechazo a la violencia y la búsqueda de concordia. Según Pirenne-Delforge (1991), en el mundo antiguo el culto a esta divinidad estuvo asociado con el de Afrodita (la belleza) y con el de Hermes (el engaño), dada la resonancia del mito de Pandora, la primera mujer, a quien *Peithô* y Hermes le habrían dado el poder de seducción a través de la palabra. *Peithô* es representada, así, también como musa y como sirena, símbolo del poder irresistible de la palabra dulce y del canto, ante el cual los hombres quedan aletargados. Si bien en el mito de las sirenas, la resistencia a su persuasión consiste en evitar escucharlas, en el de Casandra la persuasión es resistida a través de la ruptura de la *pistis*, la confianza: nadie cree en los vaticinios de Casandra, se desconfía inclusive de su cordura, pese a que Apolo le ha dado el don de la profecía, pero también la maldición de no ser comprendida. La mayor parte de las versiones del mito coincide en que esa maldición es suscitada por el engaño de Casandra a Apolo, al pactar con él un encuentro carnal a cambio del don profético y, luego de obtenerlo, rechazar al dios. *Pistis* y *Peithô* están, entonces, relacionados con el decir de la verdad y con la capacidad de conducir a los hombres hacia ella, pero también con el poder de engañarlos: *Peithô* también puede seducir con mentiras y hacerlas pasar como si fueran verdaderas, siempre que suscite suficiente *Pistis* en quien la escucha. En el legado de Platón y del Sócrates de sus diálogos (*Gorgias*, *Menexeno*, *El Banquete* y *Fedro*), es el engaño precisamente la principal acusación contra los sofistas, quienes quedarán vinculados con una retórica de persuasión amoral, peyorativamente marcada para la posteridad:

Esta visión negra de la retórica atravesó los siglos hasta nuestra conciencia ciudadana. Ella nos persigue hasta los cubículos electorales, los juzgados y, por supuesto, hasta nuestra pantallas de televisión. Tal es la preocupación obsesiva del ciudadano de la democracia: ‘¿Cómo podemos asegurarnos de que no nos están manipulando?’, ‘¿Nos están mintiendo?’, ‘¿Quién dice la verdad?’ (Danblon, 2004:16).

Para Sócrates-Platón, la retórica de los sofistas (la sofística) y su erística (en oposición a la

dialéctica) no es un arte, sino un mero simulacro, un desvío de la política. Al plantear la dicotomía entre buena y mala retórica, en el *Fedro*, Platón hace de la búsqueda del *verdadero sentido de las cosas* el objetivo del *logos* político y del desenmascaramiento de la verdad, un deber para el ciudadano²³³. Esa posición, como lo apunta Danblon (2004:16), genera una regresión total sobre el avance que habían efectuado los sofistas en torno a la discusión crítica no dogmática y la conciencia del carácter convencional de la palabra en la construcción de las sociedades y de la verdad misma²³⁴.

En el mismo sentido, para Aristóteles, la retórica puede tomar la apariencia de política, así como la sofística en relación con la filosofía (Cassin, 2008:252-253). El Aristóteles platónico plantea una retórica moral, aunque no absoluta, extendiendo la realización del proyecto del *Fedro* de una ‘buena’ retórica, pero renunciando a la idea de un *logos* político donde anide el fondo de la verdad (el bien, la belleza y la justicia) sin las ‘impurezas’ de las figuras ni las estrategias de la verosimilitud. El mal o buen empleo de la retórica no depende de ella misma en tanto que *tekhné*, pues «el conocimiento de lo malo es una perfección del entendimiento; porque de hecho, no es sofista el que conoce el falso silogismo, sino el que lo emplea» (Granero, 2010:121, nota 44). En ese sentido, el buen orador debe saber sobre esos posibles usos ‘amorales’ de la retórica, para evitarlos. De ello se sigue, naturalmente, la definición que plantea Aristóteles: «Entendemos por Retórica la facultad de conocer en cada caso aquello que puede persuadir» (Aristóteles, 2010:44).

Acusar al enemigo de ser *retórico* se sostiene sobre ese sentido del término desacreditado históricamente; así lo analiza Pernot (2013:19):

²³³ «[L]os que en nuestros días han escrito tratados de retórica, de que has oído hablar, han hecho farsas con las que disimulan el exacto conocimiento que sus autores tienen del alma humana. Mientras no hablen y escriban de la manera dicha, no creamos que poseen el arte verdadero (...) [L]a multitud se deja seducir por la verosimilitud a causa de su relación con la verdad, y ya antes habíamos dicho que el que conoce la verdad sabrá también en todas circunstancias encontrar lo que se le aproxima (...) si el orador no ha hecho una clasificación exacta de los diferentes caracteres de sus oyentes, si no sabe analizar los objetos, y reducir en seguida las partes que haya distinguido a la unidad de una noción general, no llegará jamás a perfeccionarse en el arte oratorio, en cuanto cabe en lo humano. Pero este talento no le adquirirá sin un inmenso trabajo, al cual no se someterá el sabio por miramiento a los hombres, ni por dirigir sus negocios, sino con la esperanza de agradar á los dioses con todas sus palabras y con todas sus acciones en la medida de las fuerzas humanas. No, Tisias, y en esto puedes creer a hombres más sabios que nosotros, no es a sus compañeros de esclavitud a quienes el hombre dotado de razón debe esforzarse en agradar, como no sea de paso, sino a sus amos celestes y de celeste origen» (Platón, 1871:334-339).

²³⁴ «La aparición de lo político como tal, en cuanto instancia específica no subordinada a ninguna otra más determinante, es lisa y llanamente el efecto fundamental de la posición crítica asumida con respecto a la ontología, al discurso del ‘Ser’ proferido por los eleatas y al discurso sobre la ‘Naturaleza’, emitido por los jónicos (...). El ser no es sino un efecto del decir. Se comprende entonces que la presencia del Ser, la inmediatez de la Naturaleza y la evidencia de una palabra cuya misión es decirlos en forma adecuada, se disipen de consuno: lo físico descubierto por la palabra deja su lugar a lo político, creado por el discurso. Los sofistas, pensadores de lo político: de sus condiciones lógicas de posibilidad y de su irreductibilidad a lo físico, lo ontológico, lo ético» (Cassin, 2008:103).

(...) al legarnos el arte de la palabra, Grecia y Roma nos legaron también el temor por este arte. Algunos autores antiguos hacían público su recelo hacia la retórica. Incluso ahora, el sustantivo y el adjetivo *retórica* siguen siendo peyorativos en sus acepciones normales, en las que se designan palabras vacías o engañosas. Al lado de *literario, prosaico, sofisticado* — términos con los que se la relaciona—, la palabra *retórica* es en ocasiones portadora de un rechazo y de una sospecha, que responden a miedos muy profundos ante el poder del lenguaje, ante su facultad de autonomía en relación con las cosas y con las ideas, y ante los riesgos de su mal uso.

Pero más allá del reconocimiento de un *buen uso* de la retórica, la idea instalada es que la retórica solo puede representar un *mal uso* de la palabra, en tanto que engaño malintencionado. En este sentido, retórica y manipulación o mentira han sido asociadas sinonímicamente en la escena política, del mismo modo que las duplas *persuadir-retórica* y *convencer-argumentación* se han distribuido antagónica y polarizadamente. Estas valoraciones, sin embargo, no afectan el hecho de que la retórica exista y forme parte de la democracia misma. Como plantea Danblon (2004), la retórica es el lugar paradójico de la posibilidad de la democracia, al mismo tiempo que representa una amenaza para ella; se trata de su doble estatuto, que garantiza la libertad ciudadana a partir de la capacidad legítima de decir, pero también de los abusos que esa capacidad permite para manipular (su desviación demagógica) y censurar (su desviación autoritaria)²³⁵.

La acusación retórica capitaliza esa estabilización de la desconfianza en la palabra del enemigo. En el discurso gubernamental, la denuncia se dirige a poner en cuestión la fidelidad de las palabras con respecto a los hechos, es decir, el uso de los discursos para ocultar acciones reprochables:

[E]ste doble juego, esta doble moral, es totalmente inaceptable. Y ¿qué exigimos?: vamos a rescatar a estos dos trabajadores, pero exigimos la liberación de todos los secuestrados. Y rechazamos esa doble moral: por un lado, liberando con bombos y platillos, y por el otro lado continúan secuestrando (Santos, 2011, febrero 10).

Me están preguntando sobre un comunicado que supuestamente expidió las Farc, un comunicado donde hacen una serie de afirmaciones hacia un proceso de paz. Vamos a verificar su autenticidad. *Si es auténtico*, le damos la bienvenida a esta actitud. Pero nuevamente el pueblo colombiano, por la experiencia que ha tenido, es escéptico. Nos hemos vuelto como Santo Tomás, que para creer tenemos que meter el dedo en la llaga y

²³⁵ *Telles sont les limites rhétoriques de la démocratie. Si la persuasion est trop débridée, elle censure la critique et tous les discours se valent. Si la critique est trop contraignante, trop normée, elle encourt le risque d'une rhétorique paralysée, correcte sans doute mais mortifère est mortifiante (...)* Concrétiser le rôle de la parole publique est à la fois une occasion et un défi pour les grandes démocraties avancées: celui d'installer la rhétorique dans la troisième voie, celle qui utilise la critique responsable et qui prend la persuasion pour ce qu'elle est. Il s'agit de préserver la démocratie de ses propres dérives: celle de la démagogie et celle de la tyrannie (Danblon, 2004:9 y 33).

las palabras, por más bonitas que sean, no son suficientes. Queremos hechos, si hay hechos habrá paz (Santos, 2012, julio 1).

Las liberaciones de secuestrados, como gestos humanitarios de la guerrilla, perdían así su capacidad de mitigar la imagen negativa de los secuestros que perpetraban. La acusación del *doble juego* y la *doble moral*, replicado desde la autoridad moral de la que se enviste el discurso presidencial, profundiza la inaceptabilidad de la guerrilla y pretende poner en evidencia el bache entre palabras y acciones insurgentes. En el mismo sentido, en la segunda cita, se construye la desacreditación alrededor de la desconfianza en la veracidad del discurso guerrillero y en la autoría misma del comunicado al que se hace referencia. La verdad queda condicionada explícitamente a las pruebas *de facto* y contrapuestas con las palabras mismas. Como mostré alrededor de la esquematización del objeto discursivo *paz* en el discurso gubernamental, la condicionalidad estuvo presente en el tramo histórico analizado como advertencia de fuerza: *no nos engañarán otra vez*, insiste el discurso presidencial a propósito de los procesos de paz fallidos en las anteriores administraciones. Era necesario, como vemos, reforzar la deslegitimación política de la guerrilla para sostener una asimetría que, más allá del ámbito militar, permitiera mostrar su derrota en el ámbito ideológico. El discurso presidencial insistió, por ello, en que el discurso insurgente había quedado vacío de política:

Ellos están muy conscientes de que esta ley que aprobó el Congreso en su momento, de reparación de víctimas y restitución de tierras, los afecta directamente; los afecta en dos sentidos. Por un lado *les quita el discurso; les quita el discurso populista* que siempre han tenido, que aquí la tierra de los campesinos ha sido robada por los terratenientes, por los paramilitares, cuando ellos mismos también han participado de este robo. Y los afecta también —ese es el segundo aspecto—, que vamos a devolverles las tierras a los verdaderos campesinos y se las vamos a quitar a los paramilitares y a las Farc, a la guerrilla, cuando *la guerrilla ha sido partícipe de esos robos. Y sabemos que han sido partícipes* en muchas zonas del país (Santos, 2012, enero 16).

La ley a la que se alude (Ley 1448) fue la prueba proporcionada por el discurso gubernamental para demostrar que la bandera política de la restitución de tierras a los campesinos, víctimas del despojo a lo largo del conflicto, era una bandera del gobierno y no de la guerrilla. Aun más, que se trataba de un engaño de la insurgencia, pues se contradecía con el despojo que ellos mismos perpetraban. Esa Ley atacaba, entonces, directamente la reivindicación histórica de la guerrilla al poner en duda su motivación agrarista; hacía falsa su discursividad política. *Quitar el discurso populista*, como lo señala la cita, era

despolitizarlos dejando al desnudo su verdadera naturaleza criminal.

Ahora bien, en la coyuntura histórica del conflicto, se tensionaba la despolitización de la guerrilla con el proyecto del proceso de paz: ¿cómo reconocerlos y no reconocerlos al mismo tiempo como actores políticos? Los discursos gubernamentales de la serie analizada dejan ver cómo esa tensión hacía fluctuar el posicionamiento demostrado de acuerdo con los auditorios (por ejemplo, con comunicados más beligerantes cuando el público era el sector militar) y el reacomodamiento en las estrategias de guerra. En todo caso, tanto los asesinatos de guerrilleros como los ataques sufridos eran mostrados como pruebas evidentes del *fin del fin*; en el segundo caso, como ya lo he señalado, en el sentido de medidas desesperadas de una guerrilla agonizante, pero también como demostración de su falsedad y del engaño permanente contra la opinión pública:

Es increíble cómo se han vuelto de buenos en *el mercadeo político*. Cuando van a hacer alguna acción de terrorismo, de antemano llaman a algunos medios y les avisan para que esté la cámara y de pronto tienen a algún miliciano que da una declaración (Santos, 2012, agosto 10).

Ayer también tuvimos un incidente de un retén, llevaron a unos periodistas, les mostraron cómo hacían el retén en cinco minutos y apenas llegó la Fuerza Pública salieron corriendo. ¿Y dónde se escondieron? En las casas ¿Y qué mostraban? A los niños. Usando las comunidades, la sociedad civil como escudo. Eso es totalmente inaceptable, totalmente condenable, *eso es cobardía* y por eso hay que tener mucho cuidado de no caer en *esa trampa* y en *esas falsedades* a las que las Farc nos han tenido ya acostumbrado hace mucho tiempo, porque *no es la primera vez sino la enésima vez, muchísimas veces* que ellos salen con esas mentiras para tratar de confundir a la opinión pública (Santos, 2012, julio 12).

En el discurso gubernamental, la posibilidad del reconocimiento político de la guerrilla se reduce al de una falsa política que ejercerían a través de sus palabras, un *mercadeo político*, como aparece despectivamente en la primera cita y que cumpliría con encubrir sus acciones terroristas. La retórica toma la apariencia de política, según la acusación, y los ardides avanzan hacia la demostración de *cobardía* y de bajeza moral, especialmente cuando se resalta la victimización de las poblaciones a través de *esas falsedades* y *esas trampas*, más graves aun si son presentadas como hábitos históricos, vicios de larga data que exhortan a desconfiar del enemigo.

El discurso guerrillero gestiona también esa conducción de la desconfianza en la dinámica erística. Especialmente los comunicados de Timochenko, el comandante que hubo de

reemplazar en el mando máximo a Alfonso Cano, introdujeron desde el principio ese juego con la verdad, la sospecha de la mentira y la acusación de engaño, como factor clave de la confrontación:

En términos de hoy podría decirse que la verdad no es única. Se halla en dependencia de quién y con qué difusión la afirme. Cuando se cuenta con el monopolio del poder mediático, se refuerza el propio dicho a escala galáctica. Y se minimiza y ridiculiza al opuesto. Voces cada vez más creíbles y respetables nos confirman formales razones oficiales acerca de la urgencia de hablar. Mientras eso sucede, se escucha una y otra vez que con nosotros no puede conversarse porque todo el tiempo engañamos. Cuando se reclama sinceridad, es pésimo precedente comenzar de ese modo (FARC-EP, 2012, febrero 28).

En la visión guerrillera, la digresión en torno a la pluralidad de la verdad se resuelve en términos de su relación con el abuso de poder. El razonamiento lleva a plantear que la verdad enunciada desde la posición de poder es autoritaria y arbitraria, por valerse de su fuerza para controlar la difusión de lo dicho y deslegitimar lo contrario. El reclamo aquí invierte la acusación de engaño e invalida el reclamo de sinceridad al acusar al Gobierno de controlar los medios de comunicación. De cara al proyecto de los diálogos de paz, esas acusaciones tendrán un peso importante: la guerrilla anuncia, antes de sentarse a negociar, que confía y escucha unas pocas voces (las *creíbles y respetables*) y el resto las condena a formar parte de la mentira gubernamental, como una *máquina asesina del régimen*:

Es asombroso el manejo mediático con el que se pervierte la realidad en nuestro país. Toda la parafernalia informativa ha sido puesta al servicio de *la máquina asesina del régimen*, haciendo parte integral de sus planes de guerra. Con ella se pretende apoderarse de la conciencia de *la ciudadanía*, del más elemental de sus análisis. *A ustedes*, cuyo dolor jamás fue sentido por *las alturas del poder*; es obvio que intentarán usarlos para azuzar aún más el odio y la guerra (FARC-EP, 2012, marzo 3).

En esa enemistad con los medios de comunicación, la guerrilla extiende la acusación del engaño gubernamental bajo la idea más ortodoxa de los aparatos ideológicos del Estado²³⁶.

²³⁶ «Designamos con el nombre de aparatos ideológicos de Estado cierto número de realidades que se presentan al observador inmediato bajo la forma de instituciones distintas y especializadas (...) 1) Todos los aparatos ideológicos de Estado, sean cuales fueren, concurren al mismo resultado: la reproducción de las relaciones de producción, es decir, las relaciones capitalistas de explotación. 2) Cada uno de ellos concurre a ese resultado único de la manera que le es propia: el aparato político sometiendo a los individuos a la ideología política de Estado, la ideología “democrática”, “indirecta” (parlamentaria) o “directa” (plebiscitaria o fascista); el aparato de información atiborrando a todos los “ciudadanos” mediante la prensa, la radio, la televisión, con dosis diarias de nacionalismo, chauvinismo, liberalismo, moralismo, etcétera» (Althusser, 1969).

Medios y Gobierno compartirían esas *alturas del poder* desde las cuales la guerra resultaría funcional a los intereses de clase e indiferente al *dolor* de la *ciudadanía*, como se resalta en la cita. La mentira es, ante todo, un engaño en clave de dominación clasista:

Quien no conozca al personaje puede caer en la tentación de creerle. Santos al igual que *la casta gobernante y las élites* detestan profundamente al pueblo llano de Colombia. Para nada les interesa su suerte. Si actúan es por guardar *la forma* y mantener el voto cautivo que les permitirá seguir la dominación (FARC-EP, 2012, mayo 22).

Mintiéndole al país, dice que las FARC nos lucramos de la minería, sólo para sacar del negocio a los pequeños mineros; dice que las reformas adelantadas traerán progreso, pero no dice que el progreso es sólo para los de su clase, en fin, lo que caracteriza al actual gobierno de Juan Manuel Santos es *la patraña, el embeleco*. Cree que la economía es otro de sus juegos de póker donde siempre se tiene *cartas bajo la mesa* (FARC-EP, 2012, marzo).

La acusación de engaño se dirige a la movilización de la indignación popular que el discurso guerrillero azuza enfatizando en las diferencias de clase con las élites gubernamentales. A partir del señalamiento de esa asimetría se delinea al enemigo (*la casta gobernante, las élites, los de su clase*) bajo la idea de la desconfianza en su palabra. Las asociaciones con el interés en el voto, el negocio de la megaminería y el juego de póker remarcan la diferencia de clase entre gobernantes y gobernados como el factor principal de injusticia; el mantenimiento de ese estado de cosas hegemónico es el que denuncian como intención oscura en el enemigo, oculta tras *las formas, la patraña, el embeleco* y las *cartas bajo la mesa*. Las acusaciones usualmente sirven como respuesta que niega las acusaciones recibidas (como en el ejemplo de la participación en la minería ilegal) o excusa la acometida de crímenes y actos violentos. Frente a los abusos propios de la dominación de clase, las responsabilidades propias en la guerra se desvanecen o quedan desplazadas por el efecto de indignación. En la retórica de la denuncia, la concepción de la democracia y del ciudadano se funda en su vulnerabilidad y en la misión autoimpuesta de protegerlos de la tiranía gubernamental. El pueblo es una víctima inerme y la guerrilla se arroga la tarea de cuidarlo y desagraviarlo. El carácter marginal -ilegal y clandestino- del discurso guerrillero juega aquí a favor de esa misión dignificante:

Qué sentido tiene tanta riqueza si a la postre el beneficio lo reciben las corporaciones, principalmente extranjeras. Da indignación con casos como el de los pobres de Cúcuta y pequeños empresarios a los que les han subido las tarifas de energía eléctrica hasta en un

100%, mientras la compañía que compró nuestra electrificadora en 180.000 millones, reporta utilidades este año estimadas 40 mil millones de pesos (FARC-EP, 2011, febrero 16).

Así como el enemigo ha sido unificado en la figura de las élites en el poder (la burguesía, el imperio, la clase gobernante, etc.), la presentación de las corporaciones sigue la misma clave clasista para acusarlas de la violencia y del despojo, particularmente en el sector rural. La desconfianza se funda, entonces, en la igualdad de intereses entre el Gobierno y las corporaciones, en torno a la renta de las explotaciones agroindustriales y mineras; la denuncia de que esos intereses están alineados en beneficio propio impide que iniciativas como la Ley de restitución de tierras sean vistas como logros para los sectores vulnerados:

La Ley de tierras es hasta ahora una *letanía de argucias* que no tardará en asomar *su verdadera intención* de apropiación de territorios con miras a la explotación minera, energética, a la agroindustria y la producción de bio-combustibles. La ley presentada al Congreso es *un remedo de reforma agraria* que no tocará la estructura latifundista existente (FARC-EP, 2011, marzo 7).

Estas iniciativas gubernamentales son deslegitimadas como simulacros de las *verdaderas* medidas sociales esperadas; para el caso en cuestión, la Ley 1448 no es más que *un remedo de reforma agraria* y una *letanía de argucias*. Al acusarla de engaño, el discurso guerrillero responde al argumento gubernamental al respecto de haberles arrebatado su bandera política; toda vez que la Ley oculta *su verdadera intención* expropiadora y latifundista, el discurso reafirma y profundiza sus reivindicaciones ideológicas y programáticas de la lucha armada: la defensa del pueblo vulnerable. La retórica de la acusación de engaño utiliza ese énfasis en la ciudadanía como víctima histórica de la política gubernamental, para erigir a los guerrilleros como los voceros de la indignación y guerreros contra los grandes enemigos: las corporaciones, el capital, el neoliberalismo, etc.

Como vemos, las acusaciones cumplen con oponerse al contenido del discurso gubernamental, pero también atacan la forma de esa discursividad, a la que critican como alambicada, artificiosa y eufemística. Es la disputa contra la retórica políticamente correcta de las élites:

Desde su llegada a la presidencia, Santos ha tratado de disminuir la imagen de una Colombia bélica y agresiva contra los países sudamericanos que está pegada a la retina de nuestra América; con sonrisas, con frases acomodaticias y con la taimada diplomacia del

chantaje y las buenas formas de la Canciller Holguín ha tratado de confundir a toda Sudamérica, ha desatado la vieja diplomacia de la ambigüedad gatopardista, que cambia las formas para que todo siga igual (FARC-EP, 2011, noviembre).

Juan Manuel Santos practica como el mejor, aquello de llamar por eufemismos a las cosas a fin de transformarlas en algo distinto. Bautizó el llamado Plan de Desarrollo de su administración con el nombre de Prosperidad para todos, cuando éste está concebido, de principio a fin, para el beneficio de los poderosos capitales transnacionales y los sectores de la economía local que orbitan como satélites en torno a él (FARC-EP, 2012, mayo 27).

La acusación de eufemismo es, al mismo tiempo, la instauración de una tarea des-eufemizadora del discurso gubernamental que emprende el discurso guerrillero. Des-eufemizar requiere señalar aquello que está funcionando como forma decorada y bien presentada para generar aceptabilidad en los auditorios, pero también el contenido oculto de aquella verdad a la cual la ornamentación no deja llegar sino a través de la fuerza:

La denominación de su juego político con el que pretenden profundizar la obra decadente de los anteriores gobiernos es denominada “prosperidad democrática”, cuyo nombre nuevamente entra en contradicción con la realidad al igual que el afamado nombre de “seguridad democrática” -que terminó por ser una de las noches más oscuras para la patria-, ya que los planes del gobierno Santos ni son para la prosperidad ni mucho menos representan la democratización del país, en cambio, sí son la profundización del neoliberalismo y la seguridad fascista (FARC-EP, 2011, marzo).

Revelar y reemplazar el eufemismo por la palabra honesta, por el decir veraz, lleva a que estos tramos insistan en las reformulaciones definatorias y las remisiones metalingüísticas: *La denominación de su juego político y el afamado nombre de ‘seguridad democrática’*, son formas de esas remisiones que ilustran la atención hacia lo nominal en la oposición guerrillera. Decir que son solo nombres y denominaciones es señalar que la realidad y el discurso gubernamental son contradictorios y, por tanto, que es en la palabra guerrillera donde debe buscarse la *traducción* de ese lenguaje político mentiroso:

‘Cohesión social’ *llaman ahora* a que la gente la explotan, la echan del trabajo, la vilipendian, llevan los hijos a los hospitales y no se los atienden, se mueren de necesidad médica en la puerta del hospital, sufren miseria, no hay agua potable, no hay luz, no hay educación. Y ‘cohesión social’ *traduce* en que ‘no se queje’, en que ‘agradezca que encuentra una posibilidad mínima de un trabajo (FARC-EP, 2010, julio 29).

Hay que decir que esas acusaciones de engaño y eufemización insisten en la planeación

intencional del ocultamiento, el silenciamiento y la mentira deliberada. De ahí que se ubiquen en el orden de la condena y el reclamo de la moralidad política debida; el engaño de los militares, por ejemplo, responde a la protección de los intereses corporativos que estarían asociados con las élites gubernamental y militar:

El gobierno y la cúpula militar saben bien lo que se traen entre manos. Como muñecos de Collodi, le mienten al país. En acto de impudencia, el Ejército Nacional se acerca a las comunidades indígenas del Catatumbo simulando brigadas de ayuda, a sabiendas de que lo que habrá de sobrevenirse será la persecución infame y el destierro de los indígenas Barí, cuyos asentamientos se encuentran en la mira de las grandes compañías transnacionales que vienen por el carbón, el petróleo y los agrocarburos (FARC-EP, 2012, febrero 28).

Desde esta mirada, la indignación se resuelve en el develamiento de la corrupción que anida en las alianzas empresa-Gobierno y capital internacional. Esa corrupción engendradora explicaría el favorecimiento de grandes firmas corporativas para que inviertan en el país a cambio de bajos impuestos y condiciones laxas de regulación, así como la militarización de sus zonas territoriales de explotación. Bajo esta tesis, el discurso guerrillero convierte la indignación en conspiración; en el fondo -sostienen- son los planes de dominación imperialista los que están ‘moviendo todos los hilos invisibles’ de los sectores de la gobernanza:

[L]a comedia democrática que como farsa presentan al pueblo, sólo para crearle falsas expectativas a los crédulos. Todo hace parte de las operaciones encubiertas del gobierno imperial (FARC-EP, 2010, agosto 17).

La ambigüedad de los anuncios públicos de Santos, esconden la alineación con los Estados Unidos en todas las materias de Estado y Gobierno, que no se llamen a engaños los bien intencionados cancilleres de los países de Sudamérica (FARC-EP, 2011, noviembre).

La política de unidad nacional promovida por el gobierno del presidente Santos es la unidad de la derecha y de los inversionistas nacionales y extranjeros contra las pobrerías de Colombia, una realidad que no se puede ocultar con recambio de palabras (FARC-EP, 2011, marzo 7).

Una lógica conspiratoria imperial permite anudar las diferentes variaciones del engaño y las áreas de lo público en un solo plan ordenado y teleológico: cada decisión y cada acción gubernamental contribuiría a la dominación del mundo, ejercida por el gran capital. Se trata de una lógica, como plantea Angenot (2010c), en tanto que dispositivo cognitivo y hermenéutico de la realidad, que permite descifrar el mundo y dotarlo de un sentido

fácilmente aprehensible, aunque oculto intencionalmente, para alcanzar sus fines²³⁷. En esa medida, su alcance es histórico y de largo plazo:

A la primera matanza generalizada por el despojo de las mejores tierras, promovida en la cuarta década del siglo pasado, *le pusieron el nombre de La Violencia, expresión mágica que sirvió para ocultar* a terratenientes, empresarios, gamonales, generales y agentes norteamericanos y locales de la guerra fría, *verdaderos azuzadores y ejecutores de la aterradora mortandad* que les permitió enriquecerse bajo la institucionalidad del estado de sitio. Cincuenta años después *inventaron la historia* de una disputa territorial por el control de los cultivos ilícitos entre distintos actores armados (FARC-EP, 2012, mayo 27).

Resalto aquí la importancia de las construcciones metadiscursivas en las remisiones, para el efecto persuasivo de la lógica conspiratoria imperial. En la invención de nombres y narrativas descansaría el plan oculto de los conspiradores que son revelados; en el caso de la cita, son los *agentes norteamericanos y locales de la guerra fría*, a quienes luego se les ‘desenmascara’ con la nominalización *verdaderos azuzadores y ejecutores de la aterradora mortandad*. La historia de Colombia, así reescrita, es la historia del complot imperial por la dominación del territorio, entroncado con la dominación del capital a nivel mundial: la lógica conspiracionista debe instaurar esas afecciones generalizantes, universales, para mostrar la peligrosidad del plan oculto y la urgencia de revelarlo. Es, en realidad, una cruzada por la restauración del orden, contra la distopía en tránsito y el caos anunciado, el discurso que denuncia la conspiración se muestra emancipatorio: la liberación de la verdad pura es su objetivo final.

El recurso al miedo y la amplificación negativa del enemigo son funcionales al

²³⁷ Angenot (2010c:26-27) ha propuesto un análisis histórico del pensamiento conspiratorio en Occidente, en el orden del rastreo de sus lógicas operativas, cognitivas e interpretativas. Así define la conspiración: *ce n'est pas un « thème » dans la culture ni une « idée », ni une « idéologie » déterminée, mais précisément ce que j'ai choisi d'appeler une logique, un dispositif cognitif et herméneutique, une manière, exclusive d'autres, de déchiffrer le monde qui a, avant tout, une histoire qu'on peut suivre dans la modernité occidentale.*

La lógica conspiratoria se presenta frecuentemente, según el autor, como deriva de las ideologías del resentimiento: *La rhétorique du ressentiment sert deux fins concomitantes : démontrer la situation présente comme injustice totale, persuader de l'Inversion des valeurs qui se trouve à son principe et expliquer la condition inférieure des siens en renvoyant ad alteram partem tous les échecs essuyés. Les puissants adversaires que se donnent les idéologies du ressentiment passent leur temps à ourdir des trames, ils n'ont de cesse de tendre des rêts – et comme ces menées malveillantes ne sont guère confirmées par l'observation, il faut supposer une immense conspiration secrète – et se convaincre de son existence aussitôt l'hypothèse envisagée* (Angenot, 2010c:34).

pensamiento conspiratorio²³⁸ y a su retórica particular, conformada por elementos heterogéneos amalgamados: la imagen de quien revela la conspiración es la del experto, pero denunciando desde la frontera de la marginalidad; las emociones del resentimiento y la indignación, que exhortan tanto a la angustia ('todo el mundo está amenazado') como a la tranquilidad ('la verdad nos hará libres'); y la hipertrofia de la crítica, inmunizada contra toda refutación a través del cierre del pensamiento (Danblon et Nicolas, 2010). La oposición a la tesis del *fin del fin* sigue ese orden que obtura la crítica al simplificarla bajo el efecto de evidencialidad del vituperio y persiste repetidamente en la invocación de reivindicaciones universales, como la justicia y la dignidad:

[L]a insurgencia, aparece como un factor incómodo para que las transnacionales y sus lacayos oligarcas criollos continúen el saqueo de la riqueza de los colombianos. De ahí deriva el sufrimiento de Juan Manuel por la existencia de la insurgencia, más cuando se había convencido de su propia invención que hablaba del fin del fin de la guerrilla (FARC-EP, 2012, marzo).

[L]a oligarquía colombiana ebria de triunfalismo, habla del fin del fin de la guerrilla, como si el conflicto pudiera dirimirse con conjuros o trucos de prestidigitación (FARC-EP, 2011, marzo 26).

Mientras no se instaure la justicia y se respete la dignidad en favor de las mayorías, el fin del fin de la insurgencia sólo será el contenido fantasioso de la perorata triunfalista gubernamental que pregona la derrota militar de las FARC-EP (FARC-EP, 2011, noviembre).

La acusación de falsedad de la tesis del *fin del fin* no solo insiste en presentarla como una mentira, bajo diferentes formas nominalizadas (*su propia invención; conjuros o trucos de prestidigitación; contenido fantasioso; perorata triunfalista gubernamental; etc.*), sino que además avanza hacia su puesta en relación causal con crímenes particulares del Ejército. El

²³⁸ Desde la filosofía política, Taguieff (2006) ha sintetizado 4 reglas del pensamiento conspiratorio: 1) nada sucede por azar; 2) todo lo que sucede es resultado de intenciones o voluntades ocultas; 3) nada es lo que parece ser; 4) todo está ligado o conectado de forma oculta. Es una tópica homogénea e intuitiva y, por ello, poderosamente persuasiva. Danblon y Nicolas (2010:40-42) añaden una quinta regla, que explicaría la efectividad del pensamiento conspiratorio y que se relaciona directamente con la acusación de engaño en el discurso del enemigo: 5) toda explicación debe ser minuciosamente criticada: el adversario siempre debe asumir con la carga de la prueba.

caso judicializado de la falsa desmovilización de un grupo de guerrilleros²³⁹, es referido en una entrevista internacional por Alfonso Cano como una prueba del engaño del *fin del fin*:

El mundo se está enterando cómo en el departamento del Tolima se reclutaron bandidos y desocupados, con quienes “formaron” una columna guerrillera, los vistieron con uniformes militares, les dotaron algunos fusiles viejos y otros muchos de palo, llamaron a los periodistas, les tomaron fotos, peroraron una diatriba insulsa, les dieron algún dinero a los farsantes, difamaron sobre muchos ciudadanos a quienes encarcelaron y, luego, *felices ratificaron que el fin del fin estaba cerca*, incluyendo al presidente de entonces (FARC-EP, 2011, junio 16).

La revelación del caso de la falsa desmovilización es amplificadora como un proceso en tránsito de descubrimiento de la verdad a nivel mundial (*el mundo se está enterando...*), con lo cual se abona a la acusación de que la mentira sobre el conflicto armado sería una práctica habitual en la esfera gubernamental. El discurso guerrillero remarca esos hechos, ocurridos en 2006, y los actualiza en el periodo 2010-2012 para ligarlos en relación de continuidad y de inmutabilidad de las prácticas políticas hegemónicas. La reconstrucción de esos hechos históricos sigue la forma enumerativa de las acciones, desde la cual enfatizan en la organización sistemática de las actividades punibles. En el mismo sentido, la situación bélica del bienio estudiado fue presentada como un *escalamiento del conflicto armado*, para contrarrestar la tesis gubernamental de su finalización:

Santos, *el empresario de la manipulación*: Para gobernar a Colombia y sortear la encrucijada de un país que marcha hacia la protesta y la movilización social en medio del *escalamiento del conflicto armado*, el presidente Juan Manuel Santos ha cifrado todas sus esperanzas en *la manipulación mediática*, su más connotada especialidad. Al más leve movimiento de su batuta, la prensa, la radio, y la televisión, uniformadas, reproducen la misma nota en *el obsoleto pentagrama del engaño*. Lanzan al aire una mentira y en minutos es verdad incuestionable repicada por todos los medios de desinformación (FARC-EP, 2011, marzo 7)

[C]ada día que pasa se les hace más difícil ocultar *las realidades de la guerra*, hay que tener en cuenta que a veces son más de 20 hechos bélicos diarios. No importa que traten

²³⁹ En marzo de 2006, al inicio de la segunda presidencia de Álvaro Uribe, el Gobierno y las Fuerzas Militares anunciaron la desmovilización de 70 combatientes de la compañía guerrillera *Cacica La Gaitana*. Posterior al acto de entrega de armas y de un avión de combate, un conjunto de irregularidades en el proceso de desmovilización, además de una declaración de las FARC-EP en la que desconocía a esa Compañía, terminó por revelar que todo se había tratado de un montaje en el que los guerrilleros y las armas entregadas eran falsos. Para 2009, el proceso de judicialización había concluido en la expedición de órdenes de captura contra los principales sospechosos de la planeación y ejecución del montaje, entre ellos, militares de alto rango y el Alto Comisionado para la Paz, que se exilió desde entonces. El Estado fue exonerado de responsabilidad en estos hechos, en calidad de víctima del engaño (Duque, 2011, febrero 28).

de deslegitimizarlos, descalificarlos o esconderlos, se constituyen en *la terca y dura realidad* (FARC-EP, 2011, julio).

Como he mostrado, las acusaciones se concentran en el establecimiento de relaciones con lo amoral, lo conspirativo y lo criminal, pero también frecuentemente con la animadversión contra los medios como instrumentos acrílicos de réplica. El inventario de las formas designacionales en las cuales cristalizan esas relaciones acusatorias es muy variado; en la primera cita resalto ese énfasis en la manipulación dentro del marco de lo empresarial-corporativo (*el empresario de la manipulación; la manipulación mediática*), que queda articulado con una metáfora inusual: el Presidente como un director de orquesta (*la batuta, la nota, el pentagrama del engaño*), esto es, el remarque del engaño como una acción colectiva y coordinada, revestida de formas agradables (*la música*), pero elitista y falsa. En todos los casos, el tratamiento del engaño vuelve al señalamiento de la mentira que ha pretendido pasar por verdadera y que es contradicha por la iluminación del decir veraz en la palabra guerrillera; solo ella es capaz de representar esas *realidades de la guerra, la terca y dura realidad* que ellos comprenden. Así interpelaba Alfonso Cano al gobierno de Santos, al inicio de su presidencia:

Aspiramos a que el gobierno que entra *reflexione y no engañe más al país de que es que esto fue el fin del fin*, porque eso es absurdo, porque no es cierto. Porque aquí mucho, todos los integrantes de la guerrilla revolucionaria hoy estamos aunque mañana nos puede pasar cualquier cosa en esta confrontación, pero la confrontación sigue porque las causas están ahí (...) todo lo demás que se diga es propaganda, ‘carreta’: que ya casi nos matan, que nos tienen respirándonos en el cuello, en el pescuezo, en la nuca...eso no importa aquí en Colombia (FARC-EP, 2010, julio 29).

En la coyuntura militar de la época, el acorralamiento de la guerrilla era negado o se le restaba importancia en el discurso de sus máximos líderes. Para mantener la posición de fuerza y garantizar la cohesión de la tropa, debía oponerse a la tesis del *fin del fin* la despersonalización de la lucha armada y el sentido de bloque: los discursos de Cano insistieron en la continuidad de la guerra aun después de que fuera muerto por el Ejército, como efectivamente sucedería en noviembre de 2011. Especialmente durante ese año, la reacomodación de fuerzas en ambos bandos hizo que las acciones bélicas fueran cediéndole paso a una confrontación más política en torno a un posible proceso de paz, por supuesto, desde sus estilos discursivos instalados y los modos polémicos y aletúrgicos de inscribir la oposición:

Fácil les queda desde estas posiciones ejecutar su doctrina de traidores, ayudar a vender los espejismos de Juan Manuel Santos, hacer maromas retóricas para diferenciarlo del narco político que le antecedió en la casa de Nariño, ocultarle su lujuria aceitada en sangre, su codicia con uñas de oro..., y elevarlo a la categoría de Presidente de la paz (FARC-EP, 2011, febrero 19).

Desde entonces las amenazas y el “fue dado de baja”, el “va gravemente herido”, el “le estamos respirando en la nuca”, “en cinco meses los derrotamos”, el “necesito otros cuatro años para derrotarlos”, o el “este es el fin del fin” ha sido el argumento para justificar el exponencial gasto militar, que ha disparado la fuerza pública armada a más de 500 mil efectivos, y que consumirá la quinta parte del presupuesto nacional del año entrante. Y, que además, recepcionó cerca de los casi \$10.000 millones de dólares de ayuda norteamericana del fracasado Plan Colombia, ratificando lo falaz de la publicitada tesis gubernamental del “pos-conflicto” (FARC-EP, 2011, mayo 28).

La primera cita pertenece a un panfleto cuyo título resume bien la lectura que hizo la guerrilla sobre la llegada de Santos a la presidencia: *La Era Santos y el travestismo ideológico*. La desconfianza dominó desde el principio las tentativas de la paz dialogada: el enemigo se muestra y dice de un modo, pero esto es solo apariencia, vestimenta ideológica. Negar la imagen que Santos había proyectado de sí mismo, como el *Presidente de la paz*, era importante para deshacer la relación entre *fin del fin* y paz que el discurso gubernamental había empezado a construir desde la campaña presidencial de Santos. Efectivamente, los cambios bélicos estratégicos y el aplazamiento o negación rotunda de la derrota insurgente irían desgastando esa relación por el lado del *fin del fin*: la segunda cita pone en evidencia el desgaste de esa tesis, refiriéndose al insostenible gasto militar, en un conflicto cuya victoria militar era cada vez menos plausible.

La siguiente cita sirve de síntesis de este manejo de la acusación de engaño. En los resaltados, ilustro el inventario de lo explicado anteriormente, presentado de manera imbricada: indignación por la inmutabilidad histórica, lógica conspiratoria imperial, peso desacreditador de las remisiones metadiscursivas, imputaciones, abuso de orden clasista, victimización de los auditorios, deseufemizaciones y cruzada emancipadora de la verdad; todo ello sobre la base del énfasis en la desconfianza en el enemigo:

Por arte de engaño se pretende que olvidemos que cuando se trata de descifrar quién es Juan Manuel Santos, estamos ante *un criminal continuista* que representa *al gran capital y la entrega del país a los intereses norteamericanos* (...) Con *la falaz noticia* de la derrota militar de la insurgencia, con *el manido cuento* del fin del fin de la guerrilla y *la increíble*

historieta del arribo al post-conflicto se cimentan los nuevos argumentos de *la borrachera triunfalista* que justifican ahora el abultado gasto de guerra, montando la teoría de la recuperación del territorio como corolario de la llamada “transición de la seguridad democrática a la prosperidad democrática” (...) Obsérvese aquí *la gramática de las trampas*, como esa de “subir” el salario en ese 4 % miserable que ahora quieren que se le agradezca al “bondadoso” Juan Manuel, cuando sabido está que la inflación, así la aderecen, está por encima de ese dígito. Es esta *la semántica de los artilugios* que mantienen *la explotación de las empobrecidas mayorías* en Colombia, *el glosario de las fantasías* que la seguridad inversionista necesita para atrapar víctimas (FARC-EP, 2011, febrero 21).

La acusación de engaño es, pues, el terreno retórico en el que se genera también una puesta en evidencia de la verdad que el enemigo -supuestamente- esconde; es un desocultamiento o desenmascaramiento del otro con la introducción de lo indecible en favor del restablecimiento de la verdad única, esto es, de la de quien denuncia el engaño.

Desde esta perspectiva, el análisis se interesa por lo que es indecible en una coyuntura determinada. Lo indecible es aquello que no conviene decir (no se *debe* decir) o no se está autorizado para decir (no se *puede* decir). La indecibilidad es, entonces, el carácter de un sistema de restricciones implícitas y explícitas, que conforman un régimen; parafraseando lo que Foucault (1980[1977]:187) denomina “régimen de verdad”, en cada grupo social se puede identificar también un régimen de decibilidad, conformado por los tipos de discursos admitidos que funcionan en grados de mayor a menor aceptabilidad, y que producen asimismo sanciones y legitimación de esas sanciones; así como por las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de tales grados de aceptabilidad.

Como reverso de lo decible, la indecibilidad está sujeta al discurso social (Angenot 2010a). Estos sistemas sociohistóricos de regulación establecen hegemonías, dominaciones de un orden de lo decible, que transforman “lo no-decible en impensable: absurdo, infame o quimérico” (Angenot 2010a: 61). En el mismo sentido, la indecibilidad y su contenido (lo indecible) está determinado por las restricciones derivadas de la pertenencia a una formación discursiva particular (Foucault, 1970[1969]), e inscrito en formaciones ideológicas que determinan ese “poder ser” y ese “deber ser” de lo decible, para cada posición y coyuntura específicas²⁴⁰.

De este modo, las formaciones ideológicas legitiman modos de pensar e interpretar el mundo, regímenes dentro de los cuales las formaciones discursivas regulan tanto lo decible

²⁴⁰ (...) [l]es formations idéologiques (...) comportent nécessairement, comme une de leurs composantes, une ou plusieurs formations discursives inter-reliées, qui déterminent ce qui peut et doit être dit (...) à partir d'une position donnée dans une conjoncture donnée (Haroche, Henry et Pêcheux 1971: 102).

como lo indecible. El carácter de posibilidad e imposibilidad define la naturaleza o el concepto de indecibilidad, antes planteado. Ese concepto requiere, pues, pensar en el reverso de lo decible –lo indecible–, y desplazar la reflexión de lo dicho hacia la dimensión de la posibilidad (la “decibilidad”), y de ahí hacia su negación: el silencio constitutivo de lo indecible.

En *As formas do silêncio*, Orlandi (2007[1992]) sostiene que el silencio no es ausencia, sino significación o fundación de significados múltiples (*silêncio fundador*, p. 70). La palabra, así, giraría en torno al silencio y llenaría sus espacios (y no al contrario): según la autora, no solo hay silencio entre las palabras, sino también *en* las propias palabras. En ese silencio constitutivo (Orlandi 2007[1992]: 69-75), los sentidos son configurados a partir de la inserción del sujeto en determinadas formaciones discursivas, como regiones de sentido donde quedan determinados los límites del decir. Para la autora, una *política del silencio* (Orlandi 2007[1992]: 29, 75) se deriva de ese tratamiento: al decir algo, obturamos necesariamente otros sentidos posibles, para que lo finalmente dicho aparezca materializado²⁴¹. Entendiendo que el decir y el no decir (como no dicho y como indecible) acusan relaciones complejas de ligazón fuerte, se puede pensar específicamente en los modos en que, en las interacciones erísticas, se construyen discursos de oposición concentrándose en los *silenciamentos* ejecutados por el enemigo.

Ahora bien, lo indecible no coincide plenamente con lo presupuesto ni se diluye en lo

²⁴¹ *A relação dito/não-dito pode ser contextualizada sócio-historicamente, em particular em relação ao que chamamos o 'poder-dizer'. Pensando essa contextualização em relação ao silêncio fundador, podemos compreender a historicidade discursiva da construção do poder-dizer, atestado pelo discurso. Com efeito, a política do silêncio se define pelo fato de que ao dizer algo apagamos necessariamente outros sentidos possíveis, mas indesejáveis, em uma situação discursiva dada. A diferença entre o silêncio fundador e a política do silêncio é que a política do silêncio produz um recorte entre o que se diz e o que não se diz, enquanto o silêncio fundador não estabelece nenhuma divisão: ele significa em (por) si mesmo* (Orlandi, 2007[1992]:75).

sobreentendido²⁴². Tanto lo indecible como lo no dicho son inmateriales, esto es, no son contenido proposicional sino después del “cálculo interpretativo” (Kerbrat-Orecchioni, 1986b) realizado por el interlocutor. Pero esa no-materialidad se da en planos diferentes: lo no dicho está, de hecho, anclado en las palabras como contenido implícito (implicatura) e implicado (implicatura), es decir, está tras las líneas de lo dicho, desde donde genera presupuestos (a partir del enunciado) y sobreentendidos (a partir de la enunciación)²⁴³. Lo indecible, en cambio, es una realización enunciativa imposibilitada, una opción discursiva que fue descartada porque no puede o no debe ser dicha, es un significante ausente. Su contenido, entonces, es pura hipótesis, restringido por condiciones que impiden y reprimen que sea dicho en palabras. Lo indecible está suprimido en el decir propio, inhibido en su materialidad. Así lo diferencia Angenot:

²⁴² Ducrot (1985) dedica el segundo capítulo de “El decir y lo dicho” a establecer una diferenciación entre presupuesto y sobreentendido, ambos como efectos de sentido: «El presupuesto, apegado al enunciado en sí mismo y vinculado con los fenómenos sintácticos más generales, es un producto del componente lingüístico. En cambio, el sobreentendido, que resulta de una reflexión del destinatario sobre las circunstancias de la enunciación del mensaje, debe recogerse en la descripción lingüística al término de un proceso muy diferente, que tiene en cuenta a la vez el sentido del enunciado y sus condiciones de ocurrencia» (Ducrot 1985:38). Toda vez que el sobreentendido se presenta como un hecho de enunciación más que de enunciado y que tiene menor (pero no nula) inscripción en la lengua, podríamos pensar que este nivel, igual que la esfera de la indecibilidad, conduce a la revisión de las circunstancias y lugares en los cuales un enunciado adquiere significaciones no dichas. La conceptualización de Kerbrat-Orecchioni (1986b:21) refuerza esta diferenciación, a partir de la afirmación de que los contenidos implícitos (que incluyen tanto los presupuestos como los sobreentendidos) son también ‘dichos’, aunque de maneras diferentes al contenido explícito: *Nous considérerons comme présumées toutes les informations qui, sans être ouvertement posées (i.e. sans constituer en principe le véritable objet du message à transmettre) son cependant automatiquement entraînées par la formulations de l'énoncé, dans lequel elles se trouvent intrinsèquement inscrites, quelle que soit la spécificité du cadre énonciatif (...). [Les sous-entendus sont] toutes les informations qui sont susceptibles d'être véhiculées par un énoncé donné, mais dont l'actualisation reste tributaire de certaines particularités du contexte énonciatif* (Kerbrat-Orecchioni 1986b:25 y 39).

²⁴³ La pragmática lingüística ha concentrado la reflexión sobre la terminología de lo no dicho, pero no sobre lo indecible. Es a partir de la introducción del término *implicatura*, con Grice (1975[1989]), que la pragmática ha abordado extensamente la diferencia entre lo que se dice (lo codificado en palabras) y lo que se quiere comunicar (lo que requiere ser inferido, más allá del contenido proposicional). En la propuesta clásica, las implicaturas pueden ser convencionales (presuposiciones) o conversacionales, según la dependencia de la inferencia con respecto a factores situacionales, y el Principio de cooperación con sus máximas regulativas guiarían los intercambios comunicativos, a manera de un principio pragmático general. Desarrollos posteriores como el de Bach (1994), han evaluado que el tipo de contenido proposicional inferido puede ser tanto del orden de lo implicado (decir una cosa y comunicar otra conceptualmente independiente) como de lo implícito (comunicar una cosa conceptualmente dependiente de lo que se dice, como expansión o complemento de lo dicho); de ahí que a estos últimos contenidos haya que diferenciarlos de las implicaturas, con la denominación “implicaturas” (Bach 1994: 142). Estas propuestas de la pragmática lingüística para el análisis de lo no dicho se sostienen sobre la base común de la intencionalidad del hablante, esto es, de la supresión de ciertos contenidos en la realización verbal, conscientemente planeada para el logro de unos fines. Una parcela de la comunicación humana, a la que se dedicaría la pragmática, consistiría tanto en la transmisión voluntaria de significados intencionales como en el reconocimiento de esos significados por parte de los oyentes. Si, de acuerdo con Dascal (1999:33), la pragmática “enfoca aquellos aspectos del significado vehiculado por la actividad lingüística en que el sujeto es tratado como agente intencional pleno”, la indecibilidad desbordaría el marco operativo pragmático, porque en ella los contenidos proposicionales suprimidos del decir no responden conscientemente al cálculo de un sujeto soberano, sino a un complejo de condiciones sociales, históricas y políticas que posibilitan o no la aparición de esos contenidos en el espacio público.

Este ‘indecible ideológico’ merece ser distinguido de lo *no dicho*: causas o consecuencias omitidas pero tolerables para la lógica del discurso. Lo indecible es, en cambio, algo *reprimido*, cuya ausencia puede descubrirse, sin embargo, a la manera de un acto fallido, por fugaces lapsus, por una superabundancia insólita de pruebas, o en forma de lo que la doctrina psicoanalítica llama *verneinung*, ‘denegación’ (Angenot, 1982: 186).

De lo indecible a lo no dicho existe la misma distancia que de lo decible a lo dicho; de ahí que en esta tesis proponga lo siguiente:

- I. No todo lo implicado ni todo lo implícito es indecible, es decir, existen presupuestos y sobreentendidos que el sujeto admitiría decir sobre sus propios enunciados, porque se siente capaz de sostenerlos en el espacio público, esto es, no transgrede lo decible en un momento social específico.
- II. No todo lo indecible queda siempre suprimido pues, como veremos, es posible que aparezcan públicamente esos enunciados que -supuestamente- permanecen silenciados en la voz de uno de los actores, hasta que el discurso divergente los hace emerger, atribuyéndoles un decir oculto.

7.2.2 Decir lo que el enemigo supuestamente calla: la indecibilidad dicha

Propongo que es posible ver lo indecible más allá del análisis de lo implícito (implicaturas e implícitas, presupuestos y sobreentendidos) y de la orientación psicoanalítica sugerida por Angenot (1982:186). Sujeto a restricciones sociohistóricas de conveniencia o de autoridad para ser dicho, lo indecible aparece en el espacio público a través de la voz de un opositor en pugna. Así, adquiere visibilidad en el discurso divergente del enemigo, en el cual es utilizado para delatar, denunciar, desacreditar o poner en evidencia a la contraparte. Para que se le pueda ver como enunciado explícito, es necesario poner en relación al sujeto con un otro que se le oponga, esto es, revisar las palabras del enemigo en los intercambios polémicos. El discurso opositor hace explícito lo que al otro le resulta indecible, es decir, hace emerger la indecibilidad y, con ello, construye formas de oposición política en el discurso. Por ejemplo, a propósito del manejo de la política agraria en el país, la guerrilla presentaba estos datos en un artículo de su revista *Resistencia*:

La estructura agraria en Colombia, **desde 1990 hasta hoy**, *ha sufrido* una fuerte concentración de la propiedad. Los estudios de IGAC-CORPOICA de **2002**, indican que las fincas con más de 500 hectáreas *controlan* el 61% de la superficie predial y pertenecen al 0.4% de los propietarios, lo cual se agravó a finales de la década, presentándose **entre 2000 y 2009**, y en especial **a partir de 2005**, una concentración mayor, particularmente en el 56.6% de los municipios (FARC-EP, 2011, julio 9).

A lo largo del comunicado se reitera la crítica al latifundismo y la concentración de la tierra en Colombia, como parte de las causas estructurales del conflicto armado. Aquí se pone en escena una voz institucional autorizada (IGAC-CORPOICA) para reforzar el desacuerdo con la política agraria gubernamental, a través de datos estadísticos y académicos, desde el presupuesto de su neutralidad política, para apoyar la crítica realizada. El uso del discurso experto (Cussó et Gobin 2008) como recurso de credibilidad, reviste de un aparente rigor la crítica guerrillera, sobre todo porque las instituciones que generan los datos citados son entidades gubernamentales.

Precisamente esa cercanía de las instituciones citadas con el gobierno nacional generan el sobreentendido principal sobre el que se sostiene la gravedad creada: las cifras desplegadas en forma de denuncia son aún más reprobables, porque implican una desatención a ellas por parte de los entes gubernamentales, y al mismo tiempo, su omisión estratégica en el discurso público estatal. El lenguaje de las cifras, introducido aquí en un marco erístico, pasa de operar en el orden de la información hacia el de la desacreditación del enemigo, y es implicado como aquello que la política agraria de turno no debe mencionar.

Se establecen, además, categorizaciones que orientan la interpretación de ese discurso experto convocado. Las nominalizaciones son abiertamente evaluativas: *una fuerte concentración de la propiedad* y *una concentración mayor*, inducen a leer las cifras desde los sobreentendidos de la inequidad agraria y la injusticia avalada por la política gubernamental. En este sentido, las construcciones verbales “ha sufrido” y “controlan” (cursivas) generan presuposiciones responsabilizadoras, al establecer pacientes (la estructura agraria) y agentes (los propietarios de las grandes fincas) en relación de dominación y abuso. Denunciada esta situación, el discurso opositor extenderá el rango de validez temporal del estudio citado, desde 2002 hasta 2009, para presentar el aumento constante de la gravedad de la situación denunciada como un presupuesto compartido. El juego con los límites e intervalos temporales (resaltados) permitirá que las cifras provenientes del estudio de 2002 sean aparentemente aplicables tanto hacia atrás como hacia adelante en el eje cronológico. Es precisamente esa gravedad de la injusticia social en aumento el tópico en el que anclará la justificación de la lucha armada:

He ahí la “Revolución Agraria” que ha venido haciendo “sin lucha de clases y sin fusiles” el señor Juan Manuel; es una verdadera contra-reforma que ha derivado en que **el llamado** índice de Gini referido a la concentración de la tierra en Colombia pasara en la última

década de 0.8 a 0.9 %, según **datos del Banco Mundial citados por diversos estudiosos** del tema (FARC-EP, 2010, julio 10).

El discurso divergente de las FARC-EP contrasta la política agraria gubernamental con los resultados del índice de Gini sobre concentración de la tierra en Colombia. Ese dato enfatizado, controvierte la “Revolución Agraria” oficial (reategorizada como “una verdadera contra-reforma”, según los subrayados), y se le presenta objetivado a través de la precisión en las cifras citadas, si bien sus fuentes resultan imprecisas y se toma distancia con respecto a ellas (ver resaltados). El fragmento sitúa en el foco de atención una prueba que evidenciaría el aumento de la concentración de la tierra en el país, como producto de la ejecución de los planes de desarrollo para el campo colombiano; dato este que minaría la aceptabilidad de las políticas agrarias impulsadas desde el gobierno. Estas políticas, bajo lógicas extractivistas y agroindustriales, basan en la explotación de la tierra su modelo de desarrollo y omiten el problema de la concentración y el despojo del territorio. Pero si bien se trata de un discurso afín a las organizaciones sociales populares (Planeta Paz, 2012), el contraste con el índice de Gini resulta funcional aquí para la justificación del levantamiento en armas, esto es, un disenso dirigido a legitimar la rebelión armada; de ahí que se trate de una puesta en evidencia del enemigo que endurece la posición asumida desde el belicismo.

Se indica aquí, entonces, cómo es inscrito lo “indecible” (del discurso gubernamental) en lo dicho (por el discurso guerrillero): es por esta razón que se ejemplifica lo indecible con lo dicho. En el discurso de Santos, durante el periodo estudiado, no aparece mención sobre el problema de la concentración de la tierra ni sobre el despojo de territorios como producto de políticas públicas: este vacío, omisión o ausencia, es llenado por el discurso de la guerrilla de las FARC-EP –de la manera como acaba de ilustrarse–, pues una aparición tal en el discurso estatal minaría sus posibilidades y grados de aceptabilidad social. En estos casos, la evidencia de la indecibilidad en el discurso propio es, precisamente, ese silenciamiento que el discurso adversarial viene a transgredir, a llenar con sus palabras en el espacio público. De este modo, no es solo que el discurso opositor tome la palabra ajena y la reinterprete, sino que hace aparecer aquellos enunciados presentados como aquello que no podría ni debería aparecer en el discurso del enemigo. Ejemplificaré el procedimiento en dos hechos de guerra particulares (el ataque con un carrobomba en una población rural y el anuncio de la muerte del *Mono Jojoy*) y otros generales (comunicaciones secretas y confesiones).

El ataque a Toribío (Cauca), en 2011

El 9 de julio de 2011, las noticias en Colombia registraban las víctimas civiles de un carro bomba explotado en la población de Toribío (Cauca), por parte del sexto frente de las FARC, con un saldo de 6 muertos, 99 heridos y al menos 500 viviendas afectadas. Los hechos se dieron a casi un año de iniciar el gobierno del presidente Santos, en un momento coyuntural en el que se le empezaba a criticar por descuidar la seguridad del país (Borda, 2011:110), en el marco de la política contrainsurgente heredada del gobierno anterior.

El 10 de julio, Santos se desplazó hasta el departamento del Cauca a adelantar un consejo de seguridad, dada la gravedad de la situación, y emitió un comunicado breve (650 palabras) centrado en la denuncia de las acciones de las FARC-EP:

hemos tenido información, y el señor Gobernador personalmente vio las filmaciones, de cómo *estos bandidos utilizaban las casas de estas poblaciones para disparar desde esas casas*, <¿con qué ánimo?>, con el ánimo de no recibir ninguna respuesta **porque la FUERZA PÚBLICA no puede atacar esas casas**, por la **supuesta presencia** de la población civil (...).

Y hemos tomado la medida que de aquí en adelante la FUERZA PÚBLICA va a destruir cualquier casa que sea utilizada por **los terroristas para atacar a la FUERZA PÚBLICA o a la población civil**. No más *utilización de casas para dispararle a la FUERZA PÚBLICA o la población civil* (Santos, 2011, julio 10).

En el fragmento seleccionado, las cursivas señalan la explicitación de lo indecible del enemigo. Santos revela que la guerrilla utiliza a la población civil para protegerse de los ataques del ejército, y hace esa denuncia para ejercer su autoridad a través de la forma imperativa final, una especie de orden/promesa de cara al auditorio. El pretérito imperfecto de indicativo usado en el primer segmento, en vez del perfecto o del indefinido, orienta la interpretación con un efecto de habitualidad de las acciones denunciadas, implicando el presupuesto de que no se trata de actos realizados una sola vez (por ejemplo, con el uso de un posible *utilizaron*), sino del pasado de una acción aún no terminada, extendida como práctica hasta el presente. La estructura oracional clásica del primer segmento en cursiva, se transformará en una nominalización precedida del imperativo *No más (utilización de casas...)*; transformación que orientará la construcción del sobreentendido de que disparar desde las casas de la población civil es un método propio de la lucha guerrillera. La insurgencia de la guerrilla, así, es omitida y transformada a través de categorizaciones imputadoras del enemigo: *estos bandidos y los terroristas* (resaltados).

En los corchetes de la cita (<¿con qué ánimo?>), la pregunta retórica refuerza la

imputación a través de una pretendida explicación o revelación de lo que el enemigo silencia o no se atreve a decir. La respuesta a renglón seguido logra desplazar, además, la imputación hacia la defensa, a partir del presupuesto de que la Fuerza Pública no ataca casas de la población civil, ya que *no puede atacar esas casas* (tipografía distinta). En este caso, el contenido presupuesto se genera a partir de la declaración deóntica negativa, que hace pasar como hecho el cumplimiento de la norma, a la vez prohibitiva (*no debe atacar*) e inhabilitadora (*no es capaz de atacar*), inclusive cuando la presencia de la población civil en las casas es apenas una sospecha, como lo deja implícito la modalización *supuesta presencia* (tipografía distinta).

Esa especie de defensa que protege las acciones del ejército oficial en el discurso gubernamental, repele por anticipado las críticas venideras y las denuncias de su violación a los derechos de los civiles en medio del conflicto armado (FIDH, 2012). La reiteración por repetición del sintagma Fuerza Pública (en versalitas) es funcional a ese esfuerzo del discurso oficial por legitimar sus acciones bélicas, presentándolas como acciones de reacción y de defensa; de ahí la presentación del ejército como objeto indirecto (“atacar a la Fuerza Pública” y “dispararle a la Fuerza Pública”), agente imposibilitado (“la Fuerza Pública no puede atacar”) y agente reactivo (“la Fuerza Pública va a atacar cualquier casa que sea utilizada por los terroristas para atacar[los]”). Del mismo modo, la estructura reiterada en los últimos renglones (subrayado), hace sobreentender la equivalencia entre la Fuerza Pública y la población civil en calidad de víctimas de la guerrilla, suprimiendo del decir oficial su estatuto de actor armado del conflicto.

Las FARC-EP respondieron a este comunicado publicando una semana después otro del cual extraigo este fragmento:

El pasado 9 de julio, unidades de las FARC-Ejército del Pueblo, realizamos un ataque a la estación de policía y a un comando de las fuerzas especiales del ejército **acantonado dentro de una vivienda del área urbana** del municipio de Toribío (...). Al ubicar las unidades militares en medio de los pobladores, con el supuesto de “proteger a la población civil” –*cuando en realidad buscan es que por la presencia de la población la insurgencia se abstenga de atacarlos*– (...), el Gobierno está violando normas del Derecho Internacional Humanitario (FARC-EP, 2011, julio 17).

A través de la reformulación (en cursiva) y la nominalización (tipografía distinta), el comunicado guerrillero busca poner en evidencia que los soldados del ejército utilizan casas de civiles para protegerse, y revela que esta práctica se sostiene precisamente bajo el

argumento de la protección a la población (ver las comillas y el modalizador “supuesto”). Se construye entonces una acusación y responsabilización del otro por los hechos violentos y se autoexcusan las acciones propias. El discurso divergente aquí está sostenido sobre esa imposibilidad de reconocer tal práctica por parte del ejército; esa indecibilidad, así, es dicha por el enemigo y puesta en emergencia en el espacio público.

El resaltado señala el uso del participio “acantonado”, propio del registro militar, que introduce las acciones en el marco interpretativo de la rutina bélica. En el diccionario militar de Almirante (1869: 6) se aclara que el uso de esta voz es exclusivo de las acciones en medio de la guerra: “una división o brigada *se acantona*, pero un regimiento, que muda de guarnición, *se acuartela ó se aloja*”; por tanto, el discurso guerrillero orienta el presupuesto de que la vivienda civil fue utilizada por los militares como cantón o trinchera en medio de la confrontación armada, y en esa medida, la responsabilidad por el ataque a la casa de los civiles pasa del atacante al atacado, desplazando un delito por otro: del ataque directo a los no combatientes, a la búsqueda de protección en sus viviendas; ambos actos, condenados por las normas internacionales de la guerra (CICR, 1977).

El reconocimiento del ataque por parte de la guerrilla es claro y reiterativo en el fragmento seleccionado (subrayados). Las Fuerzas Militares oficiales son construidas como receptoras de la acción guerrillera; en la explicitación de ejército y policía como objetos indirectos, se hace sobreentender que 1) la población civil no es objetivo militar de la guerrilla –pero sí, indirectamente, de las Fuerzas Militares, a través del acantonamiento–; y 2) que la iniciativa de las acciones bélicas la tiene en ese momento la insurgencia, mientras que las fuerzas oficiales parecen arrinconadas, en actitud de defensa ilegítima. Con todo, el comunicado logra dejar implicado que las acciones militares oficiales son infames y cobardes, porque afectan directamente a la población civil. Es claro que las acusaciones en este caso funcionan a través de un juego de espejos: denunciar que es el otro quien utiliza a los civiles como escudo humano, responsabilizarlo por esta práctica condenada en los protocolos de la guerra. Estas definiciones de la realidad construyen auditorios afines a una u otra versión, de acuerdo con los marcos de interpretación que son elaborados en cada discurso. Pero lo cierto es que en el espacio público circulan esas posibles versiones, totalmente opuestas, a través de ese modo particular de discursividad divergente en la cual se da a ver aquello que el enemigo, supuestamente, no quiere que sea visto, por el costo político y social que implica en medio de las condiciones históricas del conflicto armado.

Se trata, entonces, de una indecibilidad que es dicha, y que se dice, además, para evitar

decir lo que a cada quien le resultaría inconveniente o inaceptable: ni las FARC-EP ni el Ejército admitirían el uso de civiles como escudos humanos, dado que sus condiciones institucionales los obligan a condenar esta práctica bélica; a nivel político, porque ambos se asumen como representantes de los intereses del pueblo y al cuidado de su integridad; a nivel legal, porque ambos dicen acatar las leyes internacionales de la guerra, planteadas en los Convenios de Ginebra (CICR, 1977, 2012); y a nivel histórico, porque el propio pasado de cada uno de los bandos, en la memoria colectiva (CNMH, 2013a:110-195), los acusa de haber excedido impunemente los métodos violentos en busca de sus fines particulares.

El asesinato del Mono Jojoy

El asesinato del *Mono Jojoy*, el 22 de septiembre de 2010, en una operación de las fuerzas armadas estatales, fue presentado como un punto de quiebre en el desarrollo de ese largo conflicto. Las razones de la importancia de ese hecho resaltaron la relevancia militar y simbólica de la figura de *Jojoy* en la estructura guerrillera, como prueba de la debilidad de la insurgencia al término del año 2010 (Ávila, 2011). Pero también tuvo que ver con el momento político en el que aconteció: recién posesionado el presidente Juan Manuel Santos, con esta muerte demostraba la continuidad de la estrategia contrainsurgente antiterrorista, capital político más importante del presidente antecesor, de quien Santos fuera su ministro de Defensa.

Desde 1993, *Jojoy* dirigía las operaciones militares de la guerrilla. Era el jefe del Bloque más grande de las FARC-EP, que cubría siete departamentos al oriente del país, con 3400 hombres armados, aproximadamente. Entre los delitos de los que se le acusa, sobresalen los primeros secuestros de políticos y militares, desde la década del 90, y la planeación y comandancia de tomas guerrilleras a cabeceras municipales, batallones y puestos de policía: considerables derrotas militares para las fuerzas armadas del Estado. A nivel simbólico, su cercanía con alias ‘Tirofijo’ y con el campesinado colombiano, lo mismo que su carácter recio y pragmático, y su temprana vinculación con la vida guerrillera, lo hicieron una figura emblemática de la insurgencia (Bedoya, 2010; Botero, 2010; Molano, 1994).

En los comunicados elegidos, la disputa por el sentido de la muerte de ‘Jojoy’ manifiesta la oposición entre los actores. La distancia queda inscrita en los recursos y modos movilizados para presentar a ‘Jojoy’ como el “símbolo del terror en Colombia” (Santos, 2010, septiembre 23), según la alocución presidencial, o como un “símbolo revolucionario de resistencia” (FARC-EP, 2010, septiembre 24), según el comunicado guerrillero. En ambos

discursos, el esfuerzo por intensificar la adhesión estaba subordinado a la aceptabilidad de los enunciados, esto es, a las condiciones sociohistóricas e ideológicas que evalúan temas, ideas y opiniones como admisibles. Para Angenot (2010a, 2010b), como indiqué antes, esas regulaciones hacen parte de un ‘discurso social’, o conjunto de mecanismos reguladores que homogenizan las retóricas, los lugares comunes y las opiniones, es decir, otorgan aceptabilidad a lo que se dice y se escribe, establecen lo decible en una época y ámbito determinados. La ‘decibilidad’, pues, hace parte de las condiciones de producción de los enunciados y deja sus huellas en lo que finalmente es dicho.

Ahora bien, esa decibilidad y su contraparte también se pueden construir e introducir en el juego erístico por el decir verdadero. Los discursos buscan poner en evidencia a sus enemigos, en la relación agónica, atribuirles palabras impronunciables e impresentables frente a la ciudadanía. Esa puesta en evidencia del otro se trata de hacer explícito lo que al enemigo supuestamente le resulta indecible, esto es, hacer emerger la ‘indecibilidad’ a través del discurso de oposición.

El discurso gubernamental hace emerger en la esfera pública el crimen del secuestro, práctica que resultaría indecible para su contraparte, por inconveniencia política, amplificadas además por otros recursos, como la generalización, la adición, la analogía y la adjetivación (subrayados):

El mundo recuerda con horror las escalofriantes imágenes escalofriantes en las que este cabecilla terrorista humillaba a sus indefensos secuestrados recluidos en atrocidades campos de concentración.

Así terminan los terroristas. Como ‘Tirofijo’, acosado por las bombas; como ‘Raúl Reyes’, como Iván Ríos, *traicionado por sus hombres*, como tantos más que mueren en su ley, que es la ley del crimen y la violencia (Santos, 2010, septiembre 23).

El secuestro es uno de los crímenes que las FARC-EP se han negado a reconocer durante la historia de la confrontación. En el discurso, esa falta de reconocimiento se ha traducido en silencio (en indecible) o en reformulación (en eufemismo). Desde su consolidación como guerrilla, en la década del 70 hasta los primeros años del presente siglo, el secuestro extorsivo llegó a ser su principal fuente de financiación, junto a los negocios relacionados con la cocaína y la heroína²⁴⁴. De cara a la percepción social, el secuestro ha tenido un alto costo

²⁴⁴ “Para las FARC, los recursos provenientes del secuestro han decrecido significativamente desde el 2002, cuando la cifra de secuestrados alcanzaba los 1.120. Entre el 2008 y el 2012, la tendencia continuaba a la baja aunque con un leve aumento hasta el 2011. En el año 2010, a las farc se le atribuían 82 secuestros. Para el 2011 y 2012, el secuestro siguió descendiendo hasta alcanzar un total de 77 y 20 secuestros, respectivamente” (CNMH, 2013b: 289). En febrero de 2012, la guerrilla anunció el cese de esta actividad como fuente de financiación.

político para la guerrilla, sobre todo con la introducción de secuestros a personalidades políticas, a soldados y a policías, desde la década del 90 (CNMH, 2013b). En la construcción social de una imagen negativa de la guerrilla, a nivel nacional e internacional, el secuestro ha sido uno de los factores claves. Tanto su indecibilidad como su eufemización, en el discurso guerrillero, han reforzado percepciones de engaño y cinismo, sumadas a la censura del secuestro como crimen.

Al intensificar el rechazo a la guerrilla, los recursos amplificatorios intensifican también la indecibilidad del secuestro. Este crimen no emerge solo como delito condenable, sino además como sevicia y relato del horror, y es presentado como acontecimiento marcado en una memoria universal, que “el mundo recuerda”; de ahí la equivalencia efectuada entre los lugares de reclusión de los secuestrados y los “campos de concentración” nazis²⁴⁵. La crueldad atribuida profundiza el carácter indecible del crimen que denuncia, es decir, la imposibilidad de que el responsable –la guerrilla- lo admita.

De otro lado, en la misma cita se alude también a un suceso puntual de traición en las propias filas guerrilleras²⁴⁶ (se señaló con cursiva: *Iván Ríos, traicionado por sus hombres*), hecho que cuestiona la unidad y lealtad del grupo insurgente. En este tramo se reitera ese contradiscurso de la traición interna (cursiva), reforzado por la denuncia de las ejecuciones que *Jojoy* supuestamente ordenaba dentro de sus filas:

No solo Colombia se libró hoy de un **verdugo**, también ustedes se han librado de un **verdugo** que los castigaba con pena de muerte por cualquier sospecha y los mantenía presos en la oscuridad de la jungla. (...) Las Farc se están desmoronando por dentro. *Al éxito de esta operación contribuyó también gente de las propias Farc*, cansada ya de tanta **crueldad** y del permanente asedio de nuestras Fuerzas (Santos, 2010, septiembre 23).

Tanto las ejecuciones como la traición internas son utilizadas para persuadir hacia la desmovilización. En el subrayado, la metáfora de la guerrilla como un objeto que se va deshaciendo y arruinando, refuerza la imagen de decadencia del grupo y se articula con la

²⁴⁵ Esta analogía fue establecida por el expresidente Álvaro Uribe Vélez (2007) en una intervención pública a raíz de la fuga de un soldado secuestrado por las farc, y de la circulación de videos filmados por ellos mismos, como prueba de supervivencia de sus rehenes. Desde tiempo atrás, el gobierno venía denunciando la existencia de campamentos donde la guerrilla mantenían a sus secuestrados con vida, en condiciones precarias. La denominación de “campos de concentración” para esos campamentos se extendió rápidamente en los medios masivos de comunicación y se asoció con la figura de alias “el Mono Jojoy”, a quien se le acusa de haberlos creado.

²⁴⁶ Alias Iván Ríos (Manuel de Jesús Muñoz Ortiz) fue el jefe del bloque central de las FARC-EP, traicionado por su guardia de seguridad, quien lo asesinó y se entregó al Ejército colombiano, en marzo de 2008, a cambio de una recompensa ofrecida por el gobierno (CNMH, 2013b).

estrategia contrainsurgente de atacar ‘desde adentro’²⁴⁷. La decadencia construida en el discurso tiene carácter moral, con efectos en lo político: una guerrilla inhumana deviene en una cierta irracionalidad política; la pérdida de su norte y de sus fines. La figura de *Jojoy* como “verdugo”, reiterada en el fragmento (negritas añadidas), condensa esa doble cara inhumana/irracional de la imagen construida de la guerrilla. Pero además busca justificar la colaboración con el gobierno, equilibrando una traición con otra traición: la primera, la del guerrillero que se desmoviliza o que colabora en las operaciones contra su propio grupo, queda justificada por los actos reprochables y la “crueldad” de esos “verdugos” internos que han traicionado la causa guerrillera, como *Jojoy*. El reconocimiento de la existencia de traidores dentro de la guerrilla, lo mismo que la ejecución de sus propios miembros, emerge aquí como indecibles atribuidos a la insurgencia.

El contradiscurso ataca a partir de la puesta en escena de aquello que el enemigo no podría ni debería decir, por falta de conveniencia o de autoridad. En la construcción de sujetos y objetos oposicionales, la contradiscursividad orienta los modos del decir para llenar el discurso propio de aquellos enunciados que el enemigo, supuestamente, se ve en la obligación de reprimir o suprimir. En el caso del comunicado guerrillero, el procedimiento es idéntico:

Sabemos que los ejecutores de la guerra del régimen, ni por un minuto piensan que *sus bombas de racimo* pueden alcanzar a *sus* soldados y policías que permanecen como nuestros **prisioneros de guerra** en la selva. Nada les detiene de lanzar *sus bombardeos feroces*, inclusive asesinar a mansalva a *sus* propios hombres que dignamente han defendido *sus* políticas (FARC-EP, 2010, septiembre 24).

En los subrayados de la cita, se alude al riesgo que toma el gobierno al llevar a cabo rescates militares de sus propios miembros, secuestrados por la guerrilla. La muerte de soldados y policías en intentos de rescate resulta indecible para el gobierno, y el discurso guerrillero no solo lo pone en evidencia, sino que además lo amplifica con recursos de intensificación (subrayados) y de adición por repetición (cursivas).

Mientras que la intensificación subraya la irracionalidad de los rescates militares, la repetición del posesivo (“sus”) atribuye toda la responsabilidad del riesgo de muerte de los secuestrados al gobierno, presentado como régimen belicista. No se diría aquí que esas

²⁴⁷ Ávila (2012:23) evalúa el plan contraguerrillero ejecutado durante 2010-2011, y concluye que “a diferencia de la administración Uribe, durante la era Santos, lo que prima son las estrategias de consolidación de territorios y promover las desmovilizaciones, más que el número de abatidos”. El discurso gubernamental fue esencial en el desarrollo de esas estrategias.

muerdes son ejecutadas por los guerrilleros, a quienes se les ordenaría asesinar a los secuestrados cuando adviertan operaciones de rescate por parte del gobierno. El rescate militar, bajo estas condiciones, ha generado posiciones encontradas entre la población civil, los analistas del conflicto y los propios secuestrados. La cuestión es debatida sobre precedentes trágicos: el asesinato de muchos retenidos en intentos de rescate, la mayoría de ellos secuestrados políticos²⁴⁸. De un lado, se argumenta que el Derecho Internacional Humanitario no proscribe este tipo de operaciones, sino que las regula y limita su empleo, respetando la constitucionalidad nacional, el derecho y deber estatales de defender la libertad de los ciudadanos (Álvarez y Salas, 2013). De otro lado, se considera ilegal por violar los principios de proporcionalidad y necesidad militar, establecidos por el mismo DIH, poner en riesgo la integridad de los rehenes y omitir otras alternativas, como el canje de rehenes entre los bandos enfrentados (el denominado “intercambio humanitario”) (Heyck, 2009). En ambas interpretaciones se callarían cosas: el riesgo de provocar la muerte de los retenidos resulta indecible para el gobierno, defensor y ejecutor de rescates militares; y la responsabilidad material de esas muertes violentas es indecible para la guerrilla.

El secuestro, pese a ser el tópico de este contradiscurso, es eludido como indecible propio a través del efecto mitigador del eufemismo, que reformula a los secuestrados como “prisioneros de guerra”. Esta denominación tiene intenciones políticas: la terminología corresponde al Convenio III de Ginebra (CICR, 1949), que regula esta figura y la inscribe dentro del reconocimiento de un estatus de beligerancia para los actores insurgentes. Esa inscripción les permite atenuar el hecho de la retención forzada del enemigo como parte natural de la guerra, y las ejecuciones a las víctimas, como un efecto involuntario de su degradación. Los asesinatos, así, son revestidos de una cierta legalidad que parece excusar a sus ejecutores, o a lo sumo, desplazar las responsabilidades hacia el otro. En función de ese legalismo, los estatutos y reglamentos disciplinarios de las FARC-EP (2007), lo mismo que sus comunicados públicos, han homogenizado el término *prisioneros de guerra* y han hecho del secuestro un indecible en su discurso.

En el siguiente tramo, el discurso de oposición hace emerger las problemáticas sociales de las condiciones de vida del país como acumulación de causas para la continuidad de la insurgencia:

²⁴⁸ En 2001, una exministra de Cultura; en 2003, un gobernador, un exministro y ocho soldados; en 2008, once diputados regionales; en 2011, tres policías, estos últimos retenidos desde hacía más de diez años (CNMH, 2013a). La secuestrada política que alcanzó mayor visibilidad internacional, la excandidata presidencial Íngrid Betancourth, fue rescatada militarmente en una de las pocas operaciones de este tipo que fueron exitosas.

Mientras haya injusticia, desplazados y desterrados, acaparamiento de la tierra y la riqueza, bandas de narcotraficantes y paramilitares cogobernando, impunidad, corrupción, pobreza extrema, falta de garantías para participar políticamente por la vía pacífica y democrática, y mientras haya pérdida de soberanía y saqueo de nuestros recursos naturales, ahí seguirán apareciendo sin cesar los semilleros genuinos para la existencia de las FARC-EP (FARC-EP, 2010, septiembre 24).

Esas problemáticas son presentadas como indecibles gubernamentales. Su enemigo las utiliza a la manera de imputaciones, como las de corrupción e impunidad estatal, y la de alianzas de narcotraficantes y paramilitares con sectores del gobierno. La selección estratégica de esos supuestos indecibles gubernamentales se basa en la apelación a hechos que el auditorio puede reconocer y condenar, como el desplazamiento forzado y la sobreexplotación de la tierra: conflictos agrarios vigentes en el país. Las problemáticas sociales son dadas a ver a través del contradiscurso; algunas de ellas, como la violencia contra la oposición de izquierda, se reiteran en el comunicado guerrillero para reforzar la imagen positiva de sí mismos y la trama justificatoria de las acusaciones:

Por el contrario [del gobierno], asumimos con disciplina el pensamiento Fariano y los lineamientos del Estado Mayor y el Secretariado Nacional, que claramente y desde siempre han lamentado la violencia, y en cambio hemos defendido y propuesto el dialogo y la paz. Acaso no fue esa la inspiración de *la exterminada Unión Patriótica* ¿y no son los mismos lineamientos democráticos, pluralistas y pacifistas del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia? (FARC-EP, 2010, septiembre 24).

El discurso guerrillero imputa al gobierno la responsabilidad sobre las problemáticas sociales. Se construye, así, un panorama nacional de crisis y decadencia, que viabiliza la desacreditación del enemigo y lo enfrenta a lo que él no podría admitir ni decir, al exponerlo en las arenas públicas. La erística, entonces, se desplaza del juego manipulatorio de la palabra proferida por el enemigo, hacia el juego con la palabra que el otro no se atreve a proferir. El enunciado contradiscursivo, en síntesis, se construye con los supuestos silencios estratégicos del enemigo.

Comunicaciones secretas, confesiones y desengaños

Alrededor de la exposición de evidencias que se mostraron incontrovertibles, los discursos se centraron en decir en el espacio público lo que el enemigo no podría admitir. La información contenida en los computadores recuperados en los bombardeos a los jefes guerrilleros ocupó importantes tramos en los discursos presidenciales; Santos introducía la

lectura de correos internos y comunicaciones interceptadas de la guerrilla, en clave de acusación y revelación de los engaños de las FARC-EP:

Estos son correos que hemos obtenido de los computadores tanto de ‘Jojoy’ como de ‘Alfonso Cano’ como de otros cabecillas que hemos neutralizado en los últimos tiempos (...): “Para comprar tantas tierras porque según expertos en la materia el Secretariado estaba convirtiéndose y ojo con dar la apariencia de que estamos convirtiéndonos en grandes latifundistas de la región”. Miren las paradojas de lo que sucede. Y después hay una serie, todo un inventario de los bienes de las Farc (Santos, 2012, enero 21).

[E]sos infiltrados existen, se organizan y siempre buscan la confrontación violenta y causar el mayor daño posible. En los archivos de los computadores encontrados en los campamentos de las FARC aparece como una constante la pretensión de este grupo ilegal, y de otros más, de infiltrar los movimientos sindicales y las universidades (Santos, 2011, abril 26).

En el discurso gubernamental se acusa a la guerrilla de despojar tierras de los campesinos y de infiltrarse en la protesta pública para esconderse detrás de los movimientos sociales. Estas acusaciones son *demostradas* a través de los correos electrónicos como pruebas irrefutables, de manera que el engaño quedaría puesto en evidencia. La indecibilidad dicha se sostiene aquí sobre la revelación del discurso secreto que circularía en el espacio privado de la insurgencia y cuya interceptación formaría parte de las estrategias de guerra, en el orden de las labores de inteligencia militar. El discurso clandestino es transgredido y puesto a circular en el espacio público, donde él mismo delataría sus crímenes desde la palabra descubierta. La justicia interna y específicamente los ajusticiamientos en las propias filas es presentada también como un indecible de la insurgencia, que quedaría probado invocando sus propias palabras secretas:

Un correo dice que el Estado Mayor ordena fusilar a 13 guerrilleros’ que pretendían desmovilizarse (...) Otro correo donde hacen la lista de 57 guerrilleros que los mandan fusilar. Dice: ‘Terminar y hacer consejos revolucionarios de guerra de las unidades donde desertaron’. *La mayoría son personas que han querido desmovilizarse y se les aprueba el fusilamiento*. Ahí está la lista de todos los que fusilaron. Dicen también que uno de estos guerrilleros, de los que más mandan fusilar, un miembro del Secretariado, Iván Márquez, se queja de alias ‘Kadaffi’. Dice el correo: «Kadaffi es muy atarván, muy atarván con la gente, todo lo resuelve es con consejos de guerra, con fusilamientos. Hay poca cercanía con la guerrillerada. Le hizo un consejo de guerra a un guerrillero, lo aprobaron y después le mandó mochar la cabeza». Ese es el tipo de comportamiento que se está viendo al interior de las Farc. (...) ¿Qué significa esto? Significa que la política de desmovilización que hemos promovido en la política de Seguridad Democrática, que promovemos desde hace ya varios años, está teniendo un efecto muy importante: cada vez se están

desmovilizando más miembros de la guerrilla y gente con mayor importancia, de mayor responsabilidad (Santos, 2011, febrero 26).

El discurso capitaliza en su favor las acciones internas reprochables, la crueldad y sevicia con la propia tropa. La aclaración en cursiva profundiza esa construcción de un enemigo despiadado, reforzada por la introducción del caso particular (la crueldad de *Kadaffi*), citado directamente. La evaluación posterior de la palabra ajena capturada valora el caso y los fusilamientos referidos como una prueba de la degradación de la guerrilla, pero además, en términos de victoria en la correlación de fuerzas. Las desmovilizaciones debilitan tanto militar como políticamente a la guerrilla; de ahí que se le atribuya una reacción violenta y desmesurada a los jefes de las estructuras. Desde esta perspectiva, el triunfo de la presión gubernamental se traduciría en esa descomposición moral de la guerrilla, que ella no se atreve a reconocer y condenar sino en el espacio privado de sus comunicaciones. En otros tramos de la serie, las confesiones de los desmovilizados sirven también como evidencia de esa corrupción interna impresentable:

Aquí se desmovilizaron –acabo de hablar con ellos– tres miembros del frente 38. Les preguntaba por qué se desmovilizaron. Me decían: ‘Por el maltrato’. Me decían: ‘Porque ya no le vemos sentido pertenecer a esa organización, porque queremos volver con nuestras familias, porque queremos una vida normal’. Y eso es lo que está viendo uno a lo largo y ancho del país (Santos, 2012, marzo 22).

La tesis de la derrota militar inminente fue complementada por este manejo de la desmovilización en el cual el testimonio directo persuadiría no solo a otros guerrilleros de abandonar las filas, a los posibles reclutas de no ingresar a ellas, y además a la ciudadanía a ver a las FARC-EP como una insurgencia en plena descomposición. Otro tópico introducido en la construcción de esta misma imagen fue el de las finanzas de la guerrilla:

[H]emos descubierto por informaciones de inteligencia y de otras fuentes, que en el caso de las FARC están teniendo un problema de financiamiento —en varias comunicaciones así lo manifiestan— (Santos, 2012, enero 16).

Sobre la participación de las Farc en la minería ilegal, hay *amplísima evidencia*. Una de las pruebas de muchísimas que tenemos, se encuentra en los computadores que pudimos incautar al ‘Mono Jojoy’ y a ‘Alfonso Cano’. Uno de septiembre del 2010, que dice: «(...)» Aquí hay toda clase de pruebas sobre la participación de las FARC en la minería ilegal (Santos, 2012, enero 30).

Revelar que la guerrilla pasaba por una crisis en sus finanzas implicaba la efectividad de los operativos de desmantelamiento del negocio de las drogas ilícitas, que gran parte de la ciudadanía asociaba con la ilegalidad de la insurgencia. En ese sentido, el paso a la minería ilegal explicaría esa crisis como parte del reacomodamiento estratégico; la emergencia de esta acusación en el discurso gubernamental en forma de *amplísima evidencia*, hacía del decir clandestino de la guerrilla el mejor espacio donde se podía subrayar su decadencia hacia la criminalidad. En el mismo mes en que se anunciaría la apertura del proceso de paz, Santos utilizó el mismo procedimiento para denunciar una tentativa de asesinarlo:

[E]l Ministro de Defensa hoy me entregó una información de inteligencia, de un mensaje que interceptaron. Dice el mensaje: «Camaradas, mi saludo –dirigido a un personaje que es el ideólogo del Bloque Noroccidental–. Activemos esfuerzos para eliminar a Santos a como dé lugar. Nos debe a 'Alfonso' y a 'Jorge', y a otros valiosos camaradas. En ese esfuerzo, no ahorrar recursos, ni contactos, ni acuerdos. La sangre de los nuestros, el decoro mismo de una organización, reclaman una respuesta contundente, radical. Guerra a muerte a la oligarquía que hoy pretende descabezar a la insurgencia, suprimiendo a sus comandantes. En esta circunstancia, la ética nos autoriza a aliarnos con quien sea. Y el fin, utilizar todos los medios. Tenemos que desatar todas las dinámicas e iniciativas» (Santos, 2012, agosto 15).

El lugar y el auditorio particular de esta comunicación son especialmente significativos: la revelación tuvo lugar en un encuentro con comunidades indígenas del Cauca, las mismas que tradicionalmente se han opuesto a la militarización de sus territorios y que habían encabezado fuertes protestas ese año contra el Ejército y la guerrilla, exigiendo autonomía territorial en nombre de su condición de minoría cultural vulnerable en la guerra²⁴⁹. La escena del mensaje interceptado y del riesgo corrido por el Presidente le permite mitigar la hostilidad o la prevención de la comunidad indígena, anclada en relaciones conflictivas y violentas entre las figuras del indígena y el político, de larga carrera en la historia colombiana (Vega, 2002b). La intención de atentar contra su vida es expuesta bajo el respaldo del *mensaje interceptado* por la inteligencia militar; por tanto, se hace valer como material probatorio de las intenciones ocultas de la guerrilla. El efecto de evidencialidad aquí ancla en la materialidad

²⁴⁹ El punto más crítico de la inconformidad indígena con el gobierno había desatado hechos violentos en julio de 2012, cuando se enfrentaron miembros del Ejército y de la comunidad Nasa en torno al control del territorio. El discurso gubernamental acusó al movimiento indígena de auxiliar y de estar infiltrado por las FARC-EP. De acuerdo con Cruz (2014:245), «[t]odo ello desató un debate nacional sobre problemas como la soberanía y la extraterritorialidad, la autonomía indígena e, incluso, el racismo que persiste en el Estado y la sociedad frente a las comunidades indígenas». En esta tesis no examino la relación ni las representaciones de los grupos indígenas en el discurso gubernamental y guerrillero de la época, pero sí señalo en varios apartados que se trata de un tema problemático para ambas discursividades, específicamente en lo que atañe a la adhesión -y resistencia- de este auditorio particular, del que ambos actores pretenden apropiarse.

del texto clandestino que descubre el riesgo -mortal- que se corre frente a un enemigo vengativo y criminal. Es esa posición de riesgo y, por tanto, de coraje para enfrentarlo, la que se expone ante la opinión pública, en general, y frente a los auditorios menos afines al gobierno, en particular.

La efectividad persuasiva de la revelación del discurso clandestino del enemigo motivó la respuesta directa en el discurso guerrillero, a propósito de la puesta en escena pública de sus correos. Una de las respuestas se ejemplifica como sigue:

Esta semana que termina, la Corte Suprema de Justicia declaró como ilegal cualquier prueba levantada sobre los llamados computadores de Raúl Reyes, precisamente porque se manipularon los materiales supuestamente encontrados y además se desvirtuaron los procedimientos judiciales. *Curiosamente, no han trascendido informes que nos llegaban y que el Comandante Raúl debía de conservar*, por ejemplo, alrededor de los pagos a altos oficiales de la policía, hoy generales, que hizo el narcotraficante Wilber Varela (...); *tampoco se mencionaron* informes precisos alrededor de la utilización plena del DAS [Departamento Administrativo de Seguridad] por parte del paramilitarismo con la total anuencia del Presidente de entonces, ni de los encuentros, whisky en mano, en Bogotá, de jefes paracos con “prestantes” personalidades linajudas para planificar las agresiones contra la izquierda (FARC-EP, 2011, junio 16).

La reacción utilizó el mismo procedimiento en torno a la puesta en evidencia de lo que el enemigo estaría silenciando en su favor; así, se desvirtuaba la palabra gubernamental acusándola de utilizar sus ataques para ocultar lo que no podía ni debía decir, en este caso, sobre el fallo legislativo que invalidó la información de los computadores como material probatorio; y sobre la corrupción institucional representada en alianzas con el narcotráfico y el paramilitarismo. Las negaciones resaltadas en la cita orientan ese modo de denunciar la evidencia como engaño e invertir las acusaciones. El juego con las evidencias y contraevidencias es recurrente en la serie analizada:

Curiosamente los que hoy nos señalan sin prueba alguna, son los mismos que en el pasado reciente intentaron hacerlo con el caso de la niña Jenny Torres y sus pequeños hermanos Yeison y Álvaro, víctimas de la barbarie militarista, la misma que fue capaz de concebir los crímenes de estado conocidos como “falsos positivos” (...) El secuestro de la menor parece calcado de los manuales de operaciones psicológicas de los organismos de inteligencia militar, a fin de moldear la opinión regional y nacional (FARC-EP, 2011, octubre 12).

[H]emos visto las grabaciones que dio a conocer la Policía en cuanto al secuestro de esta niña Nhora Valentina (Muñoz), donde una vez más se demuestra cómo las FARC dicen una

cosa y después hacen otra, como le mienten al país, porque esas grabaciones demuestran claramente que sí fueron ellos los responsables en el secuestro de esta niña (Santos, 2011, octubre 21).

En el caso de la niña de 10 años, secuestrada durante tres semanas bajo modalidad extorsiva, el recurso a la indecibilidad dicha presentó las acusaciones de lado y lado como engaños para ocultar crímenes de ambos bandos contra menores de edad en la guerra²⁵⁰. Particularmente por la sensibilidad del tema, la negación de responsabilidades en el hecho tuvo que resolverse a través de esa inversión probatoria dirigida a deslegitimar las evidencias como argucias de ocultamiento. La imputación como medio de desengaño y de puesta en evidencia del enemigo (decir lo que él está malintencionadamente callando) se repitió a propósito de distintos tópicos, todos en torno a la negación del *buen gobierno* de Santos: la política contra el desempleo, el proyecto de vivienda social, el manejo de la emergencia invernal, la gestión de la inversión extranjera, el gasto militar, sus abusos de la fuerza y el descontento de las tropas con el manejo presidencial de la guerra.

En general, la exposición de estos y otros tópicos de desacuerdo dejaron ver el modo en que ambos discursos condicionaban la crítica del enemigo a la denuncia de sus artificios verbales y a la atribución de silencios calculados. Se trataba de la construcción de la desconfianza radical basada en la tarea autoimpuesta de la sospecha, la acusación y el desengaño; en otras palabras, de revelarle a la opinión pública lo que el enemigo supuestamente callaba, por vergüenza -de su canalla- o por conveniencia -para eludir la ley-.

7.3 La verdad como persistencia en lo ya-dicho

En el capítulo 5 abordé la problemática de lo ya-dicho en clave de interdiscursividad y de memoria discursiva, de acuerdo con la tradición francesa de análisis del discurso político. Ese ya-dicho se refería a la presencia actualizada en cada discurso de aquellos que lo anteceden, lo constituyen y lo inscriben en una cadena sociohistórica de enunciados. Existe, sin

²⁵⁰ «La guerra en Colombia ha causado la muerte de miles de niños y niñas, algunos en las masacres, otros en los enfrentamientos entre los actores armados. Los niños y las niñas han fallecido, además, por causa de los campos minados o por las incursiones y ataques a sus veredas y pueblos. Los menores de edad han sido víctimas de casi todas las modalidades de violencia. Según datos del RUV [Registro Único de Víctimas del conflicto armado] al 31 de marzo de 2013, entre 1985 y 2012, 2.520.512 menores de edad han sido desplazados, 70 han sido víctimas de violencia sexual, 154 de desaparición forzada, 154 de homicidio y 342 de minas antipersonal» (CNMH, 2013a:314). El caso particular que se denuncia en la primera cita, el de *la niña Jenny Torres y sus pequeños hermanos*, ocurrió en octubre de 2010, cuando un subteniente del Ejército abusó sexualmente, asesinó y sepultó a una niña de 14 años y a sus dos hermanos, de 9 y 6 años, en una zona rural del nororiente del país. El criminal fue condenado a 60 años de prisión, en septiembre de 2012 (eltiempo.com, 2012, septiembre 25).

embargo, una dimensión de lo ya-dicho centrada en la intradiscursividad, o bien, en lo que la perspectiva dialógica bajtiniana tempranamente se apuntaba como una forma posible del dialogismo, en la cual el diálogo acontece entre el locutor y su propia palabra. Ese autodialogismo²⁵¹ da cuenta de aquello que el sujeto retoma de su propia palabra también para actualizarlo bajo condiciones de producción nuevas.

Se sabe que la repetición ha sido objeto de la reflexión estilística, que la concibe como un *tropo*, y de la lingüística textual, que ha explorado sus funciones formales en la construcción de la cohesión textual. Más allá de esas aproximaciones, los enfoques enunciativos al problema de la repetición del decir propio consideran que en ella se evidencian los procesos por los cuales los locutores ajustan sus relaciones cognitivas e intersubjetivas, tanto con las palabras, la realidad y los destinatarios (Magri-Mourgues et Rabatel, 2015)²⁵²; como con los modos de enunciación en los cuales el enunciador toma distancia y modaliza autonímicamente lo dicho (Authier-Revuz, 1995). En relación con el interés en esos modos de enunciación en la repetición, se ha pensado también en las tópicas y estrategias argumentativas que se repiten a lo largo de series históricas de discursos, configurando memorias retórico-argumentales²⁵³ (Vitale, 2015).

En la misma línea de estos enfoques, los modos de la reiteración de lo dicho por el sujeto mismo permiten pensar en la construcción de un decir verdadero como confirmación o persistencia de un decir anterior propio. La cuestión avanza, así, del análisis de la repetición léxica o sintagmática en un discurso particular o en una serie de discursos, hacia los modos de referir esas reiteraciones como pruebas de la verdad dicha por el sujeto. Es la puesta en relación de la repetición con el estatuto de verdad del enunciado a partir de su puesta en

²⁵¹ Authier-Revuz (1995: 152) denomina *autodialogismo* a una especie de *dialogue de l'énonciateur avec lui-même qui réagit à sa propre parole, occupant à la fois, à l'intérieur du processus énonciatif, les deux pôles d'émission et de réception de l'interlocution*.

²⁵² El número 38 de la *Revue de sémio-linguistique des textes et discours, Semen*, fue dedicado a lo que los editores denominaron *Pragmática de la repetición: La problématique de la répétition réside dans ce paradoxe d'une reprise à l'identique, en surface, qui la désigne cependant comme fait d'hétérogénéité énonciative modalisant un premier énoncé ou le mettant en perspective. La répétition se définit donc comme une figure énonciative, une figure à ancrage textuel et discursif. Ce fait d'hétérogénéité énonciative se réalise dans des configurations, écrites ou orales, qui mettent en évidence des situations d'autodialogisme ou d'interaction verbale. L'autodialogisme manifeste, le plus simplement, une réorientation du premier dire pour le confirmer; le renforcer ou l'infirmer. L'énonciation est mise en scène par son dédoublement. La deuxième occurrence ne remplace pas la première mais la remodèle sans l'oblitérer* (Magri-Mourgues et Rabatel, 2015:3).

²⁵³ Vitale (2015) acuñó el término *memoria retórico-argumental* como categoría analítica que permite estudiar la función polémica de las memorias discursivas, a partir de una investigación sobre « las notables recurrencias en las estrategias argumentativas que usó la prensa escrita argentina para apoyar los sucesivos golpes de Estado y legitimar prácticas represivas durante el periodo 1930-1976 (...) Las memorias retórico-argumentales vinculadas con estos sectores se reconocen en el plano del enunciado y de la enunciación, de lo dicho y del decir, dado que se trata de recurrencias discursivas en la dimensión de las tópicas, del *ethos* y los núcleos polémicos y de la construcción del pasado de la Argentina » (Vitale, 2015:412 y 9).

retrospectiva con la historia del decir; lo ya-dicho es confirmado y esa confirmación (persistencia en lo mismo) se expone como verdad histórica de lo dicho.

La verdad como persistencia en lo ya-dicho resalta el peso compromisorio de la palabra proferida: *soy capaz de sostenerme en lo que dije*, por un lado, y *estoy obligado a repetir la verdad que ya he dicho*. El modo aletúrgico deposita en la repetición la fuerza de la verdad²⁵⁴ con la cual se enfrenta a los discursos contrarios. En el juego erístico con el enemigo, esa fuerza se mide en la capacidad que demuestra cada combatiente de repetir su propia palabra.

En la lectura que propone Foucault (2012[1970-71]) sobre los sofistas, se plantea también que la repetición de lo ya-dicho fundamenta un modo de concebir el decir verdadero, que deja ver una relación particular entre el sujeto y la verdad, en la cual ese sujeto queda atrapado en la materialidad de la cosa dicha:

Cada sujeto está ligado por una relación inmediata de pertenencia o imputación a lo que se dice: sea porque lo ha dicho él mismo, sea porque ha respondido ‘sí’. Hay adherencia del sujeto hablante al enunciado y no adhesión a reglas o intención de sentido. Y si el sujeto puede mantener su afirmación hasta el final, ésta sigue estando en su posesión: él puede apropiársela, y ha ganado. Si no puede mantenerla, la pierde y ha perdido [ha sido derrotado]. Poco importa que haya dicho algo cierto o falso. No ha aguantado. Está obligado a romper con su propia frase, a renunciar a la apropiación o la imputación y queda así excluido. El sofisma no se demuestra; se gana o se pierde (Foucault, 2012[1970-71]:78).

La verdad del sofista²⁵⁵ no tiene nada que ver, entonces, con la fidelidad de la palabra con el mundo, sino con el sujeto que la enuncia, o más precisamente, la fidelidad del sujeto con su propio decir, esto es, la capacidad de repetir lo que ha dicho. La verdad sofística, plantea Foucault (2012[1970-71]:80), se parece más al juramento que a la constatación y, en todo caso, hace que el locutor quede atado a lo que ha dicho. En este sentido, se trata de una verdad en la que el peso no está en el contenido tanto como en quien se hace responsable de

²⁵⁴ De acuerdo con Charaudeau (2005:162), los discursos involucrados en escenarios políticos, cualesquiera que sean sus propósitos, deben referirse a valores de la vida en comunidad. Esos valores entran a ser disputados, no en cuanto a su tipo, existencia ni credibilidad, sino en cuanto a lo que el autor denomina su *fuerza de verdad*: *une force de vérité qui doit être supérieure que celle de l'adversaire ou du contradictor, vire supérieure à celle de tout autre qui pourrait jamais s'y opposer (...) la vérité ne serait plus n' 'être vrai' mais un 'croire vrai' qui relèverait non plus de l'évidence mais de la conviction des sujets qui s'y trouvent confrontés.*

²⁵⁵ Foucault (2012[1970-71]:60) recuerda que en la lectura de Aristóteles -especialmente en las *Refutaciones sofísticas*-, los sofismas no son razonamientos falsos ni defectuosos, sino falsos razonamientos, o sea, no son razonamientos en absoluto, sino la imagen invertida del razonamiento. En vez de eso, el sofisma es pura manipulación de los significantes (ambigüedades, separaciones, permutaciones, etc.), que transforma las cosas en el plano de lo dicho: «la operación del sofisma se produce en el nivel de la materialidad de los símbolos; y por eso mismo, lo que se produce en el nivel del significado no es más que la sombra de una operación real (que sucede en el nivel de la materialidad de los símbolos)» (Foucault, 2012[1970-71]:64). Dado que Platón, Aristóteles y la tradición subsecuente expulsó de este modo a los sofistas de la filosofía, Foucault (2012[1970-71]) propone mantener esa escisión y problematizar esa exclusión, sus procedimientos y el vacío que dejó en el nacimiento de una tradición de la verdad que hizo carrera en Occidente.

él; la veracidad del sujeto se mide por el cumplimiento del contrato implícito de reiteración en el que él ha quedado comprometido cuando enuncia: decir es comprometerse a volver a decir lo mismo.

Especialmente dentro del juego erístico, la verdad no es una cuestión independiente de los sujetos, pese a que esa exteriorización de la verdad frecuentemente sea defendida y reclamada por los combatientes. No se trata de convencer al enemigo, sino de vencerlo o, en todo caso, de mostrarlo vencido ante la galería; perseverar en las cosas que han sido dichas para demostrar que el enemigo no es capaz o no quiere comprenderlas y, por tanto, no reconocerlo como opositor. La contradicción aquí no consiste en decir lo contrario de lo ya-dicho, sino en no decir sustancialmente lo mismo: «sólo hay dos posibilidades: o decir lo mismo o no decir lo mismo (persistir o no persistir) (...); vence quien se ubica en el lado izquierdo de la oposición: quien repite de idéntica manera lo que ha sido dicho (efectivamente)» (Foucault, 2012[1970-71]:81-82). El reclamo del enemigo se dirige, precisamente, a la denuncia negativa del cambio en su decir, bien porque no es capaz de sostenerse en lo dicho, o bien porque resulta sospechoso que ya no diga lo mismo (*su cambio de decir es un truco para ocultar lo que siempre dice*).

Ahora bien, el nudo que ata al sujeto a su ya-dicho lo ata también a la expectativa de esa repetición exigida por el colectivo al que representa. Si los enunciadores se asumen como voceros de ciertos grupos sociales, adquieren un compromiso tácito de fidelidad con lo que ellos ya les han escuchado decir. Los cambios en las discursividades tienen efectos en la aceptabilidad que van construyendo los locutores políticos en sus destinatarios; para los primeros, la persistencia de lo ya-dicho tendría un efecto favorable de convicción: demostrar que se está convencido de lo que se dice y que, por tanto, puede replicarse. Cuando se enfrenta la deslegitimación de los interdiscursos que se convocan, ese efecto de convicción deviene en una especie de coraje de la repetición:

[A]l interior del universo de los medios de comunicación circulan diccionarios para uso de redactores y presentadores. En ellos se define de modo categórico el listado de los términos que pueden ser usados y el sentido imperativo en el que deben emplearse. *Imperialismo* y *oligarquía* son, por ejemplo, palabras en absoluto desuso, que deben ser puestas en su adecuado lugar de ridiculeces cuando algún trasnochado vocero de extremistas las traiga a cuento. Existe *un solo léxico admitido* (FARC-EP, 2012, diciembre 1).

La cita se extrajo de la respuesta a una carta abierta enviada por un intelectual colombiano

al jefe de la guerrilla (Medina Pineda, 2014:98-117). En el intercambio de misivas, el tema de la censura contra las comunicaciones insurgentes fue abordado como un síntoma de la cultura política en el país y de la concepción del oponente. El discurso de las FARC-EP remarcaba la queja por ese abuso del decir oficial, que establecería *un solo léxico admitido* para su circulación en los medios masivos; en contraposición, defendían el uso y la vigencia de términos como *imperialismo* y *oligarquía*, recurrentes en sus discursos, para actualizar la memoria socialista que reúne a los combatientes en torno al proyecto revolucionario. Esos usos, entonces, afianzan la cohesión entre los farianos a partir de la persistencia en sus ya-dichos, no solo por la activación de la memoria discursiva, sino también porque la persistencia en el uso de su retórica es un modo de combate con el cual se oponen a la proscripción oficial y mediática denunciada. Al resaltar la persistencia del decir, el discurso insurgente hace de la repetición una prueba de coraje:

Además es el nuestro un país en guerra. Esta no es más que el producto de la decisión oficial de dar solución violenta, a sangre y fuego, a los graves problemas sociales y políticos que aquejan la vida nacional. *Cada vez que lo decimos, se nos vienen encima nuestros enemigos* y su prensa paga, tachándonos de querer parecer mansas e inocentes víctimas (FARC-EP, 2011, diciembre 27).

La construcción de un riesgo en torno al decir aquí se orienta hacia el peligro que representa la repetición de ese decir, de cara al poder del enemigo. Por supuesto, se trata de un *efecto de riesgo* y, por tanto, de la valoración positiva del atrevimiento: el atreverse a decir y a repetir sería una operación aventurada, que aseguraría la superioridad de una valentía de la cual el enemigo carece. Dentro del marco erístico, el coraje es efecto de coraje²⁵⁶, modo de lucha y demostración de fuerza ante el auditorio. Repetir lo ya-dicho es una prueba de coraje ya que la repetición provoca al enemigo y pone en riesgo la integridad de quien enuncia.

Ese coraje incluye, además, la defensa de lo repetido, pues es la prueba de la convicción y la solidez de las creencias y valores que se reiteran en el decir histórico del sujeto. De ahí que diversos tramos de la discursividad estén dedicados a corregir lo que el enemigo tergiversa o miente sobre lo ya-dicho:

²⁵⁶ La antigua noción de *parresía*, que Foucault (2004; 2009[1982-83]; 2010[1983-84]) recupera de los textos griegos clásicos, tiene relación con ese decir riesgoso de la verdad: “una actividad verbal en la que un hablante expresa su relación personal con la verdad, y arriesga su propia vida porque reconoce el decir la verdad como un deber para mejorar o ayudar a otras personas” (Foucault (2004[1983]:56).

Ni en ese Programa Agrario, ni en ningún documento posterior de las FARC hasta la fecha de hoy, se ha planteado jamás que como organización político militar nuestra meta sea la toma del poder tras derrotar en una guerra de posiciones al Ejército colombiano, *como se repite una y otra vez* por todos aquellos que insisten en señalarnos la imposibilidad de ese objetivo. *Desde nuestro nacimiento* las FARC hemos concebido el acceso al poder como una cuestión de multitudes en agitación y movimiento (FARC-EP, 2012, diciembre 1).

Si la repetición en el discurso propio tiene una fuerte valoración positiva, sucede todo lo contrario al atribuirle repeticiones al decir del enemigo. La reformulación contrastiva enfatizada en la cita señala esa doble posibilidad, polarizante, de presentar la repetición como una prueba de una consistencia valiente o de una vileza sostenida, según el discurso al que se atribuya. Así se presenta en otro tramo, para contradecir la tesis del *fin del fin*:

La caída del gran guerrillero *revivió en el presidente Santos el desvarío del fin del fin* de la guerrilla, de la proximidad de una derrota de la insurgencia, que nunca llegará, y *que viene siendo pregonada desde 1964* para justificar la obsesión militarista de un sector de la oligarquía (FARC-EP, 2010, octubre 8).

En este caso, a propósito del asesinato del *Mono Jojoy*, se destaca la repetición en la palabra del enemigo para confrontarla con la supervivencia de la guerrilla, más allá de la muerte de sus líderes. De ahí la función amplificadora de la fecha, que activa el mito de origen, con la que se marca esa duración como una prueba irrefutable del *desvarío del fin del fin* y la villanía de la persistencia en los discursos gubernamentales presentes y anteriores. El sentido negativo de la repetición se construye como efecto de una maldad que, sostenida en el tiempo, la hace aun más ruin. La fidelidad y consistencia del decir con lo ya-dicho pueden probar no solo el coraje del combatiente, sino también su descaro reprobable.

En otros casos, la lucha se centra en la apropiación de la repetición, es decir, en quién es el dueño verdadero de las palabras reiteradas; en este ejemplo se disputa el discurso de la despenalización de las drogas:

En su reciente viaje a Londres, Santos se convirtió en presa de caza de los medios por haberse atrevido a hablar de despenalizar las drogas. *En el Pleno de Estado Mayor Central del año 2000 (...)* las FARC planteamos al pueblo norteamericano, a su Congreso y al gobierno de los Estados Unidos la legalización de las drogas. Y *los campesinos de este país llevan décadas hablando del asunto* en distintos espacios. Si tal eventualidad llegara a producirse un día, *la historiografía oficial* se encargaría de ensalzar al actual Presidente como el artífice de tan trascendental medida (FARC-EP, 2012, diciembre 1).

Se trata de demostrar que lo dicho por el enemigo ya ha sido dicho en el discurso de su opositor y, por tanto, sería un decir usurpado con el que se pretende ganar algún tipo de crédito y quedar inscrito en *la historiografía oficial*. En el orden de la repetición, esas usurpaciones del decir se reclaman como abusos contra aquellos a quienes les es arrebatada la autoría; en este caso, los campesinos y las FARC-EP, presentados como un solo colectivo, conducen la indignación que provocaría esa incautación de lo ya-dicho. La forma condicional de la hipótesis que se presenta, como vemos, no mitiga el efecto acusatorio contra el enemigo. El discurso guerrillero insiste en una verdad basada en reclamar sus ya-dichos, exigiéndole su reconocimiento a los usurpadores denunciados. Esto es así, además, por la particular autoexaltación de la palabra insurgente y la pretensión de insertarla en la narrativa de la historia colombiana.

Otro de esos modos de reivindicación del decir guerrillero consiste en hacer de lo ya-dicho un arma de combate contra el enemigo; así se pone a funcionar el discurso referido en clave erística, añadiendo a la función polémica-irónica del contenido de la cita directa, su carácter de repetición:

A los que hoy desde el gobierno, ebrios de triunfalismo nos conminan a la rendición, *les respondemos con las mismas palabras* que el comandante Jorge Briceño le dirigiera al general Padilla en enero de 2010, en respuesta a *una exigencia similar*:

“...Qué poco nos conoce usted señor Padilla de León: con toda sinceridad, sin odios ni resentimientos y con el respeto que todo revolucionario profesa por sus adversarios, le respondo: No, muchas gracias, general“ (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Es en ese *responder con las mismas palabras* donde radica la fuerza de la negativa a la rendición, en respuesta al gobierno. La ironía que contiene la cita directa ya había desacreditado al discurso gubernamental, representado por uno de sus generales; ese ya-dicho es actualizado en un nuevo capítulo de la disputa, para responder a una *exigencia similar* con la fuerza combativa de la repetición: las palabras del comandante guerrillero se traen a escena literalmente, pero esta vez su efecto ya no es solo irónico, sino confirmatorio. Volver a decir lo mismo en el juego erístico, más que un reciclaje de armas es un modo de mantenerse firme en las convicciones frente a los espectadores. Hay aquí una suerte de doble pacto: por un lado, un *pacto de agresión* entre los enemigos, entre quienes la derrota significa cambiar o arrepentirse de lo ya-dicho; y por otro lado, un *pacto de persistencia* ante el colectivo representado (la tropa y los simpatizantes), con quienes se comparte un conjunto de creencias, se conforma un bando militante y a quienes se espera no defraudar.

Particularmente reiterativo resulta el tratamiento de la salida dialogada al conflicto en el discurso guerrillero. Frente a este tema, en toda la serie analizada aparece dicha la intención de iniciar procesos de paz, anclándola a la fundación de la guerrilla y a la queja con respecto al manejo que le habrían dado los gobiernos sucesivos. Las siguientes citas están distribuidas a lo largo del periodo abordado:

Una vez más, como desde hace 45 años lo hemos manifestado, reiteramos nuestra disposición a buscar la solución política del conflicto que logre abrir caminos de convivencia atacando y superando las causas que lo generan. Pero (...) como la historia reciente lo evidencia, todo lo que logran es dificultar cualquier intento de acercamiento. (FARC-EP, 2010, septiembre 29).

Históricamente, desde la génesis de la resistencia Fariana que ya alcanzó los 47 años, hemos clamado, con toda la fuerza que representa esta palabra. Clamado, por salidas diferentes a la guerra (...) Este clamor ha sido, también, históricamente desconocido por los diferentes gobiernos que han profundizado y degradado el conflicto interno (FARC-EP, 2011, agosto 12).

La vía pacífica, democrática, dialogada, para solucionar el gravísimo conflicto que aqueja a Colombia, ha sido bandera de las FARC desde su nacimiento. La levantó el movimiento agrario de Marquetalia al conocerse en 1962 la proyectada agresión oficial. La guerra, el aplastamiento violento de la organización popular y la oposición política, ha sido el histórico mecanismo de dominación de la oligarquía colombiana y su amo imperialista (FARC-EP, 2012, junio 22).

Parte de la esquematización del objeto *paz*, como mostré en el capítulo anterior, es su presentación como propósito histórico y razón de ser del levantamiento armado. Ese esquema se configura en la repetición casi idéntica del tratamiento del objeto en diferentes tramos de la discursividad. Lo ya-dicho sobre el proceso de paz persiste en el contraste entre un ánimo pacifista de la guerrilla y uno belicista del gobierno; antítesis que explicaría la continuidad del conflicto armado y, sobre todo, la responsabilidad de los gobiernos -no de la guerrilla- en esa continuidad. En ese tratamiento, se pretende que la historia es tanto evidencia como presencia: evidencia de un cierto modo de perpetuar la guerra a través de las acciones y decisiones en torno a ella (énfasis en el pasado), y presencia permanente de una actitud beligerante contra la oposición y el ánimo de dialogar de la guerrilla (énfasis en el presente). La capitalización de la paz es, así, un escudo contra la responsabilización en la guerra, hecho de lo que se presenta como un decir reiterado (*siempre hemos querido la paz*). Cuando había que referirse a los crímenes perpetrados, ese mismo razonamiento operaba orientado hacia la

pretensión de inocencia:

El pasado 27 de febrero las FARC-EP comunicamos oficialmente que nunca volveríamos a realizar retenciones de personas con fines financieros. Aprender en medio de un combate a quien en una operación militar viste uniforme del enemigo y lo acompaña, en nada lesiona nuestro preciso compromiso. Sólo una visión francamente sesgada puede considerarlo un secuestro (FARC-EP, 2012, mayo 12).

En ese fragmento, a propósito del secuestro de un periodista extranjero, el discurso guerrillero reiteró lo ya-dicho sosteniendo que su palabra no había sido totalmente comprendida. La explicación insistió en el cumplimiento del compromiso realizado y trató de revertir la acusación denunciándola como ataque malintencionado. El valor de la fidelidad con respecto a lo dicho se mostraba aquí en toda su importancia: se trataba de la puesta a prueba de la verdad y de perder la lucha si se modificaba lo ya-dicho, bien porque se reconociera que no todos los frentes guerrilleros habían acatado la orden de no volver a secuestrar, o bien porque la orden fuera cancelada; en cualquier caso, el decir verdadero consistía en mantenerse firme. A propósito de los mismos hechos, así aparecía de nuevo este problema en una entrevista realizada al guerrillero *Fabián Ramírez*, jefe del Bloque Sur:

K. P. ¿Cómo debemos entender que las FARC no van a secuestrar más?

F. R. *Lo que hemos dicho y lo repetimos*, nosotros no volvemos a hacer secuestros con fines económicos, *entiéndase bien*, con fines económicos. Pero si un soldado cae en combate *eso no se llama* ningún secuestro, es un prisionero.

K. P. En cuánto a la política de las FARC de secuestrar lo que ustedes consideran políticos corruptos, ¿continuarán haciéndolo?

F. R. Es que los políticos corruptos están asesinando al pueblo. No con las balas. Pero con la plata que se roban, con esa plata que se roban, les están quitando las posibilidades de que puedan sobrevivir de una forma mejor. Entonces, en un país altamente rico, hay una tremenda pobreza. Y esos corruptos, serán *llamados a juicio* para que respondan ante el juez (FARC-EP, 2012, julio 31).

Toda la respuesta del guerrillero se centra en la explicación de lo ya-dicho y se despliega como necesidad de repetirlo. Ese *entiéndase bien* deposita la crítica mitigada de la pregunta del periodista en la incompreensión de lo ya-dicho; por tanto, su persistencia no es un modo de reticencia o de negación de los hechos en sí mismos, sino una refutación a través de una

negación metalingüística²⁵⁷ (García Negroni, 2009; Montero, 2011) y una recategorización, en las cuales se cancela el concepto de secuestro como privación de la libertad de cualquier individuo, y se lo modifica condicionándolo exclusivamente a la intención de lucro. El énfasis en el cómo nombrar es revelador de esa fidelidad con lo ya-dicho. Pero es ante la réplica del periodista, siempre mitigada, que el discurso insurgente se ve obligado a desestabilizar la repetición y transformar el decir -aunque no el posicionamiento frente al decir- a través del eufemismo del secuestro como un *llamado a juicio*. La secuencia pasa de una dominancia en la explicación a otra en la justificación del crimen cuestionado. Es interesante advertir en este caso que no se hace referencia al periodista secuestrado -muy difícil de justificar- sino a los *soldados* y a los *políticos corruptos*. Al final, lo ya-dicho (la renuncia al secuestro extorsivo) queda reiterado eludiendo el caso del periodista y desplazando la atención hacia el tópico amplificado de la lucha de clases.

De manera similar, el compromiso de cumplimiento que se juega en el orden de la promesa o del juramento aparece en las repeticiones del discurso gubernamental como una condición de credibilidad. Por supuesto, a veces ese imperativo de cumplimiento proviene de un acto previo de prometer o de la recategorización posterior de lo ya-dicho como promesa:

Siempre que repito mi presencia como orador en un evento –como es el caso de hoy– me gusta *reparar* las palabras que di en la ocasión anterior, *para constatar* si lo dicho tiene aún validez y si lo prometido se ha cumplido (Santos, 2011, diciembre 1).

Reparar para constatar queda presentado aquí como un acción política sobre la cual se alcanzaría la mayor o menor credibilidad del locutor, de acuerdo con el cumplimiento de lo prometido. Esas constataciones implican el autosometimiento a una política de vigilancia y evaluación sobre la propia gestión presidencial, que hace de lo ya-dicho una prueba material con base en la cual se solicita la confianza del auditorio: *comparen lo que dije con lo que digo -y hago- ahora*. En el caso de las rendiciones de cuentas y los anuncios de resultados, esta lógica opera en el orden de esa credibilidad pretendida:

Ese 20 de agosto anuncié que les había llegado la hora a las regiones, y hoy vengo a refrendarlo, ante ustedes, ¡con la ley en la mano! (...) Parecía imposible. Fueron al menos 19 intentos fracasados para sacar esta ley en el Congreso, y hoy tenemos motivos para celebrar que la Unidad Nacional la haya sacado adelante, como ha sacado tantas otras

²⁵⁷ De acuerdo con Montero (2011), a diferencia de la oposición, la refutación en el decir político suele funcionar a través de lo que García Negroni (2009) denomina *negaciones metalingüísticas*, es decir, anulaciones del espacio discursivo dominante en el enunciado ajeno.

leyes históricas para el país.

En campaña prometimos hacer de esta ley una herramienta que realmente promoviera el desarrollo regional, sin que eso significara más burocracia y costos para los colombianos. ¡Y estamos cumpliendo! (Santos, 2011, junio 28).

La narrativa configurada en torno a la promulgación de la Ley que se anuncia en la cita destaca el mérito de su alcance a partir de la dificultad (*parecía imposible...*) y el empeño en el cumplimiento de la promesa de campaña. La historización suele respaldar la repetición de lo ya-dicho, más allá de remitir a momentos de enunciación en el pasado en contraste con los actuales, etiquetando como *históricas* las acciones y decisiones expuestas en el discurso. En varios tramos, la remisión a esos momentos funciona como pasaje hacia la determinación de coyunturas históricas:

Queridos empresarios:

Como dije en mi discurso de posesión, gracias a la seguridad, gracias a los logros contra el terrorismo como el que obtuvimos la semana pasada, ahora Colombia está a las puertas — y estoy convencido— de un nuevo amanecer (Santos, 2010, septiembre 27).

El regreso constante al discurso programático, en este caso al de posesión presidencial, funciona como argumento de lo dicho nuevamente toda vez que es confrontado con los hechos que lo confirmarían en el orden de la verdad. Si en el discurso guerrillero ese anclaje hace retornar el mito fundacional, en el discurso presidencial repite el decir del primer día de gobierno para demostrar que se trataba de una palabra empeñada y que el sujeto de ese decir está en capacidad de cumplirla; por lo tanto, sería un sujeto digno de confianza. La persistencia, así, se liga con el sentido compromisorio de lo programático como acción; en la asociación entre seguridad y ley, fundamental en la legitimación de la lucha contrainsurgente, se puede rastrear la repetición en el sentido de ese efecto de acción comprometida y cumplida. Citaré aquí la reiteración de ese vínculo en los discursos distribuidos a lo largo de la serie:

El Presidente Uribe en su sabiduría, gran sabiduría, hace ocho años lo que hizo fue simplemente aplicar lo que los romanos decían cuando se inventaron la República: *La seguridad tiene que ser la primera ley de la República; si esa Ley no funciona las demás se vuelven inocuas* (Santos, 2010, agosto 28).

[V]amos a poder ser mucho más efectivos y continuar eso que inició el Presidente Uribe hace ya unos años cuando se dio cuenta de algo que los romanos decían hace siglos, cuando se inventaron el concepto de la República: *la seguridad tiene que ser la primera*

ley de la República, porque si esa ley no opera efectivamente las demás leyes se vuelven inocuas (2011, junio 28).

Como ustedes me han oído decirlo tantas veces, yo cito mucho a los romanos cuando crearon el concepto de la república, que decían: *'La seguridad debe ser la primera ley de la república, si esa ley no funciona las demás leyes se vuelven inocuas'* (2012, julio 30).

La repetición de la fórmula sobre la seguridad en la Roma republicana simplifica el saber sobre el derecho romano²⁵⁸ para extrapolarlo a la Colombia contemporánea e insistir en la seguridad como política conveniente y efectiva. Seguridad y ley quedan imbricadas como requisitos de la República atemporal, pero además elevadas a logro de la gestión presidencial: la precedente, con Uribe a la cabeza, y la presente, liderada por Santos, como una culminación exitosa de la Política de seguridad democrática. El discurso presidencial fue configurando esta idea a través de las repeticiones de lo ya-dicho que, como vemos, no muestran diferencias sustanciales a lo largo de la serie, e inclusive ya se presentaba en los discursos de Santos en su desempeño como Ministro de Defensa de Uribe:

En Colombia entendimos –como lo hicieron los romanos cuando se inventaron la república– que, para ganar la prosperidad y el progreso, *el primer derecho que teníamos que salvaguardar era el derecho a la seguridad*, vale decir, el derecho a vivir sin la amenaza de la violencia. Siguiendo esa premisa, el Gobierno del presidente Álvaro Uribe se comprometió, como nunca antes se había visto en la historia, con la seguridad de los colombianos (Santos, 2009, abril 1).

En esa época, la misma idea de la seguridad romana quedaba matizada por la voz militar de la defensa más que por la voz presidencial de la ley, si bien no resultan excluyentes: como se sabe, en la tradición de la institución militar el Presidente de la República es el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Ahora bien, el énfasis en el reconocimiento de Uribe como 'introducido' de esa política romana en el país fue desapareciendo en el discurso de Santos a lo largo de su primer bienio presidencial, hasta quedar borrada en los discursos de 2012. Olvido este que confirmaba el distanciamiento entre ambas figuras políticas a propósito del manejo del orden público y que tendría su punto de mayor tensión en el anuncio de los diálogos de paz. También frente a este tema, el recorrido por el corpus muestra que las

²⁵⁸ En su fase republicana, no fue la seguridad sino la idea de libertad traspasada por la ley pública lo que constituyó el principio de la República: «Encontramos los principios básicos en que se inscribe el ideal republicano en la ley pública, entendida como producto de la voluntad mayoritaria del pueblo y en la idea de *libertas* concebida como sumisión voluntaria a la ley votada en común (...). Las menciones a las *libertas republicanas* son frecuentes en las fuentes: el pueblo romano nació para ser libre; la libertad es causa de la grandeza de Roma» (Sáinz, 2010:77).

repeticiones se exhibían como demostraciones de fuerza y consistencia de lo ya-dicho:

Pero *–como lo he dicho–* si los violentos creen que con estos ataques nos van a doblegar, están muy equivocados, y así lo demostramos y lo demostró la Policía, la Fuerza Pública, las Fuerzas Militares, el día de ayer.

¡No vamos a descansar un solo segundo hasta que logremos derrotar al terrorismo!

Como dije en mi discurso de posesión, demostraremos que es posible una Colombia en paz y sin guerrilla, ¡por la razón o por la fuerza! (Santos, 2010, septiembre 20).

[C]omo lo he dicho tantas veces, los colombianos no nos vamos a dejar engañar una vez más. Como engañaron a mis antecesores, que de buena fe se sentaron a negociar, pero de mala fe la contraparte utilizó esos diálogos para respirar, para fortalecerse, para ganar espacio político nacional internacional. Eso no lo vamos a permitir (Santos, 2011, diciembre 7).

Por eso la consigna es perseverar, no titubear, seguir adelante, no titubear, porque vamos a lograr esa paz que *como dijimos el día de mi posesión*, lo haremos por las buenas o por las malas (Santos, 2012, junio 12).

Los modos de la advertencia se mantienen a lo largo de la serie y son remarcadas con los indicadores metadiscursivos que aluden a la repetición, como se señala en cursiva. Ese resalte protege al presidente de ser acusado de ingenuidad con respecto a la guerrilla y le permite profundizar el posicionamiento de desconfianza en clave histórica: como la actitud se mantiene firme desde el principio del periodo administrativo, la persistencia garantiza que la ciudadanía puede confiar en la firmeza del Presidente. Aquí la desconfianza reiterada con respecto a la guerrilla se capitaliza como confianza merecida por el mandatario; su credibilidad queda anclada a las demostraciones de fuerza que se reiteran en las citas como argumentos en sí mismos: la reprobación de los engaños a *la buena fe* de los gobiernos anteriores; los ataques para *derrotar al terrorismo*; y las amenazas directas: *lo haremos por las buenas o por las malas*.

Desde esta perspectiva, la evidente reiteración de construcciones enunciativas en los discursos gubernamental y guerrillero responde a ese vínculo tramado entre la repetición y la generación de confianza y desconfianza en el decir, que se desplaza metonímicamente al sujeto confirmador de lo ya-dicho. Si esos discursos, en el plano general, se muestran saturados, redundantes y circulares, lo son porque evidencian en las repeticiones más que un recurso ornamental o una incorrección involuntaria, un modo de construcción del decir digno de fe y un procedimiento de estructuración del decir verdadero. Ese decir, que Foucault (2012[1970-71]:47-88) denomina *verdad sofisticada* en tanto que compromiso del sujeto con lo

que ha dicho, en el marco de la disputa entre las discursividades por la historia verdadera del conflicto se puede entender como una *verdad erística*, que combate al enemigo y seduce al colectivo militante a través del coraje de la repetición.

7.4 Erística de la desconfianza en la historización del conflicto armado

La disputa por la verdad de la historia del conflicto armado puede pensarse también como una lucha por la confianza del auditorio y, en su reverso, como la exhortación a la desconfianza frente al enemigo. En este capítulo he mostrado los modos en que la conducción del confiar y el desconfiar se apoyaron en la historización de la indignación, la acusación de indecibilidad y la repetición de lo ya-dicho; procedimientos todos involucrados en el combate por el decir verdadero. Evidentemente, la inscripción de la temporalidad en esa lucha desempeña un papel fundamental: la historia sirve para mover a la indignación, acusar el engaño diciendo lo indecible y confirmar que se tiene el coraje de repetir lo ya-dicho.

Mover a la indignación significa convertir el resentimiento histórico en una emoción colectiva que permita el paso a la acción contra el enemigo. La indignación guerrillera se concentró en oponer a la idea gubernamental de una coyuntura excepcionalmente positiva del presente, una revelación de la inmutabilidad de la violencia encabezada por las élites en el poder. La reescritura de la historia oficial, en un sinnúmero de escenas y tramos historiográficos en sus discursos, activó ese efecto de continuidad y profundización de la vileza del poder hegemónico. El discurso gubernamental insistió, por su parte, en orientar su historización del conflicto hacia la generación de un efecto de coyuntura política en el cual la guerra contrainsurgente desembocaba poco a poco en la victoria, aun si la guerrilla no había sido derrotada militarmente, es decir, se trataba de un modo de gestionar discursivamente el agotamiento de la tesis del *fin del fin*.

Mostré también que la oposición en estos discursos se llevó a cabo enfocando la verdad que supuestamente el enemigo no podía ni debía decir: “no eres capaz de admitir tus crímenes; por eso yo los denuncio”. Se trata, como vemos, de un modo de desacreditar al enemigo, pero también de mostrarse como el que es capaz de poner al evidencia la mentira del otro y de reparar la verdad. Así, se amplificaba negativamente lo que el enemigo supuestamente callaba, y se amplificaban positivamente las acciones y decisiones propias.

Este tipo de recursos muestra la importancia del silenciamiento en las interacciones erísticas entre el discurso insurgente y el gubernamental, en medio del conflicto armado colombiano. Los discursos en confrontación llenaron los espacios silenciados que dejaba el

enemigo; el contenido de ese “llenado” amplificaba la distancia y profundizaba la diferencia entre los actores, de manera que el desacuerdo político y los efectos mortales de la guerra, es decir, las cuestiones de fondo, quedaban desplazadas o anuladas por esas formas amplificadas con las cuales se construyó negativamente al otro y positivamente a sí mismo. Acusar al otro de “no estar diciéndolo todo”, esto es, de silenciar a propósito, elevaba una sospecha permanente sobre el enemigo. La oposición construida en los discursos se esforzaba en llenar el espacio público con la desacreditación de la palabra ajena, denunciarla como indecible y exponerla como una puesta en evidencia. En ese esfuerzo, permanecía silenciado lo indecible-propio, hasta que el actor en confrontación lo construía, lo denunciaba y lo exponía también en las arenas públicas. De este modo, la oposición política terminó concentrada en un hacer emerger (lo que el adversario no se atrevería a decir) con el objetivo de hacer sumergir (lo que quien enunciaba tampoco se atrevería a decir). Denominé *indecibilidad dicha* a ese procedimiento retórico, fundado en la atribución de intenciones, acciones y palabras que pertenecerían al enemigo y que la contraparte hace emerger en el espacio público.

En cuanto al uso aletúrgico de lo ya-dicho, me interesó remarcar la relación que queda establecida en estos discursos entre repetición y expectativa de los colectivos militantes. La posición del líder -gubernamental o guerrillero- que asume la voz en representación de su grupo demanda la aceptación de un pacto de resistencia que demuestre el compromiso con lo ya-dicho a través de su reiteración, pero también un pacto de agresión entre los enemigos que lleva a que en la relación erística solo se pueda vencer o ser vencido: vencer es persistir en lo ya-dicho; perder es retractarse y tener que decir otra cosa. En este orden, la verdad erística muestra la relación compromisoria del sujeto con su propio decir y el modo en que hace de la repetición una prueba de esa verdad frente a la expectativa de sus simpatizantes.

Estos aspectos analizados muestran la importancia de la (des)confianza como sentimiento construido y conducido al calor de las disputas. De hecho, se trata de un elemento articulador entre tradiciones retóricas que desarrollaron vías diferentes hacia la persuasión del auditorio, como la aristotélica y la isocrática²⁵⁹. Ambas tradiciones reconocen que el orador requiere ser apreciado como digno de fe y, en ese sentido, suscitar la *fides* será central para estructurar el

²⁵⁹ El dominio de la tradición retórica aristotélica ha relegado históricamente a Isócrates como un sofista discípulo de Gorgias. Por su parte, Isócrates se aparta de los sofistas y habla de sí mismo como un *filósofo*, no como un *rhétor*. Su filosofía, sin embargo, no alude al mismo sentido que le dieron sus opositores, Platón y Aristóteles, sino a una *paideia* acerca del poder del discurso y de la persuasión para la vida en comunidad: una *logología* o filosofía de los discursos que enseñaría al ciudadano a darle forma a su pensamiento y a organizar el juicio y la expresión para intervenir en los asuntos públicos (Ramírez Vidal, 2006).

decir en las escenas políticas. Construir la confianza del otro requiere apelar a la demostración de los logros propios, lograr credibilidad con base en la aceptabilidad de las decisiones y garantizar coherencia entre la palabra y el acto. Así lo plantea Isócrates:

¿Quién en efecto, no sabe que los discursos que parecen más verdaderos son aquellos pronunciados por personas apreciadas y no por quienes están desacreditadas, y que las *pistéis* [medios de adhesión] más poderosas son las que provienen de la vida más que las que son procuradas por el discurso, de modo que en la misma medida que uno desee persuadir con más fuerza a sus oyentes más se ejercitará en ser noble y estimado por los ciudadanos (Isócrates, *Antídosis*, 278, citado y traducido por Ramírez Vidal, 2006:173)²⁶⁰.

Esa relación entre discursos (que parecen más) verdaderos y acreditación de la persona recaba en la idea de que una buena imagen es más efectiva que un argumento lógico. En Aristóteles aparece también como el principal medio de persuasión:

Se persuade por medio del carácter moral cuando se pronuncia el discurso de tal manera que haga al orador digno de ser creído, porque a las personas buenas les creemos más y con mayor rapidez, en general, en todos los asuntos, pero principalmente en aquello en que no hay evidencia, sino una opinión dudosa. Pero conviene también que esto suceda por medio del discurso y no porque la opinión haya anticipado este juicio respecto del orador (Aristóteles, 2010:44-45).

A diferencia de Isócrates, Aristóteles considera que se trata de una confianza que es producto del discurso y no de la opinión previa sobre el carácter del orador o del reconocimiento de su estatus social. Más allá de esta diferencia, que es más complementaria que contradictoria²⁶¹, ser digno de confianza queda en el centro del objetivo de la persuasión y resulta ser, en el decir político, la condición de posibilidad para intervenir sobre lo público sin ser rechazado por el ciudadano. En el marco del orden democrático, esa condición implica asimismo una tensión entre la confianza como deber y como control: en el primer sentido, el ciudadano acepta el contrato de representación que propone el sistema y le cede su voz al líder; pero en el segundo sentido, esa cesión está sujeta a la evaluación y vigilancia permanente, para no ser engañado por el mismo líder (Charaudeau, 2013:166-167). El juego

²⁶⁰ En la traducción de Guzmán Hermida se omite la palabra *pistéis* y se resalta la confianza: « ¿Quién ignora que los discursos parecen más verídicos si son pronunciados por personas bien consideradas que por gente desacreditada, y que puede ofrecer más confianza una vida que un discurso? (Isócrates, 2007[390a.C.]:373).

²⁶¹ El enfoque de la argumentación en el discurso, de Amossy (2005, 2010a, 2010b), ha discutido estos contrastes entre concepciones de la imagen de sí del orador y ha propuesto que un *ethos discursivo* puede dar cuenta de una visión articuladora entre el *ethos* retórico (construido en el discurso por el propio orador) y el *ethos* previo (preconstruido en el ámbito social): *o status de que goza o orador e sua imagem publica delimitan sua autoridade no momento em que ele toma a palavra. Entretanto, a construção da imagem de si no discurso tem, em contrapartida, a capacidade de modificar as representações prévias, de contribuir para a instalação de imagens novas e de transformar equilíbrios, contribuindo para a dinâmica do campo (...). A autoridade do locutor não provém somente de seu estatuto exterior e das modalidades de troca simbólica da qual ele participa. Ela é também produzida pelo discurso em uma troca verbal que visa a produzir e a fazer reconhecer sua legitimidade* (Amossy, 2005:138).

de la confianza en democracia, entonces, implica la condición de generarla y renovarla constantemente, bajo la presión del derecho que tiene la ciudadanía a ponerla en cuestión y sospechar del decir verdadero de sus líderes.

Igual que la credibilidad y próxima a la legitimidad²⁶², la confianza también es el resultado de una construcción discursiva, más allá de la identidad social del sujeto, condicionada por efectos de sinceridad, poder y eficacia: sinceridad, en la medida en que se juzga que sus palabras tienen correspondencia con sus intenciones; poder, si se juzga que posee los medios requeridos para cumplir sus promesas; y eficacia, si se juzga que es capaz de alcanzar los objetivos que se propone (Charaudeau, 2005:91-92). Cuando el marco es erístico, el juicio de confianza desplaza la condición de sinceridad hacia la fidelidad del sujeto con su propio decir; la condición de poder hacia la denuncia de su abuso en forma de engaño; y la condición de eficacia hacia la movilización colectiva de la indignación en contra del enemigo.

El sentimiento de confianza articula el pasado, como experiencia, y el futuro, como expectativa. Experiencia y expectativa se actualizan en la construcción y la conducción del confiar, de manera que la historia se vive en el presente continuo en forma de riesgo. Un mayor nivel de confianza hace más tolerable el riesgo, en tanto que mitigación del recuerdo doloroso y aceptación de la incertidumbre del futuro. En esa relación entre confianza y temporalidad, Luhmann (1996) ha hecho ver que la aceptación del riesgo entrañado es exigente, pues cualquier decepción con respecto a lo esperado quedará depositada como experiencia en la narrativa de la historia: «la historia deja de ser un recuerdo de las cosas experimentadas y se vuelve simplemente una estructura predeterminada» (Luhmann, 1996:34); esa estructura puede ordenar las acciones del futuro con base tanto en la confianza como en la desconfianza en el otro y en las instituciones que representa. Confiar en el otro es, pues, una decisión riesgosa que reúne experiencia y expectativa, pasado y futuro, en un presente trascendental.

He mostrado que en las escenas políticas de la serie analizada, la conducción de la (des)confianza tuvo alcance tanto para la palabra como para sus portavoces, y que el

²⁶² *Dans le domaine politique, légitimité et crédibilité sont intimement liés. Certes la légitimité semble acquise dès lors que l'acteur politique a été élu. Mais il lui faut préserver cette légitimité et cela passe par l'entretien d'un fort potentiel de crédibilité. Celle-ci est fondamentale puisque l'enjeu consiste à tenter de persuader le peuple dont il est le représentant qu'il est capable d'exercer le pouvoir. La légitimité n'est pas suffisante à qui veut exercer un pouvoir. Dire qu'on a été légitimement élu ne veut pas dire que l'on soit crédible. On peut être légitimé et perdre du crédit, et, à l'inverse, un leader peut avoir du crédit sans qu'aucun système organisationnel ne le légitime. Le représentant politique est donc condamné à réactiver en permanence sa crédibilité, ce qui n'est pas chose simple, car celle-ci doit satisfaire à la fois aux conditions de sincérité, de savoir et de performance que l'on a décrites (Charaudeau, 2013:110-111).*

deslizamiento de la credibilidad del decir al sujeto del decir, y viceversa, formó parte de los modos de construcción de la indignación histórica, la acusación de engaño y la verdad erística. En el sentido de ese doble objeto de la confianza, el locutor y su palabra, Nicolas (2009:64) destaca que los términos *creer* y *creencia*, *crédito* y *credibilidad*, provienen de la misma raíz latina (*credere*), que significa al mismo tiempo tener confianza en alguien y creer en algo. Una ambivalencia tal no es menor en la relación erística, donde vencer al enemigo es someterlo no solo de palabra sino también de cuerpo, o mejor, expulsando su cuerpo de la arena del combate de una vez se le deja silenciado. La conducción de la desconfianza opera en ese sentido de borramiento de la frontera entre el decir y el sujeto del decir. El modo extremo de la desconfianza, pero también su aspiración final, es la sospecha permanente sobre el otro a partir de la cual se justificaría no escucharlo.

En el contexto de una *sociedad de la desconfianza*, como ha sido caracterizada la época actual desde la reflexión de la filosofía política²⁶³, el esfuerzo de las discursividades por institucionalizar la sospecha como forma de autoridad manifiesta el desencanto con el aspecto representacional implicado en las democracias y en los liderazgos de colectivos que se mantienen al margen de ellas. Los discursos del gobierno y de la insurgencia, en su calidad asumida de portavoces, esperaban ganar, recuperar y mantener la confianza conduciendo la desconfianza contra el enemigo.

El estado actual de la democracia parece el medio más propicio para ese tipo de conducción, basada en la configuración retórica de posicionamientos de los sujetos políticos, distanciamientos con los enemigos y direccionamientos de la verdad en el decir público. En el siguiente capítulo reconstruiré ese ordenamiento en un espacio de relaciones espaciotemporales entre *ethos*, *pathos* y *logos*, que integra los elementos desplegados en los anteriores capítulos.

²⁶³ Por ejemplo, Rosanvallon (2007) viene hablando de la emergencia de una *sociedad de la desconfianza*, como institucionalización de la sospecha sobre los diversos mecanismos democráticos, especialmente sobre los de representatividad. Rosanvallon (2007:25) propone «comprender las manifestaciones de la desconfianza en un marco global que reubique de manera articulada y coherente sus características más profundas; en una palabra, comprenderlas como un *sistema político*», no como perversión o desviación del sistema social, ni negación del ordenamiento social, sino como emergencia histórica de un orden diferente (lo que el autor denomina *contrademocracia*).

Capítulo 8.

Lógicas de posicionamiento y de posesión de la verdad

En este capítulo analizo la relación erística entre los discursos del corpus en términos de posicionamientos de los actores, direccionamientos de la verdad y distanciamientos de razones. Utilizo la metáfora geométrica y los recursos gráficos que ella autoriza para representar estas dinámicas en el espacio enunciativo, como movimientos de anclaje, filiación y conformación de puntos de vista sobre la realidad en clave aletúrgica.

En el capítulo propongo presentar el logos político en estos discursos como la dinámica de entrecruzamientos y distanciamientos entre la orientación axiológica y la orientación emocional de la verdad y sus polaridades positiva (que se asigna el propio locutor) y negativa (que le asigna al enemigo). El conjunto de esos cruces conforma una orientación de la verdad, a la manera de un vector con propiedades, dirección y sentido.

En la primera parte, reconstruyo el posicionamiento retórico guerrillero como un cruce conjunto de ethos y pathos que direcciona la verdad hacia un logos insurgente y revolucionario. La identificación del vector de verdad me permite mostrar una proyección negativa en forma de un vector de mentira que queda orientado hacia una sinrazón gubernamental.

En la segunda parte, presento el posicionamiento gubernamental como un conjunto de puntos de intersección entre ethos y pathos, que orientan la verdad hacia un logos gerencial. Igual que en la sección anterior, el reconocimiento del vector de verdad refleja inversamente un vector de mentira atribuido a la sinrazón insurgente.

Por último, la cuestión del logos político como entrecruzamiento, su relación con el auditorio y la proyección de polaridades en las coordenadas posicionales, me permiten mostrar cómo los discursos desplazan las tomas de posición por las tomas de posesión de la verdad. En el marco erístico, ese desplazamiento significa la apropiación excluyente del logos aletúrgico, en contraposición al enemigo. La reconstrucción de las lógicas ethóticas y pathémicas, analizadas en clave erística, recupera gran parte de los elementos analíticos desplegados en los capítulos anteriores y los dispone en una visión de conjunto, para continuar con la interpretación del conflicto armado en su dimensión retórica y, al mismo tiempo, problematizar la oposición política como acción discursiva basada en construcciones retóricas.

Los estudios sociales han hablado de *posicionamiento*, con diversos énfasis, asociando metafóricamente la vida en sociedad con la representación cartográfica del espacio físico. La elaboración de mapas de territorios geográficos guarda alguna semejanza con la determinación de relaciones entre sujetos sociales; así lo han entendido corrientes de la psicología social²⁶⁴, la sociología²⁶⁵ y el análisis del discurso, entre otras. En este último ámbito, la noción de posición y posicionamiento se vinculó tempranamente con otra de mayor envergadura, la de *formación ideológica*, y sigue siendo operativa en buena parte del ámbito francófono actual:

Haroche, Henri et Pêcheux (1971:102)	« chaque formation idéologique constitue ainsi un ensemble complexe d'attitudes et de représentations qui ne sont ni 'individuelles' ni 'universelles', mais se rapportent plus ou moins directement à des positions de classes en conflit les unes par rapport aux autres (...). [L]es formations idéologiques ainsi définies comportent nécessairement, comme une de leurs composantes, une ou plusieurs <i>formations discursives</i> interalliées, qui déterminent <i>ce qui peut et doit être dit</i> (...) à partir d'une position donnée dans une conjoncture donnée ».
Pêcheux (1988[1975]:160)	« o <i>sentido</i> de uma palavra, de uma expressão, de uma proposição, etc., não existe 'em si mesmo' (...), más, ao contrário, é determinado pelas posições ideológicas que estão em jogo no processo sócio-histórico no qual as palavras, expressões e proposições são produzidas (...). Poderíamos resumir essa tese dizendo: <i>as palavras, expressões, proposições, etc., mudam de sentido segundo as posições sustentadas por aqueles que as empregam</i> , o que quer dizer que elas adquirem seu sentido em referência a essas posições , isto é, em referência às <i>formações ideológicas</i> (...) nas quais essas posições se inscrevem ».

²⁶⁴ Durante la década del 90, Davies y Harré (1999) propusieron una *teoría del posicionamiento* para los estudios psicosociales, inspirada en algunos aportes de la filosofía del lenguaje anglosajona, la teoría francesa de la enunciación y el interaccionismo simbólico norteamericano. El posicionamiento es «el proceso discursivo donde las identidades se localizan en conversaciones en las que participantes, observable y subjetivamente coherentes, conjuntamente producen argumentos» (Davies y Harré, 1999:222). El análisis se centra en la conversación como unidad principal de la interacción social y reemplaza el concepto de rol social por el de posicionamiento, para dar cuenta de las configuraciones del orden moral local en cada situación concreta, así como de las dinámicas de agrupación de atributos que hacen a la identidad de los sujetos sociales.

²⁶⁵ Especialmente, el recorrido analítico de la sociología crítica, a partir de Bourdieu. En la definición de la categoría *Campo*, a lo largo de tres décadas, aparece involucrado el término *posición* en un rol central: «Los campos se presentan para la aprehensión sincrónica como espacios estructurados de *posiciones* (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios » (Bourdieu, 2002[1976]:119); «debemos en principio plantear la existencia de un espacio social, comparable al espacio físico, que el sociólogo reconstruye a la manera de una carta geográfica. Construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por un conjunto de propiedades operantes al interior del universo social considerado, este espacio está orientado, con un polo positivo y un polo negativo, en el cual los individuos están situados no importa dónde, no importa cómo, pero ocupan un lugar determinado por su *posición* dentro de la distribución de recursos sociales» (Bourdieu, 2000[1985]:30); «un campo puede ser definido como una red o una configuración de relaciones objetivas entre *posiciones*. Estas *posiciones* están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación presente y potencial (*situs*) en la estructura de distribución de especies del poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras *posiciones*» (Bourdieu y Wacquant, 2005[1992]:150).

<p>Courtine et Marandin (1981:24)</p>	<p>« Nous dirons que l’interdiscours consiste en un processus de reconfiguration incessante dans lequel une FD [Formación Discursiva] est construite, en fonction des positions idéologiques que cette FD représente dans une conjoncture déterminée ».</p>
<p>Mainguenu (1984:15)</p>	<p>"Le champ discursif résulte de l'interaction d'un ensemble de positionnements qui sont en relation de concurrence au sens large, qui se délimitent réciproquement (...). Il n'est pas non plus homogène : il y a des positionnements dominants et des dominés, des positionnements centraux et d'autres périphériques. Le plus souvent on n'étudie pas la totalité d'un champ discursif, mais on en extrait un sous-ensemble, un espace discursif, constitué d'au moins deux positionnements discursifs dont l’analyste juge que la mise en relation est intéressante pour sa recherche ».</p>
<p>Charaudeau y Maingueneau (2005:452-453)</p>	<p>«En un campo discursivo, ‘posicionamiento’ define más bien una identidad enunciativa fuerte (el discurso del partido comunista de tal o cual periodo, por ejemplo), un lugar de producción discursiva claramente especificado. Este término designa a la vez <i>las operaciones</i> por las cuales esa identidad enunciativa se plantea y mantiene en un campo discursivo, y esa <i>identidad misma</i>. Ambigüedad interesante, pues ninguna identidad enunciativa queda cerrada y fijada sino que se mantiene a través del interdiscurso mediante un trabajo incesante de configuración. El posicionamiento no concierne sólo a los ‘contenidos’ sino también a las diversas dimensiones del discurso»</p>
<p>Mainguenu (2014a:66-67)</p>	<p>« Parmi les sphères d’activité, certaines seulement -par exemple le discours politique ou le discours religieux- sont soumises à une logique de <i>champ</i>, où s’affrontent divers positionnements. Cette notion de positionnement (doctrine, école, théorie, parti, tendance...) implique que, sur un même espace, on rapporte les énoncés à la construction et à la préservation de diverses identités énonciatives qui sont en relation de concurrence, au sens large: leur délimitation réciproque ne passe pas nécessairement par une confrontation ouverte. Ces champs discursifs, où les positionnements investissent chacun à leur manière des genres de discours, ne sont pas des structures statiques puisqu’ils sont constamment soumis à une logique de concurrence où chacun vise à modifier les rapports de force à son profit ».</p>
<p>Tabla 8.1 Posición y posicionamiento en la tradición francesa del Análisis del discurso</p>	

La noción de *posicionamiento* pasó de asociarse directamente con *posición de clase* y *posición ideológica*, bajo la influencia del marxismo en los estudios del discurso político, a poner el acento en el problema de la identidad social y, más específicamente, en la configuración de *identidades enunciativas*. En esa mudanza, los trabajos citados de Maingueneau han ejercido una importante influencia y han vinculado, además, la dimensión sociológica de la teoría bourdesiana de los campos, para pasar a hablar más de *universo*, *campo* y *espacio discursivo*, y menos de *formación ideológica*. Con la orientación hacia el problema de la identidad, el análisis del discurso ha tenido que delimitar las nociones más

próximas (como *identidad personal*²⁶⁶ e *identidad política*²⁶⁷) para hablar de identidad discursiva en relación con el posicionamiento, o inclusive, puntualizarla como *identidad de posicionamiento*:

La identidad de posicionamiento caracteriza la posición que el sujeto ocupa en un campo discursivo en relación con los sistemas de valor en él circulantes, no de manera absoluta sino por obra de los discursos que él mismo produce. Este tipo de identidad se inscribe entonces en una formación discursiva (Charaudeau y Maingueneau, 2005:306).

Una caracterización tal de la ubicación del sujeto se refiere al uso de herramientas enunciativas (modos de toma de la palabra, construcción de imágenes de sí mismo, incorporación de voces ajenas, representaciones de la alteridad, etc.) a través de las cuales se gestiona la tensión entre identificación y diferencia, individuación y pertenencia, para configurar identidades enunciativas. Estas darían cuenta de la relación constructiva en doble vía entre los estilos discursivos y los posicionamientos sociales.

Ahora bien, en algunos estudios sobre la argumentación aparecen preocupaciones específicas en torno al posicionamiento como categoría analítica. Rabatel (2012), por ejemplo, en el marco de la perspectiva polifónica ducrotiana²⁶⁸, propone pensar la noción de *posición enunciativa* dentro del análisis del punto de vista en la argumentación inscrita en la lengua; así, las posiciones enunciativas corresponden al hecho de que el locutor siempre hace

²⁶⁶ En psicología, las definiciones de *identidad* ponen de relieve su doble estatuto (o para algunos, su tensión) entre homogeneidad y diferencia: «Relativa a la concepción que cada sociedad elabora de la identidad humana, étnica y cultural, la identidad personal resulta de la experiencia propia de un sujeto de sentirse existir y reconocido por otros en tanto que ser singular pero idéntico, en su realidad física, psíquica y social. La identidad personal es una construcción dinámica de la unidad de la conciencia de sí a través de relaciones intersubjetivas, de las comunicaciones de lenguaje y de las experiencias sociales (...). Como la experiencia de sí en el mundo se apoya en las representaciones que un sujeto se hace de sí mismo en situación, así como en su conciencia de pertenencia, la concepción de una identidad depende de una construcción social cognitiva, inseparable de la conciencia del otro» (Selosse, 1991:294-295).

²⁶⁷ En ciencia política constituye todo un campo activo de discusión. Desde el posfundacionalismo, Aboy Carlés (2001:54) la define como «el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y se transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia».

²⁶⁸ En ese marco, el locutor (sujeto discursivo responsable del enunciado) siempre se posiciona frente a la palabra ajena que inscribe de maneras diversas en su decir, gestionando los diversos puntos de vista o enunciadores puestos en escena en el enunciado. Lo que se conoce como *Semántica argumentativa* está compuesto por la Teoría de la Polifonía Enunciativa y por la Teoría de la Argumentación en la Lengua, ambas de índole antirreferencialista y vinculadas por Rabatel (2012:40) en su análisis del posicionamiento enunciativo: *Les locuteurs, qui ne sont pas que des êtres de papier, ni des entités abstraites, adoptent des positions, des positionnements, des postures qui rendent compte d'enjeux communicationnels, cognitifs et (inter)actionnels. Certes, ce n'est pas à la linguistique d'étudier les êtres humains selon les milieux et les trajectoires, les événements, les systèmes de production et d'échanges, mais il lui échoit d'analyser comment les locuteurs communiquent en se positionnant – lorsqu'ils réfléchissent dans et par le discours leur expérience de l'altérité (en soi, chez les autres, dans la langue) et leur praxis.*

referencia a los objetos de discurso posicionándose en relación con ellos e indicando desde qué punto de vista y desde qué marco él los considera. A partir de esa distinción entre el responsable del enunciado y las voces o enunciadore convocados, Rabatel (2012) analiza las relaciones entre esas instancias como co-construcciones de un mismo punto de vista, que puede ser redoblado, desdoblado o escalarizado en la enunciación.

El problema del posicionamiento también aparece como categoría definitoria en la Teoría de la argumentación en el discurso (Amossy, 2010a:32, cursivas añadidas): «[H]ay argumentación cuando una *toma de posición*, un punto de vista, una forma de percibir el mundo, se expresa sobre el fondo de *posiciones* y de visiones antagonistas o simplemente divergentes, intentando prevalecer o ser admitida». Contenido en esa teoría, el tratamiento del *ethos* oratorio como *ethos discursivo* ha sido relacionado con la noción de *identidad verbal*, derivada de la perspectiva enunciativa desde Benveniste (1966)²⁶⁹, para dar cuenta de la constitución de subjetividades a través del uso de la lengua y del posicionamiento en el espacio social:

Diciendo ‘Yo’, el locutor construye en su enunciación una imagen de sí al mismo tiempo que se constituye él mismo como sujeto. Es a través de esta imagen que él se identifica, se da a ver de una forma que permite *situarlo* socialmente y distinguirlo individualmente por sus rasgos particulares (Amossy, 2010b:105, cursiva añadida).

En esta medida, el *ethos* participa de modo fundamental en la construcción de la identidad verbal a través de la autolocalización del sujeto en el espacio sociodiscursivo. En el mismo sentido, la relación entre posicionamiento y construcción de identidades verbales involucra la conducción de emociones en el auditorio; así aparece en la definición propuesta por Plantin (2011a:219, cursiva añadida):

La emoción es vista menos como una estrategia de expresión de un contenido objetivo que como una estrategia de interacción, en la que un constructo cognitivo-lingüístico es significado por el otro; emocionar es hacer el ‘framing’, es decir, exigir al interlocutor que *se posicione* en relación con este dato formateado como emocionante; es una forma de obligar a través del encuadre lingüístico.

La construcción de las emociones es, pues, argumentativa, en la medida en que los recursos enunciativos permiten anunciar, poner en cuestión, criticar o justificar emociones, pero sobre todo, generarlas y conducir las en el otro. No se trata, entonces, de que los posicionamientos permitan ver la realidad psicológica de la emoción, sino que dan cuenta de lo que el locutor dice experimentar o muestra como experiencia emocional para suscitar

²⁶⁹ «Es en la instancia de discurso en que *yo* designa al locutor donde éste se enuncia como ‘sujeto’. Así, es verdad, al pie de la letra, que el fundamento de la subjetividad está en el ejercicio de la lengua. Por poco que se piense, se advertirá que no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo» (Benveniste, 1971[1966]:183).

reacciones y posicionamientos del mismo orden en sus interlocutores.

Teniendo en cuenta estos usos de las nociones de posicionamiento (ideológico, discursivo y enunciativo), entenderé aquí el *posicionamiento retórico* como la configuración discursiva de identidades enunciativas y de disposiciones o de instrucciones para la acción, producto de la intersección de roles sociales y emociones auto y heteroatribuidas. En ese proceso de atribuciones, los posicionamientos retóricos direccionan o conducen la verdad (el *logos* aletúrgico) hacia determinados órdenes de razonabilidad²⁷⁰, y en esos recorridos, inscriben distanciamientos con respecto a la imagen del oponente, creada en contraposición de las identidades enunciativas propias. Los posicionamientos retóricos, además, se configuran en un espacio de relaciones entre *ethé* y *pathé* a través del *logos*, y en el centro o punto de partida de ese espacio, el locutor ubica al auditorio que desea persuadir.

Al presentar el *logos* político como el producto del cruce entre *ethé* y *pathé*, estoy interpretando la dimensión racional del decir en las escenas políticas, como lógicas o razones construidas a través de valores y emociones dichas, esto es, los principios de razonabilidad que las construyen. En este sentido, veo los componentes argumentativos de los discursos gubernamental y guerrillero (tipos de argumentos, esquemas, encadenamientos, falacias, etc.), como rasgos indesligables de las acciones de posicionamiento y distanciamiento que los actores llevan a cabo a través de sus palabras en el espacio público; rasgos que he descrito en los capítulos anteriores de esta tesis, involucrados en los modos polémicos y aletúrgicos que asumen los discursos analizados. Por este interés, el sintagma *logos político* no debería entenderse como «las pruebas más racionales en el discurso de los actores políticos», ni como «sus argumentos más lógicos, desde el punto de vista evaluativo de la argumentación», sino como el uso de una variedad de recursos -argumentos incluidos- para construir una cierta razonabilidad con su propia lógica y, sobre todo, con su propia pretensión de verdad.

Estoy involucrando en la noción de posicionamiento retórico la dimensión aletúrgica o el problema del decir verdadero en el *logos* político, en términos de direccionamiento de la verdad (y de la mentira). Esa opción me permite seguir explorando el modo aletúrgico en la serie de discursos analizados, haciendo hincapié ahora en la conducción del decir verdadero hacia dos órdenes de razonabilidad contrapuestos: la razón insurgente como razonabilidad revolucionaria y la razón gubernamental como razonabilidad gerencial. Los posicionamientos retóricos dan cuenta de esos órdenes como entrecruzamientos entre *ethé* y *pathé*, esto es, entre roles sociales (y sus sistemas atributivos de valores) y emociones conducidas.

²⁷⁰ En el sentido en que lo propone la retórica perelmaniana, es decir, en dependencia con la aceptabilidad del auditorio; de ahí que lo irrazonable sea lo inadmisibile para una comunidad en un momento dado.

Ambos órdenes están vinculados estrechamente con los estilos discursivos, escenas enunciativas y memorias discursivas analizados en la segunda parte de esta tesis, pero también con lo que en la tercera parte he denominado *erística del decir verdadero* y los modos en que, aletúrgicamente, se construyen objetos de discurso y se introducen disputas por la historia. En el sentido erístico, entonces, los posicionamientos retóricos revelan la inscripción de distanciamientos entre las posiciones de los enemigos, y permiten que el análisis retórico problematice la *distancia* como diferencias a propósito de cuestiones sociales dadas (Meyer, 2013[2008]).

Extenderé la metáfora cartográfica del espacio social hacia la representación del espacio enunciativo como un sistema bidimensional de coordenadas cartesianas, usando parte de la terminología básica de la geometría analítica²⁷¹ (Lehmann, 1980). Estas herramientas permitirán visualizar gráficamente la localización de posicionamientos y la construcción de vectores con propiedades cualitativas (análogos a la magnitud en el análisis geométrico); dirección (alineación de puntos de posición que forman ángulos con respecto a ejes horizontales o verticales); sentido (orientación en el espacio o punta de la flecha); y proyección (vector opuesto, atribuido al discurso adverso), en un plano bidimensional dividido en cuatro cuadrantes por dos ejes, horizontal y vertical. La representación no es más que una metáfora visual de las relaciones de fuerza encontradas en los discursos y desarrolladas en los capítulos anteriores, que me permite profundizar en las categorías del triángulo retórico clásico: *ethos*, *pathos* y *logos* e iluminar algunas cuestiones relevantes.

8.1 El posicionamiento insurgente: el cruce de *ethos* y *pathos* hacia el *logos* revolucionario

A través de la reconstrucción del escenario genérico, en el segundo capítulo, había mostrado que la resistencia armada funciona como modo de presentación enunciativa y como medio de polémica argumentativa en el discurso de las FARC-EP. Retomo ese escenario descrito como un espacio de inscripción de imágenes de sí y de emociones conducidas, para

²⁷¹ Introducida inicialmente como apéndice del *Discurso del método*, de Descartes (2008[1637]), en su concepción original la geometría analítica fue una aplicación del método cartesiano para resolver problemas del tipo «¿Cuál es el lugar geométrico de un punto tal que se satisface una condición específica?» (De la Torre, 2006). Esencialmente, ese lugar en el espacio se concibe como una correspondencia entre pares ordenados de números reales y los puntos de un plano; el principio general queda enunciado desde el principio de la obra: *Tous les problèmes de géométrie se peuvent facilement réduire à tels termes, qu'il n'est besoin par après que de connoître la longueur de quelques lignes droites pour les construire* (Descartes, 2008[1637]:17). La disposición de las *coordenadas cartesianas* (ejes vertical y horizontal cruzados e identificados como *X* e *Y*) aparecerá posteriormente como una operacionalización de las ideas de Descartes. La pretensión de verdad que subyace en la configuración de posicionamientos retóricos se relaciona con el proyecto universalista de la geometría cartesiana hacia el alcance del conocimiento verdadero.

ubicar los posicionamientos retóricos de la guerrilla con un mapeo de sus entrecruzamientos.

Si represento la construcción del *ethos* a través del trazado de un eje vertical (ϵ , Figura 8.1), podemos pensar en esta categoría en función de cinco características constitutivas; diré entonces que el *ethos* insurgente responde a un carácter multinivel, configuracional, relacional (con *pathos* y *logos*) y cronológico (*ethos* anterior, presente y posterior).

Es multinivel, porque los enunciados que construyen el *ethos* pertenecen a diferentes estratos semánticos que pueden hacer referencia a roles sociales, experiencias psicosociales, estereotipos, creencias compartidas, tradiciones ideológicas, etc. Cuando se construyen las identidades enunciativas, lo más común es que no se repare metaenunciativamente en esas diferentes capas en las cuales se ubican las imágenes de sí mismo. Si bien se puede proponer que los análisis especifiquen la dimensión en la cual están poniéndole nombre al *ethos* interpretado, como lo ha sugerido Maingueneau (2014b)²⁷², el problema es que no se trata de niveles con fronteras discretas, sino de capas muy superpuestas dentro de las cuales se va configurando una cierta identidad verbal. Para el caso del discurso de las FARC-EP, confluyen cinco imágenes predominantes: la víctima; el campesino/proletario; el pueblo; el revolucionario/combatiente; y el héroe:

La guerrilla de las FARC es hoy día la respuesta popular armada más fuerte de continente contra la opresión. Es un ejército revolucionario, conformado sobre todo de los sectores más empobrecidos de Colombia. Con la lucha armada aspiran conformar un orden día más justo, es decir: socialista (FARC-EP, 2011, Cartilla de formación Marquetalia).

Nuestra historia es producto de la convergencia de las más diversas expresiones de las luchas sociales del pueblo colombiano. Si tomamos el caso de nuestros dos más grandes timoneles, Manuel Marulanda Vélez y Jacobo Arenas, observamos que se juntaron las luchas de los colonos campesinos liberales y comunistas de la cordillera central y el turbión proletario del pueblo santandereano. Dos hombres, dos cordilleras, dos luchas hechas una en las trincheras de Marquetalia. (FARC-EP, 2012, agosto).

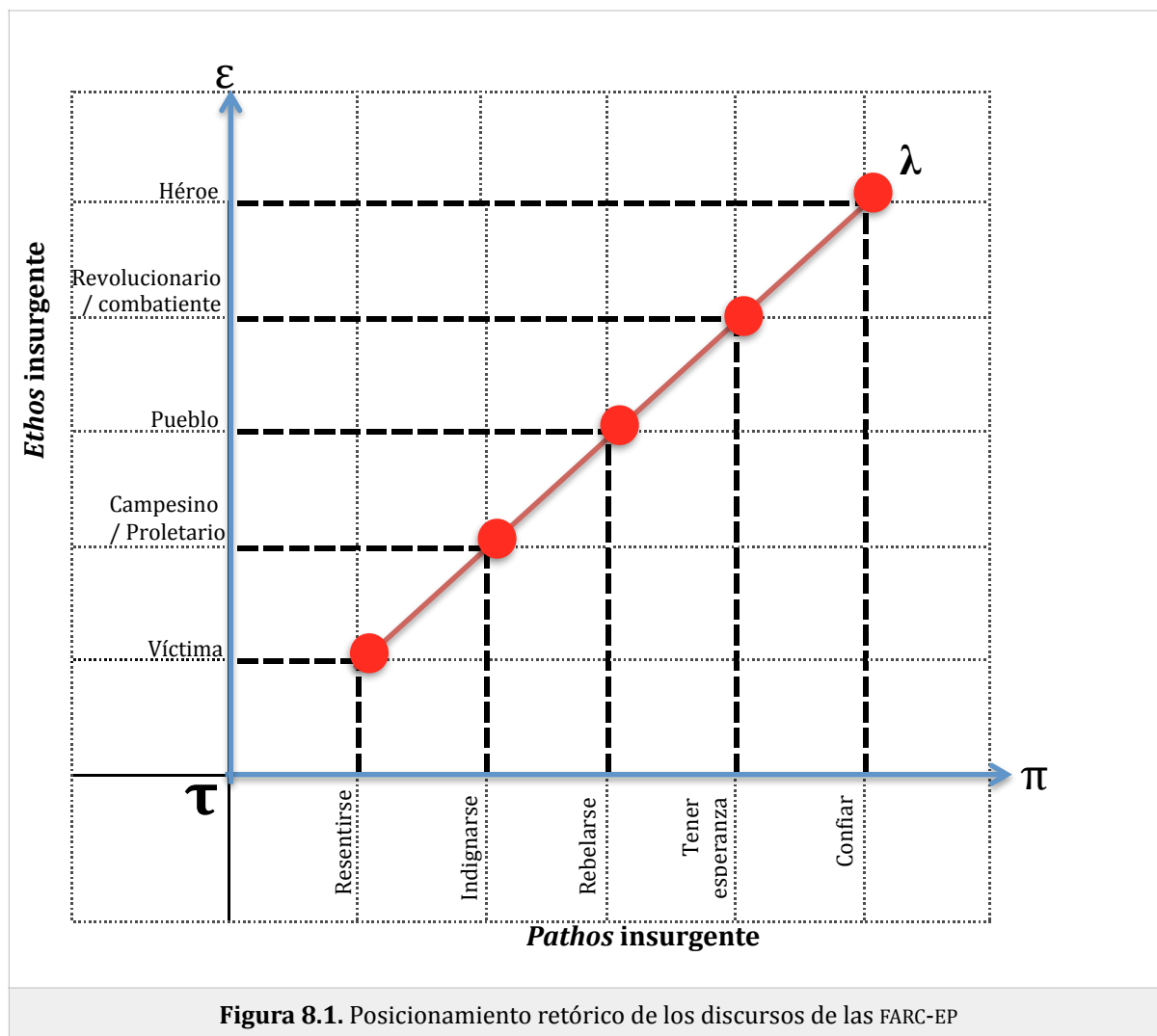
Ya que esas imágenes se presentan imbricadas en la serie discursiva, es más preciso pensar en ellas como partes o piezas que configuran un *ethos* insurgente. La idea de un *ethos configuracional* aquí recupera el punto de vista de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989[1958]) a propósito de los argumentos convergentes que, siendo heterogéneos, orientan hacia una

²⁷² Ante la enorme dispersión en los modos de nombrar el *ethos* interpretado en los diferentes estudios empíricos (por ejemplo: *ethos* militante; *ethos* del padre; *ethos* de competencia; *ethos* feminista, etc.), Maingueneau (2014b) propone una clasificación de tres dimensiones: categorial, experiencial e ideológico. Esta división, sin embargo, no resulta satisfactoria por la ambigüedad de los términos propuestos y por la idea de frontera que les subyace.

misma conclusión, así como la idea de la hibridez del *ethos* (Amossy, 2010b) frente a auditorios compuestos, según la cual una misma enunciación puede construir más de una imagen de sí dominante. Sin embargo, el *ethos* insurgente responde más a la idea de configuración que de hibridez, ya que las diferentes imágenes construidas (víctima, campesino/proletario, pueblo, revolucionario/combatiente y héroe) componen y le dan forma y propiedades bien articuladas, asociadas a una misma naturaleza, a la figura del insurgente. En el conjunto de los discursos analizados, esas propiedades permiten pensar en la conformación de un sistema de valores en la presentación que la guerrilla hace de sí misma: una axiología que contribuye a justificar las acciones y decisiones en la guerra, y que progresa positivamente desde la condición de víctima hasta la imagen del héroe del pueblo (Figura 8.1).

El *ethos* insurgente es, además, relacional, pues compone tanto su posicionamiento en la escenas de enunciación como su *logos* público (λ) a través del cruce con las emociones que inscribe argumentativamente. En la Figura 8.1 propongo relacionar cada imagen construida con una emoción predominante: resentirse, indignarse, rebelarse, tener esperanza y confiar, se cruzan con las imágenes de la víctima, el campesino/proletario, el pueblo, el revolucionario/combatiente y el héroe, respectivamente. Hablo aquí de las emociones en sus formas verbales en vez de sustantivas (resentimiento, indignación, rebeldía, esperanza, confianza), para remarcar la orientación exhortativa y la disposición a la acción que anida en la construcción del *pathos* insurgente²⁷³. Los posicionamientos retóricos emergen de las intersecciones entre *ethé* y *pathé* particulares, que permiten conectar los valores asociados a ciertas imágenes de sí del guerrillero con las emociones que ellas movilizan principalmente: se espera que, como víctimas, activen el resentimiento contra el enemigo; como campesinos/proletarios, la indignación histórica; que se rebelen como pueblo en armas; que tengan esperanza en la imagen del revolucionario/combatiente; y que confíen en ellos como héroes populares. Igual que en el eje axiológico (ϵ), en el eje emocional (π) se apunta una progresión positiva de los sentimientos inscritos en la totalidad de los discursos: desde la exhortación al resentimiento, hasta la confianza en la gesta heroica revolucionaria (Figura 8.1).

²⁷³ Así lo propone también Plantin (2011a:50): «No se trata de decir que es la ira o la calma, sino de ver cómo se construye un discurso susceptible de enojar o de calmar. Esta es la razón por la que el punto de vista retórico exige usar no sustantivos (...), sino predicados de acción para hablar de las emociones en una perspectiva discursiva».



Los posicionamientos retóricos inscriben al auditorio a persuadir (τ) en el centro del sistema de coordenadas. Se puede hablar del auditorio o *tiers* en términos de una posición de sujeto dentro de la argumentación, si esta se concibe como una situación tripolar de interacción entre discursos de proponentes, oponentes y terceros a adherir (Plantin, 1996, 2016:419-421). El discurso guerrillero cruza los componentes *ethóticos* y *pathémicos* que configuran su posicionamiento siempre en función de ese tercero múltiple; en este sentido, más que una tribuna o un público pasivo de espectadores, se trata de una fuerza que constriñe los enunciados y la enunciación misma, y que en todo caso, es una construcción imaginada por el locutor. La tensión entre una naturaleza específica y heterogénea del tercero (los

auditorios particulares) y una generalizante y homogénea (el auditorio universal)²⁷⁴, se representa en la Figura 8.1 de acuerdo con las posiciones que se acercan o se alejan del centro del sistema donde es ubicado τ . En efecto, el avance de los posicionamientos desde el centro hacia la periferia en el discurso guerrillero se puede leer como la inscripción en λ de cambios dirigidos de lo particular a lo general y de lo individual a lo colectivo: del resentimiento concreto de las víctimas (la experiencia de la violencia sufrida *en carne propia*) a la confianza en los héroes revolucionarios (la utopía colectiva). En el conjunto de comunicaciones de la serie analizada, cuanto más se aleja λ de τ , más generales -y, por tanto, simplificadas- resultan ser las identidades enunciativas de la figura del insurgente, construidas a través de sus posicionamientos retóricos.

Finalmente, planteo que la inscripción de la temporalidad en las construcción de imágenes de sí también transparenta formas de posicionamientos retóricos. No me refiero aquí a las imágenes previas (prestigio, estatus, prejuicios, etc.) sobre la persona, con las cuales ella debe lidiar al construir su *ethos*²⁷⁵, sino a la referencia que el locutor hace sobre su sí mismo del ayer ('la persona que fui...'), del hoy ('el que soy ahora...') y del mañana ('aquel que seré...'). Esta dimensión cronológica se desprende de sus funciones en el modo polémico del estilo discursivo, como lo analicé en el capítulo tercero, y en el modo aletúrgico de la disputa por la historia, referido en el capítulo anterior. El *ethos anterior* resulta fundamental en la construcción de la figura del insurgente, toda vez que las imágenes que lo constituyen (especialmente la víctima y el campesino) y el anclaje en la memoria revolucionaria constantemente vuelven al pasado violento de la guerra para justificar la lucha armada. En cuanto al *ethos posterior*, a través de él se vehicula la utopía de la revolución, proyectada en los sujetos que finalmente alcanzarán los ideales trazados:

Esta vez el nuevo grito de independencia debe ser el grito de todos, el grito de los excluidos reforzado con la movilización resuelta, con la lucha multiforme, con las armas de la unidad, de la inteligencia y de la fuerza. Es la hora de los pueblos. Ellos fueron los que combatieron y combaten, los que aportaron y aportarán miles de héroes estelares o anónimos. Fue el pueblo la fuerza viva del ejército bolivariano que derrotó el régimen

²⁷⁴ Perelman y Olbrechts-Tyteca (1991[1958]) relacionan esta diferencia entre auditorios particulares y auditorio universal con el carácter de convicción -y no solo de persuasión- al que debe aspirar la argumentación para alcanzar acuerdos razonables. Algunas lecturas contemporáneas, sin embargo, cuestionan la idea consensualista que subyace en esa visión del auditorio universal y plantean pensar la complejidad de los auditorios desde la legitimación de su diversidad y la argumentación como un fenómeno cooperativo de coexistencia en el disenso (Amossy, 2014; Plantin, 2011b, 2012; Tindale, 2009).

²⁷⁵ Lo que Adam (1999:113) denomina *ethos extradiscursivo*; Maingueneau (2009:207), *ethos prediscursivo*; o Amossy (2010b), *ethos previo*; siempre dicho por otro y manifestado con anterioridad en una enunciación ajena a la del locutor en cuestión.

colonial en la América del sur, y será protagonista del triunfo inevitable de la revolución política y social (FARC-EP, 2010, julio 5).

En este tipo de ejemplos, la inscripción de la temporalidad en las figuras que vinculan la memoria revolucionaria independentista y en los juegos enfáticos con las elecciones verbales (*Ellos fueron los que combatieron y combaten, los que aportaron y aportarán...*), hacen del posicionamiento retórico en el tiempo una especie de hiperposicionamiento que, desde el presente, orienta la mirada al mismo tiempo hacia el pasado, como experiencia, y hacia el futuro, como imperativo y esperanza. Si la atemporalidad permite construir la idea de la continuidad del ayer en el hoy ('nada ha cambiado'), como mostré en los capítulos precedentes, la identidad enunciativa se resuelve como identidad cronológica extendida; mismidad de las imágenes de sí que estatuyen de una sola vez quién fue, quién es y quién será el sujeto que habla y que en la cita se diluye en el pueblo para hablar como una sola voz insurgente.

En la cita aparecen imbricadas las imágenes y las emociones configurativas del *ethos* y el *pathos* insurgente, que he mostrado gráficamente en la Figura 8.1, pero también el esfuerzo por mostrar el posicionamiento retórico como una persistencia histórica, tanto de lo ya-dicho (la condición de la verdad erística) como de lo ya-sido: una condición aletúrgica de la identidad enunciativa. Persistencia, pues, tanto en el decir como en el ser referido que atraviesa la discursividad guerrillera cuando se le analiza desde la perspectiva del posicionamiento retórico.

En este mismo sentido, el discurso guerrillero no solo se presenta genéricamente desde la exotopía espacial del panfletario (un decir autoexpulsado, ilegal y clandestino, como lo habíamos estudiado con base en Angenot, 1982), sino que además aspira a una hipertopía cronológica que le permita habitar todos los tiempos encarnado en un sujeto esencialmente invariable: 'soy el que he sido y seré hasta el final triunfante de la revolución'. El *logos* insurgente es el producto de esa doble condición exotópica e hipertópica, por un lado, y ethótica y pathémica, por otro lado. Todas ellas se transparentan en los posicionamientos retóricos a través de la palabra, pero también de la razonabilidad que va construyendo esa palabra en la discursividad guerrillera; una razonabilidad en el sentido de una búsqueda de validación y aceptación por parte del tercero en el espacio público. El reverso de la palabra, la razón, imbricadas en la unidad del *logos*, le otorgan entonces un sentido y una direccionalidad, a la manera de un vector que dirige el decir verdadero hacia el horizonte de la razón revolucionaria (Figura 8.2).

La razón revolucionaria aquí no alude un conjunto de razonamientos encaminados a justificar las acciones y decisiones insurgentes en el conflicto armado, es decir, no constituye un cuerpo de argumentos puestos a pruebas a través de evaluaciones lógicas. Desde el punto de vista del posicionamiento retórico, la razón revolucionaria es el sentido construido en y a través del discurso, que se espera como el más admisible por parte del tercero, a partir de la intersección de emociones y valores insurgentes en el *logos* político, y a partir también de la unificación de esos cruces en un punto indeterminado al que apunta el vector que direcciona la verdad en el decir guerrillero. De esta manera, la razón revolucionaria apunta a la aceptabilidad de los valores y emociones insurgentes inscritos en sus discursos: el derecho al resentimiento que reclaman como víctimas; la movilización de la indignación histórica de los sectores sociales vulnerables (especialmente, el campesinado y el proletariado); la capacidad de rebelarse como pueblo en armas; la esperanza en el horizonte de la revolución a través de los valores del combatiente; y su ética sacrificial, que lo convierte en un héroe en el cual confiar y creer (Figura 8.2).

El discurso guerrillero direcciona la verdad hacia el horizonte de la revolución armada, depositando en el proyecto utópico el sentido de su lucha. En ese camino, el problema de la violencia política, la naturaleza de los medios para los fines y la base ideológica del uso de las armas, entre otros, no se ven reflexionados ni justificados, más allá del entrecruzamiento de los valores y emociones desplegados en sus posicionamientos retóricos a través de los modos polémico y aletúrgico. Esto no significa, sin embargo, que no exista un proyecto gubernamental en el discurso de las FARC-EP, sino que la fundamentación ética y política de la violencia que ejercen para llevarlo a cabo, ha quedado atrapada en el horizonte-pasado de las memorias revolucionarias que activa, y en el horizonte-futuro de los objetivos finales de la revolución que defienden.

El vector de verdad de la razón revolucionaria apunta hacia ese lugar periférico simplificado de la confianza en el héroe, intersección equilibrada entre los ejes positivos de los valores y las emociones que destaca y pretende suscitar, pero alejado del centro donde el tercero tiene que esforzarse para reconocerlo como cercano. La contradicción que entraña este direccionamiento de la verdad explica la insistencia en la amplificación de las figuras guerrilleras, victimizadas como pueblo oprimido, pero al mismo tiempo elevadas a modelos del héroe revolucionario; así se describía al *Mono Jojoy* cuando múltiples homenajes de la guerrilla lamentaban su asesinato:

Auténtico, transparente, directo, no conocía los remilgos de aquellos que al alcanzar posiciones destacadas caen en la trampa de sentirse superiores. No, al contrario, el Mono [Jojoy] siempre pensó y actuó como lo que era. Un campesino, un hombre del pueblo. Consciente de su papel como cuadro y conductor revolucionario supo conjugar su gran responsabilidad con la espontaneidad y sinceridad sólo conocidas en las gentes de los sectores populares. Aquellos que nunca temen decir la verdad y expresar lo que piensan porque nunca esperan obtener algo por medio de halagos y adulaciones (FARC-EP, 2010, octubre 31).

Es la conjugación del *ethos* y el *pathos* insurgente la que construye el *logos* de la verdad riesgosa, valiente y directa; la verdad *parresiástica* (Foucault, 2004, 2009, 2010) que solo puede provenir del hombre moralmente virtuoso, y que en esta discursividad, se le atribuye al hombre humilde del pueblo. No es, sin embargo, el hombre corriente, sino el líder excepcional, *conductor revolucionario* de los sectores populares de donde proviene. La contradicción en la figura del héroe moderno se presenta aquí claramente, al tensionar su origen ordinario con su naturaleza extraordinaria.

Se impone aquí una claridad, a partir de la reflexión foucaultiana sobre la relación entre verdad y parresía: en su concepción griega, la coincidencia entre decir verdadero y decir *parresiástico* es natural (el *parresiasta* posee la verdad) porque está garantizada por la posesión de la virtud, es decir, las cualidades morales son la prueba suficiente de que se tiene acceso a la verdad y a la capacidad de comunicarla; asumir el riesgo de hacerlo refuerza, precisamente, esas cualidades morales al sumarle el coraje de decir la verdad en función del deber y la conducta recta²⁷⁶. En el discurso guerrillero, así, la parresía deviene *efecto de parresía* o coraje atribuido de la verdad a las figuras virtuosas que el discurso guerrillero historiza como héroes populares del conflicto armado.

Regularmente bajo modos aletúrgicos, como ilustra la cita, los posicionamientos retóricos atan la razón revolucionaria a la moral insurgente y postulan el distanciamiento con el enemigo a través de un direccionamiento opuesto al vector de la verdad. Ese vector opuesto, *vector de mentira*, acusa al enemigo de un decir falso, engañoso, basado en posicionamientos retóricos atribuidos, que lo ubican en el sector negativo del mismo escenario donde la verdad

²⁷⁶ «El *parresiastés* no sólo es sincero y dice lo que es su opinión, sino que su opinión es también la verdad. Dice lo que él sabe que es verdadero (...). La coincidencia entre creencia y verdad no tiene lugar en una experiencia (mental), sino en una actividad verbal, a saber, la *parresía*. Parece que la parresía no puede, en su sentido griego, darse ya en nuestro moderno marco epistemológico (...). Cuando planteamos la cuestión de cómo podemos saber si un individuo particular dice la verdad; y, en segundo lugar, cómo puede estar seguro el supuesto *parresiastés* de que lo que cree es, de hecho, verdad (...). La segunda pregunta escéptica es especialmente moderna y, pienso, ajena a los griegos» (Foucault, 2004[1983]:40-41).

es puesta en escena (Figura 8.2).

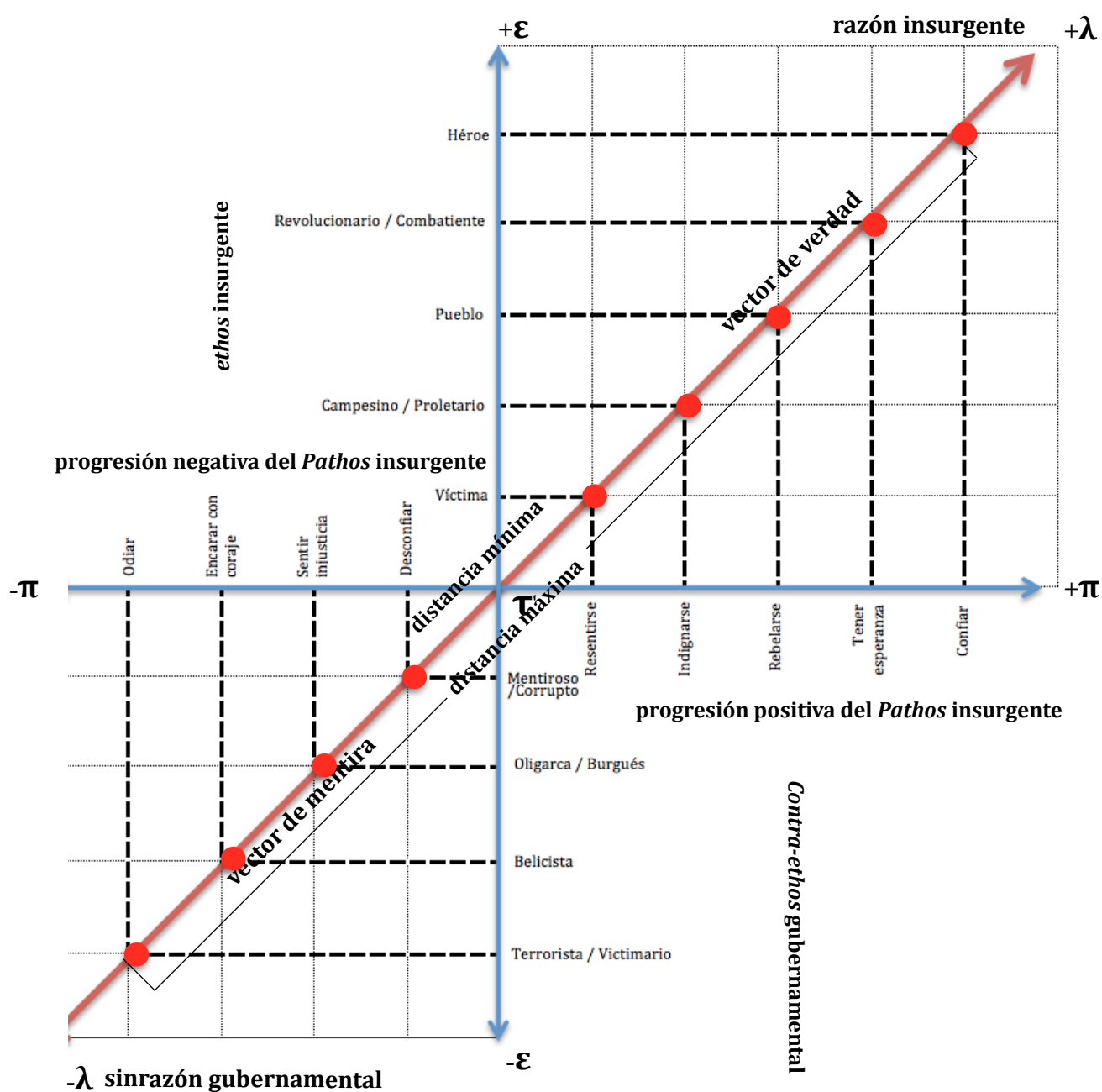


Figura 8.2. Posicionamientos, direccionamientos y distanciamientos en los discursos de las FARC-EP

8.2 El distanciamiento con el enemigo: la sinrazón gubernamental atribuida

El vector de mentira atribuido a la razón gubernamental es el producto de los posicionamientos retóricos configurados en los cruces entre las orientaciones negativas del ethos ($-\epsilon$) y del pathos ($-\pi$). Llamo *contra-ethos gubernamental* al conjunto integrado de

imágenes sociales atribuidas al enemigo, cuyo contenido se presenta como opuesto o contradictorio al *ethos* insurgente. En esta medida, se trata de una representación discursiva del otro, pero anclada y dependiente de la imagen de sí construida, toda vez que se dispone en el mismo eje de valores, pero con orientación y sentido contrapuestos. Esto significa que las imágenes negativas que se atribuyen al enemigo no pueden ser efectivas sino en la medida en que refuerzan la orientación positiva de la identidad verbal del sujeto que las atribuye. Una dependencia tal, hace que la persuasividad del *ethos* en la oposición política estudiada se reduzca a la construcción de un *contra-ethos* con valores simétricos, pero inversos²⁷⁷. En adición, implica también una representación amenazante del otro, en la medida en que sus atributos constituyen un riesgo para la integridad del *ethos* postulado positivamente.

Las imágenes del mentiroso/corrupto, oligarca/burgués, belicista y terrorista/victimario componen el *contra-ethos* gubernamental y son asociadas con una exhortación a ciertas emociones correspondientes: desconfiar, sentir injusticia, encarar con coraje y odiar, respectivamente. Queda configurada así la orientación negativa del eje del *pathos*, que puede leerse como una progresión acumulativa de emociones adversas, desde el centro hacia la periferia: la desconfianza, la injusticia, el coraje y el odio (Figura 8.2).

La lectura de estos posicionamientos de las identidades enunciativas y de los direccionamientos del *logos* relacionan los vectores de la verdad propia y de la mentira del enemigo en términos de distanciamientos. De acuerdo con Meyer (2013[2008]), el distanciamiento expresa la diferencia entre individuos a propósito de una cuestión social frente a la cual existe desacuerdo y, por tanto, necesidad de «hacer valer cada uno *su* diferencia y defender la legitimidad de lo que cada cual es (...); hacer aceptar la legitimidad del propio punto de vista, de aquello por lo cual uno está donde está, tanto como hacer valer lo que uno dice» (Meyer, 2013[2008]:251-252). Ahora bien, como he mostrado, en la relación erística ese *hacer valer* y *hacer aceptar* no se dirigen al adversario sino al tercero: ubicado en el centro (donde atraviesan los ejes $+/-\varepsilon$, $+/-\pi$ y los vectores de verdad de $+/-\lambda$), a τ se le posiciona como juez del desacuerdo entre las posiciones asumidas y atribuidas.

A través del modo en que se *dan a ver* esos posicionamientos en el espacio público, se puede pensar en las distancias mínimas y máximas que el discurso guerrillero establece con respecto a lo que presenta como razón gubernamental. Así, la distancia máxima con el enemigo se inscribe en la exhortación al odio que merece como terrorista o victimario, en

²⁷⁷ En el modelo actancial de la semiótica narrativa (Greimas y Courtès, 1982[1979]), una noción próxima a esta idea es la del *anti-sujeto* en relación con el *sujeto*; oposición que es correlativa a la dupla destinatador/anti-destinatador y está implicada en la estructura polémica de los discursos narrativos.

contraposición con la confianza depositada en el héroe popular; en este sentido, el terrorismo de Estado encarnaría la villanía contra los héroes del pueblo que forman parte del *ethos* y el *pathos* insurgente en el discurso guerrillero. En contraste, la distancia mínima queda inscrita en la conducción de la desconfianza frente al enemigo, acusado de ser mentiroso y falso:

Colombia no es el país más feliz del mundo que pretenden hacernos creer a todos desde las alturas del poder. Aquí hay grandes masas inconformes, millones de seres que esperan un futuro mejor y que no tardarán en sacudir los pilares de este podrido régimen (FARC-EP, 2012, febrero 6).

En términos de distanciamiento, este fragmento enfatiza el posicionamiento negativo que cruza mentira y desconfianza (o que exhorta a desconfiar del decir engañoso del gobierno) y lo conduce en dirección a la verdad insurgente, hacia el posicionamiento positivo que cruza rebelión y pueblo (o que exhorta al pueblo a rebelarse). Vemos que esa gestión de las distancias se basa en una conducción de las emociones asociadas con las imágenes de sí y del otro: el paso de la desconfianza a la rebelión -según el eje horizontal en el esquema propuesto- tiene que cruzar por el resentimiento individual, avanzar hacia la indignación colectiva y alcanzar la rebelión que se proyecta hacia la esperanza y la confianza en los héroes revolucionarios. Ahora bien, de acuerdo con la vectorización del *logos* que conduce la verdad y la mentira, esas transformaciones de las emociones no se dan sino en relación con las identidades verbales construidas para sí y para el enemigo. Así, para que τ llegue a rebelarse contra las élites mentirosas en el poder, se le debe concebir ya no solo como víctima y campesino/proletario, sino además como pueblo (Figura 8.2).

La configuración de esas distancias lleva a que la determinación de los posicionamientos retóricos resulte fundamental para comprender qué es lo que construye las diferencias entre las identidades enunciativas. Los mayores distanciamientos se dan cuando el *contra-ethos* insiste en la violencia de Estado y la activación de las razones de clase:

Las FARC nacimos resistiendo a *la violencia oligárquica* que utiliza sistemáticamente el crimen político para liquidar a la oposición democrática y revolucionaria; también como respuesta campesina y popular a *la agresión latifundista y terrateniente* que inundó de sangre los campos colombianos usurpando tierras de campesinos y colonos, y nacimos también, como actitud digna y beligerante de rechazo a *la injerencia del gobierno de los Estados Unidos* en la confrontación militar y en la política interna de nuestra patria (FARC-EP, 2011, junio 16).

La razón revolucionaria encadena los modos históricos de violencia de clase para presentarlos como exposiciones de motivos de una violencia siempre reactiva. Las agresiones, tanto internas como externas, justificarían la lucha armada como legítima defensa, sustentada en el derecho a la resistencia contra regímenes despóticos. Como reacción contra agresiones siempre primeras, se trata de la construcción del tirano que gobierna de manera ilegítima y de la esquematización del conflicto en clave de guerra justa, pero también de gesta heroica:

Esta gente ha construido *una epopeya sin antecedentes en ningún lugar ni época histórica*. No hubiera sido posible sin el más extraordinario altruismo. Ni siquiera las fuerzas especiales del Ejército pudieron operar en el terrible invierno de esas abruptas cordilleras guerrilleras. Pero allá mismo viven ellos, aman, sueñan un mundo mejor y luchan por conseguirlo (...) Las FARC son miles y miles de revolucionarios que soportan las más duras condiciones porque creen firmemente en su causa. No ganan un solo centavo, no poseen nada material, el movimiento les da lo que necesitan. Y el movimiento son todos ellos. *Son una impresionante creación histórica, aquí, en Colombia, ante nuestros ojos* (FARC-EP, 2011, noviembre 20).

Es en este sentido que el héroe y el terrorista, la confianza y el odio, en su entrecruzamiento posicional, se contraponen e inscriben el máximo distanciamiento de la razón revolucionaria con respecto a la razón gubernamental atribuida (Figura 8.2). La historización de esos posicionamientos, como se insiste al principio y final de la cita, amplifica el efecto de evidencialidad de una verdad irrefutable: *ante nuestros ojos* es que aparece esa *epopeya* de la lucha guerrillera, basada en los valores morales y la ética sacrificial que se describe y que son en sí mismos las pruebas del *logos* verdadero, contrapuesto al vector de mentira en el *logos* gubernamental. En contraste, mostraré cómo los posicionamientos retóricos en sus discursos configuran otro tipo de razón, la gerencial, asociada también con sus escenarios enunciativos construidos.

8.3 El posicionamiento gubernamental: el cruce de *ethos* y *pathos* hacia el *logos* gerencial

A través de la reconstrucción del escenario genérico, en el segundo capítulo, había mostrado que la escenografía gerencial funciona como modo de presentación enunciativa y como medio de polémica argumentativa en el discurso gubernamental. Retomo ese escenario descrito como un espacio de inscripción de imágenes de sí y de emociones conducidas, para ubicar los posicionamientos retóricos del Presidente con un mapeo de sus entrecruzamientos.

Presento la construcción del *ethos* a través del trazado de un eje vertical (Figura 8.3), para pensar en esta categoría en función de sus características constitutivas, explicadas en el apartado anterior para el discurso insurgente. Diré entonces que el *ethos* gerencial del discurso gubernamental responde a un carácter multinivel, configuracional, relacional (con *pathos* y *logos*) y cronológico (*ethos* anterior, presente y posterior).

Las imágenes que conforman el *ethos* gerencial responden a las figuras del gobernante honesto, eficiente/eficaz, experto/experimentado, estratega y visionario/optimista. Se trata de la transposición de los valores ideales del gerente corporativo a la función gubernamental y del asentamiento de la analogía país-empresa. Como mostré en el análisis de la memoria discursiva que actualiza este discurso, la figura del empresario exitoso y la del gobernante ejemplar se vuelven inseparables, bajo la propia denominación de *Nueva Gerencia Pública*, pero también por el sesgo economicista que vincula el progreso de todas las esferas sociales (educación, salud, seguridad, política internacional, etc.) con la competencia y la inversión. Es en este sentido que se conecta el valor de la honestidad con las características del llamado *Buen Gobierno*, promulgado insistentemente en el decir presidencial: eficacia, eficiencia y transparencia; estos principios fueron elevados al nivel de la política pública, en forma de rendiciones de cuentas y medidas legales contra la corrupción:

Hay cuatro principios que yo siempre aplico para decir que el Buen Gobierno puede estar presente en todas y cada una de las acciones del Estado: eficiencia, eficacia, transparencia y rendición de cuentas. Esos cuatro principios aplicados a la gestión del Estado hacen que el Estado se convierta en un impulsor del desarrollo, en un socio del sector privado y de los sectores sociales, en un aliado más que en un freno, en un enemigo como fue durante tanto tiempo el Estado frente a las intenciones y los deseos del sector productivo, del sector privado, de los empresarios (Santos, 2012, abril 13).

[E]sto no ha sido una iniciativa aislada, sino que hace parte de la histórica y ambiciosa 'reingeniería institucional' que hemos querido liderar, teniendo como base los principios del Buen Gobierno y de la Eficiencia Administrativa. En medio de esa 'reingeniería institucional', promovimos algunas reformas dirigidas a luchar contra ese cáncer de la corrupción y un buen ejemplo de ello es el Estatuto Anticorrupción (Santos, 2012, mayo 23).

Los atributos del *buen gerente* quedan así asimilados en las políticas públicas como parte de la *reingeniería institucional* propuesta desde el gabinete presidencial. Se habla, entonces de *gestión del Estado* y de *Eficiencia Administrativa* para orientar la conducción del país hacia el impulso de los sectores productivos en los diversos renglones económicos. En el

mismo marco, la honestidad es politizada como *transparencia* en la gestión pública, especialmente en los eventos ligados a las rendiciones de cuentas. Su introducción, además, conlleva la toma de medidas burocráticas (leyes, oficinas y puestos para funcionarios anticorrupción) y mediciones de la «efectividad en el control de la gestión pública», enfrentando el problema como un fenómeno que, sobretodo, «afecta de manera negativa los niveles de crecimiento económico» (MinInterior, 2011:7)²⁷⁸.

La gerencia, en este sentido, implica un modo de gubernamentalidad ligado con la especialización del experto, a partir de la cual los discursos orbitan alrededor de estadísticas, indicadores de gestión y cuantificación porcentual de resultados²⁷⁹. Los recursos utilizados en esta discursividad concentrada en las cifras muestran al gerente como un experto, pero también como un funcionario experimentado en su quehacer y, por tanto, idóneo; así se autoelogiaba el Presidente el día en que tomaba posesión de su mandato:

Me enorgullece haber sido el arquitecto, en la década de los noventa, como Ministro de Comercio Exterior, de la integración con Venezuela, con Ecuador y con muchos otros países del mundo; una integración que generó cientos de miles de empleos que trajeron prosperidad y bienestar a nuestros pueblos (Santos, 2010, agosto 7).

La imagen del político experimentado pone de relieve el paso por varios cargos públicos como una garantía de competencia para el desempeño de la gestión presidencial. Esa idoneidad se construye como acumulado de conocimientos en el manejo del poder, a partir de la figura misma del Presidente como sujeto público y privado, pues se vincula a sí mismo en una larga tradición familiar y profesional en la esfera administrativa pública: Santos se presenta como nieto del expresidente Eduardo Santos (1938-1942), y como funcionario público en varios ministerios de gobiernos anteriores (Comercio, 1991-1994; Hacienda,

²⁷⁸ La crítica realizada por la Corporación Transparencia por Colombia, repara en este mismo aspecto reduccionista y legalista del Estatuto Anticorrupción, sancionado en 2011: «La lucha contra la corrupción es ardua y debe ser corresponsabilidad de todos los sectores del país buscar un cambio en la cultura ciudadana para incorporar la cultura de la legalidad en el quehacer diario de todos nosotros. Sólo cuando la corrupción ya no sea una actividad de altos rendimientos y bajos riesgos, y cuando los corruptos sean efectivamente sancionados legal y socialmente, los colombianos podrán decir que el Estatuto Anticorrupción ha comenzado a surtir efectos» (Corporación Transparencia por Colombia, 2011:28).

²⁷⁹ La matriz de este modo de gubernamentalidad, que se revela de manera más directa en los regímenes tecnocráticos, se halla en las propuestas de Saint-Simon (1760-1825) para quien habría que desplazar el gobierno de los hombres por la administración de las cosas: «En el siglo XIX hallarán, en efecto, la idea muy trivial pero de importancia muy grande, de que si el arte de gobernar está fundamentalmente ligado al descubrimiento de una verdad y al conocimiento objetivo de esa verdad, esto implica la constitución de un saber especializado, la formación de una categoría de individuos también especializados en el conocimiento de dicha verdad, y esa especialización constituye un dominio que no es exactamente lo propio de la apolítica, sino que define más bien un conjunto de cosas y de relaciones que, en todo caso, deben imponerse a la política. En líneas generales, verán que se trata del principio de Saint-Simon» (Foucault, 2014[1979-80]:34).

2000-2002; y Defensa, 2006-2009).

El resalte de esa carrera política contribuye al paso de la imagen del experto a la del estratega. Como vimos a propósito de las formas autoelogiosas y también en las metáforas del juego, el decir presidencial apelaba al *ethos* previo del político audaz y el jugador de póquer en el enfrentamiento con el enemigo. En el ámbito militar, por ejemplo (pero no exclusivamente), recuperando constantemente los rescates de secuestrados a través de inteligencia militar, como los realizados en las operaciones Jaque y Fénix (2008). Al reacomodamiento y replanteamiento de las estrategias de combate durante el periodo histórico analizado se respondió con la construcción de una imagen que enfatizó en la inteligencia militar y en la innovación en las tácticas de lucha. Desde el punto de vista gubernamental, a esa superioridad en la estrategia obedecía el acorralamiento de la guerrilla en sus zonas de retaguardia. El objeto discursivo *unidad* fue funcional a esa imagen del estratega que reacomodó la cooperación entre las diferentes fuerzas armadas, como lo mostré en el capítulo 6:

Un paso adelante siempre, siempre usando la imaginación y trabajando en forma conjunta el Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y la Policía. Eso es lo que nos ha dado esa unión, esa coordinación, es lo que nos ha dado en el pasado tan buenos resultados. En el Ministerio de Defensa, cuando tuve el honor de ocupar ese cargo durante tres años, bajo la administración del Presidente (Álvaro) Uribe, insistí en forma repetitiva: trabajo conjunto, trabajo conjunto como esta Fuerza de Tarea Conjunta ‘Omega’, con la Policía.

Y ese trabajo conjunto siempre produce algo que también necesitamos y que el pueblo colombiano también espera: *resultados, resultados, cada vez más resultados* (Santos, 2010, septiembre 17).

Resalto aquí la dependencia de esas construcciones con respecto al imperativo gerencial de la obtención de resultados, que condicionaba la estrategia política (militar, económica, internacional y social) a la lógica proveniente de la razón administrativa. En ese mismo marco es que la imagen del visionario/optimista completaba el *ethos* gerencial en tanto conducción del entusiasmo por la prosperidad en tránsito, esto es, la idea de que el país había superado el conflicto armado y vivía ya el *fin del fin* de la violencia. La promesa del paso de la Política de seguridad democrática a la de Prosperidad democrática consistía precisamente en esa conducción gubernamental del optimismo, que exhortaba a mirar hacia el futuro desde el estilo celebratorio de los discursos. Esta imagen era fundamental para mitigar una cierta insensibilidad o falta de humanismo implicada en la imagen tecnocrática del gobernante eficiente, experto y estratega. El visionario/optimista proporcionaba esa dimensión empática

que configuraría el *ethos* gerencial ya no como un simple y frío tecnócrata, sino como un líder entusiasta y apasionado por la denominada *Prosperidad nacional*:

Aquí el optimismo es algo que se está respirando. El optimismo y además unidos. Por eso la Unidad Nacional, el país unido: empresarios, gobierno, trabajadores, eso lo que hace es transformar a las sociedades.

Por eso soy un optimista. Quiero agradecerles a ustedes su labor de todos los días, porque eso también nos genera a todos optimismo. Eso es lo que genera empleo, eso es lo que genera esa riqueza que queremos distribuir mejor. Y ese optimismo tenemos que alimentarlo todos los días. Hay gente a la que le molesta el optimismo, pero afortunadamente son porcentajes pequeños (Santos, 2011, agosto 12).

La conducción del optimismo se sostiene sobre correlaciones que las ciencias de la administración y la psicología de grupos han asentado en sus tradiciones²⁸⁰: actitud y bienestar, entusiasmo y progreso, felicidad y productividad, entre otras en el mismo sentido, formaron parte de los discursos gubernamentales que apuntaron a la conformación de un *management presidencial*. Esta introducción de los principios gerenciales a la función pública procuró ver el *management* más que como un conjunto de técnicas para su aplicación mecánica, como una nueva actitud que coordinaría el bienestar social con la productividad empresarial. La bibliografía administrativa actual insiste en ese tipo de orientación: «El *management* debe verse como una función, como una manera de ver las cosas, como un proceso de trato con las personas, en el fondo como una finalidad y no como una herramienta de aplicación meramente mecánica» (Rosanas, 2012:2). A nivel de la imagen de sí configurada por estos rasgos, el gerente-presidente, en representación del gobierno gerencial, asumió el rostro a la vez técnico y humano, pragmático y visionario, a través de la dualidad que permite el modelo del *management* presidencial. Las imágenes constitutivas de ese *ethos* gerencial, como muestro en la Figura 8.3, se cruzan con el eje *pathémico* en correspondencia con un conjunto de emociones a suscitar, y con ello dejan ver el posicionamiento retórico de los discursos gubernamentales.

²⁸⁰ Juárez y Contreras (2012) citan un número importante de trabajos en administración y psicología del liderazgo organizacional que involucran el optimismo como un factor de productividad. En su propio trabajo empírico al respecto, concluyen que *optimism along with company number of employees, are the relevant variables influencing both transformational and transactional leadership practices, which confirms the hypothesis of influence of optimism and partly confirm the hypothesis of socioeconomic characteristic influence* (Juárez & Contreras, 2012:26). A pesar de la evidente penetración del marco administrativo empresarial en la política gubernamental, el tema del optimismo en este escenario no ha sido muy estudiado.

En su dimensión retórica, producir emociones es disponer al auditorio (τ) a la aceptabilidad a través de la invitación al con-sentimiento, es decir, a dejarse afectar y conmoverse con el otro. Si cada emoción es un síndrome, en el sentido de síntesis temporal de estados humanos de diversos órdenes (Plantin, 2016:184), el conjunto de emociones suscitadas en una serie histórica de discursos también puede verse como un síndrome de posicionamientos retóricos singulares. En el caso de las comunicaciones gubernamentales, cada correspondencia con las imágenes de sí marca un punto de intersección que se une a los demás puntos para estabilizar una posición en el escenario gerencial construido. Se insta, así, a confiar en el gobernante honesto, aprobar su eficiencia y eficacia, admirar su experticia, sentirse protegido por el estratega y optimista por la actitud del visionario. En conjunto, se trata de la sensación satisfactoria del éxito (la *prosperidad*) que es conducida como mediadora entre valores y emociones; éxito que, del orden empresarial, pasa al orden ciudadano en forma de proyecto gubernamental. Los límites fronterizos de ese éxito son difusos; así, se entiende lo social como corporativo, el desarrollo económico como riqueza espiritual o integral y la intervención del Estado como inversión con cálculo de costo-beneficio.

En algunas corrientes de la economía política se defiende que la riqueza espiritual es la sumatoria del capital humano y el capital social (Elguea, 2008:70), esto es, la capacidad de conjuntar recursos, capacidades y virtudes individuales en función de proyectos colectivos en la vida social. En el discurso de la prosperidad, el aumento de los ingresos económicos y la acumulación de bienes concretos son aspectos necesarios, pero no suficientes, para la obtención de riqueza. Espiritualizar la riqueza es, entonces, introducir todo un vocabulario ‘humanista’ (autorrealización, confianza, admiración, protección, entusiasmo, etc.) en la semántica de la economía material. La premisa de base sostiene que el combate de la pobreza debe promover también la adquisición y fortalecimiento de ciertos valores –individuales y sociales- que hacen posible la idea de prosperidad más allá del crecimiento económico; en este sentido, las políticas públicas abogan por una lucha contra la *pobreza espiritual* y se conciben como formadoras de una moral productivista y cooperativa. Así queda expuesto en el discurso presidencial:

[D]urante mucho tiempo el concepto de prosperidad era acumular riqueza, acumular dinero, y se perdieron cosas mucho más importantes, esos principios y esos valores de vivir la vida recta, de la honestidad, de ser honestos no porque la ley lo va a castigar a uno sino porque a uno le nace ser honesto (...) para llevar una vida rica, no rica materialmente,

rica espiritualmente. Y eso es lo que digo yo que está sucediendo en Colombia y está sucediendo en América Latina. Porque miren ustedes: el mundo hoy está pidiendo más energía, se requiere más energía. ¿Cuál es el continente más rico en materia energética? América Latina (Santos, 2011, octubre 14).

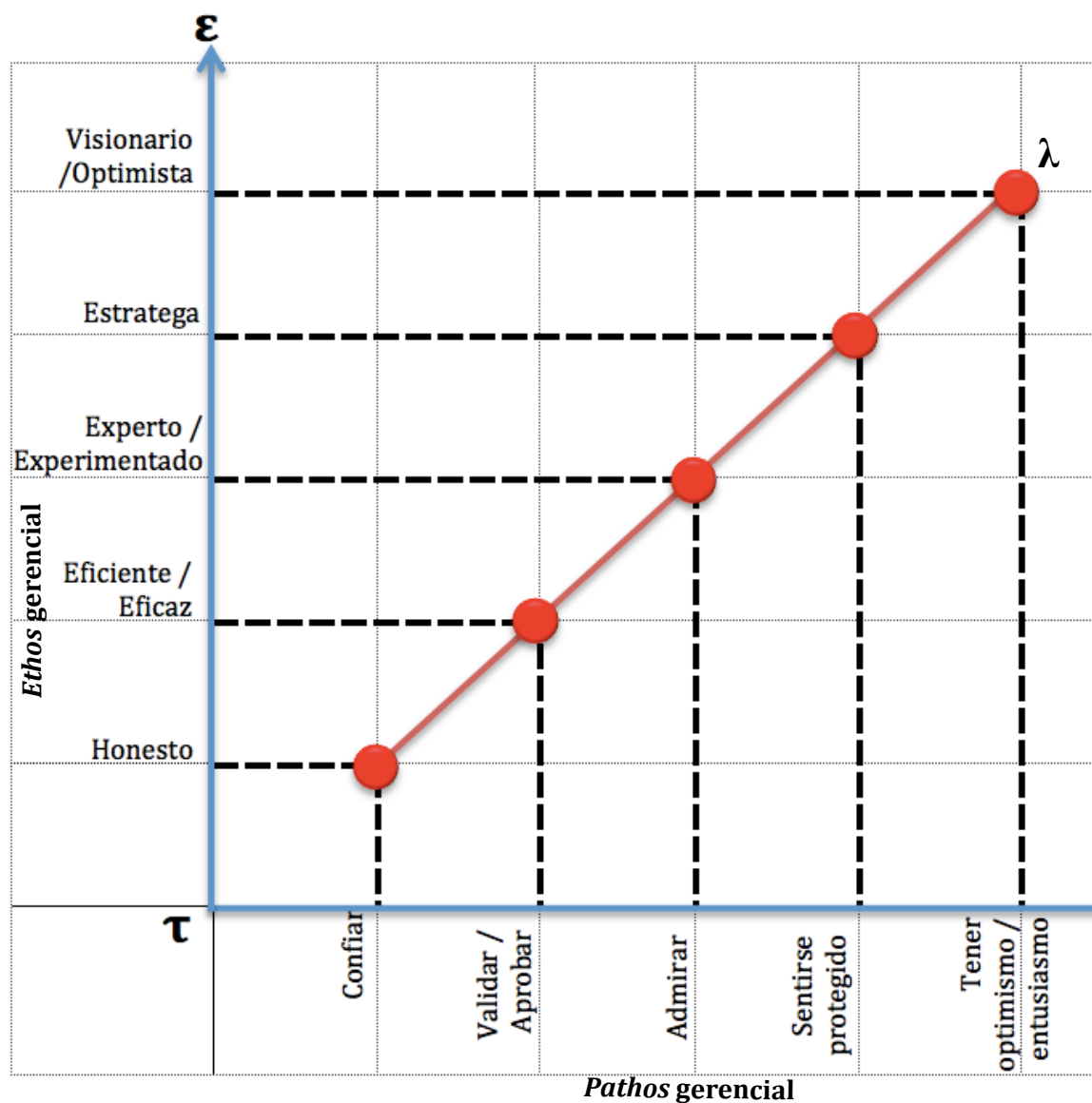


Figura 8.3. Posicionamiento retórico de los discursos gubernamentales

Destaco en este ejemplo el encabalgamiento que opera el discurso político de la prosperidad entre productividad y moral, esencia de la espiritualización de la riqueza material. En este marco, inclusive los bienes naturales generan riqueza espiritual solo si se está dispuesto a ‘compartirlos’, es decir, a comercializarlos; el malestar de la pobreza material es una consecuencia directa de la pobreza espiritual, que se limitaría a la acumulación. Así, la idea de que “la prosperidad es una cuestión de decisión, no de destino” (Elguea, 2008:289),

se reproduce en el discurso gubernamental, reconfigurando el grado y tipo de intervención del gobierno en la economía:

Ahora que tienen el acueducto (...) ustedes tienen que cuidarlo. Ustedes tiene que ponerse de acuerdo a ver cómo lo van a manejar. Ustedes son los dueños de su propio destino. El Estado, el Gobierno, lo que quiere es abonar el terreno para que ustedes tomen las decisiones. Nosotros lo que queremos es que ustedes progresen. Nosotros lo que queremos es facilitarles a ustedes los instrumentos que les permitan a ustedes tomar las decisiones que puedan darles a ustedes más prosperidad (Santos, 2011, marzo 1).

El efecto más obvio de una espiritualización así es el depósito de las responsabilidades gubernamentales en los sujetos individuales. En esta moral gerencial de la prosperidad, los males sociales son consecuencia de las elecciones individuales y representan la sumatoria de los vicios o ineptitudes en torno al manejo de los recursos materiales.

En un sentido complementario, se trata también del imperativo moral de la riqueza desde el discurso de las élites gubernamentales. No está bien visto ser rico materialmente sin el contenido moral de la riqueza espiritual; la política de la prosperidad garantiza esa condición que, en últimas, deriva en una extensión del concepto de pobreza. En ese marco, la pobreza es, sencillamente, *mala*, indeseable (opuesta a la prosperidad), pero resulta necesaria para definir, por contraste, a la riqueza misma.

Finalmente, a propósito de la dimensión cronológica del *ethos*, en la serie analizada se destacan las autorreferencias en la voz presidencial con la construcción de imágenes anteriores a este desempeño, algunas vinculadas directamente con la estructura estatal (por ejemplo, los ministerios antes mencionados), pero también apelando a otros roles, siempre profesionales, dentro de la esfera pública (el cadete, el periodista, el empresario, etc.). Ese *ethos anterior*, además, se inserta comúnmente en narrativas autobiográficas en las cuales se quiere enfatizar en la experticia histórica del Presidente:

Como periodista, siempre tomé partido a favor de los cafeteros porque tengo la convicción –siempre la he tenido– de que lo que es bueno para el café es bueno para Colombia.

Como Ministro de Comercio Exterior, me correspondió fortalecer todo el engranaje, el músculo exportador del país, en un momento en que vivíamos una verdadera situación de ‘vacas flacas’ por una sobreproducción mundial del grano (...)

Desde el Ministerio de Hacienda lideramos, también en un momento –tal vez la peor crisis que tuvo la caficultura colombiana en su historia– (...) Invertimos cerca de 400 mil millones de pesos, que llegaron directamente a los bolsillos de los cafeteros. Era la primera vez, desde la época de don Esteban Jaramillo –si la memoria no me falla, doctor Cárdenas–, que se les daba dinero directamente a los cafeteros del presupuesto nacional.

Luego, en el Ministerio de Defensa, trabajamos para erradicar la presencia de los grupos armados ilegales de las zonas cafeteras y se bajaron drásticamente las cifras de secuestro (Santos, 2010, agosto 26).

La voz asumida es la del líder exitoso que demuestra su idoneidad a través del relato en pasado de la gestión realizada. El *ethos* gerencial del presente se apunala en estas imágenes del líder experimentado, que a través de la narrativa terminan siendo precedentes y preparaciones para el ejercicio del cargo presidencial. En efecto, esa construcción del sí mismo histórico encadenado con la imagen de sí mismo en el presente, permite plantear el *ethos* anterior como subsidiario y funcional a los requerimientos de refuerzo y aprobación de la imagen presidencial en el periodo analizado²⁸¹. La autobiografía o los tramos narrativos sobre sí mismo, insertos en escenas políticas muy variadas, son un recurso con una larga tradición en la construcción retórica de la autoridad, que usualmente contrarresta momentos de deslegitimación²⁸² o de críticas con respecto a la gobernanza. Esa palabra desde el *yo he sido* o *yo logré* buscó autorizar, con la fuerza del testimonio, la figura del Presidente en medio de las dificultades de gobernabilidad durante el periodo 2010-2012: el incremento de la protesta social (Cruz, 2012); el bloque de oposición conformado por el expresidente Uribe (Orjuela, 2015); y el reacomodamiento estratégico de la guerrilla (Ávila, 2011, 2012), principalmente. Ahora bien, el sentido de esa inscripción en la historia, como lo había mostrado en el capítulo anterior, también está relacionado con el tópico de *dejar un legado* o *ser recordado*. La construcción de ese *ethos posterior* aparece también en el discurso gubernamental, a propósito del proceso de paz y las proyectos públicos adelantados:

[V]uelvo a responderle a quienes me acusan de querer la paz, que sí, soy culpable, quiero la paz. Y que si quiero al final de mí Gobierno decir «*logramos* la paz en estos cuatro años», por supuesto (Santos, 2011, mayo 23).

[O]jalá, como decía hace algunos momentos, podamos encontrarnos ya en unos años y

²⁸¹ De la potencia de esa relación entre *ethé* anteriores y presentes da cuenta la circulación de *ethé efectivos*, es decir, de las representaciones concretas que, desde la recepción, presentan a Santos como un hombre «programado para ser Presidente» (lasillavacia.com, 2014, mayo 13).

²⁸² Desde la tradición de Isócrates, es interesante ver cómo en su *Antídosis, o Sobre el cambio de fortunas* (354-353 a.C), el griego utilizó la autobiografía para redimirse de acusaciones en su contra. El discurso, compuesto al final de su vida, repasa su propia obra para demostrar unidad ideológica y defender su concepción de la *paideia* retórica: «al darme cuenta, como dije, de que eran muchos más de los que creía quienes no tienen una opinión correcta sobre mí, reflexionaba cómo dejaría claro ante ellos y sus descendientes mi manera de ser, la vida que llevo y la enseñanza a que me dedico (...). Al examinar la situación, descubrí que de ninguna manera podría vencerla, a no ser escribiendo un discurso que fuera un retrato de mi pensamiento y de mis otras actividades en la vida. Con este discurso esperaba, en efecto, que se me conociera mejor y que quedara como recuerdo mío, recuerdo mucho más hermoso que los monumentos de bronce» (Isócrates, 2007:307-308).

abrazarnos y decirnos: «*participamos* en esa gran revolución que le trajo finalmente a Colombia paz y prosperidad» (Santos, 2012, febrero 8).

Parte de la imagen del líder visionario es esa capacidad de proyectar el logro de los propósitos trazados y, a partir de ahí, instalarse a sí mismo en un futuro realizado plenamente, desde donde se mira hacia atrás con la satisfacción de las metas cumplidas. Este *ethos* posterior sigue enmarcado, pues, en la lógica gerencial del optimismo, los resultados y el trabajo en equipo (*logramos, participamos*), atravesado por el esfuerzo de motivar y entusiasmar al auditorio de turno, sea este la ciudadanía, las élites en el poder, la comunidad internacional o las Fuerzas Armadas:

46 millones de colombianos esperan de ustedes el cumplimiento de su misión de garantizar la seguridad, proteger la soberanía y conquistar la paz. Nuestra historia y nuestra gente exigen que sigamos *produciendo resultados* cada vez más contundentes.

¡Vamos adelante! ¡Asumamos con orgullo nuestro destino! ¡*La historia será nuestro testigo!* (Santos, 2012, mayo 23).

El éxito medido en términos de resultados también atraviesa el tratamiento del conflicto armado y el *ethos* gerencial se vuelca hacia el futuro para asegurarse un lugar protagónico en la historia. La figura del Presidente queda diluida en la de la tropa a la que se motiva a seguir adelante con *orgullo*, hasta alcanzar el *destino* prefijado. A partir de este tipo de posicionamientos retóricos, el decir gubernamental direcciona su palabra hacia la razón gerencial (+ λ), que le da sentido al entrecruzamiento entre valores y emociones de la misma índole y convierten ese direccionamiento en un vector del decir verdadero (Figura 8.4).

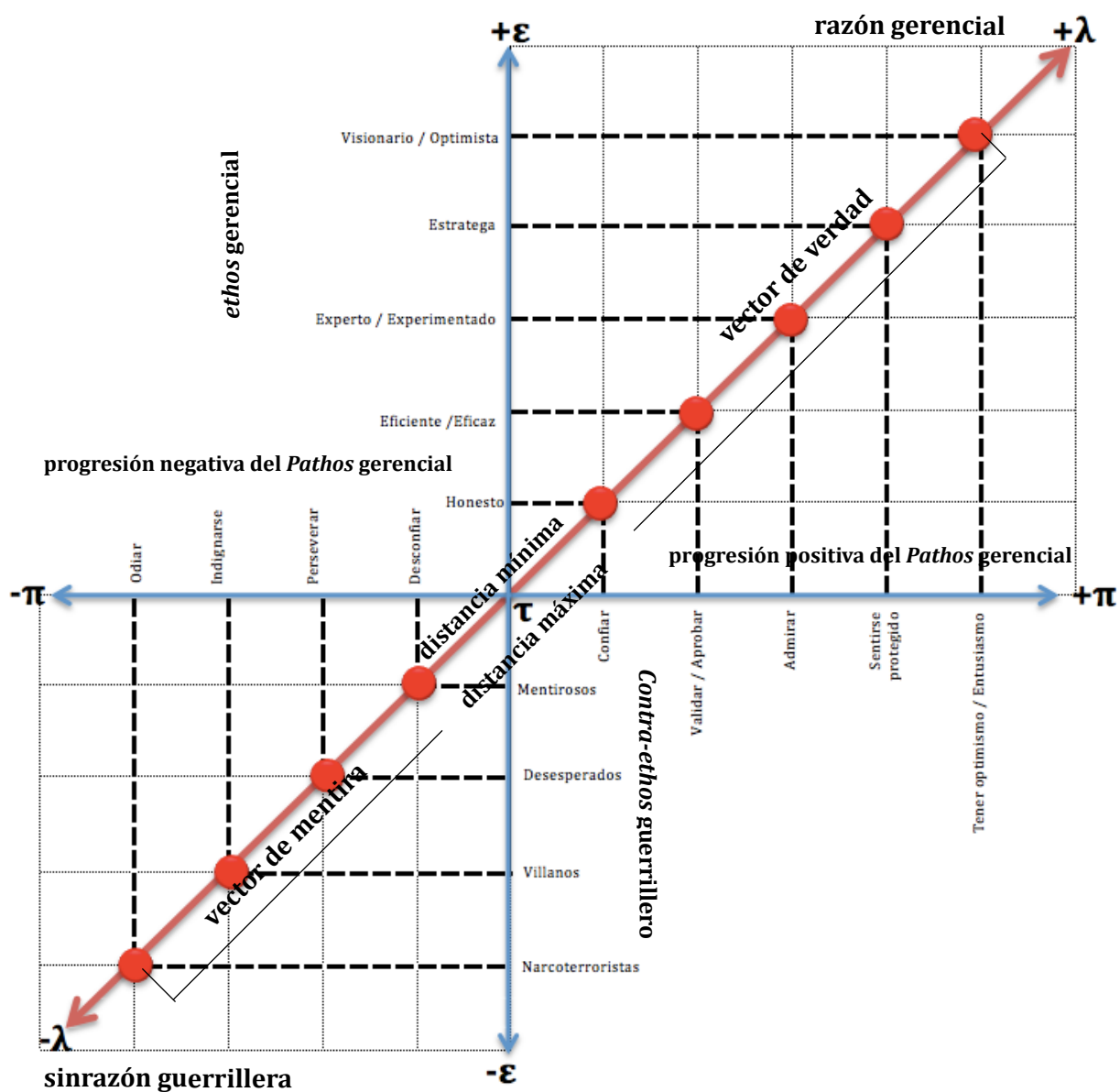


Figura 8.4. Posicionamientos, direccionamientos y distanciamientos en los discursos gubernamentales

En la razón gerencial, el decir verdadero consiste en el cumplimiento de las metas trazadas. Pero esa realización no tiene que ver necesariamente con el contraste empírico entre acciones y palabras, pues puede ser suficiente el respaldo del *ethos* anterior o la promesa emocionada del *ethos* posterior, para validar como cierto, verosímil o plausible el decir expuesto en el espacio público. Los componentes propios de los discursos expertos (juegos de cifras, efectos

de objetividad estadística, regímenes de cuantificación, etc.) funcionan como garantía de la verdad en la razón gerencial; en ese sentido, vinculan emociones que progresan positivamente, desde la confianza que genera la honestidad del líder, hasta el entusiasmo compartido con él por su visión optimista de los destinos como nación/empresa. Los sentimientos de aprobación y de admiración, así como la sensación de estar seguros o protegidos por el gobernante estratega, experto y eficiente, conectan el pragmatismo del tecnócrata con la analgesia celebratoria del visionario optimista, para incrementar la razonabilidad de las políticas y, con ello, su aceptabilidad como decir franco.

A nivel del *logos* constituido en ese cruce de valores y emociones, cierto carácter de lo evidente, de lo que *está ahí a la vista de todos*, domina la razón gerencial en el decir gubernamental:

[H]emos construido en todos los frentes y hemos mantenido buena parte, por no decir casi todas las políticas fundamentales. La parte de seguridad democrática, la parte de la inversión, de la confianza inversionista, la parte de la cohesión social y *ahí están los resultados; ahí están los resultados a la vista. No son inventos, no son simples anuncios; son resultados concretos.*

Y eso es lo que hemos venido haciendo en estos días, mostrándole al país *resultados concretos* (Santos, 2012, julio 28).

Semanas antes de cumplir su primer bienio en la presidencia, Santos programó un recorrido por el país para *rendir cuentas* ante las comunidades sobre su gestión de gobierno. La actividad se realizó en el momento de menor favorabilidad de la imagen del Presidente hasta esa fecha, con lo cual el proyecto devino en la búsqueda de reparación del *ethos* gerencial construido. La cita que destaco forma parte de los discursos emitidos durante ese recorrido por el país; la insistencia en los *resultados concretos*, que se mostraban como verdades evidentes, trataban de contradecir la percepción negativa de la figura presidencial y del gobierno, en general, a casi dos años de su mandato. La rendición de cuentas, bajo la razón gerencial de gobierno, se mostraba así más inclinada hacia la propaganda que a un esfuerzo de inventario y balance del periodo transcurrido. La amplificación celebratoria de la gobernanza, convertida en estilo discursivo, contribuía con ese desplazamiento de la función política de la rendición de cuentas, hacia la autopromoción y reparación de la imagen gubernamental.

En ese escenario, el direccionamiento de la verdad implicaba, como contraparte, la instalación de un vector inverso: la atribución de la mentira puesta sobre el enemigo;

atribuciones que cruzaron también valores y emociones para representar sus posicionamientos y distanciarse de ellos (Figura 8.4).

8.4 El distanciamiento con el enemigo: la sinrazón guerrillera atribuida

El *contra-ethos* gerencial asignado a la guerrilla la construyó como un grupo mentiroso, desesperado y acorralado por la presión militar, de prácticas infames en su rol de villano y criminalizado como narcoterrorista. A estas imágenes se asociaron emociones conducidas: desconfiar de sus palabras, perseverar en el cerco militar, indignarse por la villanía de sus acciones y despreciarlos por los efectos violentos del narcoterrorismo. De modo inverso a la progresión positiva del *pathos* gerencial, la progresión negativa hizo avanzar los sentimientos exhortados en el espacio público, desde la desconfianza hasta la indignación y el odio:

[E]l pasado sábado, fueron ASESINADOS a mansalva cuatro de nuestros héroes, a quienes ayer despedimos con los honores que merecen. Las FARC *no pudieron haber sido más cobardes*. ¡Y ahora sacan un comunicado donde ‘lamentan’ lo que ocurrió, después de haber apretado el gatillo que acabó con sus vidas! Esa declaración merece *un puesto de honor en el muro de la infamia y la crueldad*. Me perdonan la expresión pero... ¡NO NOS CREAN TAN PENDEJOS!

No puede haber acto más pusilánime que ejecutar por la espalda a una persona indefensa, ¡y eso fue lo que hicieron las FARC! *No puede haber acto más MISERABLE* que mantener bajo el yugo del secuestro –por tantos años– a un ser humano, ¡y eso es lo que han hecho las FARC! (Santos, 2011, noviembre 30, mayúsculas originales).

La respuesta del Gobierno es una orden a los señores generales, a los señores miembros de nuestras Fuerzas Armadas: hay que intensificar sus acciones contra las Farc. ¡Más plomo, más plomo contra las Farc! (Santos, 2012, junio 2).

La política contrainsurgente en el periodo 2010-2012 tuvo que conciliar discursivamente la contradicción de avanzar hacia la terminación dialogada del conflicto, pero al mismo tiempo intensificar las acciones militares para contrarrestar la percepción de que se había descuidado la seguridad en el país. El discurso presidencial resolvió esta contradicción enfatizando en la atrocidad de los crímenes guerrilleros y la reprobación de su conducta en la guerra; las cursivas de la primera cita ejemplifican esa conducción de las emociones a través del descargo en las construcciones superlativas (*no puede haber acto más pusilánime*, etc.), el destaque de las evaluaciones negativas y de las responsabilizaciones reiteradas. La construcción de la imagen del villano y del terrorista despiadado ofrecía un espacio de construcción de comunidad solidaria con el enunciador gubernamental, aun en los tramos en

que la modalización era menos exaltada, casi anecdótica:

A la mujer, las Farc la reclutaron a la fuerza cuando tenía 8 años, habían ido por su hermano y en el momento en que la guerrilla llegó iban a reclutar al hermano a la fuerza, *al niño* -que también era *un niño* todavía- le dio un ataque de epilepsia, entonces lo dejaron ahí y se llevaron *la hermana*, esta desmovilizada. La tuvieron 8 años, no le permitían comunicarse con su familia, le decían que la nueva familia era las Farc (Santos, 2011, diciembre 10).

Lo de ayer, vuelvo y repito, lo de ayer, ese acto de barbarie, de agarrar *un campesino pescador*; tratar de obligarlo a que metiera un burro lleno de explosivos, y *el campesino* al negarse lo torturan, le cosen la boca con alambre, le cortan un dedo y le pegan una puñalada, eso lo que demuestra es que están desesperados (Santos, 2012, febrero 25).

Son los estereotipos de vulnerabilidad más representativos en la *doxa* los que se convocan en estas citas para conducir las emociones adversas: la mujer, el niño, la familia y el campesino son enfatizados como víctimas de la guerrilla. Para movilizar la animadversión contra ella, la atribución de posicionamientos retóricos ofrecía la posibilidad de contrastar la imagen de un enemigo desalmado con la del amigo de la ciudadanía. La distancia máxima, en este sentido, se establecía entre los cruces que animaban a odiar al terrorista (en dirección $-\lambda$) y a entusiasmarse con el líder visionario (en dirección $-\lambda$) (Figura 8.4). Los casos que demostraban la sevicia de la guerrilla eran seleccionados y amplificadas para animar al rechazo contra ella, pero también para demostrar que el posicionamiento del gobierno seguía siendo fiel a la Política de seguridad democrática, esto es, que era radicalmente condenatorio con respecto a la insurgencia; de esta manera, se contradecían las críticas a un supuesto ablandamiento del Presidente en materia de seguridad. El acercamiento a la guerrilla para iniciar los diálogos de paz, en 2012, tendría que lidiar con esa crítica desde el momento mismo en que comenzaron. No resultaba sencillo justificar que se reconocería el estatus político de las FARC-EP después de haberla presentado insistentemente como un grupo terrorista inicuo. Frente a este desafío, el tópico del acorralamiento apareció recurrentemente para conducir hacia la idea de que el proceso de paz era el último tramo del fin del fin:

[L]as Farc están desesperadas (...). Quisieron hacerse sentir en el aniversario de los 47 años de la creación de las Farc, el pasado 27 de mayo. No pudieron. Lo único que alcanzan a hacer son esos actos de terrorismo cobarde, de mandarle una granada a una patrulla o desde lejos dar una ráfaga de ametralladora, de fusil y salir corriendo (Santos, 2011, junio 3).

[L]os vamos acorralando, van a estar más desesperados, y vamos a ver más actos de puro terrorismo. Eso va a ser una reacción o es *una reacción normal*, en el sentido de desesperada, pero por eso tenemos que seguir perseverando (Santos, 2012, junio 30).

Como mostré en capítulos anteriores, la idea de una inminente derrota sirvió para explicar el aumento y cambio de modalidad de los ataques de la guerrilla como medidas desesperadas de un grupo agonizante. Previendo ese escalamiento del conflicto, el discurso gubernamental intentó normalizar los hechos presentándolos como meras *reacciones* a la contundencia de las operaciones contrainsurgentes, lo que confirmaba que el Estado estaba ganando la guerra. Me interesa resaltar aquí, desde el punto de vista de los posicionamientos retóricos, el enlace de esta imagen construida sobre el enemigo con la conducción de la perseverancia en un sentido emocional y su aporte en la construcción del *logos* verdadero: persistir en la lucha aspiró a movilizar la solidaridad de la ciudadanía en torno al proyecto gubernamental y a la credibilidad requerida por el Presidente:

[L]a Fuerza Pública tiene una instrucción muy clara: perseverar, perseverar y perseverar. Aquí no nos van a desviar. Sabemos que vamos por buen camino, sabemos que hay problemas. Los afrontaremos, los estamos afrontando, pero en este camino para buscar esa paz que les hablaba al principio, en materia de seguridad tengan ustedes la absoluta seguridad que el rumbo no lo vamos a cambiar porque sabemos que estamos dando buenos resultados (Santos, 2012, febrero 25).

En el sentido construido por la metáfora del camino, la ilusión a la llegada a la meta final queda condicionada por la exhortación a perseverar en la lucha contra la guerrilla. En estos discursos, la perseverancia no resulta ajena a la razón gerencial; por el contrario, ancla en imaginarios comunes en torno al esfuerzo continuo para el alcance de resultados y, a nivel político, queda anudado con el mérito del gobernante-gerente que es capaz de superar los obstáculos y conducir al colectivo a los éxitos prometidos. El hecho de que se trate de una perseverancia en la guerra misma queda obliterado por el tono emocional con que se conforma el posicionamiento y por el desplazamiento hacia el discurso de la paz, con los naturales sentimientos que ella es capaz de convocar.

La sinrazón guerrillera atribuida ($-\lambda$) queda así confrontada con la razón gerencial ($+\lambda$) en direccionamientos opuestos de la verdad. La antinomia entre vector de verdad y vector de mentira parten desde el centro hacia la periferia del espacio enunciativo, de cara al auditorio (τ). La visualización de estos distanciamientos a través de sus coordenadas *ethóticas* y *pathémicas* evidencia la construcción retórica de la oposición a través de *logoi* políticos

enfrentados.

8.5 El *logos* político en el conflicto armado: del posicionamiento a la posesión de la verdad

Como mostré en las figuras 8.2 y 8.4, los vectores de la mentira atribuida al enemigo apuntan hacia una negación y una negatividad de su *logos* ($-\lambda$). Cuando es negado, se acusa al otro de irracionalidad; cuando es valorizado negativamente, la acusación se acerca al maquiavelismo. La perversidad y la locura se amalgaman en la razón atribuida al enemigo; estas representaciones no resultan contradictorias en el espacio de los posicionamientos retóricos: la palabra y la razón del enemigo son exactamente inversas al *logos* propio ($+\lambda$). El juego del espejo inverso hace representar el posicionamiento del otro como un reflejo péfido del posicionamiento propio; de ahí que aparezcan correspondencias antinómicas entre los valores de los *ethé* ($+\epsilon$) y *contra-ethé* ($-\epsilon$), así como de las emociones positivas y negativas en los ejes *pathémicos* insurgente y gerencial:

Juan Manuel Santos, en continuidad con su antecesor Uribe, quieren vender *su descabellada idea* de un inexistente fin de la guerrilla (FARC-EP, 2011, abril 7).

Ese ataque terrorista allá en Tumaco y el ataque terrorista en Villa Rica, en el Cauca, es *una demostración de irracionalidad, de locura. Nadie entiende* un grupo guerrillero que habla de paz, que habla de reivindicaciones sociales, cometiendo esos actos de terrorismo. *Nadie entiende* qué buscan (Santos, 2012, febrero 3).

El juicio de irracionalidad depende siempre de la posición de quien lo juzga (Angenot, 2008:420); de ahí que la acusación resulte recíproca en los discursos analizados. En términos de posicionamiento, se trata del rechazo de las imágenes de sí construidas por el enemigo y de las emociones que ellas convocan en el auditorio. El juicio consiste en presentar como universal y normalmente incomprensibles (*ideas descabelladas que nadie entiende*, según las citas) esas articulaciones entre *ethos* y *pathos*, y por tanto, acusar una incoherencia, a menudo esencial y permanente, en el *logos* enemigo, con respecto de la cual se exhorta a establecer distancias. En este sentido, lo racional o irracional son nociones enteramente normativas y afectivas (Angenot, 2008:421): su contenido normativo está representado por los imperativos éticos implicados en las identidades enunciativas construidas (la dimensión axiológica y deóntica del *ethos*); su contenido afectivo queda expuesto en la generación y conducción de las emociones movilizadas por esas mismas identidades que orientan la construcción de sentidos.

Las etiquetas ligadas al juicio de irracionalidad reafirman una racionalidad depositada en el que juzga: el etiquetador es el racional, su *logos* es el que salva la cordura, por el mismo hecho de estar en capacidad de *hacer ver* lo irracional. Una condición del *logos* político es, pues, su capacidad de conformar por contraste de la irracionalidad del otro una racionalidad de lo razonable (una *razonabilidad*, en términos de Perelman), es decir, aceptable por el tercero en el espacio público. Ahora bien, como ejemplifico en las citas, el juicio de irracionalidad del enemigo es absoluto y cerrado; la acusación no es la de ser o no razonable, sino la de estar demente, de haber perdido la razón. He representado esta negación del *logos* con el símbolo $-\lambda$ en las figuras 8.2 y 8.4.

Complementariamente, $-\lambda$ aparece también como *negatividad* del *logos*, esto es, como valorización negativa de la palabra/razón del enemigo, a través de los atributos negativos que configuran cada *contra-ethos* ($-\epsilon$) y sus respectivos posicionamientos. El juicio aquí ya no acusa la locura, sino el cálculo perverso:

La “madriguera” del verdadero monstruo terrorista es el Palacio de Nariño, sede del gobierno de Bogotá. Desde allí *se ha planificado* el desastre humanitario que padece la patria. Desde ese mismo antro, los cerebros de la seguridad democrática, tan celebrada por el presidente Santos, *ordenaron* las masacres contra la población inermes (FARC-EP, 2010, octubre 8).

Ellos *lo que buscan* (...) es precisamente que este miedo, que este terror, genere dentro de nosotros recriminaciones, enfrentamientos, dividir para reinar (...). Cuando van a hacer alguna acción de terrorismo, *de antemano llaman* a algunos medios y *les avisan* para que esté la cámara y de pronto tienen a algún miliciano que da una declaración (Santos, 2012, agosto 10).

Las construcciones verbales y adverbiales resaltadas se encargan de atribuir una premeditación alevosa del acto violento. Los estudios sobre la construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano (Angarita et al., 2015; Blair, 1995; Delgado, 2012; Uribe, 2004) ya han advertido esa representación del otro desde la reprobación moral y la atribución de una maldad absoluta del enemigo. En términos de posicionamientos retóricos, esas representaciones son operadores de distanciamiento a través de los cuales los locutores alejan a sus contradictores con respecto al auditorio ubicado en el centro del sistema (τ), neutralizan su aceptabilidad al ubicarlos en un cuadrante de cargas *ethóticas* ($-\epsilon$) y *pathémicas* ($-\pi$) negativas, e inscriben su *logos* en vectores de la mentira deliberada.

En esos distanciamientos, los puntos de intersección se convierten en sitios enunciativos concretos, reconocibles en la textura discursiva, donde se apalancan las fuerzas

contradictorias con respecto a los puntos de intersección del vector inverso proyectado. Las distancias son graduales; ellas dependen del avance de cada imagen construida a través de los sentidos positivos o negativos en los ejes del *ethos* y del *pathos*. Las distancias mínimas, como lo he representado gráficamente, corresponden en ambas discursividades a la provocación de sospecha por la mentira del enemigo; las distancias máximas, por su parte, conducen el odio hacia los enemigos presentados como terroristas y contrastados con la confianza y el entusiasmo hacia los héroes revolucionarios y los visionarios optimistas, respectivamente.

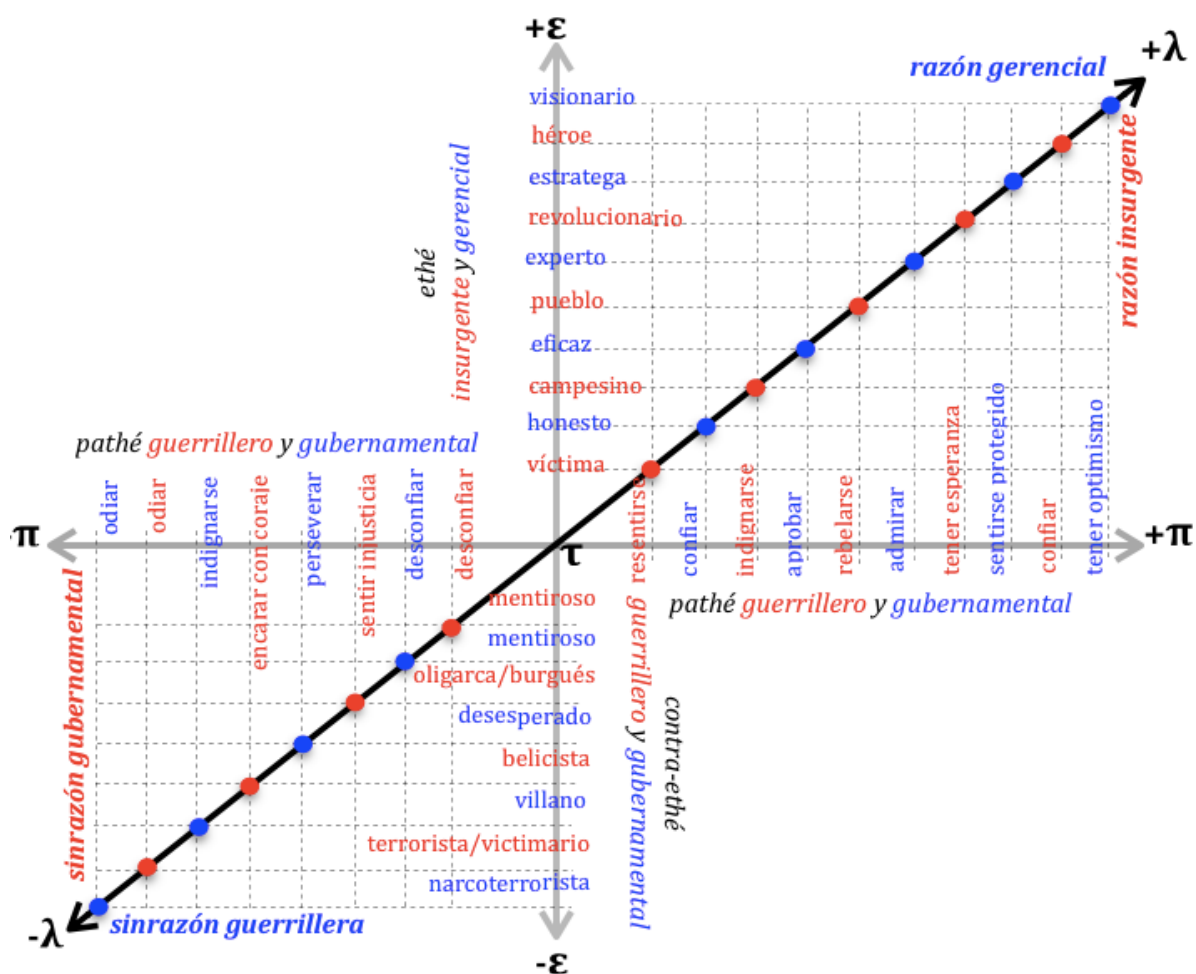


Figura 8.5. Contraste entre los posicionamientos retóricos gubernamental y guerrillero

La comparación entre las Figuras 8.2 y 8.4, en la Figura 8.5, permite definir los rasgos posicionales del *logos* político en la serie de discursos analizados. Estamos hablando de una misma lógica de posicionamientos retóricos que subyace en el decir gubernamental y

guerrillero, y que le da forma (propiedades, dirección y sentido) a la oposición política en el discurso.

Sus propiedades, como vimos, consisten en la coincidencia o intersección entre imágenes de sí y emociones movilizadas: las primeras, tienen carácter multinivel, son configuracionales, relacionales y cronológicas; las segundas, avanzan progresivamente hacia una mayor o menor valoración positiva en el eje *pathémico*, de acuerdo con el tipo de acción o disposición que aspiren a provocar y según su activación privilegiada en cada imagen de sí que las convoca.

Representé la direccionalidad de los *logoi* políticos a través de una diagonal conformada por la unión de los cruces entre *ethos* y *pathos*. La intención de esta metáfora geométrica fue mostrar que un posicionamiento retórico se puede entender visualmente como un vector que orienta la verdad hacia un sentido determinado. La dirección diagonal de ese vector significa que el *logos* político se presenta a sí mismo como un camino intermedio, equilibrado e integrador entre los valores y las emociones; dicho de otro modo, la palabra construye un efecto de compromiso con la axiología y los afectos, cuidándose de no parecer extremadamente inclinada hacia la prescripción moral ni hacia la exaltación apasionada; esto no significa, por supuesto, que en diversos tramos el discurso no aparezca mayormente orientado hacia lo axiológico o hacia lo emocional, sino que, en la mirada integradora que permite el análisis de los posicionamientos retóricos, se puede interpretar si esas orientaciones dominan la lógica del conjunto de los enunciados en las series discursivas que son objeto de estudio. Una direccionalidad oblicua de la verdad, en posición media entre los ejes *pathémicos* (horizontal) y *ethóticos* (vertical) en los discursos analizados, significa que tanto el decir gubernamental como el guerrillero expusieron en el espacio público *logoi* políticos comprometido en igual medida con los valores implicados en ciertas imágenes de sí (el gerente y el insurgente) y movilizadas por emociones correspondientes para reforzar la adhesión y justificar los propios posicionamientos. La razón gerencial y la razón insurgente dan cuenta de esa direccionalidad de la verdad, sobre la base de las construcciones escénicas de cada enunciación y las memorias discursivas actualizadas.

En cuanto a los sentidos de esos direccionamientos, representé gráficamente el lugar hacia donde apuntaban las flechas de cada vector de la verdad, como un sector de positividad o el cuadrante superior derecho en la analogía del espacio enunciativo con el plano cartesiano. En ese espacio, las razones gerencial e insurgente siempre son valoradas positivamente por ellas mismas (+λ), pues son el producto de la combinación de rasgos positivos del *ethos* (+ε) y del

pathos (+ π). La representación es funcional para mostrar que esos sentidos construidos avanzan alejándose cada vez más del centro; teniendo esto en cuenta, he propuesto que el auditorio (τ) está ubicado en el centro del diagrama, punto de intersección entre los ejes y los vectores, y también punto de origen del sistema mismo de posicionamientos. He pretendido decir con ello que los *logoi* construidos en los discursos analizados son menos cercanos, reconocibles y aceptados por el auditorio en la medida en que añaden propiedades del mismo orden en los ejes y posicionamientos orientados hacia el mismo sentido -hacia la periferia- en los vectores de verdad. La persistencia de estos direccionamientos y sentidos de la razón gerencial e insurgente, entonces, no produjo un alejamiento progresivo con respecto a la verdad, sino que estableció un distanciamiento mayor con el auditorio; las dificultades para justificar el inicio de los diálogos de paz, justo al final de esta serie histórica estudiada, dan cuenta de los efectos de esa orientación del *logos* propuesta en los discursos públicos.

Finalmente, los posicionamientos retóricos así entendidos articulan la toma de **posición** con la toma de **posesión** de la verdad. Esto significa que, en las discursividades analizadas, el establecimiento de puntos de vista al respecto de las cuestiones sociales, en general, y del conflicto armado, en particular, equivalía al reclamo de poseer efectivamente la verdad sobre esas cuestiones y, por tanto, se presentaban las preguntas involucradas como respuestas o cuestiones ya resueltas. El *logos* político fue un *logos* abiertamente aletúrgico, dominado y capturado -poseído- de manera privativa, capitalizado para la justificación de las acciones y decisiones propias. Un tal *logos* aletúrgico redujo la oposición política a la demostración de fuerza, física y verbal, entre los sujetos en desacuerdo; los distanciamientos, así, no fueron más que vectorizaciones inversas de la verdad poseída, proyectadas negativamente como vectores de la mentira del enemigo y llenados de sentidos *ethóticos* (- ϵ) y *pathémicos* (- π) negativos, que presentaron el *logos* del enemigo como sinrazones intencionadas (- λ).

En realidad, todo posicionamiento retórico implicaría indefectiblemente una posesión de la verdad. Posicionarse no es solo tomar posición, sino además tomar posesión de un lugar desde el cual hacer oír un *logos*. No hay un modo de no poseer la verdad si se ha configurado un posicionamiento retórico; aunque siempre es posible negar un posicionamiento, ese *logos* de negación ancla en una verdad de lo negado. Aunque la dupla posición-posesión conforma las dos caras de un solo objeto, he mostrado que no se trata de un objeto inmóvil; la dinámica de las posiciones a lo largo de los vectores de verdad y de mentira no deshace la posesión de la verdad, pero sí puede convertir los distanciamientos en acercamientos, tanto entre los actores antagonistas como entre ellos y los auditorios particulares ubicados en el centro del

sistema. Esos vectores, además, en tanto que *logos* político, pueden distanciarse más o menos hacia la periferia o hacia el centro de acuerdo con el alcance del direccionamiento de la verdad y, del mismo modo, orientarse más hacia el eje de los *ethé* o de los *pathé* en cada posicionamiento. En todos los casos, el *logos* político no puede *ser* si no en la forma de una intersección de *ethos* y *pathos*; no hay, entonces, una razón que les sea independiente, pues esos valores y emociones no son otra cosa que sus propiedades constitutivas.

He examinado esa lógica de posicionamientos y de posesiones de la verdad en el periodo del desgaste paulatino de la tesis del *fin del fin*. Las condiciones sociohistóricas de producción relativas a ese tramo fueron particularmente favorables para la configuración de esas lógicas; el imperativo de la victoria en el conflicto armado, en ambos bandos, hizo que los discursos previos al proceso de paz en vez de iniciar la transformación de los enemigos en contradictores legítimos, profundizaran la enemistad radical como correlato de la violencia factual involucrada en cada proyecto militar de los actores. El periodo, de esa manera, fue un espacio de entrenamiento con las mismas costumbres de combate que habían prolongado el conflicto por casi medio siglo. El principal efecto de esa persistencia retórica de la enemistad sobre el proceso de paz ulterior fue, precisamente, la resistencia de la ciudadanía a aceptarlo como la mejor manera de terminar con el conflicto armado; de ahí que la continuidad de las acciones bélicas, en medio del diálogo, fuera presentada como el principal argumento contra esa resistencia: *seguimos siendo el más fuerte porque tenemos la razón*, es la declaración que subyacía en las discursividades gubernamental y guerrillera.

Ese cierre de la problematización, consustancial a la retórica como procedimiento (Meyer, 2013[2013]:58), condujo a la conformación de tres construcciones retóricas de la oposición política en el conflicto armado colombiano: la indecibilidad de las acciones, la responsabilización de los actores y la simplificación del conflicto. Los recorridos analíticos que he mostrado en esta tesis quedan inscritos en una matriz de recursos, procedimientos y funciones que configuraron esas construcciones retóricas: el efecto de evidencialidad de los estilos amplificatorios, los modos polémicos que escenificaron el desacuerdo como un espectáculo para la galería, y los modos aletúrgicos que introdujeron el juego de la verdad y la mentira en la disputa por reducir al enemigo al silencio. A continuación, en las conclusiones, examino globalmente las construcciones retóricas presentadas.

CAPÍTULO 9. CONCLUSIONES

Retórica y oposición política en la transición hacia una paz concertada

En esta tesis presenté el bienio 2010-2012 como la etapa de finalización de un discurso instalado que defendía una concepción particular sobre el conflicto armado colombiano. Esa concepción fue sintetizada en el discurso público a través del sintagma *el fin del fin*; la expresión remitía a la promesa de la derrota inminente de la guerrilla de las FARC-EP por vías exclusivamente militares, bajo la lógica antiterrorista de la Política de seguridad nacional. A lo largo de los capítulos me ocupé del tratamiento retórico de esa promesa que dejaba de sostenerse, conforme avanzaban los hechos históricos hacia el proceso de paz iniciado formalmente en septiembre de 2012 y finalizado en 2016. El bienio, así, puede interpretarse bajo la denominación *el final del fin del fin*, es decir, el momento de terminación de un discurso y su transformación en otro que, para cada bando, planteaba restricciones singulares: para la guerrilla, debía desmentir la imagen de insurgencia acorralada y delincuencial; para el Gobierno, el nuevo discurso no podía negar ni parecer muy diferente al que ya no podía sostenerse.

Frente al conflicto armado en perspectiva histórica, propuse ver esta etapa como el efecto de un *momento de inercia del conflicto*. La contextualización histórica, formulada en el capítulo inicial de esta tesis, permitió entender que la llegada a ese momento de inercia involucró dimensiones políticas y económicas nacionales e internacionales que, precisamente, obligaron a hablar de conflicto social y no solo de guerra civil o de lucha antiterrorista. La contextualización histórica apuntaba a la ubicación del conflicto armado dentro de las problemáticas de la territorialidad en el país, esto es, las luchas en torno a la posesión, explotación y control de la tierra, así como su papel en la configuración de los imaginarios colectivos sobre la nación, la identidad y el poder en Colombia. La inercia del conflicto significó la incapacidad de resolver esas problemáticas -en favor de unos u otros intereses- a través de los medios armados y, por extensión, la estabilización de esos imaginarios colectivos supeditados a las lógicas enquistadas del militarismo, la división social centro-periferia y la oposición política violenta.

Desde una perspectiva económico-política, el periodo inercial del conflicto ha sido identificado como la persistencia de una estructura agraria de tipo bimodal, esto es, pequeños propietarios con poca tierra productiva y grandes terratenientes con uso improductivo de ella

(García, 1974; Ibáñez y Muñoz, 2010; Suescún, 2013). Se trata de una estructura clásica de la tenencia de la tierra caracterizada por su concentración y por fenómenos sociales subsecuentes, como el despojo, el desplazamiento forzado, la especulación y las luchas por la dominación violenta por parte de poderes locales, legales e ilegales. Estos poderes convirtieron el territorio en zonas de valor geoestratégico (corredores de movilidad, espacios de retaguardia, áreas de dominio y fuentes económicas) y crearon estructuras de control para consolidar estrategias de territorialidad hegemónica a través de la violencia.

Llegado el bienio 2010-2012, resultó inocultable que la regulación estatal de esas dinámicas territoriales había fracasado. Ya desde antes de este periodo, el Estado había sido caracterizado como institucionalmente débil, por su presencia diferenciada en el territorio (González et al., 2002); la denominada «consolidación» de la Política de Seguridad Democrática (a través de la Política Integral de Seguridad y Defensa para la Prosperidad, del presidente Santos), profundizó esa debilidad al llevar más Ejército que bienestar a las regiones afectadas por el conflicto. El principal motivo de esa desconexión entre militarización del territorio y bienestar social fue el modelo de desarrollo que sostuvo la concepción de seguridad pública; un modelo en función del mercado mundial, con fines meramente económicos y guiado por una lógica extractivista y agroindustrial, que hizo persistir la concentración de la tierra y la disputa por su explotación, por parte de los sectores minero, energético y agrícola. Como lo resume Montañez-Gómez (2016), se trata de un periodo histórico inmovilizado en la división entre «territorios para la vida» y «territorios para el capital».

El choque entre las resistencias sociales (legales e ilegales) a ese modelo de desarrollo y los sectores del sistema agroindustrial (financiero, empresarial y tecnológico) produjeron esa inercia de la estructura agraria «clásica», que la mantuvo atada a las luchas violentas por la propiedad de la tierra (Suescún, 2013:656). Ha quedado claro que el papel de las guerrillas, en general, y de las FARC-EP en particular, no es menor en esos problemas de la territorialidad. Desde su mismo origen campesino y la insistencia en mostrarse como representantes de la ruralidad explotada y oprimida, la insurgencia se replegó en las resistencias sociales al modelo de desarrollo estatal para justificar la violencia armada y su inserción en la economía de las drogas ilícitas. En ese marco, la guerrilla capitalizó la inercia de la estructura agraria inequitativa para defender la revolución permanente y declarar posicionamientos políticos inamovibles.

A nivel militar, el momento de inercia del conflicto se trató de un periodo en el que los

principales actores armados, FARC-EP y Ejército nacional, después de medio siglo de haber demostrado su capacidad de adaptarse estratégicamente a las transformaciones bélicas, persistirían en el mismo direccionamiento de sus acciones en la guerra, sin que pudieran ganarla ni perderla. En este sentido, para la dirigencia de ambos combatientes el giro hacia la búsqueda de la paz por la vía del diálogo resultó inevitable. El mayor desafío del viraje hacia la paz negociada fue a nivel discursivo: ¿Cómo sentarse a dialogar con el enemigo sin reconocer –ante él y ante la opinión pública- el desgaste del proyecto militar y político en ambos bandos?

Analizar cómo resolvieron los actores esa pregunta me permitió poner en evidencia un fenómeno ignorado en el estudio del conflicto colombiano: los discursos no solo se producen y reproducen, crean sus modos de ponerse en escena, activan y transforman memorias u olvidos, construyen objetos, disputas y posicionamientos; además de esos y otros procesos, los discursos también tienen que lidiar con su deterioro, su erosión, el desdibujamiento de sus líneas finas y el debilitamiento de su efectividad para influir en la esfera pública. El desgaste discursivo hace que ciertos discursos que habían sido dominantes empiecen a dejar de serlo y a ceder el espacio de enunciación pública a otras discursividades que van emergiendo con efecto de ruptura, o bien, con pretensión de continuidad del discurso desgastado. Esa tensión entre continuidad y cambio discursivo es paralela a la tensión propiamente política: bajo diversas condiciones sociohistóricas, se puede requerir la generación de efectos de frontera, de continuación o de coyuntura, en medio de los cuales se juega el reconocimiento o la denegación del desgaste de un cierto discurso.

En este trabajo no atendí a las causas que llevaron a que el discurso político-militar de los actores enfrentados se fuera debilitando, sino que me interesó el tratamiento retórico de ese desgaste frente a los desafíos que les planteaba terminar la guerra sin haber vencido al enemigo. Hablo de desafíos para subrayar que los discursos están sujetos -a veces, presos- de sí mismos, es decir, de la tradición que les sirve de fundamento (lo ya-dicho, propio y ajeno) y de la proyección que les da sentido y trascendencia (el *coraje de la repetición* y el deseo de ser recordado).

La oposición insurgente frente al proyecto gubernamental de la Prosperidad nacional enfrentó la dificultad de disentir políticamente desde lugares de enunciación deslegitimados: la ilegalidad y la clandestinidad se sumaron al desgaste histórico del proyecto de la toma del poder a través de la revolución armada. Así, la memoria revolucionaria y la construcción escénica de la resistencia fueron combinadas con la lucha armada para hacer aparecer el

desacuerdo, siempre de manera violenta y contestataria, como respuesta a un clima adverso de consensualismo, radicalización del proyecto contrainsurgente y clausura del conflicto social, desde el discurso gubernamental.

Para el primer semestre de 2010 se había acumulado una serie de denuncias (muchas de ellas, penales) en contra de la gestión de la seguridad en el país, por el costo institucional y humanitario que la Seguridad democrática había traído durante sus ocho años de militarización de la democracia colombiana. El discurso de la Prosperidad nacional representó el modo en que, desde la presidencia, se enfrentó la tensión entre continuidad y cambio en el momento de desgaste de la política de defensa y seguridad para el país; ante la imposibilidad de una “refundación de la patria”, pero con la necesidad de profundizar la estrategia desarrollo-defensa y la *Tercera vía*, hubo que reorientar e inscribir lo militar en el aspecto más empresarial de la racionalidad neoliberal de gobierno. Fue de este modo como el compromiso público del presidente Santos con la Política de seguridad democrática, de la cual fue protagonista como ministro de Defensa, fue atendido con la presentación de la Prosperidad democrática como la culminación exitosa de aquel proyecto militarista.

Los desgastes discursivos, entonces, fueron impronunciados para cada uno de los actores políticos. Ambos deterioros ponían en duda su representatividad social y minaban la aceptabilidad de sus discursos. En 2011, la crisis de imagen de favorabilidad del gobierno Santos contrastaba con las operaciones militares que habían alcanzado a los denominados *objetivos de alto valor*; es decir, el asesinato de guerrilleros pertenecientes a estructuras de mando, incluyendo al jefe máximo, muerto a finales de ese año. En la guerrilla, por su parte, el relevo de comandantes y el replanteamiento estratégico de las acciones estuvo reforzado con un discurso que convertía la violencia sufrida en el principal motivo para seguir ejerciendo la suya propia, en nombre de una revolución ciertamente desfigurada y rechazada por las víctimas.

Propuse analizar el tratamiento discursivo de esta coyuntura reconstruyendo la configuración de identidades enunciativas y de disposiciones o de instrucciones para la acción, producto de la intersección de roles sociales y de emociones auto y heteroatribuidas. Con la noción de *posicionamiento retórico*, mostré que en ese proceso de atribuciones, los posicionamientos direccionan o conducen la verdad (el *logos* aletúrgico) hacia determinados órdenes de razonabilidad, y en esos recorridos, inscriben distanciamientos con respecto a la imagen del oponente, creada en contraposición de las identidades enunciativas propias.

Los posicionamientos retóricos, además, se configuran en un espacio de relaciones entre

ethé y *pathé* a través del *logos*, y en el centro o punto de partida de ese espacio, el locutor ubica al auditorio que desea persuadir. Frente a esos auditorios, la pregunta a resolver para los actores en ese periodo histórico fue cómo transformar el discurso bélico en un discurso orientado hacia los diálogos de paz. Los actores resolvieron esta cuestión condicionando la paz a su realización dentro de los marcos excluyentes de cada estilo enunciativo, de cada memoria discursiva y de cada escenografía construida; estas construcciones, además, desplazaron la oposición política hacia una erística de la verdad, en la cual se involucró la construcción de objetos de discurso y se disputó la historia misma del conflicto, para mantener activo el juego de demostraciones de fuerza en el espacio público.

En el *final del fin del fin*, el imperativo de ganar la guerra presionó a ambos bandos a insistir en esas demostraciones de fuerza. Cuando los actores exclamaban *¡la paz es la victoria!* no se referían, pues, al triunfo sobre décadas de violencia, sino al sometimiento de los enemigos y a la justificación -a veces, exculpación- de la tragedia de esas décadas. En esta medida, los discursos previos al proceso de paz en vez de iniciar la transformación de los enemigos en contradictores legítimos, profundizaron la enemistad radical como correlato de la violencia factual involucrada en cada proyecto militar de los actores. El periodo, de esa manera, fue un espacio de entrenamiento con las mismas costumbres de combate que habían prolongado el conflicto por casi medio siglo. El principal efecto de esa persistencia retórica de la enemistad sobre el proceso de paz ulterior fue que la ciudadanía no lo aceptara de manera unívoca y que, al contrario, se polarizara a favor y en contra de ese proceso. De ahí que dialogar en otro país y sostener los combates bélicos en el territorio nacional fuera el principal argumento esgrimido contra esa resistencia.

Las construcciones retóricas o cristalizaciones de los posicionamientos en disputa, reúnen las constantes relacionales entre discursividades contrapuestas. Sus representaciones (estructurales) y configuraciones (enunciativas) se pueden sintetizar en una *matriz retórica*, entendiéndola como un espacio enunciativo donde se insertan recursos, modos y funciones regulares en la inscripción de la oposición en el discurso en un momento histórico determinado.

9.1 La matriz retórica: constantes relacionales contrapuestas

Las diferentes dimensiones analizadas en los capítulos precedentes conforman, relacionamente, un espacio de regularidades en el tratamiento de la oposición política. Esos rasgos compartidos por los discursos gubernamental y guerrillero generaron convergencias de

orden representacional (huellas en el enunciado) y configuracional (huellas en la enunciación) que pueden sintetizarse en una *matriz retórica*.

De acuerdo con Beacco (1988), una matriz discursiva es un espacio de regularidades, molde y esquema generador de discursos nuevos, pero más bien estables o regulares. El estudio de las matrices discursivas permite ver la articulación lógica entre los rasgos genéricos compartidos por un conjunto de textos inscritos en marcos escénicos específicos. Las constantes de representación (inventario de las marcas comunes) y las constantes de configuración (descripción de localizaciones y combinatorias) son las regularidades constitutivas de las matrices discursivas. Estas regularidades funcionan como marcos que moldean, modelan y esquematizan tanto la producción como la interpretación de los discursos que generan (Arnoux, 2004; Beacco, 2005:376-377).

Sobre la base de esa noción, una *matriz retórica*, entonces, da cuenta de las constantes relacionales entre discursividades contrapuestas, divergentes y en disputa, a propósito de cuestiones sociales que separan o agrupan y distancian o acercan a los actores en el espacio público. En el análisis realizado, el estudio de esas constantes permitió comprender la generación de discursos cuyos recursos, modos y funciones construyeron la oposición política en términos de posicionamientos retóricos, de un lado, contra el proyecto gubernamental de la Prosperidad nacional, y de otro, contra el proyecto de revolución armada de la guerrilla.

La matriz retórica presupone una relación de dependencia entre el decir y el contradecir, entre el discurso proponente y el oponente. La oposición retórica emerge siempre como reacción o contestación a un discurso primero que no solo lo motiva, sino que además lo constituye y orienta su sentido. Los discursos instituyen su contradecir dentro de los límites temáticos y problemáticos que el decir antagónico les impone; una dependencia tal concentra el esfuerzo de la contradicción más en el rechazo que en la proposición o en la búsqueda de estadios intermedios en las espacios dicotómicos. La oposición política, en este sentido, se realiza a través de discursos agendados justo por aquellos a los que se oponen. Recomponer una matriz retórica permite ver la circularidad o la persistencia de esas agendas políticas que saturan el espacio público con los mismos tópicos en los que terminan insistiendo los actores en confrontación.

El asunto central de la matriz retórica analizada fue la Prosperidad nacional. En su campaña presidencial, su posterior Plan Nacional de Desarrollo, los consejos comunales (conocidos como *Acuerdos para la Prosperidad*) y las comunicaciones públicas emitidas

durante su administración, Santos introdujo la prosperidad como lema, denominación y meta de su proyecto gubernamental. El objetivo, según planteó, fue pasar de la *Seguridad democrática* (como se denominaba el anterior proyecto militar de seguridad) a la *Prosperidad democrática*. Con ese desplazamiento de un término por otro, se trató de mitigar las tensiones que emergían entre continuidad y cambio de proyectos de gobierno. Así, se buscó garantizar que la visión sobre la seguridad pública se mantendría, pero al mismo tiempo anunciar un cambio de énfasis, de la seguridad a la paz; ambas entendidas como estrategias de desarrollo y crecimiento económicos. El proyecto de la Prosperidad vería su prolongación en 2014-2018, con un nuevo cuatrienio presidencial centrado en la culminación del proceso de paz con las FARC-EP, finalizado en 2016. La matriz retórica permitió ver en extenso los recursos y modos a través de los cuales los discursos guerrilleros se opusieron a esa Prosperidad gubernamental, pero también cómo ella fue defendida e introducida en la pretensión de conjurar los intereses económicos con las demandas sociales.

En primera instancia, como lo expuse en el tercer capítulo, la distancia social entre los sectores gubernamentales y la insurgencia guerrillera queda inscrita en la contraposición de dos estilos discursivos a los que denominé *amplificación polémica celebratoria* y *amplificación polémica distópica*, respectivamente. Los componentes estilísticos aparecen como rasgos compartidos por ambos actores en disputa, pero orientados en direcciones opuestas; ellos son: el uso de elogios y vituperios en la reorientación de lo político deliberativo; la disputa en torno a las metáforas comunes, que convergen en la justificación de las acciones bélicas en cada bando; los usos polémicos de la reformulación polifónica, mecanismo para desacreditar directamente a los adversarios; y los modos de la temporalidad en la construcción de utopías contrapuestas de una realidad social con distintos grados de inminencia.

Las amplificaciones opuestas en la coyuntura histórica estudiada desenfocaron el desgaste de los proyectos defendidos: la derrota militar de la insurgencia y la toma del poder por las armas. En tal sentido, deduje que la amplificación polémica prefiguró el inicio del proceso de paz, pero no porque lo anunciara directamente o porque se fuera apaciguando la confrontación entre los enemigos, sino porque las demostraciones de fuerza (verbal y de facto) se profundizaron en ese periodo previo para garantizar que se llegaría fortalecido a la mesa de conversaciones. Bajo esta lógica, sentarse a dialogar no equivaldría a ceder ante el enemigo, ni mucho menos significaría perder la guerra. Los estilos amplificatorios, así, fueron la demostración verbal de fuerza que se requería de cara al inicio del proceso de paz;

un evento que podría ser leído como triunfo o derrota final en los colectivos afines a cada bando.

El segundo componente de la matriz retórica de la Prosperidad nacional, expuesto en el cuarto capítulo, fue la contradicción entre puestas en escena. Una *construcción escénica de la resistencia* se contrapuso a una *construcción escénica gerencial*, en los discursos guerrillero y gubernamental, respectivamente.

En la primera, la representación de la insurgencia armada se concentró en las diferentes realizaciones textuales que asume el género panfletario. El modo agónico, sustancial al panfleto, se orientó hacia el relevamiento de la resistencia sociopolítica colectiva contra un orden opresor y oligárquico. La construcción escénica asumió la marginalidad del grupo social, en la lógica de la lucha de clases, y la incorporó al decir panfletario a través escenografías didácticas, historiográficas, informativas y diplomáticas.

En la segunda, se representó la gobernabilidad nacional a través del formato de la Nueva Gerencia Pública, que establece una relación de orden empresarial entre Gobierno y ciudadanía, sobre la base de la productividad y la rendición de cuentas, por lo cual el Estado asume el rol de empresa prestadora de servicios y construye al ciudadano como su cliente/usuario, o bien, como su socio/emprendedor. A partir de este marco escénico, los discursos oficiales instituyeron para ellos mismos la escenografía del informe ejecutivo, de manera que la enunciación política devino en escenas genéricas asociadas al campo de la gestión empresarial.

Propuse ver la tensión entre estos escenarios construidos como una disputa por la apropiación e identificación de los destinatarios múltiples, desde la configuración de sus roles y los diferentes tipos de atribuciones (éticas, emocionales y racionales) en uno u otro escenario dispuesto. Lo que estaba en juego, entonces, era la construcción de la identidad del tercero en el discurso de la guerra; a partir de esa disputa se gestionaba la aceptabilidad de los proyectos de sociedad que los actores reivindicaban desde lugares de enunciación equidistantes. Esa lectura hizo aparecer el distanciamiento entre los discursos gubernamental y guerrillero, inscrito en puestas en escena incorporadas a la oposición política en clave polémica; en dirección hacia el modelo gerencial, el discurso oficial convocó a los ciudadanos a introducirse en la lógica de la competencia y la inversión; el discurso insurgente reaccionó contra ese direccionamiento y lo denunció como una forma perversa de la opresión y la explotación oligárquica del pueblo.

Abordé el tercer componente de la matriz retórica en el capítulo quinto. Se trata de la

función polémica de las memorias discursivas activadas en los discursos de las FARC-EP y de Juan Manuel Santos, esto es, la apropiación e inscripción de los enunciados del corpus en discursividades anteriores que, actualizadas de maneras particulares, generan *efectos de memoria* y se presentan como condición de existencia de los discursos en estudio.

Los usos de los interdiscursos neoliberal y revolucionario fueron convocados como argumentos que apoyaban o contradecían el proyecto gubernamental, al oponer saberes, representaciones, ideales y modos de decir vinculados agonísticamente. El “espacio de memoria” revolucionaria, en el discurso de las FARC-EP, articuló selectivamente la memoria del comunismo soviético con las gestas independentistas latinoamericanas, incluyendo en ellas los procesos revolucionarios del siglo XIX (con especial énfasis en la figura de Bolívar) y los proyectos de izquierda del XX y XXI (Socialismo cubano, chileno y venezolano). Por su parte, el discurso presidencial operó también articulaciones en un cuerpo de interdiscursos ligados con la racionalidad de gobierno neoliberal, específicamente en las tradiciones ordoliberal alemana, norteamericana e inglesa.

El anclaje y reactivación de estas memorias introdujo tensiones en la presentación de la realidad social -particularmente sobre la seguridad pública-: el conflicto armado y la prosperidad en el país fueron mostrados en relaciones de exclusión necesaria y urgente, pero a partir de proyectos gubernamentales equidistantes. Los espacios de memoria construidos distanciaron hasta el antagonismo esas representaciones cuando funcionaban como respaldo y base ideológica de los discursos tensionados.

La interdiscursividad guerrillera hizo frente al desgaste del discurso revolucionario, rescatando la vigencia de la resistencia armada desde luchas onomásticas, epidícticas y doctrinarias. Propuse pensar esta interdiscursividad como un conjunto de *luchas de la memoria*, contrapuestas a unas *luchas del olvido*, propias de la interdiscursividad gubernamental al hacer frente al desgaste del discurso neoliberal. En estas últimas, las corrientes gerencialistas estadounidenses y viaterceristas inglesas fueron activadas como reinenciones que superaban paradigmas calificados de radicales y obsoletos, haciendo referencia tanto al neoliberalismo como al socialismo. Neoliberalismo y revolución socialista, ambos discursos desgastados por el peso de la historia, se vieron además desacreditados en el discurso del enemigo, desde las luchas de la memoria por la resistencia, y desde las luchas del olvido por la reinención discursiva de la gubernamentalidad.

El cuarto componente de la matriz retórica de la prosperidad fue la esquematización de los objetos de discurso *unión*, *héroe* y *paz*. Los procesos argumentativos que *daban a ver* esos

objetos alineados con la mirada de cada bando, fueron introducidos en una dinámica erística en torno a la apropiación y presentación del discurso verdadero.

En los objetos discursivos mencionados se transparentó con mayor claridad la solicitud a los auditorios de construir un sentido general sobre la guerra. Expresé ese sentido asociando la *unidad* con la urgencia (de la revolución o de la prosperidad, en cada caso), el *héroe* con la ética sacrificial (puestas antagónicamente) y la *paz* con la victoria autoatribuida por cada bando. Los objetos convergían en la construcción de un sentido general del conflicto armado en términos de vencedores, invencibles y no vencidos. Expliqué esta convergencia como un borramiento del sujeto vencido, sostenido sobre la justificación de la guerra en función del imperativo de objetivos superiores, la trascendencia heroica de la muerte y la necesidad de ganar sin haber derrotado militarmente al enemigo.

Las discursividades, así, construyeron una guerra donde no existía la posibilidad de ganar o perder, sino la opción única del triunfo y, por tanto, la presentación de las pérdidas como formas de la victoria. El momento político de inercia del conflicto armado posibilitó esa construcción: si ninguno de los bandos iba a ganar ni a perder la guerra, había que desplazar las acciones y los discursos militaristas para convertirlos en un espacio dónde insertar la apertura de unos nuevos diálogos de paz entre el gobierno y la guerrilla. En este sentido, el final del *fin del fin* es el proceso de ese desplazamiento de la promesa de la derrota militar por la realidad creada de la victoria política.

Finalmente, en el capítulo séptimo abordé la conducción de la confianza y la desconfianza en la historización que realizan los discursos gubernamental y guerrillero. Este componente de la matriz retórica se refiere a la transformación y construcción de versiones del pasado como la *verdad histórica* del conflicto, basada en los registros del presente y en los legados o herencias proyectadas.

El discurso guerrillero se concentró en las relaciones presente-pasado y en el énfasis en un sentimiento de indignación histórica con respecto a las élites en el poder, dentro de la contradicción entre oligarcas/burgueses y guerrilleros/campesinos; lucha permanente que avanzaba del resentimiento a la indignación, especialmente a través de la actualización permanente del mito fundacional de la guerrilla. El discurso gubernamental, por su parte, enfatizó en las relaciones presente-futuro y presentaba al primero en el marco de una excepcionalidad exitosa, de un momento glorioso de consolidación de la Política de seguridad democrática y de transición hacia la Prosperidad nacional, que le permitiría al Presidente y a los militares hacer historia y ser recordados.

En la serie analizada, la lucha por la confianza del auditorio implicó la exhortación a la desconfianza frente al enemigo. En el capítulo referido mostré los modos en que la conducción del confiar y el desconfiar se apoyaron en la historización de la indignación, la acusación de indecibilidad y la repetición de lo ya-dicho. El uso de la historia y de sus efectos de realidad desempeñaron un papel fundamental en ese combate: la historia sirvió para mover a la indignación, acusar al otro de estar guardando silencio según su conveniencia, y confirmar que se tiene el coraje de repetir lo ya-dicho.

A partir de este componente, resultó fundamental relacionar la discusión en torno a la *fides* en política y, específicamente, en el sistema democrático, con el momento de inercia del conflicto armado colombiano. En ese tramo histórico, ser digno de confianza quedó en el centro del objetivo de la persuasión y resultó ser, en el decir político, la condición de posibilidad para avanzar hacia un proceso de paz, sin ser rechazado por las colectividades adherentes. El problema emergía como una enorme contradicción: para el Gobierno, confiar en la guerrilla como interlocutora en un diálogo podía ser juzgado como inocencia, traición al proyecto de Seguridad democrática y torpeza histórica (dado el imaginario negativo sobre las experiencias anteriores en los procesos de paz), pero no confiar en ella le pasaría factura final a la hora de validar unos acuerdos donde no se le hubiera reconocido a la contraparte su voluntad sincera de terminar la guerra. Para la guerrilla, asimismo, confiar en el Gobierno podía ser juzgado como confirmación del acorralamiento militar y político que él se había encargado de presentar reiterativamente, pero no hacerlo aplazaba aun más y de manera incierta la revolución prometida.

En el marco erístico de ese tramo, el juicio de confianza desplazó la condición de sinceridad hacia la fidelidad de los sujetos con su propio decir; la condición de poder hacia la denuncia de su abuso en forma de engaño; y la condición de eficacia hacia la movilización colectiva de la indignación en contra del enemigo. Mostré, además, que en las escenas políticas la conducción de la (des)confianza tuvo alcance tanto para la palabra como para sus portavoces, con lo cual el deslizamiento de la credibilidad del decir al sujeto del decir, y viceversa, borró las fronteras entre ambas instancias. El modo extremo de la desconfianza, pero también su aspiración final, fue la sospecha permanente sobre el otro a partir de la cual se justificaría no escucharlo.

En su conjunto, los componentes de la matriz retórica de la Prosperidad nacional esquematizan la oposición política en un modelo de divergencia particular. Las constantes de representación o inscripción enunciativa exploradas en cada componente dan cuenta de esa

modelización del decir discrepante que dominó el último tramo del enfrentamiento bélico entre las FARC-EP y el gobierno colombiano. Como es propio de las matrices discursivas, la matriz retórica tiene la capacidad de orientar el análisis y la interpretación de diversos procesos sociales ligados con el desacuerdo político en el país; su función es, pues, predominantemente persuasiva al respecto de una concepción de la diferencia y su imbricación con el uso de las armas. No sostengo, por supuesto, que esa matriz retórica determine *todas* las formas de oposición política en el país, pues no alcanza para explicar la divergencia construida por la izquierda legal o por los colectivos sociales. Al contrario, sostengo que se trata de un esquema de oposición atravesado por la lógica armada de los actores particulares analizados; esa lógica, sin embargo, engloba una tradición violenta nacional, una disposición erística del contradecir que ha penetrado y configurado -en medidas indeterminadas, pero evidentes- la cultura del disenso público en Colombia.

Hasta aquí hice énfasis en las constantes relacionales de orden representacional en la matriz retórica. Me detendré, ahora, en los procedimientos enunciativos que regularon las configuraciones de la oposición dicha y mostrada: los modos polémicos y los modos aletúrgicos.

9.1.1 Los modos polémicos

En los términos retóricos propuestos, la principal característica del modo polémico es la profundización de la distancia social entre los actores, traducida en la radicalización de la diferencia en y a través de los discursos. La relación oposicional planteada por los procedimientos polémicos es contraria al diálogo consensual, es decir, no se propone como objetivo el alcance de acuerdos cooperativos ni el acercamiento entre posicionamientos divergentes. Esto no se explica en función de una mayor o menor presencia de racionalidad comunicativa en la polémica, del predominio de estrategias emocionales o del desborde de ellas, ni de una lógica manipuladora que vendría a horadar la ética del intercambio razonado. Su naturaleza no dialogal (aunque sí dialógica) ni consensual se explica por la localización del modo polémico en otro plano de la interacción humana en el cual las reglas del debate ceden su lugar a las reglas del combate.

No se trata, pues, de un diálogo para convencer al enemigo, como ya lo han observado los estudios sobre la polémica pública (Montero, 2016). En el análisis, mostré que la persuasión se direccionaba hacia el tercero, la tribuna, para llevarla a aceptar y promover ese distanciamiento con respecto a los contradictores. ¿Por qué tenía sentido la promoción de ese

distanciamiento en el tramo histórico estudiado? Por la vinculación de la figura del Presidente con la Política de seguridad pública que había alcanzado éxito en construir un imaginario social radicalmente adverso a la guerrilla, especialmente basándose en el discurso de la lucha antiterrorista. La denominada Seguridad democrática (2002-2010) había sido efectiva conduciendo el odio y el miedo contra un enemigo único, configurando discursivamente una representación social de derrota inminente de un grupo de criminales narcoterroristas: el *fin del fin*. En efecto, el odio y la violencia estatal -no siempre legítima- habían logrado aglutinar las fuerzas sociales y cohesionar a un país históricamente fragmentado o apático frente a «las cosas políticas», que la cultura popular colombiana tradicionalmente ha rechazado. Durante 2010-2012, el discurso del presidente Santos insistió en ese modo desacreditador, dicotomizador y polarizador en el tratamiento verbal contra la guerrilla, pese a la perspectiva de sentarse a dialogar con ella en el proceso de paz que se iniciaría en 2012.

A la guerrilla, el modo polémico le permitía profundizar la distancia (axiológica, emocional e ideológica) con el enemigo para revertir esa cohesión adversa, contradecir las representaciones sobre ella misma y evitar perder la influencia de su discurso en los sectores sociales afines, cada vez más minoritarios, pero no por ello inexistentes. El distanciamiento axiológico convocó la reprobación moral del enemigo y la inversión de las acusaciones de conducta en su contra: el victimario se presentaba a sí mismo como víctima, se diluía en el colectivo popular e izaba la bandera de la revolución heroica en contraste con el Estado terrorista. El distanciamiento emocional alentaba al odio contra ese Estado victimario y le oponía la confianza y la esperanza en la utopía ulterior de la revolución. El distanciamiento ideológico contradecía el modelo gerencial del discurso oficial, que convocaba a los ciudadanos al optimismo desde la lógica de la competencia y la inversión, con un discurso insurgente que denunciaba esa lógica como una forma perversa de la opresión y la explotación oligárquica del pueblo.

En el análisis propuesto, anoté que el tratamiento polémico del antineoliberalismo, apuntalado en la memoria de la lucha armada y de la violencia revolucionaria, no hizo más que favorecer la estabilización del modelo neoliberal al permitirle presentar la guerra como un obstáculo para la prosperidad social. Para el periodo 2010-2012, en el momento de inercia del conflicto, la postura armada antineoliberal de la guerrilla no encontraría eco ni en la izquierda legal ni en el grueso de la población civil, toda vez que el enemigo construido ya no promulgaba ni defendía ese discurso desgastado. Por el contrario, el discurso gubernamental sostenía tomar distancia del neoliberalismo y, en su lucha por el olvido, presentaba como

reinención de la política colombiana la vía tercerista y el enfoque gerencial. En el distanciamiento ideológico, entonces, lo experto y lo insurgente quedaron radicalizados como antagonismos más erísticos que propiamente políticos. Los discursos se distanciaron en direcciones contrarias y arrastraron consigo la adherencia de los colectivos, exhortándolos a ponerse en pie de lucha contra el enemigo en el teatro de la guerra.

En el plano del enfrentamiento social, el modo polémico nos muestra un doble filo en el centro de la democracia: la polémica permite plantear un conjunto de valores a compartir, de razones que justifican la acción, de verdades que son defendidas y de horizontes de mundo sobre los cuales existe esperanza. Pero al mismo tiempo, en razón de su naturaleza combativa, también se dirige a suprimir al enemigo y reducirlo al silencio, desplazándolo en función de los auditorios a seducir, de los colectivos a reforzar y de las identidades a defender.

En este último sentido, la base retórica de la polémica contiene una persuasión dirigida hacia el propio sujeto que enuncia. Una autopersuasión tal significa que el modo polémico privilegia la justificación de la pertenencia a un grupo social, el refuerzo de una identidad enunciativa y el remarque de las condiciones necesarias y suficientes que rigen esa pertenencia a uno u otro colectivo: es esta una lógica *intensional* de la identidad (aunque no necesariamente intencional). El marco erístico aquí no hace de la lógica del combate simplemente una desviación de la interacción argumentativa, sino que evidencia que la construcción de identidades enunciativas proporciona un lugar urgente de enunciación, un posicionamiento desde el cual es imperativo contradecir aquello que se rechaza con *todo el cuerpo*, es decir, compromete en el decir a la persona misma que enuncia. Schopenhauer (1997[1864]) pensó que hay en el hombre una naturaleza erística por la cual solo está dispuesto a tener la razón, a cualquier precio; una dimensión autopersuasiva del modo polémico, en complemento, propone pensar que todo posicionamiento retórico implica una justificación de sí mismo para abrirse un lugar en un espacio enunciativo. La apertura de ese lugar, en situaciones de conflicto, acarrea entrar en una lucha casi siempre violenta por contradecir aquello que no deja imponer otro decir.

Finalmente, el esfuerzo de las discursividades por institucionalizar la sospecha como forma de autoridad manifiesta el desencanto con el aspecto representacional implicado en las democracias y en los liderazgos de colectivos que se mantienen al margen de ellas. Los discursos del gobierno y de la insurgencia, en su calidad asumida de portavoces, esperaban ganar, recuperar y mantener la confianza conduciendo la desconfianza contra el enemigo. Ese

carácter de lo público, es decir, el alcance ciudadano del modo polémico fue introducido en los discursos previos al proceso de paz como una demostración de fuerza, que les permitió a ambos actores *ganar* la guerra sin haber vencido al enemigo. La contraparte de esa doble victoria fue la falta de reconfiguración de las representaciones estabilizadas sobre el conflicto, el enemigo y la oposición política, durante medio siglo de guerra. El modo polémico, en fin, condicionó la paz a la modificación de la conducta del oponente, *por la razón o por la fuerza*, como lo advertía Santos, y contra la *locura guerrerista del régimen*, como lo imputaba la guerrilla.

9.1.2 Los modos aletúrgicos

En la segunda parte de esta tesis hice énfasis en el vínculo entre oposición en el discurso y producción de la verdad, siguiendo el enfoque que Foucault (2014[1979-80]:24) propuso denominar como *aleurgia* o «conjunto de procedimientos posibles, verbales o no, por los cuales *se saca a la luz* lo que se postula como verdadero *en oposición* a lo falso, lo oculto, lo indecible, lo imprevisible, el olvido». Orienté el uso de esta noción en dos sentidos, que anclo en las cursivas añadidas a la cita: el primero, el hecho de que se trata de un procedimiento de hacer ver o revelar una verdad, iluminación que conecté con la idea de esquematización desde el punto de vista de la lógica natural (Grize, 1990 y ss.); en este plano, me interesó vincular la construcción de objetos de discurso con la producción, defensa y reclamo del decir verdadero. En un segundo sentido, resalté la dimensión oposicional involucrada en la definición, de manera que la postulación de lo verdadero se construye en función de aquello que se le opone como falso; en este plano, la aleurgia implica una relación de fuerza con el conjunto de decires que no están dispuestos a aceptar la postulación de una verdad que les sea contraria. Hay aquí, pues, una erística en torno al decir verdadero, involucrada directamente en el ejercicio político. Privilegié, además, el tratamiento de la aleurgia en tanto que procedimiento, es decir, un cierto registro o modalidad del decir y, sobre todo del contradecir, que atraviesa los estilos, las escenificaciones enunciativas, las memorias discursivas, la construcción de objetos de discurso y las historizaciones.

La transición gubernamental de Uribe a Santos y del conflicto armado al proceso de paz, determinó la construcción de objetos discursivos disputados por la palabra gubernamental y guerrillera. El seguimiento a los objetos *unión*, *héroe* y *paz* permitió ver esa disputa como una lucha por la postulación del decir verdadero; si bien los objetos de discurso no son objetos de mundo, usualmente sí aspiran a serlo, es decir, se presentan a sí mismos como

formas acabadas de lo real y, en este caso particular, como verdades sobre el panorama político de la guerra. La aspiración a lo real deviene en aspiración al decir verdadero en tanto que los objetos son contruidos específicamente como modos de ejercer el poder político y, por tanto, requieren que la verdad esté encarnada en ellos, o mejor dicho, que ellos sean la manifestación evidente de lo verdadero. La condición misma de emergencia de esos objetos y, sobre todo, la finalidad que los determina como objetos para el espacio público, es decir, su marco democrático, constriñe la palabra dicha a la palabra cierta; introduce al sujeto político en un régimen de verdad que condiciona su palabra pública.

En la serie analizada, los discursos se inclinaron hacia la emergencia de la verdad a través de los objetos que construían. Los procedimientos de esquematización quedaron inscritos en una liturgia de la verdad, dentro de la cual lo oculto, lo falso y lo olvidado fue puesto de relieve, desenmascarado y recordado en las discursividades gubernamental y guerrillera. En la primera, las formas en que quedaron relacionados el ejercicio del poder y la manifestación de la verdad se sostuvieron sobre la visión gerencial-motivacional de la política: gobernar es obtener resultados desde el principio de la competencia y la inversión, hacia la plenitud, optimismo y felicidad humana. En el discurso guerrillero, por su parte, la relación poder-verdad se basó en el desenmascaramiento reactivo contra el orden establecido y la utopía de una rebelión colectiva que derroque finalmente la hegemonía de las élites.

La principal característica de estos modos aletúrgicos fue la apropiación de lo verdadero en función de una objetividad de lo real que los sujetos harían aparecer, como operadores (no como creadores) de la verdad. No había lugar, en este sentido, a la posibilidad de desestabilizar aquello que ellos mismos presentaban como verdadero, pues los discursos se encargaron de remarcar un distanciamiento con respecto a la objetividad de la verdad que les permitiría referirla y reportarla sin afectarla. Los modos aletúrgicos desplazaron el reconocimiento de puntos de vista por la declaración asertiva de lo que viene al sujeto desde un espacio de verdad externo; espacio ante el cual ellos se presentaban como reparadores y señaladores de esa verdad evidente.

En la introducción de la verdad en el combate político me interesó remarcar la relación establecida en esos discursos entre repetición y expectativa de los colectivos militantes. La posición del líder -gubernamental o guerrillero- que asumía la voz en representación de su grupo demandaba la aceptación de un pacto de resistencia que demostrara el compromiso con lo ya-dicho a través de su reiteración, pero también de un pacto de agresión entre los enemigos que llevaba a que solo se pudiera vencer o ser vencido: vencer es persistir en lo ya-

dicho; perder es retractarse y tener que decir otra cosa (en términos similares presentaba Foucault (2012[1970-71]) el régimen de verdad en la desprestigiada sofística de la Grecia antigua). En este orden, la verdad erística muestra la relación compromisoria del sujeto con su propio decir y el modo en que hace de la repetición una prueba de esa verdad frente a la expectativa de sus simpatizantes.

Enmarqué ese problema de la repetibilidad en la tendencia compartida por ambas discursividades hacia la historización o introducción del tópico de la historia para disputarla con el enemigo en diversos sentidos: desmentirla, ajustarla, reescribirla y utilizarla como argumento en torno a la confianza o la desconfianza. Así, la historia fue ofrecida como objeto de evidencia y funcionó abiertamente como herramienta de combate. Particularmente en el capítulo séptimo, analicé los discursos gubernamental y guerrillero como dos formas contrapuestas de *historizar* disponiendo las relaciones con el pasado y el futuro de maneras diferenciales, pero compartiendo la pretensión de instalar la *verdadera* historia del conflicto, ubicar lo histórico en el centro de la disputa y reescribir el pasado a través de historiografías propias. A través de la historización de la confianza y la desconfianza, los discursos transformaron y construyeron versiones del pasado como verdades históricas, basados en los registros del presente y en los legados o herencias proyectadas. Las escenas y tramos historiográficos de los comunicados utilizaron el efecto de realidad del discurso histórico para disputar y apropiarse del decir verdadero.

En el capítulo octavo propuse pensar en conjunto estas dinámicas aletúrgicas a través de la metáfora del vector, de manera que pudieran visualizarse sus propiedades, dirección, sentido y proyección de la verdad en un espacio enunciativo, comparado con un espacio de coordenadas cartesianas. El objetivo fue mostrar los *logoi* contrapuestos como entidades relacionales o puntos de convergencia entre imágenes organizadas de los *ethé* y exhortaciones a la acción desde los *pathé* inscritos en el discurso. Los *logoi* construidos en el decir gubernamental y guerrillero eran menos cercanos y, por tanto, reconocibles y aceptables por el auditorio, en la medida en que añadían propiedades del mismo orden en los ejes y posicionamientos orientados hacia el mismo sentido -hacia la periferia-, a través de los vectores de verdad. La persistencia de estos direccionamientos y sentidos de la razón gerencial e insurgente, entonces, no produjo un alejamiento progresivo con respecto a la verdad, sino que estableció un distanciamiento mayor con el auditorio; las dificultades para justificar el inicio de los diálogos de paz, justo al final de esta serie histórica estudiada, dieron cuenta de los efectos de esa orientación del *logos* propuesta en los discursos públicos.

El *logos* político fue abiertamente aletúrgico, capitalizado para la justificación de las acciones y decisiones propias. El *logos* aletúrgico redujo la oposición política a la demostración de que el contradictor amenazaba a la sociedad y entorpecía la búsqueda de la paz con una especie de locura maligna o de irracionalidad malvada. Los distanciamientos, así, no fueron más que vectorizaciones inversas de la verdad poseída, proyectadas negativamente como vectores de la mentira del enemigo y llenados de sentidos *ethóticos* y *pathémicos* negativos. Se manifestaba, así, la doble cara de los posicionamientos retóricos: por un lado, ellos permitían tomar posesión de un lugar desde el cual hacer oír un *logos*; pero por otro lado y simultáneamente, tomar posición llevaba a tomar posesión de la verdad. De ahí que no haya modo de no poseer la verdad si se configura un posicionamiento retórico; la dupla posición-posesión conforma las dos caras de un objeto móvil, vectorizado en el espacio de enunciación. En este sentido, concluí que la dinámica de las posiciones a lo largo de los vectores de verdad y de mentira no deshacía la posesión de la verdad, pero sí podía convertir los distanciamientos en acercamientos, tanto entre los actores antagonistas como entre ellos y los auditorios particulares ubicados en el centro del sistema.

Finalmente, los modos aletúrgicos desplazaron las problemáticas del conflicto armado hacia el juego erístico de la verdad. Una tal verdad erística tiene como centro la obturación del disenso y la pretensión de tener la razón; estar seguro o inseguro sobre ella no es aquí la cuestión, sino la máxima de defender las afirmaciones propias y expulsar del horizonte de razonabilidad las del oponente. Fue bajo esta disposición que los actores del conflicto aceptaron sentarse a dialogar, condicionados por la necesidad política de poseer la verdad: era esa posesión la garantía de haber ganado la guerra sin haber vencido al enemigo. La vieja cuestión del discurso verdadero en el funcionamiento democrático, vital en sus orígenes - como lo demuestra la mirada foucaultiana a la Grecia antigua²⁸³-, atraviesa uno de sus problemas fundamentales: el que se pregunta por los modos en que los sujetos políticos elevan la voz para decir no.

²⁸³ Pero en absoluto ajena a las democracias contemporáneas, como concluye Foucault un año antes de su muerte prematura: «En una época, la nuestra, en que tanto nos gusta plantear los problemas de la democracia en términos de distribución del poder, de autonomía de cada cual en el ejercicio del poder, en términos de transparencia y opacidad, de relación entre sociedad civil y Estado, me parece que acaso sea adecuado recordar esta vieja cuestión, que fue contemporánea del funcionamiento mismo de la democracia ateniense y de sus crisis, a saber, la cuestión del discurso verdadero y de la censura necesaria, indispensable y frágil que éste no puede no introducir en una democracia, una democracia que lo hace posible y a la vez lo amenaza sin cesar» (2009[1983]:195).

9.2 Las construcciones retóricas de la oposición política en el conflicto armado: costumbres oratorias y efectos de sentido

Hasta aquí, en la matriz retórica articulé las constantes relacionales contrapuestas en un sistema de representaciones y configuraciones de rasgos genéricos. Ahora, propongo una segunda articulación, bajo la noción de *construcción retórica*, que sintetiza las acciones analizadas y los efectos de sentido inferidos en tres instancias de carácter ambivalente (remiten tanto a las acciones como a los efectos): 1) la *indecibilidad de las acciones* u operaciones en torno a “lo indecible”, a los silencios y al silenciamiento en la profundización de la divergencia; 2) la *responsabilización de los actores* o las acusaciones y elusiones a través de las cuales los actores reclaman e intercambian los roles de víctimas y victimarios en la guerra; y 3) la *simplificación del conflicto social*, es decir, la desproblematización y negación de los cuestionamientos posibles en función de los regímenes de respuesta que clausuran la discusión al desplazar la polémica hacia la lucha por el decir verdadero. Al respecto de estas construcciones, me detendré en las tensiones que ellas involucran en el marco del conflicto armado: decibilidad/indecibilidad; responsabilización/desresponsabilización; y simplificación/complejización.

En tanto que acciones o procesos desarrollados de manera regular en la serie de discursos analizada, las construcciones retóricas pueden verse como *costumbres oratorias*, es decir, disposiciones y acciones de lenguaje asentadas en recursos regulares, modos de enunciar y funciones sociales estabilizadas, a propósito de la oposición política dicha y mostrada en el discurso. El interés pedagógico de las retóricas grecolatinas clásicas para formar *buenas costumbres (ethé, mores)* en los ciudadanos se conecta aquí con la conciencia de que los tratamientos del decir en público se constituyen en hábitos o formas estabilizadas de intervención en las democracias. Así, es difícil que la oposición política pueda decirse y mostrarse por fuera de estas disposiciones y acciones de lenguaje, dado que la costumbre (fuerza de estabilización) orienta esa oposición hacia la reproducción de las mismas prácticas. En un sentido relacionado, si bien ha desaparecido la vieja figura del *rhétor* o maestro de oratoria, no implica ello la desaparición del aprendizaje social y político a partir de modelos del decir y, en este caso, del contradecir. El rol de esa figura modélica pasa a ocuparlo el líder del colectivo, aquel que habla en nombre de sus seguidores y cuyo tratamiento del discurso es productor y reproductor -deudor-, a la vez, de una costumbre oratoria. Presento, entonces, la indecibilidad de las acciones, la responsabilización de los actores y la simplificación del conflicto social, como disposiciones y acciones de lenguaje sedimentadas en el tratamiento de

la oposición política del discurso, en el marco del conflicto armado colombiano.

De otro lado, los efectos de sentido se refieren a las instrucciones implícitas para la interpretación específica de la realidad a la que los enunciados pretenden remitir. Estos efectos tienen existencia tanto en el nivel de la producción como en el de la recepción de los enunciados y son observables a través de inferencias, condicionadas por la naturaleza del corpus construido por el analista (Charaudeau, 2005b:194). En todo caso, refieren interpretaciones posibles de lo real, cuya orientación y asimilación deja por fuera la variedad infinita de valores distintos que los enunciados podrían admitir en el entramado de sus representaciones, construcciones y traducciones de la realidad. Presento, entonces, la indecibilidad de las acciones, la responsabilización de los actores y la simplificación del conflicto social, como efectos de sentido que orientan la interpretación de la oposición política del discurso, en el marco del conflicto armado colombiano.

9.2.1. La indecibilidad de las acciones

Definé la indecibilidad, en contraposición a la decibilidad, como el carácter de un sistema de restricciones implícitas y explícitas que conforman un régimen social evaluativo, es decir, un conjunto de recursos, modos y funciones retóricas que se juzgan en grados de mayor a menor aceptabilidad, y que producen asimismo sanciones y legitimación de esas sanciones; así como técnicas y procedimientos que son evaluados para la obtención de tales grados de aceptabilidad. La indecibilidad, entonces, como la propiedad y condición de existencia de aquellos enunciados «impronunciables», «inexpresables», «impresentables» en el espacio público. Siguiendo la tradición teórica francesa en el avance de esta dimensión a través de nociones como *formación ideológica* (Haroche, Henry et Pêcheux, 1971) y *discurso social* (Angenot, 1989, 2010a, 2010b), propuse interrogar el funcionamiento de *lo indecible* (aquello que no conviene decir o que no se está autorizado para decir) en los discursos gubernamental y guerrillero, y más específicamente, introducir *lo indecible* como acción y como efecto de sentido en el tratamiento retórico de la oposición política.

En el conflicto armado colombiano, la indecibilidad es un componente clave de la oposición política. El acumulado de silencios y silenciamientos en la confrontación hizo que los bandos capitalizaran lo indecible del enemigo en la gestión del desacuerdo. La oposición, así, insistió en la puesta en evidencia de un cúmulo de imprecaciones, denuncias e imputaciones, concentrando la oposición en mostrarle al auditorio lo que su enemigo supuestamente no mostraba de sí mismo, es decir, construyendo un discurso de oposición con

lo que el otro conjeturalmente callaba.

En los discursos divergentes rastree un doble movimiento enunciativo, que denominé *indecibilidad dicha*: por un lado, lo dicho permite que lo indecible-propio permanezca como no-dicho; y por otro, lo dicho hace que lo indecible-ajeno emerja en el espacio público. Así, el discurso de oposición revelaba lo indecible ajeno para ocultar lo indecible propio; se trataba de un hacer emerger (lo que el adversario no se atrevería a decir) con el objetivo de hacer sumergir (lo que quien enuncia tampoco se atrevería a decir), de acuerdo con cada conjunto de condiciones de producción particulares. La indecibilidad dicha, entonces, como una construcción retórica que consistía en la emergencia explícita de lo indecible ajeno en lo decible propio para oponerse al enemigo.

Esta construcción retórica permite calibrar la importancia de lo silenciado en las interacciones erísticas entre el discurso guerrillero y el gubernamental. Los discursos en confrontación orientaron las acciones y efectos hacia el llenado de los espacios silenciados que dejaba el enemigo; el contenido de ese “llenado” amplificaba la distancia y profundizaba la diferencia entre los actores, de manera que el desacuerdo político y los efectos mortales de la guerra, es decir, las cuestiones de fondo, quedaban desplazadas o anuladas por esas formas amplificadas con las cuales se construía negativamente al otro y positivamente a sí mismo.

En tanto que construcción retórica, la indecibilidad de las acciones contribuyó con la radicalización de la desconfianza en la palabra del enemigo y utilizó esa conducción para gestionar la confianza en el decir propio. Confiar en el enemigo implicaba correr el riesgo histórico de ser engañado: la inclinación hacia la reescritura de la historia en cada bando concentró así el sentimiento de confianza en la articulación del pasado, como experiencia dolorosa, con el futuro, como expectativa amenazada. Experiencia y expectativa se actualizaron en la construcción y la conducción del confiar, de manera que la historia fue presentada en el presente continuo en forma de riesgo para la integridad de los actores y, con ello, del pueblo en el que el discurso los diluía.

En este marco, lo indecible quedó ligado a la indignación histórica y lo decible a la reiteración de lo ya-dicho. En el primer sentido, porque la exhortación a indignarse se sustentaba sobre la reconstrucción de un pasado de agravios y violencia siempre recibida, sufrida; culpabilidad que el enemigo no estaba en capacidad de reconocer: le resultaba indecible y eso mismo agravaba la infamia. Sus acciones despreciables le quitaban el derecho de decir otra cosa distinta a esas acciones, es decir, lo obligaban al reconocimiento de la culpa, según el discurso del contradictor. Cualquier cosa dicha por fuera de esa indecibilidad

era acusada de engaño porque desviaba la confesión de los crímenes cometidos; el callar, asimismo, era urdir un silencio cómplice e indignante, que cada enemigo se encargó de señalar y deshacer diciendo lo indecible del otro.

En el segundo sentido, la persistencia de lo ya-dicho por el propio sujeto planteaba un régimen de decibilidad de la verdad basado en el coraje de repetirla: *lo que digo ahora, siempre lo he dicho y siempre lo diré*. Una enunciabilidad tal comprometía al sujeto con la trama histórica de su decir, lo ataba a su propia palabra. Dado que nunca se trataba de un decir fundacional, la persistencia de lo ya-dicho tenía que ver también con el anclaje de esa repetibilidad en las memorias discursivas activadas: la revolucionaria y la neoliberal; los recursos, modos y funciones que ellas autorizaban ejercían su propia fuerza de constricción y configuraban la decibilidad en los discursos de los actores. En clave erística, los olvidos operados en cada actualización de la memoria fueron vistos como puntos débiles donde atacar al otro: el discurso guerrillero le reclamaba al gubernamental el perfil elitista del proyecto de Prosperidad nacional que privilegiaba la agroindustria, el extractivismo a gran escala y la articulación seguridad-desarrollo económico; el discurso gubernamental, por su parte, reclamaba el desborde violento de la revolución armada, su anacronismo y prolongación por casi medio siglo.

Ver la tensión entre lo decible y lo indecible funcionando en los discursos de estos actores del conflicto armado contribuye a explicar la prolongación de la guerra por más de medio siglo. Acusar al otro de “no estar diciéndolo todo”, esto es, de silenciar a propósito, elevaba una sospecha permanente sobre el contradictor, que impedía la coexistencia entre visiones distintas sobre la realidad y truncaba la posibilidad de que el debate político reemplazara la lucha con las armas; de ahí que durante mucho tiempo la única opción fuera la anulación – discursiva- y la aniquilación –física- del enemigo.

9.2.2. La responsabilización de los actores

Los discursos contrapuestos analizados señalaron explícitamente a los culpables de crímenes atroces, enfatizando aquellos en los que cada bando se presentaba a sí mismo como víctima directa de la violencia del otro. En el orden de las imputaciones, los discursos construyeron una verdad de desagravio (*¿quién victimizó a quién?*) sobre la cual pretendían reparar las injusticias de la guerra revelando la verdadera cara de los enemigos. Era esta una atribución de responsabilidades históricas que debía declarar, en la dicotomía ataque/defensa, en qué lado del contraste estaba cada bando. La inversión de los roles de la víctima y del

victimario, a lo largo del conflicto armado, muestra que esas instancias intercambiables finalmente fueron vaciadas y convertidas en trincheras; lugares desde los cuales las acciones y decisiones violentas quedaban implícitamente justificadas (si se autodeclaraban como víctimas) y condenadas (si se presentaba al otro como el victimario).

En esta medida, toda violencia fue reaccionaria. Ambas discursividades invocaron el pasado del conflicto como prueba histórica de que la responsabilidad por las víctimas de la población civil le competía directamente al enemigo. El discurso de la Seguridad democrática logró instalar la idea de que la lucha guerrillera en Colombia, desde mediados del siglo pasado, había respondido a los planes internacionales del comunismo soviético y a un proyecto de expansión continental de la Revolución cubana. Este programa político, tras la caída de la Unión Soviética, habría degenerado en narcoterrorismo y sobrevivía movido por el interés rentista, sin ninguna dimensión ideológica. Así, el aparato militar del Estado no había hecho sino defender las instituciones y la estabilidad de la democracia contra un enemigo de proporciones mayúsculas, para lo cual se justificaba la alianza con el anticomunismo estadounidense y, posteriormente, con su lucha antiterrorista. Por su parte, el discurso guerrillero apuntaló en las luchas agrarias de comienzos del siglo pasado, en el bipartidismo de la época de La Violencia y en su mito fundacional, toda la victimización de la insurgencia como sector campesino y obrero obligado a alzarse en armas, en defensa del terrorismo de Estado. El narcoterrorismo habría sido la excusa de los gobiernos aliados con las élites norteamericanas para perseguirlos a través del aparato militar del Estado, tanto el legal (las Fuerzas Armadas) como el ilegal (los grupos paramilitares).

A través de las responsabilizaciones, los discursos de cada bando lograron sintetizar en un enemigo único las diferentes fuerzas sociales que los rechazaban. El discurso guerrillero hizo de las élites en el poder una entidad generalizada que englobaba desde los gobernantes de las regiones locales hasta la dirigencia estadounidense, presentada como enemigo imperial. En ese campo cupieron empresarios, transnacionales, inversores extranjeros, medios masivos de comunicación y cúpula militar, es decir, actores de diversos niveles sociales que venían a significar prácticamente lo mismo en la lucha entre clases explotadoras y clases explotadas. La representación de las élites borró las fronteras entre esos grupos sociales y los construyó como aliados de un mismo proyecto económico y militarista frente al cual solo cabía levantarse en armas. En el discurso gubernamental se operaba el mismo recorte, pero ya no en clave de lucha de clases, sino de desarrollo/subdesarrollo. La guerrilla representaba todas las formas anacrónicas de violencia que obstaculizaban dar el salto hacia la prosperidad en un

país que estaba preparado para hacerlo. En este sentido, el futuro solo podía concebirse sin la tara histórica de la FARC-EP, que se resistía con una violencia irracional al desarrollo, pero también como un enemigo criminal, enriquecido con la economía de la coca y acorralado por ir perdiendo sus banderas políticas y sus fuentes de financiación, tras una década de combate militar contra la insurgencia y de guerra contra el narcoterrorismo.

Como lo mostré en el análisis, se trataba de un enemigo sin matices, depositario de las causas en las que residía el desorden y la injusticia social; ciertamente, un chivo expiatorio sobre el cual recaían las responsabilidades de la violencia involucrada en el conflicto. En la dinámica erística, las responsabilizaciones silenciaban al enemigo al despojarlo de la autoridad moral para hablar. Los crímenes imputados expulsaban el contenido crítico de las contradicciones; subían el volumen del ruido de las balas para que las palabras de la oposición política no fueran escuchadas. En sus posicionamientos, los actores cruzaban valores y emociones para la conformación de un *logos* político que señalaba al responsable de los delitos proyectándolo en un espacio de enunciación negativa, un sujeto *contraético* cuyo posicionamiento atribuido avanzaba hacia la sinrazón y lo ubicaba en la periferia, tan lejos como podía del auditorio.

Una evidente lógica de simetrías atraviesa esta construcción retórica. Lo que en antropología se ha referido como *carácter mimético de la violencia* (Girard, 1995) y en sociología del conflicto armado como *juego de espejos* entre guerrillas y paramilitares (González et al., 2002; Suárez, 2007), emergió en la serie analizada como elusión de las responsabilidades propias dentro de la guerra. La simetría de ese *juego* de oposición de elementos simétricos no se daba solo en las acciones, sino además en los discursos: la acusación de terrorismo, por ejemplo, se lanzaba en ambos bandos cada vez que se hablaba de una operación militar o se homenajeaba a los caídos en combate. En perspectiva histórica, se había llegado a un momento en el que los discursos multiplicaban cada vez más ese efecto-espejo, pues la extensa prolongación del conflicto había obligado a los enemigos a aprender bilateralmente.

La mimesis hizo parte de la disputa por conquistar o intensificar la adhesión de los auditorios. La reciprocidad de la violencia fue usada como una demostración de fuerza para sostener la tesis del *fin del fin*, o bien, para contradecirla; a nivel discursivo, esa reciprocidad se tradujo en la responsabilización de los enemigos a partir de las mismas acusaciones que el contradictor realizaba: *no somos nosotros los que tenemos que responder por esos crímenes, sino ustedes, que los perpetraron*. A nivel argumentativo, se trataba de operar un cierto tipo

de retorsiones (Angenot, 1982:219-220) o peritropes (Tindale, 2010:83-98) a través de las cuales el acusador se descargaba de toda responsabilidad, minaba la credibilidad del enemigo e invertía la carga de la prueba. Más allá del análisis evaluativo de esos argumentos de inversión, es posible hablar de unas construcciones retóricas de responsabilización que funcionaron como desresponsabilizaciones para los actores.

En el periodo histórico analizado, esa elusión no era menor: el desafío de iniciar un nuevo proceso de paz incluía la necesidad de demostrar que el enemigo había *entrado en razón* y que estaba dispuesto a confesar sus crímenes, reparar a las víctimas y comprometerse a no repetir la barbarie. Cada bando debía exculparse para llegar fortalecido a la mesa de conversaciones, lo cual implicaría que el contradictor había sido debilitado hasta el punto de tener que renunciar a la vía exclusivamente armada; a su modo, cada contendiente traducía el proceso de paz como el modo en que el enemigo finalmente se sometía y aceptaba hacerse cargo de las imputaciones. Que el enemigo asumiera la responsabilidad de la guerra era, finalmente, a donde apuntaban los posicionamientos retóricos; con esa aceptación, las responsabilidades propias podían quedar desplazadas, vía acusaciones contra el otro, y aplazadas, hasta que se gestionara políticamente una verdad del conflicto, producto de la misma negociación.

Ligado al objetivo final de hacer y reparar la justicia rota por el conflicto, producir la verdad y determinar responsabilidades resultaría ineludible en el periodo histórico subsecuente. La tensión entre responsabilización y desresponsabilización (entre culpabilidad e inocencia), en el marco de un proceso de paz y de una etapa de transición hacia el fin de la guerra, se traduce en la reacción social y política contra los niveles de impunidad que toda concertación de este carácter inevitablemente promueve.

9.2.3 La simplificación del conflicto social

Durante la primera década de este siglo, la solución al prolongado conflicto armado con la guerrilla de las FARC-EP se concentró en la estrategia militar antiterrorista. Esta vía subestimó las dimensiones políticas, culturales, económicas y sociales que atraviesan al conflicto desde su origen y, con ello, planteó sus soluciones en términos simplistas: exterminar físicamente al adversario o exigirle su desmovilización y acabar con la violencia sin avanzar en transformaciones sociales (CNMH, 2013a:13). Este modo de concebir el conflicto se fundamenta en una construcción retórica que simplifica la problematización de la realidad y la recorta en soluciones dicotómicas.

Las soluciones dicotómicas son pretensiones de resolución de problemas sociales a través de pares excluyentes. Hay que aclarar que no se trata de soluciones falsas, sino de falsas soluciones, es decir, no tienen capacidad resolutoria aun cuando se presenten como tales, pues esa capacidad se limita a la acentuación de una incompatibilidad insalvable entre dos elementos opuestos. En esa movimiento de acentuación radica el carácter persuasivo de la solución dicotómica: la división binomial de la realidad carga positivamente uno de ambos lados y exhorta al auditorio a adherirse a ese polo, haciendo pasar los lugares intermedios como si fueran inexistentes. De ahí que la dicotomización pueda leerse también como una estrategia argumentativa más pragmática (instrumentalizable) que semántica (lógica), es decir, modificable de acuerdo con las necesidades de uso en las disputas (Dascal, 2008).

En el conflicto armado, las soluciones dicotómicas construidas en los discursos dividieron la realidad y a los sujetos involucrados en bandos incompatibles, a través de varios niveles de dicotomización: un plano moralizante, en el que el par buenos/malos señalaba las actitudes reprobables del opositor en contraposición a los valores defendidos y practicados por sus contendientes; un nivel de dicotomizaciones estereotípicas, concentrado en la contraposición entre los héroes y los villanos; psicológicas, plano en el que se juzgaba quién era el sujeto racional y quién el irracional; sociológicas, al respecto de los actores pacíficos o civilizados que se defendían de los violentos o bárbaros; ideológicas, donde se remarcaba la incompatibilidad entre un proyecto de nación capitalista contra uno socialista; dicotomías legales, que separaba la oficialidad de la clandestinidad y donde cada actor reivindicaba el ejercicio de su violencia como legítima; y un nivel de dicotomización política, basada en la división amigo/enemigo²⁸⁴, que paralizaba el reconocimiento de contradictores democráticos.

Los diferentes planos referidos dan cuenta de una división multidimensional regida por la lógica dicotómica. Esas escisiones confluían en las soluciones militares frente al conflicto social en Colombia, derivadas de la comprensión y presentación pública de la violencia armada como una causa o como un efecto del conflicto mismo. En el discurso guerrillero, la guerra siempre fue un efecto de violencias primeras, ejecutadas por los intereses de las élites en el poder; una respuesta obligada por el desequilibrio y la injusticia social del Estado. En el

²⁸⁴ Varias de esas dicotomías han sido objeto de análisis de historiadores y sociólogos; si bien en este trabajo no me interesaba validarlas o no frente al funcionamiento *real* del conflicto, destaco aquí su carácter erístico y aletúrgico, y su protagonismo en el recorte simplista de la complejidad de esa realidad; por ejemplo, a propósito de la división amigo/enemigo, Pécaut (2013:141) señala: «los fenómenos propios de la violencia no pueden ser relacionados completamente con una línea de división ‘amigo-enemigo’: múltiples protagonistas intervienen en ellos con objetivos que no son necesariamente políticos y amplios sectores de la sociedad no se reconocen en una división de esa naturaleza». El informe presentado por la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV, 2015) también pretende deshacer algunas de las dicotomías que menciono en este apartado.

discurso gubernamental, la violencia fue explicada como un efecto de la guerra de guerrillas, prolongada, despolitizada y degenerada por la intervención de incentivos económicos. La contraposición sugiere que una explicación causal de la violencia política en Colombia resulta muy estrecha porque reduce la complejidad del fenómeno a la determinación de causas y efectos; aun más, concentra toda la atención en la disputa de cada bando por ocupar el lugar de los efectos y desmarcarse de las causas transfiriéndolas al enemigo.

El correlato discursivo de esta simplificación tuvo en la tesis del *fin del fin* su última materialización: el destino de los guerrilleros era *una cárcel o una tumba*, como insistía el presidente Santos en sus alocuciones, en las que el paso de la Seguridad a la Prosperidad democrática se anunciaba como una realidad en tránsito. Por su parte, el discurso guerrillero redundó en el mismo tratamiento del conflicto que venían sosteniendo por décadas: una guerra imperialista contra el pueblo ante la cual se invocaba el derecho a la rebelión armada contra las oligarquías en el poder.

El periodo 2010-2012 es la última etapa de esta simplificación del conflicto social; los desafíos que vendrían con el inicio del proceso de paz iban a exigir la complejización de ese conflicto en términos que desbordaban los límites estrechos en los cuales los actores lo habían entendido y presentado. A lo largo de estos capítulos, propuse examinar la oposición política involucrada en el conflicto armado como una vía hacia esa complejización que los actores habían reemplazado por pares opuestos simplistas: *amenaza narcoterrorista* contra *amenaza imperialista* y *prosperidad democrática* contra *distopía neoliberal*.

Desde una perspectiva filosófica de la retórica, Meyer (2013[2008]) ha reiterado que la realidad social queda desproblematizada cuando es tratada a través de regímenes retóricos en los cuales todo es respuesta, es decir, donde los problemas son presentados como si ya estuvieran resueltos y las preguntas quedan obturadas. Las dicotomías introducidas en los discursos gubernamental y guerrillero se dirigían precisamente hacia una simplificación del conflicto social vía su desproblematización. Las cuestiones que son centrales en el conflicto y que la amplia bibliografía ha señalado desde las ciencias humanas, en general, terminaron siendo clausuradas o instrumentalizadas en los comunicados de sus actores a través de los estilos discursivos, las escenas de enunciación, las memorias activadas y los objetos de discurso contruidos. En ellos, todo era respuesta: las causas, la prolongación y los efectos del conflicto fueron presentados bajo el signo de la evidencialidad y el cierre de la confrontación con los contradictores, más allá del enfrentamiento bélico.

Los estilos amplificatorios polémicos celebratorios y distópicos desplazaron la

problematicidad de los temas involucrados en la guerra hacia una erística por el decir verdadero y hacia la intensificación del apoyo a los luchadores y al combate mismo, a través del predominio epidíctico en cada discursividad. La confrontación reprodujo en las palabras las luchas de facto y convirtieron el espacio público en una arena de gladiadores, donde el contenido de los discursos quedó reducido al espectáculo, a la confrontación de puestas en escena.

En ellas, el tratamiento de lo público, en general, y del conflicto armado interno, en particular, se sostuvo sobre la capacidad de atribuir a los diversos destinatarios valores, emociones y razones fijas, bastante simplificadas, con las cuales se pudo continuar haciendo la guerra más como espectáculo para la galería que como medio de avance de un proyecto social convocante para la nación. El momento de inercia del conflicto, en el periodo analizado, está asociado con esa espectacularización de la guerra, una vez vaciada de contenido y extraviada la posibilidad tanto de ganarla como de perderla, para ambos actores en confrontación. A través de la simplificación de la realidad social, se dio a ver el proyecto militarista en ambos bandos como modelo del orden social; a ello contribuyó la reconstrucción de sujetos históricos idealizados, especialmente aquellos vinculados a las memorias independentistas decimonónicas, además de las figuras heroicas encarnadas en los combatientes de cada ejército en pugna.

La contraposición entre memorias revolucionarias y neoliberales dejó ver la concepción del ciudadano como un aglomerado pasivo y afirmativo, sin mucho poder de intervención en los proyectos de país, más allá de su adhesión a las consignas que actualizaban lo ya-dicho en cada espacio de memoria. Bien fuera como clientes del gobierno gerencial o como oprimidos y explotados por las élites, su representación en los discursos analizados era la de quien debía adherir a cada causa sin interponer muchos cuestionamientos.

Las discursividades simplificaron el difícil momento histórico del conflicto esquematizando objetos singulares, pero compartidos, en torno a la victoria urgente, heroica y pacificadora de cada bando. La *unión*, el *héroe* y la *paz*, contruidos en función de los intereses, el estilo y la lógica de cada discursividad, convergieron en la simplificación del conflicto como un problema de vencedores y vencidos; o mejor, como una demostración de que ese problema ya no existía, pues para cada bando solo era decible la victoria. Reconocer la derrota de cada proyecto militarista y el desgaste de los discursos que los sostenían resultaba inadmisibles. Aun sin someter al enemigo, se imponía la realidad de haber ganado. Según sus discursos, los sujetos históricos a quienes les correspondió vivir el final del *fin del*

fin del conflicto armado pasarían a la historia como ganadores, sin importar en cuál bando militaron. La guerra fue una cuestión de vencedores y la paz quedaría planteada en esos simples términos.

9.3 Retórica y verdad para una “paz estable y duradera”

En este apartado final, proyecto las conclusiones anteriores hacia un plan de lectura del acuerdo de paz entre las FARC-EP y el (segundo) gobierno de Juan Manuel Santos, que pactó la terminación de su enfrentamiento bélico, después de casi cuatro años de conversaciones (2012-2016). Este proceso fue inmediatamente posterior al recorte temporal del corpus analizado; por tanto, lo convierte en un conjunto de textos-bisagra entre una etapa de conflicto armado y otra de transición hacia una paz que los actores acordaron como *estable y duradera* (Gobierno de Colombia y FARC-EP, 2012, 2016). Sostendré que el análisis de la dimensión retórica y las relaciones problemáticas entre desacuerdo y verdad son centrales para los desafíos que enfrentará el eventual ejercicio e inserción en el sistema democrático de una oposición política sin armas por parte de la guerrilla, como fue pactado también entre las partes (Gobierno de Colombia y FARC-EP, 2016:30-49).

La necesidad de elaborar una memoria compartida puesta en un relato histórico del conflicto armado ha sido destacada por diversos analistas (CNMH, 2013; CHCV, 2015; Sánchez, 2006) como una condición para superar los traumas sociales tras décadas de violencia. El tratamiento de *pacto de olvido* entre élites de partidos, que logró detener el desangre de la época conocida como *La Violencia*, abrió sin embargo la puerta a la reacción armada contra la exclusión y el reparto de poder. La carencia de un relato histórico como discurso de verdad que mediara esa sensación de injusticia, exclusión e indignación, extiende sus consecuencias hasta la época actual y ha autorizado, inclusive académicamente, la visión sobre el conflicto como una guerra única y prolongada, atemporal y acumulativa.

Pécaut (2013c) se refiere a este fenómeno como la presencia de unas huellas indelebles que dejó *La Violencia* y a las cuales la sociedad colombiana no les ha podido otorgar un sentido; esta carencia deriva en una triple imposibilidad: la de la memoria social (los relatos solo refieren la experiencia individual inmediata), la del olvido (una percepción de continuidad de la misma violencia del pasado) y la de la historia (las memorias permanecen desarticuladas de los relatos propiamente históricos). En los tramos de transición de guerras prolongadas a periodos de paz, los problemas de la memoria, el olvido y la historia se vuelcan hacia la búsqueda de la verdad como imperativo moral, académico y judicial; esa

inclinación hace emerger una tensión con respecto a la aceptabilidad y el papel del desacuerdo, esto es, de las versiones que luchan por instaurar su decir verdadero. A partir de la pregunta compleja sugerida por Sánchez (2006), *¿cuánto hay que olvidar/recordar para alcanzar la paz o continuar la guerra en Colombia?*, podríamos derivar otras en el sentido de esa tensión con el desacuerdo: ¿Qué tipo de verdad exige la memoria compartida? y ¿cuánto de disenso admite esa verdad?

Tipos de verdad implica ciertamente un corrimiento de la posición consensualista que ha dominado la democracia colombiana, en general, y la suspensión sin terminación de los enfrentamientos armados, en particular. Implica, concretamente, la introducción de la memoria social en los juegos de veridicción y en la dinámica erística dominante.

La memoria social no puede exigir una verdad única, sino admitir verdades plurales dentro de un relato histórico unificado, pero no único; que otorgue sentido de unidad, pero que no sea unitario; que sea cohesivo, pero no coercitivo; y que sobre todo dé cuenta de una instancia de verdad que no borre el desacuerdo entre las memorias de lo sucedido. Si el objetivo es comprender el proceso de construcción de memoria histórica como un ejercicio de dar sentido, un relato que transparente no solo las luchas *de* las memorias sino también las luchas *entre* las memorias puede erigirse como una construcción retórica: al mismo tiempo una acción oratoria y un efecto de sentido.

La pregunta entonces es si acordar o desacordar la verdad para aprender a vivir juntos. El nivel de acuerdo aquí no puede dirigirse hacia el pasado, para consensuarlo, sino hacia el futuro, para construirlo. Esto no significa *pasar la página* y mirar solo hacia adelante, como se propone desde posturas negacionistas y también desde otras que se declaran ‘pragmáticas’. Se trata, en cambio, de trabajar por la elaboración de un relato histórico que no aplane las divergencias y las luchas por los distanciamientos inscritos en el pasado. El trabajo intelectual, en este caso, no consiste en ayudar a ponerse de acuerdo al respecto de lo que sucedió (lo que puede hacerse haciendo énfasis tanto en los culpables como en los inocentes), sino en ayudar a admitirse en desacuerdo e invitar a comprender las diferencias políticas como diferencias necesarias.

El director del Centro Nacional de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez, parece alinearse con esta visión no excluyente entre desacuerdo y verdad, cuando defiende la multiplicación y reproducción de memorias divergentes sobre el conflicto armado. Es la admisión de *memorias en pugna*, que avanza un poco a contracorriente de la idea de reconciliación y de paz como anulación o superación de las divergencias. Desde su punto de vista, esos lugares

institucionales de gestión de la memoria histórica de la nación deben aspirar a convertirse en *lugares de continuidad democrática de luchas por la memoria* (Sánchez, entrevistado en Antequera, 2011:133), lo cual contribuye ciertamente a la institucionalización del desacuerdo y al cambio de actitud social frente a él.

Esta apertura al desacuerdo es previsiblemente resistida por sociedades cuyas costumbres oratorias han girado en torno al unanimismo racional y la moralización de la verdad. Desde esta visión, el relato histórico de la oposición política difícilmente puede escapar a la evaluación de ese ejercicio dirigida por objetivos de impugnación o de denuncia: la oposición, así, deja de representarse como una dinámica de fuerzas entre posicionamientos divergentes y pasa a ser el obstáculo interpuesto por sujetos -unas veces marginados por el poder, otras ejerciéndolo hegemónicamente- a quienes se les acusa de no compartir el anhelo de una vida pacífica en democracia.

La resistencia a admitir la coexistencia de desacuerdo y verdad se exagera en los escenarios posteriores a las violencias, donde dominan los imperativos de la memoria, la responsabilidad y la reparación a las víctimas. Aflora con especial intensidad el reclamo de justicia en los procesos de reconstrucción social, concebida como deber doblemente moral y legal. El *deber de memoria*, a partir de Auschwitz, ha sido aceptado como lo que Adorno (1975[1966]:366) denomina el *Nuevo imperativo categórico*: un repensar la verdad, la política y la moral, desde el deber de evitar la repetición de la barbarie. La memoria se convierte en justicia: «sin memoria no hay, pues, injusticia, pero tampoco justicia» (Mate, 2011:479).

De hecho, justicia y verdad, memoria y responsabilidad, son una parte esencial de las fórmulas que se han aplicado en la reconstrucción de las democracias latinoamericanas después de las dictaduras, como condición del alcance de una paz duradera y como garantía de reconciliación y no repetición, en cada caso particular (Méndez, 1997). En estos casos, la admisión del desacuerdo es criticada como promoción de la impunidad, por evasión del castigo: la razón indignada deviene así en razón legalista, es decir, la ley respalda el reclamo indignado de *la* verdad, en singular.

Pero ¿puede la ley -o la razón legalista- respaldar el reclamo de una verdad sin reducirla a la facticidad y, por tanto, admitirla en el plano de la pluralidad del desacuerdo? La emergencia de esa razón legalista en el momento de terminación del conflicto armado con las FARC-EP indica que la pregunta no admite otra respuesta distinta a la solución de continuidad entre justicia y pena de cárcel. En esa lógica, los acuerdos de paz logrados con la

guerrilla han sido presentados por la oposición política actual como un anuncio de impunidad que amenaza la institución democrática colombiana e impide el alcance de una *paz verdadera* (Duque, 2015).

Si bien la reconciliación requiere que la memoria le muestre a la sociedad las injusticias cometidas y exija reparación o reconocimiento de lo irreparable (Mate, 2011:485), esa memoria no puede ser conducida solamente por una razón legalista de la justicia, porque puede llegar a reducir la verdad a la evidencia. En ese caso, la técnica termina reemplazando a la crítica y los tribunales de guerra al aprendizaje de la coexistencia en la diferencia. La terminación del conflicto bélico con las FARC-EP enfrenta, entre otros desafíos, el de ampliar la justicia más allá de la jurisdicción y la administración del castigo, de manera que la justicia no quede confundida con el ajusticiamiento; la memoria con el resentimiento; ni la verdad dicha con la realidad vivida.

En la tarea de deshacer críticamente esta última imbricación, el estudio de la retórica de los desacuerdos tiene un largo camino por recorrer. La vieja tarea emprendida por los sofistas y desprestigiada durante siglos por los dialécticos, alcanzó a ofrecer pistas para gestionar la diferencia en las democracias; por ejemplo, las prácticas de suspensión del juicio para aprender a tomar distancia de las opiniones propias y tratarlas como objetos o efectos del decir, que no pueden ser verdaderos ni falsos (la defensa de Helena, la indefendible, por parte de Gorgias o los *dissoi logoi* inspirados en Protágoras²⁸⁵); o la insistencia en la pedagogía como modificación de las conductas basadas en valores e intereses individuales, hacia el privilegio de los valores colectivos, tal como se deriva de la lectura del *homo mensura* protagórico, realizada por Dupréel²⁸⁶ (1948). El principio argumentativo de las sociedades abiertas, parecen decirnos los sofistas, no es tanto la idea de *buen* argumento que sostiene los modelos normativos de la argumentación, sino el efecto de realidad de la palabra, la usabilidad versátil de sus herramientas y el entrenamiento en sus diferentes usos (la

²⁸⁵ Se atribuye a Protágoras el ejercicio de defender un punto de vista de la forma más intensa posible e inmediatamente después, sostener el punto de vista opuesto, con idéntica intensidad. Un examen de la suspensión del juicio para las democracias contemporáneas puede leerse en Danblon (2013:127-148): *les vertus citoyennes de la pratique des dissoi logoi sont aussi réelles que spectaculaires et comme toujours, en ces matières, l'acquis est aussi bien cognitif que politique. L'exercice développe deux capacités distinctes et pourtant complémentaires qui sont des conditions de l'action citoyenne dans une société ouverte: l'ouverture à l'autre et la créativité -en ce comprises les capacités à résoudre des problèmes et à imaginer des solutions. La autora también observa que los *dissoi logoi* derivan en las condiciones de restricción, en Toulmin (2007[1958]: 142-143) y en la técnica de disociación de nociones, en Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989[1958]:627-698).*

²⁸⁶ El *ánthropos* (ἄνθρωπος) de *El hombre es la medida de todas las cosas* se refiere no solo al individuo sino también a su inscripción en la polis. Según Dupréel (1948:19), *le sophiste d'Abdère fut, à coup sûr, le moins 'individualiste', le plus 'social' de tous les penseurs de l'Antiquité...la phrase sur l'Homme mesure, loin de n'exprimer qu'une théorie de la perception et de l'apparence brute, enveloppe aussi -et c'est l'essentiel- une conception sociologique de la connaissance et de sa valeur.*

gimnasia del logos, propone Danblon, 2013:211). La retórica, así, recupera en su definición dual lo que de arte tiene la técnica y, más allá, lo que tiene de artesanía: una racionalidad cuyo saber se encuentra en la práctica.

La retórica como artesanía o como ejercitación con el *logos* (ambas metáforas resultan útiles) en la vida democrática fundamentalmente desplaza el énfasis del sujeto político del *ser* al *hacer*. En ese desplazamiento hay una reorientación de la retórica como ejercitación de la crítica más que de la persuasión, ya que permite tomar distancia de la palabra misma: el ser no es más que un decir dicho sobre lo ya-dicho. En ese sentido, se dirige a frenar la personalización de la política contemporánea y vuelve a centrar la autoridad, como ejercicio de poder, en el problema de la autorización heterorregulada con base en las prácticas, no en las esencias.

El olvido de la retórica en estos términos, y más aun su rechazo en la dinámica democrática, deja girando en círculos normativos a la oposición política y al debate público. Más que regulación de sus intercambios, los desacuerdos requieren ejercitación para operar cambios significativos en la cultura del contradecir. Esos cambios convocan la reintroducción de la retórica como competencia; tanto en el sentido de una facultad humana vital de expresión y creación con la palabra, como en el sentido de actividad dinámica en la que realmente se compete en torno a objetivos. La competencia retórica es una competencia ciudadana que puede garantizar y cualificar la participación democrática. Participación aquí significa reconocimiento de las subjetividades divergentes, acción política performativa y ejercicio positivo del derecho a la palabra, aun en escenarios donde la pluralidad y la contradicción siguen siendo vistas como obstáculos a vencer.

En este trabajo interpreté las construcciones retóricas de la oposición política, en su doble estatuto de costumbres oratorias y efectos de sentido; la pregunta que propongo para continuar esta línea de análisis es ¿cómo se operan modificaciones en esas costumbres del contradecir y qué implicaciones trae construir otros efectos de sentido? El periodo del posacuerdo de paz en Colombia es un terreno estimulante para pensar estas cuestiones.

Fuentes

Santos, Juan Manuel y FARC-EP (2010-2012). *Comunicaciones públicas. Base de datos construida*, disponible en [https://www.dropbox.com/home/Comunicaciones %20Santos-FARC%202010-12](https://www.dropbox.com/home/Comunicaciones%20Santos-FARC%202010-12)

• Institucionales del Gobierno:

DPN (Departamento Nacional de Planeación) (2010-2014). Consolidación de la Paz. En: *Plan Nacional de Desarrollo* (cap.5, pp. 389-421). Bogotá: Imprenta Nacional.

MinDefensa (Ministerio de Defensa de Colombia) (2006). *Manual Red de Cooperantes (para funcionarios de la Fuerza Pública)*. Bogotá: Imprenta Nacional.

MinDefensa (Ministerio de Defensa de Colombia) (2009). Palabras del Ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, en la instalación de la conferencia Antiterrorismo Contemporáneo –la experiencia colombiana. Bogotá: Autor.

MinDefensa (Ministerio de Defensa de Colombia) (2011). *Política integral de seguridad y defensa para la prosperidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.

MinJusticia (Ministerio de Justicia y del Derecho) (2011). *Ley 1448. Ley de Víctimas y Restitución de Tierras y sus Decretos Reglamentarios*. Bogotá: Imprenta Nacional.

MinJusticia (Ministerio del Interior y de Justicia) (2011). *Estatuto Anticorrupción*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Presidencia de la Nación (2010). *Política de defensa y seguridad democrática. Informe al Congreso*. Bogotá: Imprenta Nacional.

• Internos de las FARC-EP:

Catatumbo, Pablo (1997). *La doctrina de seguridad nacional: el principal obstáculo para alcanzar la paz*. (Sin datos editoriales)

FARC-EP (s.f.). *Principios del trabajo clandestino*. (Sin datos editoriales).

FARC-EP (1993). *Declaración política de la Octava conferencia* (Sin datos editoriales).

FARC-EP (1997). *Estatuto de las Milicias Bolivarianas*. (Sin datos editoriales).

FARC-EP (1997). *Habrá insurrección de masas*. (Sin datos editoriales).

FARC-EP (1997). *Estatutos del PC3*. (Sin datos editoriales).

FARC-EP (2005). *Esbozo histórico de las FARC-EP*. (Sin datos editoriales).

FARC-EP (2005). *Curso ideológico del Movimiento Bolivariano*. (Sin datos editoriales).

- FARC-EP (2000). *El país que proponemos construir*. Bogotá: Oveja Negra. 2000.
- FARC-EP (2007). *Estatuto. Normas internas de comando. Reglamento de régimen disciplinario*. (Sin datos editoriales).
- FARC-EP (2007). *Manifiesto de las FARC. Un gran acuerdo por la paz*. (Sin datos editoriales).
- FARC-EP (2007). *Declaración política de la Novena conferencia de las FARC-EP*. (Sin datos editoriales).
- FARC-EP (2011). *Marulanda y las Farc para principiantes*. (Sin datos editoriales).
- Mono Jojoy (2007). *Plan de trabajo para los camaradas integrantes del Estado Mayor del Frente Policarpa Salavarrieta, del Bloque Oriental de las FARC-EP*. (Sin datos editoriales).
- Santrich, Jesús (2011). *Marquetalia. Raíces de la Resistencia*. (Sin datos editoriales).

- **Bibliografía de los actores:**

- Arenas, Jacobo (1972). *Diario de la resistencia de Marquetalia*. Bogotá: Abejón Mono.
- Arenas, Jacobo (1985). *Cese al fuego*. Bogotá: Oveja Negra.
- Arenas, Jacobo (1989). *Correspondencia secreta del proceso de paz*. Bogotá: Abeja Negra.
- Arenas, Jacobo (1990). *Vicisitudes del proceso de paz*. Bogotá: Abeja Negra.
- Marulanda, Manuel (1960). Notas autobiográficas. *Estudios Marxistas*, 15.
- Marulanda, Manuel (1973). *Cuadernos de campaña*. Bogotá: Abejón Mono.
- Santos, Juan Manuel (2009). *Jaque al terror. Los años horribles de las Farc*. Bogotá: Planeta.
- Santos, Juan Manuel y Blair, Tony (1999). *La Tercera Vía. Una alternativa para Colombia. Nuevas políticas para el nuevo siglo*. Bogotá: Aguilar.

- **Firmados bilateralmente:**

- Gobierno de Colombia y FARC-EP (2012). Acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. Disponible en <https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/AcuerdoGeneralTerminacionConflicto.pdf>
- Gobierno de Colombia y FARC-EP (2016). Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/24_08_2016acuerdofinalfinalfinal-1472094587.pdf

Referencias bibliográficas

- Abad, M. (2009). *Colombia: de los discursos de la violencia o de la violencia en los discursos*. Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G., y Barros, S. (2013). *Las brechas del Pueblo: reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Abud, F. (2016). *Análisis discursivo de los textos testimoniales de los líderes paramilitares colombianos*. Tesis de Maestría en Análisis del Discurso, Universidad de Buenos Aires.
- Acevedo, D. (2009). *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950*. Medellín: La Carreta editores.
- Acosta, G. (2013). Deslegitimación en el discurso político: un análisis de las declaraciones oficiales y de sus réplicas frente al movimiento social y político “Marcha Patriótica”. *Discurso & Sociedad*, 7(2), 364-391.
- Acosta Olaya, C. (2015). “¡A la carga!” *Gaitanismo, populismo y construcción de identidades políticas en Colombia (1944-1948)*. Tesis de maestría, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, Argentina.
- Adam, J.—M. (1999). *Linguistique textuelle. Des genres de discours au textes*. París: Nathan.
- Adorno, T. (1975[1966]). *Dialéctica negativa*. Madrid: Taurus.
- Aguilera, M. (2003). La memoria y los héroes guerrilleros. *Análisis Político*, 49, 3-27.
- Ahmar, A. (2014). La política es un juego. Un análisis de la metáfora de la metáfora política en la prensa española. *European Scientific Journal*, 10(4), 233-249.
- Alape, A. (1985). *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá: Planeta.
- Alape, A. (1989). *Las vidas de Pedro Antonio Marín*. Bogotá: Planeta.
- Almeyra, G. (2004). La insoportable ligereza del ser teórico. En: J. Saxe-Fernández (coord.), *Tercera vía y neoliberalismo. Un análisis crítico*. (pp. 315-321). México: Siglo XXI.
- Almirante, D. (1869). *Diccionario militar. Etimológico, histórico, tecnológico*. Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra.
- Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2010) *¿Qué son los Acuerdos para la Prosperidad?* Disponible en <http://wsp.presidencia.gov.co/Regiones/Acuerdos/Paginas/AcuerdosparalaProsperidad.aspx>
- Álvarez, A. y Chumaceiro, I. (2011). Insulto e intolerancia: La confrontación en el macrodiálogo político. *ALED*, 10(1), 35-52.

- Álvarez, R. y Suárez, L. (2016). Análisis crítico del discurso en la apertura de los diálogos de paz en Colombia, 2012. *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, 28, 69-89.
- Amnistía Internacional (2015). *Conflictos armados*. Disponible en <https://www.amnesty.org/es/what-we-do/armed-conflict/>
- Amnistía Internacional (2010). El estado de los derechos en el mundo. Londres: Autor. Disponible en http://biblioteca.hegoa.ehu.es/system/ebooks/18069/original/Amnistia_Internacional_-_Informe_2010.pdf?1280481096
- Amossy, R. (2005). O *ethos* na intersecção das disciplinas: retórica, pragmática, sociologia dos campos. En: R. Amossy (org.), *Imagens de si no discurso. A construção do ethos* (pp.119-144). São Paulo: Contexto.
- Amossy, R. (2010a). *L'argumentation dans le discours*. París: Armand Colin.
- Amossy, R. (2010b). *La présentation de soi. Ethos et identité verbale*. París: PUF.
- Amossy, R. (2014). *Apologie de la polémique*. París: PUF.
- Amossy, R. (2016). Por una retórica del dissensus: las funciones de la polémica. En: A. S. Montero (comp.), *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias* (pp. 25-38). Buenos Aires: Prometeo.
- Amossy, R. y Herschberg, A. (2010[2001]). *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.
- Amossy, R. y Koren, R. (2010). La 'Diabolisation': un avatar du discours polémique au prisme de la présidentielle 2007. En: D. Delphine, M. Huchon, A. Jaubert, M Rinn y O. Soutet, *Au corps du texte* (pp. 219-236). París: Honoré Champion.
- Anaxímenes de Lámpsaco (11989[340]). *Retórica a Alejandro*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Anderson, B. (1983). *Imagined communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres:Verso.
- Angarita, P., Gallo, H., Jiménez, B., Londoño, H., Londoño, D., Medina, G., Mesa, J., Ramírez, D., Ramírez, M. y Ruiz, A. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano. 1998-2010*. Medellín: Sílabo Editores, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Regionales.
- Angenot, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. París: Payot.
- Angenot, M. (1989). *1889: Un état du discours social*. Québec : Prémabule.
- Angenot, M. (1994). *Les Idéologies du ressentiment*. Montreal: Université McGill.
- Angenot, M. (2008a). *Dialogue du Sourds. Traité de Rhétorique Antilogique*. París: Mille et Une Nuits.
- Angenot, M. (2008b). Nuevas figuras de retórica. La lógica del resentimiento. El arte de persuadir y la causa del fracaso. Disponible en <https://www.yumpu.com/es/document/view/14254349/rencor-por-bruselas-marc-angenot>

- Angenot, M. (2009). Nouvelles propositions pour l'étude de l'argumentation dans la vie sociale. *Texte: revue critique et de théorie littéraire*, 45-46, 47-66.
- Angenot, M. (2010a). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Angenot, M. (2010b). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Angenot, M. (2010c). La pensée conspiratoire : Une histoire dialectique et rhétorique ? En: E. Danblon et L. Nicolas (dirs.), *Les rhétoriques de la conspiration* (pp.25-42). París: CNRS Éditions.
- Angenot, M. (2013a). *Rhétorique de la confiance et de l'autorité*. Montreal: Université McGill.
- Angenot, M. (2013b). *La retórica como ciencia histórica y social*. Actas del I Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina (pp.18-32), marzo 21-23, Universidad de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- Angenot, M. (2016). *Recueil d'écrits sur l'utopie et la dystopie*. Disponible en <http://marcangenot.com/wp-content/uploads/2016/01/Marc-AngenotRecueil-des-%C3%89crits-sur-l%C3%BCutopie-et-la-dystopie1.pdf>
- Ansaldi, W. y Alberto, M. (2014). Muchos hablan de ella, pocos piensan en ella. Una agenda posible para explicar la apelación a la violencia política en América Latina. En: W. Ansaldi y V. Giordano (coords.), *América Latina. Tiempos de Violencias* (pp. 27-46). Buenos Aires: Ariel.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (coords.) (2014). *América Latina. Tiempos de violencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Apothéloz, D. (1995). *Rôle et fonctionnement de l'anaphore dans la dynamique textuelle*. Ginebra: Droz.
- Apothéloz, D. et Reichler-Béguelin, M. J. (1995). Construction de la référence et stratégies de désignation. En: *Du syntagme nominal aux objets-de-discours* (pp. 227-271). Neuchâtel: Universidad de Neuchâtel.
- Aranguren, (2015). Inmunización y militarización del cuerpo social en Colombia: el Estado en emergencia permanente. *Athena Digital*, 15(4), 305-327.
- Araque, M. (2009). El gobierno de Álvaro Uribe: régimen autoritario en el contexto de la globalización de la seguridad. *Temas*, 3, 21-40.
- Arias, A. (2012). Las «Bacrim» retan a Santos. En: Corporación Nuevo Arco Iris, *Política y violencia en 2011. «Las cuentas no son tan alegres»*. Informe anual (pp.5-16). Bogotá: Arco Iris y Observatorio del Conflicto Armado.

- Aricó, J. (1982). El Bolívar de Marx. En: *Marx y América Latina* (Cap. 8). México: Alianza..
- Aristóteles (2007). Tópicos. En: *Tratados de Lógica* (pp.67-233). Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2010[329/323a.C.]). *El Arte de la Retórica* (2ª ed.). Buenos Aires: Eudeba.
- Arnoux, E. N. de (2004). El pensamiento sobre la unión americana. Estudio de una matriz discursiva. *Revista de Letras*, 9, 17-44.
- Arnoux, E. N. de (2006). *Análisis del discurso: modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Arnoux, E. N. de (2008a). *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862) Estudio glotopolítico*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- Arnoux, E. N. de (2008b). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, E. N. de (2011). El objeto ‘socialismo’ en el discurso político del presidente Hugo Chávez. En: G. Arroyo y T. Matienzo (comps.), *Pensar, decir, argumentar*. Buenos Aires: Prometeo.
- Arnoux, E. N. de (2012). Los estudios del discurso y la Glotopolítica. Entrevista. En: O. I. Londoño (ed.), *Los estudios del discurso: miradas Latinoamericanas I* (pp.149-175). Ibagué, Colombia: Publicaciones Universidad de Ibagué.
- Arnoux, E. N. de (2013). Las fronteras políticas: “socialismo del siglo XXI” y capitalismo en la profundización del proceso venezolano (Hugo Chávez, 2004-2008). *La Rivada. Investigaciones en ciencias sociales*, 1(1), 1-31.
- Arnoux, E. N. de (2015). La dimensión didáctica en la construcción del “socialismo del siglo XXI”: los discursos de Hugo Chávez. En: E. N. de Arnoux y V. Zaccari (eds.). *Discurso y política en Sudamérica* (pp. 359-402). Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, E. N. de (2016). La enseñanza de la elocuencia en una etapa de transición: manuales de retórica hispánicos en la primera mitad del siglo XIX. *Revista Abehache*, 1(10), 130-162.
- Arnoux, E. N. de, Bonnin, J., de Diego, J. y Magnanego, F. (2012). *Unasur y sus discursos*. Buenos Aires: Biblos.
- Arnoux, E. N. de y Bonnin, J. E. (2015). Politics and Discours. En: M. Lacorte (ed.), *The Routledge Handbook of Hispanic Applied Linguistics* (pp. 551-568). New York: Routledge.
- Arnoux, E. N. de y Olave, G. (2016). Presentación. En: *Discurso y Política en Colombia: problemáticas actuales* (pp.7-12). Medellín: La Carreta editores.

- Arrieta, L. (2009). *La construcción del ethos en el discurso del presidente Álvaro Uribe Vélez sobre el conflicto armado desde la Política de Seguridad Democrática*. Tesis de Maestría en Lingüística, Universidad del Valle.
- Arrieta, L. (2013). La construcción de los sujetos en el discurso del expresidente Uribe Vélez: un análisis de las tonalidades valorativas y los actos de habla. *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, 21, 103-116
- [asihablamos.com](http://www.asihablamos.com) (2006). *Mamerto*. Disponible en <http://www.asihablamos.com/www/significado/palabra/mamerto>
- Aucoin, P. (1990). Administrative Reform in Public Management: Paradigms, Principles, Paradoxes and Pendulums. *Governance International Journal of Policy and Administration*, 3(2).
- Austin, J. (1982[1962]). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Barcelona: Paidós.
- Authier-Revuz, J. (1984). Hétérogénéité(s) énonciative(s). *Langages*, 73, 98-111.
- Authier-Revuz, J. (1995). *Ces mots qui ne vont pas de soi. Boucles réflexives et non coïncidences du dire*. París: Larousse.
- Ávila, A. (2010). La guerra contra las FARC y la guerra de las FARC. *Arcanos*, 15, 22-33.
- Ávila, A. (2012). Las FARC: La guerra que el país no quiere ver. En: *Informe Anual de la Corporación Nuevo Arco Iris. Política y violencia en 2011: 'Las cuentas no son tan alegres'* (pp.17-28). Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris.
- Ávila, A. (2013). *Del Caguán a La Habana. Informe Anual de la Corporación Nuevo Arco Iris*. Bogotá: Corporación Nuevo Arco Iris.
- Ayala, C. (2006). *El populismo atrapado, la memoria y el miedo, el caso de las elecciones de 1970*. Medellín: La Carreta ediciones.
- Ayala, C. (2008). *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional: una aproximación desde el análisis crítico del discurso*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala, C. (2011). *La explosión del Populismo: Anapo y la participación política durante el Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ayala Osorio, G. (2015). El proceso de paz de La Habana y las posturas editoriales de la prensa colombiana. *Revista Summa Luris*, 3(2), 278-308.
- Bach, C. (2002). *Els connectores reformulatius catalans: anàlisi i proposta d'aplicació lexicogràfica*, Tesis doctoral, UPF.
- Bach, K. (1994). Conversational implicature. *Mind and Language* 9(2), 124-162.
- Bacot, P., Desmarchelier, D. et Rémi-Giraud, S. (2012). Le langage des chiffres en politique. *Mots. Les langages du politique*, 100, 5-14.

- Badós, B. y Durán, M. (2015). Las ‘nuevas guerras’: una propuesta metodológica para su análisis. *Revista UNISCI*, 38, 9-33.
- Bajtín, M. (1989[1937-38]). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Bajtín, M. (2003[1929]). *Problemas de la poética de Dostoievsky*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (2008[1952-23]). El problema de los géneros discursivos. En: *Estética de la creación verbal* (2ª ed.) (pp. 245-290). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (2008[1959-61]). El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanas. En: *Estética de la creación verbal* (2ª ed.) (pp. 291-320). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Banco Mundial (1997). *Informe sobre Desarrollo mundial 1997. El Estado en un mundo en transformación*. Washington: Autor.
- Baquero, J. (2009). Globalización económica y conflicto armado: un análisis macro-cuantitativo. En: F. Gutiérrez y D. Peñaranda (eds.), *Mercados y armas. Conflictos armados y paz en el período neoliberal. América Latina, una evaluación* (pp. 43-90). Medellín: La Carreta Editores.
- Barthes, R. (1967[1987]). El discurso de la historia. En: *El susurro del lenguaje. Mas allá de la palabra y la escritura* (pp.163-177). Barcelona: Paidós.
- Barzelay, M. (1998). *Atravesando la Burocracia. Una nueva perspectiva de la Administración Pública*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beacco, J-C. (1988). *La rhétorique de l'historien. Une analyse linguistique de discours*. Berne: Peter Lang.
- Beacco, J-C. (2005[2002]). Matriz discursiva. En: P. Charaudeau y D. Maingueneau (coords.), *Diccionario de Análisis del Discurso* (pp.376-377). Buenos Aires: Amorrortu.
- Beacco, J-C. (2004). Trois perspectives linguistiques sur la notion de genre discursif. *Langages*, 38(153), 109-119.
- Becker, G. (1993) *Gobierno, capital humano y crecimiento económico (discurso pronunciado ante la Reunión General de la Sociedad Mont Pèlerin)*. Disponible en [http://archipielagolibertad.org/upload/files2/003%20Desarrollo%20y%20superacion%20de%20la%20pobreza/0051%20Becker%](http://archipielagolibertad.org/upload/files2/003%20Desarrollo%20y%20superacion%20de%20la%20pobreza/0051%20Becker%20)
- Bedoya, Y. (2010). *Vida y muerte del Mono Jojoy*. Bogotá: Planeta e Intermedio editores.
- Bejarano, A. (2010). Conflicto prolongado, múltiples protagonistas y negociaciones escalonadas. En: A. Rettberg (ed.), *Conflicto armado: Seguridad y construcción de paz en Colombia* (pp. 43-68). Bogotá: Universidad de Los Andes.

- Beluche, O. (2003). *La verdadera historia de la separación de 1903. Reflexiones en torno al Centenario*. Panamá: Imprenta ARTICSA.
- Benveniste, É. (1971[1966]). De la subjetividad en el lenguaje. En: *Problemas de lingüística general I* (pp.179-187). México: Siglo XXI.
- Benveniste, É. (1977[1974]). *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI.
- Beristáin, H. (1995). *Diccionario de retórica y poética* (7ª ed.). México: Porrúa.
- Berrío, M. (2012). Únete a la causa. Propaganda en conflicto armado en Colombia. *Anagramas*, 10(20), 147-164.
- Betancur, B. y Zuluaga, C. (1995). *El tren y sus gentes: los ferrocarriles en Colombia*. Bogotá: Navegante Editores.
- Bitácora Urbano\Territorial (2016). Revista de la Universidad Nacional de Colombia. *Monográfico: Conflictos territoriales y acuerdos de paz en Colombia. Impactos en el ordenamiento territorial*, 26(2), 7-146.
- Blair, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos*, 6, 47-71.
- Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, 32, 9-33.
- Blair, T. (1999). *La Tercera vía*. Madrid: Aguilar.
- Blair, T. y Schröder, G. (1999). *The Third Way/Die new Mitte: A joint declaration*. Londres: The Labour Party.
- Bloch, E. (1977[1938-1947]). *El principio Esperanza*. Madrid: Aguilar.
- Bobbio, N. (1998). *Pacifismo*. En: N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino (coords.), *Diccionario de Política* (pp.1114-1117). México: Siglo XXI.
- Bolívar, A. (2005). Descortesía y confrontación política. Un análisis crítico. En: D. Bravo (ed.) *Estudios de la (des)cortesía en español. Categorías conceptuales y aplicaciones a corpora orales y escritos* (pp.273-297). Buenos Aires: Dunken.
- Bolívar, A. (2008). “Cachorro del imperio” versus “cachorro de Fidel”: los insultos en la política latinoamericana. *Discourse & Sociedad*, 2(1), 1-38.
- Bolívar, Í. (2006). *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las Farc y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Bogotá: Uniandes, Cesó.
- Bolívar, Í. y Torres, M. (2010). ¿Puede el poder local de los actores armados ilegales alcanzar cierto grado de legitimidad? En: C. Launay-Gama y F. González (Eds.), *Gobernanza y conflicto en Colombia. Interacción entre gobernantes y gobernados en un contexto violento* (pp. 47-59). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Bolívar, S. (2007). *Discursos y proclamas*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.

- Bolívar, S. (2013[1815]). *Antología de Simón Bolívar*. Caracas: Ediciones Correo del Orinoco.
- Boltanski, L. (2000). *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bonilla, J. (2002). *Marcos y la revolución del signo*. Disponible en www.verdadabierta.com/...de.../1229-marcos-y-la-revolucion-del-signo
- Bonilla, J., Rincón, O. y Uribe, C. (2014). Álvaro Uribe: más patria que pueblo. Comunicación política presidencial en Colombia, 2002-2010. *Revista Latinoamericana de Opinión Pública*, 4, 95-132.
- Borda, S. (2011). Cambios y continuidad en seguridad y defensa en Colombia durante 2010. ¿Hacia un esquema de transición entre la Seguridad Democrática de Uribe y la Prosperidad Democrática de Santos? En: H. Mathieu y C. Niño (eds.). *Seguridad regional en América Latina y el Caribe. Anuario 2011* (pp. 89-113). Bogotá: Fescol.
- Borja, I., Barreto, I., Alzate, M., Sabucedo, J., y López, W. (2009). Creencias sobre el adversario, violencia política y procesos de paz. *Psicothema*, 21(4), 622-627.
- Borja, H., Barreto, I., Sabucedo, J., y López, W. (2006). Construcción del discurso deslegitimador del adversario: gobierno y paramilitarismo en Colombia. *Universitas Psychologia*, 7(2), 571-583.
- Bosque, I. (2001). Prólogo. En: E. Montolío, *Conectores de la lengua escrita* (pp. 9-14). Barcelona: Ariel.
- Botero, J. (dir.) (2010). *Antes de la tormenta. La última entrevista al Mono Jojoy*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Y5Arg7CZUg4>
- Botero, L. (2008). *La estrategia terrorista: las razones del presidente Uribe para no aceptar la existencia de un conflicto armado interno en Colombia*. Bogotá: Fundación Centro de Pensamiento Primero Colombia.
- Botero, R. (2013). La construcción discursiva del odio y del miedo en la Colombia contemporánea. *Discurso & Sociedad*, 7(2), 248-265.
- Bouchet, T., Leggett, M., Vigreux, J. et Verdo, G. (dirs.) (2005). *L'insulte (en) politique : Europe et Amérique latine du XIXe siècle à nos jours*. Dijon: Éditions Universitaires de Dijon.
- Bourdieu, P. (1985) *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1992). *Language and symbolic power*. Cambridge: Polity Press.
- Bourdieu, P. (2000[1985]). Espacio social y campo político. En: *Sobre el campo político* (pp. 29-31). Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- Bourdieu, P. (2002[1976]). Algunas propiedades de los campos. En: *Campo de poder, campo intelectual* (pp. 119-126). Madrid: Montessor.

- Bourdieu y Wacquant (2005[1992]). La lógica de los campos. En: *Una invitación a la sociología reflexiva* (pp. 147-162). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brack, N. & Weinblum, S. (2011). 'Political Opposition': Towards a Renewed Research Agenda. *Interdisciplinary Political Studies*, 1(1), 69-79.
- Bradford, B. (2006). Neoliberal Epideictic: Rhetorical Form and Commemorative Politics on September 11. *Quarterly Journal of Speech*, 92(1), 1-26.
- Briz, A. (2008). *Diccionario de partículas del español*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Braun, H. (1987). *Mataron a Gaitán*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Buitrago, M. (2014). *El camino inconcluso hacia la institucionalización de la oposición política en Colombia*. Trabajo de grado en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- Calderón, E. (2012). El discurso de la seguridad democrática en el metarrelato de la lucha global contra el terrorismo bajo la retórica del derecho penal del enemigo. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Calderón, J. (2015). *La cobertura informativa de los medios de comunicación frente al conflicto armado y el proceso de paz en Colombia: responsabilidad frente a la divulgación de la noticia*. Trabajo de grado en Estudios Políticos y Resolución de conflictos, Universidad del Valle.
- Campbell, J. (1959[1949]). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Campos, Y. (dir.)(2003). *El baile rojo. Memoria de los silenciados*. Documental (58 minutos). Programa de Derechos Humanos de MSD Colombia, Ceicos. JYC Comunicación. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=QVL54FcZq5E>
- Cárdenas, F. (2013). (Des)orden y signos políticos dominantes del expresidente colombiano Álvaro Uribe Vélez. *Estudios Políticos*, 42, 85-111.
- Cárdenas, J. (2015). Los medios de comunicación como actores (des)legitimadores. Algunas reflexiones acerca del rol de los medios de comunicación sobre la construcción de la opinión pública en torno al proceso de paz de La Habana. *Análisis Político*, 85, 38-56.
- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carrillo, C. (2012). "Los héroes en Colombia sí existen": acercamiento crítico. Trabajo presentado en el VII Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso, ALED, Bogotá, Colombia.

- Carrillo Vargas, C. (2010). *Análisis del discurso de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006) bajo una lógica neopopulista*. Trabajo de grado, Universidad del Rosario, Bogotá.
- Carvajalino, M. (2012). *Excepcionalidad y autoritarismo. Ocho años de Uribe*. Tesis de Maestría en Derecho, Universidad Nacional de Colombia.
- Casado, M. (1991). Los operadores discursivos es decir, esto es, o sea y a saber en el español actual: valores de lengua y funciones textuales. *LEA*, XIII, 87-116.
- Cassin, B. (2008). *El efecto sofisticado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castellanos, E. (2014). Discurso e ideología de Álvaro Uribe Vélez sobre las guerrillas colombianas y su impacto en los procesos de paz en Colombia. *Discurso & Sociedad*, 8(2), 182-209.
- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro: parra una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Castro, D. (2013). *Análisis de la postura de la oposición política respecto a la discusión del estatuto de la oposición en Colombia. Estudio de caso: Polo Democrático Alternativo (2006-2012)*. Trabajo de grado en Ciencia Política y Gobierno, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, Colombia.
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Quilmes, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Castro, F. (2008). *La paz en Colombia*. La Habana: Editorial Política.
- Castro, J. (2007). ¿Cómo salvar a la descentralización? En: *20 años de la descentralización en Colombia: presente y futuro* (pp. 230-287). Bogotá: Rinde.
- Castro, P. (2007). El caudillismo en América Latina, ayer y hoy. *Política y Cultura*, 27, 9-29.
- Cavalcante, M. M. e Lima, S. C. de (orgs.) (2013). *Referenciação: teoria e prática*. São Paulo: Cortez Editora.
- CCJ (Comisión Colombiana de Juristas) (2008, septiembre 3). *Neoparamilitarismo y nuevas masacres*. Boletín 29: Serie sobre los derechos de las víctimas y la aplicación de la ley 975. Disponible en http://www.semana.com/documents/Doc-1683_200895.pdf
- Chambers, P. (2013). “Guerra civil continuada por otros medios”: dimensiones normativas e ideológicas del conocimiento científico-social e histórico en torno al conflicto armado colombiano. *Estudios Políticos*, 42, 37-60.
- Chaves, C. (2013). Disculpas públicas del presidente Santos en el marco de la justicia transicional en Colombia. En N. Pardo, D. García, T. Oteiza y M. C. Asqueta (comps.), *Estudios del discurso en América Latina. Homenaje a Anamaría Harvey* (pp. 193-209). Bogotá: Aled.
- Chávez, H. (2008, enero 14). *Las Farc no son terroristas; son bolivarianos*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=czGWXpK67ww>

- CHCV (Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas) (2015). *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Charaudeau, P. (2005a). *Le discours politique: les masques du pouvoir*. París: Vuibert.
- Charaudeau, P. (2005b). Efecto de sentido. En: P. Charaudeau y D. Maingueneau (dirs.), *Diccionario de análisis del discurso* (pp. 193-194). Buenos Aires: Amorrortu.
- Charaudeau, P. (2013a). *La Conquête du pouvoir. Opinion, persuasion, valeur. Les discours d'une nouvelle donne politique*. París: L'Harmattan.
- Charaudeau, P. (2013b). Le chercheur et l'engagement. Une affaire de contrat. *Argumentation et Analyse du Discours*, 11, 1-12. Disponible en <http://aad.revues.org/1532>
- Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (dirs.)(2005). *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Charry, C. (2015). Una paz esquiva. Aproximación al proceso de paz en Colombia a través de los medios de comunicación. *Anuario del conflicto Social*, 2015, 105-131.
- Charolles, M. (1987). Spécialisation des marqueurs et spécificité des opérations de reformulation, de dénomination et de rectification. En P. Bange (ed.), *L'analyse des interactions verbales* (pp. 99-122). Berne: Peter Lang.
- Chica, S. (2011). Una mirada a los nuevos enfoques de la gestión pública. *Administración & Desarrollo*, 39(53), 57-74.
- Chilton, P. (1996). *Security Metaphors: Cold War Discourse from Containment to Common House*. Nueva York: Peter Lang.
- Chomsky, N. (1991). International Terrorismo: Image and Reality. En: A. George (ed.), *Western State Terrorism*. New York: Routledge. Disponible en https://chomsky.info/199112__02/
- Chomsky, N. (2004). El terror como política exterior de Estados Unidos. La nueva guerra contra el terrorismo. *Educere, Controversia*, 26, 415-427.
- Cicerón, M.T. (1913). De la invención Retórica. Retórica a Cayo Herenio. Particiones Oratorias. Del Orador. En: M. Menéndez-Pelayo, *Obras completas de Marco Tulio Cicerón*. Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando.
- CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja) (1977). *Protocolo II, adicional al Convenio de Ginebra de 1949, relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados sin carácter internacional*. Ginebra: Autor
- CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja Internacional) (2008). *Conflictos armados internos o no internacionales*. Ginebra: Autor.

- CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja) (2012). *Los convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949*. Ginebra: Autor.
- CLAD (Consejo Latinoamericano de Administración para el Desarrollo) (1998). *Una nueva gestión pública para América Latina*. Caracas: Autor.
- Clausewitz, C. (2005). *De la guerra*. Versión íntegra. Madrid: La Esfera de los Libros.
- CM& (2016, febrero 24). '*Posturas mamertas de las Farc tendrán poca acogida*': Presidente Santos [video]. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=9yBvfk_2NNQ
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) (2013a) *¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) (2013b). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las farc. 1949-2013*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica) (2014). *No hubo tiempo para la tristeza. Documental* [audiovisual]. Disponible en <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/documental.html>
- CNN (2012, agosto 3). *La popularidad de Santos se desploma por su «ineficacia» en seguridad*. Disponible en <http://cnnespanol.cnn.com/2012/08/03/la-popularidad-de-santos-se-desploma-por-su-ineficacia-en-seguridad/>
- CNRR (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación). (2005). *Informe No.1. Disidentes, rearmados y emergentes: ¿bandas criminales o tercera generación paramilitar?* Bogotá: USAID.
- CODHES (2011). De la seguridad a la prosperidad democrática en medio del conflicto. *Boletín de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento*, 78, 1-32.
- Colombia (1991). Constitución Política de Colombia. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Congreso de Colombia (2012, julio 31). *Acto Legislativo N° 01. Por medio del cual se establecen elementos jurídicos de justicia transicional en el marco del artículo 22 de la Constitución Política y se dictan otras disposiciones*. Bogotá: Autor.
- COP (Corporación Observatorio para la Paz) (2009). *Guerras inútiles. Una historia de las FARC*. Bogotá: Intermedio.
- Cornificio (~86-82 a.C.). *Retórica a Herenio*. Madrid: Gredos.
- Corporación Transparencia por Colombia (2011). *Alcances y limitaciones del Estatuto Anticorrupción: recomendaciones para una reglamentación efectiva y eficaz*. *Kas Papers*, 14. Bogotá: Konrad Adenauer Stiftung.
- Corrarelo, A. (2011). Adecuación de la matriz latinoamericanista en el discurso de Fidel Castro durante el período 1959-1986. Buenos Aires: CLACSO.
- Corrarelo, A. (2015). Fidel Castro: De una dimensión política a una dimensión moral. El interdiscurso religioso como atenuación del cambio revolucionario (1959-1962). En: E.

- N. de Arnoux y V. Zaccari (eds.). *Discurso y política en Sudamérica* (pp. 67-96). Buenos Aires: Biblos.
- Correa, M. (2006). Desinformación y propaganda: estrategias de gestión de la comunicación en el conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 8(15), 94-106.
- Correa, M. (2008). El lenguaje de los medios que intensifica el conflicto armado colombiano. *Reflexión Política*, 10(19), 106-113.
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (3.ª ed.). Madrid: Gredos.
- Cortés, L. y Camacho, M. (2005). *Unidades de segmentación y marcadores del discurso*. Madrid: Arco Libros.
- Cortez, S. L. e Koch, I. V. (2013). A construção do ponto de vista por medio de formas referenciais. En: M. M. Cavalcante e S. C. Lima (orgs.), *Referenciação: teoria e prática* (pp.9-29). São Paulo: Cortez Editora.
- Coulson, S. (2001). *Semantic Leaps: Frame-Shifting and Conceptual Blending in Meaning Construction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Courtine, J.-J. (1981). Análisis del discurso político. El discurso comunista dirigido a los cristianos. *Langages*, 62, 1-52.
- Courtine, J.-J. (1994). Le tissu de la mémoire : quelques perspectives de travail historique dans les sciences du langage. *Langages*, 28(144), 5-12.
- Courtine, J.-J. (2006). *Metamorfoses do discurso político: as derivas da fala pública*. São Carlos: Claraluz.
- Courtine, J.-J. (2008). Discursos sólidos, discursos líquidos: a mutação das discursividades contemporâneas. En: V. Sargentini y M. Gregolin (orgs.), *Análise do Discurso: heranças, métodos e objetos*. São Carlos: Claraluz, 2009. p. 11-20.
- Courtine, J.-J. (2011). *Déchiffrer le corps : penser avec Foucault*. Grenoble : Éditions Jérôme Millon.
- Courtine J.-J. et Marandin, J.-M. (1981). Quel objet pour l'analyse du discours? En: B. Conein et al. (eds.), *Matérialités discursives* (pp. 21-34). Lille: Presses Universitaires de Lille.
- Criscione, G. (2011). Las prácticas tanatopolíticas en los tiempos de la Seguridad Democrática. Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad Javeriana.
- Cruz, E. (2009). Discurso y legitimación del paramilitarismo en Colombia: tras las huellas del proyecto hegemónico. *Ciencia Política*, 8, 82-114.
- Cruz, E. (2014). La protesta social en el primer gobierno de Juan Manuel Santos. *Jurídicas CUC* 10(1), 233-281.
- Cuvardic, C. (2004). La metáfora en el discurso político. *Reflexiones*, 83(2), 61-72.

- Cussó, R. et Gobin, C. (2008). Du discours politique au discours expert. Le changement politique mis hors débat? *Mots. Les langages du politique*, 88, 5-11.
- Dabracio, G. (2012). Nuestros conflictos y memorias. El conflicto armado colombiano. *Pelotas*, 43, 153-171.
- Dahl, R. (1971). *Polyarchy, participation and opposition*. New Haven and London: Yale University Press.
- Danblon, E. (2002). *Rhétorique et rationalité*. Bruselas: Éditions de l'Université de Bruxelles.
- Danblon, E. (2004). *Argumenter en démocratie*. París: Éditions Labor.
- Danblon, E. (2005). *La fonction persuasive. Anthropologie du discours rhétorique : origines et actualité*. París: Armand Colin.
- Danblon, E. (2007). Crises rhétoriques, crises démocratiques. *Questions de communication*, 12, 7-18.
- Danblon, E. (2010). La disuasión como técnica retórica de creación de una « disposición general a la inacción ». En: R. Marafioti y C. Santibáñez (coords.), *Teoría de la argumentación. A 50 años de Perelman y Toulmin* (pp. 81-88). Buenos Aires: Biblos.
- Danblon, E. (2013). *L'homme rhétorique*. París: Cerf.
- Danblon, E. (2015). L'utopique comme gouvernail des sociétés humaines. Enquête sur une (possible) fonction rhétorique de la Modernité. *RIFL*, 156-172. doi 10.4396/2015RET11
- Danblon, E. et Nicolas, J. L. (2010). Rhétorique et topique de la conspiration. En: E. Danblon et J. L. Nicolas (éds.), *Les rhétoriques de la conspiration* (pp.33-42). Bruxelles: CNRS Éditions.
- Dascal, M. (1996). Types of polemics and types of polemical moves. En: S. Cmejrkova, J. Hoffmannova, O. Mullerova & J. Svetla, *Dialogue Analysis VI* (pp. 15-33). Tubingen: Max Niemeyer.
- Dascal, M. (1999). *Filosofía del lenguaje II. Pragmática*. Madrid: Trotta.
- Dascal, M. (2008). Dichotomies and types of debates. En: F. van Eemeren & B. Garssen, Bart (eds), *Controversy and Confrontation* (pp. 27-49). Amsterdam/Philadelphía: Benjamins.
- Davies, E. y Harré, R. (1999). Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad. *sociológica*, 14(39), 215-239.
- Dávila, A. (1999). Clientelismo, intermediación y representación política en Colombia: ¿qué ha pasado en los noventa? *Estudios Políticos*, 15, 61-78.
- Dávila Hoyos, V. (2014). *Enemigos: Santos y Uribe ¿Por qué se odian?* Bogotá: Editorial Camm.
- De la Torre, A. (2006). El método cartesiano y la geometría analítica. *Matemáticas: Enseñanza Universitaria*, 8(1), 1-13.

- De Vega, P. (1970). Para una teoría política de la oposición. *Boletín Informativo de Ciencia Política*, 5, 1-39.
- Delgado, A. (2012). La construcción del enemigo en el discurso uribista. Un estudio desde el modelo dialogal. *RILL Nueva época, Prácticas discursivas a través de las disciplinas*, 17(1/2), 1-22.
- Delgado, A. (2013). La polémica en el discurso del expresidente colombiano Álvaro Uribe Vélez: los argumentos *ad hominem* y su función como configuradores del enemigo político, el «terrorismo». *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, 22, 91-108.
- Delgado, A. (2016). Metáforas conceptuales y su función argumentativa en el discurso de Álvaro Uribe Vélez. En: G. Olave y E. N. de Arnoux (coords.), *Discurso y Política en Colombia: problemáticas actuales* (pp. 107-122). Medellín: La Carreta editores.
- Delgado Barón, M. (2011). *Las víctimas como sujetos políticos en el proceso de justicia y paz en Colombia: discursos imperantes y disruptivos en torno a la reconciliación, la justicia, la verdad y la reparación*. Tesis doctoral, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, México.
- Demóstenes. (352 a.C.[1998]). *Las Filípicas. Sobre la Corona*. Madrid: Cátedra.
- Descartes, R. (2008[1689]). *La Géométrie. Livre Premier: des problèmes qu'on peut construire sans y employer que des cercles et des lignes droites*. París: A. Hermann, Librairie Scientifique.
- De Zubiría, S. (2015). Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 194-247). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Di Steffano, M. (coord.)(2006a). *Metáforas en uso*. Buenos Aires: Biblos.
- Di Steffano, M. (2006b). 'Palestina es Auschwitz': una metáfora en conflicto. En: M. Di Steffano (coord.), *Metáforas en uso* (pp.135-155). Buenos Aires: Biblos.
- Díaz, J. (2010). *El Movimiento Obrero Estudiantil Campesino 7 de enero y los orígenes de la nueva izquierda en Colombia. 1959-1969*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- Domenach, J. M. (1950). *Le propagande politique*. París: Presses Universitaires de France.
- Dominicy, M. (1996). Le genre épideictique: une argumentation sans questionnement? En C. H. (coord.), *Argumentation et questionnement* (págs. 1-12). París: Presses Universitaires de France.
- Drucker, P. (1986). *Administración por resultados. La era de la discontinuidad: las Pautas a Nuestra Sociedad Cambiante*. USA: Edhasa.

- Dubar, C. et Rolle, C. (2008). Les temporalités dans les sciences sociales : introduction. *Temporalités. Revue de Sciences Sociales et Humaines*, 8. Disponible en <http://temporalites.revues.org/57>.
- Ducrot, O. (1985). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Hachette.
- Duncan, G. (2006). *Los Señores de la Guerra. De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Duncan, G. (2015). Exclusión, insurrección y crimen. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 248-289). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Dupréel, E. (1948). *Les sophistes*. Neuchâtel: Université de Neuchâtel
- Duque, I. (2015). *Una paz verdadera*. Disponible en <http://www.alvarouribevelez.com.co/es/content/una-paz-verdadera>
- Duque, M. (2011, febrero 28). *El lado oscuro de la seguridad democrática: el caso de la compañía Cacica La Gaitana*. Disponible en <http://www.razonpublica.com/index.php/conflicto-drogas-y-paz-temas-30/1841-el-lado-oscuro-de-la-seguridad-democratica-el-caso-de-la-compania-cacica-la-gaitana>
- EFE (2009, febrero 5). *Las FARC liberan al ex diputado colombiano Sigifredo López tras siete años de secuestro*. Disponible en <http://www.20minutos.es/noticia/448418/0/farc/sigifredo/liberado/>
- [elespectador.com](http://www.elespectador.com) (2012, junio 4). *Uribe reitera críticas al marco legal para la paz*. Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/libros/uribe-reitera-criticas-al-marco-legal-paz-articulo-350949>
- [elespectador.com](http://www.elespectador.com) (2008, junio 13). *Correa coincide con Chávez en que las Farc deben dejar las armas*. Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/paz/articulo-correa-coincide-chavez-farc-deben-dejar-armas>
- [eltiempo.com](http://www.eltiempo.com) (2012, septiembre 25). *Subteniente (r.) Muñoz, condenado a 60 años por crimen de Arauca*. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12252801>
- Elias, N. (2014). *L'utopie*. París: La Découverte.
- Ernot, P. et Rosier, L. (2004). L'ontotype: une sous-categorie pertinente pour classer les insultes? *Langue française*, 4(144), 35-48. doi: 10.3917/lf.144.0035.
- Espósito, R. (2006). *Bios, biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Espósito, R. (2013). Vida biológica y vida política. *Pléyade*, 12, 15-33.

- Estrada, F. (2000). El lenguaje de la guerra y la política en Colombia. *Reflexión Política*, 2(4), 1-8.
- Estrada, F. (2001). La retórica del paramilitarismo. Análisis del discurso del conflicto armado colombiano. *Análisis Político*, 44, 42-64.
- Estrada, F. (2004). *Las metáforas de una guerra perpetua. Estudios sobre pragmática del discurso en el conflicto armado colombiano*. Medellín: Universidad EAFIT, Cielos de Arena.
- Estrada, J. (2006). Las reformas estructurales y la construcción del orden neoliberal en Colombia. En: A. Ceceña (comp.), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (pp.247-284). Buenos Aires: CLACSO.
- Estrada, J. (2015). Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada. Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 290-351). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Fair, H. (2008). El rol de los componentes pasivos en la legitimación del discurso menemista. *Revista Electrónica de Psicología Política*, 6(16). Disponible en http://www.psicopol.unsl.edu.ar/marzo08_03.pdf
- Fairclough, N. (2000). Representaciones del cambio en el discurso neoliberal. *Cuaderno de Relaciones Laborales*, 16, 13-35.
- Fairclough, N. (2005). *Neo-liberalism. A discourse-analytical perspective*. Proceedings of Conference on British and American Studies.
- Fairclough, N. & Fairclough, I. (2012). *Political Discourse Analysis. A method for advanced students*. New York: Routledge.
- Fajardo, D. (2015). Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 352-406). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Fals Borda, O. (1968). *Subversión y cambio social en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Fauconnier, G. & Turner, M. (2002). *The Way We Think: Conceptual Blending and the Mind's Hidden Complexities*. Nueva York: Basic Books.

- Felman, S. (1979). Le discours polémique (propositions préliminaires pour une théorie de la polémique). *Cahiers de l'Association Internationale d'études françaises*, 31, 179-192. doi: 10.3406/caief.1979.1195
- Ferrari, C. (2009). Tiempos de incertidumbre. Causas y consecuencias de la crisis mundial. *Revista de Economía Institucional*, 10(19), 55-78.
- Ferro, J. y Uribe, G. (2002). *El orden de la guerra: las FARC-EP, entre la organización y la política*. Bogotá: Centro Editorial Universidad Javierana.
- Ferry, V. et Zagarella, R. (2015). Sentir en commun. Une approche rhétorique de la sociabilité. *RIFL*, 95-108. doi: 10.4396/2015RET07
- FIDH (Federación Internacional de Derechos Humanos) (2012). *Colombia. La guerra se mide en litros de sangre*. París: Autor.
- Fierro, M. (2011). *Álvaro Uribe Vélez: neopopulismo, retórica y asimilación de su discurso por los bogotanos*. Tesis de Maestría en Estudios Políticos, Universidad Nacional de Colombia.
- Foucault, M. (1970[1969]). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979[1976]). Verdad y poder. Entrevista con M. Fontana en *Revista L'Arc*, 70, especial, 16-26. En: *Microfísica del poder* (pp. 175-189). Madrid: La Piqueta Ediciones.
- Foucault, M. (1984[1994]). Veridicción (entrada enciclopédica en D. Huisman (ed.), *Dictionnaire des philosophes*, Tomo I, pp. 942-944. Paris: PUF). En: *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, III* (pp. 363-368). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1984[1999]). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad. Entrevista con H. Becker, R. Fernet-Betancourt y A. Gómez-Müller, *Revista Internacional de Filosofía Concordia*, 6, 99-116. En: *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, III* (pp. 393-415). Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1992[1970]). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, M. (2004[1983]). *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2008[1978-79]). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2009[1982-83]). *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1982-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2010[1983-84]). *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France (1983-1984)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012[1970-71]). *Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el Collège de France (1979-1971)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. (2014[1979-80]). *Del gobierno de los vivos. Curso en el Collège de France (1979-80)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Florescu, V. (1982). *La Rhétorique et la Néorhétorique. Genèse, évolution, perspectives*. Bucarest: Academiei.
- Fuentes Rodríguez, C. (1993). Conclusivos y reformulativos. *Verba*, 20: 171-196.
- Fuentes Rodríguez, C. (2009). *Diccionario de conectores y operadores del español*. Madrid: Arco Libros.
- FundéuBBVA (2016). *Historificar-historizar*. Disponible en <http://www.fundeu.es/consulta/historificar-historizar-2517/>
- Galán, C. (1998). La dimensión explicativa y deóntica de los conectores o sea y es decir. *Anuario de Estudios Filológicos*, XXI, 85-104.
- Galaviz, T. (2006). De rebelde a insurrecto: la imagen del Fariano en los discursos políticos gubernamentales en Colombia. En: E. Camacho (coord.), *El rebelde contemporáneo en el circuncaribe. Imágenes y representaciones* (pp. 394-407). México: CCyDEL, Edere.
- Galindo, C. (2006). Neopopulismo en Colombia. El caso de Álvaro Uribe Vélez. *Íconos*, 27, 147-162.
- Gallup Colombia (2011, junio). *Encuesta sobre percepción del Gobierno*. Disponible en <http://lasillavacia.com/sites/default/files/media/photo/24556/gallup.pdf>
- Garcés, M. (2006). Las operaciones de reformulación. En: M. Villayandre (ed.), *Actas del XXXV Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística* (pp. 654-672). Recuperado de <http://fhyc.unileon.es/SEL/actas/Garces.pdf>
- Garcés, M. (2008). La organización del discurso: marcadores de ordenación y de reformulación. Madrid/Fránkfort: Vervuert.
- García, A. (1973). *Reforma agraria y dominación social en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones S. I. A. P, Internacional Planning Society.
- García Durán, M. (2008). *El conflicto armado colombiano: ¿El fin del fin?* Bogotá: CINEP-PPP.
- García Negroni, M. (1988). La destinación en el discurso político: una categoría múltiple. En *Lenguaje en Contexto I* (1/2), 85-111.
- García Negroni, M. (2009). Negación y descalificación. A propósito de la negación metalingüística. *Ciências & Letras*, 45, 61-82.
- García Negroni, M. (ed.) (2014). *Marcadores del discurso: perspectivas y contrastes*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- García Negroni, M.M. y Zoppi Fontana, M. (1992) *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*. Buenos Aires: Hachette.
- Gaviria, J. (2005). *Sofismas del terrorismo en Colombia*. Bogotá: Planeta.

- Genette, G. (2001[1987]). *Umbrales*. México: Siglo XXI.
- GESCAL (2015). *La paz en Colombia. Dossier*. Revista del Grupo de Estudios sobre Colombia y América Latina, GESCAL. Disponible en <http://gescal.org/cuadernosdelgescal/>
- Gibbs, R. (2008). *The Cambridge handbook of metaphor and thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Giddens, A. (1998). *La Tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. México: Santillana.
- Giraldo, J. (2016). *Las ideas en la guerra. Justificación y crítica en la Colombia contemporánea*. Bogotá: Debate.
- Giraldo, J. (2015). Política y guerra sin compasión. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 451-497). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Giraldo Moreno, J. (2015). Aportes sobre el origen del conflicto armado en Colombia, su persistencia y sus impactos. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 407-450). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Göbel, B. y Ulloa, A. (2014). *Extractivismo minero en Colombia y América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Gobierno de Colombia y FARC-EP (agosto 5 de 2014). *Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Comunicado conjunto*. Disponible en <https://www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/comunicado-conjunto-la-habana-05-de-agosto-de-2014>
- Goffman, E. (1974). *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.
- Gómez, A. (2008). Lenguaje de la guerra: muerte de la política. En: *La reconstrucción de Colombia: escritos políticos* (pp. 97-123). Bogotá: La Carreta Política.
- Gómez, J. (2005). Del régimen de comunicación política del presidente de Colombia Álvaro Uribe Vélez. *Palabra Clave*, 8(2), 63-92.
- Gómez, O. (2009). *Secuestro en Colombia. Significados y prácticas discursivas*. Trabajo de grado, Universidad Nacional de Colombia.
- González, B. (1990). La caricatura política en Colombia. En 160 años, crítica y humor: otra manera de juzgar los hechos. *Credencial Historia*, 10, 4-11.

- González, F. (2003). ¿Colapso parcial o presencia diferenciada del Estado en Colombia?: una mirada desde la historia. *Revista Colombia Internacional*, 58, 124-157.
- González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: ODECOFI, CINEP, COLCIENCIAS.
- González Piñeros, N. (2006). *Resistencia indígena: alternativa en medio del conflicto armado colombiano*. Cali: Sello Editorial Javeriano.
- González Posso, C. (2014). Los nombres de la guerra en la memoria histórica. En: Centro de Memoria, Paz y Reconciliación (comp.), *Rompecabezas de la paz ¿Aportes a una comisión de la verdad?* (pp.19-36). Bogotá: Imprenta Nacional.
- González, F., Bolívar, Í. y Vásquez, T. (2002). *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: CINEP.
- González Mantilla, V. (2013). Discursos de la guerra en Colombia, 1998-2005. *Comunicación y Ciudadanía*, 6, 38-48.
- Gordillo, C. (2013). *Seguridad Mediática. La propaganda militarista en la Colombia contemporánea*. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios.
- Gorz, A. (2001). La personne devient une entreprise. Note sur le travail de production de soi. *Revue du MAUSS*, 2(18), 61-66.
- Granada, S., Restrepo, J. y Vargas, A. (2009). El agotamiento de la política de seguridad: evolución y transformaciones recientes en el conflicto armado colombiano. En: J. Restrepo y D. Aponte (eds.), *Guerra y violencias en Colombia: herramientas e interpretaciones* (pp.27-124). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Granada, S., Restrepo, J. y Tobón, A. (2009). Neoparamilitarismo en Colombia: una herramienta conceptual para la interpretación de dinámicas recientes del conflicto armado colombiano. En: J. Restrepo y D. Aponte (eds.), *Guerra y violencias en Colombia: herramientas e interpretaciones* (pp. 467-499). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Granero, I. (2010). *Introducción a El arte de la retórica (2ª ed.)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Greimas, A. y Courtès, J. (1982[1979]). *Semiótica. Diccionario razonado de las ciencias del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- Grice, P. (1989[1975]). Logic and conversation. En P. Grice, *Studies in the way of words* (pp. 22-40). Cambridge/Londres: Harvard University Press.
- Grize, J.-B. (1973). Logique et discours pratique. *Communications*, 20, 92-100 doi: 10.3406/comm.1973.1299
- Grize, J.-B. (1990). *Logique et Langage*. París: Ophrys.
- Grize, J.-B. (1993). Logique naturelle et représentations sociales. *Papers on Social Representations - Textes sur les Représentations Sociales*, 2(3), 1-159.

- Grize, J-B. (1995). Argumentation et logique naturelle. Convaincre et persuader. *Hermès*, 15, 263-269.
- Grize, J-B. (1996). *Logique naturelle & communications*. Paris: PUF.
- Grize, J-B. (1998). Logique naturelle, activité de schématisation et concept de représentation. *Cahiers de Praxématique*, 31, 115-125.
- Grize, J-B. (2004). El punto de vista de la lógica natural: demostrar, probar y argumentar. En: M. Doury y S. Moirand (eds.), *La argumentación, hoy* (pp.43-53). Madrid: Montesinos.
- Guarín, R. (2005) Colombia: democracia incompleta. Introducción a la oposición política. En: *Proyecto integral para la modernización del sistema electoral colombiano* (pp. 17-242). Bogotá: División de Asistencia Electoral; Departamento de Asuntos Políticos, Secretariado de la Organización de las Naciones Unidas; Registraduría Nacional del Estado Civil; Agencia Colombiana de Cooperación Internacional; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Guerrero, O. (2005). Nueva Gerencia Pública: ¿gobierno sin política? *Gerencia*, 8(23), 1-21.
- Guerrero, O. (2009). El fin de la Nueva Gerencia Pública. *Revista Chilena de Administración Pública*, 13, 5-22.
- Guevara, E. (2004). *Obras escogidas*. Santiago de Chile: Resma.
- Gülich, E. et Kotschi, T. (1983). Les Marqueurs De La Réformulation Paraphrastique. *Cahiers de linguistique française*, 5: 305-51.
- Gutiérrez, F. (1995). *Curso y discurso del movimiento plebeyo (1849-1854)*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Gutiérrez, F. (2009). Colombia: reestructuración de la violencia. En: F. Gutiérrez y D. Peñaranda (eds.), *Mercados y armas. Conflictos armados y paz en el período neoliberal. América Latina, una evaluación* (pp. 155-188). Medellín: La Carreta Editores.
- Gutiérrez, F. (2015) ¿Una historia simple? En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 498-540). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Gutiérrez, F. y Peñaranda, D. (eds.) (2009). *Mercados y armas. Conflictos armados y paz en el período neoliberal. América Latina, una evaluación*. Medellín: La Carreta editores.
- Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (2010[1962]). *La violencia en Colombia. Tomo I*. Bogotá: Norma.
- Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (2010[1964]). *La violencia en Colombia. Tomo II*. Bogotá: Norma.

- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hamill, H. (1992). *Caudillos: Dictators in Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Haroche, C., Henry, P. y Pêcheux, M. (1971). La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours, *Langages*, 6e année 24: 93-106.
- Harwich, N. (2003). Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía. *Iberoamericana*, III(10), 7-22.
- Hastings, M. (2009). De la vitupération. Le pamphlet et les régimes du 'dire vrai' en politique. *Mots, les langages du politique*, 91, 35-49.
- Hastings, M., Passard, C. et Rennes, J. (2009). Les mutations du pamphlet dans la France contemporaine. *Mots. Les langages du politique*, 91, 5-17.
- Heckscher, E. F. (1983). *La época del mercantilismo. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henderson, J. (2012). *Víctima de la globalización. La historia de cómo el narcotráfico destruyó la paz en Colombia*. México: Siglo del Hombre Editores.
- Heyck, A. (2009). Análisis del acuerdo humanitario como alternativa de negociación para lograr la libertad de los secuestrados políticos en Colombia. *Revista Paz y Conflictos*, 2, 82-98.
- Higuera, D. (2003). Paz y conflicto: lucha por la determinación de los significados en los discursos de las AUC y las FARC-EP. En: A. Góngora et al. (Eds.), *Etnografías contemporáneas. Otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica* (pp. 69- 98). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Hobsbawm, E. (2010[1973]). *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel.
- Holloway, C. (2010). *The dangerous vacuity of our public discourse*. Disponible en <http://www.thepublicdiscourse.com/2010/06/1346>
- Hood, C. (1987). British Administrative Trends and the Public Choice Revolution. En: J. Lane,(ed.). *Bureaucracy and Public Choice* (pp.145-170). London: Sage Publications.
- Hood, C. (1991). A Public Management for all Seasons? *Public Administration*, 69(1), 3-19.
- Hood, S. y Martin, J. (2005). Invocación de actitudes: el juego de la gradación de la valoración en el discurso. *Signos*, 38(58), 195-220.
- HRW (Human Rights Watch) (1998). Violaciones del Derecho Internacional Humanitario por parte de la guerrilla. En: *Guerra sin cuartel. Colombia y el Derecho Internacional Humanitario*. Disponible en <https://www.hrw.org/legacy/spanish/informes/1998/ guerra5A.html#farc>

- HRW (Human Rights Watch) (2010). *Herederos paramilitares. La nueva cara de la violencia en Colombia*. EUA: Autor.
- Ibáñez, A. y Muñoz, J. (2010). La persistencia de la concentración de la tierra en Colombia: ¿Qué pasó entre 2000 y 2009? En: A. Bergsmo et al. (eds.), *Distributive justice in transitions* (pp. 279-308). Oslo: Torkel Opsahl Academic Epublisher and Peace Research Institute.
- IEPRI (Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) (2005). *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá: Norma.
- [infolatam.com](http://www.infolatam.com) (2010, agosto 6). El fin del fin de las FARC. Disponible en <http://www.infolatam.com/2010/08/06/frddy-padilla-de-leon-farc-inteligencia/>
- Isócrates (2007[390a.C.]). *Discursos*. Madrid: Gredos.
- Jaramillo, J. E. (2013). Bolívar y Santander: un contrapunto histórico y personal. *Revista Aleph*, XLVII(165). Disponible en <http://www.revistaaleph.com.co/component/k2/item/640-bolivar-y-santander-contrapunto-historico-y-personal.html>
- Jiménez, S. (2005). La dimensión retórica y el discurso de Álvaro Uribe Vélez sobre el conflicto armado en Colombia. En: L. A. Ramírez y G. L. Acosta (Coords.), *Estudios del Discurso en Colombia* (pp. 155-172). Medellín: Universidad de Medellín.
- Juárez, F. & Contreras, F. (2012). The influence of optimism and socioeconomic characteristics on leadership practices. *International Journal of Psychological Research*, 5(2), 18-29.
- Kaldor, M. (2006). *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era* (2nd ed.). Cambridge: Polity.
- Kerbrat-Orecchioni, K. (1980). *Le discours polémique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- Kerbrat-Orechionni, K. (1986a). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette.
- Kerbrat-Orecchioni, K. (1986b). *L'implicit*. París: Armand Colin.
- Klare, M. (2003). *La guerra por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona: Urano Tendencias.
- Koch, I.G.V. (2002). *O texto e a construção dos sentidos* (6ª ed.). São Paulo: Contexto.
- Kock, I.G.V. (2004). *Introdução à Lingüística Textual: trajetória e grandes temas*. São Paulo: Martins Fontes.
- Koch, I.G.V. (2005). Referenciação e orientação argumentativa. En: I.G.V. Koch, E. M. Morato e A. C. Bentes (orgs.), *Referenciação e discurso* (pp.33-52). São Paulo: Contexto.
- Koch, I.G.V. (2009). *As tramas do texto*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.

- Kohan, N. (2011). *Simón Bolívar y la «manzana prohibida» de la revolución latinoamericana*. Buenos Aires: Trinchera.
- Kohan, N. (2013). Bolívar, la guerra social y el pueblo en armas. *Cuadernos de Marte*, 4(5), 45-61.
- Kotschi, T. (2001). Formulierungspraxis als Mittel der Gesprächsaufrechterhaltung. En K. Brinker (ed.), *Text- und Gesprächslinguistik* (pp. 1340-1348). Berlín/Nueva York: Walter de Gruyter.
- Kövecses, Z. (2009). Metaphor, Culture, and Discourse: The Pressure of Coherence. En: A. Musolff & J. Zinken (eds.), *Metaphor and Discourse* (pp.11-24). Londres: Palgrave Macmillan.
- Kövecses, Z. (2010). *Metaphor. A practical introduction* (2ª ed.). Oxford: Oxford University Press.
- Krieg-Planque, A. (2004). Souligner l'euphémisme: opération savante ou acte d'engagement? Analyse du «jugement d'euphémisation» dans le discours politique. *Semen*, 17. Disponible en <http://semen.revues.org/2351>
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009). Populismo. ¿Qué nos dice el nombre? En F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 51-71). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lakoff, G. (1987). *Women, fire and other dangerous things*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lakoff, G. (1993). The contemporary theory of metaphor. En: A. Ortony (ed.), *Metaphor and thought* (pp. 202-251). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1994[1980]). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. & Johnson, M. (1999). *Philosophy in the flesh, the embodied mind and its challenge to western thought*. Nueva York: Basic Books.
- lasillavacia.com (2014, mayo 13). Juan Manuel Santos, programado para ser presidente. Disponible en <http://lasillavacia.com/historia/juan-manuel-santos-programado-para-ser-presidente-47894>
- Latorre, M. (1986). Colombia: ¿una sociedad bloqueada? En: P. Pinzón, *La oposición en Colombia: algunas bases para su discusión* (pp.43-51). Bogotá: UNIANDES CEI-FESCOL.

- Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Launay-Gama, C. y González, F. (2011). *Gobernanza y conflicto en Colombia: interacción entre gobernantes y gobernados en un contexto violento*. Bogotá: CINEP.
- Le Bart, C. (2009). Le pamphlet politique aujourd'hui. Une catégorie honteuse? *Mots. Les Langages du politique*, 91, 67-81.
- Leal, F. (1995). Estabilidad macroeconómica e institucional y violencia crónica. En: F. Leal (comp.), *En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los años noventa*. (pp.21-62). Bogotá: Tercer Mundo editores, IEPRI – Universidad Nacional-Bogotá y COLCIENCIAS.
- Leal, F. (2003). La doctrina de Seguridad Nacional: materialización de la Guerra Fría en América del Sur. *Revista de Estudios Sociales, Universidad de Los Andes*, 15, 74-87.
- Leal, F. (2011). Una visión de la seguridad en Colombia. *Análisis Político*, 73, 3-36.
- Lefort, C. (1985). La cuestión de la democracia. *Revista Opciones*, 6, 73-86.
- Lehmann, Ch. (1980). *Geometría analítica*. México: Limusa.
- León, J. (2005). *País de plomo*. Bogotá: Aguilar.
- León, J. (2009). *La Silla Vacía desclasifica el rompecabezas sobre los falsos positivos*. Disponible en <http://lasillavacia.com/especial/4375/la-silla-vacia-desclasifica-el-rompecabezas-sobre-los-falsos-positivos>
- León Vargas, Y. (2005). *La ayuda de Estados Unidos a Colombia luego del 11/9*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Lester, J. (2004). El sentido común, la realidad y la Tercera vía: la ilusión de una alternativa al neoliberalismo. En: J. Saxe-Fernández (coord.), *Tercera vía y neoliberalismo. Un análisis crítico*. (pp. 9-34). México: Siglo XXI.
- Leyva, S. (2011). Hacia un nuevo debate sobre la descentralización en Colombia: el análisis intergubernamental desde una lectura institucional. *Revista CS, Instituciones, Tensiones y Equilibrios Sociales, Universidad ICESI*, 8, 211-243.
- Lima, S.M.C. e Feltes, H.P.M. (2013). A construção de referentes no texto/discurso: um processo de múltiplas âncoras. En: M.M. Cavalcante e S.M.C. Lima (orgs.). *Referenciação: teoria e prática* (pp. 30-58). São Paulo: Cortez Editora.
- Loeza, S. (2001). *Oposición y Democracia*. México: Instituto Federal Electoral.
- López, A. (2005). Los fundamentos de la Nueva Gestión Pública: lógica privada y poder tecnocrático en el Estado mínimo. En: M. Thwaites y A. López (eds.), *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino* (Cap.2). Buenos Aires: Prometeo.

- López, C. (ed.) (2010). *Y refundaron la patria... De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*. Bogotá: Random House Mondadori.
- López, W. (2011). *Medios de comunicación, conflicto y paz: sobre el enmarcamiento psicosocial del conflicto sociopolítico y la paz en Colombia*. Tesis doctoral, Universidad Santiago de Compostela, Galicia, España.
- López Fonseca, L. (2011). *Efectos de la política de seguridad sobre el crecimiento económico en Colombia 1990-2006*. Tesis de Maestría en Economía, Universidad Nacional de Colombia. Disponible en http://www.repository.fedesarrollo.org.co/bitstream/11445/290/2/Co_Eco_Sem2_2011_Lopez.pdf
- López de la Roche, F. (2014). *Las ficciones del poder. Patriotismo, medios de comunicación y reorientación afectiva de los medios bajo Uribe Vélez (2002-2010)*. Bogotá: IEPRI / Debate.
- López Tobón, S. (2014, junio 16). *Sigifredo López: 'no se pueden repartir perdones por delitos atroces'*. Disponible en <http://centromemoria.gov.co/741/>
- Loureda, Ó. y Acín, E. (eds) (2010). *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*. Madrid: Arco/Libros.
- Lozano, W. (2005). La izquierda latinoamericana en el poder. Interrogantes sobre un proceso en marcha. *Nueva Sociedad*, 197, 129-145.
- Luhmann, N. (1996). *Confianza*. México: Anthropos.
- Lynch, J. (1992). *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*. Oxford: Claredon Press.
- Mackenzie, E. (2008). *Las Farc: el fracaso de un terrorismo*. Bogotá: Planeta.
- Magrini, A. (2011). Prácticas político-comunicativas. Un análisis discursivo de los sentidos del discurso gaitanista en Colombia (1928-1948). En J. Ruiz (Ed.), *Aproximaciones interdisciplinarias al estado de los estudios del discurso* (pp. 239-274). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Magri-Mourgues et Rabatel, A. (2015). Quand la répétition se fait figure. *Semen, Revue de lémo-linguistique des textes et discours*, 38, 1-8.
- Maingueneau, D. (1980). *Introducción a los métodos de análisis del discurso*. Buenos Aires: Hachette.
- Maingueneau, D. (1984). *Genèses du discours*. Liège: Mardaga.
- Maingueneau, D. (2005). Posicionamiento. En: P. Charaudeau y D. Maingueneau (eds.), *Diccionario de Análisis del Discurso* (pp.452-453). Buenos Aires: Amorrortu.
- Maingueneau, D. (2008). *Cenas de enunciação*. São Paulo: Parábola.
- Maingueneau, D. (2014a). *Discours et Analyse du Discours. Introduction*. París: Armand Colin.

- Maingueneau, D. (2014b). Retour critique sur l'éthos. *Langage & Société*, 3(149). doi 10.3917/lis.149.0031.
- Maldonado, A. (2011). *La lucha contra la corrupción en Colombia: La carencia de una política integral. Informe*. Disponible en <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/kolumbien/08285.pdf>
- Mantilla, G. (2004). Gobernar y asegurar: una lectura crítica de la seguridad democrática en Colombia desde la filosofía política de Michel Foucault. *Colombia Internacional*, 60, 156-163.
- Marchart, O. (2007). Politics and the Political. Genealogy of a conceptual difference. En: *Post-foundational Political Thought: Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau* (pp. 35-60). Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Marcuschi, L.A. (2005). Anafora indireta: o barco textual e suas âncoras. En: I.G.V. Koch, E. M. Morato e A. C. Bentes (orgs.), *Referenciação e discurso* (pp.53-101). São Paulo: Contexto.
- Marcushi, L.A. (2006). Referenciação e progressão tópica: aspectos cognitivos e textuais. *Cad.Est.Ling., Campinas*, 48(1), 7-22.
- Martin, J. & White, P. (2005). *The language of evaluation. Appraisal in English*. London: Palgrave MacMillan.
- Martínez, G. (Comp.). (2006). *Hablan los generales. Las grandes batallas del conflicto colombiano contadas por sus protagonistas*. Bogotá: Norma.
- Marx, K. (1972). *Materiales para la Historia de América Latina (compilación)*. México: Pasado Presente.
- Marx, M. (1958). *Bolívar y Ponte* (Traducción de A. Ponce) [en línea]. Disponible en Archivo Marx/Engels, <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/58-boliv.htm>
- Medina, C. (2007). Paramilitarismo en Colombia: lógicas y procesos. *Revista Pueblos*. Disponible en <http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article563>
- Medina, C. (2009a). *FARC-EP. Notas para una historia política. 1958-2006*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Medina, C. (2009b). *FARC-EP. Temas y problemas nacionales. 1958-2008*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Medina, C. (2010a). Las encrucijadas de la Paz y la Guerra en Colombia. Pensando la solución del conflicto armado. En: A. Vargas, C. Medina, D. Kujt, F. Galán, L. Celis, L. Hernández, M. García, M. Shultze-Kraft, C. Cruz y A. Ortega, *Colombia: Escenarios posibles de guerra o paz* (pp.93-133). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Medina, C. (coord.) (2010b). *FARC-EP. Flujos y reflujos. La guerra en las regiones*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Medina Pineda, M. (1986). La resistencia campesina en el sur del Tolima. En: G. Sánchez y R. Peñaranda, (Coords.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Medina Pineda, M. (2014). Carta abierta a Alfonso Cano. En: *El rompecabezas de la paz* (85-97). Medellín: La Carreta editores.
- Menandro de Laodicea (1996[III d.C.]). *Dos tratados de retórica epidíctica*. Madrid: Gredos.
- Méndez, P. M. (2014). *Ser trabajador y trabajarse a sí mismo. Sobre la 'formación permanente' como tecnología neoliberal de gobierno*. Ponencia presentada para las IV Jornadas Interdisciplinarias "Control del trabajo hoy. A cuarenta años de Trabajo y Capital monopolista de Harry Braverman", Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Merleau-Ponty, M. (1968). *Humanismo y terror*. Buenos Aires: Pléyade.
- Mestrum, F. (2008). La pauvreté multidimensionnelle. La dynamique sémantique dans le discours de la Banque mondiale. *Mots. Les langages du politique*, 88, 25-37.
- Meyer, M. (1993). *Cuestiones de retórica. Lenguaje, razón y seducción*. París: Le Livre de poche.
- Meyer, M. (2004). *La Rhétorique*. Paris: PUF.
- Meyer, M. (2006). Qu'est-ce que la problematologie? *Argumentum, Journal of the Seminar of Discursive Logic, Argumentation Theory and Rhetoric*, 4, 7-14.
- Meyer, M. (2010). Pour une théorie générale des figures. *Protée*, 38(1), 19-25.
- Meyer, M. (2013[2008]). *Principia Rhetorica. Una teoría general de la argumentación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Molano, A. (1985). *Los años del tropel*. Bogotá: CINEP-CEREC.
- Molano, A. (1994). Camino de huyentes. En: *Trochas y fusiles* (pp.37-52). Bogotá: El Áncora.
- Molano, A. (2011). *Del otro lado*. Bogotá: El Áncora.
- Molano, A. (2009). *Ahí les dejo esos fierros*. Bogotá: El Áncora.
- Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 541-598). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Molina, J. (2009). La representación social del fenómeno del desplazamiento forzado en la prensa colombiana. *Universitas Humanística*, 67, 127-146.
- Molina Cano, J. (2001). *La Tercera vía en Wilhelm Röpke*. Navarra: Instituto Empresa y Humanismo.

- Moncayo, V. (2015). Hacia la verdad del conflicto: insurgencia guerrillera y orden social vigente. Relatoría. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 99-193). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana.%20Febrero%20de%202015.pdf
- Mondada, L. (1994). *Verbalisation de l'espace et fabrication du savoir: approche linguistique de la construction des objets du discours*. Lausanne: Université de Lausanne.
- Mondada, L. et Dubois, D. (1995). Construction des objets de discours et catégorisation: une approche des processus de référenciation. En: A. Berrendonner et M. Reichler-Beguelin (eds.), *Du syntagme nominal aux objets-de-discours* (pp.273-302). Neuchâtel: Université de Neuchâtel.
- Monereo, M. (2004). Neoliberalismo y Tercera vía: una reflexión desde la izquierda europea. En: J. Saxe-Fernández (coord.), *Tercera vía y neoliberalismo. Un análisis crítico*. (pp. 201-213). México: Siglo XXI.
- Montañez-Gómez, G. (2016). Territorios para la paz en Colombia: procesos entre la vida y el capital. *Bitácora Urbano\Territorial*, 26(2), 11-28.
- Montero, A. S. (2009). Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007). *Discurso & Sociedad*, 3(2), 316-347.
- Montero, A. S. (2011). *Los modos de la polémica en el discurso político: ironía, oposición y refutación*. Disponible en https://www.academia.edu/14896048/Los_modos_de_la_pol%C3%A9mica_en_el_discurso_pol%C3%ADtico_mimeo
- Montero, A. S. (2012) *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Montero, A. S. (2016). La polémica y lo polémico. Palabras preliminares. En: A. S. Montero (comp.), *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias* (pp. 9-22). Buenos Aires: Prometeo.
- Montolío, E. (2001). *Conectores de la lengua escrita*. Barcelona: Ariel.
- Morales, J. y Cortés, M. (2005). Análisis crítico del proceso de paz en Colombia durante el Gobierno del presidente Andrés Pastrana Arango con las FARC-EP (1998-2002). En: L. A. Ramírez y G. L. Acosta (coords.), *Estudios del discurso en Colombia* (pp. 173-188). Medellín: Universidad de Medellín.
- Morales, M. (2007). La mitificación de las cifras. *Signo y Pensamiento*, 50, 281-288.
- Moreno, A. y Junca, G. (2007). Las consecuencias económicas de Mr. Uribe: ¿otra vez los felices noventa? En: CID (Centro de Investigaciones para el Desarrollo) (comp.), *Bien-*

- estar y macroeconomía. Más allá de la retórica* (pp. 25-80). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Moreno, R. (2008). Las organizaciones indígenas y campesinas frente a al conflicto armado en el norte del Cauca. *Sociedad y Economía*, 15, 145-167.
- Moreno, M. (2005). La metáfora conceptual y el lenguaje político periodístico: configuración, interacciones y niveles de descripción. *Tesis de Doctorado en Filología, Universidad de La Rioja*.
- Morris, H. (dir.) (2005). *Toribío: la guerra en el Cauca* [audiovisual]. Programa de televisión Contravía. Programa Andino para la Democracia y los Derechos Humanos, Canal Uno y Morris Producciones. Bogotá.
- Mortara, B. (1988). *Manuale di retorica*. Italia: Bompiani.
- Mortureux, M. F. (1993). Paradigmes désignationnels. *Semen*, 8, 123-141.
- Mouffe, Ch. (1985). Hegemonía, política e ideología. En J. Labastida, *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (págs. 127-143). México: Siglo XXI.
- Mouffe, Ch. (1999). *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós.
- Mouffe, Ch. (2012[2000]). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Musolff, A. & Zinken, J. (2009). *Metaphor and Discourse*. New York: Palgrave Macmillan.
- Narváez, G. (2012). *La guerra revolucionaria del M-19. (1974-1989)*. Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- Nasi, C. y Rettberg, A. (2005). Los estudios sobre conflicto armado y paz. Un campo en evolución permanente. *Colombia Internacional*, 62, 64-85.
- Nazhi Richanni, I. (2003). *Sistemas de guerra. La economía política del conflicto en Colombia*. Bogotá: IEPRI.
- Negrete, M. (2013). Análisis discursivo del proceso de reparación de la imagen militar del ejército de Colombia en la campaña “Fe en la causa” del gobierno de Juan Manuel Santos. *Actas del I Congreso Internacional de Retórica e Interdisciplina*, marzo 21-23, Universidad de Cuyo, Mendoza, Argentina.
- Negrete, M. (2016). Estrategias de restauración del *ethos* de las Fuerzas Militares de Colombia frente a los desaparecidos del Palacio de Justicia. En: G. Olave y E. N. de Arnoux (coords.), *Discurso y Política en Colombia: problemáticas actuales* (pp. 123-138). Medellín: La Carreta editores.
- Nussio, E. (2011). *Violencia, terrorismo y guerra de discursos. Dos décadas de amenazas a la seguridad vistas por los presidentes colombianos*. Recuperado de <http://ssrn.com/abstract=2139068>

- OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) (1995). *Governance in Transition: Public Management Reforms in OECD Countries*. París: Autor.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas) (2010). *Informe del relator especial, sobre las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias*. Ginebra: Autor.
- Oléron, P. (1995). Sur l'argumentation polémique. *Hermes*, 16, 15-27.
- Olza, I. (2012). «En el camino hacia la cima, la última cuesta es la más dura»: metáfora y argumentación en el discurso del terrorismo en España. *Revista Iberoamericana de Argumentación*, 4, 1-24.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, política y conflicto en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca del Banco Popular.
- Orejuela, L. (2015). Uribe versus Santos: del enfrentamiento personal a la diferenciación ideológica. *Revista de Estudios Sociales*, 52, 201-207. doi: <http://dx.doi.org/10.7440/res52.2015.14>
- Orkibi, E. (2012). L'insulte comme argument et outil de cadrage dans le mouvement 'anti-Sarko'. *Argumentation et Analyse du Discours*, 8, 2-23.
- Orlandi, E. P. (2007[1992]). *As formas do silêncio (6ª ed.)*. Campinas: Unicamp.
- Ortiz, O. (2009). *Militarismo: discurso y verdad. La política de Seguridad Democrática*. Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Osborne, D. y Gaebler, T. (1997). *La reinención del gobierno. La influencia del espíritu empresarial en el sector público*. Barcelona: Paidós.
- Oyarce, H. (2008). Enfoques y tendencias en políticas públicas. En V. Erazo, *Políticas públicas para un Estado social de derechos* (pp. 231-240). Santiago: LOM y Fundación Henry Dunant.
- Padilla, F. (2008, febrero 11). 'Las Farc no tienen presente ni futuro'. Entrevista al general Freddy Padilla, por A. Saavedra. Disponible en <http://historico.elpais.com.co/historico/feb112008/JUD/jud01.html>
- Padilla, F. (2010, mayo 29). 'Farc se equivocan si creen que el nuevo Gobierno les dará respiro': comandante Freddy Padilla. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7731007>
- Padilla, F. (2010, agosto 6). 'El fin del fin' de las Farc llegará en el gobierno de Juan Manuel Santos: general Freddy Padilla. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7845840>
- Padilla, F. (2014, enero 7). 'Soy un instrumento para la paz': general (r.) Freddy Padilla de León. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7845840>
- Pajuelo, R. (2009). Guerra y transformaciones neoliberales: el caso peruano. En: F. Gutiérrez y D. Peñaranda (eds.), *Mercados y armas. Conflictos armados y paz en el período*

- neoliberal. *América Latina, una evaluación* (pp. 91-154). Medellín: La Carreta editores.
- Palacios, M. (1971). *El populismo en Colombia*. Bogotá: Siuasinza.
- Palacios, M. (2008). Las FARC y la paz de Colombia. *Letras Libres*, X(115), 70-73.
- Palacios, M. (2009). Descenso y colapso de las haciendas cafeteras en Colombia central. En: *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política* (4ª ed.) (pp. 34-417). México: El Colegio de México.
- Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Paniagua, D. (2007). La arenga militar desde la perspectiva de la tradición polemológica grecolatina. *Talia Dixit*, 2, 1-25.
- Pardo, O. (2000). *La oposición política en el sistema constitucional colombiano*. Tesis doctoral en Derecho, Universidad de Alicante, España.
- Pardo Abril, N. (2005). Representación de los actores armados en conflicto en la prensa colombiana. *Forma y Función*, 18, 167-196.
- Pardo Abril, N. (2007). *Discurso, impunidad y prensa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pardo Abril, N. (2009). Discurso público y la representación del poder. Axiología en la representación mediática del discurso de Álvaro Uribe Vélez. *Oralia*, 12, 123-153.
- Pardo Abril, N. (2010). Representaciones de la política de seguridad democrática en el discurso de Álvaro Uribe Vélez: ¿Estado comunitario? *Discurso & Sociedad*, 4(1), 52-102.
- Pardo Abril, N. (2012). Metáfora multimodal: representación mediática del despojo. *Forma y Función*, 25(2), 39-61.
- Pardo Abril, N. (2013). Violencia simbólica, discursos mediáticos y reproducción de exclusiones sociales. *Discurso & Sociedad*, 7(2), 416-440.
- Pardo Abril, N. (2016). Neoliberalismo en el discurso de Juan Manuel Santos. Estrategias discursivas. *Aled*, 15(2), 99-116.
- Passard, C. (2009). Le pamphletmeurt-il de liberté? Mots. *Les langages du politique*, 91, 19-33.
- Pasquino, G. (1997). Oposición, gobierno sombra, alternativa. Por qué y cómo estudiar a la oposición. En: G. Pasquino (comp.), *La oposición en las democracias contemporáneas* (pp.41-68). Buenos Aires: Eudeba.
- Pasquino, G. (1998). *Militarismo*. En: N. Bobbio, N. Matteucci y G. Pasquino (coords.), *Diccionario de Política* (pp.962-975). México: Siglo XXI.

- Paz Otero, V. (2009). *Las penumbras del General. Vida y muerte de Francisco de Paula Santander*. Bogotá: Villegas Editores.
- Pinzón, P. (1986). *La oposición en Colombia: algunas bases para su discusión*. Bogotá: UniAndes CEI-FESCOL.
- Pécaut, D. (1987). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Bogotá: Siglo XXI.
- Pécaut, D. (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Planeta.
- Pécaut, D. (2008). *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Bogotá: Norma.
- Pécaut, D. (2013a). Las FARC: fuentes de su longevidad y de la conservación de su cohesión. En: *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria* (pp.69-116). Medellín: La Carreta editores.
- Pécaut, D. (2013b). Desdibujamiento de la oposición ‘amigo-enemigo’ y ‘banalización’ de las prácticas atroces. A propósito de los fenómenos recientes de violencia en Colombia. En: *La experiencia de la violencia. Los desafíos del relato y la memoria* (pp.141-171). Medellín: La Carreta editores.
- Pécaut, D. (2013c). Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible. En: *La experiencia de la violencia. Los desafíos del relato y la memoria* (pp. 173-191). Medellín: La Carreta editores.
- Pécaut, D. (2015). Un conflicto armado al servicio del statu quo social y político. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 599-651). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Pêcheux, M. (1997[1975]). *Semântica e Discurso. Uma Crítica à Afirmação do Óbvio*. Campinas: Editora UNICAMP.
- Pêcheux, M. (1983). Lecture et mémoire: projet de recherche. En: *L'inquietude du discours* (pp.285-293). París: Des Cendres.
- Penagos, J. (2013). El proceso de representaciones sobre las FARC, 1964. Los inicios. *Anagramas*, 11(22), 145-162.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1950). Logique et Rhétorique. *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, 140(1), 1-35.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989[1958]). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- Pérez, J. (2009). *Raúl Reyes: el canciller de la montaña*. Bogotá: Norma.
- Pérez, L. y Loaiza, S. (2015). *Inconstitucionalidad por Omisión Legislativa por ausencia del Estatuto de la Oposición en Colombia*. Trabajo de grado en Derecho, Universidad del Valle, Colombia.

- Pernot, L. (1993). *La Rhétorique de l'Éloge Dans le Monde Gréco-Romain*. París: Institut d'études Augustinienne.
- Pernot, L. (2013). *La retórica en Grecia y Roma*. México: UNAM.
- Pirenne-Delforge, V. (1991). Le culte de la persuasion. Peithô en Grèce ancienne. *Revue de l'histoire des religions*, 208(4), 395-413. doi : 10.3406/rhr.1991.1650
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966). *Análisis Político*, 7, 7-33.
- Pizarro, E. (1991). Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia. *Análisis Político*, 12, 5-27.
- Pizarro, E. (1996). *Insurgencia sin revolución. La guerrilla colombiana en una perspectiva comparada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Pizarro, E. (2004a). Marquetalia: el mito fundacional de las Farc. *UNPeriodico*, 57, Disponible en <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/Ediciones/57/03.htm>
- Pizarro, E. (2004b). *Una democracia asediada. Balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Pizarro, E. (2011). *Las Farc (1949-2011). De guerrilla campesina a máquina de guerra*. Bogotá: Norma.
- Pizarro, E. (2015). Una lectura múltiple y pluralista de la historia. Relatoría. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 5-98). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- PLANETA PAZ (Sectores Sociales Populares para la Paz en Colombia) (2012). *La cuestión agraria en Colombia. Tierra, desarrollo y paz. Memorias ciclo de conversatorios*. Bogotá: Fundación Hanns Seidel Stiftung.
- Plantin, C. (1996). Le trilogie argumentatif. Présentation de modèle, analyse de cas. *Langue française*, 112, 9-30.
- Plantin, C. (2011a). *Les bonnes raisons des émotions. Principes et méthode pour l'étude du discours émotionné*. Berne : Peter Lang.
- Plantin, C. (2011b). 'No se trata de convencer, sino de convivir'. L'ère post-persuasion. *Rétor*, 1(1), 59-83.
- Plantin, C. (2012[2005]). *La argumentación. Historia, enfoques, perspectivas*. Buenos Aires: Biblos.
- Plantin, C. (2012). La normalidad del desacuerdo. *Praxis filosófica*, 35, 283-301.
- Plantin, C. (2016). *Dictionnaire de l'argumentation. Une introduction aux études d'argumentation*. Lyon: ENS de Lyon.

- Platón (1871). Fedro. En: *Obras Completas. Tomo II* (Edición de P. Azcárate). Madrid: Medina y Navarro Editores.
- PNUD (2011). *Oposición política en Colombia: debate inconcluso*. Bogotá: Nuevas Ediciones.
- Pons, S. (2000). Los conectores. En A. Briz (ed.), *Cómo se comenta un texto coloquial* (pp. 193-220). Barcelona: Ariel.
- Pons, S. (2013). Un solo tipo de reformulación. *Cuadernos AISPI*, 2, 151-170.
- Posada, E. (2001) *¿Guerra civil? El lenguaje del conflicto en Colombia*. Bogotá: Alfaomega.
- Posada, E., Nasi, C., Ramírez, W. y Lair, E. (2003). Guerra civil. Debate. *Revista de Estudios Sociales*, 15, 157-162.
- Prado, A. (2010). *Historia del gorilismo desde 1810*. Buenos Aires: Cuadernos de la Izquierda Nacional.
- Proexport (2009). *Colombia: el riesgo es que te quieras quedar*. Disponible en <http://antiguo.proexport.com.co/VBeContent/NewsDetail.asp?Source=ExpiredNews&ID=8975&IDCompany=16>
- Puello-Socarrás, J. (2014). La «Tercera vía» en Colombia o las herejías del Neoliberalismo heterodoxo. *Batalla de Ideas*, 47, 38-44.
- Quintero, J. y Castañeda, J. (2011). De la seguridad democrática, el miedo, la confianza básica y una democracia heterónoma e infantilizada. *Eleuthera*, 5, 206
- Quintiliano, M.F. (95 d.C. [1916]). *Instituciones oratorias. Tomos I y II*. Madrid: Imprenta de Perlado Páez y Compañía (Sucesores de Hernando).
- Rabatel, A. (2012). Positions, positionnements et postures de l'énonciateur. *TRANEL. Travaux Neuchâtelois de Linguistique, Institut des sciences du langage et de la communication*, 56, 23-42.
- Ramírez, M. F. (2009). Las reformas del Estado y la administración pública en América Latina y los intentos de aplicación del New Public Management. *Estudios Políticos*, 34, 115-141.
- Ramírez Vidal, G. (2006). Notas sobre la retórica de Isócrates. *Noua Tellus*, 24(1), 157-178.
- Rancière, J. (1995). Democracia y Post-democracia. *Ideas y valores*, 98/99, 23-40.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2006[1998]). *Política, policía y democracia*. Santiago: LOM ediciones.
- Rancière, J. (2006). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rancière, J. (2009). *Momentos políticos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rangel, A. (1998). *Colombia: guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Tercer Mundo y Uniandes.
- Rangel, A. (2008). Escenarios de confrontación y negociación con las Farc. En: *Qué y cómo negociar con las Farc*. Bogotá : Intermedio.

- Rangel, A. (2010). El Éxito de la Seguridad Democrática. En: A. Rangel y P. Medellín, *Política de Seguridad Democrática*. Bogotá: Norma y Semana.
- Restrepo, D. (2007). *20 años de descentralización en Colombia: presente y futuro*. Bogotá: Rinde.
- Rivera Cusicanqui, S. (1984). *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado Aymara y Qhechwa, 1900-1980*. La Paz: La Mirada Salvaje.
- Rivero, A. (2013). Representaciones sobre la violencia en el discurso del presidente Juan Manuel Santos ante la asamblea general de la ONU. *Discurso & Sociedad*, 7(2), 290-309.
- RNI (Red Nacional de Información) (2016). *Registro único de víctimas del conflicto armado*. Disponible en <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>
- Rodríguez, C. (2010) ¿Conflicto armado interno en Colombia? Más allá de la guerra de las palabras. *Magistro*, 4(7), 111-125.
- Rodríguez, G. (2014). Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos: ¿una misma derecha? *Nueva Sociedad*, 254, 84-99.
- Rodríguez, G. P. (2014). Violencia parainstitucional y cruzada antipopular en Colombia (1946-1958). En: W. Ansaldi y V. Giordano (coords.), *América Latina. Tiempos de violencias* (pp. 131-160). Buenos Aires: Ariel.
- Rodríguez Maldonado, T. (2006). Imagen y discurso: construcción de sentido en las portadas de las revistas *Semana* y *Cambio*, 1998-2004. *Signo y Pensamiento*, 49(25), 144-159.
- Rodríguez Rodríguez, C. (2010). ¿Conflicto armado interno en Colombia? Más allá de la guerra de las palabras. *Magistro*, 4(7), 111-125.
- Rojas, D. (2005). Estados Unidos y la guerra en Colombia. En: IEPRI, *Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia* (pp.37-69). Bogotá: Norma.
- Romero, M. y Arias, A. (2010). Sobre paramilitares, neoparamilitares y afines: Crecen sus acciones, ¿qué dice el gobierno? *Arcanos*, 13(15), 34-45.
- Röpke, W. (1956[1942]). *La crisis social de nuestro tiempo* (2ª ed.). Madrid: Biblioteca de la ciencia económica.
- Rosanvallon, P. (2002). *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosanvallon, P. (2006[1978]). *El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rosier, L. (2006). *Petit traité de l'insulte*. Lovreval, Belgique: Labor.

- Rosier, L. (2012). Insulte, violence verbale, argumentation. *Argumentation et Analyse du Discours*, 8. Disponible en <http://aad.revues.org/1321>.
- Rosanas, J. (2012). El management no es una herramienta. *Revista de negocios del IEEM*, 4, 12-13.
- Rossari, C. (1994). *Les opérations de reformulation*. Berna: Peter Lang.
- Roulet, E. (1987). Complétude interactive et connecteurs réformatifs. *Cahiers De Linguistique Française*, 8, 111-40.
- RUV (2016). *Registro Único de Víctimas del conflicto armado en Colombia*. Sitio web. Disponible en <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>
- Saavedra, T. (2012). La “confesión”: el “credo paramilitar”. *Nexus*, 12, 236-257.
- Sabucedo, J., Barreto, I., Borja, H., López, W, Amalio, L. y Durán, M. (2004). Deslegitimación del adversario y violencia política: El caso de las FARC y las AUC en Colombia. *Acta Colombiana de Psicología*, 12(4), 69-85.
- Sabucedo, J., Barreto, I., Borja, H., De la Corte, L. y Durán, M. (2006). Legitimación de la violencia y contexto: análisis textual del discurso de las FARC-EP. *Estudios de Psicología*, 27(3), 279-291.
- Sáinz, J. M. (2010). El Estado Romano. Sistema político y jurídico. *Multidisciplina. Tercera época*, 6, 72-86.
- Salamanca, L. (2007). Entre balas y palabras. Relaciones discursivas en torno al conflicto armado colombiano. *Pensamiento Jurídico*, 19, 95-118.
- Salazar, B. y Castillo, M. (2001). *La Hora de los Dinosaurios. Conflicto y depredación en Colombia*. Bogotá: CIDSE/CEREC.
- Sanahuja, J. (2005). Seguridad, desarrollo y lucha contra la pobreza tras el 11-S. Los objetivos del milenio y la ‘securitización’ de la ayuda. *Documentación Social, Separata 136*, 25-41.
- Sánchez, G. (1985). Las ligas campesinas en Colombia. En: *Ensayos de historia social y política del siglo XX* (pp. 113-214). Bogotá: El Áncora.
- Sánchez, G. (1990). Guerra y política en la sociedad colombiana. *Análisis Político*, 11, 7-33.
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta editores – IEPRI.
- Sánchez, G. y Merteens, D. (1985). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Áncora editores.
- Santana, L. y Negrón, M. (1996). "Reinventing Government": nueva retórica, viejos problemas. *CLAD, reforma y democracia*, 6, 49-64.
- Santibáñez, C. (2009). Metáforas y argumentación: Lugar y función de las metáforas conceptuales en la actividad argumentativa. *Revista Signos. Estudios de Lingüística*, 42(70), 245-269.

- Santibáñez, C. (2010). Los usos de la argumentación: ¿retórica, dialéctica o pragmática? En: R. Marafioti y C. Santibáñez (coords.), *Teoría de la argumentación. A 50 años de Perelman y Toulmin* (pp. 181-204). Buenos Aires: Biblos.
- Santos, E. (2014). *Así empezó todo*. Bogotá: Intermedio.
- Santos, J. M. y Blair, T. (1999). *La Tercera Vía. Una alternativa para Colombia. Nuevas Políticas para el nuevo siglo*. Santafé de Bogotá: Aguilar.
- Sañudo, J. R. (1995[1925]). *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Bogotá: Planeta.
- Sartori, G. (1966). Opposition and Control. Problems and Prospects. *Government and Opposition*, 1(2), 149-154.
- Saulnier, S. (2012). « Arithmétique politique » et bataille de(s) chiffres. *Mots. Les langages du politique*, 100, 15-29.
- Saxe-Fernández, J. (coord.) (2004). *Tercera vía y neoliberalismo. Un análisis crítico*. México: Siglo XXI.
- Saz, M. (2003). *An Analysis of English Discourse Markers of Reformulation*. València: Universitat de València.
- Schlenker, J. y Iturralde, M. (2006). El uso del discurso de los derechos humanos por parte de los actores armados en Colombia: ¿humanización del conflicto o estrategia de guerra? *Análisis Político*, 56, 29-50.
- Schmitt, C. (1963). *Teoría del guerrillero. Observaciones al concepto de Lo político*. Disponible en [http://www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/ CarlSchmitt/ CarlSchmitt_TeoriaDelPartisano.htm](http://www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/CarlSchmitt/CarlSchmitt_TeoriaDelPartisano.htm)
- Schmitt, C. (1999). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- [semana.com](http://www.semana.com) (1997, diciembre 29). *La ruta de la espada*. Disponible en <http://www.semana.com/especiales/articulo/la-ruta-de-la-espada/34708-3>
- [semana.com](http://www.semana.com) (2009, enero 25). *El 'dossier' secreto de los falsos positivos*. Disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-dossier-secreto-falsos-positivos/99466-3>
- [semana.com](http://www.semana.com) (2010, julio 15). *Las Farc en Venezuela, ocho años de evidencia*. Disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/las-farc-venezuela-ocho-anos-evidencias/119320-3>
- Schopenhauer, A. (1997[1864]). *Dialéctica erística o el arte de tener razón, expuesta en 38 estratagemas*. Madrid: Trotta.
- Searle, J. (1980[1969]). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- Selosse, J. (1991). Identidad. En: R. Doron y F. Parot (eds.), *Diccionario Akal de Psicología* (pp.294-295). Madrid: Akal.

- Serrano, Y. (2006). Conflicto armado e información: una reflexión sobre las reglas de conducta profesional periodística que dicta el Acuerdo por la Discreción. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 2(1), 105-123.
- Serrano, Y. (2011). Le conflit armé en Colombie dans les journaux télévisés nationaux. *Revue MOTS: les langages du politique*, 97, 117-134.
- Serrano, Y. (2016). Encuadre informativo del conflicto armado por los noticieros nacionales. En: G. Olave y E. N. de Arnoux (coords.), *Discurso y Política en Colombia* (pp. 175-192). Medellín: La Carreta editores.
- Serrano, Y. y López, W. (2008). Estrategias de comunicación militar y dinámicas mediáticas: ¿dos lógicas contradictorias? *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 4(2), 269-277.
- Šik, O. (1975). *Argumentos para una tercera vía: ni comunismo ni capitalismo*. Barcelona: Dope.
- Sierra, L. (2011). *Álvaro Uribe: Un presidente de teflón. La estrategia de opinión pública que lo hizo inmune a la crisis*. Tesis de Maestría en Ciencia Política, Universidad de los Andes.
- Silva, F. O. e Filho, V. C. (2013). O caráter não linear da recategorização referencial. En: M.M. Cavalcante e S.M.C. Lima (orgs.). *Referenciação: teoria e prática* (pp. 30-58). São Paulo: Cortez Editora.
- Silva-Colmenares, J. (2011). Prosperidad para todos: ¿Una utopía posible? *Economía y Desarrollo*, 10(1), 83-105.
- SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute) (2010). *Yearbook 2010. Armaments, Disarmament and International Security. Summary*. Solna, Sweden: Autor.
- Siroux, J-L. (2008). La dépolitisation du discours au sein des rapports annuels de l'Organisation mondiale du commerce. *Mots. Les langages du politique*, 88, 13-23.
- Sloterdijk, P. (2010[2006]). *Ira y tiempo. Ensayo psicopolítico*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Smith, E. y Mackie, D. (1997). *Psicología Social*. Madrid: Panamericana.
- Sontag, S. (1984[1965]). Sobre el estilo. En: S. Sontag, *Contra la interpretación y otros ensayos* (pp.28-51). Barcelona: Six Barral.
- Sorel, G. (1978[1908]). *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Sperber, D. (1974[1988]). *El simbolismo en general*. Barcelona: Anthropos.
- Spillman, K. y Spillman, K. (1991). La imagen del enemigo y la escalada de los conflictos. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 43(1), 57-79.
- Steuckardtl, A. (2007). Usages polémiques de la reformulation. *Recherches linguistiques*, 29, 55-74.
- Steuckardtl, A. (2009). Décrire la reformulation. Le paramètre rhétorique. *Cahiers de Praxématique*, 52, 159-172.

- Strauss, A. (1987). *Qualitative analysis for social scientists*. Cambridge: University of Cambridge Press.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Suárez, A. (2007). *Identidades políticas y exterminio recíproco. Masacres y guerra en Urabá, 1991-2001*. Medellín: La Carreta editores.
- Suárez, M. (2012). La relación paz-conflicto en un discurso del presidente Juan Manuel Santos: hacia una aproximación a la comprensión metafórica. Trabajo presentado en el xi *Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación*, Montevideo, Uruguay.
- Suescún, C. (2013). La inercia de la estructura agraria en Colombia: determinantes recientes de la concentración de la tierra mediante un enfoque espacial. *Cuadernos de Economía*, 32(61), 653-682.
- Taddei, E. (2002). Crisis económica, protesta social y 'neoliberalismo armado' en América Latina. *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, 7, 29-36.
- Taguieff, P.-A. (2006). *L'imaginaire du complot mondiale. Aspects d'un mythe moderne*. París: Mille et Une Nuits.
- Tarcus, H. (1999). La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad. *El Rodaballo. Revista de Política y Cultura*, 9, 23-33.
- Territorio indígena y gobernanza (2015). *Organizaciones indígenas* (Portal web). Disponible en http://www.territorioindigenaygobernanza.com/col_09.html
- Tickner, A. (2007). Intervención por invitación. Claves de la política exterior colombiana y de sus debilidades principales. *Colombia Internacional*, 65, 90-11.
- Tindale, C. (2004). *Rhetorical Argumentation. Principles of theory and practice*. California: Sage.
- Tindale, C. (2009). L'argumentation rhétorique et le problème de l'auditoire complexe. *Argumentation et Analyse du Discours*, 2, 1-14. Disponible en <http://aad.revues.org/493>.
- Tindale, C. (2010). *Reason's Dark Champions Constructive Strategies of Sophistic Argument*. Columbia: University of South Carolina Press.
- Toledo, E. (2009). La rendición de cuentas (accountability) y la retórica de la nueva gestión pública *Espacios Públicos*, 12(24), 71-89.
- Tomachevsky, B. (1982[1928]). La construcción de la trama. En: *Teoría de la literatura* (pp. 179-210). Madrid: Akal.

- Torre, C. (2005). *Álvaro Uribe o el Neopopulismo en Colombia*. Medellín: La Carreta editores.
- Torrijos, V. (2015). Cartografía del conflicto: pautas interpretativas sobre la evolución del conflicto irregular colombiano. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 652-696). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Torrijos, V. y Pérez, A. (2012). La paradiplomacia de las Farc-Ep. *Revista Política y Estrategia*, 120, 15-56.
- Toulmin, S. (2007[1958]). *Los usos de la argumentación*. Barcelona: Península.
- Toulmin, S., Rieke, R. & Janik, A. (1979). *An introduction to reasoning*. Nueva York: Macmillan Publishing.
- Tournier, M. (1985). Texte 'propagandiste' et coocurrences. Hypothèses et méthodes pour l'étude de la sloganisation. *Mots*, 11, 155-187.
- Trejos, L. (2010). ¿Confusión bibliográfica o premeditación política? Recepción del comunismo colombiano del ensayo biográfico que Karl Marx escribió sobre Bolívar en 1858. *Revista Encrucijada Americana*, 4(1), 98-110.
- Trejos, L. (2013a). Aproximaciones teórico-conceptuales en torno al conflicto armado colombiano. En: C. Barreira, R. González y L. Trejos (eds.), *Violencia política y conflictos sociales en América Latina* (pp.105-137). Barranquilla: Universidad del Norte y CLACSO.
- Trejos, L. (2013b). La diplomacia insurgente. Otra forma de internacionalización del conflicto armado colombiano. El caso de las Farc-Ep. *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, 47, 111-134.
- Trejos, L. (2015). La dimensión internacional del conflicto colombiano. El caso de las FARC-EP: Beligerancia y bolivarianismo. *Revista Internacional de Cooperación y Desarrollo*, 2(2), 243-260.
- Université de Bourgogne (2006). *L'insulte (en) politique* [sitio web]. Disponible en http://passerelle-production.u-bourgogne.fr/web/atip_insulte/
- UNTREF (2016). Mamerto. En: *Diccionario Latinoamericano de la Lengua Española*. Disponible en <http://untref.edu.ar/diccionario/buscar.php?q=mamerto>
- Uribe-Calderón, M. (2007). *Salvo el poder, todo es ilusión. Mitos de origen de los Tigres Tameses de Sri Lanka (LTTE), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Provisional Irish Republican Army de Irlanda del Norte (IRA)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

- Uribe, M. V. (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Uribe, M. V. y López, L. M. (2006). *Las palabras de la guerra. Un estudio de las memorias de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: La Carreta editores.
- Valencia, A. (15 de enero de 1999). *La leyenda negra de Marquetalia*. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-936843>
- Valdés, L. (2005). *Análisis del discurso mediático de la política de derechos humanos en la política de seguridad democrática de Álvaro Uribe Vélez*. Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Vargas, A. (2002). *Las Fuerzas Armadas en el conflicto colombiano. Antecedentes y perspectivas*. Medellín: La Carreta editores.
- Vargas, A. (2010). ¿Es posible y deseable la solución del conflicto interno armado colombiano hoy? En: A. Vargas, C. Medina, D. Kujt, F. Galán, L. Celis, L. Hernández, M. García, M. Shultze-Kraft, C. Cruz y A. Ortega, *Colombia: Escenarios posibles de guerra o paz* (pp.7-35). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vargas, A. (2011a). El gobierno de Juan Manuel Santos y su política de seguridad y defensa. *Ciudad Paz-ando*, 4(2), 9-23.
- Vargas, A. (2011b). El sistema político colombiano al inicio del gobierno de Santos. *Nueva Sociedad*, 231, 115-131.
- Vargas, A. (2012). Lucha contra el terrorismo en Latinoamérica: antecedentes y cambios. *Cuadernos de estrategia*, 158, 106-150.
- Vargas, A., Medina, C., Kujt, D., Galán, F., Celis, L., Hernández, L., García, M., Shultze-Kraft, M., Cruz, C. y Ortega, A. (2010). *Colombia: Escenarios posibles de guerra o paz*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vásquez, T., Vargas, A. y Restrepo, J. (eds.)(2011). *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y territorio en el sur de Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Vásquez Ramírez, T. (2013). El ethos, de la retórica al análisis del discurso. Análisis de caso: la imagen de las Farc en las conversaciones de paz. *Nexus Comunicación*, 14, 8-18.
- Vásquez Ramírez, T. (2016). La imagen de sí de Juan Manuel Santos en los discursos de triunfo electoral y de posesión presidencial. En: G. Olave y E. N. de Arnoux (coords.), *Discurso y Política en Colombia: problemáticas actuales* (pp. 33-58). Medellín: La Carreta editores.
- Vega, J. (2009). *Análisis del conflicto armado colombiano como creador de imaginarios colectivos para la sociedad durante el periodo Pastrana y Uribe* (I). Trabajo de grado, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, Colombia.

- Vega, R. (2002a). *Gente muy rebelde I. Enclaves, transportes y protestas obreras*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Vega, R. (2002b). *Gente muy rebelde II. Indígenas, campesinos y protestas agrarias*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Vega, R. (2002c). *Gente muy rebelde III. Mujeres, artesanos y protestas cívicas*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Vega, R. (2002d). *Gente muy rebelde IV. Socialismo, cultura y protesta popular*. Bogotá: Ediciones Pensamiento Crítico.
- Vega, R. (2015). La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 697-761). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Vélez, I. (2014). Dimensiones del extractivismo minero en Colombia. Análisis de las racionalidades de Gobierno durante la última década. *Análisis Político*, 82, 45-57.
- Vercruyse, A. (2009). *Un estudio de algunos reformuladores en español: a saber, esto es, es decir, o sea, mejor dicho*. Tesis de maestría, Universiteit Gent.
- www.verdadabierta.com (2013, febrero 22). *Las escuelas de las Farc*. Disponible en <http://www.verdadabierta.com/component/content/article/80-versiones/4451-las-escuelas-de-las-farc/>
- Verón, E. (1985). *El discurso tecnocrático, fragmentos tomados de Le corps du president*. (Traducción de la cátedra de “Cultura y lenguajes políticos”, Ques-Sagol, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Ivry sur, Seine, mimeo.
- Verón, E. (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En E. Verón, L. Arfuch, M. Chirico, E. De Ipola, N. Goldman, M. I. González y otros, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos* (pp. 13-26). Buenos Aires: Hachette.
- Verón, E. (1998). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.
- Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Villamarín, L. (1996). *El cartel de las Farc. Finanzas del narcoterrorismo comunista contra Colombia*. Bogotá: Ediciones El Faraón.
- Villariaga, Á. (2006). Pluralización política y oposición. En: *La oposición política en Colombia* (pp.47-72). Bogotá: IEPRI-FESCOL.

- Vitale, A. (2015). *¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1939-1976)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Voloshinov, V. (2009[1929]). *El Marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Walton, D. (2000). *Scare Tactics. Arguments that appeal to fear and threats*. Canadá: Springer Science+Business Media Dordrecht.
- Weber, M. (1969). La burocracia. En: *Economía y sociedad* (pp.716-752). México: Fondo de Cultura Económica.
- Wickham-Crowley, T. (2001). Ganadores, perdedores y fracasados: Hacia una sociología comparativa de los movimientos guerrilleros latinoamericanos. En: S. Eckstein (coord.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos* (pp. 144-192). México: Siglo XXI.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.
- White, H. (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Williford, T. (2005). *Armando los espíritus. Political rhetoric in Colombia on the eve of La Violencia (1930-1945)*. Tesis doctoral, Universidad de Nashville, EE.UU.
- Wills, M. (2015). Los tres nudos de la guerra colombiana: Un campesinado sin representación política, una polarización social en el marco de una institucionalidad fracturada y unas articulaciones perversas entre regiones y centro. En: CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 762-806). Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/Informe%20Comisi_n%20Hist_rica%20del%20Conflicto%20y%20sus%20V_ctimas.%20La%20Habana,%20Febrero%20de%202015.pdf
- Wilson, D. y Sperber, D. (2006). Relevance Theory. En: L. Horn y G. Ward, *The Handbook of Pragmatics* (pp. 607-632). Malden: Blackwell Publishing.
- Zavam, A. (2007). São axiológicas as anáforas encapsuladoras? En: M. M. Cavalcante, M. H. A. Costa, V. M. F. Jaguaribe e V. C. Filho (orgs.), *Texto e discurso sob múltiplos olhares: referência e outros domínios discursivos* (pp.123-143). São Paulo: Lucerna.
- Zinecker, H. (2013). Aprendizaje organizacional y aprendizaje mediante la «historia como argumento» por parte de actores violentos no estatales. El caso de las FARC-EP en Colombia. *Análisis Político*, 78, 63-89.
- Žižek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Barcelona: Paidós.

- Zorraquino, M. y Portolés, J. (1999). Los marcadores del discurso. En: I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española* (vol. III, pp. 4051-213). Madrid: Espasa Calpe.
- Zucchini, G. (1998). Oposición. En: N. Bobbio, N. Mateucci y G. Pasquino (coords.), *Diccionario de política* (pp. 1080-1085). México: Siglo XXI.

Avances de investigación publicados

(todos disponibles en <https://ffyluba.academia.edu/OlaveArias>):

- Olave, G. (2011). Los marcos del conflicto: Aproximación al conflicto armado colombiano desde el concepto de marco. *Discurso & Sociedad*, 5(3), 514-546.
- Olave, G. (2012a). La construcción retórica del conflicto armado colombiano: Metáfora y legitimación del carácter bélico del conflicto. *Signos, Estudios de Lingüística*, 45(80), 300- 321.
- Olave, G. (2012b). La construcción retórica del conflicto armado en el discurso de Juan Manuel Santos. *Análisis Político, Universidad Nacional de Colombia*, 25(76), 165-180.
- Olave, G. (2012c). Escenificación y multidesignación en el discurso presidencial de Juan Manuel Santos. *ALED, Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso* 12(2), 53-80.
- Olave, G. (2012d). ¿Qué es lo importante? Pregúntele al Presidente. Dimensión interpersonal del valorizador “importante” en el discurso de Juan Manuel Santos. *Actas del VIII Congreso de la Asociación de Lingüística Sistemática Funcional de América Latina, ALSFAL*, 27-29 de septiembre. Montevideo, Uruguay.
- Olave, G. (2013a). Anuncios de paz en Colombia. Una interpretación visual desde el método documental de Karl Mannheim. *Revista Colombiana de Sociología*, 36(2), 115-139.
- Olave, G. (2013b). Dramática del discurso de la paz en Colombia. Diálogos Estado-Farc, 2012. En: N. Pardo (Coord.), *Estudios del discurso en América Latina. Homenaje a Anamaría Harvey*. Bogotá: ALED.
- Olave, G. (2013c). El eterno retorno de Marquetalia. Sobre el mito fundacional de las Farc-Ep. *Folios*, 37, 149-166.
- Olave, G. (2013d). El proceso de paz en Colombia según el Estado y las Farc-Ep. *Discurso & Sociedad*, 7(2), 338-363.
- Olave, G. (2013e). La argumentación epidíctica en el discurso político del conflicto armado colombiano contemporáneo. En: P. Salazar y A. Vitale, *Rhetoric of South America* (pp. 257- 282). Cape Town, South Africa: Africa Rhetoric Publishing.

- Olave, G. (2014). Aproximaciones retóricas al conflicto armado colombiano: Una revisión bibliográfica. *Forma y Función*, 27(1), 155-197.
- Olave, G. (2015a). Elogio político y argumentación en el discurso presidencial de Juan Manuel Santos. En: E. N. de Arnoux y V. Zaccari (coords.) *Discurso y Política en Sudamérica* (pp. 279-358). Buenos Aires: Biblos.
- Olave, G. (2015b). Decir lo que el adversario calla. El problema de la indecibilidad en el conflicto armado colombiano. *ALED, Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso*, 15(2), 79-98.
- Olave, G. (2015c). Reseña: Principia Rhetorica. Una teoría general de la de argumentación, de Michel Meyer. *Signos, Estudios de Lingüística*, 48(87), 144-151.
- Olave, G. y Cediel, Y. (2015). ¿Acuerdos o capitulaciones? Retórica de la oposición al proceso de paz entre el gobierno y las Farc en 2014. *Cuadernos del Gescal*, 2(1), 57-72.
- Olave, G. (2016a). De la oposición política en el discurso. La reformulación polémica en la retórica guerrillera colombiana. *Palabra Clave*, 19(2), 398-421.
- Olave, G. (2016b). Amplificar y contradecir con lo indecible. Un estudio de caso en el conflicto armado colombiano. *Onomázein*, 32, 152-168.
- Olave, G. (2016c). El Bolívar de las Farc. Usos de la memoria bolivariana en el discurso guerrillero. En: G. Olave y E. N. de Arnoux (coords.), *Discurso y política en Colombia: problemáticas actuales* (pp.159-196). Medellín: La Carreta editores.
- Olave, G. (2017a). Cómo ganar sin vencer en el conflicto armado colombiano: el objeto discursivo *héroe* en la disputa por el decir verdadero. En: M. Cisneros (ed.), *Textos y Discursos: estudios de la maestría en Lingüística*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Olave, G. (2017b). La Prosperidad nacional. Fundamentos para el estudio de una matriz discursiva. En: *Homenaje a Elvira Arnoux*. Buenos Aires: Eudeba.